INTERVENCIÓN
EUROPEA
Y
NORTE-AMERICANA
EN MÉXICO

TOMO 3

HISTORIA DE LA INTERVENCION

EUROPEA

Y NORTE-AMERICANA EN MEXICO

Y DEL

IMPERIO DE MAXIMILIANO

DE HAPSBURGO.

ESCRITA POR MANUEL RIVERA CAMBAS,

Autor de las obras tituladas: Historia de Jalapa y de las revoluciones de Veracruz. Los Gobernantes de México. México Pintoresco, Artístico y Monumental y algunas otras.

Ilustrada con los retratos de todos los que en pro ó en contra, tuvieron participio en esferas más ó menos elevadas, en los memorables sucesos que se refieren en ella;
los de los príncipes reinantes y sus familias; presidentes, oradores extranjeros y nacionales, gobiernistas ó de oposición; generales y jefes republicanos ó imperialistas;
los del ejército francés y las legiones belga y austriaca; guerrilleros y contraguerrilleros;
ministros de Estado, embajadores y enviados especiales;
damas de honor, chambelanes y caballerizos.

TOMO III Y ULTIMO.

MEXICO.
TIPOGRAFIA T. GONZALEZ SUCESORES.
BETLEMITAS NUMERO 2.
1895.

INTRODUCCION.

Después de dos años de constante lucha y de haber recorrido el ejército francés el territorio mexicano en todas direcciones persiguiendo á los juaristas; tras la abundante sangre vertida y las enormes sumas gastadas por la Francia y por el tesoro de que disponía Maximiliano, era un hecho que en Julio de 1865 las fuerzas de la República aun estaban en pie, representadas en parte por guerrillas más ó menos numerosas y cada día crecían para el ejército expedicionario las dificultades al par que los gastos. Las depredaciones, el desorden y la febril inquietud de la sociedad también aumentaban, y se alejaba la esperanza de alcanzar la anhelada paz que se quería cimentar en el resbaladizo terreno regado con arroyos de sangre humana.

Para poner fin á tan violenta situación, habría necesitado Maximiliano contar con mayores tesoros, con ejércitos tan poderosos que consumaran en breve tiempo inmensas hecatombes, atendiendo á que los republicanos se multiplicaban y brotaban diariamente, cual si salieran del seno de la tierra.

Como remedio supremo de tan angustiosa situación, suponían algunos imperialistas posible retrotraer los acontecimientos y consultar á la voluntad nacional, creyendo poner un valladar á la revolución y salvar los tropiezos que resistían á los otros medios empleados hasta entonces; pero ese remedio, al que se adhirió el mismo Maximiliano en las agonías de su Imperio, tropezó en la práctica con invencibles obstáculos, encontrando opositores en los mismos partidarios de su gobierno, que aseguraban estaba ya basado en la voluntad nacional. Lógica deducción de tanta imposibilidad, era la muerte segura del nuevo Imperio mexicano, falto no solamente de la fuerza física suficiente, sino de la que dimana del espíritu público sostenido con la esperanza de un sólido porvenir, que no podía suponerse sin los constantes refuerzos de tropas europeas.

La prensa liberal que se sujetaba á las leyes imperiales, esto es, la que pasaba por la censura, principalmente la de Puebla, tal vez para herir de flanco al Imperio, estuvo sosteniendo la consulta á la voluntad nacional como único remedio á la lucha tenaz, que contaba ya dos años en la constante persecución á los republicanos. Había que pensar en que la Intervención no podía ser indefinida y que la retirada del ejército expedicionario, exigida á la par por los Estados Unidos y por la situación en que se encontraba la Europa, no podía retardarse.

El gobierno de Washington siguió aglomerando fuerzas en el Estado de Téxas, hasta llegar á cien mil el número de soldados allí reunidos, lo que significaba con evidencia, la existencia de ulteriores proyectos que sin duda iban dirigidos contra la Francia.

En este tomo tercero y último, se manifiesta el rápido descenso que siguió el Imperio de Maximiliano, hasta llegar á su completa destrucción sin encontrar medios de evitarla.

Olvidáronse en los momentos angustiosos todas las reclamaciones y los motivos que habían servido de fundamento para combatir al gobierno de Juárez; se olvidó el sistema de gran política basado en el interés de que los Estados Unidos no se ensancharan hacia México y la protección á la raza latina. Entonces, en presencia de la actitud que presentaban los Estados Unidos, resalta la ligereza con que procedió el gobierno de las Tullerías. Nadie volvió á mencionar las acusaciones tan acaloradas hacía dos años, diciéndose que los franceses eran agobiados en México con las mayores injurias, villanías y vejaciones, víctimas de las violencias de todos los partidos y de las arbitrariedades de todos los gobiernos; frases lanzadas por la elocuencia de Mr. Billaut y cuyos ecos aun se percibían en el recinto del cuerpo legislativo francés, al retirarse el ejército que ocupó á México.

Nada encontrará el lector en este tercer tomo, referente á las convenciones en que tan altivo se mostró Mr. de Saligny. El estrépito que produjo la caída del trono de Maximiliano, ahogó el ruido de cualquier otro acontecimiento. Todo había concluido, hasta la suposición de que los mexicanos agradecían la protección de una fuerza extranjera. Dominó completamente la política de la gran República norteamericana. Si el ejército imperialista vino á vengar agravios, tuvo que aplazar su acción para otra oportunidad; si venía á ensanchar la política ambiciosa de Napoleón III, tuvo que manifestar su impotencia para tan gigantesca empresa.

La Francia se vió en la imprescindible condición de retirarse; desventaja que pudo haber evitado dos años antes, si Napoleón III hubiera atendido el parecer de los distinguidos hombres de Estado Thiers y Favre; ahora tenía que salvar su ejército aun abandonando á Maximiliano y á todo el que quisiera apoyar la obra que vino á ejecutar la Intervención.

Las fuerzas que concentraba el gobierno norteamericano en Téxas eran de mucha importancia; entre Brazos y Brownswille tenía más de treinta mil hombres, y en el interior de aquel Estado setenta mil, lo cual era excesivo, encontrándose Téxas ya enteramente pacificado. El general Sheridan se presentaba en Brownswille, el 25 de Julio de 1865, con respetables fuerzas de caballería, y situaba en San Antonio de Béjar tres brigadas de la misma arma, con diez mil hombres cada una; el cuerpo de ingenieros se afanaba por adquirir algunos planos de México y aseguraba que era posible pasar artillería de Tampico á San Luis Potosí y de Tula á Ciudad Victoria.

Además de esos movimientos de tropas, cuya significación no podía ocultarse á nadie, crecía la efervescencia respecto á los asuntos de México en los meetings, uno de los cuales, organizado en Nueva York por Mr. Leawit, se tituló «De simpatía á los emigrados mexicanos.» El 4 de Julio, aniversario de la Independencia de los Estados Unidos, se mezcló en los discursos pronunciados la cuestión mexicana tratándola con extremada vehemencia. La Legislatura de Connecticut, la Convención radical de Nueva Jersey y la de alemanes de Indianópolis, adoptaron resoluciones contrarias al reconocimiento del Imperio. Únicamente el *Times*, considerado órgano de Mr. Seward, hacía distinciones respecto á la aplicación de la doctrina de Monroe, y comparaba el Imperio mexicano al del Brasil, con el cual los Estados Unidos cultivaban las más cordiales relaciones. El *Courrier* y la *Crónica* de Nueva York defendían abiertamente la Intervención y el Imperio, y el *Herald*, sin ser partidario invariable, publicó una biografía de Maximiliano encomiándolo.

En medio de las diversas apreciaciones sobre el estado del país y de tantos rumores que circulaban en la prensa, aparecía dominando el sentimiento marcadísimo de dudas y alarmas; recelábase acerca de todo, principalmente respecto á las soluciones hacendarias, pues nadie ignoraba que el porvenir dependía más de las operaciones financieras que de las militares; las conjeturas y las interpretaciones extendíanse cuotidianamente sobre un campo vastísimo, en el que ocupaban lugar preferente los asuntos del Norte, el movimiento revolucionario principalmente en la costa oriental de México, los avances generales de los republicanos y el mal estado del comercio nacional. El recurso de empréstitos extranjeros estaba ya agotado y el Imperio se iba á ver pronto reducido á sus propias fuerzas, y á tener que echar mano de nuevos expedientes. Era un hecho que los gastos necesarios del Estado superaban en mucho á las rentas públicas, y solamente había diversidad de opinion en cuanto al monto probable del déficit anual. El erario necesitaba nuevas y fecundas fuentes de recursos, que no podían encontrarse porque permanecían paralizados por la guerra la producción y el comercio del país.

Los republicanos en México convenían, en que para terminar pronto con la intervención y el Imperio, les era muy necesario el apoyo de los Estados Unidos. La retirada del Presidente Juárez había desalentado á muchos que creían y temían la completa ocupación del país por franceses é imperialistas. Carecían las fuerzas liberales de dinero, y por consiguiente, no podían sostener armados, municionados y equipados grandes cuerpos de ejército.

La política del gobierno de los Estados Unidos, consistió en no hacer la guerra con las armas al Imperio de Maximiliano y en alentar á los que la sostenían, asegurando que nunca tendría el Imperio el apoyo moral de un reconocimiento. Para fortalecer esa política, no solamente fué nombrado un ministro cerca de Juárez, sino que fué escogido para este cargo, uno de los militares que con mayor franqueza publicaron su ardiente deseo de que los Estados Unidos intervinieran directa y activamente en favor de Juárez. Con este motivo dijo el *Evening Post*, que tal nombramiento valía más que un volumen de despachos militares.

El auxilio moral prestado á los republicanos de México, no era una frase vana; su alcance se revelaba ya en empréstitos, ya en las complicaciones sosteni-

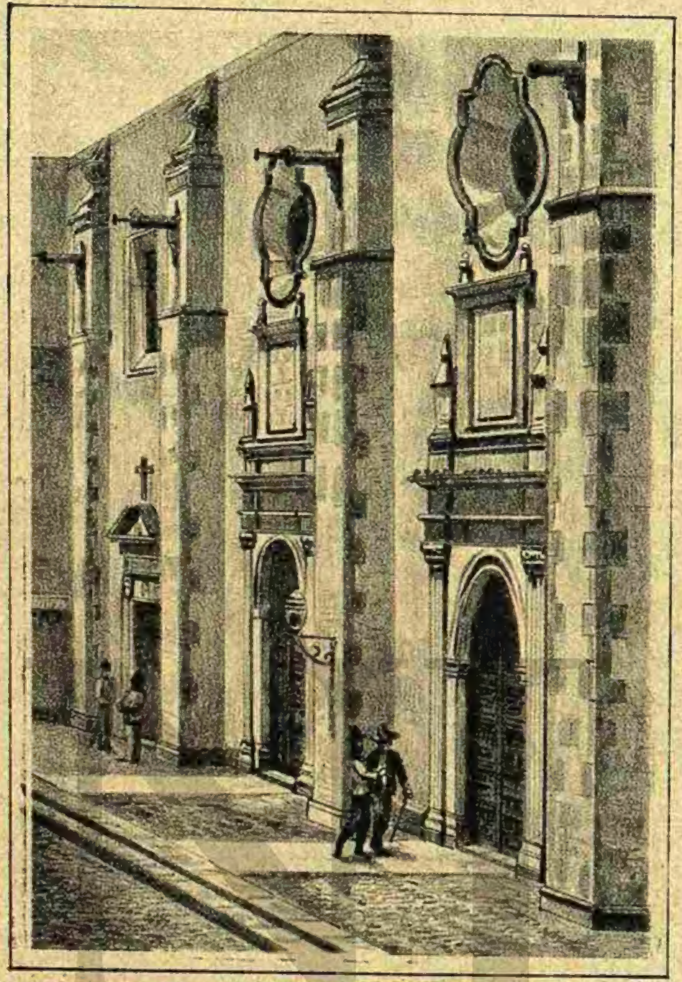
das constantemente en la frontera, y en la significativa actividad que se notó en los círculos militares de aquella Nación, dispuesta á amenazar la frontera del Río Grande. Sintiéndose apoyados los agentes y refugiados juaristas, redoblan sus energías; tienen en Washington conferencias con los ministros y aun con el Presidente; el capital americano, remiso al principio, acaba por ofrecer gruesas sumas para compra de vestuario y armas, y aun para reclutar allá soldados. El envío de fuerzas regulares á Téxas, fué motivo para multitud de comentarios, porque manifestaba claramente la actitud del gobierno de Washington respecto á México, y aunque algunos hechos disminuyeron el pánico producido entre los imperialistas mexicanos, continuaron los rumores acerca de preparativos de guerra en la vecina Nación, que no vacilaba en amenazar con su provocativa actitud á la Francia.

Los imperialistas aparentaban creer que el Presidente Johnson no había adoptado definitivamente una línea de conducta en las cuestiones internacionales, rparticularmente en las que se relacionaban con la doctina de Monroe, y sus ilusiones llegaron hasta circular en NuevaYork una petición, buscando firmas para ella, en la cual solicitaban del Presidente el reconocimiento del Imperio Mexicano, por convenir así á los intereses comerciales norteamericanos. Dióles aliento la actitud que tomó el *Times* de NuevaYork, periódico que se supuso inspirado por Mr. Seward; publicó varios comunicados contra la intervención de los Estados Unidos en los asuntos mexicanos, y sostenía que la doctrina Monroe no era aplicable á México, puesto que este país no estaba conquistado por la Francia, sino que por sí mismo había fundado una monarquía, en la que el príncipe elegido era tan americano como el Emperador del Brasil.

Fué indiscutible que faltaba sinceridad en la política del gobierno norteamericano en cuanto á la neutralidad, y aun cuando no se esperaba una inminente declaración de guerra contra la Francia y el Imperio mexicano, hácia los cuales manifestaba cierta benevolencia, se veía claramente que era imposible extinguir la conflagración cuyos elementos acumulaba aquel gobierno en la frontera con México; decaído el crédito y paralizadas las transacciones, se desconcertaban todos los cálculos políticos, militares y financieros del Imperio de Maximiliano, obligado á consumirse en pie y se hería á la vez el lustre de la bandera francesa, constituida en blanco de provocaciones disfrazadas y de eventualidades imprevistas. La guerra no estaba aplazada sino latente, á pesar de las declaracione hechas en París por el representante de los Estados Unidos, dando las más tranquilizadoras seguridades respecto de las instrucciones que tenía del gobierno federal.

Este tomo tercero termina con un drama, resúmen de tanto desprecio, de tanta injusticia, de tanto atropello cometido por la Europa Occidental contra México, drama sangriento que para los imperialistas fué el terror, la confusión y el fin de muchas ilusiones, de vastos proyectos y de la grande confianza que tenían en que el poder de Napoleón III calificado de omnipotente, sería bastante para que triunfara la idea que dominó en el plan de Iguala.

Querétaro.



Convento de las Capuchinas.

Allí se estableció la segunda prisión del Príncipe Maximiliano, desde el 22 de Mayo de 1867, de la cual salió para ser fusilado.

Paso del Norte.



Casa que habitó el Presidente D. Benito Juárez en la Villa de Paso del Norte.

Dos veces se vió obligado á refugiarse el jefe del partido republicano en aquella lejana población fronteriza, empuñando la bandera nacional, con la que se opuso á la Intervención y al Imperio de Maximiliano de Hapsburgo.

SEXTA PARTE.

DECADENCIA DEL IMPERIO Y TERMINO DE LA INTERVENCION.

CAPITULO PRIMERO.

El Mariscal Bazaine lanza una columna en persecución del Presidente Juárez.—Celébrase en Chihuahua el cumpleaños de éste.—Se concentran allí las fuerzas del general Manuel Ruíz.—Sorpresa sufrida por los franceses en el Parral.—Muerte de los generales Meoqui y Ojinaga.—Permanece Brincourt en Chihuahua.—Celebra el 16 de Septiembre.—Prisión y multas impuestas á varios juaristas.—Dificultosa situación de Juárez en Paso del Norte.—El término de su período gubernativo.—Encuentra apoyo en los Estados Unidos.—Los Estados de Occidente.—Muere el general Rosales en Alamos.—El general Plácido Vega busca elementos en California.—Aspecto borrascoso de los Estados fronterizos del Norte.—El 15 de Agosto en Monterrey.—Convoy atacado por las fuerzas de Escobedo.—Combate de «Paso de las Cabras.»—Bazaine recibe nuevas instrucciones.—El general Douay se establece en San Luis Potosí.—Da las gracias por el recibimiento de que fué objeto.—Los republicanos sorprenden el Mineral de Catorce.—El jefe Cortina es apoyado por los norteamericanos.—El Estado de Veracruz.—Ocupa á Naolinco el general Alatorre.—El *Boletín Oficial* de Tlacotálpam.—Sublévase Zongolica.—Ataca y toma á Tehuacán el jefe Figueroa.—Regresa al Estado de Oaxaca.—Asalto á la Villa de Etla.—La sierra de Puebla y la Huasteca.—Mala situación de Michoacán.—Progresiva decadencia del Imperio.—Gran baile en la Corte.—Disposiciones gubernativas de Maximiliano.—Remate de bonos de Jecker.—Insistencia acerca de la ley agraria.—Obstáculos que se siguen oponiendo á las leyes de Reforma.—Visita Maximiliano á Pachuca.—El Sr. César, subsecretario de Hacienda.—Alarmas en la Capital.—Bajas sufridas por el ejército expedicionario.—Los austriacos en Campeche.—Preparativos en Yucatán para recibir á Maximiliano.—El general Santa-Anna ofrece su apoyo á los republicanos.—La comisión mexicana en Roma fracasa.—Empréstito mexicano en California.—Insisten los norteamericanos en hacer la guerra á Maximiliano.—Se esfuerzan en favor de Juárez.—Neutralidad relativa del gobierno de Washington.

Impulsado Bazaine por los deseos tan repetidos de su Emperador, dió al general Castagny la orden de lanzar una columna en persecución de D. Benito Juárez que estaba en Chihuahua. En esos días salía de México el general Douay para tomar posesión del mando de la división militar de San Luis Potosí. La operación de perseguir á Juárez fué encomendada al general Brincourt; pero Castagny no creyó necesario comunicarle las instrucciones que había recibido en el asunto, del comandante en jefe, en las que le mandaba que de ninguna manera pasaran las tropas más allá de Chihuahua, ni una jornada de camino. Haciendo creer el general Brincourt que se quedaría en aquella provincia, esperaría solamente algún descanso de su fuerza para retroceder á Río Florido y á Durango. Le aseguró que la diplomacia quería apoyarse en la huida de Juárez, de su última capital, para obtener de los Estados Unidos el reconocimiento del Imperio mexicano; «nosotros no podemos hacer más, decía, y es una locura pretender seguirlo en este momento por todos los rincones á donde quiera ir.»

El movimiento previsto se llevó á efecto; el Sr. Juárez no esperó, diez días antes de la llegada de los franceses dejó á Chihuahua, y acompañado de

su Ministro Lerdo de Tejada y otras pocas personas, atravesó desiertos deshabitados y se refugió en Paso del Norte, pequeña aldea fronteriza levantada á pocos metros del territorio norteamericano. Desde allí anunció el gobierno republicano al mundo, que sostendría la lucha con tenacidad y confianza. Juárez llegó al Paso, acompañado de veinte individuos en su mayor parte empleados en los ministerios.

Esa expedición sobre Chihuahua, tantas veces anunciada, se verificaba al finalizar el mes de Julio. Una fuerza de dos mil hombres al mando del general Brincourt, marchó rápidamente sobre aquel Estado entrando al Parral sin combatir, pues las tropas que allí estaban al mando del general D. Manuel Ruíz se concentraron á la ciudad de Chihuahua, teniendo que vencer las dificultades que oponían los ríos crecidos por las continuas lluvias de aquellos días; pasaron el Conchos á la vista de los franceses y al atravesar el de San Pedro les fué necesario dejar catorce piezas de artillería y parte del material y municiones, por la rapidez de la corriente y no encontrar el vado, sin que se pudiera disponer de canoas. Con trabajo lograron pasar los cuerpos 1º y 3º de Chihuahua, que con la brigada que se llamó de los Supremos Poderes, formaron una sección móvil que quedó al mando del general D. Agustín Villagra.

Al ver que se aproximaban los franceses á Chihuahua, abandonó esta ciudad el Presidente Juárez el 5 de Agosto, acompañado de los Ministros de Relaciones, Gobernación, Hacienda y Justicia, y dejó al general Ojinaga en el puesto de gobernador del Estado, con todas las fuerzas disponibles; al Sr. Juárez le seguían solamente una escolta y algunos jefes y oficiales sueltos en unión de los pocos empleados que se conservaron fieles á la causa republicana.

Una compañía francesa fué apresada por el general Patoni en el camino del Parral á Chihuahua con el convoy que ella escoltaba. Un destacamento francés de 80 hombres situado en Río Florido, se dirigió al Parral á recoger algunos miles de pesos. Al llegar allí, sabiendo el jefe del destacamento que fuerzas republicanas, considerables, estaban á la vista y se disponían á atacarlo, se atrincheró en una de las casas de la localidad y esperó el ataque que no tardaron en darle trescientos republicanos con tres piezas de artillería. Defendiéronse los franceses durante todo el día y temiendo que se les agotaran las municiones resolvieron cargar á la bayoneta buscando abrirse paso, en cuya operación perdieron diez hombres y tuvieron veintitrés heridos que recogió al siguiente día el coronel Cousin.

Brincourt quiso seguir en pos del Sr. Juárez y su gobierno hasta el Paso; pero consideró que era imprudente lanzarse al través de desiertos sin agua y sin caminos; se fortificó en Chihuahua y esperó órdenes. En esos días las pasiones políticas se reanimaban en la frontera del Norte.

A mediados de Julio emprendía el general Brincourt su marcha sobre Chihuahua, á cuya ciudad había llegado el general Negrete con sólo trescientos hombres, siendo muy mal recibido, al grado de tener que separarse del Ministerio de la Guerra.

Perdidas las fuerzas que mandaba Negrete, en su retirada hácia Chihuahua, vióse obligado el Presidente Juárez á abandonar la ciudad y á establecer su gobierno en Paso del Norte, á donde llegó el día 14 del mismo mes, declarando en una circular la firme resolución de no salir del territorio mexicano y sostener la lucha contra los invasores, aunque se hubieran posesionado de esa capital. Manifestaba que el Presidente de la República permanecería en la Villa de Paso del Norte, escogida para residencia del gobierno republicano, resuelto á luchar con firmeza y constancia contra la obra de las tropas francesas.

En Chihuahua había recibido el Presidente Juárez muchas pruebas de estimación; su cumpleaños fué celebrado con un banquete, en el que pronunciaron entusiastas brindis el mismo Juárez y los señores Trias, Lerdo, Palacios, Urquide, Iglesias, Prieto y Balcárcel.

La ocupación de Chihuahua por el general Brincourt era sin duda un suceso de grande importancia; la marcha militar fué audaz pero sin resultados que correspondieran al esfuerzo. Brincourt dejó guarniciones en Río Florido, Parral y Santa Rosalía.

Lanzado de improviso el Presidente Juárez hasta Paso del Norte, si se le hubiera perseguido en ese asilo habría buscado otro, desde el cual mantendría en jaque al Imperio, aunque sus contrarios decían que no era temible por no ser militar, ni emprendedor, que su personalidad nada importaba, y que en política, desde que había terminado el plazo de su presidencia no podía considerársele como potencia nacional.

Al evacuar Juárez la ciudad de Chihuahua sabiendo que los franceses se aproximaban, dió á D. Encarnación Ojinaga el mando de una corta fuerza que debía servir de núcleo á la resistencia que se pudiera oponer á los invasores. El mismo día que salía Juárez, organizaron los habitantes de Chihuahua una guardia nacional encargada de mantener el orden y hacer respetar las propiedades. Quedaba nombrado gobernador del Estado de Chihuahua el joven D. Manuel Ojinaga, recién salido del Colegio de Minería y muy estimado. Ojinaga salió con 200 hombres y fué á situarse en la Concepción.

Estaba Chihuahua tan pobre, que Brincourt distribuyó provisiones entre una parte del vecindario. Ojinaga prohibió toda comunicación con la capital ocupada por los franceses y decretó una contribución extraordinaria para el sueldo de su fuerza; mal dispuestos por esto los habitantes, se sublevaron, y en una emboscada dieron muerte á Ojinaga, que era hermano del guerrillero que también murió en esos calamitosos días.

El gobernador Ojinaga, que había permanecido en Chihuahua, salió de esta ciudad el 10 de Agosto para Ciudad Guerrero con todas las fuerzas de que disponía; en este lugar hizo efectivo el cobro de rezagos de contribuciones para arbitrar recursos; pero resistiéronse los causantes, se sublevaron é hicieron armas contra el Gobierno del Estado, y habiendo seducido á una fuerza de cien hombres que iba á combatirlos al mando del teniente coronel D. Rafael Platón Sán-

chez, tuvo que abandonar á Ciudad Guerrero el gobernador Ojinaga, seguido de la la poca tropa que no se le dispersó; batido en un lugar llamado Arisiachic, se defendió con mucho valor aprovechando los tiros de su pistola, y víctima de su resolución, cayó herido por una bala que le dispararon por detrás, muriendo poco después. Ojinaga había acompañado al general Patoni en la campaña sobre Durango; mostró intrepidez y serenidad en la batalla de Majoma, y siguió al general Negrete en la retirada sobre Chihuahua, mandando el primer batallón de chihuahuenses, de los que era muy apreciado por valiente y pundoroso.

El 20 de Septiembre publicaban los periódicos de la ciudad de México la noticia oficial de haber abandonado D. Benito Juárez el territorio mexicano. El Estado Mayor general les dirigió la siguiente comunicación:—«Cuerpo expedicionario de México.—Estado Mayor general.—El Mariscal comandante en jefe del cuerpo expedicionario de México, recibe en este momento un despacho telegráfico en que se le participa, que así en Sonora como en Chihuahua, la situación mejora de día en día. Juárez ha abandonado el territorio mexicano, pasando la frontera por Paso del Norte y dirigiéndose á Santa Fe.—México, Septiembre 20 de 1865.—El jefe de escuadron, sub-jefe de Estado Mayor general.—*H. Loizillon.*» —La noticia fué trasmitida á Nueva York desde el 7 de Septiembre, dada en Santa Fe de Nuevo México, y en consecuencia, una parte de la prensa norteamericana suponía terminada la resistencia formal á la Intervención y al Imperio, y se mostraba favorable á la política de Mr. Seward.

El ataque sobre el Parral se verificó en la madrugada del 8 de Agosto, contra la guarnición francesa que apenas llegaba á ochenta hombres. Se había aproximado á esa ciudad la brigada «Supremos Poderes», de la que se desprendieron trescientos hombres, que sin ser sentidos, penetraron á la población y sorprendieron el cuartel que ocupaban los franceses; eso no obstante, se defendieron por cuatro horas; pero tuvieron que sucumbir, quedando muertos casi todos los oficiales y muchos soldados con veinte heridos y veinticuatro prisioneros. Por parte de los mexicanos murió el joven general D. Pedro Meoqui, quien al perseguir á tres franceses de los cuales mató á uno é hirió á otro, recibó la muerte de mano del tercero. Meoqui había sido coronel del 2º de Guanajuato, estuvo en el asalto á Morelia en Diciembre de 1863, en Monterrey auxilió al Presidente en el ataque que le dieron las fuerzas de Quiroga y le siguió hasta Chihuahua, donde acababa de ser ascendido á general.

En los días 13 y 14 de Agosto entraron los franceses á Chihuahua, donde fueron recibidos con frialdad, lo cual digustó en gran manera al general Brincourt, quien dejó conocer sus desahogos en una proclama que dirigió á los chihuahuenses; declaró al Estado en sitio y concedió un plazo á los ministros, consejeros y funcionarios del Presidente Juárez para que se sometieran á la Intervención, ofreciéndoles en este caso salvo-conductos y recursos; pero amenazaba á los recalcitrantes con perseguirlos hasta el último trance y tratarlos como rebeldes; si eran aprehendidos serían consignados á los tribunales militares.

Dispuso Brincourt que se hicieran las elecciones de prefecto municipal, alcaldes y regidores, dejando el nombramiento de prefecto político para el Gobierno imperial de México; resultó de la elección prefecto local D. Tomás Zuloaga, lo que causó sensación porque éste se había manifestado enemigo de los franceses, durante la permanencia del gobierno republicano en Chihuahua. Fué celebrado el 16 de Septiembre conforme al parecer de Brincourt, que cambió el programa formado por Zuloaga. Los gastos de la festividad fueron hechos por el jefe francés y los Sres. D. José Cordero y D. Domingo Leguinízabal; se cantó un Te Deum y hubo gran parada de las fuerzas francesas. Por su lado varios jóvenes republicanos celebraron á su manera ese aniversario, asistiendo á una misa en la capilla de San Francisco, donde fué sepultado, en 1811, el cura Hidalgo.

Después de la misa se reunieron para comer, y sabedor Brincourt de que se pronunciaban brindis entusiastas, dió orden al juez D. Luz Bustamante para que fueran aprehendidos y llevados á la cárcel pública; allí quedaron incomunicados en calabozos sucios y sujetos á toda clase de privaciones, hasta que á los ocho días les impuso Brincourt multas, cuyo importe fué proporcionado por algunos amigos, y al organizador de aquella demostración, D. Jesús Escobar y Armendáriz se le impuso la pena especial de un mes de trabajos públicos, castigo que fué una ovación para Escobar á cuyo paso arrojaban flores las señoras, y los hombres le saludaban y abrazaban, todo lo cual disgustó tanto á Brincourt que ordenó no se contaran al joven Escobar, para la extinción de su condena, los días en que se siguiera haciéndole tales demostraciones. Otros varios hechos como el de la detención y molestias á la esposa del general Negrete y la prisión del Lic. Palacios, aumentaron la alarma é hicieron crecer el escándalo.

Los vecinos que se habían armado para mantener el orden y la seguridad, entregaron la plaza á las fuerzas invasoras, y hasta el 24 de Septiembre nombró Maximiliano Prefecto del departamento de Chihuahua á D. Luis Terrazas y suplente á D. Manuel Muñoz. En los alrededores de Chihuahua fueron encontradas once piezas de artillería.

Desde Paso del Norte se dirigió Juárez el 17 de Agosto, á sus partidarios diciéndoles: «He establecido aquí el asiento del gobierno, y permaneceré en esta villa algún tiempo, transcurrido el cual fijaré mi residencia en alguna población de los Estados del Interior. Nuestros enemigos anunciarán probablemente la disolución del gobierno mexicano; pero nuestros amigos no deben dar asentimiento á tal falsedad. Yo no saldré del territorio mexicano. Haré mi deber y matendré la existencia del único poder popular establecido por la voluntad de mis conciudadanos.»

1 El gobierno juarista expidió en Paso del Norte la siguiente circular: Ministerio de Relaciones exteriores:—Habiendo salido de la ciudad de Chihuahua el 5 del corriente el C. Presidente de la República, ha llegado ayer á este lugar, en donde ha mandado que se establezca, por ahora, el asiento del gobierno.—Aquí, como en otro cualquier lugar de la República, en don-

El Presidente Juárez escribía á sus partidarios, haciéndoles notar que la rendición de Chihuahua, léjos de constituir una victoria para las tropas francesas, las colocaba en muy difícil situación, alejándolas del centro del Imperio, donde los republicanos operarían con toda libertad. Enumeró con este motivo los jefes que sostenían la guerra. (2)

Al llegar el Presidente Juárez á la villa del Paso del Norte el 14 de Agosto, además de los festejos y agasajos que le prodigaron los vecinos de la población, recibió otros de los jefes y oficiales norteamericanos que estaban de guarnición en Franklin, y eran muy adictos á la causa republicana. La situación que guardaba el gobierno del Sr. Juárez era enteramente comprometida y difícil; rodeado de desiertos por todos lados, contaba apenas con escasísimos recursos y parecía nulificado por haberlo arrojado los franceses hasta el último extremo de la República; pero aun sostenían la causa republicana numerosos y resueltos defensores á

de por las circunstancias fuere conveniente establecer el asiento del gobierno, el C. Presidente hará cuanto pueda para cumplir su deber con valor y constancia, correspondiendo así á la mente del pueblo mexicano, que nunca dejará de luchar en todas partes contra el invasor, de quien triunfará infaliblemente al fin, en defensa de su independencia y de las instituciones republicanas.—Lo que participo á vd. para su inteligencia y fines consiguientes.—Independencia y Libertad.—Paso del Norte, Agosto 15 de 1865.—*Lerdo de Tejada.*

2 El Presidente Juárez dirigió á sus amigos la siguiente carta:—"Paso del Norte, 17 de Agosto de 1865.—Mi muy estimado amigo:—Aunque los franceses han llegado á este Estado, su situación no ha cambiado, pues ni han obtenido un solo triunfo en la campaña, ni han logrado destruir el gobierno legítimo de la República, que es el principal objeto que se proponían. Si el general Negrete hubiera permanecido en los Estados de Nuevo León, Tamaulipas y San Luis, llamándoles la atención como lo están haciendo ahora los generales Escobedo, Méndez, Cortina y Aguirre, el movimiento no se hubiera efectuado; pero como Brincourt vió desaparecer la fuerza que le había amenazado en Coahuila resolvió marchar sobre este Estado. Con todo, después de haber gastado un dineral y atravesado un desierto inmenso, nada ha encontrado al llegar, porque yo había dispuesto que una parte de la fuerza que mandaba Negrete fuese á Coahuila, y otra parte á Durango, á incorporarse con las fuerzas de Patoni y Corona, y los restantes habían sidos situados en las montañas cerca de Chihuahua al mando del gobernador militar D. Manuel Ojinaga.

Como al concentrar el enemigo sus tropas en este Estado, ha debilitado sus líneas del Interior, nuestras fuerzas han comenzado á atacarlo en detall y con buen éxito, siguiendo estrictamente el sistema de no aceptar batallas campales ni dejarse encerrar en las ciudades.

El 14 del corriente llegué á este punto, donde he establecido, por ahora, el asiento del gobierno. Muy difícil le sería al enemigo seguirnos hasta aquí, y caso que lo haga, lo único que con ello logrará será empeorar su situación, pues no puede destruir al gobierno, que se trasladará á cualquier otro punto conveniente del territorio nacional, mientras que aquel se encontrará á 500 leguas de la capital del llamado Imperio, y no podrá contribuir á su defensa precisamente cuando nuestras tropas van á comenzar una campaña activa en el Interior.

Patoni, Corona y Villagra están operando sobre Durango; Pueblita en el Estado de Guanajuato; Arteaga, Régules, Salazar y Riva Palacio en el Estado de Michoacán; Alvarez sobre Iguala y Cuernavaca; García, que ha reemplazado al general Díaz, en los Estados de Veracruz, Oaxaca, Chiapas y Tabasco; y Escobedo, Méndez, Cortina y Aguirre, en los Estados de San Luis, Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, mientras que los generales Rosales, Rubí, Pesqueira y García Morales están operando en los Estados de Sonora y Sinaloa.

Todos estos jefes opinan que ha llegado ya el momento oportuno para atacar con buen éxito al enemigo, que se ha debilitado extendiendo demasiado sus líneas.

Pronto podré escribir á vd. confirmando mis cálculos, que están basados en el conocimiento que tengo de la situación de nuestro país.—*Benito Juárez.*"

(Según se ve aun se ignoraba en Chihuhua la muerte de Pueblita).

los que unas veces era adversa y otras favorable la suerte, animados con la esperanza porque veían que la situación de Maximiliano era cada día más crítica é insostenible, desde que terminó la guerra civil en los Estados Unidos; esperaban el triunfo definitivo con sólo la prolongación de la lucha que ya llevaba cerca de cuatro años, durante los cuales no había faltado un centro de legalidad y mando, no obstante que se anunciaba la tormenta con motivo de creerse por muchos liberales que estaba ya para terminar el período constitucional de D. Benito Juárez.

En los Estados-Unidos se generalizaba la opinión de que, concluído el período gubernativo del Presidente Juárez, debía éste, así como todos los funcionarios de elección popular, continuar en su puesto, por no ser posible que hubiera elecciones y presentarse un caso no previsto en la Constitución. Los hombres prominentes en la política de aquel país, afirmaban que los intereses de la causa republicana aquí, requerían que no hubiera cambio alguno en el personal del gobierno mexicano, mientras durara la guerra que hacía la Francia; pues que habiendo tenido por objeto derrocar á ese gobierno, el honor de México exigía que el mismo Presidente fuera el que restableciera el orden constitucional. Presentaban como ejemplo al Presidente Lincoln, cuya reelección produjo el término de la guerra civil, y tenían por seguro que la elección de otro candidato había producido inevitablemente la independencia del Sur; por lo mismo creyeron necesaria la continuación de este Presidente en el poder.

Tales reflexiones se hicieron al saberse que el general González Ortega pensaba tomar el gobierno de México el 30 de Noviembre de ese año, ya pidiéndolo de una manera pacífica, ó en caso de que no se le entregara la presidencia, estableciendo en cualquier punto de la República un centro que él llamaría legal, y calificaría usurpador al Presidente Juárez. Un rico norteamericano Mr. James W. Bukman, propuso al ministro Romero varios planes para disuadir al general Ortega de dar un paso que acarrearía grandes dificultades, principalmente por el escándalo que su conducta produciría en el extranjero, y por el desprestigio que en consecuencia sufriera la causa republicana. Fué designado para que indicara los medios de evitar todo eso, Mr. Thurlow Weed, considerado uno de los hombres más hábiles de los Estados Unidos, director de varios gobernadores y de influencia decisiva en aquel país, amigo íntimo y socio político de Mr. Seward y aun su consejero y director del *Daly Times.*

No sin costarle grandes disgustos llevó adelante sus designios en los Estados Unidos el general González Ortega. Demandado por el coronel Williams H. Allen que le reclamaba más de siete mil pesos por gastos emprendidos en el enganche de emigrantes, en calidad de agente de Ortega, éste rechazó los cargos que le hacía Allen, manifestando que nunca le había autorizado para enganchar emigrados; antes por el contrario, le había dicho claramente, que lo que hiciese sería por su cuenta y riesgo; en comprobación de sus asertos presentó varias declaraciones juradas y el tribunal aplazó por lo pronto el asunto. La orden de arresto fué firma-

da en 18 de Septiembre por el juez Moncrief; González Ortega fué reducido á prisión y puesto en seguida en libertad bajo fianza de siete mil pesos. El negocio terminó pagando las costas González Ortega, por valor de diez mil y salió de los Estados Unidos en dirección á México, retirándose también de Nueva York el general Aureliano Rivera.

El Ministro Romero conferenció con Mr. Weed, y le pidió su opinión, que era la misma de Mr. Seward, respecto del término constitucional del Presidente Juárez, y se le contestó: «que los funcionarios actuales deberían continuar desempeñando los empleos para que fueron popularmente electos, hasta que hubiera nueva elección, y que en tal sentido había una resolución del Estado de Nueva York.» Entonces el Sr. Romero pudo asegurar al general González Ortega, que si venía á establecer aquí un gobierno, no sería reconocido por el de los Estados Unidos, citándole la opinión de Mr. Weed que podía calificarse la misma de Mr. Seward. En consecuencia, el gobierno del Presidente Juárez se consideraba ya fuertemente apoyado para continuar después del 30 de Noviembre sin que le afectara la considerable fuerza francesa que le amagaba desde Durango.

El 15 de Agosto concurrió el general Castagny, en esa ciudad, á la función religiosa acompañado de las autoridades civiles, militares y empleados de aquella capital; al regreso pronunció una alocución el alcalde municipal D. Juan de Dios Palacio. En la alameda hubo en la tarde concurrencia extraordinaria y en la noche un baile que Castagny ofreció á la población.

Las fuerzas que mandaban los jefes Patoni y Villagra salían á principios de Agosto de Guanaceví con rumbo á Guadalupe y Calvo, quedando por Indé las guerrillas de Latorre y Posadas.

Nombrado el general Quintanilla comandante militar de Durango, dispuso el general Castagny que se encargara del mando de las tropas mexicanas y guardias rurales existentes en el mismo Departamento, consultando, con respecto á estas últimas, el acuerdo de la prefectura.

El general Castagny, á quien reemplazó en Mazatlán el barón Aymard, hizo un extrañamiento al prefecto departamental de Durango, porque algunos hechos relacionados con la seguridad pública habían dejado de ponerse en su conocimiento, faltando á las disposiciones dictadas por el general Neigre, relativas á los detalles de la jurisdicción de las cortes marciales. La autoridad militar debía ser informada del arresto de bandidos armados ó de los individuos que hubieran pertenecido á las bandas de disidentes, siendo exclusivo de esa autoridad militar, decidir si esos individuos debían ser consignados á la corte marcial ó á los tribunales ordinarios.

En el mes de Agosto quedó instituida en Mazatlán la guardia rural, y para organizarla se estableció un impuesto sobre el comercio de cerca de dos mil pesos cada mes. Poco servían esos rurales, pues cerca del presidio de Mazatlán, en la aldea de Balamo, se reunían algunos adictos de Corona y Martínez y hacían demostraciones hostiles sin ser molestados en manera alguna.



Don José M. Iribarren,

MINISTRO DE GOBERNACIÓN EN EL IMPERIO DE MAXIMILIANO

(JUNIO DE 1867.)

Permaneció dentro de la Capital sitiada por el ejército de Oriente y tuvo, de una manera segura, la noticia de la caída de Querétaro y prisión de Maximiliano.

da en 18 de Septiembre por el juez Moncrief; González Ortega fué reducido á prisión y puesto en seguida en libertad bajo fianza de siete mil pesos. El negocio terminó pagando las costas González Ortega, por valor de diez mil y salió de los Estados Unidos en dirección á México, retirándose también de Nueva York el general Aureliano Rivera.

El Ministro Romero conferenció con Mr. Weed, y le pidió su opinión, que era la misma de Mr. Seward, respecto del término constitucional del Presidente Juárez, y se le contestó: «que los funcionarios actuales deberían continuar desempeñando los empleos para que fueron popularmente electos, hasta que hubiera nueva elección, y que en tal sentido había una resolución del Estado de Nueva York.» Entonces el Sr. Romero pudo asegurar al general González Ortega, que si venía á establecer aquí un gobierno, no sería reconocido por el de los Estados Unidos, citándole la opinión de Mr. Weed que podía calificarse la misma de Mr. Seward. En consecuencia, el gobierno del Presidente Juárez se consideraba ya fuertemente apoyado para continuar después del 30 de Noviembre sin que le afectara la considerable fuerza francesa que le amagaba desde Durango.

El 15 de Agosto concurrió el general Castagny, en esa ciudad, á la función religiosa acompañado de las autoridades civiles, militares y empleados de aquella capital; al regreso pronunció una alocución el alcalde municipal D. Juan de Dios Palacio. En la alameda hubo en la tarde concurrencia extraordinaria y en la noche un baile que Castagny ofreció á la población.

Las fuerzas que mandaban los jefes Patoni y Villagra salían á principios de Agosto de Guanaceví con rumbo á Guadalupe y Calvo, quedando por Indé las guerrillas de Latorre y Posadas.

Nombrado el general Quintanilla comandante militar de Durango, dispuso el general Castagny que se encargara del mando de las tropas mexicanas y guardias rurales existentes en el mismo Departamento, consultando, con respecto á estas últimas, el acuerdo de la prefectura.

El general Castagny, á quien reemplazó en Mazatlán el barón Aymard, hizo un extrañamiento al prefecto departamental de Durango, porque algunos hechos relacionados con la seguridad pública habían dejado de ponerse en su conocimiento, faltando á las disposiciones dictadas por el general Neigre, relativas á los detalles de la jurisdicción de las cortes marciales. La autoridad militar debía ser informada del arresto de bandidos armados ó de los individuos que hubieran pertenecido á las bandas de disidentes, siendo exclusivo de esa autoridad militar, decidir si esos individuos debían ser consignados á la corte marcial ó á los tribunales ordinarios.

En el mes de Agosto quedó instituida en Mazatlán la guardia rural, y para organizarla se estableció un impuesto sobre el comercio de cerca de dos mil pesos cada mes. Poco servían esos rurales, pues cerca del presidio de Mazatlán, en la aldea de Balamo, se reunían algunos adictos de Corona y Martínez y hacían demostraciones hostiles sin ser molestados en manera alguna.



Don José M. Iribarren,

MINISTRO DE GOBERNACIÓN EN EL IMPERIO DE MAXIMILIANO

(JUNIO DE 1867.)

Permaneció dentro de la Capital sitiada por el ejército de Oriente y tuvo, de una manera segura, la noticia de la caída de Querétaro y prisión de Maximiliano.

El general Ramón Corona se había puesto, desde el mes de Junio, á la cabeza de las tropas que estaban en Culiacán y sus inmediaciones al mando del general Rosales, y con ellas se había dirigido nuevamente sobre Mazatlán por el rumbo de Pánuco.

En el mes de Julio encontrábase el jefe García Morales hostilizado en Ures por los indios yaquis, ópatas y otros, á las órdenes del cabecilla Tanori. El comandante juarista hizo una salida, pero rechazado vigorosamente tuvo que replegarse á la plaza, perdiendo algunos de sus soldados.

Al finalizar ese mes era ocupada la ciudad de Hermosillo por el coronel Garnier, sin disparar un solo tiro. En esos días una partida de yaquis se organizó en el Estado de Sonora, con objeto de ir á libertar á los franceses prisioneros en la acción de San Pedro (Sinaloa), y lograron hacerles llegar á Guaymas.

El gobernador Pesqueira había seguido por una senda de dificultades desde el combate de la Pasión; muchos soldados se le desbandaron; quiso defender á Ures, obrando de acuerdo con García Morales, Corella y Alcántara; pero después de un largo sitio, desde el 13 de Julio hasta finalizar el mes, tuvieron que sucumbir.

No obstante que la Baja California estaba en poder de los republicanos, fué nombrado visitador imperial D. Rafael Espinosa y aun marchó para su destino creyendo que su presencia influiría en el cambio político de aquella región.

El comisario imperial, general D. Manuel Gamboa, se presentó en Mazatlán el 21 de Agosto, y fué recibido por el jefe D. Pedro Espejo y las autoridades locales, haciendo la plaza el saludo de veintiún cañonazos. Gamboa expidió una circular en la que explicaba la naturaleza de las funciones que le encomendó el gobierno imperial.

La misión confiada al Comisario imperial Gamboa no pudo tener éxito, porque era imposible la pacificación del Departamento de Sinaloa á causa de la deficiente organización dada allá á la administración imperial, siendo la generalidad de los empleados y funcionarios desleales al Imperio.

A ese puerto llegaron el 26 de Agosto algunos oficiales de tiradores argelinos hechos prisioneros por Rosales en el combate de San Pedro, y también arribaron en el vapor «Lucifer» los turcos y marinos igualmente prisioneros y libertados hacía poco por los jefes imperialistas Vázquez y Tanori. Alamos era la última población de Sonora que aun conservaba Pesqueira, y sobre ella se dirigieron esos dos jefes impulsados por Gándara que tan activa parte tomó en el levantamiento de Sonora contra el Imperio.

En Sinaloa pasaba lo contrario, los republicanos dominaban en casi toda la extensión territorial, imponiendo, para subsistir, fuertes contribuciones que Corona extendió hasta el Estado de Durango, por Santiago Papasquiero.

El coronel Garnier que ocupó á Hermosillo el 29 de Julio, expidió una pro clama asegurando que su misión era toda de paz, y pidió que los franceses fueran recibidos como amigos que iban á contribuir al restablecimiento del orden. En-

cargó de la administración política y civil al Lic. D. José Aguilar; nombró prefecto municipal á D. Dionisio González y primer juez local á D. Francisco Buelna. También estableció Garnier las autoridades en el pueblo de Séris.

La fuerza juarista que á las órdenes del jefe Corella estaba en Ures, al retirarse fué batida por una fuerza imperial al mando de Terán y Barrios, quien mandó recoger las armas y reunió á las personas notables para que eligieran autoridades.

Garnier concedió amnistía general á todos los que hubieran estado con las armas en defensa del gobierno de Pesqueira, con solo el requisito de presentarse á las autoridades locales sometidas al Imperio. Pesqueira quedó con un corto grupo de adictos y el coronel Alcántara se dirigió para Alamos.

El 28 de Agosto tomaba esta ciudad el jefe Fortino Vizcaino, abandonándola Rosales, que se llevó el armamento y municiones. Los republicanos de Sonora recibían pertrechos de guerra procedentes de San Francisco California. El general Patoni, dejando al Estado de Durango, se dirigió sobre Sonora y amagó á Alamos.

El general Rosales reocupó esta plaza; pero murió allí con tres de sus coroneles, varios oficiales y muchos soldados. Acababa de entrar á la ciudad cuando fué sorprendido por los imperialistas que poco antes la habían evacuado y después de dos horas de combate quedó muerto. Mandaba á los imperialistas D. Tranquilino Almada. Al saberse lo acaecido en Sonora fué enviado de México el comandante Carmona con una misión oficial para aquella provincia.

En el siguiente mes de Septiembre hubo en Hermosillo un conato de revolución y fueron fusilados dos de los conspiradores. En Guaymas permanecían anclados los buques de guerra franceses «D'Assas y Rhin.»

Habiendo desertado algunos soldados norte-americanos de las fuerzas de Arizona é internádose en Sonora, el comandante Lewis autorizó á los capitanes R. Pico y Jimeno para que con doce hombres invadieran el territorio mexicano y aprehendieran á los desertores. Poco avanzaron aquellos en Sonora y fueron aprehendidos por los franceses que los condujeron á Hermosillo; suceso tal dió motivo á un cambio de explicaciones con el jefe norte-americano.

Por aquella parte de la frontera tenía serias amenazas el Imperio y la Intervención. El general Plácido Vega declaró en una carta dirigida al superintendente de policía de San Francisco California, que habiendo recibido del supremo gobierno constitucional de México, la misión de procurarle los medios y elementos de defensa necesarios para sostener su libertad y soberanía, había ido á California hacía un año y trabajado en llenar satisfactoriamente su misión; que encontró tropiezo en sus pasos á causa de la guerra y que esperó á que ésta concluyera; que el coronel A. C. Williams demostró deseos de compartir sus miras con respecto á la colonización de la Arizona y aun le exhibió una orden del Departamento del Pacífico, permitiéndole salir de San Francisco é ir con una expedición de exploradores á la Arizona, llevando todas las armas necesarias.

D. Plácido Vega dió á los mencionados colonos recursos y municiones de guerra, *«esperando sacar así gran ventaja del noble entusiasmo del republicanismo y de las simpatías que los americanos profesaron á México.»*

Rechazó dicho general la complicidad que pudiera atribuírsele en la tentativa de asalto del vapor «Colón,» diciendo que desde que sospechó ese proyecto culpable, fué en busca del jefe de policía para revelárselo, pero no lo halló. (1)

Todo el departamento de Sonora, con escasas excepciones, siguió ocupado por las tropas imperiales desde fines de Julio. Pesqueira se sostuvo solamente con los pocos que le seguían y después se dirigió al territorio de los Estados Unidos.

D. Manuel Gándara, que por mucho tiempo había sido gobernador de Sonora, había logrado sublevar contra Pesqueira los principales distritos de aquel Estado, de acuerdo con un jefe llamado Salvador Vázquez, quien sitió á la pequeña población de Oposura donde se encontraban encerrados los prisioneros franceses y logró tomarla el 25 de Junio, con auxilio de algunos de los sitiados que se le unieron. Quedó en libertad el comandante Gazielle, hecho prisionero en la jornada de San Pedro; éste reunió á los soldados y marineros prisioneros que estaban en diversos puntos de aquel territorio, y con treinta y dos de ellos, veintitrés turcos y una escolta que le dió Vázquez, llegó á Guaymas el 11 de Julio.

Patentes eran en este mes de 1865 el engreimiento y la actividad de los envalentonados guerrilleros, en diversos puntos del país, situación derivada en gran manera de los rumores que desde el mes de Mayo circulaban acerca de la nueva política que el gobierno de los Estados Unidos adoptaría con respecto á México.

El sistema de negociaciones con los republicanos no había dado el resultado que esperaban los imperialistas. Una vez más se había insurreccionado la Huasteca, cual si no hubieran llevado los sometidos otro fin que ganar tiempo, para que llegara la estación de las lluvias é hiciera más difíciles los movimientos de las tropas imperiales, durante las pláticas con el gobierno del imperio y el cuartel general francés.

Las negociaciones entabladas por el comisario Villanueva con los republicanos de la sierra de Zacapoaxtla, terminaron también por declaración del gobernador juarista D. Fernando M. Ortega. Los liberales, fortalecidos con nuevos recursos que se habían proporcionado durante el armisticio, volvieron á la carga. Ortega con sus fuerzas se dirigió sobre Zacatlán, amagando á la vez á Puebla, Tlaxcala y Tulancingo. Resultados semejantes dieron las negociaciones con los jefes y autoridades republicanas de Misantla y Papantla, en cuya zona era el clima un elemento de defensa, muy accidentado el terreno y con invencibles obstáculos en la estación de lluvias. Por tales motivos, en aquella parte del territorio mexicano conservaban su importancia los acontecimientos.

Las fuerzas del general D. Tomás Mejía, lograron que llegara á Monterrey, á

1 Los principales personajes que lo decidieron á tomar parte en el proyecto de colonizar la Arizona, fueron el mayor Duffield, marshal de la Arizona y O. Mac-Carthy.

principios de Agosto, un convoy salido de Matamoros y tiroteado constantemente en el camino por las guerrillas de Tamaulipas.

Por el Norte la situación del Imperio era muy delicada. El 1º de Julio entraba á Monterrey el coronel Jeanningros é hizo fusilar á dos soldados franceses por el delito de deserción. Varios jefes confederados escogieron á esa ciudad para residencia. Necesitando el apoyo de fuerzas auxiliares para contrariar el creciente aumento de las republicanas, el prefecto político de Nuevo Leon, de acuerdo con el coronel Jeanningros, dispuso que el coronel D. Julian Quiroga levantara algunas tropas.

El 30 de ese mes se hallaba Escobedo en la hacienda de la Soledad, entre Galeana y Valle de la Purísima, con dos mil hombres y seis piezas de artillería, y para batirlos había salido de la segunda de estas poblaciones una sección de cuatrocientos franceses. Aquella hacienda había sido confiscada por el gobierno de Juárez, á causa de que su propietaria la Sra. Pérez Gálvez se suscribió para costear un tocador con que fué obsequiada la Emperatriz. En esos días marchaba de Matamoros para Monterrey el convoy de más de cien carros cargados con efectos mercantiles, dándoles escolta una fuerte sección de la división Mejía. La prolongada clausura en que estuvo el puerto de Matamoros, dió motivo á que el comercio esperase ahora entrar en un período de grande actividad.

Las compañías de la legión extranjera que hacía algún tiempo ocupaban á Matamoros á las órdenes del comandante Briant, se embarcaron para Tampico con objeto de emprender, en unión del comandante Chapin, una expedición sobre Ciudad Victoria.

El coronel Jeanningros dispuso que se compusieran todas las armas inservibles existentes en Monterrey, para enviarlas á las poblaciones del Departamento más expuestas á ser atacadas, pues los vecinos tenían obligación de defenderse mientras se organizaban las fuerzas rurales. Los prefectos presentarían al jefe de la fuerza francesa, lista de las personas dignas de confianza para portar armas que no fuesen de las llamadas de munición. (1)

Algunos vecinos de la villa «General Terán» acaudillados por el jefe Susano Cantú, derrotaron una fuerza que mandaba un individuo llamado Garzoria. Otra contraguerrilla mandada por el teniente Isabey, con cincuenta cazadores de Africa, batió en las cercanías de Terán á la guerrilla mandada por Rodríguez. En los alrededores de Marín se presentó la fuerza republicana al mando de Caneda y salió en su persecución una contraguerrilla de cincuenta hombres al mando del teniente Golstein, que el 20 de Julio sorprendió á sus contrarios en el rancho García; en vano intentó Caneda defenderse, salvándose difícilmente en la fuga.

1 Por orden del comandante de la plaza de Monterrey, Mr. De la Hayrie, todos los habitantes de la ciudad debían depositar en el palacio del gobierno, y en un local designado, las armas que tuvieren en su poder y las registradas ya en las prefecturas. Las armas señaladas con el nombre del dueño respectivo serían devueltas, si se juzgaba necesario. El 10 de Julio de 1865,

El día 3 de Agosto, á media noche salían de Montemorelos con rumbo á Cadereyta, las fuerzas de los jefes Treviño y Naranjo, con cerca de cuatrocientos hombres y á las cinco del siguiente día atacaban cerca de esta villa al contraguerrillero comandante Ney; pero fueron rechazados con pérdidas de consideración y se retiraron para la hacienda de la Purísima.

Monterrey siguió incomunicado con Matamoros y se contaron allí más de cuatro mil individuos emigrados del Sur de la República norteamericana, entre los cuales había jefes y oficiales del vencido ejército confederado. Porción de ellos continuaron hasta San Luis Potosí. Los ex-confederados recibían en Monterrey orden de internarse, y en el territorio mexicano aun conservaban sus uniformes de color gris.

Las autoridades imperiales en la frontera, encontraban á cada paso dificultades en los federales norteamericanos y se aseguraba que gentes de color pertenecientes á éstos engrosaban las bandas de Cortina.

En San Luis Potosí eran esperados á fines de Julio los generales Douay y Neigre, y se acordó que siguiera la construcción de nuevas fortificaciones y la reparación de las antiguas, secundando en esas labores las autoridades políticas.

La columna del coronel Tinajero, después de haber dejado en Monterrey á principios de Agosto, el convoy de mercancías que condujo desde Matamoros, regresaba para este puerto escoltando 180,000 pesos del comercio; pero al llegar al punto llamado *Coma* se detuvo, por haberse dispuesto que todo el numerario de la conducta cuyo valor era de un millón cuatrocientos mil pesos, fuese escoltado no sólo por esa fuerza, sino por una respetable columna francesa de la guarnición de Monterrey.

Las tropas del coronel Escobedo aguardaban á las de Tinajero con cuya descubierta se tirotearon, y al contramarchar los imperialistas envió Escobedo una fuerte sección de caballería, que practicando un rodeo pudiera cortar la retirada á los de Tinajero. En efecto, algunas leguas antes de llegar al Toro, fueron atacados y con dificultad consiguieron abrirse paso, durando el tiroteo tres horas y la columna pudo llegar hasta Cadereyta. Habría sido derrotada antes si no hubieran aparecido rencillas entre los jefes republicanos, dimanando la principal de que Cortina se había declarado abiertamente contra D. Francisco de León que fungía de gobernador liberal de Tamaulipas.

La conducta de platas salió de Monterrey para el puerto de Matamoros; pe-

fué el señalado para efectuar esa operación, y los que no cumplieran lo mandado quedaban sujetos á la aplicación de la ley.

Por su parte el prefecto superior político, J. M. García, dispuso que las autoridades de pueblos, haciendas y ranchos obligaran á los vecinos, mientras se organizaban definitivamente las guardias rurales, á perseguir á las cuadrillas armadas. Las autoridades quedaban responsables y se les pediría cuenta del celo que hubieran desplegado en el cumplimiento de su misión en las respectivas demarcaciones, siempre que por su negligencia dejaran de tomar las medidas necesarias para perseguir y asegurar á los delincuentes.

ro tuvo que regresar por ser muy considerable el número de guerrillas que le interceptaban el paso. Los jefes Escobedo y Aguirre se movían constantemente y amagaban á la ciudad del Saltillo, aquel por el Sur y éste por el Norte. En el mes de Agosto era notabilísimo el incremento que alcanzaban las guerrillas en Nuevo León y Coahuila; el camino de Monterrey á Matamoros estaba infestado de ellas; en crecido número se habían posesionado de Monclova y consumado la ruina de las haciendas del Sr. D. Carlos Sanchez Navarro y tenían en jaque la guarnición de la villa de Parras. (1)

El capitán Ney con su contraguerrilla había ido á expedicionar por Montemorelos sosteniendo con los republicanos diversos encuentros. La guarnición de Monterrey era toda francesa. Quiroga levantaba un cuerpo de quinientos hombres en Nuevo León, habiéndosele incorporado D. Indalecio Vidaurri, con fuerzas reclutadas en Salinas y Villaldama.

Un combate desgraciado para los imperialistas tuvo lugar el 16 de Agosto en un sitio llamado «Paso de las Cabras.» La columna del coronel Tinajero, perteneciente á la división de D. Tomás Mejía, salida de Cadereyta el 8 de ese mes con rumbo á Matamoros, se encontró con las fuerzas mandadas por Escobedo y Espinosa. El día 14 llegaba la columna de Tinajero á la Coma y tropezó con una fuerza enemiga emboscada que lo batió é hizo retroceder para el pueblo de China, y de allí tomó el 16 el camino para Montemorelos, seguido siempre á corta distancia por los republicanos; éstos le dieron alcance en el citado punto de «Paso de las Cabras» donde pelearon los contendientes con encarnizamiento. Vióse obligado Tinajero á huir con unos pocos de los suyos por la hacienda de Santa Librada, dejando todos los pertrechos y material de guerra en poder de sus contrarios.

Había llegado Tinajero en la tarde al rancho de la Coma, donde supo que el general Escobedo, con fuerzas considerables que ascenderían á 1,500 hombres, estaba á dos leguas de distancia en una posición por él elegida. Tinajero contramarchó y llegó á China á las dos de la tarde del día 15, y siguió por la noche su marcha para Montemorelos que ocupaba una fuerza francesa. A las seis de la mañana entró con su columna al desfiladero llamado «Paso de las Cabras» donde fué recibida su vanguardia con nutrido fuego de fusilería, á la vez que también era atacada su retaguardia. El paso ofrecía muchas dificultades, el desorden se introdujo, y para animar á sus soldados se puso á la cabeza de ellos el coronel Tinajero; logró colocar algunas piezas de artillería y hacer fuego con ellas para apoyar el movimiento de la columna y retardar la derrota.

Reunido á los liberales el coronel Canales una fuerza suya al mando del general Albino Espinosa dió alcance á los imperialistas que mandaba el jefe Tinajero, en el citado lugar llamado «Paso de las Cabras,» derrotándolos el 16 de Agosto de 1865. Poco después se unió á los republicanos el general Juan N. Cortina, á instancias del jefe Escobedo, en el cuartel general situado ya en Camargo.

La División que el general Negrete dejó á las órdenes del coronel Escobedo, había operado con suma actividad, avanzando para San Luis Potosí; cerca de Matehuala tuvo un combate con los franceses rechazándolos, y no atacó la población por estar fuertemente guarnecida; en seguida el jefe republicano fué á Guadalcázar y Río Verde donde aumentó y vistió la tropa que llevaba. Creyéndose con fuerza competente, avanzó sobre San Luis, precisamente cuando salían los franceses á su encuentro; se verificaron varios combates, teniendo que retirarse el general Escobedo para el Estado de Nuevo León, con pérdidas notables.

Allí contribuyó á los importantes golpes dados á los imperialistas, uno de ellos en el «Paso de las Cabras,» en la margen izquierda del río de San Juan; el cuartel-maestre de la División, general Albino Espinosa, llevando la brigada de Tamaulipas al mando de los coroneles Canales y Cerda y del coronel Naranjo, atacó el 16 de Agosto á novecientos hombres de los que formaban la División del general Tomás Mejía; el combate duró seis horas, triunfando los republicanos que recogieron carruajes, víveres, y pertrechos de guerra é hicieron muchos prisioneros, habiendo quedado por ambas partes gran número de muertos y heridos.

Los franceses que estaban en Montemorelos, al tener noticia del combate, se pusieron en marcha inmediatamente, pero no llegaron á incorporarse con el coronel Tinajero hasta la mañana del 17, cuando éste había sido derrotado y los republicanos se habían alejado.

La columna que recogió los restos de la fuerza de Tinajero, llegó á Cadereyta el día 20 y allí se detuvo por el gran número de heridos que conducía y por orden del general Jeanningros. En aquella acción fué gravemente herido el coronel

1 Otra conducta que de San Luis Potosí salió para Tampico el 16 de Agosto, llevó más de un millón de pesos é iba custodiada por setecientos franceses. A su paso fueron restablecidas algunas autoridades que andaban errantes. Las guerrillas amagaban desde Saltillo hasta Matamoros interceptando el camino las fuerzas de Cortina, Méndez, Carbajal, Canales, Hinojosa, Cavada y Escobedo. Por Monclova estaban las de Aguirre, Martínez, Zepeda, Lobaton, Recio y otros jefes, y por Piedras Negras, Galindo, Gómez, Garza Melo y Martínez. Los franceses é imperialistas no pudieron atender simultáneamente á tan diversos rumbos, y no se podían aumentar las fuerzas que levantaba Quiroga, por falta de armas. Las tropas francesas solemnizaron el 15 de Agosto; se cantó un Te Deum en la catedral de Monterrey; hubo disparos de artillería y en la noche iluminación en todos los edificios y alojamientos militares.

Los empleados civiles y militares acompañaron á la guarnición francesa en aquella festividad. Las tropas se formaron en la plaza de Zaragoza y desfilaron frente al palacio municipal pasando la columna de honor ante el coronel Jeanningros y el prefecto político. Por la noche tocó la música del regimiento extranjero en la Plaza de Armas. El ayuntamiento repartió limosnas entre los pordioseros de la ciudad, costeadas por los fondos municipales. Las autoridades y empleados pasaron á la casa del general francés para cortejarlo hasta la catedral y después fueron á dejarlo á su alojamiento.

imperialista Montejano y se hizo especial mención de los piquetes de cazadores de Querétaro, Ixmiquilpam y Lanceros de la Barca.

A pesar de las guerrillas consiguió llegar á Tampico, á principios de Septiembre, una conducta de millón y medio de pesos, salida de San Luis Potosí; las fuerzas francesas que la escoltaban pasaron á Tula de Tamaulipas y luego á Victoria.

Otra parte de las fuerzas de Escobedo, al mando del general Lorenzo Vega se apoderó el 21 del mismo Agosto, por sorpresa, de la población de Catorce, donde apenas encontró débil resistencia en el resguardo de serenos; allí tomaron los vencedores cien fusiles y once cajas de parque, y obtuvieron recursos con diez y ocho mil pesos pedidos al comercio. A la vez ocupaba á Tula de Tamaulipas el general Pedro Méndez, después de haber derrotado á la fuerza que salió á batirlo, y desde esa y otras poblaciones que conservó en su poder, tenía en constante alarma á las fuerzas del Imperio, cuya comunicación con el interior les cortó, al grado de que para abrir paso al comercio se pensara en llamar las guarniciones existentes en Yucatán. Apoyábale la fuerza que quedó á las órdenes del general Cortina, quien en unión del general Hinojosa se oponía con frecuencia á las tropas que salían de Matamoros al mando de Olvera y López. Por el centro de Tamaulipas reunía gente con el carácter de gobernador del Estado D. Francisco de León.

El general Florentino López llegaba á Veracruz á mediados de Agosto, pasó á la capital del Imperio y después al interior con objeto de adquirir reemplazos para reponer y aumentar las fuerzas que guarnecían á Matamoros; pero no logró cumplir su misión por haber contraído una enfermedad de la que murió.

El general Douay llegado á San Luis Potosí el 11 de Agosto, era recibido por las autoridades con demostraciones de estimación prodigadas desde la hacienda de la Pila. Iba Douay á tomar el mando de la primera división militar, cuyo centro estaba en aquella ciudad; enarbolaron los pabellones mexicano y francés en los edificios públicos; la plaza principal estuvo adornada y en la noche hubo serenata é iluminación. Cesó entonces en el cargo de comandante superior del Departamento el coronel Laffaille. Douay encontraba trastornado el Departamento y recorrido por guerrillas de consideración, principalmente por el rumbo de Río Verde, habiendo sido atacada la villa de Alaquines el día 4 de ese mismo mes. Desde el día 2 de Junio había llegado Douay á México, recibiéndolo con júbilo jefes y oficiales. Pocos días después le pedía órdenes para Europa el intendente Bonnefonds.

Encontraba Douay el Estado de San Luis Potosí insurreccionado; desde principios de Julio ocupaban los republicanos los distritos de Guadalcázar y Río Verde, estando en el primero el jefe Lorenzo Vega con el título de gobernador del Estado de San Luis Potosí; en el segundo se hallaba el coronel Escobedo que lo era de Nuevo-León. Al retirarse de las inme-



Coronel Pierre Jeanningros.

Jefe de la legión extranjera venida á México con el ejército francés. Los hechos más notables de este jefe tuvieron verificativo en los Estados del Norte, desde que, amagado el puerto de Matamoros, se hizo cargo de la comandancia superior del Departamento de San Luis Potosí, en donde se presentó al frente de un batallón de la legión extranjera. Recorrió el Estado de Tamaulipas y persiguió al General Negrete, después del memorable fracaso en el puerto de Matamoros, obligándolo á retirarse de la Angostura y abandonar el Saltillo y Monterrey. En seguida, Jeanningros dejá aquella región y marcha con sus batallones para el centro del Imperio, saliendo del territorio mexicano con el ejército expedicionario.

imperialista Montejano y se hizo especial mención de los piquetes de cazadores de Querétaro, Ixmiquilpam y Lanceros de la Barca.

A pesar de las guerrillas consiguió llegar á Tampico, á principios de Septiembre, una conducta de millón y medio de pesos, salida de San Luis Potosí; las fuerzas francesas que la escoltaban pasaron á Tula de Tamaulipas y luego á Victoria.

Otra parte de las fuerzas de Escobedo, al mando del general Lorenzo Vega se apoderó el 21 del mismo Agosto, por sorpresa, de la población de Catorce, donde apenas encontró débil resistencia en el resguardo de serenos; allí tomaron los vencedores cien fusiles y once cajas de parque, y obtuvieron recursos con diez y ocho mil pesos pedidos al comercio. A la vez ocupaba á Tula de Tamaulipas el general Pedro Méndez, después de haber derrotado á la fuerza que salió á batirlo, y desde esa y otras poblaciones que conservó en su poder, tenía en constante alarma á las fuerzas del Imperio, cuya comunicación con el interior les cortó, al grado de que para abrir paso al comercio se pensara en llamar las guarniciones existentes en Yucatán. Apoyábale la fuerza que quedó á las órdenes del general Cortina, quien en unión del general Hinojosa se oponía con frecuencia á las tropas que salían de Matamoros al mando de Olvera y López. Por el centro de Tamaulipas reunía gente con el carácter de gobernador del Estado D. Francisco de León.

El general Florentino López llegaba á Veracruz á mediados de Agosto, pasó á la capital del Imperio y después al interior con objeto de adquirir reemplazos para reponer y aumentar las fuerzas que guarnecían á Matamoros; pero no logró cumplir su misión por haber contraído una enfermedad de la que murió.

El general Douay llegado á San Luis Potosí el 11 de Agosto, era recibido por las autoridades con demostraciones de estimación prodigadas desde la hacienda de la Pila. Iba Douay á tomar el mando de la primera división militar, cuyo centro estaba en aquella ciudad; enarbolaron los pabellones mexicano y francés en los edificios públicos; la plaza principal estuvo adornada y en la noche hubo serenata é iluminación. Cesó entonces en el cargo de comandante superior del Departamento el coronel Laffaille. Douay encontraba trastornado el Departamento y recorrido por guerrillas de consideración, principalmente por el rumbo de Río Verde, habiendo sido atacada la villa de Alaquines el día 4 de ese mismo mes. Desde el día 2 de Junio había llegado Douay á México, recibiéndolo con júbilo jefes y oficiales. Pocos días después le pedía órdenes para Europa el intendente Bonnefonds.

Encontraba Douay el Estado de San Luis Potosí insurreccionado; desde principios de Julio ocupaban los republicanos los distritos de Guadalcázar y Río Verde, estando en el primero el jefe Lorenzo Vega con el título de gobernador del Estado de San Luis Potosí; en el segundo se hallaba el coronel Escobedo que lo era de Nuevo-León. Al retirarse de las inme-



Coronel Pierre Jeanningros.

Jefe de la legión extranjera venida á México con el ejército francés. Los hechos más notables de este jefe tuvieron verificativo en los Estados del Norte, desde que, amagado el puerto de Matamoros, se hizo cargo de la comandancia superior del Departamento de San Luis Potosí, en donde se presentó al frente de un batallón de la legión extranjera. Recorrió el Estado de Tamaulipas y persiguió al General Negrete, después del memorable fracaso en el puerto de Matamoros, obligándolo á retirarse de la Angostura y abandonar el Saltillo y Monterrey. En seguida, Jeanningros dejó aquella región y marcha con sus batallones para el centro del Imperio, saliendo del territorio mexicano con el ejército expedicionario.

diaciones de Matehuala y Catorce, Escobedo, Naranjo y Treviño, excursionaron por el rumbo de Tula de Tamaulipas, influyendo mucho la caída de esta villa en que cundiera la revolución por el Estado de San Luis Potosí. [1]

El general Douay dió las gracias á las autoridades de San Luis por el recibimiento que le hicieron, lo mismo que á sus tropas, tomándolo por una manifestación de concordia entre las autoridades, los habitantes y las tropas franco-mexicanas.

En San Luis concibieron grandes esperanzas los imperialistas por los trabajos del ministro Robles Pezuela en la frontera. Había sido obsequiado en Matamoros con un día de campo en paraje pintoresco, diéronle banquetes y bailes algunos ricos comerciantes y adictos suyos, asistiendo á esas fiestas algunos generales y jefes norteamericanos residentes en Brownsville. El ministro se empeñó en la conclusión del teatro, y en la segunda vez que visitó á Matamoros vió el estreno del nuevo alumbrado cuyo establecimiento promovió en su anterior visita á esa ciudad.

También se alentaron los imperialistas porque el coronel Lafaille derrotaba á tres leguas de San Luis Potosí, en el rancho del Portezuelo, sobre el camino de Río Verde, á cuatrocientos republicanos de caballería, en tanto que el teniente coronel De Courcy dispersaba á orillas de Santa María del Río á otro grupo perteneciente á los que mandaba el general Escobedo. Fraccionadas estas fuerzas, principalmente á consecuencia de los movimientos emprendidos por el jefe francés De Courcy, una sección de seiscientos ginetes llevando á Escobedo á la cabeza, tomó el rumbo de Santa María, mientras otra de quinientos se acercó á las inmediaciones de San Luis Potosí.

La columna mandada por de Courcy, estando en Morelia, había recibido orden de trasladarse violentamente al Oriente de San Luis Potosí para desalojar á los republicanos de Río Verde, Valle del Maíz, y demás poblaciones de aquella comarca hasta las márgenes del Río de Bagres, límite de los departamentos de San Luis y Querétaro. Esa columna pasó por Santa Rosa, San José Iturbide, San Luis de la Paz, atravesó el río en Santa María y se dirigió á Río Verde; entonces los republicanos se fraccionaron.

La prolongación de la guerra y el ningún éxito alcanzado por las tropas francesas, hacía exclamar á *La Estaffette*: «Esta guerra ha tomado proporciones de una batida de caza. Los disidentes eluden fácilmente la persecución y el combate; van y vienen, pasan de un distrito á otro y prolongan indefinidamente la resistencia.» Creía posible que se pusiesen en cada Estado dos mil franceses que, reforzados y ayudados con tropas del país, obligarían á los disidentes á someterse ó los esterminarían. El aumento de fuerzas no era para el periódico francés un

(1) El 16 de Julio de 1865 había quedado aprobada la creación de dos zonas militares, una en San Luis Potosí de la que se encargó el general Douay y la otra en Durango al mando del general Castagny.

sacrificio demasiado pesado. «El imperio en este momento—dijo—es un campo que se trata de surcar antes de echarle la semilla.»

Una columna al mando del teniente coronel Subikuski salia de Guanajuato á mediados de Julio, para cuidar las poblaciones de Allende, Hidalgo, San Diego y San Felipe, amagadas por fuerzas republicanas de Tamaulipas. Para este Departamento fué designado, por el gobierno imperial, comandante militar el general Francisco Lamadrid. El comandante La Vallée llegaba el 3 de Julio á Santa Bárbara, con una corta fuerza francesa y permaneció allí diez días; en seguida se dirigió al rancho del Pretil, en la jurisdicción de Horcasitas, y fué constantemente hostilizado por las guerrillas. El grueso de las fuerzas de Méndez, en número de mil hombres se hallaba en la hacienda de la Panocha, jurisdicción de Escandón y tenía este jefe su cuartel general en Ciudad Victoria donde se reunían también las tropas de los generales Hinojosa y Canales. Por entonces salía de Tula el coronel Escobedo llevando alguna gente y los recursos pecuniarios que allí pudo conseguir. Las tropas imperiales que se habían concentrado en Tancasnequi, no habían podido moverse por faltarles medios de transporte y ser muy abundantes las lluvias.

Parte del 2º ligero de Africa, acampado en Tancasnequi, fué conducido á Tampico, de cuyo puerto se retiraba una sección de la legión extranjera. Las fuerzas de Méndez se acercaron á ese puerto y sirvieron de apoyo para que se pronunciara Pánuco, pueblo á doce leguas del mismo puerto.

Las poblaciones de Tamaulipas, principalmente Tula, iban en completa decadencia, á causa de las exorbitantes exacciones, los esquilmos tan ruinosos y el merodeo en toda su fuerza. Las tropas del Estado sacaron fuertes sumas, así como las del coronel Escobedo y otros; el comercio había desaparecido y casi todas las tiendas se habían clausurado; aun las autoridades faltaban; en el campo habían desaparecido las labores, no quedando más que señales de esterminio.

A principios de Agosto regresaba á Matamoros la columna que mandaba el general Olvera, disminuida por las deserciones y por haber muerto muchos soldados á resultas de las fatigas y la insolación. (1)

En el camino de Monterrey á Matamoros, se desarrolló el vandalismo en tan grandes proporciones que no era posible esperar tranquilidad en la frontera. A pocas millas del puerto se situó la guerrilla Zúñiga, que se apoderaba de todo lo que encontraba y aun saqueó el pueblo de China.

Al guerrillero Cortina se le presentaron algunos centenares de soldados de la ex-confederación, los cuales, careciendo de recursos, pasaron al territorio mexicano al mando de un individuo llamado Tijerina, y contribuyeron á la retirada que de Camargo á Matamoros se vieron obligados á efectuar los generales López y Olvera, y al asedio de este puerto, cuyas comunicaciones todas fueron cortadas por tierra. Cortina logró apoderarse de dos vapores que subían el río con destino á Camargo y sostenía cordiales inteligencias con algunos jefes de las tropas de los Estados Unidos, acantonadas en la ribera texana al mando del general Sheridan, quien también le guardaba consideraciones cual si se tratara de un oficial superior de un gobierno amigo, llegando hasta obsequiarlo con un banquete el 4 de Julio.

1 Con motivo del 15 de Agosto, dirigió el general D. Tomás Mejía la siguiente carta al comandante del vapor "Tiriphone," Mr. Colbert.—"Señor comandante: No obstante mis deseos, me es imposible estar á bordo de la "Tiriphone" el 15 de Agosto, mas quiero, al menos, enviaros desde Matamoros mis más ardientes felicitaciones. Permitidme, estimado señor comandante, unir mis votos á los que se elevarán mañana en Francia y en México por la salud y la gloria del Emperador Napoleón, y dignáos aceptar el testimonio de mi afectuosa amistad.—El general de división, *Tomás Mejía*."

Este guerrillero consiguió ser recibido por las autoridades militares de Brownsville con honores y distinciones de carácter oficial, permitiéndole acompañamiento de escolta y Estado Mayor y protegiéndole en todas sus empresas hostiles contra el gobierno de Maximiliano. El general Brown apresaba, con pretestos más ó menos admisibles, embarcaciones que navegaban por el río, y eran sospechadas de imperiales, entre las cuales se contó el vapor «Compadre» despachado por la aduana de Camargo para Matamoros, llevando provisionalmente bandera semejante á la americana, por lo cual fué aprehendido. Por su parte Cortina apresó el vapor «Señorita.»

La acumulación de tropas en Texas, no podía considerarse sino como el desarrollo del designio de establecer un ejército de observación en la frontera con México, en lo cual los norteamericanos infringían la neutralidad que habían ofrecido sostener. El gabinete de Washington motivaba el despliegue de fuerzas sobre Texas, en la necesidad que tenía de reducir prontamente al orden y á la obediencia á ese Estado, profundamente desorganizado y presa de la anarquía; pero la actitud armada en tan cercana vecindad, no podía dejar de ser para el Imperio de Maximiliano causa de inquietudes, y de aliento para los republicanos. La presencia de Sheridan en Brownsville y las demostraciones amistosas á Cortina, así como el paso de negros libertos, armados, al territorio del Imperio, distaban de avenirse con aquella explicación. En el espacio de Brownsville á Davis, población frente á Camargo, tenían los norteamericanos cuarenta mil soldados, en su mayor parte negros.

Maximiliano y Bazaine creyeron conveniente la marcha de un Comisario imperial á Matamoros y fué nombrado el General D. Nicolás de la Portilla, que llegó á ese puerto á principios de Julio; pero en tan malas circunstancias nada pudo hacer, si no fué dictar algunas disposiciones de orden secundario, como la referente á que nadie pudiera salir de Matamoros sin pasaporte. El general Brown siguió protegiendo al guerrillero general Cortina, de cuantas maneras le era posible, tolerando que los juaristas armados pasaran y repasaran el Bravo, y se acuartelaran en la orilla izquierda, donde se les protegía abierta y espontáneamente á la sombra del pabellón americano. Era notoria la tolerancia para que agentes mexicanos reclutaran en aquella banda adictos, y aun se les permitía que tuviesen casas á manera de cuarteles y oficinas públicas de enganche, bajo el

pretesto de colonización é inmigración, figurando de agentes, oficiales y jefes de las tropas de Cortina.

El Estado de Veracruz, aunque en menor escala, participaba del oleaje que azotaba á Tamaulipas. A fines de Junio se levantaron nuevamente los republicanos en Papantla, el Pital, Nautla y Tlapacoyan, movimientos que infundían serios temores por lo reducido de la fuerza austriaca que daba guarnición en Jalapa y era la más próxima á los lugares de los sucesos. Capitaneaban las fuerzas liberales los jefes Manuel Ferrer y Lorenzo Fernández. Estos levantamientos demostraron otra vez, lo inútil de la política que trataba de atraerse á los enemigos, lo mismo que había sucedido con los republicanos sometidos en Zacapoaxtla. Desde luego los sublevados establecieron en Papantla dos maestranzas para elaborar parque, según lo habían hecho también los de la sierra de Puebla.

Los enemigos del Imperio combinaron á mediados de Agosto un nuevo esfuerzo, para revolucionar el Estado de Veracruz que tenía relativa tranquilidad. Habiendo vuelto á insurreccionarse los republicanos de Zacapoaxtla, Papantla y Zongolica, se vaticinó por los conocedores de aquel rumbo la proximidad de un movimiento de consideración en el Estado veracruzano, apoyándose en las guerrillas que se multiplicaban por el lado de Oaxaca y en las que ocupaban la costa de Sotavento. Una sección de quinientos hombres se posesionó del pueblo de Naolinco y de allí fueron rechazados los austriacos que pretendieron tomar la población el 21 de Agosto (1865), con pérdidas de cuatro oficiales. La ocupación de Naolinco era parte del plan para cortar las comunicaciones entre Veracruz y Jalapa, población que había de ser ocupada por las fuerzas de Papantla á las órdenes del general Alatorre, en combinación con otras, internándose á la vez las que en Tlacotálpam tenía D. Alejandro García, hasta los límites de los departamentos de Puebla, Oaxaca y Veracruz. Se llamaría la atención de la autoridad militar de Veracruz con la aparición de guerrillas por el Cocuite. También en el Estado de Oaxaca se hacían esfuerzos para nuevas sublevaciones contra la Intervención y el Imperio, relacionando estos trabajos con los emprendidos en el Estado veracruzano.

El general García, que desde el 29 de Julio había vuelto á tomar el gobierno de ese Estado, aumentaba paulatinamente sus fuerzas, ascendiendo la infantería á 800 hombres, secundado por el coronel D. Manuel Gómez, jefe de la división de la costa. Lamentaba el *Boletín Oficial* de los republicanos, la tardanza en redimir á Alvarado del yugo imperial y la dificultad de que ese puerto pudiera emanciparse por sí mismo.

Las fuerzas que ocuparon á Naolinco, habíanse movido del rumbo de Misantla y de Papantla al mando de Alatorre. En Jalapa levantaron los austriacos fortificaciones y al salir una parte de ellos á observar al enemigo, fueron batidos muriendo varios en la acción. En Zongolica había también guarnición austriaca.

En los tramos de Jalapa á Veracruz y Perote, interceptaban las guerrillas la correspondencia y una parte de las fuerzas del general Alatorre tomó posesión de

Tlacolulam el 21 de Agosto y comenzó á detener por ese rumbo á los transeuntes y se apoderaba de la correspondencia oficial.

Las fuerzas austriacas se dividieron en secciones, de las cuales unas fueron por el rumbo de Tlapacoyan para atacar á los republicanos, distinguiéndose por su actividad el capitán Della Salla y el comandante Hotze.

Aunque en Jalapa se reunieron más de mil hombres en su mayor parte austriacos, y alguna caballería mexicana al mando del general Calderón, no tomaban la iniciativa, sin embargo de que un motín habido en Misantla obligó á evacuar á Naolinco al general Alatorre. Apenas se aislaba del grueso de las fuerzas algún austriaco, caía en manos de las guerrillas que se ocultaban en los alrededores de Jalapa. (1)

Las cercanías de Orizaba estaban también de tal manera inseguras, que era imposible viajar entre esta ciudad y Paso del Macho, sin la certeza de ser robado y maltratado, viniendo á quedar impracticable en gran manera esa arteria que daba la vida á México; las diligencias eran saqueadas, desbalijados los arrieros, y estaba tan difundido por allí el bandidaje, que solamente se atrevían á viajar los que tenían en Veracruz negocios de importancia, abrigándose las bandas de malhechores principalmente en las alturas del Chiquihuite. Las fuerzas de Oaxaca al mando de Figueroa, avanzaron hasta Tehuacán, ciudad guarnecida por austriacos que fueron atacados á principios de Agosto; los imperiales salieron á tirotear á sus enemigos; pero tuvieron que replegarse aunque los austriacos llevaban fuerza auxiliar mexicana que les proporcionó el jefe político. Viéronse obligados á encerrarse en el convento, donde se propuso resistir el jefe austriaco, esperando la llegada de refuerzos; pero antes tuvieron que capitular. Se presentó después que los republicanos abandonaron á Tehuacán, el jefe francés Colonna D'Ornano con la fuerza de los reemplazos que acababan de desembarcar en Veracruz é iban en marcha para Puebla. (2)

Una sección austriaca ocupó á Zongolica, sin resistencia, el 10 de Agosto, habiendo huído muchos de los vecinos que á poco regresaron. La fuerza republicana que se había situado en el cerro de Autencatl al mando de D. Leandro Amador, D. Guillermo Altamirano y D. Vicente Lebrija, fué intimada por el jefe austriaco para que se rindiera; pero durante las pláticas se fraccionó y dispersó.

El 13 de Agosto se supo en Tehuacán, que el jefe republicano Figueroa se aproximaba á los pueblos del Distrito y que había caído sobre la hacienda de Tilapa. Desde luego el subprefecto D. José de Romaña expidió un bando para

1 En el último tercio del mes de Julio comenzó á aparecer en Tlacotálpam un periódico republicano titulado *Boletín Oficial del gobierno de la coalicion de Oriente*, de la que era jefe el general García. Este jefe visitó el cantón de Tuxtla. Estuvo el 17 de Julio con su secretario y Estado Mayor en Saltabarranca, y el 24 en la noche ya se encontraba de regreso en Tlacotálpam, donde contaba con personas adictas y fieles á la causa republicana, entre ellas los Sres. Rafael Junguito y Sebastián A. Bárcena.

2 El 11 de Agosto pasaba por Orizaba el general L'Heriller, acompañado de su escolta, con objeto de embarcarse para Francia.

que todos los hombres tomaran las armas y nombró el Sr. J. M. Couttolene para que organizara á los vecinos que tuvieran caballos, quedando la infantería de auxiliares al mando de los Sres. J. M. Martínez y A. Rangel. Al siguiente día salió en busca del enemigo una fuerza de 35 austriacos, 40 vecinos y algunos piquetes de los pueblos inmediatos, haciendo un total de cien hombres; encontraron á los juaristas en Ajalpa y derrotados los imperialistas retrocedieron, quedando la fuerza austriaca cortada y prisionera.

Los vencedores siguieron sobre Tehuacán, cuya autoridad política y empleados se ausentaron ú ocultaron; el jefe de la plaza D. J. M. Couttolene, se replegó al centro y se sostuvo en algunas casas por espacio de dos horas, al cabo de las cuales sucumbieron los defensores el día 14, quedando prisioneros los jefes Couttolene, Pastor y algunos otros individuos de importancia. También se rindió un grupo de soldados austriacos que habían insistido en defenderse en el convento del Carmen. Los asaltantes ya habían saqueado algunas casas. Figueroa dió garantías y puso en libertad á varios prisioneros, mediante la suma de doce mil pesos que entregó el vecindario. El 15 en la noche evacuaron los republicanos la ciudad, al tener noticia de la aproximación de la columna francesa, recientemente desembarcada en Veracruz, al mando del jefe D'Ornano que salió á los tres días en seguimiento de Figueroa. Este encontró y se llevó de Tehuacán un depósito de más de mil fusiles. (1)

Los republicanos se dirigieron á Coscatlan para internarse en la sierra con el botín. En su retirada siguieron el camino carretero de Oaxaca y encontraron y derrotaron un destacamento austro-mexicano, en el que la mayor parte eran dragones de Triujeque. Fuerzas francesas y austriacas que acudieron del Palmar y Orizaba en auxilio de Tehuacán, permanecieron algunos días en Teotitlán del Camino.

Figueroa iba á organizar sus columnas para efectuar nuevos ataques; su mayor poder consistió en las simpatías de que gozaba por aquellos rumbos, entre los pueblos indígenas que le auxiliaban con noticias y avisos oportunos.

La ciudad de Puebla, donde al principio de la Intervención dominaba el partido imperialista, era después el foco de la oposición republicana, que tenía allí partidarios activos, numerosos y resueltos. Maximiliano había procurado atraerse el afecto público las veces que estuvo en ella; pero en los bailes y convites se notaba ya cierta reserva que podía tomarse por desaire, tal vez porque ofreció poner la administración del Departamento en manos de los liberales. No sólo se vieron manifestaciones populares contra los austriacos, sino que á cada paso había necesidad de ocurrir á la fuerza armada para contener alborotos, entre los cuales fué muy notable el que se verificó á consecuencia de la diversión teatral que organizó D. Jesús López á beneficio de los prisioneros de Oaxaca, pues la autoridad lo-

1 El teniente coronel D'Ornano nombró prefecto interino al Sr. Couttolene, quien al tomar el mando expidió una proclama, ofreciendo mantener á todo trance la tranquilidad pública, respetar todas las opiniones honradas y castigar ejemplarmente los crímenes.

cal, temiendo una manifestación más calurosa de lo que era debido, mandó cerrar el teatro, lo rodeó de fuerza armada, aprehendió á López, é hizo recorrer la ciudad por patrullas, hasta una hora avanzada de la noche.

El Norte del Estado de Puebla no estaba menos revuelto que el Sur. La villa de Zacatlán se hallaba amenazada por fuerzas republicanas reunidas en Ahuacatlán; sobre este pueblo marchó el capitán Kurzrock, con parte del tercer escuadrón de lanceros austriacos y una compañía mexicana de infantería. El capitán logró, á pesar de una vigorosa resistencia, adueñarse de la posición; pero asediado desde luego por fuerzas superiores á las suyas, fué obligado á concentrarse en la iglesia, donde se defendió por espacio de tres horas; herido de dos balazos y con la mitad de su fuerza fuera de combate, se rindió con la que le quedaba de los cincuenta y cinco lanceros que formaban el destacamento austriaco y los diecisiete de la compañía mexicana; Kurzrock que era conducido por dos de sus lanceros, fué matado por un jefe apellidado Pérez, que le disparó un pistoletazo á quemaropa en la cabeza; el oficial del destacamento mexicano y algunos de sus soldados también fueron matados.

La sangrienta acción de Ahuacatlán, dada el 17 de Julio, fué memorable; muchos de los austriacos que á ella concurrieron fueron condecorados por Maximiliano con medallas del mérito militar.

En tanto que Kurzrock atacaba á Ahuacatlán, el general Thun comenzaba sus operaciones en la sierra del lado de Zacapoaxtla. Antes dirigió una larga é insultante comunicación, en su calidad de jefe de la 2ª División Militar, á D. Fernando Ortega que era el gobernador republicano del Estado de Puebla, llamando criminal la conducta de los juaristas de la Sierra, con los imperialistas que tenían en su poder. Dijo que no existía la distinción entre soldados austriacos y mexicanos, y que solamente había un ejército á las órdenes de S. M. el Emperador y al servicio de la causa del orden. Declarábase Thun súbdito mexicano y esto lo publicaría á la faz del mundo entero, para que fueran conocidos los que profanaban las sublimes palabras de Independencia y Constitución.

La campaña de Zacapoaxtla se abrió á mediados de Julio bajo buenos auspicios para los austriacos, que forzaron el paso de Apulco tras un combate de tres horas, en que por ambas partes hubo pérdidas considerables. El 16 de ese mes, una columna de austriacos y mexicanos á las inmediatas órdenes del conde de Thun, después del combate sangriento de tres horas, tomaron las fuertes posiciones de aquel paso. En el mismo día otra columna de fuerzas mexicanas al mando del capitán Tancredo Della Salla, del cuerpo de voluntarios austriacos, atacó á los republicanos que defendían á Tetela del Oro, les hizo prisioneros y tomó armas y municiones. El tercer destacamento de austriacos fué derrotado. Acompañaba á la fuerza austriaca el jefe mexicano D. Juan Calderón.

Con designio de cercar á los indios que al mando del indígena Juan Francisco estaban parapetados en Xochiapulco, mandó el general conde de Thun á Zautla una columna, á las órdenes del capitán conde de Geldesú, compuesta de 30

cazadores, 80 hombres de la guardia rural movil de Zacapoaxtla y 20 de la estable de los Llanos, con orden de reunirse en el mencionado punto con la fuerza del capitán Salla, procedente de Tetela. Este faltó á lacombinación y el capitán Geldesú encontrándose aislado en Zautla, se estacionó en el cementerio desfavorablemente situado y encargó al alcalde que le diese noticia de la aproximación del enemigo. Los cazadores austriacos ocuparon las alturas de la iglesia.

Los republicanos se presentaron la noche del 30 de Julio con cerca de cuatrocientos hombres y rompiendo nutrido fuego avanzaron en tres columnas hasta cerca del cementerio; pero fueron rechazados con grandes pérdidas. La puerta del templo fué agujereada por las balas de los asaltantes y quedaron muertos un austriaco y dos zacapoaxtecos, un rural de los Llanos y varios heridos. Los indígenas de Juan Francisco regresaron á la Sierra, llevándose sus muertos y heridos; el 31 en la mañana el capitán Geldesú se dirigió á Mazapa y luego á Zacapoaxtla, donde los imperialistas les prepararon solemne entrada.

El 18 de Julio por la noche, partia de Teziutlán el teniente Cárlos Grober, con una sección que dividió en dos porciones que habían de batir á Mecapalco, hacienda de Tierra Caliente, ocupada por los republicanos. En algunos ranchos aprehendió Grober á varios jefes principales. La otra sección atacó el punto llamado Los Pocitos, fortificada y defendida por la fuerza de D. Benito Marín é incendiaron las galeras que servían para el abrigo de la tropa. Reunidas ambas secciones en el lugar conocido por "La Garita" regresaron á Teziutlán. Entre los prisioneros hechos en aquella expedición, estaba el general Don Juan Ramírez.

El 17 de Agosto hubo un combate en el pueblo de Jopala entre la fuerza austriaca al mando del Capitán Della Salla y la de Eraclio Sosa, siendo éste derrotado y obligado á dejar la mayor parte de sus municiones, armas y caballos; pero cuatro días después, en la hacienda Tascanta eran sitiadas las fuerzas imperialistas de Istacamastitlán y Aquistla, por las de Juan Francisco Lúcas y tuvieron que romper el sitio con grandes pérdidas. En el mismo día se daba otro combate en San Pedro, rumbo á Papantla, entre las fuerzas que expedicionaban al mando del mayor Hotze y las del jefe Vicente Lara, quedando indeciso el éxito.

Destinadas á la campaña en esos y otros lugares de la Sierra las fuerzas austriacas, salieron todas las que guarnecían á Puebla, que fué ocupada otra vez por los franceses, al comenzar el mes de Septiembre. Por motivos de salud se retiraban entonces de Campeche los austriacos que desde Abril habían guarnecido ese puerto, en cuyo cementerio general yacían sepultados ya más de treinta, de los setenta que habían llegado, es decir, sucumbió cerca de la mitad de la compañía destinada á aquel puerto.

Las condiciones del Estado de Oaxaca no eran mejores que las que guardaba el Estado de Puebla.

El jefe republicano Figueroa, después de la retirada de Tehuacán, siguió



General Luis Pérez Figueroa,

Entre los principales hechos de armas á que concurrió contra la Intervención y el Imperio, resaltó el del pueblo de Ixcatlán, en Mayo de 1866, en cuya vez las fuerzas al mando del General Figueroa derrotaron á mil austriacos. Contribuyó este jefe al ataque que sufrió Oaxaca el 20 de Octubre de 1866, yendo al frente de la primera brigada. Unido al Ejército de Oriente estuvo el 2 de Abril de 1867 en el asalto dado á Puebla y en el sitio de la Capital de la República, de Abril á Junio de ese mismo año.

cazadores, 80 hombres de la guardia rural movil de Zacapoaxtla y 20 de la estable de los Llanos, con orden de reunirse en el mencionado punto con la fuerza del capitán Salla, procedente de Tetela. Este faltó á lacombinación y el capitán Geldesú encontrándose aislado en Zautla, se estacionó en el cementerio desfavorablemente situado y encargó al alcalde que le diese noticia de la aproximación del enemigo. Los cazadores austriacos ocuparon las alturas de la iglesia.

Los republicanos se presentaron la noche del 30 de Julio con cerca de cuatrocientos hombres y rompiendo nutrido fuego avanzaron en tres columnas hasta cerca del cementerio; pero fueron rechazados con grandes pérdidas. La puerta del templo fué agujereada por las balas de los asaltantes y quedaron muertos un austriaco y dos zacapoaxtecos, un rural de los Llanos y varios heridos. Los indígenas de Juan Francisco regresaron á la Sierra, llevándose sus muertos y heridos; el 31 en la mañana el capitán Geldesú se dirigió á Mazapa y luego á Zacapoaxtla, donde los imperialistas les prepararon solemne entrada.

El 18 de Julio por la noche, partia de Teziutlán el teniente Cárlos Grober, con una sección que dividió en dos porciones que habían de batir á Mecapalco, hacienda de Tierra Caliente, ocupada por los republicanos. En algunos ranchos aprehendió Grober á varios jefes principales. La otra sección atacó el punto llamado Los Pocitos, fortificada y defendida por la fuerza de D. Benito Marín é incendiaron las galeras que servían para el abrigo de la tropa. Reunidas ambas secciones en el lugar conocido por "La Garita" regresaron á Teziutlán. Entre los prisioneros hechos en aquella expedición, estaba el general Don Juan Ramírez.

El 17 de Agosto hubo un combate en el pueblo de Jopala entre la fuerza austriaca al mando del Capitán Della Salla y la de Eraclio Sosa, siendo éste derrotado y obligado á dejar la mayor parte de sus municiones, armas y caballos; pero cuatro días después, en la hacienda Tascanta eran sitiadas las fuerzas imperialistas de Istacamastitlán y Aquistla, por las de Juan Francisco Lúcas y tuvieron que romper el sitio con grandes pérdidas. En el mismo día se daba otro combate en San Pedro, rumbo á Papantla, entre las fuerzas que expedicionaban al mando del mayor Hotze y las del jefe Vicente Lara, quedando indeciso el éxito.

Destinadas á la campaña en esos y otros lugares de la Sierra las fuerzas austriacas, salieron todas las que guarnecían á Puebla, que fué ocupada otra vez por los franceses, al comenzar el mes de Septiembre. Por motivos de salud se retiraban entonces de Campeche los austriacos que desde Abril habían guarnecido ese puerto, en cuyo cementerio general yacían sepultados ya más de treinta, de los setenta que habían llegado, es decir, sucumbió cerca de la mitad de la compañía destinada á aquel puerto.

Las condiciones del Estado de Oaxaca no eran mejores que las que guardaba el Estado de Puebla.

El jefe republicano Figueroa, después de la retirada de Tehuacán, siguió



General Luis Pérez Figueroa,

Entre los principales hechos de armas á que concurrió contra la Intervención y el Imperio, resaltó el del pueblo de Ixcatlán, en Mayo de 1866, en cuya vez las fuerzas al mando del General Figueroa derrotaron á mil austriacos. Contribuyó este jefe al ataque que sufrió Oaxaca el 20 de Octubre de 1866, yendo al frente de la primera brigada. Unido al Ejército de Oriente estuvo el 2 de Abril de 1867 en el asalto dado á Puebla y en el sitio de la Capital de la República, de Abril á Junio de ese mismo año.

reuniendo gente é intentaba apoderarse de la Cañada; dominaba en casi todo el distrito de Tuxtepec y gran parte del de Teotitlán. El 27 de Julio cayó con fuerzas de infantería y caballería sobre el pueblo de Quiotepec, entre Teotitlán y Cuicatlán, en el camino de Tehuacán á Oaxaca; se llevó el armamento allí reunido y algún dinero á título de préstamo y de contribuciones, y en seguida se retiró para la Sierra, donde estableció su cuartel general y aumentó sus tropas. Atribuyóse tan violenta retirada, sin haber hecho tentativa alguna de hostilidad respecto de Teotitlán ó Cuicatlán, á la circunstancia de que un destacamento austriaco de caballería, procedente de Oaxaca, pernoctaba en aquella fecha á corta distancia del lugar invadido. Este destacamento y otros procedentes de Puebla, se reunieron en Tehuacán á fines de Julio, con motivo del levantamiento efectuado en Zongolica por indígenas de la Sierra, que eran apoyados por la fuerza de Figueroa.

Los pronunciados daban por causa del movimiento que ejecutaron, no haber cumplido el Imperio las promesas y haber faltado, por lo contrario, al programa de su política liberal. Las ventajas que á los republicanos proporcionó el movimiento militar de Zongolica, eran innegables, debidas principalmente á su situación geográfica y militar que tantas facilidades prestaron á los republicanos de la Costa. Además, los descontentos tenían allí otro centro de reunión y los republicanos de Oaxaca, así como los de la Costa, adquirían un intermedio para ponerse en contacto y dirigir uniformemente sus operaciones.

En el Departamento de Oaxaca se levantaron también contra el Imperio, los pueblos de San Pablo Guelatao y Yalalo.

El 16 de Agosto era asaltada la Villa de Etla por una guerrilla que se presentó á las tres de la mañana en grupos, de los cuales uno se dirigió á la cárcel y puso en libertad á los presos, y otros á la casa del subprefecto Carriedo que aun estaba en la cama, á consecuencia de varias heridas graves que recibiera, y á la vez fueron saqueadas las casas de los jueces y del comisario municipal. También fué atacado por otra guerrilla el pueblo de Putla, en los límites entre Oaxaca y Guerrero, llevándose los asaltantes para la hacienda de la Providencia, á varias personas que allí estaban refugiadas. El gobierno imperial creyó entonces necesario aumentar la guarnición austriaca en la ciudad de Oaxaca.

En el combate que sostuvo Figueroa, después de su retirada de Tehuacán, con una fuerza austriaca al mando del comandante superior de Oaxaca, M. Klein, en la margen del Río Salado y en el paraje llamado el Trapichito, contaron los austriacos más de veinte muertos y cuarenta y ocho prisioneros, algunos de ellos heridos.

El teniente coronel D'Ornano, después de haber permanecido en Tehuacán, marchó para México con los diversos destacamentos que estaban á sus órdenes, dejando guarniciones francesas en Teotitlán y Tehuacán. D'Ornano nada pudo recoger del considerable botín que se llevaron las fuerzas de Figueroa. Apoyadas en éstas avanzaron varias secciones hasta cerca de Córdoba, y salían al camino

que une esa ciudad con Veracruz, para hostilizar á los viajeros y comerciantes que por allí transitaban.

Grande alarma causaron los asesinatos y robos perpetrados en Tilapa, Etla y Huitzo, por indígenas del pueblo de Nacaltepec, Jayacatlan y Atatlauca. El General Figueroa dirigió una carta al Conde de Thun, proponiéndole el canje de los austriacos prisioneros en Ajalpa y el Salado, por los de Oaxaca que estaban en Puebla.

El Visitador imperial consideró indispensable marchar con una sección de las tres armas á despejar la Cañada, de las guerrillas que interceptaban el camino y perseguir á los que habían caído sobre Etla y Huitzo. En la ausencia del Sr. Franco, quedó encargado de la perfectura del Departamento el Licenciado D. Juan M. Santaella.

Día por día iban creciendo los peligros que amagaban la ciudad de Oaxaca, y en consecuencia, cundía la alarma en todo el Departamento. El General Figueroa, con los elementos que sacó de Tehuacán, había logrado insurreccionar toda la sierra y la Cañada en una extensión de más de cuarenta leguas. En el campamento republicano se contaba con anticipación, que se evadiría de Puebla el General Porfirio Díaz, y se recibían y depachaban comisionados para promover el alzamiento de todos los pueblos. Las guerrillas interceptaban la comunición por el camino directo. Figueroa aumentaba y equipaba su gente, habiéndosele incorporado algunos oficiales salidos de Oaxaca por esos días, sin que influyeran en disminuir la revolución, los esfuerzos de la caballería austriaca que derrotó y dió muerte á algunos guerrilleros en Tecomavaca y luego fué derrotada en unión de la de Triujeque. Los imperiales seguían el camino de la Mixteca, dominando en Teotitlan Figueroa. Las fuerzas austriacas no podían dedicarse en su totalidad únicamente á una campaña sobre Oaxaca, porque tenían puntos interesantes á que atender entre otros la Huasteca.

En previsión de los acontecimientos que al fin estallaron en esa zona, el capitan Vignotti, comandante superior del Departamento de Querétaro, había destacado una sección de zuavos y rurales en observación para la villa de Jalpam, tan luego que supo la toma de Tula de Tamaulipas por el coronel Pedro Méndez. La sección siguió la vía de Cadereyta, Peñamiller y Amoles. Los nuevos sucesos de la Huasteca causaron honda impresión y se atribuyeron, ya á que el coronel Ugalde carecía de prestigio militar, ya á que le importaba poco el cumplimiento de lo pactado. La reaparición de los revolucionarios en aquella parte del territorio, era un suceso esperado por todos los que habitaban en ese rumbo; aceleraron la explosión los movimientos que ejecutó el coronel Méndez en la parte oriental de San Luis Potosí, después de la ocupación de Tula, á lo que se unió la sorpresa que sufriera Huejutla, población la más caracterizada de la Huasteca, y en seguida se posesionaron los republicanos de San Mateo, Tamazunchale y Tancanhuitz, desde donde se ponían en comunicación con las guerrillas de Méndez, apoyándolos los pueblos de Lagunillas y Rayón, siempre adictos á la causa republicana; entonces cundió por toda la Huasteca el fuego revolucionario, sometida hacía poco en apariencia, al Imperio.

De Querétaro eran enviadas á Jálpam armas y municiones para proveer á la defensa contra cualquier amago por la Huasteca, y otro tanto se hizo con Amealco y aun con Jerécuaro y Salvatierra, empeñándose Bazaine en que estuviera resguardada la Sierra de un ataque de los republicanos. Los liberales llegaron á posesionarse de Río Verde el 16 de Julio, y á consecuencia de esa ocupación destacaron fuerzas sobre Jálpam.

La insurrección creció por el lado de la Huasteca: el jefe republicano Méndez ocupó con sus fuerzas á Tamuin y Bagres y se dirigió hacia Tancanhuitz; otra sección entró á Zimapam y se dirigió á Ixmiquilpam. Fuerzas del imperialista Velarde, situadas en Jilitla cuidaban aquel rumbo, y allí se concentró el subprefecto D. Jesús Martel con unos cuantos de sus adictos.

José Escamilla batió el 13 de Julio en San Agustín Eloxochitlan, la fuerza del jefe imperialista Larrañaga pereciendo una parte de ella y quedó prisionera la restante, salvándose por casualidad el jefe.

El departamento de Túxpam parecía tranquilo, no obstante los amagos de los republicanos de Papantla y haberse posesionado de Huejutla la fuerza de José Escamilla y de Martínez; pero sometido al Imperio el jefe Mascareñas con toda su fuerza, pareció que aquel departamento, con excepción de Papantla que conservó su aspecto hostil, gozaba de tranquilidad.

A fines de Julio salía de México el coronel D. Agustín Camacho nombrado por el Imperio prefecto y comandante militar de Huejutla, é iba á ponerse al frente de las fuerzas imperialistas que expedicionaban en la Sierra.

Sublevada una partida de rurales en Omitlán, cerca del Mineral del Monte, el 27 de ese mes, se dirigieron violentamente á Zacualtipam, buscando la Huasteca; pero alcanzados por fuerzas de caballería al mando de Cortazar que salió á perseguirlos, fué aprehendido y matado desde luego el jefe de ella; Benito Pérez y los demás consignados á la Corte Marcial. Entonces quedó nombrado el coronel D. Silverio Ramírez comandante militar de Zacualtipam.

El jefe León Ugalde se presentó con su caballería frente á Huichapam en la mañana del 8 de Septiembre, después de recorrer las haciendas de Tintó y Mixtó, de las que tomaron caballos, acémilas, la ropa y el dinero que encontraron; luego pasaron á Tasquillo y Comadodegé cometiendo en todos estos lugares los hechos de costumbre. Al saber que los franceses estaban en Chapantongo se fueron los guerrilleros para Zimapam á unirse con la infantería, ascendiendo á 800 los allí reunidos. Figuraba ya entre ellos el guerrillero Fragoso que se pronunció en Mixquihuala, y después de estar en San Francisco, la Goleta y San Antonio Tula, se unió con Ugalde en Alfajayucan, hácia donde se dirigieron 300 franceses y 100 mexicanos al mando del coronel De Courcy.

Estos derrotaron el día 13 una parte de las fuerzas de Ugalde entre Zimapám y la Encarnación, quitándoles armas, caballos y parte del botín que ha-

bían tomado en haciendas y otras poblaciones pequeñas. A causa del aumento que tuvieron las guerrillas, abandonaron á Tulancingo los austriacos para retirarse á Pachuca, amenazada por Fragoso, dejando el servicio militar encargado á los vecinos.

El Distrito de Jilotepec estuvo en poder de los guerrilleros León Ugalde y Castillo, que llevaban peones recogidos en las haciendas por donde transitaban. Ugalde fué á unirse al Mezquital con Martínez que amagaba á Ixmiquilpam, en combinación con Fragoso que acababa de sublevarse otra vez proponiéndose todos tomar á Tula de México. Fortificado y defendido por el General Eligio Ruelas el pueblo de Tepeji del Río, resolvió esperar allí á sus contrarios que ascendían ya á un número considerable. Una de las guerrillas, al mando de un individuo llamado Espinosa, sorprendió y derrotó al resguardo de San Francisco Soyaniquilpam que cuidaba el camino del Interior, cuya comunicación quedó interrumpida; establecieron los guerrilleros su campo en la hacienda de Chapantongo, encontrando todos los republicanos del Estado de México, sólido y valioso apoyo en el de Michoacán. En Toluca causaban constantes alarmas las guerrillas de Castillo, Granda, Moreno y otros. Fué nombrado prefecto del departamento de Tula el General Eligio Ruelas y del de Iturbide el General Casanova.

Los republicanos invadieron en los principios de Agosto á Almoloya al mando de un jefe apellidado Serrano, y se llevaron á varias personas por las que pedían rescate. Cayeron sobre la hacienda del Río los guerrilleros Serrano, Vieyra y Garduño, y la destruyeron, haciendo otro tanto con las fincas que rodean el Salitre; volvieron á saquear algunas casas de Almoloya y también se llevaron para exigir rescate, á varios individuos por el rumbo de Ayala y Tierra Quemada. El día siguiente 5, llegaba á Toluca, procedente de Maravatío, la fuerza del coronel Lamadrid y una sección de rurales que había escoltado al coronel Méndez. Abandonado Zitácuaro por la sección francesa que entró á Toluca el día 7, fué ocupado desde luego ese pueblo por el guerrillero Ugalde á quien se le reunieron varios de sus copartidarios.

Cerca de Toluca siguieron merodeando fracciones de guerrillas independientes de las de Ugalde, cuyo efectivo ascendía á mil hombres. Fuerzas francesas unidas á las del comandante Muñoz, que iban á Toluca por Ixtlahuaca, retrocedieron violentamente para Zitácuaro y reunidas á las del coronel Méndez batieron á las de Ugalde.

Este guerrillero había derrotado en San Felipe una fuerza de la guardia municipal de México; fusiló al jefe y á algunos oficiales y se llevó prisioneros á muchos de los soldados. Los guardas que resistieron eran sesenta infantes y veinte ginetes á las órdenes del capitán Moncada; que estando de guarnición en Toluca, recibió orden de reunirse en México con el grueso del batallón; pero el coronel Méndez dispuso que dicha fuerza se dirigiera á San Felipe y allí fué batida, quedando muertos los capitanes Moncada y Concha, y el alférez Galindo.

Apoyábanse los Estados de Michoacán y México en el de Guerrero, que guardaba una actitud amenazadora respecto al Imperio. Para someterlo teníase calculado que eran necesarios al menos cuatro mil soldados, estableciendo cinco colonias militares, tres en la Sierra Madre y dos en la Costa Chica; se emplearían en ellas los soldados franceses que habiendo cumplido su tiempo se retiraban por no encontrar aquí ocupación ó aliciente. Entre las guerrillas que se hacían notables por el rumbo de Teloloápan, contábanse las de Cenobio Bustamante y del temido indígena Felipe Piedra-Gorda.

Los guerrilleros republicanos continuaron viviendo sobre las cortas poblaciones y haciendas que rodean á Teloloápam, cuyo pueblo fué sitiado en el mes de Agosto. El distrito tenía muy poca fuerza imperialista y no se llegó á organizar allí la guardia rural. El guerrillero Cenobio Bustamante asoló aquellos pueblos con levas, contribuciones y toda clase de gabelas. El día 26 de Julio se acercaron los republicanos hasta las garitas de aquel lugar y lo tirotearon por varios puntos. De Cuernavaca participaban al jefe Abraham O. de la Peña, que el capitán D. José Roman, del Regimiento de Iguala, había derrotado á una guerrilla de juaristas procedentes de la cuadrilla de Tonalapam. En el Sur de México fué notable el combate verificado cerca de Ixcatepec, entre las fuerzas del coronel Lucio Loaiza, imperialista, y las que mandaba el republicano Bustamante, que se retiró.

Divididos los republicanos en varias partidas, se acercaban á Morelia cuyo perímetro fortificado era mucho menor que el que anteriormente tuvo; corrían á refugiarse en esa ciudad, multitud de familias procurando librarse de las atrocidades que recordaban las que cometió el célebre Rojas. Cuitzeo, Huaniqueo, Huango y otras muchas localidades fueron el teatro del más desenfrenado vandalismo; las chusmas desenfrenadas de Troncoso y Ugalde, los restos de la fuerza de Pueblita y otras robaban, abusaban de la debilidad femenil y saqueaban los templos que convertían en cuarteles y lugares de prostitución. La situación en Michoacán era de miseria, asesinatos y desolación en todos sentidos.

Distrito hubo, como el de Puruándiro, que estuviera constantemente ocupado por los guerrilleros, y se cometieron tales excesos, que los jefes de categoría convocaban á los vecinos y les pedían auxilio para perseguir y castigar á los bandidos de la clase de los Troncoso y otros, aunque militaran bajo la misma bandera constitucionalista.

A principios de Agosto se estableció en Maravatío el coronel Méndez con sus fuerzas, estando designado ya comandante militar del departamento de Michoacán desde el 28 de Julio, por haber sido llamado á México el General D. Luis Tapia que ocupaba dicho puesto. El coronel Van-der-Smissen quedó de comandante del distrito de Morelia.

Los republicanos de Michoacán establecieron un periódico que se publicaba en San Antonio de los Huertas con el nombre de *La República*; era su redactor principal D. Gregorio Pérez Jardón y apoyaba el derecho que asistía al Presidente Juárez para solicitar el auxilio activo de los Estados Unidos, así como que

esta nación estaría en su perfecto derecho para concederlo, y sostuvo la doctrina de Monroe; confesó el desastre sufrido en Tacámbaro por los republicanos el 16 de Julio, aunque disminuyendo las proporciones del suceso y refirió que Arteaga estuvo á punto de caer en manos de los imperiales. (1)

Reanimados los republicanos de Michoacán, procuraron introducir orden en sus filas y en la percepción de los impuestos, asignaron á las fincas rústicas una contribución mensual cuyo *mínimum* no bajaría de cien pesos y el *máximum* no pasaría de dos mil, haciéndose arbitrariamente la cuotización.

El 14 de Agosto derrotaba el coronel Méndez, en el llano de San Miguelito, á una fuerza de trescientos hombres que mandaba Ugalde, haciéndole gran número de muertos y prisioneros y cogiéndole muchas armas. El 11 del mismo mes era saqueada la villa de Tarétan por una guerrilla al mando de Jesús Díaz; en el ataque perecieron algunos de los vecinos; esta fuerza regresó el siguiente día á Uruápam.

Maximiliano, en su afán por salir de la embarazosa situación que guardaba, procuró que la empresa constructora del ferrocarril entre México y Veracruz, procediera desde luego á sus trabajos en el trayecto de la Capital á Puebla, por los Llanos de Apam. Accediendo á los deseos que manifestó el Monarca, la Compañía comenzó con actividad los terraplenes y dictó las órdenes conducentes al logro de aquellos deseos, no obstante que aumentaba considerablemente el gasto de los fletes con el transporte de los rieles y del material necesario para la obra.

Dispuso Maximiliano en el mes de Junio, que el puerto de Túxpam, volviera á ser de altura, por lo cual el Ayuntamiento de aquella localidad le dió un voto de gracias.

Poco después eran convocados por avisos públicos los tenedores de bonos Jecker, para que en almoneda se amortizara la cantidad de $333,333 33, conforme al arreglo celebrado el 10 de Abril de 1865. El remate debía verificarse el 20 de Agosto en la sección 4ª del Ministerio de Hacienda, á las doce del día, admitiendo los bonos por su valor nominal, á lo más, deduciendo el 60 por ciento de capital, según el citado arreglo.

Habiendo remitido Maximiliano la suma de trescientos mil florines para concluir el palacio de Miramar, esparciéronse desfavorables comentarios propagados por los enemigos del Imperio, acusándole de que, á pesar de la penuria del tesoro mexicano, había el Emperador sacado del país una cantidad tan considerable para subvenir á los gastos de las obras aun no concluidas en aquel castillo.

Maximiliano aceptó un donativo hecho á la Emperatriz por el coronel Abraham Ortiz de la Peña, consistente en la casa en que se firmó el plan de Iguala y concedió á D. Francisco Pimentel que pudiera usar el título de conde de Heras.

La creciente decadencia del Imperio se notó, en que ninguna demostración

(1) Insertó *La República*, en su número de 7 de Agosto, la proclama expedida por Juárez en Chihuahua, á fines de Abril.

oficial y pública se hizo para solemnizar el segundo aniversario de la proclamación de la Monarquía y de la elección del soberano verificada dos años antes por la Asamblea de Notables; solamente se dió en la Corte la noche del 10 de Julio un gran baile. (1)

(1) Comenzó cerca de las nueve con la cuadrilla de honor, en la que Maximiliano bailó con la esposa del general Bazaine y éste con la Emperatriz, figurando en el mismo grupo el gran Mariscal de la Corte, el gran Maestro de Ceremonias, los ministros de Austria, Francia, Bélgica, Inglaterra, España é Italia y otros representantes extranjeros, y algunas damas de honor y de Palacio. Los salones, las escaleras, los corredores y el comedor en el que fué servida la mesa con magnificencia, estaban adornados é iluminados con profusión y buen gusto. Los Emperadores se retiraron á las doce de la noche, á cuya hora terminó la fiesta. También concurrieron el general Douay y los Ministros de Fomento é Instrucción pública.

"*Ceremonial para el día* 6 *de Julio de* 1865, *fiesta del cumpleaños del Emperador.*—1 A las ocho de la mañana, la Emperatriz irá en coche á la Catedral, de gran gala.—2 El orden de los coches se arreglará según el formulario.—3 La guarnición de México estará formada en la plaza mayor desde las siete y media de la mañana. La tropa formará valla desde la puerta del centro de Palacio hasta la del centro de Catedral, y desde allí por ambos lados del coro hasta el altar mayor. Al avistar á la Emperatriz, las tropas presentarán las armas, batirán marcha y todas las músicas tocarán.—4 Cuando llegue la Emperatriz al atrio de Catedral se formará el séquito en el siguiente orden:—Los Secretarios de las Ceremonias.—Los Capellanes de la Corte.—Los Médicos de la Corte.—El Secretario de la Intendencia.—El Tesorero.—Los oficiales de ordenes.—Los chambelanes.—Los ayudantes de campo.—El intendente general de la lista civil.—El gran chambelán de la Emperatriz y el gran maestro de ceremonias.—El gran Mariscal de la Corte.—S. M. la Emperatriz.—Las Damas de Palacio.—Las Damas de honor.—A la derecha de S. M. irá el capitán de la guardia palatina y á la izquierda el chambelán de servicio.—5 El Arzobispo, acompañado del Cabildo, recibirá á la Emperatriz en la puerta principal de la Catedral y le presentará el agua bendita.—6 El Arzobispo y el Cabildo se colocarán en el séquito entre el intendente general de la lista civil y el gran chambelán de la Emperatriz, y en este orden acompañarán á S. M. hasta el dosel.—7 La guardia palatina esperará á S. M. á la entrada de la Catedral y formará valla acompañándola.—8 Todas las autoridades, la oficialidad y los empleados deberán encontrarse ya en el lugar que de antemano estará dispuesto para ellos en la Catedral, ocupando cada uno el puesto que le corresponda por su jerarquía, según el diseño adjunto.—9 El Arzobispo celebrará la Misa de pontifical.—10 Después de la Misa, el Arzobispo cantará el *Te Deum* y el *Domine salvum fac*, y en seguida acompañará á la Emperatriz hasta la puerta, observándose en este acto el mismo orden que en su recibimiento.—11 La Corte volverá al Palacio en el mismo orden prefijado para ir á la Catedral.—12 Los cañonazos y repiques anunciarán los momentos solemnes de la función.—13 Después de la función religiosa, se reunirán en la gran sala todas las autoridades, la oficialidad y los empleados, y se colocarán según su jerarquía.—14 La Emperatriz saldrá entonces de su departamento acompañada del gran servicio de Honor; irá á la gran sala y llegará hasta cerca del trono, donde se mantendrá de pie para recibir las felicitaciones que, en un discurso alusivo á la circunstancia, le dirigirá el ministro de Estado interino, en nombre de todos los presentes.—15 La Emperatriz se dignará contestar al ministro de Estado.—16 Seguirá después el desfile en el orden siguiente:—El ministro de Estado con los ministros.—El presidente del Consejo de Estado con los consejeros efectivos y honorarios.—El Mariscal Bazaine con toda la oficialidad.—El presidente del Supremo Tribunal con todos los magistrados, jueces y el tribunal mercantil.—El Arzobispo con todo el clero.—El prefecto departamental con el Consejo del departamento.—El prefecto municipal con los regidores.—Los subsecretarios de los ministerios, acompañado cada uno de los empleados de sus ministerios respectivos y con los de las oficinas que dependen de ellos.—El orden será el siguiente:—El de Estado.—El de negocios extranjeros.—El de Justicia.—El de Gobernación.—El de Instrucción Pública.—El de Fomento.—El de Guerra.—El de Hacienda.—17 El gran maestro de ceremonias se colocará en frente de la Emperatriz, para anunciarle las corporaciones en el orden que se vayan presentando.—18 Los secretarios de las ceremonias cuidarán de que el orden en la sucesión de las corporaciones no se interrumpa.—19 Todas las personas tendrán que asistir de gran uniforme ó de frac y corbata blanca. El luto de Corte se suspenderá ese día.—20 A las seis de la tarde habrá en Palacio un banquete.—21 El gran Mariscal de la Corte y Ministro de la Casa

Con motivo de la festividad del 15 de Agosto, dedicada á Napoleón III, ofreció Maximiliano en Chapultepec un banquete al que concurrieron los representantes de los diversos cuerpos del ejército expedicionario residentes en la capital. (1) Celebróse aquel aniversario con Te-Deum cantado en la catedral, oficiando el capellán mayor del ejército, y concurrió al acto toda la guarnición, presidida por el Mariscal Bazaine, acompañado de las autoridades civiles y militares. Siguió á la ceremonia religiosa, una revista militar y concluyó el día con el banquete en Chapultepec, en el que estuvieron sesenta oficiales franceses. A los postres, el Emperador y la Emperatriz se pusieron en pie, haciendo lo mismo todos los convidados, y Maximiliano dijo: "Señores, brindo á la salud de nuestro gran Soberano, y de mi muy amado aliado el Emperador Napoleón." Palabras que fueron seguidas de las más entusiastas aclamaciones de los comensales.

Bazaine respondió inmediatamente: "A nombre del cuerpo francés, cábeme la satisfacción y la honra de expresar á V. M. cuánto me afectan sus deseos en favor de nuestro augusto Soberano, y cuán reconocidos estamos á V. M. por su constante benevolencia hácia nosotros; y aseguro á V. M. que puede contar con nuestra adhesión. ¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz!"

En esa noche se abrieron los salones del Palacio de Buenavista, para el sarao que se verificó bajo los auspicios de la Mariscala Bazaine.

La política de conciliación seguida por Maximiliano le producía fatales resultados; en Aguascalientes volvían á levantarse los Chávez y otros republicanos que se habían sometido, imitando lo acaecido en la Huasteca y Zacapoaxtla. Aconteció lo mismo por diversos rumbos, al grado de ser pocos los Departamentos en que algunos cabecillas liberales, que habían aparentado someterse, no reaparecieran en el campo de la revolución; por todo el territorio, jefes republicanos con cuya adhesión contó el Imperio, hacían á un lado esa fingida sumisión que habían ofrecido tan solo con objeto de ganar tiempo.

A mediados de Julio convino Maximiliano en que, para dar mayor concentración y vigor á las operaciones militares, se formaran dos grandes mandos, uno compuesto de las 3ª y 5ª divisiones territoriales, cuya capital debía ser San Luis Potosí, al mando del general Douay, y el otro de la 6ª y 8ª, con su capital en Durango, siendo su jefe el general Castagny. A estos generales correspondía la dirección superior de las operaciones militares, así como los movimientos de las tropas mexicanas y francesas que se encontraban en esas demarcaciones; los co-

Imperial, pronunciará durante la comida, en el momento oportuno, un brindis alusivo á la festividad.—El gran maestro de ceremonias, *F. S. Mora.*

1 Para los banquetes dados en la Corte, se presentaba con anticipación el programa respecto á los platillos:—*Comida del día* 26 *de Julio de* 1865.—Sopa á la Colbert.—Pasteles de ostras.—Costillas de pichones á la Mariscala.—Filete de carnero á la jardinera.—Ocas en salsa de venados.—Ponche á la Romana.—Filetes de aves á la Villeroy.—Mollejas á la Trianon.—Turbantes de filetes de pescados á la italiana.—Aspic á la Parisiense.—Espárragos en salsa.—Chícharos á la francesa.—Pavos trufados.—Filetes de ternera con berros.—Ensalada de achicorea.—Budin de arrow-root.—Carlota de perones.—Jalea de Rhum.—Conserva de todas frutas.—Queso y mantequilla.—Helado de marrasquino.—Fruta y postres.



Sra. Josefa de Iturbide.

Cuando el Emperador Maximiliano resolvió adoptar á dos nietos de D. Agustín Iturbide con objeto de establecer sucesión á la corona imperial, expidió un decreto el 16 de Septiembre de 1865, concediéndoles el título de Príncipes, que hizo extensivo á la Sra. Josefa, hija del Libertador mexicano. Se declaró Maximiliano tutor de los dos Príncipes y designó cotutora á la Sra. Josefa de Iturbide, la que fué considerada desde entonces como perteneciente á la familia civil del Emperador Maximiliano; se le daba el tratamiento de Alteza, sin obligación de devolver visitas sino á determinado número de personas. En la iglesia había de ocupar la primera línea y asiento cubierto con terciopelo.

Con motivo de la festividad del 15 de Agosto, dedicada á Napoleón III, ofreció Maximiliano en Chapultepec un banquete al que concurrieron los representantes de los diversos cuerpos del ejército expedicionario residentes en la capital. (1) Celebróse aquel aniversario con Te-Deum cantado en la catedral, oficiando el capellán mayor del ejército, y concurrió al acto toda la guarnición, presidida por el Mariscal Bazaine, acompañado de las autoridades civiles y militares. Siguió á la ceremonia religiosa, una revista militar y concluyó el día con el banquete en Chapultepec, en el que estuvieron sesenta oficiales franceses. A los postres, el Emperador y la Emperatriz se pusieron en pie, haciendo lo mismo todos los convidados, y Maximiliano dijo: "Señores, brindo á la salud de nuestro gran Soberano, y de mi muy amado aliado el Emperador Napoleón." Palabras que fueron seguidas de las más entusiastas aclamaciones de los comensales.

Bazaine respondió inmediatamente: "A nombre del cuerpo francés, cábeme la satisfacción y la honra de expresar á V. M. cuánto me afectan sus deseos en favor de nuestro augusto Soberano, y cuán reconocidos estamos á V. M. por su constante benevolencia hácia nosotros; y aseguro á V. M. que puede contar con nuestra adhesión. ¡Viva el Emperador! ¡Viva la Emperatriz!"

En esa noche se abrieron los salones del Palacio de Buenavista, para el sarao que se verificó bajo los auspicios de la Mariscala Bazaine.

La política de conciliación seguida por Maximiliano le producía fatales resultados; en Aguascalientes volvían á levantarse los Chávez y otros republicanos que se habían sometido, imitando lo acaecido en la Huasteca y Zacapoaxtla. Aconteció lo mismo por diversos rumbos, al grado de ser pocos los Departamentos en que algunos cabecillas liberales, que habían aparentado someterse, no reaparecieran en el campo de la revolución; por todo el territorio, jefes republicanos con cuya adhesión contó el Imperio, hacían á un lado esa fingida sumisión que habían ofrecido tan solo con objeto de ganar tiempo.

A mediados de Julio convino Maximiliano en que, para dar mayor concentración y vigor á las operaciones militares, se formaran dos grandes mandos, uno compuesto de las 3ª y 5ª divisiones territoriales, cuya capital debía ser San Luis Potosí, al mando del general Douay, y el otro de la 6ª y 8ª, con su capital en Durango, siendo su jefe el general Castagny. A estos generales correspondía la dirección superior de las operaciones militares, así como los movimientos de las tropas mexicanas y francesas que se encontraban en esas demarcaciones; los co-

Imperial, pronunciará durante la comida, en el momento oportuno, un brindis alusivo á la festividad.—El gran maestro de ceremonias, *F. S. Mora.*

1 Para los banquetes dados en la Corte, se presentaba con anticipación el programa respecto á los platillos:—*Comida del día 26 de Julio de* 1865.—Sopa á la Colbert.—Pasteles de ostras.—Costillas de pichones á la Mariscala.—Filete de carnero á la jardinera.—Ocas en salsa de venados.—Ponche á la Romana.—Filetes de aves á la Villeroy.—Mollejas á la Trianon.—Turbantes de filetes de pescados á la italiana.—Aspic á la Parisiense.—Espárragos en salsa.—Chícharos á la francesa.—Pavos trufados.—Filetes de ternera con berros.—Ensalada de achicorea.—Budin de arrow-root.—Carlota de perones.—Jalea de Rhum.—Conserva de todas frutas.—Queso y mantequilla.—Helado de marrasquino.—Fruta y postres.



Sra. Josefa de Iturbide.

Cuando el Emperador Maximiliano resolvió adoptar á dos nietos de D. Agustín Iturbide con objeto de establecer sucesión á la corona imperial, expidió un decreto el 16 de Septiembre de 1865, concediéndoles el título de Príncipes, que hizo extensivo á la Sra. Josefa, hija del Libertador mexicano. Se declaró Maximiliano tutor de los dos Príncipes y designó cotutora á la Sra. Josefa de Iturbide, la que fué considerada desde entonces como perteneciente á la familia civil del Emperador Maximiliano; se le daba el tratamiento de Alteza, sin obligación de devolver visitas sino á determinado número de personas. En la iglesia había de ocupar la primera línea y asiento cubierto con terciopelo.

mandantes de las divisiones territoriales tenían obligación de dar cumplimiento á las órdenes que recibieran del general respectivo, en lo referente á operaciones contra el enemigo, y enviarían informes pormenorizados acerca de la situación y movimientos de éste, y respecto á la tranquilidad y la opinión pública, cuya obligación afectaba aun á las autoridades civiles.

Por esos días llegaba al puerto de Matamoros el general D. Nicolás de la Portilla, jefe de la 5ª Demarcación que comprendía los departamentos de Nuevo León, Coahuila y Matamoros. El Ministro de Fomento Robles Pezuela, participaba á Maximiliano que había llegado al puerto de Matamoros y que encontraba mejorada la situación de aquella frontera.

Maximiliano seguía empeñado en favorecer á los operarios del campo, y para ello había dispuesto una ley que señalaba las relaciones entre ellos y los propietarios, colocando sobre nuevas bases el trabajo; se trataba de que una parte de las deudas contraídas por los peones con sus amos, fuese condonada, y además, que hubiese un aumento en la tasa de los salarios impuesta á los segundos. También adjudicó al erario imperial porción de haciendas abandonadas por el rumbo de Córdoba, y quiso que se construyese un camino de fierro, de tracción animal, entre Veracruz y Puebla, con cuyo camino creía limpiar de salteadores y guerrilleros aquella región y proteger al comercio. Para gastos de tal obra, señalaba un crédito de cuatrocientos mil pesos; la ejecutaría el cuerpo de ingenieros militares, y para darle seguridad se establecerían á uno y otro lado del camino, colonias civiles y militares, apoyadas en una línea de pequeños fortines.

La cuestión agraria, siempre tan importante, fué tocada por Maximiliano en momentos inoportunos; no era cuerdo, en los días en que el Imperio tenía tantos enemigos y tal cúmulo de dificultades en su propio seno, emprender formal lucha con los propietarios del terreno. La emancipación del trabajo y la progresiva mejora de los jornaleros, debía ser obra del tiempo y de la paz que llevara consigo el respeto á la autoridad del gobierno; pero cuando se bamboleaba el trono, apénas sostenido ya por los que á todo posponían la salvación de sus propiedades, era un nuevo y gravísimo error de Maximiliano, enajenarse las voluntades de muchos de sus adictos, al pedirles que gustosos sacrificaran sus intereses en aras del bienestar de los jornaleros del campo.

La cuestión suscitada con motivo de la organización del trabajo, brotó de una iniciativa de la Junta protectora de las clases menesterosas, enderezada á librar á los peones de las cargas que sobre ellos pesaban á causa de las deudas contraídas. El señor Francisco Pimentel se apresuró á combatir la iniciativa tal como se proponía, y evitó que se dictaran medidas gubernativas á ese respecto.

Además, suscitábanse continuas dificultades por haber decretado vigentes, en general, las leyes de Reforma, sin dar los reglamentos ó hacer efectivo su cumplimiento, excepto en lo relativo á bienes eclesiásticos.

En asuntos económicos eran igualmente mal recibidas las disposiciones de

Maximiliano; restableció el registro de granas en la capital del departamento de Oaxaca, además de los derechos que se pagaban por cada bulto de ocho arrobas de dicho efecto.

En el interior del país seguían la lucha y la anarquía alimentadas en parte por la admisión á medias de las leyes de Reforma. Entre otras cosas agravó la situación, la renuncia de D. Jesús López Portillo, Prefecto político del departamento de Jalisco, á causa de una orden del Ministerio de Instrucción pública y Cultos, en que se le prevenía la nueva desocupación del convento de religiosas de Santa María de Gracia, de Guadalajara, aunque en la administración liberal no hubiese sido vendido ni adjudicado.

No obstante que la estación de lluvias ocasionó una tregua en las operaciones militares y en la política, al finalizar el mes de Agosto se daba por seguro un cambio ministerial.

La prensa francesa, en Europa, abogaba ya por la retirada definitiva del ejército francés de México, antes de que estallase un conflicto con los Estados Unidos, y proponía que la intervención armada fuese reemplazada por la de los intereses mercantiles, cambio que daría fuerza y estabilidad al nuevo gobierno. Los extranjeros aquí, aunque consideraban bueno el pensamiento, creían que aun no había llegado el día de una retirada prudente y posible. Veían que por todas partes estallaban las pretensiones y los desórdenes de otras épocas; que las nuevas instituciones estaban aún muy poco firmes, circundadas de peligros, siendo para el Imperio incierto el presente y profundas las raíces del espíritu oligarca en este país. Abandonado el gobierno á sus propias fuerzas, sin estar debidamente consolidado, y observado el curso que seguían los acontecimientos desde hacía ocho meses, no podía suponerse asegurando el porvenir del Imperio.

Las apariencias continuaban velando en gran manera lo realidad, pues en la visita que Maximiliano hizo á Tulancingo, al finalizar el mes de Agosto, fué recibido con iguales solemnidades que en los otros viajes á diversos puntos del país.

La sociedad permanecía en la más penosa incertidumbre, resultado de la conducta ambigua observada por Maximiliano respecto á la aplicación de las leyes de Reforma, pues que teniendo fuerza de tales en virtud del rescripto imperial de 27 de Diciembre, en la práctica quedaba sujeta su observancia al capricho individual. Los inconvenientes resaltaban principalmente en los asuntos relativos al Registro Civil. En Guadalajara, un hombre casado civilmente se presentó al párroco, y ante él contrae matrimonio con otra mujer, viviendo aún la primera. En Temamatla, el párroco dice en el púlpito, que la Iglesia reputa concubinato toda unión no bendecida con el sacramento del matrimonio, y recuerda que se debía obedecer á Dios antes que á los hombres, en cuyas opiniones vió la autoridad de Chalco una provocación directa á desobedecer al Estado y á los funcionarios que lo representaban, é hizo aprehender al predicador. Todo ello era consecuencia del amalgama que se pretendía establecer entre las leyes civiles y las

de la Iglesia, temiendo las consecuencias peligrosas de aceptar el principio de separación entre ambas entidades.

También respecto á la instrucción pública pretendió Maximiliano innovaciones tan difíciles de plantear como nuevas para los mismos que gobernaban. Quería la instrucción obligatoria y el estudio de la filosofía que sostiene el libre pensamiento é induce al hombre á conducirse, en cuanto al orden moral de la sociedad, por el conocimiento de sí mismo. El Estado no enseñaría religión alguna y dejaba á la Iglesia en libertad para la educación de sus sacerdotes.

Maximiliano acentuó mucho su política liberal, con el hecho de haber exonerado del puesto de rector del colegio de San Ildefonso al Doctor Arrillaga, llevando la mente de eliminar de los cargos de la enseñanza pública á los sacerdotes. A la vez, para mostrar su apoyo á los conservadores, nombró ministro en Madrid, al Lic. Ignacio Aguilar y Marocho, que lo era en Roma. (1)

El 1º de Agosto tomaba posesión del Ministerio de Hacienda, en calidad de Subsecretario, el señor Francisco de P. César, retirándose D. Félix Campillo á su antiguo empleo de administrador de rentas en Puebla. La obra encomendada al Sr. César era superior á sus fuerzas, aunque poseía regular suma de conocimientos financieros; pero la hacienda imperial había llegado á ser un *mare magnum*, de dificultades y se hacía necesario comenzar por crear un sistema rentístico imposible sin estadística y sin paz. Al principiar el mes de Julio había partido de México, para embarcarse en Veracruz, pretestando sus enfermedades, Mr. de Bonnefonds, que vino con el encargo de dar algún arreglo á la hacienda pública.

Conforme á su gusto por las expediciones, hizo Maximiliano un viaje á la hacienda de Chapingo, propiedad del marqués de Vivanco. En seguida se fué á Pachuca y recorrió algunas otras poblaciones de la comarca. Al finalizar el mes de Agosto estaba en el Real del Monte, visitando las minas, y allí recibió las mismas aparentes demostraciones de júbilo que en sus anteriores viajes por el país. Al saber las inundaciones ocurridas en la capital, regresó violentamente á ella, en los primeros días del mes de Septiembre. Todos los campos que rodean á la Metrópoli permanecían anegados y el agua había subido en muchas calles á notable altura, habiéndose caído en los barrios multitud de casas de adobe. El Emperador no pudo llegar en coche á Chapultepec, por el mal estado de los caminos, y se embarcó en Texcoco á las once y media de la noche, pasando el resto de ella en la canoa que le condujo á México. Se anunciaba entonces, como

(1) Maximiliano recomendó al Ministro Siliceo un plan de reorganización de la instrucción pública que habría de ser accesible á todos, gratuita y obligatoria; para la secundaria indicó como precisas la escuelas especiales, debiendo cultivarse de preferencia la filosofía, que ejercita la inteligencia, enseñando al hombre á conocerse á sí mismo y á reconocer el orden moral de la sociedad como consecuencia de este conocimiento. En cuanto á la educación religiosa, mientras menos se mezclara el Estado en asuntos religiosos, tanto más fiel quedaba á su misión. "La religión es asunto de la conciencia de cada uno." La Iglesia debía quedar en plena libertad para la educación de sus sacerdotes, según sus propias reglas y sin intervención del Estado. También debía atenderse á la formación de profesores en las escuelas normales.

tantas veces había sucedido, que varias medidas importantes seguirían de cerca al regreso del jefe del Estado.

En cuanto á recursos seguía tan mal el Imperio, que á fines del mes de Julio (1865) en una nota dirigida por el Mariscal Bazaine á Maximiliano, se quejaba de que, respecto á la hacienda pública no se hubiera reconocido en los agentes franceses, sino poderes irrisorios que no les permitían ejercer acción alguna útil, ni sobre la entrada de fondos al Erario, ni sobre el empleo de ellos en las administraciones locales, y que se oponía resistencia á cualquiera inmisión francesa, calificando de extraña la que pretendían ejercer los expedicionarios.

Entretanto se verificaban varias prisiones de liberales con motivo de una conspiración que se aseguró iba á estallar en la Capital. Los presuntos conspiradores fueron á los pocos días puestos en libertad, sin entrar en explicaciones sobre lo sucedido, indicando esto la alarma que infundían en el gobierno imperial los peligros aun imaginarios, no obstante que la disposición emanó exclusivamente del Mariscal Bazaine, mientras que Maximiliano iba á visitar los minerales de Pachuca.

A causa de los desórdenes que se notaban en la capital y de algunas reuniones clandestinas se verificaron muchas prisiones en México y Tacubaya, y se dictaron severas medidas contra personas que hasta entonces habían dado pruebas de adhesión al Imperio.

El plan estaba ramificado en algunas poblaciones cercanas á la capital, pues en una carta de Toluca, interceptada y fechada el 11 de Agosto, se recomendaba á la persona á quien se dirigía, cuidara mucho de los resultados que pudieran provenir del movimiento que iba á estallar en México.

Maximiliano concedió privilegio para el establecimiento de algunas líneas telegráficas y nombró comisario imperial de Sonora al General D. Manuel Gamboa, el 13 de Junio. En el siguiente mes comenzaron en el Palacio los bailes de la Corte, á los que asistieron el Mariscal Baziane y los ministros extranjeros.

Maximiliano decretó la formación de una compañía de Gendarmes Imperiales, como base para organizar la legión ya decretada. Dicha compañía debía residir en México y se compondría de 182 individuos. Declaró al puerto de Tuxpam habilitado para el comercio de altura y por otra ley prescribió lo que debía hacerse con los capitales que pertenecieron al clero y eran reconocidos sobre fincas. Las propuestas de enganche para el servicio de la Legión extranjera, se recibían cualquiera que fuese la nacionalidad de los pretendientes, que para obtener las noticias que desearan, debían dirigirse al comandante del Depósito de dicha Legión.

Los guerrilleros aparecían aún en las cumbres de Maltrata, y varios extranjeros, principalmente franceses, se constituyeron en jefes de esas bandas que tantos perjuicios ocasionaban, principalmente á las poblaciones cortas. Las diligencias eran asaltadas con mucha más frecuencia que antes, y el bandidaje creció considerablemente en este último tercio del año.

En la misma capital del Imperio eran continuas las alarmas provenidas de rumores esparcidos acerca de conspiraciones que estaban próximas á estallar. El sábado 19 de Agosto se perturbó el orden á tal grado, que los jefes franceses creyeron necesario tomar sérias precauciones para contrariar los planes que, se daba por seguro, iban á desarrollar los conspiradores contra la Intervención y el Imperio. En algunos barrios se reunieron grupos de descontentos; pero bastó que se duplicara el número de patrullas y la aprehensión de dos ó tres individuos, para intimidar á los que pretendían amotinarse. (1.)

Un alzamiento era en aquellas circunstancias, de imposible realización, debido al número, calidad y carácter de las tropas que ocupaban la Capital, y á la situación respectiva de los partidos, que hacían ilusorios aun los simples conatos de un pronunciamiento formal. Las fuerzas francesas, austriacas y belgas, consideradas en agrupación, estaban fuera de toda posibilidad de cohecho, y por este lado era seguro que encontraría la muerte el que pretendiera alterar el orden establecido.

Proscritos y eliminados del gobierno los conservadores y los liberales como partido, no había en la capital una fuerza capaz de contrariar la que constituían los extranjeros sostenedores del Imperio. Además, los conservadores sabían perfectamente, que en la extremidad de un camino diferente al que habían seguido, los esperaba el cadalso ó el destierro, y los liberales tenían por seguro que el triunfo era tan solo ya obra del tiempo, siendo visible el aumento diario de sus fuerzas y la actitud de los Estados-Unidos, de la que surgían á cada paso dificultades para la Intervención y para Maximiliano.

El cuerpo expedicionario francés que llegó á cuarenta mil hombres, había disminuido considerablemente en el mes de Agosto, contando ahora cerca de veintiocho mil únicamente, correspondientes á veintiún batallones de infantería, trece escuadrones de caballería, ocho baterías y algunos zapadores, y aunque llegaron refuerzos en la segunda mitad de este año, no fueron en suficiente número para cubrir las muchas bajas de consideración, ocasionadas por los combates, las enfermedades y el licenciamiento de soldados que cumplían el tiempo de servicio. La legión extranjera iba á elevarse hasta doce mil hombres; pero sufría bajas más considerables que las del cuerpo francés, y se había colocado á belgas y austriacos en climas mortíferos y puéstolos al frente del enemigo en los lugares más expuestos. En cuanto á los auxiliares mexicanos, eran en reducido número; aun no se había conseguido la organización de un ejército nacional, siendo tan solo notables la división Mejía que ocupaba á Matamoros, la brigada de Oronoz en Colima y la de Méndez en Michoacán. Tan

(1) Los rumores referían, que en la noche citada serían incendiados diversos puntos de la ciudad, y que á favor del incendio habían de introducirse bandas de malhechores en determinadas casas, para saquear y cometer actos de acción popular. Se comprende que la alarma producida fuese en alto grado, y que se tomaran todas las medidas para evitar que se verificara lo que se anunciaba; la policía ejecutó algunas prisiones en los barrios recorridos toda la noche por numerosas patrullas.

corto número de tropas extranjeras y nacionales, era insuficiente para dominar la insurrección que se había generalizado.

Ya en Tabasco y Chiapas se consideraban los republicanos libres de ser atacados y empleaban los elementos de aquella rica región en prepararse para nuevas luchas, ó en proporcionar auxilios á las fuerzas que operaban en sus inmediaciones, entre las cuales se distinguían las que mandaba el general D. Alejandro García en la costa de Sotavento y que servían de apoyo á las que excursionaban por Zongolica, Huatusco y otros puntos que á veces estaban ocupados por imperialistas y á veces por republicanos. Estos tiroteaban constantemente á los carruajes que recorrían el camino entre Córdoba y Orizaba; también servían las fuerzas de Sotavento para sostén de las que excursionaban en el Estado de Oaxaca, donde el jefe Figueroa derrotó una fuerza de austriacos, quitándole el dinero que conducía.

Las costas del Pacífico se podían considerar dominadas por los imperialistas; el puerto de Acapulco, centro de los republicanos, fué ocupado en el mes de Septiembre por quinientos de los primeros al mando del general Montenegro, al amparo de los buques franceses, retirándose las fuerzas de los Alvarez á inmediaciones del puerto, para impedir la entrada de víveres y hostilizar á sus contrarios.

El ejército extranjero que sostenía al imperio de Maximiliano, además de los franceses, contaba ocho mil austriacos y cuatro mil belgas, y entre los franceses había egipcios y turcos, siendo algunos africanos de apariencia atlética; de color sumamente oscuro eran los abisinios, su traje asemejábase al de los zuavos, estaban armados con fusil y sable-bayoneta, y servían para dar guarniciones en la tierra caliente.

Se habló mucho del ejército que con mexicanos debía formarse y nada se llegaba á arreglar. Lo mismo pasaba con la hacienda pública; en vano se trató de su arreglo y de la necesidad que había de una copiosa emigración, nombrándose comisiones para estos asuntos, porque no podía haber hacienda ni emigración extranjera, mientras no hubiera paz y hasta que la seguridad personal y de los bienes fuera un hecho práctico y no una declaración contenida solamente en el texto de las leyes.

La existencia y multiplicidad de las guerrillas paralizaba todo proyecto útil. El desorden había llegado á tal grado, que los mismos jefes de las fuerzas republicanas se empeñaron en perseguir y extirpar á varias guerrillas.

La Emperatriz Carlota, que se mezclaba muy activamente tanto en los negocios militares como en los civiles, hacía muy poco aprecio del elemento indígena, convencida de que con los franceses bastaba para todo. Habiendo aconsejado el prefecto de Tulancingo que se proporcionaran armas y dinero á los indígenas, y que se establecieran guarniciones fijas en que estos se apoyaran, la Emperatriz pidió su opinión á Bazaine, asegurándole que en cuanto á dinero, el gobierno no daría cantidad alguna.

Las grandes dificultades con que tropezaba á cada momento el gobierno del

Imperio, impedían llevar á cabo los proyectos respecto á Tabasco y Yucatán. En Campeche hacía estragos entre los austriacos la fiebre amarilla, arrebatando la muerte á jóvenes lozanos y vigorosos que hallaron olvidado sepulcro en aquellas cálidas arenas; aun el Dr. Neubert, prusiano, encontró eterno reposo en el cementerio general de ese puerto; había tomado plaza en su clase de médico, en el cuerpo de voluntarios austriacos al servicio de México, con el grado de capitán. Fué preciso que la compañía austriaca que guarnecía á Campeche, pasara á Lerma, población cercana, en busca de aires saludables, y que se estableciera allí un hospital; otra parte quedó en la casa llamada de Beneficencia, porque con la división disminuirían los estragos de la fiebre. El hospital fué establecido expresamente para los austriacos, por filantrópicas señoras del mismo Campeche, considerando que no estaban bien los enfermos en el de San Juan de Dios.

Desde la proclamación del Imperio, había tenido Campeche dos veces guarnición de extranjeros; la primera fué de una compañía de martinicos al mando de Mr. Lardy, y la otra de ciento sesenta austriacos que fueron atacados por la fiebre, al grado de casi haber concluido, viéndose obligados al fin los que sobrevivieron, á buscar tierras altas libres de la enfermedad que los azotó con excepcional rudeza. Esta compañía de austriacos fué también disminuida por las balas de los republicanos, en las tres veces que acudió al Departamento del Cármen, pereciendo algunos en la acción de Jonuta al lado de franceses y mexicanos imperialistas, en combates contra las fuerzas de Tabasco.

Instalado el Consejo de Gobierno departamental, en Yucatán, se dictaron las disposiciones relativas á los preparativos para recibir al Emperador, que prometió ir en el próximo invierno. Con anticipación se reunieron artefactos, producciones nacionales, animales raros y todo lo curioso y útil que pudiera dar idea de los elementos de prosperidad que encerraba el territorio yucateco.

El Comisario Imperial hizo un viaje al Sur de esa Península y dotó á la ciudad de Tekax, de una noria perfeccionada por el ingeniero Manuel Rivera, el mismo que planteó allá el telégrafo y comenzó la apertura de un pozo artesiano en Mérida. En esta ciudad se montaba el hospital de una manera brillante; en la ciudad del Cármen se reconstruían el muelle y el faro, y en Campeche se hacían varias mejoras.

A fines de Julio regresaba á Mérida, después de ocho meses de ausencia y de residir en la capital del Imperio, el general D. Felipe Navarrete que iba á prestar sus servicios á las órdenes del general Castillo, comandante de la 7ª División militar. Conducía trece mil pesos destinados al vestuario de las tropas, remitidos por Maximiliano. Este daba á la vez las gracias por cierto número de objetos industriales con que le obsequió el Ayuntamiento de Mérida, representado en la capital del Imperio por D. Alonso Peón de Regil.

El General Santa-Anna volvía á llamar por entonces la atención pública. Se supo en México, á mediados de Agosto, que este general ofrecía al comité juaris-

ta de Nueva York, venir á México y tomar el mando en jefe del ejército republicano para derrocar el Imperio. El ministro Romero y los emigrados mexicanos en la vecina República del Norte, desecharon la oferta.

El general Santa-Anna llevaba mucho tiempo de no representar sino una personalidad desacreditada; hacía diez años que había dejado de ser el jefe de un partido, su espada ya no era temible para nadie; había perdido el hábito y el don del mando y aún el carácter astuto y atero que en otra época lo caracterizara, siendo ya para muy pocos aun la enseña del ejército regular. En consecuencia, su pronunciamiento contra el Imperio nada tuvo de temible, y la única significación que pudo habérsele dado fué, la de que llegaba el momento en que despertaban todas las ambiciones desengañadas y las esperanzas decepcionadas, viéndose próximo el triunfo de los republicanos.

El Manifiesto revolucionario á cuyo pie puso su nombre el ex-dictador de México, fué sospechado con razón de apócrifo; pero el Sr. Vidal y Rivas, íntimo y estimado amigo del general Santa-Anna, dió público testimonio de la autenticidad del documento en que se hacía la invitación sediciosa. El general aseguró que iba á hablarles á los mexicanos con la sinceridad de siempre y que nunca los había engañado; que si se adhirió el Imperio de Maximiliano, fué porque lo creyó verdaderamente popular y llamado á hacer la felicidad de los mexicanos; pero que convencido de su equivocación, y al ver burladas las esperanzas del pueblo, ultrajada la dignidad nacional, escarnecida la justicia, esclavizado el pensamiento, la prostitución ensalzada, la virtud escarnecida, los altares enlutados y la Iglesia sumida en crueles tribulaciones, no podía menos que gritar: ¡guerra á los invasores! ¡Abajo el Imperio! ¡Viva la República! (1)

La prensa norte-americana despreció el Manifiesto, tomándolo por el lado ridículo y el *Times*, órgano de Mr. Seward, dijo que el documento y el autor transcendían á picardía, dolo y ambición pretensiosa, y que la presencia de Santa-Anna en México, serviría solamente para aumentar el desórden, pues pertenecía á la clase de los ambiciosos revolucionarios, egoistas y trapisondistas que durante los últimos cuarenta años habían hollado la libertad proclamándola, y sumido á la Patria, cada día más, en el abismo de donde decían que procuraban sal-

(1) Después de excitar á liberales y conservadores á olvidar sus antiguas rencillas y á unirse contra el enemigo común, pretendió explicar el ex-dictador los motivos que tuvo para declararse monarquista al aceptar á Maximiliano, un año antes. "Es verdad, dijo, que en mi manifiesto del año pasado, declaré que la monarquía constitucional era la última palabra de mi conciencia y de mis conviciones; pero recordad también, que no soy enemigo de la democracia, sino de sus excesos, y no olvidéis que yo soy el fundador de la República."

Quejábase de la arbitraridad y la descortesía con que le cerraron las puertas de la Patria, cuando iba á ayudar de buena fe al nuevo gobierno, y dijo que el decreto por el cual le expulsaron, estaba escrito en un idioma que no es el que hablaron sus antepasados, y que si "reconoció la Intervención francesa, fué cediendo á la fuerza de las circunstancias y no á su propia voluntad." Ofrecíase, aunque anciano, á combatir contra el Imperio aun como soldado raso; y si no le permitían las circunstancias realizar este deseo, se conformaba con esparcir públicamente sus sentimientos."



El Cardenal G. Antonelli

SECRETARIO DE ESTADO DEL PONTÍFICE PIO IX.

Aceptadas y sostenidas por el Emperador Maximiliano de Hapsburgo las leyes de Reforma, chocó con Monseñor Meglia, Nuncio enviado á México por la Corte Pontificia. En consecuencia el Cardenal Antonelli, en su calidad de Secretario de Estado, se negó á recibir oficialmente á la comisión presidida por D. Joaquín Velázquez de León y enviada á Roma en solicitud de un Concordato. Invitado Monseñor Antonelli á un banquete dado por el Embajador mexicano, rehusó asistir, lo mismo que otros altos dignatarios de la Iglesia. El fracaso de la comisión mexicana fué desde entonces notorio. En Roma se impidió la celebración, en la Iglesia de Jesús, de un Te-Deum en obsequio del Príncipe que imperaba en México, y favorecía la desamortización de los bienes eclesiásticos.

ta de Nueva York, venir á México y tomar el mando en jefe del ejército republicano para derrocar el Imperio. El ministro Romero y los emigrados mexicanos en la vecina República del Norte, desecharon la oferta.

El general Santa-Anna llevaba mucho tiempo de no representar sino una personalidad desacreditada; hacía diez años que había dejado de ser el jefe de un partido, su espada ya no era temible para nadie; había perdido el hábito y el don del mando y aún el carácter astuto y atero que en otra época lo caracterizara, siendo ya para muy pocos aun la enseña del ejército regular. En consecuencia, su pronunciamiento contra el Imperio nada tuvo de temible, y la única significación que pudo habérsele dado fué, la de que llegaba el momento en que despertaban todas las ambiciones desengañadas y las esperanzas decepcionadas, viéndose próximo el triunfo de los republicanos.

El Manifiesto revolucionario á cuyo pie puso su nombre el ex-dictador de México, fué sospechado con razón de apócrifo; pero el Sr. Vidal y Rivas, íntimo y estimado amigo del general Santa-Anna, dió público testimonio de la autenticidad del documento en que se hacía la invitación sediciosa. El general aseguró que iba á hablarles á los mexicanos con la sinceridad de siempre y que nunca los había engañado; que si se adhirió el Imperio de Maximiliano, fué porque lo creyó verdaderamente popular y llamado á hacer la felicidad de los mexicanos; pero que convencido de su equivocación, y al ver burladas las esperanzas del pueblo, ultrajada la dignidad nacional, escarnecida la justicia, esclavizado el pensamiento, la prostitución ensalzada, la virtud escarnecida, los altares enlutados y la Iglesia sumida en crueles tribulaciones, no podía menos que gritar: ¡guerra á los invasores! ¡Abajo el Imperio! ¡Viva la República! (1)

La prensa norte-americana despreció el Manifiesto, tomándolo por el lado ridículo y el *Times*, órgano de Mr. Seward, dijo que el documento y el autor transcendían á picardía, dolo y ambición pretensiosa, y que la presencia de Santa-Anna en México, serviría solamente para aumentar el desórden, pues pertenecía á la clase de los ambiciosos revolucionarios, egoistas y trapisondistas que durante los últimos cuarenta años habían hollado la libertad proclamándola, y sumido á la Patria, cada día más, en el abismo de donde decían que procuraban sal-

(1) Después de excitar á liberales y conservadores á olvidar sus antiguas rencillas y á unirse contra el enemigo común, pretendió explicar el ex-dictador los motivos que tuvo para declararse monarquista al aceptar á Maximiliano, un año antes. "Es verdad, dijo, que en mi manifiesto del año pasado, declaré que la monarquía constitucional era la última palabra de mi conciencia y de mis conviciones; pero recordad también, que no soy enemigo de la democracia, sino de sus excesos, y no olvidéis que yo soy el fundador de la República."

Quejábase de la arbitraridad y la descortesía con que le cerraron las puertas de la Patria, cuando iba á ayudar de buena fe al nuevo gobierno, y dijo que el decreto por el cual le expulsaron, estaba escrito en un idioma que no es el que hablaron sus antepasados, y que si "reconoció la Intervención francesa, fué cediendo á la fuerza de las circunstancias y no á su propia voluntad." Ofrecíase, aunque anciano, á combatir contra el Imperio aun como soldado raso; y si no le permitían las circunstancias realizar este deseo, se conformaba con esparcir públicamente sus sentimientos."



El Cardenal G. Antonelli

SECRETARIO DE ESTADO DEL PONTÍFICE PIO IX.

Aceptadas y sostenidas por el Emperador Maximiliano de Hapsburgo las leyes de Reforma, chocó con Monseñor Meglia, Nuncio enviado á México por la Corte Pontificia. En consecuencia el Cardenal Antonelli, en su calidad de Secretario de Estado, se negó á recibir oficialmente á la comisión presidida por D. Joaquín Velázquez de León y enviada á Roma en solicitud de un Concordato. Invitado Monseñor Antonelli á un banquete dado por el Embajador mexicano, rehusó asistir, lo mismo que otros altos dignatarios de la Iglesia. El fracaso de la comisión mexicana fué desde entonces notorio. En Roma se impidió la celebración, en la Iglesia de Jesús, de un Te-Deum en obsequio del Príncipe que imperaba en México, y favorecía la desamortización de los bienes eclesiásticos.

varla. Los imperialistas, lo mismo que los republicanos, emitieron juicios igualmente duros acerca del General Santa-Anna. (1)

Mientras que este revolucionario abogaba por la iglesia, la Comisión enviada por Maximiliano á Roma continuaba en el mal predicamento que guardó con la corte pontificia, desde la pugna con Monseñor Meglia, principio de otros disgustos, al grado de impedir que los mexicanos celebraran un *Te-Deum* en la iglesia de Jesús, y negarse los cardenales á concurrir al convite con que la delegación presidida por el Sr. Velázquez de León, quiso celebrar el cumpleaños del Emperador Maximiliano. Tal negativa fué considerada como una alta inconsecuencia que criticó también Mr. Sartiges, Embajador francés en Roma, pues aceptada al principio la invitación, se escusaron de concurrir el cardenal Antonelli, Mr. Franchi y otros prelados, la víspera del día señalado para el convite. Este hecho, unido á la constante queja que se oía en Roma, acerca de que en México seguían violándose los bienes de la Iglesia, pudo haber sido motivo suficiente para que la comisión mexicana abandonara su intento de procurar un arreglo con la curia romana; y se hubiera alejado antes, pero el Sr. Velázquez de León consideró mejor revestirse de calma y paciencia y persistió en permanecer en Roma, retirándose solamente el Embajador Aguilar y Marocho, designado poco después para representar al Imperio de Maximiliano en Madrid.

Queriendo los imperialistas dar valor á los títulos del primer empréstito mexicano que se encontraba decaído, hicieron el 3 de Julio la lotería relativa, en presencia del conde de Germiny. (2)

Salía entonces de París M. Eloin para Inglaterra y debía embarcarse en Liverpool para México; había hablado dos veces con Napoleón III, y al partir de Francia recibía las insignias de la Legión de Honor.

Maximiliano dictó varias disposiciones para que las reclamaciones francesas fuesen arregladas en el más corto plazo posible.

Por su parte los republicanos trabajaban por adquirir recursos en los Estados Unidos. A mediados de Julio habían llegado al puerto de San Francisco los Sres. Montesinos, Leyva y otros, con el designio de proporcionarse elementos de guerra. Habíase abierto en esa ciudad el «*Empréstito popular mexicano,*» bajo el nombre del representante Samuel Brannan, por poder que le confirió D. Gaspar Sánchez Ochoa, facultado para buscar recursos pecuniarios en aquel país. (3)

(1) El 8 de Julio de 1865, publicó el general D. Antonio López de Santa-Anna su manifiesto en San Thomas, contra la Intervención francesa y el Imperio, pero nadie creyó en las palabras de patriotismo estampadas en aquel folleto; la opinión pública lo recibió únicamente como una prueba de que la causa del Imperio era ya desesperada, puesto que Santa-Anna se pronunciaba en contra.

(2) Recayó el premio de quinientos mil francos en cierto individuo llamado Gigre; uno de los premios de cien mil tocó á un cochero de la compañía imperial, y otro de diez mil á un peluquero de Marsella. Designado por entonces para dirigir la hacienda de México Mr. Langlais, que era consejero de Estado, se embarcó á mediados de Agosto, trayendo dos inspectores y varios agentes del ramo de Hacienda.

(3) El empréstito sería por seis años, al diez por ciento. Se anunció la venta de los bonos

Por un poco de tiempo pareció que las relaciones entre los imperialistas de Matamoros y los norte-americanos de Brownsville, adquirían un sello de cordialidad, dándose convites en ambas márgenes del Bravo, con asistencia de unas y otras autoridades. Pero los jefes franceses no cifraron gran confianza en el resultado práctico de las demostraciones amistosas de los norte-americanos. El ministro de Fomento D. Luis Robles Pezuela había hecho expresamente un viaje á Bagdad y á Matamoros, con la intención de promover y dejar arreglados importantes negocios relativos al Imperio, y se puso en comunicación con algunos jefes norte-americanos.

La conducta del Gobierno de Washington en lo relativo á los asuntos de México, sí inspiraba á los imperialistas más bien que seguridad, alarma; aunque tampoco satisfacía á los partidarios de la República. La neutralidad de Mr. Johnson, limitó el horizonte de las aspiraciones en los emigrados al país vecino, según lo revelaron sus publicaciones, no obstante que procuraban demostrar que todos los individuos pertenecientes al gobierno de los Estados Unidos y los caudillos militares de más popularidad, estaban resueltos á restablecer la República mexicana, aunque fuese necesario combatir á la poderosa Nación que fundó aquí el Imperio. (1)

Las protestas de neutralidad por parte del Presidente Johnson y la prohibición del alistamiento promovido contra el Imperio, poco valor debieron tener al lado de la orden que se envió á la vez al general Sheridan, quien á la cabeza de un fuerte ejército se dirigía á las costas de Texas, á pesar de la sumisión del rebelde Kirli Smith, siendo tal movimiento una prueba de que continuaba la gravedad de la situación. Los generales unionistas en sus discursos, al paso que repugnaban el filibusterismo, abogaban porque el gobierno tomara á su cargo la cuestión contra el Imperio; esta circunstancia, nada halagüeña para Maximiliano, no se neutralizaba con las observaciones del ministro Montholon, según las cuales prevalecía en la Casa Blanca una política tranquila, porque al lado de estas seguridades, el mismo ministro reconocía en sus mensajes, la ineficacia práctica de las medidas para impedir que, expediciones de hombres y municiones de guerra salieran para el territorio mexicano.

emitidos á cincuenta centavos por cada peso, en oro acuñado, y se subdividieron los bonos para facilitar su emisión en cantidades desde 50 á 1,000 pesos. Los intereses serían pagados cada seis meses, en el Banco del Pacífico, de la ciudad de San Francisco, y el capital á los seis años. Eran señaladas como garantías para el pago del capital é intereses: la mitad del producto de las aduanas marítimas de Guaymas, Mazatlán y Manzanillo, y los productos enteros de los Estados de Sonora, Sinaloa y Colima, cobrando esos productos los agentes respectivos que los depositarían en el Banco de San Francisco á disposición del referido Brannan.

(1) Recordábase el discurso que Mr. Johnson pronunció en Nashville el 9 de Junio de 1864 al aceptar la candidatura presidencial, en cuya vez dijo: "Las naciones de Europa ansían nuestra ruina." "Francia saca partido de nuestras dificultades interiores, y envía á Maximiliano á México para fundar una Monarquía en nuestras fronteras." "Le tomaremos cuenta cuando quede sojuzgada la rebelión." "Entonces diremos á Luis Napoleón: no podéis fundar Monarquía alguna en este continente." "Una expedición á México sería de recreo para los valientes soldados que hoy defienden la Unión, y cuánto hay de francés en aquel país desaparecería bien pronto."

Los inconvenientes y las dificultades con que se tropezaba en el terreno de la diplomacia, tampoco podían ser vencidos por las armas, pues aparte del poderío de los Estados Unidos, hallábase la Francia envuelta en graves atenciones en Europa, y no era dudosa su imposibilidad para afrontar la lucha por su cuenta y riesgo.

El Ministro de los Estados Unidos en París, Mr. Bigelow, enviaba el 26 de Julio una nota á Mr. Drouyn de Lhuys, recriminando la conducta de personas «que se titulaban representantes del gobierno imperial mexicano,» y terminaba con frases poco claras que contenían una especie de amenaza. El gobierno norte-americano había mandado al jefe de las fuerzas militares en Texas, que impidiera cualquier movimiento agresivo sobre el territorio mexicano, de las tropas que estaban á sus órdenes, *á menos de tener instrucciones especiales del Ministerio de la Guerra respecto á este asunto, exigidas por un estado de cosas que no se había previsto en aquel momento.*

La política del gabinete de Washington tendía á preparar el terreno, y era lógico que rehusándose á reconocer el Imperio de Maximiliano, debía seguir sus relaciones con Juárez. Lo que hacía en esos momentos, no conviniéndole declararse en abierta hostilidad, era aprovechar las circunstancias que se fueran presentando.

Napoleón III comprendió el peligro que amenazaba á sus tropas en México y dió instrucciones consiguientes al Mariscal; le aseguró que las relaciones entre Francia y los Estados Unidos no eran malas; pero que tomaban un carácter que podía llegar á ser grave; en consecuencia, Bazaine debía dictar sus disposiciones y si alguna vez los Estados Unidos querían invadir á México, habían de ser evacuados todos los puntos lejanos y tomar posiciónes en un lugar central, hacer que se fatigaran los invasores por marchas largas y difíciles en país malsano y privado de recursos, y caer con todas las fuerzas sobre el enemigo fatigado y probablemente dividido. Le citaba como prueba de la bondad de sus consejos lo acaecido en la guerra de Crimea. No se habían de diseminar las fuerzas y siempre se recordaría, que la mayor de las dificultades para los ejércitos, sobre todo para los mal organizados, no estaba en los combates sino en las marchas á grandes distancias. «Voy á ocuparme con el ministro de la guerra, dijo, para aumentar insensiblemente nuestras fuerzas.» «Haced comprender al Emperador, que en las graves circunstancias en que pudiera encontrarse, no se trata de hacer liberalismo ni clemencia sino mostrar energía, buen sentido y entregarse completamente á los que pueden salvarlo.»

El proyecto de «emigración mexicana» que parecía haber fracasado, volvió á encontrar apoyo en los adictos á la doctrina Monroe, que pretendían ponerlo en planta prontamente. Una sociedad titulada «*Legión Americana*» se organizó con el ostensible objeto de promover la emigración á México, prometiendo sus agentes novecientos acres de tierra á los que quisieran unirse á la causa de D. Benito Juárez.

El gobierno de Washington siguió aparentando disposiciones benévolas respecto á Francia, y al parecer la hostilidad no se hallaba en el gabinete sino en cierta fracción de la opinión pública. El gabinete norteamericano continuaba asegurando, que no se llevarían á efecto las tentativas que se hicieran para enviar expediciones á México, pues que se aspiraba en todo el país á una época de paz y reconstrucción. Pero estas seguridades no se avenían con la conducta de Mr. Harlem, miembro de aquel gabinete, quien en sus discursos parecía que más bien declaraba la guerra á Francia, aunque muchos le disculpaban diciendo: que en este asunto había obrado por su propia cuenta y no oficialmente.

En las reuniones mostrábase el general Sheridan muy hostil á la Francia y al Imperio de Maximiliano, y algunos mexicanos peroraban en favor de la doctrina Monroe. Por entonces se publicó un discurso del general Grant en Quebec, en el mismo sentido que la opinión del comandante en jefe de Texas. El general Thomas arengó á la multitud respecto á la doctrina Monroe y predijo que los ejércitos federales expulsarían á Maximiliano. En cambio, se consideraba favorable en sentido de la paz, la orden dada al general Sheridan para licenciar las tropas que no necesitara desde el 1º de Agosto, lo que parecía indicar que por entonces, el gobierno de los Estados Unidos no tenía la intención de lanzarse á la guerra.

En un viaje de recreo verificado por el General Grant, y en la recepción oficial que en Quebec le hicieron las autoridades inglesas, se expresó este General respecto á la cuestión de México, casi en los mismos términos que Sheridan en su carta, añadiendo que los Estados Unidos sólo tendrían diferencias con Inglaterra, si esta se unía á la Francia para sostener el Imperio de México.

Las autoridades militares de Brownsville, hicieron surgir una cuestión internacional de la que se habló mucho en Matamoros, porque interesó en sumo grado al comercio de la frontera. En los primeros días de Agosto, el comandante en jefe del cuerpo de ejército texano en observación, se dirigió al comisario imperial del Departamento del Norte, general Portilla, y le exigió la extradición de un cargamento de algodón que consideraba perteneciente al gobierno federal por derecho de conquista y como heredero directo é indisputable del ex-gobierno confederado. El comisario sometió el asunto al gobierno imperial, y en espera de la decisión mandó que los algodones reclamados quedaran secuestrados, sin admitir á los detentadores la caución pecuniaria que ofrecieron, más bien inclinándose á sostener las leyes de confiscación dictadas por los unionistas contra los confederados vencidos, aunque no pudieran regir en territorio neutral é independiente. Muy mal efecto causó en la vecina República, el asesinato del general Parsons y su familia, por cuadrillas de salteadores que recorrían el camino de Monterrey.

Para discutir la asuntos mexicanos reunió Mr. Johnson un consejo, y se pronunciaron todos los ministros, excepto el del Interior, Mr. Harlem, por la continuación del *statu quo*; este ministro pretendía que fuera ayudado Juárez, indirectamente por lo menos. El Presidente cerró la discusión, diciendo que se aplazaría el asunto hasta la reunión del Congreso.

El partido de la guerra contra el Imperio de Maximiliano, hacía allá todo lo posible para arrastrar al gobierno á combatir en favor de Juárez, habiendo perfecta mancomunidad entre los esfuerzos que ejercía en la opinión ese partido y la política de Washington, en cuya capital manifestó el ministro del Interior, Mr. Harlem, estos conceptos en un discurso muy aplaudido: «Cuando los franceses, que no ven ahora con tan buenos ojos nuestra prosperidad, tomaron las armas para defender la nacionalidad turca, todos nosotros los aplaudimos; pero al verlos tratando de destruir á la débil México, su falta de generosidad nos inspira desprecio, y no podemos dejar de desear que Dios permita, que esta nuestra gran República sea llamada á proteger á su débil hermana.» Así se expresaba un funcionario público de tan alta categoría, sin cuidarse de que sus frases fueran recogidas y trasmitidas por el representante de Francia al gabinete de las Tullerías.

El conocido político Mr. Blair, ex-director general de Correos, por el contrario, azuzaba en otro discurso á los Estados Unidos, porque sin el apoyo material y moral de ellos, Juárez se hallaría sin hombres y sin dinero y el nuevo Imperio estaría en paz; la concentración de cien mil hombres en Texas, quería decir guerra de invasión á México, ó amenazas á Francia para que se retirara de aquí ó aumentara su ejército. El *Courrier* sostenía que en Washington se procedía con doblez, y que aquel gobierno estaba de acuerdo con los partidarios de la guerra. Se creía generalmente que con dificultad se evitarían disturbios en la frontera de México, entre franceses ó imperialistas con las tropas de los Estados Unidos.

La agitación en esa República crecía. Iban apareciendo nuevas publicaciones que pedían la guerra contra los imperios de Francia y de México. No solamente la apoyaban miembros del gabinete y de grande influencia en el congreso, cuales eran Blair y Carmeron, sino también multitud de oficiales de los más populares en el ejército; de manera que el mismo gobierno, no obstante sus esfuerzos por conservar una situación anómala, se sentía impelido por la presión exterior y arrastrado á las catástrofes de una guerra. Aun la órden al General Sheridan para licenciar parte de las tropas de Texas, no era terminante ni absoluta, facultándole solamente para hacer ó no uso de ella.

La actividad del partido de Juárez en California, para conseguir recursos y ganarse adictos era muy grande. Los agentes que trabajaban por aquella causa, reunían *meetings* y publicaban artículos vehementes.

El general G. Sánchez Ochoa alentó en la Alta California á los enemigos del Imperio, nombró una comisión que recorriera las principales poblaciones de aquel Estado, abrió en ellas oficinas de alistamiento y se esforzó en contratar un empréstito.

El proyecto de emigración no había tenido éxito; pero se empeñaba el General Sánchez Ochoa en el empréstito de diez millones de pesos, con hipoteca

de la mitad del producto de las aduanas del Pacífico. El otro agente, D. Plácido Vega, afirmaba que en virtud de sus instrucciones, podía dar á los subscriptores la garantía de todas las rentas del país; pero solamente el Sr. Sánchez Ochoa había anunciado oficialmente su plan financiero. (1)

Estando ocupados por los imperialistas los puertos afectados el pago del empréstito, se creyó desde luego que éste no se realizaría

El general Luis Wallace publicó una larga carta, sosteniendo que la emigración voluntaria para México, destinada á tomar las armas en favor de Juárez, no quebrantaba las leyes de neutralidad, y que no se opondría á ella el Presidente Johnson. Calificó la neutralidad de su gobierno, como un auxilio á Maximiliano, y la conducta de Napoleón en México, un fraude contra Inglaterra y España y una violación del tratado tripartito; aseguraba que el Norte y el Sur fraternizarían en una guerra exterior.

La prensa de los Estados Unidos recordaba, que el Vicepresidente Johnson había sido electo con arreglo á un programa que se apoyaba en la doctrina Monroe; que no había ministro americano en México y que el erario de los Estados Unidos no se prestaba á mantener, sin una gran mira, el ejército considerable concentrado en Texas; de todo ello se deducía, que el gobierno de Washington iba á tomar una parte activa en la cuestión mexicana en favor de Juárez. Aseguraba una parte de la prensa, que antes de que se llegara á la guerra, la Francia, aterrorizada al sólo aspecto del ejército del general Sheridan, retiraría de México sus legiones.

A la vez, varios agentes de Juárez trataban en los Estados Unidos, de comprar las armas de todas clases y tamaños, que habían dejado los dos millones de soldados que tomaron participio en la guerra civil de esa Nación.

Nada tranquilizador para los imperialistas fué el cambio en la frontera ame-

(1) El empréstito mexicano al diez por ciento. Con la autorización del gobierno mexicano, se ofrece un empréstito por diez millones de pesos, pagadero en diez años, que empezaran á contarse desde el 1º de Julio de 1865; será negociado en San Francisco, para lo cual se expedirán bonos de dicho gobierno con valores de 50 pesos á 1000, respectivamente, con un interés de diez por ciento anual, según los cupones que irán adjuntos. El principal é interés serán pagados en moneda acuñada en los Estados Unidos; el interés se pagará cada seis meses en el Banco del Pacífico y San Francisco; dichos bonos, que llevan la fecha de 1º de Julio de 1865, están de venta actualmente en la oficina del infrascrito, núm. 420 calle de Montgomery. El pago y redención de dichos bonos y cupones, está asegurado con la mitad del producto fiscal de las entradas y derechos procedentes de las aduanas de Mazatlán, Guaymas, Manzanillo y de todos los puertos de los Estados de Sinaloa, Sonora y Colima, y con los productos de las minas de los mencionados Estados y van refrendados por Samuel Brannan Esq. como fideicomisario. Dichas entradas y derechos, tan pronto como sean recaudados, serán depositados y se guardarán en el Banco del Pacífico, San Francisco, y empleados exclusivamente para el pago de dichos bonos é intereses. El gobierno mexicano se reserva el derecho de redimir dicho empréstito, ó cualquiera porción de él, después de haber dado aviso de su intención, durante seis meses, en un periódico publicado en San Francisco y en otro de Nueva York. Mr. Samuel A. Brannan Esq. quedaba nombrado apoderado legal del Sr. Sánchez Ochoa, para tratar en su nombre todos los asuntos que se relacionaran con dichos bonos. Los libros para la subscripción quedaban abiertos en las oficinas del agente de la República de México, núm. 1, primer piso, 420 calle de Montgomery.

ricana, del general Brown por el general Steele, quien también pertenecía al partido de la guerra. Dotado de un espíritu menos inquieto que su predecesor, Steele se prestó á celebrar con el general Mejía un convenio, para poner término á las incesantes excursiones que los republicanos de México hacían de uno al otro lado del Bravo, exigiéndose después del convenio, pasaporte para atravesar el río.

El 12 de Julio (1865), había ocupado ya el ejército de Texas sus posiciones en la orilla izquierda del Bravo, y se aseguraba que el general Mejía había devuelto los cañones que compró á los confederados. Sabíase también que las partidas de éstos, que al mando de Shelby y Smith pasaron la línea divisoria, fueron detenidas y desarmadas en Piedras Negras por el Sr. Viezca, gobernador juarista de Coahuila.

Los republicanos sentían ya la marcada protección que con sólo su actitud les daban los Estados Unidos, no sólo por el grande ejército que reunían en Texas, sino porque á fines de Julio embarcaban en Nueva Orleans para Brazos, grandes cantidades de parque y útiles de guerra, estableciéndose en Brownsville el general Sheridan, en jefe de todas las fuerzas del lado occidental del Mississippí, y frente á Corpus Christi quedó fondeada una escuadra de monitores. Todo esto, unido al amparo que gozaban los republicanos por parte de las autoridades de Texas, hacía prever un conflicto casi inevitable entre los Estados Unidos y la Intervención y el Imperio.

El general Steele exigía á los imperialistas le entregaran la artillería que recibieron del general Slaughter. Entonces mayor número de tropas norteamericanas avanzaban en dirección á Texas y el río Bravo. La reunión de esas fuerzas no estaba justificada por las circunstancias locales, y continuaban en muchos lugares las convenciones, resueltas á sostener la expulsión de Maximiliano del territorio de México.

Agitábase en el seno de aquel gobierno, la cuestión de que se prohibiera el desembarco en la costa de México á cualquier soldado extranjero que viniera al servicio de Maximiliano, haciendo, en caso contrario, una protesta firme y perentoria. El gobierno debía mantener en Texas el ejército de observación, para que la presión físico-moral determinara la retirada de Maximiliano. (1)

El gobierno francés se inquietó por la concentración de las tropas federales sobre el Bravo, considerándolas como una amenaza. Drouyn de Lhuys conferenció con Mr. Bigelow, para saber si el gobierno americano estaba mal dispuesto respecto al Imperio en México; no contestó Bigelow de un modo satisfactorio en la primera entrevista; pero trasmitió á Washington su conversación con el ministro francés, y á poco se supo que los Estados Unidos reducían considerablemente el ejército en Texas; respondió el gobierno norte-americano con una nota

(1) Comprendían, en Julio, las fuerzas que ocupaban á Texas, tres cuerpos de ejército, el 25, el 13 y el 4º Este se dirigió al interior, en tanto que los otros se quedaban en la costa del Estado, teniendo por centro á San Antonio de Béjar.

de la mitad del producto de las aduanas del Pacífico. El otro agente, D. Plácido Vega, afirmaba que en virtud de sus instrucciones, podía dar á los subscriptores la garantía de todas las rentas del país; pero solamente el Sr. Sánchez Ochoa había anunciado oficialmente su plan financiero. (1)

Estando ocupados por los imperialistas los puertos afectados el pago del empréstito, se creyó desde luego que éste no se realizaría

El general Luis Wallace publicó una larga carta, sosteniendo que la emigración voluntaria para México, destinada á tomar las armas en favor de Juárez, no quebrantaba las leyes de neutralidad, y que no se opondría á ella el Presidente Johnson. Calificó la neutralidad de su gobierno, como un auxilio á Maximiliano, y la conducta de Napoleón en México, un fraude contra Inglaterra y España y una violación del tratado tripartito; aseguraba que el Norte y el Sur fraternizarían en una guerra exterior.

La prensa de los Estados Unidos recordaba, que el Vicepresidente Johnson había sido electo con arreglo á un programa que se apoyaba en la doctrina Monroe; que no había ministro americano en México y que el erario de los Estados Unidos no se prestaba á mantener, sin una gran mira, el ejército considerable concentrado en Texas; de todo ello se deducía, que el gobierno de Washington iba á tomar una parte activa en la cuestión mexicana en favor de Juárez. Aseguraba una parte de la prensa, que antes de que se llegara á la guerra, la Francia, aterrorizada al sólo aspecto del ejército del general Sheridan, retiraría de México sus legiones.

A la vez, varios agentes de Juárez trataban en los Estados Unidos, de comprar las armas de todas clases y tamaños, que habían dejado los dos millones de soldados que tomaron participio en la guerra civil de esa Nación.

Nada tranquilizador para los imperialistas fué el cambio en la frontera ame-

(1) El empréstito mexicano al diez por ciento. Con la autorización del gobierno mexicano, se ofrece un empréstito por diez millones de pesos, pagadero en diez años, que empezaran á contarse desde el 1º de Julio de 1865; será negociado en San Francisco, para lo cual se expedirán bonos de dicho gobierno con valores de 50 pesos á 1000, respectivamente, con un interés de diez por ciento anual, según los cupones que irán adjuntos. El principal é interés serán pagados en moneda acuñada en los Estados Unidos; el interés se pagará cada seis meses en el Banco del Pacífico y San Francisco; dichos bonos, que llevan la fecha de 1º de Julio de 1865, están de venta actualmente en la oficina del infrascrito, núm. 420 calle de Montgomery. El pago y redención de dichos bonos y cupones, está asegurado con la mitad del producto fiscal de las entradas y derechos procedentes de las aduanas de Mazatlán, Guaymas, Manzanillo y de todos los puertos de los Estados de Sinaloa, Sonora y Colima, y con los productos de las minas de los mencionados Estados y van refrendados por Samuel Brannan Esq. como fideicomisario. Dichas entradas y derechos, tan pronto como sean recaudados, serán depositados y se guardarán en el Banco del Pacífico, San Francisco, y empleados exclusivamente para el pago de dichos bonos é intereses. El gobierno mexicano se reserva el derecho de redimir dicho empréstito, ó cualquiera porción de él, después de haber dado aviso de su intención, durante seis meses, en un periódico publicado en San Francisco y en otro de Nueva York. Mr. Samuel A. Brannan Esq. quedaba nombrado apoderado legal del Sr. Sánchez Ochoa, para tratar en su nombre todos los asuntos que se relacionaran con dichos bonos. Los libros para la subscripción quedaban abiertos en las oficinas del agente de la República de México, núm. 1, primer piso, 420 calle de Montgomery.

ricana, del general Brown por el general Steele, quien también pertenecía al partido de la guerra. Dotado de un espíritu menos inquieto que su predecesor, Steele se prestó á celebrar con el general Mejía un convenio, para poner término á las incesantes excursiones que los republicanos de México hacían de uno al otro lado del Bravo, exigiéndose después del convenio, pasaporte para atravesar el río.

El 12 de Julio (1865), había ocupado ya el ejército de Texas sus posiciones en la orilla izquierda del Bravo, y se aseguraba que el general Mejía había devuelto los cañones que compró á los confederados. Sabíase también que las partidas de éstos, que al mando de Shelby y Smith pasaron la línea divisoria, fueron detenidas y desarmadas en Piedras Negras por el Sr. Viezca, gobernador juarista de Coahuila.

Los republicanos sentían ya la marcada protección que con sólo su actitud les daban los Estados Unidos, no sólo por el grande ejército que reunían en Texas, sino porque á fines de Julio embarcaban en Nueva Orleans para Brazos, grandes cantidades de parque y útiles de guerra, estableciéndose en Brownsville el general Sheridan, en jefe de todas las fuerzas del lado occidental del Mississippí, y frente á Corpus Christi quedó fondeada una escuadra de monitores. Todo esto, unido al amparo que gozaban los republicanos por parte de las autoridades de Texas, hacía prever un conflicto casi inevitable entre los Estados Unidos y la Intervención y el Imperio.

El general Steele exigía á los imperialistas le entregaran la artillería que recibieron del general Slaughter. Entonces mayor número de tropas norteamericanas avanzaban en dirección á Texas y el río Bravo. La reunión de esas fuerzas no estaba justificada por las circunstancias locales, y continuaban en muchos lugares las convenciones, resueltas á sostener la expulsión de Maximiliano del territorio de México.

Agitábase en el seno de aquel gobierno, la cuestión de que se prohibiera el desembarco en la costa de México á cualquier soldado extranjero que viniera al servicio de Maximiliano, haciendo, en caso contrario, una protesta firme y perentoria. El gobierno debía mantener en Texas el ejército de observación, para que la presión físico-moral determinara la retirada de Maximiliano. (1)

El gobierno francés se inquietó por la concentración de las tropas federales sobre el Bravo, considerándolas como una amenaza. Drouyn de Lhuys conferenció con Mr. Bigelow, para saber si el gobierno americano estaba mal dispuesto respecto al Imperio en México; no contestó Bigelow de un modo satisfactorio en la primera entrevista; pero trasmitió á Washington su conversación con el ministro francés, y á poco se supo que los Estados Unidos reducían considerablemente el ejército en Texas; respondió el gobierno norte-americano con una nota

(1) Comprendían, en Julio, las fuerzas que ocupaban á Texas, tres cuerpos de ejército, el 25, el 13 y el 4º Este se dirigió al interior, en tanto que los otros se quedaban en la costa del Estado, teniendo por centro á San Antonio de Béjar.

diplomática tranquilizadora, protestando pacíficas intenciones, aunque conviniendo siempre en que la opinión pública veía con desconfianza la intervención francesa en México; pero creía el Presidente poder asegurar, que conseguiría seguir dominando la corriente y resistir á ciegos impulsos. Solamente el rumor del licenciamiento de una parte del ejército de Texas, hizo subir el valor de los bonos del primer empréstito del Imperio.

El ministro mexicano residente en Washington, solicitó por medio del ministro M. Seward, permiso del gobierno norteamericano para abrir un empréstito, comprar armas y poderlas exportar para donde se juzgara conveniente. Manifestó el Sr. Romero, que el gobierno mexicano había estado esperando con ansiedad el término de la guerra civil de los Estados Unidos, estando ligado el triunfo de éstos con el de México, así como la derrota habría hecho más difícil la situación del gobierno republicano que presidía el Sr. Juárez.

Habíase creído por los republicanos de México, que una vez terminada la guerra en los Estados Unidos, su gobierno tendría que seguir uno de dos caminos: ó disponer que los franceses se retirasen desde luego de México, ó seguir la política de neutralidad observada hasta entonces, mientras se consolidaba la paz en los Estados del Sur.

En concepto de que se siguiese esta segunda marcha política, el Sr. Romero hizo notar al gobierno de Washington, que el pueblo mexicano estaba desarmado y sin recursos, y que si se consentía la extracción de armas para importarlas á México, y si el mismo gobierno permitía realizar un empréstito mexicano, podría terminarse en pocos meses la guerra que Napoleón había traído al territorio mexicano.

Fundábase la petición del Sr. Romero, en la identidad de intereses entre México y los Estados Unidos, respecto de la cuestión con Francia, y en la unanimidad de opinión que manifestaba el pueblo norte-americano acerca de las simpatías por la causa republicana en México.

M. Seward contestó: que ninguna ley prohibía la exportación de armas ó dinero de los Estados Unidos para México; pero que nunca debía entenderse que el gobierno infringía la neutralidad que en todas circunstancias había observado, y que solamente al congreso pertenecía la facultad constitucional de declarar la guerra.

Las probabilidades de que estallara entre los Estados Unidos y Francia, originaba los más alarmantes rumores; algunos afirmaban en Agosto (1865) que ya se había recibido la orden para la retirada del ejército francés; otros aseguraban que los austriacos empacaban en el palacio de Chapultepec todos sus efectos para marcharse, pretestando que la princesa Carlota había resuelto ir á Bruselas para asuntos de familia y ver morir á su padre, entonces ya moribundo. Esa tirantez de la situación se reflejó en «*L'Estaffette,*» órgano reconocido de Bazaine, al proclamar en un editorial, que el Imperio de Maximiliano era insostenible y que no quedaba á México otra alternativa, que elegir entre el protectorado francés ó la



D. Juan Jiménez de Sandoval

MARQUÉS DE LA RIVERA.

ENVIADO EXTRAORDINARIO Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE ESPAÑA CERCA DEL EMPERADOR MAXIMILIANO.

Fué recibido oficialmente el 8 de Marzo de 1865, esto es, ocho meses después de haber tomado posesión del trono el Monarca. El Señor Marqués de la Rivera había estado ya en México el año de 1853, en calidad de representante de su patria, para tratar el asunto de la deuda española, sin que le fuera dado obtener ningún arreglo. España mostró desvío respecto al Imperio levantado en México por la Intervención francesa. Cuando Maximiliano cayó prisionero en Querétaro, algunos representantes de gobiernos europeos en México, acudieron en favor del vencido, aunque sin carácter oficial en el campo republicano: el representante de España no siguió la misma conducta y consideró conveniente abstenerse.

diplomática tranquilizadora, protestando pacíficas intenciones, aunque conviniendo siempre en que la opinión pública veía con desconfianza la intervención francesa en México; pero creía el Presidente poder asegurar, que conseguiría seguir dominando la corriente y resistir á ciegos impulsos. Solamente el rumor del licenciamiento de una parte del ejército de Texas, hizo subir el valor de los bonos del primer empréstito del Imperio.

El ministro mexicano residente en Washington, solicitó por medio del ministro M. Seward, permiso del gobierno norteamericano para abrir un empréstito, comprar armas y poderlas exportar para donde se juzgara conveniente. Manifestó el Sr. Romero, que el gobierno mexicano había estado esperando con ansiedad el término de la guerra civil de los Estados Unidos, estando ligado el triunfo de éstos con el de México, así como la derrota habría hecho más difícil la situación del gobierno republicano que presidía el Sr. Juárez.

Habíase creído por los republicanos de México, que una vez terminada la guerra en los Estados Unidos, su gobierno tendría que seguir uno de dos caminos: ó disponer que los franceses se retirasen desde luego de México, ó seguir la política de neutralidad observada hasta entonces, mientras se consolidaba la paz en los Estados del Sur.

En concepto de que se siguiese esta segunda marcha política, el Sr. Romero hizo notar al gobierno de Washington, que el pueblo mexicano estaba desarmado y sin recursos, y que si se consentía la extracción de armas para importarlas á México, y si el mismo gobierno permitía realizar un empréstito mexicano, podría terminarse en pocos meses la guerra que Napoleón había traído al territorio mexicano.

Fundábase la petición del Sr. Romero, en la identidad de intereses entre México y los Estados Unidos, respecto de la cuestión con Francia, y en la unanimidad de opinión que manifestaba el pueblo norte-americano acerca de las simpatías por la causa republicana en México.

M. Seward contestó: que ninguna ley prohibía la exportación de armas ó dinero de los Estados Unidos para México; pero que nunca debía entenderse que el gobierno infringía la neutralidad que en todas circunstancias había observado, y que solamente al congreso pertenecía la facultad constitucional de declarar la guerra.

Las probabilidades de que estallara entre los Estados Unidos y Francia, originaba los más alarmantes rumores; algunos afirmaban en Agosto (1865) que ya se había recibido la orden para la retirada del ejército francés; otros aseguraban que los austriacos empacaban en el palacio de Chapultepec todos sus efectos para marcharse, pretestando que la princesa Carlota había resuelto ir á Bruselas para asuntos de familia y ver morir á su padre, entonces ya moribundo. Esa tirantez de la situación se reflejó en «*L'Estaffette,*» órgano reconocido de Bazaine, al proclamar en un editorial, que el Imperio de Maximiliano era insostenible y que no quedaba á México otra alternativa, que elegir entre el protectorado francés ó la



D. Juan Jiménez de Sandoval

MARQUÉS DE LA RIVERA.

ENVIADO EXTRAORDINARIO Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE ESPAÑA CERCA DEL EMPERADOR MAXIMILIANO.

Fué recibido oficialmente el 8 de Marzo de 1865, esto es, ocho meses después de haber tomado posesión del trono el Monarca. El Señor Marqués de la Rivera había estado ya en México el año de 1853, en calidad de representante de su patria, para tratar el asunto de la deuda española, sin que le fuera dado obtener ningún arreglo. España mostró desvío respecto al Imperio levantado en México por la Intervención francesa. Cuando Maximiliano cayó prisionero en Querétaro, algunos representantes de gobiernos europeos en México, acudieron en favor del vencido, aunque sin carácter oficial en el campo republicano: el representante de España no siguió la misma conducta y consideró conveniente abstenerse.

absorción por los Estados Unidos, declaración que acabó de predisponer á Maximiliano con el jefe del cuerpo expedicionario francés, y aumentó las dificultades invencibles que cada día se agrandaban.

Ya era un hecho público el rompimiento de relaciones entre Maximiliano y la corte pontificia, que resueltamente se negaba á recibir la comisión que fué á dar explicaciones de los motivos que habían obligado á Maximiliano á aceptar los principios reformistas, y llegaba el disgusto de aquella corte á tal grado, que no logró el comisionado Velázquez de León, que en el santo de Maximiliano pudiera celebrarse en una de las iglesias de Roma un *Te Deum.*

Manifestábase hondamente impresionado el partido clerical mexicano, verdadero autor de la venida de Maximiliano á México, con la esperanza de que su primer paso habría sido destruir aquí la obra de los últimos gobiernos liberales desde el año de 1856.

Crecieron las congojas de Maximiliano, al saber que también en París fracasaron los esfuerzos de su principal consejero y jefe de su gabinete Mr. Eloin, quien solicitaba del Emperador de los franceses, el compromiso de seguirle proporcionando auxilios de tropa y dinero para conjurar la tormenta que ya tenía encima el Imperio mexicano, ó que lograse el reconocimiento de este por parte de los Estados Unidos. Nada satisfactorio pudo obtener Eloin según él mismo informó á Maximiliano, quien antes de concluir el año de 1865, estaba en una situación que se podía calificar de desesperada. Al pensar en la abdicación, se le presentaba desde luego el papel que haría en Europa, después que su hermano el Emperador de Austria se negaba á devolverle los derechos de agnado, y á rescindir el convenio firmado en Miramar por sugestiones de Napoleón III. ¡Qué pensamientos tan tristes cruzarían por la mente de Maximiliano! veía desmoronarse el Imperio de México, y sentía la nulidad á que quedaría reducido si regresaba á Europa. De poco valor eran las negativas que acerca de todo lo que pasaba formulaba en México el *Diario Oficial del Imperio,* y aunque no faltaban quienes lo creyeran, esto en nada cambiaba la realidad de los hechos y la inflexible y desesperante marcha de todo lo que rodeaba á Maximiliano, para llegar á una catástrofe. Teniendo de enemigos declarados á los Estados Unidos y á Roma, y sin el apoyo de las cortes de París y de Viena; faltándole el auxilio de los conservadores mexicanos que él había retirado y habiendo fracasado en su proyecto de atraerse al partido liberal mexicano, ¿cuál era el porvenir del Príncipe que, en su afán por realizar una grande obra y por halagar su ambición de mando, había olvidado el origen de su trono y gastado los resortes que aun cuando fuese por poco tiempo, podía tocar para sostenerse?

CAPITULO SEGUNDO.

Continúa la política incierta de Maximiliano.—Necesidad de que tenga fin la Intervención.—Grandes fiestas en la celebración del 16 de Septiembre.—Lujosas tertulias en la Corte.—Inauguración del camino de fierro entre México y Tacubaya.—Títulos de Príncipes dados á los nietos de D. Agustín Iturbide.—Convenio secreto entre Maximiliano y los hijos de Iturbide.—Se denuncia esto como un acto de violencia.—Ley libertando á los peones y rebajando sus deudas.—Maximiliano da pasos en falso.—Inauguración de la estatua de Morelos.—Sigue en desorden el asunto de los bienes nacionalizados.—Crítica situación de Bazaine.—Hace á un lado á Maximiliano.—Los generales Neigre y Douay critícanlo también.—Envíase á Texas un comisionado que estudie la situación.—Nota del gobierno norteamericano en forma de *ultimatum*.—Nombra á Mr. Logan su representante cerca del Presidente Juárez.—El general Brincourt abandona á Chihuahua.—Mostró resistencia para cumplir las órdenes.—Prosigue Bazaine la concentración de sus tropas.—Regresa á Chihuahua el Presidente Juárez.—Convención Danó.—Se dificulta su ejecución.—Convenio acerca de empleados franceses.—Nuevo arreglo de los bonos de Jecker.—Venida del comisario Mr. Langlais.—Se le concedieron grandes preeminencias.—Su desaliento al llegar á México.—Muere repentinamente.—Se fuga de la prisión en Puebla el general Porfirio Díaz.—Defensa que de este jefe hizo en Francia el Sr. Maneyro.—Divergencias entre los liberales mexicanos.—Consiguen un empréstito en los Estados Unidos.—Napoleón resuelve retirar de México el ejército expedicionario.—Crece la revolución en los Estados fronterizos del Norte.—Se paralizan las transacciones mercantiles.—Ataca el coronel Escobedo el puerto de Matamoros.—Es rechazado y se retira.—Reclamaciones de los jefes T. Mejía y Cloué.—Ataca Escobedo á Monterrey y se retira.—Elementos de los republicanos en la frontera del Norte.—Facultades con que fué revestido el coronel Escobedo.—Tamaulipas y el coronel P. Méndez.—Veracruz.—Se posesiona de Huatusco el jefe Marrero.—Proclaman el Imperio algunos misantecos.—Entran los republicanos á Teziutlán.—Diversas operaciones en Puebla y Oaxaca.—Ocupan los imperiales el puerto de Acapulco.—Sucesos de la Baja California, Sonora y Jalisco.—Prisiones en Zacatecas.—Maximiliano quiere proteger á los confederados.—Disposiciones en favor de la inmigración.—El ministro Romero denuncia el decreto respectivo.—Discurso de Mr. Seward en Auburn.

Defecto grave en la administración imperial, fué la política indecisa y á veces contradictoria de Maximiliano. Esa falta de un sistema fijo aun en los negocios de mayor importancia, fué de enorme trascendencia. La administración imperial no atendía más que á salir de las necesidades del momento, después de haber disipado el producto de los dos empréstitos.

Empeoró considerablemente su situación, desde el momento en que se aseguró que Napoleón III había acordado la retirada de las tropas francesas que ocupaban á México, retirada que se creía necesarísima, ante la insistencia del gobierno norteamericano. Era ya una verdadera exigencia poner término á la empresa costosa é irrealizable, contra la cual se levantaba también el sentimiento general del pueblo francés, y aun de algunos ministros de Napoleón.

Maximiliano se encontraba sin recursos y ya un tercer empréstito era irrea-

lizable, pues no había prestamistas desde el momento en que se hizo en Washington la solemne declaración de no consentir en la subsistencia del Imperio mexicano, creado y sostenido por la Francia. Sin recursos para cubrir un presupuesto cuantioso, del que solamente una parte podían dar las rentas del país, no le quedaba al Emperador mexicano otro arbitrio, que pedir al tesoro francés el auxilio que de ningún otro lado podía obtener. Pero le era imposible á la Francia proporcionar recursos, por las dificultades financieras y políticas en que estaba envuelta. Fueron medidas ilusorias, la conversión de los bonos del primer empréstito hecho por Maximiliano y la creación de un banco nacional, pues lo primero se redujo á gravar más al erario y en aquellas circunstancias un banco de ninguna manera aumentaría las riquezas, ni llevaría desahogo al moribundo erario imperial que tenía sobre sí un enorme presupuesto.

No obstante esa fatal situación, la Corte celebró con gran solemnidad el 16 de Septiembre. (1) Las tropas francesas, austricas, belgas y mexicanas de la guarnición de la capital, estaban formadas en la Plaza de Armas desde las siete de la mañana. Poco antes de las ocho anunciaron las salvas en la Ciudadela, los repiques á vuelo en las iglesias, las voces de mando y las músicas militares, que sus Majestades salían de Palacio. El Emperador, á caballo y rodeado de generales mexicanos llegó hasta el atrio de Catedral, yendo la Emperatriz en la carroza imperial acompañada del gran chambelán, el gran maestro de ceremonias, el intendente de la lista civil y las damas de honor. (2) En la puerta de la Catedral fueron recibidos por el Arzobispo y el Cabildo, y ocuparon sus puestos bajo el dosel colocado en el presbiterio. Terminado el *Te Deum* regresó á Palacio la Emperatriz, y acompañado del Mariscal Bazaine y los generales mexicanos, presenció Maximiliano el desfile de las tropas de la guarnición formadas en columna de honor.

Era inmenso el gentío que invadió, tanto la Catedral como la Plaza y los edificios que la rodean. Cuando terminó el desfile, siguieron en Palacio las felicitaciones y el acto de condecorar con cruces á varias personas agraciadas.

El ministro de Negocios Extranjeros D. Fernando Ramírez, felicitó á los Monarcas, y entre otros conceptos expuso el de que se había disentido en los principios, en las formas y en los medios de hacer la felicidad del país, pero nunca acerca de su independencia, y alabó la abnegación con que, renunciando á sus conveniencias, á su familia y su Patria, se habían encargado de la tremenda tarea de salvar la nacionalidad agonizante; llamó á Maximiliano caudillo ilus-

(1) En la mañana del 16, recorrieron las calles de la capital algunos víctores precedidos por músicas; los edificios públicos y algunos particulares tenían cortinas y adornos.

(2) Tiraban la carroza dorada en la que iba la Emperatriz, seis magníficos caballos y la precedían otros seis coches con las damas de honor y otros personajes de la Corte. La comitiva dió vuelta á la plaza dentro de la valla que formaron las tropas de la guarnición con las armas presentadas. La Emperatriz vestía con manto escarlata, llevaba adornada las sienes con valiosa pedrería y el pecho con diferentes condecoraciones, formando el conjunto un magnífico golpe de vista.

tre y defensor inflexible del honor é independencia de la Nación, restaurador de las libertades públicas y guardián de los derechos individuales.

Maximiliano, en su contestación, calificó aquella de una fiesta de familia, de hermanos que cada año se reunían alrededor de nuestra gloriosa bandera. Llamó al 16 de Septiembre día de regocijo y también de deber, porque cada mexicano debía renovar en él, el juramento de no vivir más que para la grandeza, independencia é integridad de su patria, y de estar siempre dispuesto á defenderla con todo valor y energía; palabras del juramento que, como buen mexicano, habían sido las primeras que él profirió y que ahora repetía solemnemente. «Mi corazón, mi alma, mis trabajos, todos mis leales esfuerzos,—dijo,—pertenecen á vosotros y á mi querida Patria. Ningún poder en este mundo, podrá hacerme vacilar en mi deber; cada gota de mi sangre es ahora mexicana, y si Dios permitiese que nuevos peligros amenazaran á nuestra Patria, vosotros me veréis combatir en vuestras filas por su independencia y su integridad. Puedo morir; pero morir al pie de nuestra gloriosa bandera, porque ninguna fuerza humana podría hacerme abandonar el puesto á que me ha llamado vuestra confianza.» Pidió que se acabaran los odios de partido y que los mexicanos no vivieran más que para el bien y el adelanto del país; así unidos serían fuertes y harían triunfar los principios que salvan á las sociedades. También pidió la unión con los nobles aliados y sus gloriosas banderas, para ver robusto y fructífero el hermoso árbol de la independencia, cuya semilla plantó el grande Hidalgo con sus ilustres compañeros.

En ese día se les ministró una paga á los pensionistas del erario, y fueron condecoradas varias personas, entre ellas los antiguos patriotas con medalla de oro; se dispuso erigir un monumento á la Independencia y un sarcófago á los restos del libertador Iturbide; se concedió títulos de príncipe á los nietos de éste y á su hija Dª Josefa, tomando Maximiliano la tutela y curatela de los príncipes D. Agustín y D. Salvador, y nombró cotutora á la princesa Dª Josefa. Se mandó socorrer á los pobres y á las víctimas de la inundación; que se erigiese un monumento á Morelos, y se estableciera una casa de inválidos; se instituyó un consejo de Estado con varios consejeros honorarios; se creó una escuela militar imperial y se publicó el convenio para establecer el Banco de México.

Los periódicos franceses que se publicaban en esta ciudad, llevaron á mal la omisión que el ministro Ramírez hizo en su discurso, respecto á los aliados del Imperio cuyo sostén eran.

El ministro Ramírez, como otros muchos que servían al Imperio, pretendía separar la causa de la dinastía de la causa de la Intervención. ¿Pero no era un grande desvarío suponer siquiera que la nueva monarquía, combatida como estaba por tantos enemigos declarados y secretos, presa de enormes escaseces hacendarias, permanecería en pie, en virtud de su propia fuerza, si llegaba á destruírse el apoyo de la Francia? ¿Cómo no comprendió el Ministro, que desde el momento en que la Intervención recogiera sus tiendas de campaña y retirara su bandera, era inevitable la caída del Imperio? Los que estaban en las alturas del gobierno,

sabían muy bien el valor de las declaraciones respecto de la voluntad nacional. El ministro Ramírez creía oportuna y posible una política de reticencias, de equívocos y de quejumbrosa inercia, aún contra la terminante declaración de Maximiliano que dijo: «Unámonos estrechamente á nuestros nobles aliados y á su generosa bandera.» Una parte de los sostenedores del Imperio se sonrojaban al aceptar la Intervención y le negaban una cooperación activa y enérgica, otra parte la aceptaba de labios afuera, y un corto número consideraba que sin el apoyo de la Intervención era segura la muerte del Imperio.

Los Emperadores recorrieron en la tarde del 16 las calles de la capital en carretela abierta, precedidos por picadores y siguiéndoles la escolta y otras carretelas con personas de la Corte. El pueblo asistió á los espectáculos gratuitos que le fueron ofrecidos. En la noche hubo fuegos artificiales é iluminación en el Palacio, la Diputación y la Catedral. En el teatro Imperial asistieron Sus Majestades á la función lírica, en la que se representaron actos de Traviata y Hernani; permanecieron en pie, como todos los concurrentes, en tanto que fué cantado el himno nacional por los artistas de la Opera. La función que comenzó á las ocho, terminó á las nueve y media. Los Emperadores fueron vitoreados á la entrada y la salida.

El 30 del mismo mes, fué inaugurada solemnemente, en presencia de los Emperadores, la estatua de Morelos en la plazuela de Guardiola.

Para congraciarse con los periodistas franceses, dió á muchos de ellos Maximiliano condecoraciones. (1)

Nombró Maximiliano comandante militar de Tamaulipas al General D. Francisco Lamadrid, quien tomó en Tampico el mando en el mismo mes de Septiembre. Designó á Mr. Maury consejero de Estado y comisario imperial de colonización, autorizándole para que nombrara agentes de ella en los Estados Unidos

(1) Continuaron las tertulias en Palacio y se guardaban las etiquetas cual si se estuviese en una Corte europea. En el momento oportuno, al salir los Emperadores de sus aposentos, formaba la concurrencia dos hileras, una de señoras y la otra de caballeros, pasando entre ambas los Emperadores precedidos de los altos empleados de la Corte y seguidos de las damas de Palacio y las de honor. Después de recorrer los dos salones que llenaban los concurrentes, ocupaban los dos sillones en el estrado preparado para ellos y comenzaba la música á tocar la cuadrilla de honor, que bailaba el Emperador con la mariscala de Bazaine y la Emperatriz con el Mariscal; también tomaban un lugar en esa cuadrilla el gran Mariscal de la Corte, el Ministro del Interior, los chambelanes y generales franceses y alguna marquesa ó condesa, ó la esposa de algún ministro. El traje de la Emperatriz constituía uno de los atractivos de aquellas fiestas de Palacio: adornábase con la banda de San Carlos prendida con hileras de brillantes, y del lado izquierdo llevaba la Cruz de la Estrella, enlazada con broches de las mismas preciosas piedras; eran objeto de admiración sus aderezos de esmeraldas y diamantes, las riquísimas pulseras, el peinado á veces formado de azahares salpicados de brillantes y cayéndole sobre las espaldas. El salón donde se bailaba la cuadrilla de honor estaba adornado con retratos del tamaño natural, en el lugar principal veíase el de Maximiliano con manto imperial y cetro, á su derecha los de la Emperatriz y Napoleón III, y á la izquierda el de Iturbide y la Emperatriz Eugenia; en otro lienzo de la pared estaba el del Cura Hidalgo y enfrente el de Pío IX, y los del Emperador y la Emperatriz de Austria. Las tertulias solían prolongarse hasta la una de la madrugada, á cuya hora se retiraban los Emperadores y terminaba la reunión.

con sueldos y gratificaciones pagados por el erario mexicano. Estableció Maximiliano también una oficina de tierras y de colonización, encargándola á Mr. Magruder, norte-americano, y envió á Europa al conde de Bombelles, quien con su escolta llegó á Veracruz á principios de Octubre.

Maximiliano y la Emperatriz Carlota concurrieron á celebrar la inauguración del tramo de ferrocarril entre México y Tacubaya el 8 de Octubre. Residían en el Castillo de Chapultepec, del cual pasaron á la estación de este nombre, allí estaba el Sr. Carpena, abad de la Colegiata de Guadalupe, con los sacerdotes que le acompañaron en la bendición de la locomotora y de la vía férrea. El ministro de Fomento pronunció un discurso ante los Emperadores é hizo la presentación de los empresarios Arbeu, Robleda y González. (1)

Maximiliano consideró propicia oportunidad la que se le presentaba el 16 de Septiembre (1865), para dar á conocer un proyecto que había formado hacía algún tiempo. No teniendo sucesión y desesperando lograrla, se había encargado de proveer á la educación y gastos de los nietos de D. Agustín de Iturbide, Emperador de pocos meses, fusilado el año de 1824, resolviendo Maximiliano adoptarlos y dejar á uno de ellos la herencia de la corona. (2)

Habíase divulgado que uno de los nietos del Emperador Iturbide, sería adoptado por Maximiliano como preludio de la abdicación, pensando retirar de sus sienes la corona para volverse á Miramar, no obstante los protestas tan expresi-

(1) Terminado el acto religioso, se retiraron los Emperadores y el tren fué conducido hasta la alameda de Tacubaya, donde recibieron á la comitiva el subprefecto y el Ayuntamiento; hubo repiques, cohetes, músicas y gran concurrencia en ese sitio y calles del tránsito. Regresó el tren á la estación de Chapultepec con las autoridades de Tacubaya y se sirvió en el comedor alto un almuerzo, en cuyo acto se pronunciaron bríndis en honor de la Empresa, de los Soberanos y del Ministro de Fomento; durante el convite tocó la música austriaca.

(2) *Reglamento para los Príncipes de Iturbide.*—§ 1. Pertenecen á la familia civil del Emperador, quien les da el título de Primos y ocupan en la corte el rango inmediato después de la familia Imperial, los Cardenales y los Collares del Aguila Mexicana.—§ 2. Tienen el tratamiento de Alteza que, como la dignidad de Príncipe, son vitalicios en las personas de los Príncipes Don Agustín y Don Salvador y de la Princesa Dª Josefa de Iturbide.—§ 3. Se les dará el tratamiento indicado, de palabra y por escrito, encabezando las cartas con: Alteza, poniendo en el cuerpo de ellas S. A.; y se rotularán: A S. A. el Príncipe. . . . .de Iturbide.—§ 4. Se les hace visitas y se les lleva tarjetas.—§ 5. Harán la primera visita á los Embajadores ó Embajadoras, porque éstos toman rango antes que ellos en la corte.—§ 6. No tendrán obligación de devolver visitas oficiales sino á los Cardenales, Collares del Aguila Mexicana, Embajadores, Ministros extranjeros ó á las esposas de éstos. Sin embargo la cortesía les permite visitar á las personas que gusten.—§ 7. Reciben las invitaciones á la corte por medio de una esquela de los Emperadores ó por convite escrito del Gran Mariscal de la Corte ó del Gran Maestro de Ceremonias, según lo exijan las circunstancias, y les será entregado personalmente por uno de los Secretarios de las Ceremonias.—§ 8. El luto de corte ó el aviso de cualquiera ceremonia á la que tengan que concurrir, les serán comunicados de parte del Gran Maestro de Ceremonias, por medio de una carta que uno de los Secretarios de las Ceremonias les entregará personalmente.—§ 9. En la Iglesia ocuparán el primer banco que estará cubierto de terciopelo. No se les presentará el agua bendita.—§ 10. En los días de ceremonia esperarán la salida de SS. MM. en un salón á propósito.—§ 11. Durante el círculo se colocarán en primer lugar.—§ 12. Cuando SS. MM. estén en el trono se colocarán de pie en el primer escalón del estrado. Los Príncipes á la derecha y la Princesa á la izquierda.

vas, hechas en el discurso patriótico pronunciado en el aniversario de la Independencia. Después se denunció ante la opinión pública la adopción de los descendientes de Iturbide, como un acto de violencia ó un pretexto para plagiar al niño Iturbide arrancándolo del lado de sus padres, y este asunto fué tema de artículos, folletos y otros escritos, y aun de reclamaciones de los Estados Unidos; falsas é increíbles suposiciones, que atentaban contra el buen nombre de Maximiliano y aun contra los sentimientos de los descendientes de Iturbide.

Ese decreto á que se referían tantos comentarios, publicado el 16 de Septiembre, concedía el título de príncipes á la Señorita Josefa, hija de Iturbide, y á los nietos de ésta, D. Agustín y D. Salvador, creándoles elevada posición en el Imperio. La princesa Dª Josefa, quedó nombrada cotutora para proveer á la educación y cuidado de uno de los príncipes residentes en la capital del Imperio. Designóse la habitación de éste en el Palacio Imperial, al lado de la princesa su tía, con las consideraciones y honores correspondientes á su rango.

La expedición del decreto se hizo después de un arreglo secreto con la misma familia, firmándolo los hijos de Iturbide á quienes se les hacían concesiones y se les distinguía de una manera especial, con todo lo cual se quiso demostrar el respeto á la memoria del Libertador. (1)

(1) El convenio secreto celebrado entre Maximiliano y los hijos del Libertador D. Agustín de Iturbide, decía así: "Queriendo S. M. el Emperador honrar la memoria del Libertador D. Agustín de Iturbide, por los justos títulos que tiene para reclamar la gratitud de la Nación, y deseando á la vez los hijos del mismo Libertador, facilitar por su parte todos los medios que puedan conducir á la realizacion de la noble demostración que S. M. ha concedido; de orden de S. M., el Ministro de Negocios Extranjeros D. Fernando Ramírez, encargado del Ministerio de Estado, etc., etc., y los Sres. D. Agustín, D. Angel y D. Agustín Cosme y la Srita. Dª Josefa de Iturbide, han convenido en lo siguiente: 1º S. M. dará una alta posición á los dos nietos del Emperador, D. Agustín y D. Salvador, así como también á la hija del mencionado Emperador, Dª Josefa de Iturbide.—2º Proveerán SS. MM. á los gastos de educación de los mencionados dos nietos del Emperador Agustín, adecuada á su rango, así como á los de mantenimiento de los mismos y de Dª Josefa.—3º En muestra de especial protección y favor que S. M. quiere dispensar á los mencionados dos nietos del Emperador, D. Agustín y D. Salvador, S. M. se constituye tutor y curador de ellos, nombrando á Dª Josefa de Iturbide cotutora.—4º D. Agustín D. Angel y D. Agustín Cosme de Iturbide, prometen por sí y por Dª Sabina, y por su descendencia legítima, no volver nunca al Imperio sin previa autorización del Soberano ó su legítima Regencia.—5º El gobierno de S. M. mandará entregar por la caja central del Estado, á los Sres. D. Agustín, D. Angel, D. Agustín Cosme, Dª Josefa y Dª Sabina de Iturbide, la suma de 30,000 pesos al contado y $120,000 en letras sobre París al curso de cambio, y pagaderos: 60,000 el 15 de Diciembre del presente año, y 60,000 el 15 de Febrero de 1866, lo que hace un total de $ 150,000, (ciento cincuenta mil pesos) á cuenta del crédito que tienen contra la Nación.—6º El gobierno de S. M. I. hará liquidar la cuenta ó cuentas de la familia del Libertador Iturbide, tanto las que le pertenecen como las que le corresponden por herencia y reconocerá el crédito que le resulte.—7º El gobierno de S. M. dará las órdenes convenientes para que las pensiones que disfrutan actualmente los Sres. D. Agustín, D. Angel, D. Agustín Cosme, Dª Josefa y Dª Sabina de Iturbide, les sean pagadas con toda puntualidad y sin descuento alguno, en el punto de su residencia ó en el más inmediato, si con aquel no tuviere México relaciones mercantiles.—8º El gobierno de S. M. concede á los mencionados Señores D. Agustín y D. Angel y Dª Sabina, sobre las pensiones que actualmente disfrutan, una asignación anual y vitalicia de 6,100 pesos al primero, 5,100 al segundo, cuya anualidad recibirá la señora esposa de D. Angel, en caso de fallecimiento de éste, y $1,524 á la última, así como también el pago á D. Agustín Cosme del sueldo íntregro que corresponde á su grado militar.

Al terminar el mes de Septiembre de 1865, expidió Maximiliano el decreto en que declaraba libres á los peones y extinguidas las deudas que tuvieran, considerándolas usurarias é infames, pues convertían en siervo aun al hijo en el seno de la madre; fué medida liberal y humanitaria pero insuficiente é incompleta, y no hizo más que aumentar considerablemente el número de los enemigos del Imperio; pudo considerarse un esfuerzo á medias, nacido de la anómala situación en que estaba el Soberano, deseoso de atraerse los dos partidos extremos. Los peones al ser emancipados quedaban sin participación de terrenos, aunque pudo habérseles dado los baldíos. No era posible que se emancipara una clase trabajadora, sin contar con los elementos indispensables para el trabajo; los interesados en la emancipación, viéronse obligados á vivir del acaso ó seguir en las haciendas al servicio de los propietarios del terreno; pero éstos, privados por la ley de sus créditos y del dominio de los peones, rehusaban emplear los brazos de los que no pudiendo aprovechar su legal emancipación, quedaban obligados á subsistir por el inveterado sistema de servidumbre en que habían estado, y por temor de ver morir de hambre á sus familias aceptaban la cadena del esclavo. Además, el clero ya se había declarado enemigo personal de la Corona, y apoyaba á los descontentos hacendados é iba de acuerdo con ellos, para recobrar su antigua y constante dominación sobre los jornaleros. (1)

Viéndose Maximiliano precisado á sostener los principios de la Reforma, al grado de ser excomulgado por unos y considerado liberal por otros, tuvo necesidad de falsear los principios que aceptaba. La propiedad adquirida por las leyes que acordaron la nacionalización, se demeritó por la variedad de disposiciones dictadas con respecto á ella. Había quedado sin llevarse adelante el castigo impuesto por la Regencia, á los funcionarios del orden judicial que se resistieron á conocer de negocios concernientes á la desamortización, aunque seguían vigentes las leyes relativas; este hecho relajó el resorte de un gobierno que se quería fuese vigoroso y enérgico, calificándolo así los mismos que lo invocaron y establecieron. Vino en seguida la ley expedida por Maximiliano para revisar las operaciones de nacionalización, y se creó una oficina más dispendiosa que útil; se dió entrada á multitud de pleitos y se abrió la puerta á especulaciones muy productivas para personas influentes y bien relacionadas en el Consejo y en las oficinas, á costa de los interesados en las operaciones; pero lo más perjudi-

Se darán las órdenes necesarias para que estas asignaciones se paguen con puntualidad y en los mismos términos expresados en el artículo anterior, respecto de las pensiones. En fe de lo cual se firmó el presente convenio por duplicado, en el alcazar de Chapultepec á 9 de Septiembre del año de 1865. Por mandato de S. M. I.—El Ministro Negocios Extranjeros.—*F. Ramírez.—A. de Iturbide.—Angel de Iturbide.—Agustín C. de Iturbide.—Josefa de Iturbide.—Alicia G. de Iturbide.*

(1) Sin declararse abiertamente contra el Imperio, una parte de los hacendados descontentos ayudaba á la rebelión, daba hospitalidad y aun dinero á las guerrillas, permitía que se repusieran los caballos heridos ó fatigados, de los revolucionarios que recobraban sus cabalgaduras tan luego que estaban servibles.



D. Francisco Somera.

La actividad y conocimientos científicos que mostró el Sr. Somera en el cargo de Prefecto Municipal, que desempeñó el año de 1865, motivaron el nombramiento que en él hizo el Emperador Maximiliano para Ministro de Fomento, el 3 de Marzo de 1866. En ese puesto se esforzó por establecer el gas para alumbrar la Capital, y se afanó en impulsar el proyecto relativo al desagüe general del Valle de México, formulado desde el año de 1848 por el Ingeniero Smith. Para los gastos respectivos propuso el Sr. Somera que se aumentaran las contribuciones municipales. Fué nombrado Comendador de la Imperial Orden de Guadalupe, por decreto de 20 de Febrero de 1866.

Al terminar el mes de Septiembre de 1865, expidió Maximiliano el decreto en que declaraba libres á los peones y extinguidas las deudas que tuvieran, considerándolas usurarias é infames, pues convertían en siervo aun al hijo en el seno de la madre; fué medida liberal y humanitaria pero insuficiente é incompleta, y no hizo más que aumentar considerablemente el número de los enemigos del Imperio; pudo considerarse un esfuerzo á medias, nacido de la anómala situación en que estaba el Soberano, deseoso de atraerse los dos partidos extremos. Los peones al ser emancipados quedaban sin participación de terrenos, aunque pudo habérseles dado los baldíos. No era posible que se emancipara una clase trabajadora, sin contar con los elementos indispensables para el trabajo; los interesados en la emancipación, viéronse obligados á vivir del acaso ó seguir en las haciendas al servicio de los propietarios del terreno; pero éstos, privados por la ley de sus créditos y del dominio de los peones, rehusaban emplear los brazos de los que no pudiendo aprovechar su legal emancipación, quedaban obligados á subsistir por el inveterado sistema de servidumbre en que habían estado, y por temor de ver morir de hambre á sus familias aceptaban la cadena del esclavo. Además, el clero ya se había declarado enemigo personal de la Corona, y apoyaba á los descontentos hacendados é iba de acuerdo con ellos, para recobrar su antigua y constante dominación sobre los jornaleros. (1)

Viéndose Maximiliano precisado á sostener los principios de la Reforma, al grado de ser excomulgado por unos y considerado liberal por otros, tuvo necesidad de falsear los principios que aceptaba. La propiedad adquirida por las leyes que acordaron la nacionalización, se demeritó por la variedad de disposiciones dictadas con respecto á ella. Había quedado sin llevarse adelante el castigo impuesto por la Regencia, á los funcionarios del orden judicial que se resistieron á conocer de negocios concernientes á la desamortización, aunque seguían vigentes las leyes relativas; este hecho relajó el resorte de un gobierno que se quería fuese vigoroso y enérgico, calificándolo así los mismos que lo invocaron y establecieron. Vino en seguida la ley expedida por Maximiliano para revisar las operaciones de nacionalización, y se creó una oficina más dispendiosa que útil; se dió entrada á multitud de pleitos y se abrió la puerta á especulaciones muy productivas para personas influentes y bien relacionadas en el Consejo y en las oficinas, á costa de los interesados en las operaciones; pero lo más perjudi-

Se darán las órdenes necesarias para que estas asignaciones se paguen con puntualidad y en los mismos términos expresados en el artículo anterior, respecto de las pensiones. En fe de lo cual se firmó el presente convenio por duplicado, en el alcazar de Chapultepec á 9 de Septiembre del año de 1865. Por mandato de S. M. I.—El Ministro Negocios Extranjeros.—*F. Ramírez.—A. de Iturbide.—Angel de Iturbide.—Agustín C. de Iturbide.—Josefa de Iturbide.—Alicia G. de Iturbide.*

(1) Sin declararse abiertamente contra el Imperio, una parte de los hacendados descontentos ayudaba á la rebelión, daba hospitalidad y aun dinero á las guerrillas, permitía que se repusieran los caballos heridos ó fatigados, de los revolucionarios que recobraban sus cabalgaduras tan luego que estaban servibles.



D. Francisco Somera.

La actividad y conocimientos científicos que mostró el Sr. Somera en el cargo de Prefecto Municipal, que desempeñó el año de 1865, motivaron el nombramiento que en él hizo el Emperador Maximiliano para Ministro de Fomento, el 3 de Marzo de 1866. En ese puesto se esforzó por establecer el gas para alumbrar la Capital, y se afanó en impulsar el proyecto relativo al desagüe general del Valle de México, formulado desde el año de 1848 por el Ingeniero Smith. Para los gastos respectivos propuso el Sr. Somera que se aumentaran las contribuciones municipales. Fué nombrado Comendador de la Imperial Orden de Guadalupe, por decreto de 20 de Febrero de 1866.

cial fué, que se hubiera puesto en duda el derecho adquirido por leyes precedentes y ya definido por formales ejecutorias, al someter á nuevo examen las operaciones concluídas. La famosa ley de revisión y su reglamento, no pudieron tener fácil curso y aun después de diez y ocho meses estaba la revisión en el cáos.

Maximiliano, que creyó acertar pidiendo financieros á Napoleón, vió que uno de ellos, Mr. Friant, dictó la ley que ponía el sello de aprobación sin nuevo examen, á todas las operaciones de bienes nacionalizados, gravándolas con el quince por ciento, cuya ley se consideró un gran paso de economía política; pero Friant vió que los resultados no correspondieron á sus esperanzas, lo mismo que aconteció con su célebre é impracticable ley sobre papel sellado, cuyos efectos suspendió á las veinticuatro horas, retirándose en seguida de la escena política; y aunque aquella disposición sobre bienes nacionalizados no tuvo efecto, las fincas permanecieron como apartadas del movimiento comercial; á veces los propietarios vacilaban aun en cobrar las rentas y no podían enajenarlas ni en los casos de apremiante necesidad. Esa ley, como la de revisión, violó la garantía de la propiedad, nuevamente vulnerada más tarde, cuando el Lugar-teniente Márquez decretó otra vez la revisión, atacando los derechos adquiridos por la ley precedente.

Al lado de estas dificultades, aparecieron otras de igual ó mayor magnitud. El término de la guerra civil en los Estados Unidos complicó la situación del ejército francés en México, á tal grado, que el ministro de la guerra Mariscal Randón, decía al comandante en jefe: «No es dudoso que tendremos gran satisfacción en ver el regreso de nuestras tropas de México, pues esto probaría que los asuntos se consolidan. No os hablo de asuntos americanos; ¿qué podría deciros cuando nadie, según creo, sabe lo que hará ó podrá hacer ese gobierno?» Sin duda que Napoleón III había externado á su ministro los temores que manifestara á Bazaine, acerca de la posibilidad de un ataque á México por parte de las tropas norte-americanas y los deseos de que regresaran paulatinamente las de Francia.

Resolvióse Bazaine á preparar la defensa para el caso de guerra con los Estados Unidos; pero sin declarar sus planes á nadie, y menos á Maximiliano, que no comprendía de qué se trataba, al observar ciertos movimientos de las fuerzas francesas. Desde las primeras órdenes que expidió el cuartel general, aparecieron reclamaciones de los comandantes territoriales, de los prefectos, ministros y aun del mismo Emperador, suponiéndose algún nuevo plan concebido por Bazaine, en quien se sospechaban intenciones de trabajar por la ruina de Maximiliano y proyectos ambiciosos, al recordar que estaba casado con mexicana.

Entre los imperialistas se verificaba un violento cambio de opinión contra Bazaine, quien no se cuidó ya más que de cumplir el plan que se había trazado, y se consideró su silencio como una prueba y también como la confesión de sus culpables tendencias.

Pero la conducta del comandante en jefe era apoyada por su gobierno. El

ministro de la guerra le escribía al finalizar Agosto: «Comprendo perfectamente la divergencia que puede haber á veces, entre vuestro parecer sobre los hechos cumplidos ó que se cumplen y el del gobierno mexicano; no puede ser de otra manera, atendiendo á los puntos de vista diferentes que se presentan en el horizonte.» «Usted considera que nuestra Intervención no debe durar sino rigurosamente el tiempo necesario para cumplir la obra que hemos emprendido, y el gobierno mexicano considera que debemos sacrificar nuestros propios intereses á los suyos, y no pensar en separarnos de él sino cuando todo el país haya entrado en tranquilidad y perfecto orden, es decir, en una época indeterminada. Esto viene á ser, bajo varios conceptos, el segundo volúmen de nuestra ocupación de Roma y llevando adelante el sentido de esta comparación, debiamos permanecer en México hasta el reconocimiento del Imperio mexicano por los Estados Unidos.»

«Sé, decía el ministro, que el Emperador Maximiliano halla excesivos los gastos que se erogan en las expediciones emprendidas; dice que la de Oaxaca ha costado al tesoro mexicano diez millones de francos; puede ser que esta cifra sea exacta; pero en todo caso, pregunto si sería más justo y natural que fueran cubiertos esos gastos por el tesoro francés que ningún provecho tiene que sacar.» Aprobaba que los soldados mexicanos estuvieran ocupados en los lugares más excéntricos y que los batallones franceses quedaran en disposición de hacer frente á las eventualidades que pudiesen aparecer por el Río Bravo.

Bazaine continuó su obra de concentración, y dispuso que el comandante de la «Triphone» estacionada cerca de Texas, enviase á tierra al oficial M. de la Bellodière, con la misión de conocer los preparativos de los americanos. Este oficial estuvo cinco días en Brownsville y en Brazos; adquirió la certidumbre de que un ejército de setenta mil hombres se concentraba en esos lugares, compuesto de infantería, de negros mal vestidos y peor calzados aunque bien armados, siendo excelente el estado de la caballería y la artillería. Los negros, dijo el informante, habían sido llevados allí, más bien para que desertaran y fuesen á engrosar las filas de los republicanos juaristas. Este ejército de Texas no fué disminuido en cuarenta mil hombres, como se dijo, sino que Sheridan solamente licenció unos cuantos regimientos.

Maximiliano insistía en su proyecto de atraerse la voluntad del gobierno de Washington y para ello dió orden al general Tomás Mejía, de entregar á las autoridades federales de Texas las armas que había obtenido la guarnición de Matamoros, pertenecientes á los confederados de las divisiones de Smith y Slaughter, acto de cortesía y neutralidad que juzgó sería debidamente apreciado ó inclinaría en los Estados Unidos la opinión pública en favor del reconocimiento del Imperio de México.

Bazaine quiso prevenir un peligro, disponiendo que todos los confederados ó federales que buscaran refugio en México, fuesen admitidos en la legión extranjera bajo el mismo pie que los que se enganchaban en Europa, con cuya disposición

esperó quitar á Juárez temibles auxiliares. En seguida ordenó al general Castagny que reuniese sus fuerzas alrededor de Durango, comprendiendo las del general Brincourt.

Este general ignoraba que su misión en Chihuahua había de ser temporal, y en tal concepto estaba instalado en esa ciudad con el firme propósito de no dejarla en mucho tiempo. Le sorprendió la orden de marcha, pues creía que no había llenado su encargo, dejando libres á los juaristas cuya persecución se le había encomendado. Guiado por estas ideas, aun contrariando la disciplina militar, escribió el 17 de Octubre á su superior para protestar contra la orden que se le daba; veía con disgusto que era preciso abandonar á Chihuahua dejándola al enemigo, y que esa retirada no podía menos que alimentar nuevamente la guerra que tomaría el carácter de lucha nacional; pero lo que más le molestaba era, que había hecho el papel de *engañador*, presentándose en nombre de la Francia y del Emperador Maximiliano á ofrecer paz, seguridad y protección á una sociedad oprimida por Juárez y sus adeptos, y ahora iba á dejar á estos el lugar.

Decía que ya estaba organizado el país y reemplazadas todas las autoridades juaristas por individuos pacíficos que se habían adherido al gobierno imperial; había impulsado á los pueblos de la Sierra á un movimiento de regeneración haciéndoles combatir en interés de la causa imperial, y ahora tenía que abandonar á los excesos y venganzas de los liberales, á millares de individuos que se habían fiado en la palabra del general francés y que contaban con su protección; todo ello para ejecutar un movimiento militar de concentración, cuyo objeto no podía adivinar, sin que quedase ni un prefecto político en nombre del Emperador Maximiliano, ni un general ó un cuerpo de tropas que representara la Intervención francesa, con el encargo de proteger tantos intereses y con el deber de cuidar *un suelo gloriosamente conquistado por las armas francesas.*

Brincourt consideraba que los motivos para esa concentración deberían ser poderosos, puesto que exigían del ejército francés un paso para atrás comprometiendo su honor; él no tenía más que obedecer; pero mejor querría quebrar su espada que doblarla. Rogaba á su jefe que le quitase el mando si en definitiva era necesario abandonar á Chihuahua, pudiendo conducir la columna el Coronel Carteret, al cual transmitiría las instrucciones, y Brincourt le acompañaría como simple particular; aun daría su dimisión Brincourt, si era necesario, pudiendo decir, al menos, que no había abandonado á desgraciados después de haberlos engañado y que no se batía en retirada delante de un enemigo imaginario, ó sin luchar; y si las poblaciones se levantaban poco á poco detrás de ellos, se diría que él había perdido por debilidad todos los frutos de la Intervención y precipitado la retirada del ejército francés. Ofrecía resguardar á Chihuahua con mil hombres y envíar mil cien para cubir á Durango. Suplicó al general Castagny que le ayudese á conseguir, que Bazaine cambiara la determinación de abandonar á Chihuahua, en interés y honor del ejército francés y por las consecuencias tan funestas que se derivaban. Brincourt, apoyado en su conciencia, se abrogaba

la responsabilidad de una resistencia que podría calificarse de oposición ó indisciplina, y si se juzgaba que debía operar inmediatamente la retirada, insistiría en que se le quitara el mando y se le diera al Coronel Carteret para que quedase bien probado que había resistido á una orden que le deshonraba.

Castagny le mantuvo en el mando y sostuvo la orden de concentrarse á Durango. Bazaine juzgó la protesta del general Brincourt, un acto de lealtad y le recibió en México cordialmente; le apartó de la idea de regresar desde luego á Francia y le detuvo á su lado, haciéndole comprender sin duda, los motivos poderosos que obligaban á efectuar la concentración del ejército expedicionario.

En Chihuahua seguían las pasiones políticas con gran efervescencia. El 16 de Septiembre se dijo en la ciudad una misa sobre el sepulcro de Hidalgo, á la que asistió lo mejor de áquella sociedad; las señoras vestían luto y el único adorno del altar fué una bandera á media asta y un crespón negro significando el luto de la Nación y el particular del Estado por la muerte del joven gobernador Ojinaga. En la tarde, reunidos alrededor de la mesa varios amigos con objeto de celebrar la Independencia, fué entre ellos aprehendido por la policía el Sr. J. Escobar y Armendariz, calificado de promotor de la manifestación; conducido á la cárcel le acompañaron sus amigos que á los ocho días quedaron en libertad, mediante una multa de mil pesos. Armendariz fué sentenciado por el general Brincourt á un mes de trabajos públicos; durante este tiempo barrió las calles, siendo obsequiado por las señoras y señoritas que le regalaban flores y le hacían otros obsequios, á lo cual puso límite la autoridad francesa con rigurosa tiranía. Al término de la sentencia, Armendariz fué desterrado.

El mariscal Bazaine se preparaba para la eventualidad de que le atacaran los Estados Unidos, y operó un movimiento simultáneo de concentración, para lo cual retiró á los franceses que habían invadido los Estados de Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sinaloa y Sonora. La brigada del general Jeanningros abandonó á Monterrey y Saltillo y se dirigió San Luis Potosí, á la vez que la del general Brincourt desocupaba el de Chihuahua, acompañándole los individuos mexicanos que habían fungido de autoridades; los expedicionarios que invadían á Sinaloa lo abandonaron también, conservando únicamente el puerto de Mazatlán, por algunos días, y los de Sonora se concentraron en Guaymas evacuando á Ures y Hermosillo. Habían quedado los imperialistas dueños de casi todo el Estado desde la muerte del general Rosales. (1)

Tan luego que fué evacuada Chihuahua, dispuso el Presidente Juárez volver á ocuparla, dejando erigida en Villa la población del Presidio del Norte con el nombre de Ojinaga, en memoria del general de este nombre. Por una circular ordenó que todos los generales, jefes y oficiales que habían salido de la República sin licencia del gobierno, ó que hubiesen dejado pasar la que se les

1 Este jefe, que desde Agosto se había retirado de Alamos, habiendo querido reocupar la ciudad fué derrotado con pérdida considerable de sus fuerzas y en seguida pereció á manos de los indios.

había dado, fueran reducidos á prisión luego que se presentaran en algún lugar de la República, y que en seguida se diera cuenta al gobierno para disponer lo conveniente respecto á juzgarlos.

Dos días antes de que el Sr. Juárez saliera de Paso del Norte, fué obsequiado con un baile por la oficialidad del fuerte Bliss, como testimonio de aprecio y simpatía. Al llegar á Chihuahua ya funcionaba D. Luis Terrazas como gobernador y comandante militar. D. Félix Maceyra había sido nombrado por una junta de los principales vecinos de la ciudad; pero el coronel D. José Merino, comandante de la frontera oriental del Estado, nombró al Sr. Terrazas quien desde luego entró á desempeñar su comisión, que fué ratificada por el gobierno general.

Lo que pasó en Chihuahua, esto es, que después de sometido el país y organizada la administración en muchos lugares, se hundía todo lo establecido al alejarse los franceses, pasó en diversas poblaciones. El general Douay, comandante de San Luis Potosí, escribía lo siguiente: «La organización política establecida por el gobierno imperial, no ha producido hasta hoy ningún resultado. La tranquilidad que reina en algunos departamentos es aparente y debida únicamente á la ocupación francesa. Los partidarios sinceros del gobierno están en corto número, y en el estado que guardan los espíritus no se puede contar con nadie, cualquiera que sea el partido á que pertenezca.»

El general Neigre, que mandaba en León, calificó de tirante el estado del país, pues día á día se esperaba un cambio que llegaba á ser indispensable en la política, exigiendo más energía en el gobierno; aseguraba que si las columnas francesas ganaban diariamente terreno, era preciso reconocer que no pasaba lo mismo con la administración central. Nada se hacía en los departamentos y por donde quiera que se anhelaba por la paz, *se pedía una organización fuerte, sólida y durable;* pero todos veían con disgusto que no se satisfacía este deseo. «Solamente los disidentes se regocijaban de tal situación.» Estimaba que ésta era entonces peor que la del año anterior, cuando estaba la autoridad en manos del ejército francés, pues todo el país tenía en aquella época las más legítimas esperanzas. Según Neigre, el gobierno de Maximiliano no había conquistado una sola simpatía, porque nadie, después de aquel tiempo, se le había adherido de buena fe, y los más calurosos partidarios del Imperio se habían enfriado; desaparecía la confianza en el porvenir y poco á poco se extendía por todas partes el desafecto á la administración pública.

Bazaine decía á Napoleón, que si Maximiliano no se decidía á cambiar radicalmente de consejeros, la situación general del Imperio no variaría y que tal medida era considerada por todos como indispensable; lamentaba el Mariscal que no se tomara esa determinación, porque todo aplazamiento traería la pérdida de un tiempo precioso.

Conforme á las instrucciones del gobierno francés, su representante aquí, Mr. Danó, celebró el 27 de Septiembre con el gobierno de Maximiliano una con-

vención, en cuya virtud y atendiendo á modificaciones posteriores, el guarismo total de las indemnizaciones debidas á franceses por daños y perjuicios causados á sus propiedades y personas, por los gobiernos de México ó sus agentes, se fijó en cuarenta millones de francos, que serían pagados en títulos de la renta mexicana, á la par, y el gobierno francés la repartiría entre sus nacionales de la manera que juzgara conveniente. Este gobierno tenía ya recibidos en cuenta, doce millones en títulos del primer empréstito contratado en Francia, lo demás sería entregado en valores del mismo género por la comisión mexicana de Hacienda instituida en París. El gobierno mexicano quedaba libre de toda responsabilidad por reclamaciones posteriores, y el francés se comprometió á no patrocinarlas considerando sin valor, en virtud de este convenio, el artículo 12 del de Miramar en lo relativo á la materia.

El gobierno francés propuso la reforma de que no fuese en títulos del primer empréstito, sino del segundo lo que faltara para completar los cuarenta millones en que se estimaba el monto de las reclamaciones, puesto que todos los títulos del primer empréstito se habían convertido en los del segundo. En consecuencia, el pago debía efectuarse en obligaciones sobrantes de éste.

Las reclamaciones francesas no podían ajustarse á un arreglo definitivo, porque siendo número par el de los individuos que componían las comisiones, tanto en México como en París, instituidas para examinar dichas reclamaciones, sucedía frecuentemente que se dividía la opinión por igual, y careciendo del voto de calidad los miembros de ellas, quedaban los asuntos sin resolverse. Maximiliano accedió á que los negocios que estuvieran en tal condición, fueran decididos por un árbitro residente en París.

El ministerio de Maximiliano opuso alguna resistencia, pues que el pago así hecho sería más oneroso al erario; pero cedió á las razones de Estado que expuso Mr. Danó. Sin embargo, éste avisaba el 18 de Enero de 1866, que el Subsecretario de Hacienda, aun no libraba las órdenes necesarias para la entrega de los títulos, cuyo requisito debía ser previo á la ratificación del convenio.

También fué firmada en México, entre Mr. Danó y D. Francisco de P. César, otra convención con objeto de fijar la situación de los empleados franceses enviados al territorio mexicano. Aparecía en ese convenio, que el gobierno de Maximiliano necesitaba para subsistir, del dinero y las bayonetas francesas y que era ya considerable el número de empleados subalternos franceses, al grado de considerar indispensable asegurar sus intereses por medio de un convenio diplomático. Reservado quedaba al Emperador mexicano, determinar el número y la especialidad de los empleados franceses que necesitara para los diversos ramos de la administración pública, dándoseles un sueldo equivalente al que disfrutaban en Francia, y una indemnización diaria que variaba de tres á seis ó más pesos, según el sueldo, sin que perdieran el carácter de empleados de la administración francesa, pues quedaban con el título de agentes de ella.

A las grandes dificultades que experimentaba el tesoro imperial mexicano,



D. Mariano Campos.

Secretario de Hacienda en los últimos meses del Imperio de Maximiliano.

Cuando en Octubre de 1866, el cúmulo de circunstancias difíciles, entre ellas la completa penuria del erario, obligaron al Emperador á retirarse de su capital, aceptó el Sr. Campos luchar con los inconvenientes gigantescos que impedían la adquisición de recursos. Presente en las conferencias habidas en Orizaba para tratar del regreso de Maximiliano á la capital, afirmó el Sr. Campos que tan sólo de las poblaciones que reconocían al Imperio, se obtendrían al año quince millones de pesos, siendo suficientes doce para sostener una fuerza de treinta mil soldados. Formuló varios proyectos de ley que fueron publicados en la misma Orizaba, y dibujó un cuadro optimista en el que se trasparentaba que las necesidades públicas quedarían satisfechas.

Decepcionado el Sr. Campos, renunció la cartera á principios de Enero de 1867; el Consejo de Ministros no le aceptó por lo pronto la dimisión, dejándole que pugnara con los funcionarios franceses, con la multitud de acreedores que tenía el erario, con la avalancha de libranzas foráneas provenidas de préstamos forzosos y con otros mil créditos cobrables, sin que pudiese contar con más entradas que las de la aduana de México. Se calificó de un gran suceso haber conseguido setenta y dos mil pesos para el viaje de Maximiliano á Querétaro. Campos continuó en el Ministerio hasta el 8 de Marzo de ese mismo año.

vención, en cuya virtud y atendiendo á modificaciones posteriores, el guarismo total de las indemnizaciones debidas á franceses por daños y perjuicios causados á sus propiedades y personas, por los gobiernos de México ó sus agentes, se fijó en cuarenta millones de francos, que serían pagados en títulos de la renta mexicana, á la par, y el gobierno francés la repartiría entre sus nacionales de la manera que juzgara conveniente. Este gobierno tenía ya recibidos en cuenta, doce millones en títulos del primer empréstito contratado en Francia, lo demás sería entregado en valores del mismo género por la comisión mexicana de Hacienda instituida en París. El gobierno mexicano quedaba libre de toda responsabilidad por reclamaciones posteriores, y el francés se comprometió á no patrocinarlas considerando sin valor, en virtud de este convenio, el artículo 12 del de Miramar en lo relativo á la materia.

El gobierno francés propuso la reforma de que no fuese en títulos del primer empréstito, sino del segundo lo que faltara para completar los cuarenta millones en que se estimaba el monto de las reclamaciones, puesto que todos los títulos del primer empréstito se habían convertido en los del segundo. En consecuencia, el pago debía efectuarse en obligaciones sobrantes de éste.

Las reclamaciones francesas no podían ajustarse á un arreglo definitivo, porque siendo número par el de los individuos que componían las comisiones, tanto en México como en París, instituidas para examinar dichas reclamaciones, sucedía frecuentemente que se dividía la opinión por igual, y careciendo del voto de calidad los miembros de ellas, quedaban los asuntos sin resolverse. Maximiliano accedió á que los negocios que estuvieran en tal condición, fueran decididos por un árbitro residente en París.

El ministerio de Maximiliano opuso alguna resistencia, pues que el pago así hecho sería más oneroso al erario; pero cedió á las razones de Estado que expuso Mr. Danó. Sin embargo, éste avisaba el 18 de Enero de 1866, que el Subsecretario de Hacienda, aun no libraba las órdenes necesarias para la entrega de los títulos, cuyo requisito debía ser previo á la ratificación del convenio.

También fué firmada en México, entre Mr. Danó y D. Francisco de P. César, otra convención con objeto de fijar la situación de los empleados franceses enviados al territorio mexicano. Aparecía en ese convenio, que el gobierno de Maximiliano necesitaba para subsistir, del dinero y las bayonetas francesas y que era ya considerable el número de empleados subalternos franceses, al grado de considerar indispensable asegurar sus intereses por medio de un convenio diplomático. Reservado quedaba al Emperador mexicano, determinar el número y la especialidad de los empleados franceses que necesitara para los diversos ramos de la administración pública, dándoseles un sueldo equivalente al que disfrutaban en Francia, y una indemnización diaria que variaba de tres á seis ó más pesos, según el sueldo, sin que perdieran el carácter de empleados de la administración francesa, pues quedaban con el título de agentes de ella.

A las grandes dificultades que experimentaba el tesoro imperial mexicano,



D. Mariano Campos.

Secretario de Hacienda en los últimos meses del Imperio de Maximiliano.

Cuando en Octubre de 1866, el cúmulo de circunstancias difíciles, entre ellas la completa penuria del erario, obligaron al Emperador á retirarse de su capital, aceptó el Sr. Campos luchar con los inconvenientes gigantescos que impedían la adquisición de recursos. Presente en las conferencias habidas en Orizaba para tratar del regreso de Maximiliano á la capital, afirmó el Sr. Campos que tan sólo de las poblaciones que reconocían al Imperio, se obtendrían al año quince millones de pesos, siendo suficientes doce para sostener una fuerza de treinta mil soldados. Formuló varios proyectos de ley que fueron publicados en la misma Orizaba, y dibujó un cuadro optimista en el que se trasparentaba que las necesidades públicas quedarían satisfechas.

Decepcionado el Sr. Campos, renunció la cartera á principios de Enero de 1867; el Consejo de Ministros no le aceptó por lo pronto la dimisión, dejándole que pugnara con los funcionarios franceses, con la multitud de acreedores que tenía el erario, con la avalancha de libranzas foráneas provenidas de préstamos forzosos y con otros mil créditos cobrables, sin que pudiese contar con más entradas que las de la aduana de México. Se calificó de un gran suceso haber conseguido setenta y dos mil pesos para el viaje de Maximiliano á Querétaro. Campos continuó en el Ministerio hasta el 8 de Marzo de ese mismo año.

vino á agregarse el gravámen derivado del pago de los famosos bonos de Jecker respecto de los cuales fué celebrado un arreglo con los interesados, sujetando este asunto á la regla general de que fuera examinado primero por la comisión establecida en México para entender en todas las reclamaciones francesas, y revisado en seguida por la otra comisión establecida en París. En este asunto de Jecker, se hizo sentir la influencia del ministro francés, marqués de Montholon, quien, antes de salir para los Estados Unidos, tenía grande empeño en el pronto despacho de aquel memorable asunto financiero.

La hacienda del Imperio estaba entregada en realidad á los franceses. Aunque el subsecretario Campillo apareció en el despacho de ese ramo, en realidad era el instrumento de Mr. de Bonnefonds, quien sin el correspondiente título oficial, dirigía de manera encubierta y sin responsabilidad, la hacienda del Imperio, por encargo especial de Napoleón; pero ese comisario rehusó continuar en el encargo y siendo Campillo, no solamente desconocido como hacendista sino poco apto para dirigir tan importante como desbarajustado ramo aun en tiempos normales, fué llamado al ministerio el Sr. Francisco de P. César, en calidad de subsecretario. Mr. de Bonnefonds no estaba conforme con la opinión que en el cuerpo legislativo francés emitió Mr. Cortá, que también vino comisionado para estudiar la hacienda mexicana, y pintó los recursos financieros de México como muy suficientes para sostener el nuevo orden de cosas establecido; no correspondiendo tan bellas perspectivas á la realidad, se vió colocado Mr. de Bonnefonds en la alternativa de desmentir públicamente á su colega ó retirarse para no quedar en ridículo al palparse la verdad de las cosas, y regresó á Francia dejando sin provecho alguno la comisión que se le confiara.

Pero era de tal importancia todo lo relativo á las finanzas de México, que Napoleón despachó otro comisario, siendo Mr. Langlais el cuarto después de Budin, Cortá y Bonnefonds. Este nuevo comisario no se limitó á ejercer con reserva las funciones de Ministro de Hacienda en el Imperio, sino que aceptó el título, creyendo posible vencer las dificultades que hubieran ocasionado el mal éxito de sus predecesores, y buscando también las ventajas personales que se le concedían al aceptar la difícil misión de arreglar la hacienda de México. El sueldo que debía disfrutar Mr. Langlais era muy subido, y se le asignaron cuantiosos viáticos para la venida y el regreso, después de lo cual había de quedar disfrutando en su país una buena pensión.

Napoleón III había ofrecido á Maximiliano enviarle personas competentes y hábiles para que organizaran los diversos ramos de la administración. Designó para arreglar la hacienda pública, primero á Mr. Cortá, diputado al cuerpo legislativo, al comenzar el año de 1864; pero regresó este comisionado algunos meses después, ponderando la riqueza de México y tan impresionado, que comunicó su entusiasmo á sus colegas en las sesiones del 9 y 10 de Abril de 1865, algunos días antes de la subscripción del segundo empréstito. Le reemplazó Mr. de Bonne-

fonds que enfermó desde su llegada y apenas pudo ocuparse en lo conducente á los preparativos de regreso á su país.

Se le designó para sucesor á Mr. Langlais, consejero de Estado, el cual fué anunciado á Bazaine por el Ministro de Hacienda francés, en estos términos: «encargado por el Emperador Maximiliano de proporcionar á su gobierno un ministro de Hacienda, estimo muy feliz el que Mr. Langlais haya aceptado esta difícil misión, para la que es propio á causa de su experiencia política, de su tacto y sus conocimientos especiales.» «Cuando se supieron las vacilaciones del Emperador Maximiliano, consulté con el Emperador Napoleón, quien quiso que Mr. Langlais ignorase tal circunstancia que habría podido acabar su resolución ó debilitar su fe en el éxito; hemos guardado el secreto y juzgaréis como nosotros, que es bueno que el asunto no sea conocido de Mr. Langlais.»

Bien pagado fué á este individuo, el servicio que iba á prestar al gobierno imperial; se le asignó una suma de cincuenta mil francos para gastos de viaje y un sueldo anual de cien mil francos, y al cabo de tres años de servir el puesto se le darían otros doscientos mil; se llevó la generosidad hasta concederle una parte proporcional de esta cantidad, si por razones de salud ú otras, se veía forzado Mr. Langlais á regresar á Francia. Maximiliano estaba, en este asunto, muy irresoluto, al grado de haber hecho insertar en el *Diario Oficial* un artículo, rectificando lo que había dicho un periódico francés sobre el futuro ministro de Hacienda en México, y sostuvo que tales negocios no se podían arreglar del otro lado del Océano.

En el paquete francés que fondeó en Veracruz el 10 de Octubre, llegaba el Consejero de Estado Langlais, con cuatro personas de su comitiva y ciento cuatro individuos pertenecientes á la administración francesa.

Langlais había salido de París el 13 de Septiembre, para despedirse en provincias de algunos amigos; traía gran cantidad de expedientes hacendarios cuyo peso era de 140 kilógramos.

Al dejar Langlais la Europa, la conversión del primer empréstito mexicano se había verificado conforme á los términos del segundo. Fué firmada á principios de Septiembre y ocasionó una alza, aunque momentánea; los títulos de renta del seis por ciento quedaron convertidos en obligaciones de 340 francos, ganando 30 de interés, con cuya operación se obtuvo dar á los empréstitos de México un tipo uniforme.

El nombramiento de Langlais había hecho concebir grandes esperanzas. Llegaba acompañado de tres inspectores y era aquel ensayo el más formal que se iba á intentar, para organizar la administración del Imperio mexicano; calculábase por lo menos en dos años el tiempo necesario para llenar la misión que traía, y se consideraba que el mal éxito de ella sería un funestísimo golpe para el porvenir de la obra que fundaran los franceses. Langlais había ideado un plan de hacienda basado en los más aceptados informes, y sus esfuerzos tendían á obtener un presupuesto de cuarenta millones de pesos por lo menos, basándose en la rique-

za del país, aunque era indudable que sin la paz no podía establecer los medios prácticos para lograr su objeto, consistiendo la principal dificultad en que las sumas recaudadas llegaran al erario.

La venida del hacendista Langlais, coincidía con las deliberaciones que sobre proyectos hacendarios se tenían en el Consejo de ministros presidido por Maximiliano, quien recibió al agente francés varias veces en audiencia particular. A principios del mes de Octubre se sabía en México, que en Biarritz quedaba firmada una convención para el inmediato establecimiento del Banco de México, y la conversión del primer empréstito sobre bases análogas á la del segundo, interviniendo en este negocio el ministro D. José Hidalgo, bajo la dirección del gobierno francés; á Maximiliano se le dejaba la ratificación del asunto.

Antes que llegara Langlais, se apresuró Maximiliano á reunir diversas veces el Consejo de ministros, para tomar resoluciones sobre todos los ramos de la hacienda, con lo cual facilitaría la misión que habría de llenar el enviado francés. Algunas semanas después firmaba Maximiliano un decreto, en el que decía: «que deseando dar al consejero de Estado Mr. Langlais, una prueba de la alta consideración en que le tenía, y utilizar sus profundos conocimientos administrativos y financieros, se sometieran á su examen, para que diese su opinión ó para la revisión, los proyectos de ley elaborados por los ministros ó propuestos por el Consejo de Estado, y cuya importancia indicara necesitar nuevas investigaciones.» Señalaba los asuntos de que habían de ocuparse y considerando á Langlais como ministro sin cartera, le permitía que asistiese á los Consejos de ministros cuando se lo ordenara Maximiliano, para discutir y dar su parecer en los asuntos que fueran sometidos á su deliberación. Le fijaba por sueldo ó indemnización, las cantidades convenidas entre el gobierno francés y el mismo Mr. Langlais antes de su salida de Francia. Este decreto estaba fechado el 30 de Septiembre de 1865.

Eran tan vastos los proyectos sometidos á la consideración de Langlais, que durante muchos años no se hubiera podido darles solución, pareciendo que se le proponían más bien para hacerle retroceder en el cumplimiento de su encargo.

Maximiliano tuvo largas entrevistas con Mr. Langlais en la casa de éste, cuya salud no le permitía ir al Palacio imperial; en esas conferencias acordaron importantes determinaciones respecto á la cuestión hacendaria, quedando la ejecución encomendada al delegado francés de una manera tan amplia, que los Emperadores ya no se ocuparon más que de verificar otro viaje á Cuernavaca; creyeron conveniente también, enviar á Mr. Eloin á Europa, con un encargo que había de ser de larga duración. Después de nombrar consejeros á D. Luis Méndez y á D. Felipe Hernández Carrasco, salían el 27 de Enero siguiente para aquella población, no obstante el ser tan críticas las circunstancias del Imperio.

El remedio que se petendía encontrar en la colonización cada vez parecía más dificultoso. La parte reglamentaria del decreto relativo al establecimiento de colonias civiles y militares á los lados del camino de fierro entre Veracruz y México

era impracticable, principalmente por la imposibilidad de indemnizar á los propietarios de los terrenos que fueran ocupados, y por los perjuicios que reportaban las labores y la explotación de las haciendas en que se establecieran dichas colonias.

Langlais, llegado á México el 19 de Octubre, no pudo menos que desalentarse al medir de cerca la obra gigantesca que tenía que desempeñar; sondeó una tras otra las llagas del Erario mexicano, y aunque no las creyó incurables, sí comprendía que para combatir el mal se necesitaba una energía sobrehumana.

Apenas instalado en su habitación tuvo un ataque de reumatismo agudo, y tan luego que pudo levantarse se hundió entre los expedientes desde la mañana hasta en la noche; el reumatismo apareció complicado con otras afecciones; medio acostado en un sillón, con las piernas extendidas y sostenidas en una silla, sirviéndole de mesa una tabla, se entregaba al trabajo; calmado el sufrimiento, dejaba momentáneamente el sillón y se paseaba en el corredor; á las cuatro de la tarde el médico le llevaba á dar un paseo en coche. Murió repentinamente al volver de uno de estos paseos el día 23 de Febrero de 1865. (1)

Esperábase con ansiedad el resultado de los proyectos hacendarios de Langlais, cuando se supo que súbitamente había fallecido de resultas de un ataque cerebral, á las seis de la tarde del citado día. Regresaba del paseo en compañía de su médico el Dr. Schultz, y al entrar á su habitación se quejó de malestar quedando momentos después inanimado. El suceso fué comunicado inmediatamente por telégrafo á Maximiliano que estaba en Cuernavaca. La muerte de Langlais preocupó mucho al público, que ya estaba excitado con la noticia recibida de un descalabro sufrido en Michoacán por el coronel Ramón Méndez. La dirección de la hacienda quedó encargada á Mr. de Maintenent que era inspector general del ramo.

Maximiliano regresó violentamente de Cuernavaca y dispuso que los ministros de Estado, los jefes y empleados de su gabinete particular asistieran á los funerales. La autopsia indicó que la muerte fué causada por un golpe de sangre al cerebro.

La muerte de Langlais precipitó un cambio de Ministerio, esperado ya hacía tiempo; quedaron suprimidos los Ministerios de la Casa imperial, de Estado, y el de Instrucción pública y cultos, ramos estos dos últimos anexados al Ministerio de Justicia que siguió á cargo del Sr. Escudero y Echanove. Salían los ministros Esteva, Peza y Robles, respectivamente, de Gobernación, Guerra y Fomento, reemplazándolos el Sr. Salazar Ilarregui, el general García y D. Francisco Somera; de la hacienda se encargaría el Sr. Castillo que era Ministro de Negocios Extranjeros. También hizo renuncia del empleo de Ministro del Imperio en París el Sr. Hidalgo y fué nombrado en su lugar el general Almonte.

(1) Los expedicionarios hicieron á Langlais suntuosos honores fúnebres en la catedral. Embalsamado el cadáver fué depositado en la capilla de San Antonio Abad y después conducido á Veracruz para trasportarlo á Francia.

Langlais encontró un estado de cosas enteramente diverso del que suponía, y queriendo encubrir su falta de acción, aseguró que esperaba instrucciones de París para dar definitivo curso á sus labores, y que mientras regresaba el paquete de San Nazario, tendría tiempo de estudiar el terreno y preparar sus grandes medidas.

El título y la naturaleza de los poderes conferidos á Mr. Langlais, fueron motivo de discusiones; lo cierto fué que no se quiso que tomara el título de Ministro de Hacienda de México, y se decidió que se presentaría de orden superior, con la misión extraordinaria de completar la que había desempeñado Mr. Cortá; organizaría las relaciones que deberían existir entre la hacienda mexicana y la francesa, con garantía de los créditos franceses; daría luces y guía á Maximiliano y á los altos funcionarios de aquí, en asuntos financieros, y quedaba con libertad absoluta para traer de Francia agentes especiales, que inculcaran en los empleados mexicanos las reglas de una buena administración hacendaria, según se comprendía en Europa.

Este pensamiento fué combatido por el Sr. Moran y Crivelli, sosteniendo que era un error gravísimo derrocar de una plumada la organización hacendaria de México, pues en materia de hacienda no existían principios absolutos aplicables á todos los países.

Por conducto de Langlais envió Napoleón una carta á Maximiliano, en la cual dábale muchos consejos. Este Emperador le contestó, asegurándole que los recibía como venidos de un sincero amigo, del más grande soberano de nuestro siglo y del juez más competente para fallar sobre asuntos tan difíciles como los que preocupaban á México. «Desde el momento en que Vuestra Majestad tiene confianza en Mr. Langlais, este digno hombre de Estado puede estar seguro de la mía; su concurso es para mí más que necesario, porque la mayor dificultad de una posición es la falta completa de instrumentos útiles.» Langlais, con los datos que estudió, había podido dar á conocer exactamente á Napoleón III las circunstancias del erario que eran difíciles y aun desesperadas.

Se divulgó que Langlais sucumbía á consecuencias de un exceso de trabajo combinado con amargas inquietudes, pasando constantemente de la esperanza á la perplejidad, encerrado su pensamiento en un círculo que no podía traspasar. La víspera de su muerte se le vió inquieto y agitado como de costumbre, faltábale la fe en los planes que preparaba, y crecían sus dudas acerca de la cooperación que encontraría para ejecutarlos, habiendo tropezado con resistencias inesperadas las primeras medidas por él sugeridas, y esto le mantenía preocupado; le fastidiaba y lastimaba el presente é inquietaba en gran manera el porvenir, con la serie de luchas sin cesar renacientes; sus noches de insomnio se prolongaban y manifestaba temor de perder la cabeza á la hora menos pensada, y esa sobreexcitación mental llevada al exceso había contribuido á su repentina muerte. Dejó casi terminado su plan de hacienda y colaboradores íntimamente iniciados en sus ideas que al fin resultaron inaplicables.

En el ramo de hacienda pretendió Langlais que algunas leyes tuviesen

efecto retroactivo, como en el caso de pago de los derechos de contraregistro, y habría ido más allá en el desarrollo brusco de sus proyectos hacendarios, si la muerte no se lo hubiera evitado. (1)

Sucedióle en la dirección de la hacienda, el Licenciado D. José M. Lacunza, presidente del Consejo de Estado, consultando y obrando de acuerdo con Mr. de Maintenant. Ambos procuraron llevar adelante el pensamiento de su antecesor en cuanto á la diminución de gastos, no obstante que levantaron el presupuesto del Imperio á treinta millones de pesos, diez y seis como gastos de administración y catorce que importaban los réditos de la deuda. Para cubrir ese presupuesto aparecía como uno de los ingresos seguros, el gravamen de las fincas urbanas en la sexta parte de sus productos y el de las rústicas en la séptima, exigiendo además, á éstas, medio real por cada cincuenta mil varas cuadradas; para el cobro se hacía un cálculo de lo que cada finca debía producir; pero era inequitativo establecer igualdad tratándose de terrenos de muy diversos valores.

Lacunza fué sustituido por el intendente francés Mr. Friant, dándole Maximiliano el carácter de ministro, que les faltó á sus antecesores Budin, Cortá, Bonnefonds, Langlais y Maintenant.

Esperanzas insostenibles que salían defraudadas á cada paso, eran el único apoyo de la situación en que estaba Maximiliano, á cuyo derredor se hacía el vacío con singular rapidez; alejado el partido clerical y faltando el poder espiritual de Roma, crecía la preponderancia de los republicanos, á la vez que agonizaba el auxilio material que daba Francia. ¿Qué podía hacer Maximiliano con el pequeño grupo de algunos liberales moderados, únicos que permanecían identificando su suerte á la del nuevo Imperio? Ya no descansaba en ningún elemento sólido; los que habían sido sus más adictos ahora ansiaban quitarse la responsabalidad por su pasado, á semejanza de D. Antonio López de Santa-Anna. No era posible que para Maximiliano pasara desapercibido el concierto de oposiciones que se levantaban á su rededor; pero estaba conformado más para las fantasías

(1) El 27 de Febrero, á las diez de la mañana, tuvieron verificativo en la Catedral, las exequias del Consejero de Estado Langlais. Salió el cadáver de la casa mortuoria, en la calle de los Sepulcros de Santo Domingo, y fué conducido en un carro lujosamente adornado y cubierto con el pabellón francés. Abría la comitiva un piquete de gastadores del 81º de línea, que mandaba el coronel De Potier. Seguía el carro fúnebre, llevando las cintas del ataud el ministro de Francia, el almirante Didelot, el intendente Castillo y los generales Aguilar y De Maussion; á los lados del carro iba la infantería que dió guardia en la casa mortuoria; cerraba el séquito la multitud de funcionarios y empleados de la Intervención y el Imperio, presididos por el Sr. Almonte, Gran Mariscal de la Corte. Todos los concurrentes llevaban la cabeza descubierta. Tras de la comitiva iban los coches de la Corte y algunos otros.

El Mariscal Bazaine, con una parte de la concurrencia oficial, recibió en la puerta misma de Catedral el cadáver que fué colocado en el centro de la crujía, al pie del catafalco en que ardían multitud de cirios. El capellán mayor del ejército, Mr. Lanuse, acompañado de otros sacerdotes, celebró la misa y dijo los responsos. Durante el acto religioso, los gastadores estuvieron en el presbiterio, á los lados del altar, la infantería permaneció formando valla á la derecha del templo y la banda de música del 81º ocupó el coro y ejecutó piezas fúnebres escogidas. El hijo y los criados del finado estaban presentes. Terminada la ceremonia religiosa, fué trasladado el cadáver en el carro fúnebre, con escolta y seguido de algunos coches, á la garita del Niño Perdido, y conducido á Veracruz en un carro de la artillería para llevarlo á Francia.

que para las realidades, y le bastaba un barniz de popularidad para que renacieran sus ilusiones.

En el Estado de Puebla se había renovado la lucha después que el gobernador D. Fernando Ortega, de acuerdo con los principales jefes y oficiales que militaban en la sierra, consideraron oportuno que terminara el plazo que habían acordado para entrar en relaciones con el Imperio, buscando en esa estratagema ganar tiempo. Entonces dispuso Maximiliano que los austriacos que estaban al mando del conde de Thun, fuesen á operar por el rumbo de Zacapoaxtla, verificándose desde luego varios reñidos combates, uno de ellos para tomar las alturas de Apulco, en el cual la legión extranjera se batió por varias horas y sufrió considerables bajas. A la vez otra columna tomaba á Tetela del Oro; pero una tercera que cayó en la emboscada que le prepararon, fué derrotada y obligada á rendirse, quedando la artillería y fusiles en poder de los vencedores, acaudillados por el indígena Francisco Lucas, recién ascendido á general. Los austriacos tan desgraciados en sus empresas, recibieron otro golpe en Ahuacatlan.

El conde de Thun se consideró apto para contener los avances de los republicanos en aquella zona y al carácter de jefe de la División del Departamento, se le agregó el mando militar de la plaza de Puebla, en la que tomó el político D. Alonso Peón. Tenía Thun el encargo de formar una brigada mexicana, para lo cual comenzó la organización de dos batallones de infantería que tomaron la numeración de 5º y 6º permanentes; con ellos y el Regimiento de la Emperatriz al mando de Miguel López, se formó una brigada que debió operar á las órdenes del expresado general Thun; pero los acontecimientos siguieron otro rumbo.

Aun resonaban los ecos de las fiestas con que fué celebrado el 16 de Septiembre, cuando se evadió de su prisión en Puebla, el día 22 del mismo mes, el General Porfirio Díaz. Tal acontecimiento causó grande alarma entre los imperialistas. Se dirigió el General rumbo al Sur y se puso al frente de una fuerza republicana que pertenecía al Estado de Guerrero, con la que batió á otra de imperialistas y en seguida marchó para la hacienda de la Providencia, con objeto de conferenciar con el general D. Juan Alvarez, deseoso de combinar los elementos de los Estados de Guerrero y Oaxaca para abrir una nueva campaña.

Desde el mismo día 22 corrió en México la voz de que algunos prisioneros de Oaxaca detenidos en Puebla, se habían fugado y se contaba entre ellos al general Porfirio Díaz. El rumor se extendió á considerar el caso no como una evasión, sino como un canje por los prisioneros de Tacámbaro. Poco después se supo la realidad, el general Díaz se había fugado en la noche del 21 al 22, de la prisión del colegio Carolino que tenía designada, descolgándose con una reata para la calle de Alatriste; dejó escrita una carta dirigida al general Thun, exponiendo los motivos de su fuga, y se dijo que en ella se refería al próximo canje de prisioneros austriacos.

Llegado á Tlapa atacó con una fuerza de guardia nacional al coronel Visoso, sosprendiéndolo en Tehuicingo el 1º de Octubre. En seguida, poniendo el

botín á disposición de D. Juan Alvarez, tuvo con éste una entrevista en la Providencia, y fué allí autorizado para disponer de armas y municiones, pero no de dinero que escaseaba en el Sur. Por este motivo tuvo que deshacerse de la fuerza de Tlapa, que reemplazó tomando 300 infantes de Chilapa. El 4 de Octubre sorprendió nuevamente á los imperiales en Comitlipa; el 13 entró á Silacayoapam, de donde pasó á Tlaxiaco y se alejó de allí el 22 delante de fuerzas imperiales superiores. Con un auxilio de 150 infantes que recibió, se acercó de nuevo á Tlaxiaco, en cuyas inmediaciones sostuvo un combate y se retiró á Santa Lucía, punto del mismo distrito.

Mientras estuvo en la prisión el general Díaz, había sido atacado de una manera tan amarga como ligera, por el Senador Mariscal Forey, quien, no teniendo suficiente conocimiento del asunto que trataba, confundió los hechos de algunos guerrilleros de conducta reprochable, exagerándolos también, con los del citado general, al que llamó monstruo y le calumnió imputándole acciones que, ó fueron producto de la exajerada fantasía del Senador, ó los había cometido algún malvado y Forey no tuvo el criterio suficiente para distinguir. (1)

En la Alta California dos mexicanos adictos al Presidente Juárez, trataban de los medios más oportunos para abrir suscriciones y obsequiar á los oradores franceses Favre y Picard, que habían defendido la causa juarista en el cuerpo legislativo francés.

(1) Combatió el Sr. Manuel Maneyro, antiguo cónsul de la República de México en Burdeos, el discurso del Senador y Mariscal Forey, en lo relativo á las acusaciones dirigidas contra el general Porfirio Díaz.

El mismo día que el Mariscal Forey lanzaba ante el Senado francés acusaciones terribles contra el general mexicano, le escribió el Sr. D. Manuel Maneyro, indignado por tanta calumnia, una carta que hizo publicar en parte diciéndole: "que el jefe que defendió la ciudad de Oaxaca, era un joven de veintiocho años que había recibido su educación literaria en la Universidad de México; que era un patriota dechado de virtudes y valiente á toda prueba, enemigo jurado de la Intervención extranjera, pues creía que aun el orden, si era restablecido en su país por extranjeros, no podía llamarse sino servidumbre. Que rechazó las ofertas que se le hacían para adherirse al Imperio, prefiriendo las privaciones y lo peligroso de la guerra á las delicias que gozaban en la capital otros militares que, después de haber combatido la Intervención, se habían adherido al Imperio.

El Sr. Maneyro aseguró, que en las conversaciones que había tenido con los prisioneros y emigrados liberales mexicanos, entonces en Francia, jamás había oído decir una sola palabra que pudiese manchar la reputación del joven general Porfirio Díaz. Con tal motivo había sido muy grande su sorpresa como la de cualquier mexicano, al leer en el *Moniteur* el discurso del Mariscal Forey en que aseguró: "que el defensor de Oaxaca era un monstruo, un miserable que había cometido los crímenes más infames," cuya relación conmovió y llenó de horror á los miembros del Senado.

Sin duda el Mariscal Forey había sido engañado por los enemigos del general Díaz, y había acogido sin la debida reserva las acusaciones que, á impulsos de la pasión emanaban de los detractores del partido republicano, pues cuando dos bandos pelean no hay acción infame que uno de ellos no impute al otro. La generación contemporánea á los sucesos de aquella época, puede atestiguar que las acusaciones hechas en el Senado francés no fueron más que una calumnia, ligeramente acogida por el general Forey.

Falsedades cual las vertidas por un personaje tan caracterizado en el ejército francés, y pronunciadas en una tribuna tan digna de respeto, dieron el resultado de irritar profundamen- los espíritus de los mexicanos y convertir en implacables los odios contra el ejército expedicionario.

Los mexicanos emigrados á los Estados Unidos abrigaban entre sí serias divergencias; un grupo de liberales rechazaba á Juárez, lo mismo que los santanistas que también se oponían al Imperio, no faltando algunos que resueltamente querían el protectorado norteamericano; entre esos grupos se dividían y gastaban inútilmente fuerzas y recursos. La tentativa de González Ortega para enganchar secuaces, había fracasado por falta de dinero para los gastos. Con objeto de buscar recursos, convocaban los enemigos del Imperio en los Estados Unidos, reuniones en las que era atacado principalmente el Emperador de los franceses.

Al fin se concluyó en aquella República, un empréstito de treinta millones de pesos, en bonos de 50, 100, 500 y 1,000 pesos, pagaderos en veinte años, á contar del 1º de Octubre, con rédito de siete por ciento, satisfecho por semestres en Nueva York. Garantizaban el pago el gobierno general de la República mexicana y los Estados de Tamaulipas y San Luis, con hipoteca especial de cinco millones de acres de tierras de labor y 500,000 acres de terrenos minerales en dichos Estados.

A mediados de Octubre ya se sabía en el público, de manera indudable, que había quedado acordada la desocupación gradual del territorio mexicano por el ejército francés. En una conferencia tenida entre Drouyn de Lhuys y el ministro de los Estados Unidos en París, se convino en que Francia disminuiría próximamente el efectivo de su ejército en México. Al retirar Napoleón sus tropas, quiso que Maximiliano las reemplazara con otras propias, y pretendía ajustarse en este asunto al tratado de Miramar. El llamamiento del ejército francés, fué el tema obligado de los periódicos europeos y de los Estados Unidos. *L'Independence belge* fué el primero que lanzó al público la noticia.

El gobierno francés pretendía que el de los Estados Unidos prometiera no inquietar al Imperio de Maximiliano, á cuya propuesta no accedió el de Washington, que acababa de nombrar ministro plenipotenciario cerca del gobierno de la República mexicana al general Logan, uno de los enemigos más decididos de la Intervención y el Imperio. Hablábase con insistencia de una nueva convención entre los gobiernos de Washington y Francia, fechada el 15 de Septiembre de 1865.

Desde principios de Octubre ya había quedado resuelta en junta de ministros presidida por Napoleón, la próxima retirada del ejército que ocupaba á México, aunque sin fijar la época, y se daba por motivo principal la economía. También, á petición del gobierno de los Estados Unidos, desistía Napoleón de seguir enviando soldados egipcios á México.

Los republicanos de aquí no fiaban su suerte á los azares de la política exterior; fraccionados en guerrillas recorrían los Estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. En el primero estaban las fuerzas de Aguirre, Galindo y Viezca; y en el segundo, las de Hinojosa, Falcón y Garza Melo; en el de Tamaulipas las de Escobedo, Cortina, Treviño, Méndez y Carbajal. Caían de improviso sobre pueblos y haciendas, y si sufrían algún revés, según les aconteció cerca

de Linares, pronto se reorganizaban; interrumpían las comunicaciones y recorrían los caminos, viviendo sobre el comercio aunque estaba ya afectado de tremenda paralización.

En Monterrey habían concluido las transacciones mercantiles, á causa de hacer seis meses que estaba interrumpida la comunicación con Matamoros, no obstante la activa persecución que hacían las columnas franco-mexicanas á las guerrillas. Una de esas columnas, compuesta de cuatrocientos infantes, dos escuadrones de caballería y dos obuses, verificó una excursión por Linares, Montemorelos, Terán, China y Cadereyta, y regresó á Monterrey á principios de Septiembre, sin lograr la derrota de los perseguidos. El jefe Cortina seguía á inmediaciones de Matamoros, se presentaba en ambas márgenes del Bravo, desafiando á mil doscientos hombres que guarnecían aquel puerto. La brigada de Tinajero que residía en Monterrey, perteneciente á la división de D. T. Mejía, no lograba reponer las pérdidas considerables que sufrió en el combate de Paso de las Cabras el 15 de Agosto. Esa fuerza, unida á la del coronel Jeanningros contribuyó á celebrar en Monterrey el 16 de Septiembre.

Resuelto el general Escobedo á posesionarse de todos los elementos con que contaban los Estados fronterizos en que operaba, marchó sobre el puerto de Matamoros, conduciendo varias secciones de tropas pertenecientes á Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, y dejó situada una fuerza en observación de Monterrey. El 22 de Octubre se presentaba frente al puerto y establecía su campamento á tiro de cañón en el rancho de A. Peña, é intimó rendición á la plaza por conducto del coronel Sóstenes Rocha, que era el mayor general de la División, y habiendo sido desechada la intimación, se comenzó á abrir trincheras, establecer baterías y arreglar otros preparativos para el ataque.

Dentro de la plaza tomaba el general Tomás Mejía todas las precauciones para hacer fructuosa la defensa, y entre otras órdenes dictó la de que fueran fusilados unos oficiales americanos, acusados de cómplices en una conspiración para entregar á Escobedo los fuertes que tenían á su cargo.

Dada la orden el 24 de Octubre para que la plaza fuera atacada el siguiente día, se encomendó la derecha al general Hinojosa, la izquierda al general Cortina y por el centro debía llamarse la atención con un ataque falso. Un fuerte viento y la lluvia que caía en la madrugada del día 25, impidieron que fuese dada la señal de asalto á la hora convenida, sino hasta las cuatro y media de la mañana, por lo cual, aunque el ataque fué vigoroso, no pudo ser simultáneo; la tropa del general Hinojosa asaltó el fuerte que encontró al paso y penetró hasta la plaza de la Independencia; pero reforzados los imperialistas por su reserva y con soldados sacados de los demás fuertes, y auxiliados por el vapor «Antonia» que subiendo el río ametrallaba á los republicanos, retrocedió la columna replegándose á su primera posición, llevando heridos al general Hinojosa y su segundo el coronel Adolfo Garza. Esto motivó que también fuera rechazada la columna del general Cortina que tomó un fuerte; mas estando ya libre la re-



Don Mariano Escobedo,

GENERAL DEL EJÉRCITO DEL NORTE Y DEL DE OPERACIONES SOBRE QUERÉTARO.

Cuando las tropas de las tres naciones aliadas contra el Gobierno de Don Benito Juárez desembarcaron en Veracruz, el Coronel Escobedo fué nombrado Jefe de la primera brigada de San Luis Potosí, con la que ingresó al Ejército de Oriente y se batió en las cumbres de Acultzingo mandando la derecha de la línea. También tomó parte el 5 de Mayo de 1862, en el triunfo obtenido en Puebla sobre las fuerzas francesas y en la defensa de la misma ciudad sitiada el siguiente año por el General Forey. Al sucumbir la plaza cae prisionero, y en Orizaba se evade, logrando llegar á México en poco tiempo. Se retira con el Gobierno á San Luis Potosí, y hace con el General Díaz una expedición por el Sur hasta Oaxaca; regresa al Norte de la República en Noviembre de 1864. Sostiene varios combates y alcanza trascendental victoria en la Mesa de Santa Gertrudis el 16 de Junio de 1866, elevándose en la consideración del Gobierno Republicano, hasta llegar á obtener el mando de las fuerzas que sitiaron en Querétaro á Maximiliano, quien al rendirse le entregó su espada, el 15 de Mayo de 1867.

de Linares, pronto se reorganizaban; interrumpían las comunicaciones y recorrían los caminos, viviendo sobre el comercio aunque estaba ya afectado de tremenda paralización.

En Monterrey habían concluido las transacciones mercantiles, á causa de hacer seis meses que estaba interrumpida la comunicación con Matamoros, no obstante la activa persecución que hacían las columnas franco-mexicanas á las guerrillas. Una de esas columnas, compuesta de cuatrocientos infantes, dos escuadrones de caballería y dos obuses, verificó una excursión por Linares, Montemorelos, Terán, China y Cadereyta, y regresó á Monterrey á principios de Septiembre, sin lograr la derrota de los perseguidos. El jefe Cortina seguía á inmediaciones de Matamoros, se presentaba en ambas márgenes del Bravo, desafiando á mil doscientos hombres que guarnecían aquel puerto. La brigada de Tinajero que residía en Monterrey, perteneciente á la división de D. T. Mejía, no lograba reponer las pérdidas considerables que sufrió en el combate de Paso de las Cabras el 15 de Agosto. Esa fuerza, unida á la del coronel Jeanningros contribuyó á celebrar en Monterrey el 16 de Septiembre.

Resuelto el general Escobedo á posesionarse de todos los elementos con que contaban los Estados fronterizos en que operaba, marchó sobre el puerto de Matamoros, conduciendo varias secciones de tropas pertenecientes á Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, y dejó situada una fuerza en observación de Monterrey. El 22 de Octubre se presentaba frente al puerto y establecía su campamento á tiro de cañón en el rancho de A. Peña, é intimó rendición á la plaza por conducto del coronel Sóstenes Rocha, que era el mayor general de la División, y habiendo sido desechada la intimación, se comenzó á abrir trincheras, establecer baterías y arreglar otros preparativos para el ataque.

Dentro de la plaza tomaba el general Tomás Mejía todas las precauciones para hacer fructuosa la defensa, y entre otras órdenes dictó la de que fueran fusilados unos oficiales americanos, acusados de cómplices en una conspiración para entregar á Escobedo los fuertes que tenían á su cargo.

Dada la orden el 24 de Octubre para que la plaza fuera atacada el siguiente día, se encomendó la derecha al general Hinojosa, la izquierda al general Cortina y por el centro debía llamarse la atención con un ataque falso. Un fuerte viento y la lluvia que caía en la madrugada del día 25, impidieron que fuese dada la señal de asalto á la hora convenida, sino hasta las cuatro y media de la mañana, por lo cual, aunque el ataque fué vigoroso, no pudo ser simultáneo; la tropa del general Hinojosa asaltó el fuerte que encontró al paso y penetró hasta la plaza de la Independencia; pero reforzados los imperialistas por su reserva y con soldados sacados de los demás fuertes, y auxiliados por el vapor «Antonia» que subiendo el río ametrallaba á los republicanos, retrocedió la columna replegándose á su primera posición, llevando heridos al general Hinojosa y su segundo el coronel Adolfo Garza. Esto motivó que también fuera rechazada la columna del general Cortina que tomó un fuerte; mas estando ya libre la re-



Don Mariano Escobedo,

General del Ejército del Norte y del de Operaciones sobre Querétaro.

Cuando las tropas de las tres naciones aliadas contra el Gobierno de Don Benito Juárez desembarcaron en Veracruz, el Coronel Escobedo fué nombrado Jefe de la primera brigada de San Luis Potosí, con la que ingresó al Ejército de Oriente y se batió en las cumbres de Acultzingo mandando la derecha de la línea. También tomó parte el 5 de Mayo de 1862, en el triunfo obtenido en Puebla sobre las fuerzas francesas y en la defensa de la misma ciudad sitiada el siguiente año por el General Forey. Al sucumbir la plaza cae prisionero, y en Orizaba se evade, logrando llegar á México en poco tiempo. Se retira con el Gobierno á San Luis Potosí, y hace con el General Díaz una expedición por el Sur hasta Oaxaca; regresa al Norte de la República en Noviembre de 1864. Sostiene varios combates y alcanza trascendental victoria en la Mesa de Santa Gertrudis el 16 de Junio de 1866, elevándose en la consideración del Gobierno Republicano, hasta llegar á obtener el mando de las fuerzas que sitiaron en Querétaro á Maximiliano, quien al rendirse le entregó su espada, el 15 de Mayo de 1867.

serva de los imperialistas, cayó sobre los nuevos asaltantes y los obligó también á replegarse. Quedó frustrada en consecuencia, esta nueva tentativa para tomar á Matamoros, de donde Mejía hizo salir su caballería sobre el centro de la línea y no obstante que fué rechazada, en los siguientes días volvió á emprender otras salidas. El 7 de Noviembre quiso detener el coronel Canales un vapor que llevaba á la plaza un auxilio de marineros franceses.

La lluvia constante y el viento hicieron imposible sostener el sitio por más tiempo; faltaban también municiones y al saberse que Monterrey había quedado desocupado, se resolvió el general Escobedo á levantar el sitio de Matamoros el 14 de Noviembre (1865) y acompañado de la brigada Naranjo se dirigió á la capital de Nuevo León, quedando Cortina en observación. Los soldados americanos que guarnecían á Brownsville, se habían manifestado afectos á los sitiadores y aun les proporcionaron algunos auxilios, por lo cual el general D. Tomás Mejía y el capitán de marina Mr. Clouet, se dirigieron al general Weitzel en términos destemplados que contestó en el mismo tono, aunque negando haber faltado á las leyes de neutralidad, sin ocultar su simpatía y la de sus subordinados en favor de la causa republicana. Weitzel devolvió á Clouet una nota con frases duras y le infirió algunos otros agravios.

Continuó Escobedo su marcha por Cadereyta, villa que dejó el 22 de Noviembre y pernoctó en Guadalupe, á una legua de Monterrey, de donde salieron á batirlo los generales Tinajero y Quiroga, que fueron rechazados y en seguida batidos por un flanco y retaguardia, por la caballería del general Treviño y de frente por el resto de la fuerza, que los dispersó. El día 25, después de haberse incorporado á la sección de Escobedo otra al mando del comandante Ruperto Martínez, se dió el asalto á la plaza por tres columnas al mando de éste y de los coroneles Rocha y Naranjo, quienes hicieron prisionera una parte de la guarnición, encerrándose la restante en la ciudadela y fuerte del Obispado, donde fueron auxiliados por el comandante La Hayrie, que saliendo del Saltillo se presentó delante de Monterrey en la madrugada del mismo día 25, penetró á la plaza y en el centro de ella atacó vigorosamente á los republicanos. Estos obligaron primero á los franceses á retroceder, ante una carga al sable dirigida por el coronel Rocha; pero acercándose el general Jeanningros que expedicionaba por Monclova y había sido avisado del peligro en que estaba Monterrey, resolvió Escobedo retirarse, lo que hizo á las dos y media de la tarde del mismo día 25; estando ya el general francés á legua y media de la ciudad, batió la retaguardia de los republicanos. Las fuerzas de Escobedo continuaron su marcha hasta Camargo.

Los republicanos de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas habían establecido á principios de Octubre un centro de recursos en la hacienda del Potosí, cuidada por trescientos hombres; allí tenían reunido y pastando el ganado que habían tomado de las haciendas y que repartían á las diversas guerrillas de aquella extensa zona. Esa hacienda, situada treinta leguas al Sur del Saltillo, fué un

gran recurso para las guerrillas que con ese elemento pudieron sostenerse en pie.

En San Luis Potosí continuaba residiendo el general Douay, habitaba en el palacio del gobierno, donde á veces reunía tertulias que tenían resonancia.

Grande era la paralización de los negocios mercantiles y la inseguridad que por efecto de las guerrillas había en las inmediaciones de Monterrey, no obstante la actividad y las disposiciones del general Jeanningros, pues le faltaban tropas para operar en la escala que se necesitaba, y las que levantó el coronel Quiroga se habían disminuido á causa de la deserción. Monterrey estaba fortificado, se levantaban nuevas obras de defensa y el camino entre esa ciudad y Matamoros siguió interceptado por las guerrillas de Cortina.

La proximidad en que estaban los soldados norteamericanos enemigos de la Intervención, en la ribera izquierda del Bravo frente á Matamoros, dió lugar á conflictos que aumentaron cada día; uno de estos se presentó al haber hecho fuego un centinela americano sobre dos oficiales franceses que no contestaron al «quien vive» que les dirigió. Con este motivo el comandante Briant envió al general Brown una reclamación que no le fué contestada, y aunque el jefe francés le dirigió otra nota altiva y destemplada, tampoco obtuvo respuesta. El Mariscal Bazaine, temiendo que proviniesen de ello graves peligros, dispuso que toda la fuerza francesa que estaba en Matamoros se retirara á Monterrey y destituyó al jefe Briant. Otro caso de complicación brotó de la compra que D. Tomás Mejía hizo de unas piezas de artillería que le vendieron los confederados y que los unionistas reclamaban, como cosa de su propiedad; Mejía quiso cortar las desavenencias y les entregó los objetos en cuestión, y deseoso de evitar las relaciones con tan incómodos vecinos, prohibió el paso del río cuando no se presentara el pasaporte, y tomó otras precauciones que bien demostraban su temor por un conflicto, que pudiera provenir de los sentimientos hostiles que le manifestaban los unionistas de la otra banda del río, aunque en apariencia las fuerzas de las dos orillas se guardaban las reglas de cortesía que exije la neutralidad. No obstante, en Brownsville los soldados del general Sheridan ansiaban por atravesar el Bravo, deseosos de combatir á los franceses y á los imperialistas, para cuyo fin consultaban los jefes y oficiales constantemente el mapa de México, y calculaban las próximas operaciones militares.

La actitud de los norteamericanos era un aliciente para las poblaciones fronterizas republicanas y para los guerilleros. Uno de estos, Martín Hernández, perteneciente á la fuerza de Darío Garza, se posesionaba de la villa de Terán el 20 de Septiembre, y al saber que se aproximaba una sección de franceses, se dirigió á Linares.

Los republicanos de la frontera del Norte, acaudillados por Escobedo, Treviño y otros jefes que llegaron á tener nombradía, apenas podían encontrar alimentación y carecían de pertrechos de guerra y equipo á tal grado, que tenían que dividir mucho sus fuerzas para poder sostenerse. El general Escobedo necesitó pasar á Brownsville á buscar recursos para dar á sus operaciones un carácter serio, gozaba ya la confianza del gobierno juarista, que le autorizó para que por cualesquiera Estados que pasara ú ocupara, reasumiese el mando y nombrara toda clase de autoridades. Provisto de algunos recursos de guerra, se había dirigido á Lampazos y Cuatro Ciénegas, donde encontró seiscientos soldados, resto de la división con que se había retirado Negrete, y que habían repasado el desierto al mando del general Aguirre. Este jefe estuvo también en los Estados Unidos en busca de recursos, y su fuerza se reunió con otras en Cerralvo.

A mediados de Septiembre había sido atacada la villa de Parras; cargaron con vigor los republicanos é hicieron los defensores algunas salidas, en una de las cuales lograron batir á los asaltantes, tomándoles quince prisioneros que fueron pasados por las armas. Ese combate tan sangriento duró por más de siete horas. La villa de Parras volvió á ser atacada el 18 de Octubre, ocurriendo episodios en que mostraron gran valor unos y otros contendientes, y fué teatro de importantes sucesos en el siguiente año.

El Estado de Tamaulipas era el verdadero foco de la revolución en aquel rumbo del país. Al tomar el mando superior de Tampico el comandante Pedro Carrere, el 26 de Agosto, había dirigido una proclama á los habitantes del territorio de su mando, sostuvo subsistente el estado de sitio decretado en Abril por el comandante Vallée, y declaró que su misión era impedir que Tampico fuera invadido por las partidas de guerrilleros que merodeaban en Tamaulipas; aseguró que pronto se restablecería el comercio y pedía que todos cooperaran al sostenimiento del orden; amenazó con severos castigos á los propagadores de *falsas noticias* contra el sistema político existente. La ocupación de Ciudad Victoria por los republicanos, había sido causa de que se eligiera Tampico para la residencia de las autoridades superiores del Departamento.

La fuerza del coronel Pedro Méndez disponía de las haciendas é imponía préstamos forzosos, las gavillas iban á vender los efectos de sus depredaciones á Pánuco y Altamira. Con excepción de Tampico y Tancasnequi, disponían de todo Tamaulipas los jefes republicanos Méndez, Gómez, Bujanos, Escobedo y otros, sin que valieran cosa alguna los movimientos de los franceses salidos de San Luis escoltando las conductas, y el haber marchado de Tancasnequi para Santa Bárbara el coronel Chopin con el segundo batallón de zuavos.

En esa vez tuvieron un encuentro este segundo batallón del tercer regimiento de zuavos y el batallón de infantería ligera de Africa, el 9 de Septiembre, con las fuerzas de Méndez en la hacienda de Chamal, después del combate en el punto llamado Nopal, con la caballería de Gómez el 27 del mes anterior. Los republicanos causaron á los franceses notables pérdidas y se retiraron para continuar sus excursiones. El comandante Delloye les quitó armas, municiones y caballos, teniendo los franceses pérdida de algunos muertos y heridos, entre éstos dos capitanes. El caballo que montaba Delloye fué matado y el comandante recibió en el pecho un golpe contuso.

Hacía ya seis meses que, con excepción de las localidades de Matamoros,

Tampico y Tancasnequi, ocupadas por fuerzas imperialistas, todo Tamaulipas y la Huasteca, menos Tantoyuca, estaban á merced de los republicanos cuyas fuerzas habían engrosado desde los sucesos de Tula y Ciudad Victoria. Las guerrillas entraban y salían de las poblaciones sin el menor cuidado, imponían contribuciones y eran dueños de los caminos. Las fuerzas imperiales carecían de suficiente caballería para poder hacer eficaz y activa persecución á los guerrilleros que, montados en buenos caballos, se atrevían á todo, aun á acercarse á tiro de la artillería de Tampico, á cuyo comercio le capturaban á veces efectos que realizaban en Pánuco y otros puntos á precios bajos. Las guerrillas hostilizaban las conductas entre San Luis y Tampico, logrando apoderarse de algunas acémilas cargadas con el dinero y mataban á los arrieros que hacían resistencia.

Aunque el Imperio tuvo siempre elementos de fuerza en el puerto de Veracruz, no faltaron conspiradores que, ante el celo excesivo de las autoridades imperiales, ofrecieran su sangre en aras de sus ideales. Para atemorizarlos se hizo un ejemplar el 9 de Septiembre; fueron fusilados allí causando gran sensación ese hecho, seis individuos condenados por la Corte marcial, dos de ellos eran franceses, dos españoles, uno italiano, otro inglés y el restante mexicano, los aprehendieron entre Paso del Macho y Salsipuedes merodeando con una gavilla, de la que uno de los franceses aprehendidos era el jefe.

Por el rumbo de Huatusco se levantaron los guerrilleros Manuel y Francisco Marrero, y se incorporaron á los sublevados de Tepetlaxco, que estaban á corta distancia. Huatusco era ocupado al finalizar el mes de Septiembre, venciendo los republicanos la corta guarnición imperialista formada por treinta guardias civiles de allí y de Coscomatepec, que se reconcentraron en la parroquia y resistieron por espacio de ocho horas, pereciendo el que los mandaba. La fuerza de Marrero se acercó á Huatusco en la mañana del día 28, sin ser sentida, y apenas tuvieron tiempo los guardias nacionales de la plaza, para situarse en la iglesia y trincheras recientemente levantadas; los defensores de la Villa defeccionaron en su mayor parte, y los demás quedaron prisioneros. Posesionados de la plaza los republicanos, hicieron requisición de caballos y mulas, prohibieron la venta de licores, exigieron algún dinero imponiendo Marrero un préstamo de dos mil pesos, y se retiraron en la tarde del mismo día rumbo á la Pitahaya.

Aumentaban las guerrillas de tal manera cerca de Veracruz, que el 7 de Octubre atacaron un tren del camino de fierro, haciendo prisioneros á un oficial y varios soldados. Los que merodeaban entre Paso del Macho y Veracruz quedaron al mando de Marrero.

A pesar de la inseguridad consiguiente, el capitán Tourville, jefe de una colonia militar que se iba á establecer en el partido de Zongolica, compraba en esos días la hacienda de Guadalupe, en la zona de la Tierra-caliente, para cultivar en ella frutos tropicales. La hacienda de Omealca fué ocupada por fuerza imperialista compuesta de franceses é indígenas de Amatlán, con objeto de quitar á los guerrilleros los elementos que de allí sacaban; esa fuerza destruyó parte de

la finca y se retiró volviendo á ocuparla los guerrilleros que la fortificaron, para extender desde allí su línea hasta Cosamaloapam.

Los guerrilleros de Zongolica, al mando de D. Leandro Amador, llegaban hasta el punto llamado Tequila, y operaban conforme á las instrucciones del general García.

Por el Norte de Jalapa ocuparon los republicanos el pueblo de Naolinco á principios del mes de Septiembre, en los momentos en que los austriacos que habían guarnecido esa ciudad se dirigían para Tehuacán, y los mexicanos al mando del general Calderon permanecían en Perote.

Los que en Misantla habían proclamado el Imperio, evacuaron la población al acercarse las fuerzas del general Alatorre. Una porción de los republicanos fué á situarse en un punto intermedio entre Naolinco y la vía carretera que conduce á Veracruz. Al proclamar el Imperio los misantecos, habían dominado por la fuerza la corta guarnición de treinta hombres que dejó el general Alatorre al salir para Naolinco, matando los sublevados á once de ellos. En este movimiento revolucionario tomó mucha parte el jefe político de Misantla, apellidado Cancela, quien al verse perseguido se refugió en Jalapa.

Referidos y comentados estos hechos por la prensa del puerto veracruzano, fué suspendida la publicación del periódico titulado *La Revista* y multado el redactor del *Rigoletto*, Sr. Baturoni, obligándosele á suspender por un mes su publicación. Todo ello exaltaba cada vez más los ánimos al grado de temerse un levantamiento en aquel puerto cuya autoridad política señaló un plazo para la entrega de las armas de munición existentes en el Departamento; allí los republicanos sentíanse apoyados por los de Oaxaca y Puebla.

En este último se empeñaba en contener los avances de los republicanos el conde de Thun, que residía el mes de Septiembre en la ciudad de Puebla con el doble carácter de jefe de la división austriaca y militar de la plaza, obrando de acuerdo con el político Sr. Alonso Peón.

El día 10 de ese mes era sorprendida y tomada por los republicanos al mando de D. Miguel Pérez Olazo, la villa de Teziutlan, penetrando en los momentos en que el vecindario estaba en el templo oyendo misa. El jefe de la guarnición logró reunir algunos soldados y consiguió que los asaltantes abandonaran pronto la villa.

Las haciendas y pueblos de los alrededores de Tehuacán estaban infestados de ladrones, según acontecía en la mayor parte del país. Algunos de los republicanos, entre ellos los que ocupaban el distrito de Huauchinango al mando de D. Fernando Ortega, no teniendo recursos para sostenerse solicitaron nuevamente someterse al Imperio.

Los periódicos franceses que se publicaban en México, insistían en la necesidad de organizar un ejército nacional, pues los contingentes extranjeros no podían ser considerados sino como cuerpos transitorios de operaciones, cuyo período de acción sería limitado por los mismos acontecimientos. Para México y para

Francia, urgía organizar un ejército mexicano y era indispensable crear un presupuesto militar suficiente y hacer buena elección de oficiales. Las guardias rurales y urbanas eran más perjudiciales que útiles, y costaban mucho.

Sublevadas todas las localidades de la Cañada, desde Teotitlán hasta Etla, permanecieron en ellas las caballerías republicanas recibiendo toda clase de auxilios y avisos, en tanto que á la llegada de cualquiera fuerza imperial la mayor parte de los vecinos se iban al monte y los que quedaban no le prestaban auxilio alguno, negándose los pueblos á guiarla, según aconteció en el encuentro entre las fuerzas del comandante austriaco de Oaxaca apoyado por la caballería de Triujeque y las de Figueroa, cerca de Tecomavaca.

El coronel Acebal, nombrado jefe de las fuerzas que operaban sobre la sierra de Ixtlán, tan solo sostuvo algunas escaramuzas de poca significación. La expedición militar sobre los pueblos insurreccionados en la Cañada, entre ellos Jayacatlán y Necaltepec, tampoco había dado resultado positivo alguno, quedando abandonado el valle de Etla, que después fué recuperado por los republicanos.

Una brigada de mil hombres entre austriacos y mexicanos había marchado de Oaxaca en busca de Figueroa, internándose por Cuicatlán, donde quedó la caballería para cuidar el camino de Tehuacán á Oaxaca, de cuya ciudad salieron las órdenes, planes y noticias para el levantamiento de los pueblos de la Cañada. Fuerzas juaristas ocupaban también á Juchitán y amenazaron á Tehuantepec. La situación de la capital oaxaqueña no podía ser peor: el comandante austriaco Klem no quería que la autoridad civil se rodeara de las personas que figuraron en la administración anterior y desconfiaba de ellas; el Sr. Franco no estando de acuerdo entregó la prefectura á D. Juan Santaella, y éste á D. Manuel Fagoaga, y dejó toda la fuerza á las órdenes del jefe austriaco, quien hizo salir á pie y escoltados veinte jefes y oficiales de los adictos á Porfirio Díaz, contándose entre ellos al general Salinas. Los amigos de estos prisioneros salidos de Oaxaca el 29 de Septiembre, reunieron algún dinero para auxiliarlos. El capitán de húsares, conde de Khevenhüller, marchó de Teotitlán á Tecomavaca y sorprendió y derrotó á un grupo de republicanos.

En el Poniente del país continuaban las guerrillas llamando también la atención del gobierno imperial.

A principios de Septiembre salió de Zitácuaro el guerrillero León Ugalde, después de haberse reforzado con algunas tropas de infantería y caballería que en esa villa le aguardaban para unírsele. Apareció con ellas en los llanos inmediatos á San Felipe del Obraje, y emboscando en lugar ventajoso la mayor parte de su gente, se presentó con los restantes á la vista de la población. Los defensores, en número de ochenta, destacaron una sección para batirlos; pero aparentando los republicanos irse en retirada conducen á sus contrarios á la emboscada, donde perecieron los imperialistas en su mayor parte. En seguida se apoderó Ugalde de la villa y se dirigió á las inmediaciones de Jilotepec; tomó



Coronel Abraham Ortiz de la Peña.

Siendo Jefe de las fuerzas imperialistas del Sur, ofreció á los Emperadores Maximiliano y Carlota la casa donde el caudillo D. Agustín de Iturbide firmó en Iguala el plan de Independencia. La Emperatriz aceptó la oferta de aquel lugar histórico, dió las gracias al Coronel por el obsequio, y dispuso que se publicara un artículo relativo al asunto en el DIARIO OFICIAL, y que se facilitaran los recursos necesarios para reponer y conservar en buen estado el edificio cedido, siendo los gastos por cuenta de la misma Emperatriz. La obra no se pudo llevar á cabo.

Francia, urgía organizar un ejército mexicano y era indispensable crear un presupuesto militar suficiente y hacer buena elección de oficiales. Las guardias rurales y urbanas eran más perjudiciales que útiles, y costaban mucho.

Sublevadas todas las localidades de la Cañada, desde Teotitlán hasta Etla, permanecieron en ellas las caballerías republicanas recibiendo toda clase de auxilios y avisos, en tanto que á la llegada de cualquiera fuerza imperial la mayor parte de los vecinos se iban al monte y los que que quedaban no le prestaban auxilio alguno, negándose los pueblos á guiarla, según aconteció en el encuentro entre las fuerzas del comandante austriaco de Oaxaca apoyado por la caballería de Triujeque y las de Figueroa, cerca de Tecomavaca.

El coronel Acebal, nombrado jefe de las fuerzas que operaban sobre la sierra de Ixtlán, tan solo sostuvo algunas escaramuzas de poca significación. La expedición militar sobre los pueblos insurreccionados en la Cañada, entre ellos Jayacatlán y Necaltepec, tampoco había dado resultado positivo alguno, quedando abandonado el valle de Etla, que después fué recuperado por los republicanos.

Una brigada de mil hombres entre austriacos y mexicanos había marchado de Oaxaca en busca de Figueroa, internándose por Cuicatlán, donde quedó la caballería para cuidar el camino de Tehuacán á Oaxaca, de cuya ciudad salieron las órdenes, planes y noticias para el levantamiento de los pueblos de la Cañada. Fuerzas juaristas ocupaban también á Juchitán y amenazaron á Tehuantepec. La situación de la capital oaxaqueña no podía ser peor: el comandante austriaco Klem no quería que la autoridad civil se rodeara de las personas que figuraron en la administración anterior y desconfiaba de ellas; el Sr. Franco no estando de acuerdo entregó la prefectura á D. Juan Santaella, y éste á D. Manuel Fagoaga, y dejó toda la fuerza á las órdenes del jefe austriaco, quien hizo salir á pie y escoltados veinte jefes y oficiales de los adictos á Porfirio Díaz, contándose entre ellos al general Salinas. Los amigos de estos prisioneros salidos de Oaxaca el 29 de Septiembre, reunieron algún dinero para auxiliarlos. El capitán de húsares, conde de Khevenhüller, marchó de Teotitlán á Tecomavaca y sorprendió y derrotó á un grupo de republicanos.

En el Poniente del país continuaban las guerrillas llamando también la atención del gobierno imperial.

A principios de Septiembre salió de Zitácuaro el guerrillero León Ugalde, después de haberse reforzado con algunas tropas de infantería y caballería que en esa villa le aguardaban para unírsele. Apareció con ellas en los llanos inmediatos á San Felipe del Obraje, y emboscando en lugar ventajoso la mayor parte de su gente, se presentó con los restantes á la vista de la población. Los defensores, en número de ochenta, destacaron una sección para batirlos; pero aparentando los republicanos irse en retirada conducen á sus contrarios á la emboscada, donde perecieron los imperialistas en su mayor parte. En seguida se apoderó Ugalde de la villa y se dirigió á las inmediaciones de Jilotepec; tomó



Coronel Abraham Ortiz de la Peña.

Siendo Jefe de las fuerzas imperialistas del Sur, ofreció á los Emperadores Maximiliano y Carlota la casa donde el caudillo D. Agustín de Iturbide firmó en Iguala el plan de Independencia. La Emperatriz aceptó la oferta de aquel lugar histórico, dió las gracias al Coronel por el obsequio, y dispuso que se publicara un artículo relativo al asunto en el DIARIO OFICIAL, y que se facilitaran los recursos necesarios para reponer y conservar en buen estado el edificio cedido, siendo los gastos por cuenta de la misma Emperatriz. La obra no se pudo llevar á cabo.

á Tula, donde permaneció poco tiempo, y se retiró á Zimapam, con objeto de reunirse con Martínez. [1]

Al siguiente dia 2 de Septiembre, fué alcanzado Ugalde por la columna del teniente coronel De Courcy, á tres leguas de Zimapam, y le derrotó haciéndole multitud de muertos y heridos.

Una fuerza de cuatrocientos franceses y mexicanos, perseguia á Ugalde en combinación con otra que llegó á Ixmiquilpam procedente de Pachuca. El general Ruelas había salido de Tula con trescientos hombres rumbo á Mixquiahuala. Guerrillas cortas aparecieron por el Doctor, Bucareli, Cadereyta y otros puntos de la Sierra.

Los republicanos que estaban en el Sur del Estado de México, al mando del Jefe Figueroa atacaron rudamente á Tepecoacuilco el día 24 de Septiembre, aprovechando la salida de una parte de las fuerzas de Iguala para el rumbo de Cuernavaca. El capitán imprialista José Román, con cuarenta hombres del regimiento de Iguala y algunos vecinos de esta población y del mismo Tepecoacuilco los rechazaron, habiendo dictado violentamente sus órdenes el Coronel Carranza.

Fuerzas de Ortiz de la Peña, O'Horan y el capitán Clary, combinaron un movimiento contra las guerrillas de Ajusco, mandadas por Martínez; el resultado fué que cayera prisionero el secretario de éste y quedó en poder de O'Horan alguna correspondencia, á consecuencia de la cual fueron verificadas varias prisiones y se supo que de México recibía Martínez avisos, municiones y dinero, fué aprehendido en Tlálpam el síndico municipal Muñoz, juzgado como conspirador en la Corte marcial y fusilado.

A mediados de Septiembre ocuparon el puerto de Acapulco los franceses desembarcados de buques de guerra y también fuerzas mexicanas salidas de Mazatlán. El General D. Diego Alvarez se retiró con 1,500 hombres, yendo con él porción de vecinos de aquel puerto.

Esta ocupación se verificaba el 14 de Septiembre. La fragata Victoria entró antes que los dos buques que la acompañaban, desembarcó 400 hombres y quedó enarbolada la bandera del Imperio en el Castillo. Alvarez acampó á cosa de cuatro leguas del puerto; acababa de recibir buena cantidad de armas portátiles y tenía un parque respetable de artillería; pero parecía resuelto á no sostener combate alguno y únicamente á evitar las comunicaciones con el interior para impedir el abastecimiento de la plaza por tierra.

Una parte del vecindario de Acapulco se retiró con el General Alvarez; los imperiales no podían quedarse fuera de sus cuarteles sin correr peligro de ser ma-

(1) En San Felipe, los ochenta hombres al mando del comandante Moncada, fueron sorprendidos por les fuerzas de Ugalde el 1.º de Septiembre entre dos y tres de la tarde. Moncada se rindió al sentirse herido en una pierna; pero fué matado con el revólver aún en la mano. El capitán Concha que se retiraba por el camino de Toluca, alcanzado en el puente de la Torrecilla, quiso salvarse arrojándose á la agua y allí recibió disparos que abreviaron su fin: el oficial Galindo murió de una lanzada que le dió el guerrillero Toscano.

tados. Alvarez mandó repartir una proclama, ofreciendo perdón á todo soldado que se presentara á sus avanzadas y cien pesos si además llevaba consigo el fusil. El bloqueo por tierra motivó que en Acapulco se dificultara la subsistencia de la guarnición imperialista, la que también se vió forzada á retirarse por las enfermedades que la diezmaron.

Los franceses que pretendían sostenerse dueños de las costas del Pacífico, aunque pudieron quedarse en las plazas de Hermosillo y Ures, las dejaron bajo la custodia de milicias locales que á poco se adhirieron al Imperio. Una noche, al salir en Hermosillo la concurrencia del teatro con un *gallo*, á la luz de hachones y al desfilar la comitiva en las calles, se oyeron gritos sediciosos contra el Imperio, y adhiriéndose á los alborotadores la guardia urbana se hicieron dueños de la situación; mandaba á los sublevados el jefe Contreras y fueron aprehendidas las autoridades y varias personas notables. Hermosillo fué atacado por fuerzas de Magdalena, Ures y San Marcial, avanzando á las órdenes del jefe Cotteret dos compañías del 62 con una pieza de artillería y 45 cazadores de Africa al mando del oficial Adam.

Aunque el gobernado imperialista Gándara sospechaba algo de la conspiración fraguada por Contreras, no pudo impedir que estallara el movimiento revolucionario; pero lo combatió con algunos centenares de indígenas que puso sobre las armas, y varios revolucionarios fueron pasados por las armas. Poco después, el 29 de Octubre, sufrió una derrota la fuerza del general republicano García Morales en el Cerro del Carnero, cerca de Altar, batida por el Coronel Vázquez.

Nombrado el general Espinosa Visitador de la Baja California, no pudo desempeñar su cometido, pues apenas llegó á la Paz, los republicanos se le presentaron en actitud amenazadora, y reuniendo una fuerza de 400 hombres marchan sobre la Paz y la toman sin disparar un tiro. Eran jefes de aquel movimiento Clodomiro Cota, y Antonio Pedrín que tomó el título de Prefecto de la Baja California. El delegado imperial tuvo que reembarcarse á toda prisa para Mazatlán, acompañado de algunos vecinos notables que habían proclamado el Imperio, y en cuyo número se contó al Sr. Gibert, que había sido representante de la Baja California en el Congreso. El general Manuel Márquez, después de haber estado en Mazatlán, se puso al frente de los revolucionarios en aquella Península; había ido á Sinaloa para sondear el terreno.

El comisario imperial Gamboa, desde Mazatlán, había estado en relaciones con las autoridades liberales del Territorio y cuando el Visitador Espinosa, que en otro tiempo había mandado en la Baja California, supo que el gobernador Gibert y parte de la asamblea se mostraban resueltos á reconocer el Imperio, se trasladó á la Paz asegurando allanar, con su influjo, los obtáculos que aún se presentaran. Pero no llegaron ni á ser proclamadas en ese puerto las instituciones imperiales, porque en los pueblos de San Antonio y San José se pronunciaron en contra D. Clodomiro Cota y D. Pedro M. Navarrete, y se dirigieron con fuerza armada hácia la Paz que fué ocupada el día 16 de Diciembre, pues

carecía de elementos de defensa. El Visitador regresó para Mazatlán, á los ocho días de haber llegado á la Paz, acompañado de algunas personas, en el buque llamado «Zumalacarregui;» siguiéndole á los dos días el gobernador D. Luis Gilbert, y quedó de Jefe Político del Territorio D. Antonio Pedrín.

La derrota sufrida por 350 fronterizos al mando de García Morales en el punto llamado el Carnero, á dos y media leguas de la villa de Altar, fué de consideración. La fuerza mandada por Vázquez, Tanori y demás jefes, mató ochenta republicanos é hicieron poco más de treinta prisioneros, dispersándose los demás; pero quedó gravemente herido el jefe Salvador Vázquez. García Morales se retiró de prisa rumbo al Fresnal.

Los pronunciados en Hermosillo al mando de Contreras, permanecieron en la ciudad hasta el 30 de Octubre en la noche, retirándose al Distrito de Altar al acercarse con seiscientos imperialistas el jefe del Departamento D. Santiago Campillo, con cuya vanguardia se batieron anticipándose á los franceses que llegaron á la ciudad después que Campillo. Este jefe envió 300 soldados en persecución de los republicanos que se retiraban, y los alcanzaron y batieron en un rancho de la Sierra de San José.

Temiendo en Ures que se repitieran los sucesos de Hermosillo, fueron desterrados porción de individuos, de los más sospechados, en el término de veinticuatro horas y con pasaportes para diversos rumbos. Ures había quedado con una corta guarnición, á causa de haber salido la fuerza sobre Hermosillo.

También estaban sustraídos del gobierno imperial, los pueblos de Arizpe, Bacoachi Fronteras y Santa-Cruz, muy próximo á la línea americana, por donde se recibían auxilios, aunque el general Masson ordenó que fuese aprehendido todo material de guerra destinado á México por aquella parte de la línea fronteriza.

Nombrado D. Jesús López Portillo, el 16 de Septiembre Comisario Imperial de la 4ª División Territorial que comprendía los Departamentos de Zacatecas, Aguascalientes, Colima y Nayarit, tuvo que sujetarse en el desempeño de su cargo, al decreto que creó los Comisarios y Visitadores imperiales, y á las bases publicadas en el Estatuto, así como á las instrucciones particulares que le dió el Ministro de Estado.

A la sazón verificábanse alarmas en Guadalajara; se sabía que iba á estallar un pronunciamiento y que los conspiradores sorprenderían un cuartel. La comandancia militar dictó disposiciones, el orden no se alteró y fueron aprehendidas algunas personas. En Ameca, pueblo inmediato á aquella ciudad, fué sofocada una sublevación, logrando escaparse el cabecilla. Efectuábanse en la capital del aquel Estado, continuos juicios contra escritores. Puede decirse que en Guadalajara no existía sino de nombre el régimen imperial y la exaltación había subido á tal punto, que el comercio se paralizó y los negocios concluyeron.

En esa ciudad se dictaban constantemente disposiciones militares extraordinarias y todos los sospechosos eran conducidos á la prisión. Varias personas conocidas, entre ellas los Sres. Herrera y Cairo y Trejo, fueron incomunicados y

se les mandó formar proceso; otras eran llamadas ante el comandante militar francés y se les amonestaba en calidad de conspiradores. Los redactores de periódicos que hacían la oposición al Imperio, eran condenados á prisión y multas.

En todo el territorio mexicano se notaban iguales síntomas de formal agitación. En Zacatecas se conspiraba á tal grado, que la autoridad dispuso fuesen presos los generales Francisco Alatorre, Miguel Auza y Eugenio Castro, el Coronel Jesús Loera, el jefe de guerrilla Mora, los abogados Pankhurst y Ruelas y el comerciante Cayetano Escobedo.

Maximiliano insistía en la idea de buscar seguro arrimo á su trono con los confederados, á quienes ofrecía alicientes para fomentar la emigración, dió destinos á varios de los surianos prominentes que se habían refugiado en México, con objeto de procurar la colonización, y expidió decretos que protegían los capitales que fuesen en ella invertidos, al grado de haber calificado el gobierno de Washington tales disposiciones como una protección á la esclavitud, circunstancia que contrarió el afán de Maximiliano para atraer colonos que fuesen un valladar contra peligros que consideraba próximos.

Mostrábase Maximiliano decidido á afrontar los peligros que pudiera correr su trono, hasta triunfar ó morir, conociendo cuan necesario era combatir la terrible desconfianza que de sus partidarios se había apoderado; ya eran muy marcadas las señales de poco respeto, y de gran significación los gritos que en las reuniones públicas se oían contra Maximiliano y Carlota, contra los belgas, los austriacos y los franceses.

Con motivo del decreto expedido por Maximiliano el 5 de Septiembre, invitando á la emigración extranjera para que pasase á México, se dirigió el Ministro de México Sr. Romero al gobierno de Estados Unidos, diciéndole: que aquella ley no era más que un pretexto para llamar á México á los descontentos de los Estados Unidos que no estaban conformes en reconocer al gobierno del Norte y rehusaban aceptar las consecuencias de la guerra, y que los admitía con sus preocupaciones y el sistema de trabajo establecido en los Estados del Sur.

Tratábase, según el informante, de acoger en México á todas las personas que estuvieran animadas por sentimientos hostiles á los Estados Unidos, conforme lo comprobaban los arreglos hechos con el ex-senador Mr. Gwin, enemigo declarado del Norte. Lo que en el fondo del asunto descubría el Sr. Romero era el restablecimiento de la esclavitud, aunque en el reglamento respectivo se asentaba, que según las leyes del Imperio todos los hombres de color eran libres por el solo hecho de pisar el territorio mexicano. Demostraba la tendencia á la esclavitud, la circunstancia de que los operarios tuvieran que hacer conforme al reglamento, un contrato con el patrón, obligándose éste á alimentarlos, vestirlos y asistirlos en sus enfermedades y á pagarles una suma de dinero, de cuya cuarta parte no podrían disponer por todo el tiempo que durare el contrato (1); que la esclavitud

(1) Conforme á los artículos 13 y 14, el operario se obligaba á ejecutar los trabajos á que fuera destinado por el término de cinco al años menos y de diez á lo más, obligándose también el patrón á mantener los hijos de los operarios.

sería hereditaria, se comprobaba con lo expresado en el art. 3º del reglamento, pues en caso de muerte del operario, el patrón se consideraba como tutor de los hijos que permanecerían á su servicio hasta la mayor edad, bajo las mismas condiciones que estaba el padre. Los herederos del patrón heredarían á su vez á los operarios conforme al artículo 5º, previniendo el 16º que en caso de deserción de algún operario, una vez aprehendido sería destinado á los trabajos públicos, hasta que el patrón se presentara á reclamarlo y por otro artículo, en caso de muerte ab intestato ó sin herederos, el peculio del operario pasaba al dominio de la caja del Estado.

El Sr. Romero hizo notar á Mr. Seward lo extraordinario é incomprensible que aparecía, ver que cuando la esclavitud acababa de recibir el golpe de muerte y cuando estaba probado que era un mal social, moral y político, había quien pretendiese establecer tan odioso sistema con objeto de consolidar una usurpación en el país que intentaba dominar.

El Ministro norteamericano Seward contestó al ministro Romero, que ya se había tomado en consideración el decreto expedido por Maximiliano acerca de la emigración, y que se habían dictado las providencias oportunas.

No obstante la confianza que se aparentaba en la neutralidad de los Estados Unidos, sostenida principalmente por el Secretario de Relaciones Mr. Seward, infundió serios temores entre los intervencionistas un discurso pronunciado por este ministro en Ausburn el 21 de Septiembre. Dijo que los Estados Unidos debían continuar ejerciendo justa y benéfica influencia en la política internacional de las demás potencias, «con particularidad en la de nuestras vecinas en este con«tinente, las cuales nos son especialmente caras por haber adoptado instituciones «republicanas.» Dijo que el pueblo americano vió debilitada esa influencia al empeñarse en una guerra civil; pero con el restablecimiento de la paz la estaba adquiriendo de nuevo, y en el más alto grado que nunca. «El Presidente de los Estados Unidos no ha perdido de vista este interés ni siquiera por un momento, «y espero que pronto veremos las instituciones republicanas en cualquiera parte «del continente americano donde hayan existido antes, vindicadas y establecidas «de una manera vigorosa.» Este lenguaje no podía ser más claro y significativo, y formó contraste tal declaración con las disposiciones recientemente dictadas por el gobierno de los Estados Unidos, respecto á enganches y recursos para los juaristas. Otro orador distinguido, Mr. Blair pretendía que fuesen enviados á México los negros del Sur en calidad de emigrados.

A la multitud de manifestaciones que se hacían por el pueblo de los Estados Unidos contra el Imperio mexicano, vinieron á agregarse las palabras y actos del gobierno de Washington, que disipó toda duda acerca de sus verdaderos sentimientos en tan importante asunto, considerado como continental, y marcó la política definitiva que se proponía seguir. Una nota en forma de ultimatum, dirigida por Mr. Seward al gobierno francés, aunque destinada á permanecer en el secreto de las cancillerías por algún tiempo, estaba concebida en términos tan explícitos, que no podía menos que influir definitivamente en el ánimo de Na-

poleón, y cuando fué publicada, aumentó sus efectos en favor de la causa de los republicanos de México.

Para corroborar esa política, fué nombrado un ministro de primera clase, el general Mr. Jhon A. Logan cerca del gobierno republicano de México, precisamente en los momentos en que la Intervención francesa y el Imperio proclamaban que la República Mexicana había dejado de existir, y cuando la prensa imperial aseguraba que el gobierno de Washington no tardaría en reconocer al Imperio de Maximiliano. Mr. Logan era contado entre los adversarios más decididos de la Intervención francesa aquí y considerado como hombre de grandes talentos militares y políticos; en uno de sus discursos acababa de decir públicamente, que el establecimiento de Maximiliano en México, formaba parte de la rebelión contra el gobierno de los Estados Unidos. Al ser designado por este gobierno para su representante en México, persona de tan marcados sentimientos hostiles á la Intervención francesa, se comprendía que estaba enteramente de acuerdo con él. También el general Grant manifestó en términos bien explícitos y públicamente, su opinión contra la política de la Francia en México.

Por su parte los juaristas hicieron manifestaciones ruidosísimas en aquel país. En California las llevaron hasta la exageración; en el aniversario del 16 de Septiembre, celebrado por ellos en los Angeles, hubo ardientes discursos contra Francia y el Imperio, fué ahorcado un muñeco figurando que era un Emperador; invadieron el templo católico para repicar y recorrieron las calles dando mueras á los franceses y vivas á Juárez.

En Nueva York, en la calle principal, abrieron los banqueros Corlies y Compañía una agencia financiera del gobierno de la República de México, para la venta de los bonos emitidos por el general Carbajal. En las ventanas de la casa se veían banderas de México y de los Estados Unidos. El 8º regimiento de la guardia nacional del Estado, compuesto en su mayor parte de comerciantes, fué llevado por su coronel á la puerta de la agencia, los soldados hicieron honores á la bandera de México y gritaron vivas á Juárez.

La permanencia del agente imperialista D. Luis de Arroyo en Nueva York, aparecía ya hasta ridícula, y en consecuencia, á fines de Noviembre, regresaba á Veracruz con el pretexto de haber obtenido licencia por enfermedad.

CAPITULO TERCERO.

La legislacion del Imperio no podía ser practicable.—Opiniones de la Emperatriz Carlota acerca de las revoluciones en México.—Disposiciones favorables al proletariado.—Cambio de Ministerio.—Permanece el malestar en el gobierno.—Insiste Maximiliano en que se forme una brigada modelo.—Sigue el alistamiento de voluntarios para México en Austria y Bélgica.—Decrétase el sorteo para formar el ejército nacional.—Excitaciones de la prensa francesa en México.—Se expide la ley de 3 de Octubre.—Se da por cierto que el Presidente Juárez abandonó el territorio mexicano.—Aplicación inconsiderada de la pena de muerte.—Amnistía para los revolucionarios que se sometan.—Presión ejercida por el Mariscal Bazaine.—Critica éste la proclama expedida por Maximiliano.—Acentúa su intervención en los asuntos de México el gobierno norteamericano.—Dirige una reclamación al gobierno francés.—Elude éste las responsabilidades.—Circular explicativa del Ministro Esteva.—Expide otra Bazaine.—Efectos terribles del decreto de 3 de Octubre.—Lo considera Bazaine muy favorable á la Intervención.—Excepción á favor del general Riva Palacio.—Conducta sanguinaria de los jefes Méndez y O' Horan.—Circular del Ministro de la Guerra.—Recomienda Bazaine á los jefes superiores el exacto cumplimiento del decreto de 3 de Octubre.—Ataque y momentánea ocupación de Morelia por los republicanos.—Derrota del general Arteaga en Santa Ana Amatlan.—Circunstancias que precedieron á la derrota.—Cómo fué hecho prisionero ese general.—Fusilamientos de prisioneros.—Los periódicos franceses en México califican de brillante el triunfo de Méndez.—Quiere Maximiliano modificar su política de terror.—Bazaine aumenta sus prevenciones contra este cambio.—Estados del Centro y Occidente.—Algunos guerrilleros se acogen al indulto.—Varios indultados vuelven á tomar las armas.—Movimientos en el Estado de Guerrero.—El coronel Aymard se retira de Mazatlán.—Crece la revolución en Sonora.—Sucede lo mismo en los Estados fronterizos del Norte.—Abandonan los franceses á Monterrey.—Cunde la alarma entre los imperialistas.—Pérdidas del comercio en Tampico y Tancasnequi.—El general Escobedo avanza sobre Matamoros.—Es rechazado.—La Huasteca y el Estado de Veracruz.—Ataques al ferrocarril.—La sierra de Oaxaca y la Cañada.—El general Thun en la sierra de Zacapoaxtla.—Prescinde Maximiliano del viaje á Yucatán.—Organización de tropas en aquella Península.—Llegada de colonos.—Continúan en los Estados Unidos los esfuerzos de los juaristas.—Empréstito de treinta millones con la casa de Corlies y Compañía.

Durante el mes de Octubre apareció el *Diario Oficial* lleno de los decretos, proyectos y disposiciones relativas á la organización política, administrativa y judicial, basadas en el estatuto del 10 de Abril, cuyas producciones en su mayor parte llevaban el sello de un espíritu liberal, levantado y generoso; pero poco práctico. Asignábanse en uno de esos decretos dos premios de mil pesos cada uno, para la mejor tragedia y la mejor comedia que se presentara en el plazo de seis meses. Con motivo de aquella verdadera lluvia de decretos, se recuerdan estas frases dichas por Maximiliano á Bazaine: «Ahora que concluí el laborioso trabajo de la legislación, voy á ocuparme de gobernar.»

¿No mostró esta separación de ideas, cuan poco práctico era Maximiliano en achaques de gobierno? Nueva prueba dió con los decretos para salvar á los peones ó trabajadores de los campos, de la postración en que vivían. Tuvo Maximiliano el valor de llevar adelante sus ideas generosas y para vencer las resistencias de

poleón, y cuando fué publicada, aumentó sus efectos en favor de la causa de los republicanos de México.

Para corroborar esa política, fué nombrado un ministro de primera clase, el general Mr. Jhon A. Logan cerca del gobierno republicano de México, precisamente en los momentos en que la Intervención francesa y el Imperio proclamaban que la República Mexicana había dejado de existir, y cuando la prensa imperial aseguraba que el gobierno de Washington no tardaría en reconocer al Imperio de Maximiliano. Mr. Logan era contado entre los adversarios más decididos de la Intervención francesa aquí y considerado como hombre de grandes talentos militares y políticos; en uno de sus discursos acababa de decir públicamente, que el establecimiento de Maximiliano en México, formaba parte de la rebelión contra el gobierno de los Estados Unidos. Al ser designado por este gobierno para su representante en México, persona de tan marcados sentimientos hostiles á la Intervención francesa, se comprendía que estaba enteramente de acuerdo con él. También el general Grant manifestó en términos bien explícitos y públicamente, su opinión contra la política de la Francia en México.

Por su parte los juaristas hicieron manifestaciones ruidosísimas en aquel país. En California las llevaron hasta la exageración; en el aniversario del 16 de Septiembre, celebrado por ellos en los Angeles, hubo ardientes discursos contra Francia y el Imperio, fué ahorcado un muñeco figurando que era un Emperador; invadieron el templo católico para repicar y recorrieron las calles dando mueras á los franceses y vivas á Juárez.

En Nueva York, en la calle principal, abrieron los banqueros Corlies y Compañía una agencia financiera del gobierno de la República de México, para la venta de los bonos emitidos por el general Carbajal. En las ventanas de la casa se veían banderas de México y de los Estados Unidos. El 8º regimiento de la guardia nacional del Estado, compuesto en su mayor parte de comerciantes, fué llevado por su coronel á la puerta de la agencia, los soldados hicieron honores á la bandera de México y gritaron vivas á Juárez.

La permanencia del agente imperialista D. Luis de Arroyo en Nueva York, aparecía ya hasta ridícula, y en consecuencia, á fines de Noviembre, regresaba á Veracruz con el pretexto de haber obtenido licencia por enfermedad.

CAPITULO TERCERO.

La legislacion del Imperio no podía ser practicable.—Opiniones de la Emperatriz Carlota acerca de las revoluciones en México.—Disposiciones favorables al proletariado.—Cambio de Ministerio.—Permanece el malestar en el gobierno.—Insiste Maximiliano en que se forme una brigada modelo.—Sigue el alistamiento de voluntarios para México en Austria y Bélgica.—Decrétase el sorteo para formar el ejército nacional.—Excitaciones de la prensa francesa en México.—Se expide la ley de 3 de Octubre.—Se da por cierto que el Presidente Juárez abandonó el territorio mexicano.—Aplicación inconsiderada de la pena de muerte.—Amnistía para los revolucionarios que se sometan.—Presión ejercida por el Mariscal Bazaine.—Critica éste la proclama expedida por Maximiliano.—Acentúa su intervención en los asuntos de México el gobierno norteamericano.—Dirige una reclamación al gobierno francés.—Elude éste las responsabilidades.—Circular explicativa del Ministro Esteva.—Expide otra Bazaine.—Efectos terribles del decreto de 3 de Octubre.—Lo considera Bazaine muy favorable á la Intervención.—Excepción á favor del general Riva Palacio.—Conducta sanguinaria de los jefes Méndez y O' Horan.—Circular del Ministro de la Guerra.—Recomienda Bazaine á los jefes superiores el exacto cumplimiento del decreto de 3 de Octubre.—Ataque y momentánea ocupación de Morelia por los republicanos.—Derrota del general Arteaga en Santa Ana Amatlan.—Circunstancias que precedieron á la derrota.—Cómo fué hecho prisionero ese general.—Fusilamientos de prisioneros.—Los periódicos franceses en México califican de brillante el triunfo de Méndez.—Quiere Maximiliano modificar su política de terror.—Bazaine aumenta sus prevenciones contra este cambio.—Estados del Centro y Occidente.—Algunos guerrilleros se acogen al indulto.—Varios indultados vuelven á tomar las armas.—Movimientos en el Estado de Guerrero.—El coronel Aymard se retira de Mazatlán.—Crece la revolución en Sonora.—Sucede lo mismo en los Estados fronterizos del Norte.—Abandonan los franceses á Monterrey.—Cunde la alarma entre los imperialistas.—Pérdidas del comercio en Tampico y Tancasnequi.—El general Escobedo avanza sobre Matamoros.—Es rechazado.—La Huasteca y el Estado de Veracruz.—Ataques al ferrocarril.—La sierra de Oaxaca y la Cañada.—El general Thun en la sierra de Zacapoaxtla.—Prescinde Maximiliano del viaje á Yucatán.—Organización de tropas en aquella Península.—Llegada de colonos.—Continúan en los Estados Unidos los esfuerzos de los juaristas.—Empréstito de treinta millones con la casa de Corlies y Compañía.

Durante el mes de Octubre apareció el *Diario Oficial* lleno de los decretos, proyectos y disposiciones relativas á la organización política, administrativa y judicial, basadas en el estatuto del 10 de Abril, cuyas producciones en su mayor parte llevaban el sello de un espíritu liberal, levantado y generoso; pero poco práctico. Asignábanse en uno de esos decretos dos premios de mil pesos cada uno, para la mejor tragedia y la mejor comedia que se presentara en el plazo de seis meses. Con motivo de aquella verdadera lluvia de decretos, se recuerdan estas frases dichas por Maximiliano á Bazaine: «Ahora que concluí el laborioso trabajo de la legislación, voy á ocuparme de gobernar.»

¿No mostró esta separación de ideas, cuan poco práctico era Maximiliano en achaques de gobierno? Nueva prueba dió con los decretos para salvar á los peones ó trabajadores de los campos, de la postración en que vivían. Tuvo Maximiliano el valor de llevar adelante sus ideas generosas y para vencer las resistencias de

sus ministros, apeló á la energía persuasiva de la Emperatriz, quien logró que los consejeros aceptaran el pensamiento en los términos que se les proponía, aunque los grandes propietarios, todos los que de ellos dependían y aun la clase media de la sociedad, se oponían á las reformas. La princesa Carlota manifestó esa vez sus ideas acerca de que, las revoluciones en México provenían de minorías turbulentas que se apoyaban en masas inertes, y consideraba necesario devolver á la humanidad millones de hombres, precisamente cuando se llamaba de muy lejos la colonización; juzgaba necesario curar una llaga social á la cual la Independencia no había procurado sino un remedio ineficaz, porque aunque ciudadanos de hecho, los indígenas permanecían en desastrosa abyección. Bazaine aprobó estos proyectos, creyó que no se debería hacer caso del descontento de los grandes propietarios y manifestó temor de que tan generosas intenciones no darían rápidos resultados. En efecto, fué en vano que se decretara que el peon no era responsable de las deudas de sus antecesores; en vano fué señalada en diez pesos la cantidad por la cual podía ser perseguido por deudas contraídas en el interior de la hacienda; de nada sirvió que se arreglaran las horas de trabajo, que se abolieran las penas corporales, porque todos esos beneficios quedaban reducidos á nada por la voluntad de los hacendados.

En el mes de Octubre las tropas francesas recorrían el territorio mexicano desde Veracruz á San Blas y desde Acapulco á Chihuahua, aunque no siempre victoriosas pues sufrieron algunos reveses en los combates que sostenían; muy lejos de alcanzar la pacificación enardecían á sus enemigos, usaban de rigor indiscreto, y se creían conquistadores; los jefes manifestaban irritabilidad desatentada dejando triste memoria en los lugares que recorrieron; aun personas adictas al Imperio eran hostilizadas y multadas, entre ellas vecinos pacíficos por hechos que no cometían; hubo personas castigadas con la pena de muerte y que resultaron inocentes después del castigo; se conculcaban las leyes del país y se atropellaban las garantías individuales en personas y propiedades, contando pocas excepciones entre los jefes y oficiales del ejército expedicionario; aun el comandante en jefe cometió desafueros y abusos de su poder militar.

Grande es la predisposición que originan las injusticias y tropelías de individuos armados y mucho más si son extranjeros; por esto muchos mexicanos que se habían sometido al Imperio se levantaron contra la Intervención; y aunque Maximiliano quiso remediar tantos males quejándose con Bazaine, las quejas no eran escuchadas, y no queriendo provocar conflictos mayores se abstuvo de pretender la reparación de los atentados y desmanes.

La tirante situación que guardaba el Imperio mexicano era insostenible; el 18 de Octubre fué modificado el Ministerio, aceptando únicamente á los Sres. Ramírez y Siliceo la renuncia, al uno de la cartera de Negocios Extranjeros y de Instrucción Pública y Cultos al otro; quedaba de Ministro de Estado el Sr. Ramírez y de Negocios Extranjeros el Sr. Martín Castillo, de Instrucción Pública y Cultos el Sr. Artigas, y Ministro sin cartera el Sr. Velázquez de León. Continua-



Don Pedro Haro

Consul del Imperio de Maximiliano, en Jerusalém.

Acompañando al general Leonardo Márquez, Embajador del Imperio, visitaron el Oriente de la Europa. A mediados de Noviembre de 1865 estaban en Constantinopla, y á principios del siguiente mes entregaban en Jerusalém los ricos presentes que Maximiliano envió para el Santo Sepulcro.

Las armas del Imperio Mexicano fueron colocadas por el Sr. Haro á la entrada del Consulado, y en un trono dispuesto al efecto en la sala y bajo dosel, aparecian los retratos del Emperador Maximiliano y la Emperatriz Carlota.

El Sr. Haro entregó al Patriarca de Jerusalém la Gran Cruz de Guadalupe, una custodia, el caliz y la patena con que le obsequiaban los Emperadores de México.

sus ministros, apeló á la energía persuasiva de la Emperatriz, quien logró que los consejeros aceptaran el pensamiento en los términos que se les proponía, aunque los grandes propietarios, todos los que de ellos dependían y aun la clase media de la sociedad, se oponían á las reformas. La princesa Carlota manifestó esa vez sus ideas acerca de que, las revoluciones en México provenían de minorías turbulentas que se apoyaban en masas inertes, y consideraba necesario devolver á la humanidad millones de hombres, precisamente cuando se llamaba de muy lejos la colonización; juzgaba necesario curar una llaga social á la cual la Independencia no había procurado sino un remedio ineficaz, porque aunque ciudadanos de hecho, los indígenas permanecían en desastrosa abyección. Bazaine aprobó estos proyectos, creyó que no se debería hacer caso del descontento de los grandes propietarios y manifestó temor de que tan generosas intenciones no darían rápidos resultados. En efecto, fué en vano que se decretara que el peon no era responsable de las deudas de sus antecesores; en vano fué señalada en diez pesos la cantidad por la cual podía ser perseguido por deudas contraídas en el interior de la hacienda; de nada sirvió que se arreglaran las horas de trabajo, que se abolieran las penas corporales, porque todos esos beneficios quedaban reducidos á nada por la voluntad de los hacendados.

En el mes de Octubre las tropas francesas recorrían el territorio mexicano desde Veracruz á San Blas y desde Acapulco á Chihuahua, aunque no siempre victoriosas pues sufrieron algunos reveses en los combates que sostenían; muy lejos de alcanzar la pacificación enardecían á sus enemigos, usaban de rigor indiscreto, y se creían conquistadores; los jefes manifestaban irritabilidad desatentada dejando triste memoria en los lugares que recorrieron; aun personas adictas al Imperio eran hostilizadas y multadas, entre ellas vecinos pacíficos por hechos que no cometían; hubo personas castigadas con la pena de muerte y que resultaron inocentes después del castigo; se conculcaban las leyes del país y se atropellaban las garantías individuales en personas y propiedades, contando pocas excepciones entre los jefes y oficiales del ejército expedicionario; aun el comandante en jefe cometió desafueros y abusos de su poder militar.

Grande es la predisposición que originan las injusticias y tropelías de individuos armados y mucho más si son extranjeros; por esto muchos mexicanos que se habían sometido al Imperio se levantaron contra la Intervención; y aunque Maximiliano quiso remediar tantos males quejándose con Bazaine, las quejas no eran escuchadas, y no queriendo provocar conflictos mayores se abstuvo de pretender la reparación de los atentados y desmanes.

La tirante situación que guardaba el Imperio mexicano era insostenible; el 18 de Octubre fué modificado el Ministerio, aceptando únicamente á los Sres. Ramírez y Siliceo la renuncia, al uno de la cartera de Negocios Extranjeros y de Instrucción Pública y Cultos al otro; quedaba de Ministro de Estado el Sr. Ramírez y de Negocios Extranjeros el Sr. Martín Castillo, de Instrucción Pública y Cultos el Sr. Artigas, y Ministro sin cartera el Sr. Velázquez de León. Continua-



Don Pedro Haro

Consul del Imperio de Maximiliano, en Jerusalém.

Acompañando al general Leonardo Márquez, Embajador del Imperio, visitaron el Oriente de la Europa. A mediados de Noviembre de 1865 estaban en Constantinopla, y á principios del siguiente mes entregaban en Jerusalém los ricos presentes que Maximiliano envió para el Santo Sepulcro.

Las armas del Imperio Mexicano fueron colocadas por el Sr. Haro á la entrada del Consulado, y en un trono dispuesto al efecto en la sala y bajo dosel, aparecían los retratos del Emperador Maximiliano y la Emperatriz Carlota.

El Sr. Haro entregó al Patriarca de Jerusalém la Gran Cruz de Guadalupe, una custodia, el caliz y la patena con que le obsequiaban los Emperadores de México.

ron en las Secretarías de Justicia, Gobernación y Fomento los Sres. Escudero, Esteva y Robles, y en la subsecretaría de Hacienda el Sr. César, cuyos proyectos hacendarios eran motivo de viva discusión en los Consejos de Ministros y de Estado celebrados bajo la presidencia del Emperador.

El cambio de ministros era una sustitución de personas, más bien que una evolución política y por consiguiente, ninguna modificación formal se efectuó en la dirección de los negocios públicos. Con el ministro Siliceo hubo de particular, que no empleó Maximiliano las expresiones de agradecimiento y satisfacción dirigidas al Sr. Ramírez, circunstancia que dió á entender que no había sabido desarrollar á gusto del Emperador el programa cuya realización se confiaba al Sr. Artigas; pero ni este ministro ni el Sr. Castillo tenían antecedentes que imprimieran trascendencia política á su advenimiento á los negocios. Castillo había sido tan solo administrador íntegro y laborioso; Artigas desempeñaba el cargo de rector de San Ildefonso y hasta entonces no había tomado parte en la vida pública. Ramírez quedaba siendo el alma del gabinete y conservó la posición prominente, realzada con las pruebas de estima y aprecio de que fué objeto por parte de Maximiliano.

En Palacio continuaban las tertulias. Al concierto verificado el 18 de Octubre concurrieron el Mariscal Bazaine y su señora, los ministros y consejeros de Estado, y los miembros del cuerpo diplomático extranjero. La orquesta y los artistas de la Opera ocupaban el escenario del teatro construido en la extremidad de un vasto salón. Presentábanse los Emperadores precedidos y seguidos del personal de la Corte y al ocupar sus asientos se daba inmediatamente principio al concierto. Terminada la primera parte, servíanse helados á la concurrencia, y el Emperador y la Emperatriz recorrían la sala dirigiendo frases de cortesía á las personas más caracterizadas. Las fiestas de la Corte concluían poco después de las once de la noche.

La marcha que seguían los sucesos no era á propósito para calmar la intranquilidad de los espíritus. Los enemigos del Imperio se organizaban, apoyándose en una vasta asociación que llevaba el nombre de «Defensores de la doctrina Monroe.» Casi solo en su Imperio, Maximiliano era tal vez la única persona que no participaba de las preocupaciones que causaba aun á los menos previsores, el estado precario de la política, cuyos enojos y peripicias olvidaba tan luego que emprendía un viaje, como el que en esa época realizó yendo á Tulancingo.

Papel sin valor fueron los nuevos decretos que ordenaron la creación de colonias militares y civiles en la vía de México á Veracruz, apoyándolas en fortines, con objeto de abrir las puertas de México á los emigrados de todas las naciones, y frases entregadas al viento la alocución que pronunció el 16 de Septiembre impregnada de buena fe y también de candidez, pues dejando entender que no comprendía la situación, quería que fuesen extirpados de todo corazón mexicano los rencores y los odios de partido y que no se pensara más que en la

dicha y el porvenir del Imperio, asegurando que, unidos en estos sentimientos y siguiendo el camino trazado por el deber, llegaría el país á ser fuerte y á conseguir que triunfaran los saludables principios.

El establecimiento de colonias militares en el camino de Veracruz á México encontró desde luego seria oposición, principalmente entre los hacendados dueños de los terrenos, pues el decreto respectivo designaba para cada colonia una legua cuadrada de terreno.

Maximiliano insistió en la formación de una brigada del ejército nacional, que sirviese de modelo, compuesta de infantería, caballería, artillería é ingenieros y organizada bajo el sistema que él mismo tenía designado con anterioridad, é indicó sus deseos de que estuviese equipada é instruida para revistarla el mes de Enero de 1866. A la vez un decreto de Bazaine prohibía la venta de armas, dejándola á un número reducido de personas y con grandes restricciones.

En Austria volvían á abrirse los enganches para México, no con objeto de aumentar la legión austriaca, sino para el ejército que Maximiliano se proponía formar. Por avisos públicos se solicitaban 150 oficiales, requiriéndose el conocimiento del idioma español. Los alistados se reunirían en Laybach.

Los enganches para la legión extranjera que sustituiría en México al ejército francés, se abrieron también en Lila y no se recibía á nadie sino en calidad de soldado raso. Algunos sargentos belgas se presentaron y ello dió motivo á diversas apreciaciones de la prensa de Bruselas, haciendo algunos periódicos elogios por los servicios que prestaba el regimiento extranjero á las órdenes del general Jeanningrós. En cuanto al enganche austriaco, la *Gaceta Militar* de Viena publicó un informe, en el que dijo: «Acaba de celebrarse una convención entre Austria y México respecto de alistamientos. A fin de conservar el efectivo del cuerpo de voluntarios para México, y procurar su aumento, el Emperador de Austria permitirá un enganche anual durante los años de 1865 á 1870, del 1º de Julio al 30 de Septiembre, no pudiendo pasar de dos mil el número de los alistados y por un período de seis años. (1)

En las guarniciones de Bélgica se efectuaban frecuentes deserciones para alistarse en batallones que vendrían á México, sirviendo de aliciente la oferta de que los sargentos recibirían despachos de subtenientes.

El 1º de Noviembre dispuso un decreto que se organizara en la capital del Imperio y en los Departamentos, la «Guardia Municipal.» Otra fuerza se había de levantar en los Departamentos con el nombre de «Seguridad Pública,» encargada de la policía de los campos. En la misma fecha se expedía la ley para cubrir el cupo y reemplazo del ejército, por medio del sorteo, cuya disposición causó notable alarma.

(1) El gobierno mexicano aseguraba á los sargentos y soldados de todas armas, una gratificación de 50 florines; diez pagaderos al entrar al servicio y quince á su llegada á México, y el resto con los intereses al terminar el tiempo de su enganche. Se aseguraban terrenos á los que aquí quisieran quedarse después y pensiones á los inválidos.

Desde principios del mes de Octubre, el periódico francés *L'Estafette* insistía en que las autoridades imperiales se mostraban sumamente débiles ante la audacia excesiva de los republicanos, y que la mayor parte de personas encargadas de representar el Imperio y secundar su acción, habían protestado contra la Intervención, de viva voz ó por escrito, pero de un modo solemne. Quejábase aquel periódico de que muchas de esas autoridades aun pertenecían al partido disidente, en virtud de antiguas relaciones de bandería política y confraternidad militar.

«Engríese el gobierno cuando se le dice que es popular y adorado, y que todos los corazones estén pacificados por el amor que inspira. La época presente es de lucha armada y guerra sorda; ahora bien, la debilidad no es una arma eficaz para vencer á los enemigos y hace fracasar completamente. El Imperio y la Intervención seguirán combatidos por mucho tiempo abiertamente y bajo cuerda, á campo raso y en secreto, y no triunfarán sino á condición de estar unidos, de allegar á sus partidarios sinceros en torno de una misma bandera, y de no cejar nunca ante la obra emprendida. En seguida vendrán el amor, la popularidad y las ovaciones. Entretanto, puesto que hay guerra, aceptémosla con todos sus sacrificios y necesidades. La primera virtud política es no temer crearse enemigos, la segunda no temer á éstos, y la tercera saber someterlos ó destruirlos.»

En aquellos momentos se creía en las esferas de la Intervención, que para hacerse respetar y restablecer el orden y la seguridad, había que desplegar inaudito rigor.

Los periódicos imperialistas manifestaban temores por el vuelo que tomaba el espíritu revolucionario, encubierto con el manto del partidario político; mostraban alarma porque en Jalisco, Michoacán, Oaxaca y otras zonas adquirían notable incremento las guerrillas, que recibían noticias oportunas hasta de los mismos gobernantes.

Al comenzar el mes de Octubre fueron publicados en la capital del Imperio, una proclama y un decreto, que por sus trascendentales resultados ocuparon el puesto prominente en la secuela luctuosa de los acontecimientos adversos al Imperio. Decía la proclama, que la causa defendida por D. Benito Juárez *«con tanto valor y constancia»* había perdido su carácter político, por haber abandonado el que fué Presidente de la República el territorio nacional, degenerando aquella causa en bandería y vandalismo que debían ser reprimidos con la mayor severidad. Maximiliano se apoyaba para esta declaración, en una nota del general Brincourt en que daba por indudable aquel abandono.

Desde que en México se supo la ocupación de Chihuahua por el general francés, se apresuró la prensa imperialista á considerar inevitable la marcha de Juárez para el extranjero y poco después se dió ésta por un hecho. Bazaine comunicó la noticia por telégrafo á Veracruz para que fuese trasmitida lo más pronto posible á París, pues consideraba como decisivo tal suceso, y quiso que

la llevara un buque que se alistó exclusivamente para ello; en el parte respectivo se refería que habían caído en poder de los franceses algunas piezas de artillería, y que la salida de los republicanos había sido una verdadera fuga, de la cual provino la emigración del Presidente Juárez. De todo lo ocurrido infería, aunque sin aceptable fundamento, que la causa republicana había sucumbido. El decreto que siguió á la proclama fué una deducción de ella, y también de la política que había seguido la Intervención.

A la orden que en 20 de Junio de 1863 diera Forey para la creación de las cortes marciales francesas, siguió una circular expedida por Maximiliano al regreso de su viaje al Interior, contra los guerrilleros que combatían al Imperio, y por fin, llegó el decreto de 3 de Octubre, al pie del cual aparecían las firmas de los ministros. Todos los individuos que pertenecieran á alguna fuerza armada, cualquiera que fuese su número, organización, carácter y denominación, quedaban sujetos á las cortes marciales; éstas decretarían la pena de muerte que habría de ejecutarse en el término de veinticuatro horas, sin apelación ni recurso de ninguna clase. Los auxiliares de los republicanos quedaban sujetos á las penas de prisión, confinamiento ó multas, ya fuese que dieran noticias ó avisos, proporcionasen artículos de guerra ó mantuvieran relaciones con aquellos, los ocultaran ó propagaran noticias falsas ó alarmantes. Todos los propietarios ó administradores de haciendas, quedaban obligados á dar aviso á las autoridades imperialistas, de los movimientos de los republicanos bajo la pena de fuertes multas, disposición que se hacía extensiva á las autoridades y vecinos de los pueblos, y á los varones de 18 á 55 años que no tomaran las armas para defender el Imperio. Otras disposiciones en igual sentido comprendía el decreto que tanta sensación causó, pues ponía á la sociedad entera en estado de sitio, considerando culpables á todos los que no eran adictos al gobierno imperial.

Hizo notar la *Estafette*, que todos los ministros firmaron el decreto y esperaba que las autoridades subalternas se esmerarían en hacerlo cumplir con tanto celo cuanta resolución había tenido el gobierno para expedirlo. Creía en la inauguración de una nueva política, y se congratulaba de que el Ministerio que llevaba mal camino, había vuelto sobre sus pasos firmando el decreto en cuestión. *La Era* también aplaudió el lenguaje usado por Maximiliano y se vanaglorió de habérselo indicado hacía algún tiempo; en su sentir fué muy conveniente haber dejado de reconocer los derechos de beligerantes, á un partido político que había dejado de existir; pero aunque considerada buena la ley en principio, creía que en los detalles de su aplicación iba á tener mucha gravedad, porque prodigaba la pena de muerte y las disposiciones represivas. Habiendo dejado Maximiliano las vagas generalidades que manifestó en su carta sobre el mismo asunto, dirigida en Noviembre de 1864 al ministro de Estado, esperaba la *Era* que la nueva legislación especial y positiva no quedaría en letra muerta, sino que sería aplicada con firmeza é inflexibilidad para que influyera en la pacificación del país.

Supuesta la fuga de D. Benito Juárez para los Estados Unidos, eran califica-

dos los republicanos que quedaban, de soldadesca desenfrenada, individuos guiados por pasiones que nada tenían de patrióticas y que no era más que el último y triste vestigio de las guerras civiles. Conforme al decreto fechado el 3 de Octubre prodigando la pena de muerte, cuando se trataba de prisioneros hechos en acción de guerra, quedaba reemplazada la corte marcial por el jefe de la tropa. El último artículo acordaba amnistía amplia y entera á todos los que se sometieran antes del 15 de Noviembre, plazo que se extendió después hasta el 1º de Diciembre.

Estas medidas de rigor se apartaban enteramente de la actitud que había guardado hasta entonces el gobierno imperial y se atribuyeron á la presión que ejercía el mariscal Bazaine. La verdad fué, que ambos tuvieron su parte de responsabilidad. Primero proyectó Maximiliano un decreto análogo; después le sugirió Bazaine el pensamiento de una represión más enérgica, según consta en la relación dirigida por este jefe al ministro de guerra, diciéndole: «El Emperador, cuyo carácter parecía esencialmente paciente, ha querido esperar que Juárez saliese del territorio mexicano antes de promulgar esta ley. Por fin, Su Majestad se ha dicidido por mis consejos, á dar una prueba de firmeza que ha producido buen efecto entre los conservadores.»

El día 2 de Octubre había sido llamado Bazaine á Palacio y después de oír la lectura que del decreto hizo Maximiliano, quien le pidió la seguridad de que sería estrictamente ejecutado, le hizo observar el comandante en jefe, la conveniencia de establecer la responsabilidad de los propietarios sobre sus fincas, pues el dar asilo á las fuerzas disidentes, era cooperar á las estorsiones y á alimentar tan desastrosa guerra. Aprobada la proposición constituyó el art. 10 del decreto.

Al recibir Maximiliano la noticia de que el Presidente Juárez había atravezado el Río Bravo y residía ya en territorio norteamericano supuso que estaba concluída la resistencia enérgica de los republicanos y que no quedaban más que partidas de bandoleros y malhechores. Aquella falsa noticia causó en el palacio imperial la más viva satisfacción; la desaparición del jefe republicano se creyó el término de las hostilidades del partido republicano casi vencido y ahora sin dirección. Maximiliano, que cada vez más se consideraba el elegido de un pueblo cansado de desórdenes y convulsiones, creyó de buena fe que sus contrarios estaban aniquilados, pues además de aquel golpe, todas las ciudades y los puntos de importancia estaban ocupados por fuerzas imperialistas. En tales circunstancias, juzgó á propósito dar el golpe decisivo á la resistencia que seguían sosteniendo las guerrillas, y expidió el famoso decreto de 3 de Octubre, que causó tantas lágrimas y derramó tanta sangre. Presentó á la vez, á su Consejo, el proyecto de ofrecer á Juárez la presidencia de la Suprema Corte, y de atraer á su derredor á todos los hombres notables del país sin distinción de partidos.

Ese camino elegido para la conciliación, fué precisamente el opuesto al que se resolvió seguir. En la parte expositiva del funesto decreto, se declaró que la causa republicana había perdido su último apoyo, se rendía homenaje al carácter tenaz del Presidente Juárez y manifestaba Maximiliano su creencia de que

únicamente hostilizaría á los que se cubrían con la ya vencida bandera republicana para ejecutar depredaciones.

La minuta del decreto estaba escrita con letra de Maximiliano, no obstante que tenía un secretario á su lado; los ministros que favorecieron la concepción del proyecto pusieron allí sus firmas. Antes de darle carácter oficial, creyó conveniente Maximiliano consultar el asunto con Bazaine, quien no estuvo conforme con los conceptos lisonjeros dirigidos á Juárez, calificado de enemigo de la Francia, y manifestó además, que ese decreto era un documento superfluo, supuesto que funcionaban las cortes marciales con la garantía de los oficiales franceses; era impolítico que los mexicanos juzgaran á mexicanos y que toda la odiosidad recayese sobre el Soberano cuyo más hermoso atributo era el derecho de conceder perdón. Maximiliano insistió en sus resoluciones que aprobaron los siete ministros. Entonces el mariscal Bazaine, que era el encargado de la ejecución del decreto como jefe de todas las fuerzas, pidió y obtuvo la modificación de que se añadiera un artículo adicional, condenando con la multa á los hacendados convictos de haber acogido á los rebeldes ú ocultado las armas y caballos.

El decreto del 3 de Octubre avivó los rencores de partido y fué un nuevo y poderoso combustible para la guerra civil; la monarquía empujada por ilusiones y esperanzas infundadas, se causó con aquel decreto gravísimos males; el Presidente Juárez que sostenía su derecho, rechazó constantemente todo esfuerzo que tendiera á la conciliación con los imperialistas; además, el haber puesto á tan grande número de republicanos fuera de la ley, hizo explosión en los Estados Unidos y aumentó los ataques contra el Imperio que promulgaba leyes tan rigurosas como inoportunas. No se dudó ya que la hora de establecer aquí seriamente un Imperio había pasado.

Al reproducir *L'Estafette* la ley de 3 de Octubre, la aprobó sin reservas y expresó sus esperanzas de que las autoridades secundarias emplearían todo el celo que estuviese en su posibilidad para cumplirla. La *Ere Nouvelle* se expresó de esta manera: «Al declarar que ha pasado el tiempo de la indulgencia para las bandas que continúan una guerra en provecho propio, con pretextos que no existen, la proclama de 2 de Octubre quiso establecer una distinción entre el pillaje y la bandera política bajo la cual pretende abrigarse. Este es un sentimiento justo. ¿Pero necesitaba para ello rendir un homenaje al Sr. Juárez y *á la causa que ha defendido con tanto valor y constancia?*

Los periódicos franceses hicieron tema de sus alabanzas el decreto de 3 de Octubre, siendo de notar que lo contrario pasó con la prensa mexicana. El *Journal de Orizaba* se expresó de una manera feroz, pidiendo sangre y más sangre mexicana, como único remedio á los males públicos. Esto mismo pensaban los generales franceses, entre ellos Bazaine y Douay, aunque el primero se dirigió al general Riva Palacio y el segundo al gobernador de Coahuila, Viezca, proponiendo el canje de prisioneros, que no se efectuó desde luego por haber querido el Presidente Juárez que fuesen incluidos en los convenios hasta los guerrilleros.

El ministro mexicano en Washington llamó la atención del gobierno norteamericano, acerca del manifiesto expedido por Maxiliano el 2 de Octubre y el decreto de 3 del mismo mes. (1)

Ya en el año anterior, en otro manifiesto expedido el 3 de Noviembre, había resuelto el Consejo llamar delincuentes á los que combatían el Imperio, llevando tal resolución á cabo los franceses por medio de las cortes marciales que en-

(1) Mexicanos: La causa que con tanto valor y constancia sostuvo D. Benito Juárez, había ya sucumbido, no sólo á la voluntad nacional sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy hasta la bandería en que degeneró dicha causa ha quedado abandonada por la salida de su jefe del territorio patrio.

El gobierno nacional fué por largo tiempo indulgente y ha prodigado su clemencia para dejar á los extraviados, á los que no conocían los hechos, la posibilidad de unirse á la mayoría de la nación, y colocarse nuevamente en el camino del deber. Logró su intento: los hombres honrados se han agrupado bajo su bandera y aceptado los principios justos y liberales que norman su política. Sólo mantienen el desorden algunos jefes descarriados por pasiones que no son patrióticas y con ellos la gente desmoralizada que no está á la altura de los principios políticos, y la soldadesca sin freno que queda siempre como último y triste vestigio de las guerras civiles.

De hoy en adelante la lucha sólo será entre los hombres honrados de la nación y las gavillas de criminales y bandoleros. Cese ya la indulgencia que sólo aprovecharía al despotismo de las bandas, á los que incendian los pueblos, á los que roban y á los que asesinan ciudadanos pacíficos, míseros ancianos y mujeres indefensas.

El gobierno, fuerte en su poder, será desde hoy inflexible para el castigo, puesto que así lo demandan los fueros de la civilización, los derechos de la humanidad y las exigencias de la moral.

México, Octubre 2 de 1865.—*Maximiliano.*

Maximiliano Emperador de México:—Oído nuestro Consejo de Ministros y nuestro Consejo de Estado, decretamos:

Art. 1º Todos los que pertenecieren á bandas ó reuniones armadas, que no están legalmente autorizados, proclamen ó no algún pretexto político, cualquiera que sea el número de los que formen la banda, su organización y el carácter y denominación que ellos se dieren, serán juzgados militarmente por las cortes marciales, y si se declarase que son culpables, aunque sea sólo del hecho de pertenecer á la banda, serán condenados á la pena capital, que se ejecutará dentro de las veinticuatro horas después de pronunciada la sentencia.

Art 2º Los que perteneciendo á las bandas de que habla el artículo anterior, fueren aprehendidos en función de armas, serán juzgados por el jefe de la fuerza que hiciere la aprehensión, el que en un término que nunca podrá pasar de las veinticuatro horas inmediatas siguientes á la referida aprehensión, hará una averiguación verbal sobre el delito, oyendo al reo sus defensas. De esta averiguación levantará una acta que terminará con su sentencia, que deberá ser á pena capital si el reo resultare culpable aunque sea del hecho de pertenecer á la banda. El jefe hará ejecutar su sentencia dentro de las veinticuatro horas referidas, procurando que el reo reciba los auxilios espirituales. Ejecutada la sentencia el jefe remitirá el acta de la averiguación al Ministerio respectivo.

Art. 3º De la pena decretada en los artículos anteriores sólo se eximirán, los que sin tener más delito que andar en la banda, acrediten que estaban unidos á ella por la fuerza, ó que sin pertenecer á la banda se encontraban accidentalmente en ella.

Art. 4º Si de la averiguación de que habla el artículo 2º resultaren datos que hagan presumir al jefe que la instruye, que el reo andaba por la fuerza unido á la banda sin haber cometido otro delito, ó que sin pertenecer á dicha banda se encontraba accidentalmente en ella, se abstendrá el jefe de sentenciar, y consignará al presunto reo con la acta respectiva á la corte marcial que corresponda, para que ésta proceda al juicio conforme al artículo 1º

Art. 5º Serán juzgados y sentenciados con arreglo al artículo 1º de esta ley:

I. Todos los que voluntariamente auxiliaren á los guerrilleros con dinero ó cualquier otro género de recursos.

II. Los que les dieren avisos, noticias ó consejos.

viaron al patíbulo á los guerrilleros que aprehendían y aun á jefes militares del ejército republicano; pero en el decreto de 3 de Octubre regularizaba Maximiliano el sistema ya establecido, extendiendo la jurisdicción de los tribunales militares contra todo individuo armado que se encontrara en el país sin autorización del gobierno imperial, cualquiera que fuese el carácter y número de la fuerza á que perteneciera, disposición draconiana que condenaba á muerte sin distinción

III. Los que voluntariamente y con conocimiento de que son guerrilleros, les faciliten ó vendan armas, caballos, pertrechos, víveres ó cualesquiera útiles de guerra.

Art. 6º Serán también juzgados con arreglo á dicho artículo 1º:

I. Los que mantuviesen con los gerrilleros relaciones que puedan importar connivencia en ellos.

II. Los que voluntariamente y á sabiendas los ocultasen en sus casas ó fincas.

III. Los que virtieren de palabra ó por escrito especies falsas ó alarmantes, con las que se pueda alterar el orden público ó hicieren contra éste cualquier género de demostración.

IV. Todos los propietarios ó administradores de fincas rústicas que no dieren oportuno aviso á la autoridad más inmediata, del tránsito de alguna banda por la misma finca.

Los comprendidos en las fracciones 1ª y 2ª de este artículo, serán castigados con la pena de seis meses á dos años de prisión ó de uno á tres años de presidio según la gravedad del caso.

Los que hallándose comprendidos en la fracción 2ª fuesen ascendientes, descendientes, cónyuges ó hermanos del ocultado, no sufrirán la pena anteriormente señalada; pero quedarán sujetos á la vigilacia de la autoridad por el tiempo que señale la corte marcial.

Los comprendidos en la fracción 3ª de este artículo, serán castigados con una multa de $25 á $1000 ó con prisión de un mes á un año, según la gravedad del delito.

Los comprendidos en la fracción 4ª de este artículo serán castigados con multa de 200 á $20 0.

Art. 7º Las autoridades locales de los pueblos que no dieren aviso á su inmediato superior de que ha pasado por dicho pueblo alguna gente armada, serán castigados guberrativamente por dicho superior con multa de 200 á $2000 ó con reclusión de tres meses á dos años.

Art. 8º Cualquier vecino de un pueblo, que teniendo noticia de la aproximación ó transito de gente armada por el pueblo, no diese aviso á la autoridad sufrirá una multa de 5 á $500.

Art. 9º Todos los vecinos de un pueblo amenazado por alguna gavilla, que fuesen de edad de diez y ocho á cincuenta y cinco años y no tuvieren impedimento físico, están obligados á presentarse á la defensa luego que fuesen llamados, y de no hacerlo, serán castigados con una multa de 5 á $200 ó con prisión de quince días á cuatro meses. Si la autoridad creyese más conveniente castigar al pueblo por no haberse defendido, podrá imponerle una multa de 200 á $2000 y la multa será pagada entre todos los que estando en el caso de este artículo no se presentaren á la defensa.

Art. 10. Todos los propietarios ó Administradores de fincas rústicas, que pudiendo defenderse no impidieren la entrada á ellas, á guerrilleros ú otros malhechores, ó que en caso de haber entrado no lo avisaren inmediatamente á la autoridad militar más próxima, ó que reciban en la finca los caballos cansados ó heridos de las guerrillas sin dar parte en el acto á dicha autoridad, serán castigados por ésto con una multa de 100 á $2000 según la importancia del caso, y si éste fuere de mayor gravedad serán reducidos á prisión y consignados á la corte marcial para que los juzgue con arreglo á esta ley. La multa será enterada por el causante á la Administración principal de rentas á que pertenezca la finca. Lo dispuesto en la 1ª parte de este artículo es aplicable á las poblaciones.

Art. 11. Cualquiera autoridad sea del orden político, del militar ó municipal, que se desentienda de proceder conforme á las disposiciones de esta ley, contra los que fueren indicados de los delitos de que ella trata, ó contra los que se supiese que ha nincurrido en ellos, será castigada gubernativamente con una multa de 50 á $1000 y si apareciere que la falta es de tal naturaleza que importe complicidad con los delincuentes, será sometida dicha autoridad por orden del gobierno á la corte marcial para que la juzgue y le imponga la pena que corresponda á la gravedad del delito.

Art. 12. Los plagiarios serán juzgados y sentenciados con arreglo al artículo 1º de esta ley sean cuales fueren la manera y circunstancias del plagio.

Art. 13. La sentencia de muerte que se pronuncie por delitos comprendidos en esta ley,

á todo hombre armado que no fuera soldado francés ó imperialista, y á los que de cualquier modo auxiliaran á los defensores de la República; el ministro Romero hizo notar que aquel decreto imponía además otras penas muy severas, por el simple hecho de ocultar á un republicano ó de propalar una noticia considerada alarmante, cuyo rigor formaba contraste con la benevolencia en que abundó el primer manifiesto expedido por Maxilimiliano al desembarcar en Veracruz, fechado el 23 de Mayo de 1864, y también contrastaba con la conducta que estaban observando la mayor parte de las tropas republicanas con los prisioneros franceses que tomaban.

Hacía notar el Sr. Romero, que era muy severo mandar fusilar sin formación de causa ni diligencia alguna, á los que combatieran un sistema que consideraban opuesto á la independencia nacional y hasta á los que estaban en relaciones con ellos.

Este decreto del 3 de Octubre que tanto mal causó á Maximiliano, fué tan impolítico como inútil, puesto que ya se aplicaba el código militar francés, en todas las vicisitudes de la lucha. Tal decreto vino á ser únicamente instrumento de venganza en las manos de jueces que deseaban acabar con los liberales.

Una sola excepción fué puesta al sanguinario decreto respecto al general Riva Palacio, por motivos especiales que callaba la orden relativa dada por el gabinete militar del Emperador, mandando que en caso de que este general cayera prisionero, no fuese pasado por las armas, sino conducido á México.

Se quisieron paliar los efectos de aquella terrible ley, con una circular del ministro Esteva dirigida á los prefectos, en la que explicó que no se llevaba otro objeto que castigar ejemplarmente á los bandidos y asesinos; manifestaba que era liberal la política del Imperio, y recomendaba á las autoridades la energía y activa severidad en el cumplimiento de lo que prevenía dicha ley. No se debía hacer calificación alguna de partido, para obrar en consonancia con la ley expedida el 3 de Octubre. «*A las bandas armadas que estorsionan á los pueblos,—dijo el Ministro,—que plagian á los hombres, que incendian ó asesinan y roban sin tener*

será ejecutada dentro de los términos que ella dispone, quedando prohibido dar curso á las solicitudes de indulto; si la sentencia no fuere de muerte y el sentenciado fuese extranjero, cumplida que sea su condena podrá el gobierno usar respecto de él la facultad que tiene para expulsar del territorio de la nación á los extranjeros perniciosos.

Art. 14. Se concede amnistía á todos los que hayan pertenecido ó pertenezcan á bandas armadas, si se presentaren á la autoridad antes del 15 de Noviembre próximo, siempre que no hayan cometido algún otro delito á contar desde la fecha de la presente ley. La autoridad recogerá las armas á los que se presenten á acogerse á la amnistía.

Art. 15. El gobierno se reserva la facultad de declarar cuando deben cesar las disposiciones de esta ley.

Cada uno de nuestros ministros queda encargado de la ejecución de esta ley en la parte que le concierne, dictando las órdenes necesarias para su exacta observancia.

Dado en el Palacio de México, á 3 de Octubre de 1865.—*Maximiliano.*—El Ministro de negocios extranjeros y encargado del de Estado, *José F. Ramírez.*—El Ministro de la guerra *Juan de Dios Peza.*—El Ministro de Fomento, *Luis Robles Pezuela.*—El Ministro de Justicia, *Pedro Escudero y Echanove.*—El Ministro de Gobernación, *José M. Esteva.*—El Ministro de Instrucción Pública y cultos *Manuel Siliceo.*— El Sub-secretario de Hacienda, *Francisco de P. César.*

bandera y sólo la toman como pretexto para sus crímenes, deben la dignidad humana y el honor de la Nación arrancarla de sus manos.»

Otra circular á los Presidentes de las Cortes Marciales y jefes militares, del Ministro de la Guerra Sr. Peza, fechada el 9 de Octubre, dispuso que se aplicara con inflexible rigor la memorable ley de 3 de Octubre. (2)

Ley tan comentada tuvo gran publicidad, fueron enviados ejemplares á todos los pueblos y aun á las haciendas y pequeños ranchos, y se procuró que llegara á conocimiento de los mismos guerrilleros para que se acogieran á la amnistía concedida.

El Mariscal Bazaine dirigió también una circular reservada á los jefes militares, en la que calificaba la guerra sostenida por los juaristas *«de combate entre la barbarie y la civilización,»* y ponía fuera de la ley á las fuerzas republicanas comprendiendo á sus jefes calificados de asesinos y bandidos.

El draconiano decreto fué calificado por Bazaine de excelente, fijándose en la circunstancia de que iba á quitar al ejército francés, la odiosidad que llevaran consigo las medidas rigurosas que había empleado contra los que desconocían el Imperio mexicano. Afirmaba en la circular que dirigió á los comandantes superiores, que los conservadores esperaban ver en esa ley el fin de la indulgencia que había puesto el poder en las manos enemigas del partido que le era contrario, y que los liberales, á su vez, esperaban conducir al Emperador á mostrarse generoso á su tiempo, y creía que por esto el Gabinete en masa firmó el decreto.

Reproducíase en la citada circular el rumor de que Juárez y Arteaga habían ofrecido sumisión al Imperio, con el pretexto de que era inútil la lucha, supuesto que los principios del Imperio eran los mismos que ellos profesaban, pero que siempre ponían por primera condición la salida inmediata de las fuerzas extranjeras. Todas estas eran suposiciones sin fundamento, consideradas por Bazaine á propósito para sus proyectos.

El célebre decreto de 3 de Octubre de 1865, apareció firmado por todo el Ministerio cual si se tratara de una carta constitucional ú otra disposición que exigiese sanción solemne fuera de la común; apoyábase en el error ó malicia de que había dejado de residir en el país el gobierno de la República, y á la vez re-

(2) La circular estaba redactada en estos términos: "Ministerio de la Guerra.—1ª Dirección.—4ª División.—Circular.—México, Octubre 9 de 1865.—La conducta generosa é indulgente que el gobierno de S. M. ha observado hasta ahora con los enemigos de la sociedad y el orden, ha tocado ya á su término; y desde hoy para lo sucesivo se propone hacer pesar sobre las gavillas de criminales y bandoleros, todo el rigor inflexible de la ley expedida en 3 del presente, de la que tengo el honor de remitir á vd. ejemplares.

"Las Cortes Marciales encargadas especialmente del exacto cumplimiento de esta sobera na disposición, deben desplegar la energía y la actividad que las circunstancias demandan imperiosamente, haciéndose responsables por su morosidad ó conmiseración, de las fatales consecuencias á que pudieran dar lugar con una lenidad y clemencia que repugnan la civilización, la humanidad y la moral, bárbaramente ultrajadas con los escandalosos atentados y los horribles crímenes de los que sostienen una guerra vandálica y sanguinaria.

"Lo que digo á vd. para su inteligencia.—El Ministro de la Guerra, *Peza.*—Señor Presidente de la Corte Marcial de...."



General Tomás O'Horán.

Después de haber combatido la Intervención y seguido al ejército republicano desde Querétaro, San Luis Potosí, Morelia y Colima hasta Zapotlán, se adhirió al Imperio y fué nombrado subprefecto de Tlálpam, puesto peligrosísimo en el que habían sido matados el coronel Falcón y D. Juan Becerril. El General O'Horán, en su calidad de subprefecto y comandante militar, entregó á la Corte Marcial y fueron fusilados multitud de individuos.—En el sitio que sostuvieron los imperialistas en la ciudad de México, de Abril á Junio de 1867, O'Horán, prefecto civil y militar, procedió con su característica energía para conseguir recursos.—A la caída del Imperio, y cuando los republicanos tomaron la Capital, el jefe O'Horán logró evadirse; pero fué preso en la hacienda de San Nicolás el 21 de Julio (1867). Conducido á la Capital le juzgó un Consejo de Guerra, que estuvo muy concurrido, y le sentenció á muerte, ejecutándose esta pena en la plazuela de Mixcalco el 21 de Agosto, al mes de su aprehensión. Murió con valor y dejó una proclama, en la que expuso los motivos para rechazar el epíteto de traidor.

bandera y sólo la toman como pretexto para sus crímenes, deben la dignidad humana y el honor de la Nación arrancarla de sus manos.»

Otra circular á los Presidentes de las Cortes Marciales y jefes militares, del Ministro de la Guerra Sr. Peza, fechada el 9 de Octubre, dispuso que se aplicara con inflexible rigor la memorable ley de 3 de Octubre. (2)

Ley tan comentada tuvo gran publicidad, fueron enviados ejemplares á todos los pueblos y aun á las haciendas y pequeños ranchos, y se procuró que llegara á conocimiento de los mismos guerrilleros para que se acogieran á la amnistía concedida.

El Mariscal Bazaine dirigió también una circular reservada á los jefes militares, en la que calificaba la guerra sostenida por los juaristas *«de combate entre la barbarie y la civilización,»* y ponía fuera de la ley á las fuerzas republicanas comprendiendo á sus jefes calificados de asesinos y bandidos.

El draconiano decreto fué calificado por Bazaine de excelente, fijándose en la circunstancia de que iba á quitar al ejército francés, la odiosidad que llevaran consigo las medidas rigurosas que había empleado contra los que desconocían el Imperio mexicano. Afirmaba en la circular que dirigió á los comandantes superiores, que los conservadores esperaban ver en esa ley el fin de la indulgencia que había puesto el poder en las manos enemigas del partido que le era contrario, y que los liberales, á su vez, esperaban conducir al Emperador á mostrarse generoso á su tiempo, y creía que por esto el Gabinete en masa firmó el decreto.

Reproducíase en la citada circular el rumor de que Juárez y Arteaga habían ofrecido sumisión al Imperio, con el pretexto de que era inútil la lucha, supuesto que los principios del Imperio eran los mismos que ellos profesaban, pero que siempre ponían por primera condición la salida inmediata de las fuerzas extranjeras. Todas estas eran suposiciones sin fundamento, consideradas por Bazaine á propósito para sus proyectos.

El célebre decreto de 3 de Octubre de 1865, apareció firmado por todo el Ministerio cual si se tratara de una carta constitucional ú otra disposición que exigiese sanción solemne fuera de la común; apoyábase en el error ó malicia de que había dejado de residir en el país el gobierno de la República, y á la vez re-

(2) La circular estaba redactada en estos términos: "Ministerio de la Guerra.—1ª Dirección.—4ª División.—Circular.—México, Octubre 9 de 1865.—La conducta generosa é indulgente que el gobierno de S. M. ha observado hasta ahora con los enemigos de la sociedad y el orden, ha tocado ya á su término; y desde hoy para lo sucesivo se propone hacer pesar sobre las gavillas de criminales y bandoleros, todo el rigor inflexible de la ley expedida en 3 del presente, de la que tengo el honor de remitir á vd. ejemplares.

"Las Cortes Marciales encargadas especialmente del exacto cumplimiento de esta soberana disposición, deben desplegar la energía y la actividad que las circunstancias demandan imperiosamente, haciéndose responsables por su morosidad ó conmiseración, de las fatales consecuencias á que pudieran dar lugar con una lenidad y clemencia que repugnan la civilización, la humanidad y la moral, bárbaramente ultrajadas con los escandalosos atentados y los horribles crímenes de los que sostienen una guerra vandálica y sanguinaria.

"Lo que digo á vd. para su inteligencia.—El Ministro de la Guerra, *Peza.*—Señor Presidente de la Corte Marcial de...."



General Tomás O'Horán.

Después de haber combatido la Intervención y seguido al ejército republicano desde Querétaro, San Luis Potosí, Morelia y Colima hasta Zapotlán, se adhirió al Imperio y fué nombrado subprefecto de Tlálpam, puesto peligrosísimo en el que habían sido matados el coronel Falcón y D. Juan Becerril. El General O'Horán, en su calidad de subprefecto y comandante militar, entregó á la Corte Marcial y fueron fusilados multitud de individuos.—En el sitio que sostuvieron los imperialistas en la ciudad de México, de Abril á Junio de 1867, O'Horán, prefecto civil y militar, procedió con su característica energía para conseguir recursos.—A la caída del Imperio, y cuando los republicanos tomaron la Capital, el jefe O'Horán logró evadirse; pero fué preso en la hacienda de San Nicolás el 21 de Julio (1867). Conducido á la Capital le juzgó un Consejo de Guerra, que estuvo muy concurrido, y le sentenció á muerte, ejecutándose esta pena en la plazuela de Mixcalco el 21 de Agosto, al mes de su aprehensión. Murió con valor y dejó una proclama, en la que expuso los motivos para rechazar el epíteto de traidor.

conocía la legalidad de ese gobierno que, supuesto su término, ya no tenía por partidarios sino á bandoleros. Antes de vencerse el plazo que otorgaba y aun antes de ser promulgado en Michoacán, fueron fusilados conforme á sus prescripciones, los jefes Arteaga, Salazar y compañeros, sorprendidos y derrotados por el coronel D. Ramón Méndez, á quien entonces le fué conferido el empleo de general de brigada.

Aquella ley quitaba á los reos todo género de garantías, sin dejarles en la mayor parte de los casos sino las apariencias de un juicio, siquiera fuese breve y sumario; en su ejecución contó terribles hechos, distinguiéndose en Michoacán el mismo Méndez, quien en una sola vez fusiló setenta prisioneros, en su mayor parte peones del campo, y D. Tomás O'Horan, cuyo nombre llegó á ser sinónimo de terror; pasaba por las armas en Tlálpam al que le parecía sospechoso, sin formarle proceso, ni respetar á la autoridad judicial, y aun de la misma capital extraía sus víctimas cateando las casas, disponiendo de la gendarmería de la ciudad cual si toda le estuviera subalternada; mostróse tan cruel é inhumano, que atormentaba á las infelices víctimas acordando la ejecución de la pena capital, luego suspendiéndola, aplazándola y por fin llevándola á cabo, y se refieren de él actos aun más crueles en los que superaba á los tigres y chacales. Maximiliano sabía esto; pero rodeado de peligros, temiendo por donde quiera la falsedad y la traición, no podía dejar de apoyar á los que le daban prendas seguras de lealtad, por los compromisos en que, por su conducta se habían colocado, y por este motivo condecoró á O'Horan y le hizo prefecto político de la capital.

Ese decreto que hizo gran papel en los destinos del Imperio mexicano, se citó muchas veces en el proceso de Querétaro, mirando en él un hecho capital, una decisión de tanta gravedad, que todos los demás acontecimientos del Imperio palidecían al comparárseles con aquel. Sin duda el decreto fué una arma terrible para dirigirla contra Maximiliano, ya reo; pero se hizo gran ruido con las palabras, y aunque la ley de 3 de Octubre no hubiese existido, Maximiliano habría sido sentenciado á causa de otra multitud de hechos. Funcionaban desde antes de este decreto las cortes marciales; los jefes de las tropas ó de contraguerrillas respondían con fusilamientos á las represalias de los jefes republicanos ó de los guerrilleros; no fué el decreto aludido la señal de las ejecuciones sombrías, ni era la primera disposición sanguinaria de la Intervención y el Imperio, para matar legalmente á los que se oponían á la obra del ejército francés; no se había esperado esa ley para que la lucha tomara en el territorio mexicano, un carácter feroz y sanguinario. El decreto fué por lo menos torpe y tal vez habría producido algún resultado favorable al Imperio, si, dado por causa de la supuesta fuga de Juárez, hubiese ofrecido amplia amnistía á los que defendían una causa que se daba ya por terminada.

Con fecha 11 de Octubre (1865) expidió el mariscal Bazaine otra circular acerca de la aplicación de la ley de 3 de Octubre. Decía que los asesinatos odiosos cometidos por los disidentes, y el participio que tomaban los jefes rebeldes en

esos actos salvajes, poniéndose á la cabeza de gavillas que nada respetan, daban á la lucha que se sostenía en esos momentos entre el poder imperial y el partido juarista, el verdadero carácter bajo el cual debía ser considerada: el de guerra entre la barbarie y la civilización. Apoyaba su opinión en varios hechos. (3)

El Mariscal Bazaine no podía ser considerado buen juez en lo relativo á la ley de 3 de Octubre; él era el jefe de una fuerza extranjera y no el jefe de una Nación, en la cual gran parte sentíase afectada por el rigor que no fué posible calificar sino de un paso enteramente torpe ó impolítico. Acostumbrado el comandante en jefe á verse obedecido con sumisión perfecta, tenía la convicción de que sólo la fuerza material bastaba para vencer todos los obstáculos.

Las represalias se sucedieron y con la lucha aumentaron las atrocidades; llegó la exasperación del cuartel general á su colmo, cuando el 7 de Octubre las guerrillas atacaron el tren del camino de fierro en Loma de Piedra, se apoderaron de un subteniente de ingenieros coloniales, de un guarda de artillería y de siete individuos de tropa que fueron matados y mutilados. Entonces expidió Bazaine la otra circular fechada el 11 de Octubre, en la que decía á los comandantes superiores: «que en presencia de esos hechos salvajes, las represalias venían á ser una necesidad y un deber.» «Todos esos bandidos, decía, comprendidos los jefes, han sido puestos fuera de la ley por el decreto imperial del 3 de Octubre.» «Os invito á que hagáis saber á las tropas que están bajo vuestras órdenes, que no consiento en que se hagan prisioneros; *todo individuo, cualquiera que sea, cogido con las armas en la mano será matado.*» «No habrá canje de prisioneros en el porvenir. Es necesario que sepan nuestros soldados, que no deben devolver las armas á semejantes adversarios. *Esta es una guerra á muerte, una lucha incondicional entre la barbarie y la civilización. Por una y otra parte es necesario matar ó hacerse matar.*»

¿Con esa extrema conducta de Bazaine, no quedaba reducida la civilización á emplear los mismos procedimientos que la barbarie? Era absurdo y vergonzoso que la civilización, olvidando su misión grandiosa reemplazara al salvajismo, por medio de las represalias. ¿Qué justicia podía entrañar el querer que fuese castigada toda una población, tan sólo porque un individuo había cometido en ella un crimen? ¿y por qué si una aldea se sublevaba había de castigarse á toda una

(3) "Dijo que el 18 de Junio de 1865, atacó Arteaga á Uruapam, se apodera de la ciudad después de un combate de treinta horas, y, lejos de honrar el valor de los defensores, fusila sin piedad al comandante Lemus, al subprefecto Isidro Paz y á uno de los notables de la ciudad que habían tomado las armas por la causa del orden."

"El 7 de Julio, Antonio Pérez asesina con su propia mano al capitán Kurzroch, que transportaban herido sus húsares, después del combate de Ahuacatlán."

"El 1° de Septiembre, Ugalde sorprende en San Felipe del Obraje un destacamento de la guardia municipal de México, y manda fusilar á los oficiales."

"En fin, el 7 de Octubre corriente, guerrillas reunidas en las tierras-calientes de Veracruz, atacan el tren del camino de fierro en Loma de Piedra, se apoderan del subteniente de ingenieros coloniales Friquet, del guarda de artillería Loubet y de siete hombres de tropa. Los nueve cadáveres fueron encontrados al siguiente día horriblemente mutilados."

comarca? Tan injusto era esto, como hacer responsable á un hacendado porque en sus terrenos aparecía ó penetraba una guerrilla. Los franceses, titulándose heraldos de la civilización, usaban procedimientos que les quitaban ese bellísimo título, opuesto á la guerra de conquistas políticas que producen tan sólo la esclavitud de los pueblos.

Los republicanos no retrocedieron ante la sanguinaria actitud de sus enemigos; por el contrario, dieron pábulo á su actividad y se presentaron más resueltos que antes para arrostrar la muerte, siendo reducido el número de los que se acogieron temporalmente al indulto, como medida de conveniencia para adquirir elementos y continuar la lucha.

En aquellos momentos de efervescencia y cuando menos se esperaba, fué atacada Morelia por los republicanos el 12 de Octubre (1865) á las tres y cuarto de la tarde, y ocupada por poco tiempo una parte de ella. Favoreció ese rápido golpe, la circunstancia de haber salido el coronel Méndez á expedicionar en la tierra caliente, quedando custodiada la ciudad por una fuerza de cerca de 200 belgas, cuyas filas habían disminuido mucho á causa de las enfermedades. Se concentró la guarnición en el perímetro fortificado, que tan solo abrazaba el centro de la ciudad; los republicanos pudieron penetrar por la calle real hasta Santa Catarina; allí se encuentran á los belgas fortificados; el combate fué largo y mortífero, retirándose los asaltantes á los suburbios y luego abandonaron la ciudad sabiendo que, procedente de San Luis Potosí, avanzaba el general Neigre con una columna.

La sorpresa de la ciudad fué completa; habría sido tomada á no haber presentado resistencia la guardia que ocupaba la garita. Los asaltantes aparecieron de improviso por las calles que conducen de la entrada del camino de Chicácuaro á las trincheras del Poniente de la ciudad, é iban al mando de Riva Palacio y Ronda. El retén belga de la garita de Chicácuaro fué hecho prisionero. Al anochecer se retiraban los republicanos por el camino de Cuitzeo. La fuerza liberal estaba compuesta de cerca de mil hombres, y no habiendo podido penetrar al recinto fortificado, permaneció el resto de la tarde en la calzada de los Tres Puentes; al anochecer se dirigía á Quinceo donde pernoctó y al siguiente día continuó su retirada. En la sorpresa, soldados belgas y oficiales fueron perseguidos en las calles por los que atacaban. El coronel Méndez se había llevado hasta la policía y fué necesario llamar en auxilio de la ciudad, al jefe Alejandro que estaba en Queréndaro con un escuadrón y otro de Acámbaro.

El coronel Méndez, salido de Pátzcuaro para Uruapam el 8 de Octubre, conducía mil trescientos infantes y ginetes; los liberales en mayor número ocupaban á Uruapam y permanecieron allí hasta que Méndez llegó á Tarétan, cerca de siete leguas de aquel pueblo; entonces se fraccionaron. Los republicanos que sorprendieron á Morelia se habían organizado en Puruándiro, á donde se retiraron, pusieron aduana y establecieron autoridades. La capital de Michoacán siguió en estado de sitio, ocupadas las trincheras y durmiendo la tropa en los portales de

la plaza; se aumentaban las fortificaciones y á causa de repetirse constantemente las alarmas, se efectuaban muchas prisiones y se hacía cada vez más violenta la situación del vecindario.

El general Arteaga había reunido en Uruapam un grupo regular de fuerzas que ascendían á 2,900 hombres y sobre él se dirigía el coronel imperialista Méndez. Al aproximarse éste, dividió Arteaga sus fuerzas en tres fracciones: una á las órdenes de Ronda y Riva Palacio atacó á Morelia; Zepeda con 700 se dirigió á los Reyes, y quedaron Arteaga y Salazar con 1,200, con los cuales se dirigían á la tierra caliente; pero alcanzados y sorprendidos el 13 de Octubre en Santa Ana Amatlán, fueron hechos prisioneros los jefes y 400 de tropa, perdiendo todas sus municiones, caballos y bagajes, y dispersándose el resto de la fuerza. Zepeda también fué derrotado al querer penetrar al territorio de Colima.

Había salido de Morelia el Coronel Méndez en los primeros días de Octubre, con parte del regimiento de caballería á las órdenes del coronel Wenceslao Santa Cruz, y llegó el día 6 á Pátzcuaro; en la noche de este día organizó una brigada con la cual marchó sobre Uruapam, en cuyos suburbios se encontró el siguiente día, impidiendo el avance de su fuerza y penetrar, una terrible tempestad que hizo crecer los arroyos de tal modo, que los batallones quedaron cortados y hasta las doce de la noche pudieron pasar.

El general Arteaga, acompañado del comandante general y gobernador de Michoacán, Salazar, y del coronel Díaz Paracho que tenía grande influencia sobre los indígenas de Uruapam, Tancítaro, Paracho y otros pueblos, iba rumbo á Tancítaro con los 1,200 hombres, la mayor parte infantes, entre ellos porción de jefes y oficiales que seguían al cuartel general.

Méndez dió descanso á su tropa el día 10 y resolvió seguir con tenacidad á Arteaga, aunque aparentaba encargarse de otras partidas y que no era aquel jefe su verdadero punto de vista. El día 12 fué la jornada de San Juan de las Colchas á Tancítaro, de donde hacía dos horas se habían retirado los republicanos, que fueron tiroteados por las guerrillas de Méndez en el espacio de tres leguas. Pernoctó este jefe en Tancítaro y saliendo á las dos de la mañana con una sección ligera de cuatrocientos infantes y trecientos dragones, se dirigió á Santa Ana Amatlán, en donde tenía por seguro dar alcance á Arteaga y derrotarlo, pues no podría creer este jefe, que en algunas horas de la mañana lograrían sus contrarios salvar nueve leguas en la tierra caliente. Catorce soldados de Méndez murieron de fatiga, más de cuarenta caballos del 4º quedaron asoleados, pero Méndez consiguió sorprender y derrotar á Arteaga.

Los movimientos de las fuerzas de Arteaga tendían á impedir una sorpresa. El 1º de Octubre, (1865) encontrándose en Uruapam las tropas que mandaba este general y sabiendo que el coronel Ramón Méndez iba á atacarlas, se verificó una junta entre Arteaga y los jefes Salazar, Riva Palacio y Villagómez, decidiendo que convenía retirarse. Entonces tomaron el camino de Santa Ana Amatlán los dos primeros con su respectiva fuerza. Pernoctaron en una barranca, cerca Tancítaro; al siguiente día entraron al pueblo y dieron algunas horas francas á los soldados para que lavaran su ropa. Al saber que el enemigo se acercaba, ordenó Arteaga inmediatamente la marcha, y durmieron en una hacienda entre Tancítaro y Santa Ana Amatlán, quedando la vigilancia del campamento á una compañía de exploradores, pues la tropa rendida por el cansancio, estaba ya entregada al descanso á las nueve de la noche.

A las once de la misma fué despertado el general Arteaga por Villagómez y García de León, para entregarle una comunicación que acababa de presentar un correo. Arteaga leyó el papel junto á una luminaria y exclamó:

—¡Ah, qué Méndez!

—Pues qué dice—le interrogó García de León.

—Que primero es mexicano y patriota que traidor y que desea pasarse con nosotros.

—No se fie vd., general, le replicaron.

El indígena correo fué puesto en libertad y el comunicado quedó sin respuesta; pero los jefes que supieron el contenido siguieron alarmados.

Al día siguiente llegaron los republicanos á Santa Ana Amatlán, que está situado en una hondonada y fueron apostados vigías en las alturas. Arteaga se apeó á la entrada de la población y tomó un ligero desayuno. Salazar calificó de peligroso quedarse en aquel punto, y García de León presentándose en el cuarto en que Arteaga descansaba, le hizo notar que allí podían ser sorprendidos y encerrados

—No, no, que descanse la tropa, contestó. Diga vd. á Pepe Mateos que cambie sesenta onzas para darle sueldo á la tropa.

Entraron todos á la población, donde se había preparado la casa principal para Arteaga, á la que llegó cuando la tropa había empabellonado sus fusiles frente al corredor, del lado de la plaza. El Coronel Pérez Milicua quedó recostado en el corredor y se habían sentado á la mesa los jefes Carlos Borda, Manuel García de León, Jesús Villagómez y Juan González. Acercóse á ellos Arteaga é iba tomar el primer bocado, cuando se notó un gran alboroto por toda la plaza y se oyeron gritos de ¡Viva el Imperio! La tropa republicana corría en tropel hacia la entrada de las calles y al jardín, sin atender á la voz de sus jefes; García de León quiso en vano cerrar las puertas del alojamiento del general; lo arrollaron los soldados que corrían en grupos y se volvió á la sala, donde ya no encontró más que el saco y las dos pistolas de Arteaga sobre la repisa de una ventana; retorna al zaguán y se encuentra á Arteaga parado en el quicio, en chaleco, y con la espada en mano. A corta distancia comenzaba un tiroteo promovido por Salazar que hacía frente á los imperialistas.

Entonces Arteaga y García de León se dirigen á la huerta de la casa, donde se reunen con algunos compañeros que brincan la cerca de uno en uno, siendo Arteaga el penúltimo, instado por García de León, quien dejó las pistolas del general, por encargo de éste, en un tronco podrido de plátano que allí se en-

contraba. Cuando saltaron á la calle, los de Méndez ya habían deshecho á los que se les oponían y buscaban á Arteaga. Apoyado éste por un lado en el brazo de García de León y por el otro en su espada, ganaba un breñal, cuando tres dragones corrieron hacia ellos y les marcaron el alto, exigiéndoles que se dieran por presos. Al pedirle la espada les contestó Arteaga:

—Si no puedo hacerles nada con ella. Me sirve nada más de apoyo. Estoy enfermo de mi pierna. Sin embargo, la entregó.—El secretario de Arteaga, D. Justo Mendoza, logró escapar.

Los prisioneros fueron encerrados en una casa de la plaza, y enfrente estuvo tocando una banda de música, que fué retirada por disposición del comandante Amado Rangel.

El coronel Méndez ordenó el regreso para Uruapam y que se ejerciera extrema y dura vigilancia sobre los prisioneros. Llegaron á esa ciudad el día 20, y fueron conducidos ante la Corte Marcial instalada en la sala contigua á la prisión. De la sentencia de muerte solamente se salvó, en su calidad de jefe, el coronel Vicente Villada. Al amanecer el día 21 se oyó el toque de llamada y las fuerzas comenzaron á formarse en columna. A las siete entró á la prisión un oficial belga y dispuso que salieran los prisioneros, y que penetraran al cuadro que se había formado á un lado de la iglesia, dejando un hueco frente á unas paredes, en el mismo lugar en que meses antes habían sido pasados por las armas el coronel Lemus y el subprefecto Isidro Paz, por orden de Arteaga. Pocos instantes después se presentaron allí Arteaga, Salazar, Villagómez, Díaz Paracho y Juan González sacerdote liberal. Arteaga no se dejó vendar y lo mismo hicieron los otros cuatro prisioneros; á la voz de fuego cayeron atravesados por las balas. Salazar había empezado á perorar, excitando á los mexicanos á que continuasen la obra de la República. Los prisioneros restantes fueron llevados para Morelia; pero en Pátzcuaro, Méndez arregló con Riva Palacio un canje entre belgas y mexicanos.

Con los vencidos iban Generales y Coroneles que pertenecían al Ejército permanente de la República; oficiales de escalafón que habían estado combatiendo contra las fuerzas francesas desde que éstas desembarcaron en las playas mexicanas. El General Arteaga había sucedido á Uraga en el mando del ejército del centro, fué leal á toda prueba á la causa republicana y gozaba de alta reputación de probo entre sus compatriotas; mostró principalmente sus cualidades de constante y sufrido en la campaña sostenida contra franceses, voluntarios, belgas y mexicanos imperialistas, en el Estado de Michoacán. Los otros jefes y oficiales que fueron hechos prisioneros, gozaban bastante consideración en el ejército republicano. (1) El jefe Villagómez mandaba el escuadrón de Elizondo, cuando este cuerpo abandonó en Ario las filas imperiales.

(1) Quedaron prisioneros en poder de Méndez: el General en Jefe Arteaga, el Comandante General Salazar; los Coroneles Díaz Paracho, Villagómez, Pérez Milicua y Villada, cinco Tenientes-coroneles, ocho comandantes, otra porción de oficiales subalternos y cuatrocientos individuos de la clase de tropa, todo el armamento, parque y caballada aunque ésta casi inútil.



General Carlos Salazar.

El 18 de Octubre de 1865, era sorprendida y derrotada en Santa Ana Amatlán la división que mandaba el general J. M. Arteaga, en unión del cual cayó prisionero el general Carlos Salazar. Entónces el Gobierno imperial de Maximiliano se veía ya obligado á apelar á medidas extremas para hacer frente á su desesperada situación, y tanto el ministro de la guerra como el general Bazaine, mandaron al jefe vencedor, Ramon Méndez, que aplicase á los prisioneros la ley vigente de 3 de Octubre. En consecuencia, el general Carlos Salazar fué fusilado en Uruápam el día 21 de ese mismo mes en unión del general Arteaga y los coroneles Villagomez y Díaz Paracho.

contraba. Cuando saltaron á la calle, los de Méndez ya habían deshecho á los que se les oponían y buscaban á Arteaga. Apoyado éste por un lado en el brazo de García de León y por el otro en su espada, ganaba un breñal, cuando tres dragones corrieron hacia ellos y les marcaron el alto, exigiéndoles que se dieran por presos. Al pedirle la espada les contestó Arteaga:

—Si no puedo hacerles nada con ella. Me sirve nada más de apoyo. Estoy enfermo de mi pierna. Sin embargo, la entregó.—El secretario de Arteaga, D. Justo Mendoza, logró escapar.

Los prisioneros fueron encerrados en una casa de la plaza, y enfrente estuvo tocando una banda de música, que fué retirada por disposición del comandante Amado Rangel.

El coronel Méndez ordenó el regreso para Uruapam y que se ejerciera extrema y dura vigilancia sobre los prisioneros. Llegaron á esa ciudad el día 20, y fueron conducidos ante la Corte Marcial instalada en la sala contigua á la prisión. De la sentencia de muerte solamente se salvó, en su calidad de jefe, el coronel Vicente Villada. Al amanecer el día 21 se oyó el toque de llamada y las fuerzas comenzaron á formarse en columna. A las siete entró á la prisión un oficial belga y dispuso que salieran los prisioneros, y que penetraran al cuadro que se había formado á un lado de la iglesia, dejando un hueco frente á unas paredes, en el mismo lugar en que meses antes habían sido pasados por las armas el coronel Lemus y el subprefecto Isidro Paz, por orden de Arteaga. Pocos instantes después se presentaron allí Arteaga, Salazar, Villagómez, Díaz Paracho y Juan González sacerdote liberal. Arteaga no se dejó vendar y lo mismo hicieron los otros cuatro prisioneros; á la voz de fuego cayeron atravesados por las balas. Salazar había empezado á perorar, excitando á los mexicanos á que continuasen la obra de la República. Los prisioneros restantes fueron llevados para Morelia; pero en Pátzcuaro, Méndez arregló con Riva Palacio un canje entre belgas y mexicanos.

Con los vencidos iban Generales y Coroneles que pertenecían al Ejército permanente de la República; oficiales de escalafón que habían estado combatiendo contra las fuerzas francesas desde que éstas desembarcaron en las playas mexicanas. El General Arteaga había sucedido á Uraga en el mando del ejército del centro, fué leal á toda prueba á la causa republicana y gozaba de alta reputación de probo entre sus compatriotas; mostró principalmente sus cualidades de constante y sufrido en la campaña sostenida contra franceses, voluntarios, belgas y mexicanos imperialistas, en el Estado de Michoacán. Los otros jefes y oficiales que fueron hechos prisioneros, gozaban bastante consideración en el ejército republicano. (1) El jefe Villagómez mandaba el escuadrón de Elizondo, cuando este cuerpo abandonó en Ario las filas imperiales.

(1) Quedaron prisioneros en poder de Méndez: el General en Jefe Arteaga, el Comandante General Salazar; los Coroneles Díaz Paracho, Villagómez, Pérez Milicua y Villada, cinco Tenientes-coroneles, ocho comandantes, otra porción de oficiales subalternos y cuatrocientos individuos de la clase de tropa, todo el armamento, parque y caballada aunque ésta casi inútil.



General Carlos Salazar.

El 18 de Octubre de 1865, era sorprendida y derrotada en Santa Ana Amatlán la división que mandaba el general J. M. Arteaga, en unión del cual cayó prisionero el general Carlos Salazar. Entónces el Gobierno imperial de Maximiliano se veía ya obligado á apelar á medidas extremas para hacer frente á su desesperada situación, y tanto el ministro de la guerra como el general Bazaine, mandaron al jefe vencedor, Ramon Méndez, que aplicase á los prisioneros la ley vigente de 3 de Octubre. En consecuencia, el general Carlos Salazar fué fusilado en Uruápam el día 21 de ese mismo mes en unión del general Arteaga y los coroneles Villagomez y Díaz Paracho.

Méndez recomendó al oficial Rangel, atribuyéndole el triunfo, pues fué el que con veinte hombres del 4º de caballería penetró hasta la plaza y decidió la jornada: Esta derrota de Arteaga y la de Rosales en Alamos alentaron mucho á los imperialistas. Rosales, á semejanza de Arteaga, pagó con su vida la adhesión á la causa de la República, fué jefe de los más caracterizados de la revolución en Sinaloa y mucho había influido en el curso que tomaron los acontecimientos en ese Estado y en el de Sonora. Sin embargo, el golpe dado á los republicanos en Santa Ana Amatlán se calificó aún de más importante, pues casi todo Michoacán tan próximo á la Capital del Imperio, estaba ocupado por los republicanos.

La *Estafette*, órgano del cuartel general francés, calificó el triunfo de Méndez de brillante y altamente honorífico para este jefe, y aseguró que serviría para facilitar en gran manera la pacificación de Michoacán. Otro periódico francés, la *Era*, lo calificó de una victoria completa, preparada por medio de hábiles combinaciones y llevada á cabo con infatigable actividad. Méndez emprendió la persecución de Ronda y Riva Palacio que regresaron á Tacámbaro y en seguida á Zitácuaro. Por el rumbo de Puruándiro fué batido y colgado de un mezquite el comandante de Purépero, Varela, por el guerrillero republicano Olmos.

El coronel Ramón Méndez había consultado á México lo que debía hacer con los prisioneros y tanto el ministro de la guerra como el cuartel general francés, resolvieron que procediera con estricta sujeción al decreto vigente de 3 de Octubre, que en Michoacán aun no estaba promulgado, y en consecuencia, tuvieron verificativo los fusilamientos en Uruapam.

Estas medidas extremas indicaban que ya el Imperio tenía que apelar á recursos extraordinarios, para hacer frente á su desesperada situación, y aunque es sabido que el derramamiento de sangre nunca abate las causas en cuyo favor se vierte. La aplicación del decreto de 3 de Octubre, acabó de acentuar el carácter feroz que ya había tomado la guerra, siendo las represalias una necesidad para ambos partidos que convirtieron la lucha en espantosa matanza.

El ministro D. Matías Romero volvió á llamar la atención del gobierno de los Estados Unidos hacia el decreto de 3 de Octubre, (1) relacionado con los fusi-

(1) Entre los documentos que envió al congreso el Presidente Johnson, se presentó el decreto de 3 de Octubre y una comunicación del ministro D. Matías Romero, comentando dicho decreto y haciendo notar que en su virtud habían sido fusilados Arteaga y sus compañeros. El encargado de negocios norteamericanos en México, Mr. Corwin, (hijo) dirigió también á su gobierno comunicaciones relativas al mismo fusilamiento.

Luego que el ministro Mr. Seward tuvo conocimiento del decreto de 3 de Octubre, dispuso que se llamara la atención del gobierno francés acerca de los procedimientos militares que aquí privaban á los prisioneros de guerra, de los derechos que la ley de las naciones les concede invariablemente! Más tarde volvió el ministro Seward á ocuparse de este asunto, con motivo de los fusilamientos de los generales Arteaga y Salazar, hechos que, aseguró, habían sido vistos por el gobierno de los Estados Unidos con el más vivo interés, y consideraba "*que el gobierno francés jamás apoyaría conducta tan repugnante á los sentimientos de la civilización moderna y á los instintos de la humanidad.*"

lamientos de los generales Arteaga, Salazar y de los otros individuos inmolados á la Intervención francesa. Entonces Mr. Seward dispuso que el ministro americano en París, llamara la atención del gobierno francés sobre los procedimientos militares usados en México, en virtud de los cuales se negaba á los mexicanos que llevaban las armas, en defensa del gobierno republicano, los derechos que la ley de las naciones concede invariablemente á los prisioneros de guerra. El gobierno francés contestó: «Nosotros no somos el gobierno de México y nos hacéis mucho honor en tratarnos como si lo fuésemos. Fuímos á México con un ejército para asegurar ciertos intereses de importancia; pero no somos responsables por Maximiliano ó su gobierno. El os responderá por sí mismo, como á cualquier otro gobierno cuyos derechos atacare, y vosotros podéis usar de los mismos remedios que empleamos nosotros.» Esta reclamación, después de la que los Estados Unidos habían dirigido al gobierno francés, por el decreto de Maximiliano fechado el 5 de Septiembre, en el que se reglamentaba la inmigración de individuos de diversos colores, y de otra presentada á causa de haber quitado del lado de la madre americana, al niño Iturbide para hacerlo príncipe, acabó de violentar al gabinete de las Tullerías, que negó su alianza y solidaridad con el Imperio de Maximiliano, sin tener en cuenta la intervención que no solamente en esa ley, sino en todos los hechos del Imperio mexicano tenía el Mariscal Bazaine y aparentando olvidar los antecedentes de esa expedición, toda ella francesa.

El ministro de negocios extranjeros francés, seguía una negociación con el plenipotenciario de los Estados Unidos, á fin de poner término á la ocupación de México por las tropas de Napoleón, deseando abreviarla lo más posible, tanto porque ya no se abrigaban las esperanzas lisonjeras de las riquezas mexicanas que compensaran los gastos cuantiosos erogados, cuanto porque la opinión pública se acentuaba cada vez más contra tan ruinosa expedición. La principal dificultad para la retirada de los franceses, consistía en que Maximiliano no contaba aún con los suficientes elementos propios para sostener su gobierno, y á fin de proveerlo de ellos, se negociaba entre los gobiernos de Francia, Austria y Bélgica, para fomentar los enganches de legiones extranjeras, hasta ponerlas en pie de fuerza respetable, con objeto de que unidas á un ejército nacional, llenaran el vacío que al marcharse habían de dejar las tropas francesas.

Después del fusilamiento del general Arteaga, fué electo interinamente jefe del ejército del Centro el general Vicente Riva Palacio, por los oficiales de ese mismo ejército. A él se dirigieron los belgas prisioneros, protestando contra los fusilamientos que se ejercían por orden del gobierno imperial y declaraban tener la fortuna de estar en poder de una fuerza verdaderamente liberal; se quejaban de que se les hubiese mandado entrar en campaña, cuando solamente debieron haber servido para guardia de honor de la emperatriz Carlota.

El general D. Nicolás Régules con quien tuvo disgustos Riva Palacio, llegó á ser el jefe de aquel ejército; mandaba la primera División de Michoacán é hizo

la travesía del Estado desde Tacámbaro á Uruapam y Zitácuaro, con objeto de amenazar á Toluca y al paso derrotó en Angangueo á una fuerza imperialista; por este y otros servicios fué ascendido á general de División.

Nombrado el general Régules en jefe del ejército del Centro, antes de saberse por el gobierno republicano la elección que había recaído en Riva Palacio, tuvo que luchar de una manera tenaz contra la multitud de fuerzas francesas ó imperialistas que se habían aglomerado con el fin de aniquilar á los republicanos, viéndose obligado á retirarse á los confines del Estado de Guerrero, para aprovechar las distancias y el clima y reorganizar sus tropas. Conseguido esto, volvió á penetrar en Michoacán, donde aprovechó las ocasiones que se le presentaban para batir á sus contrarios y burlaba la persecución cuando cargaban sobre las suyas fuerzas más considerables; tenía generalmente su cuartel general en Zitácuaro, población ya célebre en los anales de nuestra historia política.

Continuó Michoacán siendo el campo de las más interesantes operaciones de los republicanos; reorganizado allí el ejército que se llamó del Centro, adquirió tal poder, que se situó el cuartel general á doce leguas de Morelia; fué dividida aquella fuerza en secciones que operaban por diversos rumbos.

A pesar de la derrota de Santa Ana Amatlán se sostuvo la guerra en Michoacán, impulsándola con energía el general Régules, quien en unión de Ronda y otros muchos guerrilleros, continuó la serie de combates, apoyando también á los del Estado de México, entre los cuales se hizo notable León Ugalde, que recorría grandes extensiones de terreno y con facilidad se reponía de las pérdidas que constantemente reportara, siendo notable la acaecida en el pueblo de San Felipe.

Gran resonancia tuvieron los fusilamientos de Uruapam, al grado de que Maximiliano creyó conveniente ordenar, que en lo sucesivo no se ejecutara sentencia alguna, *«entre personajes honorables»* sin consultarle, lo que equivalió á hacer públicamente la crítica de su propio decreto y á quitarle el efecto que por el terror pudiera inspirar. En la volubilidad de su espíritu, Maximiliano mostraba bondades que perjudicaban á sus resoluciones de energía.

Esta falta de un sistema coherente, vino á aumentar la mala inteligencia que había entre el Mariscal y Maximiliano, cuya conducta no se modificaba ni por las medidas represivas que había creído conveniente dictar. Las prevenciones contra el comandante en jefe y aun contra el ejército francés, crecieron de día en día; Bazaine escribía al ministro de la guerra el 13 de Octubre, que la ingratitud del gobierno mexicano hacia la Francia, comenzaba á manifestarse claramente; *«si no se quiere pronunciar la palabra deslealtad, es necesario reconocer que, por una política desgraciada estamos reducidos á un papel casi ridículo: el de consejero inútil.»*

Para dar una satisfacción á los franceses, había separado Maximiliano del ministerio de Negocios extranjeros al Sr. Ramírez; pero le nombró ministro de Estado en lugar del Sr. Velázquez de León, á quien envió á Roma con una misión y revestido con el título de ministro sin cartera.

Los Estados limítrofes al de Michoacán, no guardaban mejor situación que éste. A consecuencia de la actividad desplegada por el coronel de Courcy contra las guerrillas de Ugalde, Fragoso y Martínez, fué nombrado en el mes de Octubre comandante superior de Querétaro, en reemplazo del comandante de artillería Bignoti, llamado por Bazaine para darle un ascenso y mando importante en su arma.

Los republicanos entraron á Tecosautla y tomaron todos los caballos y sillas de montar que pudieron haber á sus manos, é impusieron un préstamo de trescientos pesos. León Ugalde continuó su marcha para Zimapam, distrito en que lo persiguieron varias secciones francesas. Habiendo robado los guerrilleros unas partidas de carros en San Miguelito y la Cañada, entró en grande alarma el comercio de la capital, pues á la falta de caminos viables se agregaba la de seguridad.

Al comenzar el mes de Noviembre se presentaron en Mixquiahuala cincuenta y seis guerrilleros, acogiéndose al indulto, entre ellos Fragoso, accidente que apenas pesó en la balanza de los acontecimientos, y que en manera alguna indicaba el término de la revolución.

Por los dos bandos se continuó combatiendo con furia; en la Huasteca derrotó el jefe republicano Escamilla las fuerzas mandadas por Llorente, quedando muertos en el campo ambos jefes. Se peleaba sin descanso y aunque el partido conservador no iba de acuerdo con la marcha administrativa y política seguida por Maximiliano, la lucha parecía sostener su carácter de interminable y las sumisiones de algunos guerrilleros como la de Fragoso, eran equilibradas por defecciones cual la del jefe Valdés, que se pasó á los republicanos.

En el Estado de México merodeaban también muchos guerrilleros. El 19 de Octubre era derrotada la fuerza de León Ugalde en la hacienda del Astillero por el capitán Rigault, con 54 zuavos de la compañía de á caballo, 18 húsares del 5º regimiento y 15 rurales de Huichapam. Ugalde escapó en la sorpresa, acompañado de algunos de los suyos. Siete días después entraba el guerrillero Castillo á San José Malacatepec y se llevó en rehenes de un préstamo á varios vecinos, entre ellos al cura párroco; en seguida fué saqueado el pueblo de la Asunción Malacatepec por la misma guerrilla que con el botín adquirido se retiró para Zitácuaro, cuartel general de los guerrilleros de los Estados de Michoacán y México. No estando conformes los jefes republicanos con la conducta del guerrillero Ugalde, fuerzas enviadas de Zitácuaro lo desarmaron en la hacienda de la Encarnación.

Además, las poblaciones de San José Malacatepec, hacienda de la Puerta y Calimaya, sufrían continuas visitas de las guerrillas de Castillo, Granda, Juan Reyes y otros. Aun en Toluca había continuas alarmas á causa de la aproximación de guerrillas por la noche, y estaba interceptado el camino entre esa ciudad y la capital del Imperio.

Los republicanos de aquellos rumbos encontraban apoyo en el Estado de Guerrero. Aunque en Iguala permanecía una respetable guarnición al mando del Sr. Ortiz de la Peña, quedaron á merced de los republicanos las poblaciones de Teloloápam, Huitzuco, Cocula, Taxco y Tepecoacuilco. Todo el espacio entre el Mexcala y el Amacusac, se encontraba bajo el mando de ellos, aunque habían sido destruidas las guerrillas de Pillado, el chato Fuentes, Cenobio Bustamante, Mena y otros. Entre los combates allí dados, fué notable el que el 23 de Septiembre sostuvo el vecindario de Tepecoacuilco ayudado por la corta guarnición, contra los republicanos. Desde Diciembre de 1864 mandaba en aquella parte del territorio el coronel Ortiz de la Peña, secundado por el de igual grado Carranza, hasta que fué nombrado jefe superior del Departamento de Iturbide el general Casanova.

La revolución llegaba al centro del territorio. El 23 de Octubre acaudilló en Silao una asonada. Aniceto Guzmán, el mismo que, condenado á muerte por la corte marcial hacía un año, fué indultado por Maximiliano cuando visitó el Interior. Guzmán entró á Silao á las doce de la noche con treinta hombres, hizo fuego sobre la guardia del cuartel y se llevó algunas armas, municiones y caballos, retirándose rumbo á la hacienda de Trejo. Entró á Romita á las cuatro de la mañana, puso preso al Juez y exigió un pequeño préstamo retirándose en seguida para Cuerámaro.

Después de haber tomado la plaza de San Diego de la Unión, fué derrotado y fusilado por el Comandante Militar de la localidad, al que se habían unido porción de rancheros que contribuyeron á este resultado. El General Douay manifestó en un documento público, que estaba satisfecho de la conducta observada por D. Felipe Flores, Administrador de la hacienda de la Jaula, quien el 2 de Noviembre acabó en San Diego de la Unión con la guerrilla de Aniceto Guzmán.

En Guadalajara, donde crecía la efervescencia de los ánimos surgieron algunas dificultades entre la autoridad militar y la política departamental. El Jefe francés mandó aprehender á los Sres. Ignacio Vallarta, Julio García, Emeterio Robles Gil, Ignacio de la Torre é Isaac Banda, y no habiendo logrado la policía encontrarlos, mediaron duras contestaciones entre el Jefe francés y el comandante general por una parte, y el Prefecto y el Comisario imperial por otra; con objeto de cortar las dificultades, fué dirigido un extraordinario á Maximiliano, exponiéndole lo acaecido. Para dar tregua al asunto, salió el Comisario imperial López Portillo á verificar una visita al Departamento de su mando.

En la capital de Jalisco estuvo á punto de estallar una conspiración, contando con varios sargentos seducidos para ello; pero denunciado el complot tuvieron que ponerse en salvo y aprehendidos dos de los sobornadores fueron fusilados. A la vez el Coronel Toledo, que se acababa de filiar en el Imperio y había sido enviado cerca del Comisario Imperial de Sonora, el Sr. Gamboa, se pasaba á los republicanos al pisar aquella tierra que era la suya y donde fué acogido con entusiasmo por sus copartidarios.

En Colima también fué descubierta una conspiración contra el Imperio, en

los primeros días de Octubre; la prensa acusó como directores de aquel suceso al coronel Rangel, al Lic. Soto Mayor y otros á quienes se les recogió correspondencia y documentos relativos. El prefecto D. José M. Mendoza dictó contra los acusados disposiciones de suma severidad. Satisfecho Maximiliano con la actividad y lealtad de este prefecto, le envió en recompensa el diploma de Caballero de la Orden de Guadalupe. Uno de los méritos fué haber mandado sacar dos obuses de calibre de doce, que al indultarse el coronel D. Julio García había dejado enterrados á poco más de treinta leguas de Colima, á este jefe le permitió la prefectura política que pasara á México para presentarse al Ministerio de la Guerra, bajo fianza de diez mil pesos.

En toda aquella zona sentíanse ya los efectos de la retirada que ejecutaban los franceses. Al finalizar el mes de Octubre, salía de Mazatlán para Durango el general Aymard con dos mil doscientos soldados y doscientas mulas de carga, causando este movimiento en los imperialistas de allí verdadera consternación. Poco después fué evacuada la villa de la Noria por el batallón de cazadores á pie que la guarnecía, y por muchos de sus habitantes que se habían manifestado adictos al Imperio.

Las poblaciones adheridas á éste, querían vivir constantemente bajo la protección del uniforme francés, sin darse cuenta del limitado efectivo del ejército expedicionario; para la vasta extensión del Territorio mexicano hubiera sido preciso que ya estuviese organizado un ejército nacional. A principios del mes de Octubre se sublevaron contra el Imperio las poblaciones de Pánuco y Copala, uniéndose á los pronunciados veinticinco mineros norteamericanos.

La cercanía del general Corona á la Villa de la Noria, motivó que saliese de Mazatlán en la mañana del 28 del mismo mes, una sección de 350 infantes del 62º y caballería, con designio de recoger las provisiones que en esa villa había dejado el barón Aymard á su paso. La guarnición francesa de Mazatlán era insuficiente para batir las fuerzas del general Corona ó perseguirlo en campo abierto; limitóse á defender la plaza y á construir fortificaciones en la garita, el muelle y el cerro del vigía.

La revolución se propagó á Sonora. Apenas evacuada por los franceses la ciudad de Hermosillo, se verificó en la noche del 21 de Octubre un movimiento revolucionario, poniéndose á la cabeza la parte rica de la localidad, representada por D. Francisco Laserna, de reconocido prestigio allí. Fueron batidos por Tanori, auxiliado por franceses salidos de Guaymas, yéndose después Garnier con su regimiento para Ajiabampo.

Martínez, Cuellar y Toledo, se hallaban al finalizar el año en San Vicente, á pocas leguas de Alamos, con una fuerza de seiscientos hombres, permaneciendo el imperialista Tranquilino Almada fuera de la ciudad con trescientos. Muchos comerciantes se habían refugiado en Guaymas. En Mazatlán habían prohibido el despacho de buques para Santa Bárbara, de donde se surtía Alamos, temiendo que hubiese caído este lugar en poder de los republicanos.

En los Estados de Nuevo León y Coahuila hallábanse escalonados los republicanos al mando de los jefes Hinojosa y Naranjo. Llegaba á Santa Rosa, procedente de Chihuahua, D. Francisco Aguirre, quien al lado del Presidente Juárez fungió de ministro de la guerra á la caída del general Negrete, y habiéndolo desconocido las tropas, tuvo que retirarse á los Estados Unidos. El coronel Escobedo, gobernador de Nuevo León, estaba en Lampazos, y D. Benito Goribar gobernador juarista de Coahuila, en Monclova, procediendo á la confiscación de los bienes del Sr. Sánchez Navarro y de otros imperialistas. En Piedras Negras permanecían D. Ignacio Galindo, D. Simón Garza Melo y D. Manuel Zacarías Gómez. En el pueblo de Allende, á 16 leguas de Monterrey, hubo el 16 de Octubre un combate. A Montemorelos se había retirado el coronel Lorenzo Vega, y en esa fecha salía de Monterrey con dirección á Matehuala la guerrilla Ney.

En las cercanías del puerto de Matamoros, continuaban las fuerzas del jefe Cortina sus hostilidades; se libró un combate la noche del 15 de Septiembre, y al siguiente se tirotearon en el rancho de las Rusias, en cuyo combate murió el comandante Ríos. Entre los muertos y heridos quedaron algunos filibusteros norteamericanos. En ese puerto era suprimido por el jefe político D. Pedro José de la Garza el periódico titulado *L'Empire*, que reapareció con otro nombre, no obstante lo cual volvió á ser suprimido. El comisario imperial de Nuevo León y Tamaulipas, general D. Nicolás de la Portilla, regresaba á México á principios de Noviembre, sin haber logrado establecer su gobierno.

El jefe francés Jeanningros, estando en Monterrey, recibió el empleo de general de brigada; con tal motivo fué objeto de felicitaciones, y una parte de la sociedad de Monterrey le obsequió con un baile. Por esos días era esperado en aquella ciudad el general Douay, encargado de la primera de las dos grandes divisiones militares, el cual se supuso había llegado ya al Saltillo.

Las tropas francesas comenzaron á abandonar á Monterrey desde el 31 de Octubre, yéndose para el Saltillo. El general Jeanningros las siguió tres días después, quedando de guarnición una parte de las fuerzas de la División de Mejía; 600 hombres á las órdenes del coronel Tinajero y 150 de la fuerza de Quiroga, procedentes aquellos de Cadereyta-Jiménez. Acercábanse las guerrillas hasta la Laja, Marín, Pesquería, Montemorelos y Linares; el primero de estos puntos á tres leguas de la capital del Departamento. Por tal motivo causó tanta alarma la orden del cuartel general francés, relativa á la traslación de las fuerzas francesas de Monterrey al Saltillo. El Ayuntamiento y algunos de los principales vecinos, pidieron al general Jeanningros que dejara una sección de sus tropas, y contestó que no podía desobedecer las órdenes superiores. No les quedó otro recurso á los comprometidos, que emigrar al Saltillo y aun hasta San Luis Potosí; los capitalistas despacharon en el mismo rumbo dos millones de pesos y los poseedores de grandes existencias de mercancías las realizaban á toda prisa. El día 4 de Noviembre acabaron de evacuar los franceses la plaza de Monterrey.

El coronel Tinajero con su fuerza había salido de Cadereyta-Jiménez el día 2, y á las cinco de la tarde invadieron esa población los republicanos, acogidos con repiques y cohetes; el siguiente día llegó D. Jerónimo Treviño con 225 hombres y cortó la comunicación con Monterrey.

Estando aún en Matamoros el Comisario Imperial, el 16 de Octubre, y en los momentos en que iba á emprender su viaje á México, se tuvieron las primeras noticias de la aproximación del general Escobedo al puerto, con fuerzas de las tres armas y suficientes elementos para atacar la plaza. El Comisario partió antes de que se presentaran los republicanos y á eso se debió en parte el retardo de refuerzos, que después fueron enviados desde Orizaba.

Resuelto el general republicano Escobedo á abrir la campaña sobre el puerto de Matamoros, ordenó á los coroneles Naranjo y Lorenzo Vega que habían ocupado á Catorce, que se le incorporaran para aquel fin, y dejó á Treviño en observación de los imperiales que guarnecían á Monterrey, para impedir que pudieran impartir auxilio á ese puerto. Dispuso que estuvieran concentradas las tropas de la expedición en Cerralvo, y que marcharan escalonadas hasta llegar al rancho de Santa Rosalía, donde se reunieron con las de Canales, Capistrás y otras para atacar á Matamoros, cerca de cuatro mil hombres y diez y nueve piezas de artillería.

El 18 de Octubre se hizo el reconocimiento de la plaza, fué comisionado el general Sóstenes Rocha para intimar la rendición y recibió la negativa esperada. Se construyeron caminos cubiertos, trincheras á sesenta metros de los salientes de la plaza y se colocaron los cañones. El octavo día de sitio se resolvió dar un asalto general: Cortina con su fuerza habría de asaltar el fuerte llamado de Freepont, Hinojosa el de San Fernando y Naranjo el fuerte nombrado de Monterrey.

El general Tomás Mejía dictó las providencias necesarias para la defensa de la plaza, cuya artillería fué servida por marineros franceses. Encomendó la derecha de la línea al general Olvera, segundo jefe de la plaza, y la izquierda al coronel Bernabé Peral. El mayor general de la división D. Antonio Gayón tenía á su cargo el importante fuerte de Iturbide, extremo de la línea derecha. El teniente coronel D. José Oria mandaba la reserva de 300 hombres. Los republicanos pernoctaron el día 17 en Charco Escondido, y el 20 se verificaba en Santa Rosalía la reunión de todas las fuerzas, habiendo llegado allí dos días antes la vanguardia al mando del coronel D. Pedro Hinojosa. El 22 se aproximaron á Matamoros las fuerzas de Cortina para proteger una conspiración, pero fué denunciada por uno de los comprometidos y en consecuencia, fracasó. El 23 se presentaron dos parlamentarios: el general Sóstenes Rocha y el teniente coronel Barrón, intimando de parte de Escobedo la entrega de la plaza; nada se arregló lo mismo que en la conferencia que siguió entre los jefes superiores de ambos campos. A las tres de la mañana del 24 atacaron los republicanos por la línea de la derecha y fueron rechazados lo mismo que en la izquierda, estando á punto de haber tomado la plaza, porque ocuparon los asaltantes algunos fortines.



General Rafael Olvera,

Comendador de la Imperial Orden de Guadalupe.

Trabajó activamente, y obtuvo algunos triunfos en los Estados de Nuevo León, Coahuila, y Tamaulipas, en favor del Imperio que presidía Maximiliano. Fué Comandante Militar de Monterrey. Obligado á reunirse con el General Tomás Mejía en el Puerto de Matamoros, se le encomendó la conducción de un gran convoy para la capital de Nuevo León, pero el 16 de Junio de 1866 lo derrotó el General Escobedo en la Mesa de Santa Gertrudis. En consecuencia, perdió el Imperio el Puerto de Matamoros.

En Agosto de ese mismo año, fué nombrado el Sr. Olvera, Comandante de la Subdivisión Militar en el Departamento de Querétaro, comprendiendo los Distritos de Jalpam, Tolimán, Cadereyta y Río Verde. Sitiados los imperialistas en Querétaro, esperaron en vano constantemente la llegada del General Olvera

El coronel Tinajero con su fuerza había salido de Cadereyta-Jiménez el día 2, y á las cinco de la tarde invadieron esa población los republicanos, acogidos con repiques y cohetes; el siguiente día llegó D. Jerónimo Treviño con 225 hombres y cortó la comunicación con Monterrey.

Estando aún en Matamoros el Comisario Imperial, el 16 de Octubre, y en los momentos en que iba á emprender su viaje á México, se tuvieron las primeras noticias de la aproximación del general Escobedo al puerto, con fuerzas de las tres armas y suficientes elementos para atacar la plaza. El Comisario partió antes de que se presentaran los republicanos y á eso se debió en parte el retardo de refuerzos, que después fueron enviados desde Orizaba.

Resuelto el general republicano Escobedo á abrir la campaña sobre el puerto de Matamoros, ordenó á los coroneles Naranjo y Lorenzo Vega que habían ocupado á Catorce, que se le incorporaran para aquel fin, y dejó á Treviño en observación de los imperiales que guarnecían á Monterrey, para impedir que pudieran impartir auxilio á ese puerto. Dispuso que estuvieran concentradas las tropas de la expedición en Cerralvo, y que marcharan escalonadas hasta llegar al rancho de Santa Rosalía, donde se reunieron con las de Canales, Capistrás y otras para atacar á Matamoros, cerca de cuatro mil hombres y diez y nueve piezas de artillería.

El 18 de Octubre se hizo el reconocimiento de la plaza, fué comisionado el general Sóstenes Rocha para intimar la rendición y recibió la negativa esperada. Se construyeron caminos cubiertos, trincheras á sesenta metros de los salientes de la plaza y se colocaron los cañones. El octavo día de sitio se resolvió dar un asalto general: Cortina con su fuerza habría de asaltar el fuerte llamado de Freepont, Hinojosa el de San Fernando y Naranjo el fuerte nombrado de Monterrey.

El general Tomás Mejía dictó las providencias necesarias para la defensa de la plaza, cuya artillería fué servida por marineros franceses. Encomendó la derecha de la línea al general Olvera, segundo jefe de la plaza, y la izquierda al coronel Bernabé Peral. El mayor general de la división D. Antonio Gayón tenía á su cargo el importante fuerte de Iturbide, extremo de la línea derecha. El teniente coronel D. José Oria mandaba la reserva de 300 hombres. Los republicanos pernoctaron el día 17 en Charco Escondido, y el 20 se verificaba en Santa Rosalía la reunión de todas las fuerzas, habiendo llegado allí dos días antes la vanguardia al mando del coronel D. Pedro Hinojosa. El 22 se aproximaron á Matamoros las fuerzas de Cortina para proteger una conspiración, pero fué denunciada por uno de los comprometidos y en consecuencia, fracasó. El 23 se presentaron dos parlamentarios: el general Sóstenes Rocha y el teniente coronel Barrón, intimando de parte de Escobedo la entrega de la plaza; nada se arregló lo mismo que en la conferencia que siguió entre los jefes superiores de ambos campos. A las tres de la mañana del 24 atacaron los republicanos por la línea de la derecha y fueron rechazados lo mismo que en la izquierda, estando á punto de haber tomado la plaza, porque ocuparon los asaltantes algunos fortines.



General Rafael Olvera,

Comendador de la Imperial Orden de Guadalupe.

Trabajó activamente, y obtuvo algunos triunfos en los Estados de Nuevo León, Coahuila, y Tamaulipas, en favor del Imperio que presidía Maximiliano. Fué Comandante Militar de Monterrey. Obligado á reunirse con el General Tomás Mejía en el Puerto de Matamoros, se le encomendó la conducción de un gran convoy para la capital de Nuevo León, pero el 16 de Junio de 1866 lo derrotó el General Escobedo en la Mesa de Santa Gertrudis. En consecuencia, perdió el Imperio el Puerto de Matamoros.

En Agosto de ese mismo año, fué nombrado el Sr. Olvera, Comandante de la Subdivisión Militar en el Departamento de Querétaro, comprendiendo los Distritos de Jalpan, Tolimán, Cadereyta y Río Verde. Sitiados los imperialistas en Querétaro, esperaron en vano constantemente la llegada del General Olvera

Después de rechazados se situaron al Oeste de la ciudad, apoyándose en los cuerpos de reserva y se limitaron desde entonces á una guerra de escaramuzas y á hostilizar la ciudad con fuegos de artillería, usando diferentes clases de proyectiles, y levantaron el campo el día 8 de Noviembre. Hasta el 23 de este mismo mes llegaron los austriacos al mando del jefe Kodoliche.

El plan de ataque no pudo efectuarse tal como se había combinado á causa de un aguacero que cayó á las tres de la mañana. La resistencia fué vigorosa y los asaltantes rechazados regresaron á las posiciones de donde habían salido. Los sitiados hicieron varias salidas y á su vez fueron rechazados con grandes pérdidas.

Agotados los recursos de los sitiadores, principalmente el parque que se consumió en gran cantidad en los ataques del 24 y 28 de Octubre, y habiendo penetrado por el río un vapor francés, «El Antonia,» en auxilio de la plaza, los sitiadores se retiraron el 8 de Noviembre. El comandante de la escuadra francesa en su parte, da á Mejía el epíteto de «admirable.» Se calculó la pérdida de los republicanos en quinientos hombres. La retirada fué hecha con calma rumbo á Camargo, y los imperialistas los persiguieron el primer día solamente.

El día 25 de Noviembre dió Mejía las gracias á la milicia organizada para la defensa de la plaza, licenciando á cerca de dos mil individuos que la componían; los franceses estaban mandados por el comandante Soulié, los españoles por el comandante Aleix y los mexicanos por el coronel Iturria. Cuatro días después fueron quitadas las trincheras de la segunda línea, prosiguiendo las fortificaciones exteriores. Los convites á Mejía y las fiestas religiosas se repitieron y se cobraba ánimo, aunque la guarnición americana de Brownsville, que era de dos mil hombres, iba á aumentarse hasta diez mil. El 3 de Diciembre se verificó una gran fiesta religiosa por el triunfo obtenido sobre los republicanos; á la misa celebrada en la plaza asistieron las autoridades, las tropas mexicanas y austriacas y los marineros franceses del «Antonia.» El día 4 hubo gran convite militar y un baile popular, y en la tarde se dió al pueblo diversiones y refrescos, gratis.

Con motivo de las infracciones de neutralidad cometidas en Brownsville, dirigió el general Mejía una primera nota al general Weitzel el 9 de Noviembre reclamando por disparos hechos al vapor «Antonia» y acompañando la relación del oficial francés de la Bedollière. Weitzel contestó el día 13: que sus fuerzas no eran suficientes para cuidar toda la orilla del río, y que ni él ni su gobierno eran responsables de los actos de individuos particulares. Haría, sin embargo, perseguir y arrestar á los culpables. No pretendería impedir las demostraciones de simpatía hacia los juaristas; y reclamó que un vapor americano se hubiera convertido en cañonero mexicano. Dijo que no quería entenderse con el comandante Cloué, por no hacerlo con dos jefes á la vez. Al contralmirante francés le fué devuelta su comunicación por el jefe americano con esta nota: «por irrespetuoso.» Las notas de Weitzel indicaron que tenía declaradas simpatías hacia los adversarios del Imperio, y que la paz entre Francia y los Estados Unidos dependía de un hilo que la autoridad militar de Brownsville deseaba romper.

También se le advertía oficialmente al general Tomás Mejía, que cuando alguna guarnición de su mando se encontrara en estado de sitio, no se permitiría que de la parte americana se le enviaran recursos «pues el general Sheridan consideraba que sería poco menos que una violación de las leyes de neutralidad *contra la legítima autoridad de México, el envío de pertrechos á dicha guarnición.*» A la vez se le había ordenado que cortara toda relación con cualquiera plaza que estuviera en estado de sitio.

Esta comunicación fué devuelta al general Weitzel por el general Mejía, con un mensaje verbal. El general americano pidió que con tres prisioneros que iban á ser juzgados se tuviera en consideración, pues ignoraban el idioma español y habían sido inducidos bajo promesa de grandes sumas de dinero, é hizo notar que en cuanto á la contestación verbal, no podía considerarla como respuesta á su oficio enviado por encargo de tan alta autoridad cual era la de Sheridan. Tantos tropiezos creados á la fuerza fronteriza que sostenía el Imperio, no eran más que pretextos para aumentar las dificultades y externar la opinión del gobierno norteamericano.

Todo Tamaulipas, con excepción de Tampico, Altamira y Matamoros, estaba bajo el dominio de los juaristas, y aun Tancasnequi, depósito de mercancías, había caído en poder de ellos. Tal situación de tan importante Estado fronterizo, influía considerablemente en Nuevo León, Coahuila y la parte norte del de Veracruz, así como en la Huasteca toda y hasta Tulancingo.

Ordenada por el comandante superior de Tampico, la evacuación de Tancasnequi, el comercio de ese puerto envió las embarcaciones necesarias para conducir las mercancías depositadas en ese pueblo. Dichas embarcaciones llevaron una fuerte escolta; pero no siendo bastantes esos medios de trasporte, quedaron en el pueblo mercancías que cayeron en poder de los republicanos, aunque había tropas imperialistas en Santa Bárbara y en Tula. A consecuencia de los ataques que sufría Tancasnequi, se dispuso la traslación de las mercancías á un lugar seguro.

Tampico seguía en estado de sitio, declarado desde el 27 de Septiembre. En esta vez fué entregado á la corte marcial y juzgado Bernardino González, vecino de Pánuco, sentenciado á muerte y ejecutada la sentencia. Para batir este mismo pueblo organizaron una expedición el comandante superior y el general Lamadrid, con el 2º batallón de Africa; pero nada útil lograron, pues con muchas horas de anticipación se tuvo en Pánuco noticia del movimiento emprendido.

En Tamaulipas obtuvo algunos cortos triunfos el comandante Delloye, que salió de Tula el 21 de Septiembre con la conducta de caudales; caminaba con suma lentitud, por haberse llevado los republicanos todas las acémilas que encontraron al evacuar á Tula, y con dificultad consiguió algunas en Santa Bárbara. En el camino fué tiroteado constantemente y en el punto llamado Nopal se encontró con la fuerza del comandante Gómez que fué batido por Delloye. La marcha de esa conducta fué una serie de accidentes y peligros; perdió

hasta Tantoyuquita varias mulas cargadas con valores que ascendían á veinte mil pesos. En Tancasnequi se habían reunido Delloye y Choppín y ambas columnas tomaron juntas el camino de Tula. La vanguardia llegó el 7 en la tarde á la hacienda de Chamal y sabiendo que el coronel Méndez estaba atrincherado en las alturas, los jefes franceses resolvieron atacarlo; Delloye estudió la difícil posición que había de atacar al siguiente día 9. En efecto, á las cuatro de la mañana salió con cuatro compañías de zuavos, dos obuses de montaña y veinte caballos, y una hora después asaltaba los parapetos á la bayoneta, retirándose los defensores, unos rumbo á la Huasteca y los otros á Ciudad Victoria. D. Nicanor Herrera, comisario imperial de la 3ª Demarcación, llegaba á San Luis Potosí á principios del mes de Octubre; pero en nada influyó sobre Tamaulipas.

No obstante que los imperialistas propagaban la noticia de haber sido derrotados los republicanos de la Sierra y la Huasteca, permanecían en jaque esos distritos. El 3 de Octubre, la guerrilla al mando de Felipe Angeles salió de Molango y sorprendió á una fuerza imperialista cerca de Zacualtipam. Aquellas pueblos se encontraban en estado ruinoso; Mextitlán principalmente, había llegado al último grado de pobreza. Por Zacualtipam dió una sorpresa D. Juan O. Monasterio á las fuerzas de Angeles El guerrillero Espejel y Blancas estaba en Calnalí, dominando una extensa área de territorio. Catarino Fragoso atacó el pueblo de Actopam y rechazado se dirigió á Mixquiahuala.

En Huejutla continuaba la revuelta. Después de haber quitado á D. Pedro Zurita el mando militar para dárselo á Salas, por medio de un motín que promovieron varios, preséntanse los jefes Escamilla y Martínez, se apoderan del mando, y proclamando el estado de sitio imponen préstamos. Escamilla se movió de Huejutla para amagar á Tantoyuca, llevando 300 hombres. Al regresar, y unido á Martínez, pusieron presos á algunos, entre ellos al coronel F. Muñoz Campuzano, que fué secretario de Ugalde, y á otros considerados adictos á este mismo jefe.

En el pueblo de Huautla, al Oriente y cerca de catorce leguas de Huejutla, tuvo lugar el 30 de Octubre un combate en el que murieron el jefe republicano Nicolás Escamilla y el de los imperialistas D. Enrique Llorente; los contendientes se retiraron dejando que los vecinos de esa población levantaran el campo. Las guerrilleros de Martínez y Escamilla aseguraban haber derrotado á los imperialistas de Chicontepec, Huayacocotla y Zacualpam, y matado al coronel Llorente; pero la verdad fué que en tan sangriento y bárbaro combate, la derrota perteneció á unos y otros. Martínez no se presentó en el combate, porque llegaba á Huejutla cuando recibió la noticia de los sucesos y de allí fué á incorporarse con Espejel que estaba en Molango, proyectando atacar al jefe Ulloa que guarnecía á Zacualtipam. Martínez no atacó esta plaza; diseminó sus fuerzas en San Agustín Eloxochitlán, Molango y Calnalí, con el proyecto de marchar para Huejutla y Huautla.

Por entonces, á mediados de Noviembre, se presentaban al indulto porción de guerrilleros que en la primera oportunidad volvían á combatir al Imperio,

contándose entre ellos Vicente Martínez, tan conocido en Tlálpam y el Ajusco. El coronel D. Antonio Espejel y Blancas, de las fuerzas republicanas de la Sierra y la Huasteca, obtuvo el indulto el 12 de Noviembre, según aparece en documentos oficiales del Imperio. Los imperialistas tenían grandes esperanzas en que lograrían someter y pacificar la Huasteca los generales Lamadrid y Rosas Landa.

Afectaba también al Estado de Veracruz el malestar de la Huasteca. Una partida de republicanos procedentes de Omealca, cayó en la madrugada del 25 de Octubre á la casa de D. Hugo Finck, en el Potrero, y se llevó algún dinero y efectos, no obstante lo cual este señor, de nacionalidad alemana, fué conducido á Veracruz porque se sospechaba su connivencia con los guerrilleros; poco después quedó en libertad. En Huatusco y otros puntos, también fueron arrestadas varias personas, calificadas de sospechosas. A principios de Octubre había sido nombrado comandante superior de los Departamentos de Jalapa y Veracruz el general D. Juan Calderón, quien debería levantar las fuerzas llamadas «Auxiliares de Veracruz.» En el camino entre Jalapa y el puerto, había guerrillas situadas en el Puente Nacional, Paso de Ovejas y San Carlos. El 10 de Octubre el teniente coronel imperialista Hermenegildo Carrillo, que mandaba el escuadrón de Chalchicomula, entraba al pueblo de Chilchotla cuyas trincheras abandonaron los republicanos.

Aumentaban tanto las fuerzas republicanas que fué invadido el pueblo de Coatepec. El general Calderón salió de Jalapa á batirlas y logró que se retiraran para Teocelo. Las guerrillas que al mando de Honorato Domínguez se habían concentrado en Actopam, fueron batidas el 9 de Noviembre por los imperiales y austriacos al mando del mismo general Calderón, quien dirigió el parte oficial al general conde de Thun. Domínguez fué sorprendido y apenas algunos de los suyos hicieron resistencia, dispersándose todos por los bosques á los primeros tiros. La fuerza austriaca iba al mando del teniente Czaykokozky, y la caballería compuesta de 25 hombres al del teniente-coronel Carrillo. De Misantla, donde tenía su cuartel el general Alatorre, se desprendían partidas que invadían las poblaciones situadas al Norte de Jalapa. Tan desastrosa situación no impidió que saliera de Veracruz para Yucatán el Sr. Berea, encargado de estudiar si era posible establecer en aquella Península el sistema de aduanas interiores.

Las fuerzas republicanas crecían á tal grado, que el 13 de Octubre atacaron á Jalacingo quinientos guerrilleros de infantería y caballería, logrando apoderarse de una parte del atrio de la parroquia; algunos *plateados* saquearon varias casas y en seguida se retiraron los asaltantes batiéndolos el comandante Melgarejo.

Orizaba estaba amenazada por las fuerzas de Zongolica al mando de Amador, y á fines de Octubre había en esa ciudad constantes alarmas entre la guarnición austriaca, aumentando cuando se supo que había llegado á Zongolica el jefe republicano Figueroa. También amenazaban á Orizaba las fuerzas de Marrerc, situadas en Huatusco, donde pretendieron sorprenderlas los austriacos, sin lograrlo. Varias veces intentó la autoridad militar de Orizaba reunir á los vecinos para tratar de la política, sin poder conseguirlo, y á tan mal estado llegaba la situación del Departamento de Veracruz, que volvió á ser llamado Dupin para encargarle el mando de las contraguerrillas.

En la ciudad de Orizaba, fortificada por los austriacos que levantaron una trinchera en el convento de San José de Gracia, crecieron las alarmas lo mismo que en Córdoba, por el aumento que alcanzaban las guerrillas y por los resueltos ataques al camino de fierro; descarrilaban los convoyes, según acaeció en la Tejería, donde multitud de pasajeros quedaron gravemente heridos y fueron capturados dos oficiales expedicionarios y nueve soldados del batallón de la Martinica, que iban en el mismo tren. Continuaron los asaltos, principalmente entre Tejería y la Soledad, siendo ocupada por los guerrilleros la primera de estas localidades.

El aspecto de la región llamada Tierracaliente era desastroso para el Imperio. Numerosas partidas de guerrilleros recorrían los caminos que de Orizaba y Jalapa conducen á Veracruz, dominaban en las rancherías y engrosaban las fuerzas con los hombres útiles, sin que pudiera impedirlo la sección del teniente coronel Figuerero. La principal guerrilla por el lado de Orizaba era mandada por un individuo apellidado Sotomayor, que estuvo en la Martinica y fué indultado; las del camino de Jalapa estaban á las órdenes de Honorato Domínguez. Reconciliado en Octubre el jefe Figueroa con el general Alejandro García, aumentó éste sus esfuerzos sobre el Estado de Veracruz, tomando por centros á Zongolica y á Omealca, no habiendo necesidad de auxiliar al de Oaxaca donde se sostenían por sí mismos los republicanos que ocupaban la Cañada y la Sierra, sin que pudieran desalojarlos las fuerzas austriacas unidas á algunas mexicanas.

El conflicto suscitado entre las autoridades imperialistas de Oaxaca, se creyó conjurado con el nombramiento del comandante Hotze para jefe militar de aquel Departamento, á causa de la buena armonía que conservaba con el visitador Franco, de cuya autoridad dependían todos los empleados y funcionarios civiles y militares.

No pudiendo sostenerse en Teotitlán del Camino la fuerza imperialista, evacuó el punto y se dirigió á Tehuacán el 21 de Octubre. Teotitlán era la llave de una zona muy extensa, de la que podían sacarse considerables recursos, principalmente en las haciendas; posesionados de ese punto los republicanos, facilitaron el levantamiento de una parte considerable de la Mixteca. Desde luego fué ocupado Teotitlán por caballerías de Figueroa al mando de Lorenzo Guzmán, quien con gente de las haciendas inmediatas destruyó el fuerte llamado de la Luz. Las avanzadas de Figueroa siguieron para Tehuacán, en cuyas inmediaciones fueron batidas algunas de ellas por una sección de ciento veinte húsares austriacos.

En la mañana del 24 de Octubre se aproximaron á Tehuacán las fuerzas de Figueroa; bajaron de los cerros de San Felipe por las haciendas de Santa Ana y el Cármen, situadas á orillas de Tehuacán, exigieron dinero, caballos y semillas, y pasaron en la madrugada del siguiente día por las goteras de la ciudad. En su persecución salió de Tehuacán el comandante conde de Kevenhüller con una sección de húngaros y hulanos, y un piquete de tropa mexicana al mando de D. Jerónimo Sainz, y se batieron con las guerrillas republicanas en la hacienda de Santa Cruz y el pueblo de Ajalpa, perdiendo los guerrilleros todo lo que acababan de sacar de las haciendas, y según los partes oficiales fueron matados doscientos. Los austriacos regresaron á Tehuacán á las doce del día 25, y aun se llegó á dar por muerto á Figueroa. A las fuerzas de este jefe iban reunidas las de Zongolica y otras que regresaban para Teotitlán, en su retirada de la excursión verificada sobre el camino de Veracruz á Puebla.

En la Sierra de Puebla acontecían también sucesos de grande importancia. El gobernador republicano D. Fernando M. Ortega tomaba cuarteles en el Espinal, al comenzar el mes de Octubre. Una vez roto el armisticio pactado con los serranos, el general Thun había reunido sus tropas y elementos de guerra y abrió la campaña ocupando á Tetela el 16 de Julio. El siguiente día, un destacamento imperial fué sorprendido en Ahuacatlán. Thun levantó y organizó tropas en Xochitlán, Quetzala, Nauzontla, y otros pueblos; batió en principios de Agosto á Xochiapulco, cuyas casas fueron incendiadas sin poder tomar entonces los puntos fortificados, hasta pocos días después en una segunda expedición, reapareciendo los jefes Ortega y Lúcas por Ixtepec y Tetela. El primero de ellos fué atacado el 15 de Agosto en Xoxocolco por el jefe imperialista Morales que murió en el combate, siendo dispersadas sus fuerzas. Tres días después era rechazado en Zacapoaxtla el comandante republicano Juan F. Lúcas y á poco también lo fué en Zautla. El prefecto de Aquixtla, adicto al Imperio, penetró en las montañas de Xochiapulco y en el punto llamado Taxantla sufrió un revés y murió en aquel pueblo á resultas de las heridas que entonces recibiera. Una fuerza republicana fué sorprendida en Jolapa por los imperiales que llegaron á la margen derecha del río del Espinal, retirándose el 20 de Septiembre. Por esos días, otro destacamento imperial era rechazado en Tlapacoyan por fuerzas de Alatorre, y las que al mando de Andrade quisieron sorprender á Teziutlán á principios del mismo mes, fueron rechazadas por la guarnición austriaca.

La excepción en ese movimiento revolucionario del Oriente parecía ser Yucatán; allí seguía el Comisario Imperial procurando atraer las simpatías hacia el Imperio; con tal objeto mandó que cesara para todos los habitantes de la Península, la obligación de contribuir gratuitamente para el trabajo llamado de *faginas* en la apertura y reparación de los caminos y dispuso que se formara el censo de la población del Departamento. Sus adictos celebraron en Mérida el 3 de Septiembre, el primer aniversario de la llegada del Sr. Salazar Ilarregui á aquella ciudad, con salvas, músicas é iluminación y felicitaciones oficiales.

Estaban concluidos todos los preparativos para la recepción de los Emperadores en su visita á Yucatán, cuando por indicaciones de Bazaine prescindió Maximiliano del viaje, quedando acordado que iría únicamente la Emperatriz, acompañada del ministro de Estado, de sus damas y otros funcionarios de la Corte, y que saldría de México á principios de Noviembre (1865). En aquellos momentos se presentaban gravísimos asuntos que no podía desatender Maximiliano, entre otros el de formar un presupuesto y atender á la creación de medios prácticos para asegurar el crédito del Imperio.

Una ley expedida en la Península por el Comisario imperial, relativa á la recluta para las guardias rurales y móviles, llamando al servicio militar á toda clase de personas, alarmó de tal manera á la clase proletaria, principalmente en Campeche, que muchos artesanos emigraron de allí. Esa ley expedida el 27 de Septiembre fué una arma esgrimida por los enemigos del Imperio, que hicieron de ella un medio para crearle estorbos y antipatías. Los defensores del Comisario alegaban, que hasta entonces el alistamiento para la guardia nacional había recaído solamente en la gente pobre, salvándose la acomodada y rica, y que la ley de guardia rural atacaba otra porción de abusos, procurando igualar los deberes de todos.

Contrarió en parte la oposición, la llegada á Sisal el 22 de Octubre de los primeros colonos europeos contratados por el Comisario imperial. Procedían de Hamburgo y los trasportó la barca «San Luis,» eran 225 bajo la dirección del Sr. Von Hippel, comisionado para el efecto y provisto de 15,000 pesos que le fueron situados en Europa. El tesoro público proveyó desde luego á los colonos de todo lo necesario para la subsistencia, y de instrumentos para las diversas labores. Los colonos contratados en Hamburgo fueron quinientos; pero al embarcarse ya quedaba bastante reducido su número.

Los esfuerzos del Comisario imperial Sr. Ilarregui, si infundían aliento á los imperialistas, no alcanzaban á contrariar los trabajos desarrollados por los juaristas en los Estados Unidos. El 18 de Septiembre firmaba el general Carbajal un contrato con la casa de John W. Corlies y Compañía de Nueva York, por valor de treinta millones de pesos en bonos que dicha casa sacaría al mercado, al sesenta por ciento por lo menos, de su valor nominal. Si la venta de los bonos no llegaba á cinco millones, la casa tenía derecho á que se la indemnizara con un millón de pesos en bonos, por los gastos y trabajos en efectuar la venta; en caso de que pasara de esa cantidad lo vendido, recibirían los contratistas una comisión tan considerable, que el ministro Sr. Romero consideró necesario modificar el convenio, firmando otro en Washington el 16 de Mayo de 1866. Ambos contratos se declaró que se daban por terminados y fenecidos el 4 de Marzo de 1867. (1)

(1) Con el dinero que produjeron esos bonos, compró el gobierno republicano armas y toda clase de elementos de guerra; á Mr. Campbell le fueron compradas carabinas por valor de cien mil pesos, é igual suma á la Compañía de armas de Filadelfia, á la que se le dieron otros

Al lado de estos recursos tan poderosos, resaltaba el apoyo moral que seguía dando á los republicanos el gobierno de los Estados Unidos. En la apertura del congreso en Washington, el 4 de Diciembre de 1865, el Presidente Johnson consignó de una manera oficial y solemne, su firme resolución de no consentir jamás que la causa republicana en México quedara sofocada bajo la presión de las bayonetas extranjeras, acto que fijó definitivamente y sin restricción, la política de aquel gobierno en los asuntos mexicanos. Era unánime la opinión en América y Europa, de que sería bastante la simple presión moral provenida de esa política, para hacer imposible la consolidación de la monarquía mexicana.

La intervención del gobierno de los Estados Unidos se encaminaba á este fin, sin la necesidad de apelar á recursos extremos; el pueblo norteamericano se batiría contra la Francia, solamente en caso de que esta insistiese en sostener la política napoleónica respecto á México; le harían al gobierno de las Tullerías advertencias terminantes, para que cuanto antes retirara de aquí sus tropas y evitara un conflicto que tendría que ser forzoso en caso de que las advertencias fueran desatendidas. Y para no dar á esta conducta un carácter de presión, se prohibió que de California salieran expediciones armadas, municiones y pertrechos de guerra para México, prohibición que hacía poco tiempo se había levantado. La retirada de las tropas francesas se aproximaba teniéndola por segura amigos y enemigos; tal convicción, dando aliento á los republicanos, colmaba de pesar á los intervencionistas. Imposible era ya para Maximiliano conseguir un nuevo empréstito, en tanto que el gobierno republicano lo encontraba de fácil realización en los Estados Unidos, garantizando á los prestamistas el pago de capital é intereses, con hipoteca de tierras de labranza y minerales, y con el sesenta por ciento de los derechos que se cobraran en los puertos del Estado de Tamaulipas.

Los prestamistas tenían la seguridad del negocio, porque se anunciaba indefectible el triunfo de la República en México, después de las manifestaciones del pueblo, del ejército y gobierno de los Estados Unidos, y con tal fundamento se abrió el 2 de Noviembre en Nueva York, la agencia financiera mexicana por los Sres. Corlies y Compañía.

veinte mil; el general Sturn, también para compra de armas recibió cincuenta mil, y quinientos setenta mil por valor de efectos de guerra; después se pagaron otras fuertes sumas con el mismo fin: á la compañía de pólvora de Dupont, á S. Amor y Compañía por armas y municiones, y gruesas cantidades para fletamientos de buques, ganando lo invertido un fuerte interés que ascendió en el primer semestre á un treinta por ciento. El total de bonos vendidos fué de cerca de tres millones de pesos. El general Carbajal llevó para Tamaulipas cinco mil rifles Enfield, mil pistolas é igual número de sables de caballería, seis baterías y gran número de cartucheras, cinturones, fundas de pistola, mochilas, cápsules, cartuchos para rifle y cañón, fornituras de infantería, escobillones, espadas de oficiales y cuanto podía necesitarse para hacer la campaña con éxito. Una parte de ese material fué entregada al general Carbajal y lo demás á los jefes Viezca, Canales y Baranda, recibiéndolos éste en Minatitlán para el ejército de Oriente, además de otros efectos directamente enviados al general Porfirio Díaz, y algunos al general Pavón, jefe del Norte de Veracruz. Los artículos de maestranza, cuartel-maestre y cuerpo médico vinieron en abundancia. Entre lo gastado hubo varias sumas dadas á norte americanos "por servicios secretos prestados á la República Mexicana."



Coronel José M. Olloqui.

Prefecto Político de Orizaba.

En los difíciles momentos en que las tropas expedicionarias francesas se retiraban, ocupaba el puesto de Prefecto el Sr. Olloqui, quien tuvo que atender á las molestias y exigencias de las fuerzas que evacuaban el territorio nacional, á la vez que prevenirse contra los republicanos que de cerca asediaban á Orizaba.

CAPITULO CUARTO.

Napoleón III manifiesta á Bazaine su disgusto.—Hace recaer sobre Maximiliano el fracaso de la expedición á México.—Los Estados Unidos piden á Napoleón que retire sus tropas en un plazo conveniente.—Rehusan dar garantías al Imperio de México.—Deplorable situación política de éste.—El general Márquez en Jerusalén.—Napoleón quiere que se reforme la convención de Miramar.—D. Jesús Terán aconseja á Maximiliano que abdique.—Inercia de los ministros de Maximiliano.—Leyes orgánicas.—La relativa á los trabajos del campo.—Inaugúrase un teatro en el Palacio Imperial.—D. José Zorilla, poeta de la Corte.—Celebración del santo de la Emperatriz Eugenia.—Regresa de Europa el consejero Eloin.—Viaje de la Emperatriz á la Península yucateca.—Solemnes recepciones.—Los indios sublevados atacan á Senotillo. —Regresa á Veracruz.—Sabe la muerte del Rey Leopoldo de Bélgica—Se retira con Maximiliano á Cuernavaca.—Canje de prisioneros.—Tamaulipas.—Sucesos posteriores al ataque de Matamoros por el coronel Escobedo.—Los austriacos llegan en auxilio de ese puerto.—Los republicanos son protegidos del lado americano.—Carta del general T. Mejía á Maximiliano.—Toma de Tancasnequi por el coronel Pedro Méndez.—Ataca y entra Escobedo á Monterrey.—Lo sorprenden los franceses.—Entusiasta recepción del comandante L'Hayrie en el Saltillo.—Se retiran los franceses de Monterrey.—Emigración de familias.—El Oriente del Imperio.—Ataque á Tlapacóyam.—Movimientos de los austriacos en Oaxaca.—Reaparece allá el general Díaz. —El general Luciano Prieto en Tehuantepec.—La sierra de Puebla arregla un armisticio.—Huejutla en poder de los imperialistas.—Varios jefes de aquella zona rechazan los convenios.—Guerrero y Michoacán.—Actividad del general Ramón Méndez.—El general Neigre en Querétaro. —Aparece por Zacatecas el jefe García de la Cadena.—Guerrillas en Durango.—La costa del Pacífico.—Ataques á Mazatlán.—Paso del Norte.—Prórroga del término presidencial.—Circular relativa á militares que residían en el extranjero.—Es declarado delincuente el general González Ortega.—Opiniones de los republicanos prominentes.—El general Manuel Ruiz opina contra Juárez y se somete al Imperio.—Obediencia á los decretos sobre prórroga presidencial. —Regresa el Presidente Juárez á Chihuahua.—Fiestas entusiastas en la recepción.—Se ve obligado á volver al Paso.—El gobierno de los Estados Unidos se opone á nuevos alistamientos de austriacos.—Califica á Maximiliano de restaurador de la esclavitud.—Nombra un ministro cerca de Juárez.—Napoleón ofrece retirar sus tropas.—Actitud agresiva del general Grant.

La precaria situación que guardaba el Imperio de México, empeorando cada día, irritaba en extremo á Napoleón III, quien, por la paz que alcanzaron los Estados Unidos, veía desvanecidas las esperanzas lisonjeras de dominio universal; llegó á tal extremo su disgusto, que en carta secreta dirigida á Bazaine el 29 de Noviembre (1865) le manifestó: «que era necesario tomar una resolución enérgica, porque en México no iban bien las cosas y no se podía permanecer constantemente en la incertidumbre que paralizaba todos los progresos y aumentaba las cargas de la Francia;» mandaba al Mariscal que cuidara con empeño organizar el ejército mexicano, para que se pudiera, en un tiempo dado, evacuar el país, pues aunque los americanos, á pesar de su jactancia no entrarían en guerra con la Francia, aun hecho á un lado este peligro se debía considerar el estado en que dejarían á México al retirarse. *«Es necesario que el Emperador Maximiliano com-*

ser violenta é incondicional, siendo de notar que desde meses atrás, según lo había ofrecido el Emperador Napoleón, hubiese comenzado el regreso parcial del ejército expedicionario.

Ya á principios de Noviembre, el gobierno de los Estados Unidos notificaba al de Francia, que no consentiría el envío de más tropas á México.

Era un hecho palpable, la imposibilidad en que estaba Maximiliano, de suplir con elementos propios los que proporcionaba la Intervención; organizar fuerzas nacionales y adquirir recursos para que continuara su marcha regular el gobierno, asuntos fueron que requerían más tiempo que el de que ya se disponía. Sobre todo, existía el peligro en la falta de recursos pecuniarios para hacer frente á obstáculos y dificultades que con urgencia reclamaban pronto remedio. ¿Era posible adquirirlos en el estado de ruina en que se hallaban el país y el Imperio?

Ninguno de los proyectos formados para dar organización al ejército mexicano había sido ejecutado, por lo tanto, el Imperio estaba sin tropas nacionales, y aún jefes tan adictos cual D. Juan Vicario habíanse disgustado, sin solicitar como éste el indulto que le concedió Maximiliano. El apoyo del ejército francés era cada día más necesario. Aun sin accidentes fortuitos, la vida del gobierno monárquico concluiría desde el instante mismo en que se ejecutaran al pie de la letra, las cláusulas de la Convención de Miramar relativas á la retirada de las tropas francesas.

Tan deleznable situación no podía sostenerse; en consecuencia, Maximiliano se dirigió al gobierno de Francia, pidiendo que se reformara aquel convenio, firmado en los días de entusiasmo y al calor de perspectivas tan bellas como ilusorias; proponía aplazar toda reducción del ejército expedicionario en México y al mismo tiempo quería que Francia lo pagara y subviniera á los gastos de las expediciones que emprendieran las tropas francesas, proposiciones que fueron rechazadas. Las hacía Maximiliano precisamente en los días en que se recibió aquí con marcado disgusto á Mr. Langlais y cuando virtió ciertas frases imprudentes el ministro de Estado, Sr. Ramírez. Refiriéndose á esta política el ministro de la guerra francés, en carta dirigida á Bazaine, decía: «que en las altas regiones del Imperio mexicano se dibujaban la ingratitud y la desconfianza hacia la Francia, ya hiriéndola en un discurso pronunciado por Ramírez en solemnes circunstancias, ya en la acogida casi injuriosa hecha á un delegado del gobierno francés, *«encargado de poner orden en esta caverna de dilapidaciones de la fortuna pública»* y también desconociendo los servicios que las tropas expedicionarias daban diariamente. Consideraba peligrosa esa actitud del gobierno mexicano y *«no podía menos que desilusionar cada vez más al país que hacía incesantes sacrificios por una causa que acabaría por perder toda apariencia de nacionalidad.»*

Influía en esta predisposición del gobierno francés el general en jefe, soportado por Maximiliano y los suyos en fuerza de la necesidad. A Bazaine le pedía su gobierno noticias acerca de los funcionarios del país, diciéndole que se dirigía á él porque poseía profundo conocimiento de los hombres y de las cosas de México.

No faltó quien aconsejara lealmente á Maximiliano una oportuna retirada. El antiguo ministro de Juárez, D. Jesús Terán, que se había radicado en Berna desde hacía algunos años, envió una carta al Archiduque, por intermedio del barón de Pont, invitándole á que se retirara de México. Ya el Sr. Terán había ido el año de 1863 á Miramar y esforzádose en apartar á este Príncipe del pensamiento de aceptar la corona de México, asegurándole que la situación no era como se la pintaban. Ahora le decía en la carta, que su permanencia en México era precaria y que le convenía retirarse de aquí antes que la fuerza de las cosas le obligara á ello. Ofrecía el Sr. Terán influir cerca del Sr. Juárez, para sacar al Archiduque del embarazo en que se hallaba, y para economizar desgracias á México; procuraría obtener de Juárez un tratado honorífico para los dos partidos; pero urgía que esto se hiciera antes que los Estados Unidos interviniesen, pues entonces ya sería muy tarde. Las ilusiones concebidas en Miramar, debían haberse disipado; crecía la falta de estabilidad del Imperio, y no estaba lejano el día en que el desafecto penetrase en toda la población; hacía el Sr. Terán notables consideraciones y aseguraba que tarde ó temprano habría una derrota y una expulsión, ¿y no era preferible retirarse tranquila y honrosamente? ¿había venido Maximiliano á México para hacer la felicidad del pueblo ó para sacrificarlo al precio de una corona?

En las graves frases de D. Jesús Terán, creyó ver Maximiliano la influencia de su hermano Francisco José, ejercida por medio de una diplomacia real y profunda. Aseguraba que su mayor deseo era tratar con Juárez; pero creía necesario que éste se decidiera á colaborar con él en la obra emprendida, *«que venga, dijo, á ayudarme sincera y lealmente, y será recibido con brazos abiertos como todo buen mexicano.»* No podía tratar de armisticio sin que hubiese enemigo digno, sino solamente bandas de bárbaros y bandidos, «consecuencia natural de tantos años de guerra civil.» «Un armisticio sería contrario á mis principios y á mis deberes» tal fué la respuesta dada por Maximiliano al barón de Pont.

Ya próximo á concluir el año de 1865, era visible que la dirección política y gubernativa del nuevo Imperio se mantenía en estado deplorable; la reorganización del ejército que con tanta parsimonia había sido tratada por el general Bazaine, era de nuevo ensayada por el gobierno imperial; pero en éste, como en los demás asuntos, los ministros procedían con suma lentitud, ocupándose hasta de los asuntos personales y de muchos detalles, de manera que entre los partidarios del Imperio se había establecido la apatía como regla de conducta, originada también de que no se encontraban hombres capaces y que á la vez inspiraran confianza; faltaba estímulo y nadie pensaba seriamente en salvar el Imperio, ni se hacía caso de la abnegación personal que en ciertos casos habían mostrado los Emperadores y algunos de sus adictos. Las tropas francesas encontraban desfavorablemente prevenidas á las autoridades mexicanas, á las que, además, faltaban las indispensables instrucciones para conducirse. Los oficiales franceses se disgustaban porque los funcionarios públicos no solamente yacían en la incuria,

sino que desalentaban á muchos que creían encontrar en el Imperio el remedio de los males públicos, y se temía que al fin todos serían arrastrados por la gran ola revolucionaria que, nacida en la frontera norteamericana se movía ya de Norte á Sur.

El dinero, nervio de la guerra y poderoso agente del orden y la paz, faltaba absolutamente; el gobierno de Napoleón no podía seguir sacrificando al pueblo francés; lo obligaba á esto de una manera incontrastable la opinión pública, que consideraba haberse hecho lo bastante con poner en las manos de un aliado cuarenta millones de pesos, provenidos de los dos empréstitos en los que, por el crédito y responsabilidad moral del Imperio francés, habían tomado parte suscritores engañados por halagüeñas y falsas perspectivas. Informes dados por Bazaine al ministro de negocios extranjeros, acabaron de destruir las ilusiones y el gabinete de las Tullerías resolvió que se derrumbara su obra, rehusando al finalizar el año de 1865 los recursos indispensables al sostenimiento del trono mexicano, ya agotado y con un déficit creciente, que implicaba la necesidad imperiosísima de buscarlos á todo trance.

En cuanto al ejército, no obstante que en el artículo 2º del tratado de Miramar, firmado por Maximiliano con pleno conocimiento del asunto, se estipulaba que el ejército francés había de reducirse á 25,000 hombres inclusa la legión extranjera, ese ejército ascendía aun á la cifra de 28,000 soldados, después de haber regresado á Europa la brigada del general L'Heriller que contaba cerca de cuatro mil cuatrocientos, y que cedió el lugar á la legión austriaca que llegó al duplo de este guarismo. La reorganización del ejército mexicano era asunto muy retardado, siendo de notar que continuaban alejados varios jefes principales que habrían podido llevarla á cabo, entre ellos el general Márquez.

Este general había salido el 16 de Noviembre de Constantinopla, acompañado del cónsul Sr. Haro, con dirección á Jerusalén. En su marcha fué recibido solemnemente por el virrey del Cairo y el cónsul mexicano en Alejandría. Llegado á Jerusalén el 6 de Diciembre, entregó los ricos presentes que enviaba Maximiliano para el Santo Sepulcro. Los comisionados mexicanos recibidos oficialmente por el gobernador Izet-Pachá, asistieron á varias ceremonias religiosas y á un banquete que les ofreció el Patriarca. (1)

Dispuso Maximiliano que se sometiera á juicio al coronel D. Manuel Ramírez de Arellano, acusado de haber presentado á la calificación documentos falsos, para aumentar en su hoja de servicios el tiempo que de ellos había de abonársele. El mismo Maximiliano designó el consejo de guerra que fué presidido por el

(1) El general Márquez estableció desde luego el consulado, á cuya entrada se pusieron las armas del Imperio mexicano y en un trono dispuesto al efecto en la sala, los retratos de Maximiliano y Carlota bajo dosel. Después fué la recepción oficial, en la que se le entregó al Patriarca la gran Cruz de Guadalupe y se le anunció una cuantiosa limosna anual; el Sr. Pedro Haro le entregó la custodia, el cáliz y patena que le enviaban los Emperadores de México y cuyos objetos fueron estrenados el 12 de Diciembre en la festividad hecha en nombre de la Virgen de Guadalupe.

general José Vicente Miñón y declaró culpable al acusado, quien algún tiempo después obtuvo indulto.

Retirado de los Estados Unidos D. Luis de Arroyo, fué nombrado por Maximiliano subsecretario del Despacho de Negocios Extranjeros. Se dispuso la creación de dos tenientes de alcalde para el municipio de México, dotando con mil doscientos pesos anuales cada uno y designó el Emperadoral Sr. Juan Olloqui subprefecto del distrito de Orizaba. Decretó la concesión del camino de fierro entre Veracruz y Puebla por Jalapa, y estando de paseo en Chalco, aprobó la lista de los magistrados que habían de componer el Supremo Tribunal de la Nación.

Conforme á los gustos de Maximiliano, salió de México en la mañana del 14 de Octubre, acompañado de algunos ministros, con objeto de visitar el desagüe de Huehuetoca y estuvo en Cuautitlán y la hacienda de Cuamatla.

No obstante la falta de elementos consistentes para la estabilidad del gobierno, en el mes de Noviembre hizo publicar Maximiliano diversas leyes orgánicas que fueron muy aplaudidas por los adictos al Imperio, (1) trataban de la división de los ministerios, de las labores pertenecientes á cada uno, y de la reforma del decreto relativo á las precedencias de las dignidades imperiales, del arreglo de la jurisdicción contenciosa administrativa, y de otros asuntos que se referían á la organización del gobierno. (2)

La ley relativa á los trabajadores del campo, distó mucho del carácter y las tendencias del proyecto presentado algunos meses antes por la junta protectora de las clases menesterosas, y no introdujo novedad alguna perjudicial á los propietarios, quedando libres amos y sirvientes para rescindir el mutuo contrato, sin daño de la otra parte; estaba el operario en libertad de gastar ó no su jornal en la tienda de la finca; los propietarios fueron amparados en sus créditos; los padres no podían empeñar á los hijos, ni éstos eran responsables de las deudas de aquellos, sino en cuanto lo permitiesen los bienes heredados; quedaron abolidos los tra-

(1) El Diario del Imperio publicó en Diciembre las leyes reglamentarias del Estatuto Orgánico; en ellas se definía la naturaleza, los derechos y obligaciones de los habitantes del Imperio, de los mexicanos y de los ciudadanos; declarábase cuales eran las festividades nacionales expresando el modo de celebrarlas; explicó los derechos y obligaciones de los trabajadores del campo y de los propietarios agrícolas respecto de los mismos trabajadores; se reglamentó el registro del estado civil en el Imperio, y la manera de dirimir las diferencias sobre tierras y aguas entre los pueblos.

(2) Mi querido Ministro de la Casa Imperial:—Habiéndose publicado en ocho tomos las leyes y reglamentos relativos á la organización política, judicial y administrativa del Imperio, cuyos tomos se irán aumentando sucesivamente según emanen nuevas leyes y reglamentos que sean necesarios á la buena administración en sus diferentes ramos, vd. tomará sus disposiciones para que cada ley ó reglamento que salga del Ministerio de su cargo, sea impresa y publicada en la misma forma, carácter y tamaño de las que componen los ocho tomos referidos, para que haciéndose lo mismo en cada Ministerio, se pueda cada uno ó dos meses coleccionar lo publicado en nuevos tomos, completando así todo lo que emane del Gobierno para la legislación.—Su afectísimo, *Maximiliano.*—Palacio de México, Noviembre 30 de 1865.

bajos corporales y se dictaron algunas otras disposiciones relativas al asunto, entre ellas la obligación de establecer en las haciendas escuelas de primeras letras.

La ley que reglamentó el registro civil, prohibía á los párrocos unir en matrimonio á quienes no se hubiese unido ante el alcalde, disposición que invadía la jurisdicción eclesiástica y dificultaba las uniones matrimoniales en artícnlo de muerte. Por el acto civil no quedaban los contrayentes exentos de contraer el matrimonio conforme á las prescripciones religiosas; los matrimonios en que ya había mediado el sacramento, estaban fuera de las disposiciones de la ley en lo relativo á la nulidad y divorcio, en cuyas materias correspondía conocer á la autoridad eclesiástica. El Estado consideraba uniones concubinarias, los matrimonios no celebrados con arreglo á las prevenciones de la ley. Sobre asuntos que parecerían de menor importancia también se expidieron reglamentos imperiales, según se vió en lo relativo á la escarapela que habrían de llevar las servidumbres de Palacio y de los altos funcionarios de la Corte. (1)

También las fiestas celebradas en la Corte parecían á veces encubrir la debilidad mortal del Imperio. El 4 de Noviembre, día del santo patrono de la Emperatriz, tuvo verificativo en Palacio la función preparada para celebrar aquella fiesta. A las ocho de la noche salieron los Emperadores de sus aposentos y se dirigieron al salón del teatro formado en el departamento de las guardias.

Deseando Maximiliano levantar en México el arte dramático, de la postración en que se hallaba, resolvió establecer un Teatro Nacional que fuera á la vez escuela práctica de declamación y plantel para la juventud que se dedicara al arte. Fué designado en el mismo palacio imperial un sitio para ello, y encomendó á

(1) Maximiliano, Emperador de México.—Tomando en consideración lo consultado por nuestro Gran Maestro de Ceremonias, decretamos:

Art. 1° Unicamente la servidumbre de Palacio y la de los funcionarios mencionados en este decreto, podrán usar la escarapela nacional.

Art. 2° La de la servidumbre de Palacio será convexa y con flama, llevando en el centro la corona imperial.

Art. 3° Portará la escarapela plana, sin flama y con botón de escudo nacional en el centro, la servidumbre de los funcionarios que á continuación se expresan:—1° Gran Mariscal de la Corte.—2° Presidente del Consejo de Estado.—3° Ministros.—4° Jefes de misión en el extranjero.—5° Grandes dignatarios de la Corte.

Art. 4° Las autoridades y agentes de policía harán guardar á los funcionarios que gozan de este distintivo, las consideraciones de respeto y honor debidos á su rango Los reglamentos de policía determinarán las que les corresponden en concurrencias públicas, y los de Palacio las que pueden disfrutar en él.

Art. 5° Los que permitieren á su servidumbre portar este distintivo sin tener derecho á él, incurrirán en las penas que imponen las leyes á los que usan ó se atribuyen honores públicos que no les corresponden.

Nuestro Ministro de la Casa Imperial queda encargado de hacer cumplir y ejecutar este decreto, por medio de las autoridades respectivas.

Dado en México, á 1° de Noviembre de 1865.—*Maximiliano.*—Por el Emperador, el Ministro de la Casa Imperial.



Don José Zorrilla.

Habiendo resuelto el Emperador Maximiliano crear en México un Teatro Imperial, dirigió el 13 de Octubre de 1865 una carta á su Ministro de Gobernación, manifestándole tal propósito. Encargado de desarrollar el proyecto el célebre poeta español, dirigió la construcción del teatro interino, en uno de los salones del Palacio imperial, inaugurándolo con su drama titulado "Don Juan Tenorio," y se afanó en que los artistas estudiaran y ensayaran cuidadosamente los respectivos papeles. En la inauguración leyó el Sr. Zorrilla, en el escenario, dos poesías escritas para aquel acto y dedicadas á los emperadores Maximiliano y Carlota.

bajos corporales y se dictaron algunas otras disposiciones relativas al asunto, entre ellas la obligación de establecer en las haciendas escuelas de primeras letras.

La ley que reglamentó el registro civil, prohibía á los párrocos unir en matrimonio á quienes no se hubiese unido ante el alcalde, disposición que invadía la jurisdicción eclesiástica y dificultaba las uniones matrimoniales en artícnlo de muerte. Por el acto civil no quedaban los contrayentes exentos de contraer el matrimonio conforme á las prescripciones religiosas; los matrimonios en que ya había mediado el sacramento, estaban fuera de las disposiciones de la ley en lo relativo á la nulidad y divorcio, en cuyas materias correspondía conocer á la autoridad eclesiástica. El Estado consideraba uniones concubinarias, los matrimonios no celebrados con arreglo á las prevenciones de la ley. Sobre asuntos que parecerían de menor importancia también se expidieron reglamentos imperiales, según se vió en lo relativo á la escarapela que habrían de llevar las servidumbres de Palacio y de los altos funcionarios de la Corte. (1)

También las fiestas celebradas en la Corte parecían á veces encubrir la debilidad mortal del Imperio. El 4 de Noviembre, día del santo patrono de la Emperatriz, tuvo verificativo en Palacio la función preparada para celebrar aquella fiesta. A las ocho de la noche salieron los Emperadores de sus aposentos y se dirigieron al salón del teatro formado en el departamento de las guardias.

Deseando Maximiliano levantar en México el arte dramático, de la postración en que se hallaba, resolvió establecer un Teatro Nacional que fuera á la vez escuela práctica de declamación y plantel para la juventud que se dedicara al arte. Fué designado en el mismo palacio imperial un sitio para ello, y encomendó á

(1) Maximiliano, Emperador de México.—Tomando en consideración lo consultado por nuestro Gran Maestro de Ceremonias, decretamos:

Art. 1º Unicamente la servidumbre de Palacio y la de los funcionarios mencionados en este decreto, podrán usar la escarapela nacional.

Art. 2º La de la servidumbre de Palacio será convexa y con flama, llevando en el centro la corona imperial.

Art. 3º Portará la escarapela plana, sin flama y con botón de escudo nacional en el centro, la servidumbre de los funcionarios que á continuación se expresan:—1º Gran Mariscal de la Corte.—2º Presidente del Consejo de Estado.—3º Ministros.—4º Jefes de misión en el extranjero.—5º Grandes dignatarios de la Corte.

Art. 4º Las autoridades y agentes de policía harán guardar á los funcionarios que gozan de este distintivo, las consideraciones de respeto y honor debidos á su rango Los reglamentos de policía determinarán las que les corresponden en concurrencias públicas, y los de Palacio las que pueden disfrutar en él.

Art. 5º Los que permitieren á su servidumbre portar este distintivo sin tener derecho á él, incurrirán en las penas que imponen las leyes á los que usan ó se atribuyen honores públicos que no les corresponden.

Nuestro Ministro de la Casa Imperial queda encargado de hacer cumplir y ejecutar este decreto, por medio de las autoridades respectivas.

Dado en México, á 1º de Noviembre de 1865.—*Maximiliano.*—Por el Emperador, el Ministro de la Casa Imperial.



Don José Zorrilla.

Habiendo resuelto el Emperador Maximiliano crear en México un Teatro Imperial, dirigió el 13 de Octubre de 1865 una carta á su Ministro de Gobernación, manifestándole tal propósito. Encargado de desarrollar el proyecto el célebre poeta español, dirigió la construcción del teatro interino, en uno de los salones del Palacio imperial, inaugurándolo con su drama titulado "Don Juan Tenorio," y se afanó en que los artistas estudiaran y ensayaran cuidadosamente los respectivos papeles. En la inauguración leyó el Sr. Zorrilla, en el escenario, dos poesías escritas para aquel acto y dedicadas á los emperadores Maximiliano y Carlota.

personas competentes el proyecto de reglamento. La construcción del teatro avanzaría según lo permieran las circunstancias; pero desde luego quiso Maximiliano que en la noche del 4 de Noviembre, día del santo patrono de la Emperatriz, tuviera verificativo la primera representación para la Corte, en el teatro provisional levantado para el objeto en uno de los salones del palacio, y encargó al poeta español D. José Zorrilla, la dirección de ese teatro que inauguraría con una de sus piezas dramáticas.

La música tocó la *Fanfare* de Rossini, dedicada al Emperador; en seguida el célebre poeta Zorrilla, leyó unos versos cuyo manuscrito puso en manos de Maximiliano. Cinco minutos después comenzó la representación de la primera parte del drama del mismo Zorrilla, intitulado «D. Juan Tenorio,» ejecutado por actores y actrices del Teatro Principal. Concluído el drama, y previo el permiso, volvió al escenario el Sr. Zorrilla, y colocado en medio de los artistas que habían tomado parte en la representación, y que tenían todos en la mano un ramo de pensamientos, leyó otra poesía titulada: *La corona de pensamientos. Galantería poética á S. M. la Emperatriz.* Terminada la lectura, rodearon los artistas al Sr. Zorrilla y tejieron instantáneamente con los pensamientos que tenían en la mano, una corona que el poeta puso en manos de la Emperatriz, en nombre del arte dramático mexicano. Los Emperadores felicitaron al Sr. Zorrilla, y con esto terminó, poco antes de las once, aquella función que tuvo el carácter de inauguración del Teatro Nacional que Maximiliano se proponía establecer.

El día del santo de la Emperatriz Eugenia, también fué celebrado con *Te Deum* en Catedral, concurriendo al acto el Mariscal Bazaine y su esposa, los jefes y oficiales del cuerpo expedicionario, multitud de franceses residentes en la capital, y un número regular de mexicanos. El ministro de Francia no pudo asistir por estar enfermo, y se hizo representar por los empleados de la Legación, así como Maximiliano por el gran Mariscal de la Corte, el gran maestro de ceremonias y el gran chambelán de la Emperatriz. Formaron valla destacamentos de los cuerpos de la guarnición, entre ellos el 81 de línea.

Maximiliano dispuso quedara suprimida la Universidad de México, lo cual fué un motivo más para dificultar el concordato con la Sede Pontificia. En efecto, la Universidad de México fué debida al mutuo acuerdo entre el gobierno y la Corte de Roma, y su extinción no podía contribuir á allanar las diferencias para un arreglo, cuya necesidad reconocía y proclamaba el mismo Maximiliano.

El viaje de los Emperadores á Yucatán se había estado anunciando, y aun se dió por seguro que la Emperatriz había desistido del proyectado á Bruselas, prefiriendo visitar la Península, ver por sí misma los adelantos y calcular el porvenir de que era susceptible aquella parte del territorio mexicano, á donde primero había resuelto ir Maximiliano, impidiéndoselo la conducta de Bazaine. El 6 de Noviembre salía de México la Emperatriz acompañada de dos de sus damas, y de otras personas, entre ellas el Sr. D. Fernando Ramírez deseoso de estudiar un país en el que podía aplicar sus conocimientos de anticuario; también

formaban parte de la comitiva los Ministros de España y Bélgica y el general Uraga.

En esos días sentíase fatigada la Emperatriz por la lucha con tantos y tan poderosos enemigos, y por las influencias perjuciales que rodeaban á Maximiliano. Para dar espansión al espíritu resolvió el viaje á Yucatán, sin que le arredraran las dificultades y peligros; quería tener el perfecto conocimiento de la situación y de las necesidades de aquella lejana comarca. Entonces sentía aumentar día por día sus decepciones y temía que al regresar á la capital, hubiesen los asuntos políticos empeorado y adquirido el malestar proporciones espantosas.

El citado día 6, á las tres de la mañana, dejaba á México la comitiva en viaje para Yucatán, Departamento que sentía reanimarse por haber llegado una colonia de 225 alemanes; pernoctó en Puebla el martes y el siguiente día llegó á Orizaba donde se detuvo dos días. También iban en la comitiva un capitán de Estado Mayor, el secretario de ceremonias, un capellán y un médico de la Corte. Un oficial superior llevaba el encargo de vigilar respecto de las disposiciones militares en el camino. La servidumbre imperial se componía de veinticuatro personas. Esta comitiva se dividió en dos secciones, saliendo una el día 5 con el Ministro de Estado.

Maximiliano acompañó á la Emperatriz hasta Río Frío; de allí regresó dejándola en marcha para Puebla y escoltada por el general Thun con un destacamento de caballería.

La Emperatriz, por el mal estado del camino, no logró llegar á Puebla sino hasta las diez y media de la noche; recibiéronla porción de personas con antorchas encendidas, las calles estaban iluminadas profusamente, y tocaban las músicas del cuerpo austriaco y del regimiento de Miguel López. Recibió en su alojamiento á las autoridades civiles y militares, y á una comisión de señoritas que fué á cumplimentarla. La comida se sirvió á las once. El día 7 visitó los establecimientos de beneficencia, y á la comida asistieron las autoridades de la ciudad y otras personas notables, entre ellas el Obispo de la Diócesis y el general Mendoza.

El siguiente día salió de Puebla y pernoctó en San Agustín del Palmar, donde repartió á los soldados austriacos varias medallas del mérito militar, acompañada de los generales Uraga y Thun, y el día 9 entró á Orizaba antes de las cuatro de la tarde, pasando entre arcos, al ruido de las músicas y las aclamaciones. Fué á residir en la casa del capitalista Sr. Bringas. En la noche hubo vítor de señoras y se cantó el himno nacional á toda orquesta. Ese mismo día era asaltada la diligencia que de Orizaba iba para Veracruz por ochenta guerrilleros.

El *Diario* del Imperio declaró que el viaje de la Emperatriz no era de recreo, sino con designio de hacer el bien de los pueblos, y dispuesto por el Emperador que no había podido ir también por estar ocupado en la elaboración de las leyes reglamentarias del Estatuto.

El día 12 salió la Emperatriz para Córdoba donde se le hicieron las mismas

demostraciones de lealtad y respeto que en otras partes; el 14 llegaba á Veracruz cerca de las cinco de la tarde, habiendo almorzado en Paso del Macho y allí la felicitaron el Prefecto Político y las comisiones en representación de la ciudad. El cuerpo de artesanos la ofreció un carro triunfal forrado de terciopelo y seda con franjas de oro, para conducirla desde la estación de Veracruz á su alojamiento. La Emperatriz aceptó la ofrenda. Entró á Veracruz en ese carro que le habían preparado, acompañada de las señoras que formaban la comisión de las damas veracruzanas, encargada de felicitarla; tiraban del carruaje porción de individuos del pueblo, y al pasar por la parroquia descendió la Emperatriz para asistir al *Te Deum* que estaba preparado. En seguida pasó al palacio municipal donde se alojó. Cuando terminó la comida se asomó al balcón para presenciar los juegos de luz, los fuegos artificiales y los varios globos que fueron elevados, uno especialmente dedicado á ella. A la una de la noche un coro de niñas cantó á toda orquesta, en la calle lateral y á la luz de gruesos hachones de cera que llevaban varios particulares, un himno dedicado á la Emperatriz. Al siguiente día hubo concierto y suntuoso sarao, en el que bailó la cuadrilla de honor con el prefecto Bureau. La Emperatriz visitó el pueblo de Medellín, y las obras para la introducción del agua potable de Jamapa. Había resuelto embarcarse el día 18; pero un fuerte norte le impidió verificarlo, no pudiendo darse á la vela sino hasta el día 20 á las ocho y media de la mañana, vitoreada por la multitud de individuos que iban en más de sesenta lanchas y la acompañaron á bordo del «Tabasco» escoltado por el «Dandolo.» Poco antes dirigió una carta al Prefecto Bureau, dando las gracias á los habitantes de Veracruz, por el recibimiento que le hicieron y le envió mil pesos para distribuirlos entre las personas más necesitadas.

La travesía fué más larga de lo debido y muy molesta, por estar la mar picada á causa del fuerte norte que había soplado los días anteriores, y ofreciendo el vapor, relativamente pequeño, pocas comodidades, casi toda la comitiva se mareó. El día 22 anclaba el «Tabasco» en Sisal, á la una y media del día; fué recibida la Emperatriz por el Comisario Imperial y las autoridades militares de la 7ª División; en el muelle la felicitaron varias comisiones, una de ellas de señoras y otra del clero; las autoridades de Mérida, los empleados y multitud de espectadores la saludaron con demostraciones de entusiasmo. El chambelán Peón de Regil ejercía sus funciones desde su llegada á bordo.

Las demostraciones de adhesión y entusiasmo en el recibimiento hecho en Yucatán á la Emperatriz, superaron á todas las verificadas en otros lugares. Desde Sisal hasta Mérida se le ofreció una continuada ovación.

La comitiva imperial se puso en marcha para Mérida á las tres y media de la tarde. En Hunucmá se presentó otra comisión de señoras, también de Mérida, y saludaron á la Emperatriz las autoridades locales y el párroco; visitó la iglesia; invitó á su mesa á las señoras de la comisión y á otras personas, y se retiró á descansar. Entró á Mérida el día 23 á las diez de la mañana, en carretela abier-

ta y fué recibida con ruido atronador de vivas, aclamaciones, músicas y cohetes. La ciudad estaba lujosa y elegantemente adornada con cortinas en las puertas, ventanas y balcones de los edificios; en las calles se levantaron arcos triunfales con los nombres de los Monarcas. En la catedral asistió la Emperatriz al *Te Deum* cantado para celebrar su llegada; era detenida á cada paso por comisiones que la felicitaban á nombre de los pueblos y el entusiasmo y el alborozo estallaban por todas partes, apareciendo que la Soberana se encontraba entre los adictos más apasionados y más decididos del trono. Ese día invitó á su mesa á las autoridades del Departamento á y otras muchas personas; á todos los que le dirigieron la palabra les contestó con frases benévolas y dictó una alocución dirigida á los habitantes de la Península. (1)

El día siguiente al de su llegada á Mérida, visitó la iglesia de la Mejorada y por la noche le fué ofrecida una serenata organizada con gran número de señoras, caballeros y la república de indígenas con hachones encendidos, siendo la música excelente. La Emperatriz salió al balcón é hizo entrar á su residencia á los manifestantes.

El quinto día tuvo verificativo el gran sarao con que ella obsequió á la sociedad meridana. Otra noche concurrió á un baile de mestizas, donde una de estas al ofrecerle una corona de flores, le dirigió frases de aliento y de cariño.

Visitó la exposición de objetos naturales é industriales en el palacio municipal, y apadrinó la bendición de la fábrica de tejidos "La Constancia." Dió dos mil quinientos pesos para establecer una escuela gratuita para niñas; tres mil para las enfermerías del hospital general; igual cantidad para repartirla entre los pobres; mil para concluir la verja del atrio de la catedral, y doscientos para las monjas concepcionistas é igual cantidad para la Casa de Beneficencia. Nombró varias damas de Palacio, y chambelanes á D. Arturo Peón y D. Joaquín González y Gutiérrez. Permaneció en Mérida doce días, contenta con las demostraciones afectuosas de que era objeto. Fué de notarse que el día 27 de Noviembre, cuando con más solemnidad y entusiasmo eran celebradas las fiestas ofrecidas á la Emperatriz, los indígenas sublevados derrotaban á los imperiales mandados por el coronel Rafael López en Sahcabá cerca de Tixcacalcupul. Aquel coronel fué sometido á un Consejo de Guerra. Pocos días después atacaron seiscientos sublevados el pueblo de Senotillo y fueron rechazados por la corta guarnición de cuarenta hombres unida al vecindario. Algunos miembros de la comitiva imperial enfermaron de vómito, muriendo en Campeche el mayor Gunner, director del Chambelanato.

(1) Yucatecos: Mucho tiempo ha que deseábamos venir á estudiar vuestras necesidades y penetrarnos de vuestros deseos. Impedido el Emperador de poder cumplir con tan grata tarea, me ha mandado hacia vosotros para saludaros cordialmente. Muy dichosa soy en hacerlo, y de todo corazón os digo, que el mayor sentimiento del Soberano es, y será, no estar aquí presente para manifestaros cuanto os ama y lo sentirá tanto más, cuando le comunique conmovida, la entusiasta recepción que me habéis hecho. ¡Viva la Península yucateca! ¡Viva esta tierra de tanto porvenir para la Nación!

La Emperatriz derogó la ley de recluta en aquella Península y por este hecho le dió las gracias una diputación del Ayuntamiento. En los doce días que permaneció en Mérida, recibió demostraciones cariñosas que la hicieron olvidar los disgustos y tristezas de la capital.

Largo y cansado sería referir la multitud de adornos más ó menos artísticos que se idearon tanto en Sisal como en Mérida para la recepción, baste decir que en ese puerto formaron los empleados de la aduana una calle desde el muelle hasta la casa de D. Alberto Morales, donde se alojó la Emperatriz, y que en Mérida por muchas partes se vieron arcos, cortinas y gallardetes, al lado de otras muestras de adhesión, preparadas desde que el comandante Manuel Rodríguez llegó á Mérida acompañado del Presbítero Carrillo para anunciar al Comisario imperial la próxima visita de la Emperatriz. (1)

(1) A las diez y media de la mañana del 23 de Noviembre, el cañón de la fortaleza de San Benito, el repique á vuelo de todas las campanas, los cohetes y las aclamaciones, anunciaron que la Emperatriz había llegado á Mérida.

Una comisión del Ayuntamiento presidida por el alcalde municipal D. Angel Toledo, se presentó en la plaza de Santiago á ofrecerle las llaves de la ciudad, al pie de un arco rústico levantado por la municipalidad. También se presentó otra comisión de señoras á felicitar á la imperial viajera. Esta vestía traje blanco con guarniciones celestes y cubría su cabeza un sombrerillo negro con adornos también celestes, no se le veían joyas ni perlas que tanto le agradaban para el tocado. Después de las felicitaciones continuó en la carretela y se apeó en la plazuela de Jesús, donde la recibió una tercera comisión de señoras, y un grupo de niñas cantó en coro. De ahí fué á la Catedral acompañándola el Comisario Imperial y el comandante de la 7ª División territorial, y seguida por la comitiva que llevaba desde México. El clero presidido por el Administrador apostólico, D. Leandro R. de la Gala, la recibió en el atrio del templo; allí, arrodillada en almohadón de terciopelo carmesí besó el crucifijo que le fué presentado, y en seguida entró al templo bajo palio, cuyas varas llevaban los magistrados del Tribunal Supremo y los miembros del Consejo departamental. En la puerta del templo tomó el agua bendita que le fué ofrecida.

La Emperatriz se colocó en el presbiterio bajo un rico dosel que se le tenía preparado y se arrodilló en el acto de descubrir al Sacramento; oyó el *Te Deum* compuesto expresamente para aquel día por el profesor yucateco D. Jacinto Cuevas y concluido el cántico se dirigió á pie, con toda la comitiva á la habitación que se le tenía preparada, donde fué recibida con lluvia de flores, cintas y versos, repetidos vítores y una música militar. Minutos después se presentó en el salón, y en pie, teniendo á su izquierda al Comisario imperial, oyó la felicitación que le dirigió el Prefecto Político, formando dos alas los generales, jefes y oficiales y los empleados civiles de la administración pública. Al terminar el acto, la Emperatriz vitoreó al pueblo de Yucatán. Después se presentó en el balcón principal de su morada, recibiéndola con aplausos la multitud. En seguida fué servido el almuerzo, al que concurrieron varias señoras de las comisiones, las autoridades principales y dos vocales del Ayuntamiento.

Al siguiente día 24 visitó el hospital de San Juan de Dios, el convento de las concepcionistas y la casa de Beneficencia, siguiéndola por todas partes grupos de personas que poblaban el aire con aclamaciones de entusiasmo, y de los balcones arrojaban sobre el carruaje de la Emperatriz ramos de flores naturales y artificiales. El día 25 visitó las escuelas y liceos y se le ofreció un gran baile en el palacio del gobierno; el 26 tuvieron verificativo los fuegos pirotécnicos preparados con mucha anticipación. En una carta dirigida á la Sra. de Salazar, demostró la Emperatriz sus sentimientos de afecto á las señoras que intervinieron en los preparativos de la recepción. En el baile tuvo por compañero en la cuadrilla de honor al ministro de Bélgica. El domingo oyó misa en la catedral y por la tarde asistió al paseo; también visitó la ciudadela de San Benito y el mercado público; siempre que salía ó entraba á su residencia encontraba quien la aclamara y en las calles le arrojaban ramilletes y flores sueltas. Los artesanos de Mérida, en número de cerca de mil, presididos por D. José D. Baledón, la felicitaron y después desfilaron ante ella.

La real viajera dejó á Mérida el día 5 de Diciembre; estuvo en las ruinas de Uxmal y siguió para Campeche, el sábado 9 de Diciembre á las cuatro de la mañana, dejando allí al arqueólogo D. José F. Ramírez y llegó á Becal para almorzar, alojándose en la casa del señor Cura Hurtado de Mendoza. Por la tarde continuó su marcha para Kalkiní, donde pernoctó; siguió por Halachó y Hecelchacan, quedándose en Tenabo, donde la encontró una comisión presidida por D. Nicolás Dorantes y Avila, y también se le presentó otra comisión de señoras. A las cuatro de la mañana del 11 continuó su viaje y en la hacienda de Río Verde, á tres leguas de Campeche, la recibió una comisión de las principales señoras del puerto. La Emperatriz se bajó del coche para oír la felicitación que le dirigió la esposa del Prefecto del Departamento. Después de contestarla prosiguió su marcha y á las diez de la mañana llegaba á la quinta Orotoba donde la esperaba el Prefecto político acompañado de las autoridades. Un cacique pronunció la alocución preparada, y al pie de un arco triunfal la saludaron las autoridades, el Ayuntamiento y otra comisión de señoritas.

Desde ahí fué la Emperatriz á pie hasta la parroquia, donde la recibió el clero y se entonó el *Te Deum;* concluido este acto pasó á la casa que se le tenía preparada para habitación y recibió á las autoridades. (1)

El día 16 salió para el Carmen, dejando en Campeche 10,800 pesos para obras públicas y de Beneficencia. El siguiente á las ocho de la mañana, los disparos de artillería anunciaron á los habitantes de esa ciudad, que el vapor «Tabasco,» en el que iba la Emperatriz, se presentaba á la vista de la barra del puerto. El muelle, las orillas de la playa, las azoteas y todas las avenidas fueron cubiertas por la multitud de curiosos que ansiaban conocer á la Emperatriz. (2)

(1) Fué servido el almuerzo, al que invitó á varias señoras de la comisión y á las autoridades principales. Por la tarde dió la Emperatriz un banquete, al que concurrieron las notabilidades de aquel puerto. El día 12 asistió á la misa solemne cantada en honor de la Virgen de Guadalupe en la iglesia parroquial, pasando entre la valla que le formó la tropa desde el alojamiento hasta el altar mayor. En esa tarde hubo otra gran comida de cuarenta cubiertos, y en la noche la misma iluminación que la víspera, y á las ocho se presentó un vítor de señoras y señores á felicitar á la soberana. El día 13 visitó el hospital y la cárcel pública, acompañada del Comisario Imperial y por la noche concurrió al gran baile que le ofreció la ciudad en la casa de Gobierno, teniendo por pareja en la cuadrilla de honor al ministro de Bélgica, y en la segunda cuadrilla al Comisario Imperial: á las once de la noche se retiró; sin embargo, la diversión continuó hasta las dos de la madrugada.

El día 14 fué á Lerma, pueblo situado á una legua y media de Campeche; la recibieron con los vivas de costumbre y regresó á la ciudad á la hora del almuerzo; en la tarde visitó algunos establecimientos de instrucción pública y beneficencia. En ese día recibió á varios caciques que fueron después invitados á la mesa imperial. El día 15 ofreció un gran baile á los habitantes de Campeche.

(2) El muelle estaba vistosamente adornado; flotaban allí las banderas de México, Francia, España y Bélgica, entre arcos de ramaje de arbustos silvestres, con profusión de flores naturales. Al fondear el «Tabasco,» se dirigieron á su bordo en la falúa nacional, el Prefecto político D. Manuel Mª Sandoval y el comandante militar, D. José del Rosario Gil, con el cónsul de Bélgica D. Pedro Requena, para dar á la Soberana la bienvenida y felicitarla por su arribo á la ciudad. A las nueve de la mañana las salvas, los repiques á vuelo, los cohetes y las aclamaciones anunciaban que había desembarcado la Emperatriz. Esta pasó del muelle á la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen y de allí al Palacio de Gobierno donde fué alojada.

Fué saludada por el vapor de guerra francés "Brandon," por el pailebot Mérida y otros diez buques mercantes anclados en el puerto. Acompañábanla el Comisario Imperial de Yucatán y el Prefecto marítimo del departamento del Golfo, General D. Tomás Marín. Las autoridades pasaron á felicitarla á bordo del Tabasco y toda la comitiva bajó á tierra á las nueve de la mañana.

Recibidas las felicitaciones y hechas las visitas de costumbre á los establecimientos de instrucción y beneficencia, siguió para Veracruz, precipitando su marcha al saber la gravedad en que se hallaba el rey Leopoldo de Bélgica, su padre. (1)

Dejaba la Península con la misma úlcera que tanto la había debilitado: la guerra con los indios sublevados. El coronel D. Anacleto Sandoval, que guarnecía el fuerte «Carolina,» tuvo que rechazar el 6 de Diciembre un ataque de los indios, auxiliándole el teniente coronel Traconis, cuyo jefe con el Ligero permanente pasó en seguida á Tihosuco, para desde allí enviar hombres y víveres al coronel Sandoval.

El 17 del mismo mes se avistaba en Veracruz el vapor «Dandolo,» en el cual llegaba el Ministro de Estado con parte de la comitiva, precediendo en tres días al «Tabasco» que conducía á la Emperatriz. (2) No fué larga su permanencia en el puerto; el día 23 pernoctaba en Paso del Macho y continuó su marcha para Córdoba. El 25 llegó á Orizaba donde volvieron á manifestarle el mismo entusiasmo de que fué objeto el mes anterior. Después de tomar algún descanso, continuó su viaje para Puebla y México.

Maximiliano salió á encontrar á la Emperatriz, hasta cerca de San Martín Texmelúcan el día 30. Pernoctaron en Chalco el último día del año; de allí se dirigieron á Xochimilco y Cuernavaca, con objeto de ir á visitar la gruta de Cacahuamilpa.

Hubieran prolongado su permanencia en Cuernavaca á no haber tenido la noticia del fallecimiento de Leopoldo I acaecida el 1º de Diciembre en el casti-

(1) En Campeche nombró Damas de Palacio á las Sras. Josefa Cárdenas de Dondé y Nazaria Quintana de Méndez; chambelanes á D. Gaspar Trueba de Regil y á D. José Hilario Lavalle. Condecoró con la Cruz de San Cárlos á la Srita. Rafaela Montalvo; con la de Oficial de la de Guadalupe, al Prefecto Político Lic. D. Manuel Ramos, y con la de caballero al comandante militar, D. Felipe López Fajardo. Otras muchas personas fueron también condecoradas.

(2) El día 19, al oscurecer, entraba en la rada el "Tabasco" conduciendo á la Emperatriz; en el acto pasaron á bordo varias comisiones á felicitarla, entre ellas una de señoras; también se presentó á bordo la oficialidad francesa. El castillo de Ulúa, el muelle, la plaza de armas y el vapor "Dandolo" aparecieron iluminados, interviniendo en ello la marina francesa. Porción de botes sirvieron de escolta á la falúa en que la Emperatriz desembarcó; en el muelle le dió la bienvenida un orador popular, y la recibieron el presidente municipal, porción de funcionarios y particulares y otra comisión de señoras, todos alumbrando con hachas de cera; también se presentó el cuerpo de artesanos con el estandarte que dedicó á la Emperatriz, y en la carroza fué llevada á su alojamiento en el Palacio de gobierno.

La noche del 22 tuvo verificativo en la residencia imperial, el baile con que la Emperatriz correspondía al que los veracruzanos le dieron al pasar para Yucatán. Salió de ese puerto en la tarde del día 23 acompañada del Prefecto político y demás autoridades, empleados civiles y militares, continuando el Prefecto Bureau hasta Orizaba.

llo de Laeken, suceso que fué visto como presagio fúnebre, según se infiere de la alocución dirigida por Maximiliano al cuerpo diplomático y á las autoridades que fueron á manifestarle sus condolencias. Entonces parecía que aún podría dominar la situación y vencer los obstáculos. Los imperiales aseguraban que Maximiliano procuraba triunfar con la sola intención de hacer el bien, ó que perecería con honor; las ilusiones se conservaban con una energía tal, que se consideraba realizable la esperanza de que Juárez dejara su actitud intransigente y fuera á colaborar en la obra emprendida por el emperador de México, no obstante que Bazaine inscribía en el registro de las comunicaciones diarias, una nota en estos términos: "*por donde quiera se percibe inquietud por el porvenir, más bien bajo el punto de vista interior que el de una guerra extranjera.*" "*Todos se admiran de que no se proceda á organizar el país y que ninguna tropa mexicana lo proteja.*" Se espantan de la pobreza creciente de las cajas nacionales y los partidarios del Imperio se desalientan y se resfrían."

La noticia de la muerte del rey Leopoldo fué para la Emperatriz Carlota un golpe terrible, porque con su padre perdía el más grande de sus afectos y el mejor de sus consejeros. Durante varias semanas estuvo sumergida en su intenso dolor.

Poco después, al entregarse á sus ordinarias labores, se encontró en presencia de una situación desesperada; el Imperio, presa de enemigos, era abandonado por la Intervención, gran golpe moral que aumentó las indecibles tormentas con que luchaba el espíritu de la Emperatriz.

Después, un domingo á la once de la mañana, supo repentinamente que la embajada belga que había venido á participarle oficialmente la pérdida del rey belga y el advenimiento de Leopoldo II, había caído en una emboscada en Río-frío, yendo de viaje para regresar á Europa, y á la vez se le dijo que el primer secretario de la Embajada, el barón Huart, había muerto en ese asalto, y que el segundo secretario M. Marchal, estaba gravemente herido. Aun no se había repuesto del violento sacudimiento que le causó la muerte de su padre, y no pudiendo resistir á ese nuevo golpe, fué durante muchos días atacada de excitaciones nerviosas que presentaban todos los síntomas de la locura.

También aumentó sus disgustos el que varios oficiales belgas, de los prisioneros en Tacámbaro, publicaron una protesta contra la conducta seguida por el coronel Méndez, y una exposición al Cuerpo Legislativo de Bruselas, pidiendo que fuera retirado el contingente belga.

Con la embajada belga había llegado en el paquete francés, de regreso á México, el conde de Bombelles. Mala suerte corrió esa comisión enviada por el rey Leopoldo II, para anunciarle á Maximiliano su advenimiento al trono. Componían dicha comisión el general Foury, el barón d'Huart y otros dos belgas. El día 24 de Febrero (1866) era recibida oficialmente por la Emperatriz la Embajada con el ceremonial de estilo, poniendo en sus manos el general Foury, la carta de su soberano, al presentarle el personal de la comisión. Esta fué obsequiada con un banquete y un coleadero en Chapultepec, y otros convites dados por el Ministro de Relaciones en Palacio, precisamente cuando salía de la capital el barón de Saillard cuya venida sirvió de tema á tantas suposiciones.

El canje de prisioneros arreglado entre el Mariscal Bazaine y el general Vicente Riva Palacio, verificábase poco antes el 2 de Diciembre en Acuitzeo; quedaban á disposición de Riva Palacio todos los oficiales hechos prisioneros por el coronel De Potier, entre ellos el general Canto; los prisioneros habidos en Tacámbaro por Van der Smissen; los que hizo en Santa Ana Amatlán el general Méndez; todos los soldados prisioneros que estaban en Morelia; los generales Tapia y Ramírez; los prisioneros hechos en Oaxaca, residentes en Puebla; esos dos generales recibirían salvo-conducto para dirigirse á donde les conviniera. Presidiría el canje el capitán Bearnie, del regimiento belga, acompañándole el capitán D. Antonio Salgado con escolta de sesenta belgas y algunos ginetes mexicanos. Bazaine expediría á esos generales el salvo-conducto, al tener noticia de que el canje había tenido verificativo. Canjeados el 4 de Diciembre en Acuitzeo los prisioneros belgas, llegaron poco después á Morelia, muy decepcionados y deseosos tan sólo de regresar á Europa.

La revolución crecía á pesar de la derrota que sufrieron las fuerzas que sobre el puerto de Matamoros había conducido el coronel Escobedo. Extendíase robusta y poderosa en los Estados fronterizos, principalmente en el de Tamaulipas.

Las huestes republicanas que se retiraban del puerto de Matamoros, contaban pérdidas considerables; tres veces que intentaron el asalto fueron rechazadas, dejando más de cien muertos y doscientos heridos en su mayor parte acogidos en Brownsville y sesenta y dos prisioneros que fueron fusilados; un capitán y tres soldados norte-americanos perecieron en la horca por haberse descubierto que estaban comprometidos á entregar la plaza por dinero. (1)

Este nuevo rechazo de los republicanos fué un mérito más contraído por Mejía con los imperialistas. "L'Estafette" le dió el calificativo de primer general mexicano, y recordó que después de Márquez fué de los primeros que se unieron á la Intervención, respecto á la cual se sostuvo con lealtad, valor é inteligencia. La actividad y resolución de los que rodeaban al general T. Mejía, contribuyeron sobremanera al éxito que obtuvo en Matamoros. Se distinguió entre ellos D. Miguel de la Peña, que tuvo á su cargo el mando de uno de los fortines más importantes, y era á la vez redactor del *Monitor de la Frontera*. También fué oportuno el auxilio prestado por el vapor *Antonia* que condujo á Matamoros un destacamento de marineros franceses y una batería, auxilio que estuvo á punto de perderse, porque en el *Ranchito* atacó al buque una fuerza republicana y estando varado lo batieron á la vez por el lado de Texas, siendo necesario que saliese en su auxilio el *Eugenia*, cuyos dos buques fueron recibidos en Matamoros

(1) Murió el general Espinosa, segundo en jefe de los republicanos, y el general Galindo siendo heridos los generales Garza ó Hinojosa.

con entusiastas aplausos, en tanto que les dirigían de la otra banda gritos injuriosos, porque entre la fuerza de Mejía había una guerrilla de cerca de 500 confederados.

Los sitiadores se retiraron en grupos, yendo el más considerable rumbo á Camargo, sin temer á las fuerzas de la plaza, aunque habían sido frecuentes las cargas de caballería principalmente en el llano llamado de la Marcelina.

Siendo de consideración las bajas que constantemente habían sufrido los defensores de la plaza, les prestaron auxilio los vecinos extranjeros, presentándose armados doscientos franceses y algunos españoles y alemanes unidos á un grupo de artesanos; se organizaron así cuatro compañías de voluntarios mexicanos. Para cuidar la parte del río, se armó el vapor "Paisano" al mando de D. Anselmo García Rubio, secretario del general T. Mejía. Poco resultado dieron las proclamas que dentro de la plaza circularon, enviadas por los jefes Escobedo, Hinojosa, Canales y otros, llamando al lado republicano á los fronterizos y asegurándoles que pronto sería ocupado Matamoros por ellos.

Las pérdidas también fueron considerables por la parte de los defensores que tuvieron gran número de muertos y heridos; el coronel Peral estuvo á punto de perecer al caer herido su caballo y perdió sus dos asistentes. Constantemente tronaron los cañones de los fuertes laterales del río, principalmente la noche del día 28 y los siguientes, cubriéndose los sitiadores en zanjas enviaron á menudo, con dos piezas rayadas, balas y granadas que llegaron hasta los edificios de la población. Sin duda que en la retirada de Escobedo influyó la falta de subordinación de los jefes Cortina y Canales.

Bazaine prodigó á Mejía frases de congratulación; en una nota oficial, después de darle el dictado de «la segunda persona del Imperio,» encargó que procurase bajo todos conceptos, recoger documentos para acreditar que se había violado la neutralidad que debía existir entre dos pueblos vecinos, y recordó á Mejía que en la frontera tenía la doble representación del Emperador de México y del de los franceses. (1)

Para auxiliar á Matamoros, partieron de Veracruz, en buque francés, el 16

(1) Maximiliano dirigió una carta de gracias al general Mejía por la defensa de Matamoros y le contestó Mejía lo siguiente: "Señor, es un alto honor el que Vuestra Majestad se ha dignado dispensar á las tropas de mi mando y á mí especialmente, con las hermosas palabras de satisfacción expresadas en la carta imperial, fechada el 12 del presente mes.

"Defendemos, señor, en el recinto de Matamoros, los intereses más caros para los mexicanos. la independencia, la paz y el progreso, inseparablemente unidos al trono de Vuestra Majestad: Por eso pertenecen á Vuestra Majestad nuestras vidas y nuestras armas.

"Así lo manifesté personalmente al primer jefe del enemigo, que se atrevió á pedirme la ciudad confiada á nuestra custodia, y del mismo modo se lo hicimos comprender después con nuestros actos.

"Los auxilios en tropas y dinero que Vuestra Majestad se digna enviarnos, han llegado ayer felizmente á Matamoros. Los recibimos como la prueba más honorífica de la solicitud de nuestro Soberano.

"Respetuosamente soy de Vuestra Majestad Imperial muy obediente servidor.—Señor. *Tomás Mejía.*—A Su Majestad el Emperador Maximiliano.—México.—Matamoros, Noviembre 24 de 1865."



General Juan P. Humana,

Edecán del Emperador Maximiliano.

Entre otras comisiones desempeñó la de entregar al General Tomás Mejía, la condecoración por la defensa del puerto de Matamoros en Octubre del año de 1865, en cuya vez el Comandante de la escuadra francesa dió á Mejía el calificativo de "admirable."

con entusiastas aplausos, en tanto que les dirigían de la otra banda gritos injuriosos, porque entre la fuerza de Mejía había una guerrilla de cerca de 500 confederados.

Los sitiadores se retiraron en grupos, yendo el más considerable rumbo á Camargo, sin temer á las fuerzas de la plaza, aunque habían sido frecuentes las cargas de caballería principalmente en el llano llamado de la Marcelina.

Siendo de consideración las bajas que constantemente habían sufrido los defensores de la plaza, les prestaron auxilio los vecinos extranjeros, presentándose armados doscientos franceses y algunos españoles y alemanes unidos á un grupo de artesanos; se organizaron así cuatro compañías de voluntarios mexicanos. Para cuidar la parte del río, se armó el vapor "Paisano" al mando de D. Anselmo García Rubio, secretario del general T. Mejía. Poco resultado dieron las proclamas que dentro de la plaza circularon, enviadas por los jefes Escobedo, Hinojosa, Canales y otros, llamando al lado republicano á los fronterizos y asegurándoles que pronto sería ocupado Matamoros por ellos.

Las pérdidas también fueron considerables por la parte de los defensores que tuvieron gran número de muertos y heridos; el coronel Peral estuvo á punto de perecer al caer herido su caballo y perdió sus dos asistentes. Constantemente tronaron los cañones de los fuertes laterales del río, principalmente la noche del día 28 y los siguientes, cubriéndose los sitiadores en zanjas enviaron á menudo, con dos piezas rayadas, balas y granadas que llegaron hasta los edificios de la población. Sin duda que en la retirada de Escobedo influyó la falta de subordinación de los jefes Cortina y Canales.

Bazaine prodigó á Mejía frases de congratulación; en una nota oficial, después de darle el dictado de «la segunda persona del Imperio,» encargó que procurase bajo todos conceptos, recoger documentos para acreditar que se había violado la neutralidad que debía existir entre dos pueblos vecinos, y recordó á Mejía que en la frontera tenía la doble representación del Emperador de México y del de los franceses. (1)

Para auxiliar á Matamoros, partieron de Veracruz, en buque francés, el 16

(1) Maximiliano dirigió una carta de gracias al general Mejía por la defensa de Matamoros y le contestó Mejía lo siguiente: "Señor, es un alto honor el que Vuestra Majestad se ha dignado dispensar á las tropas de mi mando y á mí especialmente, con las hermosas palabras de satisfacción expresadas en la carta imperial, fechada el 12 del presente mes.

"Defendemos, señor, en el recinto de Matamoros, los intereses más caros para los mexicanos. la independencia, la paz y el progreso, inseparablemente unidos al trono de Vuestra Majestad: Por eso pertenecen á Vuestra Majestad nuestras vidas y nuestras armas.

"Así lo manifesté personalmente al primer jefe del enemigo, que se atrevió á pedirme la ciudad confiada á nuestra custodia, y del mismo modo se lo hicimos comprender después con nuestros actos.

"Los auxilios en tropas y dinero que Vuestra Majestad se digna enviarnos, han llegado ayer felizmente á Matamoros. Los recibimos como la prueba más honorífica de la solicitud de nuestro Soberano.

"Respetuosamente soy de Vuestra Majestad Imperial muy obediente servidor.—Señor. *Tomás Mejía.*—A Su Majestad el Emperador Maximiliano.—México.—Matamoros, Noviembre 24 de 1865."



General Juan P. Humana,

Edecán del Emperador Maximiliano.

Entre otras comisiones desempeñó la de entregar al General Tomás Mejía, la condecoración por la defensa del puerto de Matamoros en Octubre del año de 1865, en cuya vez el Comandante de la escuadra francesa dió á Mejía el calificativo de "admirable."

de Noviembre, las compañías 2ª y 5ª de cazadores austro-mexicanos con dos piezas de montaña, á las órdenes del teniente coronel Kodolich.

Los refuerzos que condujo la escuadra francesa, parecieron conjurar el peligro que correría Matamoros en otro sitio en regla que sufriera con asaltos y tentativas de sorpresa. En esa vez Mejía mostró actividad, energía y habilidad militar; la población extranjera, principalmente la francesa, le prestó eficaz cooperación.

Mucho se habló del auxilio más ó menos positivo prestado en la orilla norteamericana á los republicanos que atacaron á Matamoros; aclaró este asunto el *Herald* de Nueva York, al publicar algunas cartas fechadas el 26 de Octubre en Brownsville, en una de las cuales se lee: «El general Escobedo pidió esta mañana tiendas al general Weitzel para el uso de los heridos. Su solicitud fué atendida en bien de la humanidad. Los heridos liberales se hallan en su mayor parte, en esta orilla del río, habiendo sido conducidos á ella arriba y abajo de la ciudad. Nuestros cirujanos les están prestando toda clase de asistencia. El general Escobedo se presentó anoche al general Weitzel para darle las gracias por sus atenciones, respecto de los heridos de su ejército.»

El mensaje del Presidente Johnson, de fin de año, estuvo vago ó indeciso con respecto á la Intervención francesa en México; dejó vislumbrar amenazas aunque proponía la continuación de la política de neutralidad, ó más bien de ambigüedad sostenida por el gabinete de Washington, quedando á salvo su libertad de acción en lo futuro. Expresó la opinión de que, absteniéndose los Estados Unidos de intervenir en los asuntos europeos, las naciones del Antiguo Mundo debían abstenerse, á su vez, de intervenir en los de América, y que sería una gran calamidad que alguna potencia europea pusiera á los Estados Unidos en el caso de salir á la defensa del republicanismo; palabras que importaban una amenaza directa, después del nombramiento del general Logan, para ministro en la República Mexicana.

En Matamoros, el vapor «Antonia» fué objeto de varias tentativas de destrucción por parte de individuos que se apoyaban en la orilla izquierda del río Bravo. De la misma manera que el «Antonia,» se armaron otras dos embarcaciones, enviadas de Matamoros á la boca del río para transportar tropas.

En la margen izquierda, tejana, del Bravo, se notaba mucho la actitud de malevolencia hacia la Intervención y el Imperio, y se palpaba la connivencia más ó menos descarada con los republicanos, presentándola bajo la apariencia de asunto personal respecto á los oficiales que mandaban en Brownsville. Esta complicación era uno de los incidentes que hacía tiempo se preveía aparecerían en la Frontera, demostrando con toda claridad, que no convenía fiarse enteramente en las seguridades diplomáticas de Mr. Seward, ni en los mensajes indecisos del Presidente Johnson.

Pudo notarse que los cañones de los sitiadores procedían de los Estados Unidos y las bombas llevaban las marcas federales, lo mismo que todas las armas.

Sin recato se reclutaba para expedicionar en México, soldados en las mismas calles de Brownsville, siendo los enganches enteramente libres, al grado de ajustarse á veces por sólo veinticuatro horas; las proclamas de los juaristas se repartían en las calles sin el menor obstáculo.

Muchos soldados de un regimiento de Illinois, licenciados, se pasaron á los republicanos, con armas y bagajes. Un oficial federal llamado Mayers, mandaba algunos centenares de negros y blancos, en contra de los republicanos. Negros licenciados en apariencia, se alistaban inmediatamente, recibiendo una gratificación. Los Estados mayores americanos, bajo diversos pretextos enviaban carretas de municiones y víveres, por diferentes puntos del río á los juaristas. La *Estafette* se mostró indignada por esa protección é hizo responsable de ella al gobierno de los Estados Unidos, asegurando que la Francia sabría pedir cuenta y reparación del agravio.

A pesar del fracaso que sufrió la expedición que sobre Matamoros condujo el coronel Escobedo, Tamaulipas se consideró perdido para los imperiales.

Su situación no mejoraba, aun después del triunfo alcanzado en ese puerto por el general Mejía; solamente esta plaza de Matamoros y las de Tula y Tampico quedaban ocupadas firmemente por los imperialistas; todo lo demás del Departamento estaba á merced de los jefes Méndez, Bujanos, Castilla, Gómez, Vargas, Escobedo, Montiel, Mosso y otros muchos, que sacaban recursos de las haciendas. En Tampico dominó el jefe francés Carrere con una corta guarnición, y había invadido á Pánuco.

Este comandante superior de Tampico, hizo fusilar á varios individuos acusados de espías y agentes de los republicanos, contando entre los ejecutados al coronel Antonio González Rodríguez. Cerca de Tampico excursionaban los jefes Vargas y Castilla, en tanto que el coronel D'Ornano, del regimiento extranjero, reocupaba á Ciudad Victoria el 17 de Noviembre, oponiéndole los republicanos débil resistencia.

Cuando fué llamado á la capital el general Lamadrid, quedó en Tampico de comandante superior Mr. Langlais sosteniéndose con doscientos contraguerrilleros de Dupin. Los juaristas permanecieron á las puertas de Tampico, dejándose ver frecuentemente para cambiar con los de la plaza algunos disparos.

Ya toda la Huasteca se había levantado, y una buena parte de los jefes y soldados había ido á unirse con las fuerzas que asediaban á Tampico; á consecuencia de tal situación, alcanzaron entonces los artículos de primera necesidad, en ese puerto, precios fabulosos; se había retirado de allí la cañonera «Diligente» que tanto servía á los defensores del puerto. La caída de Tampico en poder de los republicanos, era ya solamente cuestión de tiempo, que fué corto. Los doscientos hombres de la contraguerrilla se concentraron en un fuerte con los residentes franceses, dejando la ciudad en poder de los republicanos que se apoderaron de la caja de la aduana. De Veracruz salieron algunas fuerzas francesas de desembarco para dar auxilio á los defensores del puerto. La guarnición mexicana del puerto se adhirió en parte á los republicanos y otra parte depuso las armas sin hacer resistencia; solamente la contraguerrilla intentó la defensa.

Por el Sur de Tamaulipas también desarrollaban su actividad los republicanos. El 21 de Noviembre había atacado en Altamira el guerrillero Castilla á un destacamento de veinticinco hombres, enviados el día anterior por el comandante superior de Tampico; al grito de ¡viva Méndez! rompieron el fuego y después de media hora se retiraron, sabiendo que iba en auxilio de los imperiales el teniente Pereyre con fuerza de franceses. El comandante Carrere había logrado que en Tampico se organizara la guardia estable. (1)

Por orden del general Douay permaneció en Ciudad Victoria el coronel D'Ornano con su sección, y marchó la contra-guerrilla á Tancasnequi. De tal manera estaban interceptados los caminos que conducían á Tampico, que causó sorpresa ver, á principios de Diciembre, arrieros con sus recuas en el puerto, pues hacía dos años y medio que no se presentaba allí esa clase laboriosa que se ocupaba en trasportar las mercancías al Interior.

Las fuerzas del coronel Méndez hostilizaban á Tampico, que fué reforzado con 160 hombres de la contra-guerrilla al mando de Dupin, quien en los momentos de embarcarse fué llamado á la capital del Imperio. De ese puerto salieron el 15 de Enero para Tancasnequi 105 hombres para reforzar el punto. En Tantoyuquita, dependiente de Tancasnequi, custodiaba los almacenes la compañía de cargadores al mando del capitán D. Julián Montamar; pero fué atacado, tomado y destruido ese establecimiento mercantil, por las fuerzas de Méndez, perdiéndose cerca de medio millón de pesos en mercancías allí depositadas.

A principios de Diciembre avanzaban fuerzas del jefe Canales sobre la villa de Bagdad, con objeto de apoderarse de ella. Situado este coronel en la villa de Mier, imponía constantemente préstamos á los vecinos y obligó á los comerciantes á que le pagaran las cuentas que tenían con varias casas del puerto de Matamoros. Las comunicaciones entre este puerto y Monterrey seguían cortadas por las guerrillas que ocupaban la mayor parte de las poblaciones, en las que eran tomados de leva todos los hombres útiles, armándolos con pistolas y carabinas de Sharps.

Al retirarse de Matamoros el jefe Escobedo, con dirección á Camargo por la

(1) Con motivo de los acontecimientos de Matamoros, expidió el comandante superior de Tampico, Pedro Carrere, una proclama en estos términos: "¡Tampiqueños.—Tengo la satisfacción de anunciaros que los bandidos, los aventureros y revolucionarios de profesión, son castigados severamente por las armas del Imperio, y especialmente las bandas de forragidos que se atrevieron á atacar la ciudad de Matamoros."

Insertó el parte que sobre este hecho de armas acababa de recibir de Mr. Cloué, comandante en jefe de las fuerzas nacionales del Golfo, refiriendo los acontecimientos ocurridos en aquel puerto; le decía: que él armó el vapor "Antonia;" que dos marineros franceses habían sido heridos gravemente; que en el "Allier" habían llegado 360 austriacos y que armó otros dos vapores; que los sitiados habían levantado el campo, yéndose una partida para Camargo y otra para Mier. En ese parte fué calificado el general Mejía de *admirable* por su energía, actividad y previsión.

vía de Cerralvo, expidió una proclama en la que aseguraba que había sido obligado en Matamoros á levantar el sitio por el mal tiempo.

Los republicanos se ocuparon en organizar sus fuerzas, después de la ocupación de Cadereyta, actitud que fué considerada por los imperialistas como señal de miedo.

En Presas fué batida el día 9 de Diciembre (1865) la fuerza que, salida de Altamira, se encontraba á las órdenes del comandante Pereyre. Habiendo llegado á ese lugar á las cuatro de la tarde con el fin de arreglar la sumisión de Francisco Almaguey, éste, que se había reunido con las partidas de Vargas y Castilla, en número de 180 hombres le atacaron; fué quemada una tienda contigua al cuartel donde estaban los imperiales, y comunicándose con este local el fuego, tuvieron que replegarse á la casa de la Sra. Raz de Quintero, que también incendió Castilla. Los imperiales, en esos momentos de terror y de conflicto, se atrincheraron en el cementerio que estaba rodeado de una tapia de piedra. Castilla fué matado en el combate, y el día 10 pudieron retirarse los imperiales para Altamira.

El oficial Veyret sorprendió al guerrillero Pedro Blanco, cerca de Santa Bárbara. El coronel Dupin, que tantos malos recuerdos había dejado en Tamaulipas, desembarcaba en Veracruz á principios de Enero de 1866 y se dirigía á San Luis Potosí, con designio de unirse á las fuerzas que allí estaban al mando de Douay.

Este general que residía en San Luis Potosí, se manifestó muy contento porque una contra-guerrilla sorprendió y derrotó en Mier y Noriega la fuerza de Onofre Escobar, y porque en seguida el propietario de la hacienda de San Ignacio, D. Gregorio Niño, fué á ponerse á disposición del comandante francés, con sesenta rancheros á caballo, lo cual se consideró como un indicio del espíritu que dominaba en las poblaciones rurales respecto á la Intervención y el Imperio.

Entretanto el Lic. D. León Guzmán, que militaba en las filas de la causa republicana, había aparecido el 10 de Noviembre frente á Monterrey, en calidad de enviado del coronel Treviño, manifestando que tenía orden de ocupar la ciudad; la respuesta fué que sería recibido á cañonazos. Algunos guerrilleros que se acercaron á Monterrey por el fortín Carlota, el 20 de Noviembre, fueron rechazados por las caballerías del general Quiroga. El general Jeanningros se movía por aquel rumbo desde el Saltillo, con mil hombres hacia diversas poblaciones de la frontera, lo cual se tuvo como inauguración de una nueva campaña. Al salir del Saltillo con una fuerte columna para Monclova, dejaba las demás tropas con orden de auxiliar á Monterrey en caso de que fuera atacada. Envió otra fuerza en auxilio de Parras y no perdió de vista á Cadereyta ocupada por el coronel Jerónimo Treviño, con quien fué á unirse el coronel Escobedo, procedente de los alrededores de Matamoros.

El día 22 intentaron los republicanos, en número aproximado á mil, el asalto á las cuatro de la tarde: lograron apoderarse de la Casa Blanca y penetrar en algunos cuarteles de la ciudad, pero retirada la guarnición á la Ciudadela, resistió todos los ataques. Sabedor de lo que acaecía, el comandante de L'Hayrie, salió del Saltillo para Monterrey, con 150 hombres del regimiento extranjero transportados en carros, caminando 25 leguas en veinte horas. También Jeanningros, que se hallaba en Salinas, llegó con una columna á Monterrey el día 25, tras una marcha de 36 leguas en dos días. Los republicanos se retiraron; pero alcanzó su retaguardia un escuadrón del 12º de cazadores y le hizo muchos muertos. Eran jefes de los asaltantes en Monterrey los coroneles Escobedo y Treviño; lo más reñido del combate fué al arma blanca en el río de la ciudad. Los republicanos iban bien equipados, vestían blusa roja, bota fuerte y paño de sol. Unos y otros fusilaban los prisioneros que hacían.

Al retirarse del sitio que puso á Matamoros el general Escobedo, resolvió atacar á Monterrey defendido por fuerzas al mando de Tinajero y de Quiroga, quienes salieron al encuentro de los republicanos acampados en el pueblo de Guadalupe á poco más de una legua de aquella ciudad; pero los imperiales fueron obligados á retirarse detrás de los baluartes artillados. Desde el día 22 hasta el 25 de Noviembre fué atacada la plaza con vigor, penetrando á ella la columna que condujo el coronel Naranjo, por el fortín que tenía el nombre de «Carlota;» el teniente coronel Garza Leal ocupó también el fortín del «Pueblo» y obligó á la fuerza que se extendía á lo largo de la muralla á replegarse precipitadamente á la plaza, aunque sin poder evitar que la alcanzara el general Rocha á la cabeza de sus dragones. Refugiáronse los imperialistas en la Ciudadela, y quedó la plaza á las cinco de la tarde en poder de los republicanos.

Auxiliada la Ciudadela, primero por fuerzas del Saltillo y después por el general Jeanningros que regresaba de Monclova, viéronse obligados á retirarse los republicanos. Los franceses habían llegado con tal sigilo y precaución, que cortaron todas las avanzadas republicanas, y Escobedo no tuvo noticia de los que lo atacaban, hasta que en la misma plaza de armas, en la oscuridad, una descarga hecha sobre él mismo le anunció la presencia del enemigo. Escobedo salió ileso, pero quedó separado de las fuerzas de Rocha y Treviño, á causa de haberse interpuesto los franceses; y habiendo éstos dos jefes atacado á los asaltantes, los obligaron á refugiarse en el cerro llamado del Obispado, de donde quisieron desalojarlos los republicanos, sin conseguirlo á causa de haber sabido que se acercaba rápidamente el general Jeanningros con ochocientos hombres en auxilio de la guarnición. Entonces se retiraron las fuerzas de Escobedo para Guadalupe, allí se dividieron en dos columnas, una se fué para el cerro de la Silla con las cargas y la otra por el camino real. Ambas fueron alcanzadas y batidas, retirándose los restos de la primera por Cadereyta.

Al ocupar la plaza de Monterrey el día 24 de Noviembre en la tarde, las fuerzas de Escobedo y Treviño, replegáronse á la Ciudadela y fuerte del Obispado las de Tinajero y Quiroga. Llamó la atención, á las cinco de la mañana del si-

guiente, en el centro de la ciudad, el vivo fuego de fusilería ocasionado por los 150 hombres con que el comandante de L'Hayrie había salido del Saltillo para auxiliar á Monterrey; esta fuerza había hecho alto en aquel fuerte, donde dejó 58 de sus hombres y con los restantes se dirigió al centro, sorprendiendo y dispersando á los republicanos; y regresó violentamente al fuerte que tenía por base de sus operaciones. A las tres y cuarto de la tarde aparecieron las fuerzas de Jeanningros, cuya caballería fué enviada en persecución de los que se retiraban. Esta columna venía de Villaldama y había caminado treinta leguas en treinta y dos horas.

Las hostilidades sobre Monterrey habían comenzado por escaramuzas con las fuerzas del coronel Quiroga hasta el día 23, en el que Escobedo, Treviño y Naranjo pasaron su cuartel general de Cadereyta á la villa de Guadalupe, distante una legua de Monterrey, y avanzaron seiscientos hombres sobre el fortín de la Casa Blanca, al Oriente de la ciudad; allí se trabó el combate que duró cuatro horas, retirándose unos y otros. Al siguiente día fué atacado el fortín «Carlota» que estaba al Norte; Quiroga quiso auxiliar el punto pero sus esfuerzos fueron inútiles, y los imperialistas tuvieron que concentrarse en la Ciudadela y fortín del Obispado, quedando la ciudad en poder de los republicanos hasta que llegó L'Hayrie el día 25 y se aproximó Jeanningros. En su retirada fueron seguidos los republicanos por la caballería francesa que les causó muchas pérdidas.

Las balas que de la Ciudadela arrojara Tinajero ocasionaron muchas desgracias, siendo más notables las ocurridas en la casa del alcalde municipal D. Francisco Garza Fonseca. Algunos dispersos que quedaron escondidos en las casas al retirarse Escobedo y sus fuerzas, fueron fusilados. Jeanningros representó al cuartel general, sobre la necesidad de conservar la guarnición francesa en Monterrey.

El malestar de esta ciudad volvió á agravarse, desde que tuvo el general Jeanningros nueva orden de evacuarla, quedando defendida solamente por fuerzas mexicanas, en cuya situación permaneció cerca de un mes, con motivo de haberla abandonado el regimiento extranjero. La alarma fué otra vez considerable, los negociantes extranjeros se mostraban resueltos á trasladarse con sus familias á sus respectivos países, y otros intentaban retirarse á la capital del Imperio; algunos comerciantes procuraban liquidar ó traspasar sus negociaciones; todos los carruajes disponibles quedaron tomados en los primeros días del mes de Diciembre. Los imperiales impusieron un préstamo de 60,000 pesos á doce comerciantes; pero faltaba numerario porque no se cumplía el pago de algunas libranzas giradas de Monterrey contra la Tesorería central, para cubrir anteriores suplementos hechos por el comercio. En el barrio del Roble quedaron deshabitadas casi todas casas, lo mismo que en el de las Tenerías, rumbos que más sufrían en los ataques á Monterrey y en los que causaba mayor estrago la artillería de la Ciudadela. En tres días expidió la prefectura cerca de

tres mil pasaportes. Quedó la ciudad cuidada otra vez por las fuerzas de Quiroga y Tinajero, habiendo hecho éstas abasto de víveres en la Ciudadela.

De Monterrey, Parras y otras poblaciones que iban siendo desocupadas por los franceses, se retiraban comerciantes y familias reuniéndose en el Saltillo.

El día 30 de Noviembre llegaba á esta ciudad un correo de Parras pidiendo auxilio; comunicada la noticia al General Jeanningros, dispuso que marcharan cien hombres del Regimiento extranjero, llevando en carros sus mochilas. Después se dirigiría á aquella villa el Jefe L'Hayrie. La villa de Viezca era ocupada á la vez por los guerrilleros. El 1º de Diciembre un repique á vuelo anunció en el Saltillo el regreso del comandante de L'Hayrie, con las tropas que auxiliaron á Monterrey; una comisión de extranjeros y mexicanos salió hasta una legua, para recibir y felicitar al comandante francés.

Con las fuerzas del Regimiento extranjero llegaron al Saltillo las autoridades de Monterrey. (1)

Al regresar al Saltillo el comandante de L'Hayrie, procedente de Parras, dejó en esta villa una guarnición de 120 hombres. El 15 de Diciembre pernoctaban en Santa María las fuerzas que evacuaron á Monterrey, en cuya ciudad quedaron 500 hombres á las órdenes de Tinajero, Montejano y Quiroga. Los republicanos estaban repartidos de esta manera: Naranjo, en Pesquería Grande; Treviño, en Cadereyta-Jiménez, y Cortina y Escobedo en China con la artillería.

Algunas poblaciones que se habían manifestado en favor del Imperio, entre las que se distinguió la de Parras, reclamaban el envío de refuerzos y auxilios pecuniarios. No podían ya los imperialistas de esa villa sostener los gastos, después que se impusieron voluntariamente la cuotización de diez y ocho mil pesos, á instigaciones del prefecto, para levantar una fuerza de cuatrocientos hombres; agotada la suma que se pudo recaudar, se desbandaban los soldados y quedaban los imperialistas expuestos á las represalias de los republicanos cuyo número crecía. El ministro de la guerra negaba que fuese cierta la situación precaria de las fuerzas, y calificaba de falsos los informes que se ponían en conocimiento del Emperador; pero tuvo que someterse á la evidencia ante los clamores que de diversas partes del territorio llegaban á la capital. Entonces dispuso Bazaine que se levantaran algunas compañías francas, que pagaría el tesoro francés á título de adelantos.

Los acontecimientos en el Oriente no eran menos interesantes que los del Norte. El 12 de Noviembre (1865) procedía el general Alatorre á reorganizar las fuerzas que constituían la división de Barlovento. Formó cuatro columnas expe-

(1) El prefecto García expidió el día 14 de Diciembre, en la Hacienda de la Rinconada, una proclama, asegurando que por noticias que recibió el General Jeanningros, marchaban numerosas fuerzas francesas y mexicanas del Interior para Monterrey y el Saltillo, con objeto de dejar expedita la comunicación con Matamoros. En consecuencia, debía cesar toda alarma y restablecerse la confianza. Los emigrados de Monterrey no opinaban del mismo modo, y continuaron llegando al Saltillo, al grado de prohibir el Coronel Tinajero que siguieran saliéndose los habitantes de Monterrey.

dicionarias, una á las órdenes de Méndez en Papantla; la segunda á las de Andrade en Tlapacoyan; la tercera á las de Fernández, en Misantla, y la cuarta á las de Honorato Domínguez en el camino carretero de Veracruz á Jalapa, y dió á reconocer como segundo en jefe á Andrade.

La segunda columna fué la que defendió á Tlapacoyan. Los imperiales ocuparon el día 15 los dos Cerros y el siguiente otras alturas; los juaristas cubrían los fortines del Texcal y de Izapa, mandados por Acuña y Machorro y la reserva quedó bajo las ordense del coronel Miguel Pérez. Trató Alatorre de quitar á los austriacos las posiciones que tenían, sin conseguirlo. Varias casas fueron destruidas por la artillería imperial, y habiendo recibido los austriacos el día 20 auxilio de Teziutlan, avanzaron el 22 sobre las trincheras de los republicanos, batidas primero por la artillería; en ese ataque murió el coronel Ferrer, batiéndose con la espada y la pistola. Tomadas por los austriacos, que ocuparon inmediatamente los puntos del Arenal, el Zapote y la Iglesia, arrollaron á los defensores que entraron en dispersión. Protegió la retirada eficazmente el general Alatorre que se situó en Ixcacoaco, á cinco leguas de Tlapacoyan. Los austriacos inhumaron el cadáver del coronel republicano Ferrer, y haciéndole los honores de ordenanza llevaron cuatro capitanes el féretro. A fines de Noviembre se inició un canje de prisioneros entre el general Alatorre y el teniente coronel Zach.

Pocos días después el capitán austriaco Hammerstein, comandante de Tlapacoyam, sorprendió el 17 de Diciembre las posesiones de Ixcacoaco y Maloapa, defendidas por fuerzas del general Alatorre; los republicanos se retiraron dejando en poder de los austriacos 18 prisioneros, 40 fusiles, parque, una caja con quinientos pesos y algunos caballos y mulas.

En los últimos días de Octubre habían salido de Oaxaca fuerzas imperiales para el distrito de Ixtlán, en número de trescientos mexicanos al mando del teniente coronel Garay, y una sección de austriacos. En el combate habido en Ajalpa se adjudicaron éstos la victoria. Los republicanos mandados por Figueroa ascendían á novecientos, en su mayor parte de infantería, con cerca de ciento cincuenta desertores austriacos y franceses. Habiendo atacado el general Figueroa el pueblo de Cuicatlán el día 25 de Noviembre, con quinientos hombres de infantería y caballería, fué rechazado por la guarnición que mandaba el general Ortega.

De Oaxaca también fué enviada otra fuerza de doscientos austriacos con dos piezas de artillería y un cuerpo de rurales con objeto de reocupar á Teotitlán, lo que se verificó el 11 de Noviembre, tras una serie de tiroteos, retirándose los republicanos á unirse con el general Figueroa en Ixtlán. El mayor del cuerpo de voluntarios austriacos, Hotze, salido de Oaxaca el 6 de Noviembre con una columna austro-mexicana, despejó momentáneamente el camino entre la Cañada y Teotitlán. Componíase la fuerza de Hotze de cuatrocientos cincuenta oaxaqueños y poco más de doscientos austriacos; el 9 ocupó á Cuicatlán, el 11 á Teotitlán, ya



General Carlos Oronoz.

Comendador de la Imperial Orden de Guadalupe y Comandante General de la 3ª División Territorial del Imperio, con residencia en San Luis Potosí. Hizo la campaña de Colima al mando del General Márquez, y logró en Febrero de 1865 la sumisión de varios jefes republicanos de nombradía. Después de constantes y rudos combates, y de prestar al Imperio un poderoso contingente de actividad, valor y pericia, fué derrotado en la acción de Miahuatlán, y capituló en Oaxaca el 31 de Octubre de 1866.

dicionarias, una á las órdenes de Méndez en Papantla; la segunda á las de Andrade en Tlapacoyan; la tercera á las de Fernández, en Misantla, y la cuarta á las de Honorato Domínguez en el camino carretero de Veracruz á Jalapa, y dió á reconocer como segundo en jefe á Andrade.

La segunda columna fué la que defendió á Tlapacoyan. Los imperiales ocuparon el día 15 los dos Cerros y el siguiente otras alturas; los juaristas cubrían los fortines del Texcal y de Izapa, mandados por Acuña y Machorro y la reserva quedó bajo las ordense del coronel Miguel Pérez. Trató Alatorre de quitar á los austriacos las posiciones que tenían, sin conseguirlo. Varias casas fueron destruidas por la artillería imperial, y habiendo recibido los austriacos el día 20 auxilio de Teziutlan, avanzaron el 22 sobre las trincheras de los republicanos, batidas primero por la artillería; en ese ataque murió el coronel Ferrer, batiéndose con la espada y la pistola. Tomadas por los austriacos, que ocuparon inmediatamente los puntos del Arenal, el Zapote y la Iglesia, arrollaron á los defensores que entraron en dispersión. Protegió la retirada eficazmente el general Alatorre que se situó en Ixcacoaco, á cinco leguas de Tlapacoyan. Los austriacos inhumaron el cadáver del coronel republicano Ferrer, y haciéndole los honores de ordenanza llevaron cuatro capitanes el féretro. A fines de Noviembre se inició un canje de prisioneros entre el general Alatorre y el teniente coronel Zach.

Pocos días después el capitán austriaco Hammerstein, comandante de Tlapacoyam, sorprendió el 17 de Diciembre las posesiones de Ixcacoaco y Maloapa, defendidas por fuerzas del general Alatorre; los republicanos se retiraron dejando en poder de los austriacos 18 prisioneros, 40 fusiles, parque, una caja con quinientos pesos y algunos caballos y mulas.

En los últimos días de Octubre habían salido de Oaxaca fuerzas imperiales para el distrito de Ixtlán, en número de trescientos mexicanos al mando del teniente coronel Garay, y una sección de austriacos. En el combate habido en Ajalpa se adjudicaron éstos la victoria. Los republicanos mandados por Figueroa ascendían á novecientos, en su mayor parte de infantería, con cerca de ciento cincuenta desertores austriacos y franceses. Habiendo atacado el general Figueroa el pueblo de Cuicatlán el día 25 de Noviembre, con quinientos hombres de infantería y caballería, fué rechazado por la guarnición que mandaba el general Ortega.

De Oaxaca también fué enviada otra fuerza de doscientos austriacos con dos piezas de artillería y un cuerpo de rurales con objeto de reocupar á Teotitlán, lo que se verificó el 11 de Noviembre, tras una serie de tiroteos, retirándose los republicanos á unirse con el general Figueroa en Ixtlán. El mayor del cuerpo de voluntarios austriacos, Hotze, salido de Oaxaca el 6 de Noviembre con una columna austro-mexicana, despejó momentáneamente el camino entre la Cañada y Teotitlán. Componíase la fuerza de Hotze de cuatrocientos cincuenta oaxaqueños y poco más de doscientos austriacos; el 9 ocupó á Cuicatlán, el 11 á Teotitlán, ya



General Carlos Oronoz.

Comendador de la Imperial Orden de Guadalupe y Comandante General de la 3ª División Territorial del Imperio, con residencia en San Luis Potosí. Hizo la campaña de Colima al mando del General Márquez, y logró en Febrero de 1865 la sumisión de varios jefes republicanos de nombradía. Después de constantes y rudos combates, y de prestar al Imperio un poderoso contingente de actividad, valor y pericia, fué derrotado en la acción de Miahuatlán, y capituló en Oaxaca el 31 de Octubre de 1866.

abandonado por los republicanos, y el 13 emprendió su marcha por la sierra de Huautla, dejando algo expedita la ruta hasta Tehuacán.

Según otras veces había acontecido, encontraban apoyo y tomaban aliento los republicanos del Estado de Veracruz, por los sucesos ocurridos en el de Oaxaca, al que se había dirigido el general Díaz después de haber derrotado al coronel Jesús Visoso por segunda vez en Comitlipa el 3 de Noviembre. En Silacayoapam levantó la guardia nacional y se creó algunos recursos; en seguida ocupó á Tlaxiaco, que dejó y volvió á ocupar, y situándose en Putla amagó el centro de la Mixteca; los suyos ocuparon á Juquila é hizo retirar de Tlaxiaco una fuerza austriaca al comenzar el año de 1866. Recorrió los pueblos de este distrito, obligando á los imperiales que ocupaban la cabecera, á permanecer encerrados y sitiados por el espacio de veintitrés días, hasta que fueron auxiliados por una fuerza de ochocientos hombres, salidos de Oaxaca al mando de los jefes Ortega y Triujeque, quienes unidos á la guarnición de Tlaxiaco, obligaron al general Díaz á refugiarse en la costa, dirigiéndose por Pinotepa á Jamiltepec y lo de Soto, flanqueado por el lado de Juquila por otra columna de seiscientos hombres, salida también de Oaxaca al mando de Acebal y Cambeses.

Desde el mes de Noviembre había prevenido el Gobierno Republicano establecido en el Paso del Norte al General García, jefe de la línea de Oriente, que tan luego que se presentara el General Díaz, le entregara el mando, y García ordenó á sus subordinados que obedecieran esta disposición.

Por el gobierno imperial era nombrado el 7 de Diciembre jefe de aquella 3ª División territorial, el general de Brigada imperialista D. Carlos Oronoz. Una parte de las fuerzas republicanas del Estado se habían retirado hacia Tehuantepec, donde fueron batidas por el general Prieto que allí estaba fortificado. El 21 del mismo mes ocupó Figueroa el pueblo de Villa-Alta, obligando á los imperiales á abandonar á Punta de Piedra y Cuesta de Simón.

El 7 de Enero de 1866, los republicanos de Juchitán, reforzados con los de la Sierra, en número de dos mil y al mando de Figueroa, atacaron á Tehuantepec por el barrio de San Blas. Divididos en tres columnas, y aunque una de ellas batió y tomó el cerro, fueron desalojados y todos emprendieron la retirada. La función de armas duró solamente poco más de una hora; pero fué muy sangrienta, quedando en poder del general imperialista Luciano Prieto, muchos fusiles, parque y algunos prisioneros.

Atacado Miahuatlán por los republicanos la noche del 24 de Enero (1866), tomaron los caudales que allí había perteneciente al Imperio, capturaron á las autoridades y al receptor de rentas, llevándoselos hasta el pueblo de Mistepejé, donde fueron libertados. No habiendo hecho esfuerzo alguno los vecinos de Miahuatlán contra los asaltantes, el Visitador Imperial les impuso una multa de mil quinientos pesos.

En el Estado de Puebla era tan mala la situación de los republicanos, que el jefe de éstos en la sierra, Juan Francisco Lucas, solicitó un armisticio que le fué

concedido por el general Thun; durante un mes contado desde el 9 de Noviembre, se suspendieron las operaciones y movimientos militares, pudiendo penetrar los soldados de Lucas sin armas á las poblaciones ocupadas por las tropas imperialistas. Del mismo modo que el otro celebrado hacía siete meses, este armisticio tuvo resultados contrarios á las miras de conciliación, sirviendo la tregua para que los republicanos se proveyeran de recursos con que entrar en campaña; por esta circunstancia, Maximiliano no le dió su aprobación.

Los republicanos de la Sierra sentíanse oprimidos después de haber sido tomado el pueblo de Tlapacoyam por los austriacos, el 22 de Noviembre, mandados por el mayor Schonawsky, en reñido combate, muriendo esa vez algunos oficiales austriacos.

En el Estado de Guerrero hacían esfuerzos los imperialistas, aunque sin el resultado que esperaban. El 2 de Noviembre ocuparon la villa de Tlapa, retirándose los republicanos rumbo á Chilapa, conduciendo la prisión. El distrito de Iguala había sido invadido el mes anterior por una fuerza al mando del general Porfirio Díaz, rechazado en Huitzuco y Cocula.

En aquel rumbo el coronel Carranza dió alcance el 21 de Noviembre á la fuerza liberal que capitaneaba Román Chiquito, posesionado de la opuesta orilla del Mexcala, y lo derrotó. El siguiente día se retiraba de Tlapa el coronel Visoso, cuya subprefectura tenía á su cargo. Entonces la invadieron los republicanos de Guerrero y el jefe imperialista se quedó en la línea divisoria de ese Departamento y el de Puebla, de donde había ido una fuerza austriaca á auxiliarle. Fué atacado el 4 de Diciembre en las lomas contiguas al pueblo de Comitlipa, por fuerzas acaudilladas por el general Porfirio Díaz y el jefe Tomás Sánchez. El combate estuvo reñido y Visoso sufrió pérdidas considerables, muriendo de parte de los republicanos el jefe Sánchez, que había adquirido en el Sur prestigio y popularidad. Una parte de la fuerza con que ocupaba á Acapulco el general Montenegro, estaba enferma, á consecuencia de la escasez de alimentos sanos, impidiendo las fuerzas de Alvarez la entrada de víveres.

También era muy crítica para los republicanos la situación de la Huasteca. El general Lamadrid salió de Tantoyuca el 21 de Noviembre con una columna respetable para Huejutla, con objeto de batir á los republicanos, de acuerdo con el general Rosas Landa y el coronel Ulloa comandante militar de la línea de Tanchinol. Esa expedición debía operar en la Sierra contra Martínez. El día 23 ocupó sin resistencia á Huejutla, abandonada aún por muchas familias. Martínez se retiró con el grueso de su fuerza á San Sebastián, de donde escribió para ajustar algún convenio, al jefe Rosas Landa que estaba en Zacualtipam. En los alrededores de Huejutla quedaba el jefe Ameche con alguna fuerza.

La Huasteca contaba ya siete años de constante revolución cuando el general Rosas Landa, comandante de la 1ª división territorial, dijo en un parte oficial: «Que ya había logrado pacificarla, secundado por el general Lamadrid. Los imperialistas dieron crédito á la noticia y consideraban el suceso muy plausible y de una importancia incalculable. Rosas Landa presentaba como principal instrumento de aquella pacificación al coronel D. Joaquín Martínez. En Zacualtipam celebraron con fiestas la inesperada noticia de que la Huasteca quedaba pacificada, aunque los republicanos sometidos no entregaban las armas.

Las comisiones reunidas en Nonoalco el 9 de Diciembre, conforme á lo acordado el 30 del mes anterior, y con objeto de arreglar las bases para la pacificación de la Sierra y Huasteca, dieron cuenta al comandante de la 1ª División Territorial, con el acta respectiva, la cual con algunas modificaciones fué devuelta el día 10 al coronel D. Joaquín Martínez, quien la remitió suscrita por la comisión y ratificada por él. De aquí que se diera por sometida aquella región al Imperio y establecida allí la paz.

Los demás jefes republicanos de la Huasteca no recibieron bien la sumisión de Martínez, y en tal sentido hubo un motín en Tancanhuitz el 3 de Diciembre (1865), inmediatamente sofocado por el subprefecto Villaverde. Entonces se creyó conveniente nombrar prefecto imperial de Túxpam al general Gregorio del Callejo, quien permaneció en el empleo hasta la capitulación del puerto.

Una partida de sublevados apareció por Tamuin cometiendo todo género de depredaciones, y para destruirla destacó fuerzas el general Lamadrid. Dió aliento á los descontentos el pronunciamiento del coronel García Cano en Pachuca, el 29 de Diciembre, contra el Imperio al que se había adherido; después de haber cometido excesos, se dirigió rumbo á San Felipe del Obraje donde fué derrotado. Batido segunda vez por la fuerza del capitán González y encontrándose solo, se dirigió á Ixtlahuaca en donde tomó asiento en la diligencia que iba para Morelia; pareciéndole sospechoso al subprefecto Becerril y habiendo sido descubierto le recogieron cartas, libranzas y dinero; ya preso fué conducido á Toluca, juzgado por la Corte Marcial y fusilado.

El Estado de Michoacán continuaba siendo un centro muy importante para los republicanos. El general R. Méndez se propuso hacer activísima la campaña sobre las fuerzas sus enemigas que permanecían en aquel Departamento; después de la derrota de Arteaga en Santa Ana batió la guerrilla de Salorio y en seguida, montando su infantería en caballos de los vencidos, había perseguido las fuerzas de Ronda y Riva Palacio, yendo éste en retirada para Zitácuaro. Méndez no se daba un momento de reposo; diariamente necesitaba reorganizar su sección, á causa de las bajas de los soldados y la pérdida de caballos que se cansaban; tan activo jefe parecía reproducirse y multiplicarse, apareciendo por donde menos se le esperaba; pero sus esfuerzos fueron inútiles y no logró dominar la revolución ni un solo día. Amagada Morelia tuvo Méndez que regresar para ponerla al abrigo de un nuevo ataque.

Las guerrillas de ambos campos extraían de las haciendas, caballos, mulas, pasturas y aumentaban sus filas con la mayor parte de los peones; mataban ó se llevaban las reses y exigían á los administradores el pago de contribuciones atrasadas. Los jefes que caían prisioneros en poder de los imperialistas eran fusila-

dos; aprehendido el jefe republicano Cortés, en Charo, el 27 de Noviembre, fué pasado por las armas en Morelia dos días después.

El general republicano Régules, con una fuerza de 1,200 hombres, excursionaba por las haciendas al Norte de Morelia, sacando recursos principalmente de las de Guadalupe, San Bartolo y el Colegio. Se hizo temible por allí Simón Gutiérrez, á causa de las atrocidades que cometía. Algunos guerrilleros llegaban hasta Indaparapeo. El 1º de Diciembre se presentó una sección de caballería á la vista de Morelia, y formó la batalla al pie de la loma de Santa María, para llamar la atención mientras pasaba el grueso de la fuerza por la Hacienda de la Huerta. El Comandante Loza salió con algunas tropas que de Zamora y la Piedad habían llegado á Morelia para escoltar al Obispo; pero los guerrilleros se retiraron, y alcanzado tan sólo un teniente que iba ebrio, fué fusilado.

Calculábase en 3,000 hombres la fuerza total de Régules, en marcha el día 2 una legua de distancia de Morelia; la persiguió el general R. Méndez, sin poder darle alcance.

En auxilio de Michoacán salió de Querétaro, cinco días después, una sección de franceses al mando del Coronel De Courcy, para operar en combinación con las otras que ocupaban aquel departamento.

Se comprende fácilmente cuáles serían los sufrimientos de que eran víctimas las poblaciones limítrofes á las tierras calientes, donde necesitaban albergarse y sostenerse los republicanos, que, para allegar recursos, tenían que mostrarse exigentes y áun crueles. En varias comarcas no se había sembrado por falta de peones y yuntas, y por el desaliento que infunde trabajar para que extraños gocen del fruto; entonces quedaron aquellas poblaciones en ruina.

El 16 de Diciembre atacaba Régules á Maravatío, y era rechazado. La víspera pernoctaron sus tropas en Ucareo, y se dividieron tomando la mayor parte el rumbo de Maravatío, dispersándose otras partidas en diversas direcciones.

Nuevamente se quiso por los imperiales reforzar á Michoacán, y para allá marchó el Coronel Farquet que era comandante militar de Guanajuato, con el batallón de su mando, después de entregar la Comandancia al Teniente Coronel Subikuski. Por entonces reemplazaba al Barón Neigre en el mando de la subdivisión francesa de León, el general Aymard.

El grueso de las fuerzas de Régules marchó sobre Angangueo, que fué tomado después de batirlo durante ocho horas, y de sufrir los consiguientes efectos del asalto. Unas horas nada más estuvieron allí los republicanos; se retiraron á Zitácuaro y después á Huetamo, llegando Méndez á Maravatío el día 17, esto es, poco después de que se habían alejado de allí los republicanos. De Angangueo sacó Régules gran cantidad de plomo.

A mediados de Diciembre, cuando volvió á ser amagada Morelia por las fuerzas de Régules, estuvo á punto de estallar ahí una conjuración; pero avisado á tiempo el general Méndez, regresó violentamente, mandó prender al Coronel Gregorio Patiño, y lo consignó á la Corte Marcial que le condenó á muerte, sentencia que no se ejecutó debido á influencias oportunas.

Después de una larga y penosa enfermedad que pasó en Maravatío el general Méndez, salió el 9 de Enero de 1866 en persecución de los republicanos que ocupaban á Zitácuaro y que se retiraron. En Pátzcuaro organizó una columna de caballería que envió al mando del Coronel Santa Cruz sobre Tacámbaro, donde estaban, Canto, Pérez Hernández y otros jefes republicanos. Méndez marchó con la infantería para Ario, y Santa Cruz alcanzó á los liberales que se retiraban de Tacámbaro, los batió é hizo algunos prisioneros. Ugalde y Salgado que estaban en Ario, se retiraron también. La presencia de algunas guerrillas de Ugalde, Castillo y otros, en las inmediaciones de Maravatío, pusieron en grande alarma á Jerécuaro y demás poblaciones del rumbo. Salvatierra se encontraba muy amenazada al finalizar el mes de Enero, por las partidas que dominaban en las inmediaciones de Yuriria.

Los republicanos asediaban á Toluca de tal manera, que desde mediados de Diciembre llegaron á tirotear constantemente á la guarnición que mandaba el coronel Estrada, verificando algunas escaramuzas las guerrillas de Granda, Acevedo y P. Salinas. Estos guerrilleros se retiraban á Zitácuaro para reparar sus pérdidas y volvían á emprender nuevas excursiones sobre Toluca. En aquel histórico pueblo se hallaban reunidos á fines de Diciembre, Ronda y otros jefes con sus respectivas guerrillas, constituyendo un centro considerable; allí fué festejado el arribo del general D. Santiago Tapia, recien canjeado, á quien una guerrilla sacó de la diligencia en que iba de México á Morelia, y se preparó entonces un ataque sobre Toluca, á cuya ciudad acababa de llegar el general Rosas Landa para dirigir las fuerzas imperiales que disponían de suficiente artillería para la defensa. Aparecieron los republicanos el día 27 en considerable número por la Asunción Malacatepec. Otra fuerza que siguió para Temascaltepec lo atacó dos días después al mando de Régules, Gallardo y Riva Palacio; resistió el comandante Pascual Muñoz con cien hombres de la guardia estable y otros doscientos más; pero se vió forzado á evacuar la plaza con fuertes pérdidas. En ese ataque murió el guerrillero Agustín Granda; la población sufrió el saqueo y demás excesos consiguientes á un asalto.

Recorrían el Estado de México, no solamente las guerrillas procedentes de Zitácuaro, sino también muchas de las que merodeaban en todo el de Michoacán, recibiendo la agricultura golpes de muerte. El 29 de Diciembre ocupaban las fuerzas de Régules la hacienda de la Gavia; luego penetraron en parte al Distrito de Ixtlahuaca y Mineral del Oro; otra porción siguió para Zitácuaro, estando ya entre estos guerrilleros Simón Gutiérrez el antiguo compañero de Rojas.

En el vecino Estado de Guanajuato continuaba la alarma que llevaba consigo la retirada del ejército expedicionario. Al separarse de León el general Baron Neigre, dirigió una carta al prefecto político de Guanajuato D. Pablo González Montes, alabando la actividad, inteligencia y energía que había desplegado

cuando las circunstancias difíciles lo habían exigido, y atribuyó á sus esfuerzos y buena administración, la tranquilidad que se disfrutaba allá. El Sr. G. Montes le contestó que no tenía otro mérito, que el de procurar cumplir con eficacia sus deberes.

El general Neigre fué á situarse en Querétaro con sus fuerzas, á las que pasó una gran revista é hizo ejecutar diversas maniobras en la llanura que se extiende delante de la garita de México. Durante veinte días, sus soldados estuvieron recogiendo las piedras del terreno en que aquella parada se verificó, con objeto de facilitar las maniobras. Desfilaron todas las tropas frente al general Neigre, y estuvieron tocando las dos músicas de zuavos. En la revista acompañó al general francés el coronel López, del regimiento de la Emperatriz, con una escolta de este cuerpo. Terminó el día con un convite al que fueron invitados el Obispo de la Diócesis y el prefecto político.

Penetraban también al Estado de Guanajuato guerrillas procedentes de Jalisco, é invadían otras algunos distritos del de Zacatecas, principalmente el de Tlaltenango, apoyándose en las que mandaba el Lic. D. Trinidad García de la Cadena, quien unido al Coronel Sánchez Román, ocupó á Jerez y amenazó al Fresnillo. Trescientos republicanos tomaron la plaza de San Juan de Guadalupe, el 3 de Diciembre, sufriendo los defensores grandes pérdidas; la ocupación duró solamente dos días, y al retirarse los agresores se dirigieron al Mineral de Reyes.

El 21 de Noviembre se pronunciaba en Alamos de Parras D. Jesús González Herrera, persona de grande influjo en los ranchos de la Laguna de Tlahualilo, apoyándose esa vez en veinte hombres que allí estaban de guarnición. A la vez ocupaban á Mapimí fuerzas liberales, en tanto que las autoridades imperiales de Cuencamé tomaban providencias para rechazarlas.

Al concluir el año de 1865 aumentaron en el Estado de Durango las guerrillas por Tamazula, Canelas, Indé, el Oro y San Dimas, sostenidas por las fuerzas de Corona que recorrían la Sierra de Sinaloa. El abandono en que dejaban las tropas francesas al Estado de Chihuahua y una parte de los de Sinaloa y Sonora, infundió en la ciudad de Durango grande alarma, pues se aseguró que también sería evacuada en el mes de Diciembre, perdiendo los amigos del Imperio las esperanzas de estabilidad, al grado de que el Prefecto Saravia dimitió.

La sorpresa al Mineral de Guadalupe el 3 de Diciembre, se verificó á la una de la tarde, por fuerzas de caballería al mando de D. Jesús G. Herrera, procedentes de la Laguna en número de trescientos hombres. Defendían el Mineral cuarenta guardas rurales; pero la resistencia fué de corta duración, menos de cuatro horas, á causa de haberse puesto el pueblo al lado de los republicanos. Al triunfo siguió el saqueo de las casas de comercio, y fueron matadas las autoridades y otras personas de posición social. Cinco días después era ocupado también el Mineral de San Dimas; pero ya no se reprodujeron las escenas ocurridas en San Juan de Guadalupe. El ataque se verificó á las dos de la mañana del día 8, por las guerrillas de los Quiroz y de Carreón, que formaban un total de setenta hombres; no opuso resistencia la reducida guarnición al mando del teniente Francisco Merino y del jefe de auxiliares de la localidad, Severo Medina, pues en los momentos de la sorpresa se dispersaron. El día 19 del mismo mes tomaban posesión los sublevados de la Laguna, en número de 1,200, de la población de Nazas. Los partes oficiales de los vencidos reducían el número de los guerrilleros.

Con motivo de haberse retirado para Durango parte de las fuerzas francesas que estaban en Mazatlán, los republicanos de Sinaloa pudieron establecer su absoluto dominio; entonces fué arrasada la población de la Noria y reducida á cenizas su iglesia parroquial.

Al saberse en Mazatlán que las fuerzas de Corona habían incendiado la Noria, fueron esparcidos multitud de impresos en las fondas, el hotel de la Sociedad y la plaza, con un rótulo en que se leía: ¡Viva Corona! Este jefe se había acercado á Mazatlán á principios de Noviembre, y llegado al Presidio con su caballería. Para batirlo salieron cuatrocientos franceses, es decir, la mitad de los que formaban la guarnición del puerto, cuyo comercio con Durango estaba interrumpido.

Corona cortó todas las comunicaciones terrestres con Mazatlán y aunque las tropas salidas en su contra le obligaron á replegarse, subsistió su dominio en las localidades inmediatas al puerto. La presencia del Comisario Imperial en nada remedió la mala situación de Sinaloa, donde no se pudo obtener ventaja alguna decisiva en favor del Imperio. Muchas familias y varios jefes de negociaciones, abandonaron aquel Estado, perdiendo las esperanzas de conseguir la tranquilidad.

El general Corona, engrosando sus tropas, avanzó hasta Palos Prietos á principios de Diciembre (1865), después de los sucesos de la Noria cuyos defensores se replegaron á Mazatlán. De esta manera, situados los republicanos á una legua del puerto, lograban tenerlo rigurosamente bloqueado. Y habiendo renunciado el prefecto político D. Gregorio Almada, le reemplazó el Sr. Iribarren, de quien se dijo que reunía al talento rara energía de carácter.

El 17 de ese mes arribaba á Mazatlán la "Victoire" llevando al general Rivas con cuatrocientos serranos, nombrado comandante militar de Sinaloa por el Imperio; esa fuerza era bastante escasa para emprender expedición alguna. Corona, que acababa de revistar en el Presidio mil doscientos hombres, manifestaba la mayor confianza, y así se acercaba hasta tirotear en ese puerto las trincheras de los imperialistas y aun se llevaron sus guerrillas algunos caballos de la brigada Rivas, cerca de Palos Prietos y sostenían constantes escaramuzas.

Aunque guarnecían á Mazatlán mil cien imperialistas, entre franceses, serranos de la brigada Rivas y los rurales de la Noria, nada pudieron lograr contra Corona, dueño ya de los alrededores y de toda la comarca desde el Fuerte hasta Santiago y desde Palos Prietos hasta Durango; hacía acuñar cobre en Cu-

liacán y dispuso que le pagaran derechos todas las mercancías introducidas á Mazatlán.

El Comisario imperial Iribarren y el general D. Carlos Rivas, acordaron con el general Castagny una expedición sobre las fuerzas del general Corona; se dejaba una guarnición en Palos Prietos, cuyos fortines fueron reparados, y se mejorarían también las posiciones del Infiernillo, Isla de Piedra y cerro de la Nevería. Corona, que estaba informado de todo, se anticipó, y al amanecer del 1º de Enero (1866), estaban algunas de sus fuerzas frente á Palos Prietos para hostilizar á los imperialistas. Los franceses desprendieron dos columnas de caballería apoyadas en otras tantas de infantería, y obligaron á los republicanos y la guerrilla americana á replegarse sobre Urías. De este hecho de armas provino que los franceses aplazaran la proyectada salida para el mes de Febrero, aguardando para entonces auxilios de consideración, y se limitaron á reforzar su gran guardia de Palos Prietos y á mejorar las fortificaciones, lo que no impidió que Mazatlán sufriera nuevos ataques, entre otros el que dió el comandante Miramontes, quien acercó su gente en canoas á las playas del Astillero, sorprendió una avanzada de franceses, les hizo cinco muertos y dispersó á los demás, persiguiéndolos por las calles de la ciudad hasta dos cuadras de la plaza de armas, de donde contramarchó violentamente á ocupar de nuevo las canoas.

En el Estado de Sonora tampoco lograban dominar los imperiales. Los trescientos soldados que á las órdenes del comandante Terán y Barrios regresaron á Ures el 15 de Noviembre, después de perseguir á los fugitivos de Hermosillo, se reorganizaron para ir en busca de García Morales situado cerca de la frontera de los Estados Unidos. Las fuerzas imperialistas, al mando de Vázquez, permanecían en los distritos de Magdalena y el Altar; D. Tranquilino Almada que ocupaba el Fuerte, dejando á su hermano D. Gregorio la prefectura departamental se marchó para el exterior.

A mediados de Diciembre fué sorprendido en Arizpe por las fuerzas juaristas de García Morales, el comandante de los imperiales Terán y Barrios, á quien hicieron prisionero. Al finalizar dicho mes, el mismo jefe republicano, con poco más de seiscientos hombres, atacó y derrotó en Matape á los imperiales que mandaba D. J. Campillo. En cambio, el 3 de Enero derrotaba á los juaristas el jefe de los indígenes Tanori, retirándose los vencidos hacia el río de Sonora, con pérdida de gente, caballos, una pieza de montaña y cinco cajas de parque. El comercio y la agricultura estaban á tal grado paralizados en Sonora, que muchos capitalistas emigraban para la Alta California, y solamente tenían algunos imperialistas esperanzas en la actividad y tino del general Lamberg, quien á mediados de Enero se dirigía de Hermosillo para Ures.

En las costas del Pacífico eran ya insostenibles para los franceses algunas de las posiciones que ocupaban. El clima de Acapulco así como el de los otros puertos, ejercía tan destructora acción sobre las fuerzas que los defendían, que el



Coronel Ignacio M. Altamirano.

En la tribuna y en la prensa lanzó tan distinguido literato, sus primeros ataques á la Intervención y al Imperio que presidió Maximiliano de Hapsburgo. Después luchó con la espada en la mano en las ardientes tierras del Estado de Guerrero y en el sitio de Querétaro, al convergir sobre esta plaza, defendida por los imperiales, las fuerzas republicanas de los diversos puntos del país.

Se encontró el Coronel Altamirano en algunos de los memorables combates que allí tuvieron verificativo; en el de 1º de Mayo, al cargar los imperiales sobre la línea que mandaba el General Jiménez, sobresalió por su entusiasmo y arrojo, según consta en el parte que rindió el General Riva Palacio, quien hizo mención honorífica del citado Coronel que, desprendiéndose de la línea del centro, en la que se hallaba, se presentó en lo más reñido del combate y acompañó al General Jiménez, animando á los soldados con su ejemplo y con las vehementes frases que les dirigía.

liacán y dispuso que le pagaran derechos todas las mercancías introducidas á Mazatlán.

El Comisario imperial Iribarren y el general D. Carlos Rivas, acordaron con el general Castagny una expedición sobre las fuerzas del general Corona; se dejaba una guarnición en Palos Prietos, cuyos fortines fueron reparados, y se mejorarían también las posiciones del Infiernillo, Isla de Piedra y cerro de la Nevería. Corona, que estaba informado de todo, se anticipó, y al amanecer del 1º de Enero (1866), estaban algunas de sus fuerzas frente á Palos Prietos para hostilizar á los imperialistas. Los franceses desprendieron dos columnas de caballería apoyadas en otras tantas de infantería, y obligaron á los republicanos y la guerrilla americana á replegarse sobre Urías. De este hecho de armas provino que los franceses aplazaran la proyectada salida para el mes de Febrero, aguardando para entonces auxilios de consideración, y se limitaron á reforzar su gran guardia de Palos Prietos y á mejorar las fortificaciones, lo que no impidió que Mazatlán sufriera nuevos ataques, entre otros el que dió el comandante Miramontes, quien acercó su gente en canoas á las playas del Astillero, sorprendió una avanzada de franceses, les hizo cinco muertos y dispersó á los demás, persiguiéndolos por las calles de la ciudad hasta dos cuadras de la plaza de armas, de donde contramarchó violentamente á ocupar de nuevo las canoas.

En el Estado de Sonora tampoco lograban dominar los imperiales. Los trescientos soldados que á las órdenes del comandante Terán y Barrios regresaron á Ures el 15 de Noviembre, después de perseguir á los fugitivos de Hermosillo, se reorganizaron para ir en busca de García Morales situado cerca de la frontera de los Estados Unidos. Las fuerzas imperialistas, al mando de Vázquez, permanecían en los distritos de Magdalena y el Altar; D. Tranquilino Almada que ocupaba el Fuerte, dejando á su hermano D. Gregorio la prefectura departamental se marchó para el exterior.

A mediados de Diciembre fué sorprendido en Arizpe por las fuerzas juaristas de García Morales, el comandante de los imperiales Terán y Barrios, á quien hicieron prisionero. Al finalizar dicho mes, el mismo jefe republicano, con poco más de seiscientos hombres, atacó y derrotó en Matape á los imperiales que mandaba D. J. Campillo. En cambio, el 3 de Enero derrotaba á los juaristas el jefe de los indígenes Tanori, retirándose los vencidos hacia el río de Sonora, con pérdida de gente, caballos, una pieza de montaña y cinco cajas de parque. El comercio y la agricultura estaban á tal grado paralizados en Sonora, que muchos capitalistas emigraban para la Alta California, y solamente tenían algunos imperialistas esperanzas en la actividad y tino del general Lamberg, quien á mediados de Enero se dirigía de Hermosillo para Ures.

En las costas del Pacífico eran ya insostenibles para los franceses algunas de las posiciones que ocupaban. El clima de Acapulco así como el de los otros puertos, ejercía tan destructora acción sobre las fuerzas que los defendían, que el



Coronel Ignacio M. Altamirano.

En la tribuna y en la prensa lanzó tan distinguido literato, sus primeros ataques á la Intervención y al Imperio que presidió Maximiliano de Hapsburgo. Después luchó con la espada en la mano en las ardientes tierras del Estado de Guerrero y en el sitio de Querétaro, al convergir sobre esta plaza, defendida por los imperiales, las fuerzas republicanas de los diversos puntos del país.

Se encontró el Coronel Altamirano en algunos de los memorables combates que allí tuvieron verificativo; en el de 1º de Mayo, al cargar los imperiales sobre la línea que mandaba el General Jiménez, sobresalió por su entusiasmo y arrojo, según consta en el parte que rindió el General Riva Palacio, quien hizo mención honorífica del citado Coronel que, desprendiéndose de la línea del centro, en la que se hallaba, se presentó en lo más reñido del combate y acompañó al General Jiménez, animando á los soldados con su ejemplo y con las vehementes frases que les dirigía.

comandante francés, propuso, que para la guarnición de Acapulco se levantara un batallón de indígenas aclimatados y reclutados en la costa de Tehuantepec.

Comprendiendo el Mariscal Bazaine que había necesidad de conservar algunas poblaciones de la costa del Pacífico, centros importantes bajo el punto de vista estretégico y financiero, ordenó á la escuadra que provisionara al Manzanillo, de manera que los buques de guerra franceses pudieran aprovechar sus viajes en la costa, desde ese puerto hasta Acapulco, para llevar á la guarnición víveres y medicinas.

El Mariscal no podía ocupar con sus tropas permanentemente una superficie de cerca de mil ochocientas leguas cuadradas, sin quedar sometido á todas las eventualidades que trae el aislamiento de pequeñas guarniciones; el Emperador Maximiliano opinó constantemente por la difusión militar; pero Bazaine se opuso, alegando la responsabilidad del cuartel general en caso de mal éxito.

La Paz, capital de la Baja California, situada á quinientas leguas de México, ofrecía grandes dificultades para sus comunicaciones con el centro del Imperio; adherida á éste en 1865, los franceses se retiraron después de haber dejado organizada política y militarmente la Península; apenas retirados, volvió La Paz á declararse en favor de los juaristas y con tal motivo Maximiliano exhortó á Bazaine el 17 de Diciembre, para que enviara una compañía francesa que contrariase la revolución que habían llevado á cabo algunos individuos, pues aunque era corta la importancia política de la Baja California, esa revolución iba á producir mucho efecto en los Estados Unidos y en Europa, comprobando la existencia de obstáculos para establecer la paz. (1)

Que la Intervención retrocedía, era un hecho visible, pues que al finalizar el año de 1865 ocupaba en el Pacífico solamente los puertos de Acapulco, Guaymas y Mazatlán, y en el Golfo á Matamoros, Tampico, Veracruz, Alvarado, Sisal y Campeche; pero los recursos que estos puertos daban comenzaban á minorarse de manera alarmante, y á medida que brotaban movimientos insurreccionales. La penuria disminuía las fuerzas del Imperio capaces de oponerse á los revolucionarios; algunas de las tropas mexicanas que apoyaban al Imperio habían quedado en reposo ó no se había sabido emplearlas eficazmente, y tan sólo se contaba con seguridad en la sumisión de los lugares ocupados por las bayonetas francesas. Aunque esparcido por la grande extensión del territorio y casi todo

(1) En la carta fechada el 17 de Diciembre (1865), manifestó Maximiliano al Mariscal, la urgencia de ocupar el puerto de la Paz, capital de la Baja California, para impedir que ésta fuese presa de los filibusteros americanos. Contestó Bazaine que ya había ordenado al comandante Mazerás, que mandaba la División del Pacífico, tomara una compañía y fuera á la Paz á restablecer el orden; pero esta disposición no se cumplió. Los rumores que circularon acerca de la adhesión de la Baja California al Imperio, tuvieron origen en la convocación de una Asamblea con tal objeto. En ésta se debatió con calor el asunto, y no pudiendo convencer á los que se oponían, obró de su cuenta el Prefecto Gibert, quien se dirigió al pueblo de San Antonio, donde fué recibido con grites de ¡abajo Maximiliano! manifestación que secundaron las poblaciones de San José, Todos Santos y la Paz. Esta actitud obligó al comisario D. Rafael Espinosa, que acababa de llegar á aquella Península, á regresar á Mazatlán después de conferenciar con el Prefecto.

sin disciplina, el contingente militar mexicano del Imperio se calculaba que ascendía al concluir ese año de 1865, á la respetable cifra de 35,650 hombres de las tres armas, con gran número de piezas de artillería y once mil caballos; además, 1,324 soldados belgas y 6,545 austriacos, de los que 1,409 eran de caballería. Todas estas fuerzas que pasaban de cuarenta y tres mil hombres, apoyadas por el ejército francés, carecían de la correspondiente dirección y fueron inútiles para hacer que triunfara el Imperio cuyos adictos se alentaron por la escisión que apareció con motivo de la Presidencia que ocupaba el Sr. Juárez.

Fué D. Manuel Ruiz el primer impugnador de los decretos expedidos en Paso del Norte el 8 de Noviembre, sobre la continuación del Sr. Juárez en el poder. Protestó Ruiz con el carácter de ministro de la Suprema Corte, el 30 del mismo mes, fundándose en que, en ese día, terminaba el período constitucional del Presidente de la República, y afirmaba que no podía seguir ejerciendo el supremo poder ejecutivo de la Nación, sino el Presidente nato de la Corte, ó el ministro que le reemplazara en calidad de Presidente accidental, conforme á la ley; además, sostenía que las facultades omnímodas otorgadas por el Congreso al Presidente de la República, no le autorizaban para obrar según lo había hecho; y anunció que se retiraba á la vida privada con la conciencia tranquila, pues había cumplido con sus deberes hasta el fin.

Consecuente con tal propósito, se dirigió el 1º de Diciembre al jefe francés Billot, ratificando ante él esta resolución que quiso fuera publicada, y le pidió ser comprendido en la gracia concedida por Maximiliano en el decreto imperial de 3 de Octubre anterior. El Gobierno del Sr. Juárez combatió la protesta, y extrañó que el Sr. Ruiz considerase compatible con sus deberes someterse voluntariamente al invasor; mencionándose, además, el hecho de haber manifestado dicho Sr. Ruiz desde principios de Septiembre, su resolución de volverse á México. En el periódico oficial del mismo Gobierno, fué acusado ese señor por el empeño que mostraba en dar armas al enemigo contra su patria, enviándole la protesta con la súplica de que la publicara, y se le reprochaba también que se hubiera acogido al indulto ofrecido por Maximiliano.

El asunto de la prórroga, que dividió al partido republicano, presentaba una oportunidad para levantar el abatido espíritu de la administración imperial, aprovechando la crísis profunda que pareció afectar de muerte al Gobierno del Sr. Juárez. Los poderes que por la Constitución tenía éste, espiraban en Noviembre de 1865, y mientras se hacía una nueva elección, esos poderes habían de quedar en manos del Presidente de la Suprema Corte, que lo era el general González Ortega. El Presidente Juárez creyó conveniente no dejar el poder, y desde el 8 de Noviembre había expedido en Paso del Norte el decreto prorrogándose la Presidencia hasta el día indeterminado en que se pudiera darle un sucesor. Para que González Ortega abandonara toda pretensión, otro decreto declaró que este general había perdido sus derechos al poder, pues que había residido desde hacía nueve meses en los Estados Unidos, y por esto se ordenaba que fuera arrestado y juzgado desde el momento en que se le aprehendiera dentro del territorio mexicano.

Las medidas arbitrarias provenientes de la falsa situación política, causaron honda división entre los republicanos; el más antiguo de los magistrados de la Suprema Corte, el general Ruiz, abandonó á Juárez con pretexto de enfermedad, se fué á Chihuahua donde lanzó el 30 de Noviembre la protesta pública contra la conducta del Presidente, porque violaba la Constitución y se mantenía en el poder, siendo que le pertenecía al mismo Ruiz ocupar la Presidencia. En seguida, procediendo con suma ligereza, se fué á Río Florido y se presentó al jefe de escuadrón Billot, le declaró que se sometía al Imperio y que se retiraba á la vida privada. Juárez y su ministro Lerdo de Tejada no se conmovieron por esta deserción, así como no se habían abatido por los reveses sufridos, y en una circular hicieron conocer su inquebrantable resolución de luchar sin descanso y defender hasta la última extremidad *«la causa sostenida con tanto valor y constancia.»*

Estando en la población fronteriza del Paso, expidió el Presidente Juárez dos decretos el 8 de Noviembre, concernientes al asunto de la presidencia; disponía el primero que, en el estado que guardaba la guerra, debían prorrogarse y se prorrogaban las funciones del Presidente de la República todo el tiempo necesario, fuera del período constitucional, hasta que pudiera entregar el gobierno al nuevo Presidente que fuese electo según la Constitución, luego que el estado del país lo permitiese; del mismo modo debían prorrogarse y se prorrogaban los poderes de la persona que tenía el carácter de Presidente de la Suprema Corte, para que en caso de que faltara el Presidente de la República, lo sustituyera. El segundo decreto disponía que había lugar á proceder contra el general Jesús González Ortega, por haber permanecido en el extranjero durante la guerra contra los franceses, sin licencia ni comisión del Gobierno, abandonando voluntariamente el cargo de Presidente de la Suprema Corte; sería juzgado cuando se presentara en el territorio de la República, para calificar su culpabilidad. Apoyábase el Presidente en las facultades que le fueron dadas por el Congreso, y en el artículo 104 de la Constitución; el gobierno nombraría otro Presidente de la Suprema Corte, para que, en el caso de que faltase el de la República, lo sustituyera. (1) Los fundamentos de este proceder, están consignados en una circular

(1) Para facilitar la prórroga presidencial en favor de D. Benito Juárez, conforme al decreto de 8 de Noviembre, se expuso en una circular, que González Ortega había preferido en Julio de 1863, desempeñar el cargo de gobernador del Estado de Zacatecas, abandonando en San Luis Potosí el de Presidente de la Corte de Justicia, motivo por el cual fué preciso declarar el 30 de Noviembre de 1864, en Chihuahua, que el general González Ortega aún conservaba el carácter de Presidente de la Suprema Corte de Justicia. Transcurrido un mes, se le concedió licencia para que pasara al Interior de la República á defender la causa nacional, pudiendo, si le parecía, atravesar por país extranjero; pero *solamente de tránsito.* González Ortega se quedó residiendo en el extranjero sin licencia ni comisión del Gobierno, por lo cual se le hacía responsable del delito oficial de abandono voluntario del cargo de Presidente de la Suprema Corte de Justicia, y se decretó que había lugar á proceder en su contra, luego que apareciera en cualquier lugar de la República.

La circunstancia de residir en el extranjero algunos jefes y oficiales del Ejército de la República, sin licencia ni comisión del Gobierno, dió motivo á una circular del Ministerio de Gobernación, disponiendo que los individuos pertenecientes al Ejército, llegados á México del extranjero, sin presentar expresa licencia para haber salido de la República, ó pasar de tránsito

del Ministerio de Gobernación, y se basaron en la Constitución por una parte, y por otra en el abandono que González Ortega había hecho del Ejército, de su bandera y de la causa republicana, permaneciendo en el exterior sin licencia del Gobierno, pues solamente se le había permitido que estuviese de tránsito en país extranjero.

González Ortega había escrito al Presidente Juárez el 8 de Mayo de 1865, indicando que el gobierno podría encargarle que desempeñara una comisión en el extranjero. En respuesta recibió dos cartas, una en Agosto, en que se le daban esperanzas de que se le conferiría la comisión, y otra, en la que se le manifestaba que el gobierno había resuelto no conferírsela; explicábase el retardo en contestar, ya porque en aquellos días regresaba el general Negrete á Chihuahua, de la malograda expedición que hizo á Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas, ya porque era necesario ocuparse del avance del general Brincourt, teniendo que salir de Chihuahua el Presidente el 5 de Agosto para ir á Paso del Norte.

Acompañaba al decreto expedido el 8 de Noviembre sobre prórroga presidencial, una circular en la que se dijo: que la Constitución de la República limitaba el período constitucional á cuatro años; pero terminando el cuarto año del gobierno del Sr. Juárez el 30 de Noviembre, el Presidente se encontró con que si cumplía esa disposición, destruía el gobierno existente centro de los que se oponían á la Intervención francesa y al Imperio de Maximiliano, y habiendo recibido algunas excitativas para continuar, declaró el Sr. Juárez prorrogado el período de su presidencia, en virtud de las facultades de que se hallaba investido.

El general González Ortega contestó á los decretos expedidos por el Gobierno del Paso, con una protesta y un manifiesto á la Nación; calificaba en la primera los decretos del 8 de Noviembre, de ilegales, arbitrarios é injustos; creaban una dictadura; eran contrarios á las facultades delegadas por el Congreso; comprometían seriamente la independencia nacional, sustituyendo un Gobierno legítimo con otro ilegal, y se insultaba al pueblo mexicano al dar á entender que solamente D. Benito Juárez podía salvar á México. En el manifiesto daba las razones de su conducta y tocó los mismos argumentos de la protesta, aunque sin entrar á fondo en la cuestión constitucional, prefiriendo narrar los hechos; atribuyó al Gobierno la intención de nulificarlo, ya por intrigas bajas y rastreras, ya destruyendo las fuerzas organizadas por el mismo Ortega; lo culpaba de haber desatendido sus observaciones y de haber fraccionado á los republicanos y quitádoles los recursos para que fácilmente fueran derrotados, para lo cual les

por el exterior, con permanencia allí de más de cuatro meses contados desde su salida de la República, deberían ser reducidos á prisión por la primera autoridad política ó militar de cualquiera parte en que estuviesen, dando cuenta al Gobierno para que dispusiera lo conveniente, con objeto de que se procediera á juzgarlos. Fueron exceptuados los generales, jefes y oficiales que hubieren sido ó en lo sucesivo fuesen deportados de la República por los invasores. Fué de notar, que solamente el general Berriózabal pidió la licencia respectiva para ir al extranjero, estando el Gobierno republicano en Monterrey; y otros, entre ellos González Ortega, se hicieron reos de las penas respectivas.

mandó abandonar la artillería y los trenes, les restringió las facultades necesarias para buscarse recursos y aun quiso que desapareciese el Presidente de la Suprema Corte. Procuró el Sr. González Ortega justificar su permanencia en los Estados Unidos, alegando que había estado allí en espera de una autorización para organizar ó enganchar voluntarios, reunir elementos de guerra y agenciar dinero. La protesta y el manifiesto de González Ortega fueron comentados en una circular expedida por el Ministerio de Relaciones y Gobernación, dirigida á los Gobernadores de los Estados el 30 de Abril de 1866, y entre los cargos fué uno el haber enviado González Ortega al Saltillo una comisión á fines de 1864, para pedir al Sr. Juárez le entregara el poder por haber declarado el Gobierno francés su resolución de no tratar con el mismo Presidente, lo cual se consideró como un propósito de someterse á las exigencias de Napoleón.

El general González Ortega publicó la protesta fechada en Paso del Aguila, Texas, el 21 de Diciembre de 1865, y el manifiesto aparecía firmado el 26 del propio mes en San Antonio de Béjar, ciudad del mismo Estado de Texas.

También publicó González Ortega un cuaderno en el que consignó las respuestas favorables que le dieron algunos de sus partidarios, con motivo de una circular que dirigió á los mexicanos residentes en los Estados Unidos, suscribiéndolas los Sres. Epitacio Huerta, José M. Patoni, Guillermo Prieto, Fernando Poucel, Manuel Quesada, Joaquín Villalobos, Juan Togno, J. Rivera y J. N. Enríquez Orestes.

Hacía cerca de un año que el general González Ortega residía en los Estados Unidos, sin comisión ni licencia del Gobierno. En los documentos que publicó en Texas, procuraba impugnar los fundamentos en que se apoyaron los dos decretos y la circular que los acompañaba; llamó á los escritos del ministro Lerdo, lecciones de lógica, explicaciones de derecho constitucional, y débiles medios á que se recurre siempre que faltan principios legales y razones sólidas en que apoyarse. El ministro Lerdo, á su vez, calificó el manifiesto de libelo infamatorio y calumnioso, pues que presentaba los actos públicos y oficiales bajo un aspecto ajeno á la verdad; pero uno y otro reprodujeron los argumentos y las razones ya en otras ocasiones emitidas. Permaneció González Ortega dos meses en la frontera de los Estados Unidos, y en seguida regresó á Nueva York.

En el territorio mexicano aceptaron casi todos los republicanos lo hecho en Paso del Norte: el general Diego Alvarez, jefe de la línea del Sur, publicó los decretos y siguió reconociendo al Presidente Juárez; el general Francisco León, gobernador interino de Tamaulipas, obedeció la resolución del Sr. Juárez que nombró gobernador de aquel Estado al general Carbajal, y á éste también le reconoció como jefe de la frontera el general Escobedo, gobernador de Nuevo León y jefe de las armas en ese Estado y el de Coahuila, y nombró al general Díaz de León para que así lo manifestara al general Carbajal, todo conforme lo había mandado el Presidente Juárez. El general Porfirio Díaz, que tenía el mando en jefe de la línea de Oriente, también reconoció á Juárez, lo mismo que hizo

en Michoacán el general Régules, que tomó el mando en jefe del Ejército del centro. Sonora, Chihuahua y Sinaloa, no se separaron de la obediencia á Juárez, todo lo cual demostró que la opinión de los que combatían con las armas en las manos, estaba del lado de la prórroga presidencial.

El general Berriozábal, aunque no conforme con la continuación del Presidente Juárez, quería que se pospusieran toda clase de discusiones entre los republicanos, á la salvación del país, y en este sentido consentía en la prórroga del período constitucional. El Sr. D. Francisco Zarco opinaba del mismo modo; ante la independencia de su Patria, todo lo demás le parecía mezquino y miserable; consideraba el decreto dado por Juárez, acorde con las facultades que le había otorgado el Congreso para hacer frente á la situación, no estando la expedición de tal decreto en las restricciones que se le impusieron; reconocía en Juárez al Presidente legítimo de la República Mexicana, y deseaba á su gobierno el mayor prestigio y acierto, aunque no aprobaba sin reserva todos sus actos gubernativos; pedía que los que se juzgaran agraviados ú ofendidos de alguna manera por ese gobierno, hicieran el sacrificio de su amor propio ofendido y desde luego el del silencio, para no levantar divisiones que aumentaran la debilidad de México ó hicieran imposible su defensa.

El general Alejandro García, que acababa de ser nombrado segundo en jefe de la línea de Oriente, dió seguridades de que la opinión de los pueblos de la costa era unánime en favor de la prórroga constitucional, mientras pudieran hacerse las elecciones.

El Sr. Joaquín Villalobos se dirigió Mr. Green Clay Smith, diputado en el Congreso de la Unión, enviándole todos los documentos relativos al tiempo en que espiraba el período del Sr. Juárez, y le preguntaba su opinión acerca de si había concluido como Presidente; recibió una contestación enteramente favorable á la continuación del Sr. Juárez en el poder.

Estando el general Negrete en Brownsville, se declaró en favor de González Ortega, y por consiguiente contra la continuación del Presidente Juárez en el poder, contrariando á la mayoría de los mexicanos residentes en los Estados Unidos, que reprobaban la conducta observada por González Ortega y sus adictos, aunque sin entrar de lleno en la cuestión, según lo hicieron los Sres. Ibarra, Berriozábal, Baz y otros que reprobaban toda discusión.

El general Negrete envió el 27 de Enero de 1866 una comunicación al coronel Naranjo y al comandante Saenz, jefes residentes en la frontera del Norte, excitándolos á desconocer la prórroga decretada por Juárez; pero recibió respuestas agresivas impugnando la comunicación que se les dirigió. La carta de Negrete estaba fechada *«á la margen del Bravo.»*

A consecuencia de la protesta de D. Jesús González Ortega contra la continuación del Sr. Juárez en el poder, la Cámara de Representantes en los Estados Unidos se dirigió al Presidente Johnson, en solicitud de aclaraciones á este respecto. En contestación, el ministro Mr. Seward dijo á la Cámara, que su petición



Don Joaquín Villalobos.

Formó parte del grupo de emigrados mexicanos en Nueva York el año de 1865. Entusiasta é impetuoso partidario de la República, contribuyó con su palabra y sus escritos á la tenaz y vehemente oposición que se hacía en los Estados Unidos á la Intervención francesa y al Imperio de Maximiliano. La fácil y acerada locución de Villalobos, resonaba en los *meetings* y donde quiera que se deliberaba y discutía sobre asuntos de la política mexicana, sus violentos escritos salían allá al paso de las importantes cuestiones que interesaban á México. Una de las reuniones políticas más notables en Nueva York, á la que asistieron los emigrados mexicanos, tuvo verificativo en el Instituto Cooper; y en esa vez se distinguió Villalobos por la energía y las extremas conclusiones de su peroración.

en Michoacán el general Régules, que tomó el mando en jefe del Ejército del centro. Sonora, Chihuahua y Sinaloa, no se separaron de la obediencia á Juárez, todo lo cual demostró que la opinión de los que combatían con las armas en las manos, estaba del lado de la prórroga presidencial.

El general Berriozábal, aunque no conforme con la continuación del Presidente Juárez, quería que se pospusieran toda clase de discusiones entre los republicanos, á la salvación del país, y en este sentido consentía en la prórroga del período constitucional. El Sr. D. Francisco Zarco opinaba del mismo modo; ante la independencia de su Patria, todo lo demás le parecía mezquino y miserable; consideraba el decreto dado por Juárez, acorde con las facultades que le había otorgado el Congreso para hacer frente á la situación, no estando la expedición de tal decreto en las restricciones que se le impusieron; reconocía en Juárez al Presidente legítimo de la República Mexicana, y deseaba á su gobierno el mayor prestigio y acierto, aunque no aprobaba sin reserva todos sus actos gubernativos; pedía que los que se juzgaran agraviados ú ofendidos de alguna manera por ese gobierno, hicieran el sacrificio de su amor propio ofendido y desde luego el del silencio, para no levantar divisiones que aumentaran la debilidad de México ó hicieran imposible su defensa.

El general Alejandro García, que acababa de ser nombrado segundo en jefe de la línea de Oriente, dió seguridades de que la opinión de los pueblos de la costa era unánime en favor de la prórroga constitucional, mientras pudieran hacerse las elecciones.

El Sr. Joaquín Villalobos se dirigió Mr. Green Clay Smith, diputado en el Congreso de la Unión, enviándole todos los documentos relativos al tiempo en que espiraba el período del Sr. Juárez, y le preguntaba su opinión acerca de si había concluido como Presidente; recibió una contestación enteramente favorable á la continuación del Sr. Juárez en el poder.

Estando el general Negrete en Brownsville, se declaró en favor de González Ortega, y por consiguiente contra la continuación del Presidente Juárez en el poder, contrariando á la mayoría de los mexicanos residentes en los Estados Unidos, que reprobaban la conducta observada por González Ortega y sus adictos, aunque sin entrar de lleno en la cuestión, según lo hicieron los Sres. Ibarra, Berriozábal, Baz y otros que reprobaban toda discusión.

El general Negrete envió el 27 de Enero de 1866 una comunicación al coronel Naranjo y al comandante Saenz, jefes residentes en la frontera del Norte, excitándolos á desconocer la prórroga decretada por Juárez; pero recibió respuestas agresivas impugnando la comunicación que se les dirigió. La carta de Negrete estaba fechada *«á la margen del Bravo.»*

A consecuencia de la protesta de D. Jesús González Ortega contra la continuación del Sr. Juárez en el poder, la Cámara de Representantes en los Estados Unidos se dirigió al Presidente Johnson, en solicitud de aclaraciones á este respecto. En contestación, el ministro Mr. Seward dijo á la Cámara, que su petición



Don Joaquín Villalobos.

Formó parte del grupo de emigrados mexicanos en Nueva York el año de 1865. Entusiasta é impetuoso partidario de la República, contribuyó con su palabra y sus escritos á la tenaz y vehemente oposición que se hacía en los Estados Unidos á la Intervención francesa y al Imperio de Maximiliano. La fácil y acerada locución de Villalobos, resonaba en los *meetings* y donde quiera que se deliberaba y discutía sobre asuntos de la política mexicana, sus violentos escritos salían allá al paso de las importantes cuestiones que interesaban á México. Una de las reuniones políticas más notables en Nueva York, á la que asistieron los emigrados mexicanos, tuvo verificativo en el Instituto Cooper; y en esa vez se distinguió Villalobos por la energía y las extremas conclusiones de su peroración.

sobre aclaraciones era contraria al interés público, y no podía, por consiguiente, ser tomada en consideración.

Apoyando al general González Ortega, lanzó D. Joaquín Villalobos un folleto en Nueva York, que por no haberlo publicado en inglés pasó casi desapercibido entre los norteamericanos; contenía las respuestas dadas al general respecto á la circular fechada en 3 de Octubre desconociendo al Presidente Juárez; entre las comunicaciones estaban las de los generales Patoni, Huerta, Poucel y otros que no dejaban dudas respecto á su disposición para auxiliar al general reclamante. También se publicaron varias cartas del Sr. Guillermo Prieto, y una respuesta ambigua del Sr. Francisco Ibarra. Negábanse á secundar al general González Ortega, los Sres. Zarco, Baz, Tovar, Robert y el general Berriozábal. En Nueva York levantaron una acta contra la prórroga presidencial de Juárez, los Sres. Togno, Jacobo Rivera y el presbítero Enríquez.

El general D. Alejandro García, segundo jefe de la línea de Oriente, en carta que dirigió al Sr. Juárez, le manifestó cuáles eran los sentimientos de las poblaciones de su mando. El gobernador de Tabasco, coronel D. Gregorio Méndez también le declaró á Juárez su sentir en favor de la prórroga, conforme á los decretos expedidos el 8 de Noviembre de 1865. (1)

Echábanle en cara al general González Ortega, los partidarios de la prórroga, que su conducta era un eficaz auxilio para los enemigos de la República, puesto que excitaba á desconocer al Presidente poniendo en duda la validez de los títulos en que se fundaba la subsistencia del gobierno republicano. Desconocido el gobierno que residía en Paso del Norte, solamente quedaba organizado en el país el de Maximiliano, y podía declararse que la República no tenía gobierno de hecho ni de derecho. Además, los Estados Unidos no podrían recono-

(1) Los decretos en que el Sr. Juárez se prorrogaba el período presidencial, fueron obedecidos desde luego por los generales Juan Alvarez y Nicolás Régules, jefe uno del ejército del Sur, y otro del Centro; Porfirio Díaz y Alejandro García, que lo eran del ejército de Oriente; Mariano Escobedo, del Norte; Ramón Corona, del de Occidente; también prestaron desde luego obediencia los generales Jesús García Morales é Ignacio Pesqueira, que mandaban en Sonora; D. Domingo Rubí, en Sinaloa, y D. Antonio Pedrín, Jefe Político y Comandante Militar de la Baja California; D. Luis Terrazas, en Chihuahua; el Coronel José M. Pereyra y general Silvestre Aranda, en el Estado de Durango; el general Miguel Auza, en el de Zacatecas; el general Viezca, en Coahuila; D. J. C. Doria, Gobernador interino de Nuevo León; los generales J. M. Carbajal y Santiago Tapia, en Tamaulipas; D. Juan Bustamante, Gobernador del Estado de San Luis Potosí; el Coronel Joaquín Martínez, que lo era del 2º Distrito del Estado de México; D. Diego Alvarez, en el Sur, y los Gobernadores de Tabasco y Chiapas, Coronel D. Gregorio Méndez y D. Pantaleón Domínguez. Dieron contestaciones en sentido opuesto á los proyectos de González Ortega, los Sres. Juan J. Baz, Leandro Cuevas, Felipe Berriozábal, Francisco Zarco, Cipriano Robert y Pantaleón Tovar. Todos los gobernadores reconocieron la validez del decreto de 8 de Noviembre, así como los jefes de la fuerza armada, exceptuando al general Aureliano Rivera que se declaró en favor de González Ortega, manifestando aquellos, en términos significativos, que era necesaria y conveniente la medida expresada en los decretos. También fueron levantadas en muchos pueblos actas, sosteniendo la prórroga de las facultades del entonces Presidente de la República; habiendo lugares en que tal manifestación se hizo con entusiasmo, como en San Juan Bautista, Tabasco. Iguales demostraciones se verificaron en varias poblaciones de los Estados Unidos, por parte de los mexicanos allá residentes.

cer en el general González Ortega, mejores títulos que los que reconocían en el Sr. Juárez.

Al finalizar el mes de Febrero de 1866, estaba de regreso en Nueva York el general oposicionista, después de haber dirigido circulares desde San Antonio Béjar, el 3 de ese mismo mes, á los individuos que fueron diputados al congreso y cuyo período constitucional había terminado en 1864, preguntándoles si aprobaban ó no los decretos de 8 de Noviembre y qué conducta se proponían seguir en ese asunto (1)

También se adhirió á los proyectos de González Ortega el general D. Gaspar Sánchez Ochoa. Desaprobado por el Gobierno de Juárez el contrato concluido entre los generales Sánchez Ochoa y Fremont, para adquirir recursos, consideró el primero como medio de dar validez á lo estipulado, conseguir que lo aprobara el general D. Jesús González Ortega en su calidad de vice-presidente de la República Mexicana. Entonces González Ortega procuraba en Nueva York convencer á sus conciudadanos, de que le correspondía ser Presidente de México desde Diciembre de 1865 según la inteligencia que daba á ciertos artículos constitucionales; consideró conveniente manifestarse anuente á sostener el contrato y en cambio contó con el apoyo de los generales Sánchez Ochoa y Fremont, prestándole este un auxilio eficaz. Creyéndose suficientemente apoyado, desde 1866 asumió González Ortega en Nueva York el título de Presidente constitucional interino de la República Mexicana, comenzó á hacer concesiones, á celebrar contratos y á dar nombramientos; escribió á sus amigos políticos para que se declararan por él y les anunció su próxima traslación á México con recursos abundantes de guerra, de todo género.

A pesar de la confianza que manifestaba González Ortega, los ofrecimientos que se le hicieron no podían cumplirse con la prontitud requerida, y creyendo necesaria su residencia en el territorio de la República, se resolvió á operar sin el dinero ni los recursos con que había creído contar. Venía á proclamarse Presidente y á suscitar una rebelión que tuviera por objeto derrocar al Gobierno del Presidente Juárez; pero arrestado en Zacatecas por el general Auza, quedaron desvanecidas sus ilusiones, nulificados los contratos hechos por el general Fremont y se disiparon las esperanzas de otros especuladores. El Gobierno repu-

(1) Envió el general González Ortega á multitud de personas, un ejemplar de la protesta y manifiesto publicados en el centro del Estado de Texas, respecto á la conducta observada por los Sres. Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada, calificándola de golpe de Estado. Decía que destruidas por la guerra la representación nacional y las legislaturas de los Estados, tan sólo quedaban del orden legal los altos dignatarios de la Nación; por esto es que categóricamente preguntaba á los que se dirigía, la conducta que habían observado respecto de la destrucción de ese orden legal y qué habían hecho, si aprobaron ó contrariaron aquel proceder. Fundaba su pregunta González Ortega, en la categoría que le daba el ser Presidente de la Suprema Corte, y aseguraba que si no hacía uso del título de Presidente de la República, era únicamente porque convenía que por entonces no levantaran dos banderas los defensores de la Independencia Nacional, aunque una llevara escrita la ley y la otra el abuso y la traición á esa misma ley. Pocos contestaron favorablemente la invitación que les dirigió González Ortega.

blicano de México se hizo cargo de pagar la suma dada por Mr. Brannan cuyos contratos, así como los otros hechos por el general Sánchez Ochoa, quedaron nulificados, y sin valor las órdenes que ese general firmó á favor del general Fremont por el todo ó parte de los bonos. (1)

El 2 de Noviembre anunciaba el *Periódico Oficial* que se publicaba en Pa-

(1) Los mismos motivos que determinaron al gobierno del Presidente Juárez, en Noviembre de 1864, para que aceptara los servicios militares de cierto número de extranjeros y procurar la adquisición de los recursos necesarios para armarlos, equiparlos y proveerlos de municiones, así como á las fuerzas mexicanas, lo decidieron á comisionar al general Sánchez Ochoa para que consiguiese en la costa del Pacífico recursos, así como se le encomendó al general Carbajal igual misión en la del Atlántico.

El Sr. Sánchez Ochoa estaba á principios de 1864 en el puerto de Mazatlán y los americanos allí residentes le aseguraron, que si el gobierno de México ponía en el mercado bonos que se debieran amortizar con los productos de las aduanas mexicanas del Pacífico, podrían realizarse en el mercado de San Francisco. El general Sánchez Ochoa fué á Chihuahua en Octubre de dicho año y el Gobierno le autorizó el 29 de ese mismo mes, para que ajustara las bases de un empréstito y las sometiera al gobierno para su resolución. Al finalizar el año, y en virtud de nuevas manifestaciones que hizo, acerca de la posibilidad de conseguir recursos en el extranjero, se le renovaron las autorizaciones para que concluyera un empréstito hasta de cuatro millones de pesos, é invirtiera sus productos en conseguir efectos de guerra, pudiendo ascender el empréstito hasta diez millones, con los cuales se adquirirían sesenta mil rifles, y el número proporcionado de piezas de artillería, armas de caballería y municiones de guerra; además, podía admitir extranjeros al servicio militar de México, organizarlos y nombrarles jefes.

El general Sánchez Ochoa, provisto de esta autorización, se dirigió á San Francisco donde hizo imprimir diez millones de pesos en bonos mexicanos, facilitando Mr. S. Brannan el dinero necesario hasta la suma de treinta mil pesos en oro, quedando como agente del Gobierno mexicano en la venta de los bonos. Celebró el general Sánchez Ochoa varios contratos con Mr. Brannan y con Mr. Richard Chenery y algunas otras personas sobre compra de vapores y municiones. Pero los bonos no fueron tomados en San Francisco y entonces le propusieron al Sr. Sánchez Ochoa las personas interesadas en ellos, que los llevara á Nueva York, esperando que allí se realizarían. Así lo hizo, y al llegar á esa ciudad al finalizar el mes de Octubre de 1865, se encontró con que la casa de John W. Corlies y Comp. iba á sacar al mercado los bonos firmados por el general Carbajal, en virtud de un contrato hecho con dicha casa, que se alarmó porque poniendo en el mercado simultáneamente dos clases de bonos mexicanos, era seguro el descrédito de ambos negocios y crecerían las dificultades en la venta. Además, en el contrato hecho por el general Carbajal, se obligaba el Gobierno de México á no sacar al mercado por medio de otros agentes, otra clase de bonos mientras estuviera pendiente la negociación de los del mismo general Carbajal.

El general Sánchez Ochoa consintió, por mediación del ministro Sr. Romero, en aplazar la venta de sus bonos hasta ver el resultado de los del agente Carbajal; pero estando asegurado el crédito de Mr. Brannan en una escritura en que se hipotecaba á éste los diez millones en bonos, para la seguridad de los treinta mil pesos que proporcionó, concediéndole la facultad de vender en pública subasta y al mejor postor el total ó parte de los bonos, si esa deuda no se pagaba á los tres meses, para satisfacer el crédito y sus intereses al uno y medio por ciento mensual, con la sola obligación de avisar al Gobierno mexicano con diez días de anticipación, le fué necesario al Sr. Sánchez Ochoa celebrar otro contrato con el general Fremont, para conseguir el dinero necesario y evitar los conflictos que estaban á punto de presentarse. Precisamente en esos momentos disponía el Gobierno establecido en Chihuahua, que cesara en su comisión el general Sánchez Ochoa, dejándole en libertad únicamente para terminar los negocios pendientes, lo cual ocasionó un disgusto entre él y el representante mexicano Sr. Romero.

Este, por su parte, concluyó un convenio con el citado general Fremont, en Mayo de 1866; se comprometía el contratista por dos millones de pesos en bonos, á conseguir que el Gobierno norteamericano garantizara por una ley el crédito de todos los bonos mexicanos; pero no queriendo Fremont nulificar el contrato concluido con el general Sánchez Ochoa, quedó el asunto pendiente hasta el triunfo de la República.

so del Norte, la evacuación de Chihuahua por las fuerzas francesas y la reocupación de todo el Estado por los juaristas.

Abandonada por los franceses á fines de Octubre de 1865 la ciudad de Chihuahua, en virtud de las órdenes de su Gobierno para concentrarse y del crecimiento de la revolución en el interior del país, salió de Paso del Norte el Presidente Juárez el 13 de Noviembre y llegó á Chihuahua el 20. Su permanencia en esta ciudad fué solamente de 19 días á causa del inesperado retroceso de los franceses; el 9 de Diciembre emprendía otra vez su marcha Juárez para Paso del Norte. La recepción que en Chihuahua hicieron al Presidente sus adictos fué una de las más notables fiestas allí verificadas.

El Presidente Juárez, llegado á Chihuahua el 20 de Noviembre, consideraba que ya quedaría en esta ciudad la residencia del Gobierno Republicano. En los pocos meses que permanecieron los franceses en algunos puntos de aquel Estado, nada pudieron dejar establecido y tras su retirada no subsistió funcionario alguno intervencionista. Juárez regresaba á Chihuahua en medio de las muestras de afecto que le prodigaron sus adictos. Salieron á recibirle hasta las inmediaciones del pueblo de Nombre de Dios, el Gobernador del Estado, el Ayuntamiento de la capital y un número considerable de vecinos distinguidos de la misma. Reunida esta comitiva con la que llegaba del Paso, se organizó la marcha de los carruajes ocupando el puesto preferente el del Presidente de la República á quien acompañaba el Gobernador Don Luis Terrazas. En el tránsito, hasta la garita del Norte de la ciudad, creció la concurrencia á pie, á caballo y en coches, ocupados varios de éstos por señoras.

Desde la garita al Palacio del gobierno, había de trecho en trecho piés derechos con gallardetes tricolores y formaban valla los guardias nacionales, que eran comerciantes y artesanos é hicieron los honores al primer magistrado de la Nación. Las puertas y ventanas de las casas estaban adornadas con cortinas. Personas de todas las clases sociales esperaban en las calles, las azoteas y puertas, en las plazuelas, en los altos de la iglesia de San Francisco y del Colegio, dando muestras del placer con que asistían á un espectáculo tan deseado; los repiques, los cohetes y otras demostraciones de entusiasmo completaron las manifestaciones hechas en aquella recepción.

En la entrada del Palacio se situaron dos filas de las principales damas de la capital, en número de más de cincuenta, elegantemente vestidas, formando un conjunto tan bello como inusitado é imponente. Entre las filas pasó el Presidente de la República, representante de la nacionalidad, á quien se dirigía aquel homenaje de exquisita delicadeza; todos entraron, después del Presidente, al salón principal, donde leyó en nombre de tan hermoso grupo una poesía el joven D. Julio Jaurrieta, felicitando al Presidente por su constancia y abnegación. Este joven fué uno de los que provocaron las iras de los franceses y sufrieron sus rigores, por las demostraciones hechas en la celebración del 16 de Septiembre contra la dominación extranjera.

Conmovido profundamente el Sr. Juárez, dió las gracias por las manifestaciones de que era objeto; aseguró que no puede perecer una sociedad que, cual aquella de tan bellas chihuahuenses, tenía modelos de virtud y de patriotismo. Cuando se retiraban las señoras, les suplicó el Presidente que le acompañaran á un brindis, queriendo demostrar el agradecimiento que sentía por la conducta del bello sexo, y por el ejemplo digno de imitación, del acatamiento con que debía ser vista siempre la suprema autoridad.

La gente pobre del pueblo manifestó á su vez deseo de saludar y abrazar al Presidente, á lo que éste se prestó con buena voluntad, agradeciendo tal demostración de afecto. A las dos de la tarde tuvo verificativo un banquete para el que invitó, á nombre del Estado de Chihuahua, el Gobernador y Comandante militar, en obsequio del Presidente de la República, por su regreso á la capital del Estado; concurrieron á tan significativa reunión las personas más notables de aquella ciudad. El banquete, arreglado y perfectamente servido, fué preparado por señoras, como un nuevo testimonio de aprecio al Sr. Juárez. (1)

En los brindis se habló de la actitud levantada que observó Chihuahua durante el período de prueba de la invasión francesa, ya oponiendo invencible resistencia moral, al negarse á entrar en relaciones con los expedicionarios; ya mostrándoles á cada paso el sentimiento de odio con que eran vistos, dejándolos reducidos al apoyo de los muy pocos que los auxiliaron. Se brindó por el feliz regreso del Presidente de la República; por el pronto término de la cuestión nacional; por la memoria de los generales Meoqui y Ojinaga; por los jóvenes que celebraron el 16 de Septiembre; por el castigo de los asesinos del malogrado Ojinaga, y porque el Gobierno encontrara en todas partes buenos ciudadanos que le ayudaran en la grandiosa obra de salvar la independencia nacional.

En la noche de aquel memorable día hubo iluminación general, y se manifestó en todas las clases sociales entusiasmo para recibir al Presidente de la República.

Al saberse que el Presidente Juárez salía del Paso para Chihuahua á mediados del mes de Noviembre, dieron los oficiales americanos del fuerte Bliss un baile en honor del *Presidente Constitucional de la República Mexicana*, según decían las invitaciones. La tirante situación en que se encontraba Bazaine, expuesta á romperse en cualquier momento, le obligó á mandar al jefe de su Estado Mayor para que conferenciara con el Ministro Montholón en Washington.

En su regreso á Chihuahua, el Presidente Juárez nombró generales de división á D. Ignacio Mejía, D. Diego Alvarez, D. José J. Carvajal y D. Nicolás Régules.

Al llegar el General Patoni á esa ciudad, le quitó el mando de la fuerza el

(1) En la mesa brindaron: el Presidente de la República, los Ministros de Relaciones, Gobernación, Justicia y Hacienda; el Gobernador Terrazas, el general D. Ignacio Mejía, el Magistrado D. Laureano Muñoz; los Sres. Blas Balcárcel, D. Bernardo Revilla, D. Manuel Armendáriz, D. Pedro Contreras Elizalde, D. Juan de D. Burgos, D. Rodrigo García y D. Francisco Arellano.

Presidente Juárez, según rumores por haber impuesto préstamos sin facultades. Juárez, que se hallaba en Chihuahua á principios de Diciembre, tuvo que efectuar la segunda retirada á Paso del Norte el día 9 del mismo mes, fué reocupada la ciudad por los franceses á los dos días, esto es, el 11, fungiendo de comandante superior el jefe de escuadrón Mr. Billot.

El 18 llegaba el Presidente Juárez al Paso. Durante los pocos días que en esa vez Juárez estuvo en Chihuahua, dispuso que se acuñaran 30,000 pesos en cobre é impuso un préstamo de 15,000. Con pocas fuerzas contaba entonces el Presidente Juárez: solamente con trescientos hombres al mando del gobernador Terrazas. (1)

Coincidió el regreso de D. Benito Juárez á Chihuahua, con el rumor respecto á que los franceses volverían á invadirla, aunque parecía absurdo abandonar lo que se había de volver á ocupar; el hecho fué que Juárez tuvo que evacuar á Chihuahua por segunda vez, en virtud de la aproximación de las fuerzas invasoras. Caso semejante se verificaba en el Estado de Coahuila, al que también regresaron los franceses, teniendo que retirarse el Gobernador Viezca hacia Piedras Negras.

Al llegar Juárez al Paso del Norte el 18 de Diciembre, le recibieron las autoridades y multitud de vecinos acompañados de una música de viento; hubo repiques y salvas de artillería y las casas fueron adornadas con cortinas y banderolas, se le ofreció un banquete y una comisión de señoras fué á felicitar al Presidente. Siete días después fué nombrado Ministro de la Guerra el general D. Ignacio Mejía.

En aquel Estado había continuado aplicándose la ley de 3 de Octubre; en Río Florido y por orden del general Castagny, fué juzgado conforme á ella D. Guadalupe Esquivel, antiguo Administrador de Correos, sentenciado á la pena de muerte por la corte marcial de esa población, atribuyéndole el delito de haber mantenido relaciones con los republicanos.

Los imperiales siguieron esta vez á Juárez hasta cuarenta millas del Paso y de allí se retiraron para Chihuahua, por temor á complicarse en un encuentro con norteamericanos ó con las fuerzas que aun acompañaban al Presidente, á quien sin duda habrían prestado auxilio los americanos del otro lado del río.

En Chihuahua llegó á concertarse un movimiento en favor de la presidencia de González Ortega, adhiriéndose á este proyecto algunos de los oficiales que habían acompañado á Juárez hasta esa ciudad. Varios generales y jefes republicanos firmaron el acta de adhesión al Imperio. (2)

El comandante superior del Departamento de Chihuahua, Mr. Billot, envió sobre la Concepción una fuerza que dispersó á la que habían reunido D. José

(1) En el nombramiento del Sr. Terrazas para Gobernador del Estado de Chihuahua, hubo la coincidencia singular de que también había sido nombrado por el Gobierno Imperial, cuando estaba allí el general Brincourt, para Prefecto Político del Departamento, cuyo puesto rehusó.

(2) Según las actas publicadas por la prensa imperialista, contáronse entre ellos los generales Angel Trías y Genaro Villagrán; coroneles L. Chávez y Joaquín Terrazas; el teniente coronel José M. Escobar, trece capitanes, catorce tenientes y seis subtenientes.

Gómez y los jefes Casabantes. Mandaba á los imperiales el comandante Julio Carranco, y se reunieron con los voluntarios que conducía D. Feliciano Enríquez. Algunos prisioneros fueron entregados al comandante Billot. También hizo marchar este jefe un destacamento para Cosihuiriachic, de donde se retiraron muchos adictos al Sr. Juárez que habían salido de Chihuahua. En esos mismos días batió el comandante Carranco á los republicanos que mandaban Méndez y Salas en el cantón de Abasolo. La plaza de Cosihuiriachic fué atacada en la mañana del 22 de Febrero (1866) y tomada á viva fuerza se alejaron los republicanos que la defendieron.

El general Castagny nombró comandante militar interino del Departamento de Chihuahua al general graduado José Quintanilla. El 18 de Noviembre era nombrado Comisario Imperial de la 6ª División D. Paulino Raigosa, comprendiendo su demarcación los Departamentos de Chihuahua, Nazas, Batopilas y Huejuquilla, con capital en Durango. El General Quintanilla fué asesinado en marcha para su destino, en el camino de Nazas. Pereció á manos de la escolta y el asesinato causó honda sensación en Durango.

La intervención de los Estados Unidos en los asuntos de México se acentuaba más cada día. En Octubre sostenían largas pláticas el gobierno francés y el gabinete de Washington, todas referentes á México. Napoleón pretendía que los Estados Unidos reconocieran al Imperio Mexicano, y que se obligaran á retirar sus tropas en el plazo que se juzgara necesario para la completa seguridad del nuevo orden de cosas. Esa proposición fué rechazada, y lejos de acceder á ella Mr. Seward contestó en términos casi amenazantes contra el orden de cosas establecido aquí bajo los auspicios de la Francia. Si alguna vez fué dable creer en la posibilidad de un arreglo pacífico, ahora la actitud neta y decisiva del gobierno americano disipó por completo tal esperanza. (1)

El pueblo de los Estados Unidos consideraba injusta y perjudicial la intervención de potencias extranjeras, contra la libre y popular forma de gobierno existente en nuestra República. Esperaba Mr. Seward que Francia renunciaría á su actitud agresiva con México, en un período de tiempo conveniente y razonable, permitiendo al pueblo mexicano gozar libremente del sistema de gobierno republicano que estableció por sí mismo, y al que había dado, según lo creían los Estados Unidos, pruebas de adhesión tan terminantes y decisivas como conmovedoras.

(1) Desde Agosto participaba al marqués de Montholón, su gobierno que se deseaba la llegada del día en que el último soldado francés dejara á México; pero se quería el apoyo de los Estados Unidos para consolidar el Imperio mexicano.

Los Estados Unidos alegaron que no podían admitir la presión de fuerzas extranjeras en su vecindad, porque les causaría malestar, inquietud y gastos, además de los peligros de colisiones. Seward declaró, que la verdadera causa del descontento en su Nación, consistía en que el Ejército francés invadió en México á un gobierno republicano democrático, establecido por el pueblo y hacia el cual los Estados Unidos alimentaban las más profundas simpatías, para impedir que se suprimiera y sobre sus ruinas se levantara un gobierno monárquico extranjero, "*cuya presencia en México siempre sería injuriosa y amenazante para los Estados Unidos, como contraria á las instituciones republicanas que él ha escogido y que le son tan caras.*"

Otro nuevo obstáculo imponente se presentó á la marcha del gobierno de Maximiliano. El ministro americano en Viena había hecho saber al conde de Mensdorff, que iba á presentar una protesta contra los alistamientos complementarios destinados al cuerpo de voluntarios austriacos en México, y aun había agregado, que pudiera ser que en represalia, el Gobierno americano llegase á permitir á los agentes de Juárez, que engancharan gente en los Estados Unidos. Esa actitud dió por resultado la suspensión de alistamientos austriacos.

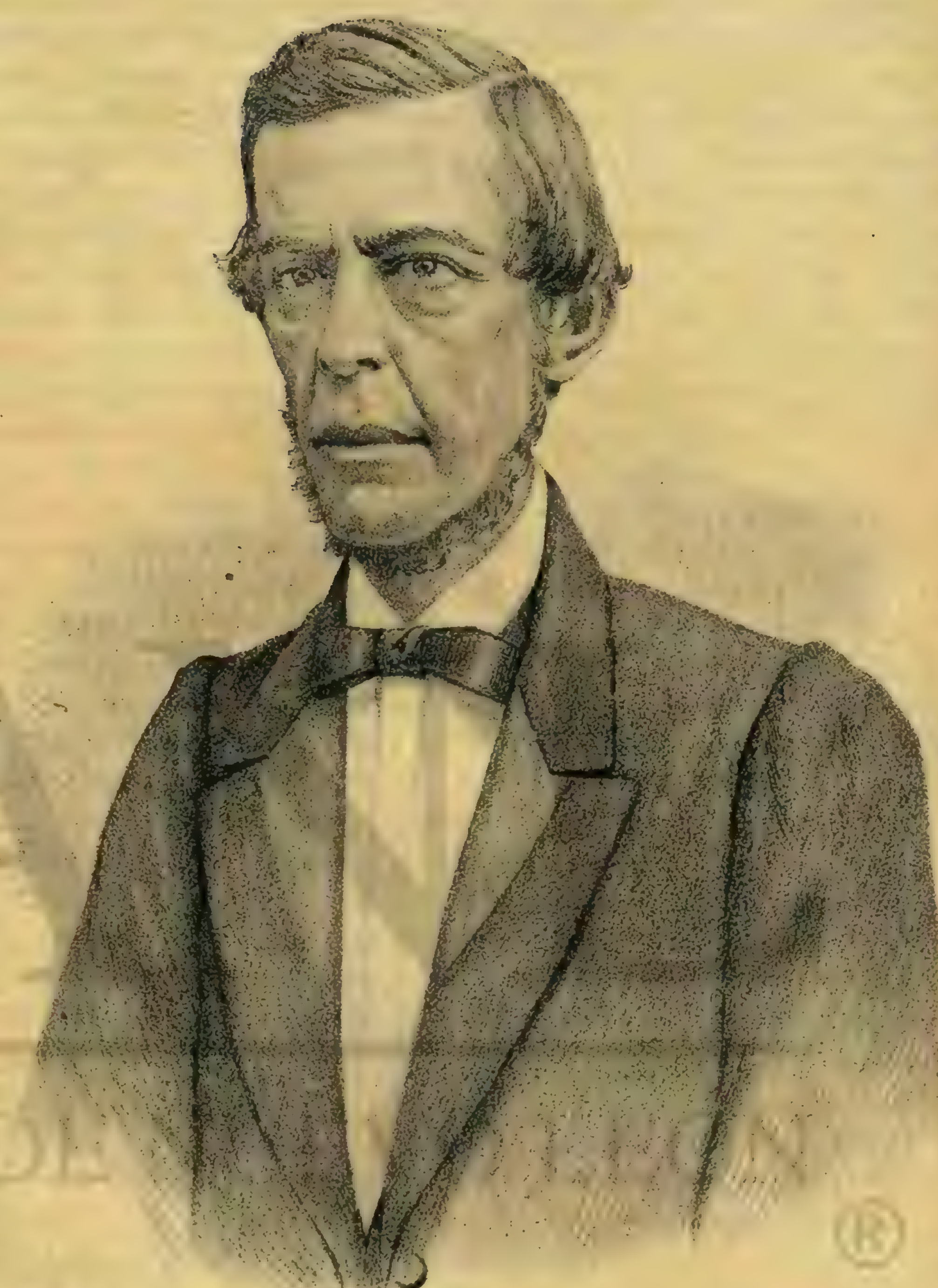
Las circunstancias tomaban cada día un carácter más grave, y las negociaciones entabladas hacía tres meses por Mr. Bigelow y que cobraron mayor actividad con la cooperación del general Schofield, iban dando ya sus resultados.

Podía contar Maximiliano con ciertas simpatías de algunos jefes del Ejército norteamericano, entre ellos el general á quien había logrado atraerse D. Luis Robles Pezuela en el viaje que hizo al puerto de Matamoros; pero tan luego que el Gobierno de Washington notó tal simpatía, reemplazó á ese jefe en el mando que desempeñaba en Brownsville. Creyó Maximiliano atraerse á otros de los hombres públicos de aquel país, concediendo privilegios sin tasa á las compañías americanas, que expidieron gran número de acciones para ganarse la voluntad de personas cuyos servicios necesitaban; pero tanto el Secretario de Estado como el general Grant y otros políticos de influencia, se oponían resueltamente á esos trabajos que venían á redundar en favor del Imperio.

Se reveló esa gran oposición á todo lo que tendiese á apoyar á Maximiliano, en el examen y calificación que se hizo del decreto imperial expedido para reglamentar el trabajo en México, y establecer las relaciones entre los trabajadores y sus patrones ó de los empresarios que los trajeran contratados al país; resolvió el Gobierno de Washington, que tal decreto importaba el restablecimiento de la esclavitud en México. (1)

A mediados de Diciembre de 1865, Mr. Seward escribía al ministro Bigelow lo siguiente, que no podía ser más definitivo: «El Presidente dispone que informe usted respetuosamente, al gobierno del Emperador dos cosas: 1ª que los Estados Unidos desean vivamente cultivar relaciones de sincera amistad con la Francia. 2ª que estas relaciones se hallarán en inminente peligro, á no ser que la Francia juzgue compatible con su interés y con su honor, el desistir en la prosecución de una intervención armada en México, cuyo fin es derribar al Gobierno republicano que allí existe, y levantar sobre sus ruinas la monarquía extranjera que ha intentado establecer en la capital de aquel país. «En conclusión, los Estados Unidos no reconocerán á Maximiliano, aun cuando las tropas francesas se retiraran de México.»

(1) El asunto fué pasado al Procurador general de los Estados Unidos, para que dictaminara si la disposición de Maximiliano imputaba el restablecimiento de la esclavitud y si tenía facultad para hacerlo; Mr. Speed, que era el Procurador, opinó que el decreto en cuestión importaba el restablecimiento de la esclavitud y que Maximiliano carecía de facultades para semejante hecho.



Licenciado José M. del Villar y Bocanegra.

El ejército expedicionario francés, al mando del General Forey, después de haber tomado posesión de la capital mexicana, estableció una Regencia y una Junta de Notables que designó á Maximiliano de Hapsburgo Emperador de México. Entonces fué nombrado Prefecto político de la capital el Sr. Villar y Bocanegra. Entendió en todos los preparativos para celebrar la llegada de los Emperadores Maximiliano y Carlota Amalia, y les arengó el día que entraron á la capital, que fué en 12 de Junio de 1864.

Otro nuevo obstáculo imponente se presentó á la marcha del gobierno de Maximiliano. El ministro americano en Viena había hecho saber al conde de Mensdorff, que iba á presentar una protesta contra los alistamientos complementarios destinados al cuerpo de voluntarios austriacos en México, y aun había agregado, que pudiera ser que en represalia, el Gobierno americano llegase á permitir á los agentes de Juárez, que engancharan gente en los Estados Unidos. Esa actitud dió por resultado la suspensión de alistamientos austriacos.

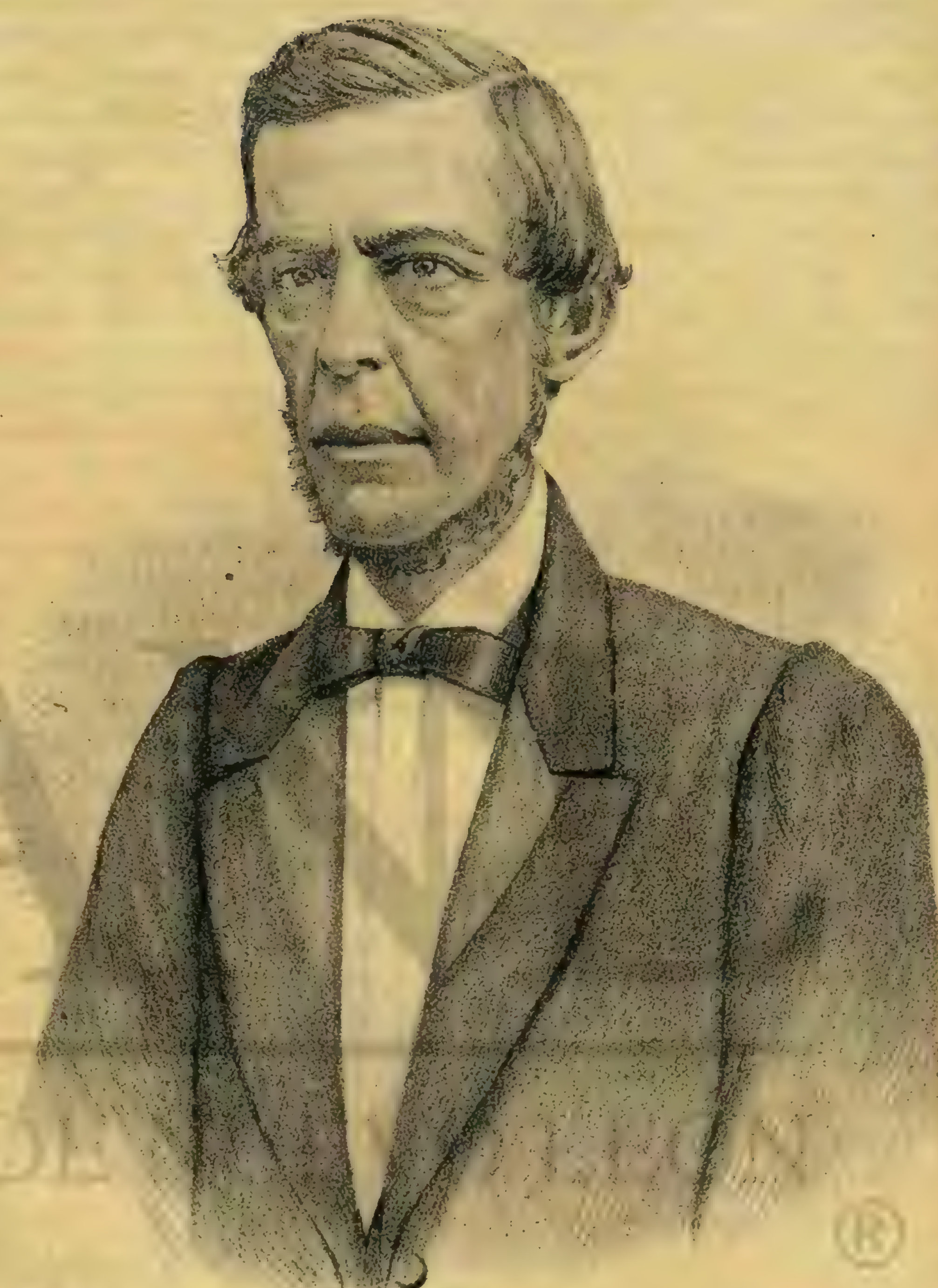
Las circunstancias tomaban cada día un carácter más grave, y las negociaciones entabladas hacía tres meses por Mr. Bigelow y que cobraron mayor actividad con la cooperación del general Schofield, iban dando ya sus resultados.

Podía contar Maximiliano con ciertas simpatías de algunos jefes del Ejército norteamericano, entre ellos el general á quien había logrado atraerse D. Luis Robles Pezuela en el viaje que hizo al puerto de Matamoros; pero tan luego que el Gobierno de Washington notó tal simpatía, reemplazó á ese jefe en el mando que desempeñaba en Brownsville. Creyó Maximiliano atraerse á otros de los hombres públicos de aquel país, concediendo privilegios sin tasa á las compañías americanas, que expidieron gran número de acciones para ganarse la voluntad de personas cuyos servicios necesitaban; pero tanto el Secretario de Estado como el general Grant y otros políticos de influencia, se oponían resueltamente á esos trabajos que venían á redundar en favor del Imperio.

Se reveló esa gran oposición á todo lo que tendiese á apoyar á Maximiliano, en el examen y calificación que se hizo del decreto imperial expedido para reglamentar el trabajo en México, y establecer las relaciones entre los trabajadores y sus patrones ó de los empresarios que los trajeran contratados al país; resolvió el Gobierno de Washington, que tal decreto importaba el restablecimiento de la esclavitud en México. (1)

A mediados de Diciembre de 1865, Mr. Seward escribía al ministro Bigelow lo siguiente, que no podía ser más definitivo: «El Presidente dispone que informe usted respetuosamente, al gobierno del Emperador dos cosas: 1ª que los Estados Unidos desean vivamente cultivar relaciones de sincera amistad con la Francia. 2ª que estas relaciones se hallarán en inminente peligro, á no ser que la Francia juzgue compatible con su interés y con su honor, el desistir en la prosecución de una intervención armada en México, cuyo fin es derribar al Gobierno republicano que allí existe, y levantar sobre sus ruinas la monarquía extranjera que ha intentado establecer en la capital de aquel país. «En conclusión, los Estados Unidos no reconocerán á Maximiliano, aun cuando las tropas francesas se retiraran de México.»

(1) El asunto fué pasado al Procurador general de los Estados Unidos, para que dictaminara si la disposición de Maximiliano imputaba el restablecimiento de la esclavitud y si tenía facultad para hacerlo; Mr. Speed, que era el Procurador, opinó que el decreto en cuestión importaba el restablecimiento de la esclavitud y que Maximiliano carecía de facultades para semejante hecho.



Licenciado José M. del Villar y Bocanegra.

El ejército expedicionario francés, al mando del General Forey, después de haber tomado posesión de la capital mexicana, estableció una Regencia y una Junta de Notables que designó á Maximiliano de Hapsburgo Emperador de México. Entonces fué nombrado Prefecto político de la capital el Sr. Villar y Bocanegra. Entendió en todos los preparativos para celebrar la llegada de los Emperadores Maximiliano y Carlota Amalia, y les arengó el día que entraron á la capital, que fué en 12 de Junio de 1864.

No obstante la energía de estas resoluciones, la prensa imperialista se afanaba en sostener que el Gobierno de Maximiliano contaba, no solamente con la tolerancia, sino también con la complicidad del de los Estados Unidos; llegaba á decirse que Mr. de Montholon había recibido seguridades por parte de Mr. Seward, de permanecer indiferente ante el trono que Napoleón levantara en México. Además, se aseguró que cualquiera agresión de las tropas americanas sobre la orilla derecha del río Bravo, sería considerada por la Francia como una declaración de guerra en la que la apoyarían Inglaterra, España, Austria y Bélgica.

El Gobierno norteamericano, que conocía bien cuál era la opinión pública en su país, estuvo siempre resuelto á sostener la doctrina de Monroe, y si no tomaba la iniciativa contra el Ejército francés que ocupaba á México, debíase á la necesidad de reorganizar los Estados que estuvieron insurrectos, y de reparar su hacienda pública, como la base para su prestigio y acción; calculábase que para fines del año de 1865 todo estaría ya listo y que, desembarazado de los asuntos interiores, podría impulsar los de México y resolverlos en el sentido que deseaba. Entonces el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos, abrigaban la íntima creencia de que ya terminada su guerra civil, el único partido que quedaba á Napoleón era retirar sus tropas de México, en obvio de mayores males. El Gobierno norteamericano se proponía darle tiempo, dentro de un plazo, para que sin violencia y sin que pareciese que procedían los franceses por amago y por fuerza, se efectuara la retirada, y en tal sentido creyó conveniente no oponer dificultades ni exigir cosa alguna que pudiese aparecer como amenaza.

La opinión pública había llegado á ser en los Estados Unidos unánime y tan vigorosa, que no había reunión ni sociedad, cualquiera que fuese el partido á que perteneciera, en que no se admitiese como exigencia nacional, adoptar un programa basado en la doctrina de Monroe y en la urgencia de dar protección á la República de México. Así lo resolvieron «La Sociedad del Servicio Unido,» las convenciones democrática y republicana de Nueva York, el *meeting* reunido en el Instituto Cooper, y otra multitud de asociaciones. Los más notables oradores manifestaban indignación por la presencia del Ejército francés en México, y se ocupaban en proponer los medios más eficaces para arrojarlo del continente; llegaron á decir que Maximiliano había dado pruebas de demencia con sólo aceptar la corona que Napoleón le ofreciera. Algunos, entre ellos el general Sheridan, jefe del Ejército de observación en Texas, insistían en calificar como parte de la rebelión del Sur el advenimiento de Maximiliano, y por consiguiente, creían incompleto el término de la guerra civil de los Estados Unidos, mientras no cayera el trono levantado aquí por las bayonetas francesas.

Queriendo el Gobierno norteamericano dar á Napoleón una prueba más de su resolución en destruir la monarquía presidida en México por Maximiliano, nombró al general John A. Logan, Ministro Plenipotenciario y Enviado extraordinario de los Estados Unidos, *cerca de la República Mexicana.* El nombramiento

era altamente significativo, porque el general había manifestado mucho odio al Imperio mexicano. (1)

Se trasparentaba con toda claridad el móvil á que obedecían los Estados Unidos, al elevar al general Logan á la categoría de ministro cerca del Presidente Juárez. Hacía dos años que aquella República no tenía representante en México, y ahora era enviado un diplomático al Paso, pequeña población perdida en las soledades de la frontera, villa en la que no había intereses americanos que proteger. Aquel nombramiento traducía sin dudas la mala voluntad contra la Intervención y el Emperador de México; venía á convertirse en una provocación para alterar las relaciones que el Gabinete francés se esforzaba en conservar lo más amistosas que fuera posible, aunque aparentaba á la vez proteger al soberano que había instalado en México, considerando que sería deshonroso entregarlo en unión de los que se le habían adherido, á las venganzas de adversarios resueltos.

Sintióse en Francia el golpe terrible que los Estados Unidos daban al Imperio en México, al haber nombrado al general Logan Ministro Plenipotenciario cerca de Juárez, y reagravó el efecto producido, el haber dicho el Presidente Johnson en un discurso, que el globo terrestre quedaba dividido en dos hemisferios que debían ser cada uno de ellos independiente, con lo cual satisfacía la doctrina de Monroe, y lanzaba un desafío á Maximiliano y á su aliado Napoleón III.

El general Logan, designado representante de los Estados Unidos cerca del Presidente Juárez, había sido comandante del Ejército del Tennessee y eran muy bien conocidas sus opiniones respecto de México. En un discurso pronunciado el mes de Junio en el Instituto Cooper, dijo. «*Que á esos señores que están en México, se les debe notificar que á los habitantes de los Estados Unidos les sería muy grato verlos salir del país.*» Este general no opinaba por el sistema de emigración entonces en proyecto, sino «*porque si los Estados Unidos no querían que el Emperador Maximiliano permaneciese en México más tiempo, se le dijera: Caballero, mire usted que tiene que salir de aquí.*» En otro discurso pronunciado en Brooklyn, el 3 de Noviembre, añadió Mr. Logan lo siguiente: «*Si yo fuese Presidente, mandaría á los franceses que salieran de México á las volandas, y creo que lo harían.*»

Tal era el carácter del nuevo representante cerca de Juárez; llevaría por

(1) En un *meeting* verificado el 7 de Junio, dijo: "Mientras estábamos ocupados en esa enojosa tarea, (la guerra separatista) hubo un hombre llamado Maximiliano, según creo, que vino á México y estableció á nuestras puertas una forma de gobierno contraria á la que siempre hemos tenido, por la gran doctrina del país. Creo que debería notificarse á ese caballero, una de estas mañanas, muy temprano, que no nos conviene su vecindad, es decir, que creemos firmemente en la doctrina Monroe. Si los Estados Unidos no quieren que Maximiliano permanezca en México, Dios nos concederá bastante orgullo y suficiente valor para decirle de una vez: "Chico, tenéis que marcharos de aquí." Palabras fueron estas que acogió la multitud con frenéticos aplausos, en los que se reflejaba cuál era el sentimiento general de la Nación norteamericana.

secretario al coronel W. A. Browning, hasta entonces secretario particular del Presidente Johnson, de manera que la misión diplomática que representaba á la vecina República no podía ser más caracterizada contra el Imperio.

El nombramiento de Logan se hacía precisamente el mismo día 15 en que terminaba la amnistía concedida á los juaristas por la ley de 3 de Octubre. ¿Qué efecto causaría en las Tullerías, saber que se nombraba un Ministro cerca de bandoleros?

El general Logan designado para sustituir á Mr. Corwin en la representación del Gobierno norteamericano cerca del republicano de México, aceptó la misión que se le encomendaba, mediante las condiciones que él propuso y que se reducían á llevar desde luego la guerra á México; por este motivo en su lugar fué designado Mr. Lewis D. Campbell. El Senado tardó algunos meses en tomar en consideración el nuevo nombramiento; pero al fin lo confirmó á principios de Mayo de 1866; Campbell era también enemigo acérrimo de la Intervención y partidario entusiasta de la doctrina de Monroe. Entonces el Congreso norteamericano manifestaba ya, sin embozo, las favorables disposiciones que le animaban respecto al Gobierno republicano en México, apareciendo en ambas Cámaras series de proposiciones concebidas en los términos más hostiles contra Napoleón y Maximiliano, principalmente por el decreto de 3 de Octubre y excitando al Ejecutivo á que auxiliara al Gobierno del Presidente Juárez.

Los republicanos en México tomaron el nombramiento de Logan como una promesa de apoyo directo, y continuaron con ardor la lucha en que tan poderoso aliado los sostendría. El «Times,» órgano del ministro Seward, seguía asegurando que el establecimiento del trono en México era obra de las bayonetas extranjeras exclusivamente, y que éstas constituían su único apoyo, motivo por el que los Estados Unidos nunca podrían reconocer las nuevas instituciones aquí establecidas, y darían apoyo moral al gobierno de Juárez, lo que bastaría para derribar el régimen imperial, privándole de crédito en el exterior, inspirar en el interior esperanzas y dar vigor á la causa republicana. Este era el resumen de la actitud y las opiniones de los hombres de la Casa Blanca en la cuestión de México, actitud que causó honda impresión en las Tullerías, fué la clave del enigma americano y base de las resoluciones definitivas del gobierno francés.

En las dos cámaras de la República de los Estados Unidos, quedó resuelto: se suplicara al Presidente, que tomara las disposiciones necesarias acerca de la cuestión de México, «para vindicar la política declarada de los Estados Unidos.» Esta proposición pasó en ambas cámaras á las comisiones de Relaciones exteriores. También se aprobó que le fueran pedidos al Presidente, todos los documentos é informes acerca de la cuestión de México. (1)

(1) La resolución presentada en ambas cámaras, era del tenor siguiente:
Considerando: Que en una carta de instrucciones fechada el 3 de Julio de 1862 y dirigida al general Forey, jefe de las fuerzas en México, el Emperador de los franceses indicó su política relativamente á los asuntos de este continente, declarando que se proponía establecer en México una monarquía que hiciera recuperar su fuerza y prestigio á la raza latina de aquende

Estas proposiciones alarmaron tanto al ministro francés en Washington, que envió al secretario de la Legación á Europa, para dar á conocer el estado de la opinión de los norteamericanos en el asunto de México, y solicitar instrucciones del gobierno imperial.

La prensa norteamericana se expresaba en términos muy duros; llamaba á Napoleón III *mentiroso rastrero,* y decía que ya era la hora de reemplazar la súplica con el mandato, y adoptar algunas medidas dignas del país respecto al continuo envío de tropas francesas á este continente, disponiendo el congreso que salieran del territorio mexicano.

La acción del congreso de los Estados Unidos y la creciente simpatía popular de los liberales mexicanos, á la vez que el nombramiento del general Logan, ocasionaron un cambio de comunicaciones entre el conde de Montholón y el Departamento de Estado norteamericano; á consecuencia de esto pidió el ministro francés á su gobierno instrucciones definitivas.

La actitud amenazante de los principales jefes militares del Ejército norteamericano en la frontera con México, se manifestó más caracterizada día por día. Prueba de ello fueron las comunicaciones que el general Weitzel, comandante militar de Brownsville, dirigió al general Mejía pidiéndole que pusiera en libertad á tres ciudadanos americanos presos en la cárcel de Matamoros. Mejía le contestó, que solamente estaban detenidos tres prisioneros hechos en una escaramuza entre imperiales y fuerzas de Cortina; pero que los individuos nombrados por Weitzel no se hallaban en aquella ciudad; quejóse además el jefe imperialista, de que los republicanos hubieran usado artillería y proyectiles americanos contra Matamoros.

el Atlántico; que garantizara á Francia y España la posesión de sus colonias de las Antillas, asegurase sus intereses y estableciera la influencia de Francia en el centro de la América, evitando que el pueblo de los Estados Unidos tomara posesión del Golfo de México, desde donde dominaría las Antillas y la América del Sur, con lo cual vendría á ser administrador exclusivo de los productos del Nuevo Mundo.

Considerando: Que en observancia de esta política, se ha hecho una tentativa para establecer una monarquía en México contra la voluntad del pueblo, y para apoyar con soldados europeos la usurpación de Maximiliano; y

Considerando: Que entre otros actos contrarios al espíritu del siglo y de la humanidad, el llamado Emperador de México ha establecido prácticamente el trabajo obligatorio en sus dominios, por decreto de 5 de Septiembre de 1865, y por otro fechado el 3 de Octubre del mismo año ha violado los usos de la guerra civilizada, negando á las tropas republicanas de México los derechos de beligerantes, y disponiendo que todos los prisioneros sean ejecutados en el término de 24 horas;

Se resuelve por el Senado y la Cámara de los Estados Unidos reunidos en congreso:

Primero: Que el actual estado de cosas en la República Mexicana, nos inspira la más profunda solicitud.

Segundo: Que la tentativa hecha por una potencia extranjera para subvertir uno de los gobiernos republicanos de este continente, y establecer sobre sus ruinas una monarquía sostenida exclusivamente por bayonetas europeas, es opuesta á la política declarada del gobierno de los Estados Unidos, ofensiva á nuestro pueblo y contraria al espíritu de nuestras instituciones.

Tercero: Que se suplique al Presidente de los Estados Unidos, que tome acerca de este gran asunto las medidas necesarias para vindicar la política reconocida de nuestro gobierno y proteger su honor y sus intereses.

El 27 de Noviembre envió el general americano otra carta á Mejía, escrita en tono altanero; decíale que conforme á las instrucciones del general Sheridan, jefe de la División militar del Golfo, no se admitiría excusa alguna, si en la demarcación que mandaba Mejía se ejecutaba algún ultraje contra ciudadanos americanos; que tampoco se permitiría la comisión de actos de hostilidad contra los Estados Unidos, cuyo gobierno no aceptaría las satisfacciones personales que le diese Mejía. Ya no podía hacerse mayor ultraje á los imperiales.

La favorable influencia de la vecina República respecto á los juaristas, se hacía sentir principalmente en la adquisición de recursos. Si el empréstito mexicano de treinta millones de pesos que negociaba el general J. M. de J. Carbajal, en su calidad de gobernador de Tamaulipas, estaba dando los resultados que se buscaban, debíase en gran manera á la participación que el general Grant y otras personas influyentes tomaron en la compra de bonos. El día que se abrió la agencia que los expendía, hizo una demostración el 8º Regimiento de Nueva York, bajando por la calle de Broadway presentó las armas á los pabellones de México y los Estados Unidos, que flameaban sobre la oficina, y fueron victoreadas con entusiasmo repetidas veces la República mexicana, el Presidente Juárez y las instituciones republicanas. La prensa se congratulaba de que el empréstito mexicano hubiese merecido la aceptación del público *«y de que los soldados de la Unión se hubiesen apresurado á comprar los bonos de 50 y 100 pesos.»* Los generales y jefes del Ejército acudieron á tomar bonos mexicanos, como ofrenda á los republicanos que en México combatían á Maximiliano y la Intervención.

Otros hechos tan significativos para la cuestión mexicana, tenían verificativo á cada paso en la vecina República del Norte. La noche del 15 de Noviembre fué llevado el general Grant, después de la ópera, al club de «La Liga de la Unión;» allí se pronunciaron varios discursos, diciendo: que la ambición europea se había esforzado en establecer el Imperio en una República hermana; que Maximiliano había sido impuesto por las bayonetas francesas á un pueblo valiente y libre; calificaron la mayor infamia y mancha en los anales de la humanidad, la ocupación francesa de México. El general Grant, al contestar, dijo: «que esos discursos envolvían un sentimiento que también era el suyo, en cuanto miraba al porvenir de México.»

Grant reforzó el ejército de Sheridan que cuidaba la frontera mexicana, con otras tropas enviadas de los Estados del Norte, y aun manifestó deseos de dirigir una campaña contra los franceses, la que consideraba que duraría pocas semanas; preparándose para ella, dispuso que se suspendiera el licenciamiento de las tropas llamadas de color, compuestas de negros.

CAPITULO QUINTO.

Tristes auspicios del año de 1866, para la Intervención y el Imperio.—Declara Napoleón que tocaba á su término la expedición á México.—La Francia procura conciliarse la buena voluntad de los Estados Unidos.—Napoleón declara la Intervención contraria al derecho público francés.—Otro ruidoso dircurso del Mariscal Forey en el Senado.—Interpela Mr. Bigelow al gobierno francés.—Actitud imponente de los Estados Unidos.—Se señala plazo á la desocupación.—Dificultades de mando entre los oficiales de las tropas extranjeras y las mexicanas.—Correspondencia entre Napoleón y Bazaine respecto á la desocupación.—Esta se hace inevitable por la fuerza de las circunstancias.—Gobierno que sustituiría al de Maximiliano.—Venida de D. José Hidalgo.—Se pondera la necesidad de saldar los créditos franceses.—Misión del general Schofield en París.—Vacilaciones de Maximiliano.—Le llama Bazaine la atención acerca del aumento de revolucionarios.—Le manifiesta su disgusto en otros varios asuntos.—No obstante le proporciona un millón de pesos.—El Mariscal concentra sus fuerzas.—Queda debilitada la frontera del Norte.—El general Escobedo cree oportuna la ocasión para batir á Matamoros.—Cae Bagdad en poder de filibusteros de Crawford y Reed.—El general Weitzel pretende cortar los desórdenes.—Los asaltantes se retiran.—Ocupan esa localidad los austriacos.—Carencia de recursos en Matamoros.—Protestas de los comerciantes del puerto contra los norteamericanos.—Paliativo que da al asunto el ministro Montholón.—El coronel P. Méndez ocupa á Tantoyuquita.—Muerte de este célebre guerrillero.—Pretenden varios jefes sustituirlo en el mando.—Nuevo León y Coahuila.—Combates que sostiene la legión extranjera.—Llega á México el 6º batallón de ella.—Pretende Bazaine despejar de republicanos el Estado de Veracruz.—Combates de los austriacos en aquel rumbo.—Convenios de pacificación.—Regreso del contraguerrillero Dupin.—Sucesos del Estado de Oaxaca.—El general Díaz vuelve á mandar la línea de Oriente.—Los austriacos rehusan someterse á la jurisdicción civil.—Regresa á Oaxaca el Visitador Franco.—Sumisión de la sierra de Puebla.—Toman á Tlaxcala los juaristas.—Continúa la lucha sin tregua en Michoacán. Se concentran en Morelia multitud de familias de imperialistas.—Combates de la Palma y Llanos de Uruapam.—Es nombrado Régules jefe del Ejército del Centro y gobernador de Michoacán.—Ruidosa recepción del general R. Méndez en Morelia.—Estados de Occidente.—Alarmas en Guadalajara.—Sucesos notables acaecidos en Sonora.—Combates de las Carboneras y Mobás.—Toman los republicanos la ciudad de Alamos.—Ataques dados á Mazatlán.—Los imperialistas son derrotados en el Presidio.—Combate en Concordia.—Aspecto de la Baja California.—Agentes norteamericanos en México.—Mr. Seward va á San Thomas.—Santa-Anna cobra aliento.—Continúan en los Estados Unidos las manifestaciones contra el Imperio.—Aclara Napoleón su nueva política respecto á los asuntos de México.—Conviene en retirar las tropas expedicionarias.—Escritos publicados por norteamericanos contra el general González Ortega.

Al comenzar el año de 1866, eran insuperables las dificultades con que tropezaba la Intervención francesa para sostener el Imperio de Maximiliano; veíase Napoleón precisado á prescindir de su empresa contra la que se conjuraban tantos y tan decisivos factores: la resistencia de la Nación mexicana; la actitud resuelta del gobierno de Washington; la opinión marcadísima del pueblo francés

en contra de la Intervención y las complicaciones europeas. La prensa independiente francesa seguía solicitando con el mayor ahinco, el abandono de la expedición mexicana, y usaba de argumentos contundentes que atraían sobre las publicaciones las iras del poder, aunque no faltaron algunos escritores notables, que preconizaran tal expedición, como una concepción grandiosa; pero era patente que Napoleón perdía terreno en su país y que crecía sin cesar el número de sus opositores.

En la apertura del cuerpo legislativo el 22 de Enero de ese mismo año, reprodujo Napoleón la seguridad que diera Maximiliano, acerca de que el partido republicano en México había quedado vencido, disperso y sin jefe; y añadió: «que la esperanza concebida el año anterior de que la expedición mexicana tocaba á su término, estaba ya para realizarse, y que se estaba en arreglos con Maximiliano sobre la época de la retirada del cuerpo expedicionario, sin comprometer los intereses que había ido á defender en aquel lejano país;» también manifestó «que tenía sinceros deseos por la prosperidad de la gran República americana, y por la conservación de las amistosas relaciones que pronto contarían un siglo de duración,» y creía «que la emoción causada en los Estados Unidos por la presencia de las tropas francesas en el territorio mexicano, no tardaría en calmarse con esas declaraciones, comprendiendo el pueblo americano que la expedición francesa, á la cual fué invitado, no era opuesta á sus intereses.»

En la revista oficial que se publicó en Francia acerca de la situación del Imperio, se decía: «que cuando el gobierno del Emperador emprendió la expedición á México, se propuso evitar que los súbditos franceses continuaran sufriendo el pillaje y las vejaciones de las autoridades mexicanas, y por eso se encontró en la necesidad de declarar la guerra; se hacía una relación de los motivos que habían impulsado al gobierno francés á sostener el Imperio, *pero no con el propósito de realizar una Intervención, por ser esta doctrina contraria al principio fundamental del derecho público francés.* Estando ya México gobernado por una autoridad regular, no quedaba más que celebrar con Maximiliano los arreglos necesarios, para fijar el período en que tendría lugar el regreso á Francia del ejército expedicionario en México. Todo esto indicaba, que el Emperador Napoleón se proponía ya solamente salvar, para la retirada, las dificultades que antes no había podido allanar.

El Senado felicitó á Napoleón por las seguridades que daba de que los inteses de la Francia quedaban afianzados en el territorio mexicano, gracias á la cooperación del ejército expedicionario; aplaudió al gobierno de este monarca, porque había manifestado que no eran las amenazas de los Estados Unidos las que determinaban el regreso del ejército enviado á México, y recordó también la vieja amistad que hacía tiempo mantenían los dos pueblos: el francés y el norteamericano. En el debate que suscitó en el Senado esta contestación al discurso imperial, volvió á hablar el Mariscal Forey, y entre otros asertos sustuvo el de que el gobierno de Maximiliano era la expresión del deseo del pueblo mexi-

cano enteramente opuesto á la República y á Juárez, y que si el Imperio no se encontraba aún consolidado, se debía al miedo de que estaban poseídos todos los habitantes honrados de México, al grado de que ciudades muy populosas se dejaban desarmar y robar por un puñado de bandidos; denigró al ejército mexicano, con excepción de unos cuantos oficiales, entre los que citó al general Mendoza, al que calificó del verdadero defensor de Puebla; se opuso al pronto regreso del ejército expedicionario, aunque desde hacía dos años había asegurado que estaba concluida la cuestión militar. (1)

En la cámara de diputados tropezó el gobierno francés con seria oposición, acaudillada por Mr. Thiers y animada por la vehemencia de Glais-Bizoin.

El desenlace de la cuestión mexicana urgía tanto más, cuanto que ya era inevitable una guerra europea promovida por Prusia é Italia contra Austria; se veía la imposibilidad de que Francia permaneciera neutral en el conflicto que iba á estallar y que traería por necesidad el fin de la intervención en México, en la que ya había perdido Francia once mil hombres y ciento treinta y cinco millones de pesos.

También agobiaba al gabinete francés la resuelta conducta de los Estados Unidos. Las proposiciones presentadas en el Congreso norteamericano, relativas á pedir informes acerca de los asuntos de México, fueron aprobadas sin discusión, y las que entrañaban marcada hostilidad contra Napoleón pasaron para su dictamen á la comisión de relaciones exteriores, tendiendo á censurar la política francesa que claramente se veía iba declinando, al proponer que se fijaran plazos para la retirada de las tropas expedicionarias.

Las declaraciones del Gobierno francés no podían ser sinceras, sino obra de circunstancias fatales no previstas oportunamente. Mientras que los Estados confederados del Sur y federales del Norte, habíanse ocupado en improvisar ejércitos y tesoros para hacerse una guerra de exterminio, no se advirtió en las Tullerías tedio ó desmayo en la empresa de México; pero habiendo sucumbido Richmond, hecho prisionero Mr. Davis, quedado desorganizados los ejércitos de Beauregard y Lee, y verificada la ocupación militar de los Estados del Sur, cambió por completo la escena en París y decayó el anhelo por la consolidación del Imperio mexicano. Un nuevo representante de los Estados Unidos se presentó en Paris, Mr. Bigelow, é interpeló á Mr. Drouyn de Lhuys sobre el objeto de la expedición francesa en México, y obtuvo una respuesta en términos sumisos é inadecuados; se le dijo que cuentas pendientes y agravios recibidos, motivaron la guerra con México, lo mismo que pasaría con cualquiera otra nación que rehusase pagar y satisfacer los agravios, respuesta que cambiaba

(1) Este discurso fué combatido en una carta que publicó en Londres el general Francisco Paz; para vindicar al Ejército hizo notar la buena conducta observada en Francia por los oficiales mexicanos prisioneros; terminaba diciendo que los hechos de Forey en México, como militar y político, lejos de acusar capacidad y méritos que le valieran el bastón de Mariscal, habrían debido llevarle ante un consejo de guerra.



D. Víctor Pérez,
CONSEJERO DE ESTADO.

Convocada en Orizaba á fines de Octubre de 1866, una Junta de Ministros y Consejeros de Estado, para resolver si el Emperador Maximiliano continuaría en el Poder ó se le admitía la abdicación; discutido el asunto y votado, la resolución dependió del voto de calidad del Sr. Lares, Presidente de la Junta, y fué en sentido de que Maximiliano regresaría á la Capital y sostendría su gobierno al retirarse los franceses. El Consejero D. Víctor Pérez opinó contra esta resolución, y perteneció al grupo que pedía antes de la abdicación, el aseguramiento de la independencia é integridad del territorio mexicano, y de los intereses creados por el Imperio.

cano enteramente opuesto á la República y á Juárez, y que si el Imperio no se encontraba aún consolidado, se debía al miedo de que estaban poseídos todos los habitantes honrados de México, al grado de que ciudades muy populosas se dejaban desarmar y robar por un puñado de bandidos; denigró al ejército mexicano, con excepción de unos cuantos oficiales, entre los que citó al general Mendoza, al que calificó del verdadero defensor de Puebla; se opuso al pronto regreso del ejército expedicionario, aunque desde hacía dos años había asegurado que estaba concluida la cuestión militar. (1)

En la cámara de diputados tropezó el gobierno francés con seria oposición, acaudillada por Mr. Thiers y animada por la vehemencia de Glais-Bizoin.

El desenlace de la cuestión mexicana urgía tanto más, cuanto que ya era inevitable una guerra europea promovida por Prusia é Italia contra Austria; se veía la imposibilidad de que Francia permaneciera neutral en el conflicto que iba á estallar y que traería por necesidad el fin de la intervención en México, en la que ya había perdido Francia once mil hombres y ciento treinta y cinco millones de pesos.

También agobiaba al gabinete francés la resuelta conducta de los Estados Unidos. Las proposiciones presentadas en el Congreso norteamericano, relativas á pedir informes acerca de los asuntos de México, fueron aprobadas sin discusión, y las que entrañaban marcada hostilidad contra Napoleón pasaron para su dictamen á la comisión de relaciones exteriores, tendiendo á censurar la política francesa que claramente se veía iba declinando, al proponer que se fijaran plazos para la retirada de las tropas expedicionarias.

Las declaraciones del Gobierno francés no podían ser sinceras, sino obra de circunstancias fatales no previstas oportunamente. Mientras que los Estados confederados del Sur y federales del Norte, habíanse ocupado en improvisar ejércitos y tesoros para hacerse una guerra de exterminio, no se advirtió en las Tullerías tedio ó desmayo en la empresa de México; pero habiendo sucumbido Richmond, hecho prisionero Mr. Davis, quedado desorganizados los ejércitos de Beauregard y Lee, y verificada la ocupación militar de los Estados del Sur, cambió por completo la escena en París y decayó el anhelo por la consolidación del Imperio mexicano. Un nuevo representante de los Estados Unidos se presentó en Paris, Mr. Bigelow, é interpeló á Mr. Drouyn de Lhuys sobre el objeto de la expedición francesa en México, y obtuvo una respuesta en términos sumisos é inadecuados; se le dijo que cuentas pendientes y agravios recibidos, motivaron la guerra con México, lo mismo que pasaría con cualquiera otra nación que rehusase pagar y satisfacer los agravios, respuesta que cambiaba

(1) Este discurso fué combatido en una carta que publicó en Londres el general Francisco Paz; para vindicar al Ejército hizo notar la buena conducta observada en Francia por los oficiales mexicanos prisioneros; terminaba diciendo que los hechos de Forey en México, como militar y político, lejos de acusar capacidad y méritos que le valieran el bastón de Mariscal, habrían debido llevarle ante un consejo de guerra.



D. Victor Pérez,
CONSEJERO DE ESTADO.

Convocada en Orizaba á fines de Octubre de 1866, una Junta de Ministros y Consejeros de Estado, para resolver si el Emperador Maximiliano continuaría en el Poder ó se le admitía la abdicación; discutido el asunto y votado, la resolución dependió del voto de calidad del Sr. Lares, Presidente de la Junta, y fué en sentido de que Maximiliano regresaría á la Capital y sostendría su gobierno al retirarse los franceses. El Consejero D. Victor Pérez opinó contra esta resolución, y perteneció al grupo que pedía antes de la abdicación, el aseguramiento de la independencia é integridad del territorio mexicano, y de los intereses creados por el Imperio.

esencialmente la cuestión; se pretendía olvidar los hechos y los documentos que todos conocían, pues era evidente que el acreedor había nada menos que tratado de aniquilar al Gobierno del Estado deudor, y para cobrar algunos miles había gastado millones, lo cual manifestaba cuán poco tenía que hacer el dinero en la conducta seguida en México por el Gobierno francés y los jefes del Ejército expedicionario.

La debilidad revelada en aquella respuesta, no fué desapercibida por el Gobierno norteamericano, que apoyado en ella mandó decir al de las Tullerías retirara de México cuanto antes su Ejército; en respuesta se le ofreció la retirada en tres plazos que se cumplirían á fines de 1867. Consecuente con este compromiso, que hasta entonces iba de acuerdo con el convenio de Miramar, anunció el Gobierno francés á Maximiliano, en nota fechada el 31 de Mayo de 1866, el propósito de retirar las tropas y auxilios pecuniarios; é intentó justificarse á causa de que esta conducta no contravenía lo pactado en Miramar.

Desde principios del año de 1866 declaró sin ambajes ni reticencias el Gobierno de los Estados Unidos, que continuaría reconociendo en México solamente la antigua República, y que en ningún caso podía consentir en verse directa ó indirectamente envuelto en el reconocimiento del sistema planteado por el príncipe Maximiliano en México, ni en relacionarse con él de ningún modo. Esta política no tenía en su contra, á juicio de Mr. Seward, ni un solo voto entre los americanos y demás Estados republicanos de este hemisferio, que consideraban, lo mismo que los Estados Unidos, fuente de temores y peligros la presencia en México de ejércitos europeos y de un príncipe con atributos imperiales sin consentimiento del pueblo y aun contra su voluntad. (1)

(1) El Gobierno norteamericano se esforzaba en demostrar la conveniencia de un arreglo que pusiera fin á un estado de cosas, que con el tiempo tenía por fuerza que turbar la armonía y amistad que hasta entonces existieran entre Francia y los Estados Unidos, sin que el Gobierno americano pretendiera indicar al de Francia, cuál habría de ser el modo con que arreglara sus reclamos de indemnización y satisfacciones contra México; al suspenderse una guerra que se había convertido en intervención política, peligrosa para los Estados Unidos y para las instituciones republicanas de América, Francia y México resolverían lo relativo á esas reclamaciones como mejor les pareciese y los Estados Unidos se limitaban á llamar la atención de Francia hacia las exigencias embarazosas de la situación de México y á manifestar la esperanza de que Francia encontraría algún medio compatible con sus intereses y su honra, lo mismo que con los intereses y principios de los Estados Unidos, *para poner término á esa situación, sin dilaciones peligrosas.*

El Gobierno norteamericano, aunque considerando las instituciones republicanas más conformes con la índole é intereses de los Estados Unidos, no rehusaba establecer relaciones con países del nuevo continente que hubieran aceptado instituciones monárquicas, siempre que éstas hubieren sido establecidas libremente, sin ninguna coacción ó intervención extranjera; y cuando una nación establecía instituciones republicanas semejantes á las de los Estados Unidos, éstos no permitirían que ninguna potencia extraña pudiera intervenir por la fuerza para derribar esas instituciones republicanas y establecer otras de un carácter opuesto. Mr. Seward no aprobaba que Francia se abrogara la facultad de castigar á México por sus errores políticos y por la anarquía é indisciplina de que había sido víctima, atribuyéndolas á la falta de experiencia, de educación política y de hábitos que pudieran consolidar pronto las instituciones adoptadas desde la caída de Iturbide, y dominar el conflicto entre los dogmas é instituciones eclesiásticas, políticas y conservadoras de Europa, con las nuevas instituciones é ideas americanas,

Para detener al gabinete de Washington en sus amenazas, Napoleón recordó á principios de 1866 á los Estados Unidos, el auxilio que en hombres y dinero les había prestado la Francia en la guerra de insurrección para que lograran la independencia nacional; también les trajo á la memoria haber propuesto que se le uniesen para la expedición á México, y la neutralidad observada por la misma Francia en la guerra separatista. En seguida ofreció el Emperador francés apresurar la retirada de sus tropas de México, lo que fué considerado por el gobierno de la Casa Blanca como promesa implícita de quitarle los temores y ansiedades que había manifestado.

Insistió el ministro francés Drouyn de L'Huys, en que la única mira que la Francia había llevado á México era, procurar la debida reparación á que tenía derecho, y que recurrió á medidas violentas después de agotar las de otro carácter, por reclamaciones de súbditos franceses, así como en otra época los Estados Unidos también hicieron la guerra á México; símil que no fué aceptado por Mr. Seward. El gobierno francés declaró que no llevaba tradiciones monárquicas entre los pliegues de su bandera, y que la monarquía era obra de los hombres influentes mexicanos, que desesperaban de ver restablecido el orden en las condiciones que guardaba aquí el gobierno republicano; recordó que uno de los últimos Presidentes de México ofreció usar su poder para el restablecimiento de esa monarquía; que precisamente al tiempo de la invasión francesa, aquellas personas creyeron llegada la ocasión de hacer un llamamiento al pueblo mexicano en favor de las instituciones monárquicas, y el gobierno francés no juzgó de su deber desanimar el supremo esfuerzo de un partido poderoso formado mucho antes de la expedición francesa.

Entonces el Emperador de los franceses, de acuerdo con las máximas de derecho público proclamadas también por los Estados Unidos, declaró que el cambio de instituciones dependía solamente del voto del pueblo mexicano; en prueba de esto se citaba la carta dirigida por Napoleón á Forey después de la toma de Puebla, en la cual le dijo: que no debía imponerse á los mexicanos un gobierno contra su voluntad, ni hacer que las victorias de las armas francesas ayudaran al triunfo de cualquier partido; quería que se formara un gobierno de orden y de progreso que respetara la ley de las naciones, y que reconociera que debía á la Francia su reposo y su progreso. Según el Ministro de Napoleón, el gobierno francés había dejado al pueblo mexicano que hablase, y la voz del país había llamado

opuestas á la esclavitud africana, á las ideas coloniales y á los monopolios eclesiásticos que aquí dominaban; pero de ningún modo podía nación alguna intervenir en México bajo el pretexto de querer corregirlo, privándolo de su natural derecho á constituirse como mejor le pareciese.

La guerra política existente entre Francia y México, era perjudicial y peligrosa para los Estados Unidos, y para éstos sería innoble suponer siquiera por un momento, que podían consentir ó tolerar el establecimiento aquí de instituciones odiosas. Inútil habría sido un tratado entre el Emperador francés y el Presidente norteamericano, acerca de una neutralidad con el Gobierno imperial de Maximiliano, pues habría sido reprobado en el Senado.

á Maximiliano, cuyo gobierno pareció al Emperador francés propio para establecer aquí la paz y sostener relaciones pacíficas con los demás países, por lo cual le prestó su apoyo. (1)

Los Estados Unidos, por respeto y amistad á la Francia, aceptaban esas explicaciones é interpretaciones de sus propios actos; pero insistiendo en que la conducta observada por los que quisieron establecer un gobierno imperial á la sombra de la intervención francesa, carecía de la sanción del pueblo mexicano cuya voluntad y opiniones estuvieron en contra. Por lo mismo, al apoyar la Francia instituciones establecidas contra los inalienables derechos del pueblo mexicano, aun cuando hubiesen sido olvidadas las miras primitivas del Emperador francés en su demanda de satisfacción militar, protegía á revolucionarios políticos que nada habrían podido sin la violenta intervención francesa. No había prueba alguna satisfactoria de que el pueblo mexicano hubiese manifestado su voluntad creando ó aceptando el Imperio, y sí las había de que no podía obrar con libertad hallándose presente en la capital el ejército invasor.

Era imposible disimular que la actitud del Congreso de los Estados Unidos, absolutamente hostil al nuevo orden de cosas en México, había de acarrear graves complicaciones; las Cámaras deseaban fijar la cuestión mexicana de una manera clara y definitiva, siendo igualmente marcada la opinión de todo el pueblo en los Estados Unidos. El espíritu de hostilidad que reinaba en aquel Congreso contra el Imperio era notorio; aun no se decidía de la suerte definitiva de las proposiciones del 11 de Diciembre, cuando ya se presentaban otras del mismo género. En tanto el Ejecutivo declaraba por medio del Procurador general, atentatorio á la libertad humana, el decreto expedido por Maximiliano reglamentando la introducción de operarios extranjeros, y descubría en tal disposición la tendencia á restablecer la esclavitud en México. En todo esto veíase solamente el deseo de hallar pretextos más ó menos fútiles de hostilidad y rompimiento.

Llegó á ser imposible la permanencia en Washington del Marqués de Montholón, y tuvo que ausentarse de aquella capital por la conducta de las Cámaras y del Ejecutivo respecto á los asuntos de México.

El Ministro americano en París, no reconocía oficialmente sino á Juárez y la República de México, y aunque tenía que conservar cordiales relaciones entre los Estados Unidos y Francia, jamás dejó entrever la posibilidad de que en Washington fuera reconocido el Imperio de Maximiliano. La cuestión de México se hallaba próxima á la única solución posible: la evacuación del territorio por el ejército francés, solo medio de evitar una guerra entre aquellas dos naciones.

(1) El ministro francés sostuvo que la Francia vino á ejercer el derecho de guerra y no con miras de intervención; que no vino á reclutar prosélitos á la monarquía, sino á obtener reparaciones y garantías á que tenía derecho, y una vez aquí, sostenía al gobierno fundado con el consentimiento del pueblo, porque esperaba de ese gobierno la satisfacción de los agravios y las seguridades indispensables para lo futuro; pero nó pretendiendo la satisfacción de un interés exclusivo, ni la realización de planes ambiciosos; deseaba ahora retirar de México lo que aquí quedaba del cuerpo de ejército que mandó, y lo haría tan pronto como pudiera dejar en seguridad á los súbditos franceses y á cubierto su propio decoro.

Aunque se logró que los norteamericanos hubiesen respetado el territorio ocupado por las fuerzas francesas, se temía que de un momento á otro hicieran alguna demostración agresiva, que podría producir un conflicto inmediato entre la gran República y la Francia, y este caso era precisamente el que Bazaine trataba de evitar á todo trance, ajustándose á las instrucciones que con empeño le había recomendado su gobierno. Se hacía necesario ante todo contener la revolución, siquiera en los departamentos cercanos á la capital y Bazaine creyó indispensable seguir este término medio y envió nuevos refuerzos para Michoacán.

Bazaine llamaba frecuentemente la atención de Maximiliano, acerca de los continuos pronunciamientos militares que amenazaban la existencia del ejército mexicano, explicándose esos hechos por la circunstancia de que muchas de las autoridades le traicionaban y "porque las fuerzas rurales estaban organizadas de tal manera, que parecían creadas con la sola idea de proporcionar recursos á los disidentes," "ante todo es necesario desembarazarse de los agentes infieles y asegurar, de preferencia, el sueldo de las tropas prefiriéndole á otros gastos que puedan presentarse." Estas recomendaciones del Mariscal, reconocían por causa los enormes gastos que erogaba Maximiliano en las obras de embellecimiento de la capital y en la residencia de Chapultepec, obras en que invertía sumas considerables que por la mala situación financiera requerían otro empleo adecuado á la situación.

Tales observaciones y la alarma que esparcían los acontecimientos que se verificaban dentro y fuera del país, causaron honda impresión en el ánimo de Maximiliano, al grado de que el 2 de Diciembre de 1865 escribía á Bazaine estas líneas que pintan el estado de la inquietud y las angustias que ya le agobiaban: "ha llegado el momento de gobernar y operar; espero vuestro concurso para darme informes acerca de los prefectos, comisarios imperiales y generales mexicanos." Apenas contaba la existencia del Imperio diez y ocho meses y ya se hacía indispensable obrar de una manera extraordinaria, y se conocía que se había perdido el tiempo. La correspondencia que Maximiliano seguía con el cuartel general estaba plagada de contradicciones; veía que los departamentos centrales se sublevaban, y que había necesidad de tropas para someter muchas partes del territorio en que se habían sufrido ya derrotas de consideración, y á la vez quería que se llevaran á cabo expediciones lejanas; insistía en que fuese desguarnecido el departamento de Oaxaca donde ya el general Porfirio Díaz revivía la lucha, y creía bastantes allá los 2,200 hombres organizados por el comisario Franco y que puestos á las órdenes del general Thun auxiliarían las expediciones á Tabasco y Tlapacoyan, pareciéndole aquella fuerza excesiva en el departamento de Oaxaca.

Estas circunstancias políticas motivaron que bajo tristes auspicios para el Imperio Mexicano, se inaugurara el año de 1866; brotaban defecciones por todas partes, aun en el mismo corazón del Imperio y recorría el soplo revolucionario toda la extensión del territorio nacional. Las Cortes francesa y mexicana no podían ocul-

tar ya la mala inteligencia que entre ellas existía, y no eran un secreto las arrogantes amenazas de los Estados Unidos, dando pábulo á las guerrillas, que posesionadas ya de varios Estados, aumentaban cada día; á las puertas de la capital se sublevó una fuerza en Pachuca; en Michoacan flameaba dominante la bandera revolucionaria; lo mismo en Tamaulipas que en Nuevo León, aceptábase la intervención del Norte y se buscaba el apoyo de la Gran República para obligar á las tropas europeas á reembarcarse.

Al rededor del trono de Maximiliano habían sembrado la discordia los contingentes extranjeros, surgiendo graves disgustos entre los oficiales de éstos y los mexicanos que rehusaban obedecerlos. Según el tratado de Miramar, cuando estuvieran reunidas tropas francesas y mexicanas, correspondía el mando al jefe francés, cualquiera que fuese su grado; pero en cuanto á los belgas y austriacos, venidos á sueldo que pagaba el Tesoro Mexicano, y en consecuencia, sometidos á las ordenanzas del país á cuyo servicio quedaban, no debía suceder lo mismo; en caso de movimientos combinados, los mexicanos tenían derecho á no recibir órdenes de austriacos, y belgas si eran de graduación inferior á la del que pretendían mandar. Además, los soldados belgas se quejaban de que habían sido engañados, pues se les había contratado en calidad de colonos armados para cultivar las tierras y defenderlas, y no como soldados permanentes; hubo muchos que acompañaron á sus protestas la deserción; los oficiales aseguraban que se les había traído como guardias de corps de la familia imperial, y no para combatir como guerrilleros en climas tan rigurosos; por esto la Emperatriz Carlota decía, que no se podía contar más que con los pantalones rojos, esto es, con las tropas francesas.

Constantemente acudían á Maximiliano con solicitudes los jefes mexicanos en campaña, para que se les remitiesen caballos y armas; el General Tomás Mejía manifestaba desde Matamoros, la imposibilidad de obligar á los soldados á cumplir con sus deberes si no se les pagaba el prest, y que el descontento era grande; pero Maximiliano tropezaba con la dificultad insuperable de negarse Bazaine á que fuerzas francesas escoltasen el convoy de dinero con destino á aquel puerto, aconsejando que la remisión se hiciera por buques que sin cesar pasaban de Veracruz á Matamoros y ofrecían muchas facilidades en el trayecto, pues empleaban solamente sesenta horas, en tanto que por tierra tardaban varias semanas y era preciso desplegar fuerzas considerables, porque los caminos, principalmente desde San Luis y Monterrey, estaban infestados de guerrillas al mando de Cortina y Carbajal.

Al finalizar el mes de Enero volvió á escribir Napoleón III á Bazaine, manifestándole su última resolución de que se retiraran, las tropas expedicionarias, y dándole instrucciones acerca de lo que debía hacer si Maximiliano quería permanecer en México. «Las circunstancias, decía, más fuertes que mi voluntad, me obligan á evacuar á México; pero quiero dejar al Emperador Maximiliano todos los medios de sostenerse con sus propias fuerzas, y la legión extranjera.» Bazaine debía ejercer todo su celo y toda su inteligencia en organizar aquí algo

durable, con objeto de que los esfuerzos de la Francia no quedaran perdidos, y para ello se le daba un año, ó más bien dieciocho meses; además, se le dijo: «Si por casualidad el Emperador Maximiliano no tuviera la energía necesaria para permanecer en México, después que vengan de allá nuestras tropas, será necesario convocar una Junta, organizar un gobierno y determinar por vuestra influencia, la elección de un Presidente de la República cuyos poderes deberían durar de seis á diez años. Este gobierno debería comprometerse á pagar la mayor parte de los créditos franceses contra México.» Tal combinación quedaría como último recurso, pues aseguraba Napoleón III que su más vivo deseo era, que Maximiliano pudiera sostenerse.

Revelábase en esas instrucciones, la explosión del disgusto que ya hacía tiempo manifestaba el Emperador francés, creyendo que Maximiliano nada había hecho para que subsistiera su gobierno. Además, *«las circunstancias eran superiores á su voluntad»* y esto le hacía desesperar de su obra, despertar del ensueño de un imperio latino en el Nuevo Mundo y conocer que había sido engañado en su lejana empresa. Ahora calificaba á Maximiliano de incapaz para establecer un gobierno de una manera sólida y definitiva, siendo inútil insistir en un intento que habría de acabar en aborto.

Por otra parte, la opinión pública se mostraba en Francia cada día más opuesta á aquella aventura, y las cámaras rehusaban votar nuevos subsidios para tan impopular expedición.

La Europa sentía el advenimiento de una crisis y corrían amenazantes rumores de una guerra, para la cual se armaban la Prusia, el Austria y la Italia, y no le convenía á Francia, en tales circunstancias, sostener lejanos compromisos. Era inquietante la actitud de los Estados Unidos, y mucho más la perspectiva de la guerra con ellos por una empresa condenada de antemano; no valían los peligros de una lucha, la corona vacilante y la precaria autoridad de Maximiliano.

Bazaine quedaba representando un papel muy difícil, sus perplejidades eran muy grandes y mayores las responsabilidades que se creaba: ó consolidar á Maximiliano ó derribarlo, tal era el dilema que se le mandaba resolver. Para lo primero, ya no podía contar con las fuerzas que debían irse embarcando paulatinamente, y á las cuales no les era posible emprender expedición alguna que se opusiera al movimiento de retirada cuyo plazo estaba prefijado. Tampoco podía emplear la fuerza para derribar á Maximiliano, ¿cómo volverse contra el soberano que esa misma fuerza y ese mismo Mariscal habían levantado por la voluntad de su Emperador? La situación de Bazaine era semejante á la de todos los que tuvieron participio en este segundo Imperio mexicano: falsa é incierta, confusa y peligrosa.

De allí en adelante, tendría que ser mayor la tirantez en las relaciones entre el ministerio de Maximiliano y Bazaine. En efecto, se manifestó ese malestar á cada paso; el 9 de Febrero (1866), se quejaba el Mariscal de que el Minis-

tro de la Guerra, Sr. Peza, había dado órdenes á las guarniciones de Pátzcuaro, Acámbaro y Maravatío, para que se replegaran sobre Morelia y la defendieran á todo trance, y como estas disposiciones eran dadas sin consultar al comandante en jefe del ejército franco-mexicano, se elevó la queja hasta el Emperador.

Impacientábase más y más Napoleón III, al ver que el no reconocimiento de los Estados Unidos al Imperio de México, era el mayor obstáculo, si no á la consolidación de su obra, por lo menos al regreso de las tropas francesas. El ministro marqués de Montholón fué encargado de vencer la obstinación pasiva del gabinete de Washington, para lo cual se le autorizó á declarar, que no pondría Napoleón dificultad en arreglar el regreso de los franceses en un plazo razonable, cuyo término consentía en que se fijara.

Creíase en las Tullerías que sería aceptado el ofrecimiento, con tanta más razón cuanto que el general Logan rehusaba, al imponer condiciones inadmisibles, el puesto de Ministro Plenipotenciario cerca de Juárez, aceptado en seguida por Campbell. Las esperanzas fueron de corta duración, pues Seward contestó, que las bases para el arreglo de la retirada le parecían completamente impracticables. Este Ministro norteamericano estaba convencido de que el Gobierno francés, cansado por los sacrificios hechos para sostener un trono efímero y seguir una obra imposible, buscaba solamente un pretexto honroso para retirar sus tropas y poner fin á la Intervención. Ninguna necesidad tenía el gabinete de Washington, de comprometerse para obtener un resultado enteramente seguro, y en tal concepto, levantaba el tono de su lenguaje á medida que su contrario lo bajaba, gustando del papel de vencedor frente á la Francia que ya no quería luchar, sino retirarse.

Comunicó Napoleón III á Bazaine, en carta fechada el 15 de Enero (1866), «que las dificultades constantes que le suscitaba la expedición de México, le forzaban á señalar definitivamente la época de regreso de las tropas; que el más largo plazo que podía poner era el principio del año de 1867; enviaría al barón de Saillard para que se entendiese con Bazaine y con Maximiliano en la ejecución de esta medida; quería que la evacuación de México no comprometiera el poder de Maximiliano, para lo cual convenía afirmar sólidamente la legión extranjera y el Ejército mexicano.» Quedaba á este nuevo Emperador hacer frente á los gastos y en tal sentido le escribiría su colega francés. (1)

(1) En una conferencia tenida entre el Ministro Drouyn de L'Huys y el representante de los Estados Unidos, Mr. Bigelow, le manifestó éste que si Francia ó Maximiliano tenían algún medio indirecto de entenderse con Juárez acerca de la salida de los franceses del territorio mexicano, esto haría menos embarazosa la situación de los partidos que aquí luchaban con las armas en las manos. El Ministro francés expresó que no tenía modo de comunicarse con Juárez y pidió al americano un medio de poner en obra el pensamiento propuesto. Bigelow le indicó al Sr. Matías Romero, con quien el Gobierno de Washington guardaba buenas relaciones, el cual podría trasmitir á Juárez las indicaciones respectivas. Drouyn de L'Huys ofreció hablar del asunto con su Emperador y dejó aplazado el medio que se le proponía; Napoleón creyó conveniente que su Ministro en Washington fuera el que entendiera en el arreglo de las dificultades nacidas de la Intervención francesa en México. Se negó entonces, que Napoleón hubiera queri-

Queriendo Maximiliano detener la marcha de los franceses contestó, sin mostrar rudeza, los reproches que le hizo Bazaine relativos á la infidelidad de algunas autoridades, y con tal motivo le escribía el 6 de Enero estos conceptos: "Espero que me mandaréis á vuelta de correo, los nombres de las autoridades que os parezcan infieles y que sea necesario destituir, porque quiero poner á vuestra disposición todos los medios que estén á mi alcance. Reemplazaré á estas autoridades." Acerca del pago de las tropas, le aseguraba que había dejado á un lado las mejoras más necesarias en el servicio civil, para consagrar todos los fondos exclusivamente al ejército que por sí solo absorbía las rentas del Estado. Poco después, el 10 de Enero, el Mariscal designó á tres funcionarios y á los Ministros entre las personas que no merecían su confianza. El Emperador le participó dos días después, que las tres personas citadas habían sido reelevadas de su empleo y cambió el Ministerio el 5 de Marzo. Se le reprochaba á Maximiliano que no se apoyara exclusivamente en su partido, olvidando los franceses que esa fué la política aconsejada desde el principio por los generales expedicionarios.

Impelido Maximiliano por Bazaine, colocó al teniente coronel Lafon, recientemente llegado de Francia y recomendado por Napoleón III, á la cabeza de la gendarmería mexicana; compró seis mil carabinas que habían pertenecido á los separatistas y eran vendidas por los federales, y siguiendo sus trabajos de legislación, anunció que iba á dotar á México de un código civil. Consultaba con Bazaine acerca de las personas y de las decisiones que tomaría pasando por alto el parecer de sus ministros, y procuraba asociarlo en la responsabilidad del gobierno; pero aunque frecuentemente los consejos del comandante en jefe eran escuchados no siempre fueron seguidos.

Las innovaciones de la casa militar de Maximiliano eran tan repetidas, que disgustaron á Bazaine, quien no hizo un secreto de su parecer, llegando á colmo el disgusto cuando vió colocado al frente de la Sección militar, á un capitán por cuyo intermedio se correspondería el Emperador con el Mariscal, con el jefe del Estado Mayor y aún con los Ministros. En aquellos momentos de angustias, Maximiliano intentaba solamente sacar el mejor partido y aprovechar el tiempo en busca del apoyo que pudieran darle los soldados y el tesoro franceses, para salvar la corona, manifestando constantemente el deseo de que los franceses guardaran la línea del Norte y los puntos cercanos á los Estados Unidos, esto es, aquellos sitios en que pudiera haber choque con esa Nación; pero encontraba siempre á Bazaine en guardia contra tales pretensiones, con arreglo á las instrucciones enviadas de las Tullerías.

La insurrección contra el Imperio iba creciendo á tal grado, que todos los Estados del Norte y algunos del Interior y del Sur, habían vuelto á caer bajo el mando de los republicanos. Las poblaciones sabían que serían abandonadas

do intervenir en los negocios interiores de México, y se sostenía que el Imperio de Maximiliano era obra de la voluntad nacional, por lo cual Francia insistía en que los Estados Unidos reconocieran á Maximiliano, ó por lo menos se abstuvieran de intervenir en su contra.



D. Manuel Pacheco.

Secretario de la Legación que en Viena representó al Emperador Maximiliano. Esta Embajada se distinguió por su afán en el envío de voluntarios austriacos al servicio de México, para lo cual se firmó en la capital del Imperio austriaco, en Marzo de 1866, una Convención militar cuyo completo desarrollo impidió el gobierno de los Estados Unidos.

Queriendo Maximiliano detener la marcha de los franceses contestó, sin mostrar rudeza, los reproches que le hizo Bazaine relativos á la infidelidad de algunas autoridades, y con tal motivo le escribía el 6 de Enero estos conceptos: "Espero que me mandaréis á vuelta de correo, los nombres de las autoridades que os parezcan infieles y que sea necesario destituir, porque quiero poner á vuestra disposición todos los medios que estén á mi alcance. Reemplazaré á estas autoridades." Acerca del pago de las tropas, le aseguraba que había dejado á un lado las mejoras más necesarias en el servicio civil, para consagrar todos los fondos exclusivamente al ejército que por sí solo absorbía las rentas del Estado. Poco después, el 10 de Enero, el Mariscal designó á tres funcionarios y á los Ministros entre las personas que no merecían su confianza. El Emperador le participó dos días después, que las tres personas citadas habían sido reelevadas de su empleo y cambió el Ministerio el 5 de Marzo. Se le reprochaba á Maximiliano que no se apoyara exclusivamente en su partido, olvidando los franceses que esa fué la política aconsejada desde el principio por los generales expedicionarios.

Impelido Maximiliano por Bazaine, colocó al teniente coronel Lafon, recientemente llegado de Francia y recomendado por Napoleón III, á la cabeza de la gendarmería mexicana; compró seis mil carabinas que habían pertenecido á los separatistas y eran vendidas por los federales, y siguiendo sus trabajos de legislación, anunció que iba á dotar á México de un código civil. Consultaba con Bazaine acerca de las personas y de las decisiones que tomaría pasando por alto el parecer de sus ministros, y procuraba asociarlo en la responsabilidad del gobierno; pero aunque frecuentemente los consejos del comandante en jefe eran escuchados no siempre fueron seguidos.

Las innovaciones de la casa militar de Maximiliano eran tan repetidas, que disgustaron á Bazaine, quien no hizo un secreto de su parecer, llegando á colmo el disgusto cuando vió colocado al frente de la Sección militar, á un capitán por cuyo intermedio se correspondería el Emperador con el Mariscal, con el jefe del Estado Mayor y aún con los Ministros. En aquellos momentos de angustias, Maximiliano intentaba solamente sacar el mejor partido y aprovechar el tiempo en busca del apoyo que pudieran darle los soldados y el tesoro franceses, para salvar la corona, manifestando constantemente el deseo de que los franceses guardaran la línea del Norte y los puntos cercanos á los Estados Unidos, esto es, aquellos sitios en que pudiera haber choque con esa Nación; pero encontraba siempre á Bazaine en guardia contra tales pretensiones, con arreglo á las instrucciones enviadas de las Tullerías.

La insurrección contra el Imperio iba creciendo á tal grado, que todos los Estados del Norte y algunos del Interior y del Sur, habían vuelto á caer bajo el mando de los republicanos. Las poblaciones sabían que serían abandonadas

do intervenir en los negocios interiores de México, y se sostenía que el Imperio de Maximiliano era obra de la voluntad nacional, por lo cual Francia insistía en que los Estados Unidos reconocieran á Maximiliano, ó por lo menos se abstuvieran de intervenir en su contra.



D. Manuel Pacheco.

Secretario de la Legación que en Viena representó al Emperador Maximiliano. Esta Embajada se distinguió por su afán en el envío de voluntarios austriacos al servicio de México, para lo cual se firmó en la capital del Imperio austriaco, en Marzo de 1866, una Convención militar cuyo completo desarrollo impidió el gobierno de los Estados Unidos.

por aquellos en cuyo favor habían hecho sacrificios, sin preocuparse los expedicionarios de las eventualidades que pudiese presentar el porvenir. La noticia del regreso próximo del cuerpo expedicionario á Francia, cundió con indecible rapidez y en consecuencia se presentaron derrepente secciones armadas, relativamente numerosas, avanzando resueltas hacia el Interior.

Antiguos Jefes republicanos reaparecen en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas; el General Escobedo, unido á Carbajal, Cortina, Treviño, Naranjo y otros, es nombrado General en Jefe de todas las tropas del Noreste y hace punto objetivo de sus esfuerzos á Monterrey y San Luis Potosí; Corona con los Jefes Pesqueira y García Morales, desciende desde Sonora y Sinaloa, para seguir hasta Jalisco é Irapuato, en tanto que el General Régules, dueño de Michoacán, auxilia ya á uno ya á otro de los dos cuerpos de ejército. Por el Oriente, Porfirio Díaz que ocupaba militarmente el Estado de Oaxaca, hizo sentir su influjo por varios distritos de Veracruz y Puebla, y los Alvarez con sus pintos quedan dominando en el Sur. Las tropas republicanas que seguían á los franceses en su movimiento de retirada, fueron engrosando día por día con la multitud que veía fáciles el triunfo y las adquisiciones que de él se seguirían.

Las fiestas preparadas en la capital para la recepción de los Emperadores, no pudieron verificarse por el duelo que ocasionó la muerte del rey Leopoldo; regresaron de Cuernavaca en silencio la tarde del 8 de Enero y se establecieron en Chapultepec, nombraron á D. Francisco S. Mora para dar el pésame al nuevo rey de Bélgica, y con este enviado partió también para Europa Mr. Eloin jefe del gabinete civil de Maximiliano.

Considerado ya el ministerio presidido por D. Fernando Ramírez inadecuado para cooperar á la obra de la Intervención, resolvió Maximiliano nulificarlo, después de su regreso de Cuernavaca, habiendo necesitado de un año para conocer, que los que se opusieron á la Intervención combatiéndola con la pluma y con la espada, no podían convertirse de pronto en agentes eficaces de ella y del Imperio.

A mediados de Enero, recibía Maximiliano al Sr. José Hidalgo, su representante en París, y también era recibido el contralmirante Didelot, venidos ambos con la misión de anunciar á Maximiliano las negociaciones que se llevaban á efecto entre París y Washington. Para estas negociaciones había ido á París el General Schofield con una misión secreta cerca del Ministro Bigelow, quien llevaba ya más de dos meses de haberlas comenzado; sin embargo, Schofield fué recibido por Napoleón y le informó del estado de la opinión pública en los Estados Unidos, y de la necesidad de concluir lo más pronto posible un arreglo para la desocupación de México, porque comenzaban á hacerse superiores al gobierno las sobreexcitaciones de la opinión pública en aquella República. Preparábase una convención y se trataba de dejar á Maximiliano un cuerpo considerable de voluntarios belgas, austriacos, suizos y franceses. Por entonces llegaba también á Veracruz el Coronel Dupin.

Maximiliano tenía fijas sus miradas en una expedición á Yucatán, refugio de tribus rebeldes y por mucho tiempo campo de revoluciones, departamento excéntrico, separado de la capital por el Golfo y por vastas soledades de muy difícil comunicación con el resto del Imperio. En esa y otras expediciones lejanas se pensaba, en los momentos en que los esfuerzos de las tropas imperiales fracasaban, cuando no se podía pagarlas, y los norteamericanos, victoriosos, manifestaban sin embozo, su hostilidad al débil Imperio mexicano.

La situación de éste ya era muy crítica desde comienzos del año de 1866, principalmente porque las cajas de Erario estaban completamente vacías; el ejército reclamaba vivamente sus pagas y carecía de organización administrativa que respondiera á sus necesidades en campaña; faltando dinero quedaban los soldados imperiales mexicanos condenados á morirse de hambre ó tomar el carácter de merodeadores, entregados al pillaje y á la falta de lealtad para con el gobierno. Ante esta situación, Bazaine ordenó bajo su responsabilidad, al pagador general francés, hiciese un adelanto de un millón de pesos, necesario para que subsistieran las fuerzas imperialistas, por cuyo servicio le dió las gracias Maximiliano en carta fechada el 5 de Febrero de 1866; pero el gobierno francés no quedó conforme con lo hecho por Bazaine y le ordenó que en lo sucesivo no se hiciera adelanto alguno al trono mexicano, lo que equivalió á sentenciar la caída del Imperio.

El Mariscal Bazaine seguía sin vacilar su plan de concentración ó evacuación parcial, que sustituyó al de acción ofensiva que al principio había adoptado; concentraba sus pequeñas columnas para no exponerlas aisladamente y ocupaba ciertos puntos estratégicos que sirvieran para todas las operaciones que pudieran ocurrir; el resto del país quedaría á cargo de las guardias rurales y las legiones extranjeras. Envió al general Ramón Mendez la cruz de oficial de la Legión de Honor con que le obsequiaba Napoleón III. Mendez tenía ya la de Caballero, que le fué concedida por el Mariscal Forey á nombre del mismo Emperador, por el valor y denuedo que mostró en el sitio puesto á Puebla por los franceses.

Al General Mejía le fué entregada la gran Cruz del Aguila Mexicana, por el enviado especial General Humana, ayudante del Emperador Maximiliano; el acto de la entrega se verificó en presencia de toda la guarnición formada en la llanura al Poniente de la ciudad de Matamoros. El general Humana leyó, en el centro de la línea, la carta autógrafa que Maximiliano dirigió á Mejía con aquel motivo.

La frontera del Norte continuaba presentándose como el escollo más difícil de vencer; de allí tomaba aliento la revolución y no se la podía combatir sino con grandes reticencias, porque se huía de herir aun en lo más mínimo, á los norteamericanos que se presentaban dispuestos á provocar un conflicto.

El general Mejía dispuso aumentar las fortificaciones del puerto de Matamoros, organizó de un modo permanente la guardia cívica é impuso al vecindario una contribución de 112,000 pesos, recibiendo los contribuyentes en pago, libranzas sobre Veracruz ó sobre la tesorería de México; los nacionales y residentes extranjeros pagaron, solamente los norteamericanos se opusieron pretextando que su gobierno no reconocía á Maximiliano, y que por lo mismo nada valdrían más tarde sus reclamaciones.

Hacia fines de Diciembre de 1865, sorprendieron y tomaron los liberales un convoy que iba de Matamoros á San Fernando. Sabido el suceso por el general Mejía, destacó una fuerza que alcanzó á diez leguas del puerto á los liberales acampados, los sorprendió y quitó los carros de que se habían apoderado; después de un combate encarnizado era recobrado el convoy, y hechos prisioneros diecisiete liberales fueron conducidos á Matamoros para ser juzgados. En favor de la libertad de éstos dirigió á Mejía el general Weitzel una nota bastante dura, que le fué contestada en iguales términos.

La debilidad en que se juzgaba á Matamoros, por el abandono que de la frontera llevaban á efecto los franceses, se consideró por el general Escobedo propicia ocasión para apoderarse de aquel puerto, tan deseado y á propósito para constituir en él la base de las importantes operaciones sobre el interior del país.

El 2 de Enero (1866) marchaba otra vez Escobedo sobre Matamoros; esta vez ya provisto de bastante artillería, con fuerzas considerables que bajaron por Camargo para atacar la plaza. Una corta sección de sus fuerzas pertenecía á los reclutados por el coronel Reed, quien mandó poner en las calles de Brownsville grandes carteles ofreciendo alimento, vestido y cincuenta pesos en oro al mes, al voluntario que quisiese acompañarle á Monterrey. Las autoridades unionistas mandaron que esos legionarios acamparan fuera de Brownsville y que lo hiciesen de tal modo que no comprometieran la neutralidad.

El jefe unionista Weitzel, se opuso á que el general Mejía fusilara á unos prisioneros, y éste le contestó que haría lo que le pareciese debido al tribunal competente. El general americano se mostraba pesaroso por no poder romper las hostilidades contra Matamoros, á causa de tener para ello terminante prohibición, y aun llegó dar á un individuo apellidado Crawford el título de general del Ejército mexicano.

Tampico y Matamoros, importantes puertos de Tamaulipas, eran el objetivo principal de las miras de los republicanos que constantemente inquietaron aquel Departamento. Matamoros había sido hostilizado sin descanso por fuerzas de Cortina, á las que se incorporaron porción de soldados negros. Tampico, aunque mejor resguardado por su posición, resentía también las consecuencias de estar ocupados sus alrededores por liberales que, posesionados de Ciudad Victoria, Tula, Santa Bárbara y demás poblaciones situadas en el camino de San Luis, mantenían ese puerto incomunicado.

Entre los generales Mejía y Weitzel siguieron las ásperas comunicaciones por distintos asuntos, hasta que el primero de ellos le participó al americano, que devolvería sin respuesta las comunicaciones que le enviase, si eran del tenor de la que tenía á la vista, relativa á la pretensión de Weitzel para que no fuesen fusilados los liberales.

La conducta equívoca de los norte-americanos de la Frontera, hacia tiempo que inspiraba sérios temores y complicaciones que podían extenderse hasta una guerra internacional. Tales temores fueron justificados en la noche del 4 al 5 de Enero de 1866, al ser sorprendida Bagdad cerca de las cuatro de la mañana, por un considerable número de soldados negros de los Estados Unidos, que se precipitaron en todas direcciones descargando sus fusiles y revólveres.

Rechazado Escobedo en Matamoros y Monterrey, había dirigido sus miras para mantener la actividad de las fuerzas mexicanas hacia Bagdad, población á la entrada del Río Bravo, como lugar propicio para una expedición que proporcionaría cuantiosas ventajas. El general Escobedo se dirigió á Brownsville y se puso en contacto con el jefe americano Crawford y con el coronel Reed, solicitando de ellos que protegieran el paso de una fuerza mexicana organizada á orillas del Río Bravo; pero se encontró con las dificultades que opuso á tal petición el jefe militar norte-americano que mandaba la línea del Bravo. Entonces Crawford y Reed organizaron una fuerza de negros americanos y cuando menos se pensaba cayeron el 5 de Enero de 1866 sobre Bagdad, cuya débil guarnición de doscientos imperialistas sucumbió al impulso de los asaltantes al mando del Teniente Linscott.

Uno de los más graves acontecimientos en la frontera norte de México, fué ese asalto á Bagdad, pequeña aldea situada en la embocadora del Río Bravo, distante algunos kilómetros de Matamoros y de Brownsville. Vigilaba aquellos rumbos el buque "Tisifone," cuando el 5 de Enero de 1866, en la madrugada, tres hombres fueron á refugiarse en él, tan conmovidos y aterrorizados que no podían hablar; acogidos cordialmente, se les aseguró que serían protegidos, y al siguiente día contaron al comandante del buque Mr. de la Bedollière las atrocidades de que acababa de ser teatro el pueblecillo de Bagdad.

Ese mismo día entre tres y cuatro de la mañana, despertaban los vecinos de Bagdad al ruido de los gritos de una turba desordenada de cerca de mil negros, que invadían la población procedentes del territorio americano. Unida á los negros la clase baja de la ciudad, y parte de la guarnición, dirigiéronse á la cárcel y dieron libertad á un individuo llamado Foster, preso por robo y asesinato. Reconocido por aquella banda de foragidos como jefe y guía montó á caballo é impulsó el pillaje. Viéronse algunos oficiales americanos con uniformes de la guarnición de Clarkville, entre ellos el que se llamaba á sí mismo coronel Arthur Reed y el general Crawford; poco después llegó una fuerza mexicana mandada por el general Escobedo; pero viendo que no podía contener el desórden se retiró. Tan repentino fué el ataque, tan imprevisto, que ninguna resistencia pudo organizarse y la guarnición, en su mayor parte, se pasó á los asaltantes y fué desarmada; entonces comenzó el saqueo. El comandante Rico declarado prisionero de los Estados Unidos, fué libertado por Escobedo.

Desde los primeros tiros de fusil, el vapor francés "Antonia" había encendido sus calderas y subido el río para llevar á Matamoros la noticia de lo que aconteció, teniendo que rechazar en el tránsito algunos ataques. Mientras tanto crecía el desorden en Bagdad, siguiendo el robo, los asesinatos y las venganzas, y advertidos de que Foster los buscaba para quitarles la vida, se arrojaron al mar en una barca los tres individuos que recogió la «Tisifone.»

En la sorpresa murieron seis soldados mexicanos; los prisioneros se unieron en su mayor parte con los invasores. A las ocho de la mañana llegaron 150 soldados negros mandados por Weitzel para proteger las propiedades. Un francés llamado Roque fué matado y su esposa violada.

La sorpresa impidió la acción de los que hubieran podido defenderse. Sorprenden los negros en primer lugar el cuerpo de guardia mexicano, matan al centinela, hacen prisionera á toda la guarnición con escasas excepciones, y atacan el vapor "Antonia" que logró alejarse rumbo á Matamoros. Los oficiales sin uniforme, muestran en sus cachuchas una cinta blanca en que se lee la palabra "Cortina," aunque el jefe de este nombre no se presentara; los soldados negros vestían uniforme del ejército federal.

Esos gravísimos acontecimientos fueron transmitidos á México y causaron honda impresión en el Gobierno imperial, principalmente porque ocurrieron en la frontera con los Estados Unidos y por lo mismo podían ocasionar terribles complicaciones.

Las bandas de negros acaudilladas por el teniente Linscott cometieron excesos inauditos, asesinaron, violaron á porción de mujeres y el saqueo se cebó aun en los más insignificantes objetos. Aunque intentaban evitar el desorden otros ciento cuarenta negros del ejército regular enviados por el general Weitzel, no lo consiguieron, antes al contrario contribuyeron á aumentarlo. Los jefes Escobedo y Garza también pretendieron contener á los filibusteros, aunque no contaban con fuerza suficiente. Complicó aquella situación la presencia de un buque francés que destacó lanchas cañoneras con designio de atacar á Bagdad; pero se retiraron. Crawford repasó el Bravo llevándose un pequeño vapor que Escobedo había quitado á los imperialistas, quienes lo armaron para el caso de una retirada. Las fuerzas de Escobedo, que iban con destino á Bagdad, se concentraron en Reynosa por orden de su jefe que estableció el cuartel general en Linares, con objeto de impulsar nuevas operaciones sobre el interior del país. Hasta el día 23 continuaron los filibusteros posesionados de Bagdad; y la evacuaron sin disparar un tiro, llevándose la artillería y el material de guerra; la ocupó el teniente coronel Kodolich salido de Matamoros con fuerza austriaca. Crawford, preso por orden del general Grant, fué conducido á la cárcel de Nueva Orleans de la que se fugó.

El general Weitzel participó al jefe T. Mejía, que al mandar trescientos soldados del gobierno federal para contener el desorden, había procedido á petición del general Escobedo y como un acto de humanidad; mas no con objeto de intervenir en favor de una ó de la otra parte.

El coronel Enrique Mejía quedó mandando en Bagdad; pero al ser desocupa-

da por los asaltantes el día 23 de Enero, las fuerzas austriacas al mando del general Tomás Mejía tomaron posesión de esa villa dos días después y restablecieron las comunicaciones con Matamoros.

El 25 de Enero á las ocho de la mañana, salió de Matamoros por el río y por tierra, una respetable fuerza del Imperio al mando de los coroneles B. L. del Peral y teniente coronel Kodolich, con objeto de recuperar la plaza de Bagdad que había sido tomada por los negros la noche del día 4.

La expedición sufrió retardo en su marcha, por haberse varado los vapores «Antonia» y «Camargo» que formaban parte de ella y ocupó á Bagdad la noche del citado día 25, saliendo á recibirla algunos vecinos que se habían reunido desde las doce de la noche del 24 para conservar el orden público. Los dos vapores se situaron en el atracadero; una columna de infantería entró por la calle contigua al muelle, otras de caballería por la calle real y por la de la derecha; algunas fuerzas penetraron á la plaza y otras se situaron á la orilla de la playa. Las patrullas recorrían las calles. Kodolich ordenó al alcalde 2º que se encargara del juzgado, y al siguiente día citó á los vecinos para tratar de la organización del gobierno. La comisión para investigar los hechos ocurridos en Bagdad, nombrada por el gobierno de Washington, se situó en Brazos de Santiago, presidida por el coronel Davis, quien precisamente era acusado de haber dado la orden para repartir el parque entre los negros asaltantes de Bagdad, y siendo el comandante de Clarkville, á él se atribuía el plan de la expedición. Reed fué arrestado, á Crawford le pusieron de pronto cadenas en Nueva Orleans; pero Davis quedó en libertad. (1)

Las fuerzas de regulares de norteamericanos habían seguido ocupando esa ciudad; se negaba el general Clark á entregarla á los jefes juaristas, y tampoco quería dejarla abandonada y expuesta á nuevos desórdenes de los filibusteros enganchados por el general Crawford, pues podrían perderse las mercancías salvadas y se habrían visto nuevos atentados.

Cuando el 25 de Enero, evacuaban á Bagdad las tropas norteamericanas, supieron los juaristas que avanzaba contra esa villa una fuerza respetable de imperiales, y aunque al principio pensaron defender la plaza, resolvieron al fin abandonarla; embarcaron el mismo día las armas y municiones á bordo del vapor "Prince of Wales" y las enviaron á Clarkville, donde fueron secuestradas por el administrador de la aduana. Los imperialistas entran á Bagdad el día 25 y el comandante Kodolich, jefe de la plaza, dirigió una nota al general americano Clark, pidiendo le entregara los cañones llevados por los liberales al territorio de los Estados Unidos, demanda que se negó á satisfacer el jefe americano.

(1) El almirante Francés en las aguas del Golfo, dirigió reclamaciones al jefe de la linea del Bravo y entonces se retiraron las fuerzas norteamericanas que habían pasado á Bagdad para proteger á los ciudadanos norte-americanos, y fueron dadas órdenes de Washington para castigar á los autores del atentado, en el que se había usado el uniforme federal que llevaban los soldados de la Unión.

La situación de los imperialistas en la frontera se hizo más crítica, al grado de que poco faltaba para que los juaristas estuvieran en posesión de toda la línea del Río Grande. El general T. Mejía manifestó á Maximilano el verdadero estado en que se encontraba; pero no recibió ni hombres ni dinero y de fijo no podría sostenerse por más tiempo contra los republicanos, cuyo número crecía constantemente estando bien armados y equipados.

Una protesta formulada en Matamoros por comerciantes nacionales y extranjeros y fechada el 16 de Enero, atacó la conducta del gobierno de los Estados Unidos y de sus funcionarios y agentes, especialmente con motivo de los sucesos de Bagdad; fué firmada también por los vice-cónsules de España, Francia, Prusia é Inglaterra. En la frontera estaba el móvil de los sucesos de Bagdad y de todos los incidentes desagradables ocurridos en aquella zona, de los que se consideraba principal agente al general Sheridan, quien buscaba la ocasión de un rompimiento formal entre los Estados Unidos y el Imperio de Maximiliano. El general Clark, procedente de Brazos de Santiago, fué comisionado para practicar una averiguación y castigar á los culpables.

Desde su llegada á Bagdad, Escobedo había escrito al general Weitzel protestando contra la ingerencia de Crawford y sus oficiales en los negocios de México, y pidiendo auxilio para impedir que usurparan facultades que no les correspondían. Crawford insistió en gobernar la plaza de Bagdad sin hacer caso de la opinión de Escobedo; pero no logrando su objeto se resolvió á irse á Nueva Orleans, donde fué puesto en prisión por orden del gobierno de los Estados Unidos, en los momentos en que salía para Nueva York.

Tres meses hacía que se aglomeraban en ambas orillas del río Bravo, combustibles para un conflicto, y lo raro fué que no hubieran acontecido antes sucesos de la índole de los de Bagdad. Los excesos cometidos eran consecuencia inevitable del género de auxiliares que se presentaban á los republicanos de México. Cuatro meses habían transcurrido únicamente desde el ataque á Matamoros, verificado en condiciones muy parecidas al ataque de Bagdad.

Crawford había querido que fuese jefe de la plaza el coronel Reed; pero Escobedo pretendía que lo fuese el Coronel E. A. Mejía, y con tal motivo apareció la discordia entre ambos jefes. El gobierno de los Estados Unidos ordenó al comandante militar de Texas, que asegurara la persona de Crawford, que había violado la ley internacional atropellando la neutralidad. La situación de la frontera se hizo cada vez más peligrosa, sin poderse prever las eventualidades; los acontecimientos se precipitaban y acaso arrastrarían al gobierno de los Estados Unidos á un conflicto.

Aunque en los sucesos reprobados de Bagdad no había sido levantada la bandera de los Estados Unidos, el jefe de la plaza de Matamoros dirigió una protesta al general Sheridan, quien se apresuró á desaprobar el acto de filibusterismo consumado en aquella población. Poco después Bagdad era desocupada y el día 25 entraba el coronel Kodolich con el destacamento austriaco. Por esa vez se ha-

bía evitado el peligro; pero el incidente demostraba cuan leve barrera había entre la debilidad de México imperial y la preponderancia de los Estados Unidos.

El general Tomás Mejía, abandonado en Matamoros no recibía auxilio alguno de su gobierno; en un despacho que dirigió al Mariscal Bazaine le hizo esta trascendental confesión: *"Mis tropas están sin sueldo, y esta situación terrible no puede prolongarse."* Bazaine transmitió este parte á Maximiliano y ofreció un vapor correo francés para llevar á Mejía los fondos indispensables; pero la penuria del tesoro mexicano era absoluta y el Mariscal prometió que enviaría á Matamoros sesenta mil pesos la tesorería del ejército expedicionario, por cuyo acto le dió las gracias Maximiliano, considerando ese adelanto como un precioso servicio.

Comenzaba el puerto de Matamoros á no poder sostenerse ya, después de ocho meses de anarquía y vandalismo en la orilla derecha del Río Bravo, situación llegada á su límite con el saqueo de Bagdad, sin que se lograra introducir el orden con la separación del general Weitzel de la comandancia militar de Brownsville.

Al principio de Marzo fué enviado á Matamoros el coronel imperialista García Rebollo con los sesenta mil pesos para gastos de la guarnición, y se autorizó al general Mejía para que girase sobre Veracruz por el importe del préstamo que acababa de imponer al comercio y al vecindario; entonces se le ofreció remitirle mensualmente cinco mil pesos para cubrir el presupuesto.

El general Clark que acudió de Brazos de Santiago, levantó una información en el teatro mismo de los sucesos, jurando castigar ejemplarmente lo que reputaba una deshonra para su país; pero era evidente que Bagdad había estado intervenido por los norteamericanos, y la bandera de la Francia tuvo por vez primera que plegarse ante el atropello de ciudadanos norteamericanos aunque fuesen negros.

Sucesos de la naturaleza del ocurrido en Bagdad se habían previsto, si no en sus detalles, al menos en el riesgo de que en cualquier momento fuese inevitable la guerra entre Francia y los Estados Unidos, á consecuencia del proceder de subalternos sin disciplina. El lenguaje de los generales tan distinguidos como Grant, Sheridan, Weitzel y otros, tenía que crear embarazos de suma gravedad al gobierno de Maximiliano, pues alentaba á los subalternos que, al interpretar de torcida manera la mente de sus jefes, tenían que obrar con exageración.

Los primeros destacamentos que atravesaron el Bravo para atacar á Bagdad, provenían de desertores de campamentos americanos; eran reclutas del general Crawford, que tomaban el nombre del jefe Cortina para sus proyectos; el asunto cambió de aspecto desde el momento en que intervino el general Weitzel, enviando fuerza encargada de poner fin al saqueo; pero este acto era también una transgresión de fronteras; era una violación del territorio mexicano esa entrada de un cuerpo armado extranjero, aunque se le justificara con el fin humanitario que se proponía.

Ocupada Bagdad, ciudad mexicana, por las fuerzas regulares de los Estados Unidos, ondeó sobre ella la bandera de las estrellas, y fué llevada prisionera del

lado americano una guarnición de mexicanos; el derecho internacional mexicano no podía admitir como circunstancia atenuante la inobediencia de los agentes del gobierno federal, ni la influencia de la opinión pública. La bandera de la Francia también estaba comprometida, pues se había hecho fuego contra un buque francés por tropas de los Estados Unidos, y era ocupado un puerto de México protegido por la Francia.

Colocada ésta en tan difícil posición, Mr. Montholón, embajador francés en Washington, optó al dar á su gobierno el parte de los sucesos ocurridos en Bagdad, por atribuir poca importancia al asunto; exoneró de toda culpabilidad al gobierno norte-americano y consideró la cuestión en sus resultados respecto á la acción de éste, como una nueva prenda de las buenas disposiciones del gobierno de los Estados Unidos para sostener á todo trance y con fe sincera, los deberes de la neutralidad que se había impuesto. Desde luego se comprendió que el Embajador trataba diestramente de paliar el asunto, destruyendo ó aminorando el efecto que debía producir en Francia el conocimiento de lo ocurrido.

Con esta declaración del ministro francés y la fuga de Crawford de la prisión en que estaba, se dió por terminado todo, respecto al escandaloso asalto y saqueo de Bagdad, apareciendo satisfecho el gobierno francés con las explicaciones de Mr. Seward, con la promesa de castigar severamente á los que resultaran culpables y con haberse ejecutado cambios de jefes militares en la margen del Río Grande. No debió causar extrañeza todo lo que pasaba; era efecto de las muchas intrigas que se estaban desarrollando en el vecino país; prueba de esto fué la contestación del ministro Seward al representante norte-americano en París respecto al discurso de la corona, en cuya vez se empleó la fraseología al través de la cual se trasparentaba la resolución de no aceptar en manera alguna la intervención francesa de que era víctima México. De la averiguación practicada resultó, que la invasión sobre Bagdad fué preparada, dirigida y llevada á cabo por Crawford, Reed, Sears y otros, sin que ninguno de ellos fuese oficial ni funcionario americano; que á esos se unieron soldados separados de sus cuerpos con licencia, y que las tropas federales pasaron el río á petición de las autoridades mexicanas, es decir, del general Escobedo y de D. Francisco de León que fungía de gobernador de Tamaulipas.

Las dificultades surgidas entre los Estados Unidos y la Francia con motivo de los asuntos de México eran de tal naturaleza, que no tenían en perspectiva más desenlace que fijar la Francia un plazo corto y determinado para el regreso de su ejército, ó pararse aquí de frente ante las amenazas ó exigencias de la gran República, para rechazar con las armas cualquiera agresión; la paz entre ambas podría sostenerse con la retirada de las tropas francesas, en tanto que la permanencia de ellas en México sería sin duda causa próxima de guerra.

La primera de estas soluciones fué la elegida por Napoleón, quien en su discurso de Enero declaró, que ya estaba en comunicación con Maximiliano para fijar la época de la retirada del Ejército. Esa parte del discurso causó en México te-

rrible impresión entre los imperialistas, porque se deducía de ella el pronto alejamiento del protectorado francés, á pesar de tantas frases de aliento dichas por *L'Estafette*, entre ellas las siguientes: «Lo que han venido á hacer aquí, quedará hecho, y á Dios gracias ni una sola palabra que autorice á dudar de ello ha salido de los labios del Soberano francés.»

El centro de Tamaulipas seguía á merced de los republicanos; juzgada inútil por los imperiales la ocupación de Ciudad Victoria, y no pudiendo sostenerse en el Interior del Estado las fuerzas francesas, se replegaron sobre Tula, donde fueron hostilizadas, así como ciudad del Maíz en límite del Estado de Potosí. Fué ocupada por el coronel P. Méndez, Tantoyuquita, aunque el jefe Jacquin que mandaba la contraguerrilla francesa quiso evitar tal suceso, para lo cual abandonó un punto tan importante para el comercio, como lo era Tancasnequi.

Las fuerzas de Méndez, después de haber capturado una recua de más de mil mulas que eran conducidas á ese pueblo, marcharon sobre Tantoyuquita, donde había almacenes de depósito para la carga que debía dirigirse al Interior por Tula. Defendían aquel punto cuarenta hombres de la población, pertenecientes á la guardia estable formada por el comandante Carrere, é igual fuerza había en Tancasnequi al otro lado del río.

El coronel Méndez cayó sobre Tantoyuquita la noche del 23 de Enero, con 400 hombres de caballería, encontrando muy débil resistencia se aprovechó de las mercancías más valiosas, puso fuego á los almacenes destruyendo lo demás que contenían y condujo el botín en las mulas que allí mismo encontró. Este hecho fué más notable, porque desde Tancasnequi hasta Tula en una distancia de 45 leguas, se habían escalonado 1,400 imperialistas. En el camino que conduce al pueblo de Santa Bárbara, encontrábanse catorce cadáveres colgados de los árboles; por todos aquellos rumbos no había un solo rancho habitado y muchos habían sido quemados.

A consecuencia de las heridas que recibió el coronel P. Méndez en el ataque dado á Tantoyuquita, murió en el tránsito al buscar las faldas de la sierra para eludir un encuentro con los imperiales; le sobrevino la muerte al pasar el punto de Riofrío cerca de la entrada á dicha sierra. Su cadáver fué conducido á Ciudad Victoria y de allí al pueblo de Hidalgo en cuyas inmediaciones poseía un rancho. También murieron de resultas de las heridas recibidas en el mismo Tantoyuquita, el coronel Gabriel Arcos Arriola y el capitán Antonio Rodríguez.

Reconcentrados los republicanos en Ciudad Victoria, en número de quinientos, designaron nuevo jefe al Lic. D. Juan J. de la Garza; pero fué reconocido solamente por la infantería, pues la caballería proclamó al coronel Ascensión Gómez. El general Juan J. de la Garza dirigió una proclama á los tamaulipecos, anunciándoles el próximo triunfo de la causa republicana.

Habiéndose sabido en Tampico el 20 de Febrero, que el pueblo de Altamira estaba sitiado por fuerzas del jefe Bujanos, acudió el comandante Carrere con cien

soldados á salvarla, y se encontró que la guardia local había ya rechazado á los sitiadores, que se retiraron al saber la aproximación de las fuerzas salidas de Tampico; Carrere los persiguió y estuvo á punto de perecer en una emboscada; en esa vez le mataron el caballo que montaba. Tampico quedó sin un solo soldado francés. La guerrilla encargada de proteger el interior del Departamento no había logrado su objeto, y si no pudo impedir el saqueo de Tantoyuquita, mucho menos logró batir las guerrillas que seguían aumentando considerablemente en todo el Estado.

Para reforzar á Tampico fueron enviados de Tantoyuca, ciento cincuenta infantes y cuarenta dragones que algunos meses antes había organizado D. Julián F. Herrera, y que constituían uno de las principales elementos de guerra con que el Imperio contaba en la Huasteca.

La conflagración de Tamaulipas afectaba radicalmente á Nuevo León. El 27 de Enero á media noche, salían de Monterrey cien hombres del escuadrón de M. d'Aure, cuarenta del coronel Quiroga, setenta y cinco de la compañía franca del capitán Baichot, éstos de infantería, y todos á las órdenes del comandante Saussier. A las seis de la mañana entraban los dos primeros jefes en Pesquería Grande y sorprendían á trescientos juaristas allí situados al mando de Antonio García, perteneciente á las fuerzas de Escobedo, los que tuvieron cincuenta muertos y cien heridos, huyendo los restantes en dispersión.

En Apodaca y Aguafría fueron batidas el 23 de Febrero las guerrillas que acaudillaba D. José M. Elizondo; mandaba á los imperiales el coronel Julián Quiroga y llevaba unido á su fuerza un escuadrón de la Emperatriz al mando del comandante Pedro A. González. A veinte prisioneros hechos allí, les fué aplicada la ley de 3 de Octubre. Distinguíase el regimiento de la Emperatriz que mandaba el coronel Miguel López, por su disciplina y el buen porte de oficiales y soldados.

En Monterrey abrió *La Gaceta* una suscrición para regalar al comandante L'Hayrie una espada, en memoria y como prueba de gratitud por los servicios que prestó el 25 de Noviembre.

Un destacamento situado en Santa Catarina, al mando del comandante Saussier, estaba destinado á operar contra los republicanos que merodeaban á inmediaciones de Monterrey. La noche del 13 de Enero, la guerrilla al mando de los jefes Martínez y Recio cayó al punto llamado la Encarnación, tomó la correspondencia y ahorcó á un francés llamado Prussant, abastecedor de carnes en el Ejército expedicionario. Quince días después, al amanecer, atacó una fuerza del coronel Martínez á otra imperialista al mando de Miguel López, en el punto llamado San Salvador, siendo los republicanos rechazados.

La hacienda de la Mesa, propiedad del general Vidaurri, fué confiscada por orden del gobernador D. Simón de la Garza Melo, dejándola sin semoviente.

Admitida la renuncia del Sr. José M. García, fué nombrado prefecto departamental de Nuevo León el Sr. Ignacio de la Garza García, á principios de Enero, y desde luego hizo publicar las recientes leyes del Gobierno imperial.

Para Coahuila fué nombrado por Maximiliano, prefecto departamental D. Simón Blanco. El general Jeanningros, que permanecía en el Saltillo á principios de este año aguardando órdenes para regresar á Monterrey, situó en Rinconada un destacamento de doscientos hombres para la seguridad de las familias que regresaban á aquella ciudad, y envió á San Luis una conducta escoltada por franceses que se retiraban después de cumplir el tiempo de servicio.

Al finalizar el mes de Enero efectuaban su entrada al Saltillo, por la garita de San Luis, los escuadrones del Regimiento de la Emperatriz, al mando del coronel López; salieron á recibirlos la música y oficialidad del Regimiento extranjero; las casas estaban encortinadas y las campanas repicaban á vuelo. El general Jeanningros se puso al lado de López, y fueron vitoreados así como el Imperio. El 14 del mismo mes había dejado el Saltillo el comandante L'Hayrie, encomendándolo al cuidado de trescientos hombres del Regimiento extranjero, destinados á proteger el paso de un convoy. En la Encarnación, á donde le siguió el coronel Miguel López, mandó enterrar el cadáver del súbdito francés Prussant, ahorcado por la fuerza de Martínez y Recio. Todos los caminos estaban interceptados por las guerrillas, apareciendo otra nueva mandada por el Lic. Dávila.

Ocupada la población de Parras por fuerzas al mando del coronel González Herrera, salieron del Saltillo á batirlo tropas francesas; pero regresaron sin llegar á aquella ciudad.

Del Saltillo fué enviado para la Encarnación un refuerzo de doscientos hombres del Regimiento extranjero, que habían de reunirse con el coronel López; entretanto, guerrilleros de Martínez y Macías ocupaban la hacienda de la Bonanza, de D. Jacobo Sánchez Navarro.

Jeanningros arengó en la plaza de armas á la caballería mexicana que regresaba con la cual iba la infantería del Regimiento extranjero salida pocos días antes para la Encarnación. El coronel Miguel López vitoreó al Emperador y la Emperatriz de los franceses y al Ejército expedicionario. Con la sección de ambulancia entraron los heridos en el reciente combate habido en San Salvador; escoltados por franceses fueron llevados al hospital de éstos.

Al llegar López el día 27 á San Salvador, supo que Martínez y Macías habían pasado con sus fuerzas por ese rumbo; poníanse de acuerdo López y el jefe del destacamento francés que estaba en la Encarnación, cuando en la noche de ese mismo día, fué atacado el campo de López con notable vigor, y después de hora y media de combate se retiraron los asaltantes, dejando treinta y siete muertos y seis prisioneros.

Habiéndose apoderado de la villa de Parras el Gobernador Viezca, fué atacado el 12 de Febrero por los jefes imperialistas Campos y F. Treviño, obligándolo á retirarse á Monclova. A causa de este triunfo fueron felicitados ambos jefes por el general Jeanningros. Poco después, en la misma villa de Parras, era derrotado un destacamento de la Legión extranjera, fuerte con 150 hombres con el cual iban unidas las fuerzas del comandante mexicano Campos; los juaristas á las órdenes del coronel Naranjo, estaban apoyados en tropas que dependían del gobernador Viezca.

Como se ve, en aquella región fronteriza prestaba servicios de importancia la Legión extranjera; el 6º batallón de ella, formado en la provincia de Orán y destinado á México, se embarcaba á principios de Febrero (1866) para reunirse con los cinco batallones organizados ya. Este refuerzo hacía ascender dicha Legión extranjera á cerca de siete mil combatientes, y permaneció al servicio de Francia hasta el día en que las tropas expedicionarias regresaron de México á Europa; desde entonces quedaría pagada y sostenida completamente por el Gobierno de Maximiliano. Sabíase ya que el 81 de línea y el 18 batallón de cazadores á pie, serían los primeros en regresar á Francia, por haber sido también los primeros que desembarcaron en México. Todas las demás tropas que arribaron en la primera expedición con Laurencez estaban ya de regreso en su patria.

Los seis batallones de la Legión extranjera agregados al Ejército francés, permanecieron en México aun después que dicho Ejército expedicionario hubo abandonado el país, pues habían de servir á Maximiliano por seis años contados desde 1862. Napoleón recibió en audiencia particular al coronel Guilhem, comisionado para ocuparse en la organización de ese contingente extranjero.

El Estado de Veracruz, atravesado constantemente por tropas que llegaban ó que iban á Europa, y por su proximidad á los Estados de Oaxaca, Tabasco y Tamaulipas, conservaba un interés especial, era la llave de comunicación entre la capital del Imperio y el Exterior. Encontrábase invadido por fuerzas republicanas que llamaron seriamente la atención de Bazaine desde la conclusión del año de 1865, al grado de haber organizado una expedición en forma para destruirlas, pues estaban ya apoderadas de Zongolica, Naolinco, Tlapacoyam y otros muchos puntos; amenazaban las ciudades de Orizaba y Jalapa, y repetidas ocasiones fueron cortadas las comunicaciones entre México y Veracruz. Vino á facilitar el proyecto del Mariscal la llegada, el 6 de Diciembre, (1865) de un refuerzo de mil doscientos franceses destinados á relevar á los que habían cumplido el tiempo de servicio.

Desde Noviembre el Mariscal había movilizado, para batir las fuerzas que estaban á las órdenes del general Ignacio Alatorre, dos mil austriacos con ocho piezas rayadas y gran tren de provisiones. Los republicanos los esperaron en Tlapacoyam y al cabo de ocho días de combates parciales en la población y sus inmediaciones, triunfaron los austriacos el día 22, muriendo entonces con heróico valor el coronel D. Manuel Antonio Ferrer, quien después de disparar su pistola desde las ruinas del reducto, se cruzó de brazos esperando la bala que puso fin á sus días, por cuyo comportamiento los austriacos le hicieron solemne entierro. El general Alatorre y el coronel Zach que mandaba las fuerzas imperiales, entraron en ajustes sobre canje de prisioneros, aunque á ello se opusiera lo dispuesto en el decreto de 3 de Octubre. Dos días después, el coronel repu-

blicano D. Juan N. Méndez alcanzaba un triunfo en el Espinal, equilibrado el 17 de Diciembre con el obtenido por una sección de cuatrocientos imperialistas salidos de Tlapacoyam. Entonces el general Alatorre, de acuerdo con los principales jefes de la línea Norte del Estado, reconcentró en Papantla los quinientos hombres que le quedaban, con los tres cañones y las pocas municiones de que disponía.

Los austriacos batían el 11 de Enero (1866), el punto avanzado de Agua dulce, y lo tomaron á pesar de los esfuerzos del batallón Zamora mandado por el coronel Lorenzo Fernández. En el mismo día era derrotada la guardia nacional de Tecolutla y celebrábase con el mayor Schonowsky el 15 del mismo Enero, una capitulación que imponía el desbandamiento de las fuerzas republicanas y la retirada de jefes y oficiales para donde gustaren, si no querían adherirse al Imperio; se reconocían las deudas contraídas por los republicanos en los cantones de Tlapacoyam y Misantla, y se estipuló que serían bien asistidos los enfermos y heridos, pagando todo con fondos imperiales. Por entonces se dió por terminada la campaña en la línea Norte del Estado de Veracruz; pero á poco volvió á aparecer el general Alatorre y fueron derrotados trescientos austriacos en Misantla.

El general Thum avisó á su gobierno que á principios de Enero, después del combate de «Agua dulce» se habían sometido al Imperio los republicanos de Papantla, entregando artillería, armamento y municiones.

La posesión de Papantla no fué asunto tan fácil. Una parte de la columna Schaver que marchó el 4 de Enero de Rincón para «Agua dulce» fué atacada y destrozada, á pesar del auxilio que le prestó medio escuadrón de húsares, cuyo capitán, llamado Susani, murió en el combate. Replegados los republicanos á Papantla, fueron seguidos por la fuerza austriaca que se detuvo para no interrumpir los convenios de pacificación ya comenzados, y que siguieron los jefes Alatorre y Muñoz, influyendo mucho los sucesos de Tecolutla donde el capitán conde de Geldron hacía retirar á los republicanos.

Firmado un amnisticio el 14 de Enero, entraron el día siguiente los austriacos á Papantla, quedando de comandante del Distrito el Mayor Schonowosky. Con arreglo á las mismas bases del convenio celebrado para la sumisión de Papantla, se prestaron los cuautecomacos á reconocer el Imperio.

A pesar de los últimos convenios de paz concluidos en la Huasteca, continuaban presentándose allí los mismos síntomas de guerra; esto demostraba que tan sólo por impotencia se sometían los republicanos, aplazando volver á las armas cuando estuvieran reforzados. Para robustecer el elemento imperial, se creyó conveniente nombrar subprefecto del distrito de Ozuluama al Sr. Manuel San Pedro, á quien se atribuía popularidad por el participio que había tomado en los asuntos de la política local.

Las guerrillas hostilizaban constantemente el ferrocarril que partía de Veracruz. El ataque que sufrió esa línea de comunicación el 7 de Octubre de 1865 entre

Veracruz y Paso del Macho, estuvo á punto de repetirse, por haber sido quitados algunos rieles en el paraje llamado el Sordo; un destacamento de egipcios salió de Paso del Macho para explorar el terreno, cuando ya los guerrilleros se habían retirado. Llegado Dupin á Veracruz á principios de Enero (1866), quedó nombrado por Bazaine jefe de la contraguerrilla, y se abrió el enganche para otra en la Soledad, ganando cada ginete cincuenta pesos mensuales y cuarenta cada infante.

Este coronel Dupin, que había venido á México después de combatir en China, y que ya le hemos señalado al frente de una contraguerrilla en la costa de Sotavento, indistintamente trataba como bandidos á todos sus adversarios, excediéndose en la energía de que estaba dotado, al grado de reputársele con razón como azote de las poblaciones, de manera que con general satisfacción se le había visto partir en 1865 y los mismos franceses esperaban que no volvería á México.

Sucedió lo contrario á causa de que, recibido por Napoleón en Biarritz, le presentó una Memoria en la que exponía los medios para lograr rápidamente la pacificación de México. Si los disidentes eran temibles debía quitárseles las armas, y para ello se establecería un cuerpo especial de cinco mil gendarmes que se ocupara en desarmar á toda la Nación, alcanzando de esta manera el objeto propuesto; todo poseedor de armas ocultadas sería castigado de muerte. El procedimiento, aunque quimérico parecía sencillo, y Napoleón considerando que pudiera realizarse, envió á México un combatiente más. Maximiliano no ocultó su admiración al Mariscal, y le preguntó qué motivos habían determinado tal regreso é impedido la ejecución de las instrucciones que había dado respecto al asunto, en la conferencia especial tenida en México. El Mariscal contestó que también él estaba sorprendido del regreso de Dupin, el cual, para evitar nuevas quejas, sería puesto bajo el mando del general Douay.

Tan delicado negocio no quedó así, pues en la recepción de duelo verificada el 15 de Enero, Maximiliano se quejó con el Ministro Danó, en alta voz, acerca del regreso de Dupin y puso como testigo de lo que decía, al mismo Mariscal. Este no oyó las palabras de Maximiliano; pero al siguiente día le informaba Danó y entonces dirigió Bazaine nueva protesta á Maximiliano, la cual fué aprobada por el Gobierno francés. La falta de inteligencia entre Maximiliano y Bazaine, comenzó á manifestarse desde entonces públicamente; fué creciendo y dejó huellas que no se borraron.

Las guerrillas siguieron hostilizando constantemente á los trabajadores del ferrocarril de Veracruz. La noche del 6 de Febrero (1866) fué sorprendida por ellas la hacienda del Potrero, y se llevaron el dinero que había en las cajas de la oficina del camino.

La sublevación de Zongolica se supuso concluida, al presentarse en Orizaba el jefe D. Leandro Amador acogiéndose al indulto, conducta que pareció ser la consecuencia de haber levantado actas de adhesión al Imperio algunos pueblos del cantón de Papantla.

Otra vez marchó una expedición de fuerzas imperiales sobre Tlacotalpam

y Cosamaloapam, concentrándose los juaristas por el rumbo de Omealca. La ocupación de la primera de esas poblaciones era muy importante para la seguridad del puerto de Veracruz, del distrito de Orizaba, y aun del departamento de Oaxaca. Aquella expedición fué compuesta de argelinos y soldados mexicanos al mando del comandante Figuerero, salió de Veracruz y obraba en combinación con otras procedentes de Oaxaca, apoyándola cañoneras salidas también de aquel puerto. El general García estableció su cuartel general en la hacienda de la Estanzuela y por el Cocuite se situó el coronel Vázquez Aldana. El mando de la línea de Oriente volvió á quedar á cargo del general Díaz, quien continuó hostilizando á los contrarios, hasta donde le permitía la órbita de sus elementos.

El 28 de Marzo ocupaba la villa de Tlacotalpam el comandante Cloué; al siguiente día entraba allí la columna del capitán Testard. Los republicanos se retiraron; pero no siendo permanente esa ocupación, de poco sirvió dominar en parte la costa de Sotavento y ninguna influencia tuvo aquella expedición en el Estado de Oaxaca, ni en los de Tabasco y Chiapas, así como tampoco en los distritos de Minatitlán y Tehuantepec, que estaban separados de la obediencia del Imperio.

El Estado de Oaxaca continuó aumentando su importancia; fortalecido ya el general Porfirio Díaz con los auxilios que aunque cortos le había proporcionado el general Alvarez, en hombres, armas y municiones, había hecho avances de consideración; atacó y derrotó el 4 de Octubre al jefe imperialista Visoso y á los nueve días entraba á Silocayoapam que fué evacuada por las fuerzas imperialistas; después sitió el pueblo de Tlaxiaco que abandonó el día 22, por haberle amenazado una columna de austriacos é imperialistas; que no siguieron á los republicanos, retirándose á Oaxaca la mayor parte de la tropa austriaca, y permanecieron los restantes en el mismo Tlaxiaco. A causa de los continuados ataques del general Díaz fueron reforzados, pues quedaba únicamente esa plaza en poder de los imperialistas en aquella región. También Miahuatlán y Epatlán se levantaron contra el Imperio el 24 de Enero de 1866; cuatro días después atacaron los imperialistas á Silacayoapam de donde fueron rechazados.

En Jamiltepec, abandonado por los imperiales, tomó el general Díaz cuatrocientas armas de fuego y varios cajones de parque; de allí marchó á las Mixtecas, sorprendió en Putla al cabecilla español Ceballos, que mandaba doscientos hombres que fueron derrotados, y siguió el general republicano su campaña sin interrupción, y á la vez que aumentaba sus propias fuerzas, tenía á sus enemigos en constante espectativa. En su persecución salió de Oaxaca para Tlaxiaco el general Oronoz, que regresó á esa capital sin conseguir ventaja alguna, lo cual hizo crecer la insurrección en todo el Estado; reunidas al grupo de las fuerzas del general Díaz las del general Figueroa, las del coronel Félix Díaz y otras que vivían sobre los pueblos y haciendas, mantenían en fatigosa alarma á imperialistas y austriacos, aplicando la pena de muerte á las autoridades imperialistas de los pueblos caídas en su poder.

Los austriacos no sólo rehusaban obedecer las ordenanzas militares del país,



Príncipe Carlos Kevenhüller,

Coronel de los húsares rojos y hulanos austriacos.

En los días en que se retiraba de México la Intervención Francesa, formó el coronel Kevenhüller el regimiento de húsares rojos y hulanos austriacos, aprovechando el licenciamiento de la legión austriaca, con la cual no podían cumplirse los compromisos contraídos, principalmente por falta de dinero para los sueldos.

Los húsares se encontraron en los combates sostenidos por el general Leonardo Márquez, cuando quiso auxiliar á Puebla sitiada por el ejército de Oriente, debiendo á ellos la salvación de una parte del ejército imperialista, que logró regresar de aquella expedición y contribuir á la defensa de la capital en el sitio que le puso el general Porfirio Díaz. Entonces el regimiento, además de las salidas que hizo, fué empleado en conservar el orden en el interior de la plaza.

Kevenhüller formó una liga de todos los jefes extranjeros que sostenían el sitio de la capital, jurando que no capitularían los unos sin el acuerdo de los otros. Al coronel Kevenhüller se dirigió el Barón de Lego para comunicar á los sitiados la prisión y muerte de Maximiliano y para aconsejar que los austriacos se rindieran por convenios con el general en jefe del ejército de Oriente.

y Cosamaloapam, concentrándose los juaristas por el rumbo de Omealca. La ocupación de la primera de esas poblaciones era muy importante para la seguridad del puerto de Veracruz, del distrito de Orizaba, y aun del departamento de Oaxaca. Aquella expedición fué compuesta de argelinos y soldados mexicanos al mando del comandante Figuerero, salió de Veracruz y obraba en combinación con otras procedentes de Oaxaca, apoyándola cañoneras salidas también de aquel puerto. El general García estableció su cuartel general en la hacienda de la Estanzuela y por el Cocuite se situó el coronel Vázquez Aldana. El mando de la línea de Oriente volvió á quedar á cargo del general Díaz, quien continuó hostilizando á los contrarios, hasta donde le permitía la órbita de sus elementos.

El 28 de Marzo ocupaba la villa de Tlacotalpam el comandante Cloué; al siguiente día entraba allí la columna del capitán Testard. Los republicanos se retiraron; pero no siendo permanente esa ocupación, de poco sirvió dominar en parte la costa de Sotavento y ninguna influencia tuvo aquella expedición en el Estado de Oaxaca, ni en los de Tabasco y Chiapas, así como tampoco en los distritos de Minatitlán y Tehuantepec, que estaban separados de la obediencia del Imperio.

El Estado de Oaxaca continuó aumentando su importancia; fortalecido ya el general Porfirio Díaz con los auxilios que aunque cortos le había proporcionado el general Alvarez, en hombres, armas y municiones, había hecho avances de consideración; atacó y derrotó el 4 de Octubre al jefe imperialista Visoso y á los nueve días entraba á Silocayoapam que fué evacuada por las fuerzas imperialistas; después sitió el pueblo de Tlaxiaco que abandonó el día 22, por haberle amenazado una columna de austriacos é imperialistas; que no siguieron á los republicanos, retirándose á Oaxaca la mayor parte de la tropa austriaca, y permanecieron los restantes en el mismo Tlaxiaco. A causa de los continuados ataques del general Díaz fueron reforzados, pues quedaba únicamente esa plaza en poder de los imperialistas en aquella región. También Miahuatlán y Epatlán se levantaron contra el Imperio el 24 de Enero de 1866; cuatro días después atacaron los imperialistas á Silacayoapam de donde fueron rechazados.

En Jamiltepec, abandonado por los imperiales, tomó el general Díaz cuatrocientas armas de fuego y varios cajones de parque; de allí marchó á las Mixtecas, sorprendió en Putla al cabecilla español Ceballos, que mandaba doscientos hombres que fueron derrotados, y siguió el general republicano su campaña sin interrupción, y á la vez que aumentaba sus propias fuerzas, tenía á sus enemigos en constante espectativa. En su persecución salió de Oaxaca para Tlaxiaco el general Oronoz, que regresó á esa capital sin conseguir ventaja alguna, lo cual hizo crecer la insurrección en todo el Estado; reunidas al grupo de las fuerzas del general Díaz las del general Figueroa, las del coronel Félix Díaz y otras que vivían sobre los pueblos y haciendas, mantenían en fatigosa alarma á imperialistas y austriacos, aplicando la pena de muerte á las autoridades imperialistas de los pueblos caídas en su poder.

Los austriacos no sólo rehusaban obedecer las ordenanzas militares del país,



Príncipe Carlos Kevenhüller,

Coronel de los húsares rojos y hulanos austriacos.

En los días en que se retiraba de México la Intervención Francesa, formó el coronel Kevenhüller el regimiento de húsares rojos y hulanos austriacos, aprovechando el licenciamiento de la legión austriaca, con la cual no podían cumplirse los compromisos contraídos, principalmente por falta de dinero para los sueldos.

Los húsares se encontraron en los combates sostenidos por el general Leonardo Márquez, cuando quiso auxiliar á Puebla sitiada por el ejército de Oriente, debiendo á ellos la salvación de una parte del ejército imperialista, que logró regresar de aquella expedición y contribuir á la defensa de la capital en el sitio que le puso el general Porfirio Díaz. Entonces el regimiento, además de las salidas que hizo, fué empleado en conservar el orden en el interior de la plaza.

Kevenhüller formó una liga de todos los jefes extranjeros que sostenían el sitio de la capital, jurando que no capitularían los unos sin el acuerdo de los otros. Al coronel Kevenhüller se dirigió el Barón de Lago para comunicar á los sitiados la prisión y muerte de Maximiliano y para aconsejar que los austriacos se rindieran por convenios con el general en jefe del ejército de Oriente.

sino que entablaron en Oaxaca competencia en materia criminal contra las autoridades civiles, á causa de un homicidio que cometió un soldado de guarnición en aquella ciudad. El Ministro de Justicia dispuso que continuase conociendo en la causa la autoridad militar austriaca, de conformidad con lo estipulado en el artículo 22 de la Convención celebrada en Viena el 19 de Octubre de 1864. Acordó Maximiliano que las tropas austriacas y belgas se rigieran por sus respectivas leyes, entretanto se expedía el Código militar mexicano.

Llamaban mucho la atención del Gobierno Imperial, las bandas de republicanos que por diversos rumbos del Estado de Oaxaca se presentaron. En la sierra Figueroa; en la Mixteca Porfirio Díaz; en la costa las fuerzas de López Orozco y en Tehuantepec los juchitecos que no reconocían al Imperio y tenían en jaque la capital del Istmo. No cambió la situación ni por la retirada de Figueroa en Tehuantepec, en la que acabaron gran parte de sus elementos militares, ni por la persecución que se le hizo á Porfirio Díaz obligándole á retirarse á la Costa Chica y á dejar libre la Mixteca Alta; entonces, reuniendo algunos destacamentos se pasó al Estado de Guerrero y después fué derrotado en Lo de Soto. (1)

La fuerza del general Díaz cuyo jefe del Estado Mayor era el coronel José Mª Pérez Milicua, compuesta de cerca de mil hombres, acampó el 19 de Febrero en Lo de Soto. Allí fué sorprendida seis días después por la caballería de Triujeque. En el momento de la sorpresa, el general Díaz se hallaba almorzando y sin más tiempo que para tomar la pistola del arzón de la silla de montar, sale violentamente por la parte posterior de la casa, encuentra á algunos dragones, toma un caballo y seguido de pocos hace frente al enemigo que se detiene, reúnense algunos más republicanos y logran rechazar á los imperialistas; pero siendo éstos en número muy superior, al fin los contrarios se retiran para Ometepec, combatiendo á veces. Los imperialistas regresan para Lo de Soto y Pinotepa.

El 25 de Febrero tuvo verificativo ese encuentro entre las fuerzas que acaudillaban Porfirio Díaz, Leyva, López Orozco y otros, con los imperialistas que mandaba el coronel Acebal en la Loma de Soto, punto inmediato á Cuajinicuilapa, teniendo aquellas que retirarse. El triunfo del coronel Casimiro Acebal, fué celebrado en Oaxaca con músicas y dianas.

El 1º de Marzo (1866) dejaron los republicanos á Ometepec, ya reunidos al batallón Hidalgo enviado por el general Alvarez en auxilio del general Díaz. Aunque la falta de recursos ocasionaba alguna deserción, entraron á Janiltepec el 21 del mismo mes y un día después se les incorporaba el general Manuel González que fué nombrado jefe del Estado Mayor del general en jefe, y también se incorporaron varios oficiales canjeados por los prisioneros belgas en Michoacan y otros de los que estuvieron confinados en Puebla.

(1) En una carta tomada en *Lo de Soto*, por la columna de Acebal, se decía que los Sres. Dublán, Cajiga y Carbó conspiraban en Oaxaca contra el Gobierno imperial, siendo de notarse que el primero de ellos era presidente del Tribunal de Justicia, del Consejo departamental y director del Instituto.

Ocupada Zongolica á principios de Abril por una fuerza salida de Orizaba, se retiraron rumbo á Oaxaca los republicanos que estaban en aquella población.

La columna de tropas mexicanas que el imperialista Visitador Franco había arreglado y puesto al mando del coronel Acebal, para que marchara sobre Jamiltepec, había ocupado esta localidad el 21 de Febrero. Otra fuerza conducida por el general Ortega, dejando en Tlaxiaco una parte de ella, entraba un día antes en Pinotepa del Estado, siete leguas adelante de Jamiltepec, rumbo al Sur. Para formar estas fuerzas tuvo Franco que recoger las de la Cañada, y entonces los republicanos bajaron de la Sierra á Cuicatlán.

A fines de Febrero regresaba á Oaxaca el Visitador Imperial, Franco, de su expedición á la costa y con él llegaron las fuerzas de la columna del coronel Acebal, recibidas con músicas, dianas, cohetes y repique general en todas las torres, y saludadas con gritos y aclamaciones.

En el Estado de Puebla, íntimamente ligado con el de Oaxaca, habían continuado las negociaciones con D. Fernando Ortega para concluir el convenio que diese por resultado la sumisión de los republicanos de la Sierra, al Imperio. Tratábase también de negociar el canje de los prisioneros hechos en el sitio de Oaxaca y aun residentes en Puebla, por los que estaban en Tuxtepec á las órdenes del General Alejandro García, para lo cual fué comisionado el coronel D. Miguel Castellanos que se contaba en el número de aquellos prisioneros.

Volvióse á dar por cierta la sumisión de la Sierra de Zacapoaxtla, de una manera firme, pues que el visitador imperial D. José M. Galicia avisó el 6 de Febrero al Ministro de Gobernación, que acababan de ser firmadas las bases de un arreglo para poner término á las hostilidades en la sierra septentrional de Zacapoaxtla, deponiendo en consecuencia las armas, las fuerzas juaristas á las órdenes de Juan Francisco Lúcas. El acta respectiva firmada por éste y otros jefes el 15 de Marzo en Xochiapulco, decía que este pueblo y el de Zautla, así como los de Tetela é Ixtacamastitlan, quedaban sometidos al Imperio, conforme á las bases acordadas con el Visitador imperial para la sumisión de Papantla.

Cuando alimentaban tan gratas esperanzas los imperialistas de Puebla, tuvieron un serio disgusto al saber que Tlaxcala, tan próxima á esa ciudad, había caído por sorpresa en poder de los republicanos.

El 19 de Febrero 1866 una fuerza juarista de cerca de trescientos hombres se apoderó de Tlaxcala, é hizo prisioneros á cincuenta rurales que la guarnecían quedando presos el prefecto político Beltran y el general D. José Ignacio de Ormaechea, cuyas casas fueron saqueadas; pero el prefecto fué puesto en libertad. Una conducta de 8000 pesos que llegaba á Tlaxcala en los momentos en que entraban los juaristas, estuvo á punto de caer en poder de éstos. Al saberse en Puebla los sucesos ocurridos en Tlaxcala, salió una sección de quinientos austriacos en auxilio de ella, y la encontraron ya evacuada por los republicanos que se llevaron consigo al general Ormaechea; para libertarlo mandó comisionados el jefe político Beltran.

A diferencia de las transacciones planteadas en los Estados de Oriente, en el de Michoacan seguían los beligerantes la guerra sin tregua ni condiciones. El 28 de Enero derrotaba el general Ramón Méndez, á una parte de las fuerzas que mandaba el general Régules, cerca de Tangancícuaro; les tomó 600 prisioneros, el parque, cargas y armamento, dispersándose el resto de los vencidos. Méndez llevaba á su mando el batallón del Emperador, el 4º de Caballería y los rurales de Ario y la Piedad. La acción se verificó en el cerro de San Ignacio y duró de las dos de la tarde á las siete de la noche.

Un día antes había llegado Méndez á Uruapam, donde supo que Régules estaba en Jiquilpam; resuelto á batirlo formó dos columnas, una al mando del coronel Farquet y la otra al del de igual grado Santa Cruz; la primera se dirigió al pueblo de Tingüindin y la segunda con la que iba Méndez, á Tangancícuaro cerca del cual se verificó el combate de la Palma ó del cerro de San Ignacio.

Poco después, el 20 Febrero, hubo otro combate en el llano de Coeneo, en el que ambos jefes, Méndez y Régules, se atribuyeron el triunfo. Habiéndose replegado á Morelia la guarnición imperialista de Pátzcuaro lo ocupó Ronda, y llegaba después á esta misma población Méndez con gran número de prisioneros. Concentrábanse en Morelia porción de familias de esa localidad, de Tacámbaro, de Ario, Taretán, Uruapam y otros lugares; les daban alojamiento las autoridades en los antiguos conventos y para alimentarlas se abrió una suscrición en el comercio.

Habiéndosele unido al general Régules en Tacámbaro, las fuerzas de Laureano Valdés procedentes de Huetamo y las de los jefes Villada y Eguiluz, se había dirigido aquel hacia Uruapam aparentando una retirada, aunque solamente para situarse en la magnífica posición del cerro de la Magdalena y obligar á su enemigo á maniobrar en un terreno impropio para la caballería. Las fuerzas de Régules ascendían á cerca de 4000 hombres, de los que 1200 iban montados. (1)

Desde la hacienda de Coapa había sabido Méndez el día 19 de Febrero, que

(1) Mendez salió de Tarétan el mismo día 20 de Febrero, en que tuvo verificativo el combate y encontró á sus enemigos en aquella posición provocándole á una batalla, que desde luego comenzó. La caballería republicana cargó sobre la retaguardia de los imperialistas, les cortó las cargas y el parque que en parte se llevó y otra parte fué arrojada al río. Tropas de pintos ocultos y emboscados hicieron fuego en aquellos momentos. El choque fué terrible: el polvo y el humo no dejaba ver á nadie y los contendientes llegaron á estar en contacto, peleando durante media hora al arma blanca; unos y otros se fueron retirando, y el campo quedó sembrado de cadáveres.

Después del combate en la Palma, cerca de San Ignacio, verificado el 28 de Enero, se aumentó la fuerza de Régules con la de Laurcano Valdés y otras sacadas de pueblos lejanos del Sur, ascendiendo á tres mil hombres, provistos del parque necesario y resolvieron presentar batalla el 20 de Febrero, situándose en la loma de la Magdalena, á tres cuartos de legua y hacia el Sur de Uruapam; los republicanos fueron al encuentro de los imperiales que los esperaron á pie firme.

Régules iba por el camino de Santa Clara para Tarétan; aquel jefe apresuró su marcha para el mismo punto, donde le informaron de que los republicanos seguían en dirección á Uruapam y que estaban decididos á presentar batalla. Luego que los avistó Méndez, formó tres columnas mandadas por los coroneles Farquet, Rodríguez y Ceballos y la caballería quedó al mandó del coronel del 4º regimiento Sr. Santa Cruz.

La columna de Régules formada en batalla, en su mayor parte se componía de pintos enviados por Pinzón desde el Sur, para reparar las pérdidas sufridas por los republicanos en la Palma. El encuentro fué reñido por una y otra parte; Méndez cargó con ímpetu y los de Régules resistieron sin ceder terreno, y en seguida envolviendo la posición de los imperiales los obligaron á cejar, y á replegarse á Uruapam que también dejó Méndez y lo ocuparon los liberales; entonces Méndez volvió de improviso con el resto que le quedaba de su tropa y les hizo cuatrocientos prisioneros, quitándoles artillería y municiones; pero sufrió su tropa considerables bajas.

En cada encuentro que sostenía el general Méndez, aun cuando triunfara se debilitaba por la pérdida de gente y el aumento de fatiga de la tropa; al cabo de algún tiempo aparecía que era nula la ventaja sobre los republicanos que, al redoblar sus esfuerzos para reponer sus pérdidas, contaban con el apoyo de casi todo Michoacan que les era adicto y con el de Guerrero y con cuantos elementos necesitaban, tomándolos ya por convenio ya por la fuerza. Méndez tenía que dejar las poblaciones sin guarnición ó tan mal guarnecidas, que quedaban expuestas á un golpe de mano; el dominio de aquel Departamento por los imperiales era imposible sin el aumento de tropas. En la acción de la Palma perdió mucha gente, lo mismo que en las repetidísimas excursiones que hacía, y quedó con muy pocos después del combate de los Llanos, cerca de Uruapam, en tanto que Régules encontraba reservas en Zitácuaro, en el Sur y por todas partes le auxiliaban colaboradores activos; volvió á Tacámbaro y organizó de nuevo sus fuerzas en breve tiempo; allí solemnizó el triunfo de la Magdalena lo mismo que Méndez en Morelia.

Se retiró Méndez á esta ciudad de la que salió el 2 de Marzo para Acámbaro con objeto de conferenciar con el coronel Clinchant, á los tres días regresó acom-general Rosas Landa.

Régules, elevado ya á general de división por el Presidente Juárez, fué también nombrado gobernador de Michoacan y general en jefe del ejército del Centro. En algunas disidencias que tuvo con el coronel Riva Palacio, el gobierno concedió la razón al general Régules. Situó éste su cuartel general en Uruapam donde reunió dos mil hombres.

En Morelia imperaba la desconfianza, la terrible inquietud y aun la consternación, al saberse que Méndez había sido derrotado, sin que pudiera restablecer la tranquilidad algún pequeño triunfo alcanzado poco después, y celebrado con

estrépito. Méndez entraba á Morelia el 25 de Febrero, al medio día, en carretela abierta, anunciando su entrada los repiques, los cohetes y los vítores de sus adictos. Seguíanle sus tropas conduciendo cerca de trescientos prisioneros, muchos de ellos pintos y ocho oficiales. Se alojó en la casa de la comandancia donde estuvo recibiendo felicitaciones y fué festejado en el hotel de Iturbide. En la tarde hubo paseo en la calzada y en la noche iluminación, serenata, salvas y otras demostraciones en honor del general, y al siguiente día se suspendió el *Te Deum* porque habiéndose perdido los equipajes en el combate, no tenía traje conveniente con que presentarse. El comercio le dió un banquete en el Casino, y otro á la tropa.

La conflagración de Michoacán se extendió hasta el Estado de México. Los rurales de Angangueo, unidos á la contraguerrilla de D. Jesús González, de Tlalpujahua, combinaron un movimiento de sorpresa sobre los republicanos que estaban en el pueblo de Túxpam, les hicieron porción de muertos y heridos y les tomaron multitud de caballos y armas. Retirábanse satisfechos los imperiales, á su vez fueron sorprendidos en Irimbo por fuerzas de Zitácuaro, y que les quitaron el botín que llevaban y los dispersaron, haciéndoles algunos muertos.

El levantamiento de las poblaciones se extendió al Estado de Jalisco. A principios de Febrero (1866), en Guadalajara se aseguraba que el jefe D. Pedro Ogazón había desembarcado en Altata con armamento, comprado en San Francisco de California. En los pueblos de aquel Departamento, había síntomas y señales marcadísimas de sublevación; el 9 de Febrero, una fuerza de mil republicanos á las órdenes de los hermanos Sánchez Román, de Silvestre Aranda y el güero Torres, tomaron á viva fuerza el pueblo de Teocaltiche, donde se cometieron los excesos consiguientes.

Entonces eran continuas las alarmas en Guadalajara; por la noche se reforzaban las guardias y ocupaban las alturas, precauciones que en público se atribuían á los sucesos de Teocaltiche y de otras localidades en el rumbo del Norte. A Guadalajara llegaban los desterrados de Colima, entre ellos los liberales D. Miguel y D. Fermín Castro. Hacia el Norte del Estado sentíase la acción del guerrillero García de la Cadena; situado en Juchipila, lo tenían en jaque desde Nochistlán fuerzas procedentes de Guadalajara. Los republicanos en número de más de mil ocuparon á Tlaltenango y Mezquitic, y luego se fraccionaron en diversos rumbos. A causa de la persecución que sufrían, García de la Cadena se internó en la Sierra; Sánchez Román se fué para Teul y otros se dirigieron hacia el Norte del Estado zacatecano. Una fuerza procedente de Durango al mando del coronel Cartteret, pasó á Zacatecas, cuya plaza quedó á su cuidado.

El 4 de Enero, abandonando á Nazas los republicanos de la Laguna se dirigieron á San Pedro del Gallo, donde á las seis de la tarde del siguiente día fueron sorprendidos por el capitán D'Argrevaux con una compañía del 95. En seguida regresaron los franceses á Nazas con el botín tomado, parte del cual les

fué devuelto á sus dueños. En un banquete que el primer día del año dió el general Castagny á las autoridades mexicanas de Durango, pronunció un largo bríndis; pero únicamente alabó en gran manera á los Emperadores franceses, sin hacer siquiera alusión á los de México.

Después de tanto esfuerzo y combinaciones para sojuzgar al Estado de Sinaloa, se encontraba todo él á merced de los republicanos, excepto Mazatlán, en cuya inmediación estaban Corona y Patoni con dos mil hombres, cien de los cuales eran norteamericanos.

Atacaron esa plaza el 9 de Febrero á las dos y media de la mañana, cambiándose tiros de fusil y algunos cañonazos, aunque á veces era bastante nutrido el fuego; al amanecer se retiraron, dirigiéndoles algunas granadas Mr. Martel, teniente de artillería que fué destacado para seguirlos, auxiliado por un escuadrón de cazadores de Africa. Era la tercera vez desde principios del año, que los republicanos se presentaban á las puertas de la ciudad, sirviéndoles las inteligencias que había entre Corona y los liberales que residían en el interior de ella. Se notó que cuando el Comisario Imperial tenía tertulia en su casa, á los reconocidos enemigos del Imperio dirigía sus primeras invitaciones, habiendo llegado á figurar en alguna reunión dada por el Comisario, el antiguo Ministro juarista D. Ignacio Ramírez. Al amparo de aquellas inteligencias, fué capturada una avanzada mexicana de la brigada Rivas que se hallaba en el punto extremo llamado el Astillero.

Las fuerzas de Corona acampaban á mediados de Marzo á corta distancia de las garitas de Mazatlán. El día 18 salieron de este puerto fuerzas francesas en número de trescientos ochenta hombres y cuatrocientos de las del general Rivas, para el Presidio; su marcha fué un continuado combate. Esas fuerzas llevaban por objeto unirse con una brigada de Lozada, que se supuso saldría de Tepic el día 20. Los republicanos de Corona en número de tres mil, rodearon en el Presidio á los imperialistas, impidiéndoles aun tomar agua del río, y causándoles tan grandes pérdidas, que los obligaron á retroceder aunque con dificultad á Mazatlán. En tales circunstancias era nombrado Comisario imperial de aquella zona el Sr. J. M. Iribarren, en la 8ª división territorial.

Una nueva columna de seiscientos franceses y doscientos cincuenta mexicanos, salió de Mazatlán el 29 de Marzo por el camino de Siqueros en busca de Corona, cuyas fuerzas, no por esta circunstancia dejaron de llegar en guerrillas hasta el pie de las fortificaciones del puerto, á disparar sus armas y llevarse el ganado de los alrededores.

Esperaban los imperiales auxilio eficaz de las fuerzas de Lozada, que pasaron hasta el Rosario y fueron sorprendidas por los de Corona en Concordia, á las cuatro de la tarde del 1º de Abril, presentándose en tres columnas resueltas á posesionarse de la población por asalto; quedaron cortados algunos cuerpos de infantería y caballería de Lozada, acampados fuera de la plaza, y en el desorden producido estuvieron á punto de ser derrotados, impidiéndolo con sus disposiciones el comandante Miguel Oceguera, y con la oportuna carga que dió Lozada á la cabeza del escuadrón Núñez, cuando las infanterías de Corona estaban ya en la plaza, á donde no pudo penetrar Lozada, desconocido en la oscuridad de la noche por sus mismos soldados. Los republicanos se retiraron.

En el lejano Estado de Sonora se desarrollaban sucesos de grande importancia. Después que salió del Estado el coronel Garnier con el 51 de línea, había quedado guarneciendo á Guaymas el coronel Cotteret con un batallón del 62, y fueron abandonadas las ciudades de Hermosillo y Ures; pero reocupó la primera de estas poblaciones el prefecto imperialista Campillo, apoyado por tres compañías del 62 y cuarenta cazadores de Africa. Siguió una serie de combates adversos ó favorables para uno y otro bando, distinguiéndose el que tuvo verificativo en Metape el 29 de Diciembre de 1865, en el que el general García Morales derrotó á los imperialistas mandados por los jefes Campillo y Barceló; en cambio los republicanos fueron destrozados en el combate del Puerto del Carnero, proporcionando grandes ventajas á sus contrarios la sublevación de las tribus del Mayo y del Yaqui, á instigación de agentes imperialistas.

El general Corona desprendió de sus tropas una brigada de operaciones al mando del coronel Angel Martínez, para auxiliar á los republicanos en Sonora; avanzó éste al comenzar el mes de Enero de 1866, sobre la ciudad de Alamos ocupada por el jefe imperialista Tranquilino Almada, de cuya fuerza fué sorprendida una avanzada por la caballería del coronel Ascensión Correa, en el punto llamado el Salitral; entonces, por correspondencia interceptada, supieron los republicanos que Almada salía á encontrarlos. Martínez tomó posiciones en las Carboneras el 6 de Enero y se salvó de caer prisionero en una emboscada, debido á su serenidad; al siguiente día, por una marcha verificada entre los cerros, se situó á retaguardia de los imperialistas, que fueron derrotados logrando escapar Almada con los principales jefes, dejando porción de muertos y heridos, cinco cañones, doscientos fusiles y diez y siete mosquetes. El coronel Angel Martínez siguió á los prófugos tan de cerca, que mató á un hermano del jefe Tranquilino Almada; el caballo que montaba el jefe republicano fué herido por dos balas.

Las fuerzas del coronel Angel Martínez, al ocupar la villa de Alamos, combatieron en los suburbios de esa localidad desde las cinco hasta las once de la mañana, siendo notable la mortandad por ambas partes, pues pereció casi todo un batallón de indios que estaba al servicio de Almada. Martínez llevaba 1100 hombres y defendían á Alamos, poco más de trescientos; Almada logró llegar á Guaymas con quince hombres solamente.

Desde la derrota de Rosales por Almada, su primo D. Gregorio que entonces era prefecto político, excitaba al Comisario Imperial para que enviara recursos á los de Alamos, con objeto de levantar un cuerpo de 1000 hombres que se consideraba necesario para marchar sobre el Fuerte y Sinaloa, en cuyas poblaciones se amparaba D. Angel Martínez; Gamboa contestó que no estaba autorizado para obrar en tal sentido; pero después de dos meses y medio, debido á nuevas ins-

tancias, fueron enviadas á D. T. Almada instrucciones por el buque «Telémaco» dirigido á Agiabampo, ordenándole organizase una brigada de 1000 hombres y marchara con ellos, cubriendo los gastos con los productos de la Aduana terrestre de Alamos, y si estos no bastaban, podía girar contra el Comisario; pero nadie quiso en Alamos tomar las libranzas ofrecidas. Entretanto, Almada hacía esfuerzos para aumentar y organizar sus tropas; logró que sus amigos le prestaran 5,000 pesos y empeñó en 1,200 las alhajas de su familia; un mes después recibió 6,000 pesos por la Aduana de Guaymas.

La carencia de recursos obligó á D. T. Almada á tener á su tropa sin sueldo y casi sin alimento, por lo cual empezó á desertar quedando reducidos á la mitad los setecientos hombres con que contaba. Por esfuerzos del Prefecto Iribarren, le fueron enviados á Almada otros diez mil pesos, auxilio que ya no le llegó á tiempo. La falta de armonía entre la autoridad superior y los jefes militares que defendían la causa imperial, dió motivo á la renuncia de D. Gregorio Almada.

Nombrado por el Imperio, el General Lamberg comandante militar de Sonora, se encontraban sus tropas sin recursos; en consecuencia, nada podía hacer y regresaba de Hermosillo á Guaymas á mediados de Enero (1866). Los imperiales habían obtenido un triunfo cerca de Nacori el día 5 del mismo Enero, sobre fuerzas pertenecientes á García Morales. Este se dirigió para Arizpe procurando reunirse con los jefes Gabilondo y Elías. La villa de Alamos acababa de ser tomada por los republicanos el 7 de Enero después de seis horas de combate. La atacaron los jefes Martínez, Toledo y Correa, y la defendían los imperiales á los órdenes de D. Tranquilino Almada; al tomarla hubo saqueo y varios asesinatos.

Martínez se había movido desde el Toro el 3 del mismo mes con todas las fuerzas que pudo reunir, cerca de seiscientos hombres; llevaba á su lado á los jefes Adolfo Alcántara, Jesús Toledo y Ascensión Correa. Los imperialistas eran en número, la mitad de los republicanos. El combate para tomar á Alamos fué uno de los más sangrientos, habiendo aumentado las fuerzas de Martínez hasta el número de mil cien combatientes.

En el Estado de Sonora competía el partido imperialista en sus esfuerzos con los que hacía en Michoacán. La catástrofe de Alamos fué compensada hasta cierto punto, con el triunfo obtenido por el jefe imperialista D. Ramón Gándara, subprefecto del distrito de la Magdalena. Este triunfo y otros, aunque de menor cuantía, que tuvieron verificativo en territorio de los Estados de Nuevo León y Coahuila y algunos en Michoacán, demostraron que los imperialistas aun mantenían esperanzas en el feliz éxito de su causa.

En Alamos formó Martínez nuevos batallones, hizo construir armamento y reformar el que llevaba y también el tomado á los enemigos, apresuró sus preparativos para combatir al jefe Almada, que se refugió en las orillas de los ríos Yaqui y Mayo, donde sublevó á los indígenas y organizó fuerzas. Martínez remitió entonces fondos á Sinaloa para las fuerzas del general Corona.



Coronel Jesús Toledo.

Después de combatir en el Estado de Sinaloa en favor de la Reforma, formó en las filas del ejército del Centro hasta la caída de la plaza de Puebla en poder de las tropas francesas. Quiso regresar al Estado de Sinaloa: pero en Querétaro, puesto á las órdenes del General Porfirio Díaz, resolvió marchar para Oaxaca, y tomó activo participio en los combates verificados desde la toma de Tasco hasta la rendición de la misma Oaxaca, donde cayó prisionero. Alcanzada su libertad volvió á Sinaloa y Sonora, para seguir combatiendo contra la Intervención y el Imperio. Unido á las fuerzas del General Corona asistió al memorable sitio de la plaza de Querétaro, y allí recibió orden de marchar para Colima con el carácter de comandante militar.

tancias, fueron enviadas á D. T. Almada instrucciones por el buque «Telémaco» dirigido á Agiabampo, ordenándole organizase una brigada de 1000 hombres y marchara con ellos, cubriendo los gastos con los productos de la Aduana terrestre de Alamos, y si estos no bastaban, podía girar contra el Comisario; pero nadie quiso en Alamos tomar las libranzas ofrecidas. Entretanto, Almada hacía esfuerzos para aumentar y organizar sus tropas; logró que sus amigos le prestaran 5,000 pesos y empeñó en 1,200 las alhajas de su familia; un mes después recibió 6,000 pesos por la Aduana de Guaymas.

La carencia de recursos obligó á D. T. Almada á tener á su tropa sin sueldo y casi sin alimento, por lo cual empezó á desertar quedando reducidos á la mitad los setecientos hombres con que contaba. Por esfuerzos del Prefecto Iribarren, le fueron enviados á Almada otros diez mil pesos, auxilio que ya no le llegó á tiempo. La falta de armonía entre la autoridad superior y los jefes militares que defendían la causa imperial, dió motivo á la renuncia de D. Gregorio Almada.

Nombrado por el Imperio, el General Lamberg comandante militar de Sonora, se encontraban sus tropas sin recursos; en consecuencia, nada podía hacer y regresaba de Hermosillo á Guaymas á mediados de Enero (1866). Los imperiales habían obtenido un triunfo cerca de Nacori el día 5 del mismo Enero, sobre fuerzas pertenecientes á García Morales. Este se dirigió para Arizpe procurando reunirse con los jefes Gabilondo y Elías. La villa de Alamos acababa de ser tomada por los republicanos el 7 de Enero después de seis horas de combate. La atacaron los jefes Martínez, Toledo y Correa, y la defendían los imperiales á los órdenes de D. Tranquilino Almada; al tomarla hubo saqueo y varios asesinatos.

Martínez se había movido desde el Toro el 3 del mismo mes con todas las fuerzas que pudo reunir, cerca de seiscientos hombres; llevaba á su lado á los jefes Adolfo Alcántara, Jesús Toledo y Ascensión Correa. Los imperialistas eran en número, la mitad de los republicanos. El combate para tomar á Alamos fué uno de los más sangrientos, habiendo aumentado las fuerzas de Martínez hasta el número de mil cien combatientes.

En el Estado de Sonora competía el partido imperialista en sus esfuerzos con los que hacía en Michoacán. La catástrofe de Alamos fué compensada hasta cierto punto, con el triunfo obtenido por el jefe imperialista D. Ramón Gándara, subprefecto del distrito de la Magdalena. Este triunfo y otros, aunque de menor cuantía, que tuvieron verificativo en territorio de los Estados de Nuevo León y Coahuila y algunos en Michoacán, demostraron que los imperialistas aun mantenían esperanzas en el feliz éxito de su causa.

En Alamos formó Martínez nuevos batallones, hizo construir armamento y reformar el que llevaba y también el tomado á los enemigos, apresuró sus preparativos para combatir al jefe Almada, que se refugió en las orillas de los ríos Yaqui y Mayo, donde sublevó á los indígenas y organizó fuerzas. Martínez remitió entonces fondos á Sinaloa para las fuerzas del general Corona.



Coronel Jesús Toledo.

Después de combatir en el Estado de Sinaloa en favor de la Reforma, formó en las filas del ejército del Centro hasta la caída de la plaza de Puebla en poder de las tropas francesas. Quiso regresar al Estado de Sinaloa: pero en Querétaro, puesto á las órdenes del General Porfirio Díaz, resolvió marchar para Oaxaca, y tomó activo participio en los combates verificados desde la toma de Tasco hasta la rendición de la misma Oaxaca, donde cayó prisionero. Alcanzada su libertad volvió á Sinaloa y Sonora, para seguir combatiendo contra la Intervención y el Imperio. Unido á las fuerzas del General Corona asistió al memorable sitio de la plaza de Querétaro, y allí recibió orden de marchar para Colima con el carácter de comandante militar.

De Guaymas habían salido los jefes imperialistas Almada y Mange, á fines de Enero de 1866, con algunos subalternos para reclutar tropas también entre los pimas y los ópatas, y en uno de los combates con los republicanos falleció Mange.

La pérdida de Alamos fué un verdadero desastre para los imperialistas, pues de allí sacaron los republicanos considerables recursos para aumentar y organizar sus tropas. La lucha era y tenía que ser encarnizada, porque Almada hacía juzgar á los prisioneros con arreglo al decreto de 3 de Octubre.

Pocos días después de haber ocupado á Alamos, fueron destacadas partidas de caballería á los ranchos inmediatos, donde se repitieron algunos excesos repugnantes. Muchos vecinos de Alamos emigraron á Guaymas y á otros lugares del Departamento de Sonora, lamentando algunos, además de su ruina, su deshonra ó la muerte de algunos de sus deudos.

Tomada la ciudad de Alamos, quisieron los vencedores dar cumplimiento á la orden tremenda, de que fueran denunciadas y confiscadas las casas de los imperialistas ausentes y embargadas otras propiedades, comenzando por algunas casas de los señores Otero y la testamentaría de D. Pascual Gómez Lamadrid. El coronel Martínez se movió de Alamos sobre Hermosillo.

El 14 de Febrero derrotó la sección del coronel Correa á los imperialistas en un punto denominado Mobás. Los indios de los ríos Yaqui y Mayo fueron perseguidos y á veces derrotados; uno de los combates más notables fué el del 4 de Marzo, en el que el general Martínez destrozó al grueso de las fuerzas sublevadas en favor de Almada.

La Baja California seguía en poder de los juaristas; continuaba gobernando aquella Península el jefe Pedrin, ocupado en reprimir á los exaltados y en dar garantías á todos los habitantes. El 19 del próximo anterior Diciembre, había tenido verificativo una junta de representantes de las diversas localidades y acordó que se armara la guardia nacional para poner el Territorio en estado de defensa, allegando recursos con arreglo á las disposiciones vigentes del gobierno republicano. La misma junta dispuso que continuara con el mando el jefe político Pedrin. Este visitó las municipalidades dejando en el gobierno al Lic. D. Antonio Canalizo, y siguió á la Paz acompañado del general Ogazón y de otros personajes juaristas que desembarcaron en el cabo de San Lúcas, y se proponían marchar para Chihuahua por la costa de Altata.

El Gobierno de los Estados Unidos, en su afan porque desocuparan los franceses el territorio mexicano, no se cuidaba ya de ocultar sus deseos y estableció inteligencias por todas partes; agentes suyos habían penetrado al territorio mexicano, entre ellos el coronel Whitsey con la mira de estudiar las vías que convendría seguir para invadir á México. Se aseguraba que el mismo Mr. Seward, al ir á la isla de San Thomas con pretexto de estudiarla para hacer proposiciones de compra á Dinamarca, llevaba por verdadero objeto conferenciar con Santa-Anna, para tratar de que se estableciera en México un gobierno con el cual

los franceses pudieran tratar para retirarse. Ya que ese gobierno no podía ser ni el Imperio de Maximiliano, ni la República con Juárez, pues con el uno jamás podían conformarse los Estados Unidos y con la otra no trataría jamás el gabinete de las Tullerías, venía á ser preciso buscar otro presidente de la República y éste, según se creyó podría ser Santa-Anna, cuya ambición aguijoneada por el rencor y el deseo de venganza, aceptaría con entusiasmo el papel á que se le destinaba. El supuesto proyecto de Seward, descubierto á medias por la presencia del ministro cerca del antiguo dictador mexicano, conmovió á los espíritus que se ocupaban de la política.

Solamente Maximiliano y su esposa parecían indiferentes, buscando en aquellos críticos momentos solaz en Cuernavaca. Bazaine, informado del proyecto de Mr. Seward, solicitó de Maximiliano una entrevista para ese y otros asuntos, pero no tuvo pronta respuesta; insistió y se le responde recomendándole la seguridad de Sus Majestades en el viaje que iban á emprender, y no logra hablar con Maximiliano hasta la víspera de la partida; entonces tan solo obtuvo la autorización para proceder contra un periódico de México, que había reproducido cierto artículo injurioso para el Emperador Napoleón III. Viviendo aún Mr. Langlais, consintió Maximiliano en formar un nuevo gabinete luego que el hacendista hubiera terminado sus estudios y admitido la cartera de Hacienda; con este acuerdo terminó la conferencia. Partió Maximiliano para Cuernavaca, y al volver á México á pasar algunos días, supo que las fuerzas francesas y las de Méndez en Michoacan, habían alcanzado algunas victorias.

En lo aparente se habría tomado aquella conducta de Maximiliano como una concesión al destino ó una indiferencia fatalista. El Congreso de los Estados Unidos continuaba en sus manifestaciones contra el Imperio en México. El día 11 de Diciembre de 1865 se habían presentado á la vez en las dos Cámaras y en la primera sesión de importancia que tuvo el Congreso, dos proposiciones contra la obra de la Francia en México, una suscrita por el senador Wade y otra por el diputado Mr. Schenk, ambos de reconocida influencia en la política. En vista de ellas las dos Cámaras resolvían:—«*Que contemplaban con profunda ansiedad la situación de la República Mexicana; y que era opuesta á la política del Gobierno de los Estados Unidos, la tentativa de una potencia extranjera para derrocar á un gobierno republicano de este continente, y establecer sobre sus ruinas la monarquía, lo cual ofendía al pueblo de los Estados Unidos y contrariaba el espíritu de sus instituciones.*

Resueltos estaban los norteamericanos á no admitir otro Presidente en México que el Sr. Juárez, precisamente el único que Napoleón III rechazaba decidido á no aceptar transacción de ninguna especie. El General González Ortega que podía contar con probabilidades para ser apoyado por el gobierno francés, tropezaba con invencibles dificultades al ser combatido sin tregua en los Estados Unidos. (1)

(1) Uno de los que le hostilizaron con más energía fué M. Robert D. Owen, en la refutación que hizo del cuaderno que publicó el General González Ortega contra la permanencia de

Le decían á González Ortega, en varias publicaciones, que no contaba más que con nueve partidarios, de los cuales dos eran ex-generales de brigada, dos gobernadores, un ex-administrador de correos, un ex-coronel, otro ex-editor y dos desconocidos para los folletistas, con la circunstancia de estar ausentes de su país en la hora del peligro, todos los que apoyaban el derecho de González Ortega á la presidencia. Sostenían los escritores norteamericanos, que la ampliación, del período presidencial de Juárez, había sido recibida por la Nación con alegría y por aclamación. El escritor Owen alegó, que todos los mexicanos residentes en la Alta California pedían la continuación de Juárez en el poder, y que ni una sola voz se levantó en favor de González Ortega. Combatió los artículos constitucionales en que estaba apoyado el pretendiente; dijo que las facultades extraordinarias con que estaba revestido Juárez, le autorizaban para poder continuar su período constitucional, y constituyó capítulo de acusación la permanencia de González Ortega en Nueva-York sin estar autorizado para ello.

Los partidarios de González Ortega llevaron sus esfuerzos hasta el congreso de los Estados Unidos; pero todo fué en vano, á causa de que el gobierno de la Casa Blanca no retiró su reconocimiento al Presidente Juárez, siendo este apoyo moral el mayor de los obstáculos con que tropezó Napoleón III para dar honrosa solución al espinoso asunto de la intervención en México. (1)

A juicio del Presidente de los Estados Unidos, no debía diferir Francia, ni un momento, el retiro de sus fuerzas y la plena ejecución en México del principio de no intervención. El respeto que profesaba la Nación americana á la soberanía é independencia de los demás pueblos, obedecía á los preceptos que le legara Washington, sancionados por el pueblo norte-americano, cuyo gobierno manifestó al de Francia, que esperaba el aviso final del tiempo en que se podía esperar que cesaran las operaciones de sus tropas en México. Desde Junio de 1862 ha—

Presidente Juárez en el poder. Valióse Owen de los datos que le proporcionó el Sr. Matías Romero, y costeó la impresión del folleto Mr. Tifft. Tendía este escrito, después de combatir las aspiraciones de González Ortega, á disipar las dudas ó la mala impresión que produjeron en el congreso de los Estados Unidos, los argumentos del Presidente de la Suprema Corte mexicana. La casa de Corlies y Compañía costeó otras dos publicaciones; en una se coleccionaron los documentos oficiales en que se demostraba que el Presidente Juárez estaba investido con facultades extraordinarias, y en la otra escrita también por Mr. Owen, se refería á las cualidades y mala fe de los franceses.

González Ortega hizo imprimir en idioma inglés un cuaderno que distribuyó entre los senadores y los diputados; incluía los decretos de prórroga presidencial y la protesta que formuló contra ellos, fechada en Paso del Aguila el 21 de Diciembre, y también el manifiesto escrito en San Antonio de Béjar el 26 del mismo mes, así como un cuaderno publicado en Nueva-York con las respuestas que le eran favorables sobre el asunto de la prórroga.

(1) Tan pronto como el general González Ortega se declaró Presidente constitucional de México, en una correspondencia que dirigió al general Sheridam, el ministro Romero envió al gobierno de los Estados Unidos una colección de documentos relativos á ese general disidente, en los cuales se combatían los argumentos, calificados de capciosos por el Sr. Romero, para que González Ortega se considerara Presidente de México

González Ortega no estudió debidamente la política del gobierno de los Estados Unidos, que consistía en una intervención directa en favor de Juárez, cuya política era sostenida por el ejército y la marina de esa nación; en consecuencia, el gobierno de los Estados Unidos declaró revolucionario á González Ortega, en una orden dirigida al general Sheridam

bían manifestado los Estados Unidos: que Francia tenía el derecho de hacer la guerra á México, determinando por sí misma la causa que la motivaba; pero que ellos tenían á su vez el derecho de insistir, en que Francia no debía aprovechar las ventajas que alcanzara en esa guerra, para crear y sostener en México un gobierno anti-republicano y anti-americano. (1)

Los escritores norteamericanos que combatían el establecimiento del Imperio en México, hacían referencia constantemente, á las instrucciones dadas al general Forey por el Emperador de los franceses, al señalarle la política que debería seguir respecto á los negocios del Continente americano. La base de esta política debía consistir en la formación en México de una monarquía que restituyese á la raza latina, en este lado del Atlántico, toda su fuerza y su prestigio con cuya política la influencia y los intereses de la Francia sobrepujarían á los de los Estados Unidos, y se impediría que éstos se apoderasen del Golfo de México, y se constituyeran en únicos dispensadores de los productos del Nuevo Mundo. La monarquía presidida por Maximiliano, venía á ser precisa consecuencia de esa política, aunque, según el parecer de los escritores norteamericanos, se opusiera á ella la voluntad del pueblo mexicano, sojuzgado por la soldadesca europea, sostenedora de una esclavitud disimulada que se reveló en ciertos decretos expedidos por el Gobierno imperial en México.

(1) El 12 de Febrero de 1896 dirigía M. Seward un despacho al marqués de Montholón representante de Francia en Washington, en el que analizó detenidamente otro del Ministro Drouyn de Lhuys, enviado el 9 de Enero al gobierno de los Estados Unidos, por el cual se deslindaba y ponía de manifiesto la política de la Francia en la cuestión mexicana. Declaraba el gobierno francés, que no era en manera alguna hostil á las instituciones del Nuevo Mundo y mucho menos á las de los Estados Unidos: que estaba dispuesto á retirar sus tropas en el menor espacio de tiempo posible; insistía en que el ejército francés, al entrar en México, no llevó las tradiciones monárquicas en los pliegues de sus banderas, y no creyó de su deber oponerse al esfuerzo supremo de un partido poderoso, organizado mucho antes de llevarse á cabo la expedición; que el pueblo mexicano había llamado al Emperador Maximiliano, y que el gobierno francés había creído que el de Maximiliano era el más propio para establecer la paz en México, y que por lo tanto le había prestado su apoyo.

Seward contestó: que los Estados Unidos no habían visto prueba alguna satisfactoria, de que el pueblo de México hubiese llamado al Emperador Maximiliano, y en términos enérgicos y claros afirmó, que en aquellas circunstancias existía una guerra política entre Francia y la República Mexicana, guerra peligrosa y nociva para los Estados Unidos y las instituciones republicanas; en tal concepto, pidió que se la pusiera fin cuanto antes. Recomendó con instancia que se cumpliera sin pérdida de momento, la promesa de retirar de México todas las tropas francesas y con sutileza diplomática dió á entender, que los Estados Unidos jamás reconocerían en México otra forma de gobierno que la republicana.

CAPITULO SEXTO.

Continúan los errores y vacilaciones de Maximiliano.—Choques con Bazaine.—Es enviado el Padre Fischer á Roma.—Declaración del Austria respecto á voluntarios para México.—Maximiliano cambia su Ministerio.—No consigue organízar el gobierno.—Le sorprende el anuncio de que se retira la expedicion francesa.—El cambio de ministros nada significó.—Napoleon III varia completamente su política respecto á México.—Los planes de los economistas franceses aquí.—Venida del baron de Saillard.—Fija el término de la expedicion francesa en México.—Profunda decepcion de Maximiliano.—Separa de la delegacion en Paris al ministro D. José Hidalgo,—Lo reemplaza el general Almonte.—Instrucciones recibidas por el ministro Danó.—Aplicación de rentas á los gastos de la expedicion.—Plazos fijados para la retirada de las tropas.—Asombro y digusto en la Córte de Maximiliano.—Mision del general Almonte á las Tullerías.—Lacunza en el Ministerio de Hacienda.—Su plan financiero.—Se apoya en el auxilio pecuniario de la Francia.—Accede Bazaine á proporcionar recursos.— Atiende Maximiliano á la brigada austro-belga.—Se opone á que la mande un jefe francés.—Bazaine insiste en la formacion de los "Cazadores de México."—De qué manera se organizaron.—El gobierno norte-americano se opone á la venida de nuevas fuerzas austriacas.—El gobierno de Austria accede á esta pretension.—Asalto sufrido por la comision belga.—Crecimiento de la revolucion en los Estados de Oriente.—Situacion de Oaxaca, Tabasco y Yucatan.—Derrota de los imperiales en Jonuta.—Avanza la insurreecion hasta el centro del Imperio.—Sucesos ocurridos en los Estados de Guanajuato, Zacatecasy San Luis Potosí.—Van-der-Smissen en Nuevo Leon.—Insubordinacion de la fuerza belga.—Tamaulipas.—Dificultoso estado de los puertos de Matamoros y Tampico.—Auxilios enviados al primero de estos.—Sucesos de Parras.—Combate en Santa Isabel.—Nuevos esfuerzos de Clinchant y Aymard en Michoacan.—Estados de Occidente.—Jalisco y Colima.—Continúa sangrienta la lucha en Sinaloa.—Vacilacion del jefe Lozada.—Avanza al Rosario y se retira.—Corona es nombrado general en gefe del ejército de Occidente.—Quédanle encargados Jalisco y Colima.—Sigue prestando apoyo á los liberales de Sonora.—García Morales se posesiona de la villa de Magdalena y Martinez de Hermosillo.—Impulsa la revolucion el general Pesqueira.—Combates en el Estado de Chihuahua.—El general Terrazas toma la capital del Estado.—Mr. Seward continúa en su política juarista.—Banquete ofrecido en Washington á la Sra. de Juarez.—Las cámaras norteamericanas no cejan en su oposicion al Imperio.

Error gravísimo de Maximiliano fué sostener con Bazaine lucha tenaz durante dos años, en cuyo tiempo demostró que le faltaba talla para conducir á bu en fin la dificilísima empresa de fundar en México un Imperio. Muy accesible á todo lo que pudiera exaltar su espíritu, fácil de convencerse y mal aconsejado, se dejó persuadir demasiado pronto, de que el concurso de la Francia le era inútil.

bían manifestado los Estados Unidos: que Francia tenía el derecho de hacer la guerra á México, determinando por sí misma la causa que la motivaba; pero que ellos tenían á su vez el derecho de insistir, en que Francia no debía aprovechar las ventajas que alcanzara en esa guerra, para crear y sostener en México un gobierno anti-republicano y anti-americano. (1)

Los escritores norteamericanos que combatían el establecimiento del Imperio en México, hacían referencia constantemente, á las instrucciones dadas al general Forey por el Emperador de los franceses, al señalarle la política que debería seguir respecto á los negocios del Continente americano. La base de esta política debía consistir en la formación en México de una monarquía que restituyese á la raza latina, en este lado del Atlántico, toda su fuerza y su prestigio con cuya política la influencia y los intereses de la Francia sobrepujarían á los de los Estados Unidos, y se impediría que éstos se apoderasen del Golfo de México, y se constituyeran en únicos dispensadores de los productos del Nuevo Mundo. La monarquía presidida por Maximiliano, venía á ser precisa consecuencia de esa política, aunque, según el parecer de los escritores norteamericanos, se opusiera á ella la voluntad del pueblo mexicano, sojuzgado por la soldadesca europea, sostenedora de una esclavitud disimulada que se reveló en ciertos decretos expedidos por el Gobierno imperial en México.

(1) El 12 de Febrero de 1896 dirigía M. Seward un despacho al marqués de Montholón representante de Francia en Washington, en el que analizó detenidamente otro del Ministro Drouyn de Lhuys, enviado el 9 de Enero al gobierno de los Estados Unidos, por el cual se deslindaba y ponía de manifiesto la política de la Francia en la cuestión mexicana. Declaraba el gobierno francés, que no era en manera alguna hostil á las instituciones del Nuevo Mundo y mucho menos á las de los Estados Unidos: que estaba dispuesto á retirar sus tropas en el menor espacio de tiempo posible; insistía en que el ejército francés, al entrar en México, no llevó las tradiciones monárquicas en los pliegues de sus banderas, y no creyó de su deber oponerse al esfuerzo supremo de un partido poderoso, organizado mucho antes de llevarse á cabo la expedición; que el pueblo mexicano había llamado al Emperador Maximiliano, y que el gobierno francés había creído que el de Maximiliano era el más propio para establecer la paz en México, y que por lo tanto le había prestado su apoyo.

Seward contestó: que los Estados Unidos no habían visto prueba alguna satisfactoria, de que el pueblo de México hubiese llamado al Emperador Maximiliano, y en términos enérgicos y claros afirmó, que en aquellas circunstancias existía una guerra política entre Francia y la República Mexicana, guerra peligrosa y nociva para los Estados Unidos y las instituciones republicanas; en tal concepto, pidió que se la pusiera fin cuanto antes. Recomendó con instancia que se cumpliera sin pérdida de momento, la promesa de retirar de México todas las tropas francesas y con sutileza diplomática dió á entender, que los Estados Unidos jamás reconocerían en México otra forma de gobierno que la republicana.

CAPITULO SEXTO.

Continúan los errores y vacilaciones de Maximiliano.—Choques con Bazaine.—Es enviado el Padre Fischer á Roma.—Declaración del Austria respecto á voluntarios para México.—Maximiliano cambia su Ministerio.—No consigue organizar el gobierno.—Le sorprende el anuncio de que se retira la expedicion francesa.—El cambio de ministros nada significó.—Napoleon III varia completamente su política respecto á México.—Los planes de los economistas franceses aquí.—Venida del baron de Saillard.—Fija el término de la expedicion francesa en México.—Profunda decepcion de Maximiliano.—Separa de la delegacion en Paris al ministro D. José Hidalgo,—Lo reemplaza el general Almonte.—Instrucciones recibidas por el ministro Danó.—Aplicación de rentas á los gastos de la expedicion.—Plazos fijados para la retirada de las tropas.—Asombro y digusto en la Córte de Maximiliano.—Mision del general Almonte á las Tullerías.—Lacunza en el Ministerio de Hacienda.—Su plan financiero.—Se apoya en el auxilio pecuniario de la Francia.—Accede Bazaine á proporcionar recursos.— Atiende Maximiliano á la brigada austro-belga.—Se opone á que la mande un jefe francés.—Bazaine insiste en la formacion de los "Cazadores de México."—De qué manera se organizaron.—El gobierno norte-americano se opone á la venida de nuevas fuerzas austriacas.—El gobierno de Austria accede á esta pretension.—Asalto sufrido por la comision belga.—Crecimiento de la revolucion en los Estados de Oriente.—Situacion de Oaxaca, Tabasco y Yucatan.—Derrota de los imperiales en Jonuta.—Avanza la insurreccion hasta el centro del Imperio.—Sucesos ocurridos en los Estados de Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí.—Van-der-Smissen en Nuevo Leon.—Insubordinacion de la fuerza belga.—Tamaulipas.—Dificultoso estado de los puertos de Matamoros y Tampico.—Auxilios enviados al primero de estos.—Sucesos de Parras.—Combate en Santa Isabel.—Nuevos esfuerzos de Clinchant y Aymard en Michoacan.—Estados de Occidente.—Jalisco y Colima.—Continúa sangrienta la lucha en Sinaloa.—Vacilacion del jefe Lozada.—Avanza al Rosario y se retira.—Corona es nombrado general en gefe del ejército de Occidente.—Quédanle encargados Jalisco y Colima.—Sigue prestando apoyo á los liberales de Sonora.—Garcia Morales se posesiona de la villa de Magdalena y Martinez de Hermosillo.—Impulsa la revolucion el general Pesqueira.—Combates en el Estado de Chihuahua.—El general Terrazas toma la capital del Estado.—Mr. Seward continúa en su política juarista.—Banquete ofrecido en Washington á la Sra. de Juarez.—Las cámaras norteamericanas no cejan en su oposicion al Imperio.

Error gravísimo de Maximiliano fué sostener con Bazaine lucha tenaz durante dos años, en cuyo tiempo demostró que le faltaba talla para conducir á bu en fin la dificilísima empresa de fundar en México un Imperio. Muy accesible á todo lo que pudiera exaltar su espíritu, fácil de convencerse y mal aconsejado, se dejó persuadir demasiado pronto, de que el concurso de la Francia le era inútil.

Uno de sus primeros ministros, D. Fernando Ramirez, le repetia constantemente que el dia en que los batallones franceses hubieran dejado á México, el Imperio mexicano seria verdaderamente fuerte. ¡Este parecer, levantado en las frágiles alas de la ilusión, se aferró con facilidad en el ánimo de Maximiliano que sentia muy falsa su posicion de Monarca elegido y á la vez impuesto y sostenido por la fuerza extranjera; de aquí el ahinco en mostrar á los mexicanos que habia adoptado su nacionalidad, y con ella sus costumbres y usos, procurando que se olvidara el orígen extrangero del Emperador.

Esos esfuerzos en pró de una posicion independiente, desagradaron al comandante en gefe frances y ocasionaron la antipatía que manifestó contra Maximiliano, sin poder dominar muchas ocasiones sus sentimientos. Atribuía á Maximiliano mala voluntad contra el gobierno frances, siendo que hasta entonces no la tenia en realidad sino contra el Mariscal que le acusó de ingrato. Se estableció la lucha entre ambos, escudándose Bazaine con el título de representante del Emperador frances, y prevalido del de comandante en gefe del ejército expedicionario se dejaba llevar de sus pasiones, influenciado por las miserias humanas. Se mostró impaciente y altivo, sentimientos que confundió con el de la dignidad, y equivocó la terquedad con la firmeza. Ambos olvidaron que la buena inteligencia que debia reinar entre ellos, habia de ser el único medio de evitar un desastre inminente.

El papel de Bazaine tenia que ser el de protector enérgico y hábil, y para ello necesitaba de las simpatías de su real protegido. Este buscaba y pidió el relevo de su émulo, sin lograr su peticion, porque el gobierno frances se mostró adusto y lo más que hizo fué facultar al Mariscal para que regresara á su país, concesion indeterminada que Bazaine no quiso usar.

Los Emperadores mexicanos no podian, en su orgullo de familia real, admitir que Bazaine ejerciera con ellos una conducta de superioridad que mucho les hería; por esto sus quejas con Napoleon habian hecho ya, que desde Enero de 1866 se le prescribiese al comandante en gefe, que no ejerciera su influencia sino con gran reserva, aunque á pesar de las quejas de Maximiliano no se le daria ya ni un soldado más. Pero se le aprobaba á Bazaine que concentrara las tropas entre S. Luis, Aguascalientes y Matehuala, así como que fuera reduciendo gradualmente la accion militar del ejército de ocupacion; ademas, se apeló á la abnegacion del general en gefe, para que no regresara con las primeras tropas que volvieran á Francia y que aceptara la tarea hasta el fin de la retirada.

No obstante lo que pasaba, la Córte de México insistia en que Napoleon enviara nuevas tropas y en la creacion de grandes recursos. Considerando que Bazaine era el único obstáculo para conseguirlos, y por lo mismo el solo sério opositor para el triunfo de la causa del Imperio, suponia erróneamente Maximiliano á la Francia dispuesta para acudir en su auxilio; Bazaine, que por fin habia llegado á estar al tanto de las intenciones del gabinete de las Tullerías hasta fines de 1865, y que conocia la opinión pública dominante en Francia y los

Estados Unidos, no pretendia ya el aumento de las fuerzas expedicionarias; en su opinion se habian perdido muchos hombres y gastado mucho dinero, y el elemento mexicano era impotente; en una palabra, no debia seguir la Francia en pos de nevas aventuras. En-horabuena que Maximiliano buscara recursos; pero no debió hacerlo á expensas de la Nacion Francesa, y Bazaine consideraba estéril para decidir el triunfo del Imperio, un aumento de fuerzas; veia las intrigas y las defecciones de la Córte y el cuadro enervante de las dificultades financieras renovadas incesantemente. Los que criticaban á Bazaine ignoraban las instrucciones de su gobierno, que prescribian evacuar determinadas plazas desde los primeros dias del año de 1866.

Tal situacion alimentaba la multitud de extraños rumores, en que se alternaban la esperanza con la alarma. Se daba por indudable la partida de ejército frances, y á poco se anunciaba la llegada de refuerzos; por la mañana se consideraba que los Estados Unidos estaban decididos á romper el fuego con tra el Imperio, y por la tarde se afirmaba que eran aliados de la Francia para garantizar el porvenir del Imperio Mexicano; algunos daban por verificado un tercer empréstito, y otros sostenian que estaba perdido el crédito y sin esperanza de mejoria la hacienda pública; á todas horas se hablaba de un cambio notable en la marcha del gobierno, ya en un sentido, ya en otro diametralmente opuesto.

Esa contradiccion de opiniones indicaba que nada sólido habia en ninguna de ellas, excepto la relativa á la desocupacion de México por las tropas francesas, para lo cual se afirmaba que existia una convencion y aun se indicaba que estaba fechada el 15 del próximo anterior Septiembre, á semejanza de la concluida para la desocupacion de Roma. Resultado de tanta contradiccion era el malestar del espíritu público, la ansiedad á causa de una situacion tan mal definida y el sentimiento general de que aquel estado de cosas no podia prolongarse.

Empeñado Maximiliano en que se concluyera el Concordato, envió á Roma un nuevo agente, el Padre Fischer que habia sido cura párroco de Parras y le dió amplias instrucciones en favor de un avenimiento con la Córte pontificia. En esos dias estabam empeñadas negociaciones muy activas con Austria y Bélgica, para la formacion de una fuerte legion extrangera que vendria á México destinada á reemplazar por lo menos una parte del ejército frances que se retiraba.

El gobierno de Austria, urgido por la actitud de los Estados Unidos, declaró por la prensa, que no era cierto que vinieran á México tropas del ejército austriaco, y que lo único verdadero se reducia á que se habia concedido autorizacion á los soldados cumplidos y licenciados que quisieran servir en México bajo las banderas de Maximiliano por el plazo de seis años, no excediendo anualmente de dos mil hombres los que pasaran en este concepto á México.

Frente á estas restricciones se presentaban las oficinas de enganche en Brownsville y otras poblaciones de Texas, donde se efectuaron rápidamente alistamientos, al grado de haberse esperado en Matamoros de un momento á otro

un ataque y que aquellas fuerzas unidas con las de Escobedo avanzarian despues sobre Monterrey. Por esos dias embarrancó en Bagdad una goleta cargada de armas y municiones, consignadas al provedor del cuartel general del 25 cuerpo, y todo fué embargado por los imperialistas.

Maximiliano veia trascurrir el tiempo sin que se lograra organizar, aunque fuera alguno de los ramos de su gobierno. En el importantísimo de Hacienda habia esperado el prometido y eficaz auxilio de M. Langlais, que nada pudo hacer. Tampoco logró introducir alguna mejora en el erario el subsecretario César, á quien le fué admitida la renuncia al comenzar el mes de Febrero, dejando el ramo de las finanzas en el mismo desórden en que lo encontró.

Tratábase en esos dias de la reduccion de los ministerios y de las economías que se pudieran introducir, despues de haber fracasado las esperanzas fundadas en la inteligencia y demas dotes del economista M. Langlais. Cruzaban la atmósfera política rumores y augurios que, aunque no eran confirmados por hechos oficiales, demostraban la alarma general y la excitacion que embargaba los ánimos.

Estaba en Cuernavaca Maximiliano, cuando supo que el Emperador Napoleon, en su discurso al abrir las cámaras, dijo refiriéndose á México: "El año pasado habia expresado la esperanza de que nuestra expedicion tocaba á su término. Estoy en arreglos con el Emperador para fijar la época del regreso de nuestras tropas, á fin de que se efectúe sin comprometer los intereses de la Francia que han ido á defender en aquellas lejanas comarcas."

En la ' Exposicion general de la situacion del Imperio'' comunicada por el gobierno frances al cuerpo legislativo á principios de 1866, se dijo lo siguiente que debió desalentar á los imperialistas: "El gobierno frances, al emprender la expedicion á México, llevaba un fin al cual iba subordinada su conducta y del cual todavía dependen sus decisiones. Hemos ido á México *para obtener reparacion y no á ejercer proselitismo en favor de la causa de la monarquia.* Nuestros soldados no están en México para intervenir. El gobierno imperial constantemente ha sostenido esa doctrina, como del todo ajustada á los principios fundamentales de nuestro derecho. México está hoy regido por un gobierno regular, celoso de cumplir los compromisos que ha contraido respecto de las personas y de los bienes de los extranjeros. Cuando se hayan celebrado los arreglos necesarios con el Emperador Maximiliano, léjos de repudiar las consecuencias de nuestros principios, en materia de intervencion, los aceptaremos como regla de conducta de las potencias todas. *

* El gobierno frances insistia en repetir que el único objeto de la expedicion á México, fué el de reclamar con motivo de los daños y perjuicios resentidos por sus nacionales y garantizar los intereses de estos en lo sucesivo. Pero "La Presse," periódico de Paris, citó documentos diplomáticos de hacia cuatro y cinco años, con los que probó que la Triple alianza y la Intervencion francesa, contaban entre sus principales fines políticos, el de cooperar aquí al establecimiento de una monarquía y poner coto al espíritu de expansion de los Estados Unidos.



Don José Urbano Fonseca,

Consejero del Emperador Maximiliano de Hapsburgo.

En las conferencias habidas en Orizaba, en Noviembre de 1866, para tratar de la continuación del régimen imperial y de la abdicación de Maximiliano, el Sr Fonseca, Presidente de la Comisión de Gobernación, encargada de dictaminar acerca de la carta por la cual devolvía el Emperador el poder que había recibido para gobernar, votó en contra de esta determinación después de haber pedido aclaraciones á los consejeros sus colegas, pues creía que Maximiliano había tomado una resolución y no pedía una consulta. La comisión que presidía el Sr. Fonseca dictaminó, que no eran bastantes las causas que exponía el Emperador para abdicar, y en consecuencia, se suplicaba á Su Majestad se sirviera prescindir por entonces del pensamiento que contenía la carta sobre renunciar el poder.

un ataque y que aquellas fuerzas unidas con las de Escobedo avanzarian despues sobre Monterrey. Por esos dias embarrancó en Bagdad una goleta cargada de armas y municiones, consignadas al provedor del cuartel general del 25 cuerpo, y todo fué embargado por los imperialistas.

Maximiliano veia trascurrir el tiempo sin que se lograra organizar, aunque fuera alguno de los ramos de su gobierno. En el importantísimo de Hacienda habia esperado el prometido y eficaz auxilio de M. Langlais, que nada pudo hacer. Tampoco logró introducir alguna mejora en el erario el subsecretario César, á quien le fué admitida la renuncia al comenzar el mes de Febrero, dejando el ramo de las finanzas en el mismo desórden en que lo encontró.

Tratábase en esos dias de la reduccion de los ministerios y de las economías que se pudieran introducir, despues de haber fracasado las esperanzas fundadas en la inteligencia y demas dotes del economista M. Langlais. Cruzaban la atmósfera política rumores y augurios que, aunque no eran confirmados por hechos oficiales, demostraban la alarma general y la excitacion que embargaba los ánimos.

Estaba en Cuernavaca Maximiliano, cuando supo que el Emperador Napoleon, en su discurso al abrir las cámaras, dijo refiriéndose á México: "El año pasado habia expresado la esperanza de que nuestra expedicion tocaba á su término. Estoy en arreglos con el Emperador para fijar la época del regreso de nuestras tropas, á fin de que se efectúe sin comprometer los intereses de la Francia que han ido á defender en aquellas lejanas comarcas."

En la "Exposicion general de la situacion del Imperio" comunicada por el gobierno frances al cuerpo legislativo á principios de 1866, se dijo lo siguiente que debió desalentar á los imperialistas: "El gobierno frances, al emprender la expedicion á México, llevaba un fin al cual iba subordinada su conducta y del cual todavía dependen sus decisiones. Hemos ido á México *para obtener reparacion y no á ejercer proselitismo en favor de la causa de la monarquia.* Nuestros soldados no están en México para intervenir. El gobierno imperial constantemente ha sostenido esa doctrina, como del todo ajustada á los principios fundamentales de nuestro derecho. México está hoy regido por un gobierno regular, celoso de cumplir los compromisos que ha contraido respecto de las personas y de los bienes de los extranjeros. Cuando se hayan celebrado los arreglos necesarios con el Emperador Maximiliano, léjos de repudiar las consecuencias de nuestros principios, en materia de intervencion, los aceptaremos como regla de conducta de las potencias todas. *

* El gobierno frances insistia en repetir que el único objeto de la expedicion á México, fué el de reclamar con motivo de los daños y perjuicios resentidos por sus nacionales y garantizar los intereses de estos en lo sucesivo. Pero "La Presse," periódico de Paris, citó documentos diplomáticos de hacia cuatro y cinco años, con los que probó que la Triple alianza y la Intervencion francesa, contaban entre sus principales fines políticos, el de cooperar aquí al establecimiento de una monarquía y poner coto al espíritu de expansion de los Estados Unidos.



Don José Urbano Fonseca,

Consejero del Emperador Maximiliano de Hapsburgo.

En las conferencias habidas en Orizaba, en Noviembre de 1866, para tratar de la continuación del régimen imperial y de la abdicación de Maximiliano, el Sr Fonseca, Presidente de la Comisión de Gobernación, encargada de dictaminar acerca de la carta por la cual devolvía el Emperador el poder que había recibido para gobernar, votó en contra de esta determinación después de haber pedido aclaraciones á los consejeros sus colegas, pues creía que Maximiliano había tomado una resolución y no pedía una consulta. La comisión que presidía el Sr. Fonseca dictaminó, que no eran bastantes las causas que exponía el Emperador para abdicar, y en consecuencia, se suplicaba á Su Majestad se sirviera prescindir por entonces del pensamiento que contenía la carta sobre renunciar el poder.

Muy acaloradas y borrascosas fueron las sesiones en el cuerpo legislativo frances, el diputado Glais Bizoin reprobó la expedicion francesa á México y llamó traidores á los mexicanos que se adhirieron á la Intervencion, calificó al gobierno de Napoleon del mas odioso despotismo y criticó con vehemencia á los ministros, M. Rouher llamó á ese discurso *verdaderas pasquinadas.* *

Ante la posibilidad de que se ausentaran los franceses, quiso Maximiliano comprometerlos más, dándoles plena posesion del gobierno y alejando á todos los que parecian poco afectos á la Intervencion. Para ello cambió el ministerio, sustituyendo á varios mexicanos con franceses, principalmente en Hacienda y Guerra.

Despues de la modificacion del ministerio habida en Octubre de 1865, hubo un cambio radical en Marzo del siguiente, quedando separados del gabinete los Sres. Fernando Ramirez, J. M. Esteva, Juan de D. Peza, Luis Robles y Francisco Artigas, sustituidos respectivamente por los Sres. Luis Arroyo, José Salazar Ilarregui, José M. Garcia y Francisco Somera, en Relaciones, Gobernacion, Guerra y Fomento; el ministerio de Estado se refundió en el de Gobernacion y el de Instruccion pública y Cultos se agregó al de Justicia; el Sr. César salió tambien de Hacienda y quedó con la direccion de los negocios del ramo D. José M. Lacunza, presidente del Consejo de Estado, que tambien lo fué entonces del de ministros.

Las circunstancias, que iban empeorando para Maximiliano, determinaron otro cambio ministerial, saliendo los Sres. Lacunza, Somera, Garcia y D. Pedro Escudero que llevaba tiempo de querer abandonar la política. Entonces entraron al ministerio el intendente Friant y el general D'Osmont, que pertenecia al Estado Mayor de Bazaine, y D, Teodosio Lares, acérrimo conservador, quedando en Fomento D. José Salazar Ilarregui. El advenimiento de los franceses al poder causó grande disgusto entre los imperialistas, que consideraron la presencia de Friant y D'Osmont en el ministerio como el resultado de la voluntad de Bazaine. Los ministros franceses duraron poco tiempo en sus puestos, por haber desaprobado lo hecho Napoleon; entonces Maximiliano resolvió entregarse definiti-

* En la discusion del proyecto de contestacion al discurso imperial en el congreso frances, agregaron los oposicionistas lo siguiente:

"Hemos reprobado la expedicion á México desde el principio, señalando los embarazos y sacrificios que impondrian á la Francia. El año próximo pasado era solemnemente anunciado el regreso de nuestros soldados: sentimos que haya sufrido un retardo que los intereses franceses no justifican. El país no ha olvidado las primeras declaraciones del gobierno sobre las causas de la expedicion, y extraña ver á nuestro ejército encargado hoy de la defensa de un trono extranjero."

Los amigos de aquel gobierno presentaron á su vez otra enmienda que dijo: "Nuestras armas han obtenido en México todas las satisfacciones apetecibles, no podemos, sin embargo, llamar á nuestros soldados sin la certidumbre de que el pueblo mexicano quedará árbitro de sus destinos.

Importa á la dignidad de la Francia, que la política de no intervencion á que plenamente nos adherimos, no sea, despues del regreso de nuestras tropas, violada bájo esta ó aquella forma por gobiernos extranjeros."

vamente en brazos de los conservadores, formando un ministerio bajo la direccion del Sr. Lares, aunque ningun cambio era completo, pues al dejar D'Osmont el ministerio quedó M. Blanchot que continuó funcionando con el general Tavera designado nuevo ministro de la Guerra. *

Ordenes reservadas dispusieron que de todas maneras posibles se estableciera un verdadero y completo espionaje, para conocer á los desafectos á la dominacion imperial.

Al lado de la resuelta accion de la Francia aparecian diminutos los hechos de Maximiliano. Las modificaciones ministeriales que llevaba á efecto, no significaban mas que un cambio de personas, influyendo poco en la marcha de los negocios públicos. Es verdad que la retirada del Sr. Ramirez desvaneció el color político que este funcionario daba al gabinete; pero en realidad no habia reforma radical segun se manifestó en la carta que Maximiliano dirigió al mismo ex-ministro, queriendo tenerlo siempre á su lado para pedirle consejos.

Desde mediados de Marzo, encomendó Maximiliano la direccion superior de los negocios militares de su secretaria á M. Leon Détroyat, subsecretario de Marina.

La creación de la hacienda imperial mexicana, fué imposible aunque se confió á cinco economistas franceses, que llegaron precedidos de los pomposos elogios de la prensa francesa en México, referentes á la ejecución de importantes trabajos, con los cuales se esperaba que adquiriese vida y estabilidad la nueva monarquía, solemnemente apadrinada por el gobierno francés; pero tanto elogio desmedido y tanta palabrería se redujeron á nada; M. Budin se fué sin dejar ningún plan de hacienda; M. Cortá hizo otro tanto; M. de Bonnefonds perdió el tiempo á la vez que el juicio y M. Langlais murió sin que se vieran los admirables trabajos predichos, y su heredero en los proyectos hacendarios, M. Maintenant, dió la última prueba de la incompetencia de los financieros franceses en este país, para ellos desconocido, al grado de tener que pedir á los economistas mexicanos los datos fundamentales é indispensables á los trabajos que emprendia, de manera que despues de tres años ni crearon hacienda, ni dejaron que los mexicanos la crearan, viniendo al fin á ser ministro de hacienda M. Friant, quien por fruto de su talento dejó algunas medidas vejatorias, y confusión en la

* Con motivo del cambio de Ministerio, tuvieron verificativo porcion de nuevas remociones. El Sr. Esteva fué nombrado Comisario Imperial de la 2.ª Division territorial y Gran Oficial de la Orden de Guadalupe; el Sr. Peza, Comisario imperial en Michoacán y Comendador de la Orden del Aguila; para Comisario imperial de Yucatan fué designado el Sr. Bureau; para la sexta Division territorial D. Buenaventura Saravia y D. José Iribarren para la octava. El general Gamboa fué nombrado miembro del consejo militar encargado de la organizacion del ejército; el general D. Severo del Castillo Comandante de la 4.ª Division Militar; el general Portilla de la 5.ª; el general Casanova de la 7.ª; el general Gutierrez de la 8.ª; el general Uraga ayudante de campo del Emperador, y D. Francisco de Landero y Cos prefecto del Departamento de Veracruz.

administración de las rentas públicas, de manera que al partir el ejército francés hubo que hacerlo todo de prisa y en consecuencia sin orden ni estabilidad. *

El gobierno frances aparentaba ahora creer que le interes bien entendido de Maximiliano estaba de acuerdo con la retirada de las tropas expedicionarias, asegurando que así servia mejor la causa del trono que se derrumbaba y cuya caida impulsó. El ministro Drouyn de Lhuys aseguraba al plenipotenciario M. Danó, que tenian razon los disidentes mexicanos, al decir que es peligroso para un gobierno que se establece, sostenerse con fuerzas extranjeras, y que á pesar de que el sufragio habia combatido este defecto, el mal subsistia y seria muy útil á la causa del Imperio quitar esa arma á sus adversarios, con lo cual el gobierno de Napoleon creia que consolidaba la gloriosa obra que habia emprendido. Todavia manifestó ese gobierno, que aunque la situacion financiera de Maximiliano era grave, no habia llegado á ser desesperada y que con energia y valor, y con una voluntad firme y perseverante, el Imperio Mexicano podia triunfar de las dificultades que encontraba; pero que á ese precio se obtendria solamente el éxito.

A la vez que Mr. Seward dirigia al gobierno frances la enérgica intimacion fechada en Febrero (1866), llegaba á Veracruz el baron de Saillard, enviado con la mision especial de comunicar á Maximiliano: "que la situacion en que se encontraba la Francia en México no podia prolongarse, y que las circunstancias la obligaban á tomar á este respecto una resolucion definitiva, que el Emperador Napoleon hacia conocer á Maximiliano. Lo mismo se le participó al ministro Danó, añadiendo que la corte de México, á pesar de la bondad de sus intenciones, se encontraba en la imposibilidad de satisfacer los compromisos contraidos en Miramar. Esto equivalia á culpar de la retirada á Maximiliano, no queriendo llegar á decirle que el verdadero motivo se encontraba en la política de los Estados Unidos. Se le encargó al ministro Danó, que fijara con el Emperador de México, al que se le daba el título de ilustre aliado, el término de la ocupacion militar, que sin retardo se debia preparar de acuerdo con el Mariscal Bazaine, procurando garantizar en lo posible los intereses del gobierno mexicano, la seguridad de los créditos y reclamaciones de súbditos franceses. Manifestaba Napoleon su deseo de que la evacuacion comenzara en el próximo otoño, y desligaba á su gobierno de las obligaciones contraidas en Miramar, puesto que Maximiliano no habia cumplido por su parte las suyas, y que con su tesoro vacio no podia pagar las fuerzas francesas que ocupaban á México, á pesar de haber puesto á disposicion del Emperador frances sumas importantes provenidas de los empréstitos.

Para entenderse en lo relativo á la retirada de las tropas francesas, que no podian prolongar indefinidamente su permanencia en México, era enviado el baron de Saillard; la retirada habia de comenzar, segun dispuso el ministro de la

* De los dos empréstitos tan considerables á nombre del Imperio Mexicano, apenas habian llegado á manos de Maximiliano cerca de ocho millones de pesos, ademas del millon y seiscientos mil que recibió personalmente al tomar posesion del trono.

guerra frances, en el invierno de 1866 y continuaria sin precipitaciones, pero sin ser interrumpida; la legion extranjera, compuesta de siete ú ocho mil hombres, quedaría á sueldo de México, conforme á las condiciones del convenio de Miramar. *

Un golpe eléctrico habría conmovido menos á Maximiliano, que esta disposicion para la retirada de las tropas francesas, pues jamas habia creido que la verificasen sin dejar consolidado real y definitivamente su poder. Creyó primero, que ese *ultimatum* era solamente una amenaza para activar la organizacion del ejército mexicano y de la administracion; pero la disposicion de retirada era un hecho y la responsabilidad se hizo recaer en D. José M. Hidalgo, representante del Imperio en Paris. Hallábase á la sazon este Señor en México hacia un mes, llamado por Maximiliano para tratar de viva voz ciertas cuestiones importantes. Maximiliano, creyendo que habia sido mal servido, le retiró bruscamente la delegacion y lo reemplazó con el general Almonte.

Segun una carta dirigida al representante del Imperio de México en Bélgica, D. Francisco Mora, tenia el gobierno de Maximiliano pruebas evidentes y oficiales de que Hidalgo no había querido ilustrarle acerca de la situacion en Paris, y que por el contrario, le habia guiado con falsa direccion. El mismo gobierno frances habia manifestado por la vía confidencial, que Hidalgo no le era simpático como representante y por todo ello fué preciso retirarlo de sus funciones de ministro. Hidalgo, al separarse del Imperio, rehusó el puesto de Consejero de Estado; dejó á México furtivamente y fué á vivir en Francia como individuo particular.

Maximiliano retardó su regreso á México donde le esperaba el baron Saillard; salió de Cuernavaca el 22 de Febrero y al dia siguiente M. Langlais moria de repente, desvaneciéndose con esto el proyecto de formar un especial ministerio. Entonces le llegaba á Maximiliano el eco de las palabras pronunciadas por Napoleon III el 22 de Enero, en la apertura de las sesiones del congreso legislativo. "Nuestra expedicion toca á su término. Estoy en tratos con el Emperador Maximiliano para fijar la época del regreso de nuestras tropas, sin comprometer los intereses franceses que hemos ido á defender á aquel lejano pais." En seguida alhagaba á los Estados Unidos por cuya prosperidad hacia la Francia sinceros votos, y creia que al retirarse de México el ejército frances, no se habia opuesto en manera alguna á los intereses del pueblo americano.

* El 15 de Enero (1866) escribia el Ministro de Negocios Extranjeros al Ministro frances en México, diciéndole que la situacion en que se hallaba el ejército frances en México, no podria prolongarse y que la resolucion del Emperador era que la ocupacion tuviese ya término, que se deberia fijar de acuerdo con Maximiliano y Bazaine. A esta comunicacion habria de agregar algunas explicaciones verbales el baron de Saillard, quien debia llevar la respuesta sobre los arreglos celebrados.

Otro despacho fechado el siguiente dia, dijo que, puesto que Maximiliano no habia cumplido los contratos celebrados, el Emperador Napoleon estaba excento de cumplir las obligaciones que contrajo; no pudiendo costear México las tropas que aquí tenia la Francia, según el convenio de Miramar, no le convenia al Emperador frances mantenerlas así y las retiraba. "Ya llegó el límite de los sacrificios," dijo el ministro frances. Ademas, Maximiliano habia declarado terminada la guerra civil, las poblaciones le hacian, lo mismo que á la Emperatriz, entusiastas recepciones, y el único reproche consistia en que les sostenian fuerzas extrangeras: pero hoy, esta arma esgrimida por los enemigos, se iba á quitar á los adversarios, retirando el ejército de ocupacion.

El 16 de Febrero escribia otra vez el ministro diciendo: que á esa fecha ya habria llegado á México el Baron de Saillard con las instrucciones necesarias del Emperador, para que se retirara el ejército expedicionario el próximo Otoño; pero recomendándole que se cuidara el reembolso de lo gastado, y para esto se le enviaban instrucciones á M. Langlais, encargándole que aplicara á ello la mitad de los productos de las aduanas de Veracruz y Tampico.

Al finalizar el mes de Enero, salia de Paris M. Saillard, violentamente, con instrucciones verbales del Emperador Napoleon, para anunciar á Maximiliano que era llegado ya el tiempo de retirar las tropas francesas de México. Saillard habia sido llamado con urgencia á Paris, y el Emperador le dijo: que deseaba marchase sin demora para México á desempeñar una mision especial cerca de Maximiliano; debia decirle, que Napoleon consideraba haber llenado todas todas las obligaciones que se le habian impuesto, y que habia llegado el tiempo en que Maximiliano debia contar con sus propios recursos sin el apoyo del ejército frances. Saillard pidió algunas credenciales; pero el Emperador le observó que no habia necesidad de documentos, y que bastaria que expusiera sencillamente á Maximiliano la conversacion que acababa de tener con él, y recomendó en seguida á M. Saillard, que no perdiese tiempo en partir para su destino por el primer vapor.

Maximiliano manifestó á Napoleón en respuesta á la mision que trajo el baron de Saillard, que la retirada de las tropas francesas comprometeria gravemente la restauracion mexicana. Drouyn de Lhuys, despues de hablar con Saillard, tuvo una larga conferencia con Napoleon y quedó acordado que las tropas francesas se retirarian en tres secciones; una en el mes de Noviembre de 1866, y las otras en Mayo y Noviembre de 1867. Napoleon dispuso que se abrieran negociaciones con el gobierno imperial de México, para sustituir las estipulaciones financieras del tratado de Miramar, con nuevas condiciones que llevaban por objeto dar garantias al crédito de Francia, y á los intereses franceses comprometidos en los empréstitoa mexicanos. Habia concluido el tiempo de fomentar ilusiones, y le era preciso á Maximiliano contar con recursos propios y energía para poder atender por sí mismo á su conservacion; debia crear hacienda, ejército, partidarios leales y adictos, para hacer frente á la crisis que ya se presentaba. ¿Era posible en aquellos angustiosos momentos, crear elementos que son el fruto de muchos años y de larga y no interrumpida paz?

En medio de todas estas contrariedades, el dinero ya escaseaba, sin que dieran resultados favorables los proyectos de M. Langlais, comisionado por Napoleon para ordenar aquí la hacienda; la guerra lo absorvia todo, á medida que la esperanza

en la ruina del Imperio de Maximiliano cobraba gran vigor, porque el gabinete de Washington apremiaba al gobierno frances para que retirara sus tropas de México. Los republicanos ó juaristas, confiados en esa retirada y animados por las promesas de apoyo de los Estados Unidos, se multiplicaban por todas partes. En tales circunstancias habia llegado á México el emisario baron de Saillard, cuya venida sorprendió en gran manera á Maximiliano que estaba en Cuernavaca y quiso, ántes de recibirlo, conocer cual era el objeto de la mision que traia. Entonces supo que el baron venia á solicitar se hiciera saber á Napoleon la época en que podria sostenerse el Imperio mexicano sin el auxilio de las tropas francesas. El primer sentimiento de Maximiliano fué de cólera; pero creyó conveniente sujetar su parecer á los consejos de la prudencia. Maximiliano no podia resignarse á que se condenara á muerte al Imperio y era mucho pedirle que él mismo fijara la fecha de la ejecucion. Por lo tanto, el baron regresó sin llevar la respuesta que solicitaba; pero sí condujo en cambio documentos del cuartel general y de la legacion francesa, que influyeron en que el gabinete de las Tullerias afirmase el cumplimiento de sus decisiones.

Tres dias despues de la llegada de M. Saillard á Paris, anunciaba el "Moniteur Universelle:" que las tropas francesas volverian á su Patria en tres destacamentos y que en la primavera de 1867, el ejército expedicionario habria ya salido de México. Ademas, las cajas del tesoro frances quedaban cerradas para el Emperador de México; aunque las aduanas mexicanas fueran insuficientes para cubrir los gastos de la administracion.

Esta vez fué la primera en que Maximiliano tuvo el pensamiento de abdicar; pero pronto renacieron en su espíritu las esperanzas y creyó urgente obrar con actividad. Llamó al Mariscal, al ministro de Francia, al comisario de hacienda y obtuvo de ellos que se le diera cada mes medio millon de pesos, á título de préstamo, hasta finalizar el año de 1867, y tan solo para subvenir á las necesidades del ejército. Sirvióle de razon el hecho de que México no hubiera logrado tomar de los dos empréstitos, sino la suma de cuarenta millones. No obstante, Napoleon desaprobó las concesiones hechas por Bazaine.

La mision de M. Saillard, completamente inesperada, produjo indecible congoja en el palacio imperial; Maximiliano comprendió desde luego las siniestras consecuencias del abandono de la Francia, y en el profundo sentimiento que de él se posesionó, rechazó de una manera absoluta las proposiciones que se le habian hecho en nombre del Emperador Napoleon, sin considerar que la presion americana era la causa de aquella situacion, é ignoraba las nuevas instrucciones tan precisas enviadas en Febrero á M. Danó, mostrando la corte francesa su ardiente deseo de cortar de una vez el nudo gordiano que la encadenaba al Nuevo Continente.

M. Saillard venia á anunciar la terminante resolucion del Emperador frances, para que la evacuacion del territorio mexicano fuese á mas tardar, al principiar el otoño próximo, y á recomendar que terminara lo mas pronto posible, entendiéndose con el mariscal Bazaine para que se fijaran los periodos, de acuerdo con el Emperador Maximiliano. La parte puramente militar y técnica quedaba á cargo del comandante en jefe y la de carácter netamente político á la de M. Danó, conocedor de las circunstancias locales y de las necesidades que ellas imponian. A la vez se le aseguraba á Maximiliano, que se continuaria atestiguandole de una manera eficaz, la simpatia que inspiraba á Napoleon la persona del soberano de México, así como la mision generosa á que se habia consagrado.

Quedaba Maximiliano colocado en condiciones dificilísimas, desde el momento en que Napoleon dejaba el gobierno que levantó en México, entregado á sus propias fuerzas y con tal motivo se declaraba al gabinete de las Tullerias, exento de las obligaciones que habia aceptado por el tratado de Miramar. A fines de Febrero, el baron de Saillard no habiendo obtenido en su mision el resultado que buscaba, regresaba para Europa; pero insistiendo la diplomacia francesa en lo resuelto, la corte de México pudo apercibirse de que su causa estaba gravemente comprometida, y creyó que enviando un delegado adicto y que expusiera á Napoleon francamente los temores y las esperanzas, se lograria si no conjurar, al menos modificar las resoluciones ya tomadas y entonces recibió Almonte la orden de llevar una carta imperial á las Tullerias.

Sin embargo de haber sido D. José Hidalgo, uno de los mas activos colaboradores para el establecimiento del Imperio que presidia Maximiliano y tan activo propagador de la monarquia de México como el mismo Sr Gutierrez de Estrada quedaba separado de la legacion de México en Paris, en la que le substituyó D. Juan N. Almonte, quien á su vez estuvo á punto de ser destituido, pues hacia tiempo que no solamente sentia frialdad hacia la obra en que tanto trabajó, sino que se sospechaba que trabajaba de acuerdo con Bazaine cuyas discordias con Maximiliano ya eran notorias.

Por otra parte, los obstáculos puestos por los Estados Unidos aumentaban las causas de la mala situacion en que se hallaba el erario de Maximliano. El presidente del consejo, Sr. Lacunza, solicitó el auxilio pecuniario de la Intervención por medio de una carta que dirigió á Bazaine el 28 de Abril, llena de conmovedoras revelaciones acerca de la política francesa. Decíale que en una visita que le habia hecho el dia anterior, le manifestó la irrecusable necesidad de continuar dando al erario mexicano los fondos que el tesoro frances le proporcionaba en los últimos meses. Le repetia las instancias que urgentemente le habia hecho y le indicaba los resultados á que deberian atenerse si no salian prontamente de aquella fatal situacion.

Pocos dias llevaba el Sr. Lacunza de haberse encargado de la direccion de la hacienda del Imperio; pero la conocia ya lo bastante para poder decir cómo se encontraba aquel ramo que en manera alguna afectaba su responsabilidad; ademas, Bazaine conocia igualmente el asunto y no podria menos que reconocer que el Ministro Lacunza decia la verdad. *

* Lejos estamos, decia el ministro Drouyn Lhuys, de desconocer los obstáculos y las dificul-

Considerando que era necesario sustituir en lo sucesivo las estipulaciones sin valor del tratado de Miramar, con otros arreglos que apoyaran la seguridad de los créditos franceses, habia recibido el ministro frances instrucciones para concluir una nueva Convencion, *por los sentimientos de personal adhesion que el Emperador de Francia abrigaba para el de México;* pero se habia tenido el sentimiento de ver que el gabinete mexicano se aprovechaba de las controversias, para transportar á Paris el asunto de una negociacion que solo en México podia ser seguida con actividad, yendo ademas redactadas en el proyecto presentado por el general Almonte, proposiciones ya presentadas y que habian sido rechazadas por razones poderosísimas, pues se pedia extender el plazo en que habian de permanecer en México las tropas francesas, nuevos adelantos de dinero, difiriendo el reembolso para épocas indeterminadas, sin ofrecer ninguna prenda ó garantia para la seguridad de los créditos de la Francia. El gobierno frances apenas podia explicarse la persistencia de tantas ilusiones que presidian al proyecto presentado por Almonte, que no podia ni siquiera tomarse en consideracion, sin que, por otra parte, fuese posible retardar por mas tiempo los arreglos que se hacian indispensables por la necesidad de sustituir á las estipulaciones invalidadas del tratado de Miramar, cláusulas nuevas que correspondieran á las exigencias de la nueva situacion. En consecuencia la Legacion de Francia en México, conforme á las instrucciones que le habian sido enviadas el mes de Febrero, someteria sin retardo, á la aprobacion del gobierno mexicano una Convencion que arreglara definitivamente las cuestiones financieras, si convenia en lo propuesto el Emperador Maximiliano. Los términos fijados para la salida de las tropas serian mantenidos y el mariscal Bazaine determinaria de acuerdo con S. M., las medidas convenientes para que la evacuación del territorio mexicano se efectuara en

---

tades de todas clases contra las que ha tenido que luchar S. M. el Emperador Maximiliano. Hemos deplorado que sus nobles intenciones no puedan ser mejor secundadas, hemos siempre aplaudido su actividad, su solicitud y su iniciativa generosa. Los resultados, sin embargo, no coresponden á nuestras esperanzas, y nuestros sacrificios traspasaban los límites que les habiamos fijado."

Afirmaba que ningun peligro, ninguna fatiga, ni obstáculo alguno habia cansado la adhesión de jefes y oficiales; mas á pesar de esto la pacificación de México no se hacía; que en vano urgia el gobierno frances á nombre del interes evidente de los dos Imperios, por la organización del ejercito Mexicano que habia de relevar al francés, y tampoco se aprovechaban las recursos que proporcionaba el tesoro de la Francia. "Debemos respetar la independencia del gobierno de S. M. el emperador Maximiliano, esforzándose en resguardarlo por consejos amigables contra los peligros que nos pareció correr y hemos dado á nuestras observaciones un carácter mas urgente, solo cuando nuestros intereses, directamente perjudicados, nos obligaban á ello." Se quejaba el ministro frances de que los consejeros de Maximliano habian opuesto á veces resistencias sistemáticas, teniendo condescendencia con los enemigos declarados de la Intervención, ya por inercia de la administración, ó por mala voluntad de los funcionarios mexicanos. Lamentaba las dificultades que habia encontrado la Legacion de Francia para obtener una insuficiente reparacion de las desgracias sufridas por los súbditos franceses, cuando se arreglaban sin disputa las reclamaciones inglesas y se hallaban recursos para pagar sin dilación créditos dudosos y no exigidos.



D. Manuel García Aguirre,

Miembro de la Asamblea de Notables que designó á Maximiliano de Hapsburgo Emperador de México.

Partidario incondicional del Imperio, ocupó puestos de importancia; fué ministro de Instrucción Pública y Cultos, y en circunstancias aciagas para Maximiliano se encargó de los ministerios de Gobernación, Fomento y Justicia. Durante el sitio puesto por los republicanos á la ciudad de Querétaro, sirvió de secretario á Maximiliano, y al sucumbir la plaza cayó prisionero y fué sentenciado á la deportación.

Considerando que era necesario sustituir en lo sucesivo las estipulaciones sin valor del tratado de Miramar, con otros arreglos que apoyaran la seguridad de los créditos franceses, habia recibido el ministro frances instrucciones para concluir una nueva Convencion, *por los sentimientos de personal adhesion que el Emperador de Francia abrigaba para el de México;* pero se habia tenido el sentimiento de ver que el gabinete mexicano se aprovechaba de las controversias, para transportar á Paris el asunto de una negociacion que solo en México podia ser seguida con actividad, yendo ademas redactadas en el proyecto presentado por el general Almonte, proposiciones ya presentadas y que habian sido rechazadas por razones poderosísimas, pues se pedia extender el plazo en que habian de permanecer en México las tropas francesas, nuevos adelantos de dinero, difiriendo el reembolso para épocas indeterminadas, sin ofrecer ninguna prenda ó garantia para la seguridad de los créditos de la Francia. El gobierno frances apenas podia explicarse la persistencia de tantas ilusiones que presidian al proyecto presentado por Almonte, que no podia ni siquiera tomarse en consideracion, sin que, por otra parte, fuese posible retardar por mas tiempo los arreglos que se hacian indispensables por la necesidad de sustituir á las estipulaciones invalidadas del tratado de Miramar, cláusulas nuevas que correspondieran á las exigencias de la nueva situacion. En consecuencia la Legacion de Francia en México, conforme á las instrucciones que le habian sido enviadas el mes de Febrero, someteria sin retardo, á la aprobacion del gobierno mexicano una Convencion que arreglara definitivamente las cuestiones financieras, si convenia en lo propuesto el Emperador Maximiliano. Los términos fijados para la salida de las tropas serian mantenidos y el mariscal Bazaine determinaria de acuerdo con S. M., las medidas convenientes para que la evacuación del territorio mexicano se efectuara en

---

tades de todas clases contra las que ha tenido que luchar S. M. el Emperador Maximiliano. Hemos deplorado que sus nobles intenciones no puedan ser mejor secundadas, hemos siempre aplaudido su actividad, su solicitud y su iniciativa generosa. Los resultados, sin embargo, no coresponden á nuestras esperanzas, y nuestros sacrificios traspasaban los límites que les habiamos fijado."

Afirmaba que ningun peligro, ninguna fatiga, ni obstáculo alguno habia cansado la adhesión de jefes y oficiales; mas á pesar de esto la pacificación de México no se hacía; que en vano urgia el gobierno frances á nombre del interes evidente de los dos Imperios, por la organización del ejercito Mexicano que habia de relevar al francés, y tampoco se aprovechaban las recursos que proporcionaba el tesoro de la Francia. "Debemos respetar la independencia del gobierno de S. M. el emperador Maximiliano, esforzándose en resguardarlo por consejos amigables contra los peligros que nos pareció correr y hemos dado á nuestras observaciones un carácter mas urgente, solo cuando nuestros intereses, directamente perjudicados, nos obligaban á ello." Se quejaba el ministro frances de que los consejeros de Maximliano habian opuesto á veces resistencias sistemáticas, teniendo condescendencia con los enemigos declarados de la Intervención, ya por inercia de la administración, ó por mala voluntad de los funcionarios mexicanos. Lamentaba las dificultades que habia encontrado la Legacion de Francia para obtener una insuficiente reparacion de las desgracias sufridas por los súbditos franceses, cuando se arreglaban sin disputa las reclamaciones inglesas y se hallaban recursos para pagar sin dilación créditos dudosos y no exigidos.



D. Manuel García Aguirre,

Miembro de la Asamblea de Notables que designó á Maximiliano de Hapsburgo Emperador de México.

Partidario incondicional del Imperio, ocupó puestos de importancia; fué ministro de Instrucción Pública y Cultos, y en circunstancias aciagas para Maximiliano se encargó de los ministerios de Gobernación, Fomento y Justicia. Durante el sitio puesto por los republicanos á la ciudad de Querétaro, sirvió de secretario á Maximiliano, y al sucumbir la plaza cayó prisionero y fué sentenciado á la deportación.

las condiciones mas favorables al mantenimiento del órden y consolidacion del poder imperial; pero si eran desechadas, no se debia extrañar que se precisara al mariscal Bazaine á proceder con toda prontitud al reembarque del ejército, sin contar mas que con las conveniencias militares y las consideraciones técnicas de que solo el general en gefe seria juez, quedando la Francia en lo sucesivo, libre y exenta de toda obligacion. Bazaine tendria que atender tambien á procurar para los intereses franceses, las seguridades debidas, quedando á Napoleon segun el ministro Drouyn de Lhuys, la conciencia de haber cumplido ampliamente la tarea que se habia reservado en la obra comun, y á México el trabajo de consolidar, bajo los auspicios de su soberano, la regeneracion preparada por los franceses.

Para buscar recursos, dispuso el intendente Friant, que los adjudicatarios pagaran un quince por ciento sobre el valor de los bienes adquiridos, disposicion que fué contraproducente para el gobierno imperial, pues realizaba un cambio de sistema y demostraba que se procedia sin principios fijos, adoptando ya los liberales, ya los conservadores, segun las circunstancias del momento, y violando leyes que se publicaron con el carácter de definitivas. Los adjudicatarios resistieron y hubo necesidad de apelar á los embargos, sin que los productos compensaran el descrédito ocasionado.

Las dificultades pecuniarias con que se habia tenido que luchar, habrian sido insuperables sin el auxilio del tesoro frances que, por medio de constantes suplementos, cubria los más indispensables gastos del tesoro mexicano; dando siempre motivo á cuestiones entre Bazaine y Maximiliano, cuyas relaciones hacia tiempo guardaban cierta tirantez.

Los empleados franceses eran beneficiados al entrar al servicio del gobierno de Maximiliano, segun una convencion firmada el 27 de Septiembre de 1865 entre el ministro M. Danó y el subsecretario de hacienda D. Francisco de P. César; pues ademas de darles un sueldo equivalente al que disfrutaban en su pais, se les asignó una indemnizacion diaria de tres ó mas pesos, y los que ascendieran en Francia gozarian inmediatamente en México los emolumentos de su nuevo empleo; para tener derecho á ser pensionado, se aumentó en una mitad mas de su duracion efectiva el tiempo de los servicios en México; para los gastos de translacion se abonaba la mitad del respectivo sueldo anual en Europa, y el importe de los gastos de camino desde el puerto de embarque hasta el lugar de la residencia; tenian derecho á una licencia de tres meses con goce de sueldo y viaje de ida y vuelta pagado, despues de servir tres años, y recibian indemnizaciones aun los que no fueran aptos para servir en México. En el ramo de hacienda, principalmente, estuvieron empleados durante un largo periodo, individuos franceses que disfrutaban altas dotaciones; esto contribuyó á que el tesoro imperial continuara en quiebra, siendo los recursos cada vez mas deficientes, tanto por la pobreza del erario, cuanto por el despilfarro y por el descrédito que

ocasionó el respaldo que hizo la comision de Paris, de algunos libranzas giradas por el gobierno de Maximiliano.

La mision que llevaba Almonte á Europa era bastante delicada. Necesitaba recordar á Napoleon los solemnes compromisos, las promesas hechas en conferencias reservadas y que era forzoso evocar. Despues la Emperatriz, aunque tuviese que luchar con el penoso tránsito hasta Veracruz y con una mala navegacion, se presentaria en Paris, recordaria al monarca frances el compromiso de no retirar su proteccion hasta que estuviera plenamente consolidado el Imperio Mexicano; con entereza se referiria á las conferencias que precedieron al convenio de Paris, aunque nada lograse ante la tremenda perspectiva de una guerra con los Estados Unidos. Seguramente que al finalizar el año de 1867 debian retirarse las tropas francesas; pero no la Legion que, segun lo convenido, habria de permanecer en México seis años despues de regresar el ejército, compromiso claro, ineludible, que no podia negar el gabinete de Paris.

El 31 de Mayo (1866) recibia el ministro Almonte una nota del gobierno frances, respecto á las comunicaciones que con motivo de ese asunto le habia dirigido el Emperador Maximiliano; se le aseguraba que ellas habian causado sorpresa á Napoleon; que hacia mas de un año que le habian estado dando consejos, al gobierno mexicano, dictados por los intereses de ambos paises y por la sincera amistad que Napoleon profesaba á Maximiliano; pero que parecia no habian sido comprendidos, segun lo indicaban las proposiciones formuladas por el general Almonte, revelando á la vez el completo desconocimiento de una situacion que era preciso conociera la córte de México. A este pais, jamás la Francia habia pensado imponerle un gobierno, y únicamente se habia permitido secundar los esfuerzos que hiciera la Nacion para separarse de la anarquía; la empresa era grande y sedujo al Emperador Maximiliano que se dedicó á ella valerosamente, sabiendo que el apoyo de la Francia no le faltaria para realizar obra tan útil para el mundo entero; para ello se concluyó el tratado de Miramar, por el cual quedaba obligada la Francia á sostener en México fuerzas militares bajo condiciones determinadas, y el gobierno de México á pagar en los términos convenidos los gastos de esa ocupacion; pero México no habia cumplido sino incompletamente las compensaciones prometidas. *

* Todavía el 18 de Enero (1866) avisaba á su gobierno M. Danó, que el subsecretario de Hacienda no libraba las órdenes necesarias para que fuesen entregados por la comisión mexicana en Paris, los títulos del 2 ° empréstito para completar los cuatro millones destinados al pago de las rerclamaciones franceses, y que su entrega debia ser prévia á la ratificacion del convenio. Entonces, estando ausente el subsecretario César, envió Maximiliano desde Chapultepec un telegrama á Mr. Danó, avisándole que Mr. Langlais podia dar á la comision mexicana de Hacienda, las órdenes necesarias. Langlais no se creyó autorizado á expedir órden alguna por carecer de carácter oficial; pero á instancias de Mr. Danó convino en escribir á Mr. Fould ó á Mr. Germiny, acompañándole el telegrama especial, y ofréció enviar mas tarde la órden formal de entregar los títulos. Con fecha 9 de Febrero, participa Mr. Danó, que el Sr. Castillo le asegura que va á enviar instrucciones á la comision mexicana en Paris, para la entrega de las obligaciencs. El Sr. Castillo, encargado de la Hacienda, pidió que el convenio celebrado con Mr. Danó, fuera ratificado por el Emperador de los franceses, á fin de que lo ratificara tambien el de los mexicanos, una vez hechas á algunos de sus artículos las modificaciones convenientes.

Mientras que Almonte se presentaba en Europa con la carta en que Maximiliano procuraba conjurar las resoluciones tomadas por Napoleon, el soberano de México dirigia toda su atencion á la legion extranjera y á la brigada austro-belga, que eran los únicos elementos destinados á quedarse aquí, para sostener al Imperio despues de la retirada de los franceses. Era pues de alta importancia la organizacion de aquellas fuerzas para el porvenir, y aun para la existencia de la corona ceñida por Maximiliano. Seis años señalaba á la legion extranjera, compuesta de ocho mil hombres, la convencion de Miramar, para que permanecieran en México, despues que hubiera sido llamado el ejército frances, conforme al artículo 2 ° ; pero desde entonces dicha legion quedaria al servicio y sueldo del gobierno de México, que se reservaba la facultad de abreviar la duracion aquí de ese cuerpo extranjero, organizado cuidadosamente desde 1865 y al cual habia dado el cuartel general frances los elementos militares que lo componian.

Al comenzar el año 1866, la legion era un cuerpo de fuerza considerable, compuesta de seis batallones, tres escuadrones, dos baterías y una compañía de ingenieros. En el curso de ese año aumentó con dos batallones, llegando á formar un nuevo y sólido apoyo que Maximiliano poseia, ademas de su ejército mexicano que se suponia llegaba á cerca de treinta y seis mil hombres.

En combinacion con la legion extranjera operaba la brigada austro-belga, que era muy costosa, y siendo su permanencia en México indispensable, el gobierno frances accedió á que por algun tiempo su tesoro subviniese á los gastos de ella, pues que faltando el sueldo se habria retirado y carecido de ese elemento principal el ejército que sostenia al Imperio. Para arreglar la administracion de estos contingentes, que la intendencia del ejército frances debia sostener y revistar, se le propuso á Maximiliano que formaran una sola división las legiones extranjeras y la brigada austro-belga, destinada á seguir el mismo destino bajo la misma bandera; pero se exigia que fuera mandada por un general frances, para acabar con todo motivo de conflicto de autoridad entre los oficiales indígenas y los extranjeros, considerando ademas que los elementos europeos, al presentarse compactos y unidos, adquiririan una fuerza de cohesion que permitiria á Maximiliano en los momentos difíciles dominar las situaciones.

Maximiliano se oponia á que el mando de esos cuerpos de extranjeros quedara á cargo de un general frances, y solamente consintió en que tal medida se tomara mientras lo permitieran legalmente las circunstancias nacionales y especiales de los dos grupos, y con tal que el efectivo de ellos fuera por lo menos de quince mil hombres; pero deseaba que sobre el asunto se continuaran los arreglos, debatiéndolo una comision cuyos miembros designaria el mismo Bazaine.

Esta negativa disgustó mucho al general frances, aunque iba disfrazada con la combinacion militar sometida á su alta apreciacion. Las condiciones de resolverla en el terreno legal y conforme á las circunstancias especiales de los dos grupos extranjeros, colocaban el asunto en un extenso campo de interpretaciones y equívocos. La comision propuesta se reunió y de su seno brotaron pretensiones que impedian llevarse á cabo el pensamiento; las comisiones belga y austriaca pedian para sus soldados una disciplina independiente y el derecho de mando para el jefe que tuviese bajo sus órdenes el mayor efectivo, lo que equivalia á salvar la direccion del general frances. Al fin quedó colocado á la cabeza de esos intransigentes extranjeros el general Thum, que ya habia rehusado ocuparse de la organizacion del ejército mexicano. Maximiliano pidió al Mariscal frances que otra vez tomara sobre sí la direccion del ejército que sostendria al Imperio Mexicano; pero Bazaine no podia, segun el artículo 6 ° del tratado de Miramar, intervenir en ningun ramo de la administracion mexicana y su conducta debia limitarse á las operaciones de guerra; toda la responsabilidad en el régimen interior del gobierno quedaba á Maximiliano y á sus ministros, que en aquellos momentos ya buscaban la manera de quitarse la pesada carga que los agobiaba.

Bazaine propuso entonces las bases de una nueva organizacion militar, que podia duplicar las fuerzas de la legion extranjera y de la brigada austro-belga, con la formacion de nueve batallones de Cazadores de México, introduciendo en ellos cuadros franceses para lo cual pidió autorizacion á su gobierno. Pues tardó en ver formados los nuevos batallones de Cazadores con diez compañias cada uno, y con el efectivo de cuatrocientos hombres, encargados de instalarse en las principales ciudades de una manera permanente, pudiendo de este modo renovarse por reclutamiento local; debian recorrer los respectivos distritos y auxiliar á las guardias rurales, siendo vestidos, equipados y pagados por el tesoro frances, con instructores y administradores franceses, para lo cual fueron tomados del cuerpo expedicionario 66 oficiales, 130 sub-oficiales y 1502 soldados. A la vez se formaron dos legiones de gendarmes en México y Guadalajara con belgas y austriacos.

Habiendo informado á su gobierno el ministro norteamericano en Paris, que D. Gregorio Brandiaran, representante de Maximiliano en Viena, habia ido á Paris á conseguir dinero para enviar á México diez mil austriacos, mandó el Gobierno de Washington á su representante M. Motley, manifestara al Emperador de Austria, que los Estados Unidos no podian ver con indiferencia ese acto por el que aparecia que Austria se aliaba con los invasores de México. Despues se supo que no eran diez mil sino cuatro mil los nuevos voluntarios que, destinados á México se reclutarian en el Imperio austriaco, fundandose en los artículos adicionales de la convencion de Miramar. *

* El 21 de Marzo de de 1866, se firmó en Viena una convencion militar entre el gobierno austriaco y el representante del emperador Maximiliano, suplementaria de otra del mismo género que habia sido previamente concluida entre las mismas partes, con objeto de asegurar el alistamiento para conservar completo el cuerpo austriaco en México. Acerca de este y otros hechos, pidió explicaciones al gobierno austriaco el de los Estados Unidos, manifestando este que en caso de que se pusieran en práctica actos hostiles á México por súbditos austriacos, bajo la direccion ó sancion del gobierno de Viena, los Estados Unidos verian en esos hechos una hostilidad, y el estado de guerra por parte de Austria á México, y que no podrian comprometerse á permanecer como espectadores mudos ó neutrales.

El nuevo alistamiento de voluntarios austriacos para México, se llevaba á efecto en los últimos dias del mes de Marzo; pero hubo que suspenderlo á consecuencia de las gestiones del gobierno de Washington. Los inscritos llegaban á cerca de dos mil y se dijo que venian exclusivamente á cubrir las bajas de las tropas austriacas ya existentes aquí.

Al saber M. Seward que se verificaba ese nuevo enganche de voluntarios austriacos, previno á M. Motley, con fecha 19 de Marzo (1866), participara al gobierno austriaco, que los Estados Unidos no podian ver con indiferencia un hecho que conduciria al Austria á una alianza con los invasores de México, para destruir la República y restablecer instituciones imperiales sostenidas por tropas extranjeras. A esa advertencia siguieron otras más explícitas el 6 y 16 de Abril, considerando acto hostil contra México el enganche de austriacos; se manifestó que los Estados Unidos no podrian permanecer espectadores mudos de esa hostilidad del Austria contra la República de México; se le decia al gobierno de Viena, que la actitud del de Washington se dirigia á sostener en México como legítimo y nacional el gobierno republicano, con el cual estaba en relaciones amistosas y que se oponia á que estableciera aquí la Francia una monarquia, habiendo solicitado ya de ella que desistiese de su intencion y retirara de México sus tropas. En igual sentido se oponian á una intervención de Austria en México y considerarian punto de grave entidad el que continuara el envio de austriacos á este pais. *

El gobierno del Emperador Francisco José contestó el 20 de Mayo por medio del conde Mensdorff, ministro de la casa imperial y de relaciones exteriores de Austria; dijo que los enganches de voluntarios austriacos para México habian sido en muy reducida escala, no solo en cuanto al número sino tambien en cuanto al periodo de alistamiento; que ya sobre esto habian mediado explicaciones con objeto de disipar cualquiera duda que pudiera suscitarse en el ánimo del gobierno de los Estados Unidos, respecto á las intenciones del Austria en el particular; pero que con objeto de evitar que los alistamientos mencionados fuesen vistos por el pueblo de la República como actos de hostilidad, el gobierno im-

* El disguto que causó á Maximiliano la mision extraordinaria del baron de Saillard, referente á las medidas necesarias para el próximo regreso de las tropas expedicionarias, aumentó al conocer la contestacion del Cuerpo Legislativo francés al discurso imperial, la cual fué en estos términos: "Nuestra expedición á México toca á su término. El pais ha recibido con satisfaccion la seguridad de ello."

perial tomaba las medidas necesarias para impedir la salida de los voluntarios últimamente alistados para México. Con esta declaracion quedó bien definido, que los voluntarios austriacos ya no vendrian á sustituir á las tropas francesas que se retiraban, segun el compromiso contraido con los Estados Unidos del cual no podria eludirse el Emperador de los franceses.

Entre Maximiliano y el Emperador de Austria fué firmada el 15 de Marzo una convención militar suplementaria, en virtud de la cual se habian de embarcar desde luego en Trieste para Veracruz, mil voluntarios á los que seguiria número igual en el Otoño próximo; pero los Estados Unidos hicieron saber al Austria que se opondrian á esa intervencion militar de ella, lo mismo que se habian opuesto á la de Francia, y que deseaban que ese Imperio pudiera encontrar justa y conveniente la aceptacion del principio de no-intervencion en México, segun lo proclamaban los Estados Unidos. El ministro norte-americano en Viena debia pedir sus pasaportes, tan luego que supiese que salia algun buque con soldados para México, notificando al gobierno austriaco que tambien recibiria sus pasaportes el ministro austriaco en Washington.

La intervencion de cualquiera potencia europea en los asuntos de México, se miraria en lo sucesivo como un motivo de guerra. Ante la firme actitud de los Estados Unidos retrocedió el Emperador de Austria, y fué retirado el permiso para el nuevo embarque de los voluntarios.

Habiéndose despedido de los Emperadores Maximiliano y Carlota, el dia tres de Marzo la mision belga, salió al siguiente para Veracruz en diligencia, á fin de embarcarse en el Paquete americano, acompañandola cuatro soldados en el interior y techo del carruaje. Al llegar los viajeros á Rio Frio fueron detenidos por una banda de guerrilleros á pié que hicieron una descarga, resultando muerto el capitan D'Huart, con un balazo en la frente y heridos el general Foury y otras dos personas. Comunicada la noticia del suceso en México, salió Maximiliano con una escolta francesa hacia el punto donde se verificó el asalto, y regresó en la tarde del mismo dia.

Tan inesperado suceso causó gran sensacion aquí y al otro lado del Oceano. El camino entre México y Puebla llevaba mucho tiempo de estar escoltado y seguro. Fueron dos las diligencias que iban para Puebla el dia del asalto; detenida la primera por la descarga que hicieron los que la asaltaron, llegó la segunda y al hacer fuego los que en ella iban, contra los asaltantes, estos huyeron. La escolta habia dejado las diligencias en el punto llamado barranca de Juanes, sin haber salido á su encuentro la que estaba en Rio Frio.

Al baron D'Huart se le hicieron exequias en el templo de San Gerónimo, invitando para esto la Legacion de Bélgica. Formó en el interior de la iglesia un destacamento belga, y ejecutó piezas fúnebres la banda militar respectiva en una de las tribunas al lado del presbiterio. Sobre el ataud del finado, en el catafalco, se veian insignias militares y el pabellon belga. A la ceremonia asistieron el Emperador y la Emperatriz. Por entonces llegaba á Bruselas una diputacion

de oficiales de la legion belga, encargada de presentar al general Chazal los objetos pertenecientes á su hijo muerto en el combate de Tacámbaro.

Bazaine puso un destacamento frances á las órdenes de los tenientes Oudriot y Bizet, á los cuales agregó Maximiliano el coronel Tuñon Cañedo, estos aprehendieron á varios calificados de ser culpables en el asalto del tres de Marzo. Ocho dias despues entraban á México veintidos presuntos reos y fueron llevados á la prision de San Cosme; comparecieron ante la Corte Marcial que no encontró méritos para castigarlos.

No mitigó el pesar de tan rudo golpe, el regalo que hicieron los veracruzanos á Maximiliano por medio del prefecto Bureau, consistente en un rico cetro de oro labrado por ártífice mexicano, quien lo matizó con todos los colores del precioso metal y le puso adornos al buril y al cincel.

Fijando la atencion en el conjunto de leyes, decretos, circulares y reglamentos expedidos por el Imperio, es preciso convenir en que algunos funcionarios públicos habian ejercido esfuerzos supremos de trabajo y actividad en los diversos ramos de la administracion pública; pero todo era inútil en tanto que existiera la guerra civil que asolaba á la Nacion; trayendo entre otros males el de impedir la inmigracion en grande escala, ocasionaba la miseria pública y hacia imposible el ejercicio de la justicia.

Afanabase Maximiliano en que se expidieran las nuevas leyes de hacienda, y concurria á las discusiones que con tal motivo tenian verificativo en junta de ministros y con asistencia de los consejeros franceses del ramo. En ellas fué discutido un proyecto de ley que establecia contribucion sobre puertas y ventanas. El pensamiento dominante se apoyaba en reducir los gastos públicos, conforme al sistema de economias que el gobierno pretendia adoptar á todo trance; pero cuando ménos se esperaba partia el Emperador para Cuernavaca y quedaban las leyes sin el impulso que llevaban. Entre las oficinas suprimidas se contó en primer capítulo la de colonización y de terrenos. En cambio queria organizar Maximiliano el ejército y dirigia cartas al general Uraga, siendo una sobre ascensos y condecoraciones. *

En los dias en que Juarez era seguido de cerca en el Estado de Chihuahua, se procuraba levantar en Cuernavaca un monumento dedicado á Maximiliano por el Club llamado del "Gallo," en gratitud por haber establecido el telégrafo que comunicara esa ciudad con la capital.

Al finalizar el mes de Marzo regresaba Maximiliano de Cuernavaca, con objeto de asistir á las ceremonias de la Semana Santa, celebradas en la Córte. De estas tuvo verificativo el Lavatorio en la mañana del juéves y la visita á los hospitales la tarde del viérnes, acompañando á los Emperadores los chambela-

* Entre las reformas materiales de que gustaba Maximiliano, se contó la que dispuso se instalaran los ministerios de Hacienda y Guerra en el antiguo hospital de Terceros.

lanes y las damas de servicio. En su permanencia en la capital presidió á otras funciones, entre ellas la reparticion oficial de premios. *

Por su parte la Emperatriz hizo un viaje á Texcoco el 26 de Marzo, llevando en su comitiva, entre otras personas, á la Srita. Josefa Varela, tezcocana. En esa poblacion tuvieron verificativo las felicitaciones, el Te Deum y demás actos usuales en casos semejantes, visitó el Molino de Flores, donde fué obsequiada con un banquete servido en el jardin, bajo la sombra de los fresnos.

Maximiliano hizo algunos nombramientos que consideró serian bien recibidos: para Gefe Político de México designó á D. Manuel Campero y al general Caamaño le hizo su ayudante de campo; pero la estabilidad del Imperio era discutida y pocas debian ser las esperanzas que en ella se basaran, al saberse que el vapor, en el que el 27 de Febrero se embarcaba en Oran el último batallon de la Legion extranjera al servicio de Maximiliano, deberia conducir de regreso á

---

* Ceremonial para la distribucion de premios, que tendrá lugar en presencia de SS. MM. en la Sala de Iturbide del Palacio Imperial de México, el Mártes 10 de Abril de 1866, á la una de la tarde.

1. A las doce y media los Directores, Catedráticos y Alumnos de los diferentes colegios de esta Capital, se reunirán en la Sala de Iturbide.—2. Los alumnos que deban ser premiados se colocarán á la derecha del estrado y los profesores detrás de estos; en seguida los padres ó tutores de los primeros. Los alumnos que no hayan de recibir premio, se situarán á la izquierda del estrado. El órden de colocacion de los diferentes colegios, será el siguiente: San Ildefonso, Escuela Imperial de minas, San Juan de Letran, Escuela de medicina, Academia de San Cárlos, Escuela de agricultura, Escuela especial de comercio.—3. El Consejo de Estado, la Academia Imperial de Ciencias y Literatura, el Prefecto político con el Consejo Departamental, el Alcalde Municipal con el Ayuntamiento, una comision del Cabildo eclesiástico y una diputacion de la Sociedad de Geografía y Estadística, así como otra del Colegio de Abogados, se situarán á la izquierda del estrado.—4. Los Ministros y el Subsecretario del Ministerio de Instruccion Pública, se colocarán en el estrado, á la izquierda de los asientos destinados á los Emperadores.—5. El Emperador y la Emperatriz, acompañados por el pequeño servicio de Honor, compuesto para este dia de: Los Secretarios de las Ceremonias, Dos Oficiales de Ordenes, dos Oficiales de la Guardia Palatina, el Ayudante de Campo de servicio, dos Chambelanes, el Gran Chambelan de S. M. la Emperatriz, dos Damas de Palacio, dos Damas de Honor, entrarán á la sala de Iturbide á la una en punto.—6. Cuando los Emperadores hayan ocupado Sus asientos, el Exmo. Señor Ministro de Justicia, encargado de la direccion del Ministerio de Instauccion Pública y Cultos, pronunciará una breve alocucion, alusiva al acto.—7. El Emperador se dignará contestar.—8. Entonces, el Subsecretario de Instruccion Pública llàmará en alta voz y de uno en uno, á los colegiales premiados, anunciando la recompensa obtenida y los motivos que la hacen conceder. Los premios estarán dispuestos sobre una mesa á la derecha del Emperador. El Ministro de Justicia se colocará al lado de esta mesa. Cada uno de los alumnos llamados por el Subsecretario de Iustruccion Pública, subirá al estrado, y el Emperador le entregará el premio que le corresponda. S. M. lo recibirá de manos del Ministro de Justicia, que lo habrá tomado de la mesa referida. Despues que el alumno haya recibido el premio, regresará á su lugar.—9. Concluida la distribucion de premios, el Emperador y la Emperatriz se dirigirán á Sus habitaciones, en la misma forma en que entraron en la Sala de Iturbide y quedará terminado el acto.—10. El traje para los Señores será frac, corbata negra y condecoraciones.—El primer Secretario de las ceremonias, Pedro C. de Negrete.

Francia, una parte del ejército frances. Tambien desconcertaban á los imperialistas algunas disposiciones gubernativas, cual la aprehension del general Galvez en Orizaba, y el llamamiento á México de ciertas personas influyentes en los Departamentos, entre otros el Sr. Iribarren, comisario imperial de Sonora y Sinaloa.

Habiéndose sabido en Oaxaca que se presentaba nuevamente en el Estado el general Porfirio Diaz, salieron inmediatamente de aquella ciudad casi todas las fuerzas austriacas en distintas direcciones, yendo tambien el comandante militar Hotze acompañado del visitador Franco; no dejaron en la ciudad sino cerca de doscientos austriacos y trescientos reclutas á las órdenes de Espejo y regresaron á Oaxaca el 27 de Abril. Diaz habia ocupado á Tlaxiaco, localidad distante de Oaxaca treinta y seis leguas, y lo abandonó el 19 del mismo mes; ya se sabia que en Putla, á seis leguas del mismo Tlaxiaco, habian sufrido un reves trescientos imperialistas batidos por el coronel Gonzalez que llevaba ochocientos hombres, y se designaba entre los gefes de importancia al coronel Leyva que habia permanecido en el Sur.

Porfirio Diaz habia escalonado fuerzas en la línea de Jamiltepec, Juquila y la Mixteca Alta, y los imperiales estaban en Sola á las órdenes del coronel Pedro Garay. Encontrábanse destacamentos austriacos por el rumbo de Huautla y Huehuetlan, en acecho y persecucion de Figueroa que recorria aquella comarca, y el general D. Diego Alvarez llamaba la atencion de los imperialistas operando sobre el puerto de Acapulco. Algunas fuerzas republicanas se acercaron á Nochistlan y el gefe Montiel apareció por Tuxtepec para hostilizar á los austriacos.

Retirados de Tlacotalpam los republicanos, reaparecen por el Miradero y el Conejo, quedando el cuartel general del jefe D. Alejandro Garcia en Acayucan, siendo muy notable la falta que le hicieron algunas fuerzas sometidas en Misantla y Zongolica.

El 11 de Abril salió de Jamiltepec la seccion de Oriente, al mando del general Diaz, avanzando para el pueblo de Putla, defendido por el gefe español imperialista Ceballos, quien se situó en el Rosario. En seguida se dirige el general Diaz á Teposcolula que fué auxiliada por una fuerza austriaca salida de Huajuapam. El general Leyva atacó y tomó á Tlapa; allí se le incorporó el general en gefe que se ocupó en organizar sus tropas y se le participó que el general Luis Perez Figueroa habia derrotado en Ixcatlan á mil seiscientos austriacos.

De ese punto se dirigieron las fuerzas del general Diaz á una expedicion en el Estado de Puebla; amenazó á Chiautla y se situó en Huamuxtitlan y pueblos cercanos donde en el mes de Agosto se le unió el coronel Visoso que habia sido imperialista. Sepárase el general Leyva y va á levantar tropas en el distrito de Cuautla Morelos, en tanto que el general P. Figueroa derrotaba en Jamiltepec, Estado de Oaxaca, una fuerza de austriacos. Entonces la seccion de Oriente se dirigió sobre Huajuapam; sale de Oaxaca á su encuentro el general Oronoz y

se internan los republicanos en la Sierra, en tanto que el prefecto imperial de Oaxaca, D. Juan P. Franco, que habia marchado rumbo á Tehuantepec para batir á los republicanos de Juchitan, es derrotado y pierde cañones, fusiles y parque, escapando de la muerte con su escolta. El coronel Félix Diaz amagaba la plaza de Oaxaca, á la vez que el Sur y Norte del Estado de Puebla se insurreccionaban.

El 30 de Abril fué atacado por los republicanos el pueblo de Teotitlan del Camino defendiéndolo 52 hombres de la tercera compañía de Cazadores austriacos. Los asaltantes, despues de haber penetrado en algunas casas, se retiraron. En esa vez murió el juez de aquel lugar D. Julian Bolaños.

Algunas fuerzas del general Diaz pasaron al Sur de Puebla y amagaron á Chiautla la noche del 31 de Mayo. Poco despues se presentó por el rumbo de Ejutla el coronel Félix Diaz. Al finalizar el mes de Julio sorprendian los republicanos la villa de Etla, cayendo prisionero el subprefecto Duran que fué muerto á balazos, escapando casualmente el juez D. Francisco Brioso.

En la Península yucateca empeoraba tambien la situacion para los imperialistas. El 7 de Abril [1866] se hizo cargo de la comandancia militar de aquella zona el general Casanova, y poco despues llegaba el Sr. Bureau, nombrado Comisario Imperial en sustitucion del Sr. Salazar Ilarregui, llamado al Ministerio de Gobernacion.

Fuerzas imperialistas salidas de Campeche á las órdenes del coronel Lizardi, eran derrotadas cerca de Jonuta por los tabasqueños al mando del coronel Brito, y los indios sublevados, burlando la línea de defensa, llegaban hasta cerca de Peto, quemaban rancherias y pasaron á cuchillo á porcion de indefensos habitantes. Algunas fuerzas salidas de Mérida, marcharon á reforzar á las de Lizardi.

Desde que fué separado del mando de la guarnicion de Jonuta el coronel Traconis, comenzaron á desertar los guardias nacionales de ella; ademas las enfermedades y la falta de accion acabaron de desmoralizarlos. Siendo libre por medio del comercio la comunicacion con Tabasco, los republicanos de allí estuvieron en correspondencia con los de Campeche, Sisal y Veracruz, recibiendo noticias y concertando planes. Reducida la guarnicion de Jonuta á poco mas de cien hombres y sabiéndose que su gefe habia ido al Cármen, cayó sobre ellos el coronel Celestino Brito y tomó la plaza á pesar de la resistencia que le opuso el capitan D. Francisco Deza, sin que pudiera llegarle con oportunidad el auxilio salido de la Laguna el 18 de Abril, á esfuerzos del prefecto D. Manuel M. Sandoval, quien fué apoyado por el comandante del vapor de guerra Brandon. Despues de aquella capitulacion, el coronel Brito y los suyos se retiraron á Tepetitan y entonces pudo este gefe dirigir sus miras sobre Campeche.

Con motivo de los sucesos de Jonuta, el prefecto político del Cármen Sr. Sandoval se fué á Palizada, buscando expeditar las operaciones de la campaña. En su puesto quedó el Licenciado D. Serapio Carrillo. El canton de Jonu-



Coronel Jesús Lalanne.

En la memorable batalla de Majoma, verificada el 21 de Septiembre de 1864, mandaba el Sr. Lalanne la artillería de los republicanos. Dos años y medio después, cuando el General imperialista D. Leonardo Márquez quiso salvar para el imperio la ciudad de Puebla, asaltada y tomada por los republicanos el 2 de Abril, fué comisionado el Coronel Lalanne para obligar á los imperialistas á retardar su retirada. Con ochocientos infantes é igual número de jinetes cumplió su peligroso encargo, avanzando por las haciendas de San Nicolás el Grande y la Noria, y aunque fué derrotado, logró que las tropas de Márquez fuesen alcanzadas en la hacienda de San Lorenzo.

se internan los republicanos en la Sierra, en tanto que el prefecto imperial de Oaxaca, D. Juan P. Franco, que habia marchado rumbo á Tehuantepec para batir á los republicanos de Juchitan, es derrotado y pierde cañones, fusiles y parque, escapando de la muerte con su escolta. El coronel Félix Diaz amagaba la plaza de Oaxaca, á la vez que el Sur y Norte del Estado de Puebla se insurreccionaban.

El 30 de Abril fué atacado por los republicanos el pueblo de Teotitlan del Camino defendiéndolo 52 hombres de la tercera compañía de Cazadores austriacos. Los asaltantes, despues de haber penetrado en algunas casas, se retiraron. En esa vez murió el juez de aquel lugar D. Julian Bolaños.

Algunas fuerzas del general Diaz pasaron al Sur de Puebla y amagaron á Chiautla la noche del 31 de Mayo. Poco despues se presentó por el rumbo de Ejutla el coronel Félix Diaz. Al finalizar el mes de Julio sorprendian los republicanos la villa de Etla, cayendo prisionero el subprefecto Duran que fué muerto á balazos, escapando casualmente el juez D. Francisco Brioso.

En la Península yucateca empeoraba tambien la situacion para los imperialistas. El 7 de Abril [1866] se hizo cargo de la comandancia militar de aquella zona el general Casanova, y poco despues llegaba el Sr. Bureau, nombrado Comisario Imperial en sustitucion del Sr. Salazar Ilarregui, llamado al Ministerio de Gobernacion.

Fuerzas imperialistas salidas de Campeche á las órdenes del coronel Lizardi, eran derrotadas cerca de Jonuta por los tabasqueños al mando del coronel Brito, y los indios sublevados, burlando la línea de defensa, llegaban hasta cerca de Peto, quemaban rancherias y pasaron á cuchillo á porcion de indefensos habitantes. Algunas fuerzas salidas de Mérida, marcharon á reforzar á las de Lizardi.

Desde que fué separado del mando de la guarnicion de Jonuta el coronel Traconis, comenzaron á desertar los guardias nacionales de ella; ademas las enfermedades y la falta de accion acabaron de desmoralizarlos. Siendo libre por medio del comercio la comunicacion con Tabasco, los republicanos de allí estuvieron en correspondencia con los de Campeche, Sisal y Veracruz, recibiendo noticias y concertando planes. Reducida la guarnicion de Jonuta á poco mas de cien hombres y sabiéndose que su gefe habia ido al Cármen, cayó sobre ellos el coronel Celestino Brito y tomó la plaza á pesar de la resistencia que le opuso el capitan D. Francisco Deza, sin que pudiera llegarle con oportunidad el auxilio salido de la Laguna el 18 de Abril, á esfuerzos del prefecto D. Manuel M. Sandoval, quien fué apoyado por el comandante del vapor de guerra Brandon. Despues de aquella capitulacion, el coronel Brito y los suyos se retiraron á Tepetitan y entonces pudo este gefe dirigir sus miras sobre Campeche.

Con motivo de los sucesos de Jonuta, el prefecto político del Cármen Sr. Sandoval se fué á Palizada, buscando expeditar las operaciones de la campaña. En su puesto quedó el Licenciado D. Serapio Carrillo. El canton de Jonu-



Coronel Jesús Lalanne.

En la memorable batalla de Majoma, verificada el 21 de Septiembre de 1864, mandaba el Sr. Lalanne la artilleria de los republicanos. Dos años y medio después, cuando el General imperialista D. Leonardo Márquez quiso salvar para el imperio la ciudad de Puebla, asaltada y tomada por los republicanos el 2 de Abril, fué comisionado el Coronel Lalanne para obligar á los imperialistas á retardar su retirada. Con ochocientos infantes é igual número de jinetes cumplió su peligroso encargo, avanzando por las haciendas de San Nicolás el Grande y la Noria, y aunque fué derrotado, logró que las tropas de Márquez fuesen alcanzadas en la hacienda de San Lorenzo.

ta, al mando del teniente coronel Sixto Ortoll, hacia tiempo que temia la invasion de los liberales tabasqueños. De los ciento veinticinco hombres que allí quedaban, enfermaron mas de veinte y entre ellos gravemente el mismo Ortoll, quien á mediados de Abril tuvo que pasar al Cármen para curarse, dejando el mando al capitan Deza.

Jonuta estaba atrincherada y la defendian tres piezas de artilleria. En la madrugada del 15 de Abril, las fuerzas de Tabasco rodearon esa plaza y se empeñó reñido combate; pero á poco caen desmontadas dos de las piezas de artilleria; no obstante, se sostuvieron los sitiados hasta el dia 17, en que capitularon permitiendoseles la salida de la plaza, sin armas. De los sitiadores fueron heridos los jefes Brito y Aguado. Por esos dias quedaba resuelta la construccion de una via férrea en la Península, y se convino en que llegase al puerto de Progreso y no al de Sisal.

La insurreccion cundia aun á los puntos céntricos y extratégicos que los franceses tenian necesidad de sostener, siendo ya muchas veces las mismas fuerzas imperialistas las iniciadoras, pronunciandose por la República y adhiriendose á las filas de los que la sostenian. Esto pasó en la misma capital de Guanajuato, donde un batallon se declaró contra el Imperio, encabezando el movimiento un oficial llamado Aspeytia; pero faltando concierto entre los pronunciados, salieron de la ciudad, se desbandaron y entre los prisioneros caidos en la persecucion que se les hizo, se encontró al cabecilla del movimiento, quien así como otros fué pasado por las armas. Apareció en aquel Estado con las armas en la mano el general Florencio Antillon, tuvo algunos encuentros desgraciados en la misma ciudad de Guanajuato y en Aguascalientes; pero siguió levantando tropas y hostilizando á sus contrarios.

En Jalisco habia pocas fuerzas republicanas de importancia, mandadas por el coronel Simon Gutierrez, quien fué obligado á incorporarse al ejército de Occidente; una parte de este, mandada por el coronel Eulogio Parra pasó al territorio jalisciense, y desde entónces tomó allí importante crecimiento la lucha.

El 6 de Abril apareció procedente de Michoacán, una fuerte guerrilla en el Estado de Guanajuato, entre Celaya y Salamanca; recorrió algunas poblaciones pequeñas y fué á sorprender el pueblecito de Cortazar. En su carrera destruyeron la mayor parte del telégrafo entre el Huaje y Salamanca, y se llevaron los tiros de mulas de las postas de las diligencias; el dia 7 atacaron al pueblo de Santa Cruz, donde fueron rechazados por las autoridades y el vecindario. Para el Departamento de Guanajuato fué nombrado comandante militar el general Herrera y Lozada, en reemplazo del general Chacon.

Alguas guerrillas de las que merodeaban en la sierra que corre desde Tamaulipas y San Luis Potosí á Guanajuato, avanzaron hasta Xichú y lo ocuparon poniendo en libertad á los presos; en seguida pasaron al Pinal de San Agustin, procurando reunir gente que arrebataban de todas partes. Otra guerrilla invadió el pueblo de Yuriria, logrando salvarse con la fuga las autoridades.

El gefe D. Octavio Rosado expidió el 22 de Mayo una proclama en la hacienda de Guaracha, dirigida á los habitantes del Estado de Guanajuato, y otra el 27 en el "Cerro del Zapote" llamando á los guanajuatenses á combatir contra la Intervencion y el Imperio. Rosado se tituló "Mayor general de la Division de Guanajuato y gefe accidental de la misma."

Al finalizar el mes de Marzo eran derrotados por el teniente coronel F. Treviño, los gefes republicanos Rafael Mora y Dionisio Perez, que pasando por Rincon de Romos se dirigian sobre el Fresnillo, y retrocediendo tocaron los límites del Estado de San Luis Potosí. El combate fué en el Salado, el 23 de ese mes, quedando muertos 28 republicanos. Las fuerzas imperiales destacadas en persecucion del gefe Garcia de la Cadena, sufrieron un revés de consideracion.

El comandante imperialista Mena era derrotado cerca del pueblo de Tabasco (Zacatecas) por las fuerzas de Garcia de la Cadena. Al recibirse en Zacatecas la noticia del descalabro, envió el coronel Carteret dos compañías del 95 para que protegieran la localidad de Villanueva, y dictó otras disposiciones militares, ante el amago de que eran objeto los distritos de Mazapil y San Juan de Guadalupe, invadidos por los republicanos de Galeana y Laguna de Tlahualilo.

El mineral de Catorce era invadido por fuerzas á las órdenes de Aureliano Rivera, y Rio Verde ocupado por los republicanos que mandaba el gefe Barragan, quien impuso un préstamo y se retiró. Por Matehuala habia aparecido el coronel Escobedo con algunas guerrillas; atacó esa poblacion el 1º de Abril sin lograr tomarla por acercarse las fuerzas del comandante La Hayrie. Despues de los sucesos de Bagdad, el coronel Escobedo habia reunido en Galeana algunas guerrillas, engrosó sus fuerzas y á los pocos dias sorprendió el Mineral de Catorce, impuso un préstamo y pasó al Cedral, atacó á Matehuala el domingo de Pascua, dejando cortadas las comunicaciones entre San Luis y el Saltillo. El 13 de Abril volvia á ser ocupado Rio Verde por los republicanos al mando de Escobedo.

El 3 del mismo mes salia el contraguerrillero Dupin de Tampico para proseguir la campaña contra los juaristas. El general Lamadrid, que permanecia en aquel puerto, mejoraba las fortificaciones, montando piezas de grueso calibre que yacian abandonadas. La mayor inseguridad, provenida de la revolucion que habia cundido en todo el Estado de Tamaulipas, hacia que fuese allí tristísima la condicion del comercio. Un año llevaban de estar interrumpidas las comunicaciones con el Interior; las conductas de caudales no podian pasar y la que llegaba á Tampico en Septiembre de 1865, primera que entró allí desde Diciembre de 1864, perdió en los ataques que le dieron los guerrilleros, veinte mil pesos. Nadie podia salir de Tampico, ni á tres leguas de distancia sin ser detenido; las mercancías almacenadas se deterioraban y perdian en el largo plazo que llevaban de estar guardadas.

Ningun provecho para el Imperio produjo el regreso de Dupin á Tamaulipas, pues mientras llegaba á Ciudad Victoria, el jefe Ascension Gomez que ha-

bia reemplazado al general Juan J. de la Garza, reapareció cerca de Tampico y practicó nuevas requisiciones y levas, llegando uno de sus tenientes hasta el pueblo del Caracol, que fué destruido, á seis leguas de ese puerto. Quitado el mando al general D. Juan J. de la Garza, por el coronel Ascension Gomez, quiso aquel jefe unirse con el general Escobedo.

El 24 de Abril caia el guerrillero Bujanos sobre la estancia del Caracol, redujo á cenizas las habitaciones y se llevó á los sirvientes que no pudieron escapar. De allí se dirigieron para San Antonio Tancaxnequi y Altamira. La mayor parte de esa guerrilla era de caballerias, todos muy mal vestidos y peor armados, subsistiendo solo de las reses que tomaban en el campo. El 2 de Mayo se replegaba á Tampico la guarnicion de Altamira, con la mayor parte de las familias que quisieron seguirla. El comandante imperial D. Francisco Lamadrid puso un destacamento en la Barra, mandó armar el vapor "Mosquito" con un cañon y dispuso de todos los marineros del resguardo marítimo.

Peor situacion que la del puerto de Tampico guardaba el de Matamoros. El 20 de Marzo (1866) convocó el general Tomás Mejía una junta de comerciantes para manifestarles, que no habiendo recibido fondos necesarios para el pago de las tropas, juzgaba indispensable que le facilitasen un préstamo de ochenta y cinco mil pesos, designando las cuotas una junta nombrada para el efecto por el mismo Mejia. Los republicanos se acercaban hasta una milla de la plaza que se podia considerar bloqueada por tierra, y aunque el general Mejía contara cerca de tres mil soldados, no abrigaba confianza más que en quinientos. Las esperanzas de los imperialistas en Matamoros, se cifraban en un convoy salido de Monterrey á principios de Abril con víveres y dinero; pero los republicanos impedian que llegara á su destino. Logró el general Jeanningros con dificultad salvarlo y llegó á Charco Escondido, á veintidos leguas de Matamoros, el 8 de Abril, donde se reunió con las fuerzas del general Mejía salidas á proteger la marcha del convoy. El gefe Canales procuró disputar el paso á los franceses; pero fué rechazado por el regimiento que mandaba Miguel López. Mejía regresó á Matamoros en union de los jefes Tinajero y Montejano, dejando parte de sus fuerzas con Jeanningros, entre ellas el regimiento que mandaba López, no sin haber sufrido pérdidas de su gente en las emboscadas que le pusieron las fuerzas de Canales; al fin consiguió que llegara el dia 15 á Matamoros el convoy de doscientos carros, conduciendo entre otros recursos, medio millon de pesos, gran auxilio que fué recibido con salvas de artilleria. El general Olvera habia quedado de gefe de la plaza durante la ausencia de Mejía; entonces los súbditos extranjeros se organizaron en milicia urbana á las órdenes del ex-cónsul frances M. Wrtemberg. En Bagdad eran reemplazados los austriacos que mandaba Kodoliche por dos compañías mexicanas.

Los pueblos de Tamaulipas tenian que pagar dobles contribuciones por la presencia alternativa de las fuerzas contendientes, que les imponian préstamos extraordinarios, establecian autoridades que huian ó sucumbian á la aparicion

de los del bando opuesto. Las haciendas estaban arruinadas y los ranchos desiertos. Dupin nada habia conseguido y se pasó al Departamento de San Luis Potosí, llegando á Matehuala con una fuerza de mil cien hombres. En esta poblacion falleció el general Florentino López á consecuencia de una fluxion de pecho, cuando se ocupaba en organizar refuerzos para la division del general Mejia; fué muy conocido en los Estados fronterizos y llevaba al pecho la Cruz de la Legion de Honor. Los seiscientos hombres que estaban á sus órdenes, fueron incorporados á las fuerzas del coronel Dupin.

El general D, Juan J. de la Garza, gobernador de Tamaulipas, permaneció en Ciudad-Victoria, á donde mandó que se concentraran todas las partidas dispersas, é impuso al Estado un préstamo de treinta mil pesos, prohibiendo que sus subalternos exijieran por su lado cantidad alguna. El general Cortina lo reconoció en su nuevo carácter de general en gefe.

En Tampico quedaba aun con el mando militar el general Lamadrid, á principios de Marzo, habiendo dejado esa ciudad el comandante Carrere. Ya ocupaba una fuerza republicana á Horcasitas y era grande la alarma en aquel puerto. Lamadrid acababa de regresar de la campaña de la Huasteca con doscientos cincuenta hombres, procurando reforzar ese puerto amenazado por las fuerzas de los generales Garza y Cortina. El último dia de Febrero, una partida de republicanos al mando del coronel Mosso, asaltó la pequeña villa de Tamuin, saquearon algunas casas de comercio y se llevaron á varios individuos para pedirles rescate. Este suceso puso en alarma á Tancanhuitz y aun á Huejutla donde estaba el general Ramirez.

Habiendo vuelto á operar en Tamaulipas el célebre coronel Dupin, batió en Horcasitas el 12 de Marzo la guerrilla de D. Jesús de la Garza. La contraguerrilla habia salido de Tula el 5 de ese mes y se dirigia á Tampico; en el camino se encontró y batió con las fuerzas de Garza.

El 27 de Abril era sorprendido el campamento de Cortina, establecido en un bosque perteneciente al rancho de Palito Blanco. Todo el campamento quedó en poder del gefe imperialista Olvera, los equipajes, la papelera, caballos, armas y áun el sombrero de Cortina, quien logró escapar en un caballo sin montura. Tomó Olvera mas de cincuenta prisioneros, y en la persecucion á los derrotados les hizo otros ciento diez y ocho, entre ellos algunos norte-americanos que servian en la artilleria.

El dia 2 de Marzo salian de Monterrey las fuerzas del regimiento de la Emperatriz y las del coronel Quiroga para la villa de Santiago ó Huajuca, con objeto de sorprender esa noche á los 150 republicanos que capitaneaba D. Narciso Dávila. Los batieron al siguiente dia y huyó Dávila para Linares con algunos de sus adictos; en el combate sucumbió D. Urbano Cantú; fué capturada la correspondencia de Dávila y por ella descubiertos algunos agentes de los republicanos en Monterrey y Saltillo. Sesenta prisioneros y considerable cantidad de fusiles y parque fueron quitados á los republicanos. El coronel Escobedo residia en Linares y tuvo en San Pedro de Iturbide conferencias con D. Juan J. de la Garza. Las fuerzas de los jefes Naranjo y Treviño quedaban por el rumbo de Parras, y con ellas el coronel Aureliano Rivera.

Habiendo avanzado el general Douay hasta el Saltillo, el general Jeanningros pudo salir de Monterrey el 23 de Abril conduciendo un convoy para el puerto de Matamoros. Iban con la columna francesa el batallon fijo de Sierra Gorda al mando del coronel Tinajero; el escuadron de Ixmiquilpam al del teniente coronel Montejano; los lanceros de la Barca conducidos por el coronel Garcia y otros piquetes que formaban parte de la division Mejia, con la cual fué á incorporarse el ya famoso regimiento de la Emperatriz al mando de su coronel Miguel Lopez. Tambien iba con Jeanningros el coronel Quiroga con caballeria ligera levantada en Nuevo-Leon. De Matamoros salia á la vez el general Mejia para encontrar esa columna.

La expedicion del general Douay en la frontera del Norte, ocasionó grandes exacciones bajo el pretexto de multas; ademas, faltando los soldados á la disciplina robaron algunas veces en varias poblaciones, principalmente en Rio Blanco, Galeana é Iturbide, aumentando la excitacion la conducta del contraguerrillero Dupin, que ejecutó porcion de fusilamientos.

Las fuerzas republicanas operaban diversos movimientos para atacar á la columna francesa. Las de Treviño fueron á reunirse con las de Canales que salieron de Reynosa y Camargo, incorporándoseles tambien las del coronel Naranjo.

Concluida una conferencia entre Mejia y Jeanningros en Charco Escondido, y despues de haber obsequiado este al primero con una cena, partió Mejia á las once y media de la noche para el rancho de Santa Cruz, en el que habia dejado la infanteria y estaban ya los trenes, siguiendo su marcha para Santa Rita donde se quedó esa noche el convoy. Al amanecer del dia siguiente comenzaron á tirotearle los republicanos, emboscándose en diferentes puntos del camino, siendo una larga y penosa lucha la marcha de aquellos trenes. El general Mejia con sus ayudantes cayó en una emboscada y corrió mayor riesgo por habérsele desbocado el caballo, contenido con gran dificultad. Despues de algunos ataques parciales se retiraron los republicanos.

El 16 de Abril tuvo verificativo un combate entre las fuerzas que mandaba el coronel Ruperto Martinez y los belgas, haciéndole treinta muertos, le tomaron muchos caballos, armas y equipajes. Poco despues, el 6 de Mayo, esa misma fuerza de Martinez atacaba en la Villa de Guadalupe á los imperialistas mandados por el capitan Francisco Guerra.

El coronel Van-der-Smissen, gefe de la legion belga, fué nombrado en Abril comandante superior de Nuevo Leon y desde luego organizó una expedicion para sorprender á los republicanos que ocupaban el pueblo de Marin á diez leguas de Monterrey, sirviéndole de guia el coronel Quiroga; los republicanos

fueron desalojado por el momento, pero volvieron á atacar esa poblacion aunque no consiguieron recobrarla.

En Monterrey se insubordinó una porcion de la brigada belga, con motivo de los reglamentos á que se les queria sujetar, siendo preciso hacer una refundicion parcial en dicha legion, de la cual se alejaron muchos oficiales con motivo de que iban á Europa á continuar sus servicios.

El coronel Viezca, al dejar la plaza de Parras luego que se le avisó que estaba cerca la columna francesa que entró allí el 16 de Febrero, se dirigió á la Laguna con objeto de batir el resto de la fuerza de Máximo Campos y evitar que se uniera á los franceses. No logró realizar su proyecto, porque los imperialistas hicieron un gran rodeo por los límites de los Estados de Durango y Zacatecas para reunirse en Parras con los franceses. Viezca quedó á la expectativa, hasta que en combinacion con los jefes Treviño y Naranjo, se aproximó á la vez que estos á las goteras de Parras. Tomadas las posiciones el 1° de Marzo en el campamento que ocupaban en la hacienda de Santa Isabel las fuerzas del coronel Treviño, á dos leguas de la villa, no tardaron en presentarse los franceses y arrollaron á la avanzada que mandaba Garza Leal, quien se fué retirando hácia el campamento de los republicanos.

Batido este por dos columnas de infanteria y una de caballeria que aparecieron por la retaguardia, se empeñó un rudo combate en el que fueron rechazados los imperiales, dejando sus trenes y porcion de prisioneros que les tomaron en la persecucion los cuerpos de la Legion del Norte, Supremos Poderes y Lanceros de Parras. El Regimiento extranjero tuvo una pérdida de 118 muertos y 81 prisioneros, entre aquellos siete oficiales inclusive el comandante Briant. Por la parte de los republicanos quedó herido el coronel Naranjo.

Despues de los sucesos de Bagdad, habia ordenado el general Escobedo que los coroneles Treviño y Naranjo amagaran á Monterrey y dispuso que el gobernador de Coahuila, Viezca, á la sazón situado en Monclova, hostilizara al Saltillo, en combinacion con el coronel P. Martinez; pero Viezca creyó conveniente posesionarse ántes de Parras, en cuya operacion le auxiliarian los gefes Treviño y Naranjo. En efecto, Viezca por sí solo tomó á Parras derrotando á los imperialistas; pero tuvo que abandonarla á los dos dias por no poder resistir á dos columnas enemigas, una de franceses al mando de Briant y la otra al de Máximo Campos que habia conseguido rehacerse del destrozo que se le habia causado en la misma Parras, y deseaba vengarse.

El gefe imperialista, Máximo Campos, habia salido de Parras sobre los republicanos de los pueblos de la Laguna, que esquivaron de pronto el combate, y aquel quemó una parte de los ranchos y haciendas del rumbo, arruinando á los propietarios, sin que se salvaran los algodones y semillas que estaban almacenadas. Mientras se ocupaba Campos en ello, las fuerzas republicanas que se posesionaron de Parras quemaron la casa de este gefe, y saliendo de la villa resolvieron batirlo en las inmediaciones; siendo el resultado muy desfavorable á Cam-

pos, perdió toda su artilleria y su gente, y se vió precisado á huir rumbo á San Juan de Guadalupe.

Con posterioridad á estos sucesos, el 30 de Abril [1866], llegaba Treviño con su fuerza á Santa Isabel, cerca de Parras, y en la noche del mismo dia se le reunió Viezca con parte de sus tropas: poco más de trescientos hombres. Estando próximos los franceses, se disponia Treviño á escoger mejores posiciones para batirlos con ventaja, y consultando con el coronel Naranjo, resolvieron librar combate en aquel punto y no exponerse á una retirada que seria desastrosa porque no habia tiempo de organizarla.

Los franceses encontraron prevenidos á los republicanos, fueron rechazados primero y entónces se precipitaron con furia sobre sus contrarios; los republicanos se desprenden y los envuelven; la lucha era desesperada, sangrienta, acudiendo Treviño y Naranjo á los puntos más comprometidos y fué tal la obstinacion entre los combatientes, que pocos franceses quedaron con vida, incluso el gefe Briant. Los republicanos tuvieron pérdidas enormes, gran número de oficiales muertos y heridos, entre estos el gefe Naranjo de un balazo en una pierna. Aquella batalla hizo cambiar la extrategia de los franceses, que ya no volvieron á mandar fuerzas aisladas para combatir; dando á la revolución grande importancia, trazaron planes de campaña y enviaron sobre aquellos pueblos gruesos cuerpos de ejército, demostrando que por la frontera del Norte la revolución contra el Imperio era asunto muy serio; el general Douay que llegaba al Saltillo con numerosas fuerzas, contribuyó á afirmar esta opinión.

La ranchería de Santa Isabel se forma de unas cuantas chozas no alineadas que marcan dos callejuelas; un arroyo de fácil acceso corre á la entrada. Rodea al pueblo un terreno plano, cortado á trechospor abras profundas y lo domina al Sureste y á 250 metros, una colina de sesenta varas de altura con vertientes rápidas y escarpadas. En esta colina se habian situado las infanterias de Treviño y Naranjo con dos piezas de corto calibre, y habian formado trincheras con cercas de piedra; la caballeria estaba al Norte de la colina, en una llanura ocupaba un pequeño destacamento la hacienda. Los republicanos eran 1,500, de ellos dos terceras partes de infanteria que expedcionaban en caballos ó en mulas.

Briant salió á batirlos, con poco más de cuatrocientos hombres y aunque el prefecto Máximo Campos le hizo algunas observaciones, no fueron escuchadas, y quiso vencer por medio de una sorpresa.

Salió de Parras á la una dela madrugada y cerca de las dos estaba á ochocientos metros de la rancheria, con designio de atacar antes que amaneciera. Avanzó con una compañía de cazadores dejando las dos del centro y la fuerza mexicana con órden de avanzar luego que hubiese comenzado el ataque, y así se verificó. Briant quiso apoderarse de la vertiente de la colina, sin ocupar las trincheras que dejó á retaguardia; no logró su objeto y debió perecer á los primeros tiros; tambien murió su ayudante mayor. El médico del batallon estableció la ambulancia en un campo de trigo al Oriente del lugar. La posicion fué atacada por toda la

fuerza sin lograr tomarla, y las bajas eran tan fuertes, que se procedió á la retirada que no pudo verificarse por la multitud de muertos y prisioneros. En esos momentos prestó auxilio á los republicanos el coronel J. G. Herrera que acababa de llegar con sus tropas.

Los republicanos ascendían á 1,500 al mando de los gefes Treviño y Naranjo, al aproximarse á la hacienda de Santa Isabel que dista dos leguas al Norte de Parras. De esta villa salieron la noche del 1° de Marzo los imperialistas en número de 600 á las órdenes del comandante Briant y de Máximo Campos entre ellos 150 franceses y algunos vecinos de la misma villa, de los cuales murieron de treinta á cuarenta y cerca de cien franceses. Los vencedores tomaron armas, parque y cierto número de prisioneros. Briant herido de muerte á los primeros tiros, no pudo por la oscuridad apreciar la situacion.

En la emboscada puesta á Briant despues de haberlo dejado entrar á Parras, sucumbieron los franceses con su gefe y el capitán Casse; los que sobrevivieron al desastre se hicieron fuertes en el edificio llamado el Colegio, con el auxilio del teniente Bartidos. Los republicanos querian hacerlos capitular; pero ellos se mantuvieron firmes hasta que llegó en su auxilio el comandante Saussier; se retiraron entonces Naranjo y Treviño, Cabada, el gobernador Viezca y otros que estaban incorporados á esas fuerzas.

A pesar de haber puesto una emboscada, en la que cayeron los soldados franceses del regimiento extranjero, tuvieron los republicanos fuertes pérdidas. El comandante Saussier, al saber que Naranjo con otros gefes se dirigia á atacar á Parras, habia salido del Saltillo con 200 hombres en auxilio de la seccion del Regimiento extranjero que ocupaba aquella localidad; pero se le dió órden de regresar de la hacienda del Jaral, á dieciócho leguas de Parras, por haberse asegurado que era falsa la noticia del movimiento de Naranjo sobre esa villa, y de aquí dimanó el desastre que sufrieron las fuerzas de Briant.

La derrota que lamentaron las tres compañias francesas cerca de Parras, en Santa Isabel, el 1º de Marzo, por la brigada reunida al mando del general Treviño, perteneciente al ejército del Norte, unida á las fuerzas de Coahuila, dió nuevo motivo á que se alentaran los republicanos. Los franceses mandados por el comandante Briant, iban apoyados por cerca de quinientos imperialistas.

Al salir de Parras el comandante Briant, habia encargado al teniente M. Bartidos la defensa de esa villa, con órden de no entregar la plaza por ningun motivo. Esto pasaba en las primeras horas de la mañana y á las nueve llegó allí la noticia de que Briant habia sido derrotado y los republicanos en número de 1,500, avanzaban confiados en tomar la plaza desde luego. Bartidos contaba con 66 soldados, un obus y escasas municiones; el obus fué puesto en la torre, y colocó sus hombres en los puntos altos. Los republicanos le intimaron la rendicion ofreciendole toda clase de garantias, y tras la negativa siguió el ataque; hubo otra intimacion y otra negativa; se convino en sitiar á los que se defendian; pero á



Coronel D. Julián Quiroga.

Después de haberse retirado del Estado de Nuevo León, apremiado por las fuerzas republicanas y de acuerdo con las instrucciones del Gral. D. Santiago Vidaurri, se situó el coronel Quiroga en Celaya, de donde pasó á Querétaro al comenzar el sitio que á esta plaza le pusieron los republicanos al mando del General D. Mariano Escobedo, en Marzo de 1867. Habiendo dispuesto Maximiliano que los generales Márquez y Vidaurri salieran de la plaza sitiada, salió también con ellos el Coronel Quiroga la noche del 22 al 23 de ese mes, logrando llegar bien á México no obstante la tenaz persecución de las caballerías republicanas. Contribuyó Quiroga á sostener el sitio de la capital, é hizo varias salidas contra los sitiadores; al rendirse la plaza se ocultó y logró salvar la vida.

fuerza sin lograr tomarla, y las bajas eran tan fuertes, que se procedió á la retirada que no pudo verificarse por la multitud de muertos y prisioneros. En esos momentos prestó auxilio á los republicanos el coronel J. G. Herrera que acababa de llegar con sus tropas.

Los republicanos ascendían á 1,500 al mando de los gefes Treviño y Naranjo, al aproximarse á la hacienda de Santa Isabel que dista dos leguas al Norte de Parras. De esta villa salieron la noche del 1° de Marzo los imperialistas en número de 600 á las órdenes del comandante Briant y de Máximo Campos entre ellos 150 franceses y algunos vecinos de la misma villa, de los cuales murieron de treinta á cuarenta y cerca de cien franceses. Los vencedores tomaron armas, parque y cierto número de prisioneros. Briant herido de muerte á los primeros tiros, no pudo por la oscuridad apreciar la situacion.

En la emboscada puesta á Briant despues de haberlo dejado entrar á Parras, sucumbieron los franceses con su gefe y el capitán Casse; los que sobrevivieron al desastre se hicieron fuertes en el edificio llamado el Colegio, con el auxilio del teniente Bartidos. Los republicanos querian hacerlos capitular; pero ellos se mantuvieron firmes hasta que llegó en su auxilio el comandante Saussier; se retiraron entonces Naranjo y Treviño, Cabada, el gobernador Viezca y otros que estaban incorporados á esas fuerzas.

A pesar de haber puesto una emboscada, en la que cayeron los soldados franceses del regimiento extranjero, tuvieron los republicanos fuertes pérdidas. El comandante Saussier, al saber que Naranjo con otros gefes se dirigia á atacar á Parras, habia salido del Saltillo con 200 hombres en auxilio de la seccion del Regimiento extranjero que ocupaba aquella localidad; pero se le dió órden de regresar de la hacienda del Jaral, á dieciócho leguas de Parras, por haberse asegurado que era falsa la noticia del movimiento de Naranjo sobre esa villa, y de aquí dimanó el desastre que sufrieron las fuerzas de Briant.

La derrota que lamentaron las tres compañias francesas cerca de Parras, en Santa Isabel, el 1° de Marzo, por la brigada reunida al mando del general Treviño, perteneciente al ejército del Norte, unida á las fuerzas de Coahuila, dió nuevo motivo á que se alentaran los republicanos. Los franceses mandados por el comandante Briant, iban apoyados por cerca de quinientos imperialistas.

Al salir de Parras el comandante Briant, habia encargado al teniente M. Bartidos la defensa de esa villa, con órden de no entregar la plaza por ningun motivo. Esto pasaba en las primeras horas de la mañana y á las nueve llegó allí la noticia de que Briant habia sido derrotado y los republicanos en número de 1,500, avanzaban confiados en tomar la plaza desde luego. Bartidos contaba con 66 soldados, un obus y escasas municiones; el obus fué puesto en la torre, y colocó sus hombres en los puntos altos. Los republicanos le intimaron la rendicion ofreciendole toda clase de garantias, y tras la negativa siguió el ataque; hubo otra intimacion y otra negativa; se convino en sitiar á los que se defendian; pero á



Coronel D. Julián Quiroga.

Después de haberse retirado del Estado de Nuevo León, apremiado por las fuerzas republicanas y de acuerdo con las instrucciones del Gral. D. Santiago Vidaurri, se situó el coronel Quiroga en Celaya, de donde pasó á Querétaro al comenzar el sitio que á esta plaza le pusieron los republicanos al mando del General D. Mariano Escobedo, en Marzo de 1867. Habiendo dispuesto Maximiliano que los generales Márquez y Vidaurri saliesen de la plaza sitiada, salió también con ellos el Coronel Quiroga la noche del 22 al 23 de ese mes, logrando llegar bien á México no obstante la tenaz persecución de las caballerías republicanas. Contribuyó Quiroga á sostener el sitio de la capital, é hizo varias salidas contra los sitiadores; al rendirse la plaza se ocultó y logró salvar la vida.

las pocas horas se presentó con tropas el comandante Saussier y se retiraron los republicanos.

El general Douay inició con el gobernador de Coahuila D. Andrés Viezca, negociaciones para el canje de los prisioneros hechos en el Parral y Santa Isabel Se cruzaron entre los dos gefes varias comunicaciones para fijar definitivamente las bases relativas al canje, y para normar los procedimientos futuros que deberian ser puestos fuera del terreno de las represalias. Douay, que estaba en el Saltillo, contestó el 12 de Julio que no admitía las condiciciones que para el canje se le proponian, asegurando que no estaba en sus poderes aceptarlas ni discutirlas, facultad reservada al Mariscal Comandante en gefe.

Al tener noticia en el Saltillo de los acontecimientos ocurridos en Santa Isabel, fueron enviadas fuerzas que llegaron á Parras á los dos dias del combate y despues se trasladó á esa villa el general Douay. Hacia ya cuatro dias que este general habia llegado á Buenavista de donde emprendió su marcha para Parras.

El dia 8 salian de Parras fuerzas francesas en busca de los vencedores de Santa Isabel y de las otras fuerzas que conducia el Gobernador Viezca, situadas en el Alamo. La noticia de lo acaecido tardó en llegar al interior del pais, porque el camino de Matehuala al Saltillo seguia interceptado por las fuerzas del coronel Escobedo.

Por los dias en que se daba la batalla de Santa Isabel, los generales republicanos Escobedo y Espinosa marcharon sobre Matehuala, á donde se encontraban las fuerzas francesas que estaban avanzadas por aquel rumbo. Esta circunstancia y el haber sabido que una columna francesa se dirigia en auxilio de la plaza, obligó á Escobedo á retirarse; el coronel Martinez ocupó á Catorce, Escobedo se mantuvo asechando á Matehuala y despues se dirigió á Linares, donde habia establecido su cuartel general. De allí se fué á Davis en los Estados Unidos, para recibir un armamento que compró.

El gefe Espinosa, sabiendo que una guerrilla al mando del francés Dupin, se dirigia á ocupar el Valle de Purísima, le salió al encuentro. Dupin que habia ocupado ya el pueblo de Doctor-Arroyo, tambien avanzó sobre Espinosa y á orillas de ese lugar se trabó el combate que fué favorable á los republicanos, huyendo Dupin de aquellos rumbos, á donde habia sido arrojado de Tamaulipas. El general Douay destacó dos fuertes columnas sobre Espinosa y él mismo se dirigió á Linares por Galeana, previniendo á Jeaningros que por el camino de Morelos avanzara para el mismo punto. Douay mandó destruir los pueblos de San Pedro y de Rio Blanco, desastres que llenaron de pavor y de indignacion á los habitantes de las rancherias circunvecinas.

Entonces el general Viezca marchó sobre el Saltillo, Treviño y Ruperto Martinez amenazaron á Monterrey y Naranjo se retiró al pueblo de China entre esa ciudad y Matamoros. Douay, despues de conferenciar con Jeanningros en Boca de Santa Rosa, retrocedió para el Saltillo, hostilizandolo en su retirada el coronel Pedro Martinez. A su vez Jeanningros regresó á Monterrey, abando-

nando su expedicion á Linares, y fué tiroteado hasta las puertas de esa ciudad por las fuerzas de Narciso Dávila y de Ruperto Martinez. Así acabó la expedición meditada por Douay, en la que llevó cerca de diez mil hombres, sin conseguir la pacificacion de la frontera, donde ya el ejército francés comenzaba á desbandarse, al grado de verse obligados Jeanmingros y Douay á lanzar terribles decretos de muerte, contra los que protegieran la desercion ó siquiera dieran un vaso de agua á los desertores.

En Michoacán no cedia la revolucion á pesar de los esfuerzos y actividad de los franceses. El dia 18 de Marzo (1886) estando en Tangamandapio los juaristas, en su retirada de Jiquilpan, fueron sorprendidos en la noche por una fuerza francesa al mando del baron Neigre que habia llegado á Zamora, y les quitó armas, caballos y municiones. Algunos dias despues, el 2 de Abril, regresaba á Morelia el coronel Mendez con un convoy de equipo militar y á la vez llegaba una columna expedicionaria que se organizó para ir en busca de placeres de oro.

Los republicanos al mando de Régules estuvieron cuatro dias en Penjamillo límite entre Guanajuato y Michoacán y de allí salieron para S. Francisco Angamacutiro. Por entónces tenian en el Interior los imperialistas de agente al comandante de la policia exploradora de S. Luis Potosí, Antonio Yablousky, quien figuró mas tarde en los últimos dias del Imperio.

Mendez salió de Morelia seis dias despues para Tacámbaro, resuelto á continuar la campaña en aquel rumbo, y encontró ya á Régules reforzado con los guerrilleros de Zitácuaro. La columna de Clinchant volvió á marchar hácia Pátzcuaro para apoyar al general imperialista que continuó su marcha para Huetamo; iba enfermo y sus tropas padecian mucho en la Tierra-caliente. Morelia siguió amagada por las guerrillas que llegaban hasta presentarse en las garitas. La retirada de las fuerzas francesas al mando del baron Aymard y las que estaban en Queréndaro, dejó el Estado de Michoacán en poder de los republicanos, al grado de haber tenido necesidad el prefecto de Morelia, coronel Loza, de citar á los vecinos para que tomaran las armas, no obstante que las municipalidades de Tuxpan, Jungapeo y Zitácuaro acababan de reconocer al Imperio, aunque poseidas del temor que les infundian la multitud de guerrillas que pululaban en sus cercanias al mando de Castillo, Granda, Ugalde, Toscano, Ruiz, Tovar, Arroyo, Esteban Leon, y otros cuyos ataques resistia en Zitácuaro el subprefecto D. Julian Pagaza.

El general R. Mendez ocupó á Huetamo el 25 de Abril, evacuándolo los republicanos; pero el clima destructor obligó al gefe imperialista á regresar á Tacámbaro, al comenzar el mes de Mayo. El coronel Clinchant destacó algunas fuerzas en persecucion de las guerrillas.

Entonces salia de Morelia, el 10 de Marzo para México, una conducta de caudales escoltada por el general Rosas Landa y se movió pocos dias despues la brigada del general Mendez al mando del coronel Santa-Cruz, con objeto de continuar la obra de combatir á los republicanos. Habiase hecho ya notable el

Coronel Farquet, quien con su batallon de Guanajuato contribuía á hacer esa campaña en Michoacán.

Santa-Cruz regresó á Morelia el dia 18, despues de haber estado en Puruándiro, cuya población amagó Régules en su paso para Zacapu y Penjamillo. A Huetamo marchó la sección de argelinos que estuvo en Zitácuaro y tambien por Puruándiro pasó otro destacamento de zuavos con rumbo á la Piedad. La fuerza del coronel Clinchant que se encontraba en Acámbaro, se dirigió á Salvatierra para concurrir á una combinacion sobre la de Régules, quien el 18 de Marzo fué sorprendido y derrotado cerca de Tenguecho por las fuerzas del baron Aymard y del jefe Carriedo. Aymard supo en Zamora que Régules habia salido de Jiquilpam y organizó una seccion para cortarle el camino de Uruapam, hácia donde se dirigia el jefe republicano.

Salió Aymard á las cinco de la tarde con dos compañias del 7° batallon de Cazadores á pié, tres compañías del 51° de línea y un escuadron del 3° de Cazadores de Africa. Caminó difícilmente por senderos estrechos, en aquella noche y llegó cerca de Patamban á muy corta distancia de la retaguardia de Régules, teniendo que mandar que se guardara el mayor silencio para no descubrir la marcha. Poco despues divisó Aymard grandes lumbradas pertenecientes á las avanzadas republicanas, que tenian su campamento á media legua de Tenguecho. Esperó el general frances que amaneciera para verificar el ataque; pero habiendo tocado marcha los de Régules á las tres y media de la mañana, inmediatamente dió la órden de avance, que produjo dispersion en el campo de los republicanos. *

El 10 de Marzo habian entrado á Zitácuaro las fuerzas de argelinos salidas de Toluca, sin encontrar resistencia, coincidiendo su llegada con la de una seccion de imperialistas mexicanos procedentes de Maravatío. Los turcos permanecieron en Zitácuaro haciendo algunas obras de defensa, lo que parecia significar que iban á residir allí por largo tiempo. La poblacion quedó sin vecinos, huyeron todos á los montes, segun acontecia cada vez que los imperialistas se apoderaban de ella; pero los indígenas de los pueblos que redean la villa, se preparaban para sitiarla acaudillados por los gefes Gomez, Gallardo, Castillo, Granda y otros.

El Departamento de Jalisco, que pareció haberse pacificado por completo volvia á verse cubierto de guerrillas en el mes de Abril; los pasajeros eran despojados de cuanto llevaban, y á las haciendas se les exigía el contingente para sostener la revolución. Las nuevas guerrillas que tenían por punto de apoyo el cerro de Col, efectuaban algunas de sus correrías desde la Venta hasta cerca de Tala y el cerro de San Miguel. Autlan era atacado por los republicanos el 17 de Mayo, y á fines de este mes estaba ya Jalisco de tal manera plagado de guerrillas, que aun

* Dejaron una bandera, un estandarte, 420 fusiles, 135 caballos, 259 lanzas, 90 espadas y algunas cajas de parque.

los pueblos que rodeaban á Guadalajara eran invadidos. En esta ciudad fué preso el general Neri y algunas otras personas reconocidas por afectas al partido republicano.

Impulsaba la revolución en aquel rumbo el levantamiento que efectuó en Ahualulco el cabecilla D. José González, prestándole auxilio una parte de las fuerzas del general Corona que atacaron y tomaron á Santiago Ixcuintla, retirándose á los tres días con rico botin.

Desde que se reunieron en Tepusta las fuerzas de los generales Corona y Rubí, el 31 de Marzo (1866), las tropas republicanas cobraron brio y se lanzaron sobre las de Lozada que acababan de ocupar á Concordia. En el Verde, una junta de guerra acordó atacar á este jefe y despues caer sobre las fuerzas imperialistas que estaban en Siqueros. En efecto dieron el asalto la noche del 1 ° de Abril; pero siendo rechazadas tuvieron que retirarse rumbo á Jacobo á las doce de la misma noche. Las fuerzas de Lozada regresan en seguida á Tepic y las francesas á Mazatlán. La resolucion de Lozada se atribuyó á que no había recibido los haberes que solicitó de los franceses. Ese regreso favoreció en gran manera á Corona, cuyas fuerzas estaban debilitadas después del rechazo sufrido en Concordia el 1 ° de Abril.

Lozada no pasó del Rosario, regresó á Tepic alegando falta de recursos. Con este retroceso salió de una posicion difícil el general Corona, que estaba entre dos fuerzas; por una parte tenía á Lozada y por la otra la columna de franceses salida de Mazatlan. Disgustó mucho á Bazaine la conducta seguida por Lózada, inexplicable, para los imperialistas.

De la columna francesa que regresó á Mazatlán el 5 de Abril, se desprendió una parte para despejar los alrededores del puerto. En esa vez la oficialidad francesa dió un banquete á la de Marina.

El ejército republicano de Occidente, formado de las brigadas unidas de Jalisco y Sinaloa al mando del general Ramón Corona, se hacía notable por los varios combates que sostuvo con los franceses, y también con las fuerzas de Lozada. Salidos aquellos de Mazatlan el 18 de Marzo en número de cuatrocientos, y seiscientos imperialistas en combinacion con las guerrillas lozadeñas, se dirijieron al Presidio, en donde entraron tiroteándose con las avanzadas republicanas; allí los atacó el día 19 Corona, procedente de Siqueros, les causó grandes pérdidas y les obligó á reducirse al perímetro de la plaza; continuó el combate los siguientes días 20 y 21, estrechando el sitio de tal manera, que no podian los sitiados ni dar agua á sus caballos, por lo que resolvieron abrirse paso para la retirada, verificándola la noche del 22 por el camino de la playa; fueron atacados y perseguidos con tenacidad, hasta que al amanecer del día 23 pudieron protegerlos los buques de guerra. *

---

[1] La expedicion salida de Mazatlan, compuesta de franceses é imperialistas mexicanos, se desprendió de ese puerto el 18 de Marzo (1866) componíanla mil hombres siendo cuatrocientos de

Lozada no había tenido tiempo para socorrer á los imperialistas en el Presidio, por la rapidez con que operó el general Corona; pero el 24 de Marzo sorprendió en Guajicori á la brigada Guzmán, incendió el pueblo por cuarta vez y entró al Rosario el día 29 con dos mil hombres y seis piezas de artillería. Al saber esto los de Mazatlán resolvieron ejecutar á una nueva salida con designio de apoyar á Lozada, aunque el día 31 se unia á Corona el Gobernador de Sinaloa D. Domingo Rubí, llevándole no solamente soldados sino parque que le era aun más necesario. Entonces se dirigieron estos sobre Lozada para evitar la reunión con los franceses, y atacándolo en Concordia los jefes Gutiérrez y Rubí, le dispersaron mucha gente; pero se vieron obligados á retirarse por la aproximación de los franceses, que después de combatir con los que los detenían en su marcha, se incorporaron con fuerzas de Lozada en el Presidio el día 4 de Abril y regresaron á Mazatlán dejando á Corona en sus posiciones. Lozada se retiró pocos dias después á Tepic, disgustado con los franceses á los que atribuía desleales intenciones, y en ese sentido publicó un Manifiesto.

También en el Estado de Colima reaparecieron en el mismo mes de Abril las guerrillas de Gutiérrez, Bustamante, Zepeda, Valencia y otras, sin que lograra arrojarlos del Estado el comandante de escuadrón D. Pedro Vallarta, enviado á contener los avances de los republicanos. Saliendo de Coalcoman Simón Gutiérrez, pasó el 16 de Mayo entre Atenquique y Zapotlán para la hacienda del Jazmín y luego se dirigió á Coahuayana. Aquellas guerrillas recorrian en una sola noche grandes distancias.

A principios de Mayo resolvió Corona un asalto sobre Mazatlán; pero se frustó el éxito por no haberse verificado exactamente la combinacion. En seguida salió del puerto una fuerza y se situó en el punto llamado los "Callejones" adonde fué atacada por los republicanos, rechazados y batidos el dia 6 de ese mes.

Las fuerzas de Corona al acercarse al puerto de Mazatlan atacaron al comandante francés Loemarie, quien con cuatrocientos hombres del 62 ° de infantería estaba acampado cerca del puerto. Después de combatir con brio se retiraron los republicanos. Estos ocuparon constantemente el puerto de Altata, entre Mazatlán y Guaymas, y por allí recibian armas y municiones.

Solamente con la posesión constante de Palos Prietos y sus cercanías por el capitán Maurant con su compañia franca, se logró que se alejaran los republicanos; pero el malestar siguió en el comercio y el disgusto en el vecindario era general, diariamente se cerraban almacenes y muchas familias emigraban. La situación de Mazatlán se hacía insostenible, sin que pudiera proporcio-

---

los expedicionarios. Desde luego se batieron con el comandante Miramontes; siguen para el Presidio, donde rechazan un ataque de los republicanos, y despues regresan á Mazatlan el dia 23 á las cinco de la mañana; los mexicanos iban al mando del coronel D. José de la Mora, y toda la columna al del coronel Roig, que murió á consecuencias de una herida recibida en el combate del Presidio.

narle auxilio el comisario imperial Iribarren, quien permanecia en México procurando la adquisición de recursos.

El general Corona accedió, desde mediados de Marzo (1866) á que del cuerpo de ejército que ocupaba la mayor parte del Estado de Sinaloa, se desprendieran algunos jefes que pasarian al Estado de Durango; les dió elementos de guerra, nombrando gobernador y comandante militar del mismo Estado al coronel D. José María Pereira, y autoridad política del Partido de San Dimas al teniente coronel D. Jesús Valdespino y jefe del partido del Oro á D. Abel Pereira.

Al finalizar ese mes, llegaba á Culiacán con el batallón "Defensores de California," el general D. Manuel Márquez procedente de la Baja California. Dos meses después ya se encontraba Márquez en el campo del general Corona, en la Palma, con solo cincuenta soldados que tenian por jefe al teniente coronel D. Clodomiro Cota.

El ejército de Occidente quedó organizado á fines de Junio, siendo nombrado Corona su general en jefe por el Presidente de la República y en Junta de ministros; se le ordenó que tan luego como dejara asegurada la defensa del Estado de Sinaloa marchara al de Jalisco, del que quedaba nombrado jefe de las armas, así como de Colima cuando pudiera llevar á este su acción, cuyos dos Estados seguirian segregados de la jurisdiccion del ejército del Centro. Podia Corona nombrar gobernadores y jefes de armas en dichos tres Estados, conferir grados y empleos, y disponer de la rentas públicas, arbitrarse recursos, decretar impuestos y remover los empleados aun federales. En vez del titulo de "Brigadas Unidas" se adoptó el de "Ejército de Occidente," para las fuerzas que mandaba el general Corona.

El comandante de la guerrilla americana, Mr. Dana, logró apoderarse de un cargamento de armas y municiones, que consignado á los imperialistas conducia el vapor americano "John L Stephens" de la compañia americana del Pacífico. La aprehensión se verificó en el Cabo de San Lúcas, Baja California, y fué conducido el buque al puerto de la Paz para descargar todos los pertrechos, que consistian en veinticinco cajas con rifles de Enfield, once con monturas y cuatro con botas, veintidos cajas con cápsulas, ocho barriles con pólvora y otras municiones. Tambien por Altata introdujeron los republicanos armas, contratadas con norte-americanos.

Habia dejado el general Emilio Lanberg, estando en Hermosillo, el mando de los asuntos militares en Sonora, para emprender la campaña sobre Alamos. De Ures fueron desterradas multitud de personas adictas á Juarez, siendo el ejecutor de tales hechos el subprefecto y comandante militar D. Antonio Campillo, de acuerdo con los gefes de la seccion Vazquez. En Abril los gefes republicanos Pesqueira y García Morelos se aproximaban al centro de Sonora, y Alamos permanecia en poder de Martinez, sin que pudieran evitarlo los gefes Tanori,



General D. Carlos Rivas.

Con fuerzas auxiliares del Nayarit contribuyó á sostener el Imperio de Maximiliano. Apoyado en tropas francesas, derrotó algunas veces á los republicanos en el Estado de Jalisco, y estuvo en Mazatlán con las legiones que levantó el jefe Lozada.

narle auxilio el comisario imperial Iribarren, quien permanecia en México procurando la adquisición de recursos.

El general Corona accedió, desde mediados de Marzo (1866) á que del cuerpo de ejército que ocupaba la mayor parte del Estado de Sinaloa, se desprendieran algunos jefes que pasarian al Estado de Durango; les dió elementos de guerra, nombrando gobernador y comandante militar del mismo Estado al coronel D. José María Pereira, y autoridad política del Partido de San Dimas al teniente coronel D. Jesús Valdespino y jefe del partido del Oro á D. Abel Pereira.

Al finalizar ese mes, llegaba á Culiacán con el batallón "Defensores de California," el general D. Manuel Márquez procedente de la Baja California. Dos meses después ya se encontraba Márquez en el campo del general Corona, en la Palma, con solo cincuenta soldados que tenian por jefe al teniente coronel D. Clodomiro Cota.

El ejército de Occidente quedó organizado á fines de Junio, siendo nombrado Corona su general en jefe por el Presidente de la República y en Junta de ministros; se le ordenó que tan luego como dejara asegurada la defensa del Estado de Sinaloa marchara al de Jalisco, del que quedaba nombrado jefe de las armas, así como de Colima cuando pudiera llevar á este su acción, cuyos dos Estados seguirian segregados de la jurisdiccion del ejército del Centro. Podia Corona nombrar gobernadores y jefes de armas en dichos tres Estados, conferir grados y empleos, y disponer de la rentas públicas, arbitrarse recursos, decretar impuestos y remover los empleados aun federales. En vez del titulo de "Brigadas Unidas" se adoptó el de "Ejército de Occidente," para las fuerzas que mandaba el general Corona.

El comandante de la guerrilla americana, Mr. Dana, logró apoderarse de un cargamento de armas y municiones, que consignado á los imperialistas conducia el vapor americano "John L Stephens" de la compañia americana del Pacífico. La aprehensión se verificó en el Cabo de San Lúcas, Baja California, y fué conducido el buque al puerto de la Paz para descargar todos los pertrechos, que consistian en veinticinco cajas con rifles de Enfield, once con monturas y cuatro con botas, veintidos cajas con cápsulas, ocho barriles con pólvora y otras municiones. Tambien por Altata introdujeron los republicanos armas, contratadas con norte-americanos.

Habia dejado el general Emilio Lanberg, estando en Hermosillo, el mando de los asuntos militares en Sonora, para emprender la campaña sobre Alamos. De Ures fueron desterradas multitud de personas adictas á Juarez, siendo el ejecutor de tales hechos el subprefecto y comandante militar D. Antonio Campillo, de acuerdo con los gefes de la seccion Vazquez. En Abril los gefes republicanos Pesqueira y García Morelos se aproximaban al centro de Sonora, y Alamos permanecia en poder de Martinez, sin que pudieran evitarlo los gefes Tanori,



General D. Carlos Rivas.

Con fuerzas auxiliares del Nayarit contribuyó á sostener el Imperio de Maximiliano. Apoyado en tropas francesas, derrotó algunas veces á los republicanos en el Estado de Jalisco, y estuvo en Mazatlán con las legiones que levantó el jefe Lozada.

Almada y Lanberg, viéndose pronto los intervencionistas y franceses reducidos al puerto de Guaymas.

El general Corona prestó apoyo eficaz á los republicanos de Sonora. Encargado apenas otra vez el general Pesqueira del gobierno del Estado, combinaron una expedicion con las tropas de Senora y Sinaloa; pero antes de que se realizara, tomó por asalto el general Garcia Morales la villa de la Magdalena el 6 de Abril de 1866, rindiéndose la guarnicion con sólo la garantia de la vida. Casi un mes despues, el 4 de Mayo, se apoderaba á las nueve de la mañana, de la ciudad de Hermosillo el general Martinez, defendida por D. Tranquilino Almada con más de trescientos hombres. En esa vez se distinguieron: el coronel D. Jesus Toledo, quien con el batallon de "Cazadores de Occidente" desalojó del cerro de la Campana á la "Legion Extranjera," y el coronel D. Adolfo Alcántara que asaltó con los "Libres de Sonora" un fortin. Almada se escapó con una parte de su fuerza, abandonando doscientas armas, inclusos dos cañones y todo el parque, y en esa vez casi concluyó la fuerza que en Sonora se conocia por "Legion Extranjera."

Los imperialistas que ocupaban á Ures, quisieron recobrar á Hesmosillo y en número de ochocientos al mando de los gefes Lanberg, Tanori y Vázquez marcharon á ese fin; les salió al encuentro el general Garcia Morales con sus tropas y á las cuatro y media del mismo 4 de Mayo se trabó el combate en las inmediaciones de la ciudad, habiendo grandes pérdidas por ambas partes, lamentando los republicanos la del coronel Tostado; al oscurecer dispuso el general Martinez una carga de caballeria y no estando advertida la infanteria republicana, entró en confusion y en parte se dispersó, por lo cual quedó el campo á los imperialistas. Los republicanos permanecieron en Hermosillo la noche del dia 4 y en la mañana del siguiente evacuaron la ciudad dirigiéndose á San Marcial, al saber que los franceses salidos de Guaymas, habian llegado á un lugar denominado "El Caballo."

El 1° de Abril de 1866 había vuelto el general Pesqueira á encargarse del gobierno de Sonora y de la comandancia militar, estando en Paredones, y ya convaleciente de una larga enfermedad que le agobió. Poco después, en union del general Martinez, se puso de nuevo en campaña contra los franceses é imperialistas que ocupaban las poblaciones del centro.

Los republicanos continuaron sus operaciones militares en diversos puntos del Estado de Sonora, principalmente en los limítrofes á Sinaloa. Entre los combates de importancia debe enumerarse el del 30 de Mayo dado por la seccion del Fuerte al mando del coronel Adolfo Palacios, quedando batidos y dispersados los indios que en masas considerables se dirigían sobre la ciudad de Alamos. Partidas sueltas de republicanos se acercaban á Ures y Hermosillo; el guerrillero Salvá se apoderó en las inmediaciones de Guaymas de una partida de mulas perteneciente á los franceses. La campaña se prolongó sin alcanzar un resultado decisivo hasta que el general Pesqueira logró en Alamos reunir recursos y elementos de guerra, con los que se dirigió al Interior del Estado; pero entonces los indios sublevados

se apoderaron de esa ciudad cometiendo horribles excesos, hasta que el coronel Adolfo Palacios, auxiliado por fuerzas de Chihuahua, logró recuperarla y derrotó á los indios en batalla campal el 2 de Septiembre, haciéndoles más de cien muertos.

Pesqueira y Garcia Morales se dirigieron á la capital del Departamento, y desde luego, ante esa actitud procuraron unirse las fuerzas de Tanori y de Almada, que tenian que atender á los republicanos situados en la parte septentrional del Estado, hacia la cual dirijió una fuerza el general Lanberg que era el gefe de los imperialistas, los que poco tardaron en verse reducidos á ocupar muy escasa porción del territorio de Sonora.

En Junio del mismo año, y á consecuencia de los acontecimientos de Hermosillo, que comprometieron mucho al coronel Martinez, fueron enviadas algunas fuerzas de Sinaloa al mando del coronel D. Bibiano Dávalos, para auxiliar en aquel Estado á los republicanos, cuyos esfuerzos también eran importantes en el vecino Estado de Chihuahua.

Los sucesos ocurridos en esta parte del país tuvieron notable desarrollo. Segun hemos referido, los franceses habían avanzado sobre Chihuahua con el designio de arrojar del territorio nacional al Presidente de la República. Despues de algunos meses de ocupar aquella capital, la abandonaron dejándola al cuidado de una guarnicion de imperialistas mexicanos, que fué obligada á abrir las puertas al regresar el Presidente Juarez del Paso del Norte, cuando Maximiliano le suponia en territorio norte-americano.

En el Paso estuvieron al lado del Presidente Juarez, trescientos soldados y gran número de oficiales de diferentes grados, viviendo en la miseria, pero con la fé en el triunfo de su causa.

Estos sucesos que evidenciaban la permanencia de Juarez en el suelo nacional, molestaban mucho á Maximiliano, quien atribuia la resistencia de los republicanos á esa permanencia. Por ello y á pesar de la falta que hacian las tropas en la parte central del pais, y más que todo del plan de concentracion de fuerzas, Maximiliano se dirigió á Bazaine manifestandole su voluntad de que se verificase una segunda expedicion sobre Chihuahua, como necesidad urgente para quitar á los Estados Unidos el pretexto de acreditar un embajador cerca de Juarez, y la ocasion de que cada dia presentaran nuevas exigencias. Consideraba que era indispensable para el honra de los dos gobiernos poner término á las pretensiones del de Washington.

Para no satisfacer los deseos de Maximiliano, en cuanto á la nueva expedicion á Chihuahua, militaban dos razones: era una la dificultad de hacer los gastos estando ya el tesero mexicano agotado, y la otra la orden que tenia el cuartel general francés de evitar toda ocasion que pudiera producir un conflicto en la frontera del Norte, donde los norte-americanos ejercian accion directa; además, la reocupacion de Chihuahua no podia ser permanente, á causa de la distancia respecto al centro y habria que fatigar inútilmente las tropas que hacian mucha falta en otros lugares.

Sin embargo, fueron obsequiados los deseos de Maximiliano y el comandante Billot contramarchó rápidamente sobre Chihuahua, que volvió á abandonar al Presidente republicano Juarez, dirigiendose á Paso del Norte. Los franceses permanecieron en aquella ciudad seis semanas y levantaron algunas fortificaciones para ponerla al abrigo de una nueva ocupacion de los republicanos, dejandola con mil doscientos imperialistas que poco tardaron en ser hostilizados; entonces los que cuidaban la ciudad, en vez de permanecer atrincherados salieron al encuentro de los republicanos hasta media legua y sufrieron completa derrota.

El 27 de Febrero entraba á la capital del Estado, de regreso de su expedicion á Cosihuiriachic el Comandante Carranco, con diez y seis prisioneros, habiendo fusilado en ese pueblo á tres oficiales republicanos y dejado muerto al gefe de toda la fuerza D. Juan J. Mendez, quien no quiso rendirse á la seccion que le persiguió. (*) Chihuahua acababa de ser evacuada en los primeros dias de Febrero y ya el 1° de Marzo entraban á Durango las fuerzas francesas que la ocuparon á las órdenes del comandante Billot; llegaban muy maltratados con mas de cien enfermos, y con ellos los Sres. Casavantes, presos, y el Sr. Manuel Ruiz exministro de Juarez. El comandante de aquella Division militar, Castagny, llevaba á efecto la orden de marchar para el Interior con las fuerzas que ocupaban á Durango.

El indigena Mateo Morales, gefe de los *Caratzumares* de San Lorenzo, se habia posesionado desde el 17 de Enero de Cosihuiriachic, donde proclamó el Imperio, retirándose los juaristas sin procurar defender la posicion. Continuó Morales su marcha y entró dos dias despues á la Concepcion que á poco abandonó tambien.

En este lugar organizaron los juaristas una fuerza á las ordenes de D. Jesus Casavantes, á principios de Febrero, destinada á quitar la capital del Estado á los franceses; pero pronunciados en favor del Imperio los pueblos de Santo Tomas, Temosachic y otros, pidieron auxilio á Chihuahua y se los envió el comandante Billot con 200 franceses y 110 mexicanos á la Concepcion, viendose otra vez obligados los republicanos á retirarse.

Billot se alejó de Chihuahua dejando instalada una guarnicion mexicana, y organizada una nueva administracion, aunque la ciudad estaba ya amagada por fuerzas de D. Luis Terrazas. Al ejecutar la retirada el comandante Billot, nombró prefecto del Departamento al Sr. Tomas Zuloaga é interino al comandante Carranco.

El 1° de Marzo fué batida por el comandante Guillermo Ortíz, una guerrrilla acaudillada por D. Guadalupe Soto procedente de Allende donde se pronun-

* La muerte del teniente coronel Méndez despues de la accion de Cosihuiriachic, donde habia logrado escaparse fué atroz. Alcanzado en el rancho de los Alamos y sorprendido en la cama, no queriendo rendirse hacía fuego sobre sus perseguidores; pero algunos de estos subieron á la azotea y abriendo un agujero en el techo introdujeron *tlazole* encendido; con esta luz pudieron percibir á Méndez y le hicieron fuego hiriéndole con diez balazos.

ció; poco antes, el dia 26 de Febrero, hostilizado por fuerzas de Batopilas, retirábase Soto para Santa Rosalia y las haciendas con rumbo á Jiménez; pero en el bajío nombrado de las "Volantas" fué alcanzado y derrotado Soto que seguía una marcha con direccion á Chihuahua.

Al evacuar esta capital la seccion francesa del comandante Billot, quedaba desde luego la guarnicion mexicana al mando del gefe Carranco, quien murió en aquellos días combatiendo á los republicanos.

El día 25 de Marzo recobraba la ciudad de Chihuahua su gobernador el Gral. D. Luis Terrazas. Al acercarse los republicanos ese día, los imperiales salieron á batirlos, pero fueron rechazados y dejaron en poder de los juaristas una pieza de artillería y cien prisioneros. En seguida fué atacada la plaza á viva fuerza, y á las doce del dia los defensores de ella quedaban reducidos al recinto fortificado que los republicanos batieron en la tarde. A las once de la noche los principales jefes y oficiales sitiados lograron ponerse en salvo con unos cuantos soldados, dejando en poder del vencedor doscientos prisioneros y todo el material de guerra. Los fugitivos tomaron el camino de San Pablo. *

El jefe político del Canton de Rosales, sabiendo que por la falda de la Sierra pasaban dispersos los fugitivos de Chihuahua, salió á perseguirlos y logró capturar al prefecto Julio Carranco, al alférez Cabezuela, á D. Miguel Vargas y á 14 soldados. Entonces Carranco fué fusilado.

Cuatro dias antes, el 22 de Marzo, las fuerzas del coronel D. Agustín Vazquez, comandante de la linea Sur del Estado, habian atacado á los imperiales que guarnecien la ciudad de Hídalgo, los vencieron y ocuparon la plaza á las tres de la tarde.

A pesar de saber que había quedado resuelta la retirada del ejército francés, mostraba Maximiliano la intencion firme de afrontar la situacion, y no solamente lo había asegurado en el discurso que pronunció cuando contestó al pésame que los empleados le dieron por la muerte del rey Leopoldo, su suegro, y en el discurso del 16 de Setiembre de 1865 en que aseguró que en la lucha podrían faltarle las fuerzas mas nó el ánimo, sino que en muchos de sus hechos y conversaciones manifestaba la misma resolución. Tenía en su corte gravísimas dificultades, no siendo la menor la necesidad de contentar las aspiraciones y exigencias de los conservadores.

* Guarnecia la ciudad de Chihuahua una fuerza imperialista de consideracion, mandada por los jefes Carranco y Ramirez, bien conocidos en Chihuahua por su valor y atrevimieuto y engreidos detras de las fortificaciones que había dejado el comandante Billot.

El 24 de Marzo se anunció á la poblacion, por medio de una bandera izada en la cumbre del cerro del Coronel, que se aproximaban las fuerzas republicanas que mandaba el general Terrazas; la alarma cundió entre los defensores de la plaza; pero á las ocho de la mañana del siguiente dia 25, salieron á encontrar á los liberales y se trabó el combate cerca de Santa Rita, quedando derrotados los imperialistas, que se replegaron al centro de la ciudad donde resistieron, concentrándose al fin al recinto amurallado del cuartel, y resistieron toda la tarde las acometidas de sus contrarios: rindiéndose en la noche y escapándose algunos jefes.

Estos se encontraban ya en posesion del gobierno; en el ministerio se oían los nombres de Lares, Marin, García Aguirre, Larrainzar, Tavera, Mier y Teran, Arroyo y Pereda. Comenzó la administracion de los conservadores con publicar su programa, formado por el Sr. Lares y aceptado por Maximiliano, estableciendo como base de accion, la unidad de miras en todos los ramos del gobierno, en el Consejo de Estado, en los mandos políticos y militares que habían de quedar en manos de conservadores netos; el asunto de los bienes desamortizados debía arreglarse por medio de un concordato que, dando firmeza á las propiedades adjudicadas, dejase á la Iglesia el derecho de adquirir mediante ciertas reglas, para que de tiempo en tiempo se enagenaran los bienes raíces que adquiriera, y determinase las medidas que aseguraran al clero una decente subsistencia; la prensa quedaba subordinada á la seguridad y tranquilidad del Estado. El programa reconocía como suprema necesidad, la pacificacion del país, beneficio que se alcanzaria ejecutando con rapidez y energía las leyes de la organizacion del ejército y de la hacienda, puntos que se confesaba eran de la mayor gravedad, y habia que combinar las economías con la justa distribucion de las contribuciones. A la consecucion de esa anhelada paz se oponia la conducta seguida por los Estados-Unidos, que prestaban apoyo moral y material á los que combatian el Imperio.

Insistiendo Mr. Seward en su política respecto á Francia, informó á Mr. Bigelow, el 16 de Diciembre de 1865, que las buenas relaciones que deseaba conservar entre los dos paises corrian riesgo inminente de alterarse, si Francia juzgaba incompatible con sus intereses y su honor, desistir de su intervencion armada en México, con objeto de derribar al gobierno nacional aquí existente y establecer sobre sus ruinas la monarquia extranjera. Reafirmó que los Estados-Unidos estaban enteramente resueltos á no reconocer á Maximiliano.

Al contestar esa nota en 9 de Enero de 1866, ofreció el ministro francés Drouyn de Lhuys, la retirada del cuerpo expedicionario en cuanto lo permitiesen la seguridad de los súbditos franceses y la dignidad nacional, volviendo á indicar que esto dependia de que los Estados-Unidos reconociesen el gobierno de Maximiliano, y anunció que el ministro frances en México habia recibido ya instrucciones para que tratase con el gobierno del Imperio y apresurara la salida del ejército expedicionario. Esta última indicacion fué acogida favorablemente por el gobierno norte-americano, que pidió el plazo final del tiempo en que habian de cesar las operaciones francesas en México.

El 5 de Abril de 1866 declaró el gobierno frances, que aceptaba con entera confianza la seguridad que daban los Estados-Unidos, de que sostendrian el principio de no-intervencion, para no diferir por más tiempo la retirada del ejército frances; anunciaba que el Emperador habia resuelto que sus tropas evacuasen á México en tres destacamentos, de los que el primero debía salir en el mes de Noviembre (1866), el segundo en Marzo de 1867 y el tercero en Noviembre de este mismo

año, asegurando que así cumplía á su conveniencia é intereses. Estos plazos le parecieron muy largos á Mr. Seward, pues sin dificultad en el espacio de año y medio podían, ser reemplazadas las tropas francesas por austriacos y belgas para que Maximiliano quedase con un apoyo, y era prueba de ello el que al finalizar el mes de Abril llegara á Veracruz el 6 ? batallon de la legion extranjera.

Para demostrar su afecto á la causa del Presidente Juarez, dió Mr. Seward, Secretario de Negocios extranjeros, un sarao en obsequio á la Señora esposa de dicho Presidente, siendo una de las tertulias mas espléndidas habidas en Washington en aquella temporada. A esto se agregaba que la cámara de representantes se mostró resuelta á garantizar un empréstito mexicano de cincuenta millones, dando á entender á Napoleón que los Estados Unidos estaban decididos á sostener la República Mexicana y hacer oposicion al Imperio.

En el banquete dado á la señora de Juarez por el ministro Mr. Seward, brindó este porque antes de un año regresara á México el Presidente. En el congreso americano había sido aprobado el nombramiento de Mr. Campbell para ministro de los Estados Unidos, cerca del Presidente de México.

La Legislatura de la Alta California adoptó una proposicion, pidiendo al gabinete de Washington que interviniera en México contra la Intervencion francesa y el Imperio. En la capital de los Estados Unidos continuaba el ministro juarista D. Matias Romero, comentando los gastos del Imperio y atacando las subvenciones que este daba á las compañías de vapores y caminos de fierro.

Otro golpe para los imperialistas fué el contrato celebrado entre el ciudadano norte-americano Jacobo P. Lease y el gobierno de Juarez, para colonizar ciertos puntos de la Baja California; el contratista recibia los terrenos á precio de tarifa y hacia entrega del dinero al ministro D. Matias Romero. *

El gobierno americano resolvió que no consentiria el mantenimiento de una monarquia en su vecindad, y Mr. Seward declaró enteramente impracticable la solicitud de Napoleon, respecto á que ántes de decidir la retirada de las tropas francesas de México, precediera el reconocimiento del Imperio mexicano por el gabinete de Washington. * *

* El ministro D. Matias Romero y algunos otros mexicanos, hacian esfuerzos para ganar en aquella República prosélitos en el Senado y cámara de diputados. En el congreso se habia presentado una proposición, pidiendo que el Ejecutivo autorizara la negociacion de un empréstito por valor de 50 millones en favor de los republicanos de México; la proposicion fué aprobada por 65 votos contra 64 y pasó á la comision de Negocios Extranjeros. Ofrecian los juaristas en garantia los productos de los Estados fronterizos; se agitaron entodos sentidos para hacer triunfar esa proposicion y lograron atraerse á muchas personas de influencia en el gobierno; pero no pudieron triunfar de todas las resistencias opuestas por el Ejecutivo.

* En la cámara de diputados propuso M. Van Horn, que se precisara el sentido que deberia darse al discurso de Napoleon en 22 de Enero, y se declarara que el empleo de tropas francesas en

Desde hacía algunos meses, el gobierno frances se circunscribia á decir, que la expedicion á México no tuvo mas objeto que la reparacion de agravios y perjuicios resentidos por los súbditos franceses residentes en el pais, y que el término de la expedicion dependia de las condiciones de seguridad para esos mismos súbditos y para los intereses de la Francia en lo sucesivo. Sintiéndose Napoleon impelido por la opinion en su pais y amenazado por los Estados-Unidos, tuvo que resguardarse en aquel pretexto.

Los efectos que aquí resintió la obra de la Intervencion francesa, le fueron fatales al convertirla solamente en guerra internacional, haciendo á un lado todo lo relativo al Imperio, cual si en este no hubiese puesto jamas la mano el gobierno frances, en pos de la gloria y la preponderancia que en el continente americano buscó Napoleon, mientras los Estados-Unidos estuvieron maniatados por causa de su guerra civil. Queríanse olvidar las cartas é instrucciones de Napoleon á Forey, en las que se aclaraban los fines de la Intervencion; se quería pasar sobre la conducta, las palabras y hechos de Forey y de Bazaine.

Por esto enviaba Maximiliano al general Almonte para que procurase hacer variar á Napoleon en el camino que seguia, contrario á los intereses del Imperio; Almonte se despidió de sus amigos, entre los cuales estaba Bazaine, dándoles un convite. Por entonces, el 5 de Abril, era nombrado Presidente del Ministerio y encargado especialmente del ramo de hacienda, el Sr. José M. Lacunza, sin cuyo consentimiento y autorizacion no podia hacerse ni el mas leve gasto. Concedida licencia de algunos meses al general Brincourt salió tambien entonces para Francia, embarcándose en Veracruz.

En esos dias eran ya constantes los rumores relativos á la partida del ejército frances, aun se fijaba la época en que se efectuaria y se detallaban los preparativos comenzados para la evacuacion, sirviendo de base á dichos rumores la noticia de que Napoleon habia abierto negociaciones con Maximiliano, para concertar la época y la manera de verificar aquel regreso, y el haber pedido Mr. Rouher en el cuerpo legislativo frances, el aplazamiento de la discusion de la cuestion mexicana.

En un documento fechado el 6 de Abril, dirigido por Seward al representante de los Estados Unidos en Paris, le anunció oficialmente que el Emperador Napoleon habia decidido retirar las tropas francesas en la forma siguiente: una tercera parte en Noviembre del año 1866, otra tercera en Marzo de 1867 y el resto en Noviembre del mismo año.

Ademas Mr. Seward ordenó al representante de los Estados Unidos en Viena, diese informes sobre cierta noticia extra-oficial respecto á que el representante del Emperador Maximiliano habia ido á Paris con el objeto de reclutar diez mil austriacos, que ya estaban listos en Trieste para dirigirse á México. El gobier-

nuevas conquistas en México, se consideraria como violacion de los compromisos de la Francia, cuyas tropas no debian emplearse más que en conservar el *estatuo quo* hasta que llegara el momento de su salida. La proposición fué pasada á la comision de Negocios Extranjeros.

no norte-americano se opondria terminantemente á la intervencion militar por parte de Austria, lo mismo que se habia opuesto á la intervencion militar francesa, y pedia al gobierno de Austria que siguiese estrictamente el principio de no-intervencion, como lo seguia el de los Estados Unidos y segun recomendó á la Francia que lo hiciera. El ministro Motley debia pedir sus pasaportes, tan luego que hubiese partido el primer buque con tropas austriacas para México, y notificaria al gobierno austriaco que en tales circunstancias, el representante de Austria en los Estados Unidos tambien recibiria los suyos.

El Austria no podia ocuparse en aquellos momentos sino de asuntos que fuesen relativos á la guerra con que la amenazaban Prusia é Italia. La nota de Mr. Seward contra el envio de voluntarios austriacos á México, llegaba á Viena en momentos de tal agitacion, que cualquiera amenaza era nula al lado de los peligros que ofrecía la actitud de la Prusia. Un discurso que acababa de pronunciar Napoleon III en Auxerre, implicaba para Francisco José mas peligros que las notas del gobierno de Washington. Austria necesitaba en aquellos momentos todos sus hombres de combate.

Mientras que en México luchaban los republicanos contra el poder de la primera Nacion militar de Europa, la República de los Estados—Unidos se reponia y quedaba apta para intervenir en los asuntos mexicanos, ya fuese empleando sus buenos oficios, ya su poder físico si era necesario, para poner límites á la política de Napoleon, y destruir el Imperio á cuyo frente estaba Maximiliano. ¿Qué más podia esperarse? Los Estados—Unidos habían conseguido obligar al Emperador frances á que sacara sus tropas de México en un plazo fijo. Para con el Austria habia tambien una actitud de tal manera firme y resuelta, que ya no era posible que de ese pais vieniese un solo hombre en auxilio de Maximiliano y en igual situacion quedaba la Bélgica.

Volviendo la vista al pasado, se notará que los asuntos de México presentaron tres faces con respecto á los Estados Unidos; la primera consistió en las indicaciones que hizo Mr. Seward, al preverse el triunfo del Norte y que el gobierno fraces contestó, pretextando su neutralidad en la guerra doméstica de la Union, y expresando la esperanza de igual neutralidad por parte de los Estados Unidos respecto á la cuestion de México.

La segunda que comienza en Junio de 1865, abraza las reclamaciones del gobierno de los Estados Unidos con motivo de los proyectos de colonizacion de Mr. Gwin, de la acogida dada en México á los confederados, de la recluta de filibusteros para los republicanos, de ciertas palabras del Presidente Johnson al marqués de Montholon y del tono poco comedido y aun amenazante del ministro Seward. En esta face estuvieron á punto de romperse las relaciones entre ambas potencias, pues Mr. Drouyn de Lhuys proponía á los Estados Unidos el reconocimiento del Imperio de México, para que las tropas francesas se retiraran, y le contestaba Seward que la Union no reconocía más gobierno que el de Juarez é insistió en la necesidad de que se retirara el ejército expedicionario,



Don Alonso L. Péón de Regil

Subsecretario de Negocios Extranjeros, cuyo nombramiento le fué dado en el gobierno imperial de Maximiliano á los dos meses de haber llegado éste á México. Después fué el Sr. Peón de Regil representante del Imperio en Italia, con cuyo carácter presenció las dolorosas escenas ocurridas al ser conducida la princesa Carlota Amalia, ya loca, al castillo de Miramar en 29 de Agosto de 1866. El Sr. Peón la acompañó desde Turín hasta Padua, después de haber arreglado en Florencia que en el tránsito de la Emperatriz de México por Italia, se le guardaran toda clase de consideraciones.

no norte-americano se opondria terminantemente á la intervencion militar por parte de Austria, lo mismo que se habia opuesto á la intervencion militar francesa, y pedia al gobierno de Austria que siguiese estrictamente el principio de no-intervencion, como lo seguia el de los Estados Unidos y segun recomendó á la Francia que lo hiciera. El ministro Motley debia pedir sus pasaportes, tan luego que hubiese partido el primer buque con tropas austriacas para México, y notificaria al gobierno austriaco que en tales circunstancias, el representante de Austria en los Estados Unidos tambien recibiria los suyos.

El Austria no podia ocuparse en aquellos momentos sino de asuntos que fuesen relativos á la guerra con que la amenazaban Prusia é Italia. La nota de Mr. Seward contra el envio de voluntarios austriacos á México, llegaba á Viena en momentos de tal agitacion, que cualquiera amenaza era nula al lado de los peligros que ofrecía la actitud de la Prusia. Un discurso que acababa de pronunciar Napoleon III en Auxerre, implicaba para Francisco José mas peligros que las notas del gobierno de Washington. Austria necesitaba en aquellos momentos todos sus hombres de combate.

Mientras que en México luchaban los republicanos contra el poder de la primera Nacion militar de Europa, la República de los Estados—Unidos se reponia y quedaba apta para intervenir en los asuntos mexicanos, ya fuese empleando sus buenos oficios, ya su poder físico si era necesario, para poner límites á la política de Napoleon, y destruir el Imperio á cuyo frente estaba Maximiliano. ¿Qué más podia esperarse? Los Estados--Unidos habían conseguido obligar al Emperador frances á que sacara sus tropas de México en un plazo fijo. Para con el Austria habia tambien una actitud de tal manera firme y resuelta, que ya no era posible que de ese pais viniese un solo hombre en auxilio de Maximiliano y en igual situacion quedaba la Bélgica.

Volviendo la vista al pasado, se notará que los asuntos de México presentaron tres faces con respecto á los Estados Unidos; la primera consistió en las indicaciones que hizo Mr. Seward, al preverse el triunfo del Norte y que el gobierno fraces contestó, pretextando su neutralidad en la guerra doméstica de la Union, y expresando la esperanza de igual neutralidad por parte de los Estados Unidos respecto á la cuestion de México.

La segunda que comienza en Junio de 1865, abraza las reclamaciones del gobierno de los Estados Unidos con motivo de los proyectos de colonizacion de Mr. Gwin, de la acogida dada en México á los confederados, de la recluta de filibusteros para los republicanos, de ciertas palabras del Presidente Johnson al marqués de Montholon y del tono poco comedido y aun amenazante del ministro Seward. En esta face estuvieron á punto de romperse las relaciones entre ambas potencias, pues Mr. Drouyn de Lhuys proponía á los Estados Unidos el reconocimiento del Imperio de México, para que las tropas francesas se retiraran, y le contestaba Seward que la Union no reconocía más gobierno que el de Juarez é insistió en la necesidad de que se retirara el ejército expedicionario,



Don Alonso L. Péón de Regil

Subsecretario de Negocios Extranjeros, cuyo nombramiento le fué dado en el gobierno imperial de Maximiliano á los dos meses de haber llegado éste á México. Después fué el Sr. Peón de Regil representante del Imperio en Italia, con cuyo carácter presenció las dolorosas escenas ocurridas al ser conducida la princesa Carlota Amalia, ya loca, al castillo de Miramar en 29 de Agosto de 1866. El Sr. Peón la acompañó desde Turín hasta Padua, después de haber arreglado en Florencia que en el tránsito de la Emperatriz de México por Italia, se le guardaran toda clase de consideraciones.

La tercera face versó sobre lo que tardarían en retirarse las tropas francesas; suponiendo el gobierno frances que ya en México había un gobierno regular, el de Maximiliano, que se mostraba dispuesto á cumplir honradamente sus compromisos, procuraria celebrar con el Emperador Maximiliano arreglos que dejaran satisfechos los intereses y la dignidad de los franceses, y permitieran considerar como terminado el papel del ejército expedicionario en México, reclamando siempre respecto á la política el principio de no--intervencion, al que ya volvia la Francia. *

* En una reunion habida en Senado de los Estados Unidos el 18 de Junio (1866) propuso Mr. Grimes, que no se nombrara empleado alguno, ni se hiciera desembolso para la exposición universal de Paris, hasta que el gobierno imperial de Francia diera previamente amplias y satisfactorias seguridades al de los Estados Unidos, de que las tropas y todos los oficiales franceses serían retirados inmediatamente del territorio de la República mexicana. En el debate que suscitó esta proposición, se supo que Bazaine había recibido instrucciones del Ministro de la Guerra de Francia para concentrar las fuerzas francesas en las ciudades de México, Puebla y Orizaba, debiendo embarcarse tres cuartas partes de ellas en el próximo Noviembre y el resto en el siguiente Marzo; no se debian emprender ya nuevos movimientos contra los republicanos y por consiguiente no se pretendería recobrar ninguna plaza evacuada.

Se refiere que al tener conocimiento de estas circunstancias Maximiliano, había manifestado su intención de abdicar y salir del país, y que por evitar este paso Bazaine, mandó al pagador general que entregara para los gastos del Imperio quinientos mil pesos, órden que el pagador rehusó obedecer, por tener otra directa del ministro de Hacienda francés para no entregar cantidad alguna. Se aseguró que entónces Bazaine había dispuesto que una fuerza armada forzase la caja y extrajese el dinero para el pago de las tropas que sostenian á Maximiliano.

La enmienda del Senador Grimes quedó retirada, pero las explicaciones que provocó fueron de gran trascendencia, condenando unánimemente el Senado la política del Emperador de los franceses, quien al mismo tiempo que invitaba á los Estados Unidos para la Exposicion Universal, parecia que les insultaba sosteniendo con su ejército una monarquia, desafiando y contrariando la doctrina de Monroe.

CAPITULO SEPTIMO.

Dificultades insuperables con que tropieza la Intervención.—Probabilidades de guerra en Europa.—Enérgica nota de Mr. Seward.—Sostiene que existía guerra entre Francia y la República Mexicana.—Fíjanse los periodos de desocupacion.—Regresa á Mexico el Comandante Loysel.—Disgusto del ejército frances en México.—Queda á la defensiva.—Organízanse los cazadores de México.—No se lograba formar el ejército mexicano.—Trabajos y planes del señor Lacunza en el Ministerio de Hacienda.—Intrigas de los imperialistas cerca de Maximiliano.—Plan de desocupación propuesto por Bazaine.—Le dirige Maximiliano una carta sobre el asunto.—Napoleon III exige que sean entregadas las aduanas mexicanas á los agentes franceses.—Algunas disposiciones de Maximiliano.—Fiestas en la Corte.—D'Osmont y Friant son llamados al Ministerio.—Insistencia acerca del Concordato.—Planes que pretende desarrollar el general Santa-Anna.—Se nulifican sus efuerzos.—Su nota al Ministro Romero.—Contestación de este reprochándole su pasado.—Nuevas esperanzas del partido imperialista.—Las armas republicanas dominan en los Estados.—La Huasteca y la frontera del Norte.—El general Escobedo provee á sus fuerzas de armas y pertrechos.—Mercancias almacenadas en Matamoros.—Necesidad de darles salida para Monterrey.—Batalla de Santa Gertrudis.—Es derrotado el general Olvera.—Gran botin tomado por los republicanos.—Capitula el general Mejia en Matamoros con el general Carbajal.—Abandona violentamente el puerto.—Escobedo organiza sus fuerzas en Nuevo León.—Avanza para San Luis Potosí el general Treviño.—Envia á Zacatecas al general Díaz de Leon.—Capitula Tampico.—Maximiliano quiere que se defienda aun la frontera del Norte.—El Presidente Juarez desaprueba la capitulacion de Matamoros.—El Estado de Veracruz.—Ataque á la Villa de Tlacotalpam.—Los imperialistas de Yucatán ocupan á Jonuta.—En Michoacan crece la actividad republicana.—Estados del Pacífico.—Queda allá nulificado el poder imperial.—El general Corona envía una expedición contra Lozada.—Establece su cuartel general en el Presidio.—Toman los republicanos las ciudades de Ures y Hermosillo.—Los imperialistas pierden á Sonora.—Son aprehendidos y fusilados allí sus principales jefes.—Se lleva adelante la desocupación de Durango.—Atacan los republicanos al Fresnillo y Villanueva y son rechazados.—Gonzalez Ortega insiste en su protesta contra la prórroga presidencial del Sr. Juarez.—Regresa este á Chihuahua.—Los Estados Unidos continúan ejerciendo presión sobre la Corte de las Tullerias.

Inquieto ya el gobierno frances por las probabilidades de un conflicto con Alemania, le era perjudicial estar privado del concurso de los treinta mil soldados aguerridos que se hallaban á este lado del Atlántico. En la Francia misma le agobiaban las manifestaciones hechas en la tribuna y en la prensa, en sentido de que se pusiera término á la empresa ésteril de la ocupacion del territorio mexicano. A estas manifestaciones se unia la declaracion hecha á fines de Diciembre

de 1865 y dirigida por el gobierno norte-americano al marques de Montholon, ministro frances, exponiendo á proposito de la ocupación de México, las miras políticas en lo que se relacionaba con el continente americano; atacaba directamente la Intervencion francesa y hacia comprender que la ocupación armada podia convertirse en causa de grandes peligros; estas declaraciones eran un avance enorme con respecto á lo que se habia dicho en 1864, pues entonces el gobierno norte-americano se habia limitado á manifestar al frances, "que el sentimiento unánime del pueblo americano, se oponia al reconocimiento de una monarquía en México."

Otra nota diplomática del Presidente Johnson fué enviada el 12 de Febrero de 1866, pidiendo que se fijara la fecha precisa del regreso de las tropas francesas. Una vez admitido en principio el regreso de ellas á Europa, habia que determinar esa fecha como una necesidad para calmar las susceptibilidades del pueblo norte-americano. Tantas exigencias de parte del gobierno de la Union, indicaban que el Imperio de Maximiliano se encontraba á merced del capricho de los norte-americanos, vencedores ya de la política francesa en el nuevo continente. En esta segunda nota diplomática, tan notable en el fondo como en la forma, combatia Mr. Seward en quince páginas, con inexorable lógica, los argumentos de Mr. Drouyn de Lhuys, cerrando cualquiera salida á los aplazamientos calculados ó imprevistos; consideraba el ministro americano la urgencia de retirar las tropas francesas lo mas pronto que fuese posible, como una prueba de que se evitarian al gobierno norte-americano aprehensiones é inquietudes, sobre lo cual ya se habia insistido con Mr. Drouyn de Lhuys. "Es de mi deber sostener, decia Mr. Seward, que cualesquiera que sean las intenciones, el objeto y motivos de la Francia, los medios adoptados por alguna clase de México para derribar al gobierno republicano de su pais y aprovechar la intervencion francesa, con el fin de establecer una monarquia imperial sobre las ruinas de ese gobierno, *todo ha sido á los ojos de los Estados Unidos, sin la autorizacion del pueblo mexicano y ejecutado contra su voluntad y su opinion.*" "*Los Estados Unidos no tienen ninguna prueba satisfactoria de que el pueblo mexicano haya hablado, ó que haya establecido ó aceptado el pretendido Imperio que se asegura ha quedado establecido en la capital; y segun lo he hecho notar otras veces, los Estados Unidos son de parecer que semejante sentimiento no podia ser ni libremente obtenido, ni lejítimamente acogido en ninguna época en presencia de un ejército frances invasor, siendo necesaria la retirada de las fuerzas francesas para que México pueda recurrir á una manifestacion de tal naturaleza.*" "LA UNION NO RECONOCE, NI DEBE EN EL PORVENIR RECONOCER EN MEXICO OTRO GOBIERNO QUE LA ANTIGUA REPUBLICA, y no puede, en ningun caso, consentir y comprometerse en lo que implicara, directa ó indirectamente, relaciones con el príncipe Maximiliano, instituido en México, ó un reconocimiento de este príncipe." Le pareció inoportuno á Mr. Seward un debate que acabaria por dañar la armonia y la amistad que hasta entonces reinaba entre los Estados Unidos y Francia, con-

tentándose los primeros con exponer á las segundas, las exigencias de una situacion embarazosa en México, y expresar la esperanza de que se usara algun medio compatible á la vez con el interes y la dignidad, y con los principios é intereses de los Estados Unidos para despejar sin tardanza situacion tan perjudicial." Los Estados Unidos sostenian que la guerra de intervencion era una guerra política entre Francia y la República mexicana, perjudicial y peligrosa para los Estados Unidos y para la causa republicana; bajo este aspecto y con este criterio pedian el fin de ella; consideraban á Napoleon resuelto á llamar las tropas que ocupaban á México, y de acuerdo con los norte-americanos en cuanto al principio de no-intervencion. La República del Norte deseaba librarse del embarazo que le ocasionaba el asunto de México; pero sin desconcertar sus relaciones con la Francia, asegurando Mr. Seward, que tendria gran placer en que el Emperador le comunicara definitivamente la época en que terminarian las operaciones militares de la Francia en México.

La rudeza de las notas norte-americanas, era inevitable consecuencia de la política intervencionista; ya no era la Francia la que ofrecia la paz ó la guerra, como lo hizo en Abril de 1864, ahora eran los Estados Unidos los que mandaban y hacian experimentar al Imperio bonapartista una serie de humillaciones desde fines del año 1865.

En ese conflicto era preciso sacrificar á álguien, y Maximiliano fué la víctima escojida á la hora de las desgracias y el desaliento del gobierno frances; la ambicion cegó al Príncipe hasta el grado de no ver cual habria de ser la definitiva actitud de los Estados Unidos; parecia que tanto él como los políticos franceses, carecian de datos para percibir que la República del Norte, limítrofe á México, habia de ejercer su imperiosa accion en el dia conveniente, y que entónces seria necesario ceder el puesto y abandonar la empresa, sufriendo el ejército frances las consecuencias de una brusca y desastrosa retirada, por la gran distancia á que la Francia tenia que operar.

Habiase convenido que las tropas francesas fueran conducidas sucesivamente en buques de la marina imperial; pero despues celebró un convenio el ministro de Marina con la compañía Trasatlántica, para que ésta se encargara del transporte de dichas tropas.

En caso de que estallara la guerra en Europa, entre Austria y Prusia, el ejército francés se retiraria de México ántes de los plazos señalados en una nota que insertó "*Le Moniteur*" el 6 de Abril, concordante con la comunicación trasmitida al gabinete de Washington por el Marqués de Montholon.

Para dirigir y regularizar la retirada, salió el Mariscal Bazaine de México á fines de Junio, precediéndole varios oficiales de su Estado Mayor, y se dirigió á San Luis Potosí.

Todavía Maximiliano quiso evitar la retirada de sus aliados y para ello dió nueva mision á su consejero M. Eloin, á fines del mes de Junio, sin que bastara el envio del general Almonte, quien fué recibido por Napoleon en calidad de ministro plenipotenciario el 20 de ese mes, siendo de notar que en tal acto no se pronunciaran discursos.

Napoleon, no solamente retiraba sus tropas, sino que resolvió reembolsar los créditos franceses con el producto de las aduanas mexicanas, percibido por agentes franceses á la sombra de su bandera; pretendia que los puertos de que aun disponia Maximiliano, fuesen tomados en rehenes por los expedicionarios. Almonte debia procurar que tal disposicion no se llevara á efecto, pues equivalia á dar al Imperio de Maximiliano el tiro de gracia. El resultado de tal pretension no podia ser otro, que la pugna entre Maximiliano y el ejército expedicionario frances en México.

En Paris se supo que Napoleon habia dirigido á Maximiliano una carta autógrafa, pidiendo que las aduanas mexicanas fuesen colocadas bajo la administracion francesa, como garantía del empréstito mexicano. Si Maximiliano no aceptaba la proposicion las tropas francesas recibirian órden de retirarse inmediatamente; en caso contrario se mantendrian los términos en que se habia anunciado la retirada del ejército frances. "L'Estafette" hizo notar, que el gobierno frances exigia solamente la mitad de los rendimientos de las aduanas de Veracruz y Tampico, segun resultaba de los despachos de Mr. Drouyn de Lhuys á la legacion francesa en México.

En una nota fechadael 15 de Abril, declaraba el ministro Drouyn de Lhuys al gobierno americano, que el Emperador habia resuelto que las tropas francesas evacuaran el territorio mexicano en tres porciones: la primera debia partir en el mes de Noviembre de 1866, la segunda en Marzo de 1867 y la tercera en Noviembre del mismo año. Ademas, la Francia ofrecia seguir en los asuntos de México el principio de no-intervencion.

El gobierno de los Estados Unidos manifestó al Emperador Napoleon, que no intervendria respecto de México; bajo la fé de esa declaracion podia retirarse con menos desaire el ejército expedicionario. Arreglóse la conduccion de las tropas de regreso, en los paquetes trasatlánticos que servian entre el Havre y Nueva-York para emigrantes; llegarian á Veracruz para recibir á bordo á los expedicionarios y conducirlos á San Nazario.

Los soldados franceses se mostraban ya cansados de la guerra que hacian: ridiculizaban las declaraciones de su gobierno acerca de que México estaba pacificado y aun muchos de ellos calificaban de injusta la política de su Emperador; tambien hacian comentarios semejantes los belgas, que ocupaban á Monterrey y el Saltillo; no veian porvenir ni objeto alguno en la guerra, creian que el gobierno de Maximiliano no podia consolidarse sin el auxilio de numerosos refuerzos, y consideraban impolítica é injustificable la intervencion ejercida en México.

En la forma con que apareció en el periódico oficial del gobierno frances la órden para la retirada del ejército expedicionario, se notaba desde luego que no habia habido acuerdo previo entre Napoleon y Maximiliano. En el "*Moniteur*"

se leia: *el Emperador ha decidido la retirada,* pero en nada se referia á la situacion en que dejaba al Imperio mexicano que Napoleon quiso crear.

A mediados de Mayo regresaba de Europa el comandante Loysel, antiguo gefe del gabinete militar del Emperador Maximiliano; traiale noticias positivas de la desocupacion del ejército expedicionario.

El plazo señalado para la retirada de las tropas francesas, pudo aprovecharse en formar, instruir y poner en pié de guerra un ejército permanente mexicano, que sostuviese la causa del Imperio; pero se siguió perdiendo el tiempo con las vacilaciones y por la desconfianza que abrigaron siempre la Emperatriz y el Emperador hácia el ejército nacional. Esa deficiencia ocasionaria sin duda, que á la retirada del expedicionario no estuvieran allanadas las dificultades, ni convenientemente organizados los elementos indispensables al mantenimiento del órden y estabilidad del Imperio.

Segun lo resuelto por Napoleon, en poco menos de diez y ocho meses el último soldado frances habria abandonado el territorio nacional. La prensa de oposicion en Francia queria que el ejército fuera llamado inmediatamente, juzgaba aquel plazo demasiado largo y temia que surgiesen circunstancias que comprometieran el interés ó la honra de la Francia. La vuelta del ejército expedicionario se consideraba asunto enteramente convenido, aun con el gobierno de Maximiliano, lo que no fué cierto.

El cuartel general frances se apresuró á proporcionar á Maximiliano el concurso de los oficiales capaces y necesarios para formar los batallones mixtos. El 17 de Mayo escribia Maximiliano una larga carta al Mariscal Bazaine, diciéndole que en la última que habia recibido de Napoleon, le informaba este haber dado las órdenes mas perentorias con objeto de que se le prestara al Imperio mexicano el concurso indispensable para terminar la obra tan gloriosamente comenzada, dándole el auxilio necesario para formar de una manera sólida el ejército nacional, crear los cuerpos mixtos y reformar los de voluntarios. Para asegurar este objeto, invitó Maximiliano á Bazaine á tener frecuentes conferencias, asistiendo el Ministro de Guerra y el intendente Friant, para fijar de una manera definitiva los planes de organizacion, los gastos y elegir el personal; tambien le pedia al Mariscal, fuerzas para pacificar rápida y enteramente al pais, basandose sobre los datos que habia adquirido de todos los puntos del Imperio. Propuso Maximiliano que asistiese á las sesiones el comandante Loysel, con el encargo de redactar confidencialmente las discusiones y establecer el órden y la prontitud deseadas; tambien queria que asistiera á las reuniones el general Uraga como representante del ejército mexicano. Urgia la organizacion de veinte mil hombres de tropas nacionales y la de los cuerpos mixtos conocidos ya con con el nombre de cazadores de México, base principal segun Maximiliano, para el futuro ejército y la sistemática pacificacion del pais; en lo primero podian aprovecharse las pocas fuerzas disciplinadas mandadas por los jefes Mejia, Mendez, Garcia y otros, despidiendo inmediatamente á todos los que formaban soldadesca sin valor.

Para formar, en la situacion comprometida en que ya se encontraba el Imperio, batallones de infanteria y buenos regimientos de caballeria, propuso Maximiliano á Bazaine un proyecto que él mismo propiamente calificó "*de un poco apegado á la edad media*;" consistia en elegir individuos de confianza, debiendo ser la mitad de oficiales europeos de muy reconocida experiencia; de estos serian nombrados los jefes de los batallones y regimientos y al dárseles instrucciones netas y claras, se les diria: "*Teneis la responsabilidad, elegid vuestros oficiales; obrad y sereis sostenido; pero á condicion de que formeis rápida y eficazmente vuestro batallon.*"

La formacion de los cuerpos mixtos quedaba á cargo de Bazaine y para calcular el número necesario de soldados y los gastos que habian de hacerse, podian consultarse las relaciones y los informes dados por las comisiones imperiales y los generales con mando, datos que se encontraban en la secretaria del Emperador Maximiliano. *

A pesar de estos y otros esfuerzos, la formacion del ejército imperial mexicano siempre estuvo en problema; las comisiones absorvieron las oportunidades mas valiosas, casi siempre en vano; pero el tiempo apremiaba y la solucion de tan graves dificultades no podia verificarse en un dia; ademas, con ese sistema de variabilidad, las tropas mexicanas sufrian en su dignidad y con la incertidumbre se originaban constantes deserciones. El conde de Thun, que no habia querido organizar el ejército nacional, no obstante el mal estado de su salud volvia á encargarse á principios del mes de Mayo de la segunda División militar, cuyo centro estaba en Puebla; acompañábale el coronel Zaahg que habia tenido participio en la sumisión de la Sierra.

* Cuando ya era irremediable la partida de las tropas expedicionarias, se dirigió Bazaine á Maximiliano en carta de 6 de Junio de ese mismo año, diciéndole: "he recibido la carta que V. M. me ha dirigido el 3 de este mes, y por la cual S. M. se digna investir de una autoridad absoluta para la organización de los batallones de Cazadores de México, y de la reagrupación del ejército mexicano, al general jefe de Estado Mayor general y al intendente en jefe del ejército. He comunicado al Sr. general Osmont y al Sr. intendente militar Friant, las intenciones de V. M. Tendré el honor de tenerle al corriente de los resultados que se obtengan progresivamente." Añadía que los oficiales generales destinados de antemano, se ponían á la obra con celo é inteligencia muy dignos de alabarse, que los oficiales y soldados del ejército frances respondían al llamamiento con una prontitud que justificaba los esfuerzos que se tenían concebidos de la formación de otros nuevos cuerpos; que ya de antemano ciertos batallones de cazadores estaban armados y equipados, cuando llegó la noticia de que es retiraba el subsidio que el Mariscal y el Ministro de Francia habían acordado provisionalmente como absoluto é indispensable para levantar el ejército mexicano, única garantía capaz de protejer los intereses de los residedtes extranjeros gravemente amenazados, y asegurando que cualquier otra solución pondría en peligro, no solamente los intereses sino la vida de los extranjeros, íntimamente ligada con la subsistencia del Imperio. Maximiliano se fió de los individuos que le recomendaba el gobierno francés como grandes capacidades, para arreglar la hacienda y el ejército de México; pero sea por ineptitud ó por malicia, nada hicieron durante mucho tiempo.

Del descontento contra el Imperio daban muestras diarias en los puntos sometidos á este, no solamente los nacionales sino también los extranjeros. El 5 de Mayo amaneció la calle que en la capital lleva tal nombre, cubierta de flores, así como la tumba de Zaragoza, y en las esquinas se fijaron pasquines y versos que tambien se desparramaron en las calles, ensalzando la independencia nacional; representáronse con frecuencia funciones teatrales en que se daban vivas á México, á la nacionalidad y aun á la República, habiéndose dado el caso de que el general Bazaine tuviera necesidad de abandonar el teatro antes de concluir la funcion, con motivo de tales manifestaciones.

Suprimido el Consejo de Estado cuya organizacion consideró Maximiliano defectuosa, lo reemplazó por otro de tres miembros, para que se entendieran en el arreglo de los negocios contencioso-administrativos.

Al tomar posesión del ministerio de hacienda el Sr. Lacunza, propuso que se remediara el mal estado del erario por el medio natural de disminuir los gastos y aumentar las entradas; aceptó los proyectos que dejó escritos Mr. Langlais, queriendo ponerlos en práctica. La reduccion de los gastos comenzó desde la lista civil del Emperador, que bajó á la tercera parte de lo que era en el Imperio de Iturbide, y redactó Lacunza el nuevo presupuesto de gastos proponiendo aumento de derechos, principalmente en las aduanas marítimas. Pero para poner en práctica el nuevo arreglo, era preciso el tiempo, elemento indispensable al desarrollo de cualquier proyecto, y en ese periodo de transicion era necesario contar con el apoyo que únicamente la Francia podria proporcionar, verdad que también fué reconocida por el financiero Langlais, á cuya muerte fueron suspendidos los auxilios pecuniarios que estaba dando el gobierno de Napoleon. Si se apelaba á los capitalistas haciendo negocios ruinosos para el erario, vendría con el descrédito nueva escasez; á los pocos días habría necesidad de nuevos negocios y para reembolsar á los prestamistas seria forzoso tomar una parte de las rentas marítimas destinadas á cubrir los compromisos contraidos en el exterior, y á tal resultado conduciria el retirar la cooperacion francesa antes de la época conveniente. Consideraba el ministro Lacunza, que la intervencion de la Francia no podria oponerse á las amistosas intenciones del Emperador Napoleon y á su misma política; tampoco podian ser abandonados los que habian aceptado el Imperio mexicano y la Intervencion, apoyados en la buena fé y la fidelidad de las promesas.

Lacunza hizo notar á Bazaine, que hasta hacia poco el Imperio y la Intervencion habian dominado el desórden en la hacienda pública, los pagos habían sido puntuales y las rentas no habian estado expuestas á las especulaciones del agio; los empréstitos en Europa presentaban forma regular, y si ahora el Emperador Maximiliano se veia precisado á no pagar ya los gastos, agotados los recursos que dieron los empréstitos, se volveria de nuevo al desórden, todo el bien producido y todas las esperanzas concebidas vendrian á ser problemáticas, y aunque era seguro el resultado final, se prolongarian los sacrificios y aumentarian



Don Esteban Villalva,

Consejero y Subsecretario de Hacienda en Junio de 1867.

Desde el mes de Agosto de 1865 fué nombrado el Sr. Villalva segundo Subsecretario de Hacienda, cuyo ramo se encontraba en condiciones tales, que era imposible levantarlo de la postración á que llegó. El Sr. Villalva estuvo en las conferencias de Orizaba y opinó contra la abdicación. Al caer el Imperio se le conmutó la pena impuesta por la ley de 25 de Enero de 1862, en destierro fuera de la República.

Del descontento contra el Imperio daban muestras diarias en los puntos sometidos á este, no solamente los nacionales sino también los extranjeros. El 5 de Mayo amaneció la calle que en la capital lleva tal nombre, cubierta de flores, así como la tumba de Zaragoza, y en las esquinas se fijaron pasquines y versos que tambien se desparramaron en las calles, ensalzando la independencia nacional; representáronse con frecuencia funciones teatrales en que se daban vivas á México, á la nacionalidad y aun á la República, habiéndose dado el caso de que el general Bazaine tuviera necesidad de abandonar el teatro antes de concluir la funcion, con motivo de tales manifestaciones.

Suprimido el Consejo de Estado cuya organizacion consideró Maximiliano defectuosa, lo reemplazó por otro de tres miembros, para que se entendieran en el arreglo de los negocios contencioso-administrativos.

Al tomar posesión del ministerio de hacienda el Sr. Lacunza, propuso que se remediara el mal estado del erario por el medio natural de disminuir los gastos y aumentar las entradas; aceptó los proyectos que dejó escritos Mr. Langlais, queriendo ponerlos en práctica. La reduccion de los gastos comenzó desde la lista civil del Emperador, que bajó á la tercera parte de lo que era en el Imperio de Iturbide, y redactó Lacunza el nuevo presupuesto de gastos proponiendo aumento de derechos, principalmente en las aduanas marítimas. Pero para poner en práctica el nuevo arreglo, era preciso el tiempo, elemento indispensable al desarrollo de cualquier proyecto, y en ese periodo de transicion era necesario contar con el apoyo que únicamente la Francia podria proporcionar, verdad que también fué reconocida por el financiero Langlais, á cuya muerte fueron suspendidos los auxilios pecuniarios que estaba dando el gobierno de Napoleon. Si se apelaba á los capitalistas haciendo negocios ruinosos para el erario, vendría con el descrédito nueva escasez; á los pocos días habría necesidad de nuevos negocios y para reembolsar á los prestamistas seria forzoso tomar una parte de las rentas marítimas destinadas á cubrir los compromisos contraidos en el exterior, y á tal resultado conduciria el retirar la cooperacion francesa antes de la época conveniente. Consideraba el ministro Lacunza, que la intervencion de la Francia no podria oponerse á las amistosas intenciones del Emperador Napoleon y á su misma politica; tampoco podian ser abandonados los que habian aceptado el Imperio mexicano y la Intervencion, apoyados en la buena fé y la fidelidad de las promesas.

Lacunza hizo notar á Bazaine, que hasta hacia poco el Imperio y la Intervencion habian dominado el desórden en la hacienda pública, los pagos habían sido puntuales y las rentas no habian estado expuestas á las especulaciones del agio; los empréstitos en Europa presentaban forma regular, y si ahora el Emperador Maximiliano se veia precisado á no pagar ya los gastos, agotados los recursos que dieron los empréstitos, se volveria de nuevo al desórden, todo el bien producido y todas las esperanzas concebidas vendrian á ser problemáticas, y aunque era seguro el resultado final, se prolongarian los sacrificios y aumentarian



Don Esteban Villalva,

Consejero y Subsecretario de Hacienda en Junio de 1867.

Desde el mes de Agosto de 1865 fué nombrado el Sr. Villalva segundo Subsecretario de Hacienda, cuyo ramo se encontraba en condiciones tales, que era imposible levantarlo de la postración á que llegó. El Sr. Villalva estuvo en las conferencias de Orizaba y opinó contra la abdicación. Al caer el Imperio se le conmutó la pena impuesta por la ley de 25 de Enero de 1862, en destierro fuera de la República.

los gastos. Segun opinion del Sr. Lacunza, no quedaba para Bazaine más que la alternativa de imponer al tesoro frances una ligera carga, para concluir la obra emprendida por el Emperador Napoleon, ó bien abstenerse para despues imponer á ese mismo tesoro gastos y sacrificios mucho mayores, pues la empresa no podia quedar abandonada.

Maximiliano llamó el 30 de Abril á una junta al general en jefe, al ministro Danó, al inspector de hacienda delegado por Napoleon, Mr. de Maintenant, y á los ministros de la corona; la sesion fué fría y tirante, el ministro Lacunza reclamaba del tesoro frances un préstamo mensual de un millon de pesos; pero los representantes del gobierno frances, según las terminantes instrucciones que habian recibido, manifestaron no poder satisfacer la demanda. Entónces Maximiliano tomó la palabra y dijo: "*La cuestion, hechos á un lado los detalles, viene á reducirse á lo siguiente: la bancarrota del tesoro ó la esperanza de salvarlo.*" si las personas que representan á la Francia en esta reunion, no quieren arrojar sobre sí la responsabilidad de haber gastado algunos millones, cargarán la de haber dejado llegar la bancarrota, lo que, con toda seguridad no va conforme con los deseos del Emperador Napoleon, que siempre se ha mostrado amigo del Imperio." Entónces Bazaine siguió un término medio, pues concedió la mitad de lo que Maximiliano solicitaba, atendiendo á que las cartas de Napoleon á Maximiliano contenian siempre promesas directas de apoyo eficaz, aunque siempe junto con ellas llegaban órdenes emanadas de los ministros prohibiendo á los agentes franceses dar auxilios pecuniarios, y no se aprobaban al Mariscal los que autorizaba.

El hecho de haber puesto término la Francia á la proteccion pecuniaria, produjo grande efecto pues era precursor de la retirada del cuerpo expedicionario y en consecuencia de la caida del Imperio mexicano. Ya entónces comenzaba á dar sus frutos la política de aventuras del Emperador frances, siendo el primer paso la humillacion del amor propio ante la política del gabinete de Washington, que no podia olvidar el reconocimiento de beligerantes, dado pcr la Francia en un tiempo á los rebeldes del Sur. Triunfantes ahora los norte-americanos, estaban resueltos á exigir, tanto á la Francia como á Maximiliano, a expiacion de la imprudente conducta seguida con México; el momento oportuno estaba bien calculado por el ministro Seward, ayudado por el cambio operado en la nacion francesa, respeco de la verdadera situacion del nuevo Imperio mexicano, á causa de los informes contenidos en las correspondencias privadas, opuestos á las noticias oficiales que llevaban constantemente los paquetes que, procedentes de Veracruz llegaban á San Nazario.

Los imperialistas procuraron, desde los primeros momentos en que se supo que se retiraba el ejército frances, hacer creer á Maximiliano que los elementos nacionales del Imperio subsistían, y que en vez del cuadro de anarquía y esterminio que presentaban sus enemigos, habia certeza de consolidar una administracion estable; le aseguraron que el gobierno contaba con el prestigio de su polí-

tica y de sus relaciones en el extranjero, y con la opinion del pueblo cuyos intereses cuidaba y desarrollaba, y en fin, con reemplazar suficientemente el ejército que regresaba á Francia; le decian, aun en el "Diario del Imperio," que los elementos que le sostendrian eran efectivos é inspiraban confianza, estando muy distantes de las quiméricas suposiciones con que se quería alarmar á él y á la Nacion, anunciando una época de terror y de anarquía.

Por algunas disposiciones en favor del pueblo, quiso Maximiliano atraerse popularidad; una de ellas consistió en prohibir que fuese monopolizado el ganado para el abasto; y por otra ordenó que las provisiones de mayor uso entraran libremente á la ciudad. De pronto, á fines de Mayo, preside diariamente el Consejo de ministros, quiere arreglar el presupuesto, el contingente del ejército, y adoptar nuevas bases para la defensa de los distritos rurales, acantonando en ellos destacamentos regulares, á cortas distancias unos de otros, y aun pretendió establecer un plan de mayor energía administrativa en toda la extension del territorio; apoyado en nuevos elementos pensó formar un gran partido nacional invitando á todos los retraidos para agruparse en torno del Imperio, y prestarle su apoyo en los momentos en que cesara el que le daba la Intervencion.

Conforme á las órdenes recibidas por el mariscal Bazaine, envió este á Paris un plan de evacuacion progresiva del territorio mexicano. Usando de las facultades que le dió su gobierno y preocupado con la suerte que corriera la nueva monarquía, propuso que la retirada se verificase en tres plazos, de manera que comenzando en Noviembre de 1866 concluyese durante el otoño de 1867, dejando así aun por veinte meses la proteccion francesa para el Imperio; este proyecto fué acogido favorablemente en el palacio de las Tullerias, pero en la práctica introdujo modificaciones el gabinete frances. *

* Para justificar su conducta apeló el Ministerio frances á argumentos que nada habrían significado dos años antes:

"La tutela extrangera, decía Drouyn de Lhuys, cuando se prolonga, es una mala escuela y fuente de peligros; en el interior la nación se habitúa á no contar consigo misma y se paraliza la actividad nacional; en el exterior, suscita sombras y despierta suceptibilidades"; decía que ya era llegado el momento en que México se elevara á la altura de las circunstancias difíciles que atravesaba, lo cual se lograría con la union del pueblo y de su soberano, cimentadas en pruebas valerosas, aceptadas y soportadas en comun.

La nota que tanto y tan mal efecto causó en el gobierno de Maximiliano, al comunicarle la retirada de la Intervencion, fué contestada por éste de la manera siguiente: había sorprendido dolorosamente al Emperador, no tanto por la naturaleza de su contenido, sino por los motivos que se alegaban para justificar la conducta observada; la obligación de pacificar el país no había sido satisfecha y por consiguiente no se podía ejercer el cumplimiento de cargas recíprocas, pues sin la paz no habría presupuesto equilibrado, ni aumento de rentas; la culpa del mal debía recaer en el Comandante en Jefe del ejército-franco mexicano; que en un año de inaccion dejó que los disidentes se hicieran dueños de más de la mitad del país; las aduanas marítimas y fronterizas estaban improductivas porque los disidentes cortaban las comunicaciones en el interior, ¿y disminuyendo los recursos

El 13 de Enero de 1866 el Emperador había escrito al comandante en jefe: "en cuanto á las necesidades de las tropas nacionales que se encuentran en parte desprovistas de vestuario y equipo, nadie sufre tanto física y moralmente como yo; desgraciadamente esta guerra interior, por su duración, absorve ella sola todas las rentas del Estado. Sin embargo, estoy resuelto á hacer todos los sacrificios para conseguir un fin, tan impacientemente esperado por la opinión pública del país y por la Francia: acabo de dar órden de comprar armas y vestuario hasta donde podamos.

podía exigirse el equilibrio entre las rentas y los gastos? ¿podría cumplirse el tratado de Miramar, estando reducido el gobierno solamente á la aduana de Veracruz? México tenia obligación pór ese tratado, de pagar la permanencia del cuerpo expedicionario; pero entendía que el ejército de ocupación debía dominar, no solo una parte sino en todo el país, y no podía preverse que los trasportes de guerra con las columnas militares, hubieran ocupado y evacuado catorce veces á Michoacan, cinco á Monterrey, dos á Chihuahua y así á las demás poblaciones y Departamentos. "El gobierno imperial mexicano no podía prever y no había admitido, que despues de tres años de una guerra ruinosa, el comandante en gefe del ejército franco-mexicano, disponiendo de cincuenta mil hombres, no hubiera reducido todavia á la obediencia las ricas provincias de Guerrero, de Tabasco, de Chiapas, en las que no se presentó un solo soldado frances, y que al cabo de ese tiempo, gracias á la inacción ó disposiciones del comandante en gefe, los vastos Estados del Norte fueran recobrados por los Juaristas." Demostraba eso á primera vista, la situación militar y notoria injusticia al reprochar al gobierno imperial, el no haber llenado las exigencias del tratado de Miramar, pues el general en gefe había privado al gobierno de sus mas indispensables recursos, sin concluir la guerra. Cuando terminaba la lucha civil de los Estados-Unidos, Maximiliano había recordado al comandante en gefe, la necesidad de desplegar la mayor actividad para terminar la pacificación; pero el Mariscal no solamente pormaneció sordo á esas exhortaciones, sino que abandonó provincias enteras para retirar sus tropas, dejándolas por muchos meses en una inacción fatal. El 10 de Noviembre de 1865, escribía Maximiliano á Bazaine, oponiéndose á la desocupación de Monterrey y otras ciudades importantes del Norte, y que era necesario dar auxilio y socorro al general Mejía que se encontraba en difícil situación en Matamoros. En 4 de Diciembre del mismo año, insitió Maximiliano sobre el asunto, refiriéndose á la desocupación de Sinaloa y el Departamento de Mazatlán, antes que cuerpos mexicanos bien organizados reemplazaran á los franceses; Corona se posesionaba de todo el país sometido y la confianza que las poblaciones tenían en el Imperio se quebrantaba profundamente, haciendo que se perdiera el espíritu público más que si se hubiere experimentado un gran desastre, pues parecía que el gobierno no tenía fé en el porvenir. Tampoco había querido el Mariscal escuchar las peticiones que se le hacían acerca de la Baja California.

Que el Mariscal había reconocido la verdad de todo lo expuesto, era un hecho, puesto que anunció en Enero de 1866, que "iba á cesar la inaccion de las tropas y que bien pronto el Emperador vería que no era la cuestión militar la que mas le debía ocupar;" pero la realidad llegó á demostrar que tambien tal promesa quedaba en letra muerta. En la Memoria presentada por el Mariscal, se quejaba de la infidelidad de algunas autoridades, culpaba á Maximiliano de que las rentas públicas guardaban el mayor desorden; que el sistema seguido era defectuoso y que los empleados de la Administración eran incapaces ó faltos de probidad, á lo que se contestó que ya con Budin al inaugurarse el imperio, con Cortá poco despues, con M. Bounefonds en seguida y con M. Langlais, investido con atribuciones superiores á las de los Ministros, ninguno logró encarrilar siquiera la hacienda pública.

No se desanimó Maximiliano por las dificultades que se le presentaban y aunque en él dominaba el poeta al hombre de negocios, se esforzó en vencer los obstáculos y quiso acometer la obra con resolucion y aliento; la creacion de los cazadores le dió ánimo y su primer paso fué afrontar resueltamente la cuestion militar, eliminando á muchos oficiales peligrosos y reduciendo las fuerzas nacionales en los lugares donde no prestaban servicios correspondientes y eran una carga para el erario; á este fin dirigió desde Cuernavaca una carta al ministro de Guerra, general García el 11 de Mayo (1866.) *

Pareció que al fin conseguiría llegar Maximiliano al definitivo arreglo del ejército, estableciendo en las Divisiones militares del Imperio ocho batallones de infantería, con la denominación de "Cazadores de México," y que ademas continuaria con actividad los esfuerzos para la organización de toda la fuerza nacional. Suponían los imperiales, que al concluir el mes de Junio existirían catorce batallones más de infantería y ocho regimientos de caballería, con la fuerza correspondiente de artillería, ingenieros y tren.

Maximiliano tenía que proveer por sí mismo, al retirarse los franceses, al sosten de su administración y esta circunstancia no era una novedad, pues se apoyaba en el convenio de Miramar; ¿pero era dable á Maximiliano crear la hacienda y el ejército? A veces lo creía, considerando que para lo uno y lo otro había en México elementos suficientes, no obstante la triste situación del país; en ocasiones daba señales de parecerle imposible esa magna obra. Sus adictos le aseguraban, que reducido el presupuesto de gastos á lo mas estricto, producirían las rentas lo suficiente para las necesidades del gobierno, y consideraban á propósito el plan del Sr. Lacunza. Sostenían también que para conseguir atraerse la opinión pública, debían cesar de conocer las cortes marciales en los delitos del

* Describíale el proyecto concerniente á la nueva organización del ejército, cuyas bases le parecían aceptables; pero le recomendaba que lo comunicara al general Bazaine para saber si no desaparecian algunos cuerpos que representaran un papel importante en el plan de las operaciones militares; la obra de suprimir cierto número de fuerzas organizadas era muy delicada, porque podria dar el resultado de que los oficiales separados fuesen á engrosar las filas de los disidentes, y para evitarlo debían tomarse las precauciones necesarias; además, quería Maximiliano que se reglamentara el modo de operar la reduccion fijando una fecha precisa, en la que cada comandante de cuerpo, de batería, de compañía y demas, formara con intervencion de la autoridad militar mas próxima un estado del efectivo, vestuario y armamento que sería recibido por ella, como perteneciente á las fuerzas licenciadas que debieran ser principalmente las que formaban grupos pequeños y que, por su falta de disciplina ó ignorancia de sus jefes, podrian sublevarse en los momentos en que supieran que iban á ser disueltas. Debia estudiarse, antes de que se conociera la disposicion para reducir las fuerzas existentes, cuales eran los lugares que, al retirarse las guarniciones seria necesario cubrir con los regimientos. Los oficiales que resultaran en el desarme de las fuerzas excedentes pasarian al depósito, en tanto que se examinaban sus despachos ó se les daba licencia absuluta. Ese documento tuvo que quedar solamente escrito y sirvió para aumentar las quejas contra el Imperio.

orden común. Actos arbitrarios, cual el de haber desposeido á la compañía del ferrocarril de Chalco de sus concesiones, acumulaban nuevas dificultades para la marcha administrativa.

Hasta fines del año de 1865 llevaba gastados Francia doscientos cincuenta millones, de los empréstitos hechos con garantía de Napoleon III y otros ciento cincuenta de las rentas de Francia. Los Estados-Unidos preguntaban á Mr. Drouyn de Lhuys cuales eran las garantías ó seguridades que pensaba obtener de México, y le fué contestado que no se creía posible resacirse de todo el dinero gastado; pero que se esperaba algo considerado como equivalente. Nuevas dificultades nacieron para Maximiliano, de una nota que el administrador de la aduana de Brownsville dirigió al congreso, y de otra que este envió al Presidente, por el aumento de derechos impuestos á las mercancías en Matamoros y Bagdad, pidiendo aquel administrador que se ejercieran represalias.

Maximiliano decretó una contribución sobre fincas rústicas y urbanas, muy mal recibida por los propietarios que sentian el abatimiento que dañaba la propiedad. Quería dar impulso á los ministerios de Hacienda y Guerra, considerando que de ellos pendía la suerte del Imperio; consideraba que teniendo un ejército nacional bien organizado y equipado podría, aun despues de la retirada de los franceses, hacer frente á los enemigos de su gobierno, y si á la vez lograba reorganizar la hacienda del Imperio, suponía que el porvenir era suyo.

Precisamente en esos dos ramos de la administración pública, estribaba la gran dificultad para que la situación dejara de ser precaria y comprometida. Hasta entonces se había creido Maximiliano fuerte por el derecho que cifraba en la elección; ahora comenzaba á ver que tal derecho no constituia una fuerza activa que alejara del electo los peligros que solamente se combaten con soldados y dinero.

Maximiliano envió al representante Danó la Gran Cruz de Guadalupe, como prueba, dijo, de la gratitud y estimación que le profesaba, y porque había contribuido á afianzar la *completa armonía entre los dos Imperios*, el mexicano y el frances. Se manifestó disgustado cuando supo que había acabado en un incendio la "Novara", buque en que arribaron á Veracruz él y su esposa al venir á México.

Nombró Director de los asuntos civiles de su secretaría particular al Sr. Francisco J. Villalobos, y prefecto de Tenango á Don Telésforo Tuñon Cañedo. Visitó Maximiliano los cuarteles en unión del general Uraga, su ayudante general de campo, y siguió mostrando empeño en el arreglo de la gendarmería.

Los bailes periódicos continuaban haciéndose notables por la elegancia que en la Corte, los caracterizaba; en el verificado el 4 de Junio (1866) sorprendió, segun acontecia en esa clase de reuniones, el traje que llevaba la Emperatriz. El dia 7 inaugurábase con gran solemnidad el ferrocarril hasta San Angel. En ninguna de estas fiestas se presentaba ya el Mariscal Bazaine. Celebróse con entusiastas telegramas y regocijo entre los imperialistas, la construcción del telégrafo entre

México y San Luis Potosí, ciudades que por vez primera se comunicaban por tan rápido medio. Esas fiestas y mejoras eran tan solo, el oropel con que se deseaba encubrir las innegables señales de la agonia en que entraba ya el Imperio presidido por Maximiliano.

La esperada modificacion del Ministerio, considerada indispensable por Maximiliano para lograr que continuase el apoyo de los franceses, se verificó el 26 de Junio; cesó de presidir ese cuerpo político el Sr. Lacunza, quien tambien dejó el despacho del ramo de Hacienda, y á la vez se retiraban los Ministros Escudero y García, el uno de Justicia y de Guerra el otro, siendo nombrado para este ramo el general frances D'Osmont y para dirigir la Hacienda el Intendente Friant, de la misma nacionalidad; quedaba el Sr. Salazar Ilarregui con la cartera de Fomento sin separarse de la de Gobernacion, y continuaba D. Luis Arroyo en la subsecretaría de Negocios Extranjeros. Coincidia este cambio ministerial con la declaracion del estado de sitio para varios Departamentos, á causa de dificultarse la defensa eficaz de los lugares que fuesen evacuando los franceses, y considerando que poco habia de tardar en sentirse en el centro del Imperio, la presion incontrastable dimanada de los graves acontecimientos que con tan inesperada rapidez se sucedieron. El nuevo Ministerio preparaba importantes medidas políticas y hacendarias, que no tuvo tiempo de desarrollar en su corta vida de dos meses.

Las penurias del erario dificultaban satisfacer completamente, los gastos que demandaban la lista civil y el mejoramiento de las residencias imperiales. La Regencia habia fijado para dotacion del Soberano la misma que se decretó para el Emperador Iturbide, el 28 de Diciembre de 1822, esto es, un millon y medio de pesos al año, suma que para Maximiliano debia contarse desde el 10 de Abril de 1864, en cuya fecha aceptó el trono. Ademas, habia que erogar cuantiosos gastos en las muchas obras emprendidas y en reparaciones, en la compra de muebles, de terrenos y embellecimiento de las residencias imperiales, ascendiendo ya á principios de 1866, á seiscientos sesenta y un mil, cuatrocientos cuarenta y cinco pesos, á cuya suma hubo que añadir cien mil que importó el obsequio del Palacio de Buenavista al Mariscal Bazaine, y ciento cincuenta mil entregados á la familia de Iturbide. Habia ademas gastos que no merecen otra calificacion que la de supérfluos, perteneciendo á ellos la Legacion y el hospicio mexicanos establecidos en Jerusalem. *

---

[*] Para comprobar lo asentado respecto al asunto de gastos de lujo erogados entonces por el Imperio, ponemos en seguida uno de los muchos documentos que obran en nuestro poder.

"Cuenta general de las obras de pintura que por cuenta del Estado y de la Lista Civil han sido encomendadas para su ejecucion al que suscribe, por orden de S, M. el Emperador.

Estando en Cuernavaca Maximiliano, escribió al mariscal Bazaine el 11 de Mayo, (1866) manifestándole el deseo de que autorizara al intendente Friant para que fundara sobre bases sólidas la administracion de la hacienda mexicana. El mariscal accedió á que Friant fuese al lado de Maximiliano, aunque necesitaba de sus servicios el ejército expedicionario. El Emperador mostraba entonces gran confianza en el éxito de la obra emprendida, y una vez pasado el primer sacudimiento que le causó la mision del baron de Saillard, respecto á la evacuacion que iba á verificar el ejército frances, aparecia sereno frente á la situacion que se le presentaba, y aunque consideró que los esfuerzos de Almonte únicamente suavizarian las determinaciones de Napoleon, contaba Maximiliano con que su pais adoptivo le proporcionaria los recursos necesarios para el éxito de la empresa que acometió; confiaba en que con el tiempo se doblegarian las pasiones y que los disidentes acabarian por acogerse á la bandera del Imperio. Aceptando el plan de la desocupacion sucesiva del territorio mexicano por el ejército frances, se afanaba por levantar fuerzas nacionales, y se mecía en las ilusiones acariciando ideas que pertenecian á otra época.

La embajada extraordinaria enviada á Roma, no obstante que fracasó en las negociaciones que quiso entablar con el Vaticano, permaneció en aquella ciudad porque Maximiliano alimentaba la esperanza de que se ajustaria un Concordato, sin que hubiese otro motivo para tal esperanza, que el haber sido admitido

---

POR CUENTA DE LA LISTA CIVIL.

10	Retratos originales de hombres célebres extranjeros y del país	12,000 ,,	
9	Copias de solo el busto del retrato de S. M. el Emperador, original de Rebull	1.125 ,,	
1	Id. grande del retrato de S. M. el Emperador original de Rebull en.....	600 ,,	
1	Cuadro que representa los retratos de S. M. el Emperador Maximiliano y y hermano en	1,500 ,,	
6	Copias de solo el busto del retrato de S. M. la Emperatriz	750 ,,	$15,975.

POR CUENTA DEL ESTADO.

6	Copias grandes del retrato de S. M. el Emperador, igual tamaño que el original de Rebull	3,600 ,,	
	La Vírgen con el niño, San Maximiliano, San Carlos, Sto. Domingo y San Francisco, originales para los Arcos de Zempoala, en $800 la primera y á $300, cada uno de los Santos	2,000 ,,	
	Alegoria de la Equidad en la Justicia en	1,200 ,,	
	Decoracion en los corredores de las habitaciones del Alcázar de Chapultepec con cuatro figuras del tamaño natural representando Bacantes, estilo pompeyano	4,500 ,,	11,300.

Importe............$27,275.
Efectivo recibido en diversas partidas.............. 13,500.

Saldo á mi favor......................$13,775.

México Junio 6 de 1866.—SANTIAGO REBULL.—Rúbrica

el personal de la comision en el grupo de los que presentaron felicitaciones á Su Santidad en nombre del Imperio Mexicano, con motivo del año nuevo, y haber contestado Pio IX: que dirigia al cielo sus mas fervientes votos por el Emperador Maximiliano y por la Nacion mexicana. Tambien hizo concebir grandes esperanzas en la solucion favorable á un Concordato, el hecho de haber entregado el mayordomo del Santo Padre los cirios para los emperadores de México, pues segun la costumbre de la Corte romana, ese obsequio solamente era enviado á los Soberanos con quienes se hallaba en buenas relaciones.

La prensa conservadora mexicana veia como un triunfo la manera política con que fué recibida aquella comision mexicana; de aquí es que se alimentaran gratas ilusiones cuando Su Santidad solia dejar entrever, que las cuestiones que divididian las Cortes de Roma y México llegarian á alcanzar solucion satisfactoria; pero la verdad fué, que Pio IX nunca estuvo dispuesto á conceder á Maximiliano el Concordato solicitado con tanta insistencia, tanto porque consideraba al Imperio mexicano *cosa de poca duracion*, cuanto porque no era posible que llegara la Santa Sede á un avenimiento respecto á las leyes de Reforma. Declaró Pio IX que Maximiano incurria en muchas faltas y que no podria sostenerse; queria que gobernara por sí solo y que se apoyara en el clero, deseo que por ser contrario á la política y á los intereses del Imperio no podia ser concedido, antes por el contrario á cada paso daba Maximiliano pruebas patentes de que le era imposible retroceder y entregarse á la influencia clerical. *

Otro enemigo en apariencia temible para el Imperio apareció en los primeros dias de Mayo. El general D. Antonio Lopez de Santa-Anna llegaba á Elizabeth-Port, New Jersey, el 12 de ese mes, acompañándole cierto número de mexicanos; llevaba el designio de ponerse de acuerdo en los Estados Unidos

(*) Entre otros muchos casos que afirman esta cpinión, podemos citar el siguiente que deja ver la divergencia entre el clero y el gobierno del Imperio, y lo inútil de la comisión enviada á Roma.

Ministerio de Instrucción Pública y Cultcs. Sección 2ª México, Febrero 21 de 1866.

En cumplimiento del acuerdo de S. M. la Emperatriz sobre la solicitud de lá Abadesa de la Comunidad de Corpus Cristi, que remitió U. S. al Ministerio de mi cargo en 26 del mes pasado, se pidieron las noticias correspondientes á la Administración de bienes nacionalizados.

Esta oficina informa que D. José Y. Limantour es el propietario de la casa de los Capellanes y lote adjunto en el que se encuentra el coro bajo, noviciado y confesionarios, que ha cumplido con la prevencion de la ley de 26 de Febrero del año pasado, y que, en uso de su derecho de propiedad, ha mandado abrir unas hoquedades en los lienzos que dividen los confesionarios de la Iglesia.

Resulta, por lo mismo, que la queja de las Religiosas es fundada; pero como no es del resorte de este Ministerio dictar resolución alguna sobre este punto, por corresponder esta esclusivamente al poder judicial, ante él deban ocurrir las solicitantes por medio de sus apoderados.

Lo que tengo la honra de decir á V. S. en contestación á su nota respectiva.

El Ministro de Instrucción Pública y Cultos.—Artigas. Rúbrica.—Sr., Conde del Valle, Gran Chambelan de S. M. la Emperatriz.



Don Manuel Orozco y Berra,

Subsecretario de Fomento y Consejero.

Llamado en Noviembre de 1864 á la Subsecretaría de Fomento, en el gobierno de Maximiliano, se ocupó principalmente en promover la colonización y el establecimiento de vias férreas y telégrafos. Otro de los trabajos más importantes á que dedicó su atención, fué el referente á la división del territorio nacional en cincuenta departamentos.

Cuando Maximiliano, estando en Orizaba, pidió á sus Ministros y Consejeros de Estado la solución de las dificultades políticas, bajo el concepto de su firme propósito en abdicar, el Sr. Orosco y Berra manifestó: que los intereses contra el Imperio tendrian que triunfar, y "que era poco noble no tomar en consideración que Maximiliano iba á ser sacrificado."

el personal de la comision en el grupo de los que presentaron felicitaciones á Su Santidad en nombre del Imperio Mexicano, con motivo del año nuevo, y haber contestado Pio IX: que dirigia al cielo sus mas fervientes votos por el Emperador Maximiliano y por la Nacion mexicana. Tambien hizo concebir grandes esperanzas en la solucion favorable á un Concordato, el hecho de haber entregado el mayordomo del Santo Padre los cirios para los emperadores de México, pues segun la costumbre de la Corte romana, ese obsequio solamente era enviado á los Soberanos con quienes se hallaba en buenas relaciones.

La prensa conservadora mexicana veia como un triunfo la manera política con que fué recibida aquella comision mexicana; de aquí es que se alimentaran gratas ilusiones cuando Su Santidad solia dejar entrever, que las cuestiones que divididian las Cortes de Roma y México llegarian á alcanzar solucion satisfactoria; pero la verdad fué, que Pio IX nunca estuvo dispuesto á conceder á Maximiliano el Concordato solicitado con tanta insistencia, tanto porque consideraba al Imperio mexicano *cosa de poca duracion*, cuanto porque no era posible que llegara la Santa Sede á un avenimiento respecto á las leyes de Reforma. Declaró Pio IX que Maximiano incurria en muchas faltas y que no podria sostenerse; queria que gobernara por sí solo y que se apoyara en el clero, deseo que por ser contrario á la política y á los intereses del Imperio no podia ser concedido, antes por el contrario á cada paso daba Maximiliano pruebas patentes de que le era imposible retroceder y entregarse á la influencia clerical. *

Otro enemigo en apariencia temible para el Imperio apareció en los primeros dias de Mayo. El general D. Antonio Lopez de Santa-Anna llegaba á Elizabeth-Port, New Jersey, el 12 de ese mes, acompañándole cierto número de mexicanos; llevaba el designio de ponerse de acuerdo en los Estados Unidos

(*) Entre otros muchos casos que afirman esta opinión, podemos citar el siguiente que deja ver la divergencia entre el clero y el gobierno del Imperio, y lo inútil de la comisión enviada á Roma.

Ministerio de Instrucción Pública y Cultcs. Sección 2ª México, Febrero 21 de 1866.

En cumplimiento del acuerdo de S. M. la Emperatriz sobre la solicitud de la Abadesa de la Comunidad de Corpus Cristi, que remitió U. S. al Ministerio de mi cargo en 26 del mes pasado, se pidieron las noticias correspondientes á la Administración de bienes nacionalizados.

Esta oficina informa que D. José Y. Limantour es el propietario de la casa de los Capellanes y lote adjunto en el que se encuentra el coro bajo, noviciado y confesionarios, que ha cumplido con la prevencion de la ley de 26 de Febrero del año pasado, y que, en uso de su derecho de propiedad, ha mandado abrir unas hoquedades en los lienzos que dividen los confesionarios de la Iglesia.

Resulta, por lo mismo, que la queja de las Religiosas es fundada; pero como no es del resorte de este Ministerio dictar resolución alguna sobre este punto, por corresponder esta esclusivamente al poder judicial, ante él deban ocurrir las solicitantes por medio de sus apoderados.

Lo que tengo la honra de decir á V. S. en contestación á su nota respectiva.

El Ministro de Instrucción Pública y Cultos.—Artigas. Rúbrica.—Sr. Conde del Valle, Gran Chambelan de S. M. la Emperatriz.



Don Manuel Orozco y Berra,

Subsecretario de Fomento y Consejero.

Llamado en Noviembre de 1864 á la Subsecretaría de Fomento, en el gobierno de Maximiliano, se ocupó principalmente en promover la colonización y el establecimiento de vias férreas y telégrafos. Otro de los trabajos más importantes á que dedicó su atención, fué el referente á la división del territorio nacional en cincuenta departamentos.

Cuando Maximiliano, estando en Orizaba, pidió á sus Ministros y Consejeros de Estado la solución de las dificultades políticas, bajo el concepto de su firme propósito en abdicar, el Sr. Orozco y Berra manifestó: que los intereses contra el Imperio tendrian que triunfar, y "que era poco noble no tomar en consideración que Maximiliano iba á ser sacrificado."

con los republicanos mexicanos para derrocar á Maximiliano; mostrábase dispuesto, para conseguir este resultado, á reconocer aun la autoridad de Juarez.

Estableció Santa Anna su cuartel general en Nueva York, y sus partidarios corrieron la voz asegurando que el gobierno de los Estados Unidos aprobaba sus planes, cuya afirmacion era completamente falsa. El CLUB mexicano establecido en Nueva York protestó contra los proyectos de Santa-Anna, á quien calificó del hombre mas odioso en México.

Publicó Santa-Anna un Manifiesto, declarándose hostil á la Intervencion y al Imperio y adicto á la República y al gobierno constitucional, aconsejaba á Juarez y á Gonzalez Ortega darse el ósculo de paz, apareciendo dispuesto á acatar y sostener al que con mejores derechos quedara dueño del campo. Acerca de su propia conducta en el pasado y sus servicios á su Patria, se extendía largamente; declaró que se habia inclinado á la sustitucion de la forma republicana por la monárquica, lo que fué un error que disculpaba, alegando que en circunstancias análogas lo cometieron en la América del Sur, San Martin y otros ciudadanos ilustres; exhortaba á los mexicanos para que se unieran y se mostraba resuelto á combatir hasta ver lograda la segunda independencia de México. El *Manifiesto* nada práctico significó y fué despreciado, especialmente por los juaristas. En cuanto á los imperialistas, no dió otro resultado que el de que ordenara Maximiliano que todos los bienes de Santa-Anna fueran intervenidos.

La aparicion del general Santa-Anna en los Estados Unidos, dió motivo á porción de conjeturas; en esos momentos cambiaba de opinion, pasando de monarquista y partidario incondicional del Imperio de Maximiliano á republicano y enemigo mortal de este Emperador. En tal sentido dirigió una carta al representante de México Sr. Matías Romero, el 21 de Mayo de (1866,) creyéndose con los elementos bastantes para reconciliar los partidos nacionales y deseoso de cooperar á la reinstalacion del gobierno constitucional en la capital de México. El Sr. Romero le reprochó su variable conducta, sus íntimos lazos con el partido conservador, y trasmitió la solicitud de Santa Anna al Gobierno del Sr. Juarez. (*)

(*) El 24 de Mayo se presentaron al Sr. Matias Romero, Ministro de la República mexicana en Washington, los señores Luis G. Vidal y Rivas, Dario Mazuera, Rafael Pombo y A. Ruiz, el primero le entregó una carta de D. Antonio López de Santa-Anna, fechada en Elizabet Port el día 21 del mismo mes: Decia en ella que había llegado á los Estados Unidos en camino para México; que no podía seguir de expectador impasible de las desgracias de su patria, lo cual sería un crímen; le aseguraba que era de urgente necesidad la union de todas las facciones, para inspirar confianza dentro y fuera del país, con una organización vigorosa y con la unidad de acción. Se consideraba Santa-Anna llamado á reconciliar los elementos patrios para que toda la nación obrara como un solo hombre bajo la dirección de su primer magistrado, y para que fuera el triunfo verdaderamente nacional, satisfactorio á todos y diera garantías de una organización definitiva, poderosa y respetable. Manifestaba que su propósito era cooperar á la reinstalación del gobierno constitucional republicano en la capital de México, poner al pueblo en aptitud de reorganizarse libremente por medio de

Entretanto el ex-dictador expidió su Manifiesto del 5 de Junio, procurando justificar su conducta; fué combatido este nuevo documento por el club mexicano de Nueva-York, que ya desde antes había protestado contra las tentativas de Santa-Anna para volver á ingerirse en la política de México, calificándole de reo de alta traición. Esta enérgica protesta fué suscrita por el general Gonzalez Ortega y los demas republicanos disidentes que le acompañaban. El gobierno republicano, no solamente desechó las ofertas que hacía Santa Anna, sino que le atribuyó intenciones desleales y le acumuló multitud de cargos que le constituian en reo de los mayores castigos.

sus representantes, y al dia siguiente retirarse á la vida privada para vivir respetado y tranquilo en el seno de su patria. Otra vez quería luchar por la Independencia, restablecer la República que fué el primero en proclamar el año de 1822, acabar el resto de sus años gozando del amor de todos sus compatriotas y bajar al sepulcro con el glorioso título de buen ciudadano. Ofreció pruebas de la decisión y sinceridad de sus intenciones y para demostrar que no buscaba promover nueva división en el campo constitucional, quería entenderse con el Gobierno del Sr. Juárez sobre la forma en que debía operar, para lo cual pidió al señor Romero que trasmitiera aquella comunicacion al Presidente, como dirigida á este en solicitud de sus órdenes. Dijo que en aquellas circunstancias no era conservador ni liberal, sino únicamente mexicano, que tendia los brazos á todos y cada uno de sus compatriotas, y ofreció dar en un corto plazo un Manifiesto que dejaría contentos á todos los que desearan conocer sus sentimientos y el objeto de su viaje.

El CLUB mexicano de Nueva York protestó contra la ingerencia que D. Antonio López de Santa Anna pretendía tener en los asuntos de México, llamándole promovedor de los males, calamidades, desórdenes y anarquía que había sufrido México. También combatieron el Manifiesto que publicó en Elizabet Port.

El Sr. Romero contestó á D. Antonio L. de Santa-Anna, que no habria habido dificultad en que el gobierno de la República utilizase sus servicios, si no hubiera sido el primero en solicitar el establecimiento de una monarquía en México cuando ejercia el poder supremo de la Nacion, y si no hubiera reconocido y apoyado la Intervencion que el Emperador de los franceses trajo á México, segun aparecia de documentos recientemente publicados. Ademas de tener esa mancha, pues que con todo el peso de su influencia había apoyado el proyecto de derrocar al gobierno nacional mexicano, y sostener al que estableciera la Francia, habia la circunstancia de haber estado íntimamente asociado hacia años, al partido conservador que era el autor de aquel proyecto, lo cual hacía temer que tratara de favorecerlo, causando nuevos trastornos y grandee males á México.

Por lo tanto, no podia el Sr. Romero resolver si era ó no conveniente para los intereses de México, aceptar los servicios ofrecidos por Santa-Anna y dejaba la resolucion del asunto al primer Magistrado de la República á quien el pueblo mexicano habia confiado sus destinos.

El gobierno republicano, residente en Chihuahua aunque aceptaba los servicios de los mexicanos que voluntaria y lealmente defendian la causa republicana, rehusó los que ofrecía Santa-Anna por los cargos que aparecian en su conducta anterior, los que impedian tener seguridad en la lealtad de sus intenciones y ni siquiera alguna duda que pudiera inclinarse en su favor, pues que Santa-Anna habia solicitado la intervencion europea desde el año de 1854, despues siguió pidiéndola y le ofreció

Á pesar de todo, Santa-Anna continuó en sus pretensiones, y se dirigió de nuevo al ministro Romero el 5 de Setiembre, queriendo combatir los cargos que se le hacian; pero usó tan solo vagas declamaciones, recordó que había servido á México en todas las guerras extranjeras y el hecho de que los intervencionistas no le admitiesen en sus filas, probaba que no había sido amigo de la Intervención; se dijo enemigo del partido conservador, y aseguró que jamas había creído poderosa y permanente la Intervención, é hizo notar que Maximiliano mandó secuestrar sus bienes, considerándole enemigo del Imperio. El Sr. Romero rebatió los argumentos expuestos, usando de lenguaje duro y agresivo y notificó á Santa-Anna que daba por concluida la discusion. En los Estados Unidos entró Santa Anna en relación con los jenianos y con algunos aventureros, siendo su secretario D. Nabor Naphegi, y también entabló relaciones con los principales de sus antiguos adictos en México.

Los imperialistas aseguraban que su partido esperaba solamente alguna señal, algunas solicitaciones y la prenda de una confianza formal por parte del Soberano, para formar de nuevo en derredor del trono la falange que presentara en Junio de 1864; creian que la consternacion producida en sus filas por la nota de Napoleon, expedida el 6 de Abril, habia que atribuirla precisamente á la desorganizacion y debilidad en que el partido imperialista se hallaba; pero calificaban esè abatimiento como pasajero.

La noticia alarmante de la retirada de las tropas, importaba para aquellos una necesidad de salir del papel pasivo y de inercia á que se les habia relegado; recobrados de su desaliento, veian que solamente la accion y la energia podian salvarlos, que ya habia llegado el momento de ejercerlas, y que debian atraer de nuevo á la causa imperial, á todos aquellos á quienes la marcha de los acontecimientos, desde hacia veinte meses, hubiera podido alejar mas ó menos. Maximiliano, dirigiendo la vista en torno suyo, comprenderia fácilmente de donde le podria llegar el peligro y de donde el apoyo; no debia buscar aliados sino entre sus verdaderos amigos, así en el interior como en el exterior. Hé aquí la política que se iniciaba, una vez resuelto que abandonarian los franceses el territorio nacional.

sumisamente á Maximiliano, su persona, su influencia y sus servicios, y hacía apenas dos años que habia ido al territorio nacional para obtener el premio de sus trabajos, protestando solemnemente que el único pensamiento de su vida era la monarquia y su último deseo someterse á un poder extranjero. Aunque fueron defraudadas sus esperanzas, no quiso entonces servir á su Patria, porque aparecia poderosa la interverción; pero cuando la veia agonizante, se presentaba á ofrecer servicios que ya nada valian. Daba el ministro Sr. Lerdo de Tejada otra porcion de razones, para rehusar los servicios que ofrecia el ex-dictador, en quien no tendrian confianza los defensores de la causa nacional, aun cuando el gobierno aceptara como leales sus intenciones.

El diario del Imperio se empeñó tambien en probar, que los acontecimientos de la política exterior no quebrantaban la fuerza del Imperio, ni destruian los elementos con que contaba para sostenerse, esto es, con el instinto de su salvacion, con el deseo de la paz y con el horror á las venganzas y á la guerra civil.

Los intervencionistas, aunque sabian perfectamente que se aproximaba el fin del Gobierno que sostenian, procuraron ocultar los triunfos de las armas republicanas ya dominantes en casi todos los Estados, en el segundo tercio del año. 1866. Por el Oriente, cuando volvió á presentarse el general Porfirio Diaz, el Estado de Chiapas á causa de su lejanía del centro, estaba ya completamente libre de la presion de los imperialistas, y aunque pobre, allí se habian organizado constantemente tropas para combatir en la línea de ejército de aquel. Tambien Tabasco habia aprovechado su posicion geográfica para luchar y sostener la causa republicana, despues que los defensores de esta recobraron la capital que tanto habia sufrido en la lucha sostenida á principios del año de 1865, sin necesitar más, que estar preparado para los amagos constantes de los buques franceses situados en la entrada del rio Grijalva; quitaron los tabasqueños á los imperialistas la plaza de Jonuta en Abril de 1866, despues de reñido combate, y aunque volvió á ser ocupada por los sostenedores del Imperio, fué proclamada allí la República el 11 de Agosto, y se sometieron al gobierno político y militar de Tabasco, reduciendo á prision al comandante Galera.

La ciudad de Oaxaca aun no habia vuelto en Junio de 1866 al poder de los republicanos; pero ya el Estado se encontraba bajo su dominio. El general imperialista D. Luciano Prieto que habia organizado la expedicion á Tehuantepec, á mediados de 1865, tuvo que combatir á los juchitecos que se levantaron en 27 de Julio de ese año contra el Imperio y tomaron la iniciativa á las órdenes del coronel D. Luis. P. Figueroa, asaltaron las fortificaciones de Tehuantepec el 7 de Enero de 1866 y fueron rechazados. Entónces organiza Prieto una expedicion á la villa de Juchitan á la que atacó el 5 de Setiembre de este año y despues de rudo combate de cuatro horas penetró hasta el recinto de la plaza que no creyó conveniente conserva; acometiéndole en su retirada los juchitecos emboscados fué completa la derrota de los imperialistas, que en corto número de cincuenra llegaron á Tehuantepec, donde sucumbió el coronel Prito atacado de fiebre tofoidea. Figueroa se habia ocupado en excursionar con mas ó menos éxito, llegando en sus correrias hasta Zongolica, Orizaba y Tehuacan, tomó á Teotitlan del Camino, se apoderó el 21 de Diciembre (1865) de Villa Alta donde desalojó á los imperialistas de sus posiciones fortificadas.

Invadida por mil doscientos austriacos y mexicanos, con cuatro piezas rayadas y tres obuses, la linea que mandaba el general Figueroa, llegaron hasta el pueblo de Soyaltepec, del que se retiraron despues de seis horas de combate y se replegaron á Ixcatlan, donde fueron hostilizados por los republicanos, hasta que el 22 de Abril (1866) recibieron refuerzos de gente y pertrechos; el siguiente dia cayeron sobre las posiciones de Figueroa, de las que fueron rechazados, así

como en otro ataque dadó el dia 25, batiéndose quince horas; en consecuencia tuvieron que retirarse al pueblo de Santo Domingo con pérdidas de consideracion, y tomando Figueroa la iniciativa batió á Tehuacan á mediados de Junio de 1866 y en seguida fué á operar por el rumbo de la Cañada.

No era en el Oriente, sino en la zona del Norte donde continuaba para el Imperio de Maximiliano el mayor peligro, que se queria contrariar acumulando allá los elementos que era dable reunir. Las contraguerrillas se movian con actividad convergiendo hácia el Sur de Tamaulipas y el célebre Dupin volvia á expidicionar sobre Ciudad Victoria, animándose los imperialistas por creer ya consumada la pacificacion de la Huasteca, puesto que muchos de los que fueron considerados enemigos del Imperio constituian ahora parte de las fuerzas rurales, y el subprefecto de Huejutla, D. Agustin Camacho, conseguia recoger gran número de armas y cartuchos metálicos.

Estas esperanzas de los imperialistas, desvaneciéronse con los avances que de nuevo verificaron los republicanos. Huejutla se pronunció otra vez por la República el 20 de Mayo [1866] ocupándola fuerzas al mando de Anselmo Gomez, Gerardo Perez y N. Hernandez, salido el primero de Tamazunchale y pertenecientes los otros al grupo que se habia adherido á la pacificacion de la Huasteca. La fuerza imperialista que al mando del coronel Ramirez ocupaba aquella ciudad, logró salir aunque no sin sufrir pérdidas, siendo trascendental la originada con la muerte del gefe Labastida. Tancanhuitz tambien fué ocupado por los republicanos el 4 de Mayo y se dirígen en seguida á Ciudad del Maiz al mando del coronel Julio Cervantes; allí se organizan y equipan, en tanto que en Rio Verde dominaba el gefe Armenta y en Valles permanecia la fuerza de Mosso retirada de Tamuin.

El nuevo levantamiento de la Huasteca ya estaba previsto, desde que se ajustaron los convenios celebrados por el general Rosas Landa, á causa de que se dejaban las armas en poder de los revolucionarios, circunstancia que constituyó á los convenios únicamente en una tregua para reponer las fuerzas de los republicanos, y continuar en momento oportuno la lucha en favor de sus ideas. Las cláusulas del convenio de la Huasteca parecian mas bien dictadas que aceptadas por la insurreccion.

Los hermanos Cravioto, autoridades de Huauchinango en el gobierno republicano, eran conducidos á Tulancingo y alojados en el cuartel de los austriacos en calidad de presos. De allí fueron transladados á Puebla, por fuerza austriaca que se llevó la mayor parte de los depósitos militares, hallados en el mismo Huauchinango y sus inmediaciones.

El Estado de Tamaulipas debia ser considerado ya fuera del dominio de los imperialistas; el puerto de Tampico, en completa ruina, encontraba cerradas las vias de comunicacion con el Interior; habian concluido las rentas que daba aquella aduana y en consecuencia reinaba allí la más espantosa miseria. El general Lamadrid habia dispuesto que se armaran todas las embarcaciones y dictó otras

disposiciones conducentes á evitar una sorpresa. Los republicanos llegaban hasta las puertas de la ciudad y recibian diariamente refuerzos, sin ser inquietados, porque la fuerza de Dupin, la contraguerrilla y todas las demás fuerzas imperialistas de Tamaulipas, iban desapareciendo y no quedaban en el Estado más que republicanos. El 8 de Junio sorprendió á Tampico una seccion de sesenta de estos, pasando por un estrecho entre el fortin de la Cuarentena y la Laguna del Carpintero; pero fueron batidos á pesar de la sorpresa. Rechazados los republicanos se retiraron. Entonces el general D. Juan J. de la Garza, considerado como perteneciente á la Division del general Escobedo, habia pasado á Brownsville, comisionado para allegar elementos indispensables á la organizacion y equipo de las tropas republicanas.

El coronel Dupin rechazado en Tamaulipas, llegaba á San Luis Potosí el 15 de Junio (1866) tras una estéril excursion por Tula y Rioverde. En esta poblacion establecía su cuartel general Aureliano Rivera, quien desde San Ciro intimó rendicion á las poblaciones de Jalpan y Toliman. Continuaba ocupado Tancanhuitz por una parte de las fuerzas sublevadas en Huejutla, y aun Zimapan era atacado por indígenas y trabajadores de la Encarnacion que fueron rechazados. Los republicanos que ocupaban á Tancanhuitz, establecieron en todas las poblaciones autoridades en quienes confiaban; los imperiales se refugiaron en Jilitla, calificado de punto más defendible, y para batirlos fué destacada de Tamazunchale una fuerza á las órdenes de Julian Rodríguez, quien se posesionó de aquel punto y aprehendió al subprefecto Villaverde, que fué conducido á Tancanhuitz.

Llegada á Tantoyuca la noticia de que se había movido de Tulancingo una fuerza de austriacos que debía encontrarse sobre Huejutla el 13 de Junio, destacó de aquella poblacion el prefecto político D. Julian Herrera, doscientos hombres de infanteria y caballería á las órdenes del comandante Damian Torres para que, situados al norte de Huejutla, operasen auxiliando á la columna austriaca; pero al saber Torres que los austriacos habían tenido un encuentro en la cañada de Tlalnepanco, á inmediaciones de Tehuitlan, entre las poblaciones de Tlanchinol y Huejutla, avanzó con su caballería sobre esta última población y entró en ella sin encontrar resistencia. La columna austriaca al mando del comandante Polok logró pasar aunque con algunas pérdidas, y llegó á Huejutla el día 15, con objeto de ocuparla por largo tiempo. Reuniéronse los republicanos en Ixcatlán y poco después sufrió un revés la columna austriaca. Huauchinango y Molango fueron ocupados por los republicanos al finalizar el mes de Junio, quedando expuesto á correr igual suerte Zacualtipan, en tanto que en Xichú era derrotado el jefe republicano Armenta. Saliendo de la sierra avanzaron las guerrillas hasta Atotonilco el Grande, en donde impusieron un préstamo y en seguida se retiraron para Huasca. Otra guerrilla á las órdenes de Noriega, invadía el pueblo de Metepec, á cinco leguas de Tulancingo.

Por la frontera del Norte recibia el general Escobedo en el mes de Mayo,

el armamento que habia contratado y gran cantidad de municiones de guerra, quedando de ese modo apto el cuerpo de ejército que mandaba, para emprender sus operaciones sobre las plazas fuertes del Interior, donde á medida que se retiraban los franceses, se levantaba el espíritu público en favor de la República. Los soldados de esta, por falta de recursos, se habian presentado hasta entonces frente al enemigo casi siempre pésimamente armados, mal municionados, con los vestidos hechos girones y extenuados por la fatiga y la falta de alimentos, siendo muy escasas las rentas de que podian disponer; por otra parte, no era posible instruirlos y disciplinarlos convenientemente, por el continuo movimiento en que tenian que estar, y á menudo se vieron obligados á esquivar el combate para no ser derrotados. Las fuerzas del general Escobedo fueron las que primeramente se proveyeron de vestido y armamento.

En los Estados de Coahuila y Nuevo Leon, multiplicaban sus esfuerzos tanto los republicanos como sus contrarios. El 18 de Junio (1866) una seccion de cien infantes belgas y cincuenta dragones, al mando del capitan Laiseau, volvia de Charco Escondido, á dos leguas de Cerralvo, escoltando doce carros cargados con maiz, y se encontró con una seccion enemiga de quinientos hombres de caballería armados con rifles de seis tiros y á las órdenes de Ruperto Martinez. El convoy fué agrupado al pié de una colina y defendido por la infanteria; no obstante que la caballeria hostilizó á los que atacaban, los republicanos tomaron los carros y se alejaron con ellos. Sabido esto por el coronel Van der Smissen en Cerralvo, se presentó con un destacamento en el lugar de los sucesos y unido á las tropas comprometidas, siguieron á los que se llevaban los carros y se los quitaron.

Los almacenes del puerto de Matamoros estaban repletos de mercancias cuyo envío á Monterrey se dificultaba, por hallarse el camino infestado de guerrillas. El comercio instaba al general Mejia para que organizara un convoy; este jefe consultó á su gobierno y le pidió reiteradamente refuerzos que no le fueron concedidos; pero se le autorizó para ponerse de acuerdo con el general Jeanningros, restablecer las comunicaciones y enviar un convoy. Ambos gefes acordaron que una primera expedicion partiria simultáneamente de Matamoros y Monterrey, para reunirse en las inmediaciones de Camargo.

En seguida salió de Matamoros el convoy de 200 carros con mercancias, valioso en dos millones de pesos, sin contar los trenes militares, el 8 de Junio, escoltado por cerca de 2500 hombres al mando del general Olvera, quedando en el puerto 400 de tropa regular, la guardia nacional mexicana y 102 franceses al mando de su vice-cónsul Mr. T. Wurtemberg, encargados de hacer rondas y mantener el órden.

Hasta el dia 13 las noticias recibidas en Matamoros hacian esperar que el convoy se reuniria con el otro que llevaban los franceses, salido de Monterrey; pero el domingo 17 hizo llamar el general Mejia á Mr. Wurtemberg, para confiarle la tremenda nueva de la pérdida del convoy, llevada por algunos fugitivos, entre ellos un oficial herido. Se supo que parte de la fuerza imperial se había rebelado

y pasado al enemigo: que habian muerto muchos austriacos y que todo el material de guerra quedaba en poder de los juaristas, sin que se supiera cosa alguna del otro convoy escoltado por los franceses de Jeanningros. Se trató de conservar oculta la noticia; más el dia 18 los fugitivos llegaban á bandadas, confirmando el revés y dando detalles.

El convoy al mando del general Olvera, habia pasado de Camargo burlando los esfuerzos del enemigo; pero al llegar al paraje llamado la mesa de Santa Gertrudis, chocó con una fuerza de republicanos, calculada en cuatro mil; los austriacos que iban á la cabeza de la columna mandados por el coronel Kodolich, atacaron apoyados por la caballería, y á favor de este hecho el convoy pudo replegarse y acampar por la noche. Los republicanos reciben refuerzos, y varios de sus emisarios entran furtivamente en las filas de los imperiales y con algunos de estos se ponen de acuerdo.

Al dia siguiente 16 atacan los republicanos en número de cuatro mil, contando entre ellos un número considerable de negros que habian pertenecido al ejército norte-americano; el combate se acrecienta y en aquellos críticos momentos se declara por los juaristas el 2.° batallon de Sierra-Gorda, negándose á hacer fuego y lo imita la caballeria; el desastre entre los imperialistas se consuma; óyense voces de mando en aleman, frances é ingles y se nota que los fusiles, cañones y proyectiles de los vencedores eran de procedencia norte-americana.

Conocida la catástrofe en toda su extension, reunió el general Mejia en su alojamiento, el dia 19 en la tarde á varios comerciantes mexicanos y extranjeros, y al vice-consul Wurtemberg; les expuso la situacion y les preguntó si el vecindario estaria resuelto á secundarle en la defensa que se proponian hacer, en el caso de que los disidentes avanzaran sobre Matamoros; todos callaron á excepcion del coronel Peña y el vice-cónsul Wurtemberg, quienes propusieron que se hiciera enérgica defensa. Entonces algunos comerciantes mexicanos declaran que era imposible resistir á un ejército tan numeroso y que menos malo seria capitular que exponerse á los horrores de un asedio, cuando no habia que esperar auxilio ni de Veracruz ni de Monterrey, pareciendo que desde hacia un año se habia resuelto el abandono de la frontera.

La multitud de fundadas razones expuestas, decidió á la Junta á resolver que una comision de notables iria al encuentro del enemigo para proponer la rendicion de la plaza, mediante ciertas condiciones, siendo una que los norte-americanos permanecieran neutrales en todo, y que ni siquiera se haría mención de ellos en las pláticas, que para la capitulacion se tuviesen.

No obstante, el general norte-americano Getty que mandaba en Brownsville y el general Don Juan J. de la Garza, pariente del prefecto político de Matamoros, pasan el día 21 á la casa del general Mejia, quien acompañado de los Sres. Agustín Menchaca, Juan Prado y Arturo de la Garza Chapa, tuvo una larga conferencia, pidiendo aquellos la entrega de la plaza al general Carvajal; á esto se opuso el general Mejia completamente. Al siguiente día hubo



General Sóstenes Rocha.

Durante el sitio puesto por los republicanos á Querétaro, en los primeros meses del año de 1867, tuvo el General Rocha el mando de las reservas republicanas; concurrió al ataque dado á la garita de México el 14 de Marzo, y al combate del 27 de Abril, en el que obligó á los imperiales á perder el fruto de la victoria que habian obtenido ese mismo dia en el Cimatario.

y pasado al enemigo: que habian muerto muchos austriacos y que todo el material de guerra quedaba en poder de los juaristas, sin que se supiera cosa alguna del otro convoy escoltado por los franceses de Jeanningros. Se trató de conservar oculta la noticia; más el dia 18 los fugitivos llegaban á bandadas, confirmando el revés y dando detalles.

El convoy al mando del general Olvera, habia pasado de Camargo burlando los esfuerzos del enemigo; pero al llegar al paraje llamado la mesa de Santa Gertrudis, chocó con una fuerza de republicanos, calculada en cuatro mil; los austriacos que iban á la cabeza de la columna mandados por el coronel Kodolich, atacaron apoyados por la caballería, y á favor de este hecho el convoy pudo replegarse y acampar por la noche. Los republicanos reciben refuerzos, y varios de sus emisarios entran furtivamente en las filas de los imperiales y con algunos de estos se ponen de acuerdo.

Al dia siguiente 16 atacan los republicanos en número de cuatro mil, contando entre ellos un número considerable de negros que habian pertenecido al ejército norte-americano; el combate se acrecienta y en aquellos críticos momentos se declara por los juaristas el 2.º batallon de Sierra-Gorda, negándose á hacer fuego y lo imita la caballeria; el desastre entre los imperialistas se consuma; óyense voces de mando en aleman, frances é ingles y se nota que los fusiles, cañones y proyectiles de los vencedores eran de procedencia norte-americana.

Conocida la catástrofe en toda su extension, reunió el general Mejia en su alojamiento, el dia 19 en la tarde á varios comerciantes mexicanos y extranjeros, y al vice-consul Wurtemberg; les expuso la situacion y les preguntó si el vecindario estaria resuelto á secundarle en la defensa que se proponian hacer, en el caso de que los disidentes avanzaran sobre Matamoros; todos callaron á excepcion del coronel Peña y el vice-cónsul Wurtemberg, quienes propusieron que se hiciera enérgica defensa. Entonces algunos comerciantes mexicanos declaran que era imposible resistir á un ejército tan numeroso y que menos malo seria capitular que exponerse á los horrores de un asedio, cuando no habia que esperar auxilio ni de Veracruz ni de Monterrey, pareciendo que desde hacia un año se habia resuelto el abandono de la frontera.

La multitud de fundadas razones expuestas, decidió á la Junta á resolver que una comision de notables iria al encuentro del enemigo para proponer la rendicion de la plaza, mediante ciertas condiciones, siendo una que los norte-americanos permanecieran neutrales en todo, y que ni siquiera se haría mención de ellos en las pláticas, que para la capitulacion se tuviesen.

No obstante, el general norte-americano Getty que mandaba en Brownsville y el general Don Juan J. de la Garza, pariente del prefecto político de Matamoros, pasan el día 21 á la casa del general Mejia, quien acompañado de los Sres. Agustín Menchaca, Juan Prado y Arturo de la Garza Chapa, tuvo una larga conferencia, pidiendo aquellos la entrega de la plaza al general Carvajal; á esto se opuso el general Mejia completamente. Al siguiente día hubo



General Sóstenes Rocha.

Durante el sitio puesto por los republicanos á Querétaro, en los primeros meses del año de 1867, tuvo el General Rocha el mando de las reservas republicanas; concurrió al ataque dado á la garita de México el 14 de Marzo, y al combate del 27 de Abril, en el que obligó á los imperiales á perder el fruto de la victoria que habian obtenido ese mismo dia en el Cimatario.

otra conferencia y de ella resultó la capitulación que comprendió cinco artículos. *

Había movido el general Escobedo sus tropas sobre Matehuala, cuando tuvo diversos avisos de que salia del puerto de Matamoros un gran convoy custodiado por dos mil hombres entre los que iban austriacos, americanos confederados y mexicanos, á las órdenes del general Olvera, y que á la vez y en combinacion con este, otra fuerza de mil quinientos franceses y belgas conducian una conducta salida de Monterrey con direccion á ese puerto, prestándose ambas mútuo apoyo.

Debian encontrarse en Mier, siguiendo las riberas del Bravo por las Villas, y allí, cambiados los cargamentos, continuarian á sus respectivos destinos. Si alguna de las dos fuerzas era atacada, resistiria á todo trance, para dar lugar á que llegase la otra en su auxilio. Escobedo, sabiendo esto, lleva una parte de sus fuerzas para que hostilicen á los franceses que se encierran en Cerralvo, y dejando á su vista á Ruperto Martinez con seiscientos ginetes, se desprende á marchas forzadas hasta llegar al lugar llamado "Derramaderos" donde podia observar cuál de los dos caminos que se dirigen á Mier tomaba el enemigo, para salirle al encuentro en un sitio en que faltase el agua, con objeto de que los imperialistas no pudiesen hacerse fuertes por muchas horas, porque despues de larga jornada y llevando un gran número de acémilas, ó tendrian que retroceder con la lentitud y embarazo consiguientes á su numeroso tren y se podia batirles con ventaja, ú obligarlos á lanzarse sobre las ventajosas posiciones escogidas por Escobedo.

Las fuerzas que mandaba Olvera, aparecieron en las lomas de Santa Gertrudis, el 15 de Junio (1866); allí estaban emboscados los republicanos; dejaron avanzar el convoy y las tropas que lo escoltaban, las que habrian sido sorprendidas si un gefe republicano llevado de imprudente valor no las hubiese tiroteado. El convoy se detuvo; Olvera envia una fuerte columna de caballería á explorar, es rechazada y los imperialistas se organizan para el combate al siguiente dia. *

* El general Mejia entregaria á las cuarenta y ocho horas la plaza de Matamoros al general J. J. de la Garza, comandante de la División de operaciones sobre Matamoros.—La recepción de la plaza tendria lugar en los términos acostumbrados, compreudiéndose la fuerza y el armamento.—El general Mejia podia retirarse por el camino de Bagdad, con la fuerza de su División, llevando cada soldado dos cartuchos.—Se garantizaban la vida, propiedades é intereses de los ciudadanos; nadie seria molestado por su conducta ó sus opiniones políticas anteriores.—El gobierno del Estado se reservaba el derecho de investigar la conducta de quienes mas activamente habian tomado partido en contra suya, para satisfacción de la opinión pública. Se sacaron tres copias del convenio que fué ratificado por el general Carbajal en el cuartel general del Ranchito, el 23 de Junio.

* Mandaban las columnas de los republicanos los coroneles Alonso Flores, Miguel Palacios, F. Naranjo, Adolfo Garza, general Canales y coronel Cerda. La caballeria estuvo mandada por los coroneles Joaquin Garza Leal, Higinio Villareal y Juan N. Saenz. De reserva quedaron los batallones de zapadores, Libres de la Frontera y Tiradores del Bravo, mandados por los Coroneles Cabada y Mariscal. En jefe mandó el general Escobedo llevando como segundo al Mayor General Sóstenes Rocha. Las caballerías quedaron á las órdenes del general Treviño.

En la noche el general Olvera pone los carros de manera que le sirviesen de parapetos, tiende sus tropas en batalla, establece sus baterias y explora el terreno con fuegos divergentes que no produjeron el efecto buscado, por estar los republicanos ocultos en los accidentes del terreno y en los espacios en que la vegetacion les era favorable. Los imperialistas toman la iniciativa el dia siguiente, sobre el terreno en que la víspera fueron detenidos y que ahora aparecia abandonado; los tiradores cubren el frente de las columnas de ataque y avanzan hasta ciento cincuenta metros de las fuerzas republicanas que esperaban *pecho á tierra*; estas, al recibir la órden de ponerse en pié, rompen el fuego con una descarga y se lanzan á la bayoneta con ardoroso empuje, haciendo retroceder largo trecho á los imperialistas, que alcanzan una eminencia en que apoyarse y defenderse; carga sobre ellos por un flanco el generel Rocha, por el otro el coronel Canales y por el frente el general en gefe. Los batallones de Olvera, sedientos y cansados se rinden, resistiendo tan solo una fuerza austriaca que casi acabó. El general Olvera se pone en salvo con dificultad, á la cabeza de cien ginetes y algunos gefes y oficiales que debieron su salvación á sus excelentes caballos.

El botin recogido por el general victorioso fué considerable: todo el valioso convoy; once piezas de artillería de batalla con suficientes municiones; dos de montaña; cerca de mil doscientos prisioneros, entre los que se encontraron ciento sesenta europeos. En elcampo dejan los imperialistas más de quinientos muertos.

La batalla de Santa Gertrudis librada el 16 de Junio de 1866, por tropas republicanas al mando del general Escobedo contra austriacos y mexicanos, fué de suma importancia. En ella estuvieron los generales Treviño, Rocha y Naranjo y los jefes de cuerpo Flores, Mariscal y Palacios; cuatro mil soldados y una bateria mínima fueron los elementos de los republicanos. Los imperialistas á las órdenes del general Rafael Olvera, eran dos mil quinientos con dos baterías, una de batalla y la otra de montaña; entre esa fuerza iba un batallón de cazadores austriacos y cierto número de americanos pertenecientes á los confederados.

Las fuerzas de Olvera salidas de Matamoros, perdian el gran convoy de mercancias, por valor de más de dos millones de pesos. La columna francesa de setecientos hombres, salida de Monterrey para proteger el paso del convoy, salvaba casualmente seiscientos mil pesos en oro.

Los jefes republicanos en una junta de guerra tenida en Camargo, habian decidido atacar primero á Olvera y en caso de buen éxito caer sobre la otra fuerza de franceses proveniente de Monterrey. Embóscanse los republicanos en posición bien escojida, esperan al enemigo que se presentó á las siete de la mañana del citado dia 16 y explora el bosque y las quiebras del terreno; al sospechar la presencia de su contrario, dirige fuegos divergentes, por medio de la artilleria; los republicanos no contestaron, ni descubrieron en manera alguna su presencia. En seguida Olvera manda avanzar en tiradores á los cazadores austriacos, arregla en batalla sus otras fuerzas y agrupa los carros en secciones escalonadas de á cuatro cada una. Los cazadores austriacos descubren á los republicanos que

estaban pecho á tierra ocultos en los accidentes del camino y lugares adecuados del bosque; rompen los imperialistas el fuego y aunque les causaron pérdidas á sus contrarios, esto permanecen sin contestar. Entonces los imperialistas avanzan resueltamente. Se ponen en pié las columnas paralelas de los republicanos al grito de ¡ Viva la República! y después de una descarga se lanzan á la bayoneta y al sable sobre sus contrarios, con ardoroso anhelo, siendo muy sangriento el choque.

Los imperialistas retroceden por largo trecho, hasta la eminencia en la que se defendieron, de la carga que sobre ellos dió por un flanco el general Rocha, y por otro el gefe Canales y por el frente el general en jefe; los batallones imperialistas se rindieron resistiendo tan solo una fuerza austriaca que es despedazada.

La victoria corona á los republicanos, dejando los imperialistas cerca de quinientos muertos de los que ciento sesenta eran extranjeros; pocos heridos, todos sus cañones, mil doscientos prisioneros contándose cerca de doscientos europeos, su parque, equipos y el convoy. Los republicanos también tuvieron más de ochenta muertos y doscientos heridos. Las caballerias persiguen á los fugitivos, y Olvera con un grupo de cien ginetes logra entrar á Matamoros debido á los fueres caballos que montaban. La columna francesa al saber lo sucedido, retrocedió para Monterrey. A consecuencia de esa batalla, cayeron en poder de los republicanos esas dos plazas y la del Saltillo, es decir, quedó toda aquella vastísima é importante zona fronteriza, separada de la Intervención y del Imperio.

Fué notable la intervención del general norte-americano Getty y su insistencia en que la plaza de Matamoros se rindiera á Carbajal. La entrada de las fuerzas de Escobedo se verificó del 23 al 25 siendo este general el que ha reportado el honor y los laureles de aquella memorable jornada.

Después de la victoria obtenida en Santa Gertrudis, fueron las tropas de Escobedo á acampar en la villa de Camargo, y los franceses que habían de operar en combinación con Olvera, pudieron llegar á Monterrey, constantemente hostilizados por las caballerías republicanas. Muchos de los comerciantes dueños del convoy, acudieron á Escobedo para salvar sus mercancias y lo consiguieron aquellos que no estaban comprendidos en la ley de secuestro, exijiéndoles dobles derechos. La parte del convoy que quedó como verdadero botín, fué dividida por mitad con las fuerzas de Tamaulipas que tanta parte tuvieron en la victoria; las tropas quedaron inmediatamente equipadas, se establecieron hospitales de sangre y se compraron en mayor cantidad armas y municiones.

La retirada de Jeanningros se verificó muy de prisa y por lugares menos apropósito para conducir los trenes; su fuerza experimentó gran número de bajas por deserción, tanto de franceses como de belgas. Ese general francés habia prevenido primeramente á Mejía, que no saliera el convoy de Matamoros porque le era imposible auxiliarlo; pero después le avisó lo contrario.

La batalla de Santa Gertrudis debilitó tanto á los imperialistas, que no pudieron ya sostenerse en aquella frontera á pesar de encontrarse al man-

do del general Don Tomás Mejía, estimado hasta entonces como la más firme columna del Imperio. Pero había llegado la hora nefasta para los partidarios de Maximiliano; al saber Mejía que los republicanos avanzaban sobre Matamoros resolvió no resistir y entabló las negociacionesque ya dejo narradas, para capitular con el general D. José de J. Carbajal que fungia como Gobernador y Comandante militar de Tamaulipas, nombrado por el Presidente Juárez.

Carbajal, que habia ido á los Estados Unidos en busca de armas y dinero, acababa de regresar y de acuerdo con otros muchos mexicanos residentes Brownsville, violentaron una negociacion que los ponia desde luego en posesion del puerto, único sitio que por aquella frontera tenia el Imperio. Carbajal impidió que Escobedo tuviese participio en el asunto y ratificó la capitulacion firmada por Mejía, y despues desaprobada por el gobierno juarista. Tomó posesion del puerto el general D. Juan J. de la Garza el 24 de Junio.

Mejía abandonó violentamente á Matamoros, aprovechando los auxilios que le proporcionaron Carbajal y sus adictos, de manera que al presentarse Escobedo, solamente pudo hacer el último arreglo con el comercio en lo relativo al asunto del convoy y expeditar lo concerniente á la compra de armas, municiones y vesuario. Aunque no estuvo conforme con la capitulacion, dejó que el Presidente de la República resolviera y se dirigió á Nuevo Leon para organizar mejor al ejército del Norte, siéndole propicias ya las circunstancias por haberse retirado los franceses é imperialistas para San Luis Potosí, hácia donde destacó al general Treviño con dos mil quinientos soldados de las tres armas, y envió al Estado de Zacatecas al general Diaz de Leon con otra fuerza.

El tren que habia salido de Monterrey formado por 250 carros con mas de medio millon en efectivo despues de haber sido hostilizado casi inmediamente que salió de aquella ciudad, siguió su marcha y llegó hasta Mier; de allí retrocedió al punto de partida, luego que se supo la pérdida del convoy salido de Matamoros al mando del general Olvera. *

(*) Escoltaban el convoy capturado diez compañías de austriacos al mando del capitán Hoppe, cien contraguerrilleros y mil quinientos imperialistas mexicanos, apoyándolos catorce piezas de artillería. El combate duró una hora solamente el citado día 16, siendo capturado el tren á dos leguas antes de llegar á Camargo. Los republicanos pasaban de tres mil quinientos y se asegura que en sus filas había negros y aventureros norteamericanos. El convoy había sido atacado en su marcha varias veces por las guerrillas, y antes de llegar á Camargo cayó Olvera en una emboscada, al querer tomar la iniciativa. Algunos jefes de cuerpos imperiales fueron fusilados, entre ellos el coreon Iglesias; otros, entre ellos Oria y García Rubio se salvaron con dificultad, apareciendo el primero de estos en Brownsville.

A las siete de la mañana acababa de ponerse en marcha el convoy, y desde luego fué atacado por la retaguardia que cubría el batallon de la contraguerrilla; esto tomo la iniciativa y se encontró con la fuerza de Canales protegida por la maleza y los chaparrales; entre tanto la vanguardia que tra-

Según el parte oficial dirigido por el general Escobedo al Presidente Juárez, el combate que precedió á la captura de Matamoros, se verificó el 16 de Junio en la Mesa de Santa Gertrudis, siendo los juaristas 2,200 y la brigada de Tamaulipas á las órdenes de Canales. Escobedo asienta que llevaba recogidos cerca de mil fusiles, ocho piezas de artillería y gran cantidad de parque, y que los imperialistas dejaron cuatrocientos muertos, en su mayor parte austriacos, y más de ochocientos prisioneros, de éstos doscientos extranjeros.

Matamoros capituló el día 23 con los comisionados de Carbajal, obteniendo las condiciones más liberales. Escobedo con sus fuerzas que ascendían á cerca de cuatro mil hombres, entró á Matamoros á la una de la tarde del día 24. Dos vapores americanos con bandera de su nación izada, fueron de Brownsville para Matamoros á fin de tomar á su bordo la guarnición imperial. Mejia salió con todos los honores de la guerra acompañándole su Secretario García Rubio, se llevó tropas, bagajes, armas, municiones y dos piezas de artillería de á seis. Los vapores condujeron la guarnición á Bagdad, allí se embarcaron en buques franceses para Veracruz á donde el general Mejia llegó á bordo del vapor "Adonis," acompañado de algunos oficiales y empleados; también arribaron á ese puerto trescientos soldados de los que capitularon, y otra fuerza naufragó cerca de Tampico.

La capitulación celebrada entre el general José de J. Carbajal, por medio de su comisionado D. Juan J. de la Garza y el general imperialista D. Tomás Mejia, no fué aprobada por el Presidente Juarez. Aparecia lógica esta negativa, puesto que los imperialistas acababan de sufrir una completa derrota en la Mesa de Santa Gertrudis, cuyo suceso llenó de pavor á la pequeña guarnicion de Matamoros. Los que intervinieron en la capitulacion quedaron sujetos al juicio respectivo.

Todas las fuerzas de Tamaulipas habian reconocido por jefe al general J. de J. Carbajal, quien despues de haber concluido en Nueva York la mision que le encomendara el Sr. Juarez, se dirigió para Nueva Orleans y Brownsville.

Otros comisionados cesaron tambien en sus encargos: D. Plácido Vega que estaba en California y D. Gaspar Sanchez Ochoa en Nueva York, quedando todos los negocios á cargo de la Legacion mexicana.

taba de colocar los carros de una manera posible para la defensa, recibía rudo ataque; por un momento sostienen el choque los austriacos y los arrolla la caballería; el combate se empeña en toda la línea; los austriacos quieren rendir las armas, y solamente la mitad de ellos queda con vida y prisioneros. En ambas partes se luchó con encarnizamiento; los imperiales arrollados más allá de la línea del convoy fueron derrotados. La mitad de las fuerzas de Olvera rinden las armas, los demás se retiran en desórden. Dispersada la columna con que el general Olvera había escoltado el convoy, no habían quedado en Matamoros más que cuatrocientos soldados, para cuyo sosten le faltaban á Mejía recursos pecuniarios.

Otro convoy salido de Monterrey á fines de Julio, custodiado por tropas francesas, tuvo que retroceder por haberse encontrado con una sección de republicanos al mando del gefe Aureliano Rivera, y porque se sabía, además, que los vencedores avanzaban sobre aquella ciudad. Habiendo vuelto á salir el convoy, logra llegar al Saltillo. - Es de notar que al cuartel de Escobedo, establecido en Camargo, llegaban diariamete desertores imperialistas. Por entonces se fortificaban las orillas y calles de Monterrey.

Los principales gefes juaristas que permanecían en la frontera del Norte, eran Carbajal, Garza, León, Cortina y Escobedo. El primero de estos tenía el mando de Matamoros, realizaba préstamos y organizaba una División, en la que se contaban algunos matamorenses. Escobedo emprendía su marcha á Monterrey por la vía de Camargo, con 2,500 hombres bien armados y equipados y entró á esa plaza á principios de Agosto. Antes de partir de Matamoros había estado en Brownsville á visitar al comandante norte-americano Mr. Getty, quien le recibió cordialmente y le hizo presenciar el desfile de las tropas negras de la guarnición.

Al finalizar el mes de Junio se supo en México que las fuerzas del general Mejia habían sufrido un revés, capturando los republicanos el convoy escoltado por las que iban al inmediato mando del general Olvera, en el camino de Monterrey á Matamoros. En consecuencia se supuso que este puerto quedaba en crítica situación, asediado por los republicanos y que poco tardaría en sucumbir.

La pérdida de Matamoros causó indescriptible efecto, aunque hacía varios meses que era esperada, desde el ataque dado á Bagdad el mes de Enero; pero se tenia esperanza en que el general Jeanningros contribuiría á sostener la situación que guardaba el general Mejia, y habían crecido las esperanzas de los imperialistas al saber las disidencias de Cortina. La trascendencia de la pérdida de Matamoros fué enorme; los republicanos recobraron una fuente de recursos, un punto de apoyo muy valioso y la comunicación regular con los Estados Unidos; además, se unió á esas ventajas el efecto moral que aquel suceso iba á producir en el extranjero. La pérdida de Matamoros abrió para el Imperio un período crítico cuyo fatal desenlace ya se veía.

Las tropas imperialistas necesitaban renovar sus diezmados contingentes la Dvision del general Mejia quedó casi destruida por las fuerzas de Escobedo y de Canales, y debe tenerse en cuenta, que aquella Division era la mas disciplinada ente las tropas mexicanas imperialistas, y bastante aguerrida por estar compuesta de tropas tanto tiempo batalladoras en la Sierra. Al saber Maximiliano en su residencia de Cuernavaca el desastre que habia sufrido la Division de Mejia, se dirijió con fecha 24 de Junio al mariscal Bazaine diciendole: que la noticia de que la fuerza de Mejia habia sido casi destruida, le habia sorprendido y afectado dolorosamente, pues en aquellas tropas fundaba una parte de sus esperanzas para el porvenir; además, era importantísima la comunicacion entre Matamoros y Monterrey para los negocios financieros; pediale á Bazaine que le

enviara su plan de campaña para remediar la catástrofe y someter al órden los Departamentos insurrectos.

A Matamoros llegaban armas y municiones para los juaristas. Estaban allí tres brigadas al mando superior del general D. Juan J. de la Garza, teniendo por gefes inmediatos á los generales Hinojosa, Cortina y Canales, titulándose éste, comandante de la línea del Bravo. También había un grupo de extranjeros voluntarios al mando del coronel Fort y acuartelados en el fortín del Colegio.

Hizo larga permanencia en Matamoros el general Sheridan, á quien se atribuyó misión del gobierno de los Estados Unidos cerca de los republicanos allí residentes, siendo de notar que se opusiera el general Carbajal á la circulación de periódicos de Brownsville que le eran hostiles.

Defendido Tampico por la contraguerrilla al mando del capitán Langlois, tuvo que sucumbir ante las fuerzas del general Pavón, detenidas algunas semanas por menos de doscientos contra-guerrilleros fortificados en la Casamata y que capitularon retirándose delante del enemigo con las armas cargadas y bandera desplegada. A ejemplo de la legión belga y de la contraguerrilla, el ejército mexicano imperialista había entrado en un período de desorganización; el edificio imperial crujía por todas partes á consecuencia de la penuria del tesoro. Aun los batallones de cazadores, supremo recurso en los malos días, estaban amenazados de muerte por la falta de dinero y de individuos que cubrieran las bajas, rehusando los prefectos imperiales y los grandes propietarios proporcionar más soldados, á la vez que se conducía el nuevo ministerio reaccionario de tal manera, que Maximiliano se le entregara atado de pies y manos, al faltarle el apoyo de la intervención francesa.

A la pequeña guarnición que capituló en Tampico, le fué permitido dirigirse á Veracruz. Los 170 hombres de la contraguerrilla se defendieron durante ocho días encerrados en la Casamata, contra más de dos mil republicanos. Pactada la capitulación, se les dejó salir con armas, bagajes y las dos piececitas de artillería con que se defendieron. La cañonera que de Veracruz iba en su auxilio, encontró obstruida la barra con dos buques sumergidos y defendida por el fuerte de Iturbide, ocupado ya por los republicanos, á la entrada del río, y aunque lograron vencer esos obstáculos no fué eficaz su auxilio, porque estando la Casamata en la parte superior de la ciudad, no era posible que se prestasen auxilios mútuos. La mayor parte de los residentes franceses continuaron en sus negocios.

Al ser tomado el puerto de Tampico, fué ahorcado el Prefecto de aquel Distrito, D. Toribio de la Torre. Habíase ocultado después de la ocupación de la ciudad; pero descubierto por los agentes de los republicanos, en la casa del comandante del resguardo, fué llevado al lugar del suplicio y sufrió muerte de horca, después de haberse reventado dos veces la cuerda con que estaba suspendido. El Juez de Letras D. Matilde Romero, también preso, al tener noticia de la horrible muerte del Prefecto, se suicidó por medio de un veneno.

La desaprobación del Presidente Juárez á la capitulación de Matamoros, dió

por resultado que dejaran sus puestos en el puerto los generales Carbajal y Garza. En seguida fué desconocido el general Tapia, mandado por el gobierno de Juárez como un medio de acabar con las dificultades que allí se renovaban. Tapia llegó el 7 de Septiembre al puerto y fué recibido como simple general, negándose las autoridades á odebecerle en calidad de gobernador, empeñadas en que este puesto lo ocupara el coronel Canales; pero apoyaban á Tapia las tropas de Cortina que le escoltaron hasta la entrada de la población.

Canales desconoció las órdenes de Juárez y tomó el mando; puso presos al general Hinojosa, á Tapia y otras personas que supuso estaban en connivencia con Cortina, siendo la principal causa del desconocimiento de Tapia el negarse éste á aprobar los préstamos hechos por Canales.

Para sostener las disposiciones del Presidente, salieron de Monterrey mil hombres con dirección á Matamoros, destinados á libertar á Tapia de la tiranía de Canales y sostenerle en su puesto de gobernador de Tamaulipas. En aquel rumbo las fuerzas de Escobedo estaban ya organizadas y ocupaban el Saltillo, Monrrey y Buena Vista.

Canales se sometia á las disposiciones del Presidente Juarez; pero no entregó el mando de la plaza al general Hinojosa para que pudiera entrar en el ejercicio de sus funciones el gobernador Tapia.

El 2 de Octubre expidió Cortina una proclama, diciendo que en virtud de órdenes del Presidente Juarez, hacia suya la causa de Tapia, señalaba á Canales como usurpador y denunciaba su intencion de tomar á Matamoros y derribar á á su contrario. Aumentó Cortina sus tropas y reunia dinero y municiones.

Don Benito Juarez desaprobó la conducta seguida por los generales Canales é Hinojosa, y encargó al general Escobedo que auxiliara á Tapia con toda la fuerza necesaria, para restablecer el orden en Tamaulipas y concluir con el escándalo que servia de argumento á los imperialistas.

Tapia acampó frente á Matamoros el 28 de Octubre (1866) unido á Cortina, ascendiendo sus fuerzas á 1500 hombres. Los jefes republicanos D. Leon Guzmán y D. Julian Cerda, procuraron un avenimiento entre los beligerantes; pero Canales se expresaba en términos acres é impropios, sosteniendo que fué bueno el motin que depuso á Carbajal del puesto que ocupaba. La oficialidad de Canales al admitir, en una Junta que tuvo, á Tapia por jefe, le exigia que retirara sus tropas para Nuevo Leon. A la vez dispuso Canales que fueran confiscados los bienes de los que sirviesen ó hubiesen servido á Maximiliano.

El Diario del Imperio continuaba publicando reglamentos de interés relativamente secundario para el público, que tenia vueltas sus miradas hácia la frontera del Norte, y que consideraba inutil la etiqueta de la Corte cuando soplaba el huracán y dominaba el incendio revolucionario en el territorio. No era el momento oportuno para descender á ciertas pequeñeces, aquel en que Matamoros era tomada por capitulacion, Mazatlán y Tampico estaban bloqueados y estrechados de cerca y Tepic amenazada por Corona.



General Juan N. Cortina.

Enemigo del Imperio que levantó en México la Intervención Francesa, consideró necesario á veces plegarse á sus contrarios para salvar los elementos militares de que disponía en el Estado de Tamaulipas.

Sus sentimientos de odio contra el general Canales se manifestaban en cualquiera oportunidad, impulsándole á mantener en revolución el Estado de Tamaulipas gobernado por su émulo.

Cuando el general Escobedo puso sitio al Puerto de Matamoros, en Noviembre de 1866, con todas las fuerzas de Nuevo León y Coahuila, por haber desconocido el general Canales la autoridad del Presidente Juárez, tomó parte en el asalto la brigada del general Cortina, lanzada sobre el fuerte de San Fernando y la parte central de la ciudad. Después de la rendición de ésta, fué enviado el jefe Cortina en persecución de Canales, que se negó á cumplir los convenios celebrados.

por resultado que dejaran sus puestos en el puerto los generales Carbajal y Garza. En seguida fué desconocido el general Tapia, mandado por el gobierno de Juárez como un medio de acabar con las dificultades que allí se renovaban. Tapia llegó el 7 de Septiembre al puerto y fué recibido como simple general, negándose las autoridades á odebecerle en calidad de gobernador, empeñadas en que este puesto lo ocupara el coronel Canales; pero apoyaban á Tapia las tropas de Cortina que le escoltaron hasta la entrada de la población.

Canales desconoció las órdenes de Juárez y tomó el mando; puso presos al general Hinojosa, á Tapia y otras personas que supuso estaban en connivencia con Cortina, siendo la principal causa del desconocimiento de Tapia el negarse éste á aprobar los préstamos hechos por Canales.

Para sostener las disposiciones del Presidente, salieron de Monterrey mil hombres con dirección á Matamoros, destinados á libertar á Tapia de la tiranía de Canales y sostenerle en su puesto de gobernador de Tamaulipas. En aquel rumbo las fuerzas de Escobedo estaban ya organizadas y ocupaban el Saltillo, Monrrey y Buena Vista.

Canales se sometia á las disposiciones del Presidente Juarez; pero no entregó el mando de la plaza al general Hinojosa para que pudiera entrar en el ejercicio de sus funciones el gobernador Tapia.

El 2 de Octubre expidió Cortina una proclama, diciendo que en virtud de órdenes del Presidente Juarez, hacia suya la causa de Tapia, señalaba á Canales como usurpador y denunciaba su intencion de tomar á Matamoros y derribar á á su contrario. Aumentó Cortina sus tropas y reunia dinero y municiones.

Don Benito Juarez desaprobó la conducta seguida por los generales Canales é Hinojosa, y encargó al general Escobedo que auxiliara á Tapia con toda la fuerza necesaria, para restablecer el orden en Tamaulipas y concluir con el escándalo que servia de argumento á los imperialistas.

Tapia acampó frente á Matamoros el 28 de Octubre (1866) unido á Cortina, ascendiendo sus fuerzas á 1500 hombres. Los jefes republicanos D. Leon Guzmán y D. Julian Cerda, procuraron un avenimiento entre los beligerantes; pero Canales se expresaba en términos acres é impropios, sosteniendo que fué bueno el motin que depuso á Carbajal del puesto que ocupaba. La oficialidad de Canales al admitir, en una Junta que tuvo, á Tapia por jefe, le exigia que retirara sus tropas para Nuevo Leon. A la vez dispuso Canales que fueran confiscados los bienes de los que sirviesen ó hubiesen servido á Maximiliano.

El Diario del Imperio continuaba publicando reglamentos de interés relativamente secundario para el público, que tenia vueltas sus miradas hácia la frontera del Norte, y que consideraba inutil la etiqueta de la Corte cuando soplaba el huracán y dominaba el incendio revolucionario en el territorio. No era el momento oportuno para descender á ciertas pequeñeces, aquel en que Matamoros era tomada por capitulacion, Mazatlán y Tampico estaban bloqueados y estrechados de cerca y Tepic amenazada por Corona.



General Juan N. Cortina.

Enemigo del Imperio que levantó en México la Intervención Francesa, consideró necesario á veces plegarse á sus contrarios para salvar los elementos militares de que disponía en el Estado de Tamaulipas.

Sus sentimientos de odio contra el general Canales se manifestaban en cualquiera oportunidad, impulsándole á mantener en revolución el Estado de Tamaulipas gobernado por su émulo.

Cuando el general Escobedo puso sitio al Puerto de Matamoros, en Noviembre de 1866, con todas las fuerzas de Nuevo León y Coahuila, por haber desconocido el general Canales la autoridad del Presidente Juárez, tomó parte en el asalto la brigada del general Cortina, lanzada sobre el fuerte de San Fernando y la parte central de la ciudad. Después de la rendición de ésta, fué enviado el jefe Cortina en persecución de Canales, que se negó á cumplir los convenios celebrados.

Los imperialistas sentian la necesidad, no de detalles ni de teorias que á su tiempo pudieron haber tenido razon de ser, sino de batallones organizados y de sumas en caja, para oponerse á la ofensiva que ya tomaban las fuerzas republicanas en grandes masas. Creiase que en vez de fijarse en muchas pequeñeces deberian dictarse medidas para levantar los ánimos, puesto que el Imperio ya nada mas tendria durante doce ó quince meses el apoyo de la Francia.

Al ocultarse la verdad, quedaba el espíritu público en el silencio, adormecido, sin que se le despertara para armar y tener listos á los que se reunian bajo la bandera imperial. Los republicanos no se embarazaban con pequeñas dificultades, y aprovechando el tiempo levantaban tropas, emprendían expediciones en todos sentidos, y se movían sin descanso para allegar hombres y dinero, logrando así tomar la ofensiva.

La revolución se sobreponía al Imperio imposibilitado de ejercer acción á causa de la penuria del erario, circunstancia que para nadie era un secreto y sin duda que en este gravísimo obstáculo se concentraban las numerosas dificultades que afligían al Emperador. No faltaban consejos á Maximiliano para la adquisición de recursos; se le decía que en vez de la revisión de títulos de los adjudicatarios, impusiera el doce ó quince por ciento sobre las propiedades que fueron de la mano muerta; otros pretendían que exigiera el pago de sumas atrasadas que podrían ascender á cuatro ó cinco millones de pesos; muchos le aconsejaban un préstamo forzoso reembolsable á corto plazo, con lo cual habría lo suficiente para establecer el equilibrio de la hacienda pública, ó bien le sugerían que duplicase las contribuciones generales cubriendo así el déficit. Todos estos expedientes aconsejados aumentarían el descrédito, según habría pasado con cualquier gobierno que los empleara; los óbstáculos, los trámites, las resistencias, opuestas no dejarian realizar de una vez ni un millón de pesos, y en tal caso los esfuerzos serían contraproducentes.

El abandono completo de la frontera del Norte afectó profundamente á Maximiliano, y bajo tal impresión escribió al Mariscal otra carta el 4 de Agosto (1866) diciendole que la toma de Tampico por los republicanos y la evacuación de Monterrey por los franceses, iban á producir las más graves consecuencias, y pedía á Bazaine le informara del plan que se proponía seguir para salvar, siquiera, á los adictos al Imperio y á los funcionarios infelices que por la causa imperial se habían sacrificado.

En esta carta manifestaba Maximiliano la grande irritación que le producía ver traicionadas sus esperanzas por las disposiciones dimanadas de las Tullerías. Antes de que se acordara la retirada del ejército francés, Maximiliano mostraba por sistema sentimientos de benevolencia hácia el Mariscal; pero desde que se reveló la invariable resolución de que se retirara el ejército expedicionario, las relaciones entre ambos personajes conservaron una tension tan fuerte como la tiranez de la situación.

El Mariscal contestó el 12 de Agosto, rechazando la imputación que le ha-

cía Maximiliano por la toma de Tampico y la evacuación de Monterrey, sucesos necesarios después de la destrucción de las tropas del general Mejía y la capitulación de Matamoros, siendo malísimas las condiciones en que se encontraba la legión belga, no solamente bajo el punto de vista político, sino principalmente del militar. La capitulación de Matamoros y sus consecuencias, estaban fuera de la incumbencia del Mariscal, á quien se le quería hacer responsable de una situación que se encontraba ya formada, según lo manifestaban los documentos que había acompañado á las cartas escritas desde San Luis Potosí el 11 y 20 de Julio. Se quejaba Bazaine de que había abortado una combinación para recuperar á Tampico, por no haber accedido á que se moviera sobre ese puerto el general Olvera con su brigada, sino antes bien, fué llamada á México contra las órdenes que el comandante en jefe francés había dejado al emprender la marcha para el Norte. Igualmente atribuia á falta de cooperación por parte del general Thun, los desastres verificados en Tamaulipas, y juzgaba al general Mejía temeroso de que sus soldados se expusicran á los peligros de la fiebre amarilla en Tampico, siendo necesario enviar un débil destacamento de la contraguerrilla, sin cuidarse de los rigores del clima que el último año había concluido con un batallón francés.

Los acontecimientos de Tamaulipas comunicaron aliento á la revolucion en el Estado de Veracruz. El pueblo de Zongolica fué atacado el 13 de Mayo por los republicanos; el jefe de la plaza, Leandro Amador, se retiró al cerro de Tenango, y en consecuencia los asaltantes saquearon algunas casas de comercio.

Tlacotalpam seguía incomunicado con el resto de la Costa, y se encarecían allí en alto grado los efectos de primera necesidad, impidiendo su introducción los republicanos que aparecieron por aquel rumbo desde principios de Mayo. Esa poblacion fué atacada el día 9 en la noche, y cinco días después se repetía el ataque, incendiando algunas chozas por la parte alta de la villa. Los imperiales salieron el día 25 y hubo un combate en las goteras de esa localidad, tres días después atacaron otra vez los liberales, y casi todos los días y las noches iban á disparar algunos tiros de fusil; los buques franceses también disparaban sobre los ranchos de la orilla del río, que casi arruinaron.

En Orizaba se levantaban fortificaciones en el cerro del Borrego y se preparaba la construcción de otras nuevas hasta el Chiquihuite, debiendo servir de apoyo al ejárcito francés que se iba á retirar. Los colonos establecidos en Omealca fueron arrebatados por guerrilleros y conducidos en cautiverio á gran distancia de sus hogares, y después puestos en libertad.

En la madrugada del 21 de Junio se verificaba en Papantla una sublevación de indígenas; se apoderaron del cuartel y de la población que después volvió al poder de los imperiales.

Entre los Estados orientales, el de Yucatán continuaba constituyendo una esperanza para los imperialistas, al grado de considerarlo, en caso necesario, un seguro refugio para los Emperadores, aunque las cosas no marchaban allá para estos, en mejores términos que en el resto del país.

De las fuerzas que á esa Península condujo el general Casanova, había sido destacada para Laguna una parte al mando del coronel D. Juan Noriega, nombrado comandante militar del punto, con instrucciones para reforzar la guarnición que debía estar en Jonuta y que permanecía entónces en Palizada. Noriega visitó este cantón y formó dos compañías con las tropas que conducía, unidas á los ciento trece milicianos que allí estaban y á veinte matriculados en la marina; reemplazó la oficialidad que capituló en Jonuta y se posesionó de esta villa abandonada ya por los republicanos de Tabasco. A principios del mes de Junio (1866) regresaba á Campeche el coronel Noriega; allí conferenció con el general Casanova, quien después de concurrir á la procesión del Córpus pasó al Cármen, á mediados del mismo mes, y poco después regresó á Mérida. En Campeche fué obsequiado por el prefecto político D. Manuel Ramos y por el comandante militar D. Felipe L. Fajardo.

En las fuerzas imperialistas que ocupaban á Yucatán era escandalosa la deserción. Un grupo de aquellos desertores atacó el pueblo de Mocochá en la madrugada del 12 de Junio, después el de Baca, cometiendo los atropellos consiguientes y sin proclamar ningún principio político, ni enarbolar bandera alguna.

Posesionados ya los republicanos de los Estados fronterizos, conmovió la pujanza de sus armas á los limítrofes, que poco tardaron en caer completamente bajo su dominio, de una manera definitiva. De los Estados centrales el de Michoacán seguia constituido en campo de la mayor actividad para ambos partidos, resueltos á sostener una lucha tan tenaz como sangrienta. El general imperialista Ramon Mendez se dirigió al finalizar el mes de Junio (1866), á ponerse de acuerdo en Zinapécuaro con la seccion de zuavos franceses que allí permanecia; al licenciar las guardias rurales y demas fuerzas auxiliares, usó los elementos de ellas para formar nuevas tropas de linea y organizar las existentes. Al batallon de Guanajuato que mandaba el coronel Farquet, le asignó el número 12; envió á Celaya al coronel Santa Cruz con el encargo de comprar caballos y completar la fuerza del 4.º de caballería. Mendez ajustaba su conducta á las órdenes de Bazaine, segun las cuales la brigada de Michoacan debia quedar organizada para el primer dia de Agosto. En relacion con esas órdenes se formaba en Querétaro el 2.º batallon de Cazadores de México, refundiendo en sus filas los rurales reconocidos útiles; mandaba esa fuerza Mr. Diville Chabrol quien estableció su cuartel en el ex-convento de San Francisco.

En Michoacan, apenas alejadas de un rumbo las guerrillas republicanas aparecian en otro. Una de ellas que se acercó á Morelia á mediados de Mayo, se llevó de las haciendas del Norte de esa ciudad, á los operarios y tomó de ellas todos los caballos; á los propietarios y administradores de aquellas fincas les fueron exigidos rescates mas ó menos fuertes. En la hacienda de la Calera fué incendiada la casa principal. En el rumbo del Sur, habian logrado los republicanos atraer al general Mendez hasta Huetamo que parecia pacificado. Recorrió y arra-

zó otra guerrilla las haciendas del Valle de Tacámbaro. Con estos y otros hechos de igual naturaleza, quedó desvanecida la esperanza de que fuera posible la sumision de aquel Departamento sostenido por el de Guerrero, á donde el general Mendez consideró inútil seguir á sus contrarios. Tropas mexicanas bajo la direccion de un gefe tan activo cual Mendez, se habian movido en todas direcciones, apoyándolas los franceses que tomaron empeño en aquella campaña; pero de pronto se escasean los recursos á las fuerzas de Mendez y se le dificulta movilizarlas por falta de crédito, necesitando en cada marcha llevar consigo los fondos correspondientes para los gastos. De los republicanos que habian conseguido llevarlo hasta Huetamo, una parte de ellos pasó el rio de las Balsas buscando el Departamento de Guerrero.

A mediados de Mayo (1866) el general Régules, á quien al pasar el rio de las Balsas se unió Simon Gutierrez que procedente de Colima habia ido á merodear por allí, volvia á entrar al Departamento de Morelia y se situó en Turicato, llamó á las fuerzas de Ronda, de Garnica y otros, para caer sobre los puntos que conviniera. Emisarios suyos levantaban á los pueblos y sublevaron desde luego á los indígenas de Teremendo que destruyeron la hacienda de Tecacho. Tan difícil se puso la situacion, que suscitó la suspicacia de las autoridades de Morelia, donde la Corte marcial multaba á todas las personas acusadas de esparcir noticias calificadas de falsas y alarmantes.

El general Ramon Mendez regresaba á Morelia el último dia del mes de Mayo, tras la activa persecucion en que se batió varias veces con los republicanos, sosteniendo una serie de encuentros, entre los que fué mas notable el verificado el mismo dia 31 á pocas leguas de Morelia, en el camino de Cuitzeo, á orillas del rio de Santiago.

Obligados los imperialistas á abandonar á Zitácuaro, lo ocupan el 4 de Junio los republicanos al mando de Castillo, Ugalde y Eguiluz que se titulaba gobernador del Estado, armados con fusiles y algunos con palos en forma de lanzas. La fuerza imperialista que evacuó aquel pueblo la noche del dia tres, se dirigió para Angangueo. Las fortificaciones de Zitácuaro levantadas por los imperialistas fueron arrasadas. Estos quisieron contrariar el efecto que produjeran tales sucesos, con la noticia de que en las inmediaciones Zacapu, habia derrotado á los republicanos el coronel Doroteo Vera.

El general Régules fué infatigable enemigo del imperialista Ramon Mendez; á todo trance sostuvo una guerra sin cuartel, no le desanimaron las derrotas y aun enfermo continuaba luchando. Condujo admirablemente la campaña de guerrillas, para la cual se necesitan hombres activos á infatigables, capaces de soportar las mayores privaciones; despues de una derrota, cuando todos le suponian fugitivo y desesperado, volvia á reunir los dispersos, se proveia de recursos y aprovechando los momentos en que no era perseguido por el general Mendez, caia audazmente sobre alguna poblacion desguarnecida; su táctica consistia, cuando se reconocia débil, en evitar á todo trance un combate en el que sus tropas sin organizacion ni disciplina tendrian que ser derrotadas, y se perderian los elementos reunidos con tanto trabajo; entónces huia sin detenerse en varias jornadas, sostenido en tan crueles expediciones por la energia extraordinaria de que estaba dotado, empleada tambien para evitar la desercion de sus fatigadas tropas. La tierra caliente era el refugio donde Mendez no lo perseguia, pues pasado el rio de las Balsas le tendian la mano los Alvarez. Le favoreció que los republicanos se alentaron siempre, con la creencia de que el regreso de las tropas francesas tendría que verificarse tarde ó temprano, tanto porque ya resultaba infructuosa la expedicion, cuanto porque en ello se esforzaba la República del Norte.

Si el poder imperial vacilaba en Michoacan, mas al Poniente, en los Estados del Pacífico estaba completamente nulificado. El general Corona encomendó al gefe Perfecto Guzman, una expedicion sobre las fuerzas de Lozada que ocupaban á Santiago Ixcuintla. Movióse Guzman el 8 de Junio con la brigada de su mando y otra de caballeria á las órdenes del coronel Donato Guerra; seis dias despues era atacado el pueblo de Santiago, á las ocho de la mañana, entrando desde luego en combate el coronel Juan de D. Rojas que se apoderó de la plaza, retirándose los imperialistas lozadeños mandados por Agaton Martinez y José Tapia; estos se detuvieron al otro lado del rio y uniéndoseles alguna fuerza se arrojaron sobre el pueblo, y aunque fueron rechazados en los suburbios por la fuerza que mandaba el coronel Guerra, poco despues retrocedia la columna juarista y fué á reunirse á las demas tropas del general Corona, que el 6 de Mayo habian sostenido un serio combate á seis leguas de Mazatlan contra los imperialistas salidos de ese puerto.

En el mes de Julio de 1866, los imperialistas de Sinaloa se sostenian solamente al abrigo de las fortificaciones del puerto de Mazatlan y del punto llamado Palos Prietos; no tomaban ya la iniciativa, circunstancia que permitia al general Corona organizar y disciplinar sus tropas, vistiéndolas con manta que adquiria de la fábrica de hilados establecida en el Presidio, en cuya poblacion, á nueve leguas de Mazatlan, continuó radicado su cuartel general. Ese puerto estaba guarnecido par mil quinientos franceses y quinientos mexicanos al mando del general Rivas, en tanto que los republicanos contaban con cerca de tres mil de las tres armas.

Acordado un ataque sobre el punto fortificado de "Palos Prietos," se verificó el 12 de Septiembre; despues de varias horas de combate se apoderan los republicanos de la luneta principal del fuerte, asaltando á la bayoneta y con tal resolucion, que pocos defensores del punto pudieron salvarse; quedaron en el campo de la accion gran número de muertos de ambas fuerzas y sesenta y tres heridos de los republicanos. Estos tuvieron necesidad de abandonar el punto asaltado, para no quedar expuestos á los fuegos de la plaza y de los buques de guerra anclados en la bahía. El general Corona dejó en Palos Prietos una fuerza encargada de arrasar los parapetos y vigilar el puerto.

Por esos días desembarcaba en Agiabampo, puerto de cabotaje en el Estado

de Sinaloa, el armamento que enviaba de San Francisco California el general Plácido Vega, quien condujo tambien una legion de norte-americanos. Desde el mes de Septiembre el gefe de la sierra del Nayarit, Lozada, se rehusaba á emprender nuevas expediciones en combinacion con los franceses, debido en parte á que ya habia sabido la próxima retirada de estos ó consecuencia, principalmente, de la actitud del gobierno de Washington. Lozada sostuvo desde entónces un sistema de neutralidad, reducido en suma á la completa independencia, sin obedecer á ley ni autoridad alguna.

Tambien en Sonora se doblegaba el poder imperial bajo los rudos y constantes golpes que le dieron los republicanos. El 4 de Mayo (1866) era tomada la ciudad de Hermosillo por las fuerzas reunidas de García Morales, Martinez, Pesqueira, Alcántara, Contreras y Gabilondo; perecieron algunos vecinos y treinta y siete franceses, siendo el saqueo y los asesinatos efecto de una reaccion comprimida largo tiempo. Cuatro horas despues fué recuperada la ciudad por las fuerzas de Tanori y Salvador Vazquez, con las cuales consiguió unirse Almada, abriéndose paso entre los republicanos en los momentos del ataque.

Los generales Angel Martinez y Pesqueira, habian reunido en San Marcial una fuerza de ochocientos hombres, con los que marcharon sobre Hermosillo que defendian solamente doscientos al mando del coronel Tranquilino Almada, entre ellos cincuenta extranjeros en su mayor parte franceses. El ataque comenzó el dia 3 de Mayo y continuó hasta el siguiente en que se incorporó á los sitiadores, por la mañana, el general García Morales con setecientos soldados, ascendiendo en consecuencia el total de los republicanos sobre aquella ciudad á mil quinientos, cuya tercera parte era de caballeria, comprendidos los doscientos que de Sinaloa habia conducido el coronel Martinez.

Con el refuerzo recibido penetraron los republicanos hasta la plaza, habiéndoles sido entregado uno de los puntos fortificados. Entónces una parte de los defensores se rindió, otros se retiraron saliendo con ellos el coronel Almada seguido por algunos oficiales y soldados. A las once de la mañana se presenciaban las escenas de saqueo y de muerte; los miembros de la legion extranjera acabaron con excepcion de tres. Pocas horas despues se presentaban Tanori y Vazquez con los ópatas y ante ellos se retiraron los republicanos. *

Situáronse los liberales en el punto llamado "La Iglesia Vieja," inmediata á Hermosillo, y una parte de ellos pasó al pueblo de Séris.

El Coronel Angel Martínez, Mayor general de las brigadas unidas de Sonora, Sinaloa y Jalisco, había salido del pueblo de San Marcial el 1.º de Mayo para atacar á Hermosillo, llevando todas las caballerías disponibles; pasó por San José de Pimas y Subiate; cortó una avanzada, y supo por los prisioneros que la plaza de Hermosillo estaba guarnecida por trescientos hombres, de los cuales eran cincuenta de la Legión Extranjera, todos á las órdenes de Don José Tranquilino Almada. Al presentarse Martínez delante de Hermosillo el día 3, estableció una línea de sitio para evitar que el enemigo se escapara; éste hizo varias tentativas, acometiendo por la capilla del Cármen, y por el camino de Guaymas. Reforzados los republicanos por el batallón "Cazadores de Occidente," al mando del Coronel Jesús Toledo, fué atacado el día 4 el cerro de la Campana, defendido por la Legión Extranjera, que fué desalojada. Por la calle Principal penetró el Coronel Adolfo Alcántara, con el batallón "Libres de Sonora," y tomó un fortín, en el que había una pieza de artillería. Por la parte débil consiguió salir Almada con parte de los suyos y algunos de la Legión Extranjera.

* Murieron en el ataque, al entrar á Hermosillo los republicanos: el presbítero Leneau, el fondista Monick y su hijo, matados en la plaza; D. Dionisio Gonzalez, que se habia ocultado en un campo de trigo, pereció á machetazos; el coronel Rosoinsky; D. Agustin Aniza y otros fueron fusilados. Rosoinsky, coronel polaco, pertenecía al Estado mayor del general Lanberg y tenia á su cargo la fortificacion de Hermosillo.

Martínez quedó dueño de la plaza; concentró las fuerzas en la Alameda, donde estaba la reserva al mando del general García Morales, habiendo una contrareserva en San Benito al mando del general Pesqueira. Almada dejó más de doscientos armas, dos piezas de artillería y su parque. La "Legión Extranjera" sufrió grandemente al ser fusilados cerca de treinta de ella.

En la tarde del día 4 salieron los republicanos por el camino del Cementerio al Ranchito, para encontrar á los imperiales que avanzaban al mando de Lanberg, Tanori y Vázquez, con setecientos infantes y ochenta caballos, apoyados en dos piezas de artillería. Al encontrarlos los atacó por el flanco izquierdo el Coronel Toledo, con los Cazadores; de frente el Comandante Casillas con varias compañías del primer batallón; la reserva formada por el batallón "Libres de Sonora" quedó á las órdenes del coronel Alcántara; á la vez cargaba por retaguardia la caballería republicana, que llegó á batir también en su impetuosa carga á los Cazadores, é introdujo la confusión y el desórden entre los mismos republicanos que se retiraron á Hermosillo, dispersandose muchas porciones de ellos. A las diez y media de la noche evacuaban la ciudad, retirándose para el pueblo de San Marcial.

El 11 de Mayo fué celebrada en Ures una misa en acción de gracias por la derrota de los republicanos en Hermosillo, y al día siguiente tuvieron verificativo las honras fúnebres en memoria de los que allá murieron defendiendo al Imperio. Los imperialistas cobraron aliento al saber que el General Lanberg acababa de batir en el Molino de Oviedo una fuerza mandada por Alcántara y Otero, é hicieron demostraciones de contento, porque el 18 de Juuio, al llegar aquel general á San José de Pimas, derrotaba una fuerza establecida allí.

Reunidos los jefes Pesqueira, García Morales, Martínez y Corella, atacaron á Ures el 14 de Mayo; pero se vieron obligados á retirarse; entonces una partida de las pertenecientes al Coronel Martínez, asesinó al anciano Molinarez y á otros tachados de imperialistas.

Al comenzar el mes de Junio se movieron los republicanos sobre Hermosillo y lo atacaron el dia 6; pero la derrota sufrida por el coronel Alcántara impi-

dió llevar adelante el intento de tomarla, y entonces Pesqueira, Martinez y García Morales se retiraron á diversos puntos.

Los republicanos en Sonora resolvieron formar grupos de guerrillas, obligando con esto á los imperialistas á dividirse también en cortas secciones. El general Lanberg tomó á su cargo seguir al principal cuerpo de republicanos mandados por Pesqueira y Martínez.

Rechazado en Ures el coronel Angel Martínez, se dirije nuevamente sobre Hermosillo yendo unido á las fuerzas de Pesqueira; pero se separan y marcha á hostilizar á Guaymas, continuando Pesqueira sobre Hermosillo; este general se replega á San Marcial ante las fuerzas de Tanori que le salen al encuentro en el pueblo de Séris, quedando el jefe imperialista dominando entre Ures y Hermosillo.

En el distrito de Arizpe derrota García Morales á Terán y Barrios, y le toma prisionero; también derrota en Matape á Don Santiago Campillo; pero á su vez es batido por Tanori en el pueblo de Nacori, salvándose Terán y Barrios; los derrotados se refugian en la línea fronteriza, quedando únicamente el coronel Angel Martínez en Alamos, donde fué derrotado Almada. Vuelve García Morales á presentarse é impide que se lleve á cabo una expedición contra Martínez, y también reaparece el general Pesqueira.

Estando en Alamos el coronel Angel Martinez, expidió un decreto declarando traidores á varios vecinos de aquella plaza refugiados en Guaymas, y mandó confiscarles sus intereses.

Desde el Rosario, en Sinaloa, hasta la frontera con los Estados Unidos, todo aquel vastísimo territorio se hallaba en poder de los republicanos, con excepción de Mazatlan, Guaymas, Hermosillo y Ures que obedecian al Imperio y poco despues tambien fueron tomados. Sinaloa y Sonora podian considerarse en poder de las fuerzas liberales; pues aun esas cuatro ciudades tan solo pertenecian á los imperialistas de garitas para adentro, encontrándose á poca distancia fuerzas republicanas.

Siguieron las alternativas de la campaña, hasta que el 4 de Septiembre fueron derrotados los imperialistas en el punto llamado "Guadalupe," quedando muerto en el campo de batalla el general Lanberg, jefe de ellos, y en consecuencia fué tomada Ures, no sin que dejara de haber un sangriento combate. Siguió la ocupación de Guaymas el 15 del mismo mes, abandonada ya por los franceses.

La caida de ese puerto precipitó la pérdida de Sonora para el partido imperialista, y fué acompañada de otros hechos que aumentaron la catástrofe, resultando la aprehensión y muerte de los principales caudillos de aquel partido, Tanori, Almada, Molina y otros jefes que, embarcados para la Baja California, al huir de las fuerzas republicanas, perseguidos en el mar por el teniente coronel Don Próspero Salazar, fueron alcanzados y conducidos á Guaymas, con excepcion de Almada que murió en los momentos de ser aprehendido. Allí se aplicó la pena de muerte á quince individuos, algunos de ellos capturados en la

mar y otros en Mulegé. Tanori era jefe de los ópatas y los pimas, y Molina lo era de los Yaquis.

El Estado de Durango estaba próximo á quedar tambien ocupado por los republicanos. El 16 de Mayo llegaba á la capital del mismo el comisario de la sexta división territorial D. Buenaventura Sarabia. Debia tener á su cargo los Departamentos de Durango, Batopilas y Chihuahua. En esos dias la localidad de Nombre de Dios era sorprendida y saqueada por una banda de guerrilleros capitaneados por Estevan Torres. Dieron el asalto en la noche del 24 al 25 de Mayo, sorprendieron el piquete de doce rurales que allí estaba y en seguida sacaron á los presos de la cárcel y los agregaron á sus filas.

Bazaine dispuso que en Durango se organizara un batallon de cazadores á pié, de una manera análoga á la organización que tenian los cuerpos en el ejército francés; á cada voluntario que se presentara se le entregaban veinticinco pesos de enganche, previos una fianza y el exámen especificado en la ley. *

Bazaine encomendó al general Castagny, comandante en gefe del 2º gran centro de mando, la formacion en Durango del 6º cuerpo de cazadores de México y nombró para gefe de dicho batallon al comandante francés Didier. Se formaria ese cuerpo con oficiales, sargentos y soldados de las guardias nacionales y tropas auxiliares de la 6ª division militar, y tambien de los rurales y tropas auxiliares pertenecientes á los Departamentos de Zacatecas y Aguascalientes.

En las montañas de Huajuquilla se encontraba D. Antonio Bello Mejia con una fuerza republicana que fué derrotada por otra de Valparaiso, muriendo en el combate aquel gefe. Por los límites de los Departamentos de Fresnillo y Matehuala, aumentaba su fuerza el coronel republicano Pedro Barrios, y lo mismo hacia por San Juan de Guadalupe Zeferino Mestas.

Las fuerzas imperialistas mexicanas que habia en Cuencamé se concentraban en Durango, á ejemplo de los destacamentos franceses situados en Avilés, cuyo punto fué ocupado el 3 de Agosto por tropas que obedecian al general Auza, al mando inmediato de Gonzalez Herrera. En los dias en que el general Castagny se preparaba á dejar á Durango retirándose á Zacatecas, ocupaban ya los republicanos los distritos de Mapimí, el Oro é Indé, y procuraban acercarse á la capital del Estado con sus fuerzas, Remedios Ramos y el Licenciado Pereyra.

* Los batallones de cazadores serian mandados por gefes franceses, y se compondrian de oficiales, suboficiales y soldados franceses y mexicanos. Los soldados, fuera de las horas de servicio, quedaban libres para salir de su cuartel, y aun se les permitia en ciertas ocasiones, visitar á sus familias; jamás se emplearian con ellos castigos corporales. Terminado el tiempo del enganche, quedaban exentos del servicio militar. Los soldados mexicanos que dieran pruebas de valor é inteligencia, podrian llegar á oficiales y suboficiales, segun su mérito y tiempo de servicios. Los graduados que servian en las guardias rurales, podian entrar al batallon de cazadores con sus propios grados, si para ello tenian méritos, Desde la primera organizacion del batallon, los mexicanos que se distinguieran por su instruccion podian ser cabos ó sargentos. El uniforme de los cazadores habría de ser pantalon gris y blusa azul.

Sabiéndose en el Fresnillo la tarde del dia 25 de Mayo, que las fuerzas de la Laguna, al mando de los gefes Auza y Herrera se aproximaban, salió el capitán Vincens que mandaba dos compañías de franceses, en union del teniente coronel Treviño, imperialista, á practicar un reconocimiento; pero regresaron y se parapetaron tras las trincheras que de antemano habian sido levantadas en las calles mas inmediatas á la plaza y se encomendó la defensa del Coliseo, fuera de la linea fortificada, á la infanteria de Proaño. Sobre este edificio fué el principal ataque de los republicanos, á los que se unió el pueblo llamando la atencion sobre los demás barrios. Se trató de quemar las puertas del edificio sin conseguirlo, saliendo entonces el capitán Vincens que dirigia la defensa, con un grupo de su reserva. A la una de la madrugada se retiraron los republicanos. En esa vez murió D. Bernabé Ramirez, gefe de la fuerza de Proaño, desprendido desde la segunda linea de palcos. El siguiente dia llegó á Fresnillo la columna francesa que desde Durango se movió en auxilio de dicho Mineral; tuvo que batirse durante su marcha, en la hacienda del Salado, con los republicanos en cuyas fuerzas iban, entre otros, los gefes Herrera y Cairo, B. Saldaña y V. Berlanga.

En la mañana del dia 11 del mismo mes de Mayo, fué sorprendida la poblacion de Villanueva por las fuerzas de Garcia de la Cadena, Perez y Alatorre; pero el vecindario capitaneado por D. Santos Pinilla los rechazó, despues de cuatro horas de combate.

Funcionaba en Zacatecas de prefecto departamental el Sr. Saldierna, quien combinaba con la autoridad militar las medidas necesarias para la persecucion de las guerrillas. Desde el tiempo de la Regencia, Zacatecas habia dado recursos para Durango, Guadalajara, Fresnillo y aun para México.

En Colotlán obtuvo tambien un triunfo el coronel imperialista Paz y Puente, quedando heridos Garcia de la Cadena, J. Sánchez Ramos y Pragedis Bañuelos. La noticia de que se retiraba el ejército francés, impulsó en gran manera á todos los republicanos; pero los efectos de ella se notaron principalmente por el rumbo de Zacatecas.

Las fuerzas republicanas que se retiraban para el Salado, encontraron una columna de 200 franceses procedente de Rio Grande y sostuvieron de paso un combate de poca duracion. Los republicanos iban al mando del general D. Miguel Auza, quien en la misma poblacion de Rio Grande fué proclamado gobernador del Estado de Zacatecas. Entonces multitud de personas le atribuian inteligencias con el general Gonzalez Ortega.

Este general, seguia aspirando á la Presidencia, se hallaba en Washington á mediados de Junio; remitió á los senadores del congreso una protesta contra el decreto que expidió el Presidente Juárez prorogándose el poder, basand G. Ortega su principal capítulo de acusacion, en que vendria á establecerse la dictadura y en que significaba la prórroga un insulto al pueblo.

En un remitido que apareció y fué atribuido al Sr. Joaquin Villalobos, se sostenia, que habiendo espirado el término constitucional del Sr. Juárez, y no



Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada.

"*Ahora ó nunca ha de consolidarse la República,*" exclamó el Ministro de Relaciones, Sr. Lerdo, al contestar á los defensores de Maximiliano de Hapsburgo, que solicitaban el indulto de la pena de muerte decretada. "*Es absolutamente necesario, les dijo, aplicar las leyes con todo rigor, en los momentos de gran perturbación. El perdón podría ser funesto al país, atendiendo al carácter de Maximiliano, tan propenso á seducciones; la Nación pediría cuenta al Gobierno, por una indulgencia que la dejaría expuesta á los peligros de nuevas agitaciones, promovidas por los obcecados, para quienes el progreso y las instituciones que establece, son un pecado que los lastima y los impulsa á predicar la rebelión.*"

La elocuencia persuasiva del Sr. Lerdo, dejó atónitos á los esforzados defensores de Maximiliano.

Sabiéndose en el Fresnillo la tarde del dia 25 de Mayo, que las fuerzas de la Laguna, al mando de los gefes Auza y Herrera se aproximaban, salió el capitán Vincens que mandaba dos compañías de franceses, en union del teniente coronel Treviño, imperialista, á practicar un reconocimiento; pero regresaron y se parapetaron tras las trincheras que de antemano habian sido levantadas en las calles mas inmediatas á la plaza y se encomendó la defensa del Coliseo, fuera de la linea fortificada, á la infanteria de Proaño. Sobre este edificio fué el principal ataque de los republicanos, á los que se unió el pueblo llamando la atencion sobre los demás barrios. Se trató de quemar las puertas del edificio sin conseguirlo, saliendo entonces el capitán Vincens que dirigia la defensa, con un grupo de su reserva. A la una de la madrugada se retiraron los republicanos. En esa vez murió D. Bernabé Ramirez, gefe de la fuerza de Proaño, desprendido desde la segunda linea de palcos. El siguiente dia llegó á Fresnillo la columna francesa que desde Durango se movió en auxilio de dicho Mineral; tuvo que batirse durante su marcha, en la hacienda del Salado, con los republicanos en cuyas fuerzas iban, entre otros, los gefes Herrera y Cairo, B. Saldaña y V. Berlanga.

En la mañana del dia 11 del mismo mes de Mayo, fué sorprendida la poblacion de Villanueva por las fuerzas de Garcia de la Cadena, Perez y Alatorre; pero el vecindario capitaneado por D. Santos Pinilla los rechazó, despues de cuatro horas de combate.

Funcionaba en Zacatecas de prefecto departamental el Sr. Saldierna, quien combinaba con la autoridad militar las medidas necesarias para la persecucion de las guerrillas. Desde el tiempo de la Regencia, Zacatecas habia dado recursos para Durango, Guadalajara, Fresnillo y aun para México.

En Colotlán obtuvo tambien un triunfo el coronel imperialista Paz y Puente, quedando heridos Garcia de la Cadena, J. Sánchez Ramos y Pragedis Bañuelos. La noticia de que se retiraba el ejército francés, impulsó en gran manera á todos los republicanos; pero los efectos de ella se notaron principalmente por el rumbo de Zacatecas.

Las fuerzas republicanas que se retiraban para el Salado, encontraron una columna de 200 franceses procedente de Rio Grande y sostuvieron de paso un combate de poca duracion. Los republicanos iban al mando del general D. Miguel Auza, quien en la misma poblacion de Rio Grande fué proclamado gobernador del Estado de Zacatecas. Entonces multitud de personas le atribuian inteligencias con el general Gonzalez Ortega.

Este general, seguia aspirando á la Presidencia, se hallaba en Washington á mediados de Junio; remitió á los senadores del congreso una protesta contra el decreto que expidió el Presidente Juárez prorogándose el poder, basand G. Ortega su principal capítulo de acusacion, en que vendria á establecerse la dictadura y en que significaba la prórroga un insulto al pueblo.

En un remitido que apareció y fué atribuido al Sr. Joaquin Villalobos, se sostenia, que habiendo espirado el término constitucional del Sr. Juárez, y no



Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada.

"*Ahora ó nunca ha de consolidarse la República,*" exclamó el Ministro de Relaciones, Sr. Lerdo, al contestar á los defensores de Maximiliano de Hapsburgo, que solicitaban el indulto de la pena de muerte decretada. "*Es absolutamente necesario, les dijo, aplicar las leyes con todo rigor, en los momentos de gran perturbación. El perdón podría ser funesto al país, atendiendo al carácter de Maximiliano, tan propenso á seducciones; la Nación pediría cuenta al Gobierno, por una indulgencia que la dejaría expuesta á los peligros de nuevas agitaciones, promovidas por los obcecados, para quienes el progreso y las instituciones que establece, son un pecado que los lastima y los impulsa á predicar la rebelión.*"

La elocuencia persuasiva del Sr. Lerdo, dejó atónitos á los esforzados defensores de Maximiliano.

teniendo este facultades para prorogarlo, era Presidente legítimo de México el Presidente de la Suprema Corte.

Pero Gonzalez Ortega habia optado hacia tiempo por ser gobernador de Zacatecas; y los demás miembros de la Suprema Corte habian reconocido á Maximiliano, excepto el Sr. Ruiz, aunque tambien desconoció al Presidente Juárez, quien en las circunstancias excepcionales en que se hallaba, consideró deber suyo permanecer en el difícil puesto á que lo empujaron los acontecimientos.

Maximiliano, queriendo aprovechar esta division que reinaba entre los republicanos, buscaba el aumento de sus partidiarios reclutando generales en el campo enemigo; pero las negociaciones en falso le comprometieron haciendole perder su respetabilidad. Para establecer relaciones confidenciales con Gonzalez Ortega, consideró conveniente ocupar al abogado D. Miguel Ruelas, á quien el gabinete militar de Maximiliano recomendó con el general en gefe frances y con las autoridades de Zacatecas, para que no apareciese sospechosa la conducta seguida por Ruelas.

Desocupada definitivamente por los imp eriala ciudad de Chihuahua, el 10 de Junio salió de 1866, el Presidente Juárez del Paso y estableció por tercera vez su gobierno en Chihuahua el 17 del mismo mes. En las dos veces que estuvo en aquella poblacion fronteriza sufrió constantes escaceces, grandes tropiezos en los negocios y dificultades para continuar sosteniendo la causa que defendia.

El Ministro Lerdo de Tejada dirigió á los gobernadores juaristas una circular impresa, avisándoles que había llegado el gobierno nacional á Chihuahua, y á la vez hacía una relación entusiasta del recibimiento que tuvo D. Benito Juárez por parte del pueblo chihuahuense. La entrada de Juárez á Chihuahua estaba ya exenta del peligro de otra sopresa; se pensaba en avanzar sobre Monterrey, que fué evacuada por los franceses el 28 de Julio, ocupándola una brigada de las fuerzas que el general Escobedo organizaba para avanzar hasta San Luis Potosí.

En tanto que esto pasaba, el ex-diputado por Chihuahua, D. Jesús Palacios, formulaba una protesta pública, escrita desde Enero en la Villa de Ojinaga contra la prórroga presidencial de D. Benito Juárez, dandola por fenecida desde el 1° de Diciembre de 1865, en virtud de varios artículos expresos de la Constitución de 1857.

Los Estados Unidos no abandonaban ni por un momento la política de presión que ejercieron sobre la Corte de las Tullerías, para que se alejara de México el ejército expedicionario. En 4 de Junio (1866) informaba á su gobierno el ministro americano en Paris, Mr. Bigelow, remitiéndole las explicaciones dadas por el gabinete de las Tullerías acerca de supuestos movimientos de tropas destinadas á México. Aseguró el ministro Drouyn de Lhuys, que ningunas tropas pertenecientes al cuerpo expedicionario habían sido enviadas á México este año, sino únicamente el número de reemplazos necesarios para cubrir las bajas, sin que hubiera aumento de efectivo. Tal vez, dijo el ministro, el embarque de tropas re-

ferido en los periódicos y al cual alude el gobierno norteamericano, sería refiriéndose al transporte "Ródano", que á principios de 1866 tocó en la Martinica, conduciendo novecientos diez y seis soldados de la legión extranjera, pero no del cuerpo expedicionario. Estos soldados habían esperado en Francia y Argel, por mucho tiempo un transporte para unirse á sus regimientos, y ningún enganche se había verificado para la legión extranjera, despues que el Emperador declaró su intención de retirar su bandera de México y que no habría nuevos alistamientos.

Habiéndole pedido explicaciones acerca de los movimientos de las demás tropas destinadas á México, el ministro francés manifestó: que, en cuanto á los austriacos, ese era asunto entre el gobierno de Francisco José y el de México, en que nada tenía que hacer la Francia, pues no era responsable en manera alguna, de compromisos para enganche ó transporte de tropas de Austria á México. El gobierno francés volvió á declarar, que era su intencion retirar de México todo su ejército en el plazo ya señalado, á más tardar, y aun podría abreviarlo si la temperatura ú otros motivos lo permitian, y que no tenía el proyecto de reemplazar ese ejército por nuevas tropas de cualquier origen que fuesen. La tutela ejercida sobre la Francia en este sentido, era ya tiránica por parte de los Estados Unidos.

Despues de estas terminantes declaraciones, no podian quedar esperanzas de que se reforzaran las tropas expedicionarias, conforme á los deseos de Maximiliano; los Estados Unidos vigilaban sin descanso la política francesa y llevaban la cuenta hasta de un hombre que viniera para cubrir las bajas del ejército francés; consiguieron que tambien fuesen prohibidos los reclutamientos de austriacos, no quedando á Maximiliano otro recurso, que reenganchar á los soldados franceses que hubiesen cumplido su tiempo de servicios y hacerlos ingresar á los batallones de cazadores.

CAPITULO OCTAVO

Intrigas palaciegas.—La Corte mexicana carece de buenos informes.—Bazaine descuida el parecer de Maximiliano.—Proyecto irrealizable para formar el ejército mexicano.—Embarazosa situacion de la Francia—Fracasa el embajador Almonte—Razones en que basó su conducta el gobierno frances.—Se opone á que Paris sea el centro de nuevas negociaciones con México.—Tremenda disyuntiva propuesta á Maximiliano.—Asombro y estupor en la Corte mexicana.—Carta autógrafa de Napoleón—Considera roto el tratado de Miramar.—Se aleja Bazaine de la capital mexicana.—Cree que Maximiliano abdicará.—Ultimatum impuesto.—Acepta Maximiliano la Convencion Arroyo-Danó.—Mr. Detroyat le aconseja que abdique.—Resuelve Bazaine evacuar á Sonora y Sinaloa.—Considera Maximiliano necesario abdicar la Corona.—La Emperatriz Carlota le hace desistir entonces de ese proyecto.—Se compromete á ir á Europa para vencer las dificultades.—Parte á desempeñar su mision.—Pésimas condiciones políticas de la Europa.—Prusia arroja el guante á Napoleon III.—La Emperatriz Carlota en las Tullerias y el Vaticano.—Manifiesta síntomas de locurá.—Teme ser envenenada.—Fria recepcion que tuvo en las Tullerias.—Presenta un Memorial á Napoleon—Recuerdos de la última y sombria entrevista en Saint-Cloud.—Parte para Roma.—Sus entrevistas con el Sumo Pontífice.—Quiere permanecer en el Vaticano.—Angustias de las personas de su séquito.—La conduce á Miramar el conde de Flandes.—La herencia de la Princesa.—El Diario Oficial de México declara que la Emperatriz padecia fiebre cerebral.—Rogaciones públicas.—Queda Maximiliano sumergido en penosa incertidumbre.—Busca apoyo en el partido conservador.—Pasa revista á sus tropas.—Prisiones verificadas en la capital—Aumenta la tirantez de sus relaciones con Bazaine.—Penuria del erario imperial.—Infunden á los imperiales algunas esperanzas las resoluciones de Gonzalez Ortega, respecto á la Presidencia de la República.—Desarrollo de la revolucion en los Estados de Veracruz y México.—Invade al Distrito Federal.—Sucesos en el Estado de Michoacán.—Se pronuncia el general Antillon en la sierra de Guanajuato.—Crece la revolucion en Jalisco.—El gefe Lozada se declara neutral en Alica.—Continuan los combates en Sonora y Sinaloa.—Se retiran de alli los franceses.—La Baja California.—Santa-Anna sostiene sus pretensiones.—Empréstito proyectado en el congreso de Washington.—El Presidente Johnson declara nulo el bloqueo de Matamoros.—Significativas manifestaciones de este y de Mr. Seward, en favor del ministro mexicano Sr. Romero.

Aunque la Corte mexicana aparentaba cordialidad en las relaciones con Bazaine, se notaba en la conducta de este algo irregular, originado de los medios restringidos que el gobierno francés dejaba en manos del comandante en gefe. Quejaronse secretamente con Napoleon los Emperadores mexicanos, pidiendole que quitara de aquí á Bazaine, cuando precisamente la política contra el nuevo Imperio provenia de las Tullerias.

En ocasiones se dirigia Maximiliano á Bazaine con tono de superior, segun aconteció la vez que un oficial francés, el coronel Dupin, despedido de

ferido en los periódicos y al cual alude el gobierno norteamericano, sería refiriéndose al transporte "Ródano", que á principios de 1866 tocó en la Martinica, conduciendo novecientos diez y seis soldados de la legión extranjera, pero no del cuerpo expedicionario. Estos soldados habían esperado en Francia y Argel, por mucho tiempo un transporte para unirse á sus regimientos, y ningún enganche se había verificado para la legión extranjera, despues que el Emperador declaró su intención de retirar su bandera de México y que no habría nuevos alistamientos.

Habiéndole pedido explicaciones acerca de los movimientos de las demás tropas destinadas á México, el ministro francés manifestó: que, en cuanto á los austriacos, ese era asunto entre el gobierno de Francisco José y el de México, en que nada tenía que hacer la Francia, pues no era responsable en manera alguna, de compromisos para enganche ó transporte de tropas de Austria á México. El gobierno francés volvió á declarar, que era su intencion retirar de México todo su ejército en el plazo ya señalado, á más tardar, y aun podría abreviarlo si la temperatura ú otros motivos lo permitian, y que no tenía el proyecto de reemplazar ese ejército por nuevas tropas de cualquier origen que fuesen. La tutela ejercida sobre la Francia en este sentido, era ya tiránica por parte de los Estados Unidos.

Despues de estas terminantes declaraciones, no podian quedar esperanzas de que se reforzaran las tropas expedicionarias, conforme á los deseos de Maximiliano; los Estados Unidos vigilaban sin descanso la política francesa y llevaban la cuenta hasta de un hombre que viniera para cubrir las bajas del ejército francés; consiguieron que tambien fuesen prohibidos los reclutamientos de austriacos, no quedando á Maximiliano otro recurso, que reenganchar á los soldados franceses que hubiesen cumplido su tiempo de servicios y hacerlos ingresar á los batallones de cazadores.

CAPITULO OCTAVO

Intrigas palaciegas.—La Corte mexicana carece de buenos informes.—Bazaine descuida el parecer de Maximiliano.—Proyecto irrealizable para formar el ejército mexicano.—Embarazosa situacion de la Francia—Fracasa el embajador Almonte—Razones en que basó su conducta el gobierno frances.—Se opone á que Paris sea el centro de nuevas negociaciones con México.—Tremenda disyuntiva propuesta á Maximiliano.—Asombro y estupor en la Corte mexicana.—Carta autógrafa de Napoleón—Considera roto el tratado de Miramar.—Se aleja Bazaine de la capital mexicana.—Cree que Maximiliano abdicará.—Ultimatum impuesto.—Acepta Maximiliano la Convencion Arroyo-Danó.—Mr. Detroyat le aconseja que abdique.—Resuelve Bazaine evacuar á Sonora y Sinaloa.—Considera Maximiliano necesario abdicar la Corona.—La Emperatriz Carlota le hace desistir entonces de ese proyecto.—Se compromete á ir á Europa para vencer las dificultades.—Parte á desempeñar su mision.—Pésimas condiciones políticas de la Europa.—Prusia arroja el guante á Napoleon III.—La Emperatriz Carlota en las Tullerias y el Vaticano.—Manifiesta síntomas de locurá.—Teme ser envenenada.—Fria recepcion que tuvo en las Tullerias.—Presenta un Memorial á Napoleon—Recuerdos de la última y sombria entrevista en Saint-Cloud.—Parte para Roma.—Sus entrevistas con el Sumo Pontífice.—Quiere permanecer en el Vaticano.—Angustias de las personas de su séquito.—La conduce á Miramar el conde de Flandes.—La herencia de la Princesa.—El Diario Oficial de México declara que la Emperatriz padecia fiebre cerebral.—Rogaciones públicas.—Queda Maximiliano sumergido en penosa incertidumbre.—Busca apoyo en el partido conservador.—Pasa revista á sus tropas.—Prisiones verificadas en la capital—Aumenta la tirantez de sus relaciones con Bazaine.—Penuria del erario imperial.—Infunden á los imperiales algunas esperanzas las resoluciones de Gonzalez Ortega, respecto á la Presidencia de la República.—Desarrollo de la revolucion en los Estados de Veracruz y México.—Invade al Distrito Federal.—Sucesos en el Estado de Michoacán.—Se pronuncia el general Antillon en la sierra de Guanajuato.—Crece la revolucion en Jalisco.—El gefe Lozada se declara neutral en Alica.—Continuan los combates en Sonora y Sinaloa.—Se retiran de alli los franceses.—La Baja California.—Santa-Anna sostiene sus pretensiones.—Empréstito proyectado en el congreso de Washington.—El Presidente Johnson declara nulo el bloqueo de Matamoros.—Significativas manifestaciones de este y de Mr. Seward, en favor del ministro mexicano Sr. Romero.

Aunque la Corte mexicana aparentaba cordialidad en las relaciones con Bazaine, se notaba en la conducta de este algo irregular, originado de los medios restringidos que el gobierno francés dejaba en manos del comandante en gefe. Quejaronse secretamente con Napoleon los Emperadores mexicanos, pidiendole que quitara de aquí á Bazaine, cuando precisamente la política contra el nuevo Imperio provenia de las Tullerias.

En ocasiones se dirigia Maximiliano á Bazaine con tono de superior, segun aconteció la vez que un oficial francés, el coronel Dupin, despedido de

México segun acuerdo que tuvieron Bazaine y Maximiliano, regresaba sin haberle consultado á este; el Mariscal se disculpó asegurando que no podia oponerse á las disposiciones de su gobierno, único árbitro en la eleccion de los oficiales franceses destinados á hacer la campaña en México. Maximiliano no quedó conforme con tal explicacion, y acriminó la conducta de Bazaine en términos duros y en presencia del cuerpo diplomático, lo que disgustó al comandante en gefe. Poco despues procuró Maximiliano reanudar la buena inteligencia con el Mariscal; pero siempre guardando sigilo así como la Emperatriz, respecto á las quejas que exponian á la Corte de las Tullerias.

La Corte mexicana ignoraba la conducta que seguia el gabinete francés, puesto que acarició la esperanza de poner término á las pretensiones del gobierno norte-americano, en tanto que Napoleon las fomentaba. Las sucesivas derrotas que sufrian los imperialistas, obligaban á Maximiliano á pedir con insistencia al mariscal Bazaine elementos para defender el Imperio, aunque hubiese ya desacuerdo entre ambos; pero el Mariscal se los negó, diciendo que no podia ser responsable de la conducta de su gobierno. En una de las cartas que Maximiliano habia dirigido al Mariscal, casi le exigia la pronta organizacion del ejército y queria que obraran unidos, alababa las ideas que el jefe frances habia emitido en el Consejo de ministros, pues que, como director exclusivo de todos los movimientos del ejército, era el mejor juez en cuanto á lo que se debia hacer y á la manera de cumplirlo; por lo mismo, Maximiliano le revestia con absoluta autoridad para la formacion de los batallones franco-mexicanos y la reorganizacion del ejército nacional, autorizandole para que en las órdenes que enviara al ministro de la guerra, pusiese: "*por orden del Emperador.*" De esta manera creia Maximiliano atraerse la buena voluntad de Bazaine, sin tener en cuenta que este tenia que someter su conducta á las órdenes que recibia de su gobierno.

Decidida la creacion de batallones de cazadores, de la que fueron encargados el general Osmont y el intendente Friant, volvió Maximiliano á insistir en que se organizara el ejército mexicano, para lo cual presidió varias juntas en las que estuvieron Bazaine, Uraga, Osmont y Friant; pero en tales reuniones nada se arregló, pareciendo que Bazaine pretendia desarrollar un plan inaplicable á México; queria la conscripcion y el establecimiento de una caja de dotacion del ejército, proyectos que tenian que fracasar aquí.

Mientras que Maximiliano buscaba la manera de formarse un apoyo que supliera al que le faltaria con la retirada de los franceses, los Estsdos Unidos enviaban al gobierno frances despachos en tono amenazante, causando al gabinete de las Tullerias verdaderas inquietudes, que crecian con la actitud amenazadora y sombria por parte de Alemania y Austria. Contribuia todo este aparato á que los acontecimientos se precipitaran, y á que fuera indispensable que á todo trance regresara á Francia el ejército expedicionario en México, aunque fuese con detrimento de las promesas hechas en el convenio de Miramar.

Los sucesos que se estaban realizando en Alemania, atraian ya toda la aten-

cion del Emperador Napoleon. La guerra que estalló en el Centro y Sur de la Europa, habia destruido la confederacion germánica y constituido definitivamente la unidad italiana. La Prusia, cuyos límites ensanchó la victoria, dominaba ya en la orilla derecha del Mein; el Austria habia perdido el Véneto y separadose de la Alemania. Estos cambios considerables modificaron el concierto europeo y la condicion internacional de las diversas potencias.

En Francia estaba la opinion pública muy conmovida, principalmente por el temor de que el poderío de la Prusia adquiriera excesivas proporciones y se aprovechara para aumentar de pronto su extension territorial. Francia aplaudió la emancipacion completa de la Italia; pero pretendia conservar aun su influencia absoluta sobre el Vaticano. Las perplejidades agitaban los espíritus; Napoleon necesitaba contrariar el poder que ocasionaba los importantes cambios verificados en Alemania y adoptar las medidas que garantizaran su propia seguridad; se recordaba que desde 1,815, la Santa Alianza habia procurado nulificar las posiciones estratégicas de la Francia, por medio de hábiles combinaciones territoriales que produjeron una larga duracion de la paz general. Francia no podia consentir en retroceder á un papel secundario, si dejaba que la Europa fuera transformada al gusto de las cortes del Norte, principalmente de la Prusia que ya engrandecida y libre de compromisos interiores, era el centro de la unificacion de la Alemania. En cuanto á Italia, aunque la Francia le ayudó á conquistar su libertad y unificacion, no consentia en que continuara el apoyo al Pontífice romano.

En prevencion contra la preponderancia que adquiria la Prusia y la marcha que seguian los sucesos en Europa, necesitaba la Francia perfeccionar sin descanso su organizacion militar, para defender su territorio y su poderío, llamar á su derredor á todas las fuerzas disponibles, resuelta á sostener el orgullo tradicional del valor é inteligencia de sus ejércitos. Susceptibilidades reanimadas por el recuerdo de fastos militares y por el brillante nombre de los Napoleones, obligaban á la Francia á manifestar su enérgica voluntad de mantener intactos su gloria, su predominio y su influencia en Europa y en el mundo.

En el cuerpo legislativo francés seguia mostrandose vehemente é implacable Mr. Julio Favre, contra la expedicion francesa y el Imperio en México. Notábase entonces que ya el ardoroso y elocuente ministro Mr. Rouher permanecia impasible en su asiento, y se dedujo de tal silencio, que el gobierno francés renunciaba á tratar el asunto ó reservaba su accion futura, demostrando en su actitud la penosa situacion que atravesaba el Imperio de Napoleon. Apenas el diputado Gerome David, defendia débilmente la política del Emperador francés en los asuntos de México. A consecuencia de no haber sido contestado el discurso de Mr. Favre, bajaron las acciones del segundo empréstito mexicano, desde 240 francos á 180, no obstante que estaba próxima la rifa anunciada por el Banco de descuentos.

A los grandes motivos de disgusto que aquejaban á los Emperadores de México, vino á reunirse un golpe mucho más sensible: la respuesta que Napoleón

dió al embajador Almonte, en quien tanto Maximiliano como la Emperatriz Carlota habían fundado sus esperanzas. Napoleon dictaba á sus aliados condiciones aun más duras que las formuladas hasta entonces, hirió el amor propio de Maximiliano y pronunció en difinitiva la sentencia de muerte para la monarquía mexicana.

El gobierno francés creyó de su deber, manifestar la sorpresa que le habían causado las comunicaciones de que era portador el general Almonte, pues hacía más de un año que los agentes del mismo gobierno *habían prevenido al mexicano, usando consejos que dictaba el interés de los dos países no menos que la sincera amistad que el Emperador francés guardaba al de México*; pero tales consejos parecían no haber sido comprendidos; dijo Mr. Drouyn de Lhuys, que se deducía de las proposiciones presentadas por el general Almonte, el *completo desconocimiento de una situación sobre la cual era necesario esclarecer á la corte mexicana.* *

Dijéronle á Almonte, que el gobierno frances facilitó la emisión de empréstitos para salvar de embarazos al trono mexicano; pero que la tarea no era compensada más que con reglamentos ilusorios y con la resistencia sistemática de los consejeros de Maximiliano á tratar de todo lo que se relacionara con los intereses de la Francia; se le recordaba cuán difícil había sido una insuficiente reparación para los nacionales franceses perjudicados, en tanto que sin discusión eran aceptadas las reclamaciones inglesas; y cuando se hallaban recursos para pagar créditos dudosos y no exigibles, se vió que el Príncipe discutía reclamaciones francesas, reconocidas por el tratado de Miramar como la causa eficiente y determinante de la expedición, y que aun faltando las estipulaciones, habrían constituido una deuda de honor indiscutible.

También se preciaba el gobierno frances de haber señalado al Imperio mexicano, la necesidad de proveer por sí mismo á la subsistencia y propia conservación, y de haberle declarado varias veces que el concurso que se le prestaba, no

* El ministro francés hizo una larga reminiscencia de las causas que originaron la expedición francesa, y la necesidad de establecer un gobierno con el que se pudiera tratar y diese garantías de establidad y orden; pero no quería imponérsele sino vigorizar los elementos que para una regeneración política se le suponían á la sociedad mexicana. La empresa tenía su grandeza y sedujo al príncipe Maximiliano, que acudió al llamado de la nación mexicana sin que le arredraran las dificultades, pues creía que grandes intereses de conciliación y de equilibrio se relacionaban con la independencia y la integridad de México, y sabía que no faltaría el apoyo de la Francia para ayudar á la realización de una obra provechosa al mundo entero; siempre atendiendo á la limitación que prescribían los deberes del Emperador hácia la Francia, la importancia de los intereses franceses comprometidos en aquella empresa y la extension del concurso que era dable ofrecer á México para asegurar el éxito.

De aquí nació el tratado de Miramar, tan incompletamente cumplido por parte de México, según el gobierno de las Tullerías. Al decir esto el ministro francés, confesaba que el Emperador Maximiliano había tenido que luchar con toda clase de obstáculos y dificultades, y lamentaba que sus leales intenciones no hubieren sido secundadas.

Pero los resultados no habían correspondido á las esperanzas, á pesar de la hábil y enérgica dirección del Mariscal y de la abnegación de un ejército al que nada se podría reprochár.



Don Joaquín Castillo y Lanzas

Prefecto de Veracruz.

El Imperio de Maximiliano tuvo sus principales elementos de fuerza en el puerto de Veracruz; pero no faltaron allí republicanos que ofrecieran su sangre en aras de sus ideales; para atemorizarlos fueron fusilados algunos que condenó la corte marcial. A veces las autoridades de Veracruz suspendieron la publicación de periódicos y multaron á los escritores. En consecuencia, el puesto de Prefecto en aquel puerto, estuvo rodeado de los peligros que originaba la exaltación de los ánimos.

dió al embajador Almonte, en quien tanto Maximiliano como la Emperatriz Carlota habían fundado sus esperanzas. Napoleon dictaba á sus aliados condiciones aun más duras que las formuladas hasta entonces, hirió el amor propio de Maximiliano y pronunció en difinitiva la sentencia de muerte para la monarquía mexicana.

El gobierno francés creyó de su deber, manifestar la sorpresa que le habían causado las comunicaciones de que era portador el general Almonte, pues hacía más de un año que los agentes del mismo gobierno *habían prevenido al mexicano, usando consejos que dictaba el interés de los dos países no menos que la sincera amistad que el Emperador francés guardaba al de México*; pero tales consejos parecían no haber sido comprendidos; dijo Mr. Drouyn de Lhuys, que se deducía de las proposiciones presentadas por el general Almonte, el *completo desconocimiento de una situación sobre la cual era necesario esclarecer á la corte mexicana.* *

Dijéronle á Almonte, que el gobierno frances facilitó la emisión de empréstitos para salvar de embarazos al trono mexicano; pero que la tarea no era compensada más que con reglamentos ilusorios y con la resistencia sistemática de los consejeros de Maximiliano á tratar de todo lo que se relacionara con los intereses de la Francia; se le recordaba cuán difícil había sido una insuficiente reparación para los nacionales franceses perjudicados, en tanto que sin discusión eran aceptadas las reclamaciones inglesas; y cuando se hallaban recursos para pagar créditos dudosos y no exigibles, se vió que el Príncipe discutía reclamaciones francesas, reconocidas por el tratado de Miramar como la causa eficiente y determinante de la expedición, y que aun faltando las estipulaciones, habrían constituido una deuda de honor indiscutible.

También se preciaba el gobierno frances de haber señalado al Imperio mexicano, la necesidad de proveer por sí mismo á la subsistencia y propia conservación, y de haberle declarado varias veces que el concurso que se le prestaba, no

* El ministro francés hizo una larga reminiscencia de las causas que originaron la expedición francesa, y la necesidad de establecer un gobierno con el que se pudiera tratar y diese garantías de establidad y orden; pero no quería imponérsele sino vigorizar los elementos que para una regeneración política se le suponían á la sociedad mexicana. La empresa tenía su grandeza y sedujo al príncipe Maximiliano, que acudió al llamado de la nación mexicana sin que le arredraran las dificultades, pues creía que grandes intereses de conciliación y de equilibrio se relacionaban con la independencia y la integridad de México, y sabía que no faltaría el apoyo de la Francia para ayudar á la realización de una obra provechosa al mundo entero; siempre atendiendo á la limitación que prescribían los deberes del Emperador hácia la Francia, la importancia de los intereses franceses comprometidos en aquella empresa y la extension del concurso que era dable ofrecer á México para asegurar el éxito.

De aquí nació el tratado de Miramar, tan incompletamente cumplido por parte de México, según el gobierno de las Tullerías. Al decir esto el ministro francés, confesaba que el Emperador Maximiliano había tenido que luchar con toda clase de obstáculos y dificultades, y lamentaba que sus leales intenciones no hubieren sido secundadas.

Pero los resultados no habían correspondido á las esperanzas, á pesar de la hábil y enérgica dirección del Mariscal y de la abnegación de un ejército al que nada se podría reprochár.



Don Joaquín Castillo y Lanzas

Prefecto de Veracruz.

El Imperio de Maximiliano tuvo sus principales elementos de fuerza en el puerto de Veracruz; pero no faltaron allí republicanos que ofrecieran su sangre en aras de sus ideales; para atemorizarlos fueron fusilados algunos que condenó la corte marcial. A veces las autoridades de Veracruz suspendieron la publicación de periódicos y multaron á los escritores. En consecuencia, el puesto de Prefecto en aquel puerto, estuvo rodeado de los peligros que originaba la exaltación de los ánimos.

continuaría sino en tanto que se verificase el cumplimiento respectivo de las obligaciones mutuas, sostuvo que ya había manifestado las imperiosas consideraciones que impedian á la Francia hacer nuevos sacrificios y la decidian á retirar sus tropas de México, para lo cual había prescripto los plazos y tomado las precauciones indispensables, con objeto de evitar los peligros de una brusca transición.

Púsole á Maximiliano el gobierno frances esta disyuntiva: ó aceptar las combinaciones propuestas y los términos fijados para la retirada de las tropas francesas, y en este caso arreglar con Bazaine las medidas necesarias para la evacuación del territorio mexicano, en condiciones favorables para mantener el órden y consolidar el poder imperial; ó rechazar las proposiciones que se le hacian, y entonces el Emperador Napoleón se declaraba libre de todo compromiso, y prescribiría al mariscal Bazaine que procediese con toda la diligencia posible á repatriar las tropas, no teniendo en cuenta más que las conveniencias militares y las consideraciones técnicas de que él solo era el juez, pues el gobierao frances estaba firmemente resuelto á no prolongar la ocupación de México.

Dijo Napoleón á Almonte, que tenía la conciencia de haber ayudado á la obra común, y que á México correspondía afirmarla; que la tutela extranjera prolongada era origen de peligros, habituando á las Naciones á no contar consigo mismas y paralizaba la actividad nacional, incitaba á trastornos y despertaba susceptibilidades. Había llegado para el Imperio mexicano el momento de responder á todas las dudas, y de elevar su patriotismo á la altura de las circunstancias difíciles que atravesaba. Debía tenerse en cuenta, que los ataques dirigidos contra la forma de las instituciones que se había dado, se debilitarían gradualmente cuando él solo se defendiera, y serían impotentes contra la unión del pueblo y del soberano, cimentada en pruebas valerosamente aceptadas y sostenidas por todos. "Muy honroso sería para el Emperador Maximiliano y para la nación mexicana, dijo Napoleón, haber cumplido la obra civilizadora que los franceses se enorgullecian de haber alentado y protegido hasta su fin."

Estas declaraciones inesperadas dejaron absorta y en el estupor á la corte imperial de México, tanto más cuanto que el tesoro estaba agotado y no podía cumplir los compromisos que tenía contraidos con la Francia, no obstante que Maximiliano había puesto todo su empeño y hecho grandes esfuerzos para satisfacer las cláusulas del tratado de Miramar, ahora despreciado por Napoleón, quien proponía reemplazarlo con un nuevo convenio.

Este nuevo tratado que se le exigia firmar á Maximiliano, le quitaba los últimos y mas seguros recursos, esto es, los productos de las aduanas de Veracruz y Tampico, de los que la mitad debia ser para Francia, y si tal proposicion no era aceptada, el Mariscal se retiraría inmediatamente dejando á Maximiliano atenido á sus propias fuerzas. Tal conducta produjo natural resentimiento en la familia imperial de México, cuyas amargas quejas, salvando la estrechez de las intimidades, llegaron hasta el exterior del palacio. Maximiliano sostenia

constantemente, que habia una convencion firmada, concluida entre él y el Emperador frances, sin la cual no habria aceptado jamas el trono de México, y que por ella le garantizaba Napoleon absolutamente, el auxilio de las tropas francesas hasta finalizar el año de 1868.

Ya sin valor las estipulaciones del tratado de Miramar, debían prepararse otros arreglos destinados á asegurar los créditos franceses, y en este sentido se dieron al representante Danó las instrucciones para concluir una nueva convención, inspirándose Napoleon, segun el decir de su ministerio, en los sentimientos naturales que le adherian al Emperador de México y en el sincero deseo de conciliar intereses que no quería que estuviesen separados; y aunque aprobaba que sus representantes no hubieran precipitado la conclusión inmediata de los arreglos que se les indicaban, lamentaba "*que el gobierno mexicano hubiera aprovechado esa condescendencia para trasportar á Paris el sitio de las negociaciones, que tan solo en México podian seguirse con utilidad.* Napoleón manifestó disgusto, porque Almonte había vuelto á presentar al gobierno frances bases de arreglo que cada vez que se habían propuesto fueron declinadas; pues se quería el aplazamiento de la permanencia en México del ejército expedicionario; que se hicieran nuevos adelantos de dinero, previendo la insuficiencia del tesoro mexicano, y que se suspendiese el reembolso para épocas indeterminadas, sin ofrecer garantías para la seguridad de los créditos franceses. Despues de todas estas declaraciones francas y completas, se tenía disgusto en las Tullerías, al ver la persistencia de las ilusiones que precedieron á la concepción del proyecto que se confió al general Almonte, cuyas proposiciones no solamente era imposible aceptar, pero ni aun autorizar su discusion.

En los últimos dias del mes de Junio, recibió Maximiliano una carta autógrafa de Napoleon, la cual, aunque muy corta era neta y precisa: anunciaba que el tratado de Miramar quedaba roto, y que el ministro de Francia recibia instrucciones para presentar un *ultimatum.* Al leer esa carta se sintió Maximiliano presa de extrema agitacion; pero despues, cual si se hubiese restablecido al impulso levantado de una decision suprema, permaneció quieto y silencioso en un sillon. Sentia que su Imperio se acababá, y antes de que se le escapara la corona resolvió entregarla en manos de quienes la habia recibido, esto es, abdicaria y aun fijó para ello el 6 de Julio, dia de su cumpleaños.

Cuando la Emperatriz Carlota si informó de tan grave resolucion, se consternó y fueron en vano sus esfuerzos para combatirla; pero faltando aun bastantes dias para el acto de la abdicacion, los aprovechó la Princesa y consigió que Maximiliano desistiera del proyecto; ella se comprometió á ir á Europa para arreglar las dificultades, y convenció á Maximiliano del feliz éxito de la misión que desempeñaria con la perseverancia y la energía de que era capaz.

Entretanto que Maximiliano recibia el *ultimatum* que le envió el ministro frances, el Mariscal Bazaine se alejaba de México en los primeros dias de Julio, con pretexto de ir á facilitar la retirada del general Douay, segun comunicaciones

recientes recibidas de Paris. Tenía Bazaine la profunda convicción de que Maximiliano abdicaria, al grado de haber dejado órdenes al general D' Hurbal, para que proporcionara al Emperador las escoltas necesarias que protejieran su retirada hasta Veracruz.

Fueron inútiles estas precauciones, pues Maximiliamo aceptó el *ultimatum* con todos los rigores que imponia, y firmó el 30 de Julio la Convencion que le dejaba como único recurso, parte de los productos de la aduana de Veracuz ya muy mermados, porque los ingleses y españoles continuarian percibiendo el veinticuatro porciento que les habia cedido la generosidad del gobierno frances, y este tomaba el cincuenta por ciento de lo que le quedaba á México; en consecuencia el Gobierno de Maximiliano no dispondria más que del treinta y ocho por ciento para subvenir á todos sus gastos, y aun esta cantidad era nominal porque estaba gravada con otros compromisos y las aduanas del Pacífico con el setenta y cinco tambien por ciento.

Al saber el mariscal Bazaine las derrotas sufridas por las fuerzas imperiales en la frontera del Norte, dispuso ir á los lugares donde pasaban aquellos sucesos; para ello arregló una columna ligera y se puso de acuerdo con la contraguerrilla francesa. Antes de dejar á México quiso hablar con Maximiliano; pero no fué recibido. Desde San Luis envió al gobierno establecido en México un resúmen de la situación del país, anunciando que no se podía dejar sola la Legión belga en Monterrey, porque no estaba segura, pues entre esa tropa era tal el espíritu de insubordinación, que el general Douay no se había atrevido á ejecutar la órden que se le dió de licenciarla, por temor de promover una rebelión armada. Refiriéndose á las órdenes terminantes de Napoleón, dijo Bazaine á Maximiliano que nada podía emprender antes de conocer la respuesta á la nota que la Francia acababa de enviarle, y le comunicó que se le prescribía la concentración inmediata de las tropas francesas, en caso de que no accediese á que se firmara una nueva convención sustituyendo al tratado de Miramar.

Mientras que Maximiliano lo esperaba todo de sucesos fortuitos, el ejército francés, conforme al plazo señalado para la retirada, se replegaba hácia el centro. Con motivo de facilitar el movimiento, permaneció el mariscal Bazaine en el Norte del país, dispuesto á dar auxilio al cuerpo de operaciones que estuviera amagado, ya fuese la División Castagny que dejaba las inmensas comarcas de Sonora, Sinaloa, Durango y Zacatecas, dirigiéndose á León; ya la del general Douay que abandonando el Saltillo, plantaba sus tiendas en San Luis Potosí; la contraguerrilla que operaba en los alrededores de Matehuala, descendió á la tierra caliente, buscando el Estado de Veracruz.

El mariscal Bazaine había salido el 4 de Julio de San Juan del Río con dirección á San Luis de la Paz, y activando su marcha llegó el día 9 á San Luis Potosí, en cuya ciudad se organizaba el tercer batallón de "Cazadores de México." El día 25 estaba en Matehuala; de allí marchó dos días después para el Cedral.

En el círculo que rodeaba á Maximiliano, no faltaron personas que le acon-

sejaran que persistiera en su resolución de abdicar, á pesar de los consejos de la Emperatriz, y en dos cartas que le dirigió L. Detroyat, empleado de su secretaría particular le decía con fecha 6 de Julio: "No es ya posible hacerse ilusión. La caída de Vuestra Majestad está destinada, prevista; Vuestra Majestad puede tener esperanzas fundadas en la resistencia, en la lucha; pero las creo inútiles, aun más, peligrosas." El día 7 añadió: "Las noticias llegadas de Europa esta mañana son muy malas.... Creedme, Señor, más que nunca quedareis abandonado; mañana, pasado mañana, no imputa cuando, pero sereis abandonado." "Si Vuestra Majestad piensa en resistir luego que se retire el primer soldado francés, paso discutible ante la historia y ante la opinion pública, se encontrará en la condición de correr aventuras, y poniéndose á la cabeza de las tropas—si hay tropas—convertirse en Juárez, en Miramón y otros Presidentes." "Mil veces es preferible una caida digna. Se habla de una catástrofe próxima como se hablaría de un incidente ya cumplido; se dice que el Emperador enviará á Mejia á la Sierra, que arma á Juan Francisco, que llama á Márquez; se afirma que los Presidentes se han sostenido con ménos que esto. Ello es verdad; pero Vuestra Majestad destruiria en tal caso el principio fundamental de su corona, que debe ser por esencia anti-revolucionario. Los Presidentes imponían préstamos para subsistir; Vuestra Magestad no puede hacerlo, sin embargo de que ya los presupuestos están recargados con dos empréstitos onerosos. La Francia reclama y se hará pagar. La cuestión financiera es infranqueable; con los préstamos la revolución se propaga. La pacificación es imposible despues que las noticias de Europa enardezcan á los disidentes." "Los Estados Unidos exigen que los franceses abandonen á México. Hay aquí falta absoluta de dinero y en Francia completa presion de la opinión pública." "Ved que mis argumentos son irresistibles." "Las tropas francesas os dejarán en completo abandono; abandono por todas partes. Haga el cielo que Vuestra Majestad se convenza ántes que parta el primer soldado francés." Estos conceptos de Mr. Detroyat, que con razon se debian llamar admirables pronósticos, no fueron escuchados, aunque en verdad se podían calificar de argumentos irresistibles.

Maximiliano consideró indispensable y último recurso, adherirse el 30 de Julio (1866) á la nueva Convención presentada por el gobierno francés en sustitución del tratado de Miramar, debiendo comenzar á producir sus efectos desde el 1º de Diciembre, para que la mitad del producto disponible de las Aduanas marítimas de Veracruz y Tampico, quedara afecto al pago de la deuda francesa. De pronto admitió compromisos sin saber bien si podía cumplirlos, en los críticos momentos de la bancarrota nacional. ¿En tal extremo no habría sido para él mas digno, político y meritorio, quitarse la corona, romper el cetro y retirarse, dejando al gobierno francés la responsabilidad de la situación? pero no supo dominar las seducciones de la realeza y aun confiaba en el éxito de la misión de la Emperatriz á Paris y Roma.

No podía ocultársele á Maximiliano, que un gobierno sin dinero es imposible. Napoleon concentró todos sus refuerzos para sacar de las ya exiguas rentas del Imperio mexicano, el importe de las deudas que este tenia con la Francia, aun cuando fuese evidente que Maximiliano quedaba en la penuria puesto que tan solo podia disponer del uno por ciento de la aduana de Veracruz. El Emperador francés trataba únicamente de retirar sus tropas cuanto antes y extraer la mayor suma posible de dinero, para lo cual innovaria el tratado de Miramar, encomendando esta difícil operación al ministro Alfonso Danó; pero sin duda era un desatino pretender que el gobierno de Maximiliano se sostuviera sin recursos, aun cuando se le ofreciera que se le ayudaria á negociar un nuevo empréstito, y que se procuraría contribuir á la pacificacion completa del territorio mexicano, en cambio de las cuantiosas concesiones que se le exigian. En vez de abdicar en aquella infranqueable situacion, confirió Maximiliano plenos poderes al Sr. Luis Arroyo para ajustar con Mr. Danó la Convencion proyectada, sin marcarle cláusula especial que implicase renuncia alguna de las soberanas atribuciones de Emperador, y sujetando el nuevo tratado al canje y ratificación del Soberano. Danó exigió á Arroyo, desde el momento en que se reconocieron mútuamente sus poderes, que suscribiese la Convencion, publicada con posterioridad en los periódicos franceses de Paris y México. La firmó Arroyo porque no habia otro medio que seguir; pero reservando la ratificación al Soberano, quien no estuvo conforme y envió instrucciones á su ministro en Paris, para conseguir que se computara el tanto por ciento exigido á la Aduana de Veracruz, sobre la parte libre que quedaba á México y no sobre la totalidad de los derechos; pero Napoleon insistió y fijó el 1º de Noviembre para la ejecución del pacto, cuya validez dependía de él únicamente. *

En carta de 12 de Agosto (1866) Bazaine le reprochó á Maximiliano que no le habia querido recibir cuando se presentó á despedirse, al partir para la frontera del Norte, pues entonces le habría expuesto sus proyectos y su parecer sobre la poca confianza que se debia tener en los principales funcionarios, á causa del espíritu generalmente hostil de las poblaciones fronterizas, que no podrían conservarse en poder del Imperio segun lo habian manifestado los generales Douay

* La Convencion concluida el 30 de Julio entre Maximiliano y Danó, dejaba á la Francia el cincuenta por ciento del producto de las aduanas del Golfo y el veinticinco de las del Pacífico. Con tales asignaciones se cubriría el interés y amortizacion de los dos préstamos contratados por Maximiliano, y además el interés de las sumas debidas por México á Francia, y que se calculaban en doscientos cincuenta millones de francos. Los derechos que entonces se cobraban en las aduanas mexicanas, no se alterarian de modo que disminuyeran las rentas. El cobro de los derechos se haría en Veracruz y Tampico con agentes especiales franceses, que estuvieran bajo la proteccion de la bandera francesa, y en los demás puertos por agentes consulares que visarian las cuentas de las aduanas respectivas. Este nuevo arreglo sustituía á la Convencion de Miramar, solamente en lo que se referia á asuntos financieros.

El Ministro Romero comunicó el contrato al Ministro Sewadr haciéndole algunos cómentarios.

y Jeanningros; en consecuencia era indispensable evacuar al Saltillo y Monterrey, para establecer atrás una línea fuerte, fácil de guardar y separada de la primera por un desierto sin recursos de ninguna naturaleza; creia Bazaine que era preferible concentrar los medios de accion en una esfera determinada, que gastarlos en las extremidades sometidas al dominio de la frontera.

Atribuia la capitulacion del general Mejia, al abandono absoluto en que los ministros del Imperio habian dejado á Matamoros, descuido que hacia temer que tambien capitulara Acapulco ó que defeccionara la tropa que lo defendia, por la triste situacion en que permaneció el general Montenegro, no obstante las numerosas reclamaciones y las promesas sin cesar repetidas y nunca cumplidas; todo lo cual indicaba inercia y mala voluntad flagrante, que Bazaine no temia denunciar al Emperador.

Le avisaba que era imposible dejar tropas en Guaymas y Mazatlan, siendo forzoso abandonar á Sonora y Sinaloa con los recursos de que pudiera disponer allí el gobierno imperial, pues poco tardarian en evacuar las tropas francesas aquellos lejanos países. En cuanto á los funcionarios que prestaban su concurso al gobierno de Maximiliano, los creia Bazaine muy hábiles para rehuir á las eventualidades y esperaba que harian en el porvenir lo que hasta entonces habian hecho, esto es, ponerse al abrigo de todo peligro. Era indispensable abandonar una porcion del territorio, para asegurar lo restante con la legion extranjera y la brigada austriaca. Estos conceptos indicaron la resolucion de efectuar la retirada, y la tension á que habian llegado las relaciones oficiales, á consecuencia de la actitud del gabinete francés.

En tanto que Bazaine recorria el Interior y el Norte del territorio, se sucedian en la capital del Imperio acontecimientos alarmantes, siendo uno de los principales motivos de intranquilidad el amago del sorteo. Presentábase tan excitante el estado de los ánimos, que aún los periódicos adictos al Imperio, entre ellos "La Sociedad," recibian apercibimientos y sufrian suspensiones hasta de meses. Circulaba entre otras noticias de sensacion, la de que Almonte habia caido en desgracia completa con Maximiliano, á causa de haber visitado á Santa-Anna al pasar por San Thomas en su reciente viaje á Europa.

Despues que se recibió de Almonte el parecer de que todo esfuerzo era inútil para conseguir que Napoleon dejase de retirar las tropas, y de la imposibilidad en que se hallaba el tesoro francés para facilitar nuevos recursos, insistió Maximiliano en que no le quedaba otro partido que el de la abdicacion, y el 7 de Julio tomó la pluma para firmar el término de la monarquia por él presidida; pero la Soberana su esposa le detiene la mano impidiéndole que cumpla ese propósito, más que reflexiva, generosa, é impulsada por las mismas ideas que habian dominado en ella desde la aceptacion del trono mexicano; recuerda su oferta de emprender un viaje á Paris y á Roma, desafiando las fatigas de una larga travesía y las enfermedades de las tierras cálidas, para salvar la monarquia. Tres asuntos de imposible solucion en aquellas circunstancias, se prometia arreglar: mantener aquí y aumentar el ejército de ocupacion; obtener recursos, y arreglar un concordato religioso; si no salia bien en su empresa, Maximiliano devolveria los poderes á la Nacion é iria á reunirse con su consorte en Europa; pero se debia hacer el último y supremo esfuerzo, aunque todas las probabilidades estuviesen indicando la imposibilidad de un éxito favorable. La Emperatriz Carlota así como Maximiliano, no percibian netamente la situacion, contribuyendo á su ceguedad los consejos de confidentes íntimos que, no queriendo resignarse é abandonar los empleos y los honores, apoyaban la resolucion que la Emperatriz tomó de embarcarse.

En El Diario Oficial del 7 de Julio se anunció que la Emperatriz partia el dia siguiente para Europa, con la mision de tratar los negocios de México y arreglar diversos asuntos internacionales, acompañada de los Sres. Martin Castillo y conde de Bombelles. En aquellos momentos era tan grande la pobreza del erario, que para expensar los gastos de la real viajera, fué necesario recurrir al fondo llamado de aguas, destinado á preservar á la capital mexicana de inundaciones, y tomar sesenta mil pesos reunidos.

La Emperatriz Carlota se habia impuesto compromisos elevadísimos, al impedir que Maximiliano abdicara el 7 de Julio (1866) segun lo habia decidido el monarca en los primeros dias de ese mes, cuando ella propuso ir á Europa, para obtener concesiones que eran absolutamente indispensables, si Maximiliano habia de continuar gobernando. La Emperatriz iria á concertar con el gobierno francés asuntos hacendarios y militares, y con el Santo Padre la cuestion religiosa, considerada como capital. Era evidente que ni los unos ni la otra podrian resolverse segun lo pretendia la Emperatriz Carlota, que ya se sentia acosada con la idea fija de que se la habia querido envenenar, monomanía que rechazaron por inverosímil, tanto los médicos como el sentido comun, pues que, en caso de que hubiera habido tal veneno habria sido aplicado al Emperador.

Muy distante estaba aquella Princesa, de figurarse las intenciones del Emperador Napoleon; éste se preparaba, para el evento de que Maximiliano no consintiera en dejar la corona, y apresuraba el desenlace haciendo que se abrieran sigilosas negociaciones con los gefes republicanos de México, por medio de la diplomacia francesa, tomando por intermediarios á los Estados Unidos. Se trató primeramente de obtener la abdicación de Maximiliano por la persuacion, y se le encomendó este delicado y secreto encargo al general Castelnau, quien dejó la Francia el 17 de Septiembre (1866). Era ayuda de campo del Emperador, y fué investido de plenos poderes para todas las eventualidades, dándole atribuciones superiores á las del general en gefe y hasta el derecho de examinar los actos de éste, aunque ello implicara un ataque á la dignidad del Mariscal. Todo indicaba que el gobierno francés no se pararia en los medios, para nulificar de cualquier modo á Maximiliano.

El dia 8 de Julio á las seis de la mañana, salió de la capital la Emperatriz;

se dirije primero á la villa de Guadalupe y en seguida toma el camino de Veracruz. El Emperador, que la acompañó más allá del Peñon, en la tarde ya estaba de regreso en México.

De Córdoba á Veracruz fué muy penosa la marcha de la comitiva; á causa del mal estado del camino se volcaron los carruajes que la conducian. Llegando á Veracruz el viernes 13, se dirigió inmediatamente al muelle y se embarcó á las cinco de la tarde en el paquete francés.

Al abandonar la Emperatriz la capital mexicana el 8 de Julio, se proveyó de todos los documentos que consideró necesarios para el desempeño de su mision, entre los cuales iba una Memoria que debia poner en manos de Napoleon III; llevó consigo varias grandes cajas con papeles que habian de ser muy útiles para la Historia y que fueron depositadas en Miramar.

En muy malas circunstancias iba á Europa la Embajadora; la guerra incendiaba aquel continente y apenas se ocupaban allá de México; en esos dias dábase por seguro que las tropas francesas expedicionarias aquí, partirían del 1º al 15 de Octubre, dejando organizado un ejército franco-mexicano con 15,000 hombres de la legión extranjera, y cerca de 10,000 austriacos y 2,000 belgas.

Al salir de México la Emperatriz dejaba los ánimos en tan mala situacion, que en la mañana del dia 9 hubo grande alarma, á causa de haber estado interceptado el tránsito por las garitas, y aunque duró poco la confusion, que fué motivada por la orden de aprehender á un militar norte-americano, indicó cuán agitado estaba el espíritu público.

"La Estafette" aseguró, que la Emperatriz estaria de regreso en México al finalizar el mes de Octubre. "La Presse" de París habia publicado que Maximiliano solicitaba nuevamente auxilio pecuniario de la Francia, declarando su intencion de abdicar si se le negaba, y que el gobierno francés no accedía á lo pedido y aun dió instrucciones á Bazaine para convocar de nuevo á la Nacion, en caso de que Maximiliano llegara á abdicar.

En Viena y en Roma nada podría conseguir la Princesa; las tropas austriacas al mando del mariscal Benedeck sufrian el 2 de Julio un gran revés en Bohemia, dejando en poder de los prusianos 14,000 prisioneros y 116 piezas de artillería; en consecuencia el Austria cedía el Véneto y los italianos adquirieron grandes seguridades de posesionarse de Roma.

La Emperatriz llegaba á la Habana el 17 de Julio, y aunque la visitaron el gobernador y capitan general de la Isla, y las autoridades y funcionarios de la Habana, nada debía esperar por parte de España que en ese momento sufria una gran revolucion acaudillada por el general Prim.

En Europa se encontraba el crédito del Imperio mexicano en tan mal estado, que la casa de Baring hermanos acababa de decir publicamente, que los representantes del Imperio mexicano no tenían los fondos necesarios para asegurar el pago del dividendo, del empréstito mexicano, que se vencía el 1º de Julio, y aquella casa excitó al gobierno británico, para que el Embajador inglés en México em-



El Barón de Magnus.

Representante de Prusia en el Imperio de Maximiliano de Hapsburgo.

Unidos los esfuerzos del Barón de Magnus á los del representante de Austria, consiguieron minorar los sufrimientos de Maximiliano, prisionero en Querétaro. Al llamarlos para que le defendiesen, les indicó que llevaran consigo á dos abogados que les sirvieran de asesores. Vencidas las dificultades, llegó Magnus á Querétaro en unión de los abogados, en la noche del 4 al 5 de Junio (1867). Magnus fué á San Luis Potosí para solicitar el perdón de Maximiliano, en nombre de Prusia, Austria, Bélgica é Italia, en nombre de la Europa toda y de la humanidad; pero sus esfuerzos fueron inútiles. Regresa á Querétaro y acompaña á Maximiliano en las horas penosísimas en que se despedía de la vida; le asiste, le consuela, fortalece el espíritu del prisionero en los supremos momentos de la despedida eterna, aun le sirve de amanuense, prestándose á formar la lista de las personas á quienes deja un recuerdo el sentenciado á muerte.

se dirije primero á la villa de Guadalupe y en seguida toma el camino de Veracruz. El Emperador, que la acompañó más allá del Peñon, en la tarde ya estaba de regreso en México.

De Córdoba á Veracruz fué muy penosa la marcha de la comitiva; á causa del mal estado del camino se volcaron los carruajes que la conducian. Llegando á Veracruz el viernes 13, se dirigió inmediatamente al muelle y se embarcó á las cinco de la tarde en el paquete francés.

Al abandonar la Emperatriz la capital mexicana el 8 de Julio, se proveyó de todos los documentos que consideró necesarios para el desempeño de su mision, entre los cuales iba una Memoria que debia poner en manos de Napoleon III; llevó consigo varias grandes cajas con papeles que habian de ser muy útiles para la Historia y que fueron depositadas en Miramar.

En muy malas circunstancias iba á Europa la Embajadora; la guerra incendiaba aquel continente y apenas se ocupaban allá de México; en esos dias dábase por seguro que las tropas francesas expedicionarias aquí, partirían del 1º al 15 de Octubre, dejando organizado un ejército franco-mexicano con 15,000 hombres de la legión extranjera, y cerca de 10,000 austriacos y 2,000 belgas.

Al salir de México la Emperatriz dejaba los ánimos en tan mala situacion, que en la mañana del dia 9 hubo grande alarma, á causa de haber estado interceptado el tránsito por las garitas, y aunque duró poco la confusion, que fué motivada por la orden de aprehender á un militar norte-americano, indicó cuán agitado estaba el espíritu público.

"La Estafette" aseguró, que la Emperatriz estaria de regreso en México al finalizar el mes de Octubre. "La Presse" de París habia publicado que Maximiliano solicitaba nuevamente auxilio pecuniario de la Francia, declarando su intencion de abdicar si se le negaba, y que el gobierno francés no accedía á lo pedido y aun dió instrucciones á Bazaine para convocar de nuevo á la Nacion, en caso de que Maximiliano llegara á abdicar.

En Viena y en Roma nada podría conseguir la Princesa; las tropas austriacas al mando del mariscal Benedeck sufrian el 2 de Julio un gran revés en Bohemia, dejando en poder de los prusianos 14,000 prisioneros y 116 piezas de artillería; en consecuencia el Austria cedía el Véneto y los italianos adquirieron grandes seguridades de posesionarse de Roma.

La Emperatriz llegaba á la Habana el 17 de Julio, y aunque la visitaron el gobernador y capitan general de la Isla, y las autoridades y funcionarios de la Habana, nada debía esperar por parte de España que en ese momento sufria una gran revolucion acaudillada por el general Prim.

En Europa se encontraba el crédito del Imperio mexicano en tan mal estado, que la casa de Baring hermanos acababa de decir publicamente, que los representantes del Imperio mexicano no tenían los fondos necesarios para asegurar el pago del dividendo, del empréstito mexicano, que se vencía el 1º de Julio, y aquella casa excitó al gobierno británico, para que el Embajador inglés en México em-



El Barón de Magnus.

Representante de Prusia en el Imperio de Maximiliano de Hapsburgo.

Unidos los esfuerzos del Barón de Magnus á los del representante de Austria, consiguieron minorar los sufrimientos de Maximiliano, prisionero en Querétaro. Al llamarlos para que le defendiesen, les indicó que llevaran consigo á dos abogados que les sirvieran de asesores. Vencidas las dificultades, llegó Magnus á Querétaro en unión de los abogados, en la noche del 4 al 5 de Junio (1867). Magnus fué á San Luis Potosí para solicitar el perdón de Maximiliano, en nombre de Prusia, Austria, Bélgica é Italia, en nombre de la Europa toda y de la humanidad; pero sus esfuerzos fueron inútiles. Regresa á Querétaro y acompaña á Maximiliano en las horas penosísimas en que se despedía de la vida; le asiste, le consuela, fortalece el espíritu del prisionero en los supremos momentos de la despedida eterna, aun le sirve de amanuense, prestándose á formar la lista de las personas á quienes deja un recuerdo el sentenciado á muerte.

pleara su influjo, á fin de que no faltase el pago de los cupones de réditos á que tenían derecho los portadores de bonos del empréstito.

Al llegar á Veracruz, se informa la Emperatriz de que no había una embarcacion propia para transbordarla al buque que la conduciría á Europa, y rechazó una lancha francesa que fué puesta á su disposicion, dando la Emperatriz pruebas inequívocas de que se alejaba del suelo mexicano con el corazón destrozado y presa de resentimientos contra el gobierno francés; condiciones muy malas para lograr los fines que se proponía en la misión que se encargó de desempeñar, sin tomar en cuenta los indispensables cambios que el tiempo, con su transformadora accion, habría de producir necesariamente.

Algunos dias antes de que llegara á Europa la Princesaa Carlota, había el Austria perdido la batalla de Sadowa y la Francia veía con ansiedad á la Prusia triunfante, importándole más que nunca el regreso del ejército de ocupacion en México, necesario para una guerra que parecía inminente. A esta circunstancia se unian las contínuas exigencias, y las amenazas que el gobierno de los Estados-Unidos dirigía constantemente á la Francia.

La suerte de las armas que al principio pareció sonreir al Austria, le fué adversa completamente en la gran batalla de Sadowa. En ese conflícto pretendía el Emperador Francisco José ceder el Véneto á Francia; pero se opusieron resueltamente Prusia é Italia, y aunque en el Véneto flotó la bandera francesa por intrigas del Austria, esas dos naciones vencedoras ningun caso hicieron del ardid, y lo arrollaron y despreciaron, manifestando la Prusia, sin ambajes, su grande interés en llevar la guerra contra Francia.

Tan comprometida situacion no podía ser propicia en manera alguna, á la misión que llevaba á Europa la Emperatriz de Méxiço. La guerra en que se interesaban Prusia é Italia, no era un suceso del momento sino preparado desde muy atrás, y el Monarca francés necesitaba tener expeditos sus recursos, su atencion y sus fuerzas, para representar en la contienda europea el papel que le correspondía, siéndole ante todo necesario, desligarse de las dificultades sin duda muy graves, provenidas por parte de los Estados-Unidos. Y no podía abrigarse esperanza alguna de auxilio al Imperio de Maximiliano, aun cuando en ello estuviese comprometido el propio crédito de Napoleon, y aunque todavía tuviese verificativo el sorteo semestral de las obligaciones provenidas de los empréstitos mexicanos, pues al ser interpelado M. Germiny acerca de la futura solvencia de México, contestaba solamente con elogios retrospectivos á la exactitud de los pagos hasta entonces, trayendo consigo tales respuestas la baja constante en el valor de las obligaciones.

El gobierno de Prusia rehusabá rectificar las antiguas fronteras francesas del Rhin, negativa que le fué comunicada á Napoleon el 15 de Agosto. En Francia reinaba la más viva irritacion contra la Prusia; pero esta continuaba adelante en su obra y se anexaba el Hannover, el Hesse, Francfort y los ducados de Schles-

wig y Holstein. La opinión pública ejercía en Francia muy fuerte presion sobre el gobierno, en el sentido de la guerra, imperando el odio contra Prusia. En tan difíciles circunstancias, procuraba Napoleon ponerse de acuerdo con el gobierno de los Estados-Unidos, para que concurrieran al mantenimiento del orden en México. En los periódicos prusianos apareció un artículo intitulado: "No tenemos miedo" cuyo contenido causó profunda herida en todo francés que lo leyó; era un grito de guerra á muerte, un desafío prodigando insultos al orgullo galo, cuya vanidad de creer á la Francia la primera Nación del mundo calificaba de ridícula.

Insistia Napoleon en que la Francia llegara hasta las antiguas fronteras del Rhin, mostrándose dispuesto en caso contrario, á apelar á las armas para resolver la cuestion. Para ello ordenó preparativos militares terrestres y marítimos, que comprobaban sus proyectos hostiles, y su definitiva voluntad de no cejar en la pretension del ensanche de las fronteras francesas; pretension que fué calificada de absurda en Berlin. Desde la batalla de Sadowa dejó la Francia de ser la principal potencia militar de la Europa, quedando tan solo como una de tantas naciones igualmente fuertes. Prusia se le ponía al frente, organizada con perfección, altamente civilizada, unida y homogénea, moviéndose á impulsos de una sola voluntad; triunfante en la guerra con Austria, podría poner en accion, cuando le pareciera, medio millon de hombres que, bien provistos, pasarían las fronteras y caerían sobre la Francia cuando fuera conveniente. La Nacion de los Napoleones había hallado un rival en el continente europeo, dejando de ser la primera potencia militar, para trasformarse en uno de tantos miembros de aquel continente.

La Emperatriz partía de Veracruz á bordo del paquete "Emperatriz Eugenia," en las peores circunstancias para conseguir lo que pretendía. El proyecto de Napoleon, de reunir un congreso que resolviese las dificultades de la situacion en Europa, acababa de fracasar. La guerra era allá inminente. Unidas Prusia é Italia contra el Austria, Napoleon sentía ya la superioridad de la primera de ellas y la debilidad de la política francesa casi omnipotente poco antes.

Atravesaba la Europa una crísis cuya solucion final era imposible prever. Ya estaba declarada desde fines de Junio (1866) oficialmente, la guerra entre aquellas potencias y eran tan cuantiosas las fuerzas puestas en campaña, que los combates librados en la extremidad del Austria no tenían ejemplo en los anales de las guerras modernas, en las que tanto estrago hacen los destructores medios de combate.

Al partir de México la Emperatriz, se sabía que la Francia se vería obligada á intervenir en la lucha de que era presa la Europa y que Napoleon no se dejaría arrebatar la influencia alcanzada en Magenta y Solferino. La Inglaterra, la Rusia, todas las potencias europeas movían sus elementos de fuerza y de riqueza, para entrar en la lid si era necesario. Francia observaba una espectativa pruden-

te y cautelosa; pero cualquiera que fuese el vencedor en la guerra europea, tendría Napoleon que tomar parte activa en los sucesos y ya su atencion no podía fijarse en la lejana cuestión de México. Malos momentos eran aquellos para que la Emperatriz Carlota pidiera apoyo y protección á la Europa, y principalmente á Napoleon.

El "Diario del Imperio" únicamente dijo, que la Emperatriz iba á tratar personalmente con la Francia, varios puntos importantes para el porvenir, secundando el celo y abnegacion de Maximiliano por la causa de la Patria. Como aclaracion solamente añadió, que había necesidad de arreglos previos á la salida de ejército francés, para que el Emperador de México pudiera dar fin á la obra de regenerar el país y afirmar sus destinos. Francia y México tenían que ventilar puntos delicados sobre tratados internacionales que tocaban al interés de ambas naciones. En consecuencia, la Emperatriz llevaba á Francia la mision más importante, sobrevenida de los acontecimientos que daban término á la expedición francesa. Era necesario establecer el sistema hacendario, para atender á los gastos interiores y cubrir, además, los compromisos de las Convenciones; se necesitaba organizar el ejército nacional y sostener á fuerza de energía y actividad, el período de transiccion que el Imperio sufria. Las urgencias de tal situacion quedaban encomendadas al talento, á la política y á la discrecion de la Emperatriz. Se dijo oficialmente, que los asuntos de que iba á tratar no podían ser encomendados á un plenipotenciario, porque abrazaban resoluciones imprevistas que tan solo los Soberanos podían dar, sin pérdida de tiempo y sin aplazar un tratado que se hacía indispensable.

En armonia con la mision de la Emperatriz, confió Maximiliano la cartera de Guerra al gefe de Estado Mayor del cuerpo expedicionario, y la de Hacienda al Intendente en gefe, procurando manifestar que marchaba de acuerdo con los franceses y que hacía los esfuerzos necesarios para estimular la pacificacion del país.

La Princesa Carlota sentía que se derrumbaba el Imperio por ella soñado; é impresionada profundamente por tan grave suceso, creció la afeccion cerebral de que ya daba señales desde que aconteció el asalto á la embajada belga en Río Frío; pero sin desesperar y sin atender á que el Imperio había sido condenado á muerte por Napoleon, se dirige á Paris con el designio de defender ella misma una causa que no tenía salvacion, y al chocar con lo imposible su vehemente ahinco, pierde el juicio. Insuperables dificultades brotan á su paso, sin poder vencerlas en Paris ni en Roma, donde colma la série de sus infortunios la frase sacramental "*Non possumus.*"

El 13 de Julio, á las cinco de la tarde, se embarca á bordo del paquete que la condujo á San Nazario; en Veracruz la despedida es fria y reservada; en el público se presiente que de ese viaje no había de volver, siendo visible que el Imperio se desmoronaba al embate incontrastable de acontecimientos irreme-

diables. La Emperatriz abriga aun en Veracruz grande confianza, según lo demuestra la carta que desde allí dirigió á Maximiliano. *

Nadie en Europa se esperaba la enérgica resolucion de la Princesa Carlota; solamente Almonte ya la presentía por los rumores que circulaban en Paris, desde los primeros dias del mes de Agosto; estuvo listo para encontrarse en San Nazario á la llegada del buque y fué á bordo para ponerse á las órdenes de la joven Soberana.

Las primeras noticias del viaje de la Emperatriz llegaron á Paris en las columnas del "Herald" de Nueva York. Desde luego salieron de la capital del Imperio francés, á recibirla en San Nazario, el general Almonte, representante del Imperio de México en Paris, acompañado de su señora, y el Sr. Mora, antiguo Gran Maestro de Ceremonias.

En aquellos dias en que Bazaine se oponia á la declaración del estado de sitio, mientras recorria los Estados del Norte de México, el navío "Emperatriz Eugenia" perteneciente á la compañía trasatlántica y cubierto con el pabellon imperial francés, ponía en San Nazario, el 8 de Agosto de 1866, en la mañana,

* Veracruz el 13 de Julio de 1866.—Maximiliano.—A las cuatro de la tarde llegué á esta ciudad en medio de las mayores atenciones y entusiasmo debidas al Prefecto Bureau, quien con el ayuntamiento y personas notables salieron á recibirme; mucho hay que agradecer á Bureau, cuando recuerdo que á nuestra llegada á las playas de Veracruz estuvo tan fría la recepcion que nos hizo.

Como mi cerebro está tan preocupado con la idea de mi entrevista con Napoleon, procuré despues de la comida sustraerme á toda comunicacion, y leer y releer las instrucciones que me has dado, á fin de que no se pase ni un punto de lo prescrito por tí, tomándome solamente ciertas autorizaciones, para aquello que en tu memorandun no hayas previsto.

El Conde del Valle se ha conducido perfectamente, y con las más delicadas atenciones.

Dentro de pocos momentos me embarcaré; Dios que con su bondad inmensa todo lo arregla y todo lo gobierna, me sacará avanté en tan importante mision: confía en la Providencia que vela por sus reyes y sus pueblos, que no nos abandonará: Ten fé en que las dificultades que se han interpuesto, quedarán deshechas, tan pronto como Napoleon sepa de viva voz la verdad: la Emperatriz Eugenia que como sabes está dispuesta á ayudarnos, contribuirá directamente á perfeccionar, y reanudar lo que el Mariscal se ha propuesto romper, ó cuando menos dislocar; y no perdiendo en la aclaracion de los hechos, nada que no se analice y se depure, en mi larga entrevista con Napoleon, tendrá que ceder, por ser él quien debe reedificar lo que ha querido destruir el Mariscal, dando otro giro á las cosas; que no admitiendo interpretaciones, debía haber obrado de una manera menos embozada y más franca, atendiendo á que á la gran distancia que está México de la Francia, las tardías resoluciones harian avanzar el tiempo, y determinaciones dadas mediante informes poco verídicos, trajeran resoluciones contraproducentes.

Acabo estas líneas para decirte adios: me espera el bote para embarcarme: recibe mi adios lleno de ternura: mis lâgrimas riegan el suelo de Veracruz al separarme de tí y de mi nueva patria: cuídate y escríbeme por el Tennessée, recibe mi alma y con ella el deseo de salvarnos salvando á México de los horrores de una guerra desastrosa, si somos abandonados por el ejército francés.

CHARLOTTE.

(Esta carta estaba escrita en francés).

á la Emperatriz Carlota, sorprendiendo á las autoridades locales que se apresuraron á comunicar este suceso á Paris, donde no fué menos viva la impresión, particularmente en las Tullerias, apareciendo muy ageno de tal visita el gobierno francés. Todavia la víspera del desembarco, "Le Memorial Diplomatique" y otros periódicos que se inspiraban en las regiones oficiales, se decian autorizados para denunciar como una insigne calumnia, la suposicion de que la Emperatriz Carlota pudiera regresar á Europa, y esto se manifestó á pesar de que la opinion pública señalaba misteriosos detalles en el negocio de México, cuyos palpitantes incidentes se complicaban dia por dia. Se observó que durante los primeros dias de travesía atacaron á la Princesa Carlota ciertas violencias, sin que dejase de manifestar esperanzas en el resultado de su mision.

Al llegar á San Nazario el paquete trasatlántico "Emperatriz Eugenia," fué á ponerse á las órdenes de la Princesa Carlota la barca de vapor "Belle Isle," empleada en el transporte de mercancias y pasajeros, y no habiendo pabellon mexicano le fué puesto el italiano, por el parecido que tienen ambos. A la una y diez minutos pisaba la Princesa el territorio francés * En el momento de desembarcar mandó distribuir dos mil francos entre la tripulacion del vapor. Desde luego hizo saber á Napoleon III que acababa de desembarcar, enviándole un despacho especial en el que expresaba el deseo de verle lo más pronto posible. Napoleon, dándole un carácter particular á ese aviso, le contestó: que la enfermedad no le permitia ir á su encuentro; pero que la veria con suma satisfaccion al regresar de Bruselas. Refiriéndose á esta respuesta, manifestó la Emperatriz Carlota al ayudante de campo, general Genlis, que no tenia más familia que los grandes intereses á que estaba consagrada.

La Emperatriz Carlota desembarcó en un vaporcito anexo á la Compañía, el "*Belle-Isle*"; en él atravesó la rada y llegó al muelle que estaba cubierto por curiosos, viéndose algunos funcionarios que se habían apresurado á presentarse en aquel sitio, casualmente muy concurrido porque en esos momentos salía el nuevo paquete "*Nouveau-Monde*," para Aspinwall. La joven princesa era el centro de todas las miradas, aparecía triste, y su traje de duelo hacía resaltar aún más su actitud melancólica. Rodeábanla: el general Almonte y D. Martín Castillo que mantenía el carácter de Ministro de Negocios Extranjeros, algunas damas de honor y chambelanes, el conde de Bombelles y varios oficiales de la corte. Ningún preparativo se había hecho para recibirla, y un coche de alquiler la condujo al Hotel Bely. Llamaron la atención en San Nazario los criados mexicanos que la acompañaban, porque llevaban trajes bordados de plata y en la cabeza anchos sombreros con toquillas de oro y plata.

Apenas pisó el territorio frances, manifestó la Princesa Carlota su resolución de viajar de incógnito, y de no pedir hospitalidad en las Tullerías, y mientras llegaba la hora de partir, que era á las cuatro de la tarde, la princesa visitó

* El pasaje de ella y de su séquito costó 35,710 francos.

el puerto; dirigía saludos sérios á la multitud y su paso era firme, aunque ya en su mirada brillaba el fuego de la calentura, y en su rostro se veían impresas las preocupaciones que la minaban, exacerbadas en gran manera por la fatiga de tan violento viaje, en el que la joven Emperatriz había sido instalada en la popa, según su deseo, prefiriendo quedar aislada; no había podido dormir á causa de la constante trepidación de la máquina, y fué de notarse que á medida que se acercaba el fin de su viaje se entristecia.

Al siguiente día 9, llegaría á París. En aquellos días el monarca francés estaba enfermo en Saint-Cloud; aunque forzado á guardar cama, sin dilación hizo saber á la Emperatriz mexicana el pesar que sentía por no poder recibirla, y al añadir que esperaba verla luego que regresara de Bruxelas, dió terrible golpe á las esperanzas de la real viajera, que no había mencionado esa ciudad en el telegrama á que se refería Napoleón, al dar la excusa por no recibirla.

Noche agitadísima pasó la Emperatriz Carlota en Nantes; de allí envió algunas personas de su comitiva para que la informaran exactamente al llegar á París, si realmente Napoleón estaba enfermo. Supo que era cierta la enfermedad y esto la consoló en parte; pero no encontrando en la estación del ferrocarril en París á ningún representante de Napoleón, entró al Gran Hotel sumamente contrariada, aun humillada; pocos momentos después se le hizo saber que un ayuda de campo del Emperador frances había sido enviado á recibirla, pero que había cometido el error de equivocar la garita por donde llegaban los trenes procedentes de Nantes.

En la estación del ferrocarril de París, se encontraba el personal de la Legación Mexicana, el Príncipe Don Salvador de Iturbide, el Señor Gutierrez de Estrada con sus dos hijos, la señora de Rus, el cónsul Galloti y algunas otras personas. Todos acompañaron á la Emperatriz al Gran Hotel, donde por disposición suya habían sido preparados alojamientos para ella y su comitiva. El Embajador de Austria se presentó á saludarla en nombre de su soberano, y momentos después hicieron lo mismo dos ayudantes de campo del Emperador Napoleón, quien se excusaba de presentarse personalmente por estar enfermo de reumas. Allí se le presentaron los funcionarios diplomáticos Señores Durán, Corio, Barandiarán, Peon y Mora. Los Señores Aguilar y Woll solamente le escribieron.

Al siguiente día, 10 de Agosto, la Emperatriz Eugenia, con el correspondiente séquito, visitó á la de México; ésta le manifestó que no solamente pretendía el aplazamiento en la retirada del Ejército frances, sino también la prórroga de dos años á los plazos de la deuda.

En su alojamiento del "Gran Hotel," al pedir la Emperatriz Carlota que se pusiera á su disposición un carruaje de la Corte, solicitó una entrevista con Napoleón III que residía en Saint-Cloud con la familia imperial. Mientras que se promovia la entrevista, fué visitada por el Ministro Druyn de Lhuys, con quien conversó largamente. El Emperador Napoleón contestó que estaba indispuesto y le molestaba no poder recibir por entonces á la Emperatriz de México; ésta no

aceptó el aplazamiento y se dirigió al siguiente día, 11, al palacio de Saint-Cloud, residencia del Emperador, para corresponder á la visita que le había hecho la Emperatriz Eugenia, llevando en su compañía al Señor Castillo.

La comitiva de la Emperatriz Carlota se componía de su gran chambelan el conde del Valle, el Ministro Don Martín Castillo, el conde de Bombelles, el chambelan del Barrio y su señora Manuela Gutiérrez, el Señor Detroyat y otras personas del servicio,

Hacía esperar el buen éxito en la empresa, la superioridad de espíritu de la Emperatriz Carlota, la firmeza de su carácter, su energía y otras prendas personales; pero eran inmensas las dificultades con que iba á luchar, á tal grado, que para vencerlas habría tenido Napoleón que esforzarse á su vez, para retrotraer la cuestión mexicana al punto que le proponía la joven Emperatriz; le habría sido forzoso afrontar la opinión pública, acallar al Cuerpo Legislativo, renovar su Ministerio; tan grande así era en Francia la impopularidad del asunto mexicano, y al fin de tantos esfuerzos que implicarían un nuevo sacrificio, al lado de tantos trabajos impendidos hasta entonces respecto á México, estaba la amenaza de una guerra con los Estados Unidos y la seguridad de otra con Alemania. Tales eran los obstáculos, los embarazos y peligros que necesitaba vencer y conjurar para conseguir el buén éxito de las negociaciones, que por necesidad habrían de fracasar dejando profundas huellas de dolor en el espíritu de la Princesa Carlota

Altamente conmovedores fueron varios de los incidentes en el viaje de la joven Emperatriz. Cuando todo lo que tocaba á la política imperial desconsolaba, solamente la Princesa se mostró animosa y no desesperaba, aun siendo visible que el porvenir era brumoso, y sin embargo de que sufría su cerebro obsesiones persistentes. Desalentado Maximiliano por la retirada de los franceses y por las constantes dificultades que sin cesar surgían, había pronunciado la palabra abdicación, que rechazó la Emperatriz antes de que se hiciera el último esfuerzo para sostener la empresa que era la síntesis de sus anhelos y sus esperanzas; sola, casi sin comitiva, salva la insalubre costa mexicana en la época mas peligrosa del año; eruza el Occeano luchando con la fiebre que ocasiona el combate resuelto contra lo imposible; desembarca en Saint Nazaire y por Nantes llega á París, donde siente la mortal decepción que ocasionan el silencio y el vacío, cuando el espíritu está lleno de ilusiones y brillantes esperanzas; ningún emisario de Napoleón se presentó á recibirla; los personages á quienes se dirige la acojen con severidad y estudiada cortesía. Encuentra al Soberano de la Francia esclavizado por inquebrantable série de acontecimientos, precisos é invariables como el destino, y en tales circunstancias nada pudo hacer por ella. Aun quedaba Roma; allí, con acento desconsolador pero no desesperado, pide la aprobación del Sumo Pontífice á la conducta observada por Maximiliano para con el clero, y perciben sus oidos la fatídica frase "Non possumus," ráfaga tremenda del vendabal que apagó las postrimeras luces de su espíritu, velado desde entonces por eterna oscuridad. En el Vaticano ya fueron inequívocos los síntomas de la locura, resultantes

de tanto sacudimiento moral, de la agitación nerviosa que la agovió, y de la lucha intelectual y enérgica que sostuvo con todo lo que la rodeaba.

Dos grandes virtudes formaron la fuerza impulsiva de la joven Princesa, personaje culminante en la malaventurada expedición á México: la fe y la esperanza. Su deslumbradora imaginación le hacía ver ante todo, al Imperio, punto céntrico de sus aspiraciones, y no porque amase á los mexicanos, pues no había razón motivada para ello, siendole en su generalidad mas bien antipáticos, contradicción que si bien no se explica por la razón, tiene su apoyo en los hechos ocurridos, y en los tormentosos desastres de la empresa coronada con tan lúgubres y dramáticos episodios. La Emperatriz Carlota fué la suprema esperanza del Imperio, para sostener á Maximiliano ejerció en Europa sorprendentes esfuerzos, al fin de los cuales se vió condenada al reposo y á la impotencia absoluta, y con ella terminó la única energía capaz de entrar en acción para salvar el Imperio.

En la visita que le hizo la Emperatriz Eugenia, se abrazaron las dos con efusión, recordando los sucesos de tres años atrás. Ningún asunto importante se trató en esta primera entrevista. Al devolver la visita en Saint-Cloud, consiguió la Emperatriz Carlota, después de muchas instancias, penetrar hasta la habitación del Emperador; sin embargo, no fué sino hasta el 23 de Agosto, en la última visita, cuando pudo tratar de lleno los asustos relativos á México.

Se había afectado mucho la Princesa, cuando al arribar á las costas de Francia nadie la recibió conforme á su categoría, contrariándola mucho que ni el gobierno francés ni la Embajada belga, mandaran representantes á saludarla. Sucediendo lo mismo á su llegada á París, la Emperatriz mexicana temblaba de los pies á la cabeza y era presa de convulsiones dentro del coche que la condujo al hotel. Allí crecieron sus sobresaltos, al trascurir el día sin que se recibiera la correspondiente felicitación y bienvenida de parte de Napoleón, quien únicamente usaba escusas, hasta el día deseado en que un chambelán de la Emperatriz Eugenia fué á invitar á la de México para almorzar en Saint-Cloud; rehusó la invitación, pero ofreció que iría después. En efecto, se presentó en el castillo y conversó con los Emperadores franceses más de una hora, esperándola en la antesala la Señora del Barrio, que era su dama de honor y la acompañaba en el viaje á Francia, ambas con la esperanza de que Napoleón III continuaría auxiliando á Maximiliano en la empresa de sostener el Imperio mexicano.

Durante la conversación entre la Emperatriz Carlota y los Emperadores franceses, se oyeron de pronto gritos de angustia que exhalaba la primera de éstas, diciendo al mismo tiempo: "Es verdad, debí haber comprendido quien sois vos y quien soy yo." "No debí haber deshonrado la regia sangre de mis venas, humillándome ante un Bonaparte que solo es un aventurero." En seguida se oye el ruido de un cuerpo que cae al suelo.

El emperador Napoleón, con la faz alterada, salió del aposento y la Emperatriz Eugenia se arrodilló ante la Princesa Carlota que, privada de sentido estaba tendida en un sofá; la desabrochaba el corsé y procuraba volver-



Sra. Manuela Gutiérrez de del Barrio,
DAMA DE HONOR DE LA EMPERATRIZ CARLOTA AMALIA.

Cuando en el verano de 1866 hizo la Emperatriz el penoso viaje, para solicitar de Napoleón III que llevara adelante la difícil empresa de cimentar el Imperio Mexicano y que continuara el contingente de dinero y tropas que había estado dando la Francia, llevó consigo á la Sra. de del Barrio. Afectada la real viajera por la agitación nerviosa que la condujo á la locura, fué testigo la Sra. Gutiérrez de las borrascosas escenas que se verificaron en el Castillo de Saint Cloud, entre la Emperatriz Carlota y el Emperador francés; pudo notar las inquietudes de la Princesa al aproximarse á las costas francesas, las violencias del espíritu convertidas en temblor corporal y en convulsiones. En desempeño de sus obligaciones de Dama de honor, percibió las voces de angustia ó de ira que lanzaba la Princesa Carlota, en la memorable conferencia de más de una hora tenida en aquel Castillo. Cuando Napoleón resueltamente contestó que nada haría ya por Maximiliano, al desmayarse la Emperatriz de México acudió la Señora de del Barrio, á prestar á la real enferma los auxilios posibles en tan aflictivo trance.

de tanto sacudimiento moral, de la agitación nerviosa que la agovió, y de la lucha intelectual y enérgica que sostuvo con todo lo que la rodeaba.

Dos grandes virtudes formaron la fuerza impulsiva de la joven Princesa, personaje culminante en la malaventurada expedición á México: la fe y la esperanza. Su deslumbradora imaginación le hacía ver ante todo, al Imperio, punto céntrico de sus aspiraciones, y no porque amase á los mexicanos, pues no había razón motivada para ello, siendole en su generalidad mas bien antipáticos, contradicción que si bien no se explica por la razón, tiene su apoyo en los hechos ocurridos, y en los tormentosos desastres de la empresa coronada con tan lúgubres y dramáticos episodios. La Emperatríz Carlota fué la suprema esperanza del Imperio, para sostener á Maximiliano ejerció en Europa sorprendentes esfuerzos, al fin de los cuales se vió condenada al reposo y á la impotencia absoluta, y con ella terminó la única energía capaz de entrar en acción para salvar el Imperio.

En la visita que le hizo la Emperatríz Eugenia, se abrazaron las dos con efusión, recordando los sucesos de tres años atrás. Ningún asunto importante se trató en esta primera entrevista. Al devolver la visita en Saint-Cloud, consiguió la Emperatríz Carlota, después de muchas instancias, penetrar hasta la habitación del Emperador; sin embargo, no fué sino hasta el 23 de Agosto, en la última visita, cuando pudo tratar de lleno los asustos relativos á México.

Se había afectado mucho la Princesa, cuando al arribar á las costas de Francia nadie la recibió conforme á su categoría, contrariándola mucho que ni el gobierno francés ni la Embajada belga, mandaran representantes á saludarla. Sucediendo lo mismo á su llegada á París, la Emperatríz mexicana temblaba de los pies á la cabeza y era presa de convulsiones dentro del coche que la condujo al hotel. Allí crecieron sus sobresaltos, al trascurir el día sin que se recibiera la correspondiente felicitación y bienvenida de parte de Napoleón, quien únicamente usaba escusas, hasta el día deseado en que un chambelán de la Emperatríz Eugenia fué á invitar á la de México para almorzar en Saint-Cloud; rehusó la invitación, pero ofreció que iría después. En efecto, se presentó en el castillo y conversó con los Emperadores franceses más de una hora, esperándola en la antesala la Señora del Barrio, que era su dama de honor y la acompañaba en el viaje á Francia, ambas con la esperanza de que Napoleón III continuaría auxiliando á Maximiliano en la empresa de sostener el Imperio mexicano.

Durante la conversación entre la Emperatríz Carlota y los Emperadores franceses, se oyeron de pronto gritos de angustia que exhalaba la primera de éstas, diciendo al mismo tiempo: "Es verdad, debí haber comprendido quien sois vos y quien soy yo." "No debí haber deshonrado la regia sangre de mis venas, humillándome ante un Bonaparte que solo es un aventurero." En seguida se oye el ruido de un cuerpo que cae al suelo.

El emperador Napoleón, con la faz alterada, salió del aposento y la Emperatríz Eugenia se arrodilló ante la Princesa Carlota que, privada de sentido estaba tendida en un sofá; la desabrochaba el corsé y procuraba volver-



Sra. Manuela Gutiérrez de del Barrio,
DAMA DE HONOR DE LA EMPERATRIZ CARLOTA AMALIA.
Cuando en el verano de 1866 hizo la Emperatriz el penoso viaje, para solicitar de Napoleón III que llevara adelante la difícil empresa de cimentar el Imperio Mexicano y que contiuuara el contingente de dinero y tropas que había estado dando la Francia, llevó consigo á la Sra. de del Barrio. Afectada la real viajera por la agitación nerviosa que la condujo á la locura, fué testigo la Sra. Gutiérrez de las borrascosas escenas que se verificaron en el Castillo de Saint Cloud, entre la Emperatriz Carlota y el Emperador francés; pudo notar las inquietudes de la Princesa al aproximarse á las costas francesas, las violencias del espíritu convertidas en temblor corporal y en convulsiones. En desempeño de sus obligaciones de Dama de honor, percibió las voces de angustia ó de ira que lanzaba la Princesa Carlota, en la memorable conferencia de más de una hora tenida en aquel Castillo. Cuando Napoleón resueltamente contestó que nada haría ya por Maximiliano, al desmayarse la Emperatriz de México acudió la Señora de del Barrio, á prestar á la real enferma los auxilios posibles en tan aflictivo trance.

la en sí. El ataque había provenido de la actitud resuelta de Napoleón, negando toda esperanza de auxilio al Imperio de Maximiliano. Llevado un vaso de agua, fué puesto en los labios de la enferma, quien al volver en sí vierte el agua en los vestidos de la Emperatríz Eugenia gritando: ¡Fuera los asesinos! ¡apartad ese veneno! y cayendo en los brazos de la Señora del Barrio, que durante tan agitada escena había penetrado á la cámara, la dijo: "Usted es testigo de la trama! ¡quieren asesinarme! Por el amor de Dios no me abandone usted!" *

Después tuvo la Princesa Carlota muy pocos intervalos lúcidos; volviendo á caer en el delirio durante la palpitante entrevista con el Papa Pío IX, en el Vaticano.

De antemano había la Princesa remitido al César francés la Memoria que le encomendó Maximiliano, y copia de las dos cartas de éste fechadas el 18 y 28 de Marzo de 1864, consideradas como una garantía absoluta de unión indisoluble entre los Soberanos de Francia y México, con cuyos documentos esperaba ver nulificadas las disposiciones que tenía dadas el gobierno francés. **

Tan vivas y repetidas fueron las instancias de la Emperatríz Carlota, que al fin había conseguido ser recibida por el Emperador Napoleón, á quien expuso lo que Maximiliano solicitaba, esto es, que la Francia le diera nuevos auxilios financieros y militares. Después de la entrevista larga y acalorada, en la que se hicieron por una y otra parte recriminaciones que terminaron por alterar el carácter de las explicaciones cambiadas, la Emperatríz Carlota vió derrumbarse las esperanzas que su ardorosa imaginación le había hecho concebir, desde que salió

---

* Refiere Pierre de Lano en un curioso artículo en que hace relación de aquella agitada entrevista de Saint-Cloud, que la esposa desconsolada dijo á Napoleón estas palabras: "Sire, dicen que sois bueno. ¡Es mentira! Sire, dicen que sois un Soberano magnánimo. ¡Es mentira! Sire, dicen que sois glorioso. ¡Es mentira! Sois, Sire, un hombre malvado. Sois, Sire, un amo sin autoridad. Sois, Sire, un jefe sin ideal. Sois la fatalidad y nosotros vuestras víctimas. Creais el mal y lo dejais que se cumpla. Pero el mal vuelve á subir á su manantial. El os herirá á vuestra vez, y no iréis lejos, Sire, os hundiréis vos y vuestro trono bajo el golpe de un destino que desconoceis."

** La Memoria de que la Emperatriz Carlota fué portadora para ponerla en manos de Napoleón, se reducía á combatir las razones en que se fundaran las decisiones del Gobierno francés y los motivos que se alegaban para justificarlas. Se manifestaba que el comandante en jefe del cuerpo expedicionario no había cumplido el tratado de Miramar, que le impuso la obligación de pacificar el país, y por lo mismo, él era culpable de que no hubiese paz, ni presupuesto, ni aumento en los recursos financieros. Sin contar más que con los recursos de la Aduana de Veracruz, era imposible hacer frente á las pesadas cargas que impuso aquel tratado. Ni todo el país había sido ocupado por el Ejército expedicionario, ni en los gastos de guerra se había usado economía de ninguna naturaleza; el Gobierno de Maximiliano no había podido prever, que después de tres años de guerra ruinosa, no hubiese logrado el comandante en jefe reducir á la obediencia las provincias de Guerrero, Chiapas y Tabasco, en las que no se había presentado ni un solo soldado francés, ni que, por la inacción del mismo comandante, todos los Estados del Norte hubiesen vuelto á caer en poder de los juaristas; de esto se infería la grande injusticia de reprochar al Gobierno Imperial la falta de cumplimiento al tratado de Miramar. El Mariscal había quedado sordo á todas las exhortaciones para

de Chapultepec hasta pisar el palacio de Saint-Cloud, y al sentir que el cetro se quebraba bajo su mano, dió curso á todo su arrebato, enumeró la hija del rey Leopoldo todas sus quejas y reconoció aunque tarde, que teniendo sangre de los Orleans había cometido grave error al aceptar un trono provenido de la munificencia del Emperador de los franceses. "Le Moniteur" negó que la conferencia entre la Princesa y el Emperador, hubiese pasado tal cual se refería; pero Mr. Keratry sostuvo, con la lógica de los hechos y otras razones, que sí había sido violenta y agria aquella entrevista.

Al salir de esta última conferencia, quedaban perdidas todas las ilusiones que abrigara la Princesa Carlota. Aun había un apoyo para sus proyectos: el Santo Padre, y ya sin esperanzas de éxito alguno en París, dejó esta ciudad desde luego, yéndose en el tren imperial que se le ofreció y poseída en sumo grado de extraordinaria exaltación.

Al acercarse á las costas francesas, ya la Princesa Carlota manifestaba una agitación rayana con la locura, no siendo cierto, por lo mismo, que la enfermedad mental se manifestara por vez primera en la entrevista con Su Santidad el 4 de Septiembre de aquel año, pues que ya se había mostrado maniática arrebatada en el Castillo de Saint-Cloud.

El mal éxito que tuvo en París la Princesa le ocasionó tan profundo pesar, que las últimas noches que permaneció en el "Gran Hotel" las pasó en vela, paseándose á impulsos de la fiebre y presa de agitación extrema, principio de la gravedad á que llegó en Roma, cuando no pudiendo obtener del Papa sino sencillas atenciones, se apoderó de ella la desesperación que estalló en locura, en el palacio mismo del Sumo Pontífice.

Ni las lágrimas, ni la indignación de la Princesa Carlota, causaron impresión en el ánimo de los que habían sido sus protectores en la obra política del Imperio en México. La razón de Estado exigía que ese Imperio tan brevemente erigido cayese de pronto. Las instituciones creadas con determinado fin, están llamadas á perecer cuando desaparece el objeto que las había hecho vivir. El Imperio mexicano creado con el fin de que los europeos recobrasen en América su preponderancia sobre la raza anglo-americana, auxiliando para ello á los confederados de los Estados Unidos, no tenía ya razón de ser desde que en la batalla de

---

acabar la pacificación del país, y había retirado sus tropas de provincias enteras para conservarlas en la inacción, sin dejar cuerpos mexicanos bien organizados que pudieran reemplazarlas.

Se había eliminado á las autoridades que no eran aceptables para el Mariscal; se había seguido un programa liberal y exclusivista porque así lo habían querido los generales franceses. Si la hacienda estaba arruinada, no era ciertamente porque no se hubieran empleado funcionarios franceses; Budin, Cortá, Bonnefonds y Langlais, pudieron acaso arreglar la Hacienda pública? Nada habían hecho aquí los agentes financieros, ni los hombres de Estado que enviara la Francia. Tales eran en resúmen los puntos á que se contraía el "Memorandum," enviado por Maximiliano á Napoleón III, y que ningun resultado favorable dió para los intereses del Imperio nacido en la Corte francesa y apoyado primeramente por el Ejército frances, que acabó por darle el tiro de gracia.

Richmond había terminado la vida de los Estados Confederados; desde entonces el Imperio mexicano careció de su principal objeto, su misión estaba sin base; dependió de un azar y este le fué adverso, en consecuencia debía sucumbir sin esperanza de volver á levantarse.

Aun brilló para Maximiliano y Carlota, á lo lejos, vacilante luz de esperanza: si fuera posible la unión entre los mexicanos, dejando ante el altar de la Patria sus odios y sus rencores, agrupándose al rededor del estandarte imperial, en tal caso podrían los Emperadores salvarse de la penosa situación en que quedaron colocados, aun cuando llegaran á verse en el caso de decir un eterno adios á las playas de su país adoptivo.

Durante el viaje de la Princesa Carlota á Roma, fué en Botzen donde se manifestó de una manera fija, la idea de que la querian envenenar las personas de su comitiva. Ya en esa ciudad se negó á tomar los alimentos condimentados, solamente comió fruta y bebió agua sacada de la fuente por ella misma. Al llegar á Roma acudió inmediatamente al Vaticano, pidiendo la aprehensión de las personas de su séquito, y el Papa que no tenía conocimiento alguno del estado intelectual de la Princesa, ordenó el arresto de dichas personas que, solamente por sus repetidas y razonables instancias, impidieron que se les encerrase. Conocida á poco la perturbación mental, fué llamado el conde de Flandes para que llevase á la enferma á Miramar.

Mujer enérgica y ambiciosa, la Emperatriz Carlota era de un temperamento que no se conformaba con situaciones ambiguas, ni con promesas indeterminadas; no pudiendo entonces obtener otra cosa, la duda y la desesperación se apoderaron de su espíritu, y en seguida brotó la locura; en el palacio mismo del Santo Padre se manifestaron los dolorosos signos de tan cruel enfermedad, marcada con rudeza en la entrevista que la infortunada Princesa tuvo con el Emperador Napoleón en el palacio de Saint-Cloud; entrevista larga é irritante, en la que por una y otra parte hubo reminiscencias que acabaron por alterar el carácter de las explicaciones que se daban. Puede considerarse que de aquella conferencia data realmente la pérdida completa de la razón en la Princesa Carlota, cuyos esfuerzos se desvanecieron con su inteligencia, quedándole apenas la voluntad para deslizarse de París al Vaticano, donde cayó delirante á los piés del Santo Padre, de quien iba á solicitar apoyo y consuelo, manifestando en su aflicción y en los espasmos de angustia, que solamente tenía confianza en el Gefe de la Iglesia Católica.

La difícil situación del Imperio mexicano influyó sin duda, en predisponer la mente de la Emperatriz á una grande exaltación, de la que ya habia dado señales en Puebla y Acultzingo; pero el recibimiento que tuvo en París y las inconsecuencias de que fué testigo y víctima, hiriendo en lo profundo su espíritu, ocasionaron violenta alteración en su organismo ya predispuesto. En Botzen, camino para Roma, fué necesario que se detuviera, pues allí creyó ver la Princesa á Paulino Lamadrid disfrazado tocando el organito; creíase rodeada de espías de Napoleón y de traidores que la habían envenenado.

El día 25 estaba en Ancona, y por tren extraordinario continuó para Roma, donde llegó á las once de la noche, ocupando sola un coche, con su dama la señora del Barrio. En el camino llamó la Princesa al Señor Joaquín Velazquez de León, para que la informase del estado de los negocios en la Corte pontificia; duró la conferencia mas de tres horas y parece que en ella no dió señal alguna de trastorno mental. El día 26 descansó, y al siguiente fué con su comitiva á visitar á Su Santidad, é invitó á varios mexicanos para que la acompañaran en la mesa.

Alojábase la Princesa en el "Hotel de Roma," y al salir para el Vaticano detuvo á la comitiva, porque no estaba en regla la escarapela en el sombrero de uno de los cocheros, y esto, aunque ya pasaba la hora señalada para la audiencia, que duró mas de una hora. Verificada la recepción, presentó la Emperatriz á todo su séquito al beso del pié y la mano del Pontífice, y concluido el acto se retiraron á comer. Estando en el Vaticano había hablado al Santo Padre con suma volubilidad y tal animación, que hizo sospechar del desarreglo de sus facultades. En la mesa se manifestó muy violenta, no tomó ni el helado ni el café hasta que á todos se les había servido, é insistió en que la cafetera tenía un agugero, siendo necesario pedir otra para calmar la insistencia.

La primera entrevista que tuvo la Emperatriz Carlota con el Santo Padre, se verificó con el ceremonial prescrito para la recepción de testas coronadas. Quedó sola con el Sumo Pontífice durante una hora y veinte minutos, y aunque de lo que se habló en la entrevista nada se traspiró, pudo notarse que al salir de las habitaciones pontificias llevaba la Emperatriz en sus miradas y en toda su faz, señales de profundas conmociones del espíritu y de extremada sensibilidad.

La segunda entrevista en el Hotel de Roma, al pagarle su visita el Sumo Pontífice, tuvo el mismo carácter. Al descender del coche, bajo el peristilo del Hotel, halló á la Emperatriz arrodillada al pié de la escalera; la levantó, pidiéndole desde luego noticias de su salud. Contestó la Emperatriz, pero permaneció inmóvil aguardando que el Papa la precediera; quiso cada quién ceder al otro el paso, é insistió de tal manera la Princesa, que Pio IX comenzó á subir la escalera, hablando en alta voz. Llegados al primer piso penetraron á la sala, y el Papa mismo cerró la puerta; la entrevista duró cincuenta minutos y en seguida fueron admitidos en la sala en que estaba erigido el trono, los miembros de la Comisión mexicana: Don Joaquín Velázquez de León, el Obispo Ramírez y Don Joaquín Degollado; les habló el Papa de la situación creada en México por la revolución, no remediada aún, ni cambiada por el nuevo Imperio.

Al retirarse el visitante, quiso la Emperatriz acompañarle hasta el pié de la escalera, en cuyo lugar permaneció arrodillada y con el rostro bañado en lágrimas, hasta que comenzó á rodar la carroza pontificia y recibieron todos arrodillados la bendición de Su Santidad, quien asomado por la portezuela se las dió. Cuando se retiraba Pio IX exclamó la Princesa con acento raro: ¡qué hombre tan santo! ¡me complazco en quererle! Su presencia me consuela.

Sin embargo, la Emperatriz no quiso ceder á los argumentos que le oponía

el Santo Padre; insistió en discutir con él y persistió obstinadamente en sus razonamientos, que no obstante ser eruditos, hacían más completa la separación entre la Santa Sede y la política imperial en México.

Los emperadores Maximiliano y Carlota consideraban, que el avenimiento entre los mexicanos solamente podía provenir del Padre de la Iglesia Católica, con el reconocimiento de los hechos pasados y con nuevas concesiones para el porvenir. Lacerado el corazón de la Emperatriz con los sucesos de Saint-Cloud, dirigió sus pasos á Roma, creyendo posible llevar de allí á sus súbditos una rama de olivo, tomada del Vaticano en señal de paz y de unión. Su empeño fué inútil; sus palabras y sus ruegos fueron en Roma tan estériles como lo habían sido en París; Pío IX le negó los auxilios espirituales, á la manera que Napoleón III los materiales. ¿Qué sombras tan densas velarían el cerebro de aquella joven que, crédula ayer, sentía hoy las amarguras de la decepción y el desengaño? En profundo misterio quedó lo que en el seno de la intimidad, ya congojas, ya esperanzas, confió la Princesa á la discreción del anciano respetable, reconocido por sus virtudes y su experiencia, Padre del Orbe cristiano. En las conferencias habidas, cuya clave quedará perpetuamente cerrada, sólo Dios intervino; las presidió el sigilo y no habrá poder en lo humano que llegue á pasar los umbrales de aquella conversación íntima, que solamente podría haber descubierto la Emperatriz, si alguna vez hubiera logrado apartar de su espíritu el velo negro que lo ha cubierto. Vióse sí, que la hija suplicaba de rodillas y que el Padre, creyéndose ofendido, esgrimiendo toda su autoridad se mostró inflexible, imponente hasta romper el alma ya tan debilitada de aquella, antes tan altiva y ahora tan abatida Señora.

Mucho debe haber sufrido también el Pontífice en tan supremas confidencias, hablándole Carlota Amalia con el melodioso idioma florentino, en que tantos recursos proporciona la argentina voz, y con la mirada velada por el llanto; levantando al cielo su hermosa frente y uniendo suplicantes sus manos verdaderamente artísticas, pedía al Pontífice le concediera para el Imperio Mexicano las ventajas obtenidas del ósculo de paz entre la Religión y el Estado, sin atropellar los intereses materiales creados por la civilización. Debe haberle dicho que, al dejar al Imperio de México sin fuerza moral, al mismo tiempo que le faltaba la fuerza física, la invasión del Norte llevaría el frío protestantismo y sería más pronta, no quedando ni un recuerdo para el culto romano que, al impulso poderoso de los nuevos cultos, corría el riesgo de perderse; le hablaría de la Unidad de Religión, necesaria para los mexicanos el día de la resistencia á la absorción por el Norte, y le debió exponer otras mil consideraciones para identificar al Imperio con el Vaticano; pero el hecho fué que nada convenció ni pudo cambiar la primera resolución del Pontífice, que se mantuvo impasible á los ruegos de la suplicante.

El día 28 nuevos incidentes denotaron que crecía en ella la agitación del espíritu: creyó que una indisposición de estómago que sufrió el ministro Velázquez de León, no era más que envenenamiento; el día 1° de Octubre, aunque los

médicos la habían aconsejado que no dejara el hotel, quiso ir al Vaticano; salió desde las ocho y media de la mañana y aún no regresaba á las tres de la tarde, sin que se supiese su paradero, hasta que á las cinco y media de la misma llamó al Vaticano el cardenal Antonelli, al Sr. Joaquín Velázquez de León. Llegado éste, le refirió el cardenal que la Emperatriz no quería volver al hotel, hasta que salieran de ese edificio el conde del Valle, la directora del guardarropa y el médico Bowslonceck, de quienes decía la Princesa que la habían envenenado, y que no teniendo confianza más que en el Santo Padre, comía en el Vaticano.

El Sr. Velázquez volvió al hotel y dispuso que, sin escándalo, se alejaran de allí las personas designadas, lo cual, manifestado por carta del Sr. Velázquez, dió por resultado que la Princesa regresara al hotel á las siete de la noche.

Pero al entrar á su habitación, notó que faltaban las llaves de las puertas, que habían sido quitadas por el médico, á prevención y sin decirlo á nadie; notada esa falta por la Princesa, se volvió al Vaticano inmediatamente y pretendió dormir cerca de la pieza ocupada por el Papa, lo que no le fué permitido y pasó la noche en el primer piso acompañada de su dama la Señora del Barrio. Se ocupó en la mañana del siguiente día en recorrer el museo del Vaticano, en donde se entretuvo hasta el medio día que volvió al hotel, y tuvo el cuidado de observar si efectivamente habían salido las personas que le eran sospechosas, las cuales ya habían regresado y tomado otros cuartos en el mismo hotel, para estar al cuidado de la enferma sin que ella las viera.

Reunidos los médicos del Pontífice con los de la Princesa y otro del hospital de San Jácome, calificaron de monomanía la enfermedad que aquejaba á la Princesa, y entonces se instó por la llegada del conde de Flandes y del de Bombelles, llamados á Roma desde el día 1 ° por el cardenal Antonelli, y después por los Señores Castillo y Velázquez de León, quienes telegrafiaron al ministro mexicano en Bélgica y también comunicaron á Maximiliano por el cable trasatlántico la noticia de lo acaecido.

Cuando en la enferma no aparecía la tenaz idea del envenenamiento, discurría muy bien, y tan sólo se le advertía trastorno al ocurrírsele el tema fatal.

Los condes de Flandes y Bombelles llegaron á Roma el día 8 y al siguiente salían para Miramar llevándose á la Princesa, quien en la mañana de ese día había llamado al Señor Castillo para que firmara nuevos acuerdos, destituyendo á todos los de su séquito, incluso el mismo Señor Castillo; pero éste se negó á firmar, no obstante la insistencia de la Princesa, que llegó á Miramar á las nueve de la mañana del día 10.

Venciendo las dificultades que oponía el respeto debido á la distinguida enferma, la condujeron al memorable castillo las personas de su comitiva y desde allí comunicó también el conde de Bombelles á Maximiliano, el terrible acontecimiento, sirviéndose ya para este fin del cable trasatlántico.

Se creyó que la idea del envenenamiento le acometiera en París, pues en la visita á las Tullerías sirviéronle limonada que también tomó su dama la Señora del Barrio, y cuando la Princesa regresó al Gran Hotel, dijo que la habían envenenado. Ya en Miramar, desconoció al mismo conde de Flandes del que también desconfiaba. El trastorno cerebral de la Emperatriz había sido un hecho gradual, y los que la observaban notaron, que durante la travesía de Veracruz á San Nazario se manifestaban de una manera seria, los primeros síntomas de la enagenación mental que se recrudeció en París y Roma.

Los numerosos pasajeros que conducía el buque "Emperatriz Eugenia," pudieron ver que la emperatriz Carlota buscaba la soledad y el aislamiento, era presa de profundas preocupaciones y parecía agobiada por una gran responsabilidad moral; pero al conferenciar en París con Napoleón III y encontrándole opuesto á aceptar cualquiera modificación á lo dispuesto respecto á México, se exaltó la Princesa de tal manera, que olvidando la mesura en la discusión, se dejó llevar de arrebatos y recriminaciones que causaron muy desagradable impresión al Emperador francés.

También ejercieron presión en el ánimo de la esposa de Maximiliano, los disgustos por ciertos asuntos de familia. De la herencia que le había dejado su padre, por valor de veinticinco millones de francos, tan sólo podía disponer del usufructo, quedando el capital administrado por un consejo de familia compuesto del monarca reinante y del Príncipe de Flandes. El testamento del rey Leopoldo ponía á Maximiliano, en la imposibilidad de invertir la fortuna de su esposa en asuntos referentes al Imperio de México.

La Emperatriz trató de obtener de sus hermanos, autorización para enagenar aquel capital en provecho de su corona, y cubrir la penuria del tesoro imperial mexicano, quedando el Imperio en hipoteca. El consejo de familia rehusó terminantemente acceder á la demanda de la infortunada Princesa, considerando insuficiente la garantía. La negativa que cerraba una puerta más á las aspiraciones, formuladas en términos enérgicos, irritó sobre manera á la Princesa Carlota contra su familia, y contribuyó en gran manera al desarrollo de la enfermedad mental que, después de exaltarla, la conducía á una completa postración, único estado en que se conseguía que tomara algún alimento, siendo siempre su sueño muy agitado.

A las nueve y media de la noche del 9 de Octubre llegaba la Emperatriz de México por el ferrocarril de Roma, al puerto donde se embarcó dos horas después, en el vapor del Lloyd austriaco "Neptuno", que la esperaba para conducirla á Miramar. Acompañábanla su hermano el conde de Flandes, dos religiosas, dos religiosos en traje de paisanos, una criada, un médico, el secretario del conde de Flandes y el de la Legación, Radonetz, el monge Felice, dos señoras ancianas y tres individuos más.

La princesa Carlota llegó el dia 10 á Miramar, á bordo del mismo buque, y se creyó que con el reposo absoluto que disfrutaría y con los esmerados cuidados que se le prodigaran, se disiparían las sombras que envolvían su hasta entonces privilegiada inteligencia. Los mejores médicos de Milán y de Viena fueron llama-

dos para asistir á la real enferma, que en los primeros días de su residencia en el castillo pareció mejorarse, dándose como prueba una carta que dirigió al Príncipe Iturbide que se encontraba en París, en la que se notaba cierta lucidez de la razón. Empeoró día por día y al despedirse de ella el conde de Flandes, se consternó la enferma en sumo grado y le dijo: "Ahora pueden hacer conmigo lo que quieran."

¡Cuánta diferencia entre la actividad y el entusiasmo de que se mostró poseída la Princesa al partir para México, y la triste resignación con que ahora, abatida por la locura, exclamaba: "Esperaré aquí á mi pobre Maximiliano, aunque tenga que esperar cuarenta años." ¡Ah! así se expresaba no comprendiendo el sentido de las palabras que le dirigió el doctor Riedel al despedirse de ella: "Adios, la dijo, sois muy feliz, porque podeis volver al seno de vuestra familia."

Entretanto pasaban en Europa tan tremendas desgracias á la Emperatriz Carlota, esperábase en México un cambio de situación, por haberse dicho que la real enferma presentaba síntomas de mejoría, y se aseguraba que había salido el 18 de Septiembre de Miramar para Roma, con objeto de arreglar los asuntos religiosos de México. Aún se llegó á señalar el itinerario seguido por Mantua, Reggio y Bolonia, y se afirmó que había llegado á Roma el dia 26 alojándose con su comitiva en el hotel de este nombre, lo cual aunque distaba de la verdad, producía su efecto entre los imperialistas de México, animándolos para la resistencia.

Contábase el Ministro Escudero y Echanove entre las personas notables que creían lo mismo que Maximiliano, en el buen éxito de la difícil misión que la Emperatriz tomava á su cargo; suponían que Napoleón III, en presencia de la jóven Princesa á la cual había comprometido en la aventura de fundar un imperio en México, mediante promesas solemnes, verbales, además de los ofrecimientos oficiales, asegurándole que jamás la abandonaría en aquella empresa, de igual manera que á Maximiliano, le habría empeñado su palabra de que los sostendría en el poder con todos los recursos de la Francia; ofertas hechas á pesar del éxito dudoso que pudiera tener la contienda que, por entonces, impedía á la colosal República de los Estados Unidos oponerse á los proyectos del Emperador francés.

Los imperialistas creyeron que el ademán complaciente é imperioso de la Emperatriz y su voz suave y persuasiva, bastarían para que Napoleón III depusiera los que suponían pequeños motivos de disgusto, que por hechos anteriores abrigaba contra los Soberanos de México, y ahogaria en su seno el temor que habían hecho nacer las últimas amenazas de Mr. Seward y las enérgicas reclamaciones del Cuerpo Legislativo francés. Y sin duda esperaban que acudiría Napoleón al amparo del naciente Imperio, dejando en México las tropas necesarias y proveyendo al tesoro de los recursos suficientes, hasta que se arreglara con calma el plan hacendario conveniente. Creían esto, porque suponían que en el Emperador francés habría los mismos sentimientos que en el corazón de Maximiliano, y olvida-



General D. Nicolás de la Portilla,

Comisario Imperial y Ministro de la Guerra.

Nombrado Comisario Imperial de los Departamentos de Nuevo León y Tamaulipas en Julio de 1865, se presentó en el puerto de Matamoros: pero á los tres meses regresó á la capital del Imperio, sin haber logrado establecer su mando en aquella zona.

Siendo después Ministro de la Guerra, y durante el sitio de México por el ejército de Oriente, lo obligó el Lugarteniente del Imperio, General Márquez, á dimitir, por considerarlo obstáculo para el desarrollo de la defensa de la plaza. El General Portilla manifestó que sin el libre ejercicio de sus atribuciones, no podía continuar en el Ministerio, y que en la primera ocasión haría valer sus derechos de Ministro de la Guerra, entonces ultrajados.

dos para asistir á la real enferma, que en los primeros días de su residencia en el castillo pareció mejorarse, dándose como prueba una carta que dirigió al Príncipe Iturbide que se encontraba en París, en la que se notaba cierta lucidez de la razón. Empeoró día por día y al despedirse de ella el conde de Flandes, se consternó la enferma en sumo grado y le dijo: "Ahora pueden hacer conmigo lo que quieran."

¡Cuánta diferencia entre la actividad y el entusiasmo de que se mostró poseída la Princesa al partir para México, y la triste resignación con que ahora, abatida por la locura, exclamaba: "Esperaré aquí á mi pobre Maximiliano, aunque tenga que esperar cuarenta años." ¡Ah! así se expresaba no comprendiendo el sentido de las palabras que le dirigió el doctor Riedel al despedirse de ella: "Adios, la dijo, sois muy feliz, porque podeis volver al seno de vuestra familia."

Entretanto pasaban en Europa tan tremendas desgracias á la Emperatriz Carlota, esperábase en México un cambio de situación, por haberse dicho que la real enferma presentaba síntomas de mejoría, y se aseguraba que había salido el 18 de Septiembre de Miramar para Roma, con objeto de arreglar los asuntos religiosos de México. Aún se llegó á señalar el itinerario seguido por Mantua, Reggio y Bolonia, y se afirmó que había llegado á Roma el dia 26 alojándose con su comitiva en el hotel de este nombre, lo cual aunque distaba de la verdad, producía su efecto entre los imperialistas de México, animándolos para la resistencia.

Contábase el Ministro Escudero y Echanove entre las personas notables que creían lo mismo que Maximiliano, en el buen éxito de la difícil misión que la Emperatriz tomava á su cargo; suponían que Napoleón III, en presencia de la jóven Princesa á la cual había comprometido en la aventura de fundar un imperio en México, mediante promesas solemnes, verbales, además de los ofrecimientos oficiales, asegurándole que jamás la abandonaría en aquella empresa, de igual manera que á Maximiliano, le habría empeñado su palabra de que los sostendría en el poder con todos los recursos de la Francia; ofertas hechas á pesar del éxito dudoso que pudiera tener la contienda que, por entonces, impedía á la colosal República de los Estados Unidos oponerse á los proyectos del Emperador francés.

Los imperialistas creyeron que el ademán complaciente é imperioso de la Emperatriz y su voz suave y persuasiva, bastarían para que Napoleón III depusiera los que suponían pequeños motivos de disgusto, que por hechos anteriores abrigaba contra los Soberanos de México, y ahogaria en su seno el temor que habían hecho nacer las últimas amenazas de Mr. Seward y las enérgicas reclamaciones del Cuerpo Legislativo francés. Y sin duda esperaban que acudiría Napoleón al amparo del naciente Imperio, dejando en México las tropas necesarias y proveyendo al tesoro de los recursos suficientes, hasta que se arreglara con calma el plan hacendario conveniente. Creían esto, porque suponían que en el Emperador francés habría los mismos sentimientos que en el corazón de Maximiliano, y olvida-



General D. Nicolás de la Portilla,

Comisario Imperial y Ministro de la Guerra.

Nombrado Comisario Imperial de los Departamentos de Nuevo León y Tamaulipas en Julio de 1865, se presentó en el puerto de Matamoros: pero á los tres meses regresó á la capital del Imperio, sin haber logrado establecer su mando en aquella zona.

Siendo después Ministro de la Guerra, y durante el sitio de México por el ejército de Oriente, lo obligó el Lugarteniente del Imperio, General Márquez, á dimitir, por considerarlo obstáculo para el desarrollo de la defensa de la plaza. El General Portilla manifestó que sin el libre ejercicio de sus atribuciones, no podía continuar en el Ministerio, y que en la primera ocasión haria valer sus derechos de Ministro de la Guerra, entonces ultrajados.

ban que en el hombre de Estado ha de dominar únicamente la razón de conveniencia política y que su corazón debe ser de mármol.

Aunque se comentaba por todas partes el estado que guardaba la Princesa Carlota, no se atrevía en México ningún periódico á manifestarlo, hasta que lo hizo el 18 de Octubre el *Diario Oficial*, en un párrafo de última hora, anunciando que el buque de guerra "Adonis" venido de Nueva Orleans, había traido la noticia de que la Emperatriz se había enfermado en Roma, el 4 del mismo mes, de una fiebre cerebral muy grave, y que inmediatamente había sido conducida á Miramar. Excitaba á la vez para que se hicieran rogativas públicas en todo el país, y desde luego lo secundó el Arzobispo de México, dando las respectivas disposiciones. Los Señores Velazquez de León y Castillo telegrafiaban el dia 6 desde Roma, informando que la Emperatriz había sucumbido á la multitud y gravedad de los negocios que la llevaron á Europa, y que había sido trasladada desde luego á Miramar, llevando á dos insignes médicos para que la asistieran. Otro telegrama del conde de Bombelles, venido directamente de Miramar, fechado el 12 de Octubre, daba esperanzas de que podría llegar el alivio, avisaba la salida de un portador de pliegos que llegaría á México á fines del mismo mes, y que con otros mensajeros se enviarian pormenores de tiempo en tiempo.

Maximiliano, consternado, profundamente abatido con tales noticias, corrió á encerrarse en el Palacio de Chapultepec. La Colegiata de Guadalupe, las parroquias y los conventos, hicieron triduos y celebraron misas que concluían con la Letanía de los Santos por la salud de la enferma, y se trasladaron á Catedral las imágenes del Señor de Santa Teresa y la Vírgen de la Soledad, para que en solemnes triduos se implorase el auxilio divino por el pronto y cabal restablecimiento de la enferma. Los obispos que estaban en la Capital dictaron disposiciones semejantes para sus respectivas diócesis.

Durante algunos dias, queriendo ocultar á Maximiliano la locura de su esposa, se le dijo que adolecía de fiebre cerebral; muy pronto sin embargo, fué indispensable que se le hiciera saber toda la verdad en su horrible desnudez, y la palabra ¡demencia! resonó en los muros del alcázar de Chapultepec. Entonces no tuvo límites el dolor que experimentó Maximiliano; encerrado en aquella mansión, sin dejarse ver de nadie, no contestó las diferentes cartas que varias personas le dirigieron, manifestándole el participio que tomaban en la tremenda desgracia que calificaban de calamidad pública. (*)

Desde que había declarado Su Santidad que no podía acceder á las pretensiones de Maximiliano, el clero y el partido conservador se abstenían de seguir la política que el Emperador se vió obligado á sostener y que por fin cambió en Julio de 1866, haciendo un llamamiento á ese partido. No obstante que ya era tardía la reconciliación, muchos conservadores contestaron con benevolencia, aunque convencidos de que exponían su vida y su fortuna. Los generales Márquez y

(*) Débese hacer constar como punto histórico, que el primer telegrama que dirigió Bombelles el 12 de Octubre estaba redactado en inglés y con cifras conocidas.

Miramón ofrecieron sus servicios, ahogando el resentimiento por haber sido desterrados, y el segundo tratado duramente por Maximiliano; olvidaron sus quejas y solicitaron ponerse á su lado, y si era necesario morir defendiéndole.

Maximiliano se vió obligado en aquellos momentos supremos, á buscar el apoyo del partido clerical en las aflictivas circunstancias en que se veía aislado, decepcionado y rodeado de sobresaltos y desconfianzas; sin los auxilios indispensables para sostener su trono; encontraba que el Partido Conservador había acumulado al paso de su Emperador, multitud de obstáculos; pero al fin los principales corifeos de esa agrupación política, venían á ser los consejeros de Maximiliano y los jefes del embrionario ejército imperialista; Maximiliano ya no podía hacer más, que salvar su reputación de soldado valiente, viéndose envuelto por todas partes en la ruina de sus esperanzas.

La marcha de la Emperatriz para Europa, esfuerzo supremo y decisivo de la Monarquía implantada aquí por las tropas francesas, fué la señal para el avance de los republicanos y causa de creciente confusión en el ejercito imperial. El general Douay, á cuya vigilancia estaba la amenazante frontera del Norte, avisó que todo aquel territorio se hallaba interceptado por fuerzas de caballería republicana, y que la legión belga, debilitada por continuas deserciones, seguía dando muestras, la más claras, de su disgusto.

En el centro del Imperio ocupaban los partidarios de la República, puntos de importancia sin ser ya combatidos por los franceses, sino de una manera muy débil; los batallones de cazadores se desorganizaban, y aun entre las fuerzas austriacas cundía el desaliento, al notarse que Maximiliano parecía cansado y que podría abandonarlos, careciendo de recursos á tal grado, que á fines de Septiembre (1866) los oficiales se vieron precisados á cotizarse para atender á los heridos y auxiliar á los mutilados.

La situación de Maximiliano empeoraba cada día; ya desde mediados de Julio se habían hecho algunas prisiones aun entre los conservadores de más nombradía, entre los cuales se contaron el canónigo Ordoñez y D. José Miguel Arroyo, de los cuales había ocupado el segundo empleos de categoría en el Imperio, encontrándose después incomunicado en la Acordada. (*)

Motivaron las prisiones y confinamientos varias cartas interceptadas, entre ellas una del general Santa-Anna al canónigo Ordoñez y otra de D. Guillermo Prieto á D. Juan Mateos.

Notando Maximiliano que era posible formar el ejército por medio de alistamiento voluntario y con las fuerzas rurales ya disciplinadas, y no por el sorteo, declaró suspenso este procedimiento. Acompañado del general Mejía y de varios

(*) Por trastornadores de la paz fueron aprehendidos, conforme al artículo 77 del Estatuto, las siguientes personas: Feliciano Chavarría; generales J. Rojo y Agustín Zires; M. Morales Puente, Juan Mateos, Ignacio Ramírez, M. Parada, general J. de la Parra, M. M. Zamacona y Joaquín Alcalde; además, el padre Ordoñez y D. José Miguel Arroyo. Algunos de los presos fueron remitidos á Yucatán.

jefes superiores en el ejército francés, pasó revista el 30 de Julio en la plaza de armas, á las tropas que formaban la guarnición de la capital y en ese acto fué vitoreado por ellas. Figuraban en primer término en esa parada, las tropas que pertenecieron á la División Mejía, recien llegada á la capital. Maximiliano consideró estos alardes de fuerza, necesarios para infundir ánimo á sus partidarios; para dar más realce al acto, repartió condecoraciones á oficiales y soldados de aquella División. Terminada la revista, desfiló la tropa en columna y al pasar frente al Emperador, prorrumpían jefes y soldados en vivas al jefe del gobierno.

El 28 de Julio (1866) desocupaban los franceses á Monterrey, poco después el Saltillo, de cuyas ciudades se posesionaron en seguida las fuerzas del general Escobedo, y aunque se dijo que los franceses habían reocupado á la primera de esas poblaciones, resultó falsa la noticia. Una esperanza sostenía, como último recurso, al gobierno imperial: la división que aparecía entre los repúblicanos.

Además de una carta de Santa-Anna remitida al canónigo Ordoñez, publicó el Diario del Imperio dos cartas de Guillermo Prieto, fechadas en San Antonio Bejar, el 11 de Mayo y 4 de Junio de 1866, dirigidas á D. Juan Mateos, una era un nombramiento de González Ortega para que le representara en la ciudad de México; decía Prieto que este general se trasladaría pronto á la República, conduciendo elementos de guerra y fuerza americana, y que no haría armas contra los que combatian á los franceses, aunque obraría como Presidente legítimo de la República. En ambas cartas suponía que el gobierno de Juárez estaba de acuerdo con Santa-Anna. Daba por seguro que González Ortega, tan luego que llegara al territorio mexicano y estableciera su gobierno, sería reconocido por los Estados Unidos, y en tal concepto había resuelto pasar pronto el Bravo.

Estos sucesos aumentaban el impetuoso impulso que llevaba la revolución, sostenida con las armas por los juaristas. En el Estado de Veracruz tomaba gran desarrollo: el destacamento imperial situado en Paso de Ovejas fué atacado; en Papantla, reocupada por los imperialistas el 26 de Junio, y defendida por trescientos austriacos, estaban los republicanos apostados en los bosques inmediatos y cortaban las comunicaciones con la plaza, reforzando á los sitiadores fuerzas de Jico y Huauchinango. Aun el puerto de Veracruz veía cercanas las guerrillas; el rancho llamado "La Purga," fué sorprendido en los momentos en que se detenía allí una conducta, rechazando con dificultad á los asaltantes el destacamento de egipcios en ese lugar establecido. Tantoyuca y Ozuluama se habían sublevado contra el Imperio, siguiendo el ejemplo de Tamiahua y quedó únicamente Túxpan fiel al gobierno imperial. Instaladas las guerrillas cerca de Veracruz, el cabecilla Prieto tiroteaba á Medellín, donde había un destacamento de egipcios, y contribuyó á que el pueblo de Jamapa se sublevara. Más allá el jefe republicano Larrañaga hostilizaba á Tlacotálpam, á mediados de Julio, y sostenía escaramuzas con los vapores que recorrían el río. La línea que por el lado de Barlovento había estado subordinada al general Alatorre, había vuelto á levantarse al mando del comandante Rosalino Méndez, quien organizó fuerzas para batir á Tla-

pacoyan, ocupada por una corta guarnición austriaca. La ciudad de Jalapa se encontraba también en muy malas condiciones, al grado de haber prohibido el comandante Calderón, que después de las oraciones se transitara á caballo por las calles de la ciudad y prohibió también *toda reunión que pasara de dos personas desafectas al gobierno.*

Ligada con la situación del Estado de Veracruz, la entrada de los recursos al erario imperial, se hacía indispensable dominar allá el desórden; pero para esto se encontraba Maximiliano dentro de un círculo vicioso de imposible solución. Buscó plantear economías que en manera alguna satisficieron las exigencias. Dispuso la supresión de comandancias militares en los Departamentos y distritos del Imperio, excepto en las plazas fuertes y puertos fortificados. También acordó que acabaran las cortes marciales existentes; pero su deseo de introducir economías, no le impidió disponer que continuara percibiendo la viuda del general Zaragoza, la pensión que le había decretado el gobierno repúblicano, disposición que dió motivó á que se sintiera herida la susceptibilidad de los franceses.

Deseoso de dar esplendor y popularidad á su gobierno, presidió Maximiliano el día de su cumpleaños, 6 de Julio, una sesión celebrada por la Academia Imperial de ciencias y literatura, y presenció la apertura del Museo Nacional. Concedió al Príncipe Salm-Salm el empleo de coronel agregado al Estado Mayor de una División Auxiliar, y para halagar al ejército mexicano, condecoró con la Cruz de Constancia de segunda clase al general Vicente Rosas Landa.

Estas disposiciones para atraerse popularidad, perdían su efecto al lado de otras, principalmente la relativa al sorteo que al fin debería llevarse á cabo en México, Puebla y Querétaro, ciudades en las que creció la alarma, especialmente en la primera, donde un considerable número de interesados acudían en tumulto á sacar certificados de excepción, que era imposible expidieran las juntas respectivas, siendo necesario aplazar el sorteo para el 1° de Agosto. El efecto moral y la alarma que produjo la aceptación del sorteo como medio de recluta, no tuvo compensación con el resultado obtenido; se vió que era necesario ocurrir á otro arbitrio para llenar los cuadros del ejército, llegando á constituir un escándalo lo relativo á este asunto, principalmente en Querétaro, donde salieron de la ciudad gran número de los que podían ser comprendidos en ese sistema de recluta.

Todos estos hechos daban pábulo á la revolución y hacían crecer las esperanzas de los que trabajaban por el pronto término del Imperio, sin que se creyera que algunos triunfos de las fuerzas imperialistas, entre los que sobresalían los austriacos, pudieran ser de importancia.

Una sección de éstos desalojaba el 1° de Julio, del pueblo de Huauchinango á los republicanos, en combinación con las fuerzas de Zacatlán, Chignahuapam y Jico. Los republicanos se retiraron á sus fortificaciones de Necaxa y perseguidos se dispersaron; también huyeron de Huauchinango las familias á los montes, regresando algunas poco después. En Pahuatlán, Tuto y Tenango reaparecieron los republicanos, secundando á los que habían quedado en armas después de la sumisión de la Huasteca al régimen imperial.

El puerto de Tampico continuaba entonces bloqueado por tierra; tenían los republicanos su cuartel general en el pueblo de Altamira, siendo muy cortos los auxilios que podía proporcionar á los imperialistas el cañonero "Diligente." Con excepción de Tampico, que poco tardó en sucumbir, todo Tamaulipas estaba en poder de los republicanos que ya se habían adueñado de la Huasteca. Operaban varios jefes en aquella región: en Huejutla mandaba Martínez; en Calnalí, Santos Vera; en Molango y Xochihuatlán, Felipe Angeles y J. M. Pérez; en Mextitlán, Nolasco Cruz y N. Rubio. Había quedado guarnición austriaca en Zacualtipan; pero los guerrilleros llegaban á tirotearla aun en las calles, siendo matado en una de esas entradas D. Antonio Soto, abastecedor de aquella guarnición.

Debido al poderoso impulso que llevaba la revolución, pronto llegó á las puertas mismas de la Capital del Imperio. En el Estado de México, el guerrillero Antonio Noriega, á quien el Imperio había indultado y condecorado con la medalla del mérito militar, se lanza nuevamente á la revuelta por el rumbo de Tulancingo, á la cabeza de un corto grupo de veinte hombres; se pone en comunicación con los conspiradores que en Pachuca procuraban verificar un levantamiento, é intercepta los caminos de aquella zona que recorría.

Ocupada la Villa de Zitácuaro por los guerrilleros Ugalde y Arias, la dejaron al cuidado del jefe Eguiluz con cuatrocientos hombres que habían permanecido en Tusantla; entonces fueron nuevamente destruídas las trincheras levantadas por los imperiales, en tanto que estos se retiraban de la Jordana para Toluca y ocuparon por algunos días el Mineral de Angangueo. Las guerrillas republicanas comenzaron á presentarse por Tenancingo y Monte Alto, surtíanse del plomo tomado en el Mineral de Trojes y aumentaban sus filas ya por medio de la leva, principalmente en los pueblos y en las haciendas, ya con los muchos desertores de las tropas imperialistas. Una parte del escuadrón de Tepeji, en marcha para México, desertó de sus banderas y se dirigió al pueblo de Metepec, donde se unió á la fuerza del jefe Abraham Plata, quien tomó de ese pueblo y de Tenancingo cuantos caballos y armas encontró. El resto del escuadrón de Tepeji fué desarmado y preso en Toluca, en su mismo cuartel, por la fuerza de argelinos llegada del rumbo de Zitácuaro y otras que de antemano daban guarnición en la expresada ciudad. Todo el Valle de Toluca, tan próximo á la capital del Imperio, apareció cubierto de guerrillas que arruinaban las haciendas, consideradas el granero abastecedor de la capital. Fué Tenancingo una de las poblaciones que más sufrieron, siempre amenazada por los guerrilleros de San Gaspar. Aumentaron en proporciones considerables las guerrillas del Estado de México, al sentirse apoyadas por las fuerzas imponentes que dominaban en Michoacán.

En este Departamento perdía terreno el general Ramón Méndez, llegado á Morelia el 30 de Junio, (1866) sin que la expedición tan molesta que verificó

rumbo al Sur, diera el resultado que se esperaba. Después de haber conferenciado con el jefe de la columna francesa que siguió para Querétaro, quiso dar á Régules un golpe por sorpresa; pero contando este jefe republicano con espías y partidarios por todas partes, aunque Méndez solamente llevara caballerías, no pudo batirlo, pues Régules ocultó su marcha aprovechando en gran manera el perfecto conocimiento que tenía de las localidades; supo oportunamente la marcha de Méndez, y dejando á San Antonio de las Huertas en donde tenía su cuartel general, se dirigió á Zitácuaro, y arregló con tal precisión su marcha, que constantemente llevaba dos jornadas de ventaja á Méndez. Entonces este se dirige á batir las fuerzas de Ronda, consiguiendo solamente hacerles algunos prisioneros, después de perseguirlas tres días y tres noches por Quiroga, Coeneo, Bellasfuentes y otros lugares.

Los propietarios ó encargados de las fincas de campo, daban aviso á los republicanos respecto á los movimientos de las fuerzas imperiales, y á veces también comunicaban á éstas las marchas de sus contrarios, resultando que unos y otros beligerantes entraron en sospechas y considerando á los hacendados como enemigos procuraron inflingirles castigos.

Sirvió de apoyo á los republicanos de Michoacán el pronunciamiento del general Antillón, verificado al finalizar el mes de Julio en San Pedro Piedragorda, donde expidió un proclama. Este general había salido de Guanajuato el día 24 rumbo á aquella población de la sierra, donde se reunió con los jefes Domenzain y Rosado; llevaba impresa la proclama en que se titulaba jefe militar y político del Estado de Guanajuato. En esa misma ciudad se sublevaron el 30 de ese mes, doscientos soldados de reciente recluta, acaudillados por el teniente Azpeitia: estando de guardia en el Hospicio se amotinaron y pudieron fácilmente adueñarse de la ciudad, puesto que no había otra fuerza para contrarrestarlos que la de policía al mando del Prefecto D. Pablo González Montes; pero los sublevados carecían de un jefe que pudiera dirigirlos, y después de embriagarse salieron rumbo al pueblo de Dolores y se fueron dispersando en el camino. El cabecilla Azpeitia, jefe del motin, fué aprehendido y fusilado. Por esos días el Comisario imperial Robles Pezuela, trataba de construir un ferrocarril entre Querétaro y Guanajuato, abriendo una suscrición por acciones de corto valor, para que aun los pobres tomaran parte en la empresa.

En el Estado de Guanajuato hizo el general Antillón, ya perteneciente al ejército del Norte, una campaña tan rápida como inesperada, sirviéndole la circunstancia de contar en aquel Estado con amigos y simpatías. Había permanecido en el centro del Imperio esperando una ocasión propicia para lanzarse á la lucha, y habiéndola encontrado, se puso al frente de un grupo de individuos casi desarmados y sin disciplina, pero con la misma fuerza de voluntad que impulsara al jefe que los mandaba.

Siendo en el territorio mexicano el Estado de Guanajuato el más central y sirviendo á los franceses de base de operaciones, cuidaban vigilarlo; de ahí pro-



General Don León Guzmán.

Tomada á principios del año de 1867 la ciudad de Guanajuato por los republicanos, quedó de Gobernador del Estado Don León Guzmán, quien años atrás había dirigido los Ministerios de Fomento y Relaciones, bajo el régimen liberal. El Señor Guzmán buscó recursos y toda clase de elementos para las fuerzas republicanas que avanzaban sobre Querétaro, y dió oportunos informes al General Corona, en jefe del ejército de Occidente, respecto á la concentración que ejercitaban los imperialistas en esa misma ciudad.

rumbo al Sur, diera el resultado que se esperaba. Después de haber conferenciado con el jefe de la columna francesa que siguió para Querétaro, quiso dar á Régules un golpe por sorpresa; pero contando este jefe republicano con espías y partidarios por todas partes, aunque Méndez solamente llevara caballerías, no pudo batirlo, pues Régules ocultó su marcha aprovechando en gran manera el perfecto conocimiento que tenía de las localidades; supo oportunamente la marcha de Méndez, y dejando á San Antonio de las Huertas en donde tenía su cuartel general, se dirigió á Zitácuaro, y arregló con tal precisión su marcha, que constantemente llevaba dos jornadas de ventaja á Méndez. Entonces este se dirige á batir las fuerzas de Ronda, consiguiendo solamente hacerles algunos prisioneros, después de perseguirlas tres días y tres noches por Quiroga, Coeneo, Bellasfuentes y otros lugares.

Los propietarios ó encargados de las fincas de campo, daban aviso á los republicanos respecto á los movimientos de las fuerzas imperiales, y á veces también comunicaban á éstas las marchas de sus contrarios, resultando que unos y otros beligerantes entraron en sospechas y considerando á los hacendados como enemigos procuraron inflingirles castigos.

Sirvió de apoyo á los republicanos de Michoacán el pronunciamiento del general Antillón, verificado al finalizar el mes de Julio en San Pedro Piedragorda, donde expidió un proclama. Este general habia salido de Guanajuato el día 24 rumbo á aquella población de la sierra, donde se reunió con los jefes Domenzain y Rosado; llevaba impresa la proclama en que se titulaba jefe militar y político del Estado de Guanajuato. En esa misma ciudad se sublevaron el 30 de ese mes, doscientos soldados de reciente recluta, acaudillados por el teniente Azpeitia: estando de guardia en el Hospicio se amotinaron y pudieron fácilmente adueñarse de la ciudad, puesto que no había otra fuerza para contrarrestarlos que la de policía al mando del Prefecto D. Pablo González Montes; pero los sublevados carecían de un jefe que pudiera dirigirlos, y después de embriagarse salieron rumbo al pueblo de Dolores y se fueron dispersando en el camino. El cabecilla Azpeitia, jefe del motin, fué aprehendido y fusilado. Por esos días el Comisario imperial Robles Pezuela, trataba de construir un ferrocarril entre Querétaro y Guanajuato, abriendo una suscrición por acciones de corto valor, para que aun los pobres tomaran parte en la empresa.

En el Estado de Guanajuato hizo el general Antillón, ya perteneciente al ejército del Norte, una campaña tan rápida como inesperada, sirviéndole la circunstancia de contar en aquel Estado con amigos y simpatías. Había permanecido en el centro del Imperio esperando una ocasión propicia para lanzarse á la lucha, y habiéndola encontrado, se puso al frente de un grupo de individuos casi desarmados y sin disciplina, pero con la misma fuerza de voluntad que impulsara al jefe que los mandaba.

Siendo en el territorio mexicano el Estado de Guanajuato el más central y sirviendo á los franceses de base de operaciones, cuidaban vigilarlo; de ahí pro-



General Don León Guzmán.

Tomada á principios del año de 1867 la ciudad de Guanajuato por los republicanos, quedó de Gobernador del Estado Don León Guzmán, quien años atrás había dirigido los Ministerios de Fomento y Relaciones, bajo el régimen liberal. El Señor Guzmán buscó recursos y toda clase de elementos para las fuerzas republicanas que avanzaban sobre Querétaro, y dió oportunos informes al General Corona, en jefe del ejército de Occidente, respecto á la concentración que ejercitaban los imperialistas en esa misma ciudad.

vino que la desventaja para el general Antillón fuese muy grande; en consecuencia experimentó muchos reveses, pero sin arredrarle logró sostenerse con una pequeña fuerza de caballería hasta concluir el año de 1866.

El Estado de Jalisco también había llegado á ser ya un centro de revolución. En la noche del 21 de Julio, los cabecillas Angulo y Trinidad Rodríguez, trataron de verificar un pronunciamiento en Cocula; pero no consiguieron su intento hasta el día 24, en que al grito de ¡muera el Imperio! y ¡viva la Libertad! se lanzaron sobre el jefe Tagle que mandaba la guarnición y lo asesinaron á puñaladas, matando también al teniente Carrillo que procuró sofocar el motín. Los pronunciados abandonaron la población y fueron después batidos por algunas fuerzas enviadas á perseguirlos. En Autlán hubo otro levantamiento y en seguida se sublevó Tequila, extendiéndose los motines aunque se esforzaba en contenerlos el comandante militar del Departamento, general D. José Ignacio Gutiérrez.

Se propagaba allá la revolución en favor de la República, con tanta más facilidad cuanto que el jefe indígena Manuel Lozada, cuya influencia estaba tan arraigada en la Sierra del Nayarit, abandonó también al Imperio que antes sostuvo con tropas de indígenas aguerridos, provistos de excelente armamento y siempre dispuestos á acudir al llamado de su jefe. Publicó Lozada un Manifiesto en San Luis del Nayarit el 11 de Julio, (1866) informando que dejaba la comandancia superior del Departamento, empleo que acababa de suprimir el gobierno imperial, á la vez que suprimía también las fuerzas llamadas auxiliares. Quedaba ya libre de todo compromiso con el gobierno imperial y con los pueblos; se retiraba á la vida privada; dejaba sus consejos á los habitantes del Nayarit, para que evitaran la comisión de delitos, y les hacía notar que él, en su esfera de simple particular, en nada podría influir para librarlos de las penas en que incurrirían al quebrantar las leyes.

Luego que el cabecilla Lozada tuvo conocimiento de que había quedado suprimida la comandancia superior, entregó el mando á D. José J. Parra, y según dijo el mismo Lozada, se había resuelto á no aceptar empleo alguno político, y aunque se le había invitado á conservar el mando en jefe de las fuerzas del Nayarit, él se había negado aceptar la invitación.

Entonces, libre por la parte del Nayarit y por el lado de Mazatlán, fraccionó el general Corona sus fuerzas, y envió setecientos soldados á Sonora para reforzar á los jefes Martínez y Pesqueira; además, de acuerdo con el general D. Manuel Márquez, organizó una expedición sobre Durango.

En Mazatlán esperaban los imperialistas con gran ansiedad, al Comisario Imperial Iribarren, suponiendole revestido con amplias facultades, y poseedor de los fondos necesarios para hacer frente á una situación cada vez mas crítica. Pero la inteligencia y energía del nuevo Comisario, se estrellaron ante las dificultades materiales que habían causado el mal éxito de los esfuerzos de su predecesor. Para los imperialistas había pasado la hora de mejorar la situación en Sinaloa;

el desaliento de los partidarios de la Intervención y el Imperio, era allá profundo. De Mazatlán se habían alejado casi la mitad de sus vecinos, arruinados y amenazados hasta en sus vidas. La desconfianza por parte de las autoridades era muy grande; fué detenido como culpable por tentativas de seducción á la fuerza armada, D. Andrés Vasabilbaso, y se le ordenó que marchara desde luego á San Francisco California, so pena de ser fusilado; en favor del sentenciado elevó el comercio de Mazatlán representaciones al Emperador y al Mariscal Bazaine, aunque sin éxito.

Los republicanos habían habilitado en la costa del Pacífico perteneciente á Sinaloa, tres puertos para el comercio de altura: Altata, Navachiste y Agiabampo, por cuyos puntos recibían armas y toda clase de elementos de guerra. Creció su aliento á principios de Agosto, cuando supieron que llegaban órdenes á Mazatlán y Guaymas, para la desocupación violenta y definitiva de estos puertos, aunque no se hubieran organizado los contingentes de fuerzas mexicanas que habían de reemplazar á las francesas, quedando de hecho la 8ª división territorial en poder de los republicanos, y nulificada la acción del Comisario imperial Iribarren.

En cuanto al Estado de Sonora, ya no podían abrigar esperanza alguna los partidarios del Imperio, aun antes de la pérdida de Guaymas y la captura de los principales jefes imperialistas. Habían concluido los alientos que les diera la sorpresa verificada el 11 de Julio en Tecoripa, por Tanori, á las fuerzas del coronel Angel Martínez, haciendole varios muertos y heridos, quitándole un cañón de á doce y algún dinero, aunque en seguida tuvo que retirarse á Ures el jefe imperialista, por falta de recursos, no obstante que acababa de exigir un préstamo de veinte mil pesos que habían de emplearse en la campaña contra Martínez, comenzando por recobrar á Alamos, donde el general Pesqueira también había impuesto contribuciones y reclutado gente. Tuvieron los imperialistas tanta fé en el triunfo de su causa, aun en el mes de Julio en que ya parecía inevitable la caida del Imperio, que el general Lanberg dispuso el día 25 del mismo mes, que en Hermosillo se levantara el estado de sitio decretado desde el 7 de Mayo, no obstante que Guaymas seguía bloqueado por las guerrillas republicanas. Fundaron muchas de sus esperanzas, al fin fallidas, en las fuerzas que el jefe Almada levantaba en el río Mayo, destinadas á marchar sobre la plaza de Alamos, en tanto que el teniente coronel D. Francisco Gándara operaba en los distritos de Magdalena y el Altar, sobre las secciones de García Morales, y el coronel Vázquez recorría los pueblos de Fronteras, Bacoachic, Arizpe y demás del río de Sonora.

Casi un mes después de haber partido para Europa la Emperatriz Carlota, salía de Ures el jefe Tanori, el 31 de Julio, con designio de batir las fuerzas del coronel Angel Martínez; entonces dirijió entusiasta arenga el Prefecto del Departamento al entregar al batallón de ese jefe una bandera.

Presentaba Sonora un aspecto de completa y lamentable destrucción. Entre

las haciendas arrasadas por la revolución se contaba la de Topahue, perteneciente al general Gándara, en la que sus enemigos incendiaron las fábricas y quemaron todo el trigo cosechado.

Desde que las fuerzas del coronel Angel Martínez fueron divididas en cortas secciones, se hizo sentir su influjo en todo el Departamento, teniendo que combatir con los yaquis, los mayos y los mochicahuis, que se habían levantado en masa contra los republicanos; una parte considerable de indígenas al mando del jefe Tranquilino Almada, se habían dirijido sobre Alamos, residencia del general Pesqueira, dando favorables resultados á los imperialistas el acuerdo establecido entre el general Lanberg y el ex-gobernador Gándara, que todavía conservaba influencia sobre muchas poblaciones sonorenses.

Los republicanos mostraron también grande actividad; sus guerrillas asediaban al puerto de Guaymas, al extremo de que nadie podía salir de garita sin ser aprehendido por ellas; en consecuencia los impuestos no proudacían en aquel puerto lo suficiente para el pago de las tropas y los empleados.

Algunas localidades habitadas por indígenas pimas y ópatas, fueron incendiadas por órden del coronel Martínez, quien al fin obtuvo, en unión de los demás republicanos, definitivo triunfo. El capitán imperialista Moreno, sufrió un revés en el rancho del "Caballo" al querer batir á las guerrillas que asediaban el puerto de Guaymas, del cual tan solo pudo salir una fuerza de quinientos hombres, la mitad franceses, el 3 de Julio, conduciendo para Hermosillo siete mil pesos, algún parque, armamento y vestuario para la fuerza de Lanberg, quien marchó á encontrar el convoy á medio camino entre aquellas dos poblaciones.

En la Baja California habían acaecido novedades en la administración local. El gobernador D. Antonio Pedrin era reemplazado por el jefe Navarrete, quien levantó en San José del Cabo una fuerza de doscientos hombres y con ella derrocó y aprehendió á su predecesor en el mando del Territorio.

El ministro Romero revalidó el contrato concluído con algunos ciudadados norte-americanos, sobre colonización de terrenos baldíos comprendidos en una porción limitada de la Baja California, lo que dió motivo á que se dijera que había vendido aquella Península y aun se añadió por la prensa, que la venta había sido en un precio insignificante. Estipulóse en dicho contrato, que se venderían aquellos terrenos á colonos que se naturalizarían mexicanos, quedando sujetos á las leyes de la República; se les cobraría el precio de los terrenos conforme á una tarifa arreglada y aprobada por ambas partes. Al contrato precedió la formación de un expediente en regla, en el que aparecía que las autoridades del territorio recomendaban que se aprobase, y se publicó en el Saltillo durante la permanencia allí del Señor Juárez; al revalidarlo el Señor Romero, recibió parte de la suma que los concesionarios debían adelantar por cuenta del valor de los terrenos que hubieran de colonizarse, é invirtió una porción de esa suma en gastos prevenidos por el gobierno, enviando lo restante al Ministerio de Hacienda.

El general Santa-Anna seguía en Nueva York envuelto en un círculo de li-

tigios judiciales y complicaciones pecuniarias; logró poner preso á D. Darío Mazuera acusándole de que le había estafado setenta mil pesos, y que le había inducido á ir á los Estados Unidos, con la seguridad de que le llamaba Mr. Seward, y que para protegerle se había realizado un empréstito de treinta millones de pesos. Tenía Santa-Anna otro litigio pendiente con la casa de Baez, á la que acusó de complicidad con Mazuera, y á la vez la casa de Montgomery le tenía demandado por no haber cumplido un contrato sobre compra de un buque de vapor.

No obstante tantos obstáculos, el ex-dictador Santa-Anna no renunciaba á sus ambiciosos proyectos de mando. Después de haber publicado su "Manifiesto" en el "Herald," cuyo documento apareció fechado en Elizabethport, el 5 de Junio de 1866, había procurado contratar un empréstito con banqueros norte-americanos, sin más garantía que la propia personal, única que podía ofrecer, cuya circunstancia le impidió lograr su proyecto.

Todos los esfuerzos de Santa-Anna fueron inútiles para conseguir inmiscuirse en la política de su país, no solamente por el desprestigio en que hacía tiempo había caído, sino porque ya la situación estaba de tal manera despejada para los juaristas, que no necesitaban del apoyo del ex-dictador, aun en el falso supuesto de que conservara todavía algún partido en México.

Habíase presentado en la cámara de representantes de los Estados Unidos, el proyecto de un empréstito á México, bajo dos formas diferentes: el diputado Mr. Stevens proponía que la suma prestada fuera de veinte millones de pesos, en tanto que Mr. Kelly pretendía que se garantizasen los empréstitos que México contrajera hasta la suma de cincuenta millones, al siete por ciento de interés anual y pagaderos en veinte años. El resultado fué que se aplazara el proyecto hasta que llegara el momento oportuno de llevarlo á efecto.

Los asuntos de México ocupaban considerablemente á la prensa de los Estados Unidos del Norte; *The Times* se declaró abiertamente por la Intervención del gobierno norte-americano en dichos asuntos, después de que partiera Maximiliano, y calificaba al pueblo intervenido de inepto para gobernarse por sí mismo. A dicho proyecto se opuso desde luego *The Tribune* aunque contrariado por el popular *Herald*, indicando que el resultado de la intervención sería la cesión de algunos Estados mexicanos del Pacífico á la República de los Estados Unidos. *Le Courrier* confesó que la Intervención en México no fué por supuestas y decantadas ofensas hechas á Francia, sino para establecer en este Continente la balanza del equilibrio político; pero que la idea no se supo llevar á cabo, pues que faltó para su complemento reconocer la independencia de la Confederación del Sur, no quedando después otro recurso, que abandonar el proyecto, por dura que fuese esta resolución y dar por perdido cuanto en el asunto se había gastado.

El Presidente Johnson declaró nulo y de ningún valor el bloqueo decretado por Maximiliano, quien pretendía la incomunicación mercantil de Matamoros y otros puntos de la frontera mexicana, ocupados por los republicanos. Muchos

imperialistas creyeron sin importancia la proclama del Presidente de los Estados Unidos, y procuraron convencer á Maximiliano de que las probabilidades de duración y consolidación del gobierno imperial, subsistirían cualquiera que fuese el resultado de la misión que llevó á Europa la Emperatriz; le hacían ver las rivalidades y discordias entre los enemigos del trono; los temores de la propiedad amenazada y de la sociedad en general, por la revolución; las complicaciones que dañaban á los negocios de los Estados Unidos, motivo por el que no podrían prestar apoyo efectivo á los republicanos de México. Los imperialistas que rodeaban á Maximiliano, le exajeraban los elementos materiales y morales con que contaba el Imperio. Dábanle por seguro, que aquí podía emitirse un empréstito, con cuyos productos se organizarían numerosas fuerzas que tendrían á su cabeza al Emperador, y se recobrarían pronto los puertos y se lograría la pacificación de los Departamentos, en la actualidad desguarnecidos á causa de la retirada de las tropas francesas.

La proclama del Presidente Johnson respecto al bloqueo decretado por Maximiliano, era el primer paso para salir de la política de neutralidad que hasta entonces había aparentado la República vecina. El pueblo de los Estados Unidos llevaba adelante su pensamiento de ejercer el protectorado sobre todo el continente americano. Se aseguraba ya, que ese gobierno se había comprometido con el de las Tullerías, para ejercer su influjo cerca de los jefes republicanos, con el fin de que respetaran la vida y propiedades de los súbditos franceses residentes en el territorio mexicano.

CAPITULO NOVENO.

Se insiste en formar el ejército imperial por el sistema de levas.—Renuncian los Ministros D'Osmont y Friant.—Impuesto que sustituye á la revisión de bienes nacionalizados.—Se entrega Maximiliano al partido conservador.—Influencia del Padre Fischer.—Disgusta á Bazaine el cambio de política.—Celebra Maximiliano por tercera vez el 16 de Septiembre.—Continúan los rumores relativos á la abdicación.—Marcha dificultosa del Ministerio reaccionario.—Mr. Seward protesta contra la estabilidad de franceses en el Ministerio.—Regresa el Mariscal Bazaine á la capital.—Impide la ejecución del impuesto á los bienes nacionalizados.—Insiste en que se retiren del gobierno los jefes D'Osmont y Friant.—Prisiones y alarmas en la capital del Imperio.—Continúa la retirada de las tropas expedicionarias.—Se encarga de ella el general Castelnau.—Retirada de la legión belga.—La Corte de Bruxelas y el Imperio Mexicano.—El Mariscal Bazaine se opone al Estado de sitio. Considerable aumento de las fuerzas republicanas.—Estados de Oriente.—Yucatán.—El sitio de Tihosuco.—Se retiran los indígenas sublevados.—Hostilidades contra Campeche.—Se van á Tabasco las fuerzas imperiales sublevadas en Jonuta.—Oaxaca.—Movimientos de las fuerzas al mando del general Díaz.—Operaciones militares en el Estado de Veracruz.—Sitio de la ciudad de Jalapa.—Pierden los imperialistas á Tlacotálpam.—Levantamientos en el Estado de Puebla.—Abandonan los austriacos aquella Sierra.—Se pronuncia por la República el coronel Rodríguez Bocardo.—La revolución en el Estado de México.—Toman los republicanos á Apam y Tlalnepantla.—Llegan hasta los alrededores de la capital.—Michoacán.—Continúan los esfuerzos del general Ramón Méndez.—Sangriento combate en los cerros del Salitral.—Se retira el general Régules al Sur de Michoacán.—Lo desconoce y aprehende el guerrillero Laureano Valdéz.—Se liberta Régules.—Sucesos acaecidos en Guanajuato y Querétaro.—El general Olvera se sitúa en Jalpam.—Se encarga de la plaza de Querétaro el general Tomás Mejía.—Dispérsanse las fuerzas del General Antillón.—Proclamas del coronel Rosado.—Llega á la ciudad de León el general Castagny, procedente de Durango.—Abandonan los franceses el Saltillo.—Jalisco y Zacatecas.—El Imperio pretende reanudar su alianza con Lozada.—Durango queda á merced de los guerrilleros.—Marcha el general Escobedo sobre San Luis Potosí.—Abandonan los franceses á Mazatlán y el Saltillo.—Distribución de los republicanos en Tamaulipas.—Los de Sonora reciben auxilios de los Estados Unidos.—Los imperialistas permanecen á la defensiva.—Termina la revolución en aquel Estado.—Nuevas revueltas en la Baja California.—Concluyen con armisticio y avenimiento.—El gobierno de Washington y la política francesa.—Informe del ministro Hay.—Asegura que el gobierno francés cumple lo convenido.—El ministro Romero en viaje con el Presidente Johnson.

Maximiliano había fijado sus esperanzas en el aumento de los nuevos batallones de *cazadores*, contando con la cooperación de los franceses que consintieran en formar parte de ellos; pero de nada servirían esas tropas si el país no contribuía con un contingente considerable en favor del Imperio. Aunque la leva había sido prohibida por la Regencia á instancias del general Forey, y no obstante que Maximiliano había renovado formalmente la prohibición de recurrir á

tan brutal é inhumano sistema de recluta, el ejército imperial no podía formarse de otra manera y la leva siguió; además, se sacaba de las prisiones un contingente que los prefectos políticos ponían á disposición de los jefes franceses, quienes con disgusto lo aceptaban.

Según órdenes imperiales, se había dispuesto que se verificase el reclutamiento en los Estados de México, Querétaro y San Luis Potosí; los oficiales franceses pretendieron sacudir la apatía de los prefectos políticos y ellos mismos recorrían las haciendas, tocaban la fibra del interés en los grandes propietarios, hablandoles de que sus capitales no podían estar seguros sino por la buena elección de los trabajadores que labraran las tierras, ó por los soldados voluntarios que proporcionaran á las banderas de los que habían de cuidarlos.

El disgusto y el cansancio invadieron también á los oficiales franceses que funcionaban en los cuerpos de cazadores; en Quéretaro, en Mazatlán y en otros muchos lugares se levantaban quejas y se presentaban dimisiones. Alegaban que no se les habían cumplido las promesas de mejoría, ni las garantías ofrecidas; no estaban conformes con que se hubiera alterado el sistema de reclutamiento voluntario, ni que se les hubiera separado de la administración y de la caja pagadora del ejército francés; aseguraban que habían ingresado á los *cazadores* en la confianza de que el ejército francés permanecería todavía en México por lo menos dieciocho meses, favoreciendo así la organización, la instrucción y solidez de esos batallones. Día por día desaparecían todas las promesas y garantías, y no quedaba para los jefes y oficiales franceses al servicio del Imperio, otra perspectiva que la miseria y privaciones de toda especie, á semejanza de lo que sucedía con las tropas mexicanas; no pudiendo las cajas del Imperio pagarlas ya, quedaron reducidos los oficiales franceses á estado deplorable que lastimaba su dignidad y su honor. Se había faltado á las instrucciones del Emperador, al usar de la leva y hacer la refundición de prisioneros juaristas, dispuestos á volver sus armas contra el Imperio en la primera ocasión, siendo necesario vigilar á unos y á otros, tanto en las marchas y el combate, como en las poblaciones; con tal reclutamiento consideraban imposible organizar, ni instruir, y por lo mismo renunciaban el mando los comandantes de los cazadores. Tampoco querían éstos sostener las disposiciones gubernativas de los comisarios imperiales, y alguno llegó á atacar sériamente al de Sinaloa, Señor Iribarren, porque le comisionó para refundir en un batallón de cazadores á seiscientos prisioneros juaristas.

A la vez exponían quejas los comandantes mexicanos. El general Gutiérrez que mandaba la 4ª división militar en Guadalajara, informaba que su posición era cada día más difícil, por la falta de concurso de las autoridades civiles coludidas con los revolucionarios, que mostraban infatigable actividad y promovían desórdenes, al amparo de la apatía é indolencia de la mayor parte de las autoridades políticas.

En los momentos en que la desesperación y la locura de la Emperatriz Carlota, contristaban á los gobiernos europeos que ya preveian el rudo golpe que iba

á recibir Maximiliano, la revolución contra el Imperio adquiria enormes proporciones. Aturdido Maximiliano la desencadenaba por sus propias manos, arrojándose de pronto, el 26 de Julio, en brazos del partido conservador y ultramontano; abandonó con violencia su Ministerio y la política de reclutar sus Consejeros entre todos los partidos, buscando el apoyo del país y de la opinión pública; en aquellos supremos momentos en que se aproximaba la retirada de los franceses, llamó á los reaccionarios Lares, Marin, Campos y Tavera para que formaran el nuevo Ministerio y le aconsejaran, así como al abate Fischer. También llamó á su lado á los franceses D'Osmont y Friant, de los cuales el primero era jefe de Estado Mayor general, y el segundo intendente en gefe del cuerpo expedicionario, al encargarles respectivamente las carteras de Guerra y Hacienda.

Sin embargo de que daba esta participación prominente á franceses, disgustó el cambio de política á Bazaine, porque la elección de un partido tan radical, fué considerada como un guante de desafío arrojado al partido republicano, mas numeroso y de mas acción, y por lo mismo el que debería dominar. Además, se oponía á las instrucciones terminantes del Emperador Napoleon, contra la inmisión de los oficiales franceses en los negocios interiores de la política de México, y tampoco podían desempeñar á la vez, los nuevos empleos y las funciones que eran anexas á sus grados en el Ejército y á los destinos que conservaban en él. Había otra razón para que Bazaine no admitiera lo que Maximiliano hacía, y era el no haberle consultado, precisamente cuando llamaba franceses á su Consejo. El padre Agustin Fischer, de orígen aleman, y que se constituyó director de Maximiliano, era antipático á Bazaine, quien le consideraba como un aventurero, pues en 1845 habia ido á Texas en calidad de colono, se hizo clérigo y después pasó á California para buscar oro; allí abjuró de su religión protestante pasando al catolicismo; en seguida fué Secretario del Obispo de Durango; poco tiempo ocupó ese puesto y se retiró á Parras en la casa del Sr. Sánchez Navarro, quien considerándole de gran talento lo presentó despues á Maximiliano; éste le dió una comisión cerca del Santo Padre, en la que fracasó, y al regresar á México quedó de Secretario del Emperador.

Recientemente llegado de Roma, donde había tomado cierto participio en los trabajos que la comisión mexicana emprendió estérilmente para la formación de un concordato con Su Santidad, y teniendo ideas concordantes con las del partido conservador, sirvió entonces á éste con lealtad y no puede dudarse que los más importantes pasos que desde entonces diera Maximiliano, fueron debidos al Padre Fischer más bien que á ningún otro consejero. En aquella crísis llegó á ejercer una autoridad superior á todo lo que pueda decirse; pasaban por sus manos todas las cartas y comunicaciones dirigidas al Emperador y también iban por su conducto y aún eran de su redacción las contestaciones dadas. En su poder quedaron los archivos de la Secretaría particular, que más tarde fueron publicados en parte por los republicanos, y él fué árbitro de todas las disposiciones que se dictaron en aquella época, en la que la irresolución y falta de energía que caracterizaban á Maximiliano, tomaron creces por las enfermedades y aflicciones que le agoviaban, de manera que un carácter sostenido como el del Padre Fischer, ejercio sobre Maximiliano invencible presión.

El Consejero Fischer, lo mismo que los conservadores mexicanos, no podía tener confianza en las modernas ideas de Maximiliano, y participaba del deseo de que éste abandonase á México; pero consideraba que si el Emperador llegaba á faltar, se perdía el centro de unidad entre los miembros que componían el partido al que el Señor Fischer se había adherido. Los conservadores pretendían que Maximiliano permaneciera en el país, hasta que se presentara en escena otro caudillo que, con prestigio y autoridad bastantes, empuñara las riendas de aquel moribundo gobierno y supiera sostenerlos.

Queriendo Maximiliano establecer economías, dispuso que desde el 1° de Septiembre quedaran en receso los auditores del Consejo de Estado, hasta que mejoraran las circunstancias del Erario; los sueldos de los consejeros fueron reducidos á dos mil quinientos pesos al año.

La situación no permitió que continuara en el Ministerio de la Guerra el general D'Osmont, quien solicitó de Maximiliano que nombrase un nuevo Ministro que le reemplazara. En seguida dimitió también la cartera de Hacienda Mr. Friant, desapareciendo así el ensayo que duró mes y medio, de un Ministerio en el que predominara el elemento francés, con intención de que se renovara la alianza íntima y solidaria entre los dos países y los dos gobiernos. Aquel indicio de reconciliación carecía ya de sólido fundamento, pués el Imperio francés no podría comprometer su responsabilidad, en los momentos en que precisamente trataba de descartar su acción militar y su crédito financiero. No podían conciliarse las órdenes para la desocupación del territorio mexicano, con la implantación aquí de una supremacía francesa en la administración gubernativa.

Habiendo fracasado esa nueva tentativa de Maximiliano para ligar con los suyos los intereses del Imperio francés, pidió á Don Teodosio Lares que formara un gabinete conservador, y dictó algunas disposiciones que tendían á manifestar estabilidad en su gobierno. Dispuso que se trasladara el Ministerio de Justicia al edificio que fué colegio de Minería, ocupando el local en que estuvo el Ministerio de Cultos; designó una Junta presidida por el coronel Clinchant, á iniciativa del Mariscal Bazaine, para que reviviera el proyecto de organización del ejército mexicano, concluído por la junta que presidió el general Uraga, entre cuyos vocales se encontró el coronel de Artillería D. Manuel R. de Arellano.

Con motivo de haberse nombrado un Ministerio conservador, se presentó en Chapultepec una gran reunión de vecinos de la capital para dar las gracias á Maximiliano, llevando la palabra D. José Mariano Campos, quién manifestó, conmovido, la confianza que abrigaban en salvar la situación. Salió la comitiva en trenes del ferrocarril urbano desde la calle de Cadena. El nombramiento para Ministros recayó en individuos reconocidos perfectamente como miembros prominentes del partido conservador: D. Teófilo Marín para Ministro de Goberna-

ción; D. Manuel García Aguirre para Instrucción Pública y Cultos, y D. Joaquín de Mier y Terán para Fomento. A la vez eran reducidos á prisión varios liberales, entre ellos D. Ezequiel Montes.

Aquellos momentáneos entusiasmos desaparecían ante la pavorosa situación hacendaria del Imperio que pretendía sostener Maximiliano, cada vez más embarazosa á pesar de las ordenanzas reglamentarias expedidas y de los ingeniosos expedientes proyectados; crecían los apuros y dificultades por horas, y no era posible hacer frente á las necesidades del gobierno. Por momentos cerraban los republicanos el perímetro que ocupaba el Imperio, se le iban sobreponiendo y abriéndole brechas más y más anchas, en tanto que los imperialistas no fiaban en sus propias fuerzas, sino en las órdenes que vinieran de las Tullerías y en los batallones y el dinero de sus aliados. Por tales motivos, el giro que tomaron los acontecimientos dependía del éxito que tuviera la misión que la Emperatriz llevó á Europa.

La falta de recursos obligó á Maximiliano á renovar sus proyectos acerca de los bienes nacionalizados. La revisión no había dado resultado favorable alguno; en vez de remover los inconvenientes, aumentaron por la incertidumbre de los derechos de propiedad adquiridos, y llevó consigo la paralización de las transacciones que prohibió la ley, hasta tanto que los derechos procedentes de las operaciones de desamortización hubieran sido ratificados. Las Manifestaciones sometidas al estudio del Consejo de Estado, ascendían á dieciseis mil, de las cuales tan solo la cuarta parte había sido despachada en dos años cuatro meses. De aquí se deducía que para acabar la revisión se necesitarían por lo menos cuatro años, tiempo excesivamente dilatado en aquellos momentos perentorios en que las exigencias no podían aplazarse. Entonces determina Maximiliano que cesara la revisión, é impone por decreto de 22 de Agosto (1866) el quince por ciento sobre el precio de las primitivas adjudicaciones y ventas de fincas, así como sobre el valor nominal de los capitales enagenados; se respetarían los fallos ya pronunciados en tales negocios por el Consejo de Estado, debiendo pagar los compradores aun no liquidados, la diferencia que resultase en favor del tesoro imperial; quedaban exceptuados del pago de ese impuesto los que adquirieron fincas ó capitales por contratos celebrados directamente con el clero. Esta nueva contribucion había de ser pagada en quince mensualidades y se daba á los recaudadores la facultad coactiva para efectuar los cobros. Se declaró que seguían vigentes las leyes de desamortización y nacionalización de bienes eclesiásticos, y se puso á cargo de los prefectos superiores políticos de cada Departamento, la revisión en cuanto á bienes de Beneficencia, instrucción pública y municipios, cuyos poseedores tenían que pagar el treinta por ciento del precio en que los adquirieron y en treinta mensualidades iguales. El Ministerio de Hacienda resolvía las dificultades que se presentaran, y para decidir las cuestiones entre particulares, se nombrarían árbitros componedores.

La oficina que en el Ministerio de Hacienda estableció Mr. Friant, percibía



Lic. D. José M. Cortés Esparza.

Ministro de Gobernación en el Imperio de Maximiliano. Perteneció al grupo de liberales que aceptaron la monarquía, aunque no transigían con la presencia de las tropas francesas en el territorio mexicano. Bazaine consiguió que Maximiliano le pidiera al Sr. Cortés Esparza que presentara su renuncia. Entre los cargos que se le hicieron se contó el de haber logrado que fuera abolido el decreto expedido por la Regencia prohibiendo los juegos de azar, cargo que consta en la correspondencia de Bazaine con Napoleón III: también fué acusado de falta de lealtad para con Maximiliano que eligió consejeros que le hacían perder la popularidad. Murió el Sr. Cortés Esparza el 26 de Diciembre de 1869

ción; D. Manuel García Aguirre para Instrucción Pública y Cultos, y D. Joaquín de Mier y Terán para Fomento. A la vez eran reducidos á prisión varios liberales, entre ellos D. Ezequiel Montes.

Aquellos momentáneos entusiasmos desaparecían ante la pavorosa situación hacendaria del Imperio que pretendía sostener Maximiliano, cada vez más embarazosa á pesar de las ordenanzas reglamentarias expedidas y de los ingeniosos expedientes proyectados; crecían los apuros y dificultades por horas, y no era posible hacer frente á las necesidades del gobierno. Por momentos cerraban los republicanos el perímetro que ocupaba el Imperio, se le iban sobreponiendo y abriéndole brechas más y más anchas, en tanto que los imperialistas no fiaban en sus propias fuerzas, sino en las órdenes que vinieran de las Tullerías y en los batallones y el dinero de sus aliados. Por tales motivos, el giro que tomaron los acontecimientos dependía del éxito que tuviera la misión que la Emperatriz llevó á Europa.

La falta de recursos obligó á Maximiliano á renovar sus proyectos acerca de los bienes nacionalizados. La revisión no había dado resultado favorable alguno; en vez de remover los inconvenientes, aumentaron por la incertidumbre de los derechos de propiedad adquiridos, y llevó consigo la paralización de las transacciones que prohibió la ley, hasta tanto que los derechos procedentes de las operaciones de desamortización hubieran sido ratificados. Las Manifestaciones sometidas al estudio del Consejo de Estado, ascendían á dieciseis mil, de las cuales tan solo la cuarta parte había sido despachada en dos años cuatro meses. De aquí se deducía que para acabar la revisión se necesitarían por lo menos cuatro años, tiempo excesivamente dilatado en aquellos momentos perentorios en que las exigencias no podían aplazarse. Entonces determina Maximiliano que cesara la revisión, é impone por decreto de 22 de Agosto (1866) el quince por ciento sobre el precio de las primitivas adjudicaciones y ventas de fincas, así como sobre el valor nominal de los capitales enagenados; se respetarían los fallos ya pronunciados en tales negocios por el Consejo de Estado, debiendo pagar los compradores aun no liquidados, la diferencia que resultase en favor del tesoro imperial; quedaban exceptuados del pago de ese impuesto los que adquirieron fincas ó capitales por contratos celebrados directamente con el clero. Esta nueva contribucion había de ser pagada en quince mensualidades y se daba á los recaudadores la facultad coactiva para efectuar los cobros. Se declaró que seguían vigentes las leyes de desamortización y nacionalización de bienes eclesiásticos, y se puso á cargo de los prefectos superiores políticos de cada Departamento, la revisión en cuanto á bienes de Beneficencia, instrucción pública y municipios, cuyos poseedores tenían que pagar el treinta por ciento del precio en que los adquirieron y en treinta mensualidades iguales. El Ministerio de Hacienda resolvía las dificultades que se presentaran, y para decidir las cuestiones entre particulares, se nombrarían árbitros componedores.

La oficina que en el Ministerio de Hacienda estableció Mr. Friant, percibía



Lic. D. José M. Cortés Esparza.

Ministro de Gobernación en el Imperio de Maximiliano. Perteneció al grupo de liberales que aceptaron la monarquía, aunque no transigían con la presencia de las tropas francesas en el territorio mexicano. Bazaine consiguió que Maximiliano le pidiera al Sr. Cortés Esparza que presentara su renuncia. Entre los cargos que se le hicieron se contó el de haber logrado que fuera abolido el decreto expedido por la Regencia prohibiendo los juegos de azar, cargo que consta en la correspondencia de Bazaine con Napoleón III: también fué acusado de falta de lealtad para con Maximiliano que eligió consejeros que le hacían perder la popularidad. Murió el Sr. Cortés Esparza el 26 de Diciembre de 1869

las sumas aun no satisfechas por operaciones revisadas, y funcionó con tal actividad, que la mayor parte de sus negocios quedaban resueltos dentro de las veinticuatro horas. Con estas operaciones reunió poco más de diez mil pesos y se manifestaba resuelto á hacer que se pagara al Erario cuanto se le debía, con lo cual calculaba obtener entradas de importancia, que al fin fueron ilusorias, aunque se pretendió cobrar deudas atrasadas á la testamentaría de D. Manuel Escandón.

Se procuró emplear otros medios para buscar recursos, entre ellos el establecimiento en México y Veracruz, de almacenes generales de depósito, para lo cual expidió un decreto Maximiliano; también se permitió á una sociedad presidida por Amadeo Lutton, abrir una sala de ventas en almoneda pública; pero ninguno de los recursos inventados pudo aliviar la pesada carga que en la hacienda soportaba el Imperio de Maximiliano.

La atención y el desarrollo que daba el Emperador á las Leyes de Reforma, conservó la actitud amenazante del clero; á la vez le aumentó la enemistad con los franceses, el seguir rodeado de individualidades que les eran hostiles, sin atender á que el Ejército expedicionario constituia su principal apoyo, y que los conservadores desechados y separados del gobierno, habían sido los autores y tendrían que seguir siendo los sostenedores de la monarquía. El ejército frances había mejorado y completado las fortificaciones y el armamento de las plazas estratégicas del Interior, principalmente en Monterrey, San Luis Potosí, Durango, Zacatecas, Guadalajara y Matehuala, en las que habían puesto regular número de cañones en buen estado, y almacenado provisiones; pero creciendo con rapidez el levantamiento de fuerzas republicanas, fueron impotentes las tropas imperialistas mexicanas para sostener aquellas posiciones.

Se consideró conveniente llamar al general Márquez, quien á mediados de Agosto recibió en Jerusalem sus cartas de retiro y se apresuró á embarcarse para Francia despues de despedirse del Sultán. Al llegar á París la Emperatriz Carlota, le dirigió el general Márquez un telegrama ofreciéndole sus respetos. Entonces aseguraba el doctor Nelaton, que la extracción de la esquirla que tanto molestaba á dicho general, sería muy fácil y que á poco de la operación cicatrizaría la herida.

Quiso Maximiliano que el general Uraga fuese á Europa con objeto de acompañar á la Emperatriz á su regreso. La noticia de que esta Princesa había fracasado en su misión, puso fin á la incertidumbre y perplejidad generales, causó penosa impresión en las filas del Imperio y contribuyó á fortalecer el entusiasmo de los republicanos, consecuencia precisa de los grandes pasos frustrados y de las esperanzas desvanecidas; adquirióse entonces la conciencia de que el gobierno imperial ya no podía contar sino consigo mismo, y que terminaba toda alianza con la Europa.

Un grupo de imperialistas aseguró desde luego á Maximiliano, que, no obstante todo lo que pasaba, tenía grandes probabilidades de duración el Imperio; pero no consiguieron evitar la inquietud respecto al porvenir que aparecía

envuelto en la guerra civil y en el desencadenamiento de todas las pasiones anárquicas. La noticia del mal éxito de la Emperatriz en París, despertó todas las preocupaciones adormecidas; llegaba ya el momento en que Maximiliano midiera la magnitud de la tarea que se había impuesto y las escasas probabilidades de éxito; le era forzoso sondear la opinión pública y ver lo que tenía de favorable ó adverso, para adoptar en seguida un partido resueltamente y perseverar en el medio adoptado. ¿Pero era ésto posible, atendiendo al carácter de Maximiliano? Luego que recibió en Cuernavaca las infaustas noticias de Europa, se transladó á México y citó á junta de ministros, cual si pretendiera hacer frente á la tormenta desatada que tenía sobre él.

Con la fé del fatalista permaneció Maximiliano en su puesto: asistió acompañado de la Corte y de todos los funcionarios y empleados públicos, el 16 de Septiembre, al *Te-Deum* cantado en la catedral, y en seguida recibió en Palacio las felicitaciones usuales, en cuyo acto le dirigió un notable discurso el Sr. Lacunza, Presidente del Consejo de Estado; contestó Maximiliano, recordando que era la tercera vez que celebraba gustoso y entusiasta aquella grande y gloriosa fiesta de familia; "sin sangre, sin penas, dijo, no hay triunfos humanos, ni desarrollo político, ni progreso duradero." "Cada Nación debe pasar por un período de duro aprendizaje, si quiere ser un día, grande y fuerte." "Firme estoy aún, en el lugar que los votos de la Nación me han hecho ocupar, no obstante todas las dificultades, sin vacilar en mis deberes, pues no es en momentos arduos cuando abandone un Hapsburgo su puesto." La mayoría de la Nación me eligió para defender sus más sagrados derechos, contra los atentados al orden, á la propiedad y á la verdadera Independencia; el Todopoderoso debe, pues, protegernos, siendo una sagrada verdad que la voz de los pueblos es la voz de Dios; así se ha mostrado de una manera milagrosa en los tiempos del primer levantamiento nacional; así se mostrará en su renacimiento actual. Los grandes héroes de la Patria alientan nuestros esfuerzos; sigamos sus inmortales ejemplos sin vacilar, sin desconfiar, y á nosotros tocará entonces la envidiable tarea de haber consolidado y coronado la obra de la Independencia, que ellos iniciaron derramando su preciosa sangre. ¡Mexicanos! ¡Viva la Independencia y el dulce recuerdo de sus inmortales mártires!" Para dar mayor realce á la festividad, se repartieron muchas condecoraciones.

A pesar de la actitud resuelta de Maximiliano y de las promesas que hizo en el alcázar de Chapultepec al vitor que fué á felicitarle, se generalizó el rumor de que continuaba en su idea de abdicar el poder, rumor que fué combatido por la prensa Imperial, asegurando que estaba resuelto Maximiliano á triunfar ó morir aquí.

La vuelta del partido conservador al poder, fué marcada con varios decretos notables, entre ellos uno relativo á cementerios, para que fueran devueltos á la autoridad eclesiástica; á la vez aparecía el periódico titulado "La Patria" con el programa de afirmar y completar el sentido de la evolución política, en cuya

virtud habían entrado al ministerio el Sr. Lares y sus colegas, á los que se unió el general Ramón Tabera llamado para la cartera de guerra, D. Joaquín Larrainzar para la de Hacienda y D. Pedro Sánchez Castro á la sub-secretaría de Justicia. El nuevo Ministerio se proponía sostener la nacionalidad, la religión católica y la unidad en el régimen administrativo. La presencia de los ministros Lares y Marín en el gobierno, caracterizaba el plan político que Maximiliano se había propuesto sostener, cambiando el rumbo que hasta entonces pretendiera seguir. Los bienes de los enemigos del Imperio quedaban administrados y aprovechados por éste. L'Estafette dedicó un artículo joco-serio, al decreto imperial que devolvió á la autoridad eclesiástica la administración de los cementerios, haciendo notar que en los veintisiete meses de existencia, el Imperio había hecho solamente ensayos.

La entrada de los reaccionarios al Ministerio, hizo que desde luego se abrieran francamente las hostilidades entre Maximiliano y el representante militar del Gobierno francés. Fué motivo para los ataques, la toma de Tampico por los republicanos, haciendo notar que las tropas francesas ya no se comprometian en operaciones de trascendencia, y que se retiraban sin dejar la esperanza siquiera de nuevos refuerzos; sin duda la política de la Francia tenía dos lenguajes, puesto que contradecían los ministros las seguridades que había dado Napoleón en sus constantes promesas de eficaz concurso y de apoyo moral, promesas que se desvanecieron con la dura alternativa en que este Emperador había colocado al de México, obligándole á firmar la Convención de 30 de Julio.

La pobreza del erario era la causa principal de la forzada sumisión que tenía necesidad de aparentar el Gobierno de Maximiliano, siendo por lo mismo el mayor de los males que le aquejaban, pues no solamente dejaban de pagarse las tropas, sino que se minoró aun la lista civil, que era cubierta diariamente con cinco mil cien pesos en oro, tomados de las recaudaciones de la capital; á causa de la crísis financiera que dañaba á todo el Imperio, quedó en la impotencia Maximiliano, obligado á consentir que pesara sobre el Ejército mexicano regular y auxiliar, el mas completo abandono.

El llamamiento del General D'Osmont y del Intendente Friant á formar parte del Ministerio, produjo nuevos disturbios, ya respecto al mariscal Bazaine, ya entre el Gobierno frances y el de los Estados Unidos. Al regresar Bazaine á México encontró el nuevo Gabinete aun incompleto, y poco después hizo saber á Maximiliano, que la presencia de oficiales franceses en el Ministerio tendría que producir incidentes desagradables bajo el punto de vista político, y creyó preferible que D'Osmont y Friant renunciaran sus empleos militares, pues dejándolos vacantes durante mucho tiempo, se perjudicarían los intereses del Cuerpo expedicionario. Maximiliano se opuso y el asunto dió lugar á un cambio de correspondencia á mediados de Septiembre, entre él y el Cuartel general frances; Bazaine alegaba que no podian figurar jefes franceses en un Ministerio que apoyaba la reacción, y Maximiliano le garantizaba con su tolerancia política y su pa-

sado, que no había tal reacción; el general francés volvió á manifestar la incompatibilidad de funciones que tenían que desempeñar los nuevos Ministros D'Osmont y Friant, y la necesidad que había de que optaran por uno ú otro cargo; pero insistiendo Maximiliano en que podían tener los dos puestos, acordó Bazaine esperar la resolución de su Gobierno, que desaprobó el ingreso de oficiales franceses al gabinete de Maximiliano.

El 16 de Agosto había dirigido Mr. Seward una nota al marqués de Montholon, en la que le decía que el *pretendido* Emperador de México había llamado á la dirección del departamento de la Guerra al general D'Osmont y al de Hacienda al intendente Friant, y que siendo estos hechos de naturaleza tal que descomponían las buenas relaciones entre Francia y los Estados Unidos, el Presidente de éstos hacía saber al Emperador de los franceses, que el Congreso y pueblo norte americanos, veian en aquellos nombramientos un indicio incompatible con el compromiso pactado para llamar á Francia al cuerpo expedicionario. A consecuencia de esta comunicación amenazadora, anunció el *Moniteur*, el 13 de Septiembre, que los Sres. D'Osmont y Friant no estaban autorizados por el Gobierno frances á aceptar las carteras que desempeñaban. Se le dijo al general en jefe frances, que debió haberse opuesto á los nombramientos y se desaprobó la inmisión francesa en los negocios políticos de México. Esta conducta del Emperador frances hizo confirmar al de México, que era una falsedad la alianza entre los dos gobiernos.

El Emperador mexicano procuraba á veces reprimir su disgusto respecto á la conducta que con él observaba Napoleón III. A la fiesta religiosa en honor de éste, el 15 de Agosto, presidida en la Catedral por el Ministro Danó, concurrieron el Ayuntamiento de México y los ayudantes de Maximiliano, el general Uraga y Don Pedro C. Negrete. Ese día desfiló la guarnición francesa ante el general Courtois d'Hurbal en la gran plaza de armas. En la tarde ofreció Maximiliano un banquete en Chapultepec á la oficialidad francesa, concurriendo además del Ministro Danó los generales Courtois d'Hurbal, D'Osmont, Neigre y de Maussion; los coroneles Clinchant, De Potier, Lajaille, Vasse y Hugueney, el intendente Friant, el pagador en jefe Jupeaux, el inspector de hacienda Maintenant, el Capellan mayor Testory y algunas personas más. A la hora de los postres se levantó Maximiliano y brindó en estos términos: "A la salud de mi ilustre amigo el Emperador Napoleón;" contestó el Ministro de Francia, brindando por el Emperador Napoleón y la Emperatriz Carlota. Siguieron los brindis entre los cuales resaltó otro de Maximiliano "por el Ejército frances siempre valiente y victorioso."

Nombró Maximiliano Prefecto del Valle al Sr. Mariano Icaza en reemplazo del Sr. Campero, y entonces volvió el Sr. Trigueros á ocupar el puesto de Alcalde municipal, quedando de director de la Policía el general Ugarte.

El nombramiento de un Ministerio reaccionario y las benévolas manifestaciones en loor del Emperador frances, tendian á facilitar la misión que á Europa llevara la Emperatriz Carlota. Creia Maxiliano en la superioridad del derecho divino, y consideraba tan solo como un accidente de los pueblos el sufragio popular. Dueño del poder el partido reaccionario, las disposiciones políticas fueron en consonancia con las aspiraciones de los enemigos de las leyes de Reforma, por lo cual, desde luego, no solamente fué cerrada la oficina de los bienes nacionalizados, sino que el Administrador de ellos, Sr. Sanchez Navarro, fué llevado á una prision quedando secuestrado el archivo respectivo.

La violenta situación que en Francia crearon las victorias de la Prusia, se reflejó en la conducta observada por la corte de Napoleon con el Imperio de México, adoptando un sistema de abierta hostilidad. Desde Julio de 1866, el Mariscal Bazaine sin previo aviso al Emperador Maximiliano, dejaba abandonadas las fronteras del Norte, casi todos los principales puertos y las capitales de Departamento, impidiendo además que quedaran guarnecidas; recogió las armas de que disponían algunas poblaciones; negó auxilios que se le pedían; dió salvoconductos á enemigos declarados del Imperio; entró en relaciones con algunos gefes republicanos; retardó entregar al Imperio el armamento que pertenecía á fuerzas mexicanas, é inutilizó parte del material de guerra en vez de venderlo al gobierno de Maximiliano. El gefe del ejército expedicionario que vino á implantar y sostener el Imperio mexicano, defecciona y se retira sin alcanzar aunque fuese en parte, lo que buscaba, dejando á los Estados Unidos más engreidos, los intereses franceses más inseguros, la influencia de la Francia aquí nulificada, la deuda crecida, las armas francesas menos respetadas, en una palabra, regresando á la Patria sin triunfos y sin gloria.

El 26 de Agosto llegaba á México el Marical Bazaine, de regreso en su viaje al Interior del país. Los franceses poseedores de bienes nacionalizados le pidieron que ejerciera su influencia, para evitar la consumacion de la ley de 22 de Agosto relativa al impuesto de quince por ciento sobre dichos bienes, y se quejaron de que los que obedecian la ley de revision quedaban en peor predicamento que los que se resistian á cumplirla. En consecuencia, la medida fiscal sobre bienes desamortizados tuvo que ser modificada.

Parecía llegado el dominio de la anarquía con el rápido crecimiento de los abusos; no solamente fueron puestos en la prision los albaceas de la testamentaria del Sr. Manuel Escandon, teniendo que esconderse su hermano D. Antonio, sino que aun el prefecto municipal Sr. Trigueros, fué preso é incomunicado en la Acordada, siendo necesario que el Ayuntamiento acudiera por telégrafo al Emperador para que se lograra la libertad del preso.

Los ánimos acabaron de alarmarse en la capital, cuando á principios de Septiembre se supo que el Emperador Napoleon rehusaba acceder á las peticionel de la Emperatriz Carlota, en atencion á los compromisos que habia contraido con los Estados Unidos. A veces se anunciaba el regreso de la Emperatriz, otras se suponia en Maximiliano la intencion de retirarse ó de abdicar; de positivo solamente se sabia que el vapor "Sonora" habia traido despachos relativos al encargo

que llevó la Emperatriz, siendo de notar que ese vapor habia sido fletado por el gobierno imperial de México para una mision especial.

Al lado de la inercia en que los acontecimientos tenian enclavado al gobierno de Maximiliano, resaltaba el movimiento incesante que efectuaban los franceses. El 26 de Septiembre salia de la capital el general Courtois d'Urbas con direccion á Veracruz, precediéndole para el mismo puerto el 7 ° de Cazadores y el 51 de línea, para embarcarse.

El plan de retirar el ejército en tres destacamentos, fué modificado por los inconvenientes que ofrecia bajo el punto de vista militar; las últimas Divisiones podian quedar comprometidas, y con este temor resolvió el gabinete de las Tullerías retirar el cuerpo expedicionario en masa, encargando este asunto al general Castelnau, ayudante de campo del Emperador Napoleon, provisto de instrucciones políticas y militares, completas y detalladas; era la mision de Castelnau un encargo de confianza para resolver la situacion; unido al Mariscal Bazaine y de acuerdo ambos, determinarian lo que conviniera á las circunstancias.

El ministro belga Baron de Chazal, encargado de la Cartera de guerra, escribía el 11 de Julio (1866) al Mariscal Bazaine, manifestándole los sentimientos de la Corte de Bruselas en favor del nuevo Imperio mexicano; llamaba la atencion del Mariscal acerca de lo debilitada que se hallaba la legion belga, y le manifestaba la esperanza que tenía toda la Bélgica en el canje de prisioneros, asegurándole que aun habrian podido reclutarse allá de cinco á seis mil infantes, seiscientos ginetes y cuatrocientos artilleros. No obstante ese parecer del Baron de Chazal, no era posible que Maximiliano contara ya con el concurso del gobierno belga, segun se desprende de otra carta dirigida por este Emperador al Mariscal Bazaine en 30 de Agosto del mismo año; le decía que el estado de excitacion en que se hallaba el regimiento belga, se traslucia en un despacho telegráfico firmado por los oficiales; la reorganizacion de esa fuerza era necesaria y muy urgente, pues la oficialidad belga tendria que embarcarse á más tardar el 13 de Septiembre, á causa de negarse su gobierno á prorogar el permiso que les había concedido, por lo cual Maximiliano tenia que retirar de Monterrey el regimiento belga y acantonarlo en México ó en alguna poblacion de los alrededores; y para ello excitaba á Bazaine pidiéndole que expidiera las órdenes respectivas. Aunque el rey Leopoldo autorizó á los oficiales para continuar residiendo en México hasta Abril de 1867, el documento respectivo firmado el 30 de Julio de 1866, no llegó á poder del encargado de negocios de Bélgica en México, sino seis semanas después del tiempo en que debia haberse recibido, cuando ya todos los oficiales belgas, excepto cinco, se habian embarcado para Europa.

Despues de haber dispuesto que contramarchase desde el Venado el cuerpo de belgas hácia Matehuala, todos los oficiales belgas del regimiento mandado por el coronel Van der Smissen, aun aquellos que habiendo solicitado su retiro no lo habian conseguido, y que por no obtener respuesta supusieron que el gobierno se rehusaba á concederles licencia, así como los que querian que acabara el

término de su enganche por dos años, firmaron una carta digida á su cónsul, apareciendo casi sublevados; Van der Smissen les contestó, que no pudia dejar de cumplir las órdenes recibidas, ni dar en masa licencias provisionales; lo más que podria hacer era someter el asunto al Mariscal, á quien pidió que el regimiento volviera á México, en donde lo podría reformar y constituir en apoyo sério para los Emperadores. Queria que no se introdujeran en la legion belga oficiales franceses, tanto porque llevarian la desorganizacion como por los rumores sobre anexion de Bélgica á Francia, y consideraba que los sub-oficiales al mando de capitanes austriacos constituirian cuadros muy sólidos. Todos estos proyectos quedaron sin realizacion por haberse retirado para Europa la legion belga.

El avance que constantemente siguió la revolucion contra el Imperio, llegando hasta los Estados centrales, dió motivo á otra disposicion más funesta que el decreto de 3 de Octubre de 1865, pues se aplicó el estado de sitio á todo el territorio y de ello fué informado el Mariscal Bazaine que se encontraba en la hacienda de Peotillos. La carta de Maximiliano estaba firmada el 7 de Agosto (1866) y le decia en ella: "que por dos decretos fechados el 1 ° de Agosto, había declarado el estado de sitio en los departamentos que le habian parecido los más agitados entónces, siendo los de Michoacan y Querétaro, Túxpan, Tulancingo y distrito de Zacatlan," le manifestaba que varios miembros de su ministerio le invitaban á que declarase á todo el Imperio en el mismo estado de sitio, como único medio de alcanzar la pacificacion del país y de obtener órden en la administracion y en la hacienda, dejando el poder en manos de los comandantes militares superiores, elegidos hasta donde fuera posible, entre oficiales franceses. Cuestion tan importante, pues que rozaba con los más sérios intereses, no queria decidirla Maximiliano hasta oir el parecer de Bazaine, quien en esos momentos recorria gran parte del territorio y podia apreciar de cerca la situacion en que se encontraban los Departamentos; deseaba Maximiliano saber, si convendria el estado de sitio solamente en determinados departamentos ó en todo el Imperio, y si Bazaine podria proporcionarle los oficiales franceses que habrian de ser comandantes superiores en los Departamentos puestos en sitio.

Bazaine opinó contra el establecimiento de semejante dictadura militar, creyéndola inútil, pues que el estado de guerra en que se encontraba el país, proporcionaba las deseables facilidades para alcanzar por la fuerza lo que ni la persuacion, ni los esfuerzos de una administracion leal podrian obtener. La superioridad de una autoridad á todas las demás que rigiesen el gobierno, no daria á la á la marcha de éste más unidad, sino en tanto que las autoridades, momentáneamente suspensas, fueran reemplazadas por otras con cuyo valor y fé se pudiera contar. En el innegable estado de guerra en que se encontraba el país, era más natural operar que editar reglamentos; los comandantes militares se habian situado ya en todos los puntos ó cerca de los en que su accion podia llegar á ser indispensable. Las cortes marciales funcionaban en toda la extension del Imperio, y ninguna fuerza, ni accion, ni prestigio añadiría el estado

de sitio á la autoridad militar, pues se dirigía únicamente á suprimir la accion directa de las autoridades civiles, á cuyo efecto se podia llegar sin asustar á nadie, con solo sostener el estado de guerra y sin necesidad de salir de las leyes, ni atropellar á los miembros de la administracion judicial y financiera.

Bazaine aconsejó que se desechara el pensamiento de establecer el estado de sitio, permitido únicamente en el caso de suma urgencia y en determinadas localidades, siempre de una manera transitoria. Rehusó poner á disposicion de Maximiliano los oficiales que se le pedian, pues para ello era preciso desorganizar los cuadros en los momentos en que el ejército francés se disponia á dejar el suelo mexicano, y mucho ménos se debería pensar en quitar los que pertenecian á los cuerpos mixtos que se habian de quedar aquí. Tampoco creia prudente aumentar la responsabilidad que ya pesaba sobre el ejército frances, absorviendo todos los poderes existentes en el país y anulando los elementos nacionales sobre los cuales tendria que seguir apoyado el Imperio de Maximiliano.

El Mariscal consideraba el estado sitio orígen de positivo descontento que daria pretexto á una general defeccion, apareciendo que el Soberano de México desesperaba de su pueblo, y recaerian en él y los franceses los rigores provenidos de la situacion. En tales condiciones, segun el parecer del Mariscal, el estado de sitio aumentaria el número de enemigos del Imperio, y daria la razon á las acusaciones de los disidentes, que excitaban el espíritu nacional diciendo que Francia habia venido á México con el designio de conquistar.

Segun el parecer del Mariscal Bazaine, lo que convendria hacer era: obligar á los prefectos y sub-prefectos á dirigir á los generales y comandantes superiores, informes sobre el estado del país y sus necesidades, y evitar que tuviesen mando sobre fuerza armada sin consentimiento de la autoridad militar, debiendo solicitarlo por escrito; crear cierta solidaridad entre los dos poderes en vez de ponerlos de antagonistas, y organizar activamente la gendarmeria. Estos medios debian ser ensayados de preferencia, en concepto de Bazaine, para impedir los rigores y las muchas arbitrariedades que habria llevado consigo la situacion tan anómala del estado de sitio.

Las fuerzas francesas experimentaban algunos reveses desde que en el Valle de la Purísima, Tamaulipas, fué derrotado el coronel Dupin, terror de aquellas comarcas; la derrota provino de una combinación entre los generales Aureliano Rivera y Escobedo; desde entonces Dupin abandonó ese Estado retirandose con una sección de mil quinientos hombres, y el general Rivera pudo ocupar á Tula, donde se proveyó de dinero, artillería y materiales de guerra, elementos que sirvieron para levantar, en parte, el ejército del Norte que había de ejecutar hechos muy notables. En el occidente el general Corona también hacía sufrir derrotas á los franceses, y por el Oriente los amenazaba seriamente el general Porfirio Diaz.

Yucatán era el Estado en que seguía apareciendo como duradera la administración imperial. Los indígenas sublevados se habían retirado de Tihosuco;



Don Domingo Bureau.

Prefecto Político de Veracruz y Comisario Imperial de Yucatán, condecorado con la *Cruz de Oficial de la Orden de Guadalupe.*

Promovedor constante de las mejoras materiales en el Puerto de Veracruz, é invariable partidario de la Intervención y el Imperio. Pocos meses tuvo á su cargo el Gobierno de Yucatán. Bureau sostuvo la causa del Imperio, aun después de haber sucumbido Maximiliano en Querétaro y Márques en México, y no se retiró hasta que tuvo pleno conocimiento del fusilamiento de Maximiliano.

de sitio á la autoridad militar, pues se dirigía únicamente á suprimir la accion directa de las autoridades civiles, á cuyo efecto se podia llegar sin asustar á nadie, con solo sostener el estado de guerra y sin necesidad de salir de las leyes, ni atropellar á los miembros de la administracion judicial y financiera.

Bazaine aconsejó que se desechara el pensamiento de establecer el estado de sitio, permitido únicamente en el caso de suma urgencia y en determinadas localidades, siempre de una manera transitoria. Rehusó poner á disposicion de Maximiliano los oficiales que se le pedian, pues para ello era preciso desorganizar los cuadros en los momentos en que el ejército francés se disponia á dejar el suelo mexicano, y mucho ménos se debería pensar en quitar los que pertenecian á los cuerpos mixtos que se habian de quedar aquí. Tampoco creia prudente aumentar la responsabilidad que ya pesaba sobre el ejército frances, absorviendo todos los poderes existentes en el país y anulando los elementos nacionales sobre los cuales tendria que seguir apoyado el Imperio de Maximiliano.

El Mariscal consideraba el estado sitio orígen de positivo descontento que daria pretexto á una general defeccion, apareciendo que el Soberano de México desesperaba de su pueblo, y recaerian en él y los franceses los rigores provenidos de la situacion. En tales condiciones, segun el parecer del Mariscal, el estado de sitio aumentaria el número de enemigos del Imperio, y daria la razon á las acusaciones de los disidentes, que excitaban el espíritu nacional diciendo que Francia habia venido á México con el designio de conquistar.

Segun el parecer del Mariscal Bazaine, lo que convendria hacer era: obligar á los prefectos y sub-prefectos á dirigir á los generales y comandantes superiores, informes sobre el estado del país y sus necesidades, y evitar que tuviesen mando sobre fuerza armada sin consentimiento de la autoridad militar, debiendo solicitarlo por escrito; crear cierta solidaridad entre los dos poderes en vez de ponerlos de antagonistas, y organizar activamente la gendarmeria. Estos medios debian ser ensayados de preferencia, en concepto de Bazaine, para impedir los rigores y las muchas arbitrariedades que habria llevado consigo la situacion tan anómala del estado de sitio.

Las fuerzas francesas experimentaban algunos reveses desde que en el Valle de la Purísima, Tamaulipas, fué derrotado el coronel Dupin, terror de aquellas comarcas; la derrota provino de una combinación entre los generales Aureliano Rivera y Escobedo; desde entonces Dupin abandonó ese Estado retirandose con una sección de mil quinientos hombres, y el general Rivera pudo ocupar á Tula, donde se proveyó de dinero, artillería y materiales de guerra, elementos que sirvieron para levantar, en parte, el ejército del Norte que había de ejecutar hechos muy notables. En el occidente el general Corona también hacía sufrir derrotas á los franceses, y por el Oriente los amenazaba seriamente el general Porfirio Diaz.

Yucatán era el Estado en que seguía apareciendo como duradera la administración imperial. Los indígenas sublevados se habían retirado de Tihosuco;



Don Domingo Bureau.

Prefecto Político de Veracruz y Comisario Imperial de Yucatán, condecorado con la *Cruz de Oficial de la Orden de Guadalupe.*

Promovedor constante de las mejoras materiales en el Puerto de Veracruz, é invariable partidario de la Intervención y el Imperio. Pocos meses tuvo á su cargo el Gobierno de Yucatán. Bureau sostuvo la causa del Imperio, aun después de haber sucumbido Maximiliano en Querétaro y Márquez en México, y no se retiró hasta que tuvo pleno conocimiento del fusilamiento de Maximiliano.

á las seis de la mañana del 23 de Septiembre, se vió que quemaban sus guaridas y pasaron todo ese día en silencio, sin disparar sobre la plaza, ni dejarse ver, notándose que en la noche se habían alejado. Salió el siguiente día á explorar, el teniente coronel D. Feliciano Padilla con ciento veinte hombres, y por las huellas que dejaron los sublevados infirió que se habían retirado hacia Tepich. Tal suceso fué celebrado grandemente en Mérida y Sisal. El comisario imperial Bureau avanzó hasta Tihosuco y en entusiasta arenga felicitó á la guarnición, y en presencia de ella obsequió con una magnífica pistola al teniente coronel Traconis.

Los indígenas sitiadores de Tihosuco habían hecho el 15 de Septiembre un esfuerzo para asaltar la posición y fueron rechazados, portándose con extraordinario valor el jefe D. Feliciano Padilla, quien había logrado introducirse á la plaza el 2 de ese mes, con un refuerzo de trescientos hombres. La guarnición había estado sitiada en el espacio de cincuenta días por más de tres mil indígenas. La segunda brigada, al mando del general Navarrete, prestó notables servicios, combatiendo á los sitiadores el 14 de Agosto en las inmediaciones del mismo Tihosuco. En el combate dado cerca de ese pueblo fueron heridos: el teniente coronel D. Daniel Traconis, el capitán D. Pedro O'Horán, y algunos subalternos en las emboscadas puestas por los indígenas rebeldes, que cortaron las dos vías de comunicación con las líneas del Sur y el Oriente.

Desde el 10 de Agosto (1866) comenzó á ser hostilizada la ciudad de Campeche por republicanos que estaban al mando del jefe Muñoz, y al ser rechazados se retiraron á Chiná, donde aumentaron sus filas con número considerable de campechanos procedentes del Sur de su Estado. Las pérdidas de los republicanos en el barrio de Santa Lucía, fueron superiores á las de los imperialistas. Muchas personas conocidas en Campeche por adictas á la República, fueron perseguidas y llevadas á las prisiones, y también algunas que eran indiferentes á la política.

El día 17 llegó á Campeche el general Espejo, con un refuerzo de cien hombres procedente de Mérida, no habiendo sido posible enviar mayor número porque los indígenas sublevados en el Oriente de la Península, impedían que se apartara de ellos la atención y la fuerza de los imperialistas.

A consecuencia del levantamiento de republicanos ocurrido en el Departamento de Campeche, apareció una fuerza considerable de ellos al frente de ese puerto y se posesionaron el 13 de Agosto del barrio de Santa Ana; pero fueron atacados y derrotados por el jefe de la plaza D. Felipe Lopez Fajardo, quien con poco más de cien hombres, batió sus atrincheramientos en la mañana del siguiente día. Encabezó aquel movimiento de los republicanos D. José Antonio Muñoz, álias el Chelo. En ese día, acababan de sufrir un revés las fuerzas que guarnecían á Tihosuco al mando del teniente coronel Traconis, sitiadas por los indios rebeldes.

Vióse entonces obligado el general Casanova á salir de Mérida el 21 del

mismo mes con alguna tropa, dejando de comandante militar interino al coronel D. Juan Noriega.

El Comisario imperial Bureau dispuso que tomaran las armas todos los mexicanos de la Península que tuviera de 18 á 50 años de edad, especificando en el mismo decreto las excepciones; daba razón para este paso, el saber que las fuerzas de los indios rebeldes eran considerables, al grado de tener sitiado el cantón de Tihosuco, cuya guarnición estaba en inminente peligro de perecer, si no era eficazmente socorrida. En el cantón de Molás se habían reunido las fuerzas del Oriente, esperando las órdenes del general Casanova que iba á emprender la campaña. En los combates parciales habidos era considerable el número de muertos y heridos en ambos campos, siendo conducidos á Valladolid los heridos. El general Navarrete se había encargado de conducir una expedición que fué rechazada por los indígenas sublevados.

El 18 de Octubre (1866) volvía á ser nombrado el Sr. Salazar Ilarregui comisario imperial y comandante general de Yucatán, con extensas facultades, prerrogativas y honores.

En el cercano Estado de Tabasco, seguían favorables los acontecimientos á los republicanos. El 24 de Agosto (1866) á las cinco de la tarde, llegaba á Macuspana la fuerza que fué imperialista, pronunciada en Jonuta en favor de la República. Poco después arribaron las embarcaciones que conducían á su bordo las piezas de artillería, el parque y demás pertrechos de guerra; en una de ellas iba el cabecilla Galero herido de alguna consideración. Al llegar aquellas fuerzas, fueron recibidas por las de Macuspana formadas en batalla; frente á ellas se pusieron los recién llegados y después de haberles arengado el coronel Celestino Brito, se dieron unos y otros el abrazo de reconciliación, reinando la mayor concordia y sin evocar recuerdos disgustantes. Jonuta y Palizada quedaban en poder de los republicanos, y regresó al Carmen la fuerza imperialista que estaba en Palizada, conduciéndola el coronel Osorio, después del pronunciamiento de Jonuta.

Los imperialistas de Yucatán sentían que á su derredor comenzaba á perderse el órden gubernativo por ellos aceptado; los sucesos de Campeche y Jonuta eran señales evidentes de que la revolución invadía ya también á la Península, que hasta esa época se había considerado preservada de la acción militar de los republicanos.

El Estado de Oaxaca volvia á causar zozobras al gobierno de Maximiliano. La guarnicion imperialista que ocupaba á Teotitlan del Camino tuvo que abandonar el punto, batida por las fuerzas del coronel Figueroa que constantemente aumentaban, al grado de que no bastándoles los recursos de los pobres pueblos de la Cañada, pasaron las guerrillas al Distrito de Tehuacan. Por la parte Sur del Estado de Oaxaca, llamaba la atencion el general Porfirio Diaz, quien en los dias en que de la capital oaxaqueña salia una expedicion para Chiapas, entraba á Teozacoalco, pueblo á más de treinta leguas de la ciudad de Oaxaca. Los movimientos de las guerrillas inspiraban sérios temores á los imperialistas de aquel Departamento; toda la Cañada, hasta cuatro leguas al Norte de Oaxaca, era recorrrida por los republicanos que tambien se presentaban por el Oriente, en la Sierra, hasta el punto llamado "La Parada," mostrando mucha actividad los jefes Lopez Orozco, Leyva y Porfirio Diaz, en los límites del Estado de Guerrero y por la Costa Chica y Juquila. Pasando fuerzas republicanas del Estado de Oaxaca al de Puebla, se posesionaron de Tlacotepec el 30 de Agosto, avanzando en grandes grupos procedentes de los rumbos de Tepeji é Ixcaquistla; por tal motivo cundió la alarma hasta San Andrés Chalchicomula. Por Teotitlan siguieron algunas fuerzas del general Figueroa, sosteniéndose con recursos de las haciendas inmediatas.

A principios de Septiembre era ocupado el pueblo de Tlacotepec por fuerzas del general Porfirio Diaz, quien en combinación con su hermano Félix, se dirigió hácia el Departamento de Oaxaca. El vecindario de esta capital estaba alarmado con motivo de tantos hechos de las guerrillas, que llegaban á pocas leguas de la capital del Departamento y á inmediaciones de Etla. El coronel D. Félix Diaz acababa de embargar en la Cañada un cargamento de grana, por cuyo rescate exigía más de dos mil pesos, suceso que mucho preocupó al comercio de aquellas localidades.

El 25 de Agosto habia salido de Oaxaca el visitador imperial Franco, con una escolta de cien dragones para Tehuantepec, precediendola en la misma direccion otra fuerza de quinientos infantes. El general Oronoz se disponia entónces á marchar contra las guerrillas enemigas situadas en la Cañada de San Antonio. Creció la alarma en los primeros dias de Septiembre, con motivo de la aproximacion por diversos rumbos, de las fuerzas de D. Porfirio y D. Félix Diaz, de Leyva, Orozco y Figueroa; las comunicaciones con aquella ciudad seguían cortadas por estar interceptados los caminos. La plaza de Huajuapan era atacada el 4 de Septiembre por 1,200 hombres al mando de Diaz, Ramos, Gonzalez y Segura; defendiala el coronel Trujeque sostenido por las compañías de cazadores al mando del capitan Poirel y los republicanos se retiraron.

A mediados de ese mes de Septiembre (1866), entraban las fuerzas del general Diaz á Tlaxiaco y Nochistlan, despues atacaron á Yanhuitlan sin poder tomarla, defendida por doscientos austriacos é igual número de imperialistas mexicanos. El 1° de Octubre llegaba aquella Division á Ejutla y al siguiente dia á Miahuatlan, donde se batió con fuerzas del general Oronoz, que sufrió una derrota considerable.

Las fuerzas republicanas del Estado de Veracruz también tomaban grande incremento. Desde el 24 de Marzo (1866) se habían presentado cuatro vapores franceses grandes y uno pequeño, frente á Tlacotalpam, con gente destinada á invadir la línea Sur del Estado de Veracruz; avanzaron parte de sus fuerzas hasta Omealca; entonces el general Alejandro García, procurando evitar que le cortaran la retirada, pasó con las que mandaba el río Papaloapam, y en la

orilla derecha formó su línea de defensa desde Chacaltianguis hasta Santiago Tuxtla, y esperó que le atacaran; pero al cabo de quince días, viendo que parte de las tropas imperialistas se retiraban para Veracruz, repasó el río y estableció su cuartel general en Amatlán, extendiéndose desde San Gerónimo hasta Cosamaloapam, y formó un campamento á dos leguas de Tlacotalpam, fuera de tiro de los vapores enemigos, con objeto de hostilizar diariamente á los imperialistas que ocupaban esa ciudad, los que tuvieron que limitarse á conservar el perímetro de la plaza y las dos iglesias en que se fortificaron. En la multitud de combates parciales librados entonces, se distinguieron los coroneles Carreón y Larrañaga, los teniente-coroneles Ariza, Díaz y Lagos, el comandante Vela y el capitán Iglesias. El general Rafael Benavides quedó herido en el asalto dado el 10 de Agosto, y aunque entonces la plaza no fué tomada, pocos días después la abandonaron sus defensores.

Después de haber resistido los imperiales que ocupaban á Tlacotalpam el ataque formal del 10 de Agosto, quedaron rodeados de fuerzas republicanas y en muy triste situación por las enfermedades que los diezmaban y las muchas deserciones, al grado de tener que pensar sériamente en los medios de salir de ella. Pidieron desde luego al general García, segundo en jefe de la línea de Oriente, que les dejara el paso libre por la posición avanzada del Conejo, y concedido que les fué lo que solicitaban, pudieron salvarse los imperiales en número de poco mas de trescientos, que se trasladaron á Alvarado. El día 18 quedó evacuada Tlacotalpam, pero en Alvarado continuaron disminuyendo los imperiales por las enfermedades y la deserción, al grado de verse obligados á concentrarse en Veracruz. El comandante de la cañonera francesa "Tempête," Mr. Gott, cometió estorsiones de tal magnitud, que se le calificó justamente de una calamidad para todas las poblaciones que tuvieron la desgracia de hallarse bajo la amenaza de sus cañones.

El ataque á Tlacotalpam el 10 de Agosto (1866) comenzó á las tres de la mañana, fué muy reñido y tenaz, soportando los liberales mortífero fuego por agua y por tierra, al grado de quedar inutilizado el vapor "Alejandro," en el que iba el general García, quien se salvó á nado, y otro vapor, el "Aurora," fué el blanco de las baterías enemigas. Las columnas de infantería hicieron prodigios de valor para apoderarse de los parapetos y las fortificaciones de Tlacotalpam, que estaban muy bien construidas, y dejaron muchos muertos y heridos, entre estos últimos el general Benavides, los jefes y oficiales Ariza, Alba, Montenegro y cincuenta soldados; entre los primeros los ciudadanos Pardo, Vidal, García, Zamudio, Olmedo y otros muchos. Se distinguieron los jefes Luis Mier y Terán, Larrañaga, Carreón y algunos otros jefes y oficiales.

Los imperialistas tuvieron cincuenta y una bajas entre muertos y heridos, varios dispersos de la caballería de Figuerero y dos muertos y seis heridos de los misantecos y del batallón número once. Una parte de los cadáveres quedaron enterrados y otros fueron arrojados al río.

Tlacotalpam quedó en poder de los republicanos, y en recompensa ascendió Don Alejandro García á general de División. También la Villa de Alvarado había sido atacada el 22 de Julio por el capitán Tomás Lozano, quien derrotó á la fuerza que la guarnecía y les tomó diez y ocho prisioneros y bastantes efectos de guerra. Por la parte Norte del Estado veracruzano hacía capitular el general D. Desiderio Pavón al puerto de Túxpam el 17 de Septiembre.

Cuando se aumentaban las hostilidades sobre la plaza de Tlacotalpam, y ya preparado un segundo ataque, propuso capitular el general Mariano Camacho, el día 17, prévia una conferencia con el general Alejandro García. En virtud de las estipulaciones, fué ocupada por los republicanos al siguiente día la ciudad, retirándose para Alvarado y Veracruz los capitulados, en cuatro vapores franceses de guerra que surcaban el Papaloapam, sin ser molestados en el paso del Conejo. Regresaron á Tlacotalpam varias familias que llevaban cuatro meses de haber abandonado la ciudad y vagaban por los montes, expuestas á las intemperies y á todos los inconvenientes de la estación de lluvias, antes que verse bajo el mando de los imperiales. Los guardias nacionales del Cantón de los Tuxtlas, al mando del capitán Celso Ortíz, se retiraron á sus hogares, después de la ocupación de Tlacotalpam; fueron recibidos cordialmente en Catemaco con arcos y les dieron la bienvenida las autoridades de la población.

Los dos vaporcitos "Alejandro" y "Aurora," que se creían perdidos en el ataque dado á Tlacotalpam el 10 de Agosto, aunque puestos fuera de combate, fueron salvados por el coronel Luis Mier y Terán y el teniente coronel Juan B. Zamudio, llegando á Amatlán, donde los recibieron con dianas, repiques de campanas y otras demostraciones de júbilo.

Los pueblos y haciendas de los alrededores de Jalapa, comenzaron á sufrir desde el mes de Julio (1866) el sitio formado por las guerrillas republicanas. La fuerza de Murrieta ocupó á Coatepec el primer día de ese mes; á menudo eran interrumpidas las comunicaciones entre Jalapa y Perote, y la vía que conduce á Veracruz estaba interceptada completamente. En consecuencia, al comenzar el mes de Agosto era notable la alarma en que se hallaba Jalapa, á cuyas garitas llegaban los guerrilleros á disparar sus armas.

Toda la costa, desde Alvarado á Matamoros se hallaba en estado de insurrección. Tampico ya estaba en poder de los republicanos desde principios de Agosto. Túxpam capitulaba, retirándose el general Callejo para Veracruz con los restos de la guarnición, y aun cerca de Veracruz merodeaban las guerrillas, alentadas porque Jalapa comenzaba á estar sitiada y le faltaban recursos que el erario imperial no podia suministrarle. La Villa de Alvarado tambien se encontraba hostilizada y se vió obligado á evacuarla el destacamento que la defendía. Una fuerza de imperialistas que, procedente de Misantla, iba para Jalapa, fué derrotada en el punto llamado "La Hoya," por la guerrilla de Ochoa; otra que

mandaba Dominguez, situada en la Antigua, se unió en Coatepec con la de Murrieta, y Jalapa era declarada en estado de sitio el 9 de Agosto. Reforzó á los republicanos el pronunciamiento en Atzalan, del jefe Melgarejo, á quien fué á batir una fuerza austriaca salida de Teziutlan; á esta población se habían replegado los austriacos que ocuparon á Papantla, en donde desde luego entró el jefe Fajardo con gran número de indígenas. En Tlapacoyan fué hecha prisionera otra fuerza austriaca.

Activaron sus operaciones sobre Jalapa los republicanos, al grado de llegar á presentarse el comandante Antonio Ochoa con su guerrilla frente al Calvario, en cuyo intento fué herido y al siguiente día falleció en el pueblo de Tlacolulam, punto de retirada de sus fuerzas, que siguieron al mando de un individuo apellidado Casas. El 10 de Agosto se presentaba en auxilio de Jalapa una compañía de austriacos con una pieza de artillería, apoyándola otra fuerza del coronel Carrillo. A Tlacolulam fué llamado el coronel D. José M. Rodríguez, quien daba organización á las tropas que cortaban las comunicaciones con Perote.

Jalapa iba quedando estrechamente rodeada. El jefe Melgarejo se unió á los que estaban en Tlacolulam, llevando el contingente de quinientos hombres, aunque mal armados. Francisco Contreras aumentaba su fuerza por el rumbo de Teocelo, y D. Miguel Perez Olazo aparecía por Naolinco con ochocientos soldados del Pital, Misantla y demás pueblos de aquel rumbo. También se aproximarón á Jalapa las fuerzas de Honorato Dominguez y otras que se encontraban por Cerro-Gordo y la Antigua.

El general Alatorre, despues de haber conferenciado con el general García, llegaba á Naolinco á principios de Septiembre, acompañado de varios oficiales que estaban en la Costa de Sotavento y cien hombres del batallón Zaragoza. La guarnición de Jalapa tenía que mantenerse á la defensiva, porque á los jefes de guerrillas republicanas, incapaces de dar organización, ni de combinar movimientos, sucedían hombres entendidos y audaces. Por su parte, las tropas que guarnecían á Jalapa salían á expedicionar con frecuencia por el camino nacional de Veracruz para alejar á los guerrilleros. Por Orizava volvió á levantarse contra el Imperio Don Leandro Amador. Entonces, para cuidar aquella parte del Departamento veracruzano se suspendió el embarque del 81 de línea, que debió efectuarse en Veracruz; pero si hubo algun cambio en el modo de hacer la retirada del ejército frances, seguía siendo un hecho que ésta se verificaría aun antes de la próxima primavera, y Mr. Seward declaraba ante una numerosa reunión, que la bandera francesa dejaría de ondear en México al finalizar ese año de mil ochocientos sesenta y seis.

Los republicanos que rodeaban á Jalapa, continuaban organizando sus fuerzas en Tlacolulam, la Antigua y Huatusco, é impedian la entrada á Jalapa de víveres, acémilas y carruajes. El general Alatorre dictó disposiciones para obtener gente y recursos de la Sierra, con designio de situarse nuevamente en Tlacolulam y comenzar á recibir por Nautla armas y municiones.

Una columna de tropas imperialistas salió de Jalapa para atacar á los republicanos atrincherados en la barranca de Cosautlán y los obligó á retirarse rumbo á Ixhuacan. Aunque pequeña esta ventaja, reanimó á los defensores de Jalapa; pero duró poco la mejoría adquirida, por haber defeccionado el coronel Don Antonio Rodríguez Bocardo cerca de la hacienda de Vicencio, poniendo en conflicto á las tropas austriacas que guarnecían á Perote y Jalapa.

El general Calderón prohibió en esta ciudad el tráfico con Veracruz, por el camino nacional, y también con Misantla, creyendo que cerradas las comunicaciones mercantiles con esas plazas, los republicanos no tendrían los recursos que sacaban de los peajes y las alcabalas. En Jalapa dispusieron las autoridades fortificar los edificios de San Francisco, San José y el Calvario, así como el cerro de Macuiltepec, para establecer allí una fuerza austriaca.

En el Estado de Puebla, después de las operaciones emprendidas por el conde de Thum sobre la sierra de Zacapoaxtla, donde las fuerzas republicanas sucumbieron como consecuencia del desastre de Papantla, había permanecido aquella región en condiciones de paz forzada; pero á poco volvió á insurreccionarse por completo, bajo la dirección del general Francisco Lúcas y de otros jefes acreditados entre los serranos. En consecuencia, fué evacuada la ciudad de Teziutlán, dirigiéndose los austriacos que la guarnecían á otros puntos. Y también Tatlauqui y Tetela desconocieron al Imperio y la Intervención.

El Estado de Puebla vió desde entonces aumentar el número de republicanos; en Chiautla se pronunciaron por la República trescientos imperialistas, y unidos á otras fuerzas hostilizaron el distrito de Matamoros Izúcar; otros doscientos sublevados en el distrito de Tepeji, derrotaron á los imperialistas que al mando de Granados Maldonado iban á atacarlos. El coronel Antonio Rodríguez proclamó la causa republicana á la cabeza de cuatrocientos hombres, cerca de San Juan de los Llanos; entre Tlaxiaco y Zacatlán interceptaban el camino los republicanos. Fuerzas del Estado de Guerrero penetraron al de Puebla, haciéndose sentir las del jefe Visoso por Acatlan.

En el Estado de Tlaxcala también pululaban las guerrillas juaristas y aun á la capital tlaxcalteca penetró una que se llevó cautivo al general Ormachea.

Tanto desórden dió motivo á que el barón Neigre fuese nombrado comandante de la segunda división terrritorial, que tenía por cabecera á la ciudad de Puebla; pero nada pudo hacer, si no fué cuidar de la seguridad del camino en la retirada que efectuaba el ejército expedicionario, pues cerca de aquella ciudad se estacionaban las guerrillas. El 8 de Agosto se pronunció contra el imperio la guarnición de Chiautla, en el motín fué asesinado el comandante Abundio Nava, y no llegaron á mayor número los actos vandálicos, por haber quedado fiél á su bandera una parte de la guarnición, obligando á los pronunciados á retirarse después de haber incorporado á sus filas los presidiarios de aquella cárcel.

Los austriacos que ocuparon á Teziutlan, la habían evacuado violentamente á causa del nuevo levantamiento que se efectuaba por los republicanos en la sie-

rra de Zacapoaxtla, acto que puso á éstos en comunicación con los serranos de Tulancingo y la Huasteca veracruzana, y los reforzó el haber capitulado el puerto de Túxpam. El fuerte de Perote resguardado por un corto destacamento de cuarenta austriacos, fué asediado por fuerzas considerables de liberales.

Alentaba á los republicanos la marcha no interrumpida de los batallones franceses para el puerto de Veracruz; el 25 de Agosto salía de México para Puebla el 81 de línea al mando del coronel De Potier; en ese mismo día entraba á la capital, procedente del Interior, el coronel Aymard con los Regimientos 51 ? de Línea, 7 ? de Cazadores, Artillería y un Escuadrón de Cazadores de Africa. Los movimientos de estas fuerzas obedecian al plan de concentración y desocupación del territorio mexicano. Aumentaba la alarma que se esparció al finalizar el mes de Agosto, la falta de noticias de la Emperatriz Carlota, impidiendo adoptar medida alguna hacendaria, ni concertar operaciones militares de alguna importancia; crecían por momentos la perplejidad y la incertidumbre que tenían suspensos los ánimos é impedían dedicarse á negocios privados, y en consecuencia se desarrollaban la miseria pública y el malestar general.

Las autoridades imperiales no podían tener confianza en las tropas mexicanas; una prueba de ello se vió en la fuerza de gendarmes enviada al pueblo de Ixcaquixtla, perteneciente á Puebla, siéndole preciso al Comisario imperial de ese Departamento, mandar refuerzos al Jefe político de Tepeaca é imponer una multa de mil pesos á los vecinos de aquel pueblo.

También el Jefe Nolasco Cruz, que había sido de los que en la Huasteca se sometieron al Imperio, sedujo la pequeña guarnición de Metztitlan y con ese refuerzo se apoderó de San Agustín Metzquititlan, ayudándole el jefe republicano Rubio por el rumbo de la Mesa de San Sebastian; á esos dos grupos de fuerzas se unieron súbitamente gran cantidad de republicanos, que desde hacia algun tiempo efectuaban un movimiento de concentración en aquella serranía.

Tan luego que llegaron al conocimiento de los austriacos que ocupaban á Tulancingo, esos movimientos, salieron en número de trescientos á reforzar la guarnición de Zacualtipam compuesta de ciento cincuenta de ellos; pero conociendo que era imposible sostenerse en esa plaza, se retiraron todos para Tulancingo en la mañana del 4 de Agosto (1866), despues de destruir las fortificaciones; en la tarde de ese mismo día tomó posesión de la plaza el jefe Felipe Angeles llevando ochocientos hombres; en seguida llegó con mayor número el coronel Martínez, que reaparecía en la escena revolucionaria con el título de general, é impuso una contribución de guerra, quedando los republicanos desde ese día, dueños de aquella población reputada como la llave de la Sierra, pues que amagaba por un lado á Pachuca y por otro á Tulancingo. También la fuerza imperialista de Chignahuapam evacuó á Huauchinango y quedaron desocupados Pahuatlan y otros puntos. El pueblo de Jico fué tomado por los juaristas, lo mismo que Atotonilco el Alto y Huasca, en cuyas poblaciones recogieron armas, caballos y dinero.



General Eugenio Ulloa,

Prefecto y Comandante Militar de Tulancingo.

Deseando atraer en favor del Imperio de Maximiliano á los republicanos de la Huasteca, se esforzó para conseguirlo y logró concluir unos convenios é hizo celebrar la aceptación de ellos con músicas y cohetes, creyendo haber alcanzado el objeto de sus afanes, cuando en realidad, los serranos consiguieron una tregua que aprovecharon para reponer sus gastadas fuerzas en la cruenta lucha que sostenían contra el Imperio.—Más tarde, al sucumbir la ciudad de México, tras el sitio que le puso el General Porfirio Díaz, fué contado al general Ulloa entre los prisioneros.

rra de Zacapoaxtla, acto que puso á éstos en comunicación con los serranos de Tulancingo y la Huasteca veracruzana, y los reforzó el haber capitulado el puerto de Túxpam. El fuerte de Perote resguardado por un corto destacamento de cuarenta austriacos, fué asediado por fuerzas considerables de liberales.

Alentaba á los republicanos la marcha no interrumpida de los batallones franceses para el puerto de Veracruz; el 25 de Agosto salía de México para Puebla el 81 de línea al mando del coronel De Potier; en ese mismo día entraba á la capital, procedente del Interior, el coronel Aymard con los Regimientos 51º de Línea, 7º de Cazadores, Artillería y un Escuadrón de Cazadores de Africa. Los movimientos de estas fuerzas obedecian al plan de concentración y desocupación del territorio mexicano. Aumentaba la alarma que se esparció al finalizar el mes de Agosto, la falta de noticias de la Emperatriz Carlota, impidiendo adoptar medida alguna hacendaria, ni concertar operaciones militares de alguna importancia; crecían por momentos la perplejidad y la incertidumbre que tenían suspensos los ánimos é impedían dedicarse á negocios privados, y en consecuencia se desarrollaban la miseria pública y el malestar general.

Las autoridades imperiales no podían tener confianza en las tropas mexicanas; una prueba de ello se vió en la fuerza de gendarmes enviada al pueblo de Ixcaquixtla, perteneciente á Puebla, siéndole preciso al Comisario imperial de ese Departamento, mandar refuerzos al Jefe político de Tepeaca é imponer una multa de mil pesos á los vecinos de aquel pueblo.

También el Jefe Nolasco Cruz, que había sido de los que en la Huasteca se sometieron al Imperio, sedujo la pequeña guarnición de Metztitlan y con ese refuerzo se apoderó de San Agustín Metzquititlan, ayudándole el jefe republicano Rubio por el rumbo de la Mesa de San Sebastian; á esos dos grupos de fuerzas se unieron súbitamente gran cantidad de republicanos, que desde hacia algun tiempo efectuaban un movimiento de concentración en aquella serranía.

Tan luego que llegaron al conocimiento de los austriacos que ocupaban á Tulancingo, esos movimientos, salieron en número de trescientos á reforzar la guarnición de Zacualtipam compuesta de ciento cincuenta de ellos; pero conociendo que era imposible sostenerse en esa plaza, se retiraron todos para Tulancingo en la mañana del 4 de Agosto (1866), despues de destruir las fortificaciones; en la tarde de ese mismo día tomó posesión de la plaza el jefe Felipe Angeles llevando ochocientos hombres; en seguida llegó con mayor número el coronel Martínez, que reaparecía en la escena revolucionaria con el título de general, é impuso una contribución de guerra, quedando los republicanos desde ese día, dueños de aquella población reputada como la llave de la Sierra, pues que amagaba por un lado á Pachuca y por otro á Tulancingo. También la fuerza imperialista de Chignahuapam evacuó á Huauchinango y quedaron desocupados Pahuatlan y otros puntos. El pueblo de Jico fué tomado por los juaristas, lo mismo que Atotonilco el Alto y Huasca, en cuyas poblaciones recogieron armas, caballos y dinero.



General Eugenio Ulloa,

Prefecto y Comandante Militar de Tulancingo.

Deseando atraer en favor del Imperio de Maximiliano á los republicanos de la Huasteca, se esforzó para conseguirlo y logró concluir unos convenios é hizo celebrar la aceptación de ellos con músicas y cohetes, creyendo haber alcanzado el objeto de sus afanes, cuando en realidad, los serranos consiguieron una tregua que aprovecharon para reponer sus gastadas fuerzas en la cruenta lucha que sostenían contra el Imperio.—Más tarde, al sucumbir la ciudad de México, tras el sitio que le puso el General Porfirio Díaz, fué contado al general Ulloa entre los prisioneros.



Aun en el Distrito Federal había fuerzas republicanas en las inmediaciones de la capital del Imperio, apoyadas por las que estaban en las Cruces, Monte Alto y otros puntos, y cerca de las garitas eran asaltadas las diligencias. En Tlálpam, hostilizada constantemente por las guerrillas, ejerció terribles y sanguinarios actos el general O'Horan. Toluca era amagada sin cesar, al grado de haber necesitado que se le enviara un refuerzo. Ocupada la Huasteca por el coronel Joaquín Martínez, se posesionó de varias poblaciones; quiso sorprenderle en Ixmiquilpam la noche del 25 de Septiembre (1866) el coronel Van der-Smissem con 350 belgas: saliendo de Tula la noche anterior, llegó á esa población á las ocho de la mañana, pero falló la combinación, y aunque atacó vigorosamente á los republicanos en sus reductos, tuvo que retirarse á su punto de partida con pérdidas considerables. A inmediaciones y dentro de Ixmiquilpam, se encontraba la fuerza de Martínez que se trató de sorprender; estaban en las torres y casas inmediatas; perdieron los belgas once oficiales y sesenta soldados, y los restantes, con su jefe Van der-Smissen se retiraron á Tula, donde encontraron al coronel Blanchon que los salvó de una derrota completa. Al retirarse los belgas, encontraron obstruidos el camino y los puentes en Mixquiahuala, y un grueso de caballería republicana les impedía el paso, que con dificultad y grandes pérdidas consiguieron franquear. Tambien sorprendió al pueblo de Actópam el guerrillero Castillo, otros se hicieron fuertes en la hacienda de San Pedro Vaquerías, de donde los desalojó una fuerza de cien austriacos.

El Estado de México, tan próximo á la capital del Imperio, estaba ya completamente envuelto en el impulso de la revolución. A mediados del mes de Septiembre era atacada por la fuerza de Antonio Pérez la villa de Apam, poniéndose los asaltantes de acuerdo con la fuerza rural que la guarnecía; en los momentos del ataque fueron matadas varias personas y hechos prisioneros diez de los principales vecinos; fué saqueada la estación del camino de fierro y destruyeron todo lo que no pudieron llevarse. Las fuerzas del guerrillero Fragoso se acercaron hasta Tlalnepantla, población situada en las goteras de la capital del Imperio. El coronel Cosío Pontones permaneció algunos días en San Felipe del Obraje, de donde se dirigió á la hacienda de Metepec para unirse con Ugalde, Fragoso y otros guerrilleros, y avanzar con fuerzas de consideración para Almoloya; en el Salitrillo derrotaron á las fuerzas salidas de Toluca para batirlos, quedando á merced de los republicanos toda la comarca que se extiende de Toluca á Zitácuaro; pronuncióse en Tenango el Prefecto Tuñón Cañedo; en Cuautitlán y Tizayuca merodeaban otros guerrilleros que exigían de las haciendas dinero, caballos y armas, ejecutando sus movimientos en combinación con sus correligionarios de Otumba y Apam. Fué atacada Ixtlahuaca por Cosío Pontones el 23 de Septiembre, sin poder ocuparla después de tres horas de combate, retirándose con sus trescientos hombres para Metepec y Ayala En Tulancingo había grande alarma, á causa del avance de las numerosas guerrillas de la Huasteca, y por la derrota que sufrió un destacamento austriaco, siendo estos

sucesos motivo para que la guarnición de aquella ciudad permaneciese sobre las armas y aumentara las fortificaciones, especialmente en la inmediata colina, temiendo un próximo ataque; y creció mas la alarma, al saber que se había pronunciado el pueblo de Chignahuapam secundado por las fuerzas de los pueblos inmediatos.

Se había hecho tan peligrosa la comunicación entre Tulancingo y la capital del Imperio y eran tan numerosas las guerrillas que asediaban aquella población, que para trasladarse el Obispo Ormachea de la una á la otra ciudad, y aun para permanecer en su sede, fué necesario que el Arzobispo de México Señor Labastida, se dirigiese al Mariscal Bazaine pidiéndole por medio de una carta, fechada el 23 de Septiembre, protección para el Obispo de Tulancingo. Bazaine le aseguró que podía tranquilizarse, porque un batallón belga, fuerte en ochocientos hombres, hacía algunos días que avanzaba para Tula, á donde llegaría el siguiente día 24, y que una vez ocupada esa villa no era probable que los disidentes se atrevieran á atacar á Tulancingo. Si á pesar de esto, Monseñor Ormachea juzgaba, estando en el terreno y pudiendo apreciar bien la situación, que no había seguridad, Bazaine ofrecía proporcionar las escoltas que se considerasen necesarias.

En el Estado de Querétaro también se propagaba rápidamente la revolución. El pueblo de Amealco era invadido el 9 de Septiembre por las fuerzas de León Ugalde, que saquearon las tiendas y se llevaron presos al subprefecto y á varios particulares, por los que exigían un rescate de cinco mil pesos. La sorpresa de ese pueblo fué completa y en una segunda excursión fueron quemadas varias casas. En cambio por el rumbo de Rio Verde, en la villa de la Pastora, obtenía un triunfo el Teniente Coronel Pedro González, sobre las fuerzas de Macías y Doroteo León.

El General Tomás Mejía avanzó en el mes de Septiembre (1866) de Querétaro para San Luis Potosí, con encargo de tomar el mando de la tercera división militar; precisamente en esos días salía de México con destino á Europa el General López Uraga, y regresaban de San Luis Potosí con dirección á la capital mexicana, las tropas francesas al mando de los Generales Douay y Jeanningros. En aquella ciudad habíanse refugiado las autoridades de Matehuala, y en el punto llamado el *Canelo* se había situado el jefe republicano Bustamante, nombrado Gobernador de San Luis Potosí. El día 20 del mismo mes de Septiembre, invadían á Charcas los jefes Pedro Martínez y Zepeda con ochocientos hombres, y ocuparon en seguida el Venado.

Un día antes era atacado en el Estado de Guanajuato, el Pueblo de Huanímaro por numerosas fuerzas, de manera tan enérgica, que penetraron hasta el centro de la población de donde fueron rechazados por tropas pertenecientes al Coronel Yarza. Poco después eran atacados Jerécuaro y Salvatierra. La noche del 28 fué sorprendida la población de Irapuato, ocupandola poco tiempo y á la vez fué amagada Salamanca. El jefe Antillon penetraba al Estado de Michoacán,

por Zamora, con quinientos hombres, buscando apoyo. El comisario imperial Robles Pezuela seguía organizando fuerzas, con la firme resolución de sostener el orden imperial en el Departamento, é impulsaba su proyecto de construir el camino de fierro en el Interior del Imperio. Guerrilleros de Jalisco y Guanajuato se internaron en Michoacan, y algunos de ellos fueron derrotados por el General Méndez. En Jalisco merodeaban porción de guerrillas, siendo de más consideración la de Parra que dominaba por el rumbo de Ameca.

Las condiciones que guardaba Michoacán iban empeorando para los imperialistas, sin que influyeran en corregir el mal, las amplísimas facultades con que operaba el General Ramón Méndez en los departamentos de Michoacán y Tancítaro, declarados en estado de sitio. Acababa de regresar este jefe imperialista de una expedición á Zitácuaro cuando recibió el nombramiento de General.

El movimiento de concentración por parte de los republicanos en el Interior del territorio, conforme á un plan determinado, se extendió hasta el Sur; vióse que atravesaba el Mexcala el General D. Juan Alvarez con las fuerzas del Estado de Guerrero, llamando la atención de los imperialistas, en tanto que el General Régules, dejando el Estado de Michoacán, penetraba al de México con dos mil hombres que ocuparon la hacienda de la Jordana el 24 de Agosto, dirigiéndose después á San Felipe é Ixtlahuaca, en cuyas localidades impuso una contribución del seis por ciento sobre el valor de las fincas rústicas, impuesto que extendió al Valle de Toluca, por tres años vencidos. Estos hechos indicaron cuanta era ya la debilidad del Imperio, pues se verificaban á una distancia relativamente corta de la capital.

En Toluca eran diarias las alarmas, y por lo mismo fué preciso concentrar allí las fuerzas imperiales que expedicionaban por aquel rumbo, entre ellas la del guerrillero Muñoz que se hallaba en Almoloya. Llegaron los republicanos hasta la hacienda de Enyejé, y ocupaban ya todas las haciendas del Valle antes que finalizara el mes de Agosto. Abandonada Toluca por la brigada del Coronel Aymard, creció el impulso que se dieron los republicanos en el Estado de México, avanzando sobre este los de Michoacán, en cuyo territorio se internaban guerrillas de Jalisco y Guanajuato.

Al tener noticia el general R. Mendez de la marcha del general Régules, rumbo al valle de Ixtlahuaca, salió de Maravatío con objeto de batirlo y llegó á la hacienda de Ayala el 26 de Agosto. Entonces las fuerzas republicanas se retiraron para Zitácuaro, y al sentirse seguidas continuaron la retirada para Tusantla y Huetamo. El 8 de Setiembre se verificaba un encuentro entre las fuerzas de Méndez y las de Régules, en los cerros del Salitre en frente á Etúcuaro; los republicanos se situaron en el punto llamado "*puerto de las culebras*," guiados por varios vecinos de ese pueblo; allí fueron atacados nuevamente por los imperialistas que los obligaron á continuar su retirada. Saliendo Mendez otra vez de Morelia, el 20 de Septiembre, llegaba cinco días después á Puruándiro en busca de las fuerzas republicanas que, al mando de Régules, se habían internado

al Sur de Michoacan después del combate de Etúcuaro, con objeto de reforzar sus filas y fortalecer la disciplina entre sus tropas. Allí, el comandante juarista Laureano Valdés desconoció la autoridad de Régules, admitiendo únicamente la de Don Juan Alvarez, é intimó á los funcionarios y empleados republicanos que estaban en Huetamo, entre ellos el Gobernador Don Justo Mendoza, á que se retiraran en el término de doce horas á Carácuaro, y sorprendiendo á los gefes Régules y Canto, los hizo prisioneros, remitiéndolos á las costas de Acapulco á disposición de los Alvarez; pero en el camino lograron fugarse. La falta de recursos y el estado fatal en que se hallaban las caballerías en la fuerza del general Méndez, le obligaron á retirarse á Puruándiro y Zamora y recorrió otra vez el Departamento de Tancítaro.

Jefes secundarios operando de acuerdo con Mendez, contribuían eficazmente á la persecución de los republicanos. Una columna salida de Morelia el 13 de Agosto, al mando del teniente coronel Macario Silva, recorrió el rumbo de Acámbaro y regresó á Morelia sin encontrar al enemigo. Otra columna salida dos días después de esa misma ciudad, al mando del teniente coronel D. Juan D. Rodríguez, batió á una guerrilla en San Juan Tarameo. El general Mendez hizo una requisición de caballos, valiéndose de citar una junta de hacendados, á los que les impuso la obligación de contribuir para organizar la fuerza de caballería, destinada á perseguir las guerrillas que á veces llegaban hasta las inmediaciones de Morelia. Declarado el estado de sitio, dejó de ser prefecto de Morelia el Sr. Elguero. El 28 de Agosto en la tarde, se presentaban en la loma de Santa María los republicanos al mando del guerrillero González; para batirlos salió de la ciudad una sección de cuarenta dragones que tirotearon á los guerrilleros hasta las orillas del pueblo de Santa María, donde fueron rechazados los imperialistas. A la sazón pasaba por el Norte de la misma ciudad de Morelia, el guerrillero Ronda con sus fuerzas, en dirección á la hacienda de Quinceo, de manera que se pudo decir que Morelia se encontraba sitiada. Aunque se retiraban las tropas expedicionarias francesas, y contando con escasos recursos, mantuvo Mendez el poder imperial en Michoacán.

Volvia á aparecer allí el general Riva Palacio, quien, á consecuencia de los disgustos y desavenencias que tuvo con Régules, se había alejado de la escena militar y permanecido en los lugares más retirados del Sur de ese Estado.

La gravedad de tantos acontecimientos afectó al vecino Estado de Guanajuato. Después de la derrota sufrida por el genetal Antillón el 16 de Agosto en el punto llamado "Laguna del Blanquillo," algunos de sus dispersos aparecieron por el camino de San Felipe. Los imperialistas habían cobrado confianza por el nombramiento recaído en el general Tomás Mejía, para comandante de la División militar que comprendía el centro del país. El teniente coronel Yarza destacó cincuenta dragones del 8 º regimiento rural, rumbo á Comanjilla y por otros caminos de la sierra de Tlachiquera, con objeto de aprehender á los dispersos de la fuerza de Antillón. Por su parte los republicanos cortaron la comunicación entre Salamanca y Morelia y atacaron el 27 de Agosto el Valle de Santiago, donde fueron rechazados. Cuatro días después llegaba á León el general Castagny con la división de su mando, y continuaba su marcha para la capital del Imperio, siendo de notar que por esos días aumentaban considerablemente por el camino de Guanajuato las guerrilllas republicanas.

Para atender aquellos rumbos se consideró conveniente que el general Olvera, después de la pérdida del puerto de Matamoros, se situara en Jalpan, á la vez que el general Tomás Mejia se encargara desde luego de la plaza de Querétaro.

En el Estado de Guanajuato circulaban las proclamas firmadas por el coronel Octavio Rosado, quien después de haber defendido á Puebla, permaneció algún tiempo enfermo en poblaciones ocupadas por el gobierno imperial; pero se acababa de lanzar nuevamente á la revolución con el título de "Mayor General de la División de Guanajuato y Jefe accidental de la misma." Una de las proclamas estaba firmada en la hacienda de Huaracha y la otra en el cerro del Zapote, llevando ambas fecha del mes de Mayo.

Al Norte de Guanajuato aun se esforzaban los imperialistas por sostener su poder, principalmente en San Luis Potosí. El coronel Du Preil alcanzó y derrotó á los republicanos mandados por el coronel Sóstenes Escandón, les causó gran número de muertos y tomó prisionero al cabecilla Torreblanca. El coronel López, jefe de los dragones de la Emperatriz, expedicionaba por Santa María del Río y entró á Río Verde el 14 de Agosto (1866), derrotando á 600 hombres que allí se encontraban á los órdenes de los jefes Escandón, Espinosa, Jáuregui y Macías. Era Matehuala, hácia el Norte, el punto más avanzado que ocupaban los imperialistas al finalizar el mismo mes; guarnecían la población setecientos belgas al mando del coronel Van der Smissen; por ese rumbo acababa de pasar á mediados de Agosto, la contra-guerrilla de Dupin que derrotó en el Tanque de Dolores á una fuerza republicana acaudillada por Rafael Avalos.

En el Estado de Jalisco habían cundido también de extraordinaria manera las guerrillas, siendo de más consideración la del comandante Parra que merodeaba en las orillas del río de Ameca; al Sur y al Occidente del Departamento era general el movimiento de las poblaciones en favor de la insurrección, que estalló en Ahualulco, Autlan, Cocula, Amacueca, Atoyac, Zacoalco y otras, donde republicanos indultados volvían de nuevo á levantarse, dejando el retraimiento en que se hallaban; ahora introducían armas y las repartían, esparciendo noticias favorables de la revolución contra el Imperio, en cuyo nombre habían pasado por las armas á multitud de jaliscienses los comandantes Berthelin y Hurtado.

Crecian á tal grado las guerrillas, que se aproximaron á Guadalajara al finalizar el mes de Agosto. En Autlan se verificó otro pronunciamiento el 5 de ese mes, y en Amatlan derrotaba el jefe imperialista Hurtado una fuerza de republicanos.

En el cercano Estado de Zacatecas encontraban apoyo los republicanos en las fuerzas del general García de la Cadena, enseñoreado de los distritos de Colotlan y Tlaltenango. Los jefes de la gendarmería imperial mostraron en Jalisco suma actividad y fué de terror su acción; persiguiendo sin descanso á las guerrillas, fusilaban á los jefes de ellas, cambiaban el personal de las autoridades é imponían multas á los pueblos. La gendarmería sirvió para custodiar las conductas que de Guadalajara iban para el Pacífico, siendo notable que todavía al finalizar el mes de Octubre (1866) partiera una para Colima con medio millón de pesos, custodiada por el célebre comandante Berthelin, cuyos hechos en el Sur de Jalisco fueron, durante largo tiempo, referidos con horror.

Los imperialistas no estaban conformes con la actitud retraida que conservaba Lozada, el jefe de la Sierra de Alica. Para buscar una conciliación por medio del general Cárlos Rivas, llegaba á Tepic el 4 de Agosto, el Comisario imperial de la octava Demarcación acompañado de algunos empleados. Lozada estaba disgustado porque se negó el reconocimiento á su grado de general de División, y por haberse suprimido las Comandancias militares, medida que supuso tomada con el exclusivo objeto de quitarle el mando inmediato de las fuerzas.

Después de muchos esfuerzos, consiguieron los imperialistas la oferta por parte de Lozada, de que dejaría el retraimiento en que estaba y se encargaría nuevamente del mando de los pueblos de Alica.

En el vecino Estado de Zacatecas entraba el general Auza el 14 de Agosto, (1866) á la cabeza de mil hombres, á San Miguel del Mezquital perteneciente á la jurisdicción del Fresnillo. Seis dias después llegaba á la ciudad de Zacatecas el general Castagny, y le recibían y felicitaban las autoridades civiles. En el distrito de Tlaltenango merodeaban las guerrillas de Praxedis Bañuelos y Catarino Acevedo.

En ese Estado crecían las fuerzas republicanas, al grado de ser atacada otra vez la plaza de Villanueva el 20 de Octubre, sin conseguir tomarla, dirigiendo las operaciones el general Auza, nombrado gobernador del Estado por el Presidente Juárez.

El 20 de Agosto estaba en Teocaltiche García de la Cadena con trescientos hombres, y despues de imponer un préstamo se retiró para la Sierra. Poco después ocupó á Tlaltenango.

El 1º de Agosto entraba á Sain el guerrillero Saldaña, impuso un préstamo y aumentó sus filas con individuos voluntarios ó cogidos de leva y con los presos de la cárcel. De allí se fué para Santa Catarina y San Miguel del Mezquital, permaneciendo Auza en Nieves y Río Grande, preparado para atacar á Sombrerete. Siguieron moviendose activamente, á pesar de un revés que sufrieron en Porfías las fuerzas al mando del jefe Márcos Guerrero.

El Imperio quedaba vencido mas al Occidente. El general Castagny se habia retirado de la ciudad de Durango el 5 de Agosto, dejando nombrado al coronel Cotret, del 7º de línea, Comandante superior del Departamento, apoyado con

fuerzas de las tres armas. Las tropas que permanecieron en esa ciudad á las órdenes de Cotret, ascendían á poco mas de mil hombres, fuerza muy corta para oponerse á los republicanos que recorrian aquel Departamento.

Concentrado en la ciudad de Durango el grueso de las tropas imperiales, casi todo el Estado quedó á merced de las guerrillas ú ocupado por ellas. La que mandaba González residía en Avilés; la de Zárate llegó á Santa Catalina con el botín recogido en las haciendas del Saucillo y Atotonilco; la fuerza de Arce había pasado por Nazas dirigiéndose á San Juan del Río, y la de Pereyra, individuo que se titulaba Gobernador constitucional del Estado, se dirigía á Santiago Papasquiaro dejando su campamento del Mineral del Oro; en Labores se había pronunciado un individuo apellidado Soto. Eran considerables las exacciones de dinero y efectos hechas por las guerrillas á los pueblos y haciendas, por cuyo motivo muchos propietarios habian emigrado de sus respectivas localidades, pues se les exigía un cuatro por ciento sobre el valor de las fincas, conforme á una ley fechada el 1º de Octubre anterior.

En Sinaloa llegaba á su término el régimen imperial. El 14 de Agosto se presentó en Mazatlán el Comisario imperial Iribaren, y se encontró con que en la aduana no podía disponer de un solo peso, cuando llevaba la seguridad de encontrar cien mil. Preguntaban todos los imperialistas, por qué el gobierno francés, que había fijado un plazo de dieciocho meses para la partida de sus tropas, abandonaba tan pronto á Mazatlán. El desaliento cundia entre todos los partidarios del Imperio; en los Estados de Occidente veíase abandonar los puntos mas importantes de aquel territorio, sin dejar á Maximiliano proveer á la defensa de ellos. Aun más inexplicable era la retirada de las tropas francesas, sin dejar que el Comisario imperial pudiera prepararse á organizar la defensa.

El general Corona, sin atacar formalmente á Mazatlán, no dejaba de hostilizarlo, ni cesaba de tirotear á los defensores de la plaza, pertenecientes á la brigada Rivas. Los republicanos recibían pertrechos de guerra procedentes de California, aun piezas rayadas, y tenían establecidas sus baterías en la isla llamada de Portugueses, aguardando pacientemente el momento de ocupar á Mazatlan sin disparar un tiro.

Atravesando la frontera del Tucson Don Placido Vega, condujo una nueva expedición, siendo la tercera que dirigía sobre Sonora y Sinaloa. Por la parte del mar se encontraba la escuadra francesa del Pacífico anclada en Guaymas, con el objeto de impedir el desembarco de una expedición salida de San Francisco California el 15 de Julio.

Resuelta la desocupación de los puertos del Pacífico, se difundió rápidamente tan alarmante noticia, apareciendo consternada principalmente la población francesa. A fines de Agosto ya habian sido comunicadas las órdenes para evacuar á Guaymas, Mazatlan y Durango. El 62º de línea tomaba el camino de Tepic, en cuya población se reunían multitud de acémilas para el trasporte de los

bagajes y efectos militares. Nada se había dispuesto para hacer frente á la situación que brotaba al partir las tropas francesas. Un batallón de Cazadores de México existía tan solo en proyecto, en tanto que los republicanos aumentaban el número de sus tropas y sus recursos.

El día 14 de Septiembre llegaba á Mazatlan la órden del cuartel general, disponiendo que la fuerza francesa se alistara para el embarque, y era nombrado Comandante superior de la plaza el jefe de la escuadrilla del Pacífico. La noticia causó honda sensación, al grado de haber sido enviado en comisión el día 21 el Sr. Ulises Lassepas que fungía de Alcalde municipal, con objeto de ver si lograba contrariar aquella órden.

El 26 de Agosto se creyó en un ataque serio de los republicanos sobre la plaza; hubo por ambas partes disparos de infantería y artillería; en Palos Prietos, á media legua de Mazatlan, fué el ataque mas serio de las cuatro á las cinco de la madrugada. Algunas familias de Mazatlan pasaron la noche en los consulados, llevando consigo ropa y alhajas.

Poco después se verificó un sangriento combate en Palos Prietos, batiéndose los republicanos con gran energía. Llegaron los asaltantes á penetrar en la fortificación y muchos murieron allí; pero matando á porción de franceses de la infantería y Cazadores de Africa. A Mazatlan habían llegado los 650 hombres que evacuaron á Guaymas.

En Sonora habíase creido que podría dominar el Imperio, cuando Pesqueira y los suyos se dispersaron pasando á los Estados Unidos; entonces habian tomado participio en favor del Gobierno imperial Don Santiago Campillo y otros que aceptaron la situación, aunque se presentaba con un porvenir dudoso.

El interregno de paz en aquel Estado fué muy corto; Pesqueira y García Morales, alentados con cierta protección que recibían de los Estados Unidos, colectaron y organizaron fuerzas y acopiaron recursos. Apareció García Morales en los momentos en que se retiraba el coronel Garnier, quedando las fuerzas de Tanori, Vázquez y Barrios, á las que comunicó su aliento el prefecto de Ures, Campillo; marcharon los dos primeros en persecución de García Morales que eludió un encuentro y luego fué derrotado en el Carnero. En aquellos momentos se había insurreccionado el pueblo de Hermosillo, movimiento sofocado por el mismo Campillo, unido á Tanori y Barrios. El primero regresa á Ures y reorganiza sus fuerzas, y mas tarde se retira á Guaymas, por lo cual le criticaron sus contrarios.

Ya en el mes de Agosto, las tropas imperiales tenian que permanecer á la defensiva, mientras que la actividad de los republicanos se hacía sentir por todas partes. Pesqueira, residente en Alamos, ejecutaba levas de hombres y requisiciones de caballos, ganado, forrajes, armas y equipos; llamaba á los emigrados é imponía á las aduanas la obligación de recibir en el pago de derechos los certificados de préstamos expedidos durante el periodo de su administración. El puerto de Agiabampo ofrecia inusitado movimiento, por allí se recibían fusiles y desembarcaban mercancías.

El general Langberg salió de Ures con 1,500 hombres para Tecoripa, suponiendo allí á Pesqueira; pero éste se hallaba en Hermosillo, de donde se había retirado la corta guarnición imperialista. Langberg resolvió ir á batirlo y pidió auxilio á Guaymas; de este puerto le fueron enviadas cuatro compañías, al mando del coronel Fistié. Entonces Pesqueira desocupó violentamente la plaza, la noche del 21 de Agosto, y tres días despues entraron los franceses. Pesqueira permaneció á doce leguas de Hermosillo.

Poco después del combate de Tecoripa, se dirigieron los imperiales á Ures, plaza que era el refugio de los comprometidos en favor del Imperio. El general Langberg va á marchas forzadas á esa ciudad para protejerla, y algunos días después avanzan para atacarla, los republicanos que solamente habían estado de paso en Hermosillo. La lucha fué encarnizada, teniendo los imperiales que abandonar el campo tras enormes pérdidas, siendo la principal la del general Langberg, herido mortalmente desde el principio del combate; su muerte contribuyó en gran manera al término de la energía entre los imperiales; la tropa de Tanori, generalmente tan compacta y firme, se batió con desaliento y acabó por cejar. Entonces fué ocupado militarmente Hermosillo, y en seguida Guaymas al embarcarse las tropas francesas el 12 de Septiembre. Las represalias y las escenas de terror se reprodujeron constantemente. El coronel Martínez entraba á Guaymas el 14, escoltado por cincuenta hombres. Algunas familias salieron para la Paz ú otros puntos de la Baja California, y también para Mazatlan y otros lugares de Sinaloa.

Tanori había sabido la marcha de Pesqueira sobre Ures, le atacó á dos leguas de esta ciudad y le quitó el botin tomado en Hermosillo; pero se empeñó en perseguir á los derrotados y habiéndose encontrado con el coronel Martínez, fué derrotado á su vez, aunque auxiliado por Langberg, quien batido en su retirada para Ures, fué matado de un pistoletazo dado por un dragón.

El nuevo ataque sobre la ciudad de Hermosillo, combinado en el mes de Agosto y diferido por la derrota que sufrieron las fuerzas del general García Morales en el lugar llamado Pitiquito, al fin tuvo verificativo. Sorprendida la guarnición de Hermosillo, huyó sin oponer resistencia, tirando casi todos sus armas; la plaza fué ocupada la noche del 18 de ese mes, y la evacuaron á los pocos días los republicanos por haber avanzado sobre ella fuerzas considerables imperialistas.

Un resultado que pudo llamarse definitivo no se alcanzó en Sonora hasta el 4 de Septiembre, en cuyo día se verificó la batalla llamada de Guadalupe; los republicanos marchaban sobre Ures y salieron á su encuentro los imperialistas mandados por Langberg y Tanori, quienes flanquearon á sus contrarios, y estaban á punto de triunfar cuando el general Martínez mandó varias cargas de caballería, y en la última fueron dispersados los imperialistas, quedando muerto Langberg en el campo de batalla. En la madrugada del día siguiente dejaron á Ures los jefes

Terán, Arévalo y Tanori; sin embargo, la guarnición se defendió, y fué dado el asalto en el que murió el teniente coronel republicano Salvá.

A mediados de Septiembre se verificaba en la Baja California una nueva revuelta. Ejercía allí el mando político en nombre del gobierno de Juárez, Don Pedro Navarrete y contra él se levantaron los Sres. Salvador Vallarino, Manuel Navarro y dos hermanos de apellido Hidalgo, al frente de una fuerza de 150 hombres en los pueblos del interior de aquella Península, y procuraron constituir una administración provisional, mientras llegaba de la Alta California el Gobernador proclamado Sr. Pedrin. Navarrete se fortificó en la Paz con cien hombres, esperando refuerzos para salir contra Vallarino. Este se acercó hasta llegar el día 15 á la vista de esa ciudad, y envió con anticipación comisionados que pidieran á Navarrete la adopción de ciertas medidas y el arreglo de un armistício; pero este jefe que ya había expedido un decreto declarando traidores á los pronunciados y mandando confiscar y repartir sus bienes, rehusó el armisticio, que sin embargo se concluyó por intermedio de Don Ignacio C. Ocadiz, quien pasó el dia 16 al campo enemigo y redactó la protesta de sumisión. En seguida Navarrete expidió una órden de amnistía en favor de todos los comprometidos; la fuerza de éstos reconoció el día 17 y vitoreó solemnemente, á la autoridad en cuya casa se alojó Vallarino. Con esto se dió término al incidente, en el que parece que tenían participio algunos norteamericanos.

Por entonces, aunque en Madrid se hacía ya poco caso de los asuntos mexicanos, publicaba el representante del Imperio de Maximiliano, Don Ignacio Aguilar, una protesta contra la venta que, se dijo, había efectuado Don Plácido Vega, de la Isla del Cármen situada en el Golfo de Cortés, titulandose para tal venta gobernador de Sinaloa.

En los Estados del Norte crecía la fuerza de la revolución. Los republicanos de Tamaulipas establecieron en el puerto de Matamoros, un periódico titulado: "La Unión Mexicana." La organización de ellos en aquel Estado era á fines de Julio (1866) la siguiente: fungía de Jefe político y Comandante militar del Centro el jefe Galvan; Cuesta ejercía iguales funciones en el Sur, y Saldaña en el cuarto distrito, reconociendo todos ellos al general Garza con el carácter de Comandante en jefe de Tamaulipas, y con el mando inmediato de la primera División, compuesta de las fuerzas de Cortina, Hinojosa, Cuesta y Vargas, estando su Cuartel general en Ciudad Victoria. Las tropas de Canales y Gómez situadas en Matamoros y en Tula, dependian directamente del general Garza. Ascención Gómez fué nombrado Comandante militar de Tampico y jefe de las brigadas del Centro y Sur de Tamaulipas, quedando Cuesta de Jefe político de esa misma ciudad y su distrito. Ambos jefes acordaron que se concediera á los buques mercantes franceses que fueran á Tampico con objeto de hacer lícito comercio, las mismas garantías y seguridades concedidas á los buques de otras naciones amigas.

El Estado de Coahuila estaba ya también en poder de los republicanos.



General Francisco O. Arce.

Mandaba la segunda división durante el sitio de Querétaro, y por su valor y demás pruebas militares le comisionó el General Escobedo para que ocupara el ex-convento de la Cruz, la noche del 14 de Mayo (1867), hecho que llevó á cabo con los batallones "Supremos Poderes" y "Nuevo León." Acerca de los interesantisimos sucesos ocurridos en esa vez, publicó el General Arce una carta el 15 de Mayo de 1887, en la cual se refería con imparcialidad lo ocurrido para la ocupación de aquella plaza por el ejército republicano.

Terán, Arévalo y Tanori; sin embargo, la guarnición se defendió, y fué dado el asalto en el que murió el teniente coronel republicano Salvá.

A mediados de Septiembre se verificaba en la Baja California una nueva revuelta. Ejercía allí el mando político en nombre del gobierno de Juárez, Don Pedro Navarrete y contra él se levantaron los Sres. Salvador Vallarino, Manuel Navarro y dos hermanos de apellido Hidalgo, al frente de una fuerza de 150 hombres en los pueblos del interior de aquella Península, y procuraron constituir una administración provisional, mientras llegaba de la Alta California el Gobernador proclamado Sr. Pedrin. Navarrete se fortificó en la Paz con cien hombres, esperando refuerzos para salir contra Vallarino. Este se acercó hasta llegar el día 15 á la vista de esa ciudad, y envió con anticipación comisionados que pidieran á Navarrete la adopción de ciertas medidas y el arreglo de un armistício; pero este jefe que ya había expedido un decreto declarando traidores á los pronunciados y mandando confiscar y repartir sus bienes, rehusó el armisticio, que sin embargo se concluyó por intermedio de Don Ignacio C. Ocadiz, quien pasó el dia 16 al campo enemigo y redactó la protesta de sumisión. En seguida Navarrete expidió una órden de amnistía en favor de todos los comprometidos; la fuerza de éstos reconoció el día 17 y vitoreó solemnemente, á la autoridad en cuya casa se alojó Vallarino. Con esto se dió término al incidente, en el que parece que tenían participio algunos norteamericanos.

Por entonces, aunque en Madrid se hacía ya poco caso de los asuntos mexicanos, publicaba el representante del Imperio de Maximiliano, Don Ignacio Aguilar, una protesta contra la venta que, se dijo, había efectuado Don Plácido Vega, de la Isla del Cármen situada en el Golfo de Cortés, titulandose para tal venta gobernador de Sinaloa.

En los Estados del Norte crecía la fuerza de la revolución. Los republicanos de Tamaulipas establecieron en el puerto de Matamoros, un periódico titulado: "La Unión Mexicana." La organización de ellos en aquel Estado era á fines de Julio (1866) la siguiente: fungía de Jefe político y Comandante militar del Centro el jefe Galvan; Cuesta ejercía iguales funciones en el Sur, y Saldaña en el cuarto distrito, reconociendo todos ellos al general Garza con el carácter de Comandante en jefe de Tamaulipas, y con el mando inmediato de la primera División, compuesta de las fuerzas de Cortina, Hinojosa, Cuesta y Vargas, estando su Cuartel general en Ciudad Victoria. Las tropas de Canales y Gómez situadas en Matamoros y en Tula, dependian directamente del general Garza. Ascención Gómez fué nombrado Comandante militar de Tampico y jefe de las brigadas del Centro y Sur de Tamaulipas, quedando Cuesta de Jefe político de esa misma ciudad y su distrito. Ambos jefes acordaron que se concediera á los buques mercantes franceses que fueran á Tampico con objeto de hacer lícito comercio, las mismas garantías y seguridades concedidas á los buques de otras naciones amigas.

El Estado de Coahuila estaba ya también en poder de los republicanos.



General Francisco O. Arce.

Mandaba la segunda división durante el sitio de Querétaro, y por su valor y demás pruebas militares le comisionó el General Escobedo para que ocupara el ex-convento de la Cruz, la noche del 14 de Mayo (1867), hecho que llevó á cabo con los batallones "Supremos Poderes" y "Nuevo León." Acerca de los interesantísimos sucesos ocurridos en esa vez, publicó el General Arce una carta el 15 de Mayo de 1887, en la cual se refería con imparcialidad lo ocurrido para la ocupación de aquella plaza por el ejército republicano.

El 4 de Agosto era evacuada por los franceses la ciudad del Saltillo, ocupándola las fuerzas republicanas que mandaba el coronel Zepeda. Pocos dias después tenía la noticia el Mariscal Bazaine, de que el 15 de Octubre estarían en Veracruz los buques destinados al transporte del primer tercio del ejército expedicionario. En consecuencia, era urgente precipitar la concentración, tanto más necesaria, cuanto que de los puertos de la Unión americana, salían pertrechos y aventureros que pasaban á México en auxilio de los republicanos.

En el Saltillo se hacían preparativos para recibir al al Presidente Juárez el 16 de Septiembre, acompañándole las fuerzas que en Monterrey tenía el general Escobedo y que ya hacian un movimiento hacía el Interior, pasando de 5,000 hombres el total de republicanos que ocupaban á Nuevo León y Coahuila, contando con los prisioneros de la División Mejía que quedaron agregados á las filas republicanas.

Monterrey habia sido evacuada por los imperialistas á fines de Julio y ocupada por el coronel Treviño.

Dueño el general Escobedo de los Estados fronterizos, envió armas y municiones á los colindantes de Durango y Chihuahua, y aun á los de San Luis, Guanajuato y Michoacan. Al dejar á Matamoros con designio de marchar sobre San Luis, llevó consigo un tren de ciento sesenta carros con cerca de cinco mil armas, parque, vestuario, tiendas de campaña y todo lo necesario para el equipo de un ejército, pues tan solo en Monterrey había mandado construir diez mil uniformes de paño é igual cantidad de vestidos de lienzo. Tambien pudo enviar algunas cantidades de dinero para auxiliar al Presidente de la República, que en Chihuahua y Paso del Norte había visto agotados sus recursos.

El gobierno de Washington tenía fija su mirada en el viaje de la Emperatriz Carlota y en los actos de la política francesa; Mr. Seward, el secretario de Estado norteamericano, trabajó incesantemente en llevar adelante su política dirigida á satisfacer los sentimientos republicanos del congreso y quitar los pretextos á los enemigos del Presidente Johnson, respecto de la suavidad con que era tratada la Francia. El 16 de Agosto, M. John Hay, encargado de negocios *ad interim* en Paris, informaba á su gobierno acerca de la entrevista de la Emperatriz Carlota en Saint-Cloud: decía que tuvo una explicación con el ministro de Negocios Extranjeros, pidiéndole aclaraciones sobre las noticias referentes á una modificación en las resoluciones adoptadas por el gobierno francés, pues algunos periódicos daban á entender que la princesa Carlota había logrado obtener un cambio en el programa convenido. Le contestó el gobierno francés, que ninguna modificación se había hecho ni se haría á la política fijada, y que lo que se había arreglado entre ambos gobiernos, quedaría concluido; que la Emperatriz Carlota había sido recibida con benevolencia y cordialidad; pero este acto de cortesía no cambiaría la conducta del gobierno y el Emperador ejecutaría lo que había ofrecido.

Los Estados Unidos no dejaron ni por un instante su actitud respecto al nue-

vo Imperio mexicano, y para afirmarla más expidió el Presidente Johnson una proclama, declarando nulo y sin efecto, el decreto de Maximiliano que imponía el bloqueo de ciertos puertos mexicanos, siendo de advertir que no contaba este gobernante con un solo buque que apoyara sus resoluciones. Francia en esta vez, aunque tenía intereses comprometidos en el puerto de Tampico, comprendido en la proclama presidencial, prefirió abstenerse y ceder á la voluntad de los Estados Unidos, é hizo más, pues acortó el plazo en que debía retirar sus fuerzas de México, no obstante que por la nueva convención se fijó la salida del último tercio de ellas, en Noviembre de 1867, pues ya era suma la impaciencia que había en las Tullerías por acabar con la funesta expedición, y solamente se pensaba en arrancar á Maximiliano la abdicación, y constituir en México un gobierno republicano, con el cual se pudiera tratar. En este caso habíanse perdido cinco años de dolorosos sacrificios, y se pretendía volver á la época de Jurien de la Gravière para tratar; pero los tiempos no retroceden y en 1866 era imposible lo que tan fácil fué en 1861.

Invitado el ministro de México D. Matías Romero, á viajar en compañía del Presidente Johnson, de Washington á Chicago, para asistir á la ceremonia de poner la primera piedra de un monumento que se iba á erigir á la memoria del senador Douglas, se consideró que la mira del Presidente era manifestar al pueblo de los Estados Unidos, que sostendría la doctrina de Monroe á todo trance. Ya el mismo Sr. Romero había ocupado un lugar de preferencia junto á los miembros del gabinete, en un banquete ofrecido en Nueva York al Presidente de los Estados Unidos el 29 de Agosto.

En la ciudad de Ausburn fué presentado el Señor Romero al pueblo, con las siguientes frases dichas por el mismo Mr. Seward: "Este caballero es el Señor Romero, ministro de los Estados Unidos de México, en cuyo favor y con objeto de impedir la destrucción de su Patria, el Presidente de los Estados Unidos ha notificado que la intervención extranjera deberá cesar el 1° de Noviembre próximo." Lo manifestado por Mr. Seward fué recibido con grande entusiasmo. El general Grant brindó después "por la salud del Señor Romero, ministro de México, y por el buen éxito de la noble causa que representa." En la ciudad de Búffalo, al ser presentado el Señor Romero, fué victoreado México por tres veces, lo mismo que en la ciudad de Monroe, nombre muy significativo en aquellas circunstancias, siendo grande el entusiasmo que causaba en los Estados Unidos cualquiera referencia á México.

CAPITULO DECIMO.

Creciente inquietud en los ánimos.—Resuelve Napoleón III terminar las dificultades de la Intervención.—Opónese el Ministerio de Maximiliano al cumplimiento del convenio Danó-Arroyo.—El Emperador trata de abolir la ley de 3 de Octubre.—Se niega á conferenciar con Castelnau.—Proyecta ir á Orizaba.—Se ordena la concentración de las tropas francesas y su retirada en masa. —Maximiliano pide á Bazaine el cumplimiento del contrato con las fuerzas austriacas.—Instrucciones que trajo Castelnau.—Proyecto de un nuevo gobierno presidido por González Ortega.—Contrarían esta idea los Estados-Unidos.—El gobierno de Washington nombra para ello á los Señores Campbell y Sherman.—Disgusta al Mariscal y generales franceses la supremacía de Castelnau.—Concentración de las tropas francesas en la capital del Imperio.—Protesta Maximiliano contra este hecho.—Busca apoyo en el elemento mexicano.—El consejero Eloin insiste en contrariar la política francesa.—Aconseja á Maximiliano la apelación al voto popular.—Carta de Eloin interceptada en los Estados-Unidos.—Insolvencia de la comisión de Hacienda en París.—El conde de Bombelles ratifica la enfermedad de la Emperatriz Carlota.—Se retira Maximiliano para Orizaba.—Deja el gobierno en manos de sus ministros.—Ofrece á Bazaine poner fin á la situación tan violenta.—Nombra al Señor Lares Presidente del Ministerio.—Don Mariano Campos en el Ministerio de Hacienda.—Encarga Maximiliano á Bazaine la tranquilidad de la capital.—El Mariscal, el Enviado Castelnau y los demás oficiales franceses, pretenden que abdique Maximiliano. —Dificúltase la aceptación del gobierno provisional.—Incertidumbres que agobian á Maximiliano.—Rechaza Bazaine la apelación al voto popular.—Obstinado silencio de Maximiliano.—Responsabilidad condicional asumida por el Ministerio.—Alarmas y agitación en la capital del Imperio.—Residencia de Maximiliano en la hacienda de Jalapilla.—Llegan á conferenciar con él los generales Miramón y Márquez.—Convocación de los Consejos en Orizaba.—Continúa su retirada el ejército expedicionario.—Fuerzas de éste y del ejército imperial mexicano.—Movimientos militares en Oaxaca.—Ataque á Juchitán.—Combates en Miahuatlán y la Carbonera.—Capitulación del general Oronoz en Oaxaca.—Instituye Maximiliano un virreynato en Yucatán, presidido por Salazar Ilarregui.—Reunión de los ministros y consejeros en Orizaba.—Resuelven retener en México á Maximiliano.—Toman á Jalapa los republicanos.—Situación política de los Estados de Veracruz y Yucatán.—Entusiasmo en éste por la guerra contra los indígenas sublevados.—Los republicanos invaden el Valle de México.—Es fusilado el guerrillero Martínez.—Estados de México, Michoacán y Colima.—Triunfo definitivo de los republicanos en Sinaloa y Sonora.—El general Corona nombra jefes militares para Jalisco.—El general Escobedo recibe equipo y armamento para sus tropas.—Crece la intervención de los Estados-Unidos en los asuntos mexicanos.—Conducta del Presidente Johnson.—Opone al Comisario regio Castelnau, los plenipotenciarios Campbell y Sherman.

Al concluír el mes de Octubre (1866), el horizonte político del Imperio apareció cubierto de espesas sombras. La evolución gobernativa que acababa de hacer Maximiliano, no había sido suficientemente eficáz para el objeto que se buscaba. La inquietud reinaba en los ánimos, según acontece siempre que se tiene la creencia de un peligro inminente, siendo la paralización de los ne-

vo Imperio mexicano, y para afirmarla más expidió el Presidente Johnson una proclama, declarando nulo y sin efecto, el decreto de Maximiliano que imponía el bloqueo de ciertos puertos mexicanos, siendo de advertir que no contaba este gobernante con un solo buque que apoyara sus resoluciones. Francia en esta vez, aunque tenía intereses comprometidos en el puerto de Tampico, comprendido en la proclama presidencial, prefirió abstenerse y ceder á la voluntad de los Estados Unidos, é hizo más, pues acortó el plazo en que debía retirar sus fuerzas de México, no obstante que por la nueva convención se fijó la salida del último tercio de ellas, en Noviembre de 1867, pues ya era suma la impaciencia que había en las Tullerías por acabar con la funesta expedición, y solamente se pensaba en arrancar á Maximiliano la abdicación, y constituir en México un gobierno republicano, con el cual se pudiera tratar. En este caso habíanse perdido cinco años de dolorosos sacrificios, y se pretendía volver á la época de Jurien de la Gravière para tratar; pero los tiempos no retroceden y en 1866 era imposible lo que tan fácil fué en 1861.

Invitado el ministro de México D. Matías Romero, á viajar en compañía del Presidente Johnson, de Washington á Chicago, para asistir á la ceremonia de poner la primera piedra de un monumento que se iba á erigir á la memoria del senador Douglas, se consideró que la mira del Presidente era manifestar al pueblo de los Estados Unidos, que sostendría la doctrina de Monroe á todo trance. Ya el mismo Sr. Romero había ocupado un lugar de preferencia junto á los miembros del gabinete, en un banquete ofrecido en Nueva York al Presidente de los Estados Unidos el 29 de Agosto.

En la ciudad de Ausburn fué presentado el Señor Romero al pueblo, con las siguientes frases dichas por el mismo Mr. Seward: "Este caballero es el Señor Romero, ministro de los Estados Unidos de México, en cuyo favor y con objeto de impedir la destrucción de su Patria, el Presidente de los Estados Unidos ha notificado que la intervención extranjera deberá cesar el 1° de Noviembre próximo." Lo manifestado por Mr. Seward fué recibido con grande entusiasmo. El general Grant brindó después "por la salud del Señor Romero, ministro de México, y por el buen éxito de la noble causa que representa." En la ciudad de Búffalo, al ser presentado el Señor Romero, fué victoreado México por tres veces, lo mismo que en la ciudad de Monroe, nombre muy significativo en aquellas circunstancias, siendo grande el entusiasmo que causaba en los Estados Unidos cualquiera referencia á México.

CAPITULO DECIMO.

Creciente inquietud en los ánimos.—Resuelve Napoleón III terminar las dificultades de la Intervención.—Opónese el Ministerio de Maximiliano al cumplimiento del convenio Danó-Arroyo.—El Emperador trata de abolir la ley de 3 de Octubre.—Se niega á conferenciar con Castelnau.—Proyecta ir á Orizaba.—Se ordena la concentración de las tropas francesas y su retirada en masa.—Maximiliano pide á Bazaine el cumplimiento del contrato con las fuerzas austriacas.—Instrucciones que trajo Castelnau.—Proyecto de un nuevo gobierno presidido por González Ortega.—Contrarían esta idea los Estados-Unidos.—El gobierno de Washington nombra para ello á los Señores Campbell y Sherman.—Disgusta al Mariscal y generales franceses la supremacía de Castelnau.—Concentración de las tropas francesas en la capital del Imperio.—Protesta Maximiliano contra este hecho.—Busca apoyo en el elemento mexicano.—El consejero Eloin insiste en contrariar la política francesa.—Aconseja á Maximiliano la apelación al voto popular.—Carta de Eloin interceptada en los Estados-Unidos.—Insolvencia de la comisión de Hacienda en París.—El conde de Bombelles ratifica la enfermedad de la Emperatriz Carlota.—Se retira Maximiliano para Orizaba.—Deja el gobierno en manos de sus ministros.—Ofrece á Bazaine poner fin á la situación tan violenta.—Nombra al Señor Lares Presidente del Ministerio.—Don Mariano Campos en el Ministerio de Hacienda.—Encarga Maximiliano á Bazaine la tranquilidad de la capital.—El Mariscal, el Enviado Castelnau y los demás oficiales franceses, pretenden que abdique Maximiliano.—Dificúltase la aceptación del gobierno provisional.—Incertidumbres que agobian á Maximiliano.—Rechaza Bazaine la apelación al voto popular.—Obstinado silencio de Maximiliano.—Responsabilidad condicional asumida por el Ministerio.—Alarmas y agitación en la capital del Imperio.—Residencia de Maximiliano en la hacienda de Jalapilla.—Llegan á conferenciar con él los generales Miramón y Márquez.—Convocación de los Consejos en Orizaba.—Continúa su retirada el ejército expedicionario.—Fuerzas de éste y del ejército imperial mexicano.—Movimientos militares en Oaxaca.—Ataque á Juchitán.—Combates en Miahuatlán y la Carbonera.—Capitulación del general Oronoz en Oaxaca.—Instituye Maximiliano un virreynato en Yucatán, presidido por Salazar Ilarregui.—Reunión de los ministros y consejeros en Orizaba.—Resuelven retener en México á Maximiliano.—Toman á Jalapa los republicanos.—Situación política de los Estados de Veracruz y Yucatán.—Entusiasmo en éste por la guerra contra los indígenas sublevados.—Los republicanos invaden el Valle de México.—Es fusilado el guerrillero Martínez.—Estados de México, Michoacán y Colima.—Triunfo definitivo de los republicanos en Sinaloa y Sonora.—El general Corona nombra jefes militares para Jalisco.—El general Escobedo recibe equipo y armamento para sus tropas.—Crece la intervención de los Estados-Unidos en los asuntos mexicanos.—Conducta del Presidente Johnson.—Opone al Comisario regio Castelnau, los plenipotenciarios Campbell y Sherman.

Al concluír el mes de Octubre (1866), el horizonte político del Imperio apareció cubierto de espesas sombras. La evolución gobernativa que acababa de hacer Maximiliano, no había sido suficientemente eficáz para el objeto que se buscaba. La inquietud reinaba en los ánimos, según acontece siempre que se tiene la creencia de un peligro inminente, siendo la paralización de los ne-

gocios absoluta. Ni el anuncio de la ley que derogaba el quince por ciento impuesto á los poseedores de bienes nacionalizados, ni la reunión de los prelados mexicanos para ajustar las bases del Concordato, ni los esfuerzos de la prensa gobiernista, fueron suficientes para dar término á las graves preocupaciones de una sociedad que consideraba secundarias esas medidas, y no alcanzaba á adivinar cual sería su suerte en el siguiente día.

El desastre que sufrieron los imperialistas cerca de Etla, la posesión de Oaxaca por los republicanos, el sitio de Jalapa, la pérdida de los Estados del Norte y Occidente, y otros sucesos de igual importancia, ocasionaban esas fuertes preocupaciones que aquejaban principalmente á los imperialistas. Se presentían gravísimos acontecimientos, y de ellos se derivaba la desesperante expectativa, la inquietud y la suspensión de los negocios que lleva consigo el abatimiento de los ánimos.

Muchas familias de los alrededores de la México, principalmente de Tlalnepantla y Cuautitlan, se refugiaron en la capital, temerosas de las invasiones de guerrilleros, y quedaron en esas poblaciones cortas fuerzas de gendarmes y de algunos vecinos. La ciudad de Pachuca tan próxima á la capital del Imperio, era atacada á principios de Noviembre por fuerzas de Fragoso, rechazadas por austriacos atrincherados en las casas y auxiliados por tropas de Tulancingo.

Los republicanos seguían cobrando aliento, á causa de la marcha propicia que para ellos llevaban los acontecimientos. El 12 de Octubre al anochecer, fondeaba en Veracruz el paquete francés de San Nazario, á cuyo bordo venía el general Castelnau, quien permaneció allí sólamente en la noche y salió para la capital á marchas cortas, con objeto de cumplir las instrucciones que su Emperador le había dado. Llegaba á la vez la noticia de estar aprobado el convenio concluido entre los ministros Danó y Arroyo el 30 de Julio de 1866, por el cual concedía Maximiliano al gobierno francés, el cincuenta por ciento de los ingresos de las aduanas del Golfo y el veinticinco de las del Pacífico, afectando esas sumas al servicio de los empréstitos mexicanos de 1864 y 1865, y al pago del tres por ciento de las cantidades que constituían los créditos de la Francia contra el Imperio de México. Agentes especiales franceses funcionarían en Veracruz y en Tampico, bajo la protección de la bandera francesa, para ejecutar su comisión desde el 1º de Noviembre.

A Maximiliano se le denunció que se había tratado de envenenarle y que en el complot se contaban ministros y cortesanos; este suceso le molestó y viendo que por la convención del 30 de Julio se ponía en manos de la administración francesa el producto de las aduanas, única entrada real de su gobierno, y despues de una série de otros golpes no menos dolorosos, cuales fueron la noticia del mal éxito y la enfermedad de la Emperatriz Carlota, resolvió retirarse á Orizaba.

Estaba enfermo, veía su Imperio arruinado, su gobierno reducido á la impotencia; su resuelta é inteligente esposa loca; las exigencias de los Estados Unidos en creciente, á medida que aumentaban aquí los enemigos del Imperio y

las defecciones de sus partidarios; sus aliados europeos le veían con menosprecio, se había oscurecido su reputación y aminorado el renombre de su inteligencia y sus aptitudes para gobernar. Muertas estaban sus ilusiones acerca de las glorias, la humanidad, el bien y la probidad y nobleza de un hombre de Estado; se había mostrado liberal y los liberales de México le rechazaban, y los de Europa le criticaban y maldecían. Regresar á su país dejando en México odios y encontrando en Europa el ridículo por precio de sus esfuerzos, era lo que desgarraba su corazón y laceraba su cerebro. Esa situación empeoraba diariamente; los agentes franceses se mostraban más rudos é imperiosos, á medida que oprimían más al Imperio; los republicanos avanzaban y tenían ya en su poder á Hermosillo, Matamoros, Monterrey, Tampico y otras importantes poblaciones, de manera que casi todo el país estaba en su poder.

Entonces pensó nuevamente en ábdicar y en retirarse á Orizaba para reflexionar maduramente ese asunto, así como para curarse y evitar el encuentro del general Castelnau, antes de tener ya pensado un plan inquebrantable de conducta. La idea de abdicación no era nueva; habían opinado en su favor muchos individuos reflexivos, considerándola como solución presisa, ¿pero qué hacer para verificarla de una manera honrosa? En ello estribaba la dificultad. Los interesados en la conservación del Imperio, procuraban que prevaleciesen en el espíritu de Maximiliano las ideas de perseverancia, concordándolas con los sentimientos nobles y dignos, contra todo lo que se asemejara al ridículo y para huir de todo lo que pudiese tener apariencia de miedo.

Maximiliano permaneció en Orizaba sin dar ninguna explicación oficial que calmase la profunda incertidumbre que agobiaba á la sociedad. Creíase en la capital, que el Emperador se embarcaría en Veracruz, donde le aguardaba un buque austriaco, y al ver que se empacaban y sellaban en Palacio los objetos que le pertenecían; pero la incierta espectativa continuó y el porvenir aparecía cubierto con oscuro velo.

El 18 de Octubre (1866) recibía Maximiliano un telegrama del Conde de Bomballes, puesto en Miramar, participándole que desde principios de Octubre se hallaba la Emperatriz en aquel castillo, atacada de fiebre cerebral. Al recibir este mensaje á las once de la mañana, se encontraba en Chapultepec conferenciando con el Licenciado D. Pedro Escudero y Echanove, respecto de los últimos libros del código civil, cuya corrección se estaba verificando en aquellos momentos. Es indecible la angustia que se apoderó del ánimo del Monarca, al recibir tan funesta noticia, lloró entonces delante de su ministro Escudero, sin pretender disimular la pena que le devoraba, y sin querer ocultar los sentimientos de su corazón, él, que por educación y por hábito procuraba manifestar su sentir, muy diferente de lo que en realidad le afectaba.

Al saber Maximiliano el mal éxito que la Emperatriz tuvo de Saint-Cloud, había guardado secreto acerca de esa noticia; esperaba el resultado de las negociaciones con la Santa Sede, con cuyo apoyo moral esperaba contrabalancear

la retirada de las tropas francesas; sin embargo, desde aquel momento había comenzado á disponer, sin ruido, los preparativos para su marcha, procurando asegurar de antemano una escolta, y para ello se dirigió al Mariscal con fecha 26 de Septiembre, diciéndole que era necesario dictar las disposiciones para impedir que los disidentes siguieran en posesión de los Llanos de Apam; quería que pasaran á México los tres escuadrones de húsares austriacos que necesitaban remontar sus caballos, y descansar de la ruda y prolongada campaña que acababan de hacer.

El Mariscal ejecutó esas órdenes y salió para el rumbo de Jalapa; tenía el designio de auxiliar á las fuerzas austriacas que, á pesar de las advertencias, habían emprendido la campaña sobre la sierra de Tulancingo, campaña tan difícil y penosa como inoportuna, atendiendo al levantamiento general del país; una parte de las fuerzas austriacas estaba vencida y estrechamente bloqueada en Perote y para auxiliarla se dirigía hácia aquel rumbo el Mariscal Bazaine. Iba en marcha cuando recibió otra carta fechada el 14 de Octubre, en la que Maximiliano le avisaba que próximamente llegaría la Emperatriz á Veracruz, y que deseando ir á recibirla hasta aquel puerto, saldría de la capital en los primeros días de la semana próxima; citaba á Bazaine para conferenciar acerca de algunos puntos importantes, señalándole el inmediato domingo para la conferencia, calificándola de tal manera importante, que debía verificarse á todo trance y venciendo cualquier obstáculo. Bazaine se apresuró á presentarse, encargando al General Aymard el salvar á los sitiados en Perote, y en el camino recibió otra comunicación de Maximiliano, fechada en Chapultepec el 19 de Octubre, preguntándole qué medidas había tomado para situar la escolta que se daría á la Emperatriz, teniendo en cuenta el estado de insurrección en que se encontraban los departamentos cercanos al camino que aquella habría de seguir, y dejaba la seguridad de la Emperatriz en manos del Mariscal.

Maximiliano citó una Junta de ministros y de varias personas notables de la capital; debían reunirse en Chapultepec y tratar acerca de los mejores medios para crear recursos á la hacienda del Imperio y hacer frente á las urgentes necesidades del erario. Después de una discusión preliminar, quedó nombrada la comisión para que dictaminase respecto de las medidas que fuese conveniente dictar. Entonces el ministro Larrainzar se declaró impotente para continuar dirigiendo la hacienda, y renunció el puesto que ocupó D. Mariano Campos. Nombró Maximiliano Presidente del Consejo de Ministros al Sr. Lares, quien á la vez continuaba desempeñando el Ministerio de Justicia.

Los periódicos de la capital aseguraban todos los días el regreso de la Emperatriz, refiriendo pormenores y detalles del viaje que haría Maximiliano á Veracruz para recibirla, y desde luego se puso en marcha la guardia palatina para el efecto. Pero estos preparativos nó impedían que aumentasen los rumores en sentido contrario á tales esperanzas, y que se continuara dudando de la subsistencia del Imperio; aseguraban los republicanos, que la Emperatriz no regresaría á México y que Maximiliano abdicaría en presencia de las dificultades en que se ha-



El General Castelnau,

Ayudante de campo del Emperador Napoleón III. Vino á México en Octubre de 1866 con la misión de decidir á Maximiliano á que regresase á Europa, y á participarle que era inexorable la resolución de retirar el ejército. Encontró á Maximiliano enfermo de calenturas intermitentes, y apesadumbrado porque supo que la Princesa Carlota estaba gravemente enferma. En el siguiente Enero recibió Castelnau un despacho mandándole que no forzase al Emperador de México á abdicar; pero que tampoco retardara la retirada de las tropas expedicionarias.

la retirada de las tropas francesas; sin embargo, desde aquel momento había comenzado á disponer, sin ruido, los preparativos para su marcha, procurando asegurar de antemano una escolta, y para ello se dirigió al Mariscal con fecha 26 de Septiembre, diciéndole que era necesario dictar las disposiciones para impedir que los disidentes siguieran en posesión de los Llanos de Apam; quería que pasaran á México los tres escuadrones de húsares austriacos que necesitaban remontar sus caballos, y descansar de la ruda y prolongada campaña que acababan de hacer.

El Mariscal ejecutó esas órdenes y salió para el rumbo de Jalapa; tenía el designio de auxiliar á las fuerzas austriacas que, á pesar de las advertencias, habían emprendido la campaña sobre la sierra de Tulancingo, campaña tan difícil y penosa como inoportuna, atendiendo al levantamiento general del país; una parte de las fuerzas austriacas estaba vencida y estrechamente bloqueada en Perote y para auxiliarla se dirigía hácia aquel rumbo el Mariscal Bazaine. Iba en marcha cuando recibió otra carta fechada el 14 de Octubre, en la que Maximiliano le avisaba que próximamente llegaría la Emperatriz á Veracruz, y que deseando ir á recibirla hasta aquel puerto, saldría de la capital en los primeros días de la semana próxima; citaba á Bazaine para conferenciar acerca de algunos puntos importantes, señalándole el inmediato domingo para la conferencia, calificándola de tal manera importante, que debía verificarse á todo trance y venciendo cualquier obstáculo. Bazaine se apresuró á presentarse, encargando al General Aymard el salvar á los sitiados en Perote, y en el camino recibió otra comunicación de Maximiliano, fechada en Chapultepec el 19 de Octubre, preguntándole qué medidas había tomado para situar la escolta que se daría á la Emperatriz, teniendo en cuenta el estado de insurrección en que se encontraban los departamentos cercanos al camino que aquella habría de seguir, y dejaba la seguridad de la Emperatriz en manos del Mariscal.

Maximiliano citó una Junta de ministros y de varias personas notables de la capital; debían reunirse en Chapultepec y tratar acerca de los mejores medios para crear recursos á la hacienda del Imperio y hacer frente á las urgentes necesidades del erario. Después de una discusión preliminar, quedó nombrada la comisión para que dictaminase respecto de las medidas que fuese conveniente dictar. Entonces el ministro Larrainzar se declaró impotente para continuar dirigiendo la hacienda, y renunció el puesto que ocupó D. Mariano Campos. Nombró Maximiliano Presidente del Consejo de Ministros al Sr. Lares, quien á la vez continuaba desempeñando el Ministerio de Justicia.

Los periódicos de la capital aseguraban todos los días el regreso de la Emperatriz, refiriendo pormenores y detalles del viaje que haría Maximiliano á Veracruz para recibirla, y desde luego se puso en marcha la guardia palatina para el efecto. Pero estos preparativos nó impedían que aumentasen los rumores en sentido contrario á tales esperanzas, y que se continuara dudando de la subsistencia del Imperio; aseguraban los republicanos, que la Emperatriz no regresaría á México y que Maximiliano abdicaría en presencia de las dificultades en que se ha-



El General Castelnau,

Ayudante de campo del Emperador Napoleón III. Vino á México en Octubre de 1866 con la misión de decidir á Maximiliano á que regresase á Europa, y á participarle que era inexorable la resolución de retirar el ejército. Encontró á Maximiliano enfermo de calenturas intermitentes, y apesadumbrado porque supo que la Princesa Carlota estaba gravemente enferma. En el siguiente Enero recibió Castelnau un despacho mandándole que no forzase al Emperador de México á abdicar; pero que tampoco retardara la retirada de las tropas expedicionarias.

llaba, y aun se designaba el día de la abdicación. El viaje de Maximiliano, de Orizaba á Veracruz, quedría aplazado por la gravedad de las circunstancias y porque le continuaban los accesos de fiebre intermitente cuyo gérmen contrajo en Cuernavaca.

El *Memorial Diplomatique*, órgano del Ministerio de Negocios extranjeros, al explicar la mision del general Castelnau en México, declaró que el gabinete de las Tullerías se hallaba firmemente resuelto á desembarazarse lo mas pronto posible, de toda solidaridad política y militar con el gobierno de México; afirmó que todos los esfuerzos hasta entónces hechos para la abdicacion de Maximiliano habian sido infructuosos por completo, ante la resolucion de este Soberano de permanencer en su trono, defendiéndose de sus enemigos hasta el último extremo. La resolucion de no abdicar se la comunicó Maximiliano al gobierno francés, cuando aun ignoraba la desgracia acaecida á la Princesa Carlota.

La aprobacion del convenio Danó-Arroyo, fué materia de numerosos artículos en la prensa, sosteniendo unos que Maximiliano hacia bien en resistirse á cumplirlo, porque de lo contrario era imposible la subsistencia del Imperio. Agobiado por las enfermedades y otras penas, habia manifestado de antemano el Emperador, su deseo de aplazar todo convenio sobre negocios políticos. (*)

No obstante esta manifestacion, la llegada de Castelnau produjo fiebre de conjeturas; unos suponian que traia auxilios del Emperador francés, y otros que aquella venida significaba el completo abandono del Imperio presidido por Maximiliano; los periódicos franceses trataban de explicar, cada cual á su modo, el inesperado viaje de Castelnau, aun conviniendo todos en que ya se tocaba una crisis decisiva.

Súpose que Castelnau era portador de dos importantes cartas, dirigida una á Maximiliano y la otra á Bazaine; en la primera anunciaba Napoleon, que lo dispuesto acerca del regreso del cuerpo expedicionario, era irrevocable; en la segunda daba al comandante en gefe, instrucciones respecto al mismo asunto. Revestido el general Castelnau con muy amplias facultades, podia trazar la marcha definitiva á los asuntos mexicanos, segun lo exigieran las circunstancias.

Manifestábase inqiueto el Emperador francés, por la decision que en definitiva tomaria Maximiliano, atendiendo á la mision que habia llevado á Europa la

(*) El tratado Arroyo-Danó supuso que la Francia no tenía responsabilidad moral por los empréstitos contraidos para el Imperio de Maximiliano. Esto dió motivo á que se dirigiesen á Napoleon III porcion de ocursos, en los que se hacia notar que los portadores de títulos mexicanos, habian creido que donde la Francia plantaba su pabellon, allí podian colocar sus economías; que los hechos que precedieron, acompañaron y siguieron á esos empréstitos fueron de tal naturaleza, que obligaban la responsabilidad directa del gobierno francés, respecto á los suscritores que tomaron parte en ellos, y se deducia tal responsabilidad de los discursos pronunciados por los señores Cortá y Rouher en el cuerpo legislativo, en las sesiones del 10 y 11 de Abril de 1865. El ministro de Estádo aseguró entónces, que la Francia no retiraría sus tropas hasta concluir su obra, dejando asegurada la completa pacificacion del país, y presentó los empréstitos como buen negocio para los capitales franceses que hallarian en ellos incontestables garantías.

Emperatriz Carlota. En tan críticos momentos, resolvió Napoleon acabar de una vez con las dificultades que sin cesar le presentaba la situacion de México, y para ello envió al personaje de toda su confianza, uno de sus ayudantes de campo, el general Castelnau, investido de plenos poderes para cortar todas las dificultades, y hacer que se ejecutara el embarque de las tropas expedicionarias.

El general Castelnau gozaba de excelente reputacion por leal, inteligente y discreto á la vez que enteramente adicto á su Emperador, circunstancias que le designaban como la persona mas á propósito para aquel tan delicado encargo. Castelnau había salido de San Nazario el día 19 de Septiembre, y desembarcó en Veracruz en los primeros dias de Octubre, cuando ya era sabido por Maximiliano el mal éxito de la mision de la Emperatriz su esposa; y en los momentos en que con más generalidad corrian rumores de una inteligencia diplomática entre Francia y los Estados-Unidos. Es evidente que en esos aciagos dias se apoderó de Maximiliano la desesperacion, y que proyectó volver á Europa, pues envió una parte de sus equipajes á Veracruz, aunque tomando precauciones para ocultar sus designios. Desde los primeros dias de Octubre habia anunciado su marcha para Orizaba, debiendo acompañarle su Secretario el Padre Fischer. Tal anuncio espantó á los ministros, creyendo que huía y trataron de dimitir; pero cedieron al manifestarles que eran falsos los rumores sobre abdicacion.

En Francia continuaban los preparativos para facilitar el regreso de las tropas francesas que aun ocupaban á México. A los buques de guerra se iban á agregar los suficientes del comercio, para que pudiera embarcarse á la vez todo el ejército, la artillería y los bagajes.

El ministro Bigelow entregó al Emperador Napoleon un despacho de Mr. Seward, exigiendo terminantemente que se cumpliera el compromiso contraido por la Francia respecto al regreso del cuerpo expedicionario. El cable trasatlántico trabajaba tanto, que hubo parte telegráfico de Mr. Seward que contuvo cinco mil palabras. Bigelow informó que el Emperador obraba de buena fé y que en Marzo de 1867 quedaria embarcado todo el ejército expedicionario de México, manifestándose dispuesto el Soberano francés á contribuir con los Estados-Unidos á la consolidacion del gobierno republicano en México.

El Mariscal Bazaine, gefe de la expedicion, habia mandado hasta entónces sin rival, por esto sentía disgusto con la llegada de su émulo Castelnau, quien con mayor poder se encontraba en aptitud de causarle graves males y desaprobaba su conducta. Danó, ministro plenipotenciario de Francia en México, habia sido extremadamente desgraciado en todas sus combinaciones diplomáticas y no llevaba perfecta armonía con Bazaine; encontró conveniente la llegada de Castelnau, de quien podia hacerse un colega fiel y un aliado seguro, para operar contra su enemigo con mayores esperanzas de triunfo.

En todos los círculos sociales se notaba profunda agitacion y cada uno hablaba del Enviado Castelnau segun sus deseos, esperanzas ó temores; el malestar era agravado por el pésimo estado de los negocios. El 21 de Octubre al me-

dio dia, entraba este general á México, sin haber logrado alguna entrevista con Maximiliano, limitándose á un cambio de salutaciones al cruzarse ambos en el camino que conduce á Orizaba.

El ministerio conservador se opuso á que tuviera cumplimiento el convenio Arroyo-Danó, tanto porque cuando se concluyó no habían entrado al gobierno el Sr. Lares ni sus colegas los ministros, cuanto porque era aun un asunto pendiente todavía, supuesto que no se había promulgado en forma de ley en el Diario del Imperio, para que obligase, según debía ser por el vigente derecho público.

Mr. Maintenant pedía al Ministerio de hacienda las órdenes respectivas, para que la aduana de Veracruz fuese entregada á Mr. Rolland en virtud de la Convención de 30 del Julio. El subsecretario Campos contestó, que no estando publicada dicha Convención en México y no pudiendo, en tal virtud, ser tenida por ley del Estado, se dirigía al Emperador en solicitud de instrucciones. Bazaine alegaba que no era culpa del gobierno frances la omisión de que dicho convenio no fuese publicado en el Diario Oficial, en la forma acostumbrada.

Una representación con más de mil firmas le fué dirigida á Maximiliano, pidiéndole que no dejara el gobierno del Imperio. La Intervención deseaba que Maximiliano abdicase voluntariamente, sin pretender que prevaleciera determinada forma de gobierno. Si el Imperio era popular y tenía suficientes raíces, se conocería después que partieran las tropas expedicionarias; en caso contrario, no podrían aclimatarlo las bayonetas y algunos millones más de pesos, siendo estos nuevos sacrificios enteramente estériles.

Las teorías de Maximiliano, de apoyarse en sus contrarios para dominarlos, quedaron destruidas con los hechos; al fin de su reinado se vió obligado á llamar nuevamente á los conservadores, en los que no encontró ya adictos, ni amigos, solamente aliados que arresgaban por su parte lo mismo que él por la suya. Esta condición política le hacía desconfiar de tal modo, que cinco días antes de que partieran los franceses, se refiere que decía: "*es necesario que yo vigile á Miramón.*"

El arzobispo de México, y los obispos de San Luis y Tulancingo, manifestaron el deseo de permanecer neutrales; en esas circunstancias tal conducta era una enérgica manera de atacar al Imperio, pues el clero, en caso de ser derrotado, no podía esperar más que la persecución y el destierro. Miramón y Márquez enviados, el uno á estudiar el arte de fortificación en Prusia, y el otro la civilización en Turquía, de seguro que si defendían á Maximiliano, debían pensar en heredarlo.

Tres veces se había intentado por parte de la Legación francesa, celebrar un tratado que dejase definidos sólidamente, los derechos y las obligaciones entre los gobiernos imperiales frances y mexicano, y tres veces tuvieron mal éxito los esfuerzos de aquella Legación. Se creyó por los diplomáticos, que el resultado adverso de las negociaciones, dependía de las deferencias con que Bazaine trataba al gobierno de Maximiliano, según se le había manifestado al

de las Tullerías; en tal concepto, el general Castelnau traía la comisión de poner término á situación tan complicada. En la Legación francesa llegó á tenerse la esperanza, de que habría un cambio radical en la dirección de los negocios militares en México.

Maximiliano supo el verdadero objeto de la misión que traia Castelnau, y convencido de que se reducía á acelerar lo mas pronto posible el regreso de las tropas expedicionarias, acabó de perder las ilusiones que aun conservaba. También cambiaron esencialmente con la llegada de Castelnau, las circunstancias del comandante en jefe Bazaine, quien no podía ya tomar ninguna medida política, ni militar, sin someterla préviamente al consentimiento del plenipotenciario recien llegado, representante del Emperador Napoleón, conforme á las instrucciones que recibió el 12 de Septiembre de 1866.

Las pruebas de desconfianza hácia Bazaine, derivadas de la misión con que vino revestido Castelnau, destruían hasta las conveniencias de gerarquía militar. Se pudo haber obligado á Bazaine á entregar el mando al sucesor que se le había designado desde el mes de Mayo, para lo cual se le había autorizado enviándole una carta de servicio en blanco; pero el Mariscal persistió en continuar ejerciendo las funciones de comandante en jefe.

En su marcha para Orizava, encontró Maximiliano á Castelnau en Ayotla, á siete leguas de México. Este general solicitó desde luego una audiencia que por lo pronto le fué negada, con el aparente motivo de estar enfermo Maximiliano; pero ofreció que más tarde recibiría al enviado frances. Entonces continua este jefe su marcha para México, á donde llegó el 21 de Octubre, sintiendo nó haber obtenido la conferencia que solicitaba. Entre las razones aparentes que dió Maximiliano para no haber recibido en Ayotla al general Castelnau, se enumeró la de que este no venía acreditado cerca del Soberano, sino solamente cerca del cuartel general, al que habría de dar impulso según se presentaran los acontecimientos. Investían á Castelnau amplios poderes para conseguir la abdicación de Maximiliano, y dejar arreglada la deuda con Francia, y para proveer á la retirada del ejército. Se fraguó sacar de México al Emperador á la vez que saliera el ejército expedicionario, y que le sustituyera un gobierno cuya principal obligación fuera el arreglo de la deuda francesa, pues con el gobierno de Juárez residente entonces en Chihuahua, no podía esperarse tal arreglo, considerando que se había resistido á tratar con la Francia victoriosa, y se deducía de esto que la creación de un nuevo gobierno se hacía indispensable.

El Mariscal Bazaine se disgustó porque el general Castelnau, que lo era simplemente de brigada, hubiera sido encargado de comunicarle y llevar á efecto las instrucciones del Emperador, hecho que consideraba como un atentado contra la dignidad de los Mariscales; juzgó lo que pasaba como irregular y anómalo, sin considerar que cualquier ayuda de campo del Emperador, podía ser portador de las órdenes de su jefe. Castelnau venía, no en calidad de general de brigada, sino con la de representante de la persona imperial. Pero si la gerarquía

no estaba violada, si lo estuvieron las conveniencias militares, cuando se veía que Castelnau se ocupaba más que en trasmitir órdenes del Emperador, en abrir una especie de investigación oculta, acerca de la conducta del jefe del cuerpo expedicionario, lo cual rebajaba á los ojos de los soldados y de la población mexicana, la representación militar de Bazaine. Este fué acusado por sus enemigos, de haber retenido subrepticiamente un informe ó carta que acerca de él dirigía Castelnau al Emperador frances, retardando así la llegada del informe para que á la vez llegase también la refutación que hacía Bazaine de ese documento. (1)

El general Castelnau entró á México el 21 de Octubre, (1866) ya preocupado por el rechazo que le hizo Maximiliano en Ayotla, y según las instrucciones que traía, (2) ninguna disposición podía ejecutar el Mariscal Bazaine, ni política ni militar, sin consultarle y obtener su asentimiento y el de Mr. Danó, ministro de Francia cuya posición que pareció olvidada, tomaba de nuevo su rango, en virtud de los acontecimientos que se desarrollaban. La acción de Bazaine quedaba subordinada á un jefe de menor graduación, pero investido por su Soberano con ilimitada confianza para las eventualidades que se presentaran, viniendo á quedar el Mariscal con responsabilidades de proyectos que no había concebido y á los que parecía asociarse en la parte militar; los planes de Bazaine rechazaban el hecho de derribar de golpe el trono que él mismo había ayudado á levantar durante cuatro años, y ya había manifestado su parecer de que la abdicación convendría fuese verificada en Europa.

Bazaine sufrió en silencio el ultraje y se dedicó á lograr que fuera la retirada del ejército conforme al plan que, en vista de los recursos y del conocimiento que tenía del país, había formado. Además, los generales Douay y Castagny, no habrían pasado por subordinarse á Castelnau, de menor graduación que ellos y á la vez ignorante de la topografía del país y de los detalles en los asuntos mexicanos, por lo cual, á pesar de la alta autoridad de que estaba investido, no se encontraba en aptitud de poder tomar la dirección del ejército expedicionario.

Habiendo aparecido publicados en periódicos de Nueva York, algunos documentos de la correspondencia oficial de Maximiliano, explicaban este hecho los mismos periódicos refiriendo: que unos guerrilleros republicanos habían interceptado la correspondencia salida de México el 29 de Septiembre. Sorprendidos Maximiliano y sus ministros con tales publicaciones, se procedió á investigar lo que había de cierto en el asunto; aquella correspondencia había llegado intacta á Veracruz y ni en el territorio mexicano, ni en el buque se había verificado la

(1) Los amigos del Mariscal sostenían, que por casualidad llegó á las manos de éste el documento citado, cuyo borrador arrojado á la basura por el general Castelnau, después de copiado en limpio, fué recojido por un criado y llevado al general Bazaine. Sea como fuese, se sacó en claro que el general Castelnau tenía la misión de sobre-vigilar la conducta de Bazaine, lo cual interrumpió la armonía que debió reinar entre los dos generales, durante el último y más difícil período de la intervención francesa en México.

(2) Fechadas el 12 de Septiembre de 1866.

interceptación, sino en Nueva York, á cuya oficina de correos culparon los periódicos imperialistas de tamaña infidelidad.

Una de las cartas que Eloin dirigió á Maximiliano informándole de la determinación del gobierno frances, acerca de retirar el ejército de México, y aconsejándole que no saliera con los expedicionarios, fué interceptada y puesta en manos del ministro mexicano en Washington D. Matías Romero, quien se apresuró á enviar los documentos originales á Mr. Seward y una copia de ellos al general Grant; á éste le pareció tan importante que solicitó una traducción de ella para enviarla al general Sheidam. El Sr. Romero procuró que el ministro de Francia, Mr. de Montholon, se impusiera del contenido de dicha carta por intermedio del ministro de Rusia; pero este lo disuadió de su intento. Por dicha carta supo que la resolución del gobierno frances era, conseguir que Maximiliano abdicara antes de la retirada de las tropas francesas, reconocer como Presidente al general D. Jesús González Ortega ó á D. Antonio López de Santa Anna, tratar con ellos, y obtener garantías para los súbditos franceses residentes en México y el reconocimiento de la deuda francesa, creyendo fácil conseguir esto á cambio del reconocimiento, y el apoyo material que bastara para establecer un aparato de gobierno, salvándose así de tratar con el presidido por D. Benito Juárez. El deseo de Napoleón respecto á desembarazarse de Maximiliano para tratar con un gobierno mexicano, fué cofirmado por los corresponsales que en Europa tenía la prensa de los Estados Unidos.

En la referida carta fechada en Bruelas el 17 de Septiembre, decía Eloin á Maximiliano, que lo publicado en el "*Moniteur*," desaprobando la entrada de los generales franceses Osmont y Friant á los ministerios de guerra y hacienda, era la mejor prueba de que ya Napoleón arrojaba la careta y prescindía del pudor; aseguraba que la misión de Castelnau, individuo de las confianzas de Napoleón, demostraba que este iba á provocar una solución, queriendo que Maximiliano abdicara antes de la retirada del ejército frances, y lograr que de este modo le fuera posible proceder, él solo, á reorganizar un nuevo estado de cosas conveniente para la seguridad de los intereses de la Francia; agregaba Eloin, que estaba íntimamente convencido, de que el Emperador de México no quería dar esa satisfacción á una política que, tarde ó temprano, debía cargar con el odio de sus actos y las fatales consecuencias que por necesidad acarrearía. Abandonar el puesto antes del retorno del ejército frances, sería interpretado como acto de debilidad, y el Emperador que obtuvo su mandato por un voto popular, debía dirigir un nuevo llamamiento al pueblo mexicano, libre de la presión de una intervención extranjera. "A ese pueblo es á quien debe pedirse el apoyo material y financiero, indispensable para subsistir y prosperar. Si semejante llamamiento no fuera escuchado, entonces V. M. habría cumplido hasta el fin su noble misión, y regresaría á Europa con todo el prestigio que le acompañaba al partir, y en medio de los importantes acontecimientos que no dejarán de presentarse, podría desempeñar el papel que le corresponde bajo todos conceptos."

"Al pasar por el Austria, he podido cerciorarme del descontento general que allí reina. Aun no se hace nada. El Emperador está desanimado; el pueblo se impacienta y pide públicamente su abdicación. Las simpatías por V. M. se comunican á todo el territorio del Imperio. En Venecia todo un partido quiere aclamar á su antiguo gobernante. Mas cuando un gobierno dispone que haya elecciones, es facil prever el resultado bajo el régimen del sufragio universal." Aunque esa carta no llegó á poder de Maximiliano, Eloin y sus adictos le enviaron otra en igual sentido y la interceptada le llegó impresa.

Los Estados Unidos se oponían á las combinaciones de la Francia, entre las cuales se contaba establecer en el gobierno al general González Ortega, no queriendo reconocer por Presidente de México sino á D. Benito Juárez. Sabedor el gabinete de Washington, de la misión que traía el general Castelnau, envió á México una embajada compuesta del plenipotenciario Campbell y del general Sherman, encargada de adherir á Juárez los principales jefes republicanos y destruir los esfuerzos de G. Ortega; se les dió un secretario de legación que por largo tiempo había residido en México.

La actitud que tomaba el Presidente Johnson respecto á este país y á Francia, se ve en las instrucciones dadas á los miembros de la embajada. Decíales que el gobierno frances consideraba dos asuntos de importancia; uno si la partida de Maximiliano para Austria debería verificarse antes que la retirada de la expedición francesa; y el segundo consistía, en si sería preferible retirar de una sola vez todas las fuerzas expedicionarias, en lugar de que fueran en tres destacamentos sucesivos y periódicos. El gobierno de los Estados Unidos esperaba que en el mes de Noviembre próximo, por lo menos una parte de las fuerzas expedicionarias francesas dejaría á México, conforme á lo convenido con el de Francia.

Estos sucesos tendrían que producir en México una crísis de grande interes político, y era importante que cuando se verificara, se encontraran ya en el territorio mexicano el plenipotenciario Campbell y su acompañante. No se podía saber con certeza lo que harían Maximiliano y Juárez; pero como había otros diversos partidos políticos, además de los que tenían por jefes á esos dos individuos, y tampoco se podía prever lo que pretendían, no se podían dar instrucciones precisas á los enviados del gobierno norte-americano; se les dejaba mucho á su apreciación personal, según los movimientos políticos del porvenir; pero lo que sí no podía variar, era el reconocimiento invariable del Sr. Juárez como Presidente de la República mexicana, y en consecuencia, faltando á González Ortega el apoyo moral de los Estados Unidos, tuvo el gabinete de las Tullerías que desistir de su intento en el sentido de derribar al Presidente Juarez, y de tratar y dejar á otro la responsabilidad para el cumplimiento de lo que se pactara.

Sabiendo Maximiliano que se acercaba á la capital el General Castelnau, quizo evitar una conferencia que habría de serle muy desagradable y activó sus preparativos para bajar á la costa, con el aparente proyecto de encontrar á la Emperatriz, según lo había anunciado á sus ministros; envió sus equipajes para Ve-

racruz, haciéndose escoltar por los tres escuadrones de húsares austriacos. La noticia del alejamiento del Emperador produjo vivísima emoción en la capital y á la vez fueron muy amargos los últimos momentos que pasó Maximiliano en el Palacio de Chapultepec, enfermo del espíritu y del cuerpo, vencido por la irremediable marcha de los acontecimientos, muertas sus ilusiones y esperanzas, recordando los días dichosos trascurridos en su país natal, cuando soñaba con la gloria de ceñirse una corona.

Maximiliano sabía que su esposa no podía regresar pronto, aun suponiendo que hubiese logrado éxito feliz en el Vaticano, pues que tenía necesidad de permanecer algún tiempo en Bruxelas con motivo de la sucesión del rey Leopoldo; pero deseaba que se colocara un cordón de tropas entre México y Veracruz, destinadas á darle á él mismo seguridad en su descenso á la costa. Bazaine se presentó á la cita que le había hecho el Emperador; pero no fué recibido, y se le suplicó que esperara otra nueva cita. Encontrándose Maximiliano en una situación tan crítica, no se atrevía á seguir un partido determinado.

Al regresar á Mexico Bazaine, supo que había desembarcado el general Castelnau y recibió concluyentes instrucciones, fechadas en Paris el 12 de Septiembre. La pérdida de Tampico empeoraba la situación é impedía tomar los productos de aquella aduana. Por lo mismo, Napoleón estaba resuelto á retirar sus tropas en masa, de manera que se completara la evacuación en la próxima primavera; se le mandaba al comandante en jefe que protegiera la bandera contra cualquier insulto y en caso necesario afirmara el poder y la preponderancia de las armas francesas. Bazaine fué informado también, de que los Estados Unidos se manifestaban recelosos de que Napoleón no cumpliera los compromisos que tenía contraidos, en cuanto á la retirada de las tropas, según un despacho de Mr. Seward á Mr. Bigelow, firmado el 8 de Octubre.

Este ministro residente en Paris, tuvo una entrevista con el marqués de Moustier que acababa de ser nombrado Ministro de Negocios Extranjeros; en ella le expuso que Francia deseaba continuar en buenas relaciones con los Estados Unidos, y que en nada se variaría lo acordado entre ambos gobiernos, ni se tendría en cuenta la convención concluida con Maximiliano, y que aunque los disidentes ganaban terreno, no tenía el Emperador la intencion de rechazarlos, y que solamente se tendría en consideración el reocupar á Tampico; que el Emperador nada deseaba más que desembarazarse de todos los compromisos que tenía con México, luego que pudiera hacerlo con dignidad y honor; que con el apoyo de los Estados Unidos, estos proyectos podrían avanzar indudablemente; comunicaba además Mr. Bigelow, que se había concluido un contrato con la línea de vapores franco-mexicana, para repatriar todo el ejército expedicionario en Marzo ó aun en el otoño que estaba próximo.

De las instrucciones del Gabinete francés, brotaba á primera vista el programa muy claro de pedir la abdicación de Maximiliano, programa preparado con anticipación y que se esperaba no tardaría en dar el resultado que se buscaba.



El Barón Hammerstein,

TENIENTE CORONEL DE LA LEGIÓN AUSTRIACA.

Formó al retirarse la Intervención francesa, un batallón de ochocientas plazas, de las que una tercera parte fué de mexicanos, y las otras dos de extranjeros, en su mayoría austriacos pertenecientes á la Legión licenciada para que regresara á Europa. El batallón llevó el nombre de su Jefe, y permaneció en la capital del Imperio cuando Maximiliano fué á encerrarse en Querétaro. En la derrota sufrida por los imperialistas al mando del General Leonardo Márquez, el 9 de Abril de 1867 en San Lorenzo, se halló el batallón Hammerstein á retaguardia, protegiendo la retirada, y perdió cerca de la mitad de su efectivo, ó sea trescientos cincuenta hombres. Los restantes, con su Jefe logran entrar á México, y en el sitio que siguió hasta Junio, defienden la línea de fortines que ligaban la Garita de Peralvillo con las de Vallejo y San Lázaro. Hammerstein fué herido gravemente en la trinchera el 25 de Mayo, y murió dos dias después.

racruz, haciéndose escoltar por los tres escuadrones de húsares austriacos. La noticia del alejamiento del Emperador produjo vivísima emoción en la capital y á la vez fueron muy amargos los últimos momentos que pasó Maximiliano en el Palacio de Chapultepec, enfermo del espíritu y del cuerpo, vencido por la irremediable marcha de los acontecimientos, muertas sus ilusiones y esperanzas, recordando los días dichosos trascurridos en su país natal, cuando soñaba con la gloria de ceñirse una corona.

Maximiliano sabía que su esposa no podía regresar pronto, aun suponiendo que hubiese logrado éxito feliz en el Vaticano, pues que tenía necesidad de permanecer algún tiempo en Bruxelas con motivo de la sucesión del rey Leopoldo; pero deseaba que se colocara un cordón de tropas entre México y Veracruz, destinadas á darle á él mismo seguridad en su descenso á la costa. Bazaine se presentó á la cita que le había hecho el Emperador; pero no fué recibido, y se le suplicó que esperara otra nueva cita. Encontrándose Maximiliano en una situación tan crítica, no se atrevía á seguir un partido determinado.

Al regresar á Mexico Bazaine, supo que había desembarcado el general Castelnau y recibió concluyentes instrucciones, fechadas en Paris el 12 de Septiembre. La pérdida de Tampico empeoraba la situación é impedía tomar los productos de aquella aduana. Por lo mismo, Napoleón estaba resuelto á retirar sus tropas en masa, de manera que se completara la evacuación en la próxima primavera; se le mandaba al comandante en jefe que protegiera la bandera contra cualquier insulto y en caso necesario afirmara el poder y la preponderancia de las armas francesas. Bazaine fué informado también, de que los Estados Unidos se manifestaban recelosos de que Napoleón no cumpliera los compromisos que tenía contraidos, en cuanto á la retirada de las tropas, según un despacho de Mr. Seward á Mr. Bigelow, firmado el 8 de Octubre.

Este ministro residente en Paris, tuvo una entrevista con el marqués de Moustier que acababa de ser nombrado Ministro de Negocios Extranjeros; en ella le expuso que Francia deseaba continuar en buenas relaciones con los Estados Unidos, y que en nada se variaría lo acordado entre ambos gobiernos, ni se tendría en cuenta la convención concluida con Maximiliano, y que aunque los disidentes ganaban terreno, no tenía el Emperador la intencion de rechazarlos, y que solamente se tendría en consideración el reocupar á Tampico; que el Emperador nada deseaba más que desembarazarse de todos los compromisos que tenía con México, luego que pudiera hacerlo con dignidad y honor; que con el apoyo de los Estados Unidos, estos proyectos podrían avanzar indudablemente; comunicaba además Mr. Bigelow, que se había concluido un contrato con la línea de vapores franco-mexicana, para repatriar todo el ejército expedicionario en Marzo ó aun en el otoño que estaba próximo.

De las instrucciones del Gabinete francés, brotaba á primera vista el programa muy claro de pedir la abdicación de Maximiliano, programa preparado con anticipación y que se esperaba no tardaría en dar el resultado que se buscaba.



El Barón Hammerstein,

TENIENTE CORONEL DE LA LEGIÓN AUSTRIACA.

Formó al retirarse la Intervención francesa, un batallón de ochocientas plazas, de las que una tercera parte fué de mexicanos, y las otras dos de extranjeros, en su mayoría austriacos pertenecientes á la Legión licenciada para que regresara á Europa. El batallón llevó el nombre de su Jefe, y permaneció en la capital del Imperio cuando Maximiliano fué á encerrarse en Querétaro. En la derrota sufrida por los imperialistas al mando del General Leonardo Márquez, el 9 de Abril de 1867 en San Lorenzo, se halló el batallón Hammerstein á retaguardia, protegiendo la retirada, y perdió cerca de la mitad de su efectivo, ó sea trescientos cincuenta hombres. Los restantes, con su Jefe logran entrar á México, y en el sitio que siguió hasta Junio, defienden la línea de fortines que ligaban la Garita de Peralvillo con las de Vallejo y San Lázaro. Hammerstein fué herido gravemente en la trinchera el 25 de Mayo, y murió dos dias después.

Si Maximiliano se avenía á abdicar, decían las instrucciones, se debería reunir un Congreso, promover la ambición de los diferentes jefes disidentes que estaban con las armas en la mano, y discernir la presidencia de la República, excepto á Juarez, al que diera más ventajas sérias á la Intervención. Castelnau creía que á pesar de la mala acojida que había tenido por parte del Emperador mexicano, este contribuiría al éxito de la misión que traía, pues que expontáneamente se alejaba de la capital, disminuyendo así las dificultades con que habría de tropezar. El alejamiento voluntario de Maximiliano, dejaba libre el lugar á todas las combinaciones gubernamentales y al pronto regreso del cuerpo expedicionario, quedando garantizados los intereses franceses con la restauración de la República, cuya caída había costado á la Francia tanto oro y sangre inútilmente gastados.

Según la carta de M. Eloin á Maximiliano, cuyo original fué á parar en el departamento de Estado en Washington, se anunciaba que el General Castelnau llevaba encargo del Emperador Napoleón, para inducir vivamente á Maximiliano á abdicar, antes de que salieran las tropas francesas. A la vez expresaba Eloin la convicción de que Maximiliano no debía abandonar á México, y le aconsejaba que, libre de la Intervención extranjera, apelase nuevamente al pueblo. Fué discutida la autenticidad de esta carta, publicada en *La Voz de América*, sostenida por algunos periódicos y negada por otros.

Sentía Eloin que no hubiesen llegado á Maximiliano diversas cartas y despachos que le había dirigido bajo la cubierta del conde de Bombelles; pero estaba muy ageno de que este individuo hubiese abandonado á México. En su travesía por el Austria había notado Eloin el gran descontento que reinaba; el Emperador estaba decepcionado; el pueblo se impacientaba y le pedía públicamente que abdicase, y las simpatías hácia Maximiliano se manifestaban ostensiblemente en todo el territorio del Imperio. Aseguraba Eloin que en Venecia un partido quería aclamar á su antiguo gobernador y si no se había declarado era porque el gobierno disponía de las elecciones.

No se necesitaba más para inclinar el espíritu de Maximiliano, siempre propenso á guiarse por ilusiones é impresionado por las novedades, á poner en planta los consejos de su director Eloin; nuevas aventuras le proporcionaba el porvenir; ya no era la corona de México, sino la de Austria y la de Venecia y tal vez la de Polonia, el punto objetivo de su ambición. Existían, en efecto, después de la derrota de Sadowa, trabajos hechos á favor de Maximiliano y que obligaron al gobierno austriaco á dirigir un despacho al embajador Barón de Lago, prohibiendo al Archiduque regresar al territorio austriaco, si había de volver con el título de Emperador. Además la madre de Maximiliano que conservaba por él especial predilección, le conjuraba á sostenerse en las ruinas de México, antes que dejarse sobajar por la política francesa.

Después de haber meditado los consejos de Eloin y cegado por su ambición, olvidó los peligros que le rodeaban y tornó á tomar las riendas del poder y á entregarse al partido reaccionario que le ofrecía dinero y ejército, con objeto de

llevar adelante la apelación al pueblo mexicano. En esos momentos esperaban en México las autoridades francesas, la noticia definitiva del reembarque de Maximiliano, cuyo gobierno consideraban que solamente existía en el nombre, y veían graves peligros en que se prolongara una crisis que podría reunir todos los partidos contra el ejército francés. Síntomas inequívocos se presentaban de un próximo movimiento insurreccional, al grado de haber dispuesto Bazaine que se clausurara el teatro provisional levantado en la Plaza de Armas, por insultos allí vertidos contra Napoleón III, al ser presentado un retrato que acogió el público con gritos de muerte y de menosprecio. Se solicitó del Presidente del Consejo la clausura; pero si no la disponía, el capitán Oudriot con los gendarmes la llevaría á efecto, arrestando á cualquier perturbador del orden público.

Castelnau convino en que todos los franceses se concentrarían en Veracruz, para que la desocupación se efectuara en masa, á fines de Diciembre. Se estimaba en 24,000 el número de soldados del ejército expedicionario, y todos habían de ser trasportados en los buques fletados para tal objeto, diez de hélice é igual número de fragatas de vapor.

Castelnau traía también instrucciones para aconsejar á Maximiliano el plan de defensa que debería adoptar, en caso de que permaneciera en México después que el ejército se retirara; debería no diseminar sus fuerzas, sino concentrarlas en un radio corto, abandonando las provincias extremas del Imperio, que recobraría cuando su poder estuviese consolidado en el centro. En las altas esferas del gobierno frances, preocupaba mucho la determinación que tomaría Maximiliano, siendo cualquier resultado de la alternativa, un estrepitoso fracaso de la política bonapartista.

Las instrucciones que Castelnau traía para el caso de que Maximiliano se retirase, consistían en tratar con el gobierno que le sucediera, cualquiera que fuese, procurando garantizar el respeto á las personas y la salvaguardia de los intereses; pero estas instrucciones estaban concebidas de tal manera, que indicaban poca confianza en las negociaciones que debían entablarse en un caso dado. Todo hacía ver, que lo que Napoleón anunció á Forey como la gran obra de su reinado, tomaba todos los caracteres de un aborto.

Mientras que en la capital se hacía misterio acerca de la llegada del general Castelnau, un periódico de Oaxaca que parecía bien informado, aseguraba que el emisario era portador de la orden para que Maximiliano abdicase, y manifestó que á la caída de éste surgiría una convención, concluida desde antes entre los gabinetes de Washington y las Tullerías sobre la deuda francesa. Se daba á entender que la abdicación voluntaria ó forzosa de Maximiliano sería un hecho, y que el nuevo año vería triunfantes las armas de la República en todo el territorio mexicano.

Las últimas órdenes recibidas de París, acentuaron fuertemente el movimiento de concentración de los franceees hácia el centro del país, quedando al general Castelnau el cuidado de resolver el asunto de que venía encargado. Maximiliano sintió anonadada su energía y el 18 de Octubre lanzaba su última protesta contra los actos de la política francesa, quejándose amargamente de las disposiciones dictadas por el Mariscal; aseguraba que un solo ataque vigoroso bastaría para destruir las mal organizadas fuerzas de los disidentes.

Al ver Maximiliano que se retiraban las fuerzas francesas, dijo á Bazaine: que se daba á la revolución proporciones á las que jamás había llegado hasta entonces, y que el gobierno no podía reunir tropas suficientes para que por sí solas hicieran frente al enemigo, siendo ilusorio el proyecto de apoyarse únicamente en los recursos locales. Aun invocó el artículo 4º del tratado de Miramar, desgarrado hacía tres meses, cuando Napoleón declaraba á M. Bigelow, que no se emprenderían nuevos esfuerzos para reducir á los disidentes.

Castelnau tenía la misión de investigar con su propia vista, é interrogar á los hechos y á la opinión pública, si la monarquía era capaz de sostenerse aquí por sí misma; en el caso contrario, ya bien sabido en las Tullerías, debía provocar la inmediata abdicación de Maximiliano, y si éste rehusaba regresar á Europa, saldría el cuerpo expedicionario en masa y en breve plazo. Estas instrucciones que Maximiliano no conoció en toda su extensión, sino muchos días después de la llegada de Castelnau, le desalentaron y le obligaron á arrojar en la balanza el peso del elemento mexicano en el que únicamente podía ya esperar. Por una parte se exigía á Maximiliano la humillación de regresar á Austria, después de un fracaso tan resonante que comprometía su porvenir político, y por otra se le presentaba la seguridad de que perseguía una obra imposible; entre estas vacilaciones aparecía el muy natural deseo de volver al lado de su esposa, víctima de la abnegación y la mala fortuna, cuya salud estaba perdida, compeliendo á Maximiliano á ir al castillo de Miramar.

En las circunstancias en que se hallaba Maximiliano, era muy natural que fracasaran sus esfuerzos para entablar negociaciones con los republicanos y con los Estados Unidos, cerca de los cuales hizo una segunda tentativa. En los días en que había resuelto volver á Europa y cuando hacía sus preparativos en tal sentido, le llegó la carta de M. Eloin, su consejero, fechada en Bruxelas, haciéndole notar que al oponerse Napoleón III á que Osmont y Friant entraran al Ministerio, había arrojado la careta, y que pretendía que precediera al regreso del ejército una franca abdicación, único medio que le dejaría en posibilidad de reorganizar un nuevo estado de cosas, capaz de asegurar los intereses del gobierno frances y de sus nacionales. Aconsejábale Eloin que no le diera esa satisfacción á un político que debía responder tarde ó temprano, de sus actos y de las fatales consecuencias que traerían. Atribuia Eloin el aumento de las dificultades con los Estados Unidos, á trabajos del gabinete francés; pero tenía la íntima convicción de que el regreso á Austria antes que el ejército frances volviese á Francia, sería interpretado como un acto de debilidad, y que teniendo el Emperador sus poderes dimanados del voto popular, debía hacer un nuevo llamamiento al pueblo mexicano ya libre de la intervención extranjera, pidiéndole á ese pueblo el apoyo material y pecuniario indispensable para subsistir y batallar. Si el llamamiento no

era oido, regresaría Maximiliano á Europa con todo el prestígio que tuvo al salir de ella, y en los acontecimientos importantes que no dejarían de sobrevenir, haría Maximiliano el papel que bajo todos conceptos le pertenecía.

Traspirado en el público el carácter conminatorio del general Castelnau, se produjo en la sociedad mexicana gran conmoción; el Presidente del Consejo, Sr. Lares, preguntó al Cuartel general lo que ocurría, y Bazaine le contestó: que el cuerpo expedicionario no tenía otra misión que la de proteger al Imperio; á la vez echó en cara al gabinete mexicano las faltas cometidas y combatió las quejas que se le presentaban contra el cuerpo expedicionario. Las instrucciones que tenía el general Castelnau eran reservadas, y por lo mismo Bazaine no podía decir qué papel les estaba reservado á las tropas expedicionarias en el porvenir. Los batallones nacionales y auxiliares habían quedado, después de la creación de las divisiones militares, á disposición de los generales mexicanos que las mandaban, y por consiguiente á las del Gobierno imperial que les comunicaba sus órdenes, ya por medio del Ministerio de la Guerra, ya por los comisarios imperiales, guardando el mariscal francés, desde esa época, el limitado papel de dar consejos ó el apoyo de sus tropas, y proporcionar, además, material y fortificar las plazas de guerra, ó las ciudades importantes que al ser evacuadas se entregaban á tropas imperialistas; con este motivo quejábase Bazaine de que estas no las hubieran defendido debidamente.

El Gabinete de las Tullerías tenia tal seguridad en el próximo derrumbe del trono de Maximiliano, que con presteza había ordenado á sus diplomáticos que anudaran relaciones con el general González Ortega, quien aparecía competidor terrible de Juárez cuyos poderes debían haber fenecido, teniendo en cuenta también la influencia de que gozaba entre los que le habían seguido en la revolución que trajo el triunfo de la Reforma y en la guerra contra la misma Francia.

Maximiliano entró á Orizaba en medio de la valla de infantería francesa y de las guardias nacionales, y al estrépito de los cohetes y las campanas que repicaban á vuelo. Se alojó en la casa de la familia Bringas, lugar donde se reunían los amigos de la Intervención y tenian conciliábulos; durante la semana que permaneció allí no salió á la calle sino para ir á los baños. Cuando el correo de Europa le llevó noticias infaustas de la salud de la Emperatriz, se trasladó á la hacienda de Jalapilla, cercana á la ciudad y con hermosos plantíos de cafetales y campos de caña dulce. Aun vacilaba en presentar públicamente su resolución de abdicar y entonces el padre Fischer, asegurándole que el cuerpo y el espíritu necesitan reposo, le detuvo en aquella soledad, fomentó las intrigas del partido reaccionario, que veía llegar su ruina completa con la caída de la monarquía, y quitaba del conocimiento del Emperador la importancia y la rapidez de los movimientos que verificaban con feliz éxito los republicanos. En aquel retiro y á la sombra del misterio, se verificaron las entrevistas de los agentes clericales que se empeñaban en detener á Maximiliano en el territorio de México, cuando ya una parte de equipaje imperial estaba embarcado á bordo de la fragata austriaca "El Dandolo," anclada en Veracruz.

En aquellos momentos de angustiosa congoja, recibió por la vía de los Estados Unidos un despacho telegráfico, anunciándole que la Emperatriz Carlota daba señales de haber perdido el juicio; esta noticia llevó al espíritu de Maximiliano el veneno de la desesperación.

Las cartas que Maximiliano recibía de la corte de Viena, íntimas ú oficiales, le alentaban para quedarse en México y para no pensar en volver á Austria, habiendo entre ellas alguna de la Archiduquesa Sofía, que hacía vacilar el ánimo, pues en el mes de Noviembre aun se inclinaba su hijo á la abdicación. Por ese tiempo corrió el rumor de haber sido llamados á Orizaba los Sres. Castelnau y Danó, para comunicarles las condiciones de abdicación; pero se aseguró que éstos rechazaron presentarse á la cita, lo cual fué para Maximiliano una nueva herida, que no podía menos que clamar venganza: y es seguro que entonces vió en el gobierno francés el peor de sus enemigos y en los agentes de este gobierno individuos molestos y aun odiosos.

En esos críticos instantes, se presentó á Mr. Herzfeld el jefe del Ministerio, Sr. Lares, y declaró en nombre de sus colegas, que tan pronto como el Emperador saliera de la capital, se retiraría todo el Ministerio y dejaría de haber gobierno. Herzfeld avisó inmediatamente á Bazaine lo que ocurría, pues era tan grande el estado de dibilidad en que se hallaba Maximiliano, y tal su insistencia en alejarse de la capital, que se hacía necesario que el general en jefe francés dictara algunas disposiciones.

Bazaine escribió al momento una comunicación al Presidente del Consejo, diciéndole que era faltar á la lealtad y la generosidad, el abandonar al Emperador en aquella situación, y que si los ministros persistían en su renuncia, se vería obligado á dictar para con ellos las disposiciones que el caso requería. Cerca de las oraciones había llegado Mr. Herzfeld al palacio de Buena Vista, para pedir consejo sobre la situación de parte de Maximiliano, respecto al proyecto definitivo de la abdicación; los ministros contestaron que permanecerían en sus puestos y Bazaine avisó á Maximiliano que podía marchar y viajar con toda seguridad, encargándose él de todo. Veía Bazaine que las probabilidades en consolidar la monarquía disminuían, y no creía conveniente detener á Maximiliano, sino dejarle en libertad de seguir sus propias inspiraciones, pues consideraba que era preciso ganar tiempo para que los destacamentos franceses, de los que algunos estaban hasta seiscientas leguas de México, se concentraran y replegaran al grueso del ejército. El Mariscal calculaba que una abdicación brusca desencadenaría la insurrección en todo el país, y para evitarla creyó bueno que Maximiliano pretextara la ausencia provisional, pudiendo instalar una Regencia que con suavidad llamase al país á otra forma de gobierno. El plan del Mariscal tendía á que Maximiliano fechase su abdicación en Europa, creyendo que así se evitaría un sacudimien-

to fuerte y quedaría á salvaguardia el ejército expedicionario. A este plan quería atraer al Emperador.

Prefirió Maximiliano contrariar la política francesa que tendía vigorosamente á la abdicación, para poder tratar entonces con aquellos que había calificado de bandidos. Había en la conducta de los franceses, ataques punzantes que herían muy particularmente á Maximiliano. Los jefes del partido conservador, Lares, Miramón y Márquez, ayudados por el embajador inglés Secarlett y otros, le aconsejaron que no incurriese en el reproche que se le haría á la Francia, acusada de abandonar á los que se habían comprometido por ella. Atormentado entre los consejos de su inteligencia, que le demostraba la imposibilidad material de la lucha, y su altivez que le sujería la imposibilidad moral de la retirada, al fin se decidió Maximiliano por el partido más generoso pero menos razonable. "No quiero, dijo, que se me acuse de haber venido y regresado en los furgones del ejército frances. No quiero dejar sin apoyo á los que se han comprometido por mi causa. No puedo sufrir que esas gavillas de foragidos se precien de haber hecho huir á un Europeo, á un Príncipe."

Al recibir la contestación del general Bazaine, diciéndole que podía salir de la capital cuando bien le pareciera, se encontraba Maximiliano agitado paseándose en uno de los salones del palacio de Chapultepec, y pronunció estas palabras: "No puedo dudar ya, mi esposa está loca. Estas gentes me matan poco á poco. Estoy agotado. Dad las gracias al Mariscal por esta nueva prueba de adhesión. Parto esta noche y si desea escribirme, hé aquí mi itinerario." Iba á Orizaba, donde ya presentía la pública opinión que tomaría una resolución definitiva.

Para dar cualquier paso en sentido de apelación al voto popular, era indispensable que se diera una tregua á los combates; en este asunto el comandante en jefe francés manifestó á Maximiliano, que no podía ni tenía poderes para firmar un armisticio con los liberales, siéndole vedado modificar el programa militar del cuerpo expedicionario; en cambio continuaría activamente la evacuación del territorio, disminuyendo día por día el número de las plazas ocupadas por el ejército francés.

A las dos de la madrugada del 21 de Octubre, tres coches escoltados por los tres escuadrones de húsares austriacos y por gendarmes húngaros, recorrían la calzada de la Piedad. Acompañaban á Maximiliano, el padre Fischer, el Ministro Arroyo, el coronel Kodolich y el Dr. Basch. Pasó la noche en la hacienda de Zoquiapa, desde donde escribió á Bazaine con fecha del mismo 21 de Octubre, diciéndole que al siguiente día le mandaría los documentos necesarios para poner fin á la situación violenta en que se encontraba, no sólo su porvenir, sino México entero, cuyos documentos habían de quedar reservados hasta el día que por telégrafo se le indicara al Mariscal; y á la verdad, nunca llegaron á poder de éste. Le manifestaba que quería desprenderse de la responsabilidad que le resultase en tres asuntos: de los cuales uno era relativo á que las Cortes Marciales dejaran de tener intervención en los delitos políticos; pedía que la ley de 3 de Octubre



Doctor Samuel Basch

Las enfermedades de que adolecía el Príncipe Maximiliano de Hapsburgo, se agravaron durante el sitio de Querétaro, puesto por el ejército republicano de Marzo á Mayo del año de 1867. El Dr. Samuel Basch atendió al enfermo con tal solicitud, que más que médico era un amigo, á quien confiaba sus penas y le hizo depositario de sus esperanzas, aun las de ultratumba. La memorable noche del 14 al 15 de Mayo, víspera de la caída de Querétaro, recrudecieron los dolores que molestaban á Maximiliano, y para calmarlos le ministró Basch una píldora de opio á las tres de la madrugada. En la prisión acompañó Basch á Maximiliano, hasta que fué separado el 14 de Junio por orden del general Escobedo, considerándole complicado en la conspiración urdida para libertar al Príncipe. Pero después se le permitió al Doctor volver al lado de Maximiliano, y por orden de éste formó una lista de las personas á quienes el sentenciado á muerte quería dejar algún recuerdo; le entregó una sortija y un escapulario para la Archiduquesa Sofía, madre del reo, y le recordó las recomendaciones que con anticipación le tenía hechas. Basch estrechó por última vez la mano del Príncipe, al bajar el último peldaño de la escalera en la prisión de las Capuchinas. El Doctor se sintió sin fuerzas para seguir á Maximiliano hasta el patíbulo; pero presenció el embalsamamiento del cadáver en la iglesia de las Capuchinas.

to fuerte y quedaría á salvaguardia el ejército expedicionario. A este plan quería atraer al Emperador.

Prefirió Maximiliano contrariar la política francesa que tendía vigorosamente á la abdicación, para poder tratar entonces con aquellos que había calificado de bandidos. Había en la conducta de los franceses, ataques punzantes que herían muy particularmente á Maximiliano. Los jefes del partido conservador, Lares, Miramón y Márquez, ayudados por el embajador inglés Secarlett y otros, le aconsejaron que no incurriese en el reproche que se le haría á la Francia, acusada de abandonar á los que se habían comprometido por ella. Atormentado entre los consejos de su inteligencia, que le demostraba la imposibilidad material de la lucha, y su altivez que le sujería la imposibilidad moral de la retirada, al fin se decidió Maximiliano por el partido más generoso pero menos razonable. "No quiero, dijo, que se me acuse de haber venido y regresado en los furgones del ejército frances. No quiero dejar sin apoyo á los que se han comprometido por mi causa. No puedo sufrir que esas gavillas de foragidos se precien de haber hecho huir á un Europeo, á un Príncipe."

Al recibir la contestación del general Bazaine, diciéndole que podía salir de la capital cuando bien le pareciera, se encontraba Maximiliano agitado paseándose en uno de los salones del palacio de Chapultepec, y pronunció estas palabras: "No puedo dudar ya, mi esposa está loca. Estas gentes me matan poco á poco. Estoy agotado. Dad las gracias al Mariscal por esta nueva prueba de adhesión. Parto esta noche y si desea escribirme, hé aquí mi itinerario." Iba á Orizaba, donde ya presentía la pública opinión que tomaría una resolución definitiva.

Para dar cualquier paso en sentido de apelación al voto popular, era indispensable que se diera una tregua á los combates; en este asunto el comandante en jefe francés manifestó á Maximiliano, que no podía ni tenía poderes para firmar un armisticio con los liberales, siéndole vedado modificar el programa militar del cuerpo expedicionario; en cambio continuaría activamente la evacuación del territorio, disminuyendo día por día el número de las plazas ocupadas por el ejército francés.

A las dos de la madrugada del 21 de Octubre, tres coches escoltados por los tres escuadrones de húsares austriacos y por gendarmes húngaros, recorrían la calzada de la Piedad. Acompañaban á Maximiliano, el padre Fischer, el Ministro Arroyo, el coronel Kodolich y el Dr. Basch. Pasó la noche en la hacienda de Zoquiapa, desde donde escribió á Bazaine con fecha del mismo 21 de Octubre, diciéndole que al siguiente día le mandaría los documentos necesarios para poner fin á la situación violenta en que se encontraba, no sólo su porvenir, sino México entero, cuyos documentos habían de quedar reservados hasta el día que por telégrafo se le indicara al Mariscal; y á la verdad, nunca llegaron á poder de éste. Le manifestaba que quería desprenderse de la responsabilidad que le resultase en tres asuntos: de los cuales uno era relativo á que las Cortes Marciales dejaran de tener intervención en los delitos políticos; pedía que la ley de 3 de Octubre



Doctor Samuel Basch

Las enfermedades de que adolecía el Príncipe Maximiliano de Hapsburgo, se agravaron durante el sitio de Querétaro, puesto por el ejército republicano de Marzo á Mayo del año de 1867. El Dr. Samuel Basch atendió al enfermo con tal solicitud, que más que médico era un amigo, á quien confiaba sus penas y le hizo depositario de sus esperanzas, aun las de ultratumba. La memorable noche del 14 al 15 de Mayo, víspera de la caída de Querétaro, recrudecieron los dolores que molestaban á Maximiliano, y para calmarlos le ministró Basch una píldora de opio á las tres de la madrugada. En la prisión acompañó Basch á Maximiliano, hasta que fué separado el 14 de Junio por orden del general Escobedo, considerándole complicado en la conspiración urdida para libertar al Príncipe. Pero después se le permitió al Doctor volver al lado de Maximiliano, y por orden de éste formó una lista de las personas á quienes el sentenciado á muerte quería dejar algún recuerdo; le entregó una sortija y un escapulario para la Archiduquesa Sofía, madre del reo, y le recordó las recomendaciones que con anticipación le tenía hechas. Basch estrechó por última vez la mano del Príncipe, al bajar el último peldaño de la escalera en la prisión de las Capuchinas. El Doctor se sintió sin fuerzas para seguir á Maximiliano hasta el patíbulo; pero presenció el embalsamamiento del cadáver en la iglesia de las Capuchinas.

fuese revocada de hecho y que por ningún motivo hubiera persecuciones políticas, debiendo concluir toda clase de hostilidades; quería que Bazaine, poniéndose de acuerdo con los Ministros Lares, Marín y con el general Tavera, conviniera las medidas indispensables para asegurar los puntos propuestos, sin que fuera necesario que se externara lo relativo á los documentos que pondrían término á la situación violenta del país, esto es, á su proyecto de abdicación, manifestando que en los momentos en que iba á dejar el país el Soberano, deseaba que ya no corriera más sangre y que para ello se aboliera la ley de 3 de Octubre. Bazaine reunió á los Ministros, les comunicó los deseos del Emperador y quiso que fueran cumplidos; pero los Ministros Lares y Marín se mostraron poco dispuestos á secundar los propósitos de Maximiliano, y Bazaine añadió que no era posible que cesaran las hostilidades ante los ataques de los republicanos.

Sin entrar á la ciudad de Puebla, pernoctó Maximiliano en el Molino del Puente, donde le dió guardia una fuerza del 51 de línea y continuó su viaje para Orizaba.

La noche siguiente pidió hospitalidad en el arruinado curato de la Cañada, y durmió en un cuarto frío y desamueblado que estaba en armonía con los tristes sentimientos del monarca.

A las siete de la mañana dispuso que continuara la comitiva su marcha para Orizaba. Espesa neblina cubría el vasto horizonte que se desarrolla ante las cumbres que Maximiliano descendía á pie, aunque iba atacado por las calenturas; dejó el coche y envuelto en un abrigo gris, y cubierto con un sombrero blanco de alas angostas, bajó rápidamente las montañas que dominan la Tierracaliente, pensativo, con la cabeza inclinada y la vista fija en el suelo; seguíale su fiel compañero el Dr. alemán Basch; deteníase á veces para tomar aliento, esperar la escolta y mirar una vez más aquellos grandiosos panoramas que él se figuró contemplar por la última vez. En Acultzingo tomó un frugal almuerzo que le ofreció el cura; allí se notó que habían desaparecido las ocho mulas blancas que tiraban los coches de la corte y fué preciso esperar á que se consiguieran otros tiros por vía de requisición. Al oscurecer llegaba la comitiva al Ingenio, donde multitud de personas á caballo y á pie la esperaban para aclamar y escoltar á Maximiliano hasta Orizaba, á donde quería entrar sin la escolta francesa.

Maximiliano en este viaje á Orizaba fué parando en los curatos, y aunque había dispuesto sus jornadas de manera que no se encontrara con el general Castelnau, estuvieron ambos en la aldea de Ayotla á la hora del almuerzo; pero el enviado de Napoleón III no logró conferenciar y se resignó á partir sin desempeñar toda la gran misión que traía. Ninguna guerrilla molestó á Maximiliano en su viaje, aunque ya del lado de Oaxaca se verificaba el considerable levantamiento de republicanos al mando de Porfirio Díaz. El 24 de Octubre pernoctó Maximiliano en el curato de Acatzingo y entre este punto y la Cañada, se aumentó su escolta con un escuadron de la contraguerrilla francesa. Maximilia-

no no prescindió del obstinado silencio que guardara desde su salida de Chapultepec.

El 27 de Octubre llegaba á Orizaba; descansó por algunos días de las fatigas del viaje, buscando distracciones en salidas cuotidianos á pie ó á veces á caballo, mientras llegaba la hora de embarcarse, pues mucha parte de su equipaje estaba ya en Veracruz, y se esperaba por instantes que partiera, cuando llegaron á Orizaba Miramón y Márquez que hasta entonces habían estado alejados de su país. Ese mismo día fueron llamados por Maximiliano que ocupó varias horas en conferenciar con ellos; poco después convocaba á los Ministros de Estado para juntas que se verificaron el 20 de Noviembre; el acta de abdicación era despedazada y el 22 sabía por una proclama el pueblo mexicano, que el Emperador conservaba siempre las riendas del gobierno.

Veíase en el viaje de Maximiliano, el preludio de una abdicación; la conmoción pública crecía por momentos en la capital al anunciarse la renuncia del Ministerio, que en los primeros momentos rehusaba asumir las responsabilidades de la situación en ausencia del Emperador, y después consintió en conservar el gobierno mediante la promesa imperial, de que la escursión á Orizaba sería de poca duración. Bazaine ofreció al jefe del Ministerio sostener sus providencias administrativas.

Entretanto la alarma y la agitación cundían en la capital; la *Estaffette* fué suspendida por algunos días á causa de haber publicado conceptos y noticias que demostraban la debilidad del Imperio y su marcha á la ruina segura. Se efectuaban porción de prisiones aun de personas empleadas en los Ministerios y continuaban las rogaciones y procesiones, pidiendose el remedio de las calamidades públicas. La procesión para volver las imágenes de Santa Teresa y la Soledad á sus respectivos templos, fué un acto religioso solemne por la pompa y el brillo en esa vez desplegados; vióse allí al Arzobispo, á todo el clero, las cofradías, autoridades y funcionarios públicos y muchos oficiales del ejército; recorrió la comitiva las calles centrales conduciendo las andas en que iban las imágenes. Asistieron también á ese acto religioso todas las damas de Palacio y muchas señoras de las familias más distinguidas de la capital, luciendo sus cruces las que estaban condecoradas.

El Ministerio de la Guerra activaba la formación de los batallones de cazadores, siendo urgente necesidad el organizar sin demora el ejército nacional, pues se hacía indispensable cambiar las bases para el reclutamiento que era forzoso y se repartía entre los hacendados, estableciendo el de leva ya conocido y empleando oficiales de confianza conforme á órdenes expresas del Mariscal Bazaine.

El general Castelnau no destituyó á Bazaine según lo deseaba Danó, aunque tampoco inculpó á éste por su mala-ventura en el difícil camino de la diplomacia; más bien, en compañía de ambos, se consagró á conseguir la realización de los designios de su Soberano. Con este objeto y ante todo, hizo levantar una acta en que los tres reconocían como único medio de obtener la pacificación del

país, el que Maximiliano abdicara el poder. No fué un secreto ni difícil ver el original de esta acta, cuya copia publicó M. de Keratry, y se la hicieron saber al Emperador, acompañándola con cartas separadas de los tres personajes, en las que desarrollaban ampliamente las razones que fundaban su opinión, y aun le proponían candidatos en favor de los cuales podría dejar la administración pública.

Empeñosamente se habían buscado personas que aceptaran aquel gobierno provisional; erizado de dificultades y que no solamente se había de desempeñar sin gloria, sino qué se le abandonaría vergonzosamente. Los imperialistas leales al jefe que habían reconocido y admitido, no quisieron sacrificar su conciencia en bien de los franceses; los republicanos, los enemigos de las personas que componían la administración del Sr. Juárez, habrían querido recoger con gusto el girón de gobierno para oponerlo á sus correligionarios que iban á triunfar, y tal vez solamente algunos conservadores obcecados habrían admitido el poder para entregarlo al general Santa-Anna, que debía suponerse agraviado por la mala aceptación que tuvo su Manifiesto de Elizabethport. Pero ni los liberales exaltados, ni los reaccionarios resueltos, podían servir para salvar las dificultades con que tropezaban los franceses, siéndoles necesario á éstos para salir avante, contar con personas de buen nombre y que dieran algo de su honradez en beneficio de una Convención, toda humillación y vergüenza.

Los candidatos que los franceses proponían á Maximiliano para el gobierno, negaban su consentimiento para semejante postulación; aun hubo quien ignorase que se hubiera pensado en él para ese puesto y llegó á saberlo demasiado tarde y en circunstancias muy difíciles.

En esos momentos tan críticos, los recursos de Maximiliano llegaban al completo agotamiento, al declarar en París la comisión de hacienda, que no tenía fondos para pagar el rédito semestral de Octubre, á los tenedores de obligaciones premiadas referentes á los empréstitos. Con este motivo habían sido dirigidas al gobierno de Napoleón numerosas reclamaciones, por los portadores de aquellos títulos, y llevaron su disgusto hasta hacer demostraciones tumultuosas en la puerta de las oficinas de dicha comisión. Los tenedores de esas obligaciones pertenecían en casi su totalidad á la clase pobre y eran cerca de trescientos mil.

Aquí, el gobierno de Maximiliano, conforme al tratado Arroyo-Danó quedaba también sin recursos, pues no recibiría de las aduanas ni un centavo, y aun en el caso más favorable, apenas obtendría un corto auxilio de las aduanas que habrían de quedar á disposición de los comisarios franceses, conforme á la Convencion que el gobierno francés había declarado que comenzaría á regir desde el 1º de Noviembre próximo.

Si con la precepción total de los derechos no se podía cubrir el presupuesto de gastos, era seguro que aumentaría considerablemente el *déficit*, al disminuir casi hasta el agotamiento los recursos. Tomadas las rentas de Veracruz y eva-

cuados los puertos de Tampico, Mazatlán y Acapulco, no quedaban más que los exiguos productos de Sisal y Campeche, lo cual demostraba que era imposible que se sostuviera la administración pública con la Convención fechada el 30 de Julio, y no se comprende que el nuevo Ministerio aceptara una situación hacendaria que le era imposible dominar, lo mismo que Maximiliano, quien debía preguntarse con qué recursos contaba para hacer frente á las crecientes dificultades que surgían, ya de la situación nuevamente creada en México, ya de la necesidad que tenía la Francia de cubrir con el dinero mexicano los compromisos en que había salido fiadora.

El 20 de Octubre al anunciar Maximiliano que se alejaba de la capital, añadió que ya expedía las órdenes para verificar su marcha esa misma noche. En esa carta á Bazaine le dió las gracias, así como á la Mariscala, por las frases de consuelo y pésame que le acababan de enviar, le decía que los médicos le habían ordenado, tanto para los últimos golpes que recibiera su corazón, cuanto para combatir las calenturas intermitentes que desde hacía tiempo minaban su salud, la permanencia momentanea en un clima más suave. También quería llegar á Orizaba, para recibir el correo extraordinario que se le había anunciado de Miramar, por cuyas noticias sentía una ansiedad fácil de comprender. Confiado en el tacto de Bazaine, le dejaba el sostenimiento de la tranquilidad pública en la capital y demás puntos importantes que ocupaban las tropas francesas, contando en aquellas circunstancias dolorosas y difíciles, con la lealtead y amistad que Bazaine le había atestiguado. Le enviaba el itinerario que iba á seguir, con la escolta de los tres escuadrones de húsares austriacos y los gendarmes disponibles. El consejero del Estado Herzfeld le daría al Mariscal los demás detalles que quisiera.

Horas antes de tomar el coche para salir de México, nombró Maximiliano al Sr. Antonio Morán comisario imperial, para que concurriera á las sesiones de los prelados mexicanos, ya reunidos en la capital con objeto de tratar el asunto del Concordato, y le recomendó que desde luego comenzaran las conferencias.

¿Qué va á ser de nosotros? tal era la pregunta que se hacían los imperialistas, al saber que se retiraban los franceses. Sin embargo, se esperaba aún mucho de la misión de la Emperatriz Carlota; se leía y comentaba el tratado de Miramar, se recordaban las continuas y públicas declaraciones lanzadas en la tribuna francesa, y se argumentaba con el renombre que de generosa y leal había adquirido la política francesa. Pero todas estas consideraciones se nulificaban ante la realidad; en el mes de Noviembre no había ya duda, el 16 se anunció que la Francia retrocedía ante la imposibilidad de sostener por más tiempo una causa definivamente juzgada y perdida. Entonces la pregunta general fué: ¿qué harían los comprometidos con la Intervención, cuando los expedicionarios se marcharan? todos se mostraban atemorizados, muchos se sentían culpables, y ya pronunciaban con terror los nombres de los jefes republicanos que iban á ser los dueños de la situación.

Antes de dejar el cetro, aún tentó Maximiliano á la fortuna, de la que solamente esperaba un auxilio tan necesario para su ambición herida de muerte, así como lo estaban su orgullo y su corazón. Escribía á Bazaine con fecha 31 de Octubre, informándole que en las circunstancias difíciles en que se encontraba, si las negociaciones que había entablado no le conducían á un feliz resultado, se vería obligado á devolver los poderes que la Nación le había confiado; "pero debo ante todo, fijar la suerte de los cuerpos voluntarios austriacos y belgas, garantizándoles el perfecto cumplimiento de las condiciones estipuladas con ellos;" para esto comisionó al coronel Kodolich, en quien tenía entera confianza, nombrándole comandante del cuerpo de voluntarios austriacos y le revistió con poderes para arreglar este asunto con Bazaine, á quien Maximiliano confiaba la suerte de aquellos batallones que tanto le interesaban.

Abrumado Maximiliano en Orizaba con la pena que le causaban los padecimientos de la persona que le era tan querida; instado por los franceses para dejar el país, y al mismo tiempo por los mexicanos que le rodeaban, para que no abandonase el gobierno, fluctuaba entre los extremos, sin resolverse á tomar partido ninguno; dejaba pasar aquellos momentos tan preciosos para prepararse á la guerra si había de permanecer en México, ó para dejar sistemada la nueva administración, si por fin decidía abdicar los poderes que ya no podía ejercer por falta de energía. La presión en que luchaba su ánimo y el húmedo clima de Orizaba, influyendo sobre su parte física, recrudecieron las calenturas intermitentes que ya le agoviaban. Tantos males físicos, tantas amarguras morales, le condujeron á una postración que apenas le permitía ocuparse de los negocios. Pasaba los días dentro de su alcoba, ligeramente vestido y en la más absoluta soledad; solía algunas veces dedicar cortos ratos á conversar sobre Historia nacional con un sabio amigo suyo que le acompañaba, y concedía pocos minutos á hablar de los asuntos públicos con su Secretario particular el Presbítero D. Agustín Fischer.

Muchos de los rumores que circulaban resonaron en los oidos de Maximiliano, quien había sabido por varios conductos fidedignos la verdad de lo que se propalaba, y estos díceres agravaron los cuidados que le aquejaban por la suerte de la Emperatriz, impulsándole á dejar la capital para retirarse á un punto solitario, en donde pudiera entregarse todo entero á su dolor, y tomar una resolución libre de la influencia del ejército francés, designio que ejecutó el 21 de Octubre, al nacer la aurora, deteniendo su marcha cerca de Ayotla, al saber que tal vez Castelnau pernoctaría en Puebla aquel día.

Seis días había tardado Maximiliano en llegar á Orizaba, en tanto que Castelnau llegaba á la capital el 22 de Octubre á la una de la tarde. Dejaba Maximiliano el gobierno de la capital en manos de sus Ministros; pero *L' Estafette*, periódico que continuaba siendo el órgano de la política francesa, al anunciar esta retirada, le dió el colorido de una abdicación y aseguró que el Mariscal había quedado investido con el carácter de Lugarteniente del Imperio. *La Patria*, periódico oficial mexicano, desmintió tal especie, y el gobierno hizo un apercibimiento al

diario francés por la falsa noticia que había dado; en seguida se levantó este apercibimiento y la ciudad entró en alarma espantosa que muy pronto se comunicó á todos los demás puntos del Imperio, dando lugar á noticias inventadas, á comentarios exagerados y á mil suposiciones que en medio de su falta de exactitud, festinaban el desenlace de los acontecimientos, y hacían imposible una solución ordenada y pacífica del gran problema que Maximiliano tenía que decidir.

Interesábase Maximiliano en aquellos momentos, en no salir del territorio mexicano sino después que el ejército francés se hubiese alejado; su secretario M. Eloin así se lo aconsejaba en sus cartas, como el único medio para volver á Europa con algún resto de prestigio, impulsándole á que tuviera la entereza suficiente para resistir á las prescripciones de Napoleón, quien tanto le había ofendido con las humillaciones sin cuento que le había ocasionado, desde hacerle cambiar el título de Archiduque de Austria por el de un manequí que se presta con docilidad y candor á todas las instigaciones, hasta ceder por la convención de 30 de Julio todas las rentas de México, para que al fin viniera Napoleón resolviendo en el periódico oficial, que los militares franceses no podían obtener su permiso para ser ministros del Emperador Maximiliano.

Pasó rápidamente la época bonancible del Imperio presidido por Maximiliano; éste reconoció el error que había cometido y llamó al fin á su lado á sus verdaderos partidarios, para que le ayudaran á salir de la difícil y peligrosa situación en que estaba colocado, en los momentos en que los franceses se concentraban y los republicanos ocupaban sucesivamente y casi sin esfuerzo, los más importantes lugares del país abandonados por el cuerpo expedicionario, ó por las pequeñas guarniciones imperiales mexicanas.

El vasto movimiento de retirada que ejecutaba el ejército francés, dejaba á descubierto los Estados fronterizos de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Sinaloa y Sonora; escapábanse del dominio de Maximiliano aquellas vastas soledades que había deseado conservar bajo su mando, y las tropas francesas apenas dejaban señaladas las huellas de sus pasos en terrenos que les era imposible conservar. El movimiento concéntrico se precipitó, al saberse que los partidarios de Juárez estaban á punto de obtener un empréstito de cincuenta millones en los Estados Unidos, con hipoteca de la Baja California. Se decía, como cosa segura, que González Ortega iba á entrar por Piedras Negras con diez mil filibusteros que conducían cien mil fusiles, cuarenta cañones y considerable cantidad de municiones, y que se dirigiría á Zacatecas, proyectos que le fueron revelados á Maximiliano por el prefecto de esa ciudad. El jefe Cortina se preparaba á atacar á Monterey y al Saltillo, y el general Negrete había prometido desembarcar en Tamaulipas y ocupar la Huasteca, en tanto que Corona marcharía sobre el Interior. Como comprobante de la existencia de ese plan, informó el cónsul imperial en San Francisco, que el general Müller, administrador de la aduana, acababa de autorizar el tránsito de armas y municiones que los agentes de Juárez enviaban á los republicanos de México, y que el general Vega enganchaba un gran número de soldados americanos que marcharían en pequeñas partidas sobre Sonora.

Al retirarse los franceses el Imperio creía contar aún con suficientes tropas. Según informes de Bazaine, en carta dirigida al Ministro Lares el 6 de Octubre, (1866) el ejército imperial se componía en aquella época de veintidos batallones de infantería, comprendiendo los cazadores, diez regimientos de caballería, cuatro compañías de gendarmes y la artillería é ingenieros correspondientes, formando un efectivo de 17,254 hombres. Añadiendo á esta cifra los 6,811 que componían la legión austro-belga, y los auxiliares que aún quedaban, se llegaba á la cifra de 28,000 hombres. El servicio de artillería é ingenieros había pasado desde el año anterior á cargo de oficiales mexicanos, nombrados por el Ministro de la Guerra. En Puebla había una fábrica de pólvora y cápsules, establecida por el Estado Mayor austriaco y talleres para obras en fierro, madera y cuero, dependientes del Ministerio de la Guerra y que podían proveer á las necesidades del ejército nacional. En el espacio de tres años, había distribuido el ejército francés 46,000 fusiles entre el mexicano y las poblaciones. Los batallones de cazadores seguían formándose con reclutas de los pueblos y haciendas, teniendo en cuenta el número de peones que cada una contaba.

El 27 de Octubre salían de Puebla tres cuerpos del ejército francés, en los momentos en que los restos de la fuerza de Triujeque, derrotada en la Carbonera, entraban á esa misma ciudad, donde toda la caballería, incluso la procedente de Oaxaca, se preparaba para salir rumbo á Acatzingo, á las órdenes del comandante Flores.

El Mariscal Bazaine se dirigía de México á Puebla el 2 de Octubre, para continuar los preparativos de la retirada.

El mando de las tropas en la división territorial que tenía por centro á Puebla, fué entregado por el Barón Neigre al general Aymard, con arreglo á las órdenes del Mariscal Bazaine. Este se había establecido desde el 4 de Octubre en el molino de Santo Domingo, una legua distante de Puebla, y regresó á México el día 10 del mismo mes. A Orizaba llegaba el general Courtois d' Urbal, en marcha para embarcarse en Veracruz con dirección á Francia. (1)

---

(1) El cuerpo expedicionario francés en México se componía entonces de dos Divisiones de infantería y una brigada de caballería. Las fuerzas de infantería constaban del 7º y 18º batallones de cazadores; los regimientos 7º, 51, 62, 81 y 95; cuatro regimientos de zuavos; 2º y 3º del primer regimiento y 1º y 3º del segundo; el 2º batallón de infantería ligera de Africa; un regimiento extranjero con ocho batallones. Estas veinticinco agrupaciones reunían aproximadamente veinte mil hombres. La brigada de caballería estaba compuesta de cuatro escuadrones del 12º de cazadores; dos escuadrones del 5º de húsares; tres del 1º de cazadores de Africa, dos del 2º y otros tantos del 3º, constituyendo los 13 escuadrones 1,500 ginetes. La artillería constaba de la 8ª batería del primer regimiento y de las primeras baterías de los regimientos 4º, 5º, 6º, 7º, 9º y 11º con 1,600 artilleros y 42 piezas y una sección de pontoneros. La 13ª compañía del regimiento 3º de ingenieros estaba compuesta de 120 hombres. Agregando á estos 24,000 hombres los esta-

Muchos imperialistas, comprendiendo que todo estaba perdido, únicamente conservaban esperanzas en el advenimiento de lo inesperado, aunque veían que las tropas francesas verificaban su retirada con precipitación y que los austriacos sufrían reveses considerables, resaltando el verificado en la Carbonera el 18 de Octubre, ese gran descalabro sufrido por mil quinientos imperiales, que iban en auxilio del general Oronoz sitiado en Oaxaca y hostilizado por el general Porfirio Díaz. Aquel desastre sufrido por los austriacos fué completo, sufriendo grandes pérdidas en hombres y en el material de guerra. A tan mala situación se agregaba la complicación dimanada del próximo cumplimiento de la Convención de 30 de Julio, que concedía á los comisarios franceses más de la mitad de los rendimientos diarios de la aduana de Veracruz, y esto precisamente en los momentos en que todos los recursos se le agotaban á Maximiliano, según se lo comunicaba á Bazaine con fecha 26 de Octubre, al excitarle M. Danó para que diera cumplimiento á lo pactado.

Confundíanse por esos días las rogaciones que se hacían por la salud de la Emperatriz, con el estruendo de los fusilamientos aterradores que en Tlalpam llevaba á efecto el general O' Horan, contra quien levantaron actas los ayuntamientos del Distrito, hasta entonces tan sumisos y retraídos. O' Horan oyó los plácemes que dictaba el miedo ó la prudencia, y en sus contestaciones afirmaba que el cáncer se estirpa solamente con el hierro y con el fuego, y que era necesario arrancar de la sociedad las semillas nocivas que de otro modo acabarían con ella.

En esos días insistía *L' Estafette* en que era necesario resolver la cuestión entre la República y el Imperio por el voto popular, aunque creía inútil una nueva elección que, por otra parte, sería imposible verificar en el estado de revolución que envolvía á todo el territorio mexicano.

Era el Estado de Oaxaca en aquellos momentos, el punto céntrico de las miradas del gobierno imperial. El jefe de las fuerzas juaristas en Juchitán, coronel Crisóforo Canseco, había sido intimado el 3 de Septiembre (1866) por el visitador Franco, en su calidad de jefe de las fuerzas imperiales que expedicionaban sobre Juchitán y Chiapas, para que se rindieran, y saliendo de Tehuantepec el día 4, pernoctó en Ixtaltepec y atacó á Juchitán en la mañana del siguiente día. La guarnición juarista compuesta de cuatrocientos hombres con una pieza de artillería, fué organizada para resistir el ataque de mil trescientos imperialistas de infantería y caballería, con dos piezas de montaña, incluyendo la contraguerrilla del 81 de línea. Generalizado el fuego, fueron cediendo los defensores de Juchitán, cuyos disparos no correspondían al nutrido fuego de sus contrarios, armados en su mayor parte con rifles de superior alcance, y se vieron obligados á abandonar sus piezas de artillería; pero rehechos los juaristas, tuvieron los imperiales que retirarse para Tehuantepec con grandes pérdidas.

---

dos mayores y servicios administrativos, subía á 27,000 hombres el efectivo del cuerpo expedicionario; además debía incluirse la fuerza híbrida del coronel Dupin.



D. Carlos Thiele.

Derrotada en el punto llamado la Carbonera, perteneciente al Estado de Oaxaca, el 18 de Octubre de 1866, una columna de austriacos que del Estado de Puebla iba á dar auxilio á Oaxaca, vióse obligado á capitular el jefe de esta plaza, General D. Carlos Oronoz. Para arreglar los términos de la capitulación comisionó el General Díaz á su secretario D. Carlos Thiele, quien desempeñó su encargo unido á otras cuatro personas, designadas también por el General en jefe del ejército de Oriente.

Muchos imperialistas, comprendiendo que todo estaba perdido, únicamente conservaban esperanzas en el advenimiento de lo inesperado, aunque veían que las tropas francesas verificaban su retirada con precipitación y que los austriacos sufrían reveses considerables, resaltando el verificado en la Carbonera el 18 de Octubre, ese gran descalabro sufrido por mil quinientos imperiales, que iban en auxilio del general Oronoz sitiado en Oaxaca y hostilizado por el general Porfirio Díaz. Aquel desastre sufrido por los austriacos fué completo, sufriendo grandes pérdidas en hombres y en el material de guerra. A tan mala situación se agregaba la complicación dimanada del próximo cumplimiento de la Convención de 30 de Julio, que concedía á los comisarios franceses más de la mitad de los rendimientos diarios de la aduana de Veracruz, y esto precisamente en los momentos en que todos los recursos se le agotaban á Maximiliano, según se lo comunicaba á Bazaine con fecha 26 de Octubre, al excitarle M. Danó para que diera cumplimiento á lo pactado.

Confundíanse por esos días las rogaciones que se hacían por la salud de la Emperatriz, con el estruendo de los fusilamientos aterradores que en Tlalpam llevaba á efecto el general O' Horan, contra quien levantaron actas los ayuntamientos del Distrito, hasta entonces tan sumisos y retraídos. O' Horan oyó los plácemes que dictaba el miedo ó la prudencia, y en sus contestaciones afirmaba que el cáncer se estirpa solamente con el hierro y con el fuego, y que era necesario arrancar de la sociedad las semillas nocivas que de otro modo acabarían con ella.

En esos días insistía *L' Estafette* en que era necesario resolver la cuestión entre la República y el Imperio por el voto popular, aunque creía inútil una nueva elección que, por otra parte, sería imposible verificar en el estado de revolución que envolvía á todo el territorio mexicano.

Era el Estado de Oaxaca en aquellos momentos, el punto céntrico de las miradas del gobierno imperial. El jefe de las fuerzas juaristas en Juchitán, coronel Crisóforo Canseco, había sido intimado el 3 de Septiembre (1866) por el visitador Franco, en su calidad de jefe de las fuerzas imperiales que expedicionaban sobre Juchitán y Chiapas, para que se rindieran, y saliendo de Tehuantepec el día 4, pernoctó en Ixtaltepec y atacó á Juchitán en la mañana del siguiente día. La guarnición juarista compuesta de cuatrocientos hombres con una pieza de artillería, fué organizada para resistir el ataque de mil trescientos imperialistas de infantería y caballería, con dos piezas de montaña, incluyendo la contraguerrilla del 81 de línea. Generalizado el fuego, fueron cediendo los defensores de Juchitán, cuyos disparos no correspondían al nutrido fuego de sus contrarios, armados en su mayor parte con rifles de superior alcance, y se vieron obligados á abandonar sus piezas de artillería; pero rehechos los juaristas, tuvieron los imperiales que retirarse para Tehuantepec con grandes pérdidas.

---

dos mayores y servicios administrativos, subía á 27,000 hombres el efectivo del cuerpo expedicionario; además debía incluirse la fuerza híbrida del coronel Dupin.



D. Carlos Thiele.

Derrotada en el punto llamado la Carbonera, perteneciente al Estado de Oaxaca, el 18 de Octubre de 1866, una columna de austriacos que del Estado de Puebla iba á dar auxilio á Oaxaca, vióse obligado á capitular el jefe de esta plaza, General D. Carlos Oronoz. Para arreglar los términos de la capitulación comisionó el General Díaz á su secretario D. Carlos Thiele, quien desempeñó su encargo unido á otras cuatro personas, designadas también por el General en jefe del ejército de Oriente.

En todo el Estado de Oaxaca cundía vigorosa la revolución. Después de haber atacado á Huajuapam los republicanos se dirigieron para Tlaxiaco; mandaban las infanterías los coroneles González y Segura, y con las caballerías iban los jefes Díaz, Ramos y otros. En ese pueblo se les reunieron Leyva y Visoso con 200 hombres procedentes de Silacayoapam.

De Huajuapam salieron con cerca de 500 á perseguirlos, el coronel Triujeque y el mayor Bernart, que se incorporaron en San Miguel Texa con la brigada del general Carlos Oronoz, comandante de la 9.ª División territorial. Los republicanos entonces avanzaron para el Valle de Oaxaca, lo que obligó á Oronoz á contramarchar para la capital del Departamento, dejando resguardado á Tlaxiaco con la fuerza austriaca y una compañía del 13.º de línea al mando del mayor Bernart. El coronel Félix Díaz tenía interceptado el camino entre Huajuapam y Oaxaca, y hacía fusilar y colgar de los árboles á los correos de sus enemigos. El 17 de Septiembre ya eran invadidos los pueblos de Zachila y Xoxo, inmediatos á la ciudad de Oaxaca, que era declarada en estado de sitio el 20 de ese mismo mes. Por entonces moría en Tehuantepec el general Luciano Prieto, de fiebre, y se levantaba en armas el pueblo de Ixtlán. En Nochistlán había establecido su cuartel el general Porfirio Díaz; su hermano D. Félix se situaba en Peras, y el general Figueroa en la Cañada, estando en combinación con el general Alejandro García para impulsar la sublevación de los pueblos de la Sierra. Oaxaca se debía considerar sitiada, rodeándola de cerca considerables fuerzas republicanas.

Después del combate con los húngaros en Nochistlán, el 23 de Septiembre, se movieron las fuerzas que mandaba el general Porfirio Díaz para Miahuatlán, yendo por Teozacoalco y Peras. Sabido este movimiento en Oaxaca, salió una columna de 1,100 hombres de las tres armas, al mando del general Carlos Oronoz, y se presentaron frente á los republicanos el 3 de Octubre á las tres y media de la tarde. Una parte de las fuerzas republicanas, conducidas por el general Díaz, llamó la atención de los imperiales, en tanto que se aproximaba toda la caballería al mando del general Vicente Ramos, quien detuvo á los imperiales, dando tiempo á que el general Díaz situara las infanterías y el parque en las lomas de los Nopales, al Poniente de Miahuatlán, según órdenes dadas al coronel Manuel González, siendo jefe de Estado Mayor el coronel Juan Espinosa Gorostiza. La línea de batalla se prolongaba de Sur á Norte: á la derecha estaba el batallón Morelos, de Tlapa, mandado por el teniente coronel Juan J. Cano; seguía el de "Tiradores de la montaña" á las órdenes del comandante Felipe Cruz, y á la izquierda estaba el batallón "Patria," á las del coronel José Segura y Guzmán. Apoyaba la derecha una compañía de Chietla y la izquierda el batallón "Fieles de la Patria" al mando del comandante Guillermo Carbó. La caballería se situó á retaguardia de la línea.

Ocupadas por los imperiales las lomas de Yolveo y el Matadero, con tres columnas, destacaron una fuerte línea de tiradores que abrieron el combate; á la vez la artillería, rompiendo el fuego, daba principio á la batalla. Generalizado el

combate, se agotaban las municiones de los republicanos que, guiados principalmente por el coronel González, dieron una carga cerrada sobre sus contrarios, cuya retaguardia era batida por la caballería que mandaba el general Ramos. El general en jefe, á la cabeza de una fuerza formada por los tiradores al mando del coronel Espinosa, y por el batallón "Fieles" y el escuadrón "Lanceros de Puebla," cargó sobre el centro del enemigo, donde estaba la artillería. Con ímpetu formidable, los republicanos arrollaron los obstáculos y ascendiendo á las posiciones ocupadas por sus enemigos, se apoderaron de la artillería poniendo en dispersión á los imperiales. En esos momentos cargaba sobre los derrotados la caballería, que cortó los bagajes é impidió toda reunión aun de pequeños grupos; esta carga siguió por el espacio de tres leguas, en cuya extensión dejaron los imperiales porción de armas, y prisioneros, de los cuales eran fusilados los oficiales. Durante la acción, se pasaron á los republicanos algunas compañías de Cazadores.

El general Oronoz logró llegar á la ciudad de Oaxaca, con la caballería del coronel Triujeque, y sostuvo con la guarnición austriaca fortificada en Santo Domingo, el sitio que le pusieron los republicanos en seguida del triunfo alcanzado entre Miahuatlán y Ejutla, en cuyo combate perecieron multitud de jefes, entre ellos M. Testard, jefe de los Cazadores, y porción de soldados de la contraguerrilla francesa.

En vista del descalabro se discutió si se desistiría de defender la ciudad, y como resultado mandaron Oronoz y el comandante austriaco, proveer de víveres el fuerte de Santo Domingo y otros puntos fortificados, y que se situaran en ellos las tropas resueltas á sostenerlos, en tanto que llegaban los refuerzos que el gobierno enviaría al recibir noticia de lo acaecido, lo que en efecto se verificó saliendo de Tehuacán y otros puntos, en virtud de órdenes inmediatamente expedidas. La caballería de Triujeque vigilaba el Valle y recogió algunos de los dispersos en la acción de Miahuatlán.

En los primeros momentos de alarma que causó en Oaxaca la derrota de Miahuatlán, emigraron de esa ciudad para Puebla, Tehuacán y México muchos de los liberales que habían aceptado puestos públicos en el Imperio, pasando con peligro entre las guerrillas, una de las cuales mandada por el comandante Hernández, dominaba en los pueblos situados al pié de la sierra y subsistía de la capitación exigida. Oronoz sostuvo el sitio que le pusieron los republicanos que, al mando del general Díaz, ocuparon parte de la ciudad defendida por los imperiales, en su mayoría austriacos situados en Santo Domingo, el Carmen, el cerro de la Soledad y otros puntos fortificados, alentándose los defensores con la seguridad que tenían de que sería oportuno el auxilio que les enviaba la segunda División militar; pero habiendo sido derrotado este refuerzo de más de mil austriacos y cerca de cuatrocientos mexicanos en el punto llamado "La Carbonera," tuvo necesidad Oaxaca de capitular.

Esa columna de auxilio se compuso de una compañía de cazadores á pié, al mando del capitán Poirel, un escuadrón mexicano mandado por Triujeque, y caballería é infantería austriaca con cuatro piezas de artillería. Llegaba esta fuerza el 18 de Octubre al llano de la Carbonera, dominado en sus extremidades por dos alturas boscosas; en la principal se encontraba la infantería republicana, sostenida por la caballería desplegada en el fondo del llano. Dió principio al combate la fuerza de Poirel y al ser matado se replegó la tropa que conducía. La caballería austriaca no pudo contener la retirada, y aumentó el desorden al ir los soldados desbandados en pos de un refugio en el convoy.

Los días 4 y 5 del mes de Octubre había permanecido el general Díaz en Miahuatlán reorganizando sus tropas, en las que refundió los prisioneros de la clase de soldados, cambió el armamento por el que dejaron los derrotados imperialistas, y ordenó que fuesen revisadas las municiones, quitadas también á éstos y que se estableciera un hospital. El día 6 salían las fuerzas sobre Oaxaca, plaza ya hostilizada por el coronel Díaz, quedando reducido los imperiales á los puntos fortificados de Santo Domingo, el Carmen y cerro de la Soledad. A los tres días estaba el general Díaz frente aquella ciudad, en la que el coronel su hermano se había posesionado ya del Palacio Municipal y por medio de horadaciones estrechaba la línea enemiga. Para contribuir á las operaciones del sitio, habían sido llamados el general Luis P. Figueroa con su brigada, y el coronel López Orozco con las fuerzas de la Costa Chica.

Sabiendo el general Díaz que las guarniciones imperiales de Huajuapam y Yanhuitlán, reforzadas con trescientos hombres de la de Tehuacán, se reunían en el segundo de esos pueblos, en número de mil cuatrocientos, la mayor parte austriacos, para ir en auxilio de Oaxaca, resolvió levantar momentaneamente el sitio é ir al encuentro del enemigo que le amenazaba, poniéndose de acuerdo con la fuerza del general Figueroa que combatía en el Norte del Estado. Reunió el general Díaz sus tropas en Aguilera; en la noche del 15 al 16 de Octubre se movió y al siguiente se le incorporó en San Juan del Estado el general Figueroa. El día 17 continuaron para Huitzo, camino que los exploradores indicaban que habían tomado los austriacos. El general resolvió batirlos en el punto llamado "La Carbonera," en el cual se encontraron ambas fuerzas á las doce del día 18 y se abrió reñido combate que duró hora y media, y aunque estuvo indeciso el éxito, fueron derrotados los imperiales y perseguidos por la caballería de los republicanos y parte de la infantería, durante cuatro horas hasta el anochecer, tomándoles 416 prisioneros, 4 piezas rayadas, 700 carabinas y fusiles, parque y demás efectos de guerra, quedando 6 oficiales y 155 soldados muertos y 42 heridos.

El éxito del combate se debió á la energía con que atacaron la brigada del general Figueroa, la del coronel Díaz y las columnas de los coroneles Manuel González y Juan Espinosa Gorostiza. La derrota que en la Carbonera sufrieron los austriacos, llevó consigo la pérdida de Oaxaca, precisamente poco después

que Bazaine comunicaba á Maximiliano que iba á ponerse en práctica la Convención del 30 de Julio. (1)

El general Porfirio Díaz estableció su cuartel general en la hacienda Blanca, donde quedaron los prisioneros hechos en la acción de la Carbonera. La infantería republicana ocupó la parte baja de la ciudad, y la caballería los suburbios y ranchos inmediatos. Parte de esas fuerzas al mando del coronel Cristóbal Palacios, se desprendió para Huajuapam, Acatlán y Tepeji, poblaciones abandonadas por los austriacos. (2)

El 29 de Diciembre (1866) escribió el coronel Espinosa, jefe del Estado Mayor del general Díaz, al de igual empleo en el cuerpo expedicionario francés, enviándole el sable quitado al comandante Testard, muerto en el combate de Miahuatlán; se quería que esa arma fuese remitida á la familia del difunto, como una prueba de que se estimaba el valor y la abnegación que había manifestado en el campo de batalla que tan funesto le fué.

El 19 de Octubre, después de levantar el campo, retrocedió la fuerza republicana sobre Oaxaca, á la que ya tenía otra vez cercada el día 21, de tal manera, que el día 30 el general Oronoz pidió un armisticio y el 31 estaba Oaxaca en poder de los republicanos, quienes habían cortado la línea entre los fuertes de Santo Domingo y el Carmen, dejándolos sin comunicación con el Cerro en que se levantaba el fuerte de Zaragoza. A los capitulados les fué concedida la garantía de la vida, y entre los prisioneros fueron incluidos los empleados civiles. (3)

Poco después invadía el coronel Félix Díaz con novecientos jinetes la ciudad de Tehuacán; al saberlo el coronel Aymard, destacó de Puebla una fuerza para proteger ese distrito y el de Chalchicomula, temiendo que fuera cortado el camino de Veracruz é incomunicados los diferentes cuerpos del ejército francés, pues aparecían ya con tal objeto fuerzas por San Agustín del Palmar.

El general Porfirio Díaz ofreció á los extranjeros residentes en Oaxaca y principalmente á los franceses, completa seguridad en sus personas é intereses,

(1) El general Vicente Ramos, uno de los principales combatientes en Miahuatlán y la Carbonera, falleció el 1º de Diciembre, pocos días después del triunfo, á consecuencia de reiterados ataques de apoplegía.

(2) El número de prisioneros aparecía de 353, entre ellos un general de brigada y otro graduado, tres coroneles y tres teniente-coroneles.

(3) Arreglaron los términos de la capitulación, por parte del general Díaz, el general Luis P. Figueroa, los coroneles Félix Díaz y Juan Espinosa Gorostiza, el teniente coronel Manuel Travesí y D. Carlos Thiele; por parte del general Oronoz, comandante de los fuertes de Santo Domingo, el Carmen y el Cerro, el general Juan Ortega, capitán Emilio Dines, teniente Sebastián Lacronique, y subteniente Enrique Baron Eggers y el conde Alberto de Karmer. Las guarniciones de los fuertes quedaban prisioneras de guerra con garantía de la vida; los equipajes, armas y caballos de uso particular de los jefes y oficiales quedaban á disposición de ellos; comisarios nombrados por los dos generales en jefe, entregarían y recibirían las plazas. Se arregló la manera de que salieran las guarniciones de los fuertes y los empleados civiles y demás mexicanos que se hallaban en el recinto sitiado; los heridos y enfermos en hospitales de los fuertes quedaban en calidad de prisioneros.

y á los austriacos vencidos les aseguró que los respetaba por haberse portado con valor, rindiéndose cuando la mayor parte estaban heridos, no siendo cierto que algunos de ellos hubiesen sido pasados por las armas.

Si Oaxaca capituló, lo hizo después de resistencia tenaz que opuso á las fuerzas republicanas mandadas por el general Porfirio Díaz. La caída de Oaxaca tuvo gran resonancia en todo el país, y alentó en gran manera á los republicanos; los jefes de guerrillas que pululaban en las tierras calientes, se enardecieron y emprendieron operaciones que amenazaban seriamente al ejército francés en su retirada, y formaron los republicanos varios centros en Medellín, Tehuacán y Perote.

En tan críticos momentos, aún no acababa Maximiliano de resolverse en determinado sentido, influenciado como estaba por el partido reaccionario y detenido por su propio carácter y la extensión de sus miras, sintiendo profundo disgusto para dejar un trono por el que tantas ilusiones había tenido, y una corona que había sido el mayor anhelo de su vida, según aparece en sus recuerdos de viaje, escritos desde muy joven, y que dicen con claridad cuan dolorosas incertidumbres y angustias sufriría en su retiro de la hacienda de Jalapilla.

Maximiliano, aunque irresoluto, expidió en Orizaba varios decretos, en uno de ellos aceptaba para el desagüe del Valle de México el proyecto del Sr. Francisco Garay. Dispuso que se empleara en gratificaciones, la cantidad que aun no hubiese tenido distribución y que permanecía depositada en Bruxelas para la organización de la legión belga. Ordenó, por un decreto firmado por todo el Ministerio, constituir con los cinco Departamentos que formaban la séptima División territorial del Imperio, un comisariato imperial que se denominó de Yucatán, y que en realidad vino á ser un virreinato. (1)

El objeto real de ese decreto publicado el 18 de Octubre no se comprendía; pero llamó mucho la atención, que por orden expresa del Emperador lo firmara todo el Ministerio, y también probaba su importancia al modificar en su aplicación las leyes generales vigentes sobre administración política, judi-

(1) El Comisario era á la vez comandante general con amplísimas facultades, tan sólo restringidas en pocos y determinados casos, previstos en el mismo decreto; en los ramos de Gobernación, Justicia é Instrucción Pública y Guerra, gozaba de ilimitada autoridad, debiendo obedecerle aun los generales, y podía dar ascensos hasta el grado de capitán; disponía de todas las rentas, exeepto las municipales; debía sujetarse á los aranceles marítimos, y el presupuesto anual habría de ser aprobado por el Emperador; quedaba autorizado el Comisario Salazar Ilarregui, para dar condecoraciones, nombrar consejeros honorarios de Estado, chambelanes y caballerizos también honorarios. El tratamiento del Comisario imperial sería el de Excelencia, y su servidumbre llevaría la misma librea que la del Emperador; en su habitación estaría enarbolado el pabellón nacional y habría guardia palatina; los buques de guerra y las fortalezas le saludarían con diez y nueve cañonazos, y se repicaría en las solemnes entradas del Comisario. Su sueldo era de doce mil pesos anuales, y enviaría á México el quinto de todas las rentas de su demarcación.

cial, militar y hacendaria, creando en el seno del Imperio mexicano una porción regida por leyes especiales que destruían la unidad política y administrativa.

Recibió Maximiliano al Ministro de Gobernación D. Teófilo Marín, y al Subsecretario de Hacienda D. José Mariano Campos, comisionados por sus colegas del gabinete para unir sus instancias á las de Márquez y Miramón, pidiendo el regreso de Maximiliano á México. En seguida invitó al resto de sus Ministros y á los miembros del Consejo de Estado, para que también se trasladaran á Orizaba. Los comentarios y las suposiciones á que daban lugar esos hechos, eran vagas y contradictorias, pues tan pronto se decía que se preparaba á Maximiliano en la capital una recepción entusiasta, como que ya iba en camino para Veracruz; las noticias cambiaban de la mañana á la noche. Los periódicos franceses aseguraban siempre, que Maximiliano estaba resuelto á abdicar, y que no desistiría de su intento á pesar de las instancias contrarias, dejando establecido un gobierno provisional que concluiría un armisticio para convocar al pueblo á que eligiera al nuevo jefe de Estado.

Insistían los imperialistas en que la única solución posible de la crísis, se encontraba en el regreso de Maximiliano á la capital, y en la continuación del Imperio; proclamaban que con valor, fé y constancia, llegaría otra situación que á todos garantizaría y aquietaría, siendo para esos casos las dotes de un gobernante y no para asuntos triviales.

Los Ministros que fueron á Orizaba con el encargo de conseguir el pronto regreso de Maximiliano á la capital, le llevaron ofertas de apoyo material y pecuniario por parte de los conservadores. Muchos de éstos aseguraban que la situación se acercaba á un feliz desenlace, optimismo sostenido en medio del abatimiento general, sabiéndose por las órdenes oficiales recibidas en Palacio, que Maximiliano no prescindía de sus intenciones de abdicar. Por otra parte, el silencio en que se había encerrado el Emperador, daba márgen á suponer que sus resoluciones no estaban invariablemente tomadas.

El llamamiento de los Ministros y Consejeros á Orizaba, llevó por mira una solemne deliberación en la que Maximiliano plantaría la disyuntiva entre una retirada definitiva ó el regreso á la capital; en el primer caso consultaría la forma de abdicación y el modo de delegar el poder.

Llamado el general Márquez para consultarle también, había llegado á París el 28 de Septiembre, resuelto á embarcarse para México en el paquete francés de Octubre, calculando estar en Veracruz el 10 de Noviembre, como en efecto aconteció.

El Ministerio presidido por el Sr. Lares, necesitaba que el general Márquez se presentara en México, considerándole poderoso elemento para conseguir que Maximiliano no abdicase, ni pensara retirarse á Europa. Resueltos los Ministros á retener al Emperador, se esforzaban en hacerle comprender que no debía pensar en su propia suerte, sino en la de la Nacion; atendiendo al porvenir de México cuyos destinos le fueron confiados, identificándose con él el pueblo. Le decían que para México era tan desastrosa la abdicación, que lo sumergiría en un abismo, lo mismo que á los extranjeros pacíficos y laboriosos que aquí residían. ¿En favor de quién abdicaría el Soberano? ¿quién heredaría el poder, ciñéndose la corona de espinas, sin fruto y sin gloria? ¿quedaría el país sin gobierno?; esto sería sumergir á la sociedad en la anarquía y en el caos que ya se iniciaba con las ambiciones de Juárez, González Ortega y Santa-Anna. En suma, los imperialistas comprometian á Maximiliano para que no los abandonara, llamaban palabras sin valor las de los franceses que le aconsejaban que se retirara, hablándole de traiciones y defecciones de mexicanos, táctica calificada por los conservadores como resultado de la malevolencia; sostenían que el Imperio podía vivir con elementos propios, sin necesitar de la Intervención. Los jefes franceses querían que Maximiliano abdicara en favor de la Nación; que ésta le nombrase sucesor por medio de los comicios; le aconsejaban que dejara una posición en la que por efecto de la inercia y de la indiferencia pública, iba á hallarse sin ejército, sin dinero, sin defensa bastante en presencia de la guerra civil desencadenada contra él, y de una próxima invasión extranjera. Conviniendo los conservadores en que el trono y el poder eran una carga que tenía espinas y acarreaba compromisos hasta de la vida, le hacían notar que si había injustos enemigos se les castigaría; si no había recursos se arbitrarían; á los traidores se opondrían los adictos; las rebeliones se reprimirían, y las invasiones extranjeras serían rechazadas hasta donde alcanzara el poder. Tal vez se perdería la vida; pero no el honor, y no se debía consumar una baja deserción; en aquellas circunstancias, Maximiliano tenía el deber de procurar vencer á sus enemigos exteriores é interiores.

En el puerto de Veracruz había carencia tan grande de recursos, que eran necesarias las salidas de tropas para separar de los caminos á los guerrilleros y facilitar así la introducción de víveres. A principios de Noviembre, una fuerza liberal penetró á Jalapa por el camino de Coatepec hasta la calle del Toronjo y fué rechazada por los austriacos. Todavía el 6 de Noviembre se mantenía en la plaza el general Calderón con las fuerzas austriacas y mexicanas de su mando, rodeadas por cerca de tres mil hombres á las órdenes de Alatorre, Milán, Honorato Domínguez y otros jefes. Los vecinos que tan terrible situación sufrían, se manifestaban deseosos, ya que no se podía recibir un refuerzo, de que fuese autorizado el general Calderón á capitular. Este lo hizo en fuerza de las circunstancias, cansado de esperar el auxilio que se dijo le llevaba Dupin, quien ya había llegado hasta Huatusco.

El aumento de fuerzas republicanas alrededor de Jalapa había continuado de tal manera, que el 24 de Octubre sostenía la brigada Pérez Olazo combates en la Banderilla y Trancas del Castillo, y llegaron á presentarse grupos de republicanos hasta en la plazuela de San José.

Habiendo llegado á la Banderilla el general Alatorre, procedente de la Costa, dictó órdenes para que fuesen ocupadas las líneas del Molino y Yerbabuena, con objeto de cerrar á los austriácos la única salida que les quedaba. Los repu-

blicanos extrajeron de los Berros una partida de ganado que allí habían puesto los sitiados, y se pasó á los sitiadores la única fuerza mexicana de caballería é infantería, en número de ciento cincuenta de los primeros y treinta de los segundos, habiéndose celebrado previos arreglos con el comandante republicano Manuel García. El 9 de Noviembre fué tomado por asalto, á la bayoneta, el cerro de Macuiltepec por la sección de zapadores y al siguiente día se estrechó el sitio, quedando reducidos los imperialistas á los puntos de San Francisco, plaza de la Constitución y la de Armas; el día 11 se verificó otro asalto y se rindió la guarnición imperialista, sin más condición que la gracia de la vida y salió de la ciudad el mismo día, sin armas, rumbo á Puebla.

Esta rendición de los austriacos tan cerca de la residencia de Maximiliano, dió gran impulso al torrente revolucionario que ya no respetaba valladar, ni se detenía ante ningún obstáculo, pasando sobre cualquiera fuerza que pretendiera contenerlo.

Cerca de Jalapa, á cinco leguas, en el pueblo de Tlacolulam, había permanecido una fuerza republicana amagando á esa ciudad, desde que se presentó la Intervención por aquella parte del Estado de ¡Veracruz. Señalado ese pueblo de Tlacolulam punto de reunión de los republicanos, siguieron allí poco más de un año, mandados primero por el coronel D. Juan Foster; los pueblos comarcanos daban sus recursos é hicieron toda clase de sacrificios, para mantener aquellas fuerzas que hostilizaban á las que en Jalapa, cabecera del Cantón, mandaba el general Liceaga. Por entonces se verificaron solamente pequeños encuentros, escaramuzas de poca consideración, sin que obtuviera resultados favorables ninguno de los dos bandos contendientes.

Liceaga fué relevado por orden del Imperio con el general Galvez; continuó el coronel republicano Foster mandando en Tlacolulam, sobre cuyo pueblo se dispuso en Jalapa un ataque, y lograron las fuerzas del Imperio penetrar á las posiciones de los republicanos que les opusieron alguna resistencia en el punto llamado el Arenal, siendo incendiadas multitud de casas en un espacio de tres leguas; entonces desaparecen los jefes encargados de dirigir á los republicanos, abandonando todo á su propia suerte. Después del incendio y el saqueo, aquella comarca queda en la mayor miseria, suspenden su actitud hostil los pueblos, hasta el mes de Agosto de 1866, en que de nuevo se verifica otra reunión en Tlacolulam, bajo un orden más meditado; los republicanos fueron aumentando sus fuerzas y sus recursos para llegar al éxito que alcanzaron.

En ese mes se reanimaron contra el Imperio los pueblos que rodean á Jalapa, entonces ocupada por fuerzas del general Calderon, pertenecientes al Imperio, auxiliándole una fuerza austriaca. El 13 de Septiembre llega á Tlacolulam el general Alatorre, encuentra ya todo arreglado para hostilizar á Jalapa y se pone á la cabeza de los pueblos que aunque luchaban con grandes dificultades para sostener las tropas, no necesitaron ocurrir al cuartel general de D. Alejandro García, y se manifestaban resueltos á combatir al Imperio y la Inter-



General Ignacio Alatorre.

Durante la guerra contra la Intervención y el Imperio de Maximiliano, fué uno de los jefes que más se distinguieron en el ejército de Oriente. Sus principales esfuerzos tuvieron verificativo mandando la brigada de Barlovento. Circunstancias difíciles le obligaron á someterse temporalmente al Imperio, y cuando reapareció al frente de fuerzas republicanas le criticaron con dureza sus enemigos. En esta vez, debido á sus acertadas disposiciones militares, cayó en su poder la ciudad de Jalapa, el 11 de Noviembre de 1866. Algunos meses después tuvo participio en el asalto dado á Puebla el 2 de Abril, portándose con tal bizarría, que fué de los primeros en llegar al centro de la ciudad.

blicanos extrajeron de los Berros una partida de ganado que allí habían puesto los sitiados, y se pasó á los sitiadores la única fuerza mexicana de caballería é infantería, en número de ciento cincuenta de los primeros y treinta de los segundos, habiéndose celebrado previos arreglos con el comandante republicano Manuel García. El 9 de Noviembre fué tomado por asalto, á la bayoneta, el cerro de Macuiltepec por la sección de zapadores y al siguiente día se estrechó el sitio, quedando reducidos los imperialistas á los puntos de San Francisco, plaza de la Constitución y la de Armas; el día 11 se verificó otro asalto y se rindió la guarnición imperialista, sin más condición que la gracia de la vida y salió de la ciudad el mismo día, sin armas, rumbo á Puebla.

Esta rendición de los austriacos tan cerca de la residencia de Maximiliano, dió gran impulso al torrente revolucionario que ya no respetaba valladar, ni se detenía ante ningún obstáculo, pasando sobre cualquiera fuerza que pretendiera contenerlo.

Cerca de Jalapa, á cinco leguas, en el pueblo de Tlacolulam, había permanecido una fuerza republicana amagando á esa ciudad, desde que se presentó la Intervención por aquella parte del Estado de ¡Veracruz. Señalado ese pueblo de Tlacolulam punto de reunión de los republicanos, siguieron allí poco más de un año, mandados primero por el coronel D. Juan Foster; los pueblos comarcanos daban sus recursos é hicieron toda clase de sacrificios, para mantener aquellas fuerzas que hostilizaban á las que en Jalapa, cabecera del Cantón, mandaba el general Liceaga. Por entonces se verificaron solamente pequeños encuentros, escaramuzas de poca consideración, sin que obtuviera resultados favorables ninguno de los dos bandos contendientes.

Liceaga fué relevado por orden del Imperio con el general Galvez; continuó el coronel republicano Foster mandando en Tlacolulam, sobre cuyo pueblo se dispuso en Jalapa un ataque, y lograron las fuerzas del Imperio penetrar á las posiciones de los republicanos que les opusieron alguna resistencia en el punto llamado el Arenal, siendo incendiadas multitud de casas en un espacio de tres leguas; entonces desaparecen los jefes encargados de dirigir á los republicanos, abandonando todo á su propia suerte. Después del incendio y el saqueo, aquella comarca queda en la mayor miseria, suspenden su actitud hostil los pueblos, hasta el mes de Agosto de 1866, en que de nuevo se verifica otra reunión en Tlacolulam, bajo un orden más meditado; los republicanos fueron aumentando sus fuerzas y sus recursos para llegar al éxito que alcanzaron.

En ese mes se reanimaron contra el Imperio los pueblos que rodean á Jalapa, entonces ocupada por fuerzas del general Calderon, pertenecientes al Imperio, auxiliándole una fuerza austriaca. El 13 de Septiembre llega á Tlacolulam el general Alatorre, encuentra ya todo arreglado para hostilizar á Jalapa y se pone á la cabeza de los pueblos que aunque luchaban con grandes dificultades para sostener las tropas, no necesitaron ocurrir al cuartel general de D. Alejandro García, y se manifiestaban resueltos á combatir al Imperio y la Inter-



General Ignacio Alatorre.

Durante la guerra contra la Intervención y el Imperio de Maximiliano, fué uno de los jefes que más se distinguieron en el ejército de Oriente. Sus principales esfuerzos tuvieron verificativo mandando la brigada de Barlovento. Circunstancias difíciles le obligaron á someterse temporalmente al Imperio, y cuando reapareció al frente de fuerzas republicanas le criticaron con dureza sus enemigos. En esta vez, debido á sus acertadas disposiciones militares, cayó en su poder la ciudad de Jalapa, el 11 de Noviembre de 1866. Algunos meses después tuvo participio en el asalto dado á Puebla el 2 de Abril, portándose con tal bizarría, que fué de los primeros en llegar al centro de la ciudad.

vención, siendo el resultado de sus esfuerzos la posesión de Jalapa y hacer que vacilara la fortaleza de San Carlos de Perote.

En el sitio de Jalapa las fuerzas de Honorato Domínguez, compuestas de gente de la Costa, habían cubierto el rumbo de Coatepec; las guerrillas de D. Francisco Milán estaban por el camino de Veracruz, dando paso solamente á determinadas personas mediante cantidades que se pactaban. Rodeada la población también por los demás rumbos, llegó á ser realmente angustiosa la escasez de víveres en el interior de la plaza, valiendo la poca harina que quedaba, á ciento cincuenta pesos la carga.

Entre las trincheras de la ciudad se hacían notar las del Calvario, San José, San Ignacio, Santiago y una que enfrentaba el camino de Coatepec. El citado día 9, los sitiados atacaron con notable ardor, simultáneamente, por los rumbos de la garita de Veracruz, Santiago y camino de Coatepec, rechazándolos la guarnición austriaca que les hizo gran número de muertos y heridos. El sábado tan sólo se combiaron algunos tiros, y sorprendió á la ciudad, el domingo 11, el rumor circulado desde muy temprano, de que se negociaba una capitulación, aunque se ignoraban las bases; tres horas después se oyó algún tiroteo por el Norte y á poco se supo que los republicanos estaban ya en posesión de la trinchera del Calvario, donde perecieron un oficial, dos sargentos y algunos de los soldados austriacos que defendían aquel punto. Media hora después los sitiadores invadían las calles, llegando hasta la plaza principal. El jefe austriaco envió comisionados al general Alatorre, quien consintió desde luego en la capitulación de la fuerza que había defendido la plaza, é inmediatamente recibieron orden las demás que se sostenían en los otros parapetos, para que suspendieran todo acto de hostilidad.

Eran numerosas las fuerzas sitiadoras, á las que se unieron multitud de indígenas y hasta mujeres de los pueblos comarcanos, llegando al número de cinco ó seis mil las personas que llenaban las plazas y calles del centro. Una parte de esa gente se destacó hacia las trincheras en que aún se mantenían los austriacos, y los despojaban de las armas y el equipo, aunque sin hacer daño alguno á las personas y victoreando á la República y al general Alatorre. No hubo saqueo de casas, ni violencias en el vecindario de la población. En los primeros momentos se dispuso que los empleados del Imperio acudieran á pedir sus pasaportes; pero á poco se desistió de ello, en consideración á la falta de recursos y á otras circunstancias respecto á las personas á quienes se refería la providencia, dejándolas en libertad de emigrar ó permanecer en sus hogares.

El general Alatorre se encargó de la comandancia militar y D. José María Rodriguez fué nombrado jefe político. La entrada de los republicanos se verificó en la tarde del día 11. Emigraron para Veracruz el subperfecto Mora y algunos magistrados; la mayoría de los empleados imperialistas se quedó en Jalapa y obtuvieron pasaporte los que lo solicitaron.

Encerrados los austriacos en el castillo de Perote, tenían en continua alamar

á los vecinos de esa población, ocupada á veces por los republicanos; para sacar de tan difícil situación á los sitiados, les fué prestado auxilio por los franceses que ocupaban á Puebla, ciudad que servía de centro de reunión para las tropas expedicionarias que se retiraban, siéndoles preciso resguardarla, porque tambien estaba seriamente amenazada por los republicanos.

Los guerrilleros continuaban quemando y allanando los puentecillos del ferrocarril imperial, por cuyo motivo se vieron obligados los destacamentos franceses á recorrer señalados tramos, para lograr que cesara la interrupción que día por día sufrió la línea de Veracruz. Dupin, situado en la Soledad, recorría con su contraguerrilla el tramo entre esa población y la Purga, sin lograr que se regularizara el movimiento de los trenes.

Queriendo evitar que el puerto de Veracruz continuara absorviendo las rentas que producía el movimiento mercantil en aquella parte del país, dispuso el general republicano Desiderio Pavon, quedara habilitado el puerto de Pueblo Viejo para el comercio extranjero y de cabotaje.

El incendio de los nuevos puentes en la vía férrea de Veracruz á Paso del Macho, impedía la salida regular de los trenes y la circulación oportuna de la correspondencia pública. La empresa del ferrocarril procuraba reparar los puentes; pero no procedía con actividad porque faltaba la seguridad en la conservación de las obras. Por tal motivo y por la interceptación de los caminos nacionales, se carecía en Veracruz de porción de artículos de primera necesidad.

El general Alejandro García, desde su cuartel general en Tlacotalpam, dispuso que fuese libre de derechos la entrada de armas de munición, pólvora y demás efectos de guerra en los Estados de Veracruz, Tabasco y Chiapas; pero los efectos de guerra no podían ser vendidos, sin que antes se hubiesen manifestado y ofrecido al cuartel general ó al Gobernador y Comandante militar de cualquiera de esos Estados. La pena de comiso era el castigo de los que contrariaran la ley.

El camino de Zacatlán á Puebla se hallaba interceptado desde Tlaxco. El guerrillero Antonio Pérez con 700 hombres, entraba á Tlaxcala en los primeros días de Octubre (1866) y obligó á los austriacos y gendarmes á atrincherarse en el Santuario de Ocotlán y la capilla que se encuentra en las alturas que dominan la población. En un encuentro que tuvieron los zuavos con los republicanos el 2 de Noviembre, fueron estos derrotados y murieron en gran número, pues se habían dejado llevar por la confianza de que ya los franceses no los batirían.

El Barón Aymard, con su columna, expedicionaba por Tepeaca, Tecamachalco, Acatzingo y otros pueblos, auxiliado por las fuerzas de Flon y Triujeque. Amagada Izúcar por los surianos de Visoso, mandó el comandante Lepage al subperfecto de aquel distrito, que se defendiera, asegurándole que una columna francesa iría en su auxilio. Ocupado Zacapoaxtla por los republicanos, se siguió publicando allí *La Idea Liberal*, periódico que antes veía la luz en Puebla.

La Península de Yucatán continuaba en situación que empeoraba más cada día. A consecuencia del incremento que tomaban los indios sublevados, decretó el Comisario imperial, á principios de Septiembre, enérgicas medidas; movilizó la guardia nacional, impuso nuevas contribuciones y expidió la ley marcial contra los que directa é indirectamente auxiliaran al enemigo. El general Navarrete había logrado introducir á Tihosuco un auxilio de trescientos hombres al mando del capitán Feliciano Padilla. D. Teodosio Cantón reunió doscientos cincuenta individuos en los distritos de Motul é Izamal, y marchó con ellos á Valladolid para ofrecer sus servicios en la guerra. Este patriota yucateco aspiró siempre á tomar parte activa contra los indios sublevados. Porción de voluntarios salieron de Mérida para prestar sus servicios en aquella guerra. Otra fuerza de esta clase se levantó al mando de D. Matías J. Cámara. La salida de las secciones que iban á prestar sus servicios en la campaña, era motivo de entusiastas reuniones y de arengas que les dirigía el Comisario imperial, y á veces alguna poetisa, con sus versos redoblaba el entusiasmo.

Desde el 15 de Agosto acabaron los indios de circunvalar á Tihosuco con tres líneas, la primera á distancia de tres cuadras de la plaza, la segunda una cuadra á vanguardia y la tercera en el término de la población, ocupando además los sitiadores todos los caminos y veredas, con emboscadas distantes una legua de la posición sitiada.

La guarnición al mando de Traconis, rechazó los asaltos de los sitiadores y conservó su línea de defensa á una cuadra de la plaza, teniendo situada convenientemente la artillería sobre los caminos principales de Peto y Valladolid y en la misma plaza.

A principios de Septiembre (1866) ya eran escasos los víveres; pero la guarnición se sostenía con la esperanza de recibir refuerzos, ó que fuerzas del exterior atacaran á los sitiadores que quedarían entre dos fuegos. Después de cuarenta y seis días de riguroso sitio, la situación de los sitiados era ya gravísima y todos creían preciso el abandono de la plaza el 19 del mismo mes; pero llegó antes el auxilio que pudo llevar el esforzado capitán Padilla.

A mediados del mismo mes ya no podían subsistir los defensores de Tihosuco mandados por el teniente coronel Traconis, al grado de estar obligados á comer carne de caballo y entonces resolvieron levantar el campo la noche del día 18 poniéndose de acuerdo con el general Navarrete. La ocupación de Tihosuco por los sublevados, plaza defendida por el coronel Traconis, parecía ser el desenlace de aquella brillante defensa.

El 24 de Octubre salió de Mérida rumbo á Sisal, para embarcarse en Veracruz al siguiente día, el Comisario imperial Bureau. Fué acompañado del prefecto político y con numeroso séquito de las personas que le eran adictas. Entre las mejoras que hizo se contó una casa de corrección. Al regresar el Sr. Salazar Ilarregui, quien cumplía con esto lo que ofreció en una proclama de despedida, fué recibido por sus adictos como augurio de una era de adelanto.

El Comisario imperial Salazar Ilarregui arribó á Sisal el 9 de Noviembre con su familia; le recibieron allí las autoridades y comisiones de caballeros y señoras. La comitiva pernoctó en Hunucmá; al siguiente día entró á Mérida y bajando de su coche el Comisario en la plaza principal, recibió las felicitaciones; después del Te-Deum fué obsequiado con un banquete y en la noche con serenata é iluminaciones. Dirigió una proclama á los yucatecos y comenzó á dictar disposiciones gubernativas para centralizar en Mérida el mando de los cinco departamentos que formaron el comisariato. Dispuso desde luego una campaña contra los republicanos de Tabasco, aplazando las operaciones contra los indios sublevados.

A semejanza de lo que ocurría en Yucatán, había empeorado la situación para el Imperio en los demás Estados; aparecieron aún en el Valle de México diversas guerrillas, al finalizar el mes de Septiembre, acaudilladas por Vicente Martínez y por Cuellar, creando en los alrededores de la capital perturbaciones que indicaban la continuada decadencia de la causa del Imperio.

Para contrariar el creciente impulso de la revolución, salió de la capital una fuerza de quinientos hombres á las órdenes del ayudante de campo coronel Feliciano Rodríguez; una sección de franceses se dirigió á Apam, y en otras direcciones marcharon destacamentos para facilitar el acceso por los caminos que comunicaban la capital del Imperio con las poblaciones cercanas. A la vez se procedió á la renovación de las autoridades locales, desconfiando de casi todas; y fué de notar que á pesar de la inseguridad, hubiera Maximiliano vuelto á residir en Cuernavaca á fines de Septiembre y establecido allí su Corte.

Las guerrillas detenían los trenes del camino de fierro y exigían fuertes sumas para dejar en libertad las locomotoras; sacaban de las haciendas recursos sin que las fuerzas francesas é imperialistas que ocupaban la capital, hubieran podido restablecer la seguridad que disfrutó el Valle de México por cerca de tres años, aunque los jefes imperialistas se manejaran con extremada energía. Aprehendido el guerrillero Vicente Martínez por el general Tomás O'Horan el 8 de Octubre, (1866) fué pasado por las armas desde luego; Martínez había regresado de un confinamiento á Yucatán y permanecido oculto en México y Tlalpam, conspirando hasta que fué denunciado, aprehendido y fusilado.

Para conseguir provisionar la capital, se apeló á la cooperaciónde las contraguerrillas. El comandante Clary salió de Toluca para Ixtlahuaca con su guerrilla, á principios de Octubre, con designio de batir á los republicanos que ocupaban á San Felipe del Obraje; pero fraccionándose estos en diversos rumbos, principalmente hacia el de la Jordana, siguió Clary para el Mineral del Oro y volvió á Toluca sin conseguir nada útil.

Cerca de Cuantitlán merodeaban las guerrillas de Fragoso, Ballesteros, Castillo y Parra; el primero de ellos ocupó á Zumpango el 19 de Octubre y llegaba poco después hasta Atzcapotzalco, á orillas de la capital del Imperio. En otros puntos del Estado de México se reunieron grupos considerables de republicanos, apoyándose en Zitácuaro, á las órdenes de Cosío y Ugalde. De lallí salieron sobre Ixtlahuaca que abandonaron los imperialistas, concentrándose en Toluca, de cuya ciudad salió para México el 21 de Octubre el comandante Clary con su contraguerrilla que en México fué licenciada. En Huichapan fué sorprendida y derrotada una fuerza de republicanos, por otra de imperialistas salida de San Juan del Río, apoyada poco después por quinientos franceses. La Villa de Apam era principalmente teatro de los horribles excesos cometidos por las guerrillas de los plateados, al mando de Antonio Perez y Mariano Piz, que se retiraron á Huauchinango á donde los mismos republicanos mandaron perseguirlos por las atrocidades cometidas. Ixmiquilpan fué invadido por la guerrilla de Blancas y el jefe Florentino Mercado se situó en Actopam mandando las líneas del Mezquital, del Norte y Distrito Federal.

La situación revolucionaria á que había llegado el Estado de México, daba apenas una débil idea de lo que pasaba en el de Michoacán. A fines de Octubre las guerrillas de Arias y García de León verificaban sus correrías desde Quiroga, cuartel general de los republicanos, hasta Acámbaro, pasando por las orillas de Morelia, sin que de esta ciudad pudieran salir á batirlas, por ser corta la guarnición que mandaba el coronel Farquet y carecer, además, de caballeria; tan solo un grupo de republicanos al mando de Bravo. Ledesma y Núñez era derrotado por el general R. Méndez en la hacienda de Santa Fé de la Labor.

El gefe imperialista D. Jesús González, perteneciente á una fuerza de Maravatío, sorprendió á la guerrilla que mandaba Cosío Pontones, escapando este con algunos de los que le seguían. Poco después hostilizaban á Tacámbaro las fuerzas de Pinzón y de Valdés, defendiendolo las que pertenecían al coronel Farquet. Maravatío volvió á ser atacado á fines de Noviembre (1866) y murió en el combate el jefe liberal apellidado Malo.

En el vecino Estado colimense, había vuelto á aparecer el coronel Julio García, á la cabeza de las guerrillas de Zepeda, Merino, Magaña y otros que se acercaron á Colima, al terminar el mes de Octubre. Por esos días era derrotado y matado el comandante Berthelin en el Paso del Guayabo por los republicanos, al llevar una conducta de caudales de Colima al Manzanillo, custodiada por ochenta hombres de la gendarmería imperial, de los que pocos lograron regresar á esa ciudad. Todo el Sur de Jalisco volvía á insurreccionarse, Tapalpa, San Gabriel y Zacoalco, se sublevaron y en Zapotlan, poseído por los imperialistas, fué necesario levantar fortificaciones, encargándose de ellas el jefe D. Antonio Alvarez.

El 23 de Octubre fué sorprendida la plaza de Calvillo por fuerzas de García de la Cadena en número de 1,800 hombres. Una columna imperialista que había salido de Aguascalientes, fué obligada á rendirse después del combate que duró dos horas y media, quedando prisioneros el comandante Carrera y otros imperialistas que fueron pasados por las armas, y ejecutaron esa vez los vencedores excesos y venganzas espantosas.

Más al Poniente, el general Corona dispuso desde mediados del mes de Septiembre, batir la guarnición de Palos Prietos, punto avanzado, muy cercano á Mazatlan, y con tal fin salió de Villa Unión el día 10; en la madrugada del 12 dividió su fuerza en tres secciones: una al mando del general Ascensión Correa, se interpuso entre el puerto y Palos Prietos; otra á las órdenes del general Domingo Rubí, quedaba de reserva, y la tercera, encomendada al general Manuel Márquez, asaltó la posición en tres columnas guiadas por los coroneles J. García Granados, J. C. Salmón y los comandantes Victoriano Legaspi y Antonio Piñuelo; tomaron á la bayoneta la luneta principal del fuerte y venciendo la tenaz resistencia que se les oponía, hicieron á los imperialistas ciento cincuenta muertos; se salvó una parte de los defensores por el perfecto conocimiento que enían del terreno y al amparo de la oscuridad de la noche; tambien tuvieron de pérdida los que atacaban cerca de cien hombres, contando entre sus muertos al comandante Legaspi. La brigada Correa había rechazado á una fuerza que salió de Mazatlan para auxiliar al punto atacado. En seguida provocó el generas Corona una salida de las fuerzas del puerto, escalonó las suyas y dejó á la vista del enemigo al coronel Francisco Tolentino con fuerzas de caballería; pero no tuvo éxito su plan, y entonces se retiró de los fuegos de la línea artillada de Mazatlan y de los buques franceses. En la retirada molestó á la retaguardia de la brigada Correa, un pelotón de Cazadores de Africa que se batieron con las caballerías de los coroneles Gutiérrez y Pintado, y estos se apoderaron de algunos caballos árabes. Habiendo dejado después sin guarnición los imperialistas el punto de Palos Prietos, lo ocuparon los republicanos de una manera permanente y desde entonces la guarnición de Mazatlan no dejó de ser hostilizada ni por un momento, hasta que fué desocupado el puerto el 13 de Octubre, cuatro horas despues de haberlo abandonado los franceses, siendo de notar que no hubo tropelías ni gritos de odio y de venganza, y quedó de gobernador y comandante general D. Domingo Rubí.

Desde que supo el general Corona que los franceses iban á evacuar el puerto de Mazatlan, dispuso que una brigada que se llamó de vanguardia del ejército de Occidente, marchara para Jalisco, protegiendo el paso de esa fuerza el general Manuel Márquez, quien se situó con una columna de mil hombres en Santiago Ixcuintla; fueron nombrados los comandantes militares de varios cantones jaliscienses, dándoles las instrucciones y facultades respectivas, quedando designado comandante militar de Jalisco, el coronel D. Eulogio Parra.

También en Sonora podía considerarse terminado el poder de la Intervención y el Imperio, al caer prisioneros Tanori y Almada en unión de diez y siete individuos que iban en una lancha con dirección á Mazatlan. Almada fué matado en el acto por un individuo llamado Albiteze, cuyo hermano había sido fusilado por orden de ese jefe imperialista hacía algunos meses. Tanori y los demás prisioneros fueron llevados á Guaymas y fusilados en grupo el 26 de Septiembre mediante descargas cerradas.

El comercio de la frontera comenzaba ya á tomar aliento, después de una tan dilatada paralización. Existía en Monterrey un gran depósito de mercancías estancadas, principalmente por el desnivel causado en los valores, á consecuencia de la captura del convoy de Matamoros, y todos esos objetos fueron vendidos á vil precio. El general Escobedo dispuso que los Magistrados que sirvieron bajo el régimen imperial devolvieran los sueldos percibidos y quedaran inhábiles para ejercer la abogacía.

En aquel puerto de Matamoros, que se podía considerar la llave de la Frontera, contendían las fuerzas de los generales Hinojosa y Canales; un batallón, en el cuartel de la esquina de las calles de Iturbide y Guerrero, se pronunció en favor del primero de estos jefes, fué á unirse con otros dos batallones en la plaza de la Capilla y se dirigieron á la plaza principal; pero encontrándose con una fuerza perteneciente á Canales, se trabó la lucha, generalizándose por las calles inmediatas y la plaza que ocupaban los sublevados. Canales recobró á poco los puntos que le habían quitado, obligando á sus contrarios á salir de la ciudad. Estos se situaron primero en la Casamata, á orillas del río y despues se apartaron hasta tres millas de la población.

Las fuerzas francesas, sin atender á la Frontera y siguiendo su plan de concentración, salieron de San Luis Potosí el 14 de Octubre al mando del general Douay, rumbo á Matehuala, para proteger la reunión de los imperiales en la Capital del Departamento, activando sus operaciones porque los republicanos en número de cinco mil, avanzaban sobre esa ciudad.

A las fronteras de México llegaban grandes cantidades de armas y pertrechos, para las fuerzas republicanas que ocupaban á Monterrey y otros puntos de aquella zona, de manera que pronto las del general Escobedo estuvieron equipadas para la primera campaña que iban á abrir en el interior de la República, movimiento que se retardó por los acontecimientos que ocurrieron en el puerto de Matamoros, al estallar la sangrienta pugna entre las mismas fuerzas republicanas, alimentada por odios y pasiones dimanadas de la ambición de mando; sucesos que alentaron á los imperialistas para proclamarse sostenedores del orden y amantes de un porvenir próspero para México.

El comandante militar de Brownsville, general Sedegwick, estando disgustado con el general Canales, pidió explicaciones sobre algunos asuntos y gabelas impuestas á ciudadanos norteamericanos. El gobierno de la Casa Blanca tenía fija su atención en los acontecimientos verificados en el territorio mexicano, ejerciendo una verdadera intervención el Presidente Johnson, desarrollada á medida que las tropas francesas se retiraban. Esa intervención se hacía en nombre de los intereses amenazados pertenecientes á ciudadanos de los Estados Unidos, y tambien en nombre de la civilización en peligro. Habiéndole negado al gobierno francés un plazo mas largo para retirar sus tropas de México, é insistiendo en que la retirada se verificara con la mayor prontitud posible, procuró el gobierno de aquella República, estar listo para protejer el establecimiento del gobierno de

Juarez, á cuyo fin contribuía eficazmente el Ministro D. Matías Romero.

El Times de Nueva York abrió una polémica en regla en favor de una intervención norteamericana en México, basándose en que siendo la retirada del ejército frances y el mal éxito del Imperio, obra del gobierno de Washington, era deber de este no dejar que México cayese en la anarquía; su pretensión venía á reducirse, á que el protectorado norteamericano acometiese exactamente la obra que la bandera francesa no había logrado consumar. Pedía el *Times*, que los Estados Unidos protegiesen la expresión del voto del pueblo mexicano para elegir un gobierno, apoyándose en un ejército á las órdenes de Grant, Sheridam ó de cualquier otro jefe norteamericano. Para protejer el republicanismo en México, dispuso el gobierno de Washington la marcha del ministro Campbell cerca de Juarez. El general Sheridam dió un paso gravísimo para los asuntos de México; era el comandante de las tropas que sostenía el gobierno de Washington en la frontera y con tal carácter expidió una orden para que no se respetara como gobierno de México sino al de Juarez, y se impidiera que violaran las leyes de neutralidad los partidarios de G. Ortega y de Santa-Anna. Tal conducta era proclamar militarmente la intervención en los asuntos de México, habiendo ya antes declarado el Presidente de los Estados Unidos, nulo el bloqueo de los puertos mexicanos decretado por Maximiliano, primer paso dado para salir de la política de neutralidad hasta entonces observada. El agente del Imperio en Nueva Orleans, D. Francisco de P. Castillo, protestó contra la orden de Sheridam; pero tal conducta fué un acto inútil. La acción del gobierno americano siguió adelante, y en consecuencia el general González Ortega y seis personas que lo acompañaban, fueron presas en Brazos de Santiago, y habiéndoles propuesto la autoridad norteamericana, quedar en prisión ó regresar á Nueva Orleans, declararon que su voluntad era pasar al territorio mexicano y que solamente presos regresarían á los Estados Unidos.

Los agentes Sherman y Campbell, estando ocupado por los franceses el puerto de Veracruz, se dirigieron á Tampico en el vapor "Susquehannah" llevando por objeto principal de su misión, tratar con las autoridades francesas superiores para que la cuestión mexicana tuviera solución pacífica y permanente.

El general Sheridan, desde Nueva Orleans, cuartel general del departamento del Golfo, decía al Brigadier Sedegwick, comandante del subdistrito de Río Grande el 23 de Octubre (1866), lo siguiente: "Estoy convencido de que no hay mas que un medio para mejorar el estado de cosas en el Rio Grande y es dar *el mas decidido apoyo al único gobierno de México, reconocido por el nuestro, al único que en realidad es nuestro amigo.* Admitirá Usted todos los partidarios de cualquiera de los pretendidos gobiernos de México ó del Estado de Tamaulipas, pero no se les permitirá violar las leyes de neutralidad entre el gobierno liberal de México y los Estados Unidos, ni tampoco se les permitirá permanecer en nuestro territorio y recibir la protección de nuestra bandera, si es para llevar á cabo sus maquinaciones y para la violación de nuestras leyes de neutralidad" "*Estas instrucciones las hará Usted efectivas contra los secuaces ó partidarios del pirata imperial que representa al llamado gobierno imperial de México, así còmo también contra Ortega, Santa-Anna y cualesquiera otros pertenecientes á facciones.*" "*El Presidente Juarez es el único reconocido jefe del gobierno liberal de México.*"(*)

La posición en que quedaba Maximiliano era fatal. Napoleón quería solamente sacar de México sus tropas á todo trance, sin importarle ya la consolidación de un gobierno mexicano que favoreciese los intereses europeos, y sin cuidarse de que se extableciera un trono que el Monarca frances se gloriaba de haber fundado. Al lado del temor de un lance con los Estados Unidos, toda precaución le parecía poca; ya no se atrevía á imponer condiciones; solamente pretendía salvar la deuda originada por los gastos de la expedición, arrancando á México, en último caso y aun cuando fuese solamente en apariencia, una obligación de pago.

(*) Desde que la intervención europea en México pareció inminente, trasmitió al gobierno de los Estados Unidos el Sr. Romero, ministro mexicano en Washington, todos los documentos de importancia que se referían al asunto, procurando patentizar lo infundado de los pretextos en que se apoyaba la invasión. Esforzábase en remitir á ese gobierno, no solamente los partes oficiales de las batallas, por los que se manifestaba que la guerra proseguía con actividad en el territorio mexicano, precisamente en los momentos en que Napoleón la daba por concluída, sino también enviaba al Secretario de Estado todos los demás datos que arrojaban luz sobre el verdadero estado de los asuntos, haciendo ver las razones que impedían llevar á efecto una resistencia mas vigorosa; también enviaba las correspondencias interceptadas, entre las cuales hubo muchas de carácter privado, para que se pudiera formar juicio conveniente de los hechos, durante los años que permaneció en México la Intervención Francesa, y fué tal el deseo del Sr. Romero en remitir al departamento de Estado de los Estados Unidos, documentos que se relacionaran con los asuntos mexicanos, que llegó á enviar los publicados por gobiernos extranjeros y las disposiciones aprobadas en el Senado y cuerpo legislativo frances sobre el mismo asunto.

CAPITULO UNDECIMO.

Se aproxima el fin del Imperio de Maximiliano.—Oponense á la abdicación los conservadores y liberales imperialistas.—Envían una comisión á Orizaba.—La prensa francesa aconseja la retirada del Emperador mexicano.—Inacción de los Ministros del Imperio.—Cree Eloin que Maximiliano podía ser el Emperador de Austria.—Informa el Barón de Lago contra el regreso de Maximiliano á Austria.—Conferencian Lares y Castelnau.—Carta de Maximiliano á Bazaine, referente al regreso de la legión austro-belga.—Llegan á Orizaba los generales Miramón y Márquez.—Convocase á esa ciudad los Consejos de Estado y de Ministros.—Creciente influencia del Padre Fischer.—Carta á los comisarios franceses.—Proyectos sobre sustitución del régimen imperial.—Consulta Maximiliano con el Ministro Scarlett.—Recepción de los consejeros; carta que les dirige Maximiliano.—Dictámen que recae sobre ella.—Acalorada discusión.—Opinión de la minoría.—Temor á la intervención norteamericana.—Se verifica la votación.—Explica su conducta la minoría.—Consideraciones respecto al proceder de los consejeros.—Los equipajes del Emperador regresan desde Paso del Macho.—Razones que tuvo Maximiliano para resolverse á permanecer en México.—Recursos supuestos por el Ministerio.—Imposibilidad para la reunión de un congreso.—El Diario del Imperio noticia que Maximiliano regresaba á México.—Sorprendense los representantes franceses.—Expide Maximiliano un Manifiesto en Orizaba.—Disposiciones acerca del ejército y de la hacienda pública.—Continúan los franceses abandonando las poblaciones del Interior.—Afectuosas manifestaciones entre el general Corona y la marina de los Estados Unidos.—El Puerto de Matamoros.—Pugna entre los jefes Canales y Tapia.—Muere el general Tapia.—Este era apoyado por los generales Escobedo y Sedgewick.—Interviene la fuerza de los Estados Unidos.—Cede el coronel Canales.—Se retiran de Matamoros los norteamericanos.—Los Juaristas pasan su cuartel general á San Luis Potosí.—Ataques sobre Toluca, Pachuca y Tulancingo.—Llega á México el consul Otterburg.—Conferencia con Bazaine.—Ofertas de mediación.—Se trata del nuevo Presidente.—Instrucciones de los comisarios Sherman y Campbell.—Perplejidad en que caen.—Regresan á su país.—Opúsculo del ministro D. Matías Romero.—Se opone el general Sheridam á los designios de Gonzalez Ortega.

El Imperio Mexicano, después de la serie de faltas cometidas, ya por Maximiliano y los suyos, ya por la Intervención, caminaba con toda evidencia á su ruina. Acababa Maximiliano de reconocer el error en que incurrió, al haber llamado á su lado á los liberales que tanto se habían opuesto á su venida; habíase entregado por sí mismo á sus enemigos, de manera que muchos de los que le rodeaban sostenían constantes relaciones con los republicanos. Abandonado por la Intervención, en los momentos en que más necesitaba de su apoyo, encontrábase solo y precisado á luchar contra los poderosos elementos que procuraban ano-



Lic. D. José M. Lacunza.

Presidente del Consejo de Gobierno en el Imperio de Maximiliano. Reemplazó al Comisario Mr. Langlais en la dirección de la Hacienda Pública y trabajaba de acuerdo con M. de Maintenant, proponiéndose el Sr. Lacunza realizar el pensamiento de disminuir los gastos. Cuando Maximiliano marchó para Querétaro el 13 de Febrero de 1867, dejó en poder del Sr. Lacunza la abdicación del trono.

nadarlo. Generalmente se aseguraba que los más peligrosos enemigos del Imperio no estaban en el campo juarista, sino en el palacio imperial, y se daba en prueba de esa acusación, entre otros hechos, el ataque que sufrió la embajada belga en Rio-Frio, considerándola obra nacida en el mismo Ministerio.

La existencia de dos poderes que se repartían la dirección de los negocios del Imperio, frente á Juarez, tuvo necesaríamente que llevar los asuntos políticos de mal en peor; Maximiliano y Bazaine pretendían dirigir la marcha política; pero el jefe francés se dirigía á veces á los republicanos por medio de agentes más ó menos autorizados, que encontraban por todas partes entre las autoridades civiles y aún entre los militares, prosélitos que alimentaron constantemente los choques que engendraban la animosidad, los rencores y los trastornos en los asuntos políticos.

La marcha de Maximiliano para Orizaba, había dado motivo para que se generalizara la creencia de que abdicaría y se iría para Miramar; estos rumores produjeron gran perturbación en los negocios, se paralizó el comercio y se aumentó la desconfianza pública. Los conservadores y liberales adherentes al Imperio, consideraron necesario detener á Maximiliano, le exhortaban á que permaneciera en el territorio mexicano y á que regresara á la capital del Imperio, y procuraban persuadirle de que había suficientes elementos para conservar la paz.

Entretanto los agentes de Napoleón III porfiaban, hasta con desacato, para que Maximiliano abdicara; Bazaine se resolvía á tratar con la República, y asediado Maximiliano por esos agentes estuvo á punto de abdicar, según aparece de las declaraciones hechas en una circular diplomática fechada el 10 de Diciembre de 1866 y cubierta con la firma del Secretario D. Juan N. Pereda.

Los liberales que habían tomado participio con el Imperio, conocían que aquella administración se desplomaba, y que no había en lo humano remedio para que el gobierno pudiera recobrar el prestigio perdido; aunque deseaban que Maximiliano dejara el trono, buscaban por temor á la revueltas soluciones imposibles: pretendían que Maximiliano saliera del país con su honor íntegro, y que al irse no dejara como funesta herencia la guerra civil. Solamente los conservadores, rodeando y apoyando al Imperio, estaban en su puesto y fieles á sus proyectos y á su historia.

A principios de Noviembre se consideraba como definitiva la intención de Maximiliano para salir del país, y que habían cesado los motivos que prolongaron su irresolución. Los partidarios del Imperio aún confiaban en el resultado de los pasos que daban para impedir que aquella salida se verificara. Enviaron á Orizaba una comisión, el 10 de Noviembre, portadora de una petición suscrita por millares de firmas, en el sentido de que volviera á la capital el Soberano. El general Marquez recibía de México despachos para que no se detuviera en Veracruz, sino que al desembarcar se pusiera en camino y gestionara con Maximiliano su permanencia en México.

Esforzábanse los imperialistas en decir, que ningún gobierno podría

sustituir al Imperio ni salvar á la Nación, y que él era el único centro de fuerza, de unión y de orden, para combatir las dificultades, deshacer las traiciones, prevenir emboscadas y vencer la revolución vandálica y anárquica, que no traía ninguna garantía, ninguna esperanza para el país, ni contaba con apoyo moral; por el contrario tras de ella venían todos los males, todos los horrores de la desmoralización y de la anarquía, y en último término la disolución social. Le aseguraban á Maximiliano, que mexicanos y extrangeros, conservadores y liberales, no siendo de la facción que todo lo amenazaba y arruinaba, estaban unidos en un sentimiento, en un solo deseo: sostener al Imperio, porque en él estaba vinculada la salvación de los intereses sociales. Le decían que el Emperador no solo era el jefe legítimo de la Nación, sino el defensor nato de la sociedad, y que le obligaba como Monarca que comprendía su misión, combatir á los insurrectos que, se debía suponerse levantaríann contra su gobierno; pero que los vencería porque les faltaba á los revolucionarios la justicia, el derecho y el apoyo de la voluntad nacional. En este sentido opinaba el ministro de la casa imperial Don Luis de Arroyo, que fué á Orizaba con la comisión portadora de la solicitud.

Los conservadores decían á Maximiliano en lo particular y por la prensa, que nunca era mas grande un Monarca, que cuando al frente de su Nación y aun abandonado de sus amigos y sus naturales aliados, defendía la Independencia, los derechos y el honor del puebló que le había confiado sus destinos. Triunfando ó sucumbiendo en la lucha, tendría siempre el amor y el respeto de los buenos, la admiración de todos y un lugar distinguido y honroso en la Historia. Maximiliano dejaba pasar los días y las ocasiones sin dictar medida alguna definitiva, y tal conducta enervante producía la incertidumbre y agravaba por momentos la situación. Un partido cualquiera, por extremoso que fuese, debía preferirse á semejante estado de irresolución y languidez; la duda y la vacilación eran mas perjudiciales que la abdicación ó la guerra.

De muy distinta manera procedía el gobierno de los Estados Unidos, pues tenía tal seguridad en la partida de Maximiliano para Europa, que el 12 de Noviembre salieron de Nueva York con destino á Veracruz el Ministro Lewis Campebell y el general Sherman, suponiendo que ya encontrarían terminado el Imperio en México; el primero estaba nombrado ministro cerca de Juarez y el segundo debía, como jefe militar, asesorarle y trasladarse también cerca de Juarez.

Públicos fueron en la capital del Imperio, los preparativos de Maximiliano para un largo viaje, ya en el palació de México, ya en el Castillo de Chapultepec y aun en Orizaba. Salieron de la capital los bagajes imperiales y se trasmitieron órdenes al buque austriaco "Dándola" para que se dispusiera á recibir á bordo al real viajero. Todos estos hechos eran de pública notoriedad, y aunque no tenían significación irrevocable, no se podía negar que la hipótesis de la abdicación no era imaginaria, obligando los indicios á aceptarla aún á los más incrédulos, y se llegó á fijar por la "*Estafette*" el 30 de Noviembre como día en que se embarcaría Maximiliano.

En contra-posición á los que aconsejaban á Maximiliano su permanencia en el territorio mexicano, después que se retirara el ejercito frances, la "Estafette" que era el periódico caracterizado representante de la Intervención, se empeñaba en lo contrario; le aseguraba con el calor de la convicción, que le inducían á un error y á una ilusión peligrosa, los que querían hacerle creer que después de la partida de las tropas francesas, encontraría en México bastantes súbditos adictos que con su dinero y sus espadas, le sostendrían contra sus enemigos y le aconsejaban permanecer en el puesto hasta el fin. "Sois extrangero, Señor, le decía y este pecado original nunca os lo perdonaran, por mas que digan vuestros amigos y vuestros cortesanos, y tendreis que convenceros de ello el día de las pruebas y del peligro."

El periódico frances convenía en que era digno de un príncipe y del fundador de un Imperio, morir con las armas en las manos, en medio de sus fieles súbditos; *pero no bastaba querer para poder;* "*la traicion, tenedlo entendido, os arrebataría esa gloria.*" "Habeis sido electo soberano; pero los hechos que presenciamos desde hace diez y ocho meses han debido probaros, Señor, cuan impotente é incapaz es el sufragio para defender lo que ha proclamado. Aun cuando escapaseis de vuestros enemigos, de las defecciones, de las traiciones, y de las maquinaciones americanas, nunca escapareis, Señor, de la penuria hacendaria. El vacío del tesoro es un abismo donde se sumergiría un César, un Carlos V, un Napoleón."

"Por estas y otras muchas razones que podríamos exponer, y con la mano sobre el corazón, somos de parecer que depongaís esa corona que no tendrá de hoy en adelante para Vuestra Magestad, sino espinas, ningún fruto y ninguna gloria."

Estas eran las opiniones, esos los consejos que le daba la Intervención por intermedio del escritor Mr. de Barrés, quien públicamente las manifestaba para que normase su conducta Maximiliano. En cambio de esa claridad y franqueza, la prensa de los conservadores guardaba misteriosa actitud, tratando de sacar partido de la irresolución que envolvía la voluntad del Emperador, á quien hacían comprender cuan indigno sería entregarse de plano á los franceses, y cuanto importaba dificultarles la salida del lazo en que estaban metidos. La abdicación que le pedían los franceses, aparecía relacionada con la entrega de las aduanas y con los empréstitos franceses que podían servir de arma ofensiva contra Napoleón, quien en último término había llegado á poner en ridículo al Archiduque. Los conservadores aconsejaban crear dificultades á los franceses, con objeto de que retardaran su salida del país, deslizaban en los oídos de Maximiliano frases que engendraban la convicción de que había inteligencias entre Francia y los Estados Unidos, para el arreglo de los asuntos respecto á México, llegando aun á sostener, que se había arreglado el protectorado de estos en el territorio mexicano.

A las instancias del gobierno francés que le apremiaba á abdicar, contestó

Maximiliano: "La Francia para retirarse invoca sus propios intereses, yo no puedo ni quiero abandonar una causa que he aceptado con sus peligros. Suceda lo que suceda, no tengo necesidad de deciros que seré lo que he sido en Milán, en la marina y en Miramar, no tomando consejo sino de mi deber y mi dignidad personal." "No abandonaré jamás mi puesto, y no olvidaré un solo momento que desciendo de una raza que ha atravesado por crísis aun más terribles que la que atraviesa, y no seré yo el que oscurezca la gloria de mis abuelos." (*)

Recordando Maximiliano las promesas explícitas y formales que el Emperador francés le había hecho, repetido y solemnemente confirmado, no había creido que se efectuaría la partida del ejército expedicionario. Nada había preparado en previsión de esta eventualidad; el ejército mexicano estaba en vía de organizarse; la hacienda pública en ruina, por la inmixión que la administración francesa tenía en las aduanas.

Maximiliano ya no cuenta con los liberales, se une cada dia más á los conservadores, sus aliados naturales, los que le habían llamado y que en aquellos momentos le ofrecían hombres, dinero y fuerza moral, aunque ese partido estaba debilitado por la desorganización que en él había operado el mismo Maximiliano, de manera que su brusca llegada al poder produjo nuevas causas de ruina en aquella situación ya tan trastornada. Todos los incidentes que se presentaban, contribuían á dar á los republicanos fuerza, vida y valentía, y á los imperiales debilidad, vacilación y congojas.

Pareció que anunciaba Maximiliano su abdicación, de una manera inequívoca, cuando el 18 de Noviembre puso bajo la salvaguardia del Mariscal su propiedad particular, manifestación que fué acogida con alegría por los representantes de Francia, creyendo que indicaba el próximo término al desarrollo revolucionario y al pánico que crecía en la capital. Bazaine, Castelnau y Danó suscribieron una acta accediendo á los deseos que manifestó Maximiliano, acerca de los compromisos contraidos por la Corona; pero tratándose de una cantidad que se había de entregar al Sr. Cárlos Sánchez Navarro para satisfacer las deudas de la lista civil y la liquidación de las cuentas de la gran cancillería, dijeron que las sumas provinientes de la venta de los muebles pertenecientes á la lista civil, quedarían afectas á ese pago, y en caso de que faltasen fondos, los representantes de Francia se esforzarían por obtener "*que el resto fuese abonado por el nuevo gobierno de México.*"

(*) A fines de 1888 publicó el "Vienna Tagblat" dos cartas enviadas de Madrid y reproducidas en periódicos de los Estados Unidos, una de la Archiduquesa Sofia conteniendo varios consejos á Maximiliano, proponiéndole que si las tropas francesas abandonaban á México fuese un buen rey con los mexicanos, como digno hijo de la casa de Hapsburgo; pero que si la expedición francesa permanecía en Mexico, abdicara en favor de Agustín de Iturbide y regresara á Austria con su familia. En otra carta de la Emperatriz Carlota, fechada el 15 de Junio de 1866, en momentos de partir para Europa, al manifestar la convicción de que su misión quedaría satisfecha y todo arreglado tan luego como hablara con Napoleón, tambien manifestaba su confianza en la Emperatriz Eugenia.

Esto último indicó á Maximiliano que se trataba de que un nuevo gobierno sustituyera á la monarquía mexicana. Habiales anunciado ya, que si algunas negociaciones comenzadas no tenían éxito feliz, abdicaría, y no obstante que el resultado había sido malo, decía en otra carta: "que ántes de resolver definitivamente lo que debería hacer, y en el caso en que se resolviera á abandonar el país *debia dejar arreglados ciertos puntos.*"

Maximiliano, con la respuesta de los comisarios franceses, adquirió la certidumbre de que la política napoleónica le había sacrificado en aras de los Estados Unidos para salvar los intereses franceses, y ya no le cupo duda de que todo lo había dispuesto el Comandante francés para sustituir el Imperio con un nuevo orden político. Sentiase ya impaciente por concluir de manera definitiva sus relaciones con la Francia, y teniendo informes del General Miramón acerca del cambio favorable que se había operado en los Consejos de Estado y de Ministros, listos para ir á Jalapilla llamados por el Emperador, dirigió una nota á Bazaine, proponiéndole una entrevista pues era necesario arreglar un gobierno estable que protegiera los intereses comprometidos, y no permitiéndole su enfermedad de calenturas subir á México, invitaba al Mariscal á bajar á Orizaba, para donde también citaría á los Consejos de Estado y de Ministros.

Una carta que Maximiliano dirigió á Bazaine desde Orizaba el 2 de Noviembre, no dejaba duda alguna de que por el momento no debía esperar la abdicación del Príncipe; además era un ataque á las maniobras desarrolladas entre el gabinete de las Tullerías y el de Washington, y á la misión de los comisarios norteamericanos que habían anclado frente á Tampico.

Esto daba motivo á los rumores muy generales que circulaban acerca de la abdicación forzosa que el Mariscal Bazaine exigía de Maximiliano y con tal motivo la "Estafette" hizo una aclaración, asegurando que dicha abdicación no podía ser sino un acto voluntario y que mientras más penosas fueran las circunstancias y más evidentes las dificultades del Jefe del Estado, más se deberían respetar sus derechos. *No es mengua perder el trono.* "*Un golpe violento puede muy bien hacer caer una corona, pero la sustituye con una aureola.*" "*Nunca se ha tratado de agresiones ni de emplear la fuerza.*" En seguida ese periódico, órgano de la Intervención, siguió sosteniendo la conveniencia de una abdicación voluntaria y la aconsejó al Emperador.

El gabinete presidido por el Sr. Lares no daba señales de vida, sino para expedir un decreto sobre cementerios y derogar algunas leyes; su programa ministerial quedaba únicamente escrito, sin poderlo desarrollar; la inercia del Ministerio tenía que ser necesaria, porque acontecimientos imprevistos podrían deshacer mañana lo hecho hoy. Las circunstancias impedian todo movimiento social de cualquiera clase que fuera; se estudiaba el presupuesto, ¿pero sin entradas qué equilibrio podría haber en la administración pública? ¿y cómo organizar el ejército, obra que estaba á la orden del día hacía mucho tiempo? La

incertidumbre producía un letargo mortal, y tenía suspensa la vida política y social de los que todavía esperaban algo del Imperio.

Los franceses sostenían la conveniencia de la abdicación; insistían en que Maximiliano no creyera á los que le aseguraban que después de la partida de las tropas francesas, encontraría bastantes súbditos adictos para sostenerle con suficientes elementos; le advertían que era seducido con peligrosas ilusiones, al aconsejarle que se dejara llevar por la fortuna y la casualidad; le recordaban que era extranjero, pecado que los mexicanos jamás le perdonarían, por más de lo que en contrario le dijeran los cortesanos y que ya comprendería esto el día de las pruebas y del peligro, el día en que la traición le arrebatara la buena suerte de morir en medio de los leales. Los hechos que se sucedían hacía dieciocho meses, debían convencerle de lo impotente que es el sufragio inerte para defender lo que proclama. ¿Cómo escapar de las penurias hacendarias, suponiendo que escapara de todo lo demás?

Parecía indudable que Maximiliano carecía de opinión precisa sobre lo que haría en Orizaba; iba á meditar allí, lejos de las intrigas de la Corte, acerca de los medios para retirarse del trono con honra; pero se dedujo de sus actos, que no había fijado difinitivamente la fecha de su partida. Los momentos eran tentadores para dar pávulo al pensamiento de abdicar, aprovechando la peligrosa situación que había creado al Emperador Francisco José la derrota de Sadowa. Habíase fijado en el ánimo de Maximiliano la idea de dejar á México, cuando recibió la carta de Eloin á que hemos hecho referencia, fechada el 17 de Septiembre, haciéndole saber que la corona de su hermano estaba comprometida y que un numeroso partido pensaba aclamar á Maximiliano Emperador de Austria. Al lado de estas esperanzas se presentó la realidad.

Acababa de llegar Maximiliano á Orizaba cuando le visitó el Ministro francés, invitándole para que se pusiera en planta la convención del 30 de Julio, siendo el 1º de Noviembre la fecha en que debía ser ejecutada, y para lo cual prescribió Mr. Danó á los agentes franceses que intervinieran en las aduanas.

Era natural que tal paso encontrara resistencia, y que los franceses ejercieran rigor tan humillante cuanto inútil con un gobierno condenado á muerte. En esos días, un periódico francés que se publicaba en México, dijo: que el Imperio no exitía ya; que la Intervención francesa era la poseedora de este país que necesitaba la dictadura para atender á los acontecimientos futuros, y que ninguna dictadura hubiera caído jamás en manos más dignas que aquellas á las cuales volvía naturalmente.

Disgustaba este lenguaje en gran manera á Maximiliano, á quien sus cortesanos excitaban explotando la irritación que le causara, para obligarle á permanecer en el trono. En este sentido trabajó el Padre Fischer, haciéndole mil promesas por parte del clero, y supo aprovechar los múltiples acontecimientos que vinieron en su auxilio, para lograr el éxito de los planes que desarrollaba. Uno de los apoyos indirectos que tuvo, fué el ministro de Inglaterra Scarlett,

quien al pasar por Orizaba, en marcha para Europa, conferenció largamente con Maximiliano y le persuadió de que podía conservar una corona sin necesitar el apoyo de los franceses; le aconsejó que hiciera un llamamiento á la Nación mexicana, que le aclamaría inevitablemente, tan luego que la presencia de los soldados extrangeros dejara de impedir que se reprodujeran por todas partes las adhesiones. En igual sentido le habló el Barón de Magnus, ministro de Prusia. El de Austria, Barón de Lago, ponía en conocimiento de Maximiliano, á nombre de la corte de Viena, que no podía volver al territorio austriaco antes de que tuviera nuevamente sus derechos de agnado, perdidos desde Abril de 1864, fecha en que aceptó la Corona Mexicana, cuyo aviso pesó sin duda grandemente en el ánimo de Maximiliano, para decidirle á no dejar á México, siendo á la vez humillante la situación que le creó su hermano el Emperador Francisco José. (*)

Al sentirse Maximiliano apoyado por el partido conservador, rompió de frente con las consideraciones que aun guardaba á los franceses, muy disgustado por los rumores que le llegaban respecto á las negociaciones que abrió la diplomacia francesa con los jefes republicanos, y por la misión de Campbell cerca de Juárez; además, los agentes que tenía en Washington le informaron de los trabajos desarrollados en las Tullerías para la caída del Imperio, y acerca de las idas y vueltas de los diplomáticos y agentes secretos con instrucciones del marques de Moustier al de Montholón. El Emperador francés recibió secretamente en Saint-Cloud al coronel Sturn y en Washington fué recibido Mr. de Moreau. El cónsul americano Mr. Marcus Otterburg dejaba la fragata Susquehannah y subía de Veracruz á México, para conferenciar con el general Castelnau. Entonces, impelido por el consejero Fischer, resolvió Maximiliano desenmascarar de un golpe la política francesa, para forzarla á que se pronunciara abiertamente en algún sentido, y aun sintió no haber recibido al general Castelnau para saber oficialmente la última voluntad de las Tullerías.

Comisionó Maximiliano al Presidente del Consejo, Sr. Lares, para saber el objeto de la misión que aquel traía; pero Castelnau contestó que era necesaria en la conferencia la presencia del Mariscal Bazaine y entonces los ministros Lares y Arroyo fueron á la casa del Mariscal. Allí encontraron reunidos á Castelnau, Bazaine y Danó; las explicaciones cambiadas fueron consignadas en una nota de fecha 4 Noviembre. Castelnau declaró que no tenía otra misión que la de confirmar las cartas por las cuales Napoleón significaba á Maximiliano, que no podía

(*) Una prueba de los sentimientos que abrigaba Maximiliano respecto al gobierno austriaco, se presentó al caer prisionero en Querétaro; llamó á su lado primeramente al ministro de Prusia y no al de Austria, quien despues fué expontáneamente á ofrecer sus servicios al monarca prisionero Acabó de salir Maximiliano de su incertidumbre, con la llegada de los generales Márquez y Miramón á Orizaba; pues entreveía el éxito con el triunfo ó por lo menos con la posibilidad de retirarse honrosamente. En consecuencia, el 18 de Noviembre llamaba á Orizaba á sus ministros, sus consejeros de Estado y al Mariscal Bazaine; este se negó á concurrir, de acuerdo con los representantes franceses Danó y Castelnau.

seguir auxiliando al Imperio ni con soldados ni con dinero, dejando al Emperador Maximiliano en libertad para tomar una decisión. Los ministros Lares y Arroyo pidieron que se pusieran en manos del Imperio los arsenales, la artillería y municiones, y la fuerza mexicana para emprender las operaciones militares que el gobierno nacional juzgara oportunas, y que á la vez le fueran confiadas las plazas fuertes. También querían saber los comisionados por Maximiliano, la época más lejana en que sería la retirada del ejército francés y qué auxilios podría prestar este para la pacificación del país. Para el caso en que Maximiliano abdicara, deseaban saber lo que haría el Mariscal, según las instrucciones de Napoleón, con el fin de evitar la anarquía y los desórdenes que seguirían á la falta de gobierno.

Los tres comisarios franceses confirmaron el 7 de Noviembre las resoluciones de Napoleón; todas las fuerzas y el material de guerra mexicanos, quedarían confiados á los generales imperialistas, dueños ya de los establecimientos militares; las plazas del Imperio serían entregadas á las autoridades imperialistas, previniéndoles con tiempo oportuno el día en que serían abandonadas por los destacamentos franceses; estos seguirían protegiendo á los funcionarios y poblaciones en las zonas aun ocupadas por ellos; pero sin emprender expediciones. En cuanto á lo que harían los franceses si se retiraba Maximiliano, se contestó que era imposible exponer las medidas en los casos eventuales; pero ofrecieron que siempre procurarían mantener el orden, el respeto á los votos de las poblaciones y la salvaguardia de los intereses franceses.

Tal contestación no satisfizo á Maximiliano ni á su secretario el padre Fischer; el primero dirigió el 12 de Noviembre una carta á Bazaine fechada en Orizaba, pidiendo que la respuesta fuera colectiva por los representantes de la Francia y una declaración explícita. Decíale que antes de resolver definitivamente lo que había de hacer y para el caso en que su resolución fuera abandonar este país, quería dejar arreglados ciertos puntos que merecían atención particular, y pedía que el gobierno francés acordara los recursos necesarios para que regresara á la patria la legión austro-belga, que sería la primera en evacuar el territorio mexicano. Las autoridades francesas dispondrían que á los gastos de la expedicion se añadieran los indispensables para pensionar á los mutilados é inválidos del cuerpo austro-belga, en el caso de que no bastara para ello el producto de la venta de los cañones de la legión austriaca, que eran de la propiedad particular de Maximiliano; las pensiones deberían ser liquidadas por una comisión nombrada por el Mariscal, de la que formarían parte los coroneles Kodolich y Van der Smissen, quienes se encargarían de enviar las cantidades respectivas á los individuos que á ellas tuvieran derecho. También quería que las autoridades francesas dispusieran, que el tesoro mexicano entregara diez mil pesos á la princesa Iturbide á cuenta de su pensión, y que se enviara igual suma á Francia para el príncipe Salvador Iturbide, en abono de lo que se le debía, disponiendo que solamente pudiese gozar de los intereses durante su menor edad, é insistía en que



Lic. D. José Linares,

Consejero de Estado en el gobierno de Maximiliano.

En pliego cerrado que el Emperador Maximiliano entregó en Querétaro, durante el sitio, al general Leonardo Márquez y que éste abrió al saber que Maximiliano había caído prisionero, se nombraba una Regencia compuesta de tres miembros propietarios y tres suplentes, siendo uno de estos últimos el Consejero de Estado D. José Linares.

seguir auxiliando al Imperio ni con soldados ni con dinero, dejando al Emperador Maximiliano en libertad para tomar una decisión. Los ministros Lares y Arroyo pidieron que se pusieran en manos del Imperio los arsenales, la artillería y municiones, y la fuerza mexicana para emprender las operaciones militares que el gobierno nacional juzgara oportunas, y que á la vez le fueran confiadas las plazas fuertes. También querían saber los comisionados por Maximiliano, la época más lejana en que sería la retirada del ejército francés y qué auxilios podría prestar este para la pacificación del país. Para el caso en que Maximiliano abdicara, deseaban saber lo que haría el Mariscal, según las instrucciones de Napoleón, con el fin de evitar la anarquía y los desórdenes que seguirían á la falta de gobierno.

Los tres comisarios franceses confirmaron el 7 de Noviembre las resoluciones de Napoleón; todas las fuerzas y el material de guerra mexicanos, quedarían confiados á los generales imperialistas, dueños ya de los establecimientos militares; las plazas del Imperio serían entregadas á las autoridades imperialistas, previniéndoles con tiempo oportuno el día en que serían abandonadas por los destacamentos franceses; estos seguirían protegiendo á los funcionarios y poblaciones en las zonas aun ocupadas por ellos; pero sin emprender expediciones. En cuanto á lo que harían los franceses si se retiraba Maximiliano, se contestó que era imposible exponer las medidas en los casos eventuales; pero ofrecieron que siempre procurarían mantener el orden, el respeto á los votos de las poblaciones y la salvaguardia de los intereses franceses.

Tal contestación no satisfizo á Maximiliano ni á su secretario el padre Fischer; el primero dirigió el 12 de Noviembre una carta á Bazaine fechada en Orizaba, pidiendo que la respuesta fuera colectiva por los representantes de la Francia y una declaración explícita. Decíale que antes de resolver definitivamente lo que había de hacer y para el caso en que su resolución fuera abandonar este país, quería dejar arreglados ciertos puntos que merecían atención particular, y pedía que el gobierno francés acordara los recursos necesarios para que regresara á la patria la legión austro-belga, que sería la primera en evacuar el territorio mexicano. Las autoridades francesas dispondrían que á los gastos de la expedicion se añadieran los indispensables para pensionar á los mutilados é inválidos del cuerpo austro-belga, en el caso de que no bastara para ello el producto de la venta de los cañones de la legión austriaca, que eran de la propiedad particular de Maximiliano; las pensiones deberían ser liquidadas por una comisión nombrada por el Mariscal, de la que formarían parte los coroneles Kodolich y Van der Smissen, quienes se encargarían de enviar las cantidades respectivas á los individuos que á ellas tuvieran derecho. También quería que las autoridades francesas dispusieran, que el tesoro mexicano entregara diez mil pesos á la princesa Iturbide á cuenta de su pensión, y que se enviara igual suma á Francia para el príncipe Salvador Iturbide, en abono de lo que se le debía, disponiendo que solamente pudiese gozar de los intereses durante su menor edad, é insistía en que



Lic. D. José Linares,

Consejero de Estado en el gobierno de Maximiliano.

En pliego cerrado que el Emperador Maximiliano entregó en Querétaro, durante el sitio, al general Leonardo Márquez y que éste abrió al saber que Maximiliano había caído prisionero, se nombraba una Regencia compuesta de tres miembros propietarios y tres suplentes, siendo uno de estos últimos el Consejero de Estado D. José Linares.

se le dieran á D. Carlos Sánchez Navarro 45,000 pesos de la deuda de la lista civil, y las sumas necesarias para liquidar las cuentas de la gran cancillería. Ponía á la vez Maximiliano su propiedad particular, bajo la salvaguardia del Mariscal.

Entretanto Maximiliano maduraba su proyecto de convocar un congreso nacional, no solamente porque se lo había aconsejado Mr. Eloin, sino también porque hacía tiempo que meditaba en el mismo asunto, lisongeándose con que la convocación de tal congreso se haría pacíficamente, luego que partieran los franceses y acabaría la lucha entre la Monarquía y la República; consideraba que si aquella sucumbía ante el voto popular, desenlace que ya preveía Maximiliano, podría regresar á Europa con la frente levantada, descendería noblemente los peldaños del trono y quedaba apto para ejercer en su patria los altos destinos á que pudiera ser llamado; pero necesitaba, para sostenerse en el poder hasta que concluyera la retirada del ejército francés, apoyarse en algún partido que contrariara la insurrección y que le permitiera tratar con los jefes liberales para asegurar la ejecución de aquel proyecto, esto es, la manifestación libre de la opinión de todas las personas notables del territorio nacional, convocadas para emitirla.

Sostenía el secretario de Maximiliano, el padre Fischer, constantes relaciones con el partido conservador y el clerical, del que se constituyó jefe; y presentaba sin descanso á la vista de Maximiliano, los falsos recursos con que aquel partido creía contar. En momentos decisivos se presentaron los generales Márquez y Miramón, para apoyar las tendencias del capellán confesor de la Corte. Acababan de desembarcar estos generales en Veracruz, después de dos años de ausencia y pasaron rápidamente el camino entre el puerto y Orizaba. No pudieron permanecer sordos al llamado de su partido, y al siguiente día de haber desembarcado llegaban á la hacienda de Jalapilla, para ofrecer á Maximiliano sus espadas, si consentía en arrojarse en brazos del partido conservador y abrir por segunda vez la campaña bajo la enseña del Imperio. Maximiliano ya no vaciló, ofreció reintegrar á los clericales en la posesión de sus bienes y sus dignidades; pero pide á los jefes de su partido que conserven en lo posible el secreto por algunos días. Miramón parte para la capital y se apresura á llevar la noticia al Ministerio y al Consejo de Estado, alienta á sus correligionarios, dicta las medidas necesarias para levantar un nuevo ejército y reunir cuatro millones de pesos en el tesoro de la monarquía, obrando de acuerdo con el Secretario imperial D. Agustín Fischer. (*)

(*) El presbítero Agustín Fischer era de corpulenta estatura y tan ambicioso como intrigante; se presentaba vestido de paisano. Acerca de su vida privada circulaban singulares rumores. Cuando Maximiliano, después de las noticias del estado lamentable que guardaba la Emperatriz, se fué para Orizaba, y los franceses lo mismo que los americanos esperaban á cada momento la abdicación, el padre le siguió á esa ciudad y de acuerdo con Márquez y Miramon lograron persuadirle que se quedara en México, ofreciéndole que le asistirían suficientemente con tropas y recursos si no dejaba de apoyarse en los mexicanos.

En su nueva política no debió contar Maximiliano con los conservadores; el llamamiento que les había hecho á última hora, recordaba lo que antes había pasado y les obligaba á ser precavidos; tenían razón para temer que si más tarde el Imperio se establecía pacíficamente, su jefe emprendería de nuevo la marcha de progreso que había iniciado y de la cual no podría retroceder. Bastaría reflexionar en que Maximiliano, despreocupado en materias religiosas, sencillo en su interior doméstico, franco y demócrata á fuer de buen marino, no podía ser el hombre más apto para establecer un trono, cuyos cimientos descansaran en los privilegios y en la intolerancia. Así lo comprendían los conservadores y por lo mismo querían aprovechar los elementos del Imperio, en beneficio de su propio partido; pero sin sostener al Emperador más que el tiempo indispensable, porque sería una amenaza constante para que las ideas de ellos llegaran á dominar.

De los liberales quedarían solamente al lado del Emperador, los que le tenían un afecto personal nacido del trato íntimo en que con él habían estado, ó los que buscaban algún medro.

En la mente de los liberales imperialistas así como en la de los conservadores, existía la misma convicción de que era necesaria la retirada de Maximiliano, é igualmente existía la idea de que esta retirada no debía verificarse desde luego, ya porque sería deshonroso para el Emperador marcharse con los franceses, ya porque sobrevendría el trastorno más lamentable á causa de estar todos los partidos armados, y del choque que entre sí tuvieran no podía provenir más que una guerra prolongada y desastrosa. Resultaba en resumen, que la opinión general de los imperialistas era la misma en cuanto á la retirada del Emperador Maximiliano; pero no en cuanto al tiempo en que ella debía tener efecto.

Maximiliano, acosado por los franceses, debil por sus tenaces enfermedades y profundamente disgustado por la que aquejaba á su esposa que padecia en Miramar, llegó á veces á tomar de pronto la resolución de abandonar á México y aun escribió algunas cartas en que se despedía de los amigos que dejaba en el país; pero las reflexiones dimanadas de la influencia del Padre Fischer, le hicieron suspender el envío de estas cartas, aunque no por ello abandonaba la idea de retirarse. En tales circunstancias desembarcaron en Veracruz los generales D. Miguel Miramón y D. Leonardo Márquez, los cuales se dirigieron á Orizaba. El primero que no tenía permiso de regresar á su patria, venía, suponiendo que el Imperio había concluido, á recoger á sus antiguos partidarios y tal vez con el ánimo de

enarbolar la bandera de la reacción que siempre había sostenido en sus manos; Márquez no tenía prohibición de volver; sin duda traía también planes formados para cuyo desarrollo se necesitaba la presencia de Maximiliano en México, pues mientras que Miramón se mostraba neutral en el problema de la abdicación y aun se inclinaba en favor de la retirada del Emperador, Márquez se unió desde luego abiertamente con el Padre Fischer y el partido conservador é interpuso todo su valimiento para conseguir que Maximiliano abandonara la idea de retirarse. A los intereses que los conservadores tenían por la permanencia del Emperador, venía á unirse el disgusto que les causaba el personal del nuevo gobierno que proponían los franceses para sustituir el régimen imperial. El Mariscal Bazaine, el General Castelnau y D. Alfonso Danó, habían propuesto á Maximiliano que al separarse de México, dejase nombrada una administración provisional compuesta de D. José María Lacunza, D. José Linares y D. Luis Méndez, individuos conocidos por sus ideas liberales y de quienes quizá esperaban los franceses que ratificaran algunas de las convenciones iniciadas con el Imperio, ó que celebrarían alguna otra, que aunque por el momento no podía ser aprobada por el gobierno republicano, más tarde llegaría á servir de base para reclamar directamente de México ó por conducto de otra nación poderosa, lo que entonces se estipulara. Los franceses no habían contado con la voluntad de los propuestos para hacer esta postulación; pero Maximiliano, Miramón, Márquez y el Padre Fischer, no podían suponer que así fuera y creyeron más bien que existía una intriga entre los franceses y los liberales imperialistas, para obtener la retirada de Maximiliano, quedando siempre el gobierno provisional sostenido por alguna fuerza de Francia. Si algún apoyo francés había de quedar en México, los conservadores querían mejor que fuese en beneficio de su partido y no para una administración que evidentemente había de ser contraria á sus conviccións. Cuando, sinembargo de los esfuerzos que se hacían, Maximiliano insistía en su marcha con decisión, los políticos residentes en Orizaba comprendieron que sus trabajos no bastarían para impedirla y cambiando entonces de rumbo, se limitaron á criticar á los postulados para el nuevo gobierno, haciendo entender al Emperador que estos tenían compromisos para entregar el país á la República de los Estados-Unidos y que sería conveniente, ya que Maximiliano había de dejar el poder, que lo resignase en la administración que eligieran los Consejos de Ministros y de Estado, que eran los cuerpos más elevados del gobierno imperial. Pesó este dictámen en el ánimo siempre vacilante de Maximiliano, quien para proceder con más acierto, procuró conferenciar con Mr. Scarlett, plenipotenciario de la Gran Bretaña y que á la sazón se encontraba en Orizaba y le consultó respecto de este paso que se le aconsejaba. Scarlett, que había creído deshonroso para el Emperador que abandonara el país como un prófugo, creyó prudente que aquella resolución se hiciera saber de una manera solemne á las autoridades nacionales, para que ellas proveyeran á la nueva administración que México debía tener.

Maximiliano conocía lo ineficaz de tales promesas y tal vez no le hubieran inducido á quedarse á no ver sido por el padre Fischer que, conociendo el caracter caballeresco y altruista del Emperador, le pintó con los colores mas negros la futura condición misera de los imperialistas, que quedarían en México. Estas consideraciones le resolvieron á no abdicar con gran sorpresa del Mariscal Bazaine y del general Castelnau, cuyos proyectos para areglar los negocios con el gobierno republicano, representado para ello por el general Gonzalez Ortega, quedaban destruidos. El Padre Fischer atendió antes que á los intereses de Maximiliano, a los de la Iglesia romana.

Era indudable que los franceses despreciaban al Emperador de México, considerándole representante de un pueblo al que trataron siempre como inferior; pero en esta vez Maximiliano se mostró orgulloso y rechazó con energía el desdén que se le manifestara. De aquí que crecieran las malas inteligencias, los sendos disgustos y acaloradas discusiones entre el Imperio y la Intervención, olvidadas á veces al parecer, pero siempre sostenidas en el fondo Esto explica en parte las dudas y vacilaciones de Maximiliano, en la hora solemne en que iba á jugar su fortuna en un sólo y dudoso golpe de dados. (*)

Los conservadores mostraban persistente deseo de comprometer á Maximiliano, para que poniéndose á la cabeza de ellos probara la suerte de las armas; y en tal virtud les hablaron á Márquez y Miramón, viniendo en último análisis á convertirlo en un rey de facción, ligado por bien ó por mal á los destinos de un partido. Estos manejos eran contrariados por la Intervención, aconsejando á Maximiliano que, antes de lanzarse en cuerpo y alma á la guerra civil, y de producir una conflagación que no se extinguiría sino con la sangre de los vencidos, y antes de imponer ruinosos sacrificios á sus gobernados, deber del Soberano era tomar consejo del país, y seguir francamente la que declarase ser su voluntad, único medio de investigar si contaba con el apoyo y simpatías de sus súbditos, pues era imposible que se oyeran las promesas de un gobernante en circunstancias en que, pasiones ciegas y ambiciones desordenadas querían llevar adelante la satisfacción de sus odios y de su interés, á través del fuego, de la sangre y la guerra sin cuartel. Ocupada ya la mayor parte de la República por los republicanos, era de esperarse que, ó no habría votación, ó sería pura y simplemente el restablecimiento del gobierno de Juarez.

Llamados los Ministros y Consejeros á Orizaba, quedaron en México despachando los negocios algunos de los primeros y los subsecretarios presididos interinamente por D. Manuel García Aguirre. Bazaine arregló las escoltas para que aquellos encontrasen seguro el camino hasta Orizaba. En consejo pleno iban á ser discutidos los grandes asuntos del Imperio. ¿Abdicaría el Emperador ó retendría la corona? ¿Partiría sin abdicar y sin intención de volver, ó con la resolución de regresar? Tales eran las cuestiones capitales que se discutirían. Algunos de los consejeros opinaban por el alejamiento temporal, con reserva de los derechos soberanos y libertad de acción para el porvenir, dejando una Re-

(*) Si se ha de dar el crédito al rumor esparcido en esos días, se sabrá que hubo pretensiones ha provechar la influencia que sobre Maximiliano tenía su consejero íntimo el Padre Fischer, á quien se le había ofrecido por los franceses una libranza de 150,000 pesos en caso de que accediera el Emperador á partir, y aun se citaba el nombre del banquero mexicano que conservaba el documento y que era Mr. Martín Darán.

Se refiere también que, aunque ese asunto de tentativas de corrupción no pasase de un cuento, fué creido por Maximiliano quien sintió herida su dignidad y uniendo este sentimiento á otras causas contribuyó á impedirle dejar á Mexico, y creyó que los franceses pretendian cubrir su retirada con la partida del Emperador y poder decir: que supuesto que el Príncipe acobardado abandonaba su Patria, nada les quedaba que hacer."

gencia compuesta de un militar y dos togados, é indicaron para el primer puesto al general Márquez y para los otros á Lares y Marin.

A todos los que hablaban á Maximiliano acerca de estos asuntos, les contestaba que tomaría en consideración sus razones y resolvería. Nacionales y extranjeros tenían fijas sus miradas en Orizaba, principalmente los originarios de Francia y los Estados Unidos.

A las nueve y media de la noche del día 23 de Noviembre, llegaban á Orizaba el ministro Lares y los consejeros de Estado y comenzaron desde luego las conferencias.

Tranquilo Maximiliano con las opiniones que oyera, el lunes 19 de Noviembre había dirigido un telegrama á D. Teodosio Lares, Presidente del Consejo de Ministros, ordenándole que este y el Consejo de Estado se trasladaran á la mayor brevedad á la ciudad de Orizaba, para ocuparse de asuntos de la más alta importancia. Pero esta orden no suponía la detención de Maximiliano en el país, pues al día siguiente disponía que salieran los últimos bultos de su equipaje con dirección á Paso del Macho.

Lares hizo conocer el telegrama imperial á los ministros y á D. José María Lacunza, presidente del Consejo de Estado y este comunicó la orden el mismo día á los consejeros, que para tratar el asunto se reunieron á las dos de la tarde en la casa número 9 de la calle del Seminario, que era donde el Consejo celebraba sus sesiones. En aquella reunión se señaló para la partida el día 22 y el siguiente en la noche entraban á Orizaba las personas que dieron cumplimiento á la orden del Emperador. Estas fueron los Sres. Lacunza, Fonseca, López Portillo, Siliceo, Vidaurri, Almazán, Linares, Cordero, Cortés Esparza, Pérez, Orozco y Berra, Méndez, Hernández, Gutiérrez, Villalva, y Arango y Escandón, los cuales fueron alojados en la nueva casa de Diligencias, donde se encontraban ya los Sres. Lares, presidente del Consejo de ministros, y Marín, Campos y Arroyo que también asistieron á las conferencias, los dos primeros como ministros con voz y voto en el Consejo, y el tercero como ministro de la Casa Imperial y según orden suprema de 24 de Setiembre anterior, pues conforme á las leyes, el ministro de la Casa Imperial solo concurriría al Consejo cuando lo llamaba expresamente el Emperador. Varios consejeros dejaron de asistir, dando por causa para su falta, diferentes motivos; pero no dejó de observarse que los que eludieron el viaje pertenecían al partido conservador.

El Ministerio y el Consejo de Estado, llegados á Orizaba con escolta francesa y por influencia del general Miramón, estuvieron conferenciando en la residencia imperial desde el sábado al lunes. El Sr. Lares, encargado de llevar la palabra á nombre de todos los miembros de la comisión, suplicó á Maximiliano que no se alejara del territorio, asegurándole en nombre del clero y con garantía del Padre Fischer, que podía disponer sin tardanza, de cuatro millones de pesos y de un ejército listo ya para comenzar las operaciones, aceptando Márquez y Miramón el mando; el primero ocuparía la capital y protegería el Valle de Méxi-

co y la parte oriental contra los amagos de Porfirio Díaz, y el segundo partiría hácia el Norte para batir á las fuerzas de Escobedo, y se consideró más fácil la victoria con el concurso del general D. Tomás Mejía, cuyo crédito militar era aun poderoso en la sierra y todo el Estado de Querétaro, testigo de sus hechos desde hacía mucho tiempo. Derrotadas las fuerzas republicanas en el Norte, volverían los imperiales sobre las de Oaxaca que se creía aniquilar fácilmente. En cuanto á los millones ofrecidos, el Presidente del Consejo únicamente había declarado que se les encontraría y que esto era un secreto de su partido.

Maximiliano adoptó el plan propuesto y dirigió á la capital un telegrama que compendiaba todos los sucesos ocurridos.

El 20 de Noviembre envía Maximiliano desde Orizaba una nota telegráfica al cuartel general francés, diciéndole que ninguno de los pasos que había dado autorizaba á nadie para creer que tenía la intención de abdicar en favor de algún partido, pues que el haber llamado á los Consejos de Estado y de Ministros, era precisamente para que, unidos á él, depositaran el poder interinamente, en las manos de quien debería guardarlo cuando llegara la ocasión de abdicar, y en espera de que el voto de la Nación resolviera lo demás. Para arreglar estas juntas, había llamado al Mariscal Bazaine. Calificaba de muy aventurada la pretensión de que un gobierno provisional fuera reconocido por los Estados Unidos, pues no sabía quien garantizaría ese reconocimiento, ni quien iría á solicitarlo. Creía obligatorio, devolver á la Nación los poderes que de ella había recibido y dejar las otras cuestiones de origen y elección del nuevo gobierno, al libre voto del país. Consideraba su único deber nombrar una Regencia provisional, en tanto que la Nación era convocada, y hacer los esfuerzos convenientes para ello, á fin de buscar protección para los imperialistas sin mezclarse en más.

El día 24 se participó oficialmente al Emperador la llegada de ambos Consejos, y este dispuso recibir al de Estado á otro día nombrando secretario al Sr. Linares por falta del Sr. Elguero, que era el titular, dándose orden para que se tuviesen como secretas las sesiones. En efecto, el día 25 á las 10 de la mañana, los consejeros se reunieron en el salón del alojamiento del Emperador, que era la casa perteneciente al Sr. D. Miguel Bringas. Estaba aquella sala decorada con decencia y aun con cierto lujo. Maximiliano se encontraba de pié en medio de ella, vestido muy sencillamente sin condecoración ninguna, con la espalda á una mampara de vidrios que daba paso á las habitaciones interiores. Saludó á los consejeros con una inclinación de cabeza y luego con voz conmovida les dijo: "*Señores. Yo no soy el que era; la Providencia ha querido experimentarme con crueles dolores, tanto físicos como morales; por otra parte, el Emperador de los franceses, de acuerdo con la República del Norte, ha dispuesto retirar su ejército del país y su apoyo á mi gobierno, á pesar de los solemnes tratados que existen. En tan críticas circunstancias, yo no he querido tomar resolución ninguna, sin que antes deliberen mis consejeros que son tan ilustrados y que me han sido tan fieles. De esto tengo un nuevo testimonio, al ver la solicitud con que ustedes han ocurrido á mi llamamiento; yo me felicito de ver á ustedes á mi lado, y les doy las gracias por las molestias que han tomado al satisfacer mis indicaciones. Bien habría querido ir á México para tratar con ustedes de los puntos que han motivado mi resolución; más, por una parte mis enfermedades me impiden hacer un viaje por el momento, y por otra, deseo que la deliberación de ustedes sea enteramente independiente del influjo francés.*"

Después de haber dicho estas palabras Maximiliano, se adelantó para saludar en lo particular á cada uno de los consejeros, distinguiendo con especialidad á los que consideraba sus predilectos amigos; para todos tuvo un recuerdo ó alguna expresión feliz, é iba ya á retirarse, cuando el Sr. Lacunza le dijo:

"*En nombre de mis compañeros y en el mío, suplico á Vuestra Majestad que tenga la bondad de darnos las noticias que haya recibido de la interesante salud de la Emperatriz.*"

—"*Malas, muy malas,*" contestó el Emperador profundamente conmovido y con los ojos anegados en lágrimas; hizo una cortesía á los consejeros y volvió á entrar en sus habitaciones.

Aquella misma tarde se reunieron los Consejos, habiendo asistido los consejeros y ministros que estaban en Orizaba, con excepción del Sr. Gutiérrez que no pudo hacerlo por estar indispuesto. En esta sesión se nombraron las comisiones que generalmente tiene un cuerpo deliberante y se dió lectura á una carta del Emperador dirigida al Presidente del Cuerpo de Ministros, cuyo tenor literal era el siguiente:

"*Mi querido Presidente del Consejo de Ministros:*

La gravedad de la situación actual de nuestra patria, justifica el paso que hemos dado llamando á nuestro derredor á los Consejeros natos de nuestro Gobierno, con el objeto de que, auxiliados por sus luces y apoyados en sus consejos, podamos dar una leal solución á la crisis que atravesamos.

Penoso es el deber que nos incumbe; pero también es profunda Nuestra convicción de que así lo exige el bien de la Patria. Después de un exámen imparcial y desapasionado y de largas y detenidas meditaciones, creemos ser de nuestro deber el devolver á la Nación Mexicana el poder que de ella recibimos.

A esta convicción nos han conducido las siguientes causas:

1ª *La prolongación lamentable de la guerra civil, que por todas partes deja marcadas sus huellas con la sangre de millares de nuestros conciudadanos.*

2ª *La actitud hostil de los Estados Unidos hácia la forma monárquica.*

3ª *El hecho de que nuestros aliados, por razón de política, no sólo se hallan en el caso de no poder seguir prestando sus auxilios, sino que últimamente los representantes de la Francia me han hecho saber, que se han entablado negociaciones entre el Gobierno del Emperador de los franceses y los Estados*

Unidos, para asegurar una mediación Franco-Americana, en virtud de la cual se prometen poner término feliz á la guerra civil que por tantos años ha desolado nuestra Patria. Para lograr este fin, se me ha comunicado que, tomando en consideración la opinión de las masas del pueblo americano, se considera como indispensable que el gobierno que se establezca, bajo esta mediación, tenga la forma republicana.

Para la realización de tales combinaciones, tememos ser un obstáculo. No titubeamos, pues, en ofrecer cualquier sacrificio en las aras patrias, considerando también que la Providencia se ha servido quebrantar nuestra felicidad doméstica, agobiando nuestro vigor y fuerzas.

A nuestros Consejos de Ministros y de Estado, que nos han dado tantas pruebas de adhesión y de fidelidad, Hemos llamado para que juntamente con Nos procuren dar una feliz solución á tamañas dificultades.

Deseo que Vd. comunique á los miembros de esos respetables Cuerpos, el contenido de esta carta, para los expresados fines.

Vuestro afectísimo.

Maximiliano.

El Sr. Lares dió la carta al Sr. Lacunza; las dos corporaciones se reunieron al día siguiente en la habitación de aquel, que era en el Hotel Nuevo. Unos consejeros, los liberales, creían que Maximiliano debía abdicar después de celebrar algunos tratados que salvaran los intereses creados; los conservadores á quienes se unieron los Sres. Vidaurri, Lacunza y Fonseca, opinaron porque no debía abdicar y por tal motivo llegaron á equilibrarse las votaciones que alguna vez decidió el Sr. Lacunza con el voto de calidad.

Pasada la carta á la comisión de gobernación compuesta de los Sres. Fonseca, Vidaurri y Arango y Escandón, y tomando la palabra el Presidente del Consejo de Ministros, dijo: que tenía que hacer algunas explicaciones sobre los diferentes puntos que contenía aquella carta, siendo la principal que las comunicaciones que Maximiliano manifestaba haber recibido de los representantes de Francia, no habían sido oficiales, y que á él mismo habían dicho el Mariscal Bazaine y el general Castelnau, que deseaban devolver al Gobierno Imperial los elementos mexicanos de guerra, á fin de que el Emperador pudiese utilizarlos á su regreso y tuviera con qué sostenerse á la retirada del ejército expedicionario, cuyo deseo era el mismo del Emperador Napoleón, y concluyó diciendo que hacía aquellas explicaciones para que los consejeros emitieran su voto con perfecto conocimiento de causa y no fueran á incidir en un error.

El presidente de la comisión designada, expuso: que estas explicaciones no le parecían bastantes para formular un dictamen acertado, que sería preciso ver las comunicaciones que había recibido Maximiliano, para formarse de ellas un concepto perfecto, con tanta mayor razón, cuanto que había una clara contradicción entre el tenor de la carta y las manifestaciones que hacía el señor Presidente de Consejo de Ministros, pues según aquella, aparecía que el Emperador tenía re-



Mr. Peter Campbell Scarlett.

Representante de la Gran Bretaña, fué recibido por el Emperador Maximiliano el 8 de Febrero de 1866, habiendo demorado el acto de presentar sus credenciales, por susceptibilidades diplomáticas que tardaron en allanarse. Inglaterra estuvo vacilante: dijo que sostendría aquí la monarquía y á Maximiliano, á condición de que el pueblo mexicano se decidiera por ellos, en caso contrario se abstendría.

Unidos, para asegurar una mediación Franco-Americana, en virtud de la cual se prometen poner término feliz á la guerra civil que por tantos años ha desolado nuestra Patria. Para lograr este fin, se me ha comunicado que, tomando en consideración la opinión de las masas del pueblo americano, se considera como indispensable que el gobierno que se establezca, bajo esta mediación, tenga la forma republicana.

Para la realización de tales combinaciones, tememos ser un obstáculo. No titubeamos, pues, en ofrecer cualquier sacrificio en las aras patrias, considerando también que la Providencia se ha servido quebrantar nuestra felicidad doméstica, agobiando nuestro vigor y fuerzas.

A nuestros Consejos de Ministros y de Estado, que nos han dado tantas pruebas de adhesión y de fidelidad, Hemos llamado para que juntamente con Nos procuren dar una feliz solución á tamañas dificultades.

Deseo que Vd. comunique á los miembros de esos respetables Cuerpos, el contenido de esta carta, para los expresados fines.

Vuestro afectísimo.

Maximiliano.

El Sr. Lares dió la carta al Sr. Lacunza; las dos corporaciones se reunieron al día siguiente en la habitación de aquel, que era en el Hotel Nuevo. Unos consejeros, los liberales, creían que Maximiliano debía abdicar después de celebrar algunos tratados que salvaran los intereses creados; los conservadores á quienes se unieron los Sres. Vidaurri, Lacunza y Fonseca, opinaron porque no debía abdicar y por tal motivo llegaron á equilibrarse las votaciones que alguna vez decidió el Sr. Lacunza con el voto de calidad.

Pasada la carta á la comisión de gobernación compuesta de los Sres. Fonseca, Vidaurri y Arango y Escandón, y tomando la palabra el Presidente del Consejo de Ministros, dijo: que tenía que hacer algunas explicaciones sobre los diferentes puntos que contenía aquella carta, siendo la principal que las comunicaciones que Maximiliano manifestaba haber recibido de los representantes de Francia, no habían sido oficiales, y que á él mismo habían dicho el Mariscal Bazaine y el general Castelnau, que deseaban devolver al Gobierno Imperial los elementos mexicanos de guerra, á fin de que el Emperador pudiese utilizarlos á su regreso y tuviera con qué sostenerse á la retirada del ejército expedicionario, cuyo deseo era el mismo del Emperador Napoleón, y concluyó diciendo que hacía aquellas explicaciones para que los consejeros emitieran su voto con perfecto conocimiento de causa y no fueran á incidir en un error.

El presidente de la comisión designada, expuso: que estas explicaciones no le parecían bastantes para formular un dictamen acertado, que sería preciso ver las comunicaciones que había recibido Maximiliano, para formarse de ellas un concepto perfecto, con tanta mayor razón, cuanto que había una clara contradicción entre el tenor de la carta y las manifestaciones que hacía el señor Presidente de Consejo de Ministros, pues según aquella, aparecía que el Emperador tenía re-



Mr. Peter Campbell Scarlett.

Representante de la Gran Bretaña, fué recibido por el Emperador Maximiliano el 8 de Febrero de 1866, habiendo demorado el acto de presentar sus credenciales, por susceptibilidades diplomáticas que tardaron en allanarse. Inglaterra estuvo vacilante: dijo que sostendría aquí la monarquía y á Maximiliano, á condición de que el pueblo mexicano se decidiera por ellos, en caso contrario se abstendría.

suelta su separación y por estas se dá á entender que sobre la separación debe versar el dictamen. El Sr. Arango opinó porque la carta, aunque encerraba contradicciones, expresaba una resolución. Los señores Presidentes del Consejo de Ministros y del de Estado, aseguraron en nombre del Emperador, que este no tenía resolución formada ni tomaría ninguna hasta oir la opinión de los Consejos reunidos, y en consecuencia dispusieron que se abriera dictamen sobre el punto de abdicación, señalándose para presentarlo el día siguiente á las doce de la mañana.

En efecto, el día 26 á la hora citada, volvieron á reunirse ambos Consejos, y la comisión encargada de dictaminar presentó su parecer en los términos siguientes:

Excelentísimo Señor:

La comisión de gobernación, encargada de consultar sobre el contenido de la carta que hoy ha dirigido su Magestad el Emperador al Excelentísimo Señor Presidente del Consejo de Ministros, para que este Cuerpo y el de Estado procuren, en unión de Su Majestad, dar una solución feliz á las dificultades actuales, ha examinado con cuanta escrupulosidad y atención caben en ella y han sido compatibles con el breve tiempo de que ha podido disponer, el gravísimo asunto á que dicha carta se refiere. La comisión cree que de las diversas soluciones que vienen ofreciéndose como remedios de la desgraciada situación presente, ninguna tendrá consecuencias más funestas que la que Su Majestad propone en su carta, ó lo que es lo mismo, que estaría lejos de ser un remedio.

Se trata, por Su Majestad, de devolver á la Nación el poder que de ella recibió. Tal es su deseo, y sin embargo, la Nación no ha retirado ni retira aun ese poder á su Soberano. Las razones que para tan grave determinación se suponen, no parecen tampoco suficientes á los que suscriben. La comisión no las analizará en este momento. Ni es necesario su examen en presencia de los Consejos, que pueden por sí mismos apreciarlas debidamente. Alguna hay entre tales razones (la segunda) que un sentimiento de decoro no permitiría en ningun caso á la comisión considerar. México no ha consentido hasta ahora ni consentirá, lo esperamos, en lo de adelante, que otros que no sean sus hijos, establezcan y determinen la forma de su gobierno.

Pero si Su Majestad, usando de un derecho indisputable, quiere por fin descender del trono que levantó y sostiene la voluntad nacional, los Consejos, en el sentir de la comisión, deben rogarle con el mayor afán difiera por algún tiempo la ejecución de su propósito. Preciso es que antes se ponga á los mexicanos en aptitud de resistir la guerra social que amenaza, y que por honor de nuestro país no creemos sea obra de ninguno de los partidos políticos que lo dividen: que no se abandone á la Nación en manos de una fuerza extrangera que finalmente venga á entregarla á una potencia extraña.

Cuando no pidiese esto el patriotismo, lo reclamaría la humanidad, y Su Majestad tiene un corazón harto bien formado para desconocer la justicia de esta súplica. Por lo demás, según los informes que han dado á la comisión sujetos en alto grado caracterizados, la Nación cuenta por fortuna todavía con medios bastantes para defender su existencia y prosperar.

La comisión, con apuntar estas breves razones que explanará, si fuere necesario, en el caso de discusión, y en vista de ellas propone á la ilustrada deliberación de los Cuerpos el acuerdo siguiente: "No son bastantes las causas que se exponen para abdicar el poder y en consecuencia, se suplicará á Su Magestad se sirva prescindir por ahora del pensamiento que se contiene en su carta sobre renunciar el mando."

El nuevo sacrificio que la Nación espera de su Soberano, no carecerá de premio: la Providencia Divina que hoy le visita con la tribulación, serenará su ánimo y le dará el vigor que las actuales circunstancias requieren; hará volver la felicidad á su hogar doméstico y concederá el beneficio de una salud entera y permanente á su augusta esposa nuestra querida Emperatriz.

Orizaba, Noviembre 25 de 1866.

Este dictamen dió lugar á la más viva discusión: la cuestión vital estaba sobre la carpeta, tratábase del ser ó del no ser del gobierno, y era natural que en aquellos momentos se desencadenaran las pasiones de los partidos contendientes.

El dictamen, bajo la inspiración del ministerio y en armonía con las ideas que había manifestado, fué combatido por los funcionarios que habían hecho la oposición con toda energía, no por la forma solamente, sino aun por las ideas contenidas. Desde luego uno de los consejeros interpeló al gobierno sobre los medios que tendría para sostenerse por la fuerza de las armas, una vez que los franceses se retiraran y que hubiese necesidad de entrar en lucha con el considerable ejército que ya presentaba el partido republicano. Los ministros contestaron diciendo: que podían disponer de quince millones de pesos anuales, con lo que habría para mantener un ejército de treinta mil hombres, de los cuales estaban ya diez y ocho mil sobre las armas. La comisión expuso que al emitir su dictamen no había tomado estas cifras en consideración, y que más bien había pensado en buscar un medio, para que el cambio que iba á verificarse no tuviera lugar de una manera repentina que podría ser funesta para la Nación.

Los varios consejeros que tomaron la palabra para combatir el dictamen, fundáronse especialmente en las razones siguientes: que había falta de nobleza en detener al Emperador con el fin de que fuera la salvaguardia de las personas comprometidas; que debía hablársele con franqueza, manifestandole que no había elementos para combatir; que, por otra parte, el Emperador no consultaba sobre su permanencia sino acerca del gobierno que le había de substituir; que era una ilusión peligrosa suponer que los franceses retardarían su regreso ó que entregarían algunos de sus recursos al gobierno mexicano antes de retirarse; que con la adopción del dictamen iba á encenderse una guerra civil que seria de muy funestas consecuencias; que el Emperador, cuya administración se había hecho notable por su justicia y su moderación, tendría que sostenerse como lo habían hecho siempre en el país los partidos beligerantes, por medio de exacciones y arbitrariedades que harían odioso su gobierno, y finalmente, que á la altura que los acontecimientos habían llegado, era ya imposible contener los avances del partido republicano que iba tomando posesión de todas las ciudades á medida que el ejército frances las abandonaba.

A estas razones respondían el Ministerio y la comisión: que no era creíble que los franceses dejaran el país tan violentamente que no hubiese tiempo de organizar la nueva administración, y mucho menos podía creerse que se retiraran llevándose los elementos de guerra mexicanos que existían en su poder, los cuales no podían serles útiles en Europa; que los republicanos ocupaban las plazas que el ejército francés evacuaba, porque no tenían enemigo con quien combatir; pero que desde que el gobierno se hiciera respetable estas ocupaciones serían mucho menos fáciles; que la permanencia del Emperador era indispensable, á lo menos por cierto tiempo, para que México tomara parte en los tratados que sobre la suerte del país estaban celebrando ó pretendían celebrar los Estados Unidos con Francia; que el partido republicano, ansioso de obtener un triunfo, poco cuidaba de esto y que nadie era más á propósito para intervenir en aquellas convenciones que el Emperador, tanto por la dinastía á que pertenecía como por el enlace existente entre sus intereses y los de los soberanos más importantes de Europa; que no podía abrigarse temor ninguno de que Maximiliano cometiera atentados, supuesto su carácter demasiado conocido; y en fin, que aun cuando fuese conveniente su retirada, siempre sería necesaria por algún tiempo su permanencia, entretanto que se establecía el gobierno que le debería suceder para que la nación no quedara acéfala.

En la discusión del dictámen, el Sr. Siliceo fué el primero que pidió se le dijera cuales eran los elementos para hacer frente á la situación y le contestó el subsecretario de Hacienda Sr. Campos, con gran aplomo: que tan solo los productos de las poblaciones que reconocían al Imperio, ascendían á quince millones anuales, de cuya cantidad se podrían separar doce que bastarían para sostener una fuerza pública de treinta mil soldados. El Sr. Arango y Escandón explicó en nombre de la comisión, que el dictamen solamente tendía á evitar una catástrofe súbita, y que se trataba tan solamente de llenar el vacío que produciría la intempestiva marcha de Maximiliano, é inspirar confianza con un gobierno que tuviera elementos suficientes para combatir el desorden que de otro modo vendría. El ministro de Gobernación, Sr. Marín, afirmó que en efecto, fácilmente ascenderían á treinta mil los diez y ocho mil soldados existentes, y que además podrían prestar auxilio las fuerzas civiles de los Departamentos; manifestó también su parecer de que, al extenderse la revolución se había debilitado, porque no se apoyaba en la opinión pública.

Insistiendo el Sr. Siliceo en su oposición al dictamen, dedujo de las contestaciones dadas, que los elementos con que contaba el gobierno eran ineficaces, ya no para vencer pero ni aun para combatir con éxito, siendo evidente que los quince millones que se suponía quedarían recaudados, no alcanzarían para cubrir el presupuesto que importaba el doble de esa cantidad; manifestó con franqueza que la realidad de lo que pasaba era, que Maximiliano había perdido su ener-

gía y vigor, y que faltaba un centro al rededor del cual se agruparan los que quisieran sostenerle; calificó de suficientes para la abdicación las causas referidas por Maximiliano en su carta; presentó con toda claridad los palpables adelantos de la revolución y atribuyó el malestar á la conducta de los franceses; aseguró que los males se agravarían con el uso de la leva, único medio de reclutar; hizo notar de cuánta consideración eran la opinión y la fuerza del gobierno y el pueblo de los Estados Unidos, y por consecuencia de todo lo que exponía acabó por votar contra el dictamen.

El Sr. Lares tomó á su cargo contestar la vigorosa argumentación del Sr. Siliceo: abandonando el terreno de las probabilidades solamente trataría la cuestión de si era oportuno que el Gobierno dejase el Poder que la Nación no le había retirado ni le retiraba; la revolución no podía terminar y en todo caso se tenía que contar con lo que se debía hacer y no en los medios de conseguirlo; á los franceses no les faltarían pretextos para continuar en México si Maximiliano abdicaba, y también sería perjudicial la abdicación respecto á los Estados Unidos.

Combatieron á su vez el dictamen los Sres. Almazan y Orozco y Berra; dijo el primero que lo hacía como consejero y como mexicano; y el segundo porque no se respondía á la carta de Maximiliano y creía que los intereses mancomunados contra el Imperio tendrían que triunfar; no creía debido ocultar la verdad y que se presentaran como insignificantes las dificultades que en realidad eran insuperables.

El Sr. Arango y Escandón volvió á hablar en favor del dictamen, exponiendo que en asuntos de decoro no se debía considerar la fuerza sino el deber. El Sr. Méndez abogó por un término medio: quería la modificación del dictamen, admitiendo la abdicación tan luego que Maximiliano pudiera dejar aseguradas la Independencia é integridad del territorio y los intereses que el Imperio había creado; se podría luchar pero no vencer, y le repugnaba que se hiciera de Maximiliano un instrumento para usarlo en la continuación de la lucha de los partidos políticos. Le contestó el Presidente del Consejo de Ministros, que no era posible la modificación propuesta, puesto que Maximiliano no tenía con quien tratar. El Sr. Fonseca sostuvo que era obligación de todos apoyar el trono y que no debía perderse el tiempo que Su Magestad podía aprovechar en bien de la Nación. Nuevamente tomaron la palabra los Sres. Méndez y Orozco y Berra contra el dictamen, sosteniendo el segundo de ellos que era innoble no tomar en consideración que Maximiliano iba á ser sacrificado. El Sr. Fonseca creyó que en el fondo la divergencia de opiniones era puramente en la forma; el Sr. López Portillo exigió que el dictamen se dividiera, pues de lo contrario votaría en sentido negativo, opinando entonces porque no debía abdicar Maximiliano, sin embargo de las graves razones expuestas para que lo hiciera.

Accediendo á lo pedido, retiró la comisión la primera parte de la proposición y quedó el dictamen en estos términos: *Se suplica á Su Magestad se sirva prescindir, por ahora, del pensamiento que se contiene en su carta, sobre renunciar el mando.* Se recogió la votación, en la que estuvieron por la afirmativa los Sres. Lares, Marín, Arroyo, Campos, Lacunza, Fonseca, López Portillo, Vidaurri, Villalva y Arango y Escandón; por la negativa, los Sres. Siliceo, Almazán, Orozco y Berra, Cordero, Cortes Esparza, Pérez, Mendez, Hernández y Linares; un voto de diferencia de los primeros sobre los segundos, fué la causal para que quedase reprobada la abdicación y por el mismo hecho sentenciado Maximiliano á grandes padecimientos que terminaron con la muerte. De entre los que votaron por la negativa, se formó un grupo con los Sres. Linares, Pérez, Siliceo, Hernández, Cordero y Mendez, que dirigieron á Maximiliano una nota particular, pidiéndole que no abdicase, sino que revistiéndose de energía luchara sin descanso en beneficio de la Patria, para lo cual le ofrecían su débil pero leal cooperación y añadían lo siguiente: "Si sus graves pesares ú otros causas que ignoramos le impulsan á tomar tan funesta resolución, *no lo haga sin haber asegurado la independencia de México, la integridad del territorio nacional y los intereses creados por el Imperio.*"

"*Noviembre* 27 *de* 1866.—*Haciendo uso de la facultad que nos concede el art.* 39 *del Reglamento, tenemos la honra de comunicar á V. E., para que se sirva elevarlo al conocimienta de S. M., que si hemos votado en contra del dictámen de la comisión, relativamente á los puntos que contiene la carta de S. M. fecha de ayer, es porque la redacción de que se usa en el mismo dictámen, no expresa neta y francamente nuestro parecer, el cual se reduce á lo siguiente:*

Suplicamos á S. M. que no abdique y que revistiéndose de energía luche sin descanso en beneficio de nuestra patria, para lo cual cuenta con nuestra débil pero muy leal cooperación; más si sus graves pesares ú otras causas que ignoramos, lo impulsan á tomar tan funesta resolución, no lo haga sin haber asegurado antes la independeucia de México, la integridad del territorio nacional y los intereses mexicanos creados por el Imperio.

Dios guarde á V. E. muchos años.—E. S. Presidente del Consejo de Estado."

Impuesto Maximiliano de las actas de las sesiones, dirigió otra carta al Sr. Lares, pidiendo á los Consejos, como condición para decidirse á lo que consultaban, la convocatoria del Congreso nacional que determinara la forma de gobierno, y completara y perfeccionara su organización con leyes constituyentes; había de señalarse el lugar en que se reuniera el Congreso y el sistema de arbitrar recursos y de reclutar para la definitiva organización del ejército; además, pedía dictámenes acerca de la manera de colonizar, de terminar las cuestiones con Francia y de aproximarse á la buena inteligencia con los Estados Unidos; terminaba asegurando que si los Consejos encontraban feliz solución en el terreno de la práctica á las cuestiones propuestas, él podría seguir intentando con buena y leal voluntad la regeneración de México.

Esta segunda carta de Maximiliano era, sin duda, un gravísimo obstáculo y

aun un reproche para la Comisión de Gobernación, contra el dictámen en que se resolvía: que no eran bastantes las causas expuestas por el Emperador para abdicar, pidiéndole que prescindiese de la renuncia del mando; esa Comisión declaró que no era posible formular leyes, ni proponer dictámenes prácticos en el corto tiempo que para ello se proponía, atendiendo á la premura de las circunstancias; además, no siendo igual la importancia de todos los puntos consultados en la carta, era más urgente reunir hombres y recursos con que dar paz á la Nación, que convocar una Asamblea ó preparar la inmigración extranjera, asuntos que por graves que fuesen no lo eran tanto como la defensa de la sociedad inminentemente amenazada, y que ya censuraba la inacción en que yacía el gobierno imperial. Lo urgente era vivir y en su día podría decirse, si se creía necesario, qué vida y con qué huéspedes; los Consejos tomarían en consideración los asuntos propuestos, ninguno desecharían; pero no siendo posible desde luego formular el desarrollo de todas las providencias que se promovieran, sometía la Comisión al juicio de los Consejos la siguiente proposición: "Dígase á S. M. que los Consejos juzgan que deben tomarse en consideración, según su oportunidad y preferencia, todos los puntos que contiene la carta imperial." También combatió este dictámen la minoría, que consideraba un deber el que se propusieran á Maximiliano, aunque fuera de una manera general, las medidas prácticas relativas al programa que contenía la carta imperial; por lo menos debía manifestarse el juicio de los Consejos sobre la posibilidad, oportunidad y eficacia de los diversos puntos del programa; en caso de que esto no se resolviera así, la minoría protestó que se apartaría de su puesto en la Asamblea. Firmaron la protesta los Sres. Hernández, Cordero, Mendez, Almazan, Pérez, Orozco y Berra, Siliceo y Linares.

"*Señor.—Habiendo votado en el Consejo de hoy en contra de la proposición presentada por la Comisión de Gobernación, sentimos la necesidad de consignar aquí los motivos y la explicación de nuestro voto para no dejar lugar á que se dude de nuestra adhesión y patriotismo.*

V. M. se sirvió comunicar al Consejo las causales que hacen creer á V. M. que debe resignar el poder que tiene de la Nación mexicana.

Desde la primera sesión, el Presidente del Consejo de Ministros procuró, si no poner en duda algunos de esos motivos, sí por lo menos presentarlos bajo tal aspecto que forzosamente debía dejar perplejos á algunos Señores Consejeros. En la alternativa de estar á lo dicho por V. M. ó á lo que el Ministerio exponía, no creímos, sin embargo, que debíamos vacilar en guiarnos completa y ciegamente por el tenor de la carta imperial y que puesto que se dignaba V. M. pedir nuestro parecer según ciertos y determinados datos, á ellos y no á nosotros debíamos atenernos.

Examinados, pues, estos datos uno por uno, lo diremos con franqueza, los creímos de tal manera graves, que ellos supuestos, consideramos como imposible la consolidación del trono, y muy difícil aún su duración por el tiempo siquiera necesario para la pacificación completa, ya no de todo el territorio nacional, sino de su porción más importante y poblada.

Juzgábamos, no obstante, que elementos de lucha los hay aún; pero de una lucha sangrienta, que ni es conforme con los altos sentimientos humanitarios de V. M., ni daría otro resultado que separar al gobierno del respeto á las garantías sociales que forma el timbre más glorioso del reinado de V. M.

Y si por otra parte, tomábamos en cuenta las circunstancias especiales de familia en que la Providencia (para colmo de desgracia de este pueblo, que parece que tiene la maldición divina) ha colocado á V. M. y los inmensos sacrificios de todo género que ha hecho ya V. M. por México, retrocediamos espantados ante la idea de aconsejar á V. M. que llevase la abnegación hasta perder su honor, su buen nombre y convertirse en jefe de alguna de las banderías políticas que han destrozado el seno de la Patria.

V. M. pregunta al Consejo si hay algún medio de dar una feliz solución á las dificultades gravísimas que han hecho pensar á V. M. en la abdicación; invoca para ello nuestra lealtad y correspondiendo á tal llamamiento no debíamos ocultarle que esas dificultades, lejos de disminuir han de crecer de día en día, y que la lucha que se emprende ha de ser estéril para el bien del país, á no ser que acontecimientos posibles pero que no pueden preverse ni tomarse en cuenta para oír un Consejo, viniesen á cambiar las actuales circunstancias. Para que el Imperio subsistiese pacíficamente, sería necesario que el espíritu revolucionario que ha engendrado un desconcierto general, fuese domado; que las arcas del Tesoro se llenasen y sobre todo, que los Estados Unidos no se opusiesen á la existencia de la forma manárquica en México, sin mezclarse en sus negociaciones como hoy pretenden hacerlo. Sería también necesario que la conducta de la Francia fuese menos falaz y más desinteresada.

A pesar de todo y conociendo que por más sombrío que se presente el porvenir, deber nuestro es hacer todos los esfuerzos posibles para conjurar la tormenta, siempre que el Soberano á quien hemos jurado fidelidad, penetrado de tamañas dificultades, se resuelva con firmeza patriótica á afrontarlas; creímos que una vez emitida nuestra opinión respecto de ellas, no teníamos otra cosa que consignar y ratificar aquel solemne juramento que en un principio nos dictó el patriotismo, y que en nuestros corazones ha ido de día en día fortificándose á medida que ha crecido el amor profundo al Emperador y la Emperatriz, amor, Señor, que suceda lo que sucediere, nos seguirá hasta la tumba.

Tales eran nuestras disposiciones y nuestra resolución cuando nos presentamos en la sesión del Consejo.

En el proyecto de la Comisión notamos con sentimiento que no se habían pesado sériamente las dificultades del porvenir, y que una de las principales que es la actitud hostil de los Estados Unidos, se esquivaba por una idea de patriotismo mal entendido, en vez de averiguar si hay algún medio de conjurarla, que es lo que debía examinarse con la prudencia que exige el porvenir del país y del trono.

Pero si desde luego tuvimos necesidad de disentir de la Comisión por este motivo, no podíamos ya en manera alguna estar conformes con su conclusión, al oir de boca de ella, y lo que más nos sorprendió, de la del Presidente del Consejo de Ministros, que el espíritu de esa conclusión no era otro que el de obtener de V. M. que no abdique hasta que las fuerzas francesas no se retiren del territorio nacional y entreguen al gobierno los elementos de guerra necesarios para luchar y continuar la guerra civil, que tal era el significado de la palabra «por ahora;» y todo esto al mismo tiempo que se expresaba el convencimiento de que en la lucha no se triunfaría.

Comprendimos entonces, que no había sinceridad y franqueza, en decir que las causas alegadas por V. M. no eran suficientes; que no la había tampoco en la súplica de que siguiese ocupando el trono, y que las pasiones de determinado partido tendían á precipitar á V. M. en una senda indigna de sus bellas cualidades públicas, para servir á los rencores de una facción, apartando á V. M. de aquellos que, como los que suscriben, no podrían en caso alguno aconsejar á V. M. otra cosa que la tolerancia con todas las opiniones, aprovechando de cada comunión política lo que en ella pueda haber de sano y noble.

Presentada la proposición con tal carácter y tendencias, nos sentimos heridos profundamente en nuestros sentimientos de patriotismo y en los de amor y respeto á V. M.

Entendimos que no debíamos hacernos partícipes de miras que nuestra conciencia reprueba y que el honor de V. M. y el decoro de su trono, que constituyen también el honor y decoro de sus compatriotas, exigen de nosotros que en momentos de tamaña gravedad le hablemos con toda franqueza y sin embozo, y por esto nos apartamos del dictámen de la Comisión.

Nunca temimos, Señor, que V. M. al abdicar, si tal es su Soberana resolución, lo haga dejando manchado su buen nombre que sufriría grandemente si resignaba el poder sin condiciones. Conocemos demasiado los nobles y elevados sentimientos de V. M., para estar firmemente convencidos de que cualquiera que sea la determinación que se digne tomar, dejará siempre asegurados los intereses sociales creados por el Imperio, la integridad y la independencia del territorio nacional.

Según V. M. se ha dignado hacer saber á sus Consejos, han tomado á su cargo fijar el porvenir de México dos naciones poderosas. ¿Quién con más elementos que V. E. pudiera pugnar por la garantía de esos intereses y de esa independencia?

Acaso y sin acaso, se exija de V. M. y de México el sacrificio de la forma de su gobierno. V. M. es demasiado generoso para no hacerlo por un país al que ha dado tan altas pruebas de amor.

Nuestra opinión que respetuosamente sometemos á V. M. es, pues, la expresada en la forma siguiente:

Subsistencia del Imperio en sentido absoluto.

Resignación del poder, si á este precio considera V. M. que puede afianzar la paz, la independencia y los intereses mexicanos creados por aquel.—M. Siliceo.—Luis Mendez.—Felipe Hernández.—José Linares.—P. Almazan.—Manuel Orozco y Berra.—Manuel Cordero.—Víctor Pérez.—Al Emperador."

Sea que Maximiliano tuviese ya preconcebida una resolución, ó que se sometiera á lo acordado por los Consejos, no insistió más, dió un Manifiesto en el que trazó á grandes rasgos la historia de su venida, apoyándola en la voluntad na-



Sra. Concepción Lombardo de Miramón.

Terminado el sitio de Querétaro, en 14 de Mayo de 1867, los generales imperialistas fueron sometidos al consejo de guerra. Sentenciado á muerte el general Miguel Miramón, la señora su esposa hizo esfuerzos sobrehumanos para salvarlo; se presenta en San Luis Potosí al Presidente D. Benito Juárez; implora sollozando, la vida del esposo sentenciado á muerte, y á la vez los niños solicitan con sus lágrimas el perdón de su padre. El Presidente Juárez se manifiesta inexorable, frio é impasible; contesta que le es imposible impedir que la justicia sea satisfecha y que se cumpla la sentencia de muerte. La señora de Miramón se desmaya, y es necesario sacarla en brazos del aposento en que se desarrolló tan patética y conmovedora escena.

Pero si desde luego tuvimos necesidad de disentir de la Comisión por este motivo, no podíamos ya en manera alguna estar conformes con su conclusión, al oir de boca de ella, y lo que más nos sorprendió, de la del Presidente del Consejo de Ministros, que el espíritu de esa conclusión no era otro que el de obtener de V. M. que no abdique hasta que las fuerzas francesas no se retiren del territorio nacional y entreguen al gobierno los elementos de guerra necesarios para luchar y continuar la guerra civil, que tal era el significado de la palabra «por ahora;» y todo esto al mismo tiempo que se expresaba el convencimiento de que en la lucha no se triunfaría.

Comprendimos entonces, que no había sinceridad y franqueza, en decir que las causas alegadas por V. M. no eran suficientes; que no la había tampoco en la súplica de que siguiese ocupando el trono, y que las pasiones de determinado partido tendian á precipitar á V. M. en una senda indigna de sus bellas cualidades públicas, para servir á los rencores de una facción, apartando á V. M. de aquellos que, como los que suscriben, no podrían en caso alguno aconsejar á V. M. otra cosa que la tolerancia con todas las opiniones, aprovechando de cada comunión política lo que en ella pueda haber de sano y noble.

Presentada la proposición con tal carácter y tendencias, nos sentimos heridos profundamente en nuestros sentimientos de patriotismo y en los de amor y respeto á V. M.

Entendimos que no debíamos hacernos partícipes de miras que nuestra conciencia reprueba y que el honor de V. M. y el decoro de su trono, que constituyen también el honor y decoro de sus compatriotas, exigen de nosotros que en momentos de tamaña gravedad le hablemos con toda franqueza y sin embozo, y por esto nos apartamos del dictámen de la Comisión.

Nunca temimos, Señor, que V. M. al abdicar, si tal es su Soberana resolución, lo haga dejando manchado su buen nombre que sufriría grandemente si resignaba el poder sin condiciones. Conocemos demasiado los nobles y elevados sentimientos de V. M., para estar firmemente convencidos de que cualquiera que sea la determinación que se digne tomar, dejará siempre asegurados los intereses sociales creados por el Imperio, la integridad y la independencia del territorio nacional.

Según V. M. se ha dignado hacer saber á sus Consejos, han tomado á su cargo fijar el porvenir de México dos naciones poderosas. ¿Quién con más elementos que V. E. pudiera pugnar por la garantía de esos intereses y de esa independencia?

Acaso y sin acaso, se exija de V. M. y de México el sacrificio de la forma de su gobierno. V. M. es demasiado generoso para no hacerlo por un país al que ha dado tan altas pruebas de amor.

Nuestra opinión que respetuosamente sometemos á V. M. es, pues, la expresada en la forma siguiente:

Subsistencia del Imperio en sentido absoluto.

Resignación del poder, si á este precio considera V. M. que puede afianzar la paz, la independencia y los intereses mexicanos creados por aquel.—M. Siliceo.—Luis Mendez.—Felipe Hernández.—José Linares.—P. Almazan.—Manuel Orozco y Berra.—Manuel Cordero.—Victor Pérez.—Al Emperador."

Sea que Maximiliano tuviese ya preconcebida una resolución, ó que se sometiera á lo acordado por los Consejos, no insistió más, dió un Manifiesto en el que trazó á grandes rasgos la historia de su venida, apoyándola en la voluntad na-



Sra. Concepción Lombardo de Miramón.

Terminado el sitio de Querétaro, en 14 de Mayo de 1867, los generales imperialistas fueron sometidos al consejo de guerra. Sentenciado á muerte el general Miguel Miramón, la señora su esposa hiso esfuerzos sobrehumanos para salvarlo; se presenta en San Luis Potosí al Presidente D. Benito Juárez; implora sollozando, la vida del esposo sentenciado á muerte, y á la vez los niños solicitan con sus lágrimas el perdón de su padre. El Presidente Juáres se manifiesta inexorable, frio é impasible; contesta que le es imposible impedir que la justicia sea satisfecha y que se cumpla la sentencia de muerte. La señora de Miramón se desmaya, y es necesario sacarla en brazos del aposento en que se desarrolló tan patética y conmovedora escena.

cional; dijo que su ánimo había sido devolver á la Nación el poder que le confiara; pero que creyendo los consejeros y ministros que el bien de México exigía su permanencia en el país, había accedido á sus instancias, á condición de que se reuniese un Congreso nacional apoyado en bases amplias y liberales, para que llamados todos los partidos, se decidiese si había de continuar el Imperio y en este caso le ayudaran á la formación de leyes para consolidar las instituciones. ¿Pudo darse mayor falta de conocimiento de las circunstancias políticas en que se encontraba la Nación? La conducta observada por Maximiliano, daba á entender que completamente desconocía al país que aun quería gobernar. ¿Cómo esperar que los juaristas, ya tan fuertes y tan seguros del triunfo se prestarían á un arreglo que habían rehusado en los días de prueba y de abatimiento?

Los Consejos sentíanse impulsados por las pasiones de hombres y las pasiones de partidarios que los animaban; influían en su ánimo los rasgos de severidad que marcaban cada paso de los republicanos y que hacían temer á los imperialistas que su porvenir fuera el cadalso; los conservadores debían querer, por sus convicciones y por temor á las represalias, sostenerse en el poder y en aquel acto no tenían más caudillo posible que Maximiliano, en tanto que los liberales partidarios suyos, con la retirada del Emperador se encontraban sin su único apoyo y tendrían que decidirse por los conservadores, cuyas teorías repugnaban ó por los republicanos de quienes eran rechazados y á quienes no podían acudir si aun conservaban un resto de dignidad.

Maximiliano durante su administración, se había complacido en decir con demasiada frecuencia, que él no había venido al país por el llamamiento de los franceses, sino por la libre elección de los mexicanos; que él nada tenia de común con aquel ejército extranjero y aun pensó á veces en que se retirara y sustituirlo con fuerzas mixtas. El jefe francés que descubrió estas intenciones, siempre impidió la creación de fuerzas nacionales é inutilizó con estudiado empeño los servicios que pudieran haber prestado los austriacos y los belgas. Los que se oponían á la abdicación de Maximiliano opinaban que obedecer la indicaciones de los franceses, habría sido tanto como renegar de uno de los principios que habían dado al Imperio un colorido de nacionalidad. Además, la retirada del Emperador lejos de ser un medio que pusiera término á la guerra civil, se calificaba un nuevo combustible para guerras más desastrosas en lo futuro. Suponían que el decaimiento en que Maximiliano se encontraba, debido á los acontecimientos de la actualidad, sería momentáneo. Los que optaban porque continuara Maximiliano, se preocupaban muy hondamente en aquella época con lo que se decía de los Estados Unidos, de sus miras sobre México y de sus compromisos con el gobierno republicano. Con razón ó sin ella se divulgó y así lo expresaba la carta de Maximiliano á los consejeros, "que se habían entablado relaciones entre el gobierno del Emperador de los franceses y los Estados Unidos, para asegurar una mediación franco-americana, en virtud de la cual ambas potencias se prometían poner término á la guerra civil que por tanto tiempo había desolado este

país." La mediación norteamericana en expectativa, era á los ojos de muchos otra intervención que más ó menos encubierta, se anunciaba para México, y algunos consejeros alegaban que era patriótico oponerse á esta otra intervención extranjera, pues que una vez comenzada no sería posible verla concluir.

Para los funcionarios de Maximiliano, la retirada del ejército francés era el primer acto de esta otra intervención tan temida. Tomando en consideración la opinión de las masas del pueblo americano, se consideraba como indispensable que el gobierno que se estableciera bajo la mediación franco-americana, tuviese la forma republicana. Por esto consideraban que no habría sido patriótico decir al Emperador que desde luego cediera el puesto á la nueva intervención, ¿pero obraron con lealtad viendo que era para todos, punto decidido que el Imperio no podía subsistir? ¿no cometían un engaño á sabiendas, al asegurar que era oportuno que permaneciera por el tiempo necesario para tomar participio en los nuevos tratados, á fin de salvar en ellos los intereses mexicanos hasta donde las circunstancias lo permitieran?

Por las anteriores reflexiones se comprende cuán difícil fué la fria é imparcial resolución que se pedía de los Consejos y cuán grave y comprometida la situación en que éstos se encontraban.

Maximiliano sabía y nadie lo ignoraba, que los franceses querían encubrir el baldón de su retiraba llevando ratificado el tratado que Danó celebró con Arroyo y que imprudentemente publicó como ley el Emperador Napoleón, sin que el gobierno de Maximiliano lo hubiese ratificado jamás; se suponía pues, y con razón, que al pretender que Maximiliano abdicara y que lo sustituyera un gobierbo provisional, los franceses llevaban como único fin obtener de éste lo que antes no habían podido conseguir, esto es, la ratificación del impracticable tratado en que se les entregaban las aduanas marítimas. Para los franceses era evidente que de pronto no podrían hacer efectivas las ventajas que les daba aquella estipulación, puesto que ya iba ese ejército á dejar á México; pero podían motivar su retirada y encubrir el temor á la República vecina, diciendo que se marchaban después de haber obtenido el objeto de la expedición. Por otra parte, durante el transcurso del tiempo se esperaba tener una oportunidad en que hacer valer esta convención contra el tesoro de México.

Al salir los consejeros de la sesión á horas avanzadas de la tarde, cuando Maximiliano no sabía aún lo que había pasado en esta conferencia, ni se había redactado la carta que antecede, regresaban á Orizaba los equipajes que habían enviado á Paso del Macho, lo que puede tomarse como prueba valiosa de que antes de tener conocimiento de la opinión de los Consejos reunidos, el Emperador decidió aplazar su marcha y que para esta resolución no influyeron en su ánimo las razones de aquellos que habían votado por su permanencia. ¿Cuál fué, pues, el motivo que le hizo adoptar tal resolución? Mr. de Keratry dice que fué la carta que recibió de Mr. Eloin, y á la cual hemos hecho referencia, manifestándole que si se llevaba á efecto la abdicación y si abandonaba á

México al mismo tiempo que los franceses, debía perder la esperanza de adquirar algún día el trono de Austria, en razón de que causaría impresión profunda de desagrado que de tal manera se pusiera bajo la tutela del ejército expedicionario. Tal vez sea exacta esta apreciación, y así se explicaría que los equipajes se hicieran volver á Orizaba antes de que deliberaran los Consejos sobre la cuestión que se les había propuesto.

El dictámen emitido por los consejeros vino á confirmar la resolución que Maximiliano tenía ya de permanecer en el gobierno; desde luego se ocupó de la manera con que dirigiría su administración, en vista de los obstáculos que se le presentaban y de nuevo pensó en pedir su opinión á los Consejos reunidos, á cuyo fin dirigió la siguiente carta al Sr. Lares:

"Mi querido Presidente del Consejo de Ministros.—Profundamente conmovido por las demostraciones de lealtad y afecto, que arrojan de sí las actas del Consejo de Estado y de Ministros últimamente celebradas en esta ciudad, y que acabo de recibir, no he vacilado en seguir el camino que Nos señala el deber de nuestras obligaciones y el amor que profesamos á nuestra Patria.

Prontos á ofrecer cualquier sacrificio que exija de Nos el bien público, creemos también que es obligatoria la vigilancia de Nuestra parte, para que este sacrificio no sea estéril, sino que llegado el caso de una resolución de Nuestra parte, conformándonos con lo pedido por Nuestro Consejo, deseamos una solución práctica á las siguientes medidas, que consideramos como requisitos indispensables para que el sacrificio que de Nos exige el bienestar de México sea fructuoso y capaz de prodncir el resultado que deseamos:

1º Convocación de un Congreso Nacional sobre bases que aseguren la representación mas perfecta de todas las clases de la sociedad mexicana. Este Congraso debería reunirse no solamente con el objeto de determinar sobre la forma futura del yobierno, sino tambièn para completar y perfeccionar su organización por medio de leyes constituyentes. El Consejo de Estado Nos propondrá el punto de reunión del Congreso Nacional, las bases de la Convocatoria y las medidas convenientes que aseguren la participación más completa de todos los ciudadanos.

2º Proponer medidas de Hacienda que aseguren en lo posible, arbitrios suficientes para cubrir el presupuesto del gobierno, oyendo sobre estos puntos las ya formadas propuestas de nuestro Ministro de Hacienda

3º Proponer leyes de reclutamiento para la organización definitiva de un ejército nacional.

4º Proponer leyes para la colonización del país.

5º Medidas prácticas para terminar las cuestiones pendientes entre México y Francia.

6º Medidas para aproximarnos á una buena inteligencia con los Estados Unidos.

Si nuestros Consejos de Ministros y de Estado proponen medidas convenientes para obtener una feliz solución á las cuestiones anteriores en el terreno de la práctica, podremos seguir intentando con buena y leal voluntad la árdua tarea de la regeneración de México.

Vuestro afectísimo.—Maximiliano.—Orizaba, 28 de Noviembre de 1866"

Reuniéronse otra vez los Consejos y se pasó la carta anterior á la Comisión de Gobernación, que tan á gusto de la mayoría de los Consejeros había dictaminado en la cuestión principal. Esta Comisión emitió su dictámen de esta manera:

"La Comisión de Gobernación ha considerado atentamente la carta Imperial que los Consejos han sometido hoy á su exámen. No puede creer que se pida á los Consejos formulen desde luego leyes y propongan providencias prácticas en el estrecho término del dia

de hoy, sobre los gravísimos asuntos que en ella se enumeran. Cada uno de esos asuntos requeriría por sí solo más tiempo que el de las breves horas que se han concedido á la Comisión. Imposible es, por lo mismo, que este examen y la expedición, dentro de ese plazo, de las leyes que se piden sean una condición "sine qua non „ de la permanencia de S. M. en el poder, que es lo que sobre todo desean los Consejos, y la situación del país urgentemente reclama. Considerar el asunto presente bajo ese aspecto, sería, en sentir de la Comisión, ofender á S. M. que no quiere ciertamente de sus Consejos, sino lo que sea realizable.

La Comisión no estima que sea de igual importancia y urgencia el despacho de todos los puntos á que se contrae la carta de S. M. Evidentemente interesa hoy más reunir hombres y recursos con que dar la paz á la Nación, que convocar una Asamblea ó preparar la inmigración extranjera. Graves como son estos asuntos, no lo son tanto, como la defensa de la sociedad amenazada, que no censura ya poco nuestra inacción. Se trata para ella, de vivir. En su día, podrá decir, si así lo cree necesario, qué género de vida le place, y con qué clase de huéspedes.

Los Consejos piensan que este deber es urgentísimo. Ellos tomarán en consideración los asuntos todos que se proponen.

Sin desechar, pues, ninguno de ellos, ofrecen, como siempre lo han hecho, su cooperación leal y patriótica á S. M. para examinarlos maduramente y presentar la resolución que tengan por más conveniente.

No siendo posible formular desde luego el pormenor de todas las providencias que se promueven, la Comisión somete á la deliberación de los Consejos la siguiente proposición:

«Dígase á S. M. que los Consejos juzgan que debe tomarse en consideración según su oportunidad y preferencia, todos los puntos que contiene la carta Imperial.„

Orizaba, Noviembre 28 de 1866.„

Nuevas discusiones se suscitaron con ocasión de este dictámen: algunos Consejeros deseaban que se entrara desde luego en el examen de las cuestiones propuestas por Maximiliano, mientras los Ministros y otros Consejeros pretendían que las cuestiones se aplazaran hasta el regreso del Monarca á la capital. Estos últimos triunfaron á la hora de la votación, pues aunque diez personas votaron por la afirmativa y otras diez por la negativa, como el Presidente tenía voto de calidad, hubo de declararse que el dictámen quedaba aprobado. Los Consejeros vencidos formularon su voto de esta manera:

"*Señor.—Los que suscribimos, nos hemos creído obligados á disentir del dictámen de la Comisión, de que se dará cuenta á V. M. con este voto.*

La Comisión, á nuestro juicio, ha debido encargarse de proponer á V. M., aunque fuera en tésis general, las medidas prácticas del programa de gobierno que V. M. se digna indicar en su carta Imperial de hoy ó cuando menos, de decir á V. M. el juicio de los Consejos sobre la posibilidad, oportunidad y eficacia de las diversas partes de ese programa. No lo hizo así, y nosotros no pudimos seguirla en su camino.

Orizaba, Noviembre 28 de 1266.—Al Emperador."

Con esto quedaron concluidas las conferencias, habiéndose reunido otra vez

aun los Consejeros para recibir las gracias de parte del Emperador y para fijar el día de regreso á México, que fué el 2 de Diciembre.

Fuera de que el Imperio tenía que caer desde que careció de objeto en la América Septentrional se cometieron errores tan notables en los últimos días, que desde luego pudo haberse pronosticado que el fin de aquella administración tenía que ser desastroso. Por regla general los gobiernos que reniegan de su orígen ó que vacilan en su camino, no pueden prolongar su existencia.

El círculo imperialista procuraba aturdirse y ahogar los temores que brotaban de una situación que le era evidentemente adversa. Sabida la resolución de Maximiliano, se dirigió á su residencia un víctor alumbrado con profusión de hachones; la multitud tremolaba banderas mexicanas lanzando cohetes y vivas, y llevando en el centro de la comitiva la música de la ciudad; fué elevado un globo adornado con círculos de farolitos de colores y se improvisaron fuegos artificiales. Maximiliano respondió á tales manifestaciones, por conducto del Ministro de Gobernación, Sr. Marín, dando las gracias. El subprefecto Olloqui expidió una proclama alusiva á aquellos sucesos. También en Puebla externaron los imperialistas su regocijo por medio de repiques, músicas y cohetes.

El desenlace de las conferencias de Orizaba distó mucho de serle favorable al Imperio; los embarazos y la incertidumbre crecieron y se preparó un cruento porvenir al publicarse la resolución de Maximiliano, quien parecía quedar engañado por aquellos que desde el principio le habían guiado por un camino tortuoso. El gran víctor que se dirigió á la habitación del Príncipe no solamente fué con objeto de felicitarle por su resolución, sino para darle muestras de que contaba con partidarios; las campanas aumentaron con sus vibraciones el entusiasmo, así como los cohetes al hendir el espacio y las otras manifestaciones públicas, celebrando los imperialistas, en realidad, la debilidad de Maximiliano que se sometió á las caprichosas inspiraciones de un partido político. El trono era ya una ilusión, aun cuando en poblaciones tan importantes como Puebla y Veracruz, Mérida y las demás donde todavía dominaban los imperialistas, se levantaran votos de gracias al saber que continuaría el monarca en el poder; las condiciones mismas en que le colocaban las conferencias de Orizaba, daban á la nueva situación un carácter de debilidad, puesto que allí Maximiliano había semi-abdicado.

Cuestiones vitales relacionadas con la permanencia de Maximiliano en México, eran las de adquisición de recursos pecuniarios, organización de tropas y sufragio nacional; las tres esencialísimas, pero según las cartas de Maximiliano, la tercera se consideraba base de las demás, aunque no se pudiera decir quién presidiría la apelación al pueblo, de qué manera se establecería el armisticio entre los partidos que no pudieran dejar las armas y cuál sería el medio de conducir las masas populares á depositar su voto en las mesas electorales. ¿No era el pensamiento de Maximiliano una utopía en la que la imprevisión superaba á la grandeza? En los momentos en que el ruido de los cañones impedía oír otra voz que la de guerra, ¿era posible, era práctico pensar en llamar al pueblo á que

resolviera acerca de la vida ó la ruina del Imperio? Indudablemente fué muy débil la voluntad de Maximiliano, puesto que sobre ella influían los sofismas y absurdos que, sin visos de estabilidad, plantearon los Sres. Lares, Lacunza, Marín y otros, al hacer creer al infortunado Príncipe que podía contar desde luego con cuatro millones de pesos, mediante ciertas disposiciones hacendarias que propuso el subsecretario Campos y también se le aseguraba que con facilidad se completarían los treinta mil soldados que se calcularon necesarios para dominar la situación.

En México fué recibido con ansiedad el resultado de las conferencias de Orizaba, compendiado en estas noticias publicadas el 1º de Diciembre en el *Diario del Imperio*; "las deliberaciones de los Consejos de Ministros y de Estado han concluido; de acuerdo con su voto, S. M. el Emperador ha resuelto conservar el poder y regresar desde luego á la capital. Esta noble y patriótica resolución del Soberano, adoptada definitivamente, ha causado una impresión de inefable alegría en Orizaba, donde la han celebrado con repiques, cohetes, músicas y toda clase de demostraciones."

Indescriptible fué la sorpresa de los tres principales representantes de la Francia al leer las cortas líneas en que se daban esas inesperadas noticias, pues era para ellos de tal manera segura la abdicación de Maximiliano, que la consideraban un hecho consumado que se haría público en el momento mismo en que el Emperador se embarcara. Pronto el despecho reemplazó á la sorpresa, al leer el manifiesto expedido por el Emperador en Orizaba el 1º de Diciembre. La conducta adoptada por Maximiliano en nada modificó el movimiento de retirada que efectuaban los franceses. Entraba á México el 22 de Noviembre el general Douay con parte de las fuerzas procedentes de San Luis Potosí, y poco después continuaban su marcha para Puebla; la ciudad de Durango también había sido evacuada por los imperiales el 16 de aquel mismo mes, ocupándola al siguiente día los republicanos, que impusieron al vecindario una contribución de dos mil pesos.

Los activos trabajos que Miramón desarrollaba en la capital, habían hecho presentir á los comisarios franceses, que en el ánimo de Maximiliano se había operado una reacción, marcada también en la actitud asaz provocativa del Ministerio ya seguro de que el Emperador no abdicaría. Bazaine dejó en libertad á los imperialistas y aun se disponía á ir á Orizaba; pero se le opusieron Castelnau y Danó; entonces el Mariscal dijo, que no podía abandonar la capital hasta que llegara el general Douay y hasta saber el resultado de los movimientos militares ordenados.

La resolución tomada por Maximiliano, publicada por el *Diario del Imperio* fechado el 1º de Diciembre, daba un perfecto conocimiento del carácter del Emperador. Estaba convencido de que debía entregar el poder; pero sus Consejeros habían dictaminado que su deber era continuar con el gobierno; así lo hacía, y para conciliar los argumentos que brotaban de su espíritu con las susceptibilidades que invadían su conciencia, encontró la fórmula que pudo calificarse de tan ingeniosa é ideal como impracticable, con la cual le parecía llegar al término de todas las dificultades; conciliar la felicidad de México con la dignidad del Imperio y sustraer á los imperiales de las venganzas de los juaristas, fortificando á la vez el poder imperial, de manera que el Emperador quedara en condiciones de salir del territorio mexicano con magestad; pero su plan era inejecutable, un sueño la reunión del Congreso aunque fueran amplias y muy liberales las bases sobre las cuales pretendía levantarlo, puesto que llamaba á todos los partidos para que se ocuparan en decidir acerca de los destinos de la Nación.

Pareció increible que después de los años que llevaba Maximiliano de permanencia en México, no hubiera notado que ningún partido político había solicitado concesiones ni transacción alguna; pudo haber visto que los juaristas solamente aspiraban al triunfo sobre sus contrarios, y tenía al frente enemigos irreconciliables que preferían la ruina con tal que de ella se siguiera la de sus antagonistas. Entre los republicanos nadie se manifestaba pronto á tomar participio en el proyecto de reunir el Congreso ó la convención nacional, y aun habría sido tachado de traidor el liberal que tal resolución hubiese propuesto. Solamente las autoridades de las poblaciones en que aun dominaba el Imperio, se mostraron propicias á la resolución tomada por Maximiliano.

Los Consejeros de Estado regresaron á la capital, quedando en Orizaba el Presidente de ellos, Sr. Lacunza, y algunos Ministros que aplazaron su viaje.

El 1º de Diciembre expidió Maximiliano en Orizaba el siguiente manifiesto:

"*¡Mexicanos! Circunstancias de gran magnitud, con relación al bienestar de Nuestra Patria, las cuales tenían mayor fuerza por desgracias domésticas, produjeron en Nuestro ánimo la convicción de que debíamos devolveros el poder que Nos habíais confiado.*

Nuestros Consejos de Ministros y de Estado, por Nos convocados, opinaron que el bien de México exije aún Nuestra permanencia en el poder, y Hemos creído de Nuestro deber acceder á sus instancias, anunciándoles á la vez, Nuestra intención de reunir un Congreso nacional, bajo las bases más amplias y liberales, en el cual tendrán participación todos los partidos, y éste determinará si el Imperio debe continuar en lo futuro, y en caso afirmativo, ayudar á la formación de leyes vitales para la consolidación de las instituciones públicas del país.

Con este fin Nuestros Consejos se ocupan actualmente en proponernos los medios oportunos; y se darán á la vez los pasos convenientes para que todos los partidos se presten á un arreglo bajo esa base.

En el entretanto ¡Mexicanos! contando con vosotros todos, sin exclusión de ningún color político, Nos esforzaremos en seguir con valor y constancia la obra de regeneración que habeis confiado á vuestro compatriota

Maximiliano."

Presentábase la dificultad de que sin amnistía prévia no podía haber elecciones y que los partidos en acción no dejarían las armas para acudir á votar, si no tenían en el gobierno las garantías completas de imparcialidad y buena fé, cualidades que los republicanos negaban á los imp rialistas. Para que pudiese realizarse la idea fundamental del Manifiesto, era preciso ante todo, que se pusieran de acuerdo los jefes de ambos partidos, condición imposible moral y físicamente. En teoría pudo haber tenido algo de seductor el proyecto de convocar un Congreso; pero en la práctica era irrealizable, cuando se debatían dos partidos tan opuestos, con ambiciones y rencores alimentados en multitud de jefes rivales que operaban por cuenta propia (y cuando se tenía por seguro el triunfo de la República.

La resolución de Maximiliano únicamente probaría que hacía esfuerzos para desligarse de los compromisos en que le puso el círculo que le rodeaba, y patentizaba también que comprendía la poca consistencia del trono y la necesidad de dar al Imperio una base más amplia, habiendo poca distancia entre el Manifiesto y la abdicación; Maximiliano conservaba interinamente el poder en vez de delegarlo á un gobierno provisional, al iniciar el llamamiento á la Nación, reconocido de absoluta necesidad. Todo parecía indicar que convencido de que su presencia era un obstáculo para la paz, sería Maximiliano el primero en eliminarse.

La intención de reunir un Congreso nacional no era nueva en Maximiliano; desde el 10 de Julio de 1863, al aceptar el trono con la monarquía moderada, había dicho: "Me apresuraré á colocar la monarquía bajo la autoridad de leyes constitucionales, tan luego que la pacificación del país se haya conseguido completamente. La Constitución de un Estado es obra colectiva de la Nación y su gobierno."

Al tenerse la noticia oficial del regreso de Maximiliano á la capital del Imperio y su resolución de conservar el poder, los periódicos franceses insistieron en que nada importaban ambas resoluciones respecto al término de la crísis política, mientras no se contara con los elementos necesarios para afrontarla.

Las autoridades de las poblaciones en que aún dominaba el Imperio, felicitaron al gobierno de Maximiliano por la decisión tomada, que muchos calificaron de heróica. El partido conservador, representado como fuerza militante por los generales Miramón y Márquez, y como fuerza administrativa por los Sres. Lares y Marín, quedaba con la dirección de los negocios; creía contar de pronto con cuatro millones de pesos y con treinta mil soldados instruidos y disciplinados en el límite de lo posible, con los cuales podrían derrotar á los liberales. El Imperio seguiría centralizado en cuatro grandes mandos, entre los cuales se comprendía el presidido por el Sr. Salazar Ilarregui, y los otros por los generales Márquez, Mejía, Méndez, y además Vicario en el Sur.

Contribuía á levantar las esperanzas de los imperialistas, la conducta observada por el coronel Servando Canales en el puerto de Matamoros, sirviendo de argumento para sostener que la anarquía se apoderaría de todo el territorio me-



General D. Severo del Castillo,

Comendador de la Imperial Orden de Guadalupe.

Después de haber desempeñado el mando de la 7ª División territorial, cuyo centro fué Mérida, tomó importante participio en los notables sucesos que precedieron de cerca á la caida del Imperio de Maximiliano. La rapidez de los acontecimientos, al retirarse el ejército francés, le impidió desarrollar el plan combinado con el General Miramon; pero en la batalla de la Quemada salvó á éste, y los dispersos restos de sus tropas después de la derrota de San Jacinto. Durante el sitio que sufrió Querétaro,—de Marzo á Mayo de 1867,—fué jefe del Estado Mayor General; estuvo constantemente al lado de Maximiliano, le acompañó en la salida del Fuerte de la Cruz, y con él cayó prisionero en el Cerro de las Campanas. Sentenciado á muerte é indultado de esta pena conmutada en la de prisión, fué encerrado en el Castillo de San Juan de Ulúa, el 10 de Noviembre de 1867.

Presentábase la dificultad de que sin amnistía prévia no podía haber elecciones y que los partidos en acción no dejarían las armas para acudir á votar, si no tenían en el gobierno las garantías completas de imparcialidad y buena fé, cualidades que los republicanos negaban á los imperialistas. Para que pudiese realizarse la idea fundamental del Manifiesto, era preciso ante todo, que se pusieran de acuerdo los jefes de ambos partidos, condición imposible moral y físicamente. En teoría pudo haber tenido algo de seductor el proyecto de convocar un Congreso; pero en la práctica era irrealizable, cuando se debatían dos partidos tan opuestos, con ambiciones y rencores alimentados en multitud de jefes rivales que operaban por cuenta propia y cuando se tenía por seguro el triunfo de la República.

La resolución de Maximiliano únicamente probaría que hacía esfuerzos para desligarse de los compromisos en que le puso el círculo que le rodeaba, y patentizaba también que comprendía la poca consistencia del trono y la necesidad de dar al Imperio una base más amplia, habiendo poca distancia entre el Manifiesto y la abdicación; Maximiliano conservaba interinamente el poder en vez de delegarlo á un gobierno provisional, al iniciar el llamamiento á la Nación, reconocido de absoluta necesidad. Todo parecía indicar que convencido de que su presencia era un obstáculo para la paz, sería Maximiliano el primero en eliminarse.

La intención de reunir un Congreso nacional no era nueva en Maximiliano; desde el 10 de Julio de 1863, al aceptar el trono con la monarquía moderada, había dicho: "Me apresuraré á colocar la monarquía bajo la autoridad de leyes constitucionales, tan luego que la pacificación del país se haya conseguido completamente. La Constitución de un Estado es obra colectiva de la Nación y su gobierno."

Al tenerse la noticia oficial del regreso de Maximiliano á la capital del Imperio y su resolución de conservar el poder, los periódicos franceses insistieron en que nada importaban ambas resoluciones respecto al término de la crísis política, mientras no se contara con los elementos necesarios para afrontarla.

Las autoridades de las poblaciones en que aún dominaba el Imperio, felicitaron al gobierno de Maximiliano por la decisión tomada, que muchos calificaron de heróica. El partido conservador, representado como fuerza militante por los generales Miramón y Márquez, y como fuerza administrativa por los Sres. Lares y Marín, quedaba con la dirección de los negocios; creía contar de pronto con cuatro millones de pesos y con treinta mil soldados instruidos y disciplinados en el límite de lo posible, con los cuales podrían derrotar á los liberales. El Imperio seguiría centralizado en cuatro grandes mandos, entre los cuales se comprendía el presidido por el Sr. Salazar Ilarregui, y los otros por los generales Márquez, Mejía, Méndez, y además Vicario en el Sur.

Contribuía á levantar las esperanzas de los imperialistas, la conducta observada por el coronel Servando Canales en el puerto de Matamoros, sirviendo de argumento para sostener que la anarquía se apoderaría de todo el territorio me-



General D. Severo del Castillo,

Comendador de la Imperial Orden de Guadalupe.

Después de haber desempeñado el mando de la 7ª División territorial, cuyo centro fué Mérida, tomó importante participio en los notables sucesos que precedieron de cerca á la caida del Imperio de Maximiliano. La rapidez de los acontecimientos, al retirarse el ejército francés, le impidió desarrollar el plan combinado con el General Miramon; pero en la batalla de la Quemada salvó á éste, y los dispersos restos de sus tropas después de la derrota de San Jacinto. Durante el sitio que sufrió Querétaro,—de Marzo á Mayo de 1867,—fué jefe del Estado Mayor General; estuvo constantemente al lado de Maximiliano, le acompañó en la salida del Fuerte de la Cruz, y con él cayó prisionero en el Cerro de las Campanas. Sentenciado á muerte é indultado de esta pena conmutada en la de prisión, fué encerrado en el Castillo de San Juan de Ulúa, el 10 de Noviembre de 1867.

xicano tan luego como faltase el poder del Imperio que suponían regulador de la marcha política y centro necesario para contener las ilimitadas ambiciones de tantos cabecillas que mostraban no reconocer más ley que su voluntad.

Á causa del disgusto que ocasionó entre los enemigos del Imperio, la capitulación concluida en Matamoros entre los generales J. M. Carbajal y Tomás Mejía, había sido separado del mando de las fuerzas juaristas el primero de estos, quien también se había enagenado las simpatías de los tamaulipecos por su falta de tacto y la adhesión sin límites que mostraba á los norteamericanos, conducta que dejó celos entre las fuerzas mexicanas que se pronunciaron contra Carbajal.

El gobierno del Presidente Juárez había encargado ya el mando de Tamaulipas al general D. Santiago Tapia, nombramiento que desconoció el coronel Canales, quiee se aferró al mando, preparado á repeler la fuerza con la fuerza. Entonces dispuso el Presidente Juárez que el general Escobedo apoyara á Tapia para someter á los rebeldes. Escobedo se puso en marcha para la ciudad de Matamoros con mil doscientos hombres; se vió obligado á sitiarla, esperando recibir nuevos refuerzos para el asalto. En aquellas circunstancias un ataque fulminante de cólera privó de la vida al general Tapia, quedando interinamente el mando inmediato de la fuerza á las órdenes de los generales León Guzmán y Lorenzo Vega.

El general Escobedo, con las órdenes terminantes de someter á Canales, violentó su marcha para aquel punto, aumentando su fuerza con otros mil quinientos hombres y alguna artillería, y en los primeros días de Noviembre (1866) se presenta frente puerto de Matamoros. (1)

Luego que se supo en Brownsville la llegada de Escobedo, solicitó el general Sedgewick, comandante de Río Grande, una entrevista en la cual le manifestó su creencia de que los asuntos de Matamoros se arreglarían en paz, porque Canales mostraba obediencia y respeto al Presidente de la República, según aparecía en los documentos oficiales y las conversaciones; en todo caso, Sedgewick estaba dispuesto á prestar auxilio á Escobedo, hasta donde alcanzaran las facultades y elementos de que podía disponer. Regresó Escobedo á su campamento para hostilizar la plaza é intimó rendición á Canales, de una manera incondicional; se le contestó con razones triviales que más bien eran un desafío. (2)

---

1 Todas las fuerzas de Nuevo-León y Coahuila habían acudido al asedio de Matamoros. El ataque dado á la plaza el 1º de Noviembre durante varias horas, proporcionó á los sitiadores algunas ventajas; pero la muerte del general Tapia acaecida la noche del 10, cambió el aspecto del sitio que fué reanimado por la presencia del general Escobedo, quien llegó con su escolta el día 19. Al siguiente se presentaron en el campo de los sitiadores las fuerzas de este jefe, calculadas en tres mil quinientos hombres. De la plaza sitiada salió una comision en la mañana del mismo día 20 á conferenciar con Escobedo, sin obtener el resultado que se esperaba, esto es, suspender las hostilidades hasta que se tuviese la resolución del Presidente de la República, ó si no era posible esta espera, se convocara á elecciones al pueblo de Tamaulipas.

2 En la mañana del 24 de Noviembre, construyeron las tropas norteamericanas un puente de barcas sobre el Río Bravo, entre Brownsville y Matamorss; sobre ese puente atravesó un destacamento del 19 de infantaría, de color, al mando del capitán Perkins, habiéndole precedido una fuerza del 4º de caballería; en la noche otro cuerpo de tropas negras pasó el Río y se situaron en Santa

Continuaban las operaciones del sitio, cuando en la mañana del 22 de Noviembre, recibió Escobedo una nota del general Sedgewick participándole que había intimado rendición á la ciudad de Matamoros, donde las fuerzas de Canales para arbitrarse recursos habían recurrido al robo, autorizadas por su jefe; consideraba el general norteamericano que con esos hechos habían infringido la neutralidad los revoltosos de Matamoros y creía de su deber, en su calidad de representante de los Estados Unidos, intimar rendición á la ciudad, según lo había verificado con objeto de proteger vidas y propiedades. Canales ofrecía rendirse, si á él y á los que le seguían se les garantizaba la vida, la libertad y la propiedad, lo mismo que á todos los ciudadanos que se encontraban en la plaza, sin que hubiese distinciones de nacionalidad. Tal conducta equivalió á aceptar la intervención de un jefe extranjero en los asuntos de México.

Sedgewick tomó el mando de Matamoros en nombre de los Estados Unidos, dió á reconocer, en oficio dirigido al general Eecobedo, como miembro de su Estado Mayor, al ayudante general J. S. Patterson y Preboste marcial al capitán W. T. Larkin. Solicitó del general mexicano otra entrevista, á causa de que el gabinete de Washington había resuelto que los Estados Unidos prestaran eficaz apoyo al gobierno del Presidente Juárez contra cualquiera que desconociese su autoridad; pero en la entrevista insistió Sedgewick en un arreglo bajo las condiciones impuestas por Canales, y Escobedo declaró que no podía aceptar sin extralimitar las facultades de que estaba revistido y sin desatender las prescripciones de su gobierno para reprimir las asonadas militares y el abuso de la fuerza. El jefe americano ofreció que le comunicaría la retirada de las tropas de su Nación y le dejaba en libertad de operar sobre los rebeldes. No obstante, en un despacho le avisó que seguiría en posesión de la ciudad, hasta que recibiera más amplias instrucciones del general Sheridan, y pretendía que los negocios quedaran según estaban. Tal conducta acabó de poner en claro la connivencia entre Canales y Sedgewick. Exigió Escobedo el cumplimiento de lo pactado, según lo cual se le dejaría en libertad para reducir al orden á Canales, y reclamó la orden ó facultad para invadir el territorio de una Nación amiga cuyo gobierno estaba en francas y leales relaciones con los Estados Unidos, que reconocían por legítimo al gobierno del Presidente Juárez; requería Escobedo al jefe americano para que le pusiera desde luego en posesión de Matamoros, asegurándole que las personas é intereses quedarían perfectamente garantizadas

---

Cruz y otros puntos del camino para Matamoros. Al abrirse las conferencias el día 25, pasó un destacamento de fuerza americana á ocupar á Matamoros, mediando un convenio con el coronel Canales. A las diez de la mañana de ese mismo día llegaba á Brownsville el coronel Cerda, acompañado de un jefe de las fuerzas norteamericanas, con el fin de ir á invitar al general Escobedo para que designara su representante y se establecieran los preliminares de la pacificación en la cuestión pendiente. Todos estos medios de que se valió el general Sedgewick fueron desaprobados por el gobierno de Washington.

Escobedo se negó primero á concurrir; pero después lo hizo para insistir en la rendición de la plaza; el curso de la negociación fué de tal manera, que el jefe norteamericano intimó á Canales que entregase la plaza y se entregara él mismo prisionero con los que le obedecían, en un corto plazo, sosteniendo su opinión aun después del combate que tantas desgracias ocasionara.

y no se oponía á la protección de las fuerzas de Canales en territorio de los Estados Unidos.

Sedgewick pareció evacuar en seguida á Matamoros, siempre insistiendo en que hubiese un arreglo entre Escobedo y Canales, y en que la presencia de las tropas de los Estados Unidos en Matamoros no tenía otro objeto que protejer las vidas y propiedades de los americanos allí residentes; pero dejaría en Santa Cruz, á extramuros de la ciudad, una fuerza de cerca de setenta hombres, para custodiar el paso y protejer el tránsito de las familias indefensas. A una hora determinada debería ser retirada la bandera de los Estados Unidos que flameaba sobre el edificio más alto de Matamoros.

En seguida organizó el general Escobedo el asalto, y de conformidad con el parecer del cuartel-maestre, general Berriozábal, fué puesta la línea de ataque al mando del general Sóstenes Rocha; la primera columna al del coronel Alonso Flores, y la segunda al del general Lorenzo Vega; la artillería quedó á cargo del general Francisco Paz, recientemente llegado de su confinamiento en Europa, y la caballería á las órdenes del coronel Adolfo Garza. También le fué señalado su lugar en el combate á la brigada del coronel Cortina, en el espacio comprendido desde el baluarte de San Fernando hasta el Río Bravo. Las columnas fueron provistas de escalas y gruesos rollos de jarcia para cegar los fosos.

Al amanecer del 27 de Noviembre, habíase visto flotar aún la bandera de los Estados Unidos en las alturas de la ciudad, lo cual no fué obstáculo para que los sitiadores rompieran el fuego y se arrojaran al asalto de manera tan resuelta, que el enemigo comenzó á abandonar los parapetos, acudiendo las reservas á protejer el movimiento, y llegaban hasta los baluartes cuando cayó mortalmente herido, cerca del fortín de Monterrey, el general Albino Espinosa que mandaba la infantería de reserva.

Desde la cinco de la mañana habían anunciado los cañones de Escobedo que comenzaba el combate tanto tiempo esperado. Contestaron los sitiados y se generalizó el fuego en todo el perímetro de la ciudad. Una fuerza juarista considerable, avanzó sobre el fuerte llamado de Monterrey, donde la lucha fué más reñida; los asaltantes rompieron el fuego á treinta pasos del fuerte; pero tuvieron que replegarse al contestarlo con energía Canales, que mandaba allí personalmente é hizo salir una fuerza de caballería é infantería en persecución de los que se retiraban y que sufrieron terrible matanza al pasar por un puente sobre la laguna; entonces murió un hermano del Coronel Canales. En otros lugares también fué reñida la lucha, presentándose Canales en donde había mayor peligro.

Entonces los sitiados tocaron parlamento y salió un oficial norteamericano con dos mexicanos, llevando bandera blanca; pero en vez de proponer rendición, tregua ó convenio alguno, únicamente le previnieron al general en jefe, que al ocupar la muralla y los fortines se detuviera y no penetrara á la plaza que estaba protegida por la bandera y tropas de los Estados Unidos. El general Escobedo negó el derecho de hacer esa intimación, y contestó que obraría según lo

creyera más conveniente al cumplimiento de su deber. Mientras tenía verificativo esta conferencia, los sitiados se rehicieron de las trincheras y baluartes y los sitiadores acabaron de retirarse al punto de partida, batiendose y sufriendo muchas y sensibles pérdidas. (1)

Desechó Escobedo los auxilios de cirujanos y medicinas ofrecidos por Sedgewick, á quien reclamó la promesa hecha de que se retirarían de Matamoros las fuerzas norteamericanas. A la vez fué enviado D. Juan de D. Arias á pedir en lo confidencial explicaciones al jefe norteamericano y á cerciorarse si hubo equivocación ó falta de inteligencia en lo convenido, respecto á que se retirarían de Matamoros las tropas de la vecina República. Las explicaciones de Sedgewick dieron por resultado que se aclarasen equivocaciones é insistió en que todos sus actos se dirigían á apoyar al Presidente Juárez.

Durante el combate, envió el comandante Sedgewick, situado en Brownsville, un parlamentario á Escobedo, avisándole que las fuerzas del Norte estaban dispuestas á intervenir para que cesara la lucha. Entonces se establecieron negociaciones entre Escobedo y Canales por medio del jefe norteamericano y dieron por resultado la nueva posesión de la ciudad por el comandante Sedgewick, quien la entregó á Escobedo el 30 de Noviembre, quedando al siguiente día este jefe en pleno dominio de la plaza, mediante un convenio por el cual las tropas de Canales se incorporaban á las de Escobedo, desde capitán para abajo y los jefes quedaban á disposición del gobierno de Juárez. Escobedo expidió una proclama ofreciendo al vecindario toda clase de garantías, y declaró que su único objeto era restablecer allí la paz y la confianza. Los jefes de ambas fuerzas se reconciliaron públicamente y Sedgewick hizo una visita á Escobedo, siendo de notar que fué desaprobada la conducta de este jefe por su gobierno.

A la vez que se verificaban esos arreglos, dirigía Canales un oficio al ge- general Escobedo, con proposiciones de avenimiento, á lo que se le contestó que tanto él como los jefes que le acompañaban, tendrían garantía de la vida y que los oficiales conservarían sus empleos, incorporando las clases de tropa á la de los sitiadores; los caudillos de la asonada quedaban con la cbligación de ir á responder de su conducta ante el gobierno.

La noche del 30 de Noviembre había vuelto á dirigir el coronel Canales otra comunicación al general Escobedo, haciéndole saber queSedgewick le intimaba nuevamente rendición, declarando á los sitiados prisioneros de guerra, acto que Canales calificaba principio de guerra entre México y los Estados Unidos, y en tal concepto, siendo ante todo mexicano, se ponía á las órdenes de Escobedo para que ambos defendieran la plaza. No se limitó Canales á esta comunicación,

1 En el ataque sobre Matamoros mandaron las columnas los siguientes jefes: Coronel Alonso Flores la que marchó sobre el fuerte de Tripont; el General Lorenzo Vega sobre el fuerte Monterrey; el intermedio entre las dos columnas lo cubrió el Coronel Ruperto Martínez, y fué jefe de esa línea de ataque el General Sóstenes Rocha. La reserva estuvo al mando del General Albino Espinosa y del Coronel Adolfo Garza. La brigada Cortina atacó el fuerte San Fernando y la parte central de la ciudad. Las tropas que batían la plaza llevaron por distintivo un ramo verde de cualquiera planta. Era cuartel-maestre del ejército sitiador el General Felipe Berriozabal.

sino que acompañado de su padre y dos norteamericanos, se presentó en la tienda del general Escobedo exhibiendo otro escrito, en que ofrecía entregar inmediatamente la ciudad sin condiciones de ningún género.

Escobedo acogió á Canales con tal benevolencia, que le dejó el mando de la fuerza con la que se había sublevado, incorporándola al ejército del Norte para seguir la campaña contra franceses é imperialistas. Sedgewick, que tenía ya órdenes terminantes de su gobierno, abandonó desde luego á Matamoros, del que se posesionaron las tropas de Escobedo, recibiendo la plaza el general Berriozábal, sin que en manera alguna se alterara el orden y facilitando recursos el comercio. Las familias y los comerciantes refugiados en Brownsville regresaron á sus hogares, y allí fué visitado el general en jefe mexicano por los comisionados norteamericanos Campbell y Sherman. El Estado de Tamaulipas quedó dividido en tres distritos militares, creyéndose que con esto se evitarían muchas controversias; no obstante lo cual en la marcha que ejecutaban las fuerzas de Escobedo para el Interior, volvió á pronunciarse el coronel Canales y separó sus fuerzas, sobre las cuales destacó Escobedo las del coronel Cortina.

Estos sucesos eran comentados con entusiasmo por los imperialistas, que esperaban sacar de las rencillas que sostenían entre sí los republicanos, un auxilio poderoso para la causa del Imperio.

El Sr. Lares notificó al Mariscal Bazaine, al general Castelnau y al ministro Danó, la resolución definitiva que acababa de tomar Maximiliano, pidiéndoles que lo más pronto posible pusieran en manos de las autoridades y tropas imperiales mexicanas los establecimientos militares.

Probablemente entonces los agentes Castelnau y Danó lamentarían no haber aceptado la invitación que se les hizo para asistir á las conferencias de Orizaba, en el mes de Noviembre, pues si la Francia no podía sostener por más tiempo á Maximiliano, de ninguna manera debía abdicar de la defensa de sus intereses privados y aun de los de sus aliados comprometidos por ella. Así lo creían los consejeros y ministros; parecíales imposible que el gobierno francés se hubiera prescrito otra linea de conducta violando todos los compromisos materiales y morales aquí contraídos, primero por la Intervención, después con el Imperio.

Con la abstención de los representantes de la Francia, no quedaba á los imperialistas otro recurso que el de defenderse por sí mismos. Entonces los agentes franceses consideraron imposible continuar el desarrollo de su proyecto para establecer en México otro gobierno con quien tratar, y acordaron que el embarque de las tropas sería en el menor tiempo posible.

El capitán Pierron se retiró del empleo que tenía en el gabinete del Emperador, y también había renunciado el capitán Blanchont la subsecretaría del ministerio de la guerra.

Resuelta la permanencia de Maximiliano en el territorio de México, se procuró con toda actividad poner sobre las armas un pié de ejército que, expedicionando por el Interior del país, combatiera á los republicanos; se buscaron jefes

de valor, pericia y actividad, partidarios reconocidos del Imperio y de la reacción, creyendo que el sable cortaría las dificultades existentes.

A la vez que el "Manifiesto," llegaron á la capital de la República varios decretos que abolían ó disminuían algunas contribuciones, estableciendo otras nuevas sobre el tabaco; los ministros se ocupaban en disponer y acordar nuevas leyes, dictaban providencias para la ejecución del programa del gabinete y para la organización de los tres cuerpos de ejército que habrían de mandar los generales Miramón, Márquez y Mejía, llegando á la capital del Imperio el primero de estos jefes en los primeros días de Diciembre.

Al regresar de Orizaba para México, el 3 de Enero (1867) pasó Maximiliano por la hacienda de Buenavista, en la que se encontraba el último grupo de belgas, en marcha para embarcarse en Veracruz. Viajaba Maximiliano en una carretelita tirada por cuatro mulas blancas, con escolta de lanceros y húsares del cuerpo austriaco que habría de ser disuelto en México, y de zuavos franceses á caballo, acompañándole también el general Márquez con su Estado Mayor, los coroneles Schaffer y Lamadrid, el capitán Von Groller, de la fragata austriaca "Elizabeth," el consejero Padre Fischer y el médico Basch.

La anarquía en las ideas, signo característico de aquella época de malestar, fué completa. Los periódicos imperialistas daban por seguro, que el gobierno de Maximiliano acabaría con sus enemigos, por medio del hierro y de la fuerza, aunque á la vez publicaban el Manifiesto de Maximiliano, que sujetaba al fallo nacional la cuestión de subsistencia del Imperio, convocando á todos los partidos para resolverla, programa enteramente contrario al de apelar como último recurso al sable y á las contribuciones forzosas. El gabinete imperial interpretaba á su manera las tendencias pacíficas del Emperador, para la solución de las dificultades en la política.

El "Manifiesto" dirigido á la Nación por Maximiliano, no como Emperador sino como ciudadano, constituía una casi abdicación; ponía al gobierno en tela de duda; demostraba los embarazos de la situación é indicaba llegado el comienzo del interregno, puesto que se había de apelar al pueblo en tanto que el congreso fallara; por lo mismo no podía considerarse el gobierno imperial sino como un gobierno transitorio, hasta que hubiesen sido revalidados por la Asamblea constituyente los títulos de la dinastía. Entretanto la Monarquía no era más que sombra de la realidad, y las actas de la Junta de Notables quedaban nulificadas. ¿Quién presidiría la apelación al pueblo y la convocación de los comicios? Si los conservadores, la mayoría de la Nación permanecería muda y sorda, á no ser que se llevaran los votos en las puntas de las bayonetas.

Para los fines buscados se ocupaban los Consejos en proponer los medios oportunos, á la vez que se hacían las diligencias respectivas para que todos los partidos se prestaran al arreglo sobre la base del sufragio, indicada en el "Manifiesto" en estos términos:

¡¡Mexicanos!! contando con todos vosotros, sin exclusión de ningún color político, nos esforzaremos en perseguir con valor y constancia la obra de regeneración que habeis confiado á vuestro compatriota Maximiliano."

Dos días después notificaba el Presidente del Consejo á las autoridades francesas, la resolución tomada por Maximiliano de no apoyarse sino en sus propias fuerzas, sin desechar la protección francesa ofrecida hasta la primavera de 1867, en los puntos que aun ocupara el ejército expedicionario, y solicitó las órdenes para que pasaran á la exclusiva disposición del Imperio, además de las tropas mexicanas, los establecimientos y almacenes militares, quedando todo lo relativo y este asunto ó motivado por la resolución tomada, á cargo del Presidente del Consejo de Estado.

A medida que se retiraban para la capital y el puerto de Veracruz las fuerzas expedicionarias, se estrechaba considerablemente el espacio en que ejercía su acción el Imperio de Maximiliano, cuyas dificultades se aumentaban al presentarse en su contra muchos de los que antes fueron sus adictos y ahora le hostilizaban con ardor, siguiendo el ejemplo del Emperador francés, para quien la Intervención había cambiado de carácter; ya no era el apoyo para que México se constituyera, según lo había manifestado en 1862, sino que ahora significaba simplemente, un estado de guerra entre Francia y México, cambio de parecer que convertía de un golpe en traidores á la Patria; á todos los mexicanos que aceptaron la alianza con el ejército francés, pues no había venido á salvar á México de la anarquía y de las garras del águila norte-americana, sino que traía por única misión defender los intereses de la Francia y para ello entraba ya en intimidades con los Estados Unidos.

En los Departamentos que abandonaban los franceses crecía imponente el impulso revolucionario, notándose principalmente en Sinaloa. El 5 de Noviembre habían simulado un ataque sobre Mazatlán las fuerzas del general Manuel Márquez, por la Isla de Piedras y las del Coronel Ignacio M. Escudero por la garita de Palos Prietos, obligando desde entonces al enemigo, á permanecer en continua vigilancia durante los días que aun ocuparon aquel puerto los imperiales, pues se sabía de una manera segura, que poco tardarían en retirarse los franceses que aun permanecían allí. (1)

El 9 de Noviembre solicitó el vice-consúl de los Estados Unidos, B. R. Carman, que se verificara una entrevista entre el general Corona y una comisión de

(1) A Mazatlán no dejaban entrar nada ni á nadie las fuerzas de Corona, y la plaza fué declarada en estado de sitio desde el 17 de Octubre por el coronel Roig, cesando la autoridad del comisario imperial Iribarren, quien se retiró para San Blas con rumbo á México. El prefecto D. Antonio Grosso quedó con los poderes civiles, administrativos y judiciales, pero con obligación de desempeñarlos bajo las órdenes y según las instrucciones del comandante superior Roig. La Hacienda sería vigilada por el capitán Catin del 62°. La corte marcial seguiría funcionando, y quedaba investido del mando superior de las fuerzas mexicanas el coronel D. Jose de la Mora, á las órdenes directas del comandante superior. El capitán Boutel fungiría de comandante de plaza, encargado de la seguridad pública y de la policía.

Ninguna duda podía abrigarse respecto á la definitiva retirada de los franceses, al ver que á principios de Octubre llegaba á Guadalajara el general Castagny con las fuerzas que retiró de Durango.

la plaza, cuya petición fué suscrita también por el capitán de la fragata norte-americana "Swanee," en aquel puerto. En la conferencia presentaron el cónsul y un oficial de la fragata, una petición al general Corona, para que dejara embarcar á los franceses y protegiese los intereses de los ciudadanos americanos, advirtiéndole que los franceses bombardearían el puerto, si se les hostilizaba al reembarcarse. Denegada la petición, volvió á efectuarse un ataque sobre Mazatlán el 12 de Noviembre, siendo nuevamente rechazados los republicanos.

El día siguiente izaron los franceses bandera de parlamento, y un oficial de ellos condujo un pliego del vice-almirante que mandaba la División naval del Pacífico, avisando que por órden del general Bazaine iba á quedar desocupada la plaza; á la vez pedía que se pusieran de acuerdo para conservar el órden y la tranquilidad en la poblacion. Corona contestó en comunicación que condujo el coronel Escudero: que por lo pronto se suspenderían los fuegos y que tomaría la actitud que más conviniese, conforme á las exigencias del honor y la dignidad de la República mexicana.

Mientras que se pactaban estos preliminares, abandonaron los franceses la plaza que fué ocupada desde luego por la guerrilla Hernández para conservar el órden, y en seguida entraron las demás fuerzas en columna. Fueron recibidos los republicanos por sus partidarios con vivas y aclamaciones; muchos salieron á encontrarlos y en la garita una comisión de señoras recibió al general en jefe del ejército de Occidente, le dirigieron una breve alocución, ornaron las sienes de éste y de los principales jefes y oficiales, con coronas de laurel y ataron en el brazo derecho de cada soldado una cinta roja con este lema: "Premio á la virtud y al valor mexicano;" pusieron en las bocas de los rifles ramilletes de flores artificiales, llevando cada uno en su centro un escudo de oro. Recibió después el ejército republicano otras muchas ovaciones frente á la escuadra francesa que aun no se hacía á la vela.

Había comenzado la desocupación de Mazatlán desde el 12 de Noviembre bajo el fuego de las fuerzas del general Corona, hasta que se arregló el armisticio que permitió salieran con las tropas, los empleados civiles y militares. Empezaban á embarcarse los franceses, cuando algunos republicanos dispararon contra la plaza y se verificó un combate en el que murieron varios de los que se retiraban; en consecuencia fueron enviados parlamentarios al campo de Corona, y se convino en que ya no serían molestados los franceses en el acto de embarcarse. El comisario imperial Iribarren con sus adictos, se había marchado quince días antes.

El regimiento 62 º de línea fué el que hizo en aquella lejana zona, larga y penosa campaña; al embarcarse en Mazatlán, se componía gran parte de su efectivo, de enfermos de calenturas, por el penoso servicio que se vieron obligados á desempeñar frente al enemigo, principalmente en las noches. En el ataque del 11 al 12 de Noviembre, murieron el capitán Delatesta y el teniente de la Frane. El vice-almirante Mazéras envió un ayudante de campo á



General Pantaleón Moret,

Ayudante del General Miramón.

Creciendo diariamente las dificultades con que luchaban las huestes imperialistas sitiadas en la ciudad de Querétaro, designó Maximiliano al General Tomás Mejía para que fuese á México con plenos poderes y sacase de la capital los auxilios que tan necesarios eran para los sitiados, pudiendo destituír, en caso necesario, al Lugarteniente D. Leonardo Márquez. Mejía no salió de la plaza, retenido por intrigas y por sus enfermedades. Entonces se le dió aquella difícil comisión al General Pantaleón Moret, encargándole que, al menos, enviara noticias acerca de lo que había ocurrido en la capital, pues se carecía de ellas en Querétaro completamente. Intentó Moret salir de la plaza la noche del 21 de Abril, pero se lo impidieron los sitiadores, y solamente logró salvar la línea una parte de la escolta que llevaba.

la plaza, cuya petición fué suscrita también por el capitán de la fragata norte-americana "Swanee," en aquel puerto. En la conferencia presentaron el cónsul y un oficial de la fragata, una petición al general Corona, para que dejara embarcar á los franceses y protegiese los intereses de los ciudadanos americanos, advirtiéndole que los franceses bombardearían el puerto, si se les hostilizaba al reembarcarse. Denegada la petición, volvió á efectuarse un ataque sobre Mazatlán el 12 de Noviembre, siendo nuevamente rechazados los republicanos.

El día siguiente izaron los franceses bandera de parlamento, y un oficial de ellos condujo un pliego del vice-almirante que mandaba la División naval del Pacífico, avisando que por órden del general Bazaine iba á quedar desocupada la plaza; á la vez pedía que se pusieran de acuerdo para conservar el órden y la tranquilidad en la poblacion. Corona contestó en comunicación que condujo el coronel Escudero: que por lo pronto se suspenderían los fuegos y que tomaría la actitud que más conviniese, conforme á las exigencias del honor y la dignidad de la República mexicana.

Mientras que se pactaban estos preliminares, abandonaron los franceses la plaza que fué ocupada desde luego por la guerrilla Hernández para conservar el órden, y en seguida entraron las demás fuerzas en columna. Fueron recibidos los republicanos por sus partidarios con vivas y aclamaciones; muchos salieron á encontrarlos y en la garita una comisión de señoras recibió al general en jefe del ejército de Occidente, le dirigieron una breve alocución, ornaron las sienes de éste y de los principales jefes y oficiales, con coronas de laurel y ataron en el brazo derecho de cada soldado una cinta roja con este lema: "Premio á la virtud y al valor mexicano;" pusieron en las bocas de los rifles ramilletes de flores artificiales, llevando cada uno en su centro un escudo de oro. Recibió después el ejército republicano otras muchas ovaciones frente á la escuadra francesa que aun no se hacía á la vela.

Había comenzado la desocupación de Mazatlán desde el 12 de Noviembre bajo el fuego de las fuerzas del general Corona, hasta que se arregló el armisticio que permitió salieran con las tropas, los empleados civiles y militares. Empezaban á embarcarse los franceses, cuando algunos republicanos dispararon contra la plaza y se verificó un combate en el que murieron varios de los que se retiraban; en consecuencia fueron enviados parlamentarios al campo de Corona, y se convino en que ya no serían molestados los franceses en el acto de embarcarse. El comisario imperial Iribarren con sus adictos, se había marchado quince días antes.

El regimiento 62º de línea fué el que hizo en aquella lejana zona, larga y penosa campaña; al embarcarse en Mazatlán, se componía gran parte de su efectivo, de enfermos de calenturas, por el penoso servicio que se vieron obligados á desempeñar frente al enemigo, principalmente en las noches. En el ataque del 11 al 12 de Noviembre, murieron el capitán Delatesta y el teniente de la Frane. El vice-almirante Mazéras envió un ayudante de campo á



General Pantaleón Moret,

Ayudante del General Miramón.

Creciendo diariamente las dificultades con que luchaban las huestes imperialistas sitiadas en la ciudad de Querétaro, designó Maximiliano al General Tomás Mejía para que fuese á México con plenos poderes y sacase de la capital los auxilios que tan necesarios eran para los sitiados, pudiendo destituír, en caso necesario, al Lugarteniente D. Leonardo Márquez. Mejía no salió de la plaza, retenido por intrigas y por sus enfermedades. Entonces se le dió aquella difícil comisión al General Pantaleón Moret, encargándole que, al menos, enviara noticias acerca de lo que había ocurrido en la capital, pues se carecía de ellas en Querétaro completamente. Intentó Moret salir de la plaza la noche del 21 de Abril, pero se lo impidieron los sitiadores, y solamente logró salvar la línea una parte de la escolta que llevaba.

Corona, recomendándole sentimientos de humanidad en su entrada á Mazatlán. El día 15 las tropas francesas desembarcaban en San Blas y emplearon tres días en extraer el material de guerra, municiones, víveres, caballos y acémilas, emprendiendo su marcha el día 18 para Tepic por penoso camino; dejaron á bordo del "Rhin" seiscientos enfermos que habían de regresar á Francia por el Cabo de Hornos. Entre el vice-consul norteamericano y el capitán del "Savanee," medió con el general Corona interesante correspondencia, respecto á la conveniencia de contener á las tropas mexicanas, para que la desocupación hecha por los franceses pudiera efectuarse pacíficamente, lo que se consiguió aunque primero se mostró desdeñoso el general Corona.

En los Estados de Sonora y Sinaloa, no quedaron de los expedicionarios sino recuerdos de la barbarie con que derramaron sangre humana las cortes marciales, y triste memoria de los incendios y violaciones que desprestigiaron la enseña que se quiso presentar aquí como signo de civilización.

A bordo de aquellos buques franceses que se alejaban, iban los mexicanos que habían hecho causa común en la Intervención y el Imperio. Así terminó la ocupación que durante dos años habían sostenido los franceses en Sinaloa. El general republicano Rubí, en su calidad de gobernador del Estado, nombró los empleados y funcionarios principales con carácter provisional. El general Corona nombró también los empleados federales, en virtud de las facultades con que se hallaba investido, y dió retiro á los oficiales y soldados que lo solicitaron, ya por atenciones de familia, ya porque cesaban sus compromisos con la reconquista de Sinaloa, dandoles certificados en que constaban los servicios prestados, para que se pudieran hacer efectivas las liquidaciones de alcances.

En el día del triunfo había sido saludada en Mazatlán la bandera mexicana por el buque de guerra americano "Swanee," cuyo saludo contestó la plaza; el capitán del buque y la oficialidad fueron á felicitar al general Corona, recordandole que la marina norteamericana jamás había saludado la bandera imperial, Corona pagó la visita y fué recibido oficialmente á bordo, aunque desconoció al vice-consul Mr. Carman, que había ejercido sus funciones durante la ocupación de la plaza por los franceses. También pidió su baja la guerrilla norteamericana. Entonces el general Corona mandó comprar en San Francisco de California, cuatro cañones rayados y dos mil rifles, pagando su importe con los productos de la aduana de Mazatlán.

Con la desocupación de este puerto quedó pacificado el Occidente, puesto que ya en Sonora había sido completo el triunfo de los republicanos, después de fusilados en Guaymas á Tanori y Almada que habían buscado refugio, el uno en el valle de los yaquis y el otro en el río Mayo, cayendo prisioneros con algunos secuaces que los acompañaban en una lancha con rumbo á Mazatlán, perseguidos por un buque al mando del oficial juarista apellidado Salazar, entre la Paz y Guaymas.

Las tropas francesas que avanzaban procedentes del Norte, para la capital

del Imperio, custodiaban un convoy de caudales reunidos en San Luis Potosí; habían partido de esta ciudad el 4 de Noviembre, dejando allí al general Tomás Mejía con una fuerza de mil hombres, en su mayor parte mexicanos, entre los cuales se habían mezclado porción de extranjeros, además de los *cazadores*. Amagaban á esa fuerza tres mil republicanos que ocuparon á Matehuala, sosteniéndose con recursos sacados de la venta de bienes pertenecientes á personas adictas al Imperio.

Ocupaban por ese rumbo las fuerzas juaristas, desde mediados de Noviembre, además de Matehuala, las poblaciones del Venado, Charcas y el Cedral, en espera del general Escobedo para moverse sobre San Luis Potosí. En esta ciudad se unieron con las suyas los generales imperialistas Mejía y Quiroga, llevando nuevos contingentes militares que ascendían á cerca de tres mil hombres, inclusive una porción de la legión extranjera. Para sostener sus fuerzas impuso allí el general Mejía un préstamo de sesenta mil pesos, y á la vez la corte marcial trabajaba constantemente, siendo D. Manuel Verástegui uno de los sentenciados á muerte, conforme á la ley del 3 de Octubre, por mantener relaciones ó correspondencia con el enemigo, salvándose por el empeño que mostró en su indulto toda la población de San Luis Potosí. Los imperialistas, conforme á los planes del general Miramón, evacuaron la ciudad y se pusieron en marcha rumbo á Querétaro, tomando activo participio en los acontecimientos que precedieron de cerca á la caída de Maximiliano.

Dejando á Matamoros se dirigió el general Escobedo sobre San Luis Potosí, sin tener en su marcha más que algunas escaramuzas. Los franceses é imperialistas cumplían ya la retirada de esa ciudad en Diciembre de 1866, replegándose á Querétaro. Los republicanos habían gastado sus fuerzas y un tiempo precioso, en la campaña que acababan de llevar á cabo sobre Matamoros, y por tal motivo el ejército del Norte no se hallaba reunido, ni contaba con el material de guerra bastante para avanzar con la violencia requerida sobre Guanajuato y Querétaro. El general Treviño, que venía á la vanguardia de aquel ejercito, y ocupó á San Luis Potosí al dejarlo los franceses, se vió precisado á permanecer en esa ciudad, donde reorganizó y equipó sus desnudas tropas, en espera de la fuerza de Escobedo que conducía un valioso convoy de pertrechos y vestuario, todo lo cual llegó á esa ciudad á mediados de Enero de 1867, quedando allí el cuartel general del ejército del Norte.

En su cuartel general pudo ya hacer los preparativos el general Escobedo, para avanzar sobre la capital, apoyado en las otras fuerzas republicanas, principalmente en las auxiliares que estaban á corta distancia del centro del Imperio.

Los guerrilleros que seguían al jefe apellidado Malo, se presentaron el 1º de Noviembre cerca de Toluca; después de haber desconocido á su jefe Cosío Pontones y entrado á Cuautitlán, dirigiéronse al valle de Toluca por los pueblos de Niijní y Jiquipulco. Algunos de aquellos guerrilleros penetraron á las calles de Toluca y fueron batidos por los imperiales que iban al mando del prefecto.

En una de esas escaramuzas cayó prisionero el coronel Lalanne, segundo del coronel Riva Palacio. Otros republicanos ocuparon á Tenango, tomando allí las armas y el parque existente, y se retiraron á Zitácuaro. Entonces Cosío se dirigió á las haciendas del rumbo de San Felipe, para reorganizar sus fuerzas. En las inmediaciones del Real del Monte, tuvieron un encuentro las fuerzas del coronel Martínez y un grupo de cuarenta austriacos que de Pachuca iban en auxilio de los imperiales, situados y cercados en aquel Mineral; los austriacos se defendieron en esa vez por más de dos horas, hasta que protegió su retirada el comandante de ellos con doscientos húsares, quedando al fin los jefes Martínez y Florentino Mercado posesionados del Real del Monte y de Pachuca, y se concentraron los austriacos en Tulancingo. Apam sufría constantes depredaciones y los padecimientos de sus habitantes se traslucen en una proclama que con motivo de un ataque á Huauchinango, expidió el teniente coronel Juan Polak, asegurando *"que de esa población había salido la caterva de bandidos que ultrajaron en Apam la justicia y la humanidad, y el fuego y sus pavesas decían á la sociedad ofendida que ya estaba aplicado el castigo al crimen."* Tenancingo también había sido entregado á las llamas por los republicanos y el guerrillero Fragoso había establecido receptorías cerca de Cuautitlan y entre Zumpango y Tula. Los guerrilleros Paulino Noriega y José M. Pérez penetraron el 12 de Noviembre al pueblo de Zinguilucán, saquearon la casa del Ayuntamiento, destruyeron el archivo y los útiles de la escuela, robaron caballos é hicieron efectivo un préstamo de mil pesos, retirándose en seguida rumbo á Pachuca. En Calimaya destruyeron los guerrilleros las casas de algunos vecinos y saliendo de Metepec, á legua y media de Toluca, en la madrugada del 3 de Noviembre, se introdujeron á Toluca por detras del cerro del Calvario y extrajeron del mesón de la Providencia los caballos que pertenecían á oficiales de la guarnición. Un capitán de ellos llamado Trinidad Moreno, llegó á favor de la neblina hasta la puerta del cuartel de caballería sito en la Placita, disparó sus armas y se retiró corriendo sin que le pudieran dar alcance, aumentando tal suceso la alarma en la ciudad y en la guarnición que se puso en estado de defensa.

Dispersaronse los guerrilleros en número considerable por todos los pueblos y haciendas del Sur de Toluca, se llevaban á los administradores de algunas de ellas é imponían á los pueblos contribuciones; les exigían forrajes y los amenazaban con bárbaros castigos si encontraban resistencia; reuníanse en la hacienda de las Huertas, jurisdicción de Zinacantepec, y destruyeron la hacienda de Santa Cruz y la de Tejalpa, cuyo administrador logró salvarse apelando á la fuga.

El vecindario de Toluca permanecía en constante alarma, que aumentó en la noche del 3 al 4 de Noviembre; cerrábase de pronto el comercio y se paralizaba el tráfico cada vez que se acercaba á la ciudad alguna partida de guerrilleros; fué preciso que saliera de Toluca una fuerza de las tres armas á recorrer las inmediaciones, y entonces los guerrilleros se concentraban en el rumbo de Te-

nango, Tenancingo y el de Almoloya el Grande; se presentó en Zinacantepec una fuerza republicana al mando de Castillo y fué rechazada por la que defendían la población. Todo lo que ocurría contribuyó á mantener en Toluca la desconfianza, que aumentó al saberse que el día 6 se habían presentado los republicanos frente á Tenango y exigían al jefe del punto que se rindiera y entregara las armas, lo que acaeció mediante ciertas estipulaciones; sacados de aquella cárcel algunos presos, continuaron los juaristas para Tenancingo, engrosando las fuerzas republicanas la multitud que se desprendía de las poblaciones comarcanas, principalmente de Tecualoya y San Pablo. No obstante estas circunstancias tan propicias para los republicanos, fueron rechazados varias veces con pérdidas considerables. En esos momentos aparecía por la hacienda de la Gavía el coronel Riva Palacio, amagando á Toluca con los indígenas de Zitácuaro, de los cuales se dirigió una parte para Ixtlahuaca con designio de hacer efectivas las contribuciones impuestas á las haciendas, todo lo cual fomentó el crecimiento de las alarmas y el malestar que se posesionó de Toluca.

Presentase frente á Tulancingo el jefe republicano Martínez, á las once de la mañana del 12 de Noviembre (1866) con seis mil hombres. La ciudad no estaba fortificada, y la guarnición mandada por el coronel Van-der Smissen ascendía solamente á mil seiscientos, la mitad belgas y la otra mitad mexicanos. El Príncipe Salm Salm fué encargado de fortificar la ciudad lo mejor posible, aunque pasajeramente, tomando por centro el Palacio arzobispal y la iglesia, defendido el primer punto por mexicanos y el otro por belgas recelosos de la fidelidad de sus aliados. Allí recibieron los belgas la órden para retirarse. Los sitiadores tentaron en vano los medios de persuación para que se les rindiera la ciudad sin usar de la fuerza, pero nada consiguieron hasta que los sitiados recibieron la órden de Bazaine para entregar la plaza al general Martínez.

El coronel Cruz, jefe de Estado Mayor de los republicanos, se acercó con bandera blanca para arreglar la rendición, y mostrando la órden de Bazaine, firmada también por el capitán Boyer, sin que se pretendiera hacer un secreto de esta inteligencia existente entre republicanos y franceses. Para facilitar la retirada de los sitiados, se situaron á un lado del camino los sitiadores. Una fuerza de caballeria imperial formaba la vanguardia y la seguía una compañía de belgas; habiendose pasado á los republicanos algunas tropas, atacó á los imperiales por retaguardia la sección que mandaba Carbajal; pero retirándose éstas continuaron los belgas su marcha hasta la hacienda de Buenavista, entre Puebla y México, esperando instrucciones para dirijirse á Veracruz y embarcarse; allí vieron pasar á Maximiliano que regresaba para la capital del Imperio, resuelto á continuar con el mando.

Las circunstancias tan difíciles para el Imperio, se agravaron al presentarse en la capital el agente norteamericano Mr. Marcus Otterburg; llegaba á toda prisa, porque en los Estados Unidos se creía que Maximiliano ya se había embarcado para Europa; traía el cónsul la misión de preparar el terreno á los ple-

nipotenciarios Campbell y Sherman, acreditados cerca de Juárez y cuya llegada y el objeto de su viaje le fueron anunciados al Mariscal Bazaine en una entrevista que tuvo con el referido cónsul Otterburg, haciéndole saber el impulso que contaban dar á los acontecimientos; le manifestó que estaba encargado por su gobierno, de acuerdo con el de las Tullerías, para restaurar de conformidad con el general en jefe, la República mexicana. "Ya es tiempo, le dijo, de escojer entre los generales juaristas, al que deberá ser entregada la ciudad de México, para evitar los desórdenes que pudiesen estallar de un momento á otro." Parecíale D. Porfirio Díaz el más apropósito para la elección francesa y creía prudente el cónsul americano, invitarle para que se acercara á la capital, en previsión de lo que pudiera acontecer. Después hizo saber el mismo cónsul, al cuartel general, que había obtenido de los banqueros de la ciudad, los fondos suficientes para asegurar á las tropas del general Porfirio Díaz el sueldo de un mes. (1)

El Mariscal Bazaine, que no estaba al tanto de la política seguida entre los gobiernos de las Tullerías y Washington, se sorprendió al informarse de lo avanzado de esos asuntos y declaró terminantemente á Mr. Otterburg: *que mientras Maximiliano permaneciera en el territorio mexicano, sin haber abdicado, tendría derecho á la protección francesa y á ser considerado el único gefe legal del país;* hasta esos momentos todo militar disidente conservaba el carácter de rebelde y debía ser perseguido como tal; más tarde, cuando el Archiduque se hubiera embarcado, no habría dificultad, según Bazaine, en organizar un gobierno con el concurso del general Porfirio Díaz, por el cual tenía más simpatías que por el general González Ortega, de quien no podía olvidar que faltó á su palabra, aunque era el candidato recomendado desde París; pero de todos modos, llegado el caso de restauración republicana, aceptaría el Mariscal y apoyaría como candidato á la silla presidencial, al gefe republicano que garantizara el reconocimiento de la deuda francesa y diera serias garantías. Si Otterburg iba de acuerdo con estas opiniones, Bazaine trataría con él, llegado el momento, de gobierno á gobierno, y en tales circunstancias se entregarían al nuevo Presidente las plazas de la República, el armamento y artillería mexicana, comprendiendo seis mil fusiles que había pedido Maximiliano.

(1) La autenticidad de estos datos brota de las mismas declaraeiones de Mr. Otterburg, y también resalta de una carta que dirigió el general Porfirio Díaz al ministro de Juárez D. Matías Romero, publicada por el gobierno de Washington: Era el cónsul americano "la tercera persona" á quien se hizo alusión en ese documento, aunque parece que el cuartel general francés no había autorizado á Mr. Otterburg á ser su intérprete. El general Díaz rechazó la proposición relativa al reconocimiento de la deuda y de los emprestitos franceses y se viene también en conocimiento de que se trataba en este asunto de la sesión eventual de cañones y fusiles. El designio atribuido á Bazaine de entregar secretamente á Díaz las armas, las plazas, el Emperador y sus generales, fué rechazado como una calumnia, por los partidarios del Mariscal, diciendo que Bazaine no había vuelto á ver al general Porfirio Díaz, después que lo hizo prisionero en Oaxaca, habiéndolo entregado á los austriacos, de cuyas manos se escapó. Más tarde negoció con Díaz el canje de prisioneros, por medio de oficiales franceses que mandaban en Tehuacán y Puebla; pero de una manera pública se arregló este asunto.

No obstante que el designio principal de Napoleón, en la expedición á México, pareció tener por punto de mira contener el ensanche de los norteamericanos, concluyó por verificar ciertos arreglos con el Presidente Johnson, reduciéndolos á estos tres puntos: "*sacar pronto de México el ejército francés; ceder el campo á la República que la Intervención había combatido en la persona de Juárez, y pedir que se tuviera consideración con los súbditos franceses y con los partidarios de la Intervención.* Estos arreglos presumían la abdicación de Maximiliano; pero no habiéndose verificado esta, exigió Mr. Seward al gobierno francés que la evacuación fuese perentoria. El gobierno efímero que los agentes de Napoleón habían proyectado formar con los adictos á la Intervención, sosteniéndolo hasta lograr que se ejecutara la Convención respecto á las aduanas marítimas, no tenía verificativo á causa de la conducta observada por Maximiliano; fracasaron aquellos proyectos con tanta más razón, cuanto que el Emperador de México había rehusado sancionar el convenio, y los franceses no cumplían los ofrecimientos hechos á su vez, puesto que se retiraban en masa y frente al enemigo, con el que contemporizaban, entregaban á los juaristas las aduanas, sobresaliendo la cesión de la de Tampico, y en cambio se posesionaban de la de Veracruz cuyos productos comenzaron á recaudar; también quisieron extender su acción hasta la aduana de la ciudad de México, á lo cual se opuso el comercio de la capital, siendo de notar que fué norteamericana, perteneciente á Mr. Slow, la única casa que ocurrió á la comandancia francesa para sacar, con escolta dada por el Mariscal Bazaine, efectos depositados en la aduana de la capital.

El cónsul Otterburg, encargado en México de la Legación de los Estados Unidos, extendió por escrito una protesta contra los préstamos forzosos impuestos á ciudadanos norteamericanos, y la dirigió al Mariscal Bazaine, quien contestó que los franceses en México no eran parte responsable; pero que emplearía su influjo para evitar la repetición de semejantes actos.

Al tener la primera noticia el gobierno de los Estados Unidos, de que Napoleón no retiraba sus tropas de México en Noviembre, Mr. Seward pidió por telégrafo informes á Mr. Bigelow, residente en París, quien confirmó oficialmente la noticia. En consecuencia fué leído en Consejo de ministros el despacho que se enviaría al gobierno francés, rechazando lo resuelto por el Emperador Napoleón; á la vez eran comunicadas nuevas instrucciones á Mr. Campbell para que se esforzara cerca del Presidente Juárez, con objeto de continuar la política adoptada.

Varios oficiales de los que vinieron á México cuando la invasión norteamericana, fueron llamados á Washington para consultarles; se estudió en los mapas la bahía de Veracruz y los itinerarios formados por los generales Scott y Taylor, y se trató de preparar trasportes para un caso necesario. Mr. Seward anunció al gobierno francés, que las fuerzas de observación de los Estados Unidos habían recibido instrucciones para aguardar en todo caso las órdenes del Presidente.

Los detalles de la misión diplomática y semi-militar confiada al ministro Campbell y al teniente general Sherman, quedaron completamente arreglados en Washington á principios de Noviembre. A la legación de México se le avisó, que los representantes de los Estados Unidos acreditados cerca de Juárez, saldrían el día 11 del mes para Veracruz ó Tampico en un buque nacional. El ministro republicano Sr. Romero, informó desde luego al Presidente Juárez de esos hechos definitivos. Aquellos dos representantes norteamericanos, obrando de acuerdo, llevaban á efecto el auxilio práctico propuesto por la administración, para instalar el gobierno de Juárez como el legítimo de México y quedaba ya perfectamente marcada la actitud que el gobierno norteamericano asumía en los asuntos mexicanos. La misión de Campbell y Sherman, no era una vana demostración; significaba que el gobierno de Washington estaba decidido á obrar. ¡Si á la llegada del "Susquehannah" á Veracruz ó á cualquier otro puerto de México, Maximiliano y los franceses no habían salido del país; si el titulado Emperador aplazaba innecesariamente su partida, el Presidente recomendaría al congreso la adopción de *medidas enérgicas encaminadas á acelerar el desenlace.* Los comisionados norteamericanos ya en México, debían instruir al Presidente Johnson en tiempo oportuno, para que este pudiera definir categóricamente en su mensaje, la actitud que convenía tomar respecto á los asuntos mexicanos. Según algunos periódicos, entre ellos el *Times*, los delegados traían el encargo de hacer oferta de mediación, debiendo comunicarse desde Tampico, con las autoridades francesas residentes en México y con el Presidente Juárez, cualquiera que fuese el lugar en que se hallara, en el sentido de hacer que se aceptara la mediación norteamericana para el restablecimiento de la República.

El 11 de Noviembre habían salido de Nueva York los comisionados americanos, á bordo de la fragata de guerra "Susquehannah;" dirigiéronse á Matamoros y después á Tampico, donde ya mandaban los republicanos. Desde este último puerto creían posible entrar en relaciones con Juárez; también iban á reclamar un buque que cargado con armamento, había sido capturado por los imperialistas; pero encontrándose con que el general Pavón que mandaba en el puerto de Tampico, se había adherido á los proyectos de G. Ortega y que ya se había apoderado del buque, se limitaron los enviados á anclar frente al puerto.

Llegados á Veracruz los delegados, se encontraron con que aun estaba Maximiliano en Orizaba, tratando de volver á México y se dirigieron á Tampico después de haber permanecido en aquel puerto algunos días.

Las instrucciones que el gobierno americano dió á Mr. Lewis D. Campbell el 25 de Octubre, (1866) al nombrarle ministro de los Estados Unidos cerca del gobierno de Juárez, contenían los puntos siguientes: "Los Estados Unidos no reconocían, ni reconocerían más gobierno en México, que el constitucional presidido por el Sr. Juárez. "*No se proponían, ni deseaban adquirir parte alguna del territorio mexicano, ni reconocían en manera alguna la llamada deuda francesa, y estaban dispuestos á prestar á México algunos auxilios, con objeto de reprimir desórdenes locales, siempre que fueran requeridos para ello por el*

gobierno constitucional de México, ó por las autoridades que emanaren de él, sin que se propusieran intervenir en manera alguna, en las diferencias domésticas del país."

Para dar más importancia á la misión de Mr. Campbell le acompañaba en calidad de consejero, el teniente general del ejército de los Estados Unidos Williams J. Sherman, autorizado para disponer de las fuerzas de mar y tierra de su Nación, de manera que contribuyese á restablecer el órden en algunos puntos de México, y con especialidad en la frontera. Habiendo rehusado tomar parte en esa comisión el general Grant, se dirigieron, según acabamos de ver, á puertos mexicanos para cerciorarse de la retirada del ejército francés; esperaban que al llegar á Veracruz ya se habría alejado en su totalidad ó por lo menos en su mayor parte, y en consecuencia también Maximiliano. En este caso seguirían para México, en donde creían encontrar ya al Presidente Juárez; en el evento contrario pasarían á Matamoros y Campbell se iría para Chihuahua. (1)

Al día siguiente de haber llegado á la rada de Veracruz los comisionados Campbell y Sherman, se presentó un oficial de la marina francesa á cumplimentar al comandante de la fragata americana. En esa vez el teniente general Sherman tuvo un aviso del cónsul Otterburg, diciéndole que el Mariscal Bazaine le recibiría con toda la distinción debida al grado que tenía, y con la más franca cordialidad, y que gustaría de que asistiera á una revista de las tropas francesas; pero Sherman contestó, que solamente iría á México invitado directamente por el cuartel general francés, y no habiéndose cumplido esta condición, la "Susquehannah," volvió á hacerse á la vela para Tampico, y después de varios días de espera en el golfo regresó á los Estados Unidos conduciendo á los dos delegados, que no pudieron cumplir su misión.

(1) El Presidente de los Estados Unidos, Mr. Johnson, en un mensaje al congreso el 2 de Diciembre, (1866) dijo: "Según sabe el congreso, se había celebrado un arreglo amistoso entre el Emperador de los franceses y el Presidente de los Estados Unidos para la retirada de las tropas francesas en México. Dicha retirada debía efectuarse en tres destacamentos, entendiéndose que el primero partiría en Noviembre último, el segundo en Marzo próximo, y el tercero y último en Noviembre de 1867. Una vez consumada la evacuación del territorio mexicano, el gobierno francés debía tomar respecto de México, la misma actitud de no intervención que asumirían los Estados Unidos. Desde la fecha de este arreglo, el Emperador ha dado reiteradas seguridades de que la evacuacion sería efectuada en los períodos indicados, si no antes.

Razonable era esperar que á la salida de las tropas francesas seguiría una crísis política del mayor interés en la República mexicana. En consecuencia el ministro nuevamente nombrado, Mr. Campbell, fué despachado el 9 de Noviembre último, á desempeñar las funciones que le incumbían como Plenipotenciario de los Estados Unidos cerca de aquella República. Juzgué además oportuno, que en esa misión á México fuese acompañado por el teniente general del ejército de los Estados Unidos, con objeto de obtener los informes capaces de influir de una manera importante en la conducta que los Estados Unidos deban seguir para restablecer y conservar las relaciones necesarias y convenientes con la República de Mexico. Supuesto nuestro profundo interés por la causa de la libertad y la humanidad, parecíanos estar en el imperioso deber de emplear el influjo que podíamos tener, en favor del restablecimiento permanente de una forma de gobierno nacional y republicano en aquel país.

Tal era el estado de cosas respecto á México, cuando el 22 de Noviembre último se recibió de París noticia oficial de que el Emperador de los franceses había determinado algún tiempo antes, no retirar una parte de sus tropas en Noviembre, según lo convenido. Se agregaba que esta resolución había sido tomada con la mira de retirar la totalidad de las tropas en



Pbro. D. Luis G. Aguirre,
Capellán del cuartel general del ejército que mandaba Maximiliano de Hapsburgo durante el sitio de Querétaro.

gobierno constitucional de México, ó por las autoridades que emanaren de él, sin que se propusieran intervenir en manera alguna, en las diferencias domésticas del país."

Para dar más importancia á la misión de Mr. Campbell le acompañaba en calidad de consejero, el teniente general del ejército de los Estados Unidos Williams J. Sherman, autorizado para disponer de las fuerzas de mar y tierra de su Nación, de manera que contribuyese á restablecer el órden en algunos puntos de México, y con especialidad en la frontera. Habiendo rehusado tomar parte en esa comisión el general Grant, se dirigieron, según acabamos de ver, á puertos mexicanos para cerciorarse de la retirada del ejército francés; esperaban que al llegar á Veracruz ya se habría alejado en su totalidad ó por lo menos en su mayor parte, y en consecuencia también Maximiliano. En este caso seguirían para México, en donde creían encontrar ya al Presidente Juárez; en el evento contrario pasarían á Matamoros y Campbell se iría para Chihuahua. (1)

Al día siguiente de haber llegado á la rada de Veracruz los comisionados Campbell y Sherman, se presentó un oficial de la marina francesa á cumplimentar al comandante de la fragata americana. En esa vez el teniente general Sherman tuvo un aviso del cónsul Otterburg, diciéndole que el Mariscal Bazaine le recibiría con toda la distinción debida al grado que tenía, y con la más franca cordialidad, y que gustaría de que asistiera á una revista de las tropas francesas; pero Sherman contestó, que solamente iría á México invitado directamente por el cuartel general francés, y no habiéndose cumplido esta condición, la "Susquehannah," volvió á hacerse á la vela para Tampico, y después de varios días de espera en el golfo regresó á los Estados Unidos conduciendo á los dos delegados, que no pudieron cumplir su misión.

(1) El Presidente de los Estados Unidos, Mr. Johnson, en un mensaje al congreso el 2 de Diciembre, (1866) dijo: "Según sabe el congreso, se había celebrado un arreglo amistoso entre el Emperador de los franceses y el Presidente de los Estados Unidos para la retirada de las tropas francesas en México. Dicha retirada debía efectuarse en tres destacamentos, entendiéndose que el primero partiría en Noviembre último, el segundo en Marzo próximo, y el tercero y último en Noviembre de 1867. Una vez consumada la evacuación del territorio mexicano, el gobierno francés debía tomar respecto de México, la misma actitud de no intervención que asumirían los Estados Unidos. Desde la fecha de este arreglo, el Emperador ha dado reiteradas seguridades de que la evacuacion sería efectuada en los períodos indicados, si no antes.

Razonable era esperar que á la salida de las tropas francesas seguiría una crísis política del mayor interés en la República mexicaua. En consecuencia el ministro nuevamente nombrado, Mr. Campbell, fué despachado el 9 de Noviembre último, á desempeñar las funciones que le incumbían como Plenipotenciario de los Estados Unidos cerca de aquella República. Juzgué además oportuno, que en esa misión á México fuese acompañado por el teniente general del ejército de los Estados Unidos, con objeto de obtener los informes capaces de influir de una manera importante en la conducta que los Estados Unidos deban seguir para restablecer y conservar las relaciones necesarias y convenientes con la República de Mexico. Supuesto nuestro profundo interés por la causa de la libertad y la humanidad, parecíanos estar en el imperioso deber de emplear el influjo que podíamos tener, en favor del restablecimiento permanente de una forma de gobierno nacional y republicano en aquel país.

Tal era el estado de cosas respecto á México, cuando el 22 de Noviembre último se recibió de París noticia oficial de que el Emperador de los franceses había determinado algún tiempo antes, no retirar una parte de sus tropas en Noviembre, según lo convenido. Se agregaba que esta resolución había sido tomada con la mira de retirar la totalidad de las tropas en



Pbro. D. Luis G. Aguirre,

Capellán del cuartel general del ejército que mandaba Maximiliano de Hapsburgo durante el sitio de Querétaro.

El mensaje del Presidente Johnson, fechado el 2 de Diciembre, en el que daba cuenta de las gestiones hechas para la desocupación de México, causó gran sensación porque había permanecido oculto el convenio entre el Emperador de los franceses y el Presidente de los Estados Unidos para la retirada de las fuerzas intervencionistas. El gobierno francés había asegurado en sus notas diplomáticas y en sus periódicos oficiales, desde el mes de Abril, que era expontánea su resolución de llamar al ejército expedicionario en México y hacerlo regresar en tres plazos, también expontáneamente señalados por él mismo; ahora se veía que se habían atravesado exigencias norteamericanas claramente formuladas. Se ratificó que Mr. Campbell era ministro de los Estados Unidos cerca de la República Mexicana, y que lejos de haber ofrecido Mr Johnson la no-intervención, manifestó que á los Estados Unidos les asistía el imperioso deber de emplear su influjo para establecer en el territorio mexicano una forma de gobierno nacional y republicano, de una manera permanente y en interés de la libertad y la humanidad.

Habiendo los Estados Unidos negado su asentimiento al retardo de la retirada de las tropas expedicionarias, continuó entre ambos gobiernos la discusión sobre el asunto. El ministro americano en París informó al gobierno de las Tullerías acerca del viaje de Mr. Campbell y del general Sherman á México, así como de la naturaleza de la misión. Se llegó á convenir al fin, en que antes del mes de Marzo de 1867, todas las fuerzas francesas deberían haber salido de México.

Con este proceder se afirmó más la autoridad del Presidente Juárez, sin permitir á Napoleón que modificara lo convenido en cuanto á evacuar el territorio mexicano en los nuevos plazos designados; al acortarlos Francia, aceleró con tal conducta la caída del Imperio que presidió Maximiliano.

Habiendo circulado el rumor de que el gobierno republicano de México había cedido á los Estados Unidos cierta extensión del territorio mexicano, escribió el Sr. Matías Romero un opúsculo refutando lo que acerca del asunto se había publicado en la ciudad de México y demás puntos ocupados por los imperialistas.

La prensa extranjera, principalmente la de los Estados Unidos, se ocupó de la conducta que observaron algunos de los comisionados que el gobierno de Juárez envió á los Estados Unidos, durante la guerra con Francia. Porción de personas interesadas en esos manejos, desfiguraron los hechos presentándolos bajo un aspecto desfavorable para el gobierno juarista, proceder que fué combatido por el ministro republicano de México en Washington.

Los acontecimientos ocurridos en México, estimulaban al general González

la Primavera. Hasta entonces los Estados Unidos no habían recibido ni aviso, ni notificación de tal arreglo; luego que tuvo conocimiento de ello el gobierno, hizo saber al Emperador de los franceses que no asentía á lo dispuesto. con la esperanza de que adoptaría para la desocupación de México, medidas que se aproximaran hasta donde fuera posible, al compromiso que existía, correspondiendo á lo que los Estados Unidos aguardaban. Os serán comunicados los documentos relativos á este asunto,

Ortega para el desarrollo de los proyectos ambiciosos que abrigaba. El 22 de Octubre [1866] salía de Nueva York con rumbo al territorio mexicano, acompañado de sus partidarios y amigos Rafael Quesada, Epitacio Huerta, Fernando M. Ortega (hijo), Juan Togno, Francisco Guiliaza y Joaquín González Ortega, y algunos otros de nombre menos conocido.

Los periódicos de Nueva York publicaron que D. Ramón S. Díaz, encargado del consulado mexicano en Nueva Orleans, preguntó en la oficina del general Sheridam, si le seria permitido ó no al general González Ortega entrar á México, y no se le dió contestación definitiva por no hallarse en su cuartel el jefe norteamericano. El ministro señor Romero fué á consultar con el general Grant, quien le aconsejó que se dirigiera al general Sheridan para evitar que aquel consul protegiese la entrada del general González Ortega á la República mexicana. El señor Díaz contradijo, indignado, lo publicado en los periódicos respecto á su persona y con relación á ese asunto.

González Ortega partió de Nueva Orleans el 30 de Octubre en el vapor "Saint-Mary," que se dirigía á Brazos de Santiago; había enviado el día anterior al general Sheridan sus quejas, porque resolvió de una manera militar cuestiones internacionales que incumbían á las leyes de neutralidad, y porque ordenó al comandante de Río Grande el más eficaz apoyo á los adictos al Presidente Juárez, en tanto que daba el calificativo de facciosos á los que sostenían á González Ortega, conducta que este general quejoso calificó de irregular, pues México, en sus cuestiones interiores, exclusivamente tenía el derecho de decidirlas.

Fijáronse entonces las esperanzas de los imperialistas en la conducta que observara el general González Ortega, quien al llegar á Zacatecas el 8 de Enero (1867) dió aviso al Gobernador D. Miguel Auza, informándole que llevaba el carácter de Presidente de la República, y qué se ponía bajo el amparo del gobierno de Zacatecas; tuvo una conferencia privada con el Sr. Auza, en la que le expuso los motivos en que apoyaba sus derechos, pero el Gobernador, queriendo evitar la nueva guerra civil que sobrevendría, y en obediencia á las órdenes que había recibido, redujo á prision al general González Ortega, é hizo lo mismo con el general Patoni que le acompañaba; poniéndolos á disposición del gobierno los envió á Durango, custodiados en su marcha por el coronel D. Pedro Barrios.

CAPITULO DUODECIMO.

Exigencias del gobierno norteamericano.—Corta Napoleón toda clase de relaciones con Maximiliano.—Noticias sensacionales.—Plena insurrección del territorio mexicano.—Circular del Ministerio imperial.—Regreso de Maximiliano y sus consejeros á la capital—Extrañamiento de la Legación francesa.—Asegura que Maximiliano intentó abdicar.—Fuerzas imperiales mexicanas. Nombramiento de tres jefes superiores.—Procedimiento para disolver las legiones belga y austriaca.—Pasa esta á las órdenes del general Márquez.—También Bazaine le entrega las tropas imperiales.—Jornadas que hizo Maximiliano entre Orizaba y México.—Conferencia en Puebla con Castelnau y Danó.—Insiste en no cumplir la Convención del 30 de Julio.—Se afirma la ruptura de relaciones entre Maximiliano y el cuartel general francés.—Maximiliano continua su política de unir los partidos.—Razones contra el proyecto de formar un congreso nacional.—División del Imperio en cinco secciones militares y gubernativas.—Organización de los Cazadores de México.—Húsares y hulanos austriacos.—Continuan los franceses la desocupación del territorio mexicano.—Se concentran en los Departamentos de Puebla y Veracruz.—El gobierno norteamericano insiste en que la retirada se cumpla dentro de los plazos fijados.—La violentan los franceses.—Realización de efectos á vil precio.—Negocios relativos al segundo empréstito francés.—Los republicanos se organizan y avanzan.—Prisión y muerte del Visitador Franco.—Estados de Oaxaca, Puebla y Veracruz.—Ataques de los guerrilleros sobre el ferrocarril.—Camino militar entre México y Veracruz.—Yucatán y Tabasco.—Entran á Guadalajara los republicanos.—Derrota sufrida por los imperialistas.—El general Corona pasa al Estado de Jalisco.—Operaciones del general imperialista Ramón Méndez.—Capitula en Colima el general Chacón.—El general Miramón improvisa un ejército.—Desmoralización de las tropas imperiales.—Carencia de elementos militares.—Miramón toma recursos pecuniarios en Guanajuato.—Avanza sobre Zacatecas.—La toma y abandona en seguida.—Peligrosa situación en que estuvo el Presidente Juárez.—Derrota de Miramón en San Jacinto.—Fusilamiento de prisioneros.—Reunense los generales Miramón y Castillo.—Se retiran para Querétaro.—Combate en la Quemada.—Crecimiento de la guerra civil.—Dispone Bazaine que vuelvan á sus filas los franceces que servían en la gendarmería.—Conflicto venido de esta disposición.—Bazaine se pone al tanto de las intenciones del gobierno francés.—Le informa Mr. Montholon acerca de la marcha política seguida en Washington.—El fracaso de los comisarios norteamericanos.

Profunda irritación causó en las Tullerías la no-abdicación de Maximiliano, porque contrariaba la política francesa, dejándole la responsabilidad de una catástrofe. La resolución de Maximiliano también nulificaba la misión encomendada al general Sherman para restaurar la República y terminar con gérmenes de disensión entre los Estados Unidos y la Francia.

El gobierno de Washington manifestó á Napoleón su disgusto por no haber retirado, según lo prometido, el primer destacamento el mes de Noviembre, y

Ortega para el desarrollo de los proyectos ambiciosos que abrigaba. El 22 de Octubre [1866] salía de Nueva York con rumbo al territorio mexicano, acompañado de sus partidarios y amigos Rafael Quesada, Epitacio Huerta, Fernando M. Ortega (hijo), Juan Togno, Francisco Guiliaza y Joaquín González Ortega, y algunos otros de nombre menos conocido.

Los periódicos de Nueva York publicaron que D. Ramón S. Díaz, encargado del consulado mexicano en Nueva Orleans, preguntó en la oficina del general Sheridam, si le seria permitido ó no al general González Ortega entrar á México, y no se le dió contestación definitiva por no hallarse en su cuartel el jefe norteamericano. El ministro señor Romero fué á consultar con el general Grant, quien le aconsejó que se dirigiera al general Sheridan para evitar que aquel consul protegiese la entrada del general González Ortega á la República mexicana. El señor Díaz contradijo, indignado, lo publicado en los periódicos respecto á su persona y con relación á ese asunto.

González Ortega partió de Nueva Orleans el 30 de Octubre en el vapor "Saint-Mary," que se dirigía á Brazos de Santiago; había enviado el día anterior al general Sheridan sus quejas, porque resolvió de una manera militar cuestiones internacionales que incumbían á las leyes de neutralidad, y porque ordenó al comandante de Río Grande el más eficaz apoyo á los adictos al Presidente Juárez, en tanto que daba el calificativo de facciosos á los que sostenían á González Ortega, conducta que este general quejoso calificó de irregular, pues México, en sus cuestiones interiores, exclusivamente tenía el derecho de decidirlas.

Fijáronse entonces las esperanzas de los imperialistas en la conducta que observara el general González Ortega, quien al llegar á Zacatecas el 8 de Enero (1867) dió aviso al Gobernador D. Miguel Auza, informándole que llevaba el carácter de Presidente de la República, y qué se ponía bajo el amparo del gobierno de Zacatecas; tuvo una conferencia privada con el Sr. Auza, en la que le expuso los motivos en que apoyaba sus derechos, pero el Gobernador, queriendo evitar la nueva guerra civil que sobrevendría, y en obediencia á las órdenes que había recibido, redujo á prision al general González Ortega, é hizo lo mismo con el general Patoni que le acompañaba; poniéndolos á disposición del gobierno los envió á Durango, custodiados en su marcha por el coronel D. Pedro Barrios.

CAPITULO DUODECIMO.

Exigencias del gobierno norteamericano.—Corta Napoleón toda clase de relaciones con Maximiliano.—Noticias sensacionales.—Plena insurrección del territorio mexicano.—Circular del Ministerio imperial.—Regreso de Maximiliano y sus consejeros á la capital—Extrañamiento de la Legación francesa.—Asegura que Maximiliano intentó abdicar.—Fuerzas imperiales mexicanas. Nombramiento de tres jefes superiores.—Procedimiento para disolver las legiones belga y austriaca.—Pasa esta á las órdenes del general Márquez.—También Bazaine le entrega las tropas imperiales.—Jornadas que hizo Maximiliano entre Orizaba y México.—Conferencia en Puebla con Castelnau y Danó.—Insiste en no cumplir la Convención del 30 de Julio.—Se afirma la ruptura de relaciones entre Maximiliano y el cuartel general francés.—Maximiliano continua su política de unir los partidos.—Razones contra el proyecto de formar un congreso nacional.—División del Imperio en cinco secciones militares y gubernativas.—Organización de los Cazadores de México.—Húsares y hulanos austriacos.—Continuan los franceses la desocupación del territorio mexicano.—Se concentran en los Departamentos de Puebla y Veracruz.—El gobierno norteamericano insiste en que la retirada se cumpla dentro de los plazos fijados.—La violentan los franceses.—Realización de efectos á vil precio.—Negocios relativos al segundo empréstito francés.—Los republicanos se organizan y avanzan.—Prisión y muerte del Visitador Franco.—Estados de Oaxaca, Puebla y Veracruz.—Ataques de los guerrilleros sobre el ferrocarril.—Camino militar entre México y Veracruz.—Yucatán y Tabasco.—Entran á Guadalajara los republicanos.—Derrota sufrida por los imperialistas.—El general Corona pasa al Estado de Jalisco.—Operaciones del general imperialista Ramón Méndez.—Capitula en Colima el general Chacón.—El general Miramón improvisa un ejército.—Desmoralización de las tropas imperiales.—Carencia de elementos militares.—Miramón toma recursos pecuniarios en Guanajuato.—Avanza sobre Zacatecas.—La toma y abandona en seguida.—Peligrosa situación en que estuvo el Presidente Juárez.—Derrota de Miramón en San Jacinto.—Fusilamiento de prisioneros.—Reunense los generales Miramón y Castillo.—Se retiran para Querétaro.—Combate en la Quemada.—Crecimiento de la guerra civil.—Dispone Bazaine que vuelvan á sus filas los frances que servían en la gendarmería.—Conflicto venido de esta disposición.—Bazaine se pone al tanto de las intenciones del gobierno francés.—Le informa Mr. Montholon acerca de la marcha política seguida en Washington.—El fracaso de los comisarios norteamericanos.

Profunda irritación causó en las Tullerías la no-abdicación de Maximiliano, porque contrariaba la política francesa, dejándole la responsabilidad de una catástrofe. La resolución de Maximiliano también nulificaba la misión encomendada al general Sherman para restaurar la República y terminar con gérmenes de disensión entre los Estados Unidos y la Francia.

El gobierno de Washington manifestó á Napoleón su disgusto por no haber retirado, según lo prometido, el primer destacamento el mes de Noviembre, y

rechazó la oferta de que saldría todo el ejército en la próxima Primavera, término vago é indefinido para el que no se daba garantía alguna de que ahora se cumpliría, de mejor manera que el plazo que había dejado de cumplirse el mes de Noviembre. Contando, dijo Mr. Seward, con la ejecución de la promesa hecha por el Emperador, el gobierno americano ha tomado medidas con relación á la retirada de los franceses, para concurrir, de acuerdo con el gobierno republicano de México, á la pacificación de este país y al restablecimiento de la autoridad constitucional. "Para desarrollar este programa fué enviado á México el ministro Campbell acompañado del general Sherman, quienes debían conferenciar con el Presidente Juárez, sobre asuntos que interesan en gran manera á los Estados Unidos y eran de vital importancia para México; medidas todas que se basaban en la firme convicción de que la retirada de las fuerzas que ocuparan á México, iba á comenzar, y ahora no se podían variar las instrucciones que recibiera el ministro Campbell, ni tampoco se le podía retirar la misión que tenía."

Se le notificó al gobierno francés, que el de los Estados Unidos deseaba y esperaba, que la evacuación de México se cumpliría conforme estaba arreglado y lo permitiera la inoportuna complicación que se había presentado; pero que ya se habían mandado instrucciones especiales á las fuerzas de los Estados Unidos, que estaban en observación, y que se esperaba por el telégrafo ó el correo, que llevarían una resolución satisfactoria del Emperador con respecto á este asunto, advirtiendo que aunque los Estados Unidos querían libertar á México, nada deseaban más que conservar la paz y amistad con Francia. Un despacho telegráfico fechado en Compiegne el 13 de Diciembre, aseguró que, después de esa nota de los Estados Unidos, se rompían con México todas las relaciones sin consideración de ninguna naturaleza.

Después de haber dejado á Jalapilla, se dirigia el Emperador á Puebla, haciendo cortas jornadas porque su salud aun no estaba bien; ningún alivio podían llevar á sus penas las tristes noticias que recibió de Francia y Miramar. De propósito caminaba lentamente, para dar tiempo á que se hiciera menos marcada su actitud en la desocupación de México. En Puebla se alojó en la quinta del Arzobispo, y allí tuvieron con él una entrevista el general Castelnan y el ministro Danó; de la que resultó que cada quien acentuara más su parecer.

Maximiliano estaba muy distante de poder dar cumplimiento á la Convención del 30 de Julio, pues no se lo permitía el exhausto tesoro, y habían cesado sus compromisos desde el momento en que era retirada la legión extranjera; pero los jefes franceses no se conformaban, y pidieron al cuartel general que expidiese sus órdenes respecto á la parte que debería entregar la aduana de Veracruz, asunto que Maximiliano ya había dejado sin contestación al salir de México, promoviéndolo M. Danó, á quien por telégrafo se le contestó que pronto se trataría del negocio; pero ninguna medida se había tomado, no obstante que la Convención debió comenzar á tener verificativo desde el 1° de Noviembre, alegando el ministerio que, aunque ya aprobado el convenio era preciso que fuese ratificado, y como se vió que lo que se trataba era ganar tiempo, Mr. Danó prescribió á los agentes financieros en Veracruz, que ejerciesen sus funciones y que interviniesen en los productos de la aduana, pues se rehusaban los empleados mexicanos á permitirles la entrada; se agravó la situación desde el 20 de Noviembre, en que el agente francés, en virtud de las órdenes recibidas de Paris, amenazó con usar de la fuerza para cumplirlas, viendose precisado Maximiliano en Jalapilla á escribir á Bazaine para pedirle que se suspendieran semejantes medidas, pues que se trataba de fondos ya distribuidos por el ministro de hacienda en los meses de Septiembre y Octubre, con autorización del mismo Maximiliano.

Comenzaba ese memorable mes de Diciembre (1866) con la sensacional noticia de haber resuelto Maximilianó continuar al frente del gobierno, y por consiguiente estaba próximo su regreso á la capital de Imperio. A esa y otras noticias relativas á asuntos interiores, vino aparejada una de suma importancia: la llegada á las aguas de Veracruz, de la fragata "Susquehannah," con los comisionados norte americanos Sherman y Compbell, salidos de Nueva Orleans, para entender en los sucesos relacionados con la retirada de los franceses y de Maximiliano.

Dos asuntos de vital interes se relacionaban con la difinitiva conducta que seguiria el Emperador mexicano: uno pecuniario y militar el otro, ligados ambos con el referente al sufragio universal; pero no atendió debidamente á ellos, se desvió del estudio fundamental de su situación, consiguiendo sus Consejeros quitarle la intención de alejarse de México. Los franceses, por lo contrario, le decian muy alto, que para sostener y consolidar al Imperio, se necesitaba algo mas que opiniones y vítores, siendo preciso dar el Imperio los medios de asegurar su estabilidad, y de llevar su obra á buen término. Los Consejeros reunidos alrededor de Maximiliano, conocian que su regreso en malas é indefinidas condiciones, era peor que la ausencia definitiva, para la cual ya estaba recorrida la mitad del camino, pero para encontrar la manera de salvarse, necesitaban reunir todas las últimas fuerzas vitales que aun alentaban al Imperio, aunque el silencio acerca de los recursos y medios de acción de que pudiera disponer, no era apropósito para recobrar la confianza y la fortaleza necesaria contra tantas vicisitudes.

El 1°. de Diciembre era celebrada en la capital con repiques á vuelo, salvas de cohetes y músicas que recorrian las calles, la solución dada á las dificultades pendientes, por la cual conservaba Maximiliano el poder y regresaba á la Corte. Los enemigos del Imperio atribuian todas esas manifestaciones, únicamente al proyecto de mantener subsistente la inquietud. En aquél día abandonaban á Orizaba los Consejeros de Estado que acudieron al llamamiento de Maximiliano, y llegaban á la capital en la tarde del día tres. Tambien en Puebla y las demas ciudades que aun dependian del Imperio, fueron celebradas con repiques, músicas y salvas, las noticias relativas á la resolución de Maximiliano, de continuar en el poder, y con tal motivo le dirigieron felicitaciones los ministerios, el Tribunal Superior y el Ayuntamiento de la Capital.

Habiendo publicado el "Diario del Imperio" un artículo referente á la posibilidad de una intervención franco-americana, para acabar con el estado de guerra civil en que se hallaba México y cambiar las instituciones políticas, la Legación de Francia hizo publicar en el mismo periódico un comunicado, en el que extrañaba tales suposiciones vertidas en el seno de un Consejo que no encontraba lugar seguro para sus deliberaciones, si no era bajo la protección de las bayonetas francesas; se afirmaba que la Francia no tenía que intervenir respecto al gobierno que á la Nación mexicana conviniera darse y que el ejército frances había venido á proteger á sus nacionales, animado del deseo de establecer definitivamente la forma de gobierno que ofreciera mayores garantías de estabilidad.

Aseguraba la Legación, que, lejos de haber hecho algo para cambiar las instituciones actuales en México, se impuso para mantenerlas, sacrificios los más desinteresados. Sostuvo que la dolorosa crísis en que México se hallaba sumergida, no podía serle atribuida á la Francia, cuyos agentes permanecían enteramente extraños á la súbita determinación tomada por el Emperador Maximiliano, de salir de la capital. Afirmó la Legación, que apenas distante Maximiliano algunas leguas de la ciudad de México, quería expedir su acta de abdicación, y que en el mes de Noviembre volvió varias veces á la misma idea, retenido solamente por las instancias de personas de su agrado. "*Ordenes para su partida habían sido dadas, y le aguardaban día por día, buques en Veracruz. La mayor parte de los mismos consejeros que le rodean actualmente, se hallaban en la más absoluta ignorancia de las verdaderas intenciones de Su Majestad. Los agentes franceses no habían sido ni consultados, ni avisados, aunque siempre que el Emperador Maximiliano les había manifestado el deseo de obtener de ellos importantes concesiones, se apresuraban á otorgarlas.*" Sostenían que la Francia quería dejar á la Nación mexicana en libertad para darse la forma de gobierno que quisiera y que á esto se había limitado su papel, ocupándose en lo sucesivo, solamente en la ejecución de las instrucciones que tenían, deslizando del modo más absoluto la responsabilidad del gobierno francés, y los intereses que á este incumbían directamente, y en preparar en el mas breve plazo la partida del cuerpo expedicionario.

En aquellos días tan aciagos para Maximiliano, se encontraban ya en plena revolución los Departamentos del Interior; las tropas mexicanas imperialistas estaban minadas en favor de los republicanos y aun los generales recibían secretas proposiciones, prestando oído algunos; pero otros, entre ellos el general Quiroga, denunciaron esos trabajos al comandante francés; la deserción se verificaba en tan grande escala, que en Matehuala sufrió la guarnición una pérdida de quinientos hombres, siendo causa determinante la falta de sueldos, al grado de haber tenido que prestar algunos particulares, fondos para víveres y vestuario, lo que no impedía que continuara la deserción, pues no obstante el estar pagados y vestidos, desertaron trescientos soldados en ocho días.

El nuevo ministerio de Maximiliano se mostró deseoso de la revancha, y de

dictar disposiciones que contrarestaran las que habían dado los liberales respecto á la mano-muerta, deteniéndose solamente porque Bazaine no podía asociarse á la política de reacción, enteramente opuesta á las instrucciones dictadas por la Corte de las Tullerías, constantemente sostenedora de las ideas liberales.

El Ministro de Negocios Extranjeros dirigió una circular al Cuerpo diplomático, exponiendo los sucesos ocurridos, é hizo comprender que no había absoluta unidad de acción entre los tres personajes que representaban en México la Intervención francesa, concepto que fué combatido por la prensa francesa y por los diplomáticos aludidos.

El 10 de Diciembre, el ministro de negocios extranjeros de Maximiliano dirigía á los representantes de México en el extranjero, una circular para explicar la conducta de la Francia, y para acallar los rumores de abdicación que se extendían ya por todas partes; acusaba al Emperador de los franceses, porque retiraba sus soldados y sus recursos antes de la época convenida, atribuyéndole la pérdida de las poblaciones que iban ocupando otra vez los republicanos.

A los esfuerzos que los tres comisarios franceses hacían para que Maximiliano abandonara su resolución de permanecer en México, después que se retiraran las tropas francesas, contestó el Ministerio presidido por el Sr. Lares, con una larga circular que reasumía los esfuerzos de la Monarquía en el pasado y sus esperanzas en el porvenir, poniendo en realce las defecciones del gobierno francés, ahora sumiso á los Estados Unidos siempre enemigos de la forma monárquica y de la intervención europea en México. En la circular se hacía saber que entre el gobierno francés y el de los Estados-Unidos, se habían anudado negociaciones para asegurar una inteligencia franco-americana, en virtud de la cual se pondría término á la guerra civil que desolaba á México y para ello consideraban necesaria ambos gobiernos la forma republicana é inspirarse en las ideas de los liberales.

En aquella circular, después de referir las circunstancias que concurrieron para la aceptación de la corona por Maximiliano, se recordó la solemnidad con que se habían estipulado los convenios para asegurar estrecha y poderosa alianza con el Imperio francés, para asegurar la paz que sin embargo no se pudo alcanzar á pesar de las concesiones hechas á los disidentes, y que de nada habían servido los esfuerzos para levantar un ejército nacional, ni las combinaciones para adquirir recursos.

En condiciones tan malas, se recibió anuncio de que el Emperador Napoleón no podía continuar auxiliando al Imperio con tropas ni con dinero, y que las expedicionarias se retirarían antes del tiempo señalado en los tratados, aunque la desocupación de las ciudades, pueblos y demás lugares que guarnecían los franceses, equivaliera á la pérdida de todo, por carecer el gobierno de Maximiliano de fuerzas organizadas para atender á la defensa, en tanto que los disidentes iban ocupando el territorio alentados por la retirada de los franceses; la lucha se ensangrentaba y marcaba sus pasos con el aniquilamiento de las propiedades, el

incendio y la destrucción de los pueblos, explotándose la actitud de los Estados Unidos siempre contraria á la forma monárquica y á la intervención europea. Se había hecho saber al Emperador Maximiliano, *que entre el gobierno francés y el de los Estados Unidos, se habían iniciado negociaciones para asegurar una mediación franco-americana, con objeto de poner término á la guerra civil, estableciendo un gobierno republicano.*

Con todo ello quedaban frustradas las esperanzas del gobierno imperial mexicano para su consolidación; los pueblos estaban á merced de los disidentes; la sangre de los mexicanos se derramaba sin fruto; se habían agotado los recursos, y los trabajos iniciados para una negociación franco-americana reconocían una condición política incompatible con la subsistencia del Imperio y la integridad nacional. El subsecretario de Relaciones D. Juan N. Pereda, después de examinar la gravedad de una situación tan extraordinaria, decía:

Creyó el Emperador de su deber, devolver á la Nación el poder que le había conferido, puesto que la combinación para dar la paz á México excluía la monarquía, y no queriendo ser un obstáculo á la realización de tal medida, con una abnegación más grande que la que manifestó al aceptar el trono, pensó resignarlo, haciendo este sacrificio en aras de la Patria. Mas no queriendo obrar en este asunto de tan inmensa trascendencia, sin el parecer del Consejo de ministros y del Estado, los convocó á la ciudad de Orizaba, en donde residía por motivo de salud hacía varias semanas. Sometió al examen de estos cuerpos todas las graves consideraciones antes expuestas, y ambos le consultaron que su abdicación en las circunstancias presentes, lejos de poner término á los males que se lamentaban, sería de seguro la ruina total del país, y traería por consecuencia la pérdida de su independencia y nacionalidad, y la completa destrucción de nuestra raza. "Dijeron á Maximiliano, que de la sangre que se derrara eran solamente responsables los que mantenían la lucha contra los que peleaban por sostener intereses sociales, y con ellos el ser y subsistencia de la Nación; que para defender tan caros intereses debían explotarse los recursos todos del país, organizando el ejército mexicano independientemente, limitando los gastos exhorbitantes que hasta ahora se habían erogado, haciendo los esfuerzos superiores que el deber exige por la salud de la Patria, sin que debieran retener para adoptar las medidas que reclama la natural defensa, las consideraciones de la política exterior, con relación á la forma de gobierno que la Nación sola debe determinar."

"Todavía el Soberano, después de esta manifestación de sus Consejos, quiso oir su opinión, sobre la resolución práctica de varias cuestiones vitales de política y administración, para que el sacrificio á que se resignaba de continuar aun en el poder, fuese fructuoso y capaz de producir el resultado que se desea. Entre aquellas cuestiones figuran como principales la convocación de un Congreso nacional, sobre la base más amplia y liberal, en el que tomando parte todos los ciudadanos de todos los partidos y colores políticos, se declare, si el Imperio



General, Pedro Valdés.

En su calidad de jefe de una brigada de infantería, defendió el Imperio durante el sitio que pusieron á Querétaro los republicanos al mando del general Escobedo. Quedó prisionero el general Valdés al ser ocupada esa plaza por los sitiadores el 15 de Mayo de 1867.

incendio y la destrucción de los pueblos, explotándose la actitud de los Estados Unidos siempre contraria á la forma monárquica y á la intervención europea. Se había hecho saber al Emperador Maximiliano, *que entre el gobierno francés y el de los Estados Unidos, se habian iniciado negociaciones para asegurar una mediación franco-americana, con objeto de poner término á la guerra civil, estableciendo un gobierno republicano.*

Con todo ello quedaban frustradas las esperanzas del gobierno imperial mexicano para su consolidación; los pueblos estaban á merced de los disidentes; la sangre de los mexicanos se derramaba sin fruto; se habían agotado los recursos, y los trabajos iniciados para una negociación franco-americana reconocían una condición política incompatible con la subsistencia del Imperio y la integridad nacional. El subsecretario de Relaciones D. Juan N. Pereda, después de examinar la gravedad de una situación tan extraordinaria, decía:

Creyó el Emperador de su deber, devolver á la Nación el poder que le había conferido, puesto que la combinación para dar la paz á México excluía la monarquía, y no queriendo ser un obstáculo á la realización de tal medida, con una abnegación más grande que la que manifestó al aceptar el trono, pensó resignarlo, haciendo este sacrificio en aras de la Patria. Mas no queriendo obrar en este asunto de tan inmensa trascendencia, sin el parecer del Consejo de ministros y del Estado, los convocó á la ciudad de Orizaba, en donde residía por motivo de salud hacía varias semanas. Sometió al examen de estos cuerpos todas las graves consideraciones antes expuestas, y ambos le consultaron que su abdicación en las circunstancias presentes, lejos de poner término á los males que se lamentaban, sería de seguro la ruina total del país, y traería por consecuencia la pérdida de su independencia y nacionalidad, y la completa destrucción de nuestra raza. "Dijeron á Maximiliano, que de la sangre que se derrara eran solamente responsables los que mantenían la lucha contra los que peleaban por sostener intereses sociales, y con ellos el ser y subsistencia de la Nación; que para defender tan caros intereses debian explotarse los recursos todos del país, organizando el ejército mexicano independientemente, limitando los gastos exhorbitantes que hasta ahora se habían erogado, haciendo los esfuerzos superiores que el deber exige por la salud de la Patria, sin que debieran retener para adoptar las medidas que reclama la natural defensa, las consideraciones de la política exterior, con relación á la forma de gobierno que la Nación sola debe determinar."

"Todavía el Soberano, después de esta manifestación de sus Consejos, quiso oir su opinión, sobre la resolución práctica de varias cuestiones vitales de política y administración, para que el sacrificio á que se resignaba de continuar aun en el poder, fuese fructuoso y capaz de producir el resultado que se desea. Entre aquellas cuestiones figuran como principales la convocación de un Congreso nacional, sobre la base más amplia y liberal, en el que tomando parte todos los ciudadanos de todos los partidos y colores políticos, se declare, si el Imperio



General, Pedro Valdés.

En su calidad de jefe de una brigada de infantería, defendió el Imperio durante el sitio que pusieron á Querétaro los republicanos al mando del general Escobedo. Quedó prisionero el general Valdés al ser ocupada esa plaza por los sitiadores el 15 de Mayo de 1867.

debía continuar, qué forma de gobierno la Nación adopta para el porvenir; se propongan todas las medidas oportunas y convenientes para asegurar la completa y definitiva organización del país, la creación de arbitrios suficientes para cubrir el presupuesto del gobierno y las leyes para un sistema poderoso de colonizacion."

Al Consejo de Estado tocaba proponer las medidas relativas á estos puntos y el Emperador se resolvió siguiendo el dictámen de sus Consejos, á continuar en el poder y á seguir la obra que se le había encomendado. Para hacer saber al país su decisión de convocar un Congreso nacional, el Emperador dirigió un manifiesto que se publicó en el número 583 del "Diario del Imperio" de 6 de Diciembre (1866) y expidió varias leyes vigentes para proporcionar recursos al erario y organizar independientemente los cuerpos del ejército que, auxiliados por las tropas francesas en la linea que ocuparan mientras permanecieran todavía en México, debieran procurar la pacificación, pues el mariscal Bazaine ofrecía del modo más explícito, coadyuvar á ese fin mientras permanecieran en territorio mexicano las tropas francesas. Tales fueron los puntos tratados en la circular del ministerio.

El 3 de Diciembre expidia el Emperador en Orizaba un acuerdo, disponiendo que para la pacificación del Imperio se formaran tres cuerpos de ejército, cada uno de ocho á diez mil hombres, en los recpectivos territorios en que habrían de operar. El primero se levantaría en los departamentos de California, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Nazas, Durango, Nayarit, Jalisco y Colima. El segundo comprendería el centro y el Oriente del país, y el tercero el Norte; quedando el Comisariato de Yucatán tal cual se encontraba. Otro acuerdo nombró á Miramón, Márquez y Mexía, generales en jefe de aquellos cuerpos de ejército, en el orden designado. Las legiones austriaca y belga se irían disolviendo conforme fueran liquidando, sin perjuicio de ser admitidos al servicio del Imperio todos los que, pertenecientes á dichas legiones, quisieran servir en el ejército mexicano, en sus respetivas clases. Los que optaran por regresar á su patria se embarcarían por cuenta del Estado, con arreglo á los contratos, encargándose de esto una comisión compuesta del jefe más antiguo de cada legión y de oficiales del ejército mexicano nombrados por el Ministro de la Guerra.

Las legiones austriaca y belga quedaban á los órdenes del general Márquez, así como las tropas mexicanas, según orden expresa del mariscal Bazaine, comunicada á los jefes del ejército expedicionario, para que ese general pudiera disponer de ellas según le conviniera, en las operaciones militares en su calidad de jefe del cuerpo de ejército de Oriente. En consecuencia, el general Márquez se apresuró á organizar y aumentar sus tropas y á dar principio á las operaciones. Todo el material de guerra, mexicano, que estaba en poder del ejército expedicionario, le fué entregado por orden superior del mariscal al gobierno de Maximiliano, tanto el existente en la capital, como el que se hallaba en las pla-

zas del Interior, conducta que pareció probar buena inteligencia entre la Intervención y el Imperio.

Los militares imperialistas aparentaban despreciar á los republicanos, atribuyéndoles falta de instrucción y disciplina, pues que carecían de generales y jefes de nombradía y alta posición militar; consideraban al ejército republicano compuesto de gente colecticia, forzada en su mayor parte. "Acabe el gobierno de recibir sus elementos de guerra, decía "La Patria;" esperad unos días sus combinaciones y que se pongan en guardia nuestros generales y jefes, y ya vereis notables acontecimientos."

Salió Maximiliano de Orizaba el 12 de Diciembre acompañado de sus ministros y llegó á las ocho de la noche á San Agustín del Palmar. Viajaba en un coche tirado por seis mulas de color claro. Los ministros y otras personas de su séquito viajaban en dos diligencias, dando escolta una fuerza austriaca de caballería y algunos mexicanos; hasta el Ingenio le acompañaron también el general Clinchant, el coronel De Potier y los oficiales de la guarnición de Orizaba; en toda aquella zona se veían destacamentos del 81 de línea. Entre las personas de la Corte iban el ministro Lacunza y general Márquez. Las poblaciones del tránsito aun hicieron festejos al pasar el Emperador, pareciendo que le tributaban adhesión y respeto; en el Palmar hubo vítores y fué más ruidosa la ovación. Para evitar las manifestaciones en Puebla, fué á residir en la quinta de Xonaca situada en los suburbios.

Al llegar Maximiliano á Puebla, fueron á encontrarle hasta Amozoc el Comisario imperial y otras autoridades é individuos particulares, empleados de las oficinas y grupos de gente del pueblo. Maximiliano hizo saber que no recibiría las manifestaciones de simpatía que le preparaban, porque llegaría tarde á la ciudad; se presentó después de las seis acompañándole un corto número de personas y se alojó en la citada quinta de Xonaca, manifestándose siempre resuelto á convocar el Congreso nacional. También salió á grande distancia de Puebla el general Douay, para cumplimentar á Maximiliano.

El día 14 llegaban á México los ministros Lares, Marín y Campos, el Presidente del Consejo de Estado y el general Márquez, fueron recibidos por muchos de sus copartidarios en la garita. A las ordenes del general Márquez se pusieron todos los jefes y oficiales que se hallaban en la capital, y le dirigieron algunas alocuciones, aumentando el entusiasmo la música que dirigía el maestro Gavira.

Las vacilaciones que se creía ver todavía en Maximiliano, continuaban inquietando en gran manera al Mariscal y más aun al general Castelnau. Para aclarar la situación resolvieron el 8 de Diciembre, de acuerdo con Mr. Danó, intentar el último esfuerzo para decidir á Maximiliano á que abdicara, puesto que no podría sostenerse con sus propios recursos.

Con objeto de dar más fuerza al acto, se dirigieron á Puebla ambos diplomáticos, procurando explicar al Emperador el asunto, y en caso necesario vencer sus últimas resistencias. En la conferencia escuchó atentamente Maximiliano á los

dos comisarios, que apoyaron sus argumentos en la experiencia del Mariscal, quien también había firmado la nota. Cuando hubieron acabado de exponer los motivos de su visita, se levantó Maximiliano y sacó de su *secreter* una carta reciente del Mariscal, cuyo contenido estaba en desacuerdo con lo que el mismo Mariscal había firmado de común acuerdo con ellos. Entonces el ministro y el general francés regresaron á México sin haber obtenido favorables resultados en sus esfuerzos.

Entregados los asuntos al Secretario de Maximiliano, el Padre Fischer, cayó el Emperador en una especie de somnolencia que llamaba mucho la atención, sin ocuparse en preparar la crísis provenida de la transición que causaría tan graves consecuencias, y sin que pudiera cambiar el curso fatal de los acontecimientos la presencia en Puebla del ministro de Francia y del general Castelnau.

No hallándose bien Maximiliano en la quinta de Xonaca, á causa del excesivo frío, se trasladó la noche del 22 á la ciudad, después de haber nombrado su Secretario al Padre Fischer, y se alojó en el Palacio Episcopal, puesto á su disposición por el Obispo Sr. Colina que á la sazón residía en México. (1)

Seguía la aduana de Veracruz oponiéndose á entregar á los negociantes las mercancías que les pertenecían, si les habían llegado con posterioridad al doce de Diciembre, medida que se relacionaba con las dificultades surgidas entre el gobierno de Maximiliano y los agentes de la Intervención, respecto á la manera de asegurar á la Francia el contingente con que habían de contribuir las aduanas marítimas para el cumplimiento de la Convención de 30 de Julio, la cual, por acuerdo con Napoleón III debió comenzar á regir desde el 1º de Noviembre, al tomar los agentes franceses posesión de las aduanas; pero protestaron las autoridades mexicanas, alegando que se ponía en práctica dicha Convención sin consentimiento del gobierno mexicano, y para dar valor á la protesta, se retiraron de la aduana el administrador y treinta empleados, negándose á cooperar al cumplimiento del Convenio y protestando también contra la aplicación de los fondos reunidos. En consecuencia, la autoridad francesa nombró un administrador francés, para la recepción regular de los derechos que se hubiesen de pagar en la aduana, afectos al pago en favor de la Francia. Las mercancías cuyos derechos hubiesen sido pagados, podían ser internadas, y en caso necesario se reclamaría la cooperación de las autoridades francesas, según lo dispuso el intendente general de Hacienda, Mr. de Maintenant.

Cada día era más fuerte la oposición del gobierno de Maximiliano á que se ejecutara esa Convención del 30 de Julio, creciendo las dificultades al grado de

[1] En atención á las circunstancias que concurren en Nuestro Capellán D. Agustín Fischer. Hemos venido en nombrarle Nuestro Secretario privado, con el sueldo anual "tres mil pesos" que se le abonará desde el 28 de Agosto próximo pasado en que comenzó á desempeñar este encargo.
Dado en Xonaca á 22 de Diciembre de 1666.—MAXIMILIANO.—Al Ministro de la Casa Imperial.

que M. Danó enviara á Bazaine copia de las instrucciones que había recibido del ministro de Negocios Extranjeros, el Marqués de Moustier, aprobándole y mandándole que pusiera en práctica aquella singular Convención. Si era criticable que, para recobrar algunos millones de pesos pertenecientes á súbditos franceses, se habiesen gastado en el asunto más de 120 millones de pesos, ahora se notaba carencia completa de generosidad, al arrancar á Maximiliano los pocos recursos pecuniarios que le quedaban.

La intervención que de los fondos de la aduana de Veracruz quería hacer el ministro Danó, quitaba á Maximiliano los últimos elementos con que pudiera sostenerse. Aseguró Bazaine á Maximiliano, que M. de Maintenant, al intervenir los fondos, obraba conforme á las prescripciones de la misma Convención de 30 de Julio.

Maximiliano no volvió á comunicarse de manera oficial con el cuartel general francés, desde el día en que se le informó á Bazaine que con el Presidente del Consejo debía entenderse solamente. El Sr. Lares quedó autorizado para tratar todos los asuntos interiores y extranjeros, y para dirigirse colectivamente á los tres representantes de la Francia, habiendo comprendido Maximiliano, que debía contar en el porvenir con que se había nulificado la autoridad de Bazaine ante la que representaba el general Castelnau.

El súbito y definitivo cambio en la conducta del Emperador mexicano, causó profundo disgusto entre los jefes franceses que veían destruidos de plano los proyectos de las Tullerías, y las ilusiones que sobre ellos se habían basado; creíase en París, que sería de corta duración la permanencia de Lares en el poder, y que no podía ser más oportuna la misión del general Castelnau, pues consistía ya el gran deseo de Napoleón en que Maximiliano abandonara á México.

Dos de los representantes de la Francia creían que una nota enérgica, en la que no se disimulara la verdad acerca de lo imposible de la empresa que Maximiliano echaba sobre sus hombros, sería suficiente para abrirle los ojos y hacerle renunciar sus designios; pero Bazaine se opuso y persistió en sostener, que con el concurso de la legión extranjera y de los austriacos apoyándose en plazas bien fortificadas, conservaría Maximiliano elementos de duración que le permitirían retirarse más tarde, de una manera honrosa y con toda seguridad; al fin tuvo que sujetarse el general francés al parecer de sus colegas el general Castelnau y Mr. Danó.

El primero de estos había informado ya al Emperador Napoleón, de las resoluciones de Maximiliano. El 7 de Diciembre le participó que la monarquía mexicana, desplegando la bandera clerical, desvanecía toda esperanza de una resolución amistosa y que al lado de esta conducta se presentaba la necesidad de poner término á la situación que tanto comprometia los inteseses de la Francia. En la nota que los tres comisarios dirigieron al Sr. Lares el 8 de Diciembre, como el último esfuerzo contra la conducta de Maximiliano, lamentaban profundamente una crísis que habían querido evitar; después de maduro exámen de la situación, llegaban á convencerse de que el gobierno imperial era impotente para sostenerse con sus propios elementos y consideraban un deber hacer esta declaración.

Tras una corta permanencia en Puebla, salió Maximiliano de allí el 14 de Diciembre (1866) á las cinco de la mañana é hizo jornadas cortas á causa de sus enfermedades, y aun proyectó ir á Atlixco á mudar temperamento. Asumió el mando militar y ya había enviado á Miramón al Interior del país, con el mando de uno de los tres cuerpos en que dividió el ejército, dándole por segundo al general D. Severo del Castillo; puso otro cuerpo de ejército al mando del general Leonardo Márquez y el tercero quedaba á cargo del general D. Tomás Mejía. En los momentos en que dictaba estas disposiciones era ocupado S. Luis Potosí por el general republicano Gerónimo Treviño. En su marcha hacia la capital rehusó Maximiliano las recepciones estrepitosas, y ni por un momento apartaba de su mente el pensamiento de reunir el congreso y lograr la fusión de los partidos, trabajo político imposible, no solamente en aquellas anárquicas condiciones del país, sino en todas ocasiones, según lo había acreditado la experiencia. Consideró conveniente derogar algunas contribuciones y disminuir otras; acabó de disolver el cuerpo austro-belga, dejando á los que lo componían en libertad de alistarse en el ejército nacional con grados superiores y firmaba una Convención con Inglaterra para fijar el modo de proceder en las reclamaciones de súbditos británicos.

Fija la atención de Maximiliano en la disyuntiva de consólidar su gobierno por medios enteramente legales, ó hacer que la Nación se diera otro salvando él, en todo caso, su nombre ya comprometido desde que rehusó abandonar el país con las últimas tropas francesas, no percibía que á su cándida política, de pretender unir los partidos, respondían sus ministros por medio del órgano que tenían en la prensa, pidiendo que las cuestiones pendientes fueran resueltas solamente por el sable y los préstamos forzosos; aparecía que solamente á Maximiliano se le ocultaban los grandes obstáculos con que tendría que chocar, si quería sostener, con solo el auxilio del partido conservador, un órden político que evidentemente carecía de consistencia. Permaneció en Puebla esperando la convocatoria que el Consejo había prometido mandarle, para la reunión del Congreso nacional que habría de confirmarle en el trono, ó de variar la forma de gobierno. Disgustado Maximiliano con la tardanza, consultó con algunas personas la causa del retardo, y le contestaron que era irrealizable el pensamiento de tal congreso, y que aun cuando lograra reunirlo no sería la expresión de la voluntad nacional, porque la convocatoria para elecciones no podría circular, ni tener efecto sino en la parte del país que estuviese sujeta al Imperio; en tal concepto, la convocatoria estaría mejor sustituida por comisionados que trataran con los dos partidos beligerantes; pero en este caso era indispensable dirigirse al Sr. Juárez, é invitarlo en nombre de la paz y de los intereses nacionales á esta solución, incluyéndole el proyecto de convocatoria. Si se negaba Juárez no quedaría á Maximiliano más recurso, que expedir un Manifiesto y proseguir la

guerra si así lo creía necesario, ó retirarse al extranjero si juzgaba la guerra sin resultado favorable. No apoyando las circunstancias la anuencia de Juárez, respecto á la idea de reunir el congreso, tanto porque la retirada de los franceses como la protección manifiesta de los norteamericanos le daban alientos de vencedor, sería preciso antes obtener sobre las juaristas algunos triunfos que les hicieran dudar de la supremacía y entrar en conciliaciones.

Resuelto á llevar aun la pesada carga del gobierno, pensaba Maximiliano organizar los diversos ramos de la administración, estableciendo cinco grandes dominios gubernativos; el de Yucatán quedaba al mando del Sr. José Salazar Ilarregui; el general Márquez encargábase de la capital y departamentos de Oriente; el general Méndez de los del Interior; Mejía de las provincias del Noreste y Miramón de las del Noroeste; pero tan solo Mejía y Méndez disponían de cuerpos con fuerza organizada y habituados al mando. Las tropas de la capital seguían á las órdenes de Márquez, y tenía Miramón que levantar las que necesitara.

El tiempo urgía; los juaristas aumentando diariamsnte se desbordabau por todas partes, y era preciso ponerles un dique que los contuviera; pero en esos momentos todo estaba desorganizado en el Imperio de Maximiliano.

En una carta que dirigió el padre Fischer al coronel Kodolich el 24 de Diciembre de 1866, le encargaba la pronta disolución del cuerpo austro-belga. A la vez se dispuso que el ministro de la guerra se dirigiese á cada uno de los oficiales del Estado Mayor, para saber si querían pasar á servir en el ejército mexicano ó preferían retirarse. Las órdenes de Maximiliano eran terminantes: antes del día 29 de Diciembre todos los oficiales y soldados habían de manifestar su voluntad definitiva, para lo cual el coronel Kodolich se pondría de acuerdo con el ministro de la guerra.

Empeñado Maximiliano en el arreglo del ejercito, procuró que se reorganizaran los cazadores. Estos se habían formado con cierta cantidad de soldados y de oficiales franceses, que se enganchaban en el ejército mexicano con autorización del gobierno francés, para que sirvieran de nucleo á la formación de los diez y siete batallones que debían tener un efectivo de cerca de quince mil hombres; á estas tropas habría que añadir diez regimientos de caballería, de los cuales el primero era el de la Emperatriz mandado por el coronel Miguel López. Los extranjeros habían tenido una prima de enganche y prestado juramento de fidelidad al Emperador Maximiliano.

Además de estos batallones medio mexicanos, contaba Maximiliano con algunas tropas puramente europeas, que eran en 15 de Diciembre de 1866, las siguientes: tres compañías de gendarmería, la primera llamada de México, con 280 hombres á las órdenes del jóven comandante Tindal; la segunda, de Puebla, con igual numero de soldados, al mando del comandante Chenet que algún tiempo estuvo al frente de la contraguerrilla francesa; la tercera compañía que comprendía doscientos hombres, mandada por el comandante Roude, permanecía en Orizaba, y continuaba mandando á toda la gendarmería el teniente coronel Tindal, padre del capitán de la primera compañía. Además, contaba Maximiliano con el regimiento de húsares rojos y hulanos austriacos, en número de setecientos, al mando del coronel Kevenhüller, y el batallón Hammerstein fuerte en ochocientas plazas. El 25 de Diciembre obtuvo autorización del Emperador el general Lamadrid, para formar una compañía de europeos con el nombre de "Granaderos á caballo," que con posterioridad pasaron á los cazadores; el núcleo para formar esta fuerza fué de cien individuos sacados de las compañías de gendarmes de México y Puebla, ya montados y equipados.

Con motivo de la organización de estas fuerzas tuvo Maximiliano frecuentes choques con el Estado Mayor francés, quedando en parte destruidas, no obstante que Maximiliano había empleado todos sus recursos en organizarlas, vendiendo para ello hasta su vajilla de plata. Las legiones belga y austriaca, habían de quedar licenciadas por falta de dinero para los sueldos. Parte de los belgas no habían podido pasar de Monterrey, donde se amotinaron extrañando las dulzuras del hogar y exigieron que se les volviera á Bruxelas, petición que se les concedió.

Al terminar el mes de Diciembre (1866) quedaban al Imperio las fuerzas europeas ya indicadas, y aunque tenían completo el número de plazas y parecían sólidamente organizadas, las consideraba insuficientes la opinión pública para luchar contra los republicanos que abundaban en hombres, armas y dinero. Pero el auxilio de los extranjeros que defendían á Maximiliano, le fué quitado con la circular en que Bazaine recordaba la disposición por la cual perdía su calidad de francés todo aquel que hubiese aceptado servir á un gobierno extranjero. Luchó Maximiliano contra estas contrariedades, conociendo que se le quitaban las últimas probabilidades de salvación, y alegó que los soldados enganchados lo habían sido sin consultar á sus gobiernos respectivos, y que eran libres para hacerlo; que aun les faltaban cinco años para cumplir su compromiso y que habían recibido la prima de veinticinco pesos; en cuanto á los oficiales, habían sido autorizados explícitamente por el Mariscal para sostener á Maximiliano.

La mayor parte de las fuerzas que formaban la División Douay, dejaban la capital mexicana en los primeros días de Diciembre, precisamente cuando se anunciaba que Maximiliano estaba próximo á regresar con objeto de concurrir á celebrar la festividad de la Virgen de Guadalupe. Acortándose el término fijado para la definitiva desocupación del territorio mexicano, desocupaba la retaguardia de las fuerzas francesas la ciudad de Lagos el 28 de Diciembre (1866) y se efectuaba desde luego la ocupación de Aguascalientes, Teocaltiche y otras poblaciones inmediatas, por las tropas juaristas. Muchos de los que sirvieron al Imperio se apresuraban á unirse con los republicanos, conducta que fué criticada por D. Florentino Mercado en una carta dirigida al coronel Martínez, en la que le decía: *"que con el pan del Imperio aun en la boca, se presentaban en las filas contrarias para quedar bien; pero no obstante debían ser castigados ejemplarmente."*

guerra si así lo creía necesario, ó retirarse al extranjero si juzgaba la guerra sin resultado favorable. No apoyando las circunstancias la anuencia de Juárez, respecto á la idea de reunir el congreso, tanto porque la retirada de los franceses como la protección manifiesta de los norteamericanos le daban alientos de vencedor, sería preciso antes obtener sobre las juaristas algunos triunfos que les hicieran dudar de la supremacía y entrar en conciliaciones.

Resuelto á llevar aun la pesada carga del gobierno, pensaba Maximiliano organizar los diversos ramos de la administración, estableciendo cinco grandes dominios gubernativos; el de Yucatán quedaba al mando del Sr. José Salazar Ilarregui; el general Márquez encargábase de la capital y departamentos de Oriente; el general Méndez de los del Interior; Mejía de las provincias del Noreste y Miramón de las del Noroeste; pero tan solo Mejía y Méndez disponían de cuerpos con fuerza organizada y habituados al mando. Las tropas de la capital seguían á las órdenes de Márquez, y tenía Miramón que levantar las que necesitara.

El tiempo urgía; los juaristas aumentando diariamsnte se desbordabau por todas partes, y era preciso ponerles un dique que los contuviera; pero en esos momentos todo estaba desorganizado en el Imperio de Maximiliano.

En una carta que dirigió el padre Fischer al coronel Kodolich el 24 de Diciembre de 1866, le encargaba la pronta disolución del cuerpo austro-belga. A la vez se dispuso que el ministro de la guerra se dirigiese á cada uno de los oficiales del Estado Mayor, para saber si querían pasar á servir en el ejército mexicano ó preferían retirarse. Las órdenes de Maximiliano eran terminantes: antes del día 29 de Diciembre todos los oficiales y soldados habían de manifestar su voluntad definitiva, para lo cual el coronel Kodolich se pondría de acuerdo con el ministro de la guerra.

Empeñado Maximiliano en el arreglo del ejercito, procuró que se reorganizaran los cazadores. Estos se habían formado con cierta cantidad de soldados y de oficiales franceses, que se enganchaban en el ejército mexicano con autorización del gobierno francés, para que sirvieran de nucleo á la formación de los diez y siete batallones que debían tener un efectivo de cerca de quince mil hombres; á estas tropas habría que añadir diez regimientos de caballería, de los cuales el primero era el de la Emperatriz mandado por el coronel Miguel López. Los extranjeros habían tenido una prima de enganche y prestado juramento de fidelidad al Emperador Maximiliano.

Además de estos batallones medio mexicanos, contaba Maximiliano con algunas tropas puramente europeas, que eran en 15 de Diciembre de 1866, las siguientes: tres compañías de gendarmería, la primera llamada de México, con 280 hombres á las órdenes del jóven comandante Tindal; la segunda, de Puebla, con igual numero de soldados, al mando del comandante Chenet que algún tiempo estuvo al frente de la contraguerrilla francesa; la tercera compañía que comprendía doscientos hombres, mandada por el comandante Roude, permanecía en Orizaba, y continuaba mandando á toda la gendarmería el teniente coronel Tindal, padre del capitán de la primera compañía. Además, contaba Maximiliano con el regimiento de húsares rojos y hulanos austriacos, en número de setecientos, al mando del coronel Kevenhüller, y el batallón Hammerstein fuerte en ochocientas plazas. El 25 de Diciembre obtuvo autorización del Emperador el general Lamadrid, para formar una compañía de europeos con el nombre de "Granaderos á caballo," que con posterioridad pasaron á los cazadores; el núcleo para formar esta fuerza fué de cien individuos sacados de las compañías de gendarmes de México y Puebla, ya montados y equipados.

Con motivo de la organización de estas fuerzas tuvo Maximiliano frecuentes choques con el Estado Mayor francés, quedando en parte destruidas, no obstante que Maximiliano había empleado todos sus recursos en organizarlas, vendiendo para ello hasta su vajilla de plata. Las legiones belga y austriaca, habían de quedar licenciadas por falta de dinero para los sueldos. Parte de los belgas no habían podido pasar de Monterrey, donde se amotinaron extrañando las dulzuras del hogar y exigieron que se les volviera á Bruxelas, petición que se les concedió.

Al terminar el mes de Diciembre (1866) quedaban al Imperio las fuerzas europeas ya indicadas, y aunque tenían completo el número de plazas y parecían sólidamente organizadas, las consideraba insuficientes la opinión pública para luchar contra los republicanos que abundaban en hombres, armas y dinero. Pero el auxilio de los extranjeros que defendían á Maximiliano, le fué quitado con la circular en que Bazaine recordaba la disposición por la cual perdía su calidad de francés todo aquel que hubiese aceptado servir á un gobierno extranjero. Luchó Maximiliano contra estas contrariedades, conociendo que se le quitaban las últimas probabilidades de salvación, y alegó que los soldados enganchados lo habían sido sin consultar á sus gobiernos respectivos, y que eran libres para hacerlo; que aun les faltaban cinco años para cumplir su compromiso y que habían recibido la prima de veinticinco pesos; en cuanto á los oficiales, habían sido autorizados explícitamente por el Mariscal para sostener á Maximiliano.

La mayor parte de las fuerzas que formaban la División Douay, dejaban la capital mexicana en los primeros días de Diciembre, precisamente cuando se anunciaba que Maximiliano estaba próximo á regresar con objeto de concurrir á celebrar la festividad de la Virgen de Guadalupe. Acortándose el término fijado para la definitiva desocupación del territorio mexicano, desocupaba la retaguardia de las fuerzas francesas la ciudad de Lagos el 28 de Diciembre (1866) y se efectuaba desde luego la ocupación de Aguascalientes, Teocaltiche y otras poblaciones inmediatas, por las tropas juaristas. Muchos de los que sirvieron al Imperio se apresuraban á unirse con los republicanos, conducta que fué criticada por D. Florentino Mercado en una carta dirigida al coronel Martínez, en la que le decía: *"que con el pan del Imperio aun en la boca, se presentaban en las filas contrarias para quedar bien; pero no obstante debían ser castigados ejemplarmente."*

El día 22 abandonaban los franceses la ciudad de San Luis Potosí, escoltando una conducta de seiscientos mil pesos. En cambio el 28 del mismo mes salían de México para el Interior las tropas que violentamente organizaba el general Miramón, quien partió con la última fracción de ellas al finalizar el año.

Bazaine acababa de recibir la órden de concentrar en los Departamentos de Puebla y Veracruz todas las tropas que se preparaban para regresar. La decisión del Emperador francés respecto á la retirada era irrevocable, aun cuando lamentase la sangre derramada y el dinero gastado en la infausta expedición, y sintiera todavía más la pérdida que sufría la influencia francesa en América. En presencia de tan significativa confesión "El Journal" de Orizaba exclamó: "Cuando el Emperador Napoleón III declaraba que la expedición de México sería una de las más brillantes páginas de su reinado, indudablemente llevaba por mira otros resultados que la triste realidad que nos agobia."

El número de trasportes alistados para el regreso de los 22,000 franceses era considerable, principalmente á causa del material de artillería. El gran convoy naval debía salir de Veracruz, á más tardar, en el mes de Marzo, y se dividiría en dos partes; una con dirección á Argel y la otra para el Havre y puertos franceses del Océano. Mr. Montholon recibió despachos del ministro Mr. Moustier, por telégrafo submarino, anunciándole que catorce buques iban á dejar inmediatamente á Brest en el mes de Enero de 1867, con destino á Veracruz, considerando que sería en dicho mes la definitiva evacuación del territorio mexicano.

Desde entonces Maximiliano no podía considerarse sino como corifeo del partido que por todas partes era vencido; sin embargo, se puso á la cabeza de la corta fuerza con que podía contar el Imperio y se resolvió á luchar en condiciones para él muy desventajosas.

La Intervención que había sido tan atrevida en 1862, aparecía con marcada timidez en 1866; estaba espantada de su propia obra; su razón se obscurecía; corría á marchas forzadas hácia Veracruz, abandonando á cada paso todo lo que pudiera oponerse á una retirada violenta. La pólvora era inutilizada, arrojándola al agua en considerables porciones; eran abandonados los obuses y las granadas después de haberlos destruido por órden superior; algunos efectos eran vendidos en lo que se podía, los del hospital de Orizaba lo fueron en 4,400 pesos, aunque solamente el sulfato de quinina que se entregó valía cerca de tres veces esa suma; vendían los caballos á vil precio, así como los arneses, atalajes y aun los furgones que se entregaban casi regalados por el insignificante precio que por ellos se pedía, sucediendo lo mismo con los efectos de vestuario, no obstante que en todo ello se habían invertido sumas considerables. Agregando á estas cuantiosas pérdidas, la de los almacenes del parque, se puede considerar cuan desastroso fué el término de los millones que produjeron los empréstitos gastados en la malhadada expedición.

El tratado de Miramar había quedado reformado con la Convención que se firmó en México el 28 de Septiembre de 1865, en la cual se acordó que el go-

bierno mexicano entregaría al francés, la suma de cuarenta millones de francos para que fuese repartida entre los reclamantes, quedando México libre de toda reclamación respecto á indemnizaciones. Aunque esta reforma no fué bien recibida por el gobierno imperial francés que hacía subir á sesenta millones la suma necesaria para indemnizar á sus nacionales, la aceptó puesto que en el tratado de Miramar solamente se exigían doce millones en títulos del primer empréstito; el resto hasta completar los cuarenta millones debió ser cubierto en títulos del segundo empréstito. (1)

A medida que los franceses cedían terreno, los republicanos avanzaban, se organizaban y creciendo en número llegaban hasta las puertas de la capital del Imperio. Las fuerzas del Sur que acababan de derrotar á una porción de las que mandaba el jefe Ortiz de la Peña, se acercaron á Tlalpam, en los alrededores de México; el cabecilla Piz ocupaba á Apam; en Cuautitlán era batida una fuerza de la legión extranjera y Texcoco estaba sitiado; en Pachuca recibía el jefe Carbajal cuatrocientos fusiles que desde luego envió para el rumbo de Tlaxcala; en toda la sierra de Puebla, principalmente en Zacatlan, se verificaba la leva en grande escala para engrosar las filas de los republicanos, y se sacaban recursos de las contribuciones que se imponían. Tenían estos avances algunas compensaciones, contándose entre ellas la derrota que sufrieron en Chalco los republicanos, por franceses al mando del comandante Billot, aunque á poco reocuparon esa población los jefes Plata y Malo, Aguilar y Roldán. En Huamantla decretaba el general Rodríguez Bocardo contribuciones y hacía confiscar los bienes que pertenecieran á los servidores del Imperio. El coronel Juan C. Bonilla se alistaba para asediar á Perote. Toluca era amagada nuevamente por fuerzas de Zitácuaro, que llegaban hasta Zinacantepec.

En Tecamachalco, pueblo entre Tehuacán y Puebla, caía en poder de una guerrilla de las fuerzas de Figueroa, el ex-visitador de Oaxaca D. Juan P. Franco que iba escoltado por veinticinco hombres; el prisionero fué conducido á la primera de esas dos poblaciones y fusilado. Con motivo del cange de sesenta prisioneros franceses, fueron cambiadas algunas notas entre el Barón Aymard y el general Porfirio Díaz; aquellos recibían haber diario y les fueron designados en Oaxaca alojamientos y señaladas las reglas disciplinarias á que habían de sujetarse, siendo tratados los franceses mejor que los austriacos. Los prisioneros fue-

(1) La comisión de hacienda reunida en México, fijó el monto de la indemnización en cuarenta millones de francos, comprendiendo capital y réditos, debiéndose reducir á esa suma los ciento cincuenta millones á que montaron las mil sesenta y dos reclamaciones presentadas por súbditos franceses. El tesoro francés vendió á un sindicato representado por Mr. Pinard, las obligaciones que poseía del segundo empréstito en virtud del tratado de Miramar. Algunas sumas quedaron al tesoro francés y un año después de haberse retirado de México la Intervención, se dirigieron á la cámara de diputados francesa, los individuos que pedían las indemnizaciones, solicitando el pago de ellas, puesto que el tesoro del Estado conservaba aun algunos millones que les pertenecían; pero entonces, lo mismo que otras veces, el gobierno francés aplazó la ejecución de las medidas que se le proponían.

ron recibidos por el comandante Lastarie entre Tehuacán y Teotitlán. En esos días el coronel Dupin se encargaba de la comandancia militar de Veracruz, dejando su guerrilla al mando del capitán Galliffet, y continuaba la aduana de ese puerto á cargo de los agentes franceses Mrs. Hueit y Rolland, después de la protesta de los empleados mexicanos. A Oaxaca era llamado el general Alejandro García, y al ser evacuada por los imperiales la plaza de Yanhuitlán el 18 de Octubre, se alejaron con las tropas los empleados. Algunos de los que en Oaxaca habían servido al Imperio, tuvieron que exhibir por vía de multa ó préstamo forzoso, cantidades que no bajaran de quinientos pesos, ni excedieran de doce mil, dando entre otros, D. Manuel Fagoaga, cinco mil.

En los Estados del Interior continuaban también creciendo las fuerzas republicanas; uniéronse en Cuerámaro con las que mandaba el general Antillón, los cincuenta rurales del distrito de León, al mando de su jefe, y en Irapuato se levantaban trincheras á toda prisa. En esos días llegaban á León las familias emigradas de Durango á la sombra del convoy francés, sufriendo los horrores de la miseria. Ocupaban á Salvatierra las fuerzas de Régules, Echeagaray y Canto.

Los juaristas publicaban en Matehuala un Boletín de Noticias, apoyando al gobernador de San Luis D. Juan Bustamante. Apareció en esa hoja el decreto expedido en Chihuahua, dando de baja á todos los militares que habían desconocido el gobierno de la República ó desobedecido sus órdenes.

El Estado de Tabasco seguía contrariando los esfuerzos de los imperialistas de Yucatán y fué ocupada la villa de Palizada por trescientos republicanos tabasqueños. El Comisario imperial designó para batir á los republicanos al coronel Francisco Osorio, quien tomó posesión del gobierno político del Cármen el 16 de Noviembre; decretó el estado de sitio reasumiendo los dos mandos y expidió una proclama en la que llamaba fuerza colecticia á la de Tabasco y aseguraba que nada había que temer de ella.

A la vez el Comisario imperial, queriendo alhagar á los yucatecos, declaraba puerto de altura, escala y cabotaje el de la isla de Mujeres. En Mérida, lo mismo que en Campeche, fué celebrada con entusiasmo la noticia de que Maximiliano continuaba al frente del gobierno, llevada á la segunda de esas poblaciones por el vapor de guerra francés "Brandon," el 4 de Diciembre.

El coronel Daniel Traconis rehusó la comandancia militar de Yucatán, prefiriendo seguir al frente de su batallon en la campaña contra los indígenas sublevados. A la sazón desembarcaba el jefe republicano D. Pablo García, procedente de Tabasco, algunas fuerzas en Champoton, con designio de hostilizar á Campeche que se preparaba para la defensa, según las órdenes del Comisario imperial.

La isla de Cuba enviaba á los imperiales de México, por voluntad de las autoridades superiores de ella, los auxilios que les era posible dar; estimulaban á los periodistas de la Habana para que atacaran al gobierno republicano y pro-



Don Juan Ortiz Careaga,

Prefecto Político de Guanajuato en la época del Imperio de Maximiliano de Hapsburgo.

ron recibidos por el comandante Lastarie entre Tehuacán y Teotitlán. En esos días el coronel Dupin se encargaba de la comandancia militar de Veracruz, dejando su guerrilla al mando del capitán Galliffet, y continuaba la aduana de ese puerto á cargo de los agentes franceses Mrs. Hueit y Rolland, después de la protesta de los empleados mexicanos. A Oaxaca era llamado el general Alejandro García, y al ser evacuada por los imperiales la plaza de Yanhuitlán el 18 de Octubre, se alejaron con las tropas los empleados. Algunos de los que en Oaxaca habían servido al Imperio, tuvieron que exhibir por vía de multa ó préstamo forzoso, cantidades que no bajaran de quinientos pesos, ni excedieran de doce mil, dando entre otros, D. Manuel Fagoaga, cinco mil.

En los Estados del Interior continuaban también creciendo las fuerzas republicanas; uniéronse en Cuerámaro con las que mandaba el general Antillón, los cincuenta rurales del distrito de León, al mando de su jefe, y en Irapuato se levantaban trincheras á toda prisa. En esos días llegaban á León las familias emigradas de Durango á la sombra del convoy francés, sufriendo los horrores de la miseria. Ocupaban á Salvatierra las fuerzas de Régules, Echeagaray y Canto.

Los juaristas publicaban en Matehuala un Boletín de Noticias, apoyando al gobernador de San Luis D. Juan Bustamante. Apareció en esa hoja el decreto expedido en Chihuahua, dando de baja á todos los militares que habían desconocido el gobierno de la República ó desobedecido sus órdenes.

El Estado de Tabasco seguía contrariando los esfuerzos de los imperialistas de Yucatán y fué ocupada la villa de Palizada por trescientos republicanos tabasqueños. El Comisario imperial designó para batir á los republicanos al coronel Francisco Osorio, quien tomó posesión del gobierno político del Cármen el 16 de Noviembre; decretó el estado de sitio reasumiendo los dos mandos y expidió una proclama en la que llamaba fuerza colecticia á la de Tabasco y aseguraba que nada había que temer de ella.

A la vez el Comisario imperial, queriendo alhagar á los yucatecos, declaraba puerto de altura, escala y cabotaje el de la isla de Mujeres. En Mérida, lo mismo que en Campeche, fué celebrada con entusiasmo la noticia de que Maximiliano continuaba al frente del gobierno, llevada á la segunda de esas poblaciones por el vapor de guerra francés "Brandon," el 4 de Diciembre.

El coronel Daniel Traconis rehusó la comandancia militar de Yucatán, prefiriendo seguir al frente de su batallon en la campaña contra los indígenas sublevados. A la sazón desembarcaba el jefe republicano D. Pablo García, procedente de Tabasco, algunas fuerzas en Champoton, con designio de hostilizar á Campeche que se preparaba para la defensa, según las órdenes del Comisario imperial.

La isla de Cuba enviaba á los imperiales de México, por voluntad de las autoridades superiores de ella, los auxilios que les era posible dar; estimulaban á los periodistas de la Habana para que atacaran al gobierno republicano y pro-



Don Juan Ortiz Careaga,

Prefecto Político de Guanajuato en la época del Imperio de Maximiliano de Hapsburgo.

porcionaron armas á los defensores del Imperio. El comisario imperial de Yucatán compró en la Habana setecientos fusiles y las correspondientes municiones á fines del año de 1866, con el consentimiento de las autoridades de la Isla, sin que el cónsul imperial Sr. Carballo pretendiera hacer un misterio el ajuste del armamento; que dijo, estaba destinado á repeler las fuerzas del jefe D. Pablo García, y los pertrechos fueron embarcados á la vista de los empleados de la aduana y de la policía, en un buque destinado á ir directamente á Sisal. Nada valían los esfuerzos de D. Antonio Hoffman y Urquía, que tenía el carácter de agente comercial de la República, conferido por el Sr. Juárez, pues no pudo impedir el embarque de las armas y la pólvora para combatir á los republicanos, y que fueron empleadas en la defensa de Mérida; aun fué multado el Sr. Hoffman, porque trató de impedir el embarque de aquellos pertrechos de guerra.

Al principio de 1867 continuaban saliendo de la Habana remisiones de pólvora y cápsulas para Yucatán; aunque tales hechos contravenieran las leyes de neutralidad, siendo los efectos contrabando de guerra y fueran denunciados á la autoridad de la isla, siguieron enviándolos por medio de los buquecillos españoles alistados para la pesca en Cozumel. El cónsul Carballo llegó á anunciar la recluta ó enganche de extranjeros para Veracruz; algunos fueron á este puerto sin que por parte de las autoridades de la Isla se diera el menor paso para impedirlo, no obstante que el cónsul de los Estados Unidos hizo notar las irregularidades de lo que pasaba.

En los demás Estados de Oriente alcanzaban también notable preponderancia los republicanos. Las locomotoras empleadas en el ferrocarril que había de unir á México con Veracruz, constituyeron uno de los puntos de mira de los guerrilleros; las destruían ó decomisaban y les imponían fuertes contribuciones ó rescates. Los imperialistas juzgaron que sería conveniente fortificar á Orizaba y así se hizo, incluyendo en el perímetro defendido el cerro del Borrego, y fueron abastecidos con toda especie de efectos los depósitos militares. Aquel rumbo estaba constantemente amenazado por fuerzas procedentes del Estado de Oaxaca, que llegaban hasta Acultzingo cuando regresó Maximiliano á México.

Fuerzas del jefe Roldán asediaban á Atlixco, en tanto que en Puebla levantaba algunas tropas el general imperialista Luis Tapia, apoyándole su partido que en aquella ciudad era de alguna consideración; allí fué recibida con cierto entusiasmo la carta que Maximiliano dirigió al Comisario imperial Esteva, asegurándole que el éxito coronaría los afanes por la consolidación de la paz pública, pues quedaría afianzada para siempre la independencia nacional, y rico y floresciente este hermoso país.

En aquellos momentos de general excitación, solamente se declaraba neutral el Departamento del Nayarit. Creyó Lozada que era necesario el retraimiento y hacía algunos meses que se negaba á ejercer los cargos públicos que le confiriera el gobierno imperial en el Departamento, apareciendo resuelto á mantenerse en una especie de tregua armada. El acta de neutralidad fué levantada en

el pueblo de San Luis el 1º de Diciembre y la firmaron los generales y oficiales de la fuerza del general Lozada. La conducta observada por este jefe, era en aquellas circunstancias un golpe fatal para los imperialistas que tenían necesidad de los recursos del Nayarit y del auxilio de sus tropas. Lozada se declaraba neutral con todos los partidos políticos, conservaría su actitud hasta que cesara la guerra civil y se estableciera el gobierno que la Nación reconociera. El servicio de las tropas sería voluntario y sin sueldo, excepto el de mil hombres que pagaría el gobierno departamental. Las fuerzas beligerantes hallarían paso libre por el Departamento, mediando avisos y algunos otros requisitos estipulados. La correspondencia particular y oficial sería protegida y garantizada, lo mismo que la seguridad de nacionales y extranjeros.

Todos los pueblos que quisieran unirse al pacto del Nayarit, serían admitidos. Quedaba nombrado general en jefe D. Manuel Lozada y se le encomendó la ejecución de aquella acta. Los representantes de los pueblos, nombrados y convocados por Lozada designarían las autoridades, terminando sus poderes el 15 de Diciembre. Se enviarían cópias del acta al gobierno imperial y al gobierno de Juárez. Después de Lozada firmaron aquel documento, el general Carlos Rivas y los coroneles Andrés Rosales y Domingo Nava.

No eran aquellos momentos oportunos para proclamar la neutralidad y la concordia, manifestábase la exaltación de las pasiones en las confiscaciones y multas, habiendo sido impuesta en Durango una de doscientos cuarenta mil pesos á cierto número de los principales sostenedores del Imperio.

Por el Occidente avanzaba desbordada con grande impulso la revolución, cayendo Guadalajara en poder de los republicanos el 20 de Diciembre. En el día anterior hubo un combate á diez leguas de la ciudad, al Sur y al pie del cerro de la Coronilla, en el que fueron derrotados los imperiales, y en seguida se verificó la ocupación de la plaza, que había sido evacuada el día anterior por la fuerza del general Gutiérrez, entrando en calidad de vanguardia trescientos republicanos al mando del general Guadarrama. Esta ocupación de Guadalajara se verificó casi al mes de haberse posesionado de Zacatecas los republicanos el 29 Noviembre, al mando de los generales Auza y García dela Cadena.

La derrota sufrida por los imperiales cerca de Santa Ana Acatlan, se debió á las fuerzas de Sinaloa al mando del coronel D. Eulogio Parra; pereció en la batalla un comandante francés y se rindieron ciento treinta soldados extranjeros del batallón de Cazadores, siendo ciento uno franceses, entre ellos diez oficiales, con la garantía de la vida. Los cónsules de España y Prusia residentes en Guadalajara, se encargaron provisionalmente de la conservación del órden público, sostenidos por gran número de vecinos que se presentaron armados á las órdenes de D. Juan Alatorre, formando patrullas que recorrían la ciudad en todos sentidos, dieron guardia en los edificios públicos y quedó prohibida la venta de bebidas embriagantes. Una comisión fué á la hacienda del Dean, á poner en cono-

cimiento del coronel Parra el estado de la plaza y regresaron acompañados de trescientos hombres al mando del general Guadarrama, encontrando ya al coronel Lino Suro acuartelado con cien hombres en Santa María de Gracia. El coronel Parra expidió una proclama en Santa Ana Acatlán, ofreciendo garantías á todos los habitantes cualesquiera que fueran sus opiniones políticas. (1)

Guadalajara se encontró en poder de los republicanos; huyó el Comisario imperial y los generales Guadarrama y Tolentino concedieron á la comisión salida de la plaza, garantías para las personas é intereses. El día 21 se verificó la entrada triunfal en aquella ciudad, de todas las fuerzas mandadas por el coronel Parra, recibiéndolas con entusiastas ovaciones. Allí encontraron los republicanos efectos que dejaron los imperialistas, por valor de más de trescientos mil pesos, comprendiendo setenta y una piezas de artillería, de diferentes calibres y gran cantidad de proyectiles, monturas, ganado vacuno, harina y otros artículos que los imperialistas tenían almacenados.

El coronel Parra envió á Guadarrama para que se pusiera al frente de las fuerzas que operaban sobre Colima, ocupada por fuerzas imperialistas al mando del general Felipe Chacón.

Por el Sur de Jalisco el general imperialista Ramon Méndez, que había ocupado la Barca, se retiró para Michoacán al saber que los republicanos se habían posesionado de Guadalajara. El general Ignacio Gutiérrez que había logrado llegar á León con sus tropas, procuraba unirse con las del general Miramón.

El general Corona, dejando á Mazatlán al finalizar el mes de Diciembre (1886), se dirigió para el Estado de Jalisco, llegando el 26 de ese mes á Acaponeta; hacía su marcha sin desconfianza, después de la batalla que tomó el nombre de la Coronilla, cerca de Santa Ana Acatlán, en la que obtuvo señalado triunfo el coronel Eulogio Parra. Al saber el general Corona la situación que guardaba Colima y que no se lograba poner término al sitio que esa ciudad sostenía por parte de los republicanos, se resolvió á marchar para vencer á los imperialistas que la guarnecían.

En Colima, después de haberse unido al general Chacón el de la misma clase D. Antonio Alvárez que había ocupado á Zapotlán, se concentraron todas las fuerzas imperialistas, tras la derrota que sufrió una parte de ellas cerca de la barranca de Beltrán. Sitiada ya Colima, se quiso que capitulara el general Chacón, interviniendo con su influencia los Sres. D. Ricardo y D. Adolfo Palacio; pero nada lograron hasta que los sitiados supieron que el general Corona iba á batirlos; entonces Chacón entró en pláticas para capitular y evacuó la plaza el 2 de Febrero de 1867. Aunque el general Corona consentía en la salida de trescientos hombres que acompañarían al general Chacón, solamente éste y algunos pocos

(1) El coronel Eulogio Parra tomó trescientos doce prisioneros, dos obuses, parque, fusiles y carabinas á la Minié, y también ocho carros con sus tiros de mulas en los que eran conducidos cinco mil pesos; entre los ciento treinta y cinco franceses que quedaron fuera de combate, se encontró el jefe de la columna coronel Sayan. Por parte de los republicancs murió el distinguido coronel Miguel Brizuela. A los oficiales franceses, prisioneros, se les devolvieron sus espadas.

jefes de los que le seguían salieron de la plaza, sublevándose antes todos los demás. Corona dió á los capitulados una escolta para que, según lo pactado, les acompañara hasta Lagos. Dejaron los imperialistas en poder de Corona, poco más de doscientos hombres de la clase de tropa, nueve piezas de artillería de montaña, una de batalla y doscientos sesenta y tres fusiles.

Mientras en el Occidente y el Oriente del territorio mexicano se verificaban los sucesos referidos, el general Márquez, llegado á la capital del Imperio el mes de Diciembre (1866), levantaba tropas por medio de la leva, y el general Miramón salía de esa misma capital, sin más fuerzas que cuatrocientos hombres con dos piezas de campaña, designado para tomar el mando de las que se encontraban en el Interior.

Las tropas imperialistas sentían ya los desastres de la miseria, y estaban desmoralizadas á consecuencia de varios movimientos inoportunos, verificándose sin cesar la deserción. Miramón se encontró en el caso de suplir con el prestigio de su nombre y con su audacia, los cuantiosos elementos que le faltaban desde su salida de la capital el 28 de Diciembre (1866) con el reducido grupo de militares de las tres armas, llevando la órden de ponerse á la cabeza de las tropas que le fuera posible reunir en los departamentos centrales. Poco después de su salida de México, supo que el general Gutiérrez había abandonado á Guadalajara, dirigiéndose á León con algunas tropas. También recibía la noticia de haber desocupado á San Luis Potosí las fuerzas imperialistas que la guarnecían, y se dirigían á Querétaro á las inmediatas órdenes del general Tomás Mejía. Se adelantó Miramón con reducida escolta hasta Guanajuato, llevando algunas municiones, con designio de proveerse allí de dinero y agregar á las suyas una parte de las fuerzas que guarnecían aquel mineral y la artillería de que estaban provistas. De allí se dirigió á León para reunirse con el general Gutiérrez, habiendo antes combinado con el general Castillo un plan de campaña, cuyo punto objetivo era San Luis Potosí.

Pocos recursos pudo tomar Miramón en Guanajuato y algunas de las libranzas allí recibidas jamás se hicieron efectivas; en consecuencia las tropas del general Mejía que por enfermedad de éste iban á las órdenes del general Castillo, tuvieron que continuar su marcha sujetas á la miseria, alentadas solamente con la promesa de que pronto recibirían auxilios enviados de Guanajuato, y que al fin no llegaron por haber sido derrotado el general Liceaga en las inmediaciones de esa ciudad.

En León reanimó el general Miramón las abatidas fuerzas del general Gutiérrez, les dirigía entusiastas arengas y organizó violentamente algunos cuerpos de infantería y caballería, con una batería de campaña y otra de montaña. Con estos elementos se dirigió á marchas forzadas sobre la plaza de Zacatecas, donde se hallaban los principales caudillos republicanos, protegidos por débil guarnición. Ascendían sus fuerzas á cerca de seis mil hombres; las dividió en

dos secciones, poniendo una al mando del general Castillo y con la otra marchó sobre Zacatecas.

El general republicano Aureliano Rivera tenía el encargo de observar la columna del general Severo del Castillo, y se le prescribieron los movimientos que había de ejecutar en las eventualidades que ocurrieran, quedando la ciudad de San Luis libre de cualquiera sorpresa.

Para atender á esta ciudad envió el general Escobedo dos mil hombres al mando del general Treviño, y fueron situados otros mil en el pueblo de Mexquitic para reforzar, en caso necesario, esa brigada del general Treviño.

Sin las atenciones que demandó la situación que guardaba el puerto de Matamoros, había podido el general Escobedo mover sus fuerzas y acumular sus elementos de guerra para avanzar sobre los Estados del Interior.

Provistas de los recursos necesarios las fuerzas del general Treviño, que estaban en observación del general Castillo, y reorganizadas las demás que ocupaban á San Luis Potosí, encontrábase el general Escobedo en aptitud de abrir la campaña sobre Miramón, jefe que causaba los mayores sobresaltos al gobierno juarista situado entonces en Zacatecas; instaba este al general Escobedo para que desprendiera algunas tropas en su auxilio, encontrándose la ciudad con escasa guarnición, á causa del trastorno ocasionado con la entrada de González Ortega al Estado de Zacatecas.

Miramón se atraía las miradas de sus contrarios por su atrevimiento y valentía; formó el siguiente plan de campaña que consideraba fácil realizar: haría que el general Chacón recobrara á Guadalajara, suponiéndole aún en Colima y con buenas tropas; en Guanajuato se sostendría el general Liceaga; ocuparía el general Castillo á San Luis Potosí y el mismo Miramón á Zacatecas, teniendo en cuenta que en estas dos ciudades estaban débiles los republicanos. El plan de campaña no pudo tomar el debido desarrollo, por los acontecimientos inesperados que sobrevinieron.

En los momentos en que el general Corona terminaba en Colima los convenios por los cuales obligaba al general Chacón á capitular, se recibía en aquella ciudad la noticia de la toma de Zacatecas por Miramón, suceso que aquel general republicano cuidó de ocultar. Poco después se supo por extraordinario, la noticia de que Miramón había sido derrotado en la hacienda de San Jacinto por las fuerzas del Norte al mando del general Escobedo.

En Colima se organizó la segunda División de caballería del ejército de Occidente, y se puso á las órdenes del general Guadarrama. Las fuerzas que ocuparon á Colima emprendieron su marcha por Zapotlán para Zamora, ciudad que atacaron durante siete horas operando en combinación con el general Régules; pero fueron rechazados y logró salir la fuerza imperialista al mando del coronel Berna, en la madrugada del 4 de Febrero (1867) dejando algunos fusiles, unas piezas de montaña y el depósito de parque.

El general Escobedo excitó al gobernador y Comandante general de Zaca-

tecas, Don Miguel Auza, para que resistiera allí á Miramón, por el corto tiempo de tres ó cuatro días, suficiente para avanzar sus tropas y derrotar á los imperialistas.

Descansando en esta combinación del general Escobedo, determinó el Presidente Juárez esperar en Zacatecas, aunque ya avanzaba rápidamente el general Miramón, en tanto que el general Castillo se situaba en un punto equidistante de San Luis Potosí, Zacatecas y Querétaro.

No halló Miramón resistencia en Aguascalientes y violentó su marcha esperanzado en los recursos que creía tomar en Zacatecas, donde también confiaba hacer prisionero al Presidente Juárez. Entretanto el general Escobedo, sin saber de cierto el punto fijo á que se dirigiría el ataque, operaba despacio y con precauciones; dispuso que ocupara la villa de San Felipe, á veintinueve leguas de San Luis Potosí, el general Aureliano Rivera con su brigada de caballería; situó en la hacienda de San Bartolo á dos brigadas de la misma arma, una de Coahuila y la otra de Nuevo León, y dispuso que se estableciera en San Francisco del Rincón, el general Sóstenes Rocha con mil hombres de las tres armas, quedando todas esas tropas al mando del general León Guzmán, nombrado gobernador y comandante militar de Guanajuato.

En pocas horas y al frente de dos mil quinientos hombres tomó Miramón á Zacatecas, posesionándose de la mayor parte de la artillería, y creyendo al general Castillo frente á San Luis Potosí, consideró que detendría al ejército que mandaba el general Escobedo. Se ocupaba en Zacatecas en buscar recursos y arreglar el material de guerra quitado á sus contrarios, cuando á su vez fué sorprendido.

El atrevido plan de Miramón, que de manera inesperada surtió al principio con la sorpresa y derrota que sufrieron los republicanos en Zacatecas, por la rapidez y resolución en los movimientos, dejó en poder de ese general veinte cañones, gran cantidad de provisiones de boca y guerra, y muchos documentos importantes, y hubiera sido más notable el golpe, si consigue hacer prisionero al Presidente Juárez que logró escapar por circunstancia casual; se consideró tan posible su captura, que Maximiliano había dirigido á Miramón una orden estricta, por escrito, para que en tal caso tratara al prisionero de la manera más amistosa y le enviara á México.

Al saber lo ocurrido en Zacatecas, reunió el general Escobedo las fuerzas que estaban en Mexquitic, con las del general Treviño, se puso al frente de ellas para dirigir personalmente la campaña, y forzó las marchas para no dar lugar á que Miramón aprovechara los cuantiosos recursos que pudiera proporcionarle Zacatecas.

Los gendarmes imperiales cometieron en esa ciudad gravísimos excesos, siendo uno de los actos que más disgustó á los republicanos, el haber arrastrado un busto de Juárez por las calles con un lazo que le ataron.

La violencia con que Miramón atacó á Zacatecas, impidió que pudiera re-



General D. José María Herrera y Lozada,
Comandante del recinto interior de la Plaza de Querétaro, durante el sitio que sufrió esa ciudad, defendida por el ejército que mandaba el Príncipe Maximiliano.
Hecho prisionero al ser ocupada la Plaza por las fuerzas de la República, el 15 de Mayo de 1867.
el Gral. Herrera y Lozada fué sentenciado á muerte en el Consejo de Guerra, y conmutada la pena en prisión.
Entre otros empleos, desempeñó el de Inspector General de infantería.

tecas, Don Miguel Auza, para que resistiera allí á Miramón, por el corto tiempo de tres ó cuatro días, suficiente para avanzar sus tropas y derrotar á los imperialistas.

Descansando en esta combinación del general Escobedo, determinó el Presidente Juárez esperar en Zacatecas, aunque ya avanzaba rápidamente el general Miramón, en tanto que el general Castillo se situaba en un punto equidistante de San Luis Potosí, Zacatecas y Querétaro.

No halló Miramón resistencia en Aguascalientes y violentó su marcha esperanzado en los recursos que creía tomar en Zacatecas, donde también confiaba hacer prisionero al Presidente Juárez. Entretanto el general Escobedo, sin saber de cierto el punto fijo á que se dirigiría el ataque, operaba despacio y con precauciones; dispuso que ocupara la villa de San Felipe, á veintinueve leguas de San Luis Potosí, el general Aureliano Rivera con su brigada de caballería; situó en la hacienda de San Bartolo á dos brigadas de la misma arma, una de Coahuila y la otra de Nuevo León, y dispuso que se estableciera en San Francisco del Rincón, el general Sóstenes Rocha con mil hombres de las tres armas, quedando todas esas tropas al mando del general León Guzmán, nombrado gobernador y comandante militar de Guanajuato.

En pocas horas y al frente de dos mil quinientos hombres tomó Miramón á Zacatecas, posesionándose de la mayor parte de la artillería, y creyendo al general Castillo frente á San Luis Potosí, consideró que detendría al ejército que mandaba el general Escobedo. Se ocupaba en Zacatecas en buscar recursos y arreglar el material de guerra quitado á sus contrarios, cuando á su vez fué sorprendido.

El atrevido plan de Miramón, que de manera inesperada surtió al principio con la sorpresa y derrota que sufrieron los republicanos en Zacatecas, por la rapidez y resolución en los movimientos, dejó en poder de ese general veinte cañones, gran cantidad de provisiones de boca y guerra, y muchos documentos importantes, y hubiera sido más notable el golpe, si consigue hacer prisionero al Presidente Juárez que logró escapar por circunstancia casual; se consideró tan posible su captura, que Maximiliano había dirigido á Miramón una orden estricta, por escrito, para que en tal caso tratara al prisionero de la manera más amistosa y le enviara á México.

Al saber lo ocurrido en Zacatecas, reunió el general Escobedo las fuerzas que estaban en Mexquitic, con las del general Treviño, se puso al frente de ellas para dirigir personalmente la campaña, y forzó las marchas para no dar lugar á que Miramón aprovechara los cuantiosos recursos que pudiera proporcionarle Zacatecas.

Los gendarmes imperiales cometieron en esa ciudad gravísimos excesos, siendo uno de los actos que más disgustó á los republicanos, el haber arrastrado un busto de Juárez por las calles con un lazo que le ataron.

La violencia con que Miramón atacó á Zacatecas, impidió que pudiera re-



General D. José María Herrera y Lozada,
Comandante del recinto interior de la Plaza de Querétaro, durante el sitio que sufrió esa ciudad, defendida por el ejército que mandaba el Príncipe Maximiliano.
Hecho prisionero al ser ocupada la Plaza por las fuerzas de la República, el 15 de Mayo de 1867.
el Gral. Herrera y Lozada fué sentenciado á muerte en el Consejo de Guerra, y conmutada la pena en prisión.
Entre otros empleos, desempeñó el de Inspector General de infantería.

sistir la corta guarnición, y fué obligada á retirarse con el Presidente Juárez que permaneció allí hasta última hora, yendo á pernoctar á cinco leguas de la ciudad. Sabedor Miramón de que Escobedo estaba á punto de darle alcance, no creyó conveniente esperarlo en Zacatecas, lugar impropio para la defensa, se retiró á toda prisa, alcanzándole sus contrarios en la mañana del 1º de Febrero, y le obligaron á detenerse en las inmediaciones de la hacienda de San Jacinto, donde sus reducidas y fatigadas tropas fueron derrotadas y prisioneras.

En la sangrienta acción de San Jacinto, el 1º de Febrero de 1867, dos regimientos de caballería imperial, el 2º y el 9º organizados de prisa con escuadrones de guardias rurales, introdujeron el desorden al huír poseídos de pánico y contribuyeron á desorganizar la infantería del general Miramón, quien hizo desesperados esfuerzos para restablecer el ánimo entre sus tropas y contener á sus enemigos, apuntando personalmente en los últimos disparos de su artillería.

El combate se verificó al siguiente día de haber abandonado Miramón á Zacatecas; comenzó desde la hacienda de Ledesma hasta la de San Jacinto, batiéndolo los republicanos por retaguardia y ambos flancos en un trayecto de várias leguas. Cuando la acción se había empeñado, de manera tan tan repentina y brusca, unos regimientos de imperialistas se desmoralizaron y determinaron la derrota de las demás fuerzas; logró Miramón escapar, seguido de algunos ginetes, dejando todas sus tropas y artillería, se unió al general Castillo en el camino de San Luis Potosí, y quedó á la cabeza de los tres mil soldados que formaban esa columna.

Alcanzados en la hacienda de la Quemada, entre las villas de San Felipe y Dolores Hidalgo, contuvo á sus enemigos y pudo seguir el movimiento de retirada para Querétaro á donde entró el 10 de Febrero, uniéndose allí con el general Tomás Mejía que cuidaba la plaza con novecientos hombres.

Así quedó destruido el plan militar de Miramón, quien al dirigirse hácia el Norte pensaba capturar al Presidente Juarez, y dominar en los Estados de Zacatecas y Durango. En efecto, al tomar la primera de esas poblaciones el 27 de Enero, persiguió á los republicanos por espacio de tres leguas y estuvo á punto de apoderarse del Presidente, quien debió su salvación á la velocidad del carruaje en que iba. El general Castillo, á quien pudo haberse reunido el general Mejía, tenía el encargo de cooperar activamente con Miramón en el plan referente á Zacatecas; pero no fué así y los republicanos obligaron á los imperialistas á evacuar esa ciudad á toda prisa.

El general Miramón pretendió batirse en retirada, luego que sus tropas fueron alcanzadas por las de Escobedo; buscaba una posición ventajosa en la que pudiera hacer frente á sus adversarios; pero sus proyectos eran irrealizables; apenas pudo disparar algunos cañonazos en el espacio que media entre San Francisco de los Adames y el rancho de Cuisillo, inmediato á la Hacienda de San Jacinto, pues atacado ya por el frente y envueltos sus flancos hasta la retaguardia, la derrota fué tan completa como violenta, encontrando algunos impe-

rialistas salvación solamente en la fuga, entre ellos el mismo Miramón que logró escapar con dificultad por entre las fuerzas republicanas, acompañado de unos cuantos dragones, en dirección al lugar en que consideraba encontrar al general Castillo. Dejó en poder de los republicanos armas, municiones y trenes, sin salvar ni los equipajes; ochocientos prisioneros y más de cien muertos; de los primeros eran mexicanos seiscientos que fueron refundidos en las tropas republicanas, los demás eran austriacos y franceses presentados para servir voluntariamente á Maximiliano, siendo los segundos residuos del ejército intervencionista, que permanecían en México para sostener al Imperio á pesar de las sugestiones y aun de los preceptos del Mariscal Bazaine.

Estos prisioneros, conducidos con fuerte escolta tras el ejército victorioso, fueron considerados sin los derechos de mexicanos ni de extranjeros, pues en aquellos momentos estaban insubsistentes los tratados, y carecían además del consentimiento de sus respectivos gobiernos para servir á Maximiliano. En tales circunstancias, se les calificó de filibusteros ó piratas fuera de la ley de las naciones y ordenó el general Escobedo que fueran fusilados, considerando este hecho de indispensable justicia y de conveniencia pública y fué ejecutada la orden de una manera cruel. (1)

El cuerpo de republicanos llamado "Cazadores de Galeana," armado con carabinas americanas de diez y seis tiros, hizo sobre los imperialistas nutrido y mortífero fuego.

Al saber el general Miramón el fusilamiento de su hermano, lanzó una enérgica proclama con estas palabras amenazadoras: "¡ay de los vencidos!" (2)

Fué la derrota de San Jacinto, tercera y última batalla campal perdida por Miramón, fecunda en desgracias para los imperialistas; allí acabaron los gendarmes imperiales de la sección de Guadalajara, grupo compuesto de más de trescientos hombres de á pié y á caballo, franceses y mexicanos, organizada primiti-

(1) Los fundamentos que tuvo el general Escobedo para que fuesen fusilados los prisioneros, se apoyaban en que al tomar á Zacatecas habían dado los extranjeros ejemplos de inaudita ferocidad, cometiendo multitud de crímenes, revelando que no buscaban más que su fortuna personal, y devastando el país á la sombra de una bandera inicua. Daba además, por razón para aquella hecatombe, el no poder verificar rápidamente y sin estorbo los movimientos militares, al llevar consigo el peligro de que los prisioneros causaran trastornos en el encuentro que se esperaba con Castillo, en cuyo combate la fuerza que los custodiaba debía utilizarse en la batalla. Estas razones aparecen de poco peso, pues se pudo ha er enviado á Zacatecas ó San Luis, con poca fuerza, á los prisioneros. El general Escobedo consideró que su conducta iba arreglada á los usos de la guerra en los países más civilizados y á las exigencias de la justicia y del sentimiento nacional. Sinembargo, en el extranjero y aun por muchos mexicanos, fué calificado tal acto de *extrema severidad.* Algunos prisioneros europeos, apresados después de que pasó el temor de que Castillo atacara, fueron remitidos á Zacatecas y San Luis Potosí, y más tarde pudieron salir de la República.

(2) Hecho prisionero el coronel D. Joaquín Miramón, y después de conducirle por alguna distancia con rumbo á Aguascalientes, se dió orden durante la noche para fusilarlo. Transportáronle sentado en una silla al lugar del suplicio, por hallarse imposibilitado para caminar y le hicieron disparos á quema ropa quedándole el cráneo hecho pedazos y atravesado el cuerpo por treinta balas. Ciento cincuenta franceses prisioneros en esa jornada. gozaron por varios días de libertad condicional; pero de pronto se les reparte aguardiente y son conducidos á un patio interior de la hacienda de San Jacinto, se les informa que van á morir y fueron fusilados de diez en diez presenciando los que iban quedando, aquella sangrienta y aterrorizadora escena.

vamente por el capitán Berthelin que dejó fatales recuerdos en Jalisco y que fué muerto en un combate entre Guadalajara y Colima. Esa gendarmería, días antes de la derrota de San Jacinto, contribuyó á la toma de Zacatecas y al dejarla ocupó la vanguardia en el sangriento combate que siguió á la retirada.

Los gendarmes que no murieron en el combate, cayeron prisioneros y pocos días después se les notificó que iban á ser fusilados por órden del Presidente de la República; estupefactos y presa de la angustia atroz que precede á una muerte afrentosa, ofrecieron algunos servir en las filas republicanas, con la misma decisión que servían en las del Imperio; otros queriendo morir con recuerdos de la Patria cantaban la *Marsellesa*; se les pasó lista y en pequeños pelotones fueron conducidos al lugar de la ejecución, se aplicaba dos cañones de rifles sobre el craneo de cada sentenciado y se disparaba; emplearonse en la ejecución dos horas. La emoción que causó aquella hecatombe se comunicó á muchos oficiales y soldados de la división del Norte, y aparecieron señales de llanto en muchas mejillas ennegrecidas por el humo del combate. La noche llegó y cubrió con su manto aquel pavoroso cuadro, quedando más de cien cadáveres casi desnudos, horrorosamente mutilados, de aquellos que fueron calificados filibusteros y mercenarios pertenecientes á cuerpos irregulares y que no podían gozar de los derechos de beligerantes. (1)

Desde la villa de San Felipe, en marcha para San Luis Potosí, las fuerzas del general D. Severo del Castillo habíanse visto seguidas por considerable número de caballerías republicanas, siéndoles forzoso á los imperialistas caminar con grandes precauciones hasta que, unido á ellas el general Miramón, en seguida de la derrota de San Jacinto, emprendieron la retirada para Querétaro, siempre hostilizándolos la caballería enemiga.

En las inmediaciones de la hacienda de la Quemada fueron atacados los

Ya herido gravemente en un pie el coronel Don Joaquín Miramon, insistió en quedarse en línea y sostener con sus tiradores la retirada; pero su hermano, el general en jefo, le ordenó formalmente que se retirase y el herido montó en una calesa. Pocas horas después caía en poder de los republicanos que lo condujeron á la hacienda de Tepetates. Al saber que el general Miramón había logrado unirse á las tropas que mandaba el general Castillo, en camino para San Luis, y que acababa de tomar la revancha en la hacienda de la Quemada, divulgóse el rumor de que allí había ordenado el general Miramón varios fusilamientos, y entonces no cupo ya ni la menor esperanza de que se salvara de las represalias el jefe prisionero D. Joaquín Miramón. Diéronle algunas horas de la noche para que se prepara á morir; quiso salvarse declarando que tenía mutilada una pierna, y que ni al lugar del suplicio podía llegar; pero todo fué en vano y no se le permitió comunicarse ni con algunos oficiales de la división del Norte. Conociendo que era inevitable su muerte, se resolvió á afrontarla con valor, hizo sus disposiciones, escribió á su esposa y á su hermano Miguel. Cuando antes de amanecer se presentaron á buscarle, se manifestó sereno; pidió se le permitiera apoyarse en una pared á causa del pie que tenía mutilado, queriendo recibir la muerte sin arrodillarse. Recogido el cadáver por el administrador de la hacienda, fueron ejecutadas fielmente sus disposiciones.

(1) Según lo dispuesto por el general Escobedo, fueron entresacados de los prisioneros de San Jacinto, ciento cuatro europeos, de los que noventa y siete eran franceses, y fusilados en grupos de diez en diez, después de haberles hecho saber que, conforme á la circular de Bazaine, eran solamente filibusteros, pues se había declarado que perdian la calidad de franceses todos los que siguieran en el ejército imperial. Pertenecían los fusilados al batallón de cazadores de Zacatecas y á la compañía de gendarmes de Guadalajara mandada por Mr. Laurent, y que estúvieron á las órdenes del comandante Berthelin.

imperiales de una manera vigorosa, el 4 de Febrero; pero rechazadas las huestes republicanas en el reñido combate allí verificado, debiéron los imperiales á circunstancias muy casuales la salvación de la brigada imperialista que mandaba el general Castillo. (1)

Casi á la vez rechazaba en Querétaro el general Tomás Mejía, las fuerzas del general Antonio Carbajal que intentó apoderarse de esa plaza, atendiendo á la reducida fuerza que la guarnecía.

En presencia de tal situación, y con motivo de esos acontecimientos, apresuró Maximiliano colocarse al frente de las pocas fuerzas que le quedaban. Para dar ese paso influyeron en gran manera las afirmaciones del ministro Lares y las promesas del general Marquez, de quienes tenía elevado concepto, y le aseguraron que su sola presencia daría brío á las tropas y haría que la campaña fuese una serie de victorias, una marcha triunfal. También fué Maximiliano impelido por uno de los rasgos de delicadeza y fantasía peculiares á su carácter, al pretender un avenimiento con el gobierno de Juarez para hacer viable y llevar á cabo el proyecto de convocar un congreso. Al aconsejarle el general Marquez que tomara la inmediata dirección del ejército, procuraba en primer lugar privar del mando al general Miramón y nulificarlo, quedando así Marquez árbitro de la situación.

Al regresar Miramón á Querétaro, después de la derrota que sufrió en San Jacinto, pidió al gobierno imperial una brigada y las órdenes para que se le incorporara el general Mendez con las tropas de Michoacán; así creía reunir ocho mil hombres para tomar la iniciativa y salvar al Imperio en breve tiempo. En esos momentos el general Márquez manifestaba á Maximiliano que para reparar el desastre acaecido á Miramón, debía ir á ponerse personalmente á la cabeza de las tropas que se concentrarían en Querétaro, cuya opinión era la misma del Emperador, según lo comprobaron los sucesos, no obstante que, alejándose de la capital quedaría expuesto Maximiliano á las eventualidades de la campaña; pero se acercaba al Presidente Juárez con quien insistía en entrar en pláticas para realizar la idea de reunir el congreso.

Todo lo que pasaba era la más clara demostración de que el hermoso sueño de Maximiliano acerca de la fusión de los partidos sería prácticamente imposible. Había malgastado Maximiliano durante tres años sus esfuerzos para atraer-

(1) A causa de la grave enfermedad que sobrevino al gobernador y comandante general de Guanajuato, general León Guzmán, fué entregado el mando de la División al general Herrera y Cairo, quien al saber la derrota de Miramón, supuso desmoralizadas las fuerzas del general Castillo y que podría atacarlas con buen éxito, sin considerar que siendo este jefe, militar resuelto é inteligente, había de esperar á sus contrarios en posiciones ventajosas que tenía conocidas. Herrera y Cairo procuró dar un golpe semejante al que Escobedo acababa de efectuar en San Jacinto, y arrojándose personalmente á combatir á los imperialistas en sus ventajosas posiciones, fué muerto en el combate é hizo posible la retirada de Castillo para Querétaro, donde el general Tomás Mejía no habría podido sostenerse con la corta guarnición que tenía.

El triunfo obtenido por los imperialistas reparó su moral y retardó las operaciones de los repúblicanos, frente á los cuales se retiraba en orden el general Castillo cuyas fuerzas contribuyeron á la reunión de los doce mil hombres que defendieron con Maximiliano la plaza de Querétaro.

se al partido liberal, colmandolo de elogios y de preeminencias, y confiado las funciones públicas á enemigos suyos que solamente por interés personal habían reconocido al Imperio; en cambio había alejado bajo diversos pretextos á todos los conservadores de grande influencia, entre ellos Almonte, Gutiérrez de Estrada, Márquez y Míramón, siendo ya tarde cuando pensó en reparar su falta y se quiso apoyar en el partido que le había llevado al trono, al ver que la guerra civil aparecía implacable.

Al retirarse de México las tropas expedicionarias francesas, el Imperio se encontraba casi sin ejército; quejábanse todos de la falta de trabajo; los ambiciosos fueron á reunirse á la sombra de las banderas republicanas, esperando medrar y seguros de que nada valía ya el Imperio, desprovisto de fuerza por haber descuidado de formar el ejército nacional, y permitido la retirada de las legiones extranjeras y el licenciamiento de los batallones franco-mexicanos.

Al saber en las Tullerías lo acaecido en las conferencias de Orizaba y México, terminaron las esperanzas que aun se abrigaran respecto á la retirada de Maximiliano con el ejército expedicionario. Napoleón III no encubría ya su política resueltamente hostil á Maximiliano, aunque violara sus compromisos consignados en documentos oficiales. Fué terminante la órden dada al general Castelnau en 13 de Diciembre (1866), para que retirase la legión extranjera y aun á todos los franceses fueran ó no soldados, si tenían voluntad de regresar, disposición inspirada en la política imperiosa del gobierno de los Estados Unidos, que buscaba quitar á Maximiliano su último apoyo, aunque se pasara sobre el artículo 3º del tratado de Miramar, formalmente respetado en la Convención del 30 de Julio, en la que se decía: "*que la legión extranjera al servicio de Francia, compuesta de ocho mil hombres, permanecería aun en México seis años, después que las demás fuerzas francesas se hubieran retirado, quedando al servicio y sueldo de México.*"

La disolución de la legión extranjera, francesa, llevaba consigo la de la austro-belga incapaz de sostenerse sin el apoyo de aquella, ni aun provisionalmente. Presentáronse también defecciones de los voluntarios franceses que habían sentado plaza en el ejército imperial mexicano, contando con el apoyo del de su Nación.

Sorprende tanto más lo que pasaba, cuanto que Napoleón había asegurado el 7 de Noviembre al ministro americano Bigelow, que la Francia no retiraría sus tropas antes del tiempo estipulado, aun cuando Maximiliano pretendiera sostenerse por sí mismo, y aunque manifestara deseos de que se violentase la retirada, declaraciones que indicaban que el Imperio de Maximiliano podía contar aun con la protección del ejército francés durante un año. Pero en los momentos en que se hacían esas declaraciones en las Tullerías, manifestaba aquí lo contrario el general Castelnau, en la nota colectiva dirigida al Presidente del Consejo de Ministros, anunciando que había resuelto Napoleón retirar sus tropas en masa, en los primeros meses de 1867, lo que se consideró una intimidación que se vió converti-

da en realidad, siempre creyendo Napoleón que Maximiliano abdicaría y que la Francia desanudaría la situación á su gusto.

Bazaine no estaba al tanto de las verdaderas intenciones del gabinete francés, hasta que, á fines de Noviembre (1866) recibió una carta del marqués de Montholon, poniéndole al corriente de la marcha política seguida en Washington; se le anunciaba la salida de Mr. Campbell y del general Sherman para México y se le rogaba que se impusiera de un despacho en cifras dirigido á M. Danó; le decía que eran buenas las disposiciones del gobierno norteamericano, y que no había que temer sino incidentes de detalles; había sido acogida con júbilo la noticia de la retirada de Maximiliano, como la señal de una solución amistosa y definitiva de las diferencias con la Francia respecto al asunto de México. El despacho para M. Danó decía: "que Campbell y Sherman venían á reconocer á Juárez y que tenían instrucciones para establecer un gobierno republicano y evitar todo conflicto en la retirada de los franceses." En otro despacho fechado dos días después, agregaba que estaban sobre las fronteras fuerzas á las órdenes del general Sherman.

Los plenipotenciarios americanos fracasaron completamente en su misión. El cónsul americano en Veracruz había preguntado á México el 25 de Noviembre, por telégrafo, si la fragata "Susquehannah," anclada en Tampico, podía entrar á Veracruz y si sería bien recibida, pues deseaban el ministro Campbell y el general Sherman hablar con las autoridades francesas; Bazaine contestó: que la fragata americana sería recibida como cualquier otro buque de guerra de una nación amiga, y que los personajes que en ella venían, recibirían en México buena acogida, si deseaban pasar á la capital. Esta respuesta fué llevada á Tampico por el paquete inglés y el 29 de Noviembre la "Susquehannah" con el pabellón de las estrellas enarbolado, aparecía detras de los arrecifes que rodean á Veracruz y se detuvo por el mal tiempo que le impidió la entrada; pero apenas se presentó en la rada, se dirigió hacia el buque, en una lancha, el cónsul americano que llevaba á los representantes Campbell y Sherman graves noticias: Maximiliano había resuelto continuar al frente del gobierno; por eso la ciudad estaba de fiesta, se oía en la rada el ruido de los cohetes y se percibían los edificios iluminados: cediendo Maximiliano á las instancias de los grandes Consejos de Estado, regresaba á México para poner su soberanía en manos del sufragio popular. Los enviados americanos que habían creído ver flotar la bandera republicana sobre la aduana, dieron órden á la fragata de anclar en Isla Verde, para esperar los acontecimientos, y poco después se retiraron.

El general Sherman tenía facultades discrecionales en cuanto á la colocación de las fuerzas de los Estados Unidos en la vecindad de México, y Mr. Campbell especial encargo para trasmitir á su gobierno los accidentes importantes que pudieran surgir respecto á la organización del gobierno republicano en México.

Se creyó que á la vez que los Delegados Campbell y Sherman, representan-

tes de la diplomacia, del ejèrcito y la marina, marcharía una escuadra norteamericana al Golfo de México, para hacer una demostración capaz de satisfacer completamente las aspiraciones de aquella República, en cuanto á la revindicación de la Doctrina de Monroe. Encontrando los Delegados una situación distinta de la que suponían, acordaron cruzar por espacio de algún tiempo el Golfo, esperando efectuar oportunamente un desembarco. En Brazos de Santiago conferenciaron con el general Sheridan, y en seguida regresó éste á Nueva-Orleans y los dos comisionados se dirigieron á Matamoros.

Sherman y Campbell desembaacaron en este puerto; allí permaneció el segundo de ellos y Sherman, en unión de los generales Canales y Escobedo, se dirigió á Monterrey, á cuya ciudad habían regresado ya las fuerzas que ocuparon dicho puerto.

La prensa de la República del Norte, inculpó del fracaso de la misión de Sherman y Campbell, al gabinete de Washington que la dispuso. Mr. Sherman culpó de todo al gobierno francés y lo acusó de desleal, inclinándose á la guerra. Los Delegados recibieron órden de retirarse, puesto que Maximiliano no abdicaba, resolviendo esto en Junta de Ministros; pero detuvo todo proyecto hostil, el haber anunciado Napoleón la salida de Brest de buques para trasportar las tropas francesas que estaban en Veracruz.

El ministro Campbell había creído hallar al Presidente Juárez en un punto menos excéntrico que Chihuahua, para prestarle auxilios y contribuir á la represión de los desórdenes locales, cuando fuere requerido para ello y sin intervenir de manera alguna en las diferencias domésticas de los mexicanos, siempre evitando tener relaciones diplomáticas con Maximiliano ó sus agentes. Para aquellos fines podría disponer Sherman de las fuerzas de mar y tierra de los Estados Unidos, de modo que sin operar directamente en la marcha interior de los asuntos de México, contribuyese al fin de restablecer el órden en la República Mexicana, con especialidad en la frontera. Todos estos preparativos fueron hechos en la inteligencia de que, al llegar los Delegados á Veracruz, se habría retirado ya la totalidad, ó al menos la mayor parte de las fuerzas francesas, con las cuales ninguna promesa ligaba al gobierno de los Estados Unidos, que se había propuesto abstenerse en tal sentido, costando su relevo al ministro Bigelow el haberse aventurado un tanto más allá de las instrucciones que le diera su gobierno. El Ministerio francés hizo esfuerzos para que los Estados Unidos se convirtieran en acreedores del gobierno mexicano, respecto á las obligaciones procedentes de los empréstitos, pero tampoco en esto obtuvo éxito alguno favorable.

———

CAPITULO DECIMO TERCERO.

Conducta hostil sosttenida por el general Douay.—Conferencia entre Maximiliano y Bazaine.—Medidas violentas ejecutadas en la capital del Imperio.—Protesta del Sub-secretario de Negocios Extranjeros. -Bazaine vacila en destruir su propia obra.—Se nulifica su valimiento en las Tullerías. Maximiliano en la hacienda de la Teja.—Aparecen los republicanos en los alrededores de la capital.—Cuernavaca en poder de los republicanos.—Muere el coronel P. Lamadrid en una emboscada.—Concentracion de las tropas imperialistas.—Carta y proclama de Maximiliano.—Junta del 14 de Enero.—Opiniones de Bazaine vertidas en ella.—Votación en pró de la lucha por la Monarquía.—Consulta el Ministro Lares al Cuerpo Diplomático.—Respuestas disgustantes.—Elementos de guerra cedidos al Imperio por los franceses.—Prescinden éstos de hostilizar á los juaristas.—Esfuerzos para canjear prisioneros.—Relaciones del general Díaz con el cuartel general francés.—Garantías prometidas por el general Riva Palacio.—Embárcase la legión belga.—Fuerzas al mando de los coroneles Kevenhüller y Hammerstein.—Nuevos disgustos entre Maximiliano y Bazaine.—Suceso notable ocurrido con D. Pedro Garay.—Entrevista en la hacienda de la Teja.—Bazaine pide condecoraciones de la Orden de Guadalupe.—Arrian los franceses bandera en el Palacio de Buenavista.—El 5 de Febrero en la capital.—Proclama del general Márquez.—Castelnau marcha para Veracruz.—Salen del territorio mexicano porción de comerciantes franceses.—Ofrece Maximiliano terrenos á los que quieran permanecer aquí.—Jornadas que hizo el Mariscal hasta Veracruz.—Animación momentánea en Orizaba.—Desorden en la marcha de los convoyes.—La guerrilla Chenet.—Se replegan á Veracruz los imperialistas que ocupaban á Orizaba.—Bazaine aún espera la retirada de Maximiliano.—Salida de la flota francesa con el ejército expedicionario.—Los Ministros excitan á Maximiliano para que conserve á Querétaro.—El Ministro Danó permanece en México.—Predominio que adquiere el general Márquez.—Encarga al general O'Horan la prefectura de la capital.—Queda resuelta por los imperiales la defensa de Querétaro.—El general Pérez Gómez recibe la plaza de Veracruz.—Total gastado por la Francia en la Intervención.—Disposiciones dictadas por el general en jefe del ejército de Oriente.—Comienza el sitio de Veracruz.—El general Antillón se posesiona de Guanajuato.—Se fortifica el general Castillo en Querétaro.—Aproximación violenta de los ejércitos republicanos del Centro y Occidente.—El general Corona marcha para Querétaro.—Concentración de las fuerzas de los dos partidos.—El general Riva Palacio en Toluca.—Las fuerzas republicanas en combinación avanzan sobre Querétaro.

Razón tenía Maximiliano para sentirse temeroso: el clero no se mostraba ya partidario suyo; Miramón aparecía resuelto á llevar adelante la campaña del Norte, pero los vacíos que habían dejado las derrotas y las defecciones en las filas del ejército imperialista, no podía cubrirlos, como tampoco los del tesoro, en el que refluían las consecuencias de la bancarrota en el comercio. Los republicanos ganaban terreno hora por hora, se posesionaban de



Licenciado D. Teodosio Lares.

Era Ministro de Relaciones en el gobierno del General Miramon, al ser extraidos de la Legacion Británica, en la calle de Capuchinas, los fondos allí depositados. Presidió la Junta de Notables que resolvió establecer en *México* el sistema monárquico y llamar al Príncipe Maximiliano para que ocupara el trono. En el gobierno imperial ocupó el Sr. Lares el puesto de Presidente del Supremo Tribunal

las plazas que dejaban los franceses, sin que los imperialistas pudieran defenderlas.

Evidenciábase cada día, que el programa aconsejado á Maximiliano y aceptado por él, de reunir un congreso, era de imposible realización, en los momentos en que las masas siempre crecientes de republicanos, formaban una barrera infranqueable para la reunión de los notables de los Departamentos, aun de los que no estuviesen en lugares lejanos; congreso que, por otra parte, tampoco aceptaban, y en su mayoría ni aun sabían que se tratara de reunirlo. La apela ción al pueblo en aquellas circunstancias aparecía un acto inútil y aun rídiculo, condenado anticipadamente á la esterilidad.

Todos los que se levantaban tremolando la bandera republicana, manifestaban claramente su esperanza en el triunfo y la suerte que le estaba reservada á la monarquía; la idea de convocar un congreso era una desgraciada utopía á la que se asió con terquedad Maximiliano, desconcertado por el círculo de sus partidarios. La quimera que perseguía, llevaba al espíritu de Maximiliano nuevas vacilaciones, reflejadas en el hecho de haber llamado á Bazaine á la hacienda de la Teja, y paseado familiarmente con él en las alamedas del parque; actitud benévola que fué muy mal vista por los consejeros y personajes que deseaban mantener aislado al monarca para mejor influenciarlo. La entrevista fué larga y de ella se puede juzgar por una carta de Maximiliano al general D. Tomás Mejía; en esa conferencia se habló de la salud de la Princesa Carlota, de la campaña emprendida por Miramón y de la visita hecha al Emperador en Puebla por los comisarios Castelnau y Danó. Preguntado el Mariscal acerca del porvenir, dijo que no veía más que peligros sin gloria, una vez retiradas las tropas fancesas y la legión extranjera, y que desde el día que los Estados Unidos impusieran en alta voz el *veto* al trono, este sería una cosa efímera, y aun suponiendo la neutralidad americana, la monarquía no era viable; acabó por aconsejarle que se retirara expontáneamente.

El 7 de Enero de 1867, el general Douay que mandaba la primera División militar, hacía saber á los oficiales enganchados al servicio de México, que el Mariscal comandante en jefe había ordenado al teniente coronel Tindal, jefe de la gendarmería mexicana, que hiciese volver á sus filas á los militares franceses entrados en dicha gendarmería y que aun estaban ligados al servicio francés.

El gobierno de Maximiliano se opuso á esa determinación y se abrió una lucha en la que no sabían qué hacer los oficiales franco-mexicanos, colocados entre el deber de la obediencia y el compromiso con el Imperio, entre el Mariscal que los castigaría por no ejecutar sus órdenes y el jefe mexicano porque obedecían al Mariscal.

El 11 del mismo Enero el general Douay circuló una comunicación, diciendo que el Emperador Napoleón, por un despacho que trasmitió al comandante en jefe, prescribía que regresaran á su Patria todos los franceses que lo desearan, así como las legiones austriaca y belga si lo querían. Ante prescripciones tan ter-

minantes, Douay creía un deber atender a las peticiones que le hacían en ese sentido sus nacionales, y quitar toda responsabilidad á los jefes de las compañías en que había individuos que quisieran aprovechar el beneficio que se les ofrecía. Los generales franceses trataban de limitar lo más que fuera posible, las consecuencias funestas de un fracaso en política; pero Maximiliano estaba en su derecho para considerar riguroso é injusto lo que se hacía, siendo evidente que se trataba de debilitarle cada vez más, con objeto de impulsarle á la imperiosa necesidad de la abdicación, y en tal conducta veía solamente una violencia; debido á esto se convirtió para Maximiliano el asunto de abdicación en asunto de honor.

No fué ya solamente á los soldados enganchados, sino á todos los franceses y europeos, á quienes se les proponía abandonar á México, aun cuando tal conducta fuese la ruina absoluta del ejército imperial. El comandante de la gendarmería de Puebla creyó de su deber, puesto que servía á México, comunicar aquellas instrucciones al general Noriega, comandante de la plaza, para que las trasmitiese á su Emperador. Este, en contestación telegráfica, dirigida á Tindal el día 13 del mismo Enero, le prohibió entregar ni un solo gendarme francés al general Douay, á quien también le fué trasmitido el telegrama. Douay contestó negando haber dicho que se usara de rigor para acabar la gendarmería, y que ofrecía únicamente facilitar la repatriación de los franceses, ya fueran militares ó civiles, aun aquellos que estuviesen ligados por juramento pero que quisieran abandonar las filas del ejército mexicano.

A pesar de la oposición é instrucciones dadas por Maximiliano, disponía el Barón Tindal el día siguiente, que en Puebla se permitiese que le fueran remitidos al general Douay todos los militares franceses de aquella compañía de gendarmes, después de haberles quitado las armas y caballos. Aunque así resuelto este punto, batalló Maximiliano todavía para que no se le quitaran los otros europeos que estaban alistados en su favor. En vista de estas dificultades, se verificaba ese mismo día una Junta de treinta y cuatro de los más caracterizados partidarios del Imperio, con objeto de resolver si se debía conservar la esperanza de consolidar el gobierno.

Entretanto, escándalos semejantes al que produjo la intervención de los fondos recaudados en la aduana del puerto de Veracruz, motivaron en la capital las medidas de violencia que exigía la situación; rehusaban los agentes imperiales dar á los comerciantes las mercancías que llegaban á la aduana, aunque ya hubiesen pagado los derechos en el puerto de desembarco y tal circunstancia producía graves perjuicios al comercio, principalmente por hallarse al concluir el año. Entonces acordaron el Mariscal, el Ministro Danó y el general Castelnau, á quienes se unió el inspector general de hacienda M. de Maintenant, que por grado ó por fuerza fuesen entregadas las mercancías á los interesados, y aunque se resistió el Señor Pereda, Sub-secretario de Negocios Extranjeros, se llevó adelante lo dispuesto por los comisarios franceses que mandaron se insertara en

el periódico "L'Ere Nouvelle," un aviso con el objeto de que llegaran al conocimiento de los comerciantes las disposiciones tomadas.

El Señor Pereda protestó solemnemente, diciendo que el Emperador Maximiliano veía con profundo disgusto y aflicción la conducta que en este asunto habían observado las autoridades francesas en México, pues que aun cuando estuviese en vigor la Convención del 30 de Julio, no las autorizaba á ejercer actos de jurisdicción en el Imperio, ni á despreciar la soberanía de su gobierno; en consecuencia, protestaba una y más veces, solemne y formalmente, contra procedimientos tan irregulares como atentatorios á los derechos de la Nación y á la autoridad del Soberano, haciendo responsables ante la Francia, ante su propio gobierno y ante todas las naciones civilizadas, á los representantes franceses en México, del conflicto producido por tales procedimientos, así como de todas las consecuencias. (1)

Al comenzar el mes de Febrero de 1867, el ejército francés, en plena retirada, se extendía como una cinta de acero en el camino entre México y Veracruz. También descendía el cuerpo austro-belga para embarcase el primero, según la promesa hecha á Maximiliano. Pocos dias faltaban para que la capital mexicana quedará desocupada por las tropas intervencionistas, y ya se notaba que los alrrededores de ella estaban ocupados por numerosas guerrillas cuyo arrojo crecía moviéndose en constante oleaje. Los soldados franceses ya no combatían y los republicanos se detenían fuera del alcance de sus rifles, pero á la vista de los expedicionarios que se retiraban. Unos y otros comprendían que era va inútil combatir.

El presidente del Consejo de ministros de Maximiliano, disgustado con esa actitud pasiva de los franceses dirigió una carta á Bazaine, quien por tal motivo se quejó con Maximiliano y determinó un choque con el ministerio. (2)

En vista de la carta referida, el Mariscal manifestó á Maximiliano, que no quería ya tener relaciones directas con el gobierno presidido por el Sr. Lares. Como prueba de amistad y estimación á Maximiliano, había ordenado Bazaine, que los jefes de las fuerzas de Márquez fueran puestos al corriente del estado

(1) La conducta de los representantes de la Francia había obligado al gobierno de Maximiliano, á dirigirse á los comerciantes que tenian en la aduana mercancías provenientes de Veracruz, expedidas con documentos que no estaban conformes con las leyes del Imperio, manifestándoles: que los representantes de la Francia carecían de autoridad para situar en la aduana agentes que favoreciesen la salida de dichas mercancías, pues aun suponiendo en vigor la Convención de 30 de Julio, ésta solamente autorizaba á dichos representantes para la administración en el puerto, sin extenderse jamás á las aduanas interiores. Por lo tanto, si los comerciantes extraian sus mercancías sin previo arreglo con la respectiva administración de las rentas mexicanas, quedarían sujetos á lo que hubiere lugar, conforme á las leyes fiscales en vigor.

[2] El caso relativo fué el siguiente: Texcoco había sido atacado y los franceses no prestaron auxilio; tal conducta provocó una pregunta acerca de la actitud que tomarían las tropas francesas que aún ocupaban la capital, en caso de que los republicanos la atacaran, ¿la defenderían ó la entregarían? pregunta que Bazaine calificó de ofensiva para la lealtad del ejército francés, y la consideró como resultado de la perfidia de un partido que tildó "de antipático para la Nación, y cuyos jefes abusaban del ascendiente que creían tener, ó de la confianza que habían sabido inspirar, para preparar á México y al Emperador una era sangrienta de represalias, de dolorosas peripecias, de ruinas, anarquía y humillaciones sin número."

que guardaban en la plaza las fortificaciones y los almacenes de armas y municiones. Participó que la salida de los últimos contingentes expedicionarios, se verificaría en la primera quincena de Febrero. Esa comunicación enviada á Maximiliano fué recibida por el padre Fischer, quien informó á Bazaine, diciendole que Maximiliano no había querido recibir nota tan severa é injusta para sus ministros. Bazaine no volvió á ver á Maximiliano y la ruptura fué ya definitiva.

A los muchos motivos existentes para el rompimiento de relaciones entre Maximiliano y Bazaine, vinieron á añadirse otros, por haber solicitado el general en jefe condecoraciones de la cruz de Guadalupe para varios oficiales y soldados pertenecientes á regimientos que habían hecho toda la campaña. [1]

Entre los comisarios franceses faltaba enteramente la armonía respecto á la manera de apreciar en México la situación; tal desacuerdo llegó á conocimiento del gabinete de Washington por medio del ministro Matías Romero, bien informado de lo que ocurría en la capital mexicana. Sabíase allá que la permanencia de Maximiliano en México, después que se retiraran los tropas expedicionarias, disgustaba profundamente á los comisarios Danó y Castelnau y que Bazaine tropezaba con grandes dificultades para llevar adelante sus designios.

No era posible forzar á Maximiliano á seguir al ejército francés y que regresara á Europa en los furgones de los expedicionarios, cuando el mismo gabinete de Napoleón confesaba con franqueza, en 31 de Diciembre, que la retirada en tales condiciones era una mancha en la vida política de Maximiliano, y que mejor sería conseguir su alejamiento de otra manera. Siempre se dudó que tuviese la energía necesaria para emprender la campaña, donde podía encontrar la suerte reservada á los conquistadores vencidos.

La conducta militar y política de los comisarios franceses, aparecía sospechosa porque se inspiraba en las instrucciones vagas y mal definidas de las Tullerías, proceder que abrió la puerta á porción de compromisos y á intrígas amistosas con los republicanos, á los cuales hizo saber Bazaine que, aunque su gobierno le impedía verificar nuevas expediciones, también le ordenaba batirlos si se acercaban á las plazas ocupadas por los expedicionarios, á una distancia menor de dos jornadas de camino, y en este sentido se dirigió á los jefes Porfirio Diaz y Vicente Riva Palacio. La situación era enteramente falsa, y de ella brotaban hechos contradictorios; Bazaine aseguró que se atenía precisamente á instrucciones escritas. Desde la llegada del general Castelnau, había dejado de recibir Bazaine correspondencia directa de Napoleón, é interrumpió por algún tiempo los informes que también directamente enviaba á su Soberano.

(1) El secretario Fischer ya no se dirigía á Bazaine sino al general D'Osmont, diciéndole, que la conducta del Mariscal había ocasionado el término de las relaciones entre éste y Maximiliano; pero que deseando no dejar sin recompensa los buenos servicios de dignos militares, le proponía Fischer á D'Osmont que éste hiciese la solicitud en su propio nombre y no en el de Bazaine, ó bien que dirigiese una carta particular á la secretaría con igual objeto. El partido clerical se vengaba de las ideas liberales de Bazaine y á su vez hacía pagar muy caro á Maximiliano las tendencias liberales y reformistas que manifestó al principio de su reinado.

El 10 de Enero (1867) dirigió Napoleón un despacho al general Castelnau, en el que le dijo que no forzara al Emperador Maximiliano á abdicar; pero que tampoco retardara la retirada de las tropas y de todos los franceses que no quisieran permanecer aquí. Tal conducta podía considerarse hostil al Mariscal, é indicaba que debía abrigar poca esperanza de valimiento en el porvenir. De aquí dimanó que se pidieran nuevas instrucciones á las Tullerías, no teniendo Bazaine en París quien le impusiera de la verdadera política que hacía ya un año seguía el gabinete de las Tullerías respecto á los asuntos de México, en los que se procuraba dejar que recayera sobre Bazaine toda la responsabilidad.

Ya en la capital, pudo palpar Maximiliano las dificultades invencibles con que tropezaba, al seguir los consejos que le diera Eloin desde el extranjero y los del padre Fischer aquí; conoció que era forzozo perder la esperanza de vencerlas, principalmente á causa de que se retiraba la legión extranjera y se desorganizaban los contingentes auxiliares del ejército mexicano, en cuyas filas había voluntarios franceses que con dificultad se quedarían aquí después de la salida del ejército expedicionario.

Maximiliano, por un rasgo indiscreto de generosidad, había concedido que no se asociara á su destino la fortuna de sus compatriotas y los desligó de toda clase de compromisos así como á los belgas. Entonces el Mariscal Bazaine le pidió que diese una disposición respecto á los militares franceses que servían en el ejército mexicano, y Maximiliano le dijo que también quedaban en libertad, según su última carta dirigida al cuartel general el 7 de Enero. Parecía increíble que ante tanta desorganización y en presencia de hechos definitivos, conservara todavía Maximiliano esperanzas de que la corte de las Tullerías suavizara sus rigores, contribuyendo á sostener sus ilusiones una carta de la Emperatriz Eugenia, en la que lisonjeaba al Príncipe diciéndole que esa misiva tenía por objeto curar la herida abierta por las disposiciones del gobierno francés. Perdió Maximiliano sus secretas esperanzas únicamente, cuando desde Compiegne se le ordenó á Bazaine, que repatriase no solamente á las tropas francesas, sino también á las legiones austriaca y belga. (1)

(1) Entre Maximiliano y los representantes del Emperador francés, ocurrieron nuevos disgustos que aumentaron día por día las mútuas recriminaciones. En la noche del 15 de Enero [1867] el general Márquez, jefe del segundo cuerpo del ejército, mandó aprehender á los señores Pedro y Eduardo Garay, tachados de sostener relaciones con los republicanos armados. Al siguiente día el general Ugarte, jefe de la policía, recibió un oficio del general francés De Maussion, que mandaba la subdivisión de México, citándole para las tres de la tarde; Ugarte se presentó al general francés y éste le dijo: que permanecería detenido hasta que fuera puesto en libertad D. Pedro Garay, quien poseía un salvo-conducto del Mariscal Bazaine y por lo mismo no podía ser arrestado.

Ugarte se dirigió al Ministro de Gobernacion y éste en seguida envió una nota al Mariscal Bazaine, denunciando como un ultraje la conducta seguida con el jefe de la policía, pues Garay no había sido arrestado por él, y aun cuando lo hubiera sido, no tenían los franceses el derecho de intervenir para ponerlo en libertad. Por su parte, el general Marquez dirigió al Ministerio de la Guerra, copia de una carta del general De Maussion, en la que ordenaba que fuese puesto en libertad in-

Siendo manifiesto el deseo respecto á que Maximiliano abdicara, el Mariscal hizo todo lo posible para obligarle á ello, ayudado por los ministros de Austria y Bélgica. Los franceses, á ese fin, no solamente pusieron en poder de los republicanos muchas poblaciones y armas, sino que suscitaron cuantos obstáculos les fué posible para impedir la organización del nuevo ejército imperial. (1)

La opinión pública se mostraba excitada por la discordia que estalló entre Maximiliano y Bazaine, aunque ya se aseguraba que las instrucciones proceden-

mediatamente D. Pedro Garay y que se le devolviera el salvo-conducto que se le había tomado dado por Bazaine; Marquez informó que ningún salvo-conducto había mostrado Garay al ser preso, y que ni siquiera había dicho que lo tuviera. El Ministro de la Guerra contestó: que los dos Garay. serían juzgados por una corte marcial, y dirigiéndose á la vez á Bazaine, le preguntaba confidencialmente, si había dado á D. Pedro Garay algún salvo-conducto y le hacía notar cuan peligroso es confiar á enemigos del gobierno tales medios de seguridad. El Mariscal no contestó á esta nota.

El día 16 volvió á dirigirse Marquez al Ministro de la Guerra, acompañando su carta con un oficio del general De Maussion, en que éste le decía: que el general Ugarte quedaría preso hasta que D. Pedro Garay fuera puesto en libertad. La nota de Marquez fué enviada al Mariscal Bazaine, pidiéndole la libertad del jefe de policía, con las excusas debidas á la justicia y á las cordiales relaciones entre los dos Imperios; el siguiente día tuvo el Ministro de la Guerra una conferencia con el Mariscal, y en seguida fué puesto en libertad el general Ugarte, entregado Garay á las autoridades francesas para ser juzgado por una corte marcial mexicana y Bazaine dió, el día 19, explicaciones escritas acerca de la prisión de Ugarte.

Otro incidente se presentó por entonces. El Mariscal Bazaine se dirigió el día 17 al ministerio de Maximiliano, quejándose de que el Diario nombrado "La Patria," había publicado en la mañana un artículo, en el que insultaba á los militares franceses y á la dignidad é intereses del ejército; que en consecuencia había mandado que juzgara la corte marcial al autor del artículo ó a editor, quedando suprimido el periódico. En este asunto se cambiaron varias notas, fueron puestos en libertad los dos presos; pero quedó suprimido el periódico. La intervención del Mariscal dió motivo á muchos comentarios, viniendo esos incidentes á complicar la situación, ya bastante grave.

(1) El mes de Enero (1867) así como parte de Diciembre anterior, se habían pasado en preliminares de arreglo con los republicanos. Respecto á este asunto escribió una carta el general Porfirio Díaz, en la que se encuentra una grave acusación contra el Mariscal; en dicha carta, reproducida por los periódicos europeos, se lee: "El Mariscal Bazaine, por intermedio de tercera persona, me ofreció entregarme las ciudades ocupadas por los franceses y poner en mi poder á Maximiliano, Márquez, Miramón y demás, si yo aceptaba una proposición que he rehusado porque no la encontré honrosa."

Otra proposición provenida igualmente de la iniciativa del Mariscal Bazaine, se refería á la adquisición de seis mil fusiles y de cuatro millones de cápsulas. "Si yo lo hubiera querido, dijo el general Díaz, también me habría vendido cañones y pólvora; pero rehusé aceptar estas proposiciones." Fuera de tales explicaciones, se ignora absolutamente lo que pasó entre el Mariscal y el general Díaz, en lo que se refiere á la primera proposición; pues en cuanto á la segunda sí existen algunos detalles que se deben á Mr. Kératry: "En cuanto á la entrega de seis mil fusiles, cuyo asunto se trató á petición de Maximiliano, esas armas fueron comprendidas en el material que podía ser entregado, *al futuro jefe del Estado legalmente reconocido.* La propia declaración de Mr. Otterburg, bastaría para atestiguar la autenticidad de esta proposición, en la forma y en el fondo, pues ella ha dado origen á la famosa carta de Porfirio Díaz dirigida al Ministro de Juárez, Romero, y publicada más tarde por el gabinete de Washington. La tercera persona á la cual Porfirio se refiere, es precisamente ese cónsul americano que bajo ningún concepto había sido autorizado para hacerse intérprete oficioso ni oficial del cuartel general francés cerca de ese jefe disidente, según él mismo puede atestiguarlo."

"La proposición que Porfirio entiende haber rechazado como poca honrosa, se relaciona con el reconocimiento de la deuda y de los empréstitos franceses. En cuanto á la cesión eventual de cañones y de fusiles, se encuentra su explicación en la relación que precede. Queda el designio atribuido al Mariscal, de haber querido entregar secretamente á Porfirio armas, lugares del Imperio y aún al Emperador y sus generales, calificado de calumnia. Porfirio Díaz á quien no se puede sino alabar por la enérgica reivindicación de los derechos de su país, ha cedido á pérfido consejo ó á un sentimiento culpable, que él no puede dejar de desaprobar."

Con relación á ese asunto, he aquí lo que refiere M. Duvernois en su obra sobre la Intervención francesa en México, (*pág. 310*): "Porfirio Díaz había enviado á México un individuo apellidado Thiele, para tratar del cange de prisioneros, y este personaje fué el intermediario entre el Mariscal

tes de París, hacía cerca de un año, prescribían obtener de Maximiliano una abdicación, aunque apareciese con el carácter de forzada. (1)

Al regresar Maximiliano de Orizaba á fines del año de 1866, se detuvo en los alrededores de la capital en la Hacienda de la Teja, de donde no salió sino hasta los últimos días del siguiente Enero. El tiempo urgía, una fuerza considerable de republicanos había penetrado al Estado de México; apenas llegado Maximiliano á la Teja, se le avisó que sus contrarios habían tomado á Cuernavaca, situada á diez y siete leguas de la capital, siendo esa población la elegida muchas veces por él para residencia imperial, y de aquel rumbo recibía la capital mexicana gran parte de sus provisiones. Aquella ciudad había estado sometida á la vigilancia de la compañía franca mandada por el capitán Clery, retirado del servicio al partir de México el ejército francés.

Se creyó indispensable volver á posesionarse de Cuernavaca y para ello fué comisionado el coronel jefe de la guardia municipal de México, Paulino Lamadrid, dándosele trescientos gendarmes y ciento cincuenta cazadores; con esta corta fuerza tomó el camino que conduce al Sur, vía accidentada y peligrosa

y el general mexicano. Los despachos de Thiele estaban dirigidos á los jefes franceses de los puntos avanzados, y del mismo modo éstos les hacían llegar á los puntos avanzados de los republicanos y de allí eran enviados á su destino. Thiele no tomó interes en que quedaran secretos sus actos. Por otra parte, Porfirio Díaz tenía en México amigos indiscretos, y entre éstos se decía: que Thiele había escrito á Porfirio un despacho en cifras, en el cual se trataba de los ofrecimientos del Mariscal, con respecto á la entrega de seis mil fusiles y otras municiones." "En ese despacho, Thiele refirió con exactitud el estado de las fuerzas de Márquez y explicaba de qué manera se podía fácilmente batir al general imperialista."

(1) "El Nacional" de México publicó algunos años después lo siguiente:

"El telégrafo nos anunció ayer que ha hecho sensación en París la publicación de una carta del general Diaz, en la cual declara que Bazaine le propuso entregarle las ciudades que estaban bajo el poder de los franceses, y lo que es más al Emperador Maximiliano, á Miramón, á Mexía y á otros jefes imperialistas, si el general Diaz aceptaba proposiciones que éste rechazó por deshonrosas.

Es una verdad que Bazaine traicionó al Imperio que su soberano le mandó sostener; que conspiraba de acuerdo con los republicanos contra el Imperio; que cuando la persona intermedia entre él y los juaristas, que era D. Pedro de Garay y Garay fué descubierta y presa por la policía del Imperio, Bazaine mandó oficiales suyos á salvar los papeles que lo comprometían, y luego exigió se le entregara al preso; que negándose Maximiliano, mandó formar una columna de infantería para sacarlo por la fuerza del cuartel de la guardia municipal donde estaba encerrado; es verdad que Bazaine vendió armas y pertrechos de guerra á los republicanos, que les descubrió los planes de resistencia y de guerra del gobierno imperialista y que lo traicionó y le hizo cuantos males pudo hasta que se embarcó. Es verdad que hasta el 2 de Marzo sus agentes trataban con los del general Diaz, sirviendo de conducto un francés empleado del general mexicano, Thiele, si mal no recordamos. Es verdad también que á los oficiales y soldados franceses que con su consentimiento y del gobierno frances se quedaron en México bajo las banderas del Imperio, los declaró desertores en los días de embarcarse, si no volvían á las banderas francesas, lo que dió motivo, dice un historiador contemporáneo, á que Escobedo, considerándolos como desertores, fusilara ciento noventa franceses en San Jacinto, lo que ocasionó una protesta terrible contra Bazaine, de varios oficiales franceses.

Algún día con criterio imparcial se escribirá la historia del segundo Imperio en México, y se verá que la perfidia de Bazaine contribuyó no poco á la ruina de aquel, y que el traidor de Metz bien merecía las memorables palabras que le arrojó al rostro D. Alejandro Arango y Escandón en hora solemne para el Imperio: "Idos, nada importa. Habeis hecho muy poco por vuestro soberano: menos aun por la Iglesia: nada, absolutamente nada, por vuestra honra."

Nada extraño sería pues, que nuevo Judas, hubiera entregado á los republicanos al Emperador y sus generales, él sobre quien la sangre del Cerro de las Campanas caerá perdurablemente como sobre el otro traidor, mexicano por desgracia, que entregó á su bienhechor, á su soberano y á sus hermanos de armas en la plaza de Querétaro.—Max."

que atraviesa por un terreno desolado, de formación volcánica, y poco poblado hasta llegar á la ciudad. Cerca de Cuernavaca encontró Lamadrid á la guarnición imperial que se había visto obligada á retirarse y la incorporó á su fuerza. Los republicanos abandonaron la ciudad á la aproximación de la columna imperialista, que entró á ella sin disparar un solo tiro. En la tarde, sabiendo Lamadrid que sus contrarios estaban cerca de la población, manda ensillar y sin esperar á que le siguieran los suyos franquea las trincheras, acompañado tan solo de unos pocos; pero á doscientos metros de la plaza cae en una emboscada, cien fusiles disparan; varios de los que le rodean caen muertos, él herido en la frente da media vuelta en busca de sus cazadores que acababan de franquear las trincheras, y que sorprendidos por sus contrarios se desbandan, desordenan la gendarmería que les sigue y que se rehace aun al mando de Lamadrid, quien poco después muere. Los republicanos descubren una pieza de artillería y ametrallan á los imperiales, hasta que se apoderó de ella el subteniente Imbert con veinte gendarmes.

Retirada de Cuernavaca la guarnición imperialista, fué conducida á Toluca y en seguida á México, yendo con las tropas los vecinos que se consideraban comprometidos. El convoy era largo y á duras penas se logró que, combatiendo á los republicanos pasara por el desfiladero de las Cruces. Los enemigos del Imperio, organizados y fortalecidos avanzaban y la capital era presa de mortal incertidumbre; el dinero se ocultaba y muchos establecimientos eran clausurados.

Creció el pánico al saberse que el comandante en jefe, Bazaine, había resuelto que la capital mexicana quedaría evacuada difinitivamente el 1º de Febrero (1867). Llegaban á la ciudad familias mexicanas del interior del país y las de europeos que seguían á los diversos cuerpos franceses que, después de atravesar la capital, continuaban su marcha para Veracruz.

Los republicanos, avanzando siempre, sitiaron á Texcoco, separada de la capital por el lago del mismo nombre, y defendida por el coronel Miguel López con setecientos hombres, en los momentos en que se verificaba la concentración de los imperialistas en la capital, á la que entraron procedentes de Puebla los gendarmes al mando del comandante Chenet y se unieron al batallón Hammerstein y al regimiento de húsares rojos. Con estas fuerzas enviadas á Texcoco, se logró que se levantara el sitio y se salvara la guarnición (1).

(1) En Febrero de 1867 se reunió en México un grupo de franceses, antiguos soldados que por la circular de Bazaine que los consideraba desertores, ó por otros motivos, se encontraban en la mayor miseria, sin que su Legación pudiera socorrerlos. Entonces el jefe de escuadrón M. Chenet, tuvo la idea de hacer con ellos un cuerpo especial en servicio del Imperio, y el 23 del mismo mes pidió autorización para organizar aquella fuerza, compuesta solamente de franceses con los grados que habían tenido en el ejército.

En este nuevo cuerpo estaban los que habían cumplido su tiempo de servicio y que sin poder ocuparse en negocios no hallaban otro medio de subsistencia; los que no habían tenido tiempo para reunirse á la columna expedicionaria que se encontraba en Veracruz; los que enganchados en el ejército imperialista mexicano se encontraban disgustados, y todos los desertores franceses que no



Coronel Paulino G. Lamadrid.

Resuelto y activo partidario del Imperio, asistió á porción de importantes hechos de guerra, entre los cuales se distinguió el verificado en Zitácuaro, en Julio de 1864, sacando la peor parte los republicanos. En las agonías del Imperio, después que por el voto de los Consejos regresaba Maximiliano de Orizaba á la Capital, con designio de convocar un Congreso Nacional que pusiera fin á las arduas dificultades con que tropezaba, fué enviado el Coronel G. Lamadrid á Cuernavaca para auxiliar á la guarnición hostilizada allí por los republicanos. Venciendo grandes obstáculos en la penosísima marcha que ejecutó, pudo llegar á esa ciudad. Allí, impulsado por su temerario arrojo y acompañado de pocos, franquea las trincheras y cae en una emboscada; cien fusiles dispararon sobre el pequeño grupo de imperialistas; Lamadrid ve caer á su derredor á varios de los que le seguían, y á su vez recibe en la frente una bala que le originó la muerte.

que atraviesa por un terreno desolado, de formación volcánica, y poco poblado hasta llegar á la ciudad. Cerca de Cuernavaca encontró Lamadrid á la guarnición imperial que se había visto obligada á retirarse y la incorporó á su fuerza. Los republicanos abandonaron la ciudad á la aproximación de la columna imperialista, que entró á ella sin disparar un solo tiro. En la tarde, sabiendo Lamadrid que sus contrarios estaban cerca de la población, manda ensillar y sin esperar á que le siguieran los suyos franquea las trincheras, acompañado tan solo de unos pocos; pero á doscientos metros de la plaza cae en una emboscada, cien fusiles disparan; varios de los que le rodean caen muertos, él herido en la frente da media vuelta en busca de sus cazadores que acababan de franquear las trincheras, y que sorprendidos por sus contrarios se desbandan, desordenan la gendarmería que les sigue y que se rehace aun al mando de Lamadrid, quien poco después muere. Los republicanos descubren una pieza de artillería y ametrallan á los imperiales, hasta que se apoderó de ella el subteniente Imbert con veinte gendarmes.

Retirada de Cuernavaca la guarnición imperialista, fué conducida á Toluca y en seguida á México, yendo con las tropas los vecinos que se consideraban comprometidos. El convoy era largo y á duras penas se logró que, combatiendo á los republicanos pasara por el desfiladero de las Cruces. Los enemigos del Imperio, organizados y fortalecidos avanzaban y la capital era presa de mortal incertidumbre; el dinero se ocultaba y muchos establecimientos eran clausurados.

Creció el pánico al saberse que el comandante en jefe, Bazaine, había resuelto que la capital mexicana quedaría evacuada difinitivamente el 1º de Febrero (1867). Llegaban á la ciudad familias mexicanas del interior del país y las de europeos que seguían á los diversos cuerpos franceses que, después de atravesar la capital, continuaban su marcha para Veracruz.

Los republicanos, avanzando siempre, sitiaron á Texcoco, separada de la capital por el lago del mismo nombre, y defendida por el coronel Miguel López con setecientos hombres, en los momentos en que se verificaba la concentración de los imperialistas en la capital, á la que entraron procedentes de Puebla los gendarmes al mando del comandante Chenet y se unieron al batallón Hammerstein y al regimiento de húsares rojos. Con estas fuerzas enviadas á Texcoco, se logró que se levantara el sitio y se salvara la guarnición (1).

(1) En Febrero de 1867 se reunió en México un grupo de franceses, antiguos soldados que por la circular de Bazaine que los consideraba desertores, ó por otros motivos, se encontraban en la mayor miseria, sin que su Legación pudiera socorrerlos. Entonces el jefe de escuadrón M. Chenet, tuvo la idea de hacer con ellos un cuerpo especial en servicio del Imperio, y el 23 del mismo mes pidió autorización para organizar aquella fuerza, compuesta solamente de franceses con los grados que habían tenido en el ejército.

En este nuevo cuerpo estaban los que habían cumplido su tiempo de servicio y que sin poder ocuparse en negocios no hallaban otro medio de subsistencia; los que no habían tenido tiempo para reunirse á la columna expedicionaria que se encontraba en Veracruz; los que enganchados en el ejército imperialista mexicano se encontraban disgustados, y todos los desertores franceses que no



Coronel Paulino G. Lamadrid.

Resuelto y activo partidario del Imperio, asistió á porción de importantes hechos de guerra, entre los cuales se distinguió el verificado en Zitácuaro, en Julio de 1864, sacando la peor parte los republicanos. En las agonías del Imperio, después que por el voto de los Consejos regresaba Maximiliano de Orizaba á la Capital, con designio de convocar un Congreso Nacional que pusiera fin á las arduas dificultades con que tropezaba, fué enviado el Coronel G. Lamadrid á Cuernavaca para auxiliar á la guarnición hostilizada allí por los republicanos. Venciendo grandes obstáculos en la penosísima marcha que ejecutó, pudo llegar á esa ciudad. Allí, impulsado por su temerario arrojo y acompañado de pocos, franquea las trincheras y cae en una emboscada; cien fusiles dispararon sobre el pequeño grupo de imperialistas; Lamadrid ve caer á su derredor á varios de los que le seguían, y á su vez recibe en la frente una bala que le originó la muerte.

Aun permanecía Maximiliano en la Hacienda de la Teja el 26 de Enero, é hizo publicar una carta y una proclama, dirigida la primera al ministro de Fomento, prescribiendo la concesión de terrenos á los franceses que se encontrasen en la imposibilidad de abandonar á México, con cuya concesión esperaba contrabalancear los esfuerzos del Mariscal para repatriarlos. La proclama iba dirigida á la Nación Mexicana, recomendando los sentimientos de fraternidad para con los numerosos franceses que se habían alistado en el ejército imperial. A la verdad, apenas llegaba á ochocientos el número de los que habían quedado al servicio del Imperio; si se exageraba la cantidad de ellos, era con designio de alentar á los soldados indígenas y para atacar al Mariscal y á la Embajada francesa, con quienes hacia tiempo cambiaban Maximiliano y su gobierno estocada por estocada, exasperándose de una y otra parte el amor propio, la vanidad y el orgullo. (1) En aquellos momentos habían llegado las pasiones en

queriendo servir á los juaristas, tampoco querían ser bandoleros. Ese cuerpo, que llegó á contar cerca de seiscientos hombres, en infantería, caballería y artillería, tomó el nombre de contraguerrilla Chenet, abandonando el de contraguerrilla francesa á instancias oficiales del ministro de Francia.

Al principio debió ser solamente un cuerpo de caballería; pero desde el 24 de Febrero, en que el prefecto policto de México, general O'Horan permitió el enganche, salvando la ratificación del Ministro de la Guerra y este la del Emperador, substituyó dicho cuerpo á la compañía de gendarmes mandada por Chenet. El 20 de Marzo, veinticinco hombres de esa fuerza fueron en auxilio de Tacubaya, atacada por un grupo de republicanos pertenecientes á la brigada de Riva Palacio.

(1) Maximiliano mostró sus simpatías hácia los franceses perjudicados con la conducta de Napoleón, según lo comprueban los siguientes documentos:

Palacio de México, Enero 26 de 1867.

Mi querido Ministro de Fomento:

Los trastornos políticos que ha sufrido y actualmente está sufriendo México, han traído por consecuencia la completa ruina de innumerables familias extranjeras, especialmente de nacionalidad francesa, quienes se encuentran en el caso de no poder aprovecharse de la invitación que la Legación francesa les ha hecho de volver á su país natal con el Cuerpo expedicionario.

Yo deseo aliviar en lo que cabe la suerte de éstos, proporcionándoles los medios de formar un hogar doméstico entre nosotros, facilitándoles terrenos que puedan colonizar.

Recomiendo, pues, á V. me proponga los medios convenientes para llenar este objeto.

Recibid las seguridades de la benevolencia de vuestro afectísimo

Maximiliano.

Con intención de evitar las rivalidades entre individuos de diferentes nacionalidades, hizo publicar la siguiente disposición.

Orden del día del Emperador al Ejército.

Palacio de México, Enero 26 de 1867. Generales, Jefes, Oficiales y Sub-oficiales de Nuestro Ejército Nacional.

Entre vosotros existe un buen número de dignos militares que no vieron en México la primera luz, pero que son mexicanos por adopción y por sentimientos. Deseamos ardientemente que la más perfecta fraternidad reine entre naturales y adoptivos; que unidos compartan las fatigas de la campaña, el peligro de los combates y las dulzuras de la paz. Os conjuramos á todos para que así lo hagais, pues Nos sería sensible castigar faltas de armonía, no solo en hechos, sino en palabras que pudieran herir la susceptibilidad de los que hoy son nuestros hermanos; á éstos hago el mismo encargo, y no dudo que quedaremos del todo complacidos, tanto por unos como por otros.

El ejército francés regresa á su patria; pero una parte considerable de los hijos de la nóble Francia queda entre nosotros, ya ocupando puestos en el ejército nacional después de haber servido en el patrio, ya dedicados al comercio, á la industria ó á las artes. Es en nosotros un deber cuidar

unos y otros á su límite, no se oía hablar más que de violación del tratado de Miramar, de la carencia del apoyo que el Mariscal debió dar al gobierno imperial y de las odiosas intrigas para lograr que el Emperador abdicara.

Conducta tan irregular hería de tal manera los sentimientos de Maximiliano, que al hablar de aquellos asuntos contraía la cólera sus facciones, y en una conferencia tenida el 1° de Febrero emitió estos conceptos: "He vuelto de Orizaba principalmente porque conocí el tráfico que se quería hacer en nombre y con motivo de mi abdicación!" Tal vez se refería á los trabajos emprendidos para una inteligencia con González Ortega, á fin de lograr el reconocimiento de la deuda contraída con Francia, y la salvación de los intereses personales financieros de la colonia francesa en México.

El 5 de Febrero, (1867) al abandonar los franceses la capital del Imperio, toda la población estaba en las calles gozando de una mañana esplendorosa; la inmensa mayoría de mexicanos anhelaba ver la salida del último soldado francés, porque la Intervención se había hecho odiar de todos los partidos por la arrogancia, la vanidad y la avaricia que manifestaron desde el Mariscal y sus oficiales hasta los soldados rasos; despreciaban á los mexicanos, insultaban en las poblaciones á los transeuntes tomándose siempre las aceras y empujando á los que no las cedían con presteza, molestaban al vecindario con la carga de alojamiento y otras exigencias impertinentes, á la manera que siempre lo han hecho los ejércitos que se creen conquistadores.

En su marcha, iniciada á las nueve de la mañana, recorrieron las tropas francesas de retaguardia, mandadas por el Mariscal Bazaine seguido de su Estado Mayor, las calles de San Francisco y Plateros, pasaron por la plaza de Armas y fueron á desembocar por la garita de San Antonio Abad; ninguna manifestación amistosa ó de respeto se vió; marchaban en medio del silencio, los balcones de Palacio permanecieron cerrados y Maximiliano se abstuvo de presentarse en ellos cuando pasaron las tropas que en días de entusiasmo habían sido sus aliadas.

Un día después quedaba completamente evacuada la capital, habiendo empleado el tiempo en inutilizar cierta cantidad de municiones, cerca de cincuenta piezas de artillería entre ellas seis rayadas y en enterrar cuatro mil granadas que después extrajeron los imperialistas. En las calles de México fueron aparecien-

con escrupuloso esmero de que los primeros no encuentren motivos de disgusto entre sus compañeros de armas, á cambio de la abnegación con que prefieren quedarse en México á volver á su país; respecto á los demás, debemos procurar lo mismo, á fin de que sus personas é intereses no tengan que sufrir. Al cumplimiento de estos propósitos os conjuramos con particularidad.

Maximiliano.

Muchos de los franceses aquí residentes se apresuraron á aprovechar la oferta que les hizo la Legación, presidida por el Ministro Danó por medio de los periódicos de la capital, en nombre del gobierno francés, concordante con el siguiente aviso: "*todos los franceses residentes en México y que deseen regresar á Francia, tienen solamente que dirigir su solicitud al gabinete del ministro... Los gastos de repatriación quedan á expensas del Estado.*"

do multitud de desertores franceses, en su mayor parte pertenecientes á la legión extranjera.

Gran número de franceses acudieron al ministro Danó para salir del país bajo su protección. La columna que mandaba el Mariscal se incorporó en Puebla al convoy civil y le sirvió de escolta. Tristes recuerdos y serias consideraciones asaltaron el ánimo de Bazaine, al dirigir sus últimas miradas á la llanura de San Lorenzo en la que había alcanzado el año de 1863 la importante victoria que hizo poseedor de Puebla, diez días después, al ejército expedicionario. Los soldados franceses dieron á esa ciudad el último adios, lamentando que tan presto hubiese variado su situación, entonces muy distinta de aquella en la que habían sido recibidos por los partidarios del Imperio, con flores y coronas al terminar el sitio que sostuvo con firmeza el general González Ortega. En su marcha para Orizaba, después de salvar las Cumbres sin tropezar con dificultades, pues se abstuvieron el coronel Félix Díaz y el general Figueroa de llevar á efecto el proyecto de saludar con descargas al Mariscal, retirábanse los republicanos á las alturas para contemplar el desfile de sus enemigos.

El 18 de Febrero hacía el Mariscal su entrada solemne á Orizaba, al frente de una fuerza compuesta de su guardia de honor, que era de turcos y de varios escuadrones de cazadores y húsares, protegidos por tropas de infantería y artillería escalonadas para asegurar la marcha del general en jefe. En esa ciudad se reunió Bazaine con la Mariscala que descansaba de las fatigas y molestias del viaje. Una salva de veintiun cañonazos saludó al representante militar de la Francia; la guarnición, de gran uniforme, se mantuvo sobre las armas y salió la oficialidad á recibir al general en jefe hasta la garita llamada de México, no obstante una lluvia pertinaz que desconcertó las fiestas preparadas. A la una de la tarde de ese día, el general Douay, seguido de sus ayudantes atravesaba la ciudad, en medio de fuertes aguaceros, y se dirigió al campo de Escamela, donde tomando una de sus brigadas siguió la marcha para Paso del Macho.

Bazaine dejó la ciudad é hizo transportar sus equipajes á una preciosa casa de campo, al otro lado del río que atraviesa el llano de Escamela, donde acampaba el grueso de las tropas. Aquel campamento fué durante algunos días sitio de recreo para los orizabeños, que en las tardes iban á gozar con las músicas que alegraban la llanura otras veces tan silenciosa.

Habían recibido orden los proveedores de acopiar víveres para quince mil hombres durante una quincena; pero antes de que transcurriese una semana, después de la llegada del Mariscal, no había quedado en Orizaba ningún militar francés. El 26 de Febrero caminaba el Mariscal para Córdoba, acompañado de los generales Castagny, De Maussion y D'Osmont, escoltados por la última brigada del cuerpo expedicionario. Necesariamente quedaron abandonados los almacenes de víveres con miles de cargas de maiz, cebada, paja y otros efectos por valor de muchos miles de pesos, perdidos por el contratista que después fué

á París á procurar que le pagaran sus reclamaciones. El día 27 dejó el Mariscal á Córdoba y fué á pernoctar en Atoyac.

El largo convoy civil y militar ofrecía escenas tristes y á la vez curiosas; veíanse carros con enfermos, con víveres, con fusiles, municiones y efectos de campamento; carruajes menos pesados transportaban familias enteras que disponían de escasos recursos; carretas conduciendo mujeres y niños; algunos vehículos volcaban en las pendientes laterales de la vía, y se oían entonces gritos y lamentaciones; á veces los soldados tiraban al lado de las bestias para lograr que los carros salieran de los lodazales, afanándose en no quedarse rezagados y en no caer en manos de los guerrilleros que seguían al ejército francés; grupos de hombres y mujeres á pié y cubiertos con vestidos que comenzaban á ser harapos, participaban de la sopa y el pan que el soldado francés les ofrecía; más allá una reunión de personas un tanto menos desgraciadas, llevaban consigo y á espaldas todo su caudal, multitud de mujeres seguían á los soldados franceses, asemejándose el conjunto á una avalancha que se precipitaba desde la altura á las playas veracruzanas.

Entre Córdoba y la hacienda del Potrero, en el lugar llamado la Peñuela, quiso un conductor, apellidado Alvarez, apartar dos cañones que eran transportados en un carro y volverlos á Córdoba para entregarlos al jefe republicano Márcos Heredia, á quien suponia ya en esa ciudad; pero encontró allí á las fuerzas imperialistas de Orizaba que, no pudiendo sostenerse, habían dejado esa ciudad el 27 de Febrero y se replegaban á Veracruz, por orden del general Pérez Gómez á quien Marquez había confiado el mando de aquel puerto. En los momentos en que Alvarez se presentaba en Córdoba para entregar los cañones, salían de la misma ciudad los imperialistas para unirse á la retaguardia del ejército francés y gracias á tal circunstancia volvieron los cañones á poder de los franceses. Estos iban dejando en el camino, armas, vestuario y equipo, cual si hubieran sufrido la derrota más completa, y grupos de soldados con y sin armas, desertaban de sus filas. El mismo día en que salieron de Orizaba los imperialistas, ocupó la ciudad á las cinco de la tarde el jefe Don Manuel Gómez, escoltado por ocho ginetes, de los cuales cinco eran desertores franceses. También el coronel Márcos Heredia entraba á Córdoba á las doce y media del siguiente día, y enviaba su vanguardia á acampar á doscientos metros de la retaguardia francesa. Las guerrillas republicanas seguían al ejército expedicionario á corta distancia, y se instalaban con tanta confianza y facilidad en las poblaciones abandonadas por los franceses, que se podía decir que operaban de común acuerdo.

Todas las fuerzas francesas quedaban instaladas el 28 de Febrero en los alrededores de Paso del Macho, y escalonadas á lo largo de la vía férrea entre ese lugar y Veracruz, en una extensión de doce leguas, apoyándose en las caballerías de turcos.

Maximiliano, después de una conferencia que tuvo con el Mariscal había querido reunir el 14 de Enero una Junta que, á semejanza de la de Orizaba, decidiese en definitiva si abdicaria ó seguiria reinando. Verificada la reunión, aunque Bazaine opinó por la abdicación, acordaron los votantes que debía continuar el Imperio. Desde ese día apareció Maximiliano filiado resueltamente á un partido, y ya no tuvo con Bazaine sino referencias desagradables en las que mostraban uno y otro pasión y animosidad, exacerbadas por la acción del Secretario Fischer que, dominando en el ánimo de Maximiliano, sostenía los intereses del clero y era, por lo mismo, hostil á la Intervención francesa. (1)

La invitación para la Junta fué hecha por el Presidente del Consejo el 11 de Enero; debía verificarse en el Palacio del gobierno á las dos de la tarde. La Asamblea se compuso de cuarenta personas y no habiéndose presentado Maximiliano quiso Bazaine retirarse, pero le detuvo la consideración de que era necesario decir en alta voz sus opiniones, principalmente en aquellos momentos en que el pabellón francés abandonaba á México. Manifestó en la Junta, que habia causado gran desconfianza el abandono que de las principales poblaciones hacían las tropas imperiales mexicanas, sin disparar un tiro; lo que probaba que era nula la protección militar que el Imperio pretendía darles, que se encontraban ya sublevadas y que á esas horas cada Estado había recobrado su puesto en la Federación y volvían á sus destinos la mayor parte de las autoridades federales elegidas conforme á la Constitución de 1857. Nada se ganaría con hacer alardes militares y grandes gastos para volver á conquistar el territorio perdido, puesto que faltaba á las poblaciones voluntad para sostener el Imperio, á causa de la experiencia que habían adquirido en los dos últimos años. Las columnas dirigidas hácia el Interior, recibiendo poco á poco la influencia de las poblaciones, tambien se pronunciarían, ó por lo menos se debilitarían á causa de las guarniciones que tendrían que dejar en los grandes centros, donde serían sitiadas, les cortarían toda clase de relaciones con el gobierno del centro y sobrevendría la paralización de todas las industrias y del comercio, cundiría el descontento y faltarían los recursos para sostener las tropas. Además, los Estados Unidos no se conformarían sino con la organización federal en México, debiendo temerse constantemente la mala voluntad de ellos respecto á cualquier otro sistema. Bajo el punto de vista militar, aseguró Bazaine que las fuerzas imperiales no podrían sostener al pais en paz, de manera que el gobierno imperial pudiese ejercer su autoridad en toda su plenitud; las operaciones militares serían combates aislados sin resultados definitivos, servirían únicamente para mantener la guerra civil con medidas arbitrarias y traerían la desmoralización y la ruina del pais. Para proporcionarse recursos

(1) Eh la conferencia habida en la hacienda de la Teja, entre Maximiliano y Bazaine con motivo de convocar la Junta para el 14 de Enero, se convino en que asistiría Maximiliano y que Bazaine expondría las razones para creer que era aquí imposible la Monarquía. Si la Junta seguía el parecer de Bazaine, Maximiliano se retiraría del pais; en caso contrario, permanecería pues no quería asemejarse al soldado que para huir precipitadamente del campo de batalla arroja el fusil; lenguaje viril que revela el valor del militar, pero también falta del sentido despejado del político.

tendrían que apelar los agentes del gobierno á los préstamos forzosos y crecería con ellos el descontento de las poblaciones. En cuanto al punto de vista político, la opinión de la mayoría del país, dijo Bazaine, parecía mas bien republicana federal que imperialista, y era de dudar que un llamamiento á la Nación fuera favorable al sistema monárquico. Reasumió el Mariscal sus opiniones en una sola: *creía imposible que Maximiliano continuara gobernando aquí, en las condiciones normales y honrosas para un soberano, sin descender al rango de un gefe de partido, siendo preferible para su gloria y salvaguardia, que devolviese el poder á la Nación.*

Bazaine envió á Maximiliano una copia de esta declaración, como respuesta á la invitación que le hizo por intermedio del Presidente del Consejo de Ministros, para que manifestara su parecer.

Después que habló el general en gefe, lo hicieron otros miembros de la Junta, y verificado el escrutinio se decidió por todos los votos menos cinco, que la monarquía debía luchar; voto que cerraba las puertas á las combinaciones de restauracion republicana emprendidas por el gobierno francés, y quitaba la posibilidad de garantizar los créditos y empréstitos, que se habrían podido arreglar con un nuevo Presidente de la República Mexicana. Este resultado hizo definitivo el fracaso de la misión de Castelnau y de las tentativas ensayadas por la diplomacia francesa cerca de los gefes republicanos. Tambien declaró la Junta que era inútil cualquier otra apelación, á pesar del formal deseo del Emperador para referir el asunto á un congreso nacional. Los ministros de hacienda y guerra otra vez declararon: el primero, que tenía á su disposición inmediata ocho millones de pesos, contando con tres más, y el segundo aseguró que poseía en caja doscientos cincuenta mil pesos para sostener las tropas existentes y levantar otras nuevas.

El ministro Lares creyó conveniente consultar el parecer del Cuerpo Diplomático; habiendo reunido á todos los ministros acreditados cerca del Imperio, les pidió su opinión para saber si el Emperador debía abdicar. Mr. Middleton, representante de Inglaterra y que acababa de suceder á Mr. Scarlett, respondió friamente que no reconocía en el Sr. Lares facultad para tal pregunta, puesto que debían ser sus relaciones con el Ministro de Negocios extranjeros y no con el Presidente del Consejo. El representante de Bélgica, Mr. Hoorickx, dijo que si Su Magestad le hacía el honor de llamarlo á su gabinete sabría contestar; pero que públicamente nada podía decir acerca del asunto. El de Francia, Mr. Danó, contestó que Su Magestad sabía mejor que nadie cual era su interés en aquellas circunstancias. El barón de Lago, embajador de Austria, manifestó que se trataba de un asunto de dignidad, en el que únicamente Su Magestad tenia la misión de decidir. Solamente el Ministro de España, anciano de buen humor y amigo particu'ar de Lares, dijo sin reticencias dirigiéndose á este:

—Vamos, nada de farsas, ¿cuántos hombres teneis?

—Cuarenta mil, respondió Lares.

—¿Y pesos?

—Veinte millones.

—¡Bah! Sabeis bien que no contais con un peso ni con ejército. Si tengo algún consejo que daros, en interés del Emperador y del vuestro, consiste en el de que le induzcais á irse.

Después de esa reunión, se vió con mayor claridad que Maximiliano se encontraba solo; sin el apoyo moral de las potencias que le reconocían; frente á los republicacionos de México resueltos, y frente á los Estados Unidos exasperados y deseosos de derribarlo; pero atraido por la perseverancia y la rectitud de D. Benito Juarez, siguió alimentando ilusiones de un candor incomprensible basadas en encontrarle y entenderse con él.

La conducta seguida no impidió que en los primeros dias del mes de Febrero, propusiera la intendencia francesa en venta al Ministerio de Maximiliano, carros, guarniciones, trenes y vestidos militares; pero tan solo esto último fué adadquirido para uso de las tropas que estaban casi desnudas.

Dejaban los franceses la capital rodeada de un recinto fortificado de trece kilómetros en su perímetro, defendido por cañones de campaña y de grueso calibre, provisionados con trescientos tiros cada uno; quedaban en la plaza polvorines con cantidad muy considerable de cartuchos y en almacen gran cantidad de fusiles en perfecto estado. En las garitas, frente á las calzadas, había hecho construir el Mariscal caballos de frisa. Fueron llevadas á la ciudadela las piezas de campaña, y después de contarlas y reconocerlas, las recibieron los gefes de la artillería imperialista, y tambien recibieron los almacenes con los útiles de la maestranza, dejando las piezas de sitio en sus puestos. Los proyectiles huecos ó llenos, cuyo trasporte hubiera sido muy costoso, fueron inutilizados por los ingenieros franceses, asegurando que no servían para el calibre de la artillería que les quedaba á los mexicanos. La pólvora á granel fué arrojada á las acequias por el general Castelnau; no obstante quedaba la plaza provista suficientemente de municiones, al grado de haber podido sostener un largo sitio que terminó tan solo por causas independientes de los recursos militares con que contaba la plaza.

En los momentos en que los franceses destruían en la Ciudadela algunas municiones, llegaban dos desconocidos á las puertas de ese puesto militar; de pronto fueron detenidos por los centinelas, pero habiendo dádose á conocer penetraron al fuerte: eran Maximiliano y el general Márquez que se presentaban para impedir que continuara la destrucción de aquellos elementos de guerra. Bazaine manifestó su disgusto por ese paso que daban Maximiliano y su primer general, pues indicaba desconfianza en la rectitud de las intenciones que abrigaran los comisarios imperiales.

Los caballos cuyo valor excediera al flete, eran los únicos que podían ser vueltos á Francia, todos los demás, lo mismo que las mulas, serían vendidos á cualquier precio, aquí ó en la Habana, trasportando y enagenando los mejores

en las colonias de la Martinica y Guadalupe. Se le propuso á Maximiliano venderle los caballos árabes é indígenas que estaban en buenas condiciones, pero al contado, lo cual convertía ese asunto en ilusorio.

El gobierno francés ordenó al general Castelnau, que el movimiento de concentración y retirada quedase terminado en los primeros dias del mes de Febrero, para cuya fecha estarían en Veracruz los buques trasatlánticos que se ocuparían en el trasporte. Se deseaba en Paris abandonar lo más pronto posible el territorio mexicano, y se le instó á Bazaine para que así lo ejecutase, y á consecuencia de esas instancias se apresuró á acumular las tropas cerca de aquel puerto.

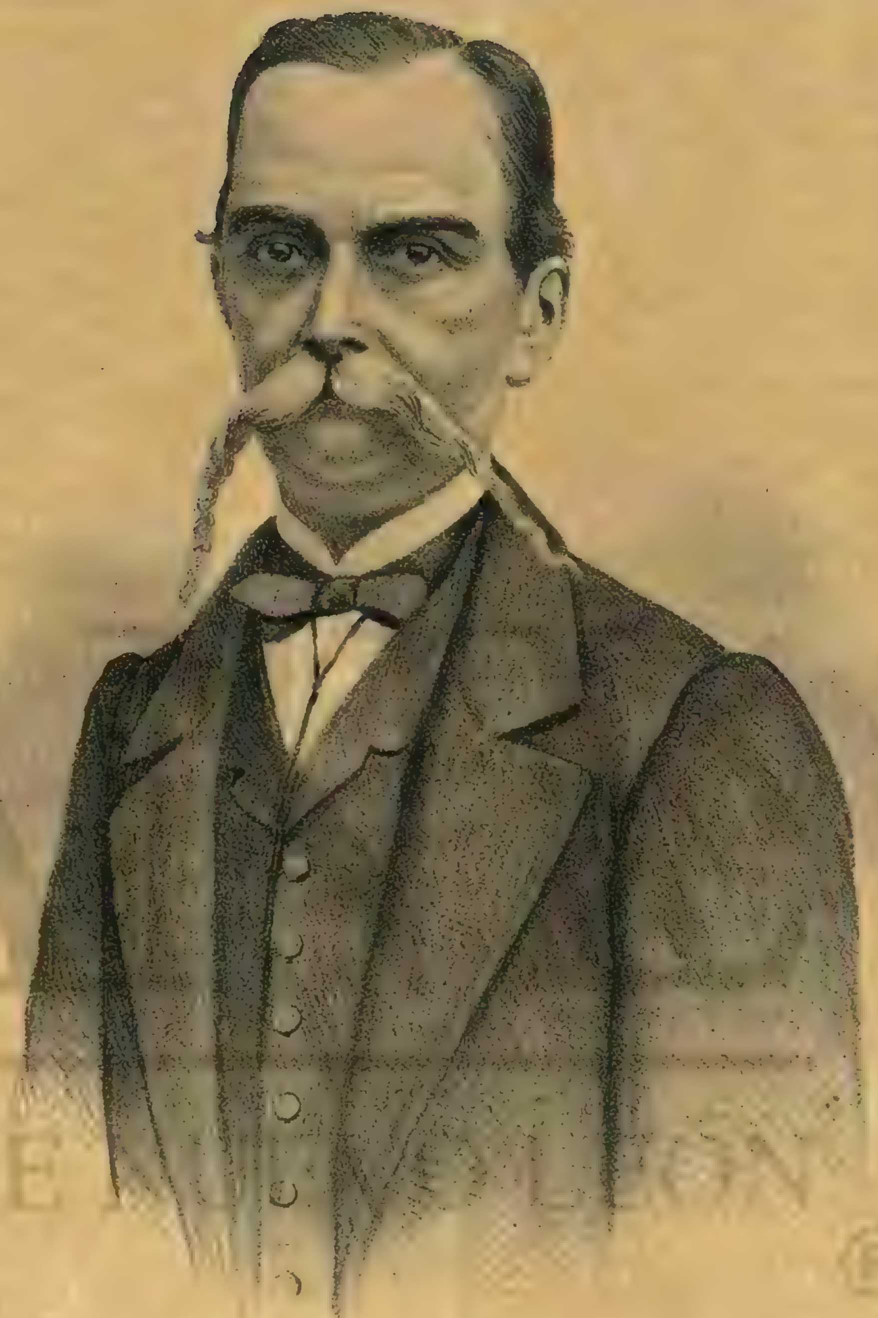
Bazaine consideró que no debía dejar en poder de los republicanos los prisioneros franceses, y entró en conferencias con diversos gefes republicanos para obtener el canje correspondiente. También el ministro de guerra de Maximiliano, Sr. Murphy, había solicitado del Mariscal Bazaine que pidiese la libertad de los imperialistas que estaban en poder de sus enemigos. El encargado austriaco de negocios, recurrió por su parte á los buenos oficios del Mariscal para libertar á los soldados de la legión austro-belga que habían caido prisioneros en los combates de Miahuatlán, la Carbonera y Oaxaca; pedía el barón de Lago que el Mariscal interviniese directamente en las negociaciones con los generales juaristas de más nombradía, considerando á los voluntarios austriacos ya como que habían cesado de ser soldados mexicanos.

Los generales republicanos convinieron en que estaba en el interés de su propia causa, no retardar la evacuación del territorio por las tropas francesas, se abstenían de demostraciones amenazantes y siempre se mostraron dispuestos á canjear los prisioneros extranjeros, que hasta entonces en su mayor parte habían sido tratados con benignidad. El general Escobedo daba libertad á los austriacos capturados á orillas del Rio Bravo; respecto á los prisioneros residentes en Oaxaca, Mr. Thiele, secretario particular del general Diaz, se había presentado desde Noviembre del año anterior en Tehuacán, con la respuesta á una nota del barón Aymard abriendo negociaciones para libertarlos, después de la muerte del comandante Testard. (1)

En Oaxaca estaban cerca de setenta prisioneros, de los cuales diez y nueve eran oficiales de Cazadores: el 21 de Enero eran canjeados en la hacienda de Buenavista.

Maximiliano, queriendo atraerse al general Porfirio Diaz, había mandado llamar á México á Mr. Thiele, y le encargó cerca de ese general una misión confidencial que fracasó, lo mismo que había fracasado otra con el general Gonzalez

(1) Thiele era de origen francés; había venido á México formando parte de una fuerza de seguridad enviada por el inspector general de policía en Paris para la seguridad de los soberanos en México; despues dejó el servicio de Maximiliano y fué á Oaxaca en calidad de agente de colonización; allí se adhirió á los republicanos, temiendo las persecuciones de un personaje mexicano.



General Francisco G. Casanova.

Sostuvo al Gobierno de Maximiliano en los diversos empleos que ocupó. Mandaba en el puerto de Tampico, cuando los dos bandos políticos peleaban en Tamaulipas con resolución. Después fué jefe de la 7ª zona militar que tuvo por centro á Mérida y dictó algunas disposiciones para combatir á los Republicanos de Tabasco que ocupaban á Jonuta. Concurrió á la defensa de Querétaro y presenció la ruina de este último atrincheramiento del Imperio.

en las colonias de la Martinica y Guadalupe. Se le propuso á Maximiliano venderle los caballos árabes é indígenas que estaban en buenas condiciones, pero al contado, lo cual convertía ese asunto en ilusorio.

El gobierno francés ordenó al general Castelnau, que el movimiento de concentración y retirada quedase terminado en los primeros dias del mes de Febrero, para cuya fecha estarían en Veracruz los buques trasatlánticos que se ocuparían en el trasporte. Se deseaba en Paris abandonar lo más pronto posible el territorio mexicano, y se le instó á Bazaine para que así lo ejecutase, y á consecuencia de esas instancias se apresuró á acumular las tropas cerca de aquel puerto.

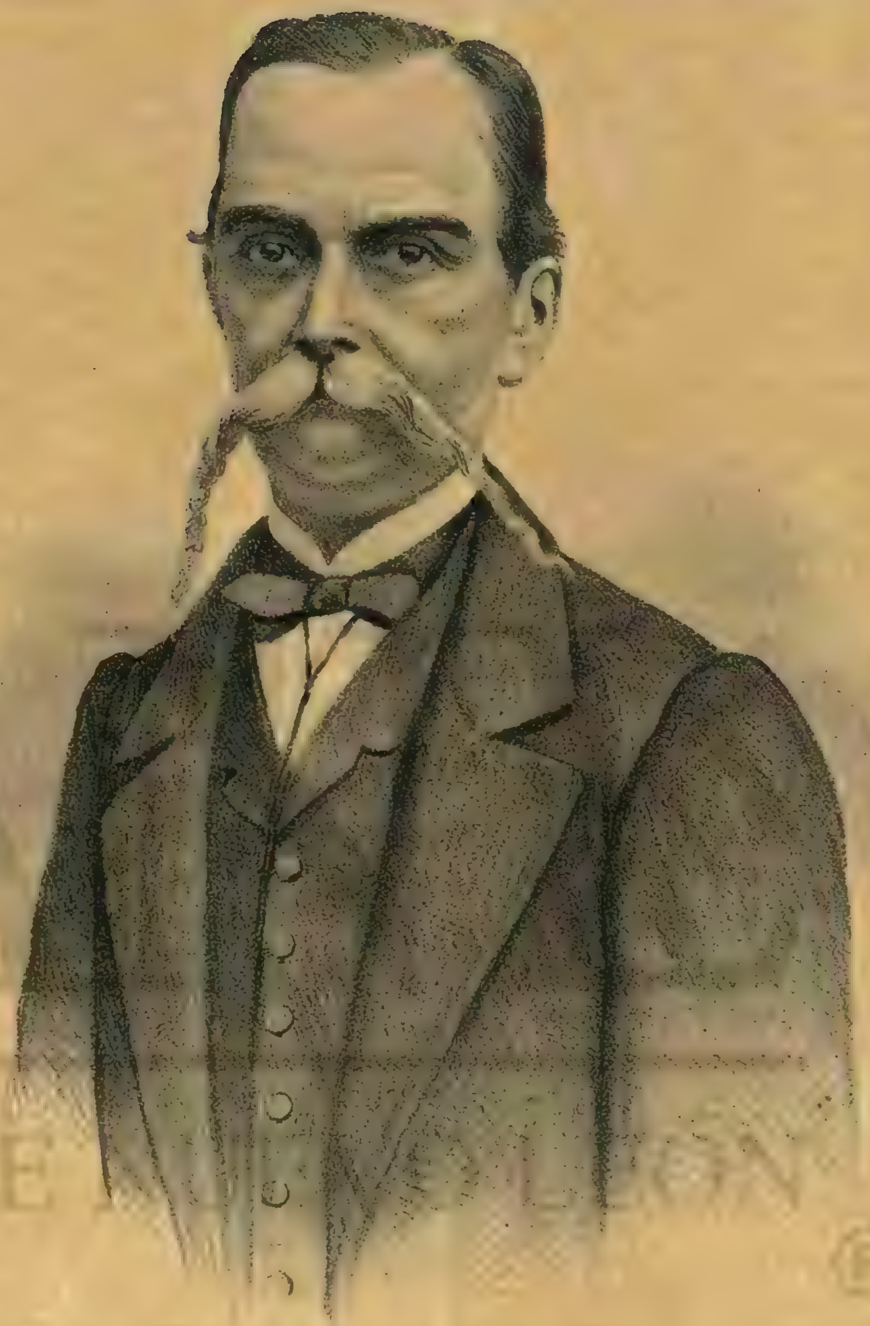
Bazaine consideró que no debía dejar en poder de los republicanos los prisioneros franceses, y entró en conferencias con diversos gefes republicanos para obtener el canje correspondiente. También el ministro de guerra de Maximiliano, Sr. Murphy, había solicitado del Mariscal Bazaine que pidiese la libertad de los imperialistas que estaban en poder de sus enemigos. El encargado austriaco de negocios, recurrió por su parte á los buenos oficios del Mariscal para libertar á los soldados de la legión austro-belga que habían caido prisioneros en los combates de Miahuatlán, la Carbonera y Oaxaca; pedía el barón de Lago que el Mariscal interviniese directamente en las negociaciones con los generales juaristas de más nombradía, considerando á los voluntarios austriacos ya como que habían cesado de ser soldados mexicanos.

Los generales republicanos convinieron en que estaba en el interés de su propia causa, no retardar la evacuación del territorio por las tropas francesas, se abstenían de demostraciones amenazantes y siempre se mostraron dispuestos á canjear los prisioneros extranjeros, que hasta entonces en su mayor parte habían sido tratados con benignidad. El general Escobedo daba libertad á los austriacos capturados á orillas del Rio Bravo; respecto á los prisioneros residentes en Oaxaca, Mr. Thiele, secretario particular del general Diaz, se había presentado desde Noviembre del año anterior en Tehuacán, con la respuesta á una nota del barón Aymard abriendo negociaciones para libertarlos, después de la muerte del comandante Testard. (1)

En Oaxaca estaban cerca de setenta prisioneros, de los cuales diez y nueve eran oficiales de Cazadores: el 21 de Enero eran canjeados en la hacienda de Buenavista.

Maximiliano, queriendo atraerse al general Porfirio Diaz, había mandado llamar á México á Mr. Thiele, y le encargó cerca de ese general una misión confidencial que fracasó, lo mismo que había fracasado otra con el general Gonzalez

(1) Thiele era de origen francés; había venido á México formando parte de una fuerza de seguridad enviada por el inspector general de policía en Paris para la seguridad de los soberanos en México; despues dejó el servicio de Maximiliano y fué á Oaxaca en calidad de agente de colonización; allí se adhirió á los republicanos, temiendo las persecuciones de un personaje mexicano.



General Francisco G. Casanova.

Sostuvo al Gobierno de Maximiliano en los diversos empleos que ocupó. Mandaba en el puerto de Tampico, cuando los dos bandos políticos peleaban en Tamaulipas con resolución. Después fué jefe de la 7ª zona militar que tuvo por centro á Mérida y dictó algunas disposiciones para combatir á los Republicanos de Tabasco que ocupaban á Jonuta. Concurrió á la defensa de Querétaro y presenció la ruina de este último atrincheramiento del Imperio.

Ortega, á quien también había hecho proposiciones de avenimiento, siendo á la vez estos generales objeto de las solicitudes francesas é imperialistas.

Todos los proyectos ambiciosos, todas las ilusiones abrillantadas, todos los sofismas habian naufragado; ya no se hablaba de la regeneración de la raza latina; con los nueve mil franceses muertos en la gran aventura napoleónica, quedaban sepultados los dos empréstitos franceses, las votaciones nacionales y la monarquía, salvándose en ese gran naufragio solamente el crédito de Jecker pagado con doce y medio millones del mismo dinero francés. (1).

(1) Hé aquí el Estado de lo gastado y cobrado por la Francia en la empresa de la Intervención en México, todo expresado en francos y despues reducido á pesos mexicanos.

DESEMBOLSO.

—DEPARTAMENTOS—

	GUERRA.	MARINA.	TESORO	TOTAL.
1861		3.200,000		3.200,000
1862	27.119,000	35.902,000	379,000	63.400,000
1863	72.012,000	24.606,000	1.001,000	97.619,000
1864	51.732,000	15.667,000	1.675,000	69.074,000
1865	29.342,000	10.583,000	1.480,000	41.405.000
1866	41.792,000	13.798,000	9.567,000	65.157.000
1867	9.993,000	13.117.000	200,000	23.310,000
	231.990,000	116.873,000	14.302,000	363.165,000
En pesos mexicanos.	46.398,000	23.374,600	2.860,400	72.633,000

COBRADO.

Seis meses del reembolso anual estipulado en Miramar........	12.500,000	$ 2.500,000
Por cuenta del ferrocarril de Veracruz........................	1.500,000	300,000
Productos de la venta de 47,625 bonos imperiales mexicanos (quedando aun en la cartera del tesoro 5,232 bonos).......	14.287,000	2.857,400
Atrasado del importe de bonos..............................	5.400,000	1.080,000
Total en 1864..................................	33.687,000	6.737,400
Reembolso anual estipulado en Miramar	25.000,000	
Atrasado..	2.700,000	
Total en 1867..................................	61.387,000	
Sacado de las aduanas mexicanas..........................	588,000	
Total recibido hasta 1867	61.975.000	12.395,000

COMPARACION.

Desembolsos..	363.165,000	
Recibido..	61.975,000	
	301.190,000	francos.
	60.238,000	pesos.

El 5 de Febrero ya no quedaba en la capital del Imperio ni un soldado francés, la División del general Douay que ocupó á Puebla y los alrededores siguió para Veracruz donde se encontraban algunos de sus destacamentos al mando del general Clinchant. Al salir el Mariscal de México con la retaguardia, el general Castelnau tomó la delantera y entró á Orizaba el dia 12 de ese mes á las diez de la mañana; estuvo el resto del dia con el general Douay y al siguiente continuó su camino para Veracruz escoltado por medio escuadrón de Cazadores de Africa.

Forzados los regimientos á descender con sus cabalgaduras hasta Paso del Macho en donde comenzaba el camino de fierro, también tenían que llegar hasta allí las mulas que tiraban de los trenes, quedando en consecuencia en las tierras calientes gran cantidad de ellas y de caballos que no se pudieron vender sino á ínfimo precio en subasta pública. A medida que iban llegando las diversas columnas, circulaban convocatorias para remate los prefectos de Orizaba, Córdoba y otros puntos, lo que no impidió que las ventas fueran á precios muy bajos, habiendo prohibido los republicanos la compra de aquellos efectos.

Tan luego que los regimientos entraban á las tierras calientes, eran llevados violentamente hasta Veracruz y puestos á bordo en alguno de los navíos allí reunidos. Las guerrillas hacían sus remontas en buenos caballos, adquiridos á muy poco precio, aunque el general Porfirio Diaz proclamó en Acatlán el 14 de Febrero, que todos los objetos que habían pertenecido al ejército francés eran contrabando de guerra y debían ser decomisados por las autoridades constitucionales.

El ejército francés se retiraba sin pretender siquiera combatir las fuerzas republicanas que á su vista iban ocupando las poblaciones principales abandonadas, y á sus oidos llegaban los ecos lastimeros de los que eran castigados por llevar el estigma de haber sido aliados de la Francia. Para la Intervención era ya inútil emprender nuevos combates por una causa que abandonaba y en una guerra que daba ya por terminada. Tal conducta hacía creer á Maximiliano y sus adictos, que los franceses estaban de acuerdo con los republicanos, al ver que á estos les iban entregando las poblaciones, y se comentaba mucho la reprensión que recibió el gefe de escuadrón Billaud por haber batido en su marcha de México á Puebla á los guerrilleros que ocupaban á Chalco, y tambien que no hubieran sido batidas por los zuavos que estaban en la hacienda de Buenavista, las fuerzas juaristas que se presentaban á corta distancia y que reocuparon á Chal-

Sin tener en cuenta 13.000,000 de gastos extraordinarios por cuenta de México, la pérdida de material que en 1864 ascendía ya á 22,500,000 pesos y los gastos de la retirada del ejército expedicionario que puede calcularse en 20.000,000 de francos. La pérdida de capitales franceses por confiscación ú otros motivos, se calculó en 340.000,000 en cuya suma se comprenden los capitales de franceses arruinados á causa de la Intervención y á resultas de los empréstitos.

(Estos datos son oficiales, tomados de un informe al cuerpo legislativo francés, con motivo de la formación del presupuesto en 1867.)

co cometiendo actos de violencia. A la vista de los franceses fué recorrido diariamente por guerrillas el camino de México á Texcoco, sin que unos y otros se hostilizaran.

De otra porción de hechos de igual naturaleza, procedían los rumores de la inteligencia sospechada entre el general en gefe francés y los gefes republicanos. (1)

Los enemigos del Imperio, en las diversas relaciones que sostenían con el cuartel general francés, procuraban hacer abstracción del nombre de Maximiliano; dirigían sus recriminaciones principalmente contra el partido clerical, reconociéndolo autor de la invasión extranjera y de todos los males de ella derivados, entre los que sobresalieron los desastrosos efectos del decreto de 3 de Octubre.

El 5 de Febrero (1867) la ser arriada la bandera tricolor francesa que flotaba en el palacio de Buenavista, la capital se vió libre de la intervención napoleónica. Bazaine aun conservó la esperanza de que le seguiria Maximiliano; acampó en la calzada de la Piedad á menos de una legua distante de la ciudad, y allí permaneció un dia y una noche, creyendo que el Emperador iría á reunírsele; pero al dia siguiente, perdida esa postrera esperanza, desaparecieron los últimos batallones franceses en el horizonte del Valle de México.

(1) Las relaciones que el cuartel general francés había establecido con el general Porfirio Diaz, terminaron por una carta dirigida al gefe del gabinete militar del Mariscal, encargado de tratar esos asuntos. La carta estaba concebida en estos términos:

Oaxaca, 12 de Enero de 1867.

Coronel:—Mr. Thiele me ha entregado la carta que me habeis dirigido. Apruebo la convención ajustada para el canje de prisioneros, y hoy mismo se ponen en camino para la ciudad de Tehuacán. El coronel Milicua, gefe de mi Estado Mayor, y mi secretario, Mr. Thiele, están designados para arreglar y terminar oficialmente el canje. Tienen plenos poderes para resolver todos los incidentes que puedan presentarse hasta el fin de las negociaciones. En cuanto á los soldados franceses prisioneros en Barranca Seca, quedarán á vuestra disposición. Ignoro donde se encuentran, y no puedo asegurar que sean devueltos en dia fijo: pero puedo afirmar que se han tomado todas las medidas para llegar á un resultado próximo. Los soldados mexicanos, prisioneros en nuestro poder deberán ser remitidos á Tlacotalpam y entregados al general Benavides, comandante militar de esa línea.

Recibido,......

Porfirio Diaz.

Con fecha de 19 de Enero, ofreció el general Vicente Riva Palacio, desde Tenancingo, al cuartel general frances, que en toda la extensión de su mando serían respetados los franceses que tuvieran que atravesar los caminos de Morelía á México, tanto en sus personas como en sus intereses, y que ya daba sus órdenes para prevenir cualquier contratiempo. Esa actitud de los gefes republicanos era un homenage rendido á la humanidad. Por su parte el Mariscal Bazaine accedió á las amistosas solicitudes de los gefes republicanos, como la referente á la libertad del teniente coronel Jesús Lalanne, preso en un ataque á Toluca y puesto en libertad á petición del general Riva Palacio. El coronel Milicua avisaba cortesmente que volverían las tropas republicanas á comenzar sus operaciones sobre los franceses, una vez que hubieran terminado las treguas debidas al canje de prisioneros, y que con aquel objeto se iban á retirar á Teotitlán. También el gefe Don Florentino Mercado pidió á Bazaine la libertad del joven Antonio Mendez, perteneciente á la fuerza situada en Apam y que había tenido la necesidad de ir á la capital donde lo habían apresado.

Castelnau, cuya misión había concluido, se dirigió en la diligencia á Veracruz para embarcarse en el paquete que salía de ese puerto el 15 de Febrero, con objeto de informar á su soberano de los sorprendentes é inesperados acontecimientos que se habían verificado en México. Desde Veracruz dirigió un parte á Napoleón diciéndole: que la evacuación de México verificada el dia 5, habia provocado manifestaciones simpáticas y que el Emperador quedaba en la capital donde todo permanecía tranquilo. A su regreso á Francia, Castelnau fué promovido á general de división, aunque con su misión no había resuelto las dificultades y dejó que la retirada fuera concluida por el general Bazaine.

Seis semanas después de haber dejado á Veracruz el navío "Soberano" llevando á bordo al Mariscal Bazaine, era anunciado en la rada de Tolón; salieron á su encuentro el prefecto marítimo y el comandante de la subdivisión, avisándole que tenían órden de los respectivos ministros para no rendirle honores, disposición que ya había sido anunciada por la *Gazette du Midi*. La multitud que se oprimía en el muelle vió pasar al Mariscal con la frente altiva aunque llevara desgarrado el corazón. Tampoco fueron recibidos con fiestas los regimientos que aquí habían hecho la campaña, é iguales pruebas de reserva mostró el gobierno francés en su actitud oficial respecto al general en gefe del cuerpo expedicionario, aunque fué llamado y recibido en el palacio de las Tullerías, conducta que le repuso de las decepciones que sufrió en Tolón.

Si Bazaine quitó á Maximiliano los elementos que el ejército francés destruía ó vendía, es de creerse que lo hizo en virtud de las órdenes que tenía para obrar de ese modo. Como una prueba del poco aprecio por el Imperio, se notó el hecho de haber querido el prefecto de Puebla levantar trincheras para poner la ciudad al abrigo de las fuerzas de Don Porfirio Diaz y no habérselo permitido Bazaine.

No fué extraño que se quitaran á Maximiliano muchos de los elementos de guerra que el ejército francés no podia llevar consigo; pero sí que después de haber inutilizado tanta pólvora, se le vendió al prefecto Bureau en Veracruz cierta cantidad de ella por valor de treinta mil pesos.

Fué memorable en México aquel 5 de Febrero no solamente por haber salido Bazaine con el resto del ejército invasor, sino también por la proclama y decreto de Márquez, que llenaron de estupor y miedo á todos los habitantes de la capital. Aún estaba Bazaine á las puertas de ella, y ya Márquez se anunciaba como jefe del segundo cuerpo de ejército encargado de la ciudad, no obstante que nadie le había dado á reconocer, ni se había declarado previamente el estado de sitio, pues existían todas las autoridades supremas y locales. Comenzaba Márquez su proclama con estas amenazadoras palabras: "*ya me conocéis*," se sabía que era sanguinario y que no se detenía en los medios para alcanzar el fin. A esa proclama se unió un decreto sobre disposiciones de sitio, de un rigor extremado, dando á conocer Márquez que comprendía cuan hóstil era la población á la causa que él defendía; una campana que sería tañida durante diez minutos,

avisaría que habían comenzado las hostilidades y que el vecindario debía encerrarse en sus casas, sin que nadie pudiera asomarse á puerta, ventana ó balcon, ni presentarse en las azoteas hasta que se repitiera la misma señal. Con las guarniciones de los alrededores reunió Márquez cerca de doce mil hombres y dejó que las guerrillas impidieran la entrada de víveres, quedando establecido el sitio anticipadamente por el mismo Márquez, que calificaba las guerrillas de grupos de fuerza sin cohesion ni estrategia, y opinaba en las juntas de guerra por fijar la atención principal en los ejércitos que avanzaban, procedentes de San Luis y Michoacan, á cuyas fuerzas era necesario cortar el paso.

Fué llamado el general O'Horan para suceder en la prefectura de México á D. Mariano Icaza, quien no opinaba por el sistema de arbitrariedad y despotismo. Icaza rehusaba poner en prisión á los comprendidos en préstamos forzosos y que no podían ó no querían contribuír á la realización de los once millones de pesos ofrecidos por el ministro Campos, y á que se cumpliera el pensamiento de García Aguirre, reducido á sacar dinero de donde se encontrara. O'Horan, menos cruel que en Tlalpam, hizo no obstante sentir el peso de su arbitrariedad, calificaba las remisiones de los reos, hacía la respectiva consignación y condenaba á la pena de destierro á Yucatan, sin formación de juicio, ni audiencia alguna y dejó subsistente la leva y establecidas las casas de juego.

El ejército francés se alejaba dejando en el territorio mexicano cerca de nueve mil cadáveres de los suyos; le seguían sinnúmero de enfermos, de heridos é inutilizados. Para los austriacos también había llegado la hora de retirada, pero creyeron de su deber, antes de marcharse dirigir una manifestación á sus compañeros de armas, y al Mariscal; la firmó el teniente coronel Mr. Pollak, considerando que era una necesidad expresar todo su reconocimiento por la benévola protección que había acordado al cuerpo austriaco, sin la cual su suerte habría sido muy triste; calificaban de honra para siempre gloriosa, el haber combatido á las órdenes de Bazaine y al lado del cuerpo expedicionario francés; manifestaban la esperanza de que les proporcionaría Dios una época, en que pudieran dar pruebas de su adhesión á Bazaine y de reconocimiento hácia la Francia que les había protegido en México y colmado de beneficios.

Los batallones franceses se retiraban al frente de sus enemigos, dejando á los súbditos de Napoleon abandonados y comprometidos. Las tropas republicanas tan frecuentemente derrotadas, molestaban ahora la retaguardia de los expedicionarios que precipitaban su marcha sin cuidarse del triste aspecto que presentaban, no obstante su valor y disciplina.

Aún después de haber anunciado los agentes franceses en la "Ere Nouvelle," que había cesado la Intervencion y que ya solamente permanecian en país mexicano como transeuntes las tropas expedicionarias, todavía ordenaron prisiones de autoridades y ciudadanos mexicanos, exijieron la libertad de presos políticos y suprimieron periódicos imperiales, atropellando leyes mexicanas.

En Orizaba reunió Bazaine á los jefes y oficiales que allí se hallaban y para jus-

tificar ante ellos sus procedimientos les leyó fragmentos de despachos del Emperador Napoleón, de los ministros y aun de generales de la misma expedición.

Maximiliano pareció tomar aliento, pues creía que todas sus desgracias le provenían de los franceses á quienes veía como sus mayores enemigos, aunque no se le ocultaba que si hasta entonces era Emperador únicamente de nombre, vendría á ser en lo sucesivo un gefe de partido; no pensó ya en legislar sino en reunir juntas de guerra, en las que predominó la influencia del general Márquez, quien opinó que era necesario adelantarse hasta Querétaro, llave del Interior del país calificada de base segura para las operaciones del ejército, ya se tratara de tomar la ofensiva ó de permanecer á la defensiva; pero no debía esperarse á que todas las fuerzas republicanas se concentraran ni que la capital fuese sitiada, creyendo posible cerrar el paso y batir separadamente á cada una de las Divisiones enemigas y en seguida reconquistar todo el territorio. Abandonar á Querétaro sin resistencia, dejar ese punto avanzado de la capital, equivaldría á entregar una gran extensión de territorio y á facilitar el sitio de la ciudad de México, con lo cual se perderían los centros que suministraban recursos y las poblaciones que proporcionaban el contingente de reemplazos para cubrir las bajas en el ejército. Moverse y no dejarse sitiar, he aquí el éxito de la guerra, según el parecer de Márquez aceptado por Maximiliano.

Puso Bazaine, al embarcarse, una nota en manos de Bureau, para que la enviase á Maximiliano, y el 11 de Marzo en la mañana, era entregada por los franceses la plaza de Veracruz con el material de la artillería mexicana, al general Perez Gomez que la recibió en nombre de su Gobierno. Acababa Perez Gomez de dejar á Córdoba y Orizaba para concentrarse en Veracruz. El 12 de Marzo dijeron adios á las playas mexicanas los últimos regimientos franceses.

También en ese día partió el general Bazaine con su familia en el navío "Souveraine." Fué mal acojido al desembarcar en Francia, acumlándole acusaciones por hechos de los que, en su mayor parte, no fué más que ejecutor; pero su gobierno quiso que recayera en él toda responsabilidad, á causa de que, por los informes que remitió, se enviaban á México órdenes que tan malos resultados dieron.

La Francia abandonaba sus intereses y dejaba los de sus protegidos en la más precaria posición; el ejército frances siguió con violencia hácia Veracruz buscando seguridad en los navíos que habían de transportarlo léjos del teatro de sus infelices aventuras. Con febril ansiedad contaba los días, las horas y aun los minutos, sin cuidarse ya del dinero perdido, de los hombres sacrificados y de los girones de la bandera que dejaba enredados en los arbustos espinosos del camino. Pocas palabras de los Estados Unidos habían bastado para que los franceses se alejaran, sin esperar el término que se había fijado para el abandono de México.

La legión belga se embarcó el 20 de Enero, después de haber entregado en Puebla al general Douay el excelente armamento de que estaba provista, incluyendo la batería rayada. El Príncipe de Salm pretendió hacer reclutas entre los belgas para formar un regimiento de voluntarios europeos, autorizándole para

ello Maximiliano y por influencia del Padre Fischer; pero el Secretario belga, Mr. Hooriks contrarió ese proyecto, se esforzó para que sus compatriotas no permanecieran en México, procediendo del mismo modo que el Baron de Lago, encargado de negocios de Austria en México.

El Conde de Kevenhüller y el Baron Hammerstein, austriacos, tuvieron mejor éxito en el proyecto de levantar tropas extranjeras para defender al Emperador; el primero organizó un regimiento de húsares y el Baron un cuerpo de cuatrocientos á quinientos hombres, fuerzas que representaron notable papel en las postrimerías del Imperio.

Ya el 5 de Febrero, al dejar á México el Mariscal Bazaine con las últimas tropas francesas, una parte del contingente austro-belga había partido, licenciado por orden de Maximiliano, de conformidad con una carta que dirigió el Padre Fischer al Coronel Kodolich el 24 de Diciembre de 1866, relevando á aquellas fuerzas de los compromisos contraidos, de manera que los austriacos y belgas que aun quedaban fieles á Maximiliano en Febrero, eran todos voluntarios.

Los austriacos, dejando el pueblo de San Angel, entraron á México y se alojaron en el Palacio Imperial. Se componía esa fuerza de un regimiento de caballería y otro de infantería que llevaba el número diez y ocho, ambos al mando del Coronel Kadolich, oficial muy distinguido que había estado el año de 1859 en la división de caballería de general Mensdorff, en calidad de Jefe de Estado Mayor y también había pasado con una parte de ese cuerpo facultativo al lado del Príncipe de Hesse y del Archiduque Alberto.

Cuando Maximiliano proyectó impedir á los republicanos la concentración, y para ello salió de México para Querétaro acompañadole el general Márquez en calidad de Jefe de Estado Mayor, y escoltado por dos mil hombres de tropa mexicanas, quedaron en la capital las tropas austriacas para servir de reserva en caso de un éxito desgraciado.

El dia en que las tropas formadas por austriacos y otros extranjeros que ocupaban el pueblo de San Angel, pasaron á la capital del Imperio, sintióse Maximiliano por primera vez dueño de la corona y de su trono, aunque su posición nada tenía de halagüeña disponiendo únicamente de la capital, Querétaro, Puebla y Veracruz; pero se sentía libre, sin la molesta presión de los que le tutoreaban y que á título de aliados tanto le habían perjudicado; creyó que la guerra le concedería lo que la diplomacia le había negado, y se sentía bien. Cuando pocos días después partió al frente de una corta fuerza, pudo gozar con las ilusiones de una vida de aventuras y soñar con la gloria de sentirse heredero de Cárlos Quinto.

Desde los fines de 1866, Maximiliano había dejado de creer que permanecería en el trono de México; su objeto al ponerse á la cabeza del ejército, fué buscar un alto y digno desenlace al error de que había sido víctima por los instigadores políticos de Napoleón III y la ambición de la princesa Carlota, adunada á la volubilidad de carácter que mostró el infortunado Príncipe.

Quedaba Maximiliano sin el apoyo de un verdadero partido al retirarse los franceses, y solamente encontraba adhesiones, pues en sus adictos se abrigaban sospechas y recelos. Además, ninguna potencia extranjera le auxiliaría contra los resueltos enemigos que tenía muy cerca.

Decía Maximiliano á personas de su confianza, á principios de 1867: "Miramon no es mi hombre; es á Márquez á quien debo el estar aquí." En estas opiniones se reflejaba la influencia del Padre Fischer y del consejero Lares, instrumentos del clero opuestos enteramente á Miramon. Además, Márquez nunca aparecía ambicionando el primer lugar, sino que más bien se obstinaba en guardar el segundo y jamás se le había acusado de inconsecuente con su partido.

Desde que los franceses dejaron la capital, los jefes del partido gobiernista, Lares y Márquez, excitaban á Maximiliano para que fuese á Querétaro, aunque debieron conocer la impotencia de su soberano desde que saliera del centro de los recursos. Con la última columna francesa que descendió lentamente para Puebla había permanecido aún cinco días Bazaine, esperando algún aviso de Maximiliano que no daba señales de actividad, no obstante que en aquellos momentos llegaba al cuartel general la noticia de la derrota de Miramón.

Entonces Bazaine escribió á Maximiliano suplicándole que se retirara, y le informó que el general Castagny quedaba á retaguardia para protegerle; el Ministro Danó dijo al Mariscal, que á pesar del desastre sufrido por Miramón, Maximiliano se mostraba cada vez más renuente á aceptar la mano que se le tendía para que se retirara, y que dentro de pocos días esa retirada sería imposible, y lamentaba Danó las nuevas aventuras que iba á correr Maximiliano.

Aún en Veracruz esperó Bazaine; pasó revista á los fuertes y parapetos y aguardó allí algunos días, porque corrió la noticia que Maximiliano había abandonado la capital para dirigirse á ese puerto; el Mariscal ascendió hasta la Soledad, lo que motivó el rumor de que volvía á abrir la campaña para despejar el camino ocupado por las guerrillas. Pero cuando pasaba esto, el Príncipe á quien quería proteger estaba ya en Querétaro.

Maximiliano conoció que era necesario reducir la política al terreno puramente militar, y que sería de grande utilidad ponerse personalmente á la cabeza de las tropas; consideró este medio el más seguro para formarse un partido que no había podido adquirir con sus trabajos de legislación y sus tentativas de gobierno, y que no le quedaba otro medio para contrariar las deficiencias é infidelidades que preveía, despues de haber ensayado todos los recursos, faltándole tan sólo el de ser jefe supremo inmediato en la campaña.

La idea de reunir el Congreso continuaba cautivándole á tal grado, que buscó un individuo de confianza para enviarlo cerca del Presidente Juárez, en solicitud de una entrevista; si la conseguía podría fijar la posición de los conservadores y regresaría con honra á Europa. También podría suceder que obtuviese triunfos, y entonces reconstituiría esta porción del antiguo Imperio de Carlos V.

Volviendo de sus ensueños y al fijar la vista á su rededor, contemplaba Ma-



General Rafael Benavides.

Siendo jefe militar en la costa de Sotavento, puso sitio al puerto de Veracruz en Marzo de 1867, cuando se embarcaban los últimos batallones franceses intervencionistas, cuyas naves aun aparecían entonces fondeadas en la isla de Sacrificios. El general Benavides estableció su campamento en Malibran; dispuso que fuese cortada el agua potable que abastecía á Veracruz; organizó el batallón "Libres de Zamora," compuesto de voluntarios veracruzanos; dispuso que fuese repuesta la artillería antigua que yacía enterrada en los médanos y la abandonada en el Chiquihuite, y rechazó varios ataques de las fuerzas que guarnecían la plaza. No obstante sus múltiples y fatigosas labores y el estar enfermo de calenturas, no abandonó el puerto. El 28 de Junio del mismo año, ocupó el puerto de Veracruz que abandonaron los imperiales.

Quedaba Maximiliano sin el apoyo de un verdadero partido al retirarse los franceses, y solamente encontraba adhesiones, pues en sus adictos se abrigaban sospechas y recelos. Además, ninguna potencia extranjera le auxiliaría contra los resueltos enemigos que tenía muy cerca.

Decía Maximiliano á personas de su confianza, á principios de 1867: "Miramon no es mi hombre; es á Márquez á quien debo el estar aquí." En estas opiniones se reflejaba la influencia del Padre Fischer y del consejero Lares, instrumentos del clero opuestos enteramente á Miramon. Además, Márquez nunca aparecía ambicionando el primer lugar, sino que más bien se obstinaba en guardar el segundo y jamás se le había acusado de inconsecuente con su partido.

Desde que los franceses dejaron la capital, los jefes del partido gobiernista, Lares y Márquez, excitaban á Maximiliano para que fuese á Querétaro, aunque debieron conocer la impotencia de su soberano desde que saliera del centro de los recursos. Con la última columna francesa que descendió lentamente para Puebla había permanecido aún cinco días Bazaine, esperando algún aviso de Maximiliano que no daba señales de actividad, no obstante que en aquellos momentos llegaba al cuartel general la noticia de la derrota de Miramón.

Entonces Bazaine escribió á Maximiliano suplicándole que se retirara, y le informó que el general Castagny quedaba á retaguardia para protegerle; el Ministro Danó dijo al Mariscal, que á pesar del desastre sufrido por Miramón, Maximiliano se mostraba cada vez más renuente á aceptar la mano que se le tendía para que se retirara, y que dentro de pocos días esa retirada sería imposible, y lamentaba Danó las nuevas aventuras que iba á correr Maximiliano.

Aún en Veracruz esperó Bazaine; pasó revista á los fuertes y parapetos y aguardó allí algunos días, porque corrió la noticia que Maximiliano había abandonado la capital para dirigirse á ese puerto; el Mariscal ascendió hasta la Soledad, lo que motivó el rumor de que volvía á abrir la campaña para despejar el camino ocupado por las guerrillas. Pero cuando pasaba esto, el Príncipe á quien quería proteger estaba ya en Querétaro.

Maximiliano conoció que era necesario reducir la política al terreno puramente militar, y que sería de grande utilidad ponerse personalmente á la cabeza de las tropas; consideró este medio el más seguro para formarse un partido que no había podido adquirir con sus trabajos de legislación y sus tentativas de gobierno, y que no le quedaba otro medio para contrariar las deficiencias é infidelidades que preveía, despues de haber ensayado todos los recursos, faltándole tan sólo el de ser jefe supremo inmediato en la campaña.

La idea de reunir el Congreso continuaba cautivándole á tal grado, que buscó un individuo de confianza para enviarlo cerca del Presidente Juárez, en solicitud de una entrevista; si la conseguía podría fijar la posición de los conservadores y regresaría con honra á Europa. También podría suceder que obtuviese triunfos, y entonces reconstituiría esta porción del antiguo Imperio de Carlos V.

Volviendo de sus ensueños y al fijar la vista á su rededor, contemplaba Ma-



General Rafael Benavides.

Siendo jefe militar en la costa de Sotavento, puso sitio al puerto de Veracruz en Marzo de 1867, cuando se embarcaban los últimos batallones franceses intervencionistas, cuyas naves aun aparecían entonces fondeadas en la isla de Sacrificios. El general Benavides estableció su campamento en Malibran; dispuso que fuese cortada el agua potable que abastecía á Veracruz; organizó el batallón "Libres de Zamora," compuesto de voluntarios veracruzanos; dispuso que fuese repuesta la artillería antigua que yacía enterrada en los médanos y la abandonada en el Chiquihuite, y rechazó varios ataques de las fuerzas que guarnecían la plaza. No obstante sus múltiples y fatigosas labores y el estar enfermo de calenturas, no abandonó el puerto. El 28 de Junio del mismo año, ocupó el puerto de Veracruz que abandonaron los imperiales.

ximiliano la realidad; pero sentía que era noble combatir en aquella situación, y no estando convencido de la fidelidad de sus generales, creyó prudente ir á vigilarlos, á la vez que á dar impulso á las operaciones militares y á la moral de las tropas cuyo entusiasmo debería crecer cuando vieran á su frente un Príncipe.

Maximiliano salió de México con el proyecto de regresar pronto; iba á concertar con los generales Miramón, Mejía y Méndez, en supremo consejo de guerra, el plan de campaña que habría de dar por resultado la pérdida ó la salvación del Imperio. Se movía bajo la influencia de las circunstancias y probablemente, al ver la entusiasta recepción que se le hizo en Querétaro, decidió arrojar definitivamente el dado de la fortuna.

Por todas partes aparecían guerrillas que dirigían insultos y miraban con desprecio la bandera francesa, en tanto que los agentes del general en jefe frances, trataron hasta el último momento, esto es, hasta el 12 de Marzo, con el secretario del General Porfirio Díaz, Mr. Thiele.

Desde el 15 de Marzo ya se dificultaba entrar por tierra á Veracruz, sitiado por el General Benavides con tropas que sacó de Tlacotalpam, á las que en seguida se unieron las que mandaban los coroneles Manuel Gómez y Márcos Heredia, quedando el puerto completamente bloqueado el 20 del mismo mes, de manera que nadie podía entrar allí, sin haber ido préviamente al campamento de Casa Mata, cuartel general de Benavides, para sacar permiso de embarcarse en Boca del Rio y aun para llegar á los navíos de guerra, estacionados en la isla de Sacrificios. [1]

---

1 La proximidad del ejército de Oriente al teatro de los acontecimientos hizo indispensables algunas disposiciones que tuvo que dictar el General Díaz.

En Acatlan ordenó en su calidad de general, en jefe de aquel ejército que los bagajes, transportes, material de guerra y proveduría que hubiesen pertenecido al ejercito invasor y que habían sido puestos en venta por no poder embarcarlos, fuesen ocupados por las autoridades republicanas, pues la nación no reconocia la compra, venta ó cualquiera clase de contratos sobre los mencionados objetos que declaraba contrabando de guerra y por lo mismo pertenecientes á la República.

En la proclama expedida en Huamantla por el General Díaz el 1.° de Marzo, calculaba el número de fuerzas que habían pretendido establecer el Imperio, en sesenta mil franceses, ocho mil austriacos, mil seiscientos belgas y treinta mil mexicanos, y hacía notar que esas fuerzas, ayudadas por el oro de naciones poderosas no habían sido bastantes para impedir el triunfo de la República. Ofrecía ya á los mexicanos que estaban en el Imperio la magnánimidad de la nación, asegurándoles que el Congreso y el Gobierno alimentaban deseos para mitigar los rigores de la ley en favor de ellos.

Dispuso el mismo General ya frente á Puebla, el 16 de Marzo, que los efectos extranjeros procedentes de Veracruz, pagarían los derechos que imponía la ordenanza de aduanas marítimas, en la primera administración de rentas del gobierno constitucional á donde llegaran para su consumo ó su tránsito, debiendo hacerse los pagos al contado para que fuesen enviados á la comisaría del ejército de Oriente. El 3 de Abril declaró cerrado el puerto de Veracruz á todo comercio de altura y cabotaje.

Necesariamente la revolución tomaba gran incremento también en el centro del pais, desde la retirada de los franceses. El General Antillón, que había podido sotenerse con éxito vario al frente de una corta fuerza de caballería en el Estado de Guanajuato, hasta fines de 1866, logró á principios del siguiente año una campaña feliz; ocupó el primer día del año tan memorable, el Mineral de la Luz, llevando cerca de quinientos hombres colecticios, mal armados con fusiles antiguos y lanzas, sin el suficiente parque ni vestuario, siendo de notar que tenía en contra al gobierno del Presidente Juárez que consideraba á Antillón reo de la ley de 25 de Enero de 1862. Desde aquel Mineral amagó la ciudad de Guanajuato, que defendía el general Liceaga con mil quinientos hombres y veintidos piezas de artillería.

Hasta que se unió el general Antillón en el pueblo de San Felipe con el general Escobedo, y le fué proporcionada por el general Treviño cierta cantidad de fusiles, parque y recursos pecuniarios, salió para Silao, contando ya para sus operaciones con la fuerza que acababa de levantar el coronel José Rincón Gallardo, compuesta de cuatrocientos hombres que ofreció desde Lagos para llevar adelante la campaña en el Estado de Guanajuato, auxilio que le fué muy oportuno á Antillón, quién se halló en aptitud para batir el 25 de Enero (1867), á los ochocientos imperialistas que salieron de Guanajuato á su encuentro. A las cinco de la tarde se avistó Liceaga frente á Silao; Antillón se retiró á la hacienda del Sauz, á cinco leguas de distancia, para que se le incorporase el coronel Rincon, lo cual se verificó esa misma noche. El siguiente día 26 marchó sobre Silao, población abandonada por las fuerzas de Liceaga que alcanzadas y batidas, entraron á Guanajuato en el mayor desórden, dejando en el tránsito muchos muertos, heridos y prisioneros.

Antillón avanza desde luego sobre Guanajuato; divide sus fuerzas en dos secciones y pone una de ellas al mando del coronel Rincón y con la otra ataca la trinchera del cerro Trozado, ejecutando sus movimientos con resolución é inteligencia; en poco tiempo quedan los republicanos en posesión de Guanajuato, de las veintidos piezas de artillería, de gran cantidad de armamento y parque, y de cuatrocientos prisioneros, elementos utilizados en la campaña sobre Querétaro, á cuyo memorable sitio cooperó el general Antillón con fuerzas considerables. La ocupación de San Luis y Guanajuato proporcionó á los republicanos grandes ventajas, y habrían sido mayores sin la pérdida del tiempo y de recursos en la campaña de Matamoros, tiempo que aprovecharon los imperiales para organizar fuerzas y reunir elementos de guerra, hasta el grado de tomar la iniciativa disponiendo de los cuantiosos recursos de la capital y las ciudades de Veracruz Puebla y aun Querétaro.

Concentradas en esta última las fuerzas con que D. Tomás Mejía se había retirado de San Luis Potosí, y las de la guarnición, pudo oponer á los republi, canos alguna resistencia, en tanto que llegaban las que se reunían en México para formar según los proyectos de los imperialistas dos divisiones, una destinada á arrojarse sobre los Estados del Occidente y la otra sobre los del Norte, prestándose mútuo apoyo.

El Estado de Michoacán volvía á quedar enteramente bajo el mando del Presidente Juárez, al desocupar á Morelia el gefe imperialista Ramón Mendez. Los ejércitos del Centro y Occidente, el uno al mando del general Régules y el otro al del general Corona, fungiendo este de general en gefe, recibieron órdenes de perseguir á Mendez en la marcha que este emprendiá con rumbo á México, si lo hacía por camino que no tocase á Querétaro; pero si marchaba para esta población se sujetarían aquellos dos gefes á las disposiciónes del General Escobedo, encargado del asedio de la plaza.

Acababa de pasar revista á sus tropas el general Corona, en Zamora, y organizaba las caballerías dejándolas al mando del general Guadarrama, para que marcharan el 16 de Febrero (1867) sobre Morelia; al siguiente día las siguieron las infanterías y entraba á Morelia el general en gefe del ejército de Occidente el día 20, en que fué felicitado por los gefes y oficiales del ejército del Centro.

Ofreciéronse mutuamente el mando los dos generales Régules y Corona, poniéndose el uno á las órdenes del otro; pero debiendo continuar con el mando en gefe el segundo de ellos luego que salieran del territorio de Michoacan, según nombramientos ya existentes, quedó reconocido con tal carácter por los dos ejércitos reunidos.

El gobernador de Guanajuato, D. León Guzmán, dió informes al general Corona respeto á la concentración efectuada por los imperialistas en Querétaro, y le anunció una próxima batalla en la que, según su opinión tomaría parte el ejército de Occidente. A la vez, el cuartel general de este ejército recibía la noticia de haber llegado Maximiliano á Querétaro, el 19 de Febrero con cuatro mil soldados y que el mismo día se hallaba el gefe imperialista Ramón Mendez en Celaya con tres mil. El general Escobedo instaba al general Corona, en oficio fechado en Dolores Hidalgo el día 21 del mismo mes, para que forzase su marcha porque la situación era apremiante, y á la vez le pedía su itinerario. Poco después le avisaba haber llegado á Guanajuato el día 26, y le daba algunas otras instrucciones.

Los palpitantes acontecimientos que se sucedían por momentos tenían en espectativa á todos los ánimos. Para cumplir el general Corona la órden de auxiliar las operaciones del general Escobedo, dispuso el 23 de Febrero la marcha del ejército de Occidente sobre Querétaro, y dos días después, concluídos los arreglos indispensables, desfilaba al medio día ese ejército unido al del Centro con rumbo á la ciudad en la que los esperaban los imperialistas. El general Régules se había quedado enfermo en Morelia, pero dispuesto á unirse con sus tropas tan luego como se restableciera, y así lo hizo poco después en Celaya. Ya en marcha recibe Corona una comunicación del general Riva Palacio, participándole que amagaban la ciudad de México dos mil hombres que le estaban subordinados, y que tan luego que estuvieran equipadas las infanterías las mo-

vería de Toluca y emprendería personalmente las operaciones sobre la capital de la República.

Los exploradores informan al General Corona, en Tarimoro, que se habían reunido en Querétaro diez mil imperialistas, ocupados en violentar los aprestos para salir á las órdenes de Maximiliano sobre el ejército de Occidente, con designio de sorprenderle en su marcha. En consecuencia ese ejército guardó las mayores precauciones en su avance para Celaya, y fué destacada la primera división de Jalisco al mando del general Guadarrama, encargando la descubierta al coronel Simón Gutiérrez con fuerzas de caballería. Considerando posible á cada paso una batalla, se dictaban las disposiciones para darla.

El general Escobedo avisó al general Corona, desde Celaya, que ya enviaba al jefe D. Silvestre Aranda para que operase unido al ejército de Occidente, cuya fuerza ascendió con este refuerzo á diez mil hombres que interinamente quedaron al mando del general Régules, en tanto que Corona iba á conferenciar con Escobedo el 1.° de Marzo, en el pueblo de Chamacuero, para combinar el plan general de ataque.

Desde que abandonó el territorio mexicano el ejército frances, los Estados Unidos, aunque contemplaban ansiosos la marcha de los sucesos políticos y militares relativos á México, aparentaron indiferencia y como que apenas fijaban su atención en la conducta observada por Maximiliano. Esa táctica de los norteamericanos obedecía á la seguridad que abrigaba el gobierno de Washington, respecto al poco tiempo que tardaría en sucumbir el Imperio de Maximiliano, estando seguro el pueblo norteamericano de que, durante siglos, no volvería á establecerse en México un régimen gubernativo que contrariase la doctrina de Monroe.

SEPTIMA Y ULTIMA PARTE.

Fin del Imperio presidido por Maximiliano de Hapsburgo é independido ya de la Intervención.

SITIOS DE QUERETARO, MEXICO Y VERACRUZ.

I.

(COMIENZA EL SITIO DE QUERETARO)

"Aspecto militar de México después de la retirada de los Franceses.—Medidas violentas del Imperio.—Fuerzas que formaban los ejércitos.—Los Republicanos dominan en los Estados.—Marcha Maximiliano para Querétaro.—Su comitiva.—Rasgos biográficos del Príncipe Salm-Salm.—Se dificulta á Maximiliano conseguir dinero.—Se le reune el general Vidaurri.—Tropas que permanecieron en la capital.—Proclama de Maximiliano expedida en San Juan del Rio.—Fuerzas que acompañaban al Emperador.—Pretende organizar el ejército imperialista.—Continúa la rivalidad entre Miramón y Márquez.—Entrada solemne de Maximiliano á Querétaro.—El general Márquez pide á la capital elementos de guerra.—Los imperialistas de Michoacan avanzan para Querétaro.—Se unen al general R. Mendez los defensores de la plaza de Zamora.—Fuerzas que condujo el general Mendez.—Se les unen en Celaya los coroneles Quiroga y Gayón.—Banquete ofrecido por Maximiliano.—Se conviene en salir al encuentro de Escobedo.—Razones que impiden ejecutar este plan.—Miramon es designado jefe de las infanterías.—Animación en Querétaro.—Maximiliano parece confiar en el porvenir.—Reunense los dos ejércitos republicanos sobre Querétaro.—Miramón pretendía impedir esta reunión.—Le apoyaron los generales Mendez y Mejía.—Se opuso el general Márquez.—Maximiliano se adhiere al parecer de este jefe.—Defectuosa posición militar de Queréraro.—Maximiliano firma en secreto su abdicación y designa una Regencia.—Establece el cuartel general en el cerro de las Campanas.—Lo translada al ex-convento de la Cruz.—El ejército republicano comienza á sitiar á Querétaro.—Ataque general del 14 de Marzo.—Prisioneros y trofeos quitados á los republicanos.—Serenidad que mostró Maximiliano.—Faltan recursos á los sitiados.—Cargos contra el general Márquez.—Entusiasmo entre los imperiales.—Condecoraciones á las banderas y á los soldados.—Accede Maximiliano á tomar la iniciativa.—Miramón ve contrariados sus proyectos.—Toma recursos de la hacienda de San Juanico.—Márquez y Vidaurri logran salir de la plaza y llegan á la Capital.

El Imperio, abandonado por la Intervención, quedó reducido á las ciudades de México, Querétaro, Puebla, Veracruz, Mérida y Campeche, ya asediadas por fuerzas republicanas, y aun la misma capital estaba bloqueada por guerrillas que impedían la entrada de víveres.

vería de Toluca y emprendería personalmente las operaciones sobre la capital de la República.

Los exploradores informan al General Corona, en Tarimoro, que se habían reunido en Querétaro diez mil imperialistas, ocupados en violentar los aprestos para salir á las órdenes de Maximiliano sobre el ejército de Occidente, con designio de sorprenderle en su marcha. En consecuencia ese ejército guardó las mayores precauciones en su avance para Celaya, y fué destacada la primera división de Jalisco al mando del general Guadarrama, encargando la descubierta al coronel Simón Gutiérrez con fuerzas de caballería. Considerando posible á cada paso una batalla, se dictaban las disposiciones para darla.

El general Escobedo avisó al general Corona, desde Celaya, que ya enviaba al jefe D. Silvestre Aranda para que operase unido al ejército de Occidente, cuya fuerza ascendió con este refuerzo á diez mil hombres que interinamente quedaron al mando del general Régules, en tanto que Corona iba á conferenciar con Escobedo el 1.° de Marzo, en el pueblo de Chamacuero, para combinar el plan general de ataque.

Desde que abandonó el territorio mexicano el ejército frances, los Estados Unidos, aunque contemplaban ansiosos la marcha de los sucesos políticos y militares relativos á México, aparentaron indiferencia y como que apenas fijaban su atención en la conducta observada por Maximiliano. Esa táctica de los norteamericanos obedecía á la seguridad que abrigaba el gobierno de Washington, respecto al poco tiempo que tardaría en sucumbir el Imperio de Maximiliano, estando seguro el pueblo norteamericano de que, durante siglos, no volvería á establecerse en México un régimen gubernativo que contrariase la doctrina de Monroe.

SEPTIMA Y ULTIMA PARTE.

Fin del Imperio presidido por Maximiliano de Hapsburgo é independido ya de la Intervención.

SITIOS DE QUERETARO, MEXICO Y VERACRUZ.

I.

(COMIENZA EL SITIO DE QUERETARO)

"Aspecto militar de México después de la retirada de los Franceses.—Medidas violentas del Imperio.—Fuerzas que formaban los ejércitos.—Los Republicanos dominan en los Estados.—Marcha Maximiliano para Querétaro.—Su comitiva.—Rasgos biográficos del Príncipe Salm-Salm.—Se dificulta á Maximiliano conseguir dinero.—Se le reune el general Vidaurri.—Tropas que permanecieron en la capital.—Proclama de Maximiliano expedida en San Juan del Rio.—Fuerzas que acompañaban al Emperador.—Pretende organizar el ejército imperialista.—Continúa la rivalidad entre Miramón y Márquez.—Entrada solemne de Maximiliano á Querétaro.—El general Márquez pide á la capital elementos de guerra.—Los imperialistas de Michoacan avanzan para Querétaro.—Se unen al general R. Mendez los defensores de la plaza de Zamora.—Fuerzas que condujo el general Mendez.—Se les unen en Celaya los coroneles Quiroga y Gayón.—Banquete ofrecido por Maximiliano.—Se conviene en salir al encuentro de Escobedo.—Razones que impiden ejecutar este plan.—Miramon es designado jefe de las infanterías.—Animación en Querétaro.—Maximiliano parece confiar en el porvenir.—Reunense los dos ejércitos republicanos sobre Querétaro.—Miramón pretendía impedir esta reunión.—Le apoyaron los generales Mendez y Mejía.—Se opuso el general Márquez.—Maximiliano se adhiere al parecer de este jefe.—Defectuosa posición militar de Queréraro.—Maximiliano firma en secreto su abdicación y designa una Regencia.—Establece el cuartel general en el cerro de las Campanas.—Lo translada al ex-convento de la Cruz.—El ejército republicano comienza á sitiar á Querétaro.—Ataque general del 14 de Marzo.—Prisioneros y trofeos quitados á los republicanos.—Serenidad que mostró Maximiliano.—Faltan recursos á los sitiados.—Cargos contra el general Márquez.—Entusiasmo entre los imperiales.—Condecoraciones á las banderas y á los soldados.—Accede Maximiliano á tomar la iniciativa.—Miramón ve contrariados sus proyectos.—Toma recursos de la hacienda de San Juanico.—Márquez y Vidaurri logran salir de la plaza y llegan á la Capital.

El Imperio, abandonado por la Intervención, quedó reducido á las ciudades de México, Querétaro, Puebla, Veracruz, Mérida y Campeche, ya asediadas por fuerzas republicanas, y aun la misma capital estaba bloqueada por guerrillas que impedían la entrada de víveres.

La situación de Maximiliano al retirarse los franceses, no podía ser peor; la suavizaron los empeños del general Márquez por la organización de las tropas. También el Padre Fischer deslizaba en el oido de Maximiliano palabras de consuelo, y el Ministerio insistía en mantenerle doradas ilusiones. No se conocían los proyectos de Maximiliano, pero en la noche del 12 de Febrero se esparció la noticia de que, á la cabeza de todas las tropas disponibles saldría el siguiente dia para Querétaro, donde se uniría con los generales Miramón, Castillo y Mendez, para evitar la concentración de los republicanos y su avance sobre la ciudad de México.

El Ministerio quiso combatir esa resolución inspirada á Maximiliano, calificándola de temeraria y la menos conveniente que se pudiera tomar; mas no logró impedir que el Emperador se pusiera en marcha para Querétaro á la cabeza de una columna de mil quinientos hombres y una batería de campaña, columna que fué atacada varias veces en el camino por las numerosas partidas de guerrilleros que ya inundaban esa parte del país.

Apenas podía comprenderse que Maximiliano abandonara la capital llevando tan cortos elementos, insuficientes para concluir felizmente una campaña que desde luego aparecía de vastas proporciones. El general Márquez y los demás consejeros de Maximiliano, se engañaban ó procuraban engañarle, pues en carta confidencial dirigida al Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Lares, con fecha 19 de Febrero de 1867, exponía Márquez las ventajas provenidas de la marcha de Maximiliano, en estos términos: "No puede Usted figurarse, querido amigo, todas las ventajas que hemos obtenido con la expedición del Emperador. Su Magestad ha podido ver personalmente, que no hay palabra de verdad en lo que se le ha dicho respecto de la situación del país. Lo que presentaban al Emperador como otras tantas brigadas y divisiones del ejército juarista, obrando de concierto y obedeciendo á un centro común, no se compone, su Magestad lo ha visto, sino de miserables partidas de mlahechores que trabajan por su propia cuenta, y arruinan á las poblaciones sin reconocer centro alguno, y á quienes muy poco importa D. Benito Juárez. Lejos de estar unidas esas gentes, viven en completa anarquía, se hacen la guerra los unos á los otros, é incapaces de batirse huyen al primer tiro de nuestras tropas, sea cual fuese el número." En seguida añadió: "Hoy ha sido sin duda un gran día para el Emperador, y para todos los que amen á nuestra Patria, y esto con tanta más razón, cuanto que se había manifestado á Su Magestad que el porvenir sería de lo más sombrío."

Servían con empeño á Maximiliano: el Ministro García Aguirre, el coronel alemán Príncipe de Salm-Salm, y varios generales entre los que se distinguía D. Leonardo Márquez, segundo en jefe del ejército imperialista.

El mismo dia 13 de Febrero, en que salió de México Maximiliano con dirección á Querétaro, comenzaron á tirotearle los republicanos desde la hacienda de la Lechería, á cinco leguas de la capital; un poco adelante, en la ranchería de Calpulalpam tropezó con las guerrillas de Gelista y Cosío; pero no se mostró dis-

gustado, antes bien contento y se presentaba de frente al peligro gozándo con su iniciación en el combate. Avanzaba con lentitud, pues hasta el dia 17 llegó á San Juan del Río; anunció allí en una proclama repartida al siguiente dia en Querétaro, su intención de tomar el mando del ejército, cuyo documento fué publicado en los periódicos de la capital el 26 del mismo mes. (1)

Los ejércitos que combatían al Imperio, al salir del territorio mexicano los franceses, se encontraban adueñados de casi todo el país. En el Oriente, el general Porfirio Díaz dominaba desde Oaxaca y Cordoba hasta las puertas de México, con excepción de Puebla; por el Poniente el General Régules disponía de Michoacán y parte de Guerrero de acuerdo con los Alvarez, exceptuando á Morelia; el general Corona poseedor de Guadalajara dominaba en el Occidente, esto es, en Jalisco, Sinaloa y Sonora; cerca de México, ocupaba á Toluca el general Riva Palacio; en el Norte, el general Escobedo tenia su cuartel general en San Luis Potosí y disponia de todos los Estados de aquel rumbo. Podía calcularse entonces el efectivo de las fuerzas republicanas, en treinta mil hombres que con facilidad se duplicarían al poco tiempo, por el entusiasmo que cundía al verificarse la apresurada salida de los franceses, y se consideraba asunto sencillo aniquilar al pequeño ejército imperial.

Componiase este de las siguientes fuerzas: quinientos hombres que guarnecían á Veracruz; dos mil quinientos á Puebla; cinco mil en México; tres mil en Morelia y dos mil en Querétaro; total: trece mil desde Veracruz hasta Michoacán. Este ejército, al contrario del republicano, estaba minado por la desconfianza; las vacilaciones que habia mostrado Maximiliano y las intrigas de los franceses, habían perjudicado á la causa imperial más que las derrotas en el campo de batalla. Esto lo comprendian Maximiliano y sus generales, que consideraron necesario sorprender á sus enemigos, y conforme á este plan comenzaron las hostilidades resueltamente cuando aquellos menos lo esperaban, guiando á las huestes imperiales el general Miramón, quién, aunque en sus avances sufrió un revés en San Jacinto, siguió considerado como la suprema esperanza del partido imperialista en asuntos militares.

La moral del soldado republicano era excelente; estaba poseido de engreimien-

(1) La proclama decía lo siguiente: Hoy me pongo á la cabeza de las tropas y tomo el mando de nuestro ejército que hace apenas dos meses podía comenzar á reunirse y organizarse. Desde hace mucho tiempo esperaba ardientemente este día, Obstáculos independientes de mi voluntad me retenían. Ahora, libre de todo compromiso, puedo escuchar únicamente mis sentimientos de bueno y fiel patriota."

"Nuestro deber, como leales ciudadanos, nos obliga á combatir por los dos principios más sagrados del país: por su Independencia que se ve amenazada por hombres que quieren, en sus miras egoistas, especular hasta con el territorio nacional; y por el órden en el interior, que vemos diariamente alterado de la manera más cruel para nuestros compatriotas pacíficos. Libre nuestra acción de toda influencia, de toda presión exterior, mantengamos en alto el honor de nuestra gloriosa bandera tricolor."—Terminaba la proclama nombrando á Marquez, Jefe de Estado Mayor, y á Miramón Mendez y Mejía, jefes de los tres cuerpos del ejército.

to al considerar que habia arrollado á los primeros soldados del mundo. El ejército imperial, por lo contrario, estaba desmoralizado y contribuía á ello su diseminación desde Michoacán hasta Veracruz. Además, cundía el desaliento entre los partidarios del Imperio, y para levantar el ánimo había aprobado Maximiliano, que Miramón hiciera una campaña rápida para sorprender á sus enemigos, misión que únicamente podia desempeñar este general tan admirado por sus golpes de audacia, siendo de esperarse que renovara su pasado.

Aun ocupaban á México los franceses cuando Miramón estimulaba y daba aliento á los imperialistas, con el ejemplo de su singular atrevimiento. Despues de recorrer ciento sesenta leguas atravesando el Estado de Guanajuato ¿no habia tirado en Zacatecas el guante á los enemigos del Imperio? Fué suficiente un rasgo de temeridad aunque sin el éxito esperado, para levantar los espíritus abatidos y conseguir que las esperanzas renacieran; se había perdido el apoyo de la Francia; pero se habia recobrado la libertad de acción; el tesoro francés se había cerrado, pero quedaban allí guardadas las exigencias de los agentes franceses, y ya los imperiales no sentían detenido el vuelo de sus impulsos.

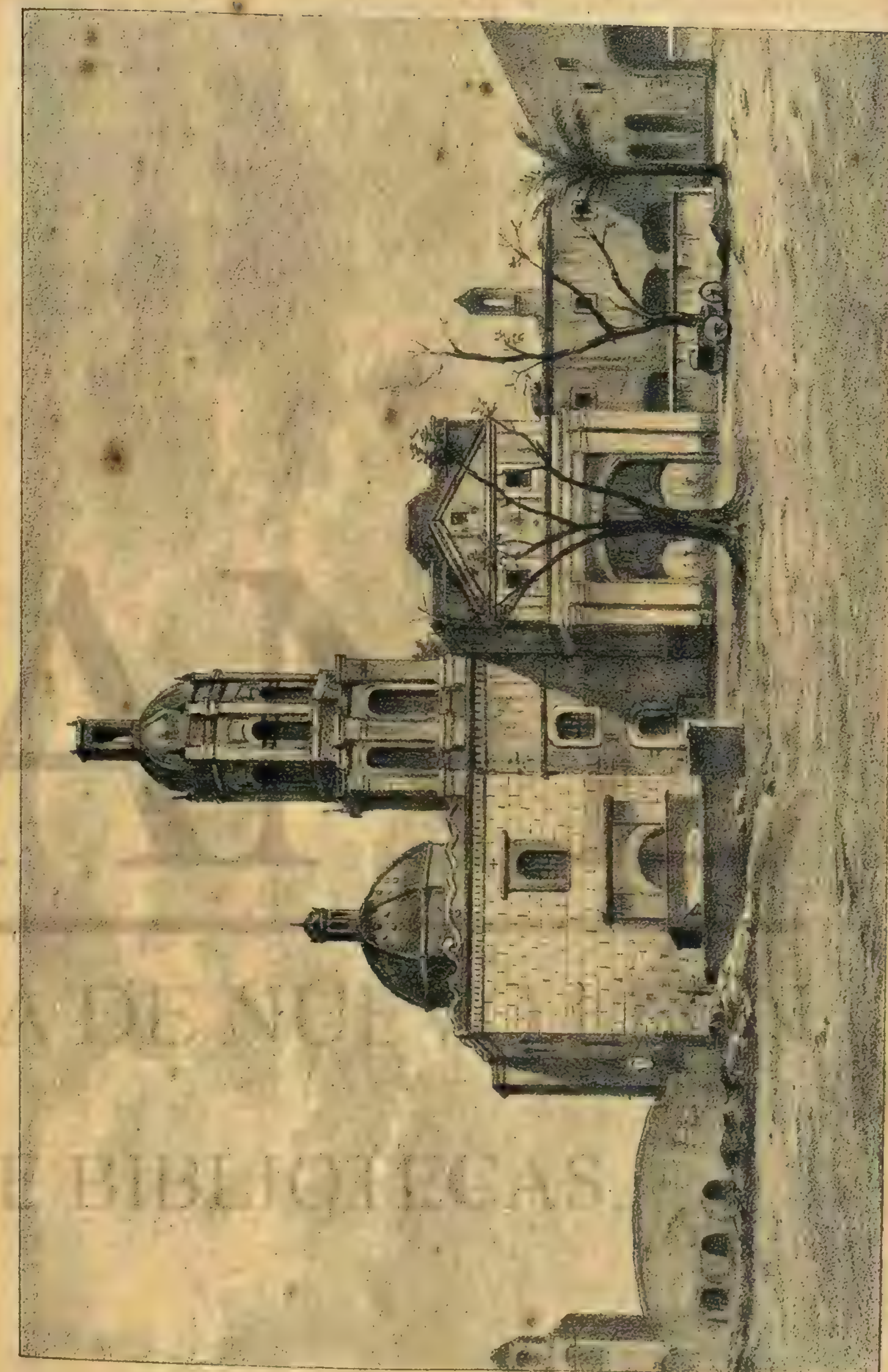
En la noche del citado dia 13 se unió á la comitiva el general Santiago Vidaurri con una pequeña escolta. El general Márquez caminaba generalmente solo, absorto en sus pensamientos y su semblante mostraba siniestra expresión; nunca acudió al primer llamamiento del Emperador sino hasta que era avisado dos ó tres veces. (1)

---

(1) Al salir de México Maximiliano, el 13 de Febrero (1867) en dirección á Querétaro, dejaba en la capital únicamente las siguientes tropas europeas: dos compañías de gendarmes al mando de jefe de escuadrón Chenet y del capitan Roud, el batallón austriaco Hammerstein y los húsares rojos de Kevenhüller, formando un total de mil quinientos hombres que, unidos á mil de la guardia municipal, constituian la guarnición de la capital que poco después aumentó con los tomados de leva en las calles, plazas y pueblos de los alrededores, hasta contar la fuerza de diez mil que sostuvieron el sitio de México.

A las siete de la mañana del 13 de Febrero emprendió Maximiliano su marcha para el interior del país, llevando las siguientes tropas:

Artilleros y trenistas para doce cañones	80
Guardia municipal de México, cuatro compañías	400
14º batallón de línea, cuatro compañías	250
15º " " " " "	400
Auxiliares de Tacubaya	82
Piquete del 4º escuadrón del Regimiento de la Emperatríz	28
Id. del Regimiento de húsares	40
Escuadrón de la guardia Municipal	100
" del 7º Regimiento	84
" del 9º "	80
Guerrilla Garcés	48
	1,582



Convento é Iglesia de la Cruz.

Cuartel general y mansión de Maximiliano durante el sitio de Querétaro en 1867. Vencida la plaza, fueron encerrados en ese Convento los jefes rendidos y prisioneros.

Hizo Maximiliano el camino á caballo; fué tiroteado al entrar á Cuautitlán, por las caballerías que mandaban Catarino Fragoso y Martínez; allí encontraron colgado de un arbol, en el atrio de la iglesia y acribillado á balazos, á un dragón de la guardia municipal, aun agonizante. Siguió su marcha Maximiliano sin ser hostilizado hasta la "Cuesta de Pajaritos" cerca de San Miguel Calpulalpam, el dia 16, apareciendo los republicanos en las alturas que flanquean el camino; pero después de una hora de descanso fueron alejados por la guerrilla Garcés y un piquete de caballería á las órdenes del comandante Malburg; quedó allí herido levemente el cocinero húngaro. Sin experimentar ningún nuevo accidente, aunque después del desfiladero se presentaron algunas guerrillas, llegó Maximiliano á Querétaro el dia 19 con las tropas que le escoltaban, acompañado de los jefes Miramón, Mejía, Liceaga y otros, y de porcion de oficiales que salieron á recibirle hasta el pié de la Cuesta China. Al llegar al lugar en que le esperaban se apeó del caballo, dió la mano á Miramon y Mejía con quienes habló largo rato aguardando que llegara el general Márquez con las tropas, para entrar á la ciudad, donde era esperado por la multitud que le tributó muy marcadas muestras de entusiasmo y adhesión. (1)

En el pequeño ejército que acompañaba á Maximiliano iban destacamentos de once cuerpos diferentes, entre los cuales se distinguían los guardias municipales de la ciudad y Valle de México, á pié y á caballo, mandados por los coroneles Joaquín Rodríguez y Antonio Díaz; los exploradores del mismo Valle al mando del español D. Antonio González y una corta fuerza del regimiento de Kevenhüller. Los exploradores y guardias municipales formaron siempre la vanguardia de la columna en marcha, yendo al frente de ella constantemente Maximiliano y Márquez.

Maximiliano entró á Querétaro el día 19 de Febrero á las diez de la mañana, acompañado de los tres generales y del Ministro García Aguirre, seguidos de

---

Rodeaban á Maximiliano, el ministro García Aguirre, el general Márquez, los ayudantes coronel Ormachea y teniente coronel Pradillo, el doctor Samuel Basch y el secretario José Blasio. Además, el oficial de casa Mr. Grill.

(1) Maximiliano montaba un hermoso caballo pinto, con silla y freno mexicanos; llevaba sepada y dos revolvers en la silla de montar; siempre se le veía en sus manos un telescopio chico, de campaña, con el que escudriñaba constantemente el terreno de su alrededor.

Acompañaban á Maximiliano, su jefe de Estado Mayor, general Márquez, en calidad de cuartel-maestre, y con este iba Valdomar Von Becker, jefe que había servido en el ejército español y con el cual Márquez habíase relacionado en Europa. Iba también con Márquez el coronel Miguel López, que había de tomar en Querétaro el mando de su regimiento. Al lado de Maximiliano estaban: El Ministro D. Manuel García Aguirre, su fiel adicto; los ayudantes, coronel D. Pedro Ormachea y teniente coronel Agustín Pradillo; el capellan del cuartel general D Luis G. Aguirre, el médico de Maximiliano D. Samuel Basch, y el secretario particular del Emperador, D. Luis Blasio. Llevaba Maximiliano, un cocinero húngaro y cuatro criados mexicanos. Escoltabanle mil seiscientos hombres con dieciocho piezas de artillería.

gran número de oficiales. Fué recibido solemnemente; las calles estaban adornadas con banderas y cortinas, y las ocupaba una multitud que mostraba entusiasmo. Formaron valla las tropas hasta la entrada de la iglesia principal, donde después de la recepción se cantó el Te-Deum. En seguida recibió en su alojamiento del Casino al clero y á las autoridades civiles que pronunciaron discursos de adhesión y lealtad con frases calurosas, á las que contestó conmovido; también fué saludado por gran número de oficiales que le fueron presentados. Después presenció desde un balcón de su residencia, el desfile de las tropas y fué objeto de aclamaciones por parte del ejército, moviendo para ello los resortes convenientes los numerosos agentes y partidarios que en aquella ciudad tenía el Imperio. (1)

---

(1) El 14 de Febrero llegaba la columna á Tepeji del Rio, el 15 á San Francisco Soyaniquilpam y el 16 á Arroyo-zarco. El siguiente día salieron para S n Juan del Rio y de allí fueron al Colorado que dista cuatro leguas de Querétaro.

Maximiliano quiso depender exclusivamente de los mexicanos y para ello se apartó de casi todos los extranjeros. Reunido, fuera de la garita á las seis de la mañana, con las tropas que habían de acompañarle, hizo su marcha en jornadas cortas, rindiendo la primera en Cuautitlán, donde se le unió el general Vidaurri acompañado entre otras personas del Príncipe Salm-Salm, que solicitó seguir á Maximiliano en su expedición al Interior y tenía el grado de coronel. Vidaurri llevaba la intención de continuar rumbo al Norte con la misión de organizar aquellos Estados política y militarmente, para cuya empresa le consideró Maximiliano el más á propósito. Aunque el general Vidaurri debió salir á la una de la tarde, difirió hasta las cinco su partida por la dificultad que hubo para reunir los cincuenta mil pesos que llevaba á Maximiliano, lo que indicó el grado de pobreza en que estaba el Imperio, aunque los ministros ofrecieron darle recursos en abundancia.

Vidaurri salió en coche hasta la garita, allí montó á caballo y partió escoltado por un destacamento de húsares de Kevenhüller, mandados por el capitan Echeagaray y dos tenientes austriacos; también le escoltaba otro destacamento de fronterizos á caballo. Vidaurri entró á Cuautitlán poco después de la media noche, encontró ocupados los alojamientos y consumidas las provisiones; habiéndole atacado los guerrilleros casi desde su salida de México, se ocuparon los húsares en alejarlos.

El Príncipe Salm-Salm había tomado parte en la guerra de los Estados Unidos en defensa del Norte y al terminar aquella lucha pasó á México y se afilió en el partido imperialista, embarcándose en Nueva York el 20 de Febrero de 1866; pero hasta el 1.° de Julio pudo vencer las dificultades que le oponía el ministro austriaco Conde de Thum para que se le diese el nombramiento de coronel de Estado Mayor, agregado á la plana mayor del general francés Neigre que tenía á sus órdenes la División auxiliar compuesta de una brigada francesa, la fuerza austro-belga y las tropas de la ciudad y Valle de México. Poco después de haber llegado á México, se le reunió la Princesa su esposa; entónces pensó en que podrían utilizarse los servicios de ambos en los Estados Unidos, por las relaciones que allí tenían, y que se podrían establecer negociaciones con el gobierno de esa Nación, respecto al reconocimiento del Emperador Maximiliano; se proyectó proveer á Salm con una fuerte suma de dinero en oro, asunto que quedó aplazado por haberse sabido la enfermedad de la Emperatriz y haberse retirado Maximiliano á Orizaba. Entonces Salm solicitó permiso para acompañar en calidad de voluntario á un cuerpo belga que salía para el Interior, y fué á Pachuca y Tulancingo en donde relevaron á un destacamento austriaco que mandaba el teniente coronel Pollack, y que debía ir en auxilio de Jalapa para donde partió el 12 de Noviembre. Después, deseoso de acompañar á Maximiliano en su marcha para el Interior, se le unió y le prestó importantes servicios durante el sitio.

Desde que se supo que llegaba Maximiliano se había notado grande excitación, la multitud salió á encontrarle hasta la Cuesta China, cerca de la garita de México y también salieron las tropas de la guarnición al mando de los generales Miramón, Escobar, Mejía, Castillo, Arellano, Valdés y Casonava; los dos primeros le dirigieron discursos felicitándole y los contestó en términos adecuados al acto.

Apenas llegó Maximiliano á Querétaro, activó las disposiciones para que se reconcentraran allí las tropas; había recibido orden el general Ramon Mendez para reunirse con las de Morelia al cuartel general. Para los gastos de marcha, hizo efectivo este general un préstamo forzoso, usando de amenazas y prisiones. No era de extrañarse tal proceder en Morelia, pues que en la misma Querétaro fué preciso para sostener el ejército, extorsionar al vecindario exigiéndole dinero, semillas y todo lo que se necesitaba para mantener las fuerzas; se hacían cotizaciones entre los vecinos señalándoles un diario, sin que obstara para esto la falta de trabajo y de medios de subsistencia que afectó á aquella población víctima de los horrores de un dilatado sitio.

Una orden imperial fechada el 1.° de Marzo, encargó la organización del ejército al general Manuel Ramírez Arellano, muy adicto al general Miramón; pero las influencias del general Márquez motivaron que tal organización no fuese aprobada por Maximiliano, acto que se calificó del más solemne reproche á la conducta del general Miramón desde que se abrió la campaña, en todo lo cual se percibía el desacuerdo existente entre los generales Márquez y Miramón. (1)

---

(1) En San Juan del Rio había expedido Maximiliano una orden, fechada el 17 de Febrero, organizando el ejército que iba á concentrar en la plaza En esa nueva organización adquirió el general Leonardo Márquez, el doble carácter de Gefe del Estado Mayor General y comandante en gefe del 2.° cuerpo de ejército, quedando Miramón sin tropas, pues las que mandaba pasaban á las ordenes de Márquez y Mejía, circunstancia que disgustó mucho á Miramón; pero esperó que se reformaría la organización aceptada y que ofrecía tantos inconvenientes; en efecto fué necesario modificarla y no quedó á Márquez más que el nombramiento de Gefe de Estado Mayor.

Maximiliano, deseando dar á Márquez gran prestigio, habia declarado en una conferencia que tuvo verificativo desde el 22 de Febrero, para discutir el plan de campaña, que el general Márquez mandaba todas las tropas y que el Emperador no era soldado sino marino, declaración que hirió profundamente la dignidad y el amor propio de Miramón, quien dirigió inmediatamente una carta al Emperador, en la cual le decía que por fidelidad á su persona y por patriotismo, tomaría parte en la primera batalla que se librara con las tropas republicanas; pero que después de esa batalla pedía ser relevado desde luego del mando del cuerpo de ejército de infantería, pues sus antecedentes y su dignidad no le permitían servir á las ordenes de Márquez.

La contestación de Maximiliano fué: que Márquez merecía su confianza en calidad de jefe de Estado Mayor, como él, Miramón, la merecía para el importante mando que le había confiado; terminaba recomendando á este general, diera en lo sucesivo más pruebas de subordinación y adquiriese así más motivos para obtener nuevas distinciones. El incidente terminó con otra carta dirigida por Miramón á Maximiliano, explicandole el por qué consideraba ajada su dignidad, al quedar subordinado á Márquez, que había pretendido traicionarle una vez, obligandole á ir personalmente á la capital de Jalisco para destituirlo y le hizo someter á un juicio. Miramón prefería retirarse á la vida privada ántes de someterse á quien siempre había sido su inferior.

En el ejército era censurado el general Marquez por no haber llevado á Querétaro suficientes municiones, ni cápsulas de guerra, ni estopines fulminantes, elementos absolutamente necesarios para entrar en campaña y cuya falta hizo conocer el comandante general de artillería. Márquez contestó á esos ataques manifestando, que en un convoy se llevarian cuantos elementos de guerra pudieran desearse.

Miramón creyó conveniente, después del desastre de San Jacinto, fortificar á Querétaro, y de acuerdo con el gefe de su Estado Mayor, Sr. Ramírez Arellano, encargaron al general Reyes, comandante de ingenieros, un plan de fortificación de la plaza bajo el concepto de ser defendida solamente por mil hombres y una batería mientras se recibían auxilios de México. El general Márquez no se opuso á la ejecución del proyecto que equivalía á dejar indefensa la plaza, puesto que las fortificaciones pasajeras eran insuficientes para proteger un ejército.

Los republicanos no les dieron tiempo ni aún para concluir las fortificaciones; al aparecer frente á la plaza se estaba construyendo esa clase de defensa en el cerro de las Campanas. Durante el sitio fueron ejecutados trabajos semejantes en la extensión de ocho kilómetros, muchas veces bajo el fuego de los sitiadores que á pecho descubierto resistian el de sus contrarios. Los sitiados no habían almacenado las suficientes provisiones, aunque abundaran las semillas en las ricas haciendas de los alrededores de Querétaro, de las que se aprovecharon los republicanos.

Querétaro carecía de las condiciones de una plaza fuerte, pues está dominada por alturas; pero Maximiliano la consideró como la llave del Valle de México y centinela avanzado para observar las fuerzas provenientes del Norte y Occidente. Allí debia replegarse el general Mendez con las tropas que ocupaban á Morelia, y reunirse con las de Miramón; y también se esperaba que se uniesen con Maximiliano las agrupaciones de indígenas de la Sierra Gorda, muy adictos al general Tomás Mejía. Maximiliano esperaba reunir en Querétaro ocho mil soldados al mando de generales que gozaban de alta reputación militar. Con estos proyectos terminó el mes de Febrero. Las tropas republicanas también se habían dado cita en Querétaro y avanzaban sobre la plaza, en tanto que por el Oriente de la República marchaban sobre Puebla las fuerzas del general Porfirio Díaz, á cortas jornadas desde Oaxaca.

Aumentaron los cargos de que era objeto el general Márquez, cuando hubo necesidad de tomar la ofensiva; se le criticó porque no atendía á fortificar la plaza, ni acopiaba víveres, ni hacía cosa alguna de las que prescriben las Ordenanzas militares al gefe del Estado Mayor para preparar la defensa de una plaza que va á sostener un sitio. Siendo el plan de Maximiliano y sus principales generales salir de la plaza en busca del enemigo, no fijaron debidamente su atencion en la falta de preparativos. La plaza de Querétaro no podia ser elejida para puesto de defensa contra fuerzas respetables, á causa de su posición topográfica, dominada por cordilleras montañosas, excepto por el Oeste, pues frente al cerro de las

Campanas se extiende un valle. No obstante estas desventajas, el ejército imperial se quedó allí, por resolución que adoptaron Maximiliano y sus generales en junta de guerra, lo que no impidió que el 22 de Febrero (1867) resolvieran que el ejército saldría el 26 del mismo mes, para tomar la iniciativa contra los republicanos que aún se encontraban lejos de Querétaro; entonces el general Márquez influye con Maximiliano para que la salida no se verifique, aunque ya estaba resuelta y aunque jamás se hubiera pensado en encerrarse en la plaza. (1)

Carecía Maximiliano del nervio principal de la guerra: el dinero; había llevado consigo desde México solamente cincuenta mil pesos. En su corto ejército que apenas se elevaba con esfuerzos á nueve mil hombres, contaba veinte generales y cincuenta coroneles lo cual daba menos de quinientos soldados por general y de doscientos por coronel; los queretanos opinaban que era excesiva esa cantidad de jefes que llegarían á quedar á su cargo, en último resultado, no obstante lo cual permaneció en su mayoría el vecindario siempre adicto al Imperio.

Se disponía á salir de Querétaro el ejército imperial en busca del republicano, cuando los espías informaron que éste avanzaba á encontrarlo, marchando en dos columnas convergentes, una por la carretera de San Miguel Allende al mando del general Escobedo con fuerzas que ascendían á diecisiete mil hombres, y la otra por el rumbo de Celaya á las órdenes del general Corona, con un efectivo un poco mayor, formado con los contingentes de Sinaloa, Sonora, Jalisco y Colima, siendo las del general Escobedo sacadas de los Estados del Norte, esto es, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Durango, Zacatecas y San Luis Potosí.

En vista de ese movimiento se resolvió el ejército imperial á esperar, dando por causa que al salir sobre alguna de las columnas habrían quedado expuestos el flanco ó la retaguardia; dividirse, para oponerse á los dos ejércitos republicanos, habría conducido á debilitarse supuesto que no contaban los imperialistas mas que de ocho á nueve mil soldados.

Doce días habían trascurrido desde el designado para que el ejército imperial tomara la iniciativa, cuando el 6 de Marzo las tropas republicanas se concentraban delante de Querétaro en número de veiticinco mil hombres y encontraban al ejército de Maximiliano sin los preparativos de defensa, sin las necesarias fortificaciones, sin municiones para resistir un sitio y sin los víveres que oportunamente debieron ser acopiados.

(1) Las fortificaciones de Querétaro semejaban un paralelógramo en el que el lado mayor medía dos mil cuatrocientos metros y el menor la mitad de esa distancia; formaba el río Blanco uno de los lados mayores y en uno de los menores se encontraba el Convento de la Cruz que era un punto fortificado; había además una doble línea de fortines de forma casi circular en el interior de la ciudad. El cerro de las Campanas estaba defendido por cuatro piezas de artillería, y el puente de la garita de San Luis tenia seis. En la obras del Convento fortificado de la Cruz, se comprendían: la huerta, el panteón y las habitaciones del claustro, la iglesia á la derecha y el hospital á la izquierda; al frente de los edificios está la plaza de la Cruz de cuya extremidad partía el primer fortín al lado izquierdo.

Insistían con Maximiliano los generales Miramón y Ramírez Arellano, para que se efectuara un ataque vigoroso que resolviese de una vez la situación; pero el general Márquez se opuso y dominó su voluntad por la influencia ejercida en el ánimo de Maximiliano, que confiaba ciegamente en la experiencia de este General. También se detenían los movimientos en espera del general Olvera con sus montañeses. Tal retardo que por largo y monótono se confundía con la inacción, fué cambiando poco á poco el entusiasmo entre los defensores de la plaza, reemplazándolo por cierta especie de recogimiento, porque era general la creencia de que la suerte del Imperio y sus defensores dependía del éxito de una batalla, y que se hacía absolutamente necesario ganar la que presentaba el enemigo. (1)

El día 22 se dirigió Maximiliano á la garita de Celaya, con objeto de recibir al general Ramón Mendez que llegaba de Michoacán con cuatro mil hombres. (2)

En la tarde de aquel día se pasó revista á las tropas que condujeron los generales Márquez, Miramón, Castillo y Mejía, formadas por los siguientes cuerpos: cazadores del Emperador, tiradores, 7.° de línea, restos del 5.°, gendarmes, 8.° de caballería, regimiento de la Emperatriz, constituyendo la artillería dos baterías de campaña y una de montaña; su total: cinco mil hombres que con los que llevaba el general Mendez, constituían un ejército de nueve mil, con treinta y seis piezas de artillería. Las fuerzas de Mendez se pudieron considerar el principal apoyo de la plaza de Querétaro, por ser las mejores tropas con que contaba el Imperio.

En los primeros días del mes de Febrero (1867) se vieron los cuarteles de Morelia llenos de tropas; en el de artillería principalmente, donde se encontraban los almacenes, se observaba la mayor actividad, se construia y reparaba el material de guerra, se cargaban carros con las municiones y armas tomadas á los republicanos en las muchas victorias obtenidas en su contra; por su parte las autoridades mostraban grande actividad en recojer para las cajas militares el producto de un empréstito forzoso, que pagaron de muy mala gana los comprendidos en lista. Todos se preguntaban qué significado tenía tan desusado movimiento. Los imperialistas se mostraban muy abatidos y los republicanos regocijados porque la

---

[1] Desde el momento en que llegó Maximiliano á Querétaro, escribía por órden suya el general Marquez al ministro Lares, pidiéndole cañones, parque y otros elementos de guerra; Lares expuso las razones que le impedian mandar lo que se pedía, sosteniendo que no había seguridad en el camino y que se apoderarían del convoy los republicanos, corriendo riesgo aun la misma capital. Por esto quería el citado Ministro, que saliera de Querétaro una Division á recibir el convoy hasta una jornada de México, aun cuando todavía no se reunían las fuerzas republicanas que después sitiaron á Querétaro.

(2) Era el general Ramón Mendez de baja estatura, tenía pelo y barba negros, y se notaba animación en su fisonomía; vestía chaqueta de húsar mexicano de la que pendían varias condecoraciones, entre ellas la de la "Legión de honor," y su sombrero era del estilo del que usaba Maximiliano. Atribuia á Miramón proyectos ambiciosos y era su enemigo.

febril agitación que en su derredor reinaba era preludio del abandono de Morelia. Lamentábase la imperdonable falta de no haber llevado á cabo la reorganización del ejército nacional, contando Maximiliano más de lo debido, con el apoyo de las legiones austriaca y belga, poco aptas para soportar las penalidades de la guerra en México, y aunque costaron sumas enormes en la época de prosperidad, cuando faltaron los recursos pocos legionarios vió el Soberano á su derredor.

Habían llegado á Morelia los restos de la guarnición de Zamora, plaza importante que fué sitiada y batida por los republicanos de Sinaloa, Jalisco y Michoacán; pero los defensores aunque no eran numerosos, estaban mandados por uno de los más bizarros oficiales imperialistas, el coronel D. Juan Berna, quien rechazó á los que atacaban; y aunque tenía escasez de municiones, abriéndose paso al través de los sitiadores, fué á reunirse en Morelia con las tropas que estaban al mando inmediato del general Mendez.

Esperaba este jefe en Morelia un ataque de los generales Corona y Régules, cuando tuvo noticia de la derrota que sufrió el general Miramón en San Jacinto; casi á la vez recibió la órden de replegarse á Querétaro; pero la guardó en secreto hasta el momento de ejecutar la marcha. Se supo el 12 de Febrero, que iba á ser evacuada Morelia, y al siguiente día todas las tropas se veían formadas en la plaza principal y calles adyacentes. El general Mendez les dirigió enérgica y calurosa alocución, haciéndoles saber que Maximiliano las llamaba; que dejaban á Michoacan en calidad de vencedores y á consecuencia de circunstancias independientes de su voluntad. En su arenga pronunciada con voz estentórea, expresó cuan grande era el disgusto que experimentaba al dejar á Morelia, frente á un enemigo que no se atrevía á combatirle y que rara vez era alcanzado aun después de enérgica persecución. Aquellas varoniles frases encontraron eco en el ánimo de los que las escucharon, poseidos de los mismos sentimientos. Esas tropas cuyo núcleo principal se había formado con los restos de la antigua División del general Márquez, operaba en Michoacán desde fines del año de 1863, y tenía cierto número de partidarios en las poblaciones dominadas por los conservadores.

El general Mendez con su escolta fué el último en abandonar á Morelia, vitoreando al Emperador con entusiasmo, así como las tropas que también vitoreaban al mismo General; un individuo del pueblo que se atrevió á gritar ¡Viva la Libertad! fué agredido por un soldado de la escolta que le abrió la cabeza de un sablazo. (1)

En la División del general Mendez estaban las mejores tropas mexicanas del ejército imperial, distinguiéndose la caballería que se había adiestrado en las continuadas expediciones que llevó á cabo; el aspecto de toda la fuerza era mar-

---

(1) Morelia quedó algunas horas sin autoridades; pero reunido y armado el comercio, impidió que se consumaran los desórdenes que ya promovía un grupo de individuos del pueblo, rompiendo las vidrieras de la casa habitada por la Sra. de Malo, dama de honor de la Emperatriz. A la vez fueron aprehendidos varios de los que sirvieron al Imperio y se atrevieron á quedarse en la ciudad.

cial y resuelto. Componianla: el batallón de la Emperatriz, que vestía blusa roja y pantalón verde con franja colorada, organizado por el mismo Mendez que había sido su coronel; este cuerpo se ufanaba de haber vencido siempre, pues no se había encontrado en los combates en que las tropas de Mendez sufrieron algun revés. Después se enumeraban los bâtallones 3. ° y 12. ° de linea, y el de Zamora. La caballería comprendió el 4. ° y 5. ° regimientos de lanceros y algunos escuadrones de rurales. La artillería se constituyó con la 8. ª batería presentada primitivamente para servir de modelo, de acuerdo con el jefe de la artillería francesa, Courtois d'Hurbal; la mandaba el capitan D. Antonio Salgado que gozaba de toda la confianza del general Mendez. La brigada contaba cerca de cuatro mil hombres y era jefe de Estado Mayor el coronel Loaeza. Mandaban la caballería los coroneles Santa Cruz y Vera, la infantería los coroneles Rodríguez, Redonet, Madrigal y Berna.

En esa División fungía de Comandante de ingenieros D. Francisco Troncoso que perteneció á los prisioneros de Puebla conducidos á Francia; pero los ingenieros pocas aplicaciones podían hacer de sus conocimientos en aquellos caminos tan destruidos, en los que tantos embarazos encontraba el largo convoy que seguía á las fuerzas del general Mendez, á las cuales iban unidos multitud de empleados civiles, de individuos comprometidos por sus opiniones y de comerciantes y viajeros que suponían que las tropas marchaban directamente á México; seguíanlas tambien porción de coches conduciendo las familias de los emigrados y de los oficiales, y aumentaban esa ya vasta comitiva la multitud de mujeres que siempre acompañan á la tropa mexicana. (1)

En Apaseo se arregló la columna para entrar á Querétaro, donde fué recibida por Maximiliado que la revistó rodeado de brillante Estado Mayor en el que formaban los generales Márquez y Miramón; llevaba á un lado al general Mendez y le acogían las tropas con el entusiasta grito de ¡ Viva el Emperador! Mendez le iba presentando las viejas y fieles tropas que tantas veces condujo á la victoria; las músicas tocaban el himno nacional y los tambores batían marcha. Maximiliano, conmovido, se detuvo delante del batallón que llevaba su nombre, tomó la bandera y pronunció una corta y entusiasta alocución, que fué acogida con fre-

(1) Las jornadas de la fuerza que mandaba el general Ramón Mendez fueron á los siguientes puntos: Indaparapeo, Zinapécuaro y Acámbaro. En esta población se comunicó en la orden del dia, que la marcha era para Querétaro, donde el Soberano los esperaba. La noticia conmovió al ejército como un golpe eléctrico. Los imperialistas, poseidos de entusiasmo, se forjaban suposiciones erróneas acerca del número de tropas ya reunidas en Querétaro y era general la creencia respecto al feliz éxito que se obtendría en una batalla campal y decisiva.

De Acámbaro fueron las tropas de Mendez á pernoctar en Tarimoro el 19 de Febrero y el dia 20 entraban á Celaya donde se organizó un batallón de tropas provinciales á las órdenes del comandante Gayon. Las fuerzas de Mendez venían precedidas por exploradores al mando del jefe Villafuerte. En esa ciudad se les unió el coronel Quiroga con la brigada de caballería que condujo desde la frontera del Norte y también se replegaba para Querétaro.



Coronel Ricardo Villanueva.

Al caer la plaza de Querétaro en poder de los republicanos, visitó en unión del General Escobedo al Príncipe Maximiliano en la prisión del ex-convento de las Teresas. Intervino el Coronel Villanueva en la entrevista habida en la Hacienda de Hércules, entre aquel General en jefe y el Emperador destronado. En una conversación que tuvo con el Príncipe Salm-Salm, le aseguró Villanueva que Maximiliano no debía concebir esperanzas de salvación.

cial y resuelto. Componianla: el batallón de la Emperatriz, que vestía blusa roja y pantalón verde con franja colorada, organizado por el mismo Mendez que había sido su coronel; este cuerpo se ufanaba de haber vencido siempre, pues no se había encontrado en los combates en que las tropas de Mendez sufrieron algun revés. Después se enumeraban los bâtallones 3. ° y 12. ° de linea, y el de Zamora. La caballería comprendió el 4. ° y 5. ° regimientos de lanceros y algunos escuadrones de rurales. La artillería se constituyó con la 8. ª batería presentada primitivamente para servir de modelo, de acuerdo con el jefe de la artillería francesa, Courtois d'Hurbal; la mandaba el capitan D. Antonio Salgado que gozaba de toda la confianza del general Mendez. La brigada contaba cerca de cuatro mil hombres y era jefe de Estado Mayor el coronel Loaeza. Mandaban la caballería los coroneles Santa Cruz y Vera, la infantería los coroneles Rodríguez, Redonet, Madrigal y Berna.

En esa División fungía de Comandante de ingenieros D. Francisco Troncoso que perteneció á los prisioneros de Puebla conducidos á Francia; pero los ingenieros pocas aplicaciones podían hacer de sus conocimientos en aquellos caminos tan destruidos, en los que tantos embarazos encontraba el largo convoy que seguía á las fuerzas del general Mendez, á las cuales iban unidos multitud de empleados civiles, de individuos comprometidos por sus opiniones y de comerciantes y viajeros que suponían que las tropas marchaban directamente á México; seguíanlas tambien porción de coches conduciendo las familias de los emigrados y de los oficiales, y aumentaban esa ya vasta comitiva la multitud de mujeres que siempre acompañan á la tropa mexicana. (1)

En Apaseo se arregló la columna para entrar á Querétaro, donde fué recibida por Maximiliado que la revistó rodeado de brillante Estado Mayor en el que formaban los generales Márquez y Miramón; llevaba á un lado al general Mendez y le acogían las tropas con el entusiasta grito de ¡ Viva el Emperador! Mendez le iba presentando las viejas y fieles tropas que tantas veces condujo á la victoria; las músicas tocaban el himno nacional y los tambores batían marcha. Maximiliano, conmovido, se detuvo delante del batallón que llevaba su nombre, tomó la bandera y pronunció una corta y entusiasta alocución, que fué acogida con fre-

(1) Las jornadas de la fuerza que mandaba el general Ramón Mendez fueron á los siguientes puntos: Indaparapeo, Zinapécuaro y Acámbaro. En esta población se comunicó en la orden del dia, que la marcha era para Querétaro, donde el Soberano los esperaba. La noticia conmovió al ejército como un golpe eléctrico. Los imperialistas, poseidos de entusiasmo, se forjaban suposiciones erróneas acerca del número de tropas ya reunidas en Querétaro y era general la creencia respecto al feliz éxito que se obtendria en una batalla campal y decisiva.

De Acámbaro fueron las tropas de Mendez á pernoctar en Tarimoro el 19 de Febrero y el dia 20 entraban á Celaya donde se organizó un batallón de tropas provinciales á las órdenes del comandante Gayon. Las fuerzas de Mendez venían precedidas por exploradores al mando del jefe Villafuerte. En esa ciudad se les unió el coronel Quiroga con la brigada de caballería que condujo desde la frontera del Norte y también se replegaba para Querétaro.



Coronel Ricardo Villanueva.

Al caer la plaza de Querétaro en poder de los republicanos, visitó en unión del General Escobedo al Príncipe Maximiliano en la prisión del ex-convento de las Teresas. Intervino el Coronel Villanueva en la entrevista habida en la Hacienda de Hércules, entre aquel General en jefe y el Emperador destronado. En una conversación que tuvo con el Principe Salm-Salm, le aseguró Villanueva que Maximiliano no debía concebir esperanzas de salvación.

néticas exclamaciones. Terminada la revista entraron todos á Querétaro, plaza que se había comenzado á fortificar para ponerla al abrigo de una sorpresa, en la suposición de que se haría la campaña en el Interior; pues siendo ciudad abierta y dominada por alturas no podía servir para posición militar. (1)

El general Mendez no era apropósito para sostener la vida pasiva de un sitio; sus éxitos en la campaña fueron debidos á la rapidez de los movimientos y á las sorpresas y combinaciones que de ellos se derivaban. En Querétaro aparecía fuera de su carácter y se desalentó al grado de haber propuesto á Maximiliano que se retirase á Veracruz, abdicara allí y abandonara el país, consejos que fueron rechazados por Maximiliano con marcado disgusto y le retiró el favor imperial. Aparte de ese parecer, opinó constantemente por la defensiva ó por la retirada, opiniones que iban de acuerdo con las del general Márquez, pero en oposición á una discreta actitud y á los proyectos del Emperador que le trataba ya con dureza.

Con la fuerza relativamente corta de nueve mil hombres, reunidos en Querétaro, iba á tentar Maximiliano la salvación de su Imperio, ó por lo menos de su nombre, sucumbiendo con honra en caso de suerte adversa. Se esperó al coronel Olvera con dos ó tres mil indígenas de la montaña, pero no llegaba y esta falta desconcertó las combinaciones.

Frecuentes revistas tenían verificativo en la llanura de Carretas, y en una de ellas se despidió el general Mendez de las tropas que se habían separado de su mando. En esos días se notaba en Querétaro mucha animación, tanto por la presencia del Emperador, cuanto por la reunión de las tropas y por la fiebre y el entusiasmo políticos que en aquellos momentos supremos, embargaban los ánimos de la población que aparecía partidaria incondicional del Imperio, impresionada por el atrevimiento caballeresco de Maximiliano que en vez de embarcarse según se le aconsejó, intentaba resueltamente sostener su trono; por este motivo se le hizo la entusiasta recepción que tanto le conmovió en momentos en que necesitaba señales de simpatía y demostraciones de adhesión que le alentaran. Tal conducta contribuyó al afecto que tuvo por Querétaro, y á la resistencia que manifestó cuando se le propuso evacuar la ciudad y dejarla al enemigo. Dieronse en el teatro algunas funciones que estuvieron muy concurridas; la Alameda, donde á veces se presentaba Maximiliano, era frecuentada por las mejores familias, por

---

(1) Las tropas de Mendez encontrab n ya en Querétaro las siguientes: una compañía de ingenieros, un batallón de cazadores franco-mexicano, grupo reducido que subsistió después de licenciados los batallones de cazadores al cesar la Intervención; la guardia municipal de México mandada por el coronel Rodríguez; el 7.° de linea; el de tiradores de la Frontera y el batallón de Celaya. La caballería que constaba del regimiento de la Emperatriz, un escuadrón de guardia municipal de México, otro de húsares austro-mexicanos, y alguna fuerza de irregulares que llevaba el nombre de auxiliar y cuyas cabalgaduras se hallaban en mal estado. La artillería contaba treinta y seis piezas de diversos calibres.

multitud de militares y por ginetes que, en traje nacional, hacian gala de lujosas sillas plateadas. En las fondas se formaban tertulias y se jugaba á cartas; los jóvenes oficiales se relacionaron con las familias de distinción y se estableció de tal modo la armonía, que cuando recrudeció el sitio, las señoras cuidaron los heridos ó contribuyeron con recursos para ello.

Pocos días después de haber llegado á Querétaro las fuerzas que estaban al mando del general Mendez, ofreció á éste y á los oficiales superiores un banquete Maximiliano. Concluido el convite hubo en la residencia imperial un consejo de guerra, en el que se resolvió que la ciudad sería abandonada el 26 de Febrero para ir al encuentro de las tropas procedentes del Norte al mando del general Escobedo; una vez batidas caerían los imperiales sobre Corona y Régules, que seguían por Acámbaro el mismo camino que había llevado de brigada del general Mendez.

El plan resuelto no fué ejecutado y cometieron los imperialistas la falta de quedarse á la defensiva, para organizar las tropas, y dejaron que entretanto los republicanos se concentraran y unidos se fortalecieran. Algunos batallones imperiales completaron su efectivo; se arreglaron los diferentes servicios lo mejor que se pudo, pues los elementos de guerra no abundaban en Querétaro.

Se organizaron dos divisiones de infantería y le fué dado el mando en jefe de ellas al general Miramón; el de la caballería con tres pequeñas brigadas al general Tomás Mejía; quedó de jefe de la artillería el general Ramírez Arellano y de ingenieros el coronel Mariano Reyes. Después de comenzado el sitio fué encargado el general Márquez de una comision especial, y quedó nombrado jefe de Estado Mayor el general D. Severo del Castillo. La reserva compuesta de una brigada mixta de tropas escogidas, fué puesta al mando del general Mendez; la integraban: el batallón del Emperador y el 3.º de línea; la 3.ª compañía de ingenieros; los dragones de la Emperatriz; el escuadrón de húsares y la escolta del Emperador, agregándoles la octava batería. En la organización de las tropas tomaba parte D. Santiago Vidaurri con el carácter que tenía ya de Ministro de la Guerra. (1)

Tenían los imperiales su cuartel general en el Cerro de las Campanas; allí

llevaba Maximiliano la misma vida que sus subordinados, dormía en un catre sin cobertor y envuelto en el nacional zarape de abigarrados colores. Visitaba todas las mañanas las líneas, recibiéndole los soldados con entusiasmo y con los honores correspondientes; preguntaba á cualquier soldado si recibía el sueldo, el café, y los víveres; si notaba alguna falta recomendaba al general Márquez que reprendiera al jefe del cuerpo que descuidaba á sus soldados. También visitaba los puntos avanzados y se exponía á las balas de los tiradores republicanos con una sangre fría por todos admirada.

Poco despues de haber llegado Maximiliano á Querétaro y al unírsele el general Mendez con su brigada, apareció respetable el ejército imperial con los nueve mil hombres y su vasto tren de artillería que contaba 36 cañones; pero faltaba el gran elemento del dinero para la manutencion, y apénas contaba con la mitad del parque que el reglamento fijara para entrar en campaña, no obstante que fueron almacenados alguna pólvora y proyectiles procedentes de San Luis y Morelia.

Despues de la revista que pasó Maximiliano á sus tropas el dia 27 de Febrero, siguió ocupándose activamente en la reorganizacion de los diferentes batallones; formó las brigadas y divisiones preparándolo todo para una próxima campaña. Pasaba contínuas revistas y aparecía alegre y lleno de confianza en el porvenir; gustaba encontrarse entre los soldados y hablar familiarmente con ellos, los alentaba y les distribuía algún dinero, por todo lo cual era recibido con entusiastas aclamaciones en donde quiera que se presentaba, muchas veces se le vió por las calles yendo de un cuartel á otro, acompañado solamente de su secretario particular D. José L. Blasio.

Despues de la revista se ejecutaban grandes maniobras en la llanura situada más allá de la Alameda, al pié de las colinas del Cimatario, mandando casi siempre los generales Márquez, Castillo ó Escobar, y rara vez Miramón. En cuanto á D. Tomás Mejía, agobiado por dolores del reumatismo, guardaba cama hacía dos meses con interrupciones cortas.

El 1º de Marzo se supo que las fuerzas republicanas de Corona dejaban á

---

(1) Las que conducía el general Méndez entraron á Querétaro el día 24, y el 25 quedó organizado el ejército imperialista de la siguiente manera; General en jefe, el Emperador. Cuartel maestre, General Leonardo Márquez. General en jefe de la infantería, General Miramón. Idem de caballería, General Tomés Mejía. Comandante general de ingenieros, General Mariano Reyes. Comandante general de artillería, Coronel Manuel Ramírez Arellano. Jefe de la 1ª División de infantería, General de brigada Francisco Casanova. Jefe de la 1ª División, General Severo del Castillo: 1ª brigada de la 1ª División, General Manuel Escobar. 2ª brigada dela misma, José M. Herrera y Lozada. 1ª brigada de la 2ª división, General Pedro Valdés; 2ª de la misma, General coronel Silverio Ramírez. 1ª brigada de caballería, General Ignacio Gutiérrez. 2ª de la misma, Coronel Mariano Martínez. Brigada de reserva. General Ramón Méndez.

Las fuerzas reunidas dentro de Querétaro al mandode Maximiliano, compredían los siguientes batallones: Tiradores, al mando del Coronel Cárlos Miramón; 2º de linea, al del Coronel Luis Madrigal; Celaya, su Coronel Antonio Gayon. 14 de línea, Teniente coronel J. Mora. Guardia Municipal, Teniente coronel Joaquín Rodriguez. 7º de línea, General coronel Silverio Ramírez. 12º de línea, Coronel José M. Farquet. Batallón de Querétaro, Coronel José Segura. Idem de Cazadores, Coronel Villasana. 15º de línea, Coronel Trejo. Artillería; Teniente coronel Ignacio de la Peza. Contaba el tren con 25 cañones de campaña y 11 de montaña.

Caballería: 4º regimiento, Coronel Wenceslao Santa Cruz. 5º Doroteo Vera. Regimiento de la Frontera, Coronel Julián Quiroga.

Brigada de reserva, Batallón del Emperador, Teniente coronel Juan de D. Rodríguez. 3º de línea, Teniente coronel Francisco Redonet. Regimiento de la Emperatriz, Coronel Miguel López; Compañía de Ingenieros, Capitán Felipe Betancourt.

Además, para guarnecer el perímetro interior de la plaza, se destinaron los restos del Batallón de Zamora y las compañías auxiliares de San Juan del Río y Huichapam.

Celaya y que las avanzadas se encontraban en la hacienda de la Estancia, casi á dos leguas de Querétaro; un espía avisó que por San Miguel de Allende se veía desfilar al ejército de Escobedo y poco después se anuncia que sus avanzadas llegaban á Santa Rosa, aldea á cinco leguas de Querétaro.

Entonces reune Maximiliano un consejo de guerra; Miramón toma la palabra y pide que se salga al encuentro del enemigo y que se libre la batalla en la dirección de Celaya, antes de que se verifique la reunion de las fuerzas enemigas, promete la victoria si se adopta el plan que propone, es decir, atacar al enemigo en la Estancia con todas las fuerzas de infantería y artillería, mientras que las caballerías, volteando la posicion por el Oeste, cargaban dirijidas por el general Mejía.

"Si vencemos, como estoy seguro, nos dirijiremos sobre las fuerzas que se presentan por el lado de Santa Rosa, las derrotamos como á las de Corona, y en dos días habremos salvado al Imperio." Apoyaba resueltamente este plan el general Mejía quien, aunque enfermo, se ofrecía á coadyuvar con todas sus fuerzas; también lo aprobó el general Méndez. El general Márquez fué de contrario parecer; según él, era mejor esperar al enemigo y combatirlo cerca de la ciudad, que entregarse al acaso, pues en las circunstancias en que estaban el menor fracaso comprometía la causa que defendían. (1)

Maximiliano, á pesar de la oposición que la junta de guerra hizo al plan de Márquez, lo adoptó, y desde el siguiente día se desplegaron todas las tropas conforme al órden de batalla aprobado. En la extrema derecha, sobre el cerro de San Gregorio fué puesto el batallón de cazadores, que tenía la mitad de franceses y que más tarde tomó el nombre de batallón del Emperador, por la confianza que en él tenía Maximiliano. (2)

---

(1) Había, según Márquez, más seguridad de vencer al enemigo si éste venía á atacar las posiciones de los imperiales, que si ellos iban á asaltar las contrarias. "Son nuestros enemigos, dijo, superiores en número, en un combate á campo raso sus ocho mil caballos pueden envolver y destruir los tres mil que podamos oponerles. Tenemos aquí un excelente campo de batalla, apoyando nuestro centro en el cerro de las Campanas que se podrá fortificar con diez piezas de artillería; la derecha en el cerro de San Gregorio y la izquierda en la Casa Blanca; debiendo tomar en consideración que las fuerzas que atacaran, no encontrarían en las montañas que rodean la ciudad ningún otro campo de batalla."

(2) El Principe, no obstante sus muchas contrariedades, siempre se mostraba afable y sereno; tan sólo le irritaba el recuerdo de los últimos actos políticos y militares de los jefes franceses, y la conducta que observaban en México sus ministros, á quienes criticaba que no pagaran á los empleados particulares que había dejado en la capital, ¡voy á reducirme á un criado, dijo, venderé mi caballo y andaré á pié, á fin de poder economizar algo que enviar á mis servidores." Al principio de Marzo escribía á un sabio alemán: "En estos últimos días tentaremos fortnna, si el golpe sale bien espero veros pronto en México, si no, habremos combatido como valientes y probado que pudimos sostenernos más semanas que los franceses. Perecer espada en mano es la suerte posible, pero nada tiene de vergonzoso. Cuánto lamento que las ciencias de la paz no puedan florecer al lado del cuartel.

El día 4 de Marzo, abandonaban á Celaya las fuerzas que mandaba el general Corona, é iban á acampar á la salida de Apaseo, donde se detuvieron por orden del general Escobedo para marchar unidas con las del Norte sobre Querétaro. Se dispuso que el día 6 avanzara una fuerza hasta la Calera y las caballerías hasta la estancía de las Vacas y hacienda de Castillo. En la madrugada de este día, las tropas imperiales habían estado formadas en batalla al pie del cerro de las Campanas.

Los preparativos para resistir á los ejércitos republicanos se activaron en Querétaro, cuando en los primeros días del mes de Marzo se anunció la presencia de ellos frente á la ciudad, buscando el mayor número de probabilidades en favor de una batalla decisiva, pues se comprendía que habían llegado los momentos supremos.

El 5 de Marzo desembocaba el ejército republicano en el valle de Querétaro, en la confluencia de los caminos de San Miguel Allende y Celaya. Encontró á su frente y en ese mismo valle, formado en batalla al ejército imperialista, apoyando su derecha en el río, su izquierda en la hacienda de Casa Blanca y el centro en el cerro de las Campanas. Unas y otras fuerzas permanecían sin tomar la iniciativa para un combate decisivo. Despues de tres días, los republicanos, aprovechando la indecisión de sus enemigos, hicieron un alarde militar efectuando una revista á tiro de los imperiales; celebraron la llegada de nuevos contingentes y en la noche del día 10 comenzaron á voltear los cerros de San Gregorio, San Pablo, Carretas, Cañada y Cuesta China, movimiento que indicó la intención de cercar á Querétaro. (1)

El ejército republicano, que al comenzar el sitio constaba de quince á diez y seis mil hombres, iba aumentando diariamente con refuerzos, de manera que al entrar á Querétaro llegó á treinta y dos mil con cien piezas de artillería; dividíase en contingentes por Estados, y creados sus batallones de prisa eran á meuudo diezmados por la deserción y debilitados por el robo de armas y vestuario, cuyas pérdidas se reparaban sin cesar por medio de la leva y por requisiciones de armas, caballos y objetos de equipo, aunque no los suficientes para evitar que la mayor parte de las tropas estuviera á medio vestir. En la caballería, que era numerosa, algunos escuadrones estaban bien armados, y otros se formaban de guerrilleros avesados á la lucha. El aspecto de las tropas republicanas produjo entre los imperialistas desden; las consideraban cual insurrectos que pretendían derribar una vez más al gobierno, sin

---

(1) Los días 13 y 14 de Marzo estaban los republicanos sobre las alturas de Carretas, Cuesta China y la Cañada, procurando voltear la posición de los imperialistas ú obligarlos á tomar otros nuevos puntos, en tanto que ellos se establecían sólidamente. Sospechando este plan los que defendían la plaza, presentaban el día 12 una nueva línea cuyo extremo izquierdo se apoyaba en el cerro de las Campanas y el derecho en el convento de la Cruz, línea que fué conservada durante todo el sitio.

La noche del 13 de Marzo la brigada de reserva ocupó el convento de la Cruz donde Maximiliano acababa de establecer su cuartel general, considerando que aquella altura venía á ser la llave de la ciudad, posición batida al día siguiente por los republicanos, cuyos primeros cañonazos fueron acogidos por los imperialistas con gritos de "¡Viva el Emperador" y contestados con fuego de artillería.

observar que el ejército imperial adolecía de peores causas para su debilidad y desorganización.

El día 8 se presentaban los republicanos frente á Querétaro, y los generales Escobedo y Corona tenían una conferencia en San Juanico; el siguiente día se cambiaron los primeros tiros las fuerzas enemigas, por la garita de Celaya.

Al aproximarse á Querétaro el ejército republicano, á una legua de la ciudad, se les presentaron los imperialistas en batalla; pero se consideró imprudente aceptarla, pues que para cualquier evento tenían estos el inmediato refugio de la plaza rodeada ya de buenos reductos y convenientemente artillada. Escobedo consideró mejor establecer el sitio de la ciudad, con el principal objeto de apresar á Maximiliano y á los jefes superiores que aun intentaban prolongar la guerra en favor del Imperio. Se creyó por el gobierno republicano, que la ciudad se rendiría por hambre, siendo un axioma militar que los plazas sitiadas capitulan ó se rinden necesariamente, y era seguro que Querétaro no recibiria auxilios eficaces de la parte de afuera, estando la Capital del Imperio, foco de los grandes recursos, rodeada, y se podía considerar sitiada por las guerrillas y fuerzas de la parte oriental y Sur del país, sin disponer de fuerzas disciplinadas suficientes para formar un ejército que obligara al republicano á levantar el sitio. (1)

Cuando resolvió el Consejo de los generales, por mayoría, que el ejército imperial tomaría la ofensiva contra los republicanos, esperando solamente otros diez días la llegada á Queretaro del general Olvera, Maximiliano, queriendo evitar las consecuencias de la acefalía en el gobierno, en caso de que muriese en campaña, nombró el 11 de Marzo, una Regencia compuesta del Presidente del Consejo de Ministros Sr. Lares, del Presidente del Consejo de Estado, Sr. Lacunza y del general Márquez; cuyo decreto firmó Maximiliano en el cerro de las Campanas y lo refrendó el ministro García Aguirre.

El día 12 del mismo Marzo firmó igualmente Maximiliano su abdicación para el caso de que se le hiciese prisionero. La Regencia fué modificada por decreto del 20 de Marzo, firmado en el cuartel general de la Cruz, nombrando Presidente del Gabinete á Vidaurri, unido con Márquez y Lacunza, debiendo quedar la presidencia en manos de éste despues de ser entregada por los otros.

Varios generales, entre ellos Miramón, censuraron la conducta del jefe de Estado Mayor, atribuyéndola á ineptitud y aun representaron ante Maximiliano diciéndole: que se había cometido una falta militar al dejar que las tropas enemigas

(1) Uno de los episodios memorables de aquel sitio, fué la entrega de una bandera al batallón Iturbide. Una mañana el general Mendez se presentó al frente de ese batallón seguido de muchos jefes y oficiales pertenecientes á la brigada de reserva. En una alocución anunció Mendez á los soldados el honor que les estaba reservado; les mostró la bandera que el Emperador les confiaba para que la siguieran y defendieran hasta morir. Poco despues se presentó Maximiliano seguido del general Márquez y del Estado Mayor: tomó la bandera de las manos del general Mendez y presentándola á los soldados, les dirigió entusiasta proclama en buen castellano con ligero acento aleman, excitándolos á defender con gloria el Imperio y la Patria

se concentraran al rededor de la ciudad, á cuyo cargo contestó Marquez: "que ninguna falta se había cometido contra las reglas del arte militar, y que únicamente, cuando se había querido ir á atacar al enemigo en detalle, ya no era posible hacerlo." Miramón refutó estos conceptos, diciendo que desde que se trató de salir de Querétaro, hubo tiempo suficiente para haber impedido la concentración de los disidentes al frente de la plaza, y que haber hecho lo contrario constituía una falta contra las reglas del arte militar. En doce días de que dispusieron, se pudo, según el general Miramón, haber atacado la línea enemiga, débil por la grande extensión que abarcaba en cincuenta leguas de desarrollo.

Quedaron los imperialistas en presencia de un ejército cuatro veces superior al suyo y provisto de todos los recursos del territorio en que dominaba, teniendo fuera de su poder solamente á México, Puebla y Veracruz. Se aconsejó de nuevo á Maximiliano la retirada, designándole para ello el general Márquez el día 10 de Marzo, cinco días despues que los republicanos comenzaron la circunvalación de la plaza, para cuyo acto contaban, además de su numerosa infantería, con cuatro mil ginetes. Para la retirada tropezaban los imperiales con el gran obstáculo del tren de más de cien carros y el de la artillería; sí seguían la planicie al Oeste de la ciudad, tendrían que luchar con la numerosa caballería republicana, y si buscaban el paso por las montañas que se elevan en otras direcciones, habría que desalojar á las infanterías enemigas que ocupaban posiciones ventajosas. Después de haber salvado las dificultades al rededor de Querétaro, había que recorrer aún sesenta leguas por caminos muy accidentados.

Creyendo Maximiliano indecorosa la retirada, rehusó aceptar el proyecto que le proponía Márquez, y reunió un consejo de guerra para decidir lo que convenía hacer. La mayoría opinó que debía esperar aún diez días, tiempo que se calculaba emplearía el general Olvera en llegar á Querétaro al frente de algunas fuerzas procedentes de la Sierra, y que entonces se tomaría la ofensiva contra el enemigo.

Al concluir el consejo de guerra dijo Maximiliano: "La mayoría de esta reunión está de acuerdo para atacar al enemigo, y es precisamente la opinión que ha expuesto el general Miramón un cuarto de hora antes de que nos reuniésemos aquí. Solo no estamos de acuerdo en los medios que deben emplearse para tomar la ofensiva. Voy á emitir una opinión contraria hasta cierto punto, á lo que han manifestado los generales Mejía y Méndez. Hay ciertos momentos, como los actuales, en que la suerte de los Imperios debe dejarse á la suerte de una batalla. Triunfaremos seguramente, pero aun cuando sucumbiésemos, sería con honor. Por otro lado, un simple movimiento de nuestra parte que indique nuestra iniciativa, bajará la moral del enemigo y le hará comprender que en torno mío están los mejores generales del país." Sin embargo de esta opinión de Maximiliano, no se tomó la ofensiva y se atribuía tal conducta á la influencia que Márquez ejercía en el ánimo de Maximiliano.

Al ejecutar el ejército de Occidente el movimiento para situar en la Cuesta Chi-

na su cuartel general, Maximiliano trasladó el suyo del cerro de las Campanas al convento de la Cruz.

Estando el cuartel general en el cerro de las Campanas, se notó desde luego que en ello se había cometido una falta, por ser de los puntos más peligrosos. Allí Maximiliano se sentía gustoso de mostrar su valor ante las notabilidades militares que le rodeaban, resaltando su caracter de soñador y amante de la gloria. Cuando el enemigo aglomeraba grandes masas de soldados por el Oriente de la plaza el 12 de Marzo, fué trasportado el cuartel general al convento de la Cruz.

Los sitiados practicaron un reconocimiento, el 12 de Marzo, sobre el pueblo de San Pablo, á tres cuartos de legua de la plaza, formando su columna con 1,400 hombres del batallón de cazadores, el 7.° de línea y el regimiento de la Emperatriz; dispersaron la fuerza republicana y se posesionaron de las bóvedas y torre del templo, regresando á la plaza en son de triunfo.

Verificaron los sitiados el reconocimiento siguiendo el camino de San Luis para tomar las trincheras de la garita y la iglesia de San Pablo. Dirigió el general Castillo esa operación á la cabeza de una parte de la brigada que mandaba, conduciéndola vigorosamente y consiguió saber si el enemigo cargaba sus fuerzas por aquel lado según se sospechaba; los cazadores franco-mexicanos penetraron hasta el patio de la garita y desalojaron á los que la defendían aunque fué herido gravemente el coronel Villasana; en seguida se replegaron los imperialistas á las trincheras de la ciudad. (1)

Los republicanos intentaron á su vez dos días después, el 14, un ataque general y resuelto sobre todas las líneas de los sitiados, logrando penetrar hasta el panteón de la Cruz, cuyos defensores se encontraron muy comprometidos y con dificultad rechazaron á los asaltantes. El dia 17 hizo otra salida el general Miramón sobre su derecha, con dos batallones y un cuerpo de caballería, se apodera de algunos cañones, clava otros y toma más de seiscientos prisioneros.

El ejército republicano sentíase cada vez más animoso, y restablecida completamente su moral, despues de la evacuación del territorio mexicano por los franceses, del abandono que los imperialistas hacían de las plazas del Interior y por la victoria de San Jacinto; en cambio, en el ejército imperialista se conocía perfectamente el agotamiento de recursos y la necesidad de permanecer á la defensiva. Los republicanos tenían grandes esperanzas en el éxito, en el que habían creído siempre, aun en

(1) Ese cuerpo de Cazadores se formó con restos de los extinguidos batallones de Cazadores de México, compuesto de franceses y mexicanos, en cuya organización tanto dinero se gastó, y que se disolvieron al retirarse las fuerzas expedicionarias; los oficiales franceses que estaban en esos batallones, al abandonar el servicio de Maximiliano, ingresaron á sus respectivos batallones. En el batallón que aún quedaba en Querétaro, el elemento francés era considerable y también había algunos alemanes y polacos, que conservaron la organización francesa primitiva, sustituida poco á poco por la española y despues por la prusiana que quiso establecer el príncipe de Salm-Salm y que modificó aún el comandante austriaco Pitner. Con tantas variaciones fué rebajada la disciplina de los cazadores, que llegaron á prescindir de toda regla de moralidad, aunque en cambio se batían con energía.



Coronel Francisco Redonet.

En la defensa de la Ciudad de Querétaro, sitiada por los Republicanos—de Marzo á Mayo de 1867—mandaba Redonet el batallón 3? de línea, perteneciente á las fuerzas imperialistas que hicieron la campaña en Michoacán al mando del General Ramón Méndez.—Tras los sangrientos y rudos combates que sostenían los sitiados, se presentó la divergencia de opiniones acerca del abandono de la plaza, asunto que exaltó los ánimos sobremanera. En junta de guerra se resolvió desocupar á Querétaro la noche del 14 de Mayo. Esta fecha pareció festinada al General Méndez, quien comisionó á Redonet para que, unido al General Castillo, obtuviesen de Maximiliano, que se difiriera hasta el siguiente día 15 la salida del ejército sitiado. Redonet apoyaba la petición en la conveniencia que resultaría, de que el General Méndez dirigiera la palabra á los soldados de su antigua brigada, en cuyo caso este Jefe se hacía responsable del éxito de la salida. La petición fué acordada; pero los memorables acontecimientos en la madrugada del día 15, impidieron lo proyectado y arrollaron toda esperanza. El Sr. Redonet quedó prisionero en Querétaro, y después fué trasladado á México, donde continuó en la prisión hasta que el Gobierno acordó el definitivo destino de los que sirvieron al Imperio en puestos elevados.

na su cuartel general, Maximiliano trasladó el suyo del cerro de las Campanas al convento de la Cruz.

Estando el cuartel general en el cerro de las Campanas, se notó desde luego que en ello se había cometido una falta, por ser de los puntos más peligrosos. Allí Maximiliano se sentía gustoso de mostrar su valor ante las notabilidades militares que le rodeaban, resaltando su caracter de soñador y amante de la gloria. Cuando el enemigo aglomeraba grandes masas de soldados por el Oriente de la plaza el 12 de Marzo, fué trasportado el cuartel general al convento de la Cruz.

Los sitiados practicaron un reconocimiento, el 12 de Marzo, sobre el pueblo de San Pablo, á tres cuartos de legua de la plaza, formando su columna con 1,400 hombres del batallón de cazadores, el 7.° de línea y el regimiento de la Emperatriz; dispersaron la fuerza republicana y se posesionaron de las bóvedas y torre del templo, regresando á la plaza en son de triunfo.

Verificaron los sitiados el reconocimiento siguiendo el camino de San Luis para tomar las trincheras de la garita y la iglesia de San Pablo. Dirigió el general Castillo esa operación á la cabeza de una parte de la brigada que mandaba, conduciéndola vigorosamente y consiguió saber si el enemigo cargaba sus fuerzas por aquel lado según se sospechaba; los cazadores franco-mexicanos penetraron hasta el patio de la garita y desalojaron á los que la defendían aunque fué herido gravemente el coronel Villasana; en seguida se replegaron los imperialistas á las trincheras de la ciudad. (1)

Los republicanos intentaron á su vez dos días después, el 14, un ataque general y resuelto sobre todas las líneas de los sitiados, logrando penetrar hasta el panteón de la Cruz, cuyos defensores se encontraron muy comprometidos y con dificultad rechazaron á los asaltantes. El dia 17 hizo otra salida el general Miramón sobre su derecha, con dos batallones y un cuerpo de caballería, se apodera de algunos cañones, clava otros y toma más de seiscientos prisioneros.

El ejército republicano sentíase cada vez más animoso, y restablecida completamente su moral, despues de la evacuación del territorio mexicano por los franceses, del abandono que los imperialistas hacían de las plazas del Interior y por la victoria de San Jacinto; en cambio, en el ejército imperialista se conocía perfectamente el agotamiento de recursos y la necesidad de permanecer á la defensiva. Los republicanos tenían grandes esperanzas en el éxito, en el que habían creído siempre, aun en

(1) Ese cuerpo de Cazadores se formó con restos de los extinguidos batallones de Cazadores de México, compuesto de franceses y mexicanos, en cuya organización tanto dinero se gastó, y que se disolvieron al retirarse las fuerzas expedicionarias; los oficiales franceses que estaban en esos batallones, al abandonar el servicio de Maximiliano, ingresaron á sus respectivos batallones. En el batallón que aún quedaba en Querétaro, el elemento francés era considerable y también había algunos alemanes y polacos, que conservaron la organización francesa primitiva, sustituida poco á poco por la española y despues por la prusiana que quiso establecer el príncipe de Salm-Salm y que modificó aún el comandante austriaco Pitner. Con tantas variaciones fué rebajada la disciplina de los cazadores, que llegaron á prescindir de toda regla de moralidad, aunque en cambio se batían con energía.



Coronel Francisco Redonet.

En la defensa de la Ciudad de Querétaro, sitiada por los Republicanos—de Marzo á Mayo de 1867—mandaba Redonet el batallón 2º de línea, perteneciente á las fuerzas imperialistas que hicieron la campaña en Michoacán al mando del General Ramón Méndez.—Tras los sangrientos y rudos combates que sostenían los sitiados, se presentó la divergencia de opiniones acerca del abandono de la plaza, asunto que exaltó los ánimos sobremanera. En junta de guerra se resolvió desocupar á Querétaro la noche del 14 de Mayo. Esta fecha pareció festinada al General Méndez, quien comisionó á Redonet para que, unido al General Castillo, obtuviesen de Maximiliano, que se difiriera hasta el siguiente día 15 la salida del ejército sitiado. Redonet apoyaba la petición en la conveniencia que resultaria, de que el General Méndez dirigiera la palabra á los soldados de su antigua brigada, en cuyo caso este Jefe se hacia responsable del éxito de la salida. La petición fué acordada; pero los memorables acontecimientos en la madrugada del dia 15, impidieron lo proyectado y arrollaron toda esperanza. El Sr. Redonet quedó prisionero en Querétaro, y después fué trasladado á México, donde continuó en la prisión hasta que el Gobierno acordó el definitivo destino de los que sirvieron al Imperio en puestos elevados.

los días aciagos de la derrota. Los principales jefes republicanos, Corona, Régules, Treviño, Antillón, Paz, Echagaray y otros, aceptaban satisfactoriamente al general Escobedo, que se mostraba activo é incansable, sin cuidarse de toda clase de fatigas y privaciones.

Se dispuso en el campo republicano, que en la mañana del día 14, el general Rocha diese un ataque por la garita de México para reconocer las posiciones de esa línea hasta San Francisquito. El movimiento había de ser apoyado por el general Régules, que descendiéndo por la derecha atacaría el Panteón; el general Antonio Neri ocuparía la capilla y lado derecho del convento de la Cruz. A las diez de esa mañana las tres columnas se lanzaron sobre los puntos indicados; momentos después se trabó sangriento combate por toda la línea. El general Tomás Mejía arrolló á la caballería republicana que estaba al Sureste de la ciudad, suceso que fué celebrado por los imperialistas con dianas, y los republicanos comenzaron á replegarse. Las infanterías prouraban la ocupación de los cerros de San Pablo y San Gregorio, logrando el general Antillón posesionarse de este punto y establecer una batería cerca de San Sebastián, aunque fué atacado por una columna al mando del Príncipe Salm-Salm, que no consiguió quitar del cerro á los republicanos. Los batallones de Michoacán habían desalojado del Panteón á los imperiales, y el general Neri había conseguido lo mismo en el Jardín de la Cruz; pero le fué preciso retirarse dejando prisionera una compañía y perdiendo los sitiadores más de mil hombres en toda la línea. (1)

Elegido para residencia de Maximiliano el convento de la Cruz, se conoció desde luego el peligro á que quedaba expuesto; era tan defectuosa la fortificación de aquel punto, que aun la víspera del ataque no ofrecía ninguna defensa frente al

---

[1] El ataque sobre la posición de la Cruz fué de los más notables, pues que llegaron los republicanos á apoderarse del Panteón y de la Huerta, y aun de las casas cercanas á la Iglesia de San Francisquito, en la cual colocaron piezas de montaña que mucho perjudicaban á los imperiales. El convento de la Cruz, aunque vasto y sólido, no había sido preparado para una seria defensa; además, los pliegues del terreno y las casas del barrio favorecían á los republicanos en su intento. Al querer desalojar del Panteón á los republicanos, fué herido gravemente el teniente coronel D. Juan de Dios Rodríguez por una bala que le atravesó el pecho. Otra recibió en la cabeza el capitan Domínguez. Los soldados caían uno tras otro por los disparos que los republicanos ejecutaban en las troneras que habían abierto. Se tocó retirada y al pasar los imperialistas por el claro que abrieron para comunicarse con el Panteón, caían tantos, que fué preciso apartar los muertos para abrirse paso; detras de los que se retiraban avanzaban los republicanos, contenidos por haber hecho salir el general Márquez algunas compañías del 3° de línea á las órdenes del comandante Gutiérrez, por la izquierda del convento, los que saltando las trincheras, cargaron sobre sus contrarios á lo largo de las paredes del jardín, y los desalojaron haciéndoles algunos prisioneros. Aun se verificó otra salida por el 3° de línea; los republicanos intentaron tomar la posición volteándola, y posesionarse tambien de las casas próximas al antiguo hospital de los franceses, pero rechazados, se alejaron, batiendolos las tropas al mando de los generales Márquez, Ramírez Arellano y Miramón; este último había llegado con artillería é infantería en auxilio de la posición atacada. Los trfeoos quitados á los republicanos así como los prisioneros, fueron mostrados en la plaza de la Cruz,

ejército republicano, en tanto que se presentaban obstáculos hácia el interior de la plaza, y fué preciso abrir troneras en las paredes del lado por donde podría tener verificativo el ataque, y ejecutar otras obras pasajeras por la escasez del tiempo.

La posición de la Cruz fué reconocida con sumo cuidado por Maximiliano en persona, acompañado de los generales Márquez, Miramón y Arellano. Vieron que no estaba convenientemente fortificada y que apenas se habían ejecutado algunas obras de defensa encomendadas por Márquez á un oficial que no pertenecía al cuerpo de Ingenieros. El extremo oriental de la línea de la Cruz, que era la parte más avanzada en la dirección del campo republicano, terminaba por el panteon que conducía á una capilla y dominaba al Jardín por donde fueron introducidos los republicanos en la madrugada del 15 de Mayo, estando contiguo por el lado más estrecho, al convento del que ha formado parte.

Transladado Maximiliano al convento de la Cruz desde el 13 de Marzo, convino, de acuerdo con sus generales, en la necesidad de poner el Panteón en estado de defensa, teniendo que vencer la resistencia que á tal proyecto opuso el general Márquez, por lo cual quedó aquel punto imperfectamente defendido, aunque se veía que era la llave de la posición y aun de la plaza misma.

El ejército republicano rompió el día siguiente, 14 de Marzo, el fuego de su artillería sobre el convento de la Cruz y sobre otras líneas al Norte de la plaza, y se preparó al asalto en esas direcciones, presentándose las columnas republicanas á las once del día para comenzar el ataque.

El día que siguió á ese en que Maximiliano se había transladado al convento de la Cruz, se dejó oír el cañon republicano preparando el asalto. Desde luego se presentó Miramón á Maximiliano para tomar sus órdenes, y se le dieron amplias facultades atendiendo á su inteligencia y valor. Miramón partió violentamente á establecerse en el cerro de las Campanas, desde donde podría transportarse con prontitud al punto en que su presencia fuera necesaria, observando que el fuego de los republicanos se generalizaba sobre los frentes del Norte y del Oriente. Entonces, cuando el ataque tomaba proporciones considerables, Maximiliano se paseaba tranquilo y afable sobre la plaza de la Cruz, entre la lluvia de balas y proyectiles, conversaba con algunos generales, entre ellos Márquez que pareció conmoverse hasta el grado de que el llanto brotara de sus ojos, y ante ese hecho, que creyó Maximiliano de adhesión, también dejó escapar lágrimas de gratitud, y estrechando á Márquez en sus brazos le dijo á media voz: "Tiene usted razón de estar contento, general, pueshoy es cuando salvaremos la independencia de nuestra hermosa Patria."

El Panteón fué tomado al principio del combate y derrotada la infantería que ocupaba el Jardín, permaneciendo allí los republicanos por algún tiempo y se salvó la plaza por casualidad. Miramón, que se encontraba por la parte del Oeste, sobre el cerro de las Campanas, es decir, en el lado opuesto, corrió á la línea del Norte de la que ya se retiraba la División del general Castillo, y dispuso que no fuera abandonada dicha línea, aun contrariando lo dispuesto por el jefe de Estado Mayor.

Las balas y granadas bañaban el convento de la Cruz, caían en el jardin, sobre el Panteón y la iglesia que fueron desocupados por órden del general Márquez. Maximiliano, vestido con el uniforme de general de División, y cubierto con el sombrero nacional de felpa blanca y anchas alas bordadas de plata y oro, no abandonaba la plaza que está frente al convento, por la cual pasaban silvando los proyectiles lanzados por las baterías republicanas; el Emperador sonreía y hablaba tranquilamente con los generales Márquez y Ramírez Arellano, sin dar la más leve muestra de sobresalto, actitud que no se escapó á la investigadora mirada de los militares que formaban el ejército imperialista.

Allí se presentó el general Miramón á pedir instrucciones á Maximiliano, y fué autorizado para defender la línea del Norte con la infantería. A toda prisa partió ese general para el Cerro de las Campanas. La caballería al mando del general Tomás Mejía, permanecía al Sureste de la ciudad, y dió una carga á los asaltantes, obligandolos á retroceder. Mientras estos hechos se verificaban, descendían los republicanos desde las alturas de San Pablo y San Gregorio para atacar la línea enemiga defendida solamente por el rio, de anchura insignificante y vadeable por todas partes. El general Castillo se había retirado de allí obedeciendo las ordenes que se le dieran; pero el general Miramón en calidad de comandante en jefe de las infanterías, restableció los batallones en sus primeras posiciones, teniendo que desalojar de algunos puntos á sus contrarios. Quedaba una bateria que dañaba mucho á los imperiales por la precisión del tiro y para quitarla fué comisionado el Príncipe Salm-Salm, jefe de los cazadores franco-mexicanos, quien acometió la empresa poniendose al frente de sus subordinados y de una sección del batallón de Celaya. Franquearon á paso de carga el puente, hicieron retirar las fuerzas que encontraban y tomaron la pieza rayada que estaba en batería.

Despues del combate de la Cruz, Maximiliano dió un abrazo á Miramón: los clarines y cornetas tocaron dianas y las músicas el Himno Nacional; todos se mostraban conmovidos. Se creía que el Imperio se había salvado. Maximiliano felicitó á sus generales; les dió muestras de estimación, y en seguida visitó el hospital de ejército.

El siguiente día del combate, 15 de Marzo, el Emperador distribuyó algunas recompensas entre los soldados que se habían distinguido de una manera especial, y pasó á condecorar las banderas de los batallones del Emperador y 3° de linea, tanto por la conducta que habían observado en Michoacán al mando del general Mendez, como por la de la víspera; la ceremonia se verificó en la plaza de la Cruz, en donde se presentó Maximiliano seguido de los generales Márquez y Mendez y de su Estado Mayor. Colocó una condecoración del Aguila Mexicana en cada una de las dos banderas que le fueron presentadas. Acto continuo el general Márquez exhortó á los soldados á conducirse siempre como hasta entónces, para merecer nuevas recompensas honoríficas é hizo entrever que el Emperador no se separaría de ellos.

Los desertores que llegaban del campo republicano pintaban á los juaristas en

el mayor desaliento y desmoralización. En ello se fundaba el general Miramón para excitar sin descanso á Maximiliano á tomar la iniciativa, atacando á los republicanos. Si no se obsequiaban sus deseos, lo atribuía á que el general Márquez se oponía esperando un segundo ataque ó que fuese levantado el sitio. Maximiliano, que tenía confianza ciega en la pericia de Márquez, consideraba la impaciencia del general Miramón inconveniente; pero fueron tantas las instancias que hizo este, que por fin pareció que se decidía el Emperador á tomar la ofensiva, ejecutándose todas las disposiciones necesarias en la noche del dia diecisiete.

Rechazado el ejercito republicano el 14 de Marzo y estando resuelto desde el dia 10 que las tropas imperiales tomarían la iniciativa, se esperó aún la llegada del general Olvera; entretanto Miramón insistió con Maximiliano para hacerle aceptar su plan de ataque decisivo y obtener la autorización necesaria para operar.

Consistía el plan en posesionarse de las alturas de San Pablo y San Gregorio; pero el ataque no se llevó á efecto por no haber llegado á tiempo á su puesto la brigada de reserva encargada de cubrir la linea del Norte; fué relevada muy tarde y encontró obstruida la calle que conduce de la plaza de San Francisco al puente de San Sebastian, por una trinchera y carros destruidos; por tal motivo se formó allí un desórden peligroso, no pudiendo la artilleria ni la caballeria continuar su marcha; en tal situación y cuando los obstáculos comenzaban á apartarse y el orden se restablecía, llegó la orden para que regresaran las fuerzas al convento de la Cruz. Más tarde se supo que el comandante de esa posición creyó que los republicanos, considerándola desguarnecida por los movimientos que observaron, se disponían á atacarla. Esta creencia le fué comunicada al general Mendez, quien partió á toda prisa á informar á su Emperador que estaba en el cerro de las Campanas para presenciar la batalla que estuvo á punto de comenzar; fué consultado Márquez, quien opinó que ante todo era preciso guardar la posición de la Cruz; Maximiliano dió orden á Miramón de suspender el ataque, conduciéndola Márquez á toda prisa, en tanto que Maximiliano y el general de artillería Ramírez Arellano se dirigían violentamente al referido punto de la Cruz.

En la madrugada del día 17 de Marzo, aparecieron los imperialistas formados en columna cual si intentaran un ataque á los cerros de San Pablo y San Gregorio; entonces los republicanos vuelven á amenazar el convento de la Cruz y hacen vivísimo fuego de artiller ía desde el cerro de Carretas, dando por resultado que los imperialistas se dirigieran á reforzar varios puntos de la plaza, principalmente el de la Cruz Para proteger las obras de zapa; los cañones de los republicanos tambien hacian fuego pasando á veces los proyectiles sobre la ciudad.

Los republicanos aun no habian cubierto la linea del Sur y no acababan de reunir todas las fuerzas de que podian disponer. Dadas las órdenes necesarias para atacarlos al amanecer del dia 17 en el cerro de San Gregorio, que domina á Querétaro por el lado del Norte y en donde se encontraba el grueso del ejército republicano, arregló el ataque el general Miramón considerando que batidos allí los republicanos, la victoria sería completa. Antes del amanecer habían de salir de la plaza las tropas con

el mayor silencio, para comenzar el ataque de la posición enemiga al rayar el alba; avanzaría la segunda División de infantería mandada por el general Castillo, ocupando la brigada del general Mendez la línea que aquella dejaba, para servirle de reserva y protejer, en caso necesario, la retirada. Por esta parte el ataque era simulado; el verdadero había de ser ejecutado por Miramón, quien saliendo por los llanos que separan la plaza de Querétaro del cerro de San Gregorio, voltearía la posición de los republicanos por la derecha, atacándolos por la retaguardia y protegería el ataque una batería de diez y ocho piezas de campaña apoyadas por la reserva de Miramón; efectuarían un fuego muy vivo contra el cerro de San Gregorio al mismo tiempo que la batería del cerro de las Campanas. La reserva y las diez y ocho piezas colocadas en el llano, rechazarían á su vez á la caballería republicana en caso de que se presentara. La plaza quedaba suficientemente resguardada y durante el ataque establecería Maximiliano el cuartel general en el citado cerro de las Campanas.

Miramón salió de la plaza según el plan combinado, y la reserva y la batería de diez y ocho piezas se situaron en el punto convenido. Maximiliano, acompañado de los generales Márquez y Arellano, se transportó del convento de la Cruz al cerro de las Campanas; pero la División del general Castillo no avanzó por no haberse presentado la fuerza de Mendez destinada á relevarla en el servicio de la plaza, á causa de que faltaron oportunamente las órdenes del Jefe de Estado Mayor. Miramón formó sus columnas al pié del cerro de San Gregorio, é iba á lanzarse contra los republicanos en los momentos en que el general Mendez se presentó á Maximiliano y le dijo que el enemigo entraba á la plaza por el lado de la Cruz, y que la brigada de reserva no había podido ocupar su puesto, siendo ya imposible colocarla útilmente sobre la linea del general Castillo, y que además la plaza iba á ser tomada.

¿Qué debemos hacer? preguntó violentamente Maximiliano al general Márquez.

—"Volver inmediatamente de donde venís, contestó éste, y dar orden al general Miramón de replegarse en seguida, pues ya no es posible que ataque."

Maximiliano abandonó el cerro de las Campanas en compañía de Ramírez Arellano; entró á Querétaro y se detuvo en la plaza de San Francisco, en el centro de la ciudad. Mendez se reunió con su brigada que había dejado en las calles y operó una concentración hácia la Cruz. Márquez partió á toda prisa en busca de Miramón para transmitirle personalmente la orden de suspender el ataque y retirarse á la plaza, llegando en los momentos en que el ataque iba á tener verificativo. Miramón se sorprendió de que el general Castillo no hubiera podido moverse porque Mendez no lo relevó, y no quiso creer la noticia de la entrada de los republicanos al convento de la Cruz; pero obedeciendo la orden de Maximiliano, tuvo que retirarse al momento; envainó su espada y mostrando su disgusto, hizo que ejecutaran sus tropas la orden de su Soberano. Todas las fuerzas de la plaza se replegaron á sus puestos, cuando los sitiadores, que no se daban cuenta del movimiento de concentración que se operaba y tan solo veían las espesas columnas de polvo que levantaban las tropas imperialistas, les hicieron algunos tiros de cañón.

En el momento en que Márquez llegaba delante de Miramón con la orden para impedir el ataque, este general, con la espada desenvainada arengaba á sus tropas y les comunicaba su entusiasmo y fé ciega en el éxito. La luz del alba alumbraba ya; las diez y ocho piezas de artillería que se colocaron frente á las posiciones enemigas iban á romper el fuego. Al retirarse supo que ningún peligro corría la Cruz. Encontró al Ministro Vidáurri frente al palacio municipal y le dijo:

"Os encargo que comuniqueis al Emperador, que ya no cuente conmigo para proyectos de ataque ni para ningún consejo de guerra; obedeceré las órdenes que se me den y nada más." Vidáurri trató de calmar á Miramón y nada dijo al Emperador de lo que ese general le encargaba. Fué reconocido el error involuntario del comandante de la Cruz; pero ya era muy tarde para reparar el mal, pues con la luz del día se descubrieron todos los movimientos ejecutados por los imperialistas.

Desde ese día empeoró notablemente la posición de los sitiados, que se veían perseguidos por la fatalidad que les detenía cada vez que se encontraban en la vía de un éxito feliz. Los republicanos comenzaron desde entonces un sitio en regla, convencidos de que de otro modo no podrían vencer las dificultades que se presentaban. Se pretendió batirlos parcialmente para debilitarlos y Miramón hizo una salida por el Oeste de Querétaro sobre la hacienda de San Juanico, á cuatro kilómetros de la ciudad, donde se proveyó de víveres y forrajes, despues de haberla abandonado la fuerza republicana que cuidaba el punto. Este general salió muy temprano con los fronterizos al mando de Quiroga, el batallón de Celaya y parte de los cazadores franco-mexicanos con cuatro piezas de artillería. (1) Todo el maíz que se encontró fué cargado en carro; pero mientras se verificaba esta operación atacaron las caballerías republicanas sostenidas por la artillería, y Miramón las fué conteniendo; vióse comprometida la caballería de Quiroga, pero la socorrió á tiempo la infantería guardia municipal de Mexico. El botín entró al fin á la ciudad, atacado muy de cerca y con brío por los republicanos. Una granada que cayó en un cajón de municiones, produjo terrible explosión y mató á varios é hirió á muchos. Ese día se distinguió el príncipe de Salm-Salm, habiendo matado una bala el caballo que montaba.

(1) El 21 de Marzo, día siguiente al en que se decidió en consejo de guerra que se defendería la ciudad de Querétaro á todo trance, fué informado el general Miramón por sus espías, que al pueblo de San Juanico, á una legua de Querétaro, habían llegado refuerzos, artillería, parque, armas, cuatrocientos carros con provisiones y varias manadas de ganado. En consecuencia recibieron orden los cazadores, tiradores y una batería, para que á las cinco de la mañana del día 22 atacaran el pueblo de San Juanico, apoyándolos la caballería á las órdenes de Mejía por el flanco derecho y la de Quiroga por el izquierdo.

Al amanecer del 22 marchaba la columna al mando del general Miramón por el camino de Celaya, que es el que conduce á San Juanico, y á cuya derecha corre el río Blanco. Cerca del pueblo encontraron á las avanzadas republicanas y comenzó el combate, dejando los republicanos el pueblo y hacienda situada á su extremidad, donde estuvo el cuartel general del comandante en jefe Escobedo; pero no tomaron los imperialistas más que algunos carros con maíz, buena cantidad de armas y de ganado vacuno y lanar; en seguida se retiraron para Querétaro, molestados por las caballerías que mandaba el coronel Guadarrama, que no logró derrotarlos por haber recibido refuerzos Miramón, cuya columna al principio fué de mil quinientos hombres, apoyados con cuatro piezas de campaña.

Las grandes pérdidas sufridas, indicaron lo que se debía esperar del ejército republicano, y entonces el general Márquez y otros jefes volvieron á manifestar su deseo de una retirada hácia México, para reunirse con las fuerzas existentes en la capital y dar una batalla decisiva á los republicanos, con probabilidades de éxito feliz. La idea no fué aceptada por Maximiliano ni por los generales Miramón y Arellano, quienes en un consejo de guerra reunido el día 20 de Marzo, insistieron en que la retirada era la derrota. Solamente estuvieron de acuerdo los generales en que pasara á México alguno de ellos para sacar todas ó parte de las fuerzas aquí concentradas y los recursos pecuniarios que pudiera conseguir, y fuera á reunirse con el ejército imperial ó maniobrara de manera que los republicanos se vieran forzados á levantar el sitio.

Maximiliano señaló para esa misión al general Márquez, al cual acompañó D. Santiago Vidáurri, nombrado presidente del Consejo de Ministros, y les dió por escolta una brigada de caballería compuesta del 5 ° de lanceros y dos cuerpos de fronterizos, todos al mando del coronel Quiroga. Salieron en la madrugada del 22 al 23 por el Sur de la ciudad, rumbo aun no ocupado por los sitiadores, y siguieron el camino de la montaña. Los republicanos destacaron en su persecución una columna de cuatro mil ginetes al mando del coronel Guadarrama; pero no les dió alcance.

En Querétaro se quedaban esperando el regreso de Márquez, en quien por entonces se fijaron todas las esperanzas para salir de la penosa situación en que se encontraban los sitiados.

En tanto que dentro de la plaza se discutía lo que había que hacer, los republicanos constituían en blanco favorito de su artillería los siguientes puntos: la Cruz, el convento de Santa Clara, ocupado por la Maestranza de la artillería, el cerro de las Campanas, la Alameda, la Casa Blanca y el puente al fin de la calle de Miraflores. Las baterías de los imperialistas estaban colocadas en el cerro de las Campanas, entre éste y el puente, en la Cruz, en San Francisquito, en la Alameda, en la Casa Blanca y entre ésta y el camino de Celaya.

II

(CONTINÚA EL SITIO DE QUERÉTARO)

El coronel Miguel Lopez recibe el mando de la reserva.—Crece la opinión en favor de la retirada.—Miramón sigue manifestándose opuesto á ese parecer.—Le apoya el general Ramírez Arellano.—Talleres para fabricar pólvora y proyectiles.—Nueva junta de guerra.—La preside por voluntad de Maximiliano el general Miramón.—Se desecha el proyecto en pró de la retirada.—El general Márquez en México.—Sus poderes eran omnímodos.—Lleva órdenes para cambiar el Ministerio.—No se le fijó plazo para su regreso á Querétaro.—Fué nombrado Lugarteniente del Imperio.—Su salida de Querétaro causó desaliento.—El campo republicano recibe refuerzos.—Sangriento combate del 24 de Marzo.—Visita Maximiliano á los prisioneros.—Escasez de provisiones entre los sitiados.—El ejército imperial condecora á Maximiliano.—Salida del 1° de Abril sobre el barrió de San Sebastian.—Felicitaciones en el 10 de Abril.—Da nuevas seguridades Maximiliano de continuar en su empresa.—Un grupo de oficiales opina por la rendición de la plaza.—Otros piden á Maximiliano que salga con las caballerías.—Se rehusa y nombra en su lugar al general Mejía.—Este no acepta y queda designado el general Moret.—Nueva junta de guerra.—Fracasa Moret en su interto de salir.—Se sabe en Querétaro la derrota de Márquez entre Puebla y México.—Salida de los sitiados en Querétaro el 24 de Abril.—Ataque del Cimatario el dia 27.—Victoria alcanzada por los imperiales.—Se rehacen los republicanos.—Siguen con energía el sitio de la plaza.—Los sitiadós apelan para su defensa á diversos ardides.

Disgustado Maximiliano con los pareceres del general Mendez, le separó del mando de la brigada de reserva, remplazándole con el coronel Miguel Lopez. Desazonado quedó Mendez á las órdenes de Miramón en la primera División de infantería, á la vez que eran separados del mando que ejercían, los generales Casanova, Escobar y Herrera y Lozada. Con el dictamen que dejó Márquez acerca de verificar una retirada, estuvieron de acuerdo los generales Mejía y Mendez; pero no se les hacía aprecio, pues se les consideraba desanimados. Los esfuerzos de los que opinaban por la retirada fueron de tal naturaleza, que llegaron á inclinar el ánimo de Maximiliano en favor de tal proyecto, al grado de que para asegurar la ejecución había dado conocimiento de las medidas tomadas, al ministro de la guerra, el 18 de Marzo, ordenándole que dispusiera en los alrededores de la capital el campamento para el ejército con la tienda imperial en el centro, pues no pensaba alojarse ni en palacio ni en ninguna otra parte de la ciudad.



Miguel López

CORONEL DEL REGIMIENTO DE LA EMPERATRIZ.

Acompañó á Maximiliano en el viaje al Interior del territorio nacional en Septiembre de 1864, gozando de toda clase de consideraciones por parte del Monarca. Cuando después de la retirada del ejército francés marchó el Emperador á defender en Querétaro su trono, á principios de 1867, llevó consigo otra vez al coronel López, y le manifestó tal confianza, que en las postrimerías del sitio puesto á esa plaza por los republicanos, le encargó una misión tan delicada cuanto difícil: obtener una conferencia con el general en jefe de los sitiadores, para evitar que continuara el derramamiento inútil de sangre. López fué más allá; abrió al ejército sitiador las puertas de Querétaro, poniendo fin al sitio que los imperiales no podían ya sostener. Y halló motivos para su infiel conducta, en las sugestiones y confianza misma de Maximiliano, quien después de los arreglos que se proponía llevar á cabo, abandonaría el país mexicano para siempre. Según un documento oficial publicado por el General Escobedo, la misión que desempeñó Lópes solicitando la conferencia, constituyó un secreto que fué guardado por espacio de veinte años.

II

(CONTINUA EL SITIO DE QUERETARO)

El coronel Miguel Lopez recibe el mando de la reserva.—Crece la opinión en favor de la retirada.—Miramón sigue manifestándose opuesto á ese parecer.—Le apoya el general Ramírez Arellano.—Talleres para fabricar pólvora y proyectiles.—Nueva junta de guerra.—La preside por voluntad de Maximiliano el general Miramón.—Se desecha el proyecto en pró de la retirada.—El general Márquez en México.—Sus poderes eran omnímodos.—Lleva órdenes para cambiar el Ministerio.—No se le fijó plazo para su regreso á Querétaro.—Fué nombrado Lugarteniente del Imperio.—Su salida de Querétaro causó desaliento.—El campo republicano recibe refuerzos.—Sangriento combate del 24 de Marzo.—Visita Maximiliano á los prisioneros.—Escasez de provisiones entre los sitiados.—El ejército imperial condecora á Maximiliano.—Salida del 1° de Abril sobre el barrio de San Sebastian.—Felicitaciones en el 10 de Abril.—Da nuevas seguridades Maximiliano de continuar en su empresa.—Un grupo de oficiales opina por la rendición de la plaza.—Otros piden á Maximiliano que salga con las caballerías.—Se rehusa y nombra en su lugar al general Mejía.—Este no acepta y queda designado el general Moret.—Nueva junta de guerra.—Fracasa Moret en su interto de salir.—Se sabe en Querétaro la derrota de Márquez entre Puebla y México.—Salida de los sitiados en Querétaro el 24 de Abril.—Ataque del Cimatario el dia 27.—Victoria alcanzada por los imperiales.—Se rehacen los republicanos.—Siguen con energía el sitio de la plaza.—Los sitiadós apelan para su defensa á diversos ardides.

Disgustado Maximiliano con los pareceres del general Mendez, le separó del mando de la brigada de reserva, remplazándole con el coronel Miguel Lopez. Desazonado quedó Mendez á las órdenes de Miramón en la primera División de infantería, á la vez que eran separados del mando que ejercían, los generales Casanova, Escobar y Herrera y Lozada. Con el dictamen que dejó Márquez acerca de verificar una retirada, estuvieron de acuerdo los generales Mejía y Mendez; pero no se les hacía aprecio, pues se les consideraba desanimados. Los esfuerzos de los que opinaban por la retirada fueron de tal naturaleza, que llegaron á inclinar el ánimo de Maximiliano en favor de tal proyecto, al grado de que para asegurar la ejecución había dado conocimiento de las medidas tomadas, al ministro de la guerra, el 18 de Marzo, ordenándole que dispusiera en los alrededores de la capital el campamento para el ejército con la tienda imperial en el centro, pues no pensaba alojarse ni en palacio ni en ninguna otra parte de la ciudad.



Miguel López

CORONEL DEL REGIMIENTO DE LA EMPERATRIZ.

Acompañó á Maximiliano en el viaje al Interior del territorio nacional en Septiembre de 1864, gozando de toda clase de consideraciones por parte del Monarca. Cuando después de la retirada del ejército francés marchó el Emperador á defender en Querétaro su trono, á principios de 1867, llevó consigo otra vez al coronel López, y le manifestó tal confianza, que en las postrimerías del sitio puesto á esa plaza por los republicanos, le encargó una misión tan delicada cuanto difícil: obtener una conferencia con el general en jefe de los sitiadores, para evitar que continuara el derramamiento inútil de sangre. López fué más allá; abrió al ejército sitiador las puertas de Querétaro, poniendo fin al sitio que los imperiales no podían ya sostener. Y halló motivos para su infiel conducta, en las sugestiones y confianza misma de Maximiliano, quien después de los arreglos que se proponía llevar á cabo, abandonaría el país mexicano para siempre. Según un documento oficial publicado por el General Escobedo, la misión que desempeñó Lópes solicitando la conferencia, constituyó un secreto que fué guardado por espacio de veinte años.

Aunque hubo todavía vacilaciones, el 20 de Marzo los sitiados debieron salir de la plaza; las piezas de artillería y el parque estuvieron listos á las tres de la tarde; pero el general Miramón no convino en que una determinación semejante se tomara sin consultar la opinión de los jefes de infantería y artillería, y de acuerdo con varios generales fué al alojamiento de Maximiliano para hacerle ver que la retirada para México era absolutamente impracticable en aquellas circunstancias, á causa de la situación que guardaban los dos ejércitos. Todas las razones expuestas contra la retirada fueron inútiles; Maximiliano parecía inflexible, al grado de declarar terminantemente *"que la retirada era un negocio resuelto."*

Sin embargo, volvió á vacilar al imponerse de las razones que expuso el general Ramírez Arellano, cuando se le pidió su opinión acerca de lo que sería más conveniente hacer con los trenes, si deshacerse de ellos ó llevarlos. Opinó Arellano que era imposible retirarse sin la artillería y los trenes, y tampoco era posible llevarlos; creía necesario atacar al enemigo resueltamente ó sostener una resistencia prolongada. Arellano tenía la íntima convicción de que el impulso del día 17 habría sido un triunfo sin el retardo del general Mendez, y sin la noticia que éste dió á Maximiliano respecto á que los republicanos habían penetrado ya á la plaza; creía que aun era tiempo de recurrir á un combate, que sin duda daría la victoria al ejército imperial; pero ponía por condición indispensable que llevara el mando del ejército el general Miramón. La vacilación en los planes que convendría seguir, había hecho, según convicción de Arellano, perder un tiempo precioso y no había habido posibilidad de remediar el mal que causara la carencia de elementos suficientes que debieron sacarse de México; faltaba en la plaza el plomo, pero se podía suplir esta falta utilizando las cañerías que conducían el agua de la ciudad, las tinas de los establecimientos de baños y el material de las diversas construcciones que de plomo, zinc y antimonio hubiese en Querétaro. También faltaba el salitre y era forzoso adquirirlo.

El general Arellano se comprometió solemnemente á establecer una fábrica de pólvora, una salitrería, fundición de proyectiles de bronce y fábrica de cápsulas de cartón para suplir las cápsulas comunes. Estos nuevos establecimientos, agregados á los talleres para reparación de artillería, bastarían para sostener la defensa por veinte días, tiempo que se consideraba suficiente para que un ejército auxiliar llegara de México.

Maximiliano dijo que Márquez insistía obstinadamente en la retirada, y que aunque los generales Mendez y Mejía eran de la misma opinión, diferían en cuanto al modo de realizar el proyecto. Miramón había indicado un parecer diferente de los demás, y en tales circunstancias resolvió Maximiliano atenerse al acuerdo de una junta de generales. Faltaban pocas horas para que se emprendiera la marcha, en cuyos preparativos se ocupaban activamente Márquez y Mendez, cuando Maximiliano llamó á los generales que habían de formar la junta.

En ella les manifestó que eran cinco las opiniones que había acerca del partido que tenían que tomar en la situación en que se hallaban, opiniones que el coman-

dante general de artillería, secretario de aquella junta, las haría conocer. Pidió Maximiliano que sin preocuparse por su persona y teniendo presente tan solo el bien general y la salvación de México, propusieran las medidas más oportunas para conseguir este fin tan importante. "Las opiniones que manifesteis, dijo, sobre el estado actual del ejército y sobre los azares de la guerra, serán aceptadas por mí sin vacilar é inmediatamente utilizadas." Para que la discusión fuera enteramente libre dejó solos á los generales, encargándoles únicamente que resolvieran los asuntos conforme á las inspiraciones de su conciencia y teniendo presente el honor del ejército y el de México.

El consejo fué presidido por el general Miramón; abrió la discusión el general Arellano exponiendo las cinco opiniones que se habian manifestado al Emperador, y que eran: retirarse llevando consigo la artillería y los trenes; salvar el ejército dejando clavadas las piezas y abandonando todo el material de guerra y los medios de trasporte; la tercera opinión sostenía que continuase la defensa con todas las tropas; la cuarta pedía fraccionar el ejército en dos partes, de las cuales una continuaría la defensa de la plaza, mientras que la otra marchaba para México en busca de refuerzos que obligaran al enemigo á levantar el sitio; y la quinta se limitaba á conservar una reserva encargada de salvar la persona del Emperador en caso de un desastre, y á nombrar un general en jefe que atacase al grueso de los sitiadores. Quedó resuelto que continuara la defensa de la plaza.

Terminada la junta, se presentó Maximiliano en el lugar en que estaba reunida y dijo: "Que con verdadero placer ratificaba lo resuelto, estando sus deseos y esperanzas de acuerdo con esa resolución, y que había pasado dos horas de verdadera agonía pensando que se pudiera adoptar el partido de la retirada; no solamente aceptaba la idea de continuar la defensa de la plaza, sino que se adhería á los puntos secundarios que se habían originado por algunas opiniones particulares, siendo el más importante de estos, el que salieran de México refuerzos para socorrer la plaza. Así concluyó el consejo de generales tenido el 20 de Marzo.

En el cerro de las Campanas aumentaban diariamente las fortificaciones, aunque pasajeras. Allí se reunían con frecuencia Maximiliano, Miramón, Mejía, Márquez, Mendez, Castillo y Arellano para observar al enemigo y tratar los asuntos del día. Desde aquella altura aislada, es magnífico el aspecto que presenta la extensa llanura, cortada á trechos por grupos de árboles; veíanse los caminos de San Luis y Celaya, ocupados por los republicanos, así como las alturas lejanas que rodean á Querétaro, tan vistosa con sus techos planos y sus conventos é iglesias; condiciones todas que hacían de aquel sitio un magnífico punto de observación y aun de recreo.

La ciudad de Querétaro, sitiada en regla, no estaba preparada para la resistencia que necesitaba oponer; las fortificaciones eran provisionales y á no haber aprovechado la buena situación del convento de la Cruz, y de otras iglesias y edificios de sólida construcción, la defensa hubiera sido imposible. De prisa fueron construidas nuevas trincheras y reforzada toda la línea de defensa.

La falta de buena pólvora, proyectiles y útiles indispensables para fabricarlos, fué suplida por la inteligencia y actividad del general Ramirez Arellano, que adquirió las simpatías de Maximiliano y el aprecio del ejército imperialista. Estableció una fábrica de salitre, otra de pólvora, dos fundiciones de proyectiles y los talleres necesarios, hizo que el techo del teatro fuese convertido en balas, así como una parte de las campanas y empleó el fierro que se pudo reunir, en metralla y balas de cañón; cuando las cápsulas de guerra estaban completamente agotadas, fueron substituídas por otras de papel, generalmente buenas. A estas novedades se debió que la resistencia pudiera prolongarse por tanto tiempo; parte de los prisioneros republicanos fueron ocupados en esas labores.

En aquel sitio los defensores apelaron á cuantos recursos estaban á su alcance: atacaban con valentía al ejército sitiador, se esforzaban por dar la paga á las tropas, extraían salitre de donde podían y carbonizaban la madera que estaba á su alcance para fabricar pólvora; fundían las campanas que transformaban en proyectiles de artillería, y también hicieron balas de fusil de la cubierta del techo del teatro; fabricaron abundantes cápsulas y lograron infundir constancia y á veces entusiasmo en soldados que carecían de alimentos suficientes y aún de leña para calentarse.

Resuelta por el consejo de generales la defensa de la plaza de Querétaro, quedaba á Maximiliano dictar las medidas convenientes para que de México fueran llevadas tropas auxiliares. Para desempeñar esta comisión tan difícil se ofreció el general Márquez; propuso que él iría á buscar los recursos que se necesitaban, á fin de obligar á los republicanos á levantar el sitio. Se acordó de conformidad, y para facilitar la ejecución del proyecto se dispuso el cambio de Ministerio, poniendo á la cabeza del nuevo á D. Santiago Vidaurri; quedarían solamente dos miembros del Ministerio antiguo: el ministro de la guerra, general Portilla, y el Sr. García Aguirre que permanecería en Querétaro. A la misión que se encomendaba al general Márquez, quedaban agregados D. Santiago Vidaurri y el general Portilla, especialmente confirmado en su nombramiento de ministro de la guerra.

En la realización de este asunto se guardó el más estricto secreto; y no se fijó combinación alguna respecto al regreso de Márquez y al modo de operar sobre los sitiadores, ni se trató de los medios que deberían adoptarse para que simultáneamente obrasen la guarnición de la plaza y las fuerzas auxiliares. Márquez recibió de Maximiliano poderes omnímodos para destruir en México los obstáculos que se opusieran á la ejecución de su encargo tan excepcional como urgente, y con este fin le dió Maximiliano el nombramiento de Lugarteniente del Imperio, expresando en el decreto relativo que Márquez había de normar su conducta á las órdenes verbales que recibía. (1)

(1) Al referir el cronista Salm-Salm en sus Memorias relativas á Querétaro, que á consecuencia del consejo de guerra que se verificó el 20 de Marzo, resolvió Maximiliano enviar al general Már-

A la media noche del 22 de Marzo, llevando Márquez una escolta de 1,100 hombres y acompañado de los jefes Vidáurri y Quiroga, salió de Querétaro aquella fuerza que se desprendía de la plaza y debilitaba al ejército imperial que ya no tenía más que ocho mil. Iba el Lugarteniente condecorado con la medalla de bronce del mérito militar, distintivo que Maximiliano se enorgullecía de llevar en su pecho, y que no concedía sino por acciones brillantes y excepcionales. La inesperada marcha del general Márquez produjo en el ejército sitiado gran sensación, cual si se tuviese el presentimiento de que Márquez no había de volver; se refiere que aun llegó el coronel Miguel López á decir á Maximimiliano estas palabras, en la mañana del día siguiente al de aquella salida: "Señor, el general Márqnez va á traicionar á Vuestra Magestad." (2)

Desde que salió de Querétaro el general Márquez, investido con amplios poderes y acompañado de D. Santiago Vidaurri nombrado ministro de Hacienda y gefe del gabinete, muchos militares juzgaban perdida la situación, que se conservó debido solamente á los esfuerzos reunidos de Maximiliano, Miramón y otros gefes y oficiales que mostraban firmeza y valor en la defensa de la plaza.

Merced á las marchas forzadas que ejecutó por la sierra, estaba Márquez en México el 29 de Marzo, con facultades para abandonar la capital ó dejar en ella guarnición, según las tropas que encontrara; pero lo importante era salvar á Querétaro, donde se quedaba Maximiliano, esto es, la cabeza del Imperio. Encontró en México una guarnición de diez á doce mil hombres de las tres armas; pero faltábanle los recursos é impuso un préstamo forzoso de quinientos mil pesos que hizo efectivo. La situación era más comprometida de lo que se figuró, pues amagada Puebla y considerando que debía auxiliarla para en seguida volver á Querétaro, salió el 30 de Marzo llevando cinco mil hombres y se dirigió á Puebla sitiada por el general Díaz.

Hé ahí las causas que, según dijo en un Manifiesto, le habían impulsado á tomar esa determinación en vez de regresar desde luego á Querétaro, aunque supiese que en esta plaza se carecía de pólvora, de plomo, de proyectíles y cápsulas para los fusiles.

---

quez á México para que de allí sacara todas las tropas que pudiera reunir y el dinero que fuere posible para volver en auxilio de Querétaro, añade que se le prohibió expresamente emprender cualquier golpe de mano en esta expedición, y que Márquez "*ante todos los generales reunidos, dió su palabra de honor de volver á Querétaro en el término de quince dias, costare lo que costare.*"

(2) El 23, poco despues de media noche anterior, salieron Márquez y Vidáurri escoltados por las fuerzas de Quiroga y el 5 ° ¡con un total de mil cien ginetes; pasaron entre los cerros Cimatario y el Jacal é internándose en la montaña, tomaron el camino de Toluca y llegaron en salvo á México. Tras de ellos fué enviada una fuerza considerable de caballería republicana al mando del general Guadarrama. En lugar de Márquez quedó el general Castillo de ayudante general del ejército y secretario interino de guerra en campaña. Cuando el general Márquez partió de Querétaro, prometió enviar noticias todos los días; pero por más extraño que parezca, ni un solo mensajero se presentó en Querétaro; circunstancia que se atribuyó á las dificultades que había para que entraran correos á la ciudad sitiada.

Desde que se alejó de Querétaro el general Márquez, comenzaron á ser cordiales las relaciones entre Maximiliano y Miramón, influyendo en este cambio los buenos oficios del coronel Ramírez Arellano.

Por momentos se volvió más difícil la situación de los sitiados, agravándola mucho la llegada de considerables refuerzos á los sitiadores, refuerzos formados con las tropas bajo las órdenes de los generales Riva Palacio y Jimenez, unido á las cuales iba el general Velez. Los sitiadores aumentaban sus fuerzas á medida que disminuían las de los defensores de la plaza.

Reforzados los republicanos atacaron la plaza el 24 de Marzo, y fueron rechazados á pesar de no estar concluidas las obras de defensa y de haber sido formidable el arrojo que mostraron, al grado de avanzar hasta la línea de defensa, en donde se vieron obligados á retroceder por el fuego certero de la artillería que dirigió el coronel Ramírez Arellano. Pero el sitio continuó mas riguroso y de una y otra parte de la línea se emprendieron trabajos mediante una serie de combates, no obstante estar ya las tropas imperiales minadas por el hambre y la miseria.

El siguiente día al en que salió de Querétaro el general Márquez, los sitiadores eran reforzados por cuatro mil hombres al mando del general Joaquín Martínez, dos mil ochocientos del general Riva Palacio y las fuerzas que tenían por gefes á los generales Antillón, Canto y Echegaray; en tanto que los imperialistas, por las bajas sufridas en los combates anteriores y por la fuerza que consigo llevó el general Márquez, estaban reducidos á poco más de seis mil.

En el ataque del día 24 del mismo Marzo, hecho por los sitiadores y al ser rechazados, dejaron prisionera una batería y perdieron ochocientos soldados entre muertos y heridos. Entonces comenzaron en ambos campos los trabajos de zapa; los sitiadores abriendo sus paralelas y los del interior atrincherandose y reforzando la defensa.

Por esos días faltó del todo á los sitiados la carne de res, y fué suplida con la de caballo; quedaba maíz que se escaceó hasta fines de Abril; pero las tortillas no faltaron á la tropa hasta el 2 ó 3 de Mayo, y siempre hubo frijol y carne de caballo en abundancia.

Se supo que el 23 de Marzo llegaron al campo liberal los generales Vicente Riva Palacio, Juan N. Mendez, Joaquín Martínez, Bernabé L. de la Barra y los coroneles Altamirano y Nuñez, con cerca de cuatro mil hombres, y que se resolvió concluir la circunvalación por la parte del Cimatario, para extender el sitio y ocupar la Casa Blanca, punto avanzado de los imperialistas; pero después de un sangriento combate, tuvieron que desistir los republicanos, dejando en el campo, muertos á los coroneles D. Manuel Peña y Ramírez y D. Florentino Mercado, contando entre los muertos, heridos y prisioneres, cerca de mil hombres.

En la noche del citado día 23, supieron los imperialistas, por informes de un individuo de la hacienda en que estaba el cuartel general de Escobedo, que

se había resuelto en un consejo de guerra, por mayoría de votos, efectuar en la mañana siguiente un ataque enérgico, considerando muy débil la guarnición de Querétaro, puesto que con la salida de Márquez habían quedado allí pocas tropas. En efecto, el 24 por la mañana avisó el oficial vigilante de guardia en la torre de la Cruz, que el enemigo en masa se movía de las alturas de la Cuesta China hácia el cerro del Cimatario, donde las columnas republicanas tomaron sus posiciones y rompieron el fuego de sus baterías contra la ciudad; y á poco una columna como de seis mil hombres avanzó resueltamente á las órdenes del general Martínez.

La parte Sur de Querétaro era la mas débil, pues la dominaban las alturas del cerro del Cimatario, al pié de las cuales se extiende la llanura de Carretas que se tiene que atravesar para entrar á la ciudad, bien por la Alameda bien por la Casa Blanca. Aquellas alturas habían sido ocupadas solamente en parte por los republicanos, que no se consideraban bastante numerosos para rodear la ciudad, circunstancia que permitió la salida sin obstáculos del general Márquez la noche del día 22.

El 23 tuvieron los sitiados el refuerzo considerable de diez mil hombres, con los cuales pudieron cortar toda comunicación con el exterior. Ese refuerzo se componía principalmente de contingentes de los Estados de México, Puebla y Guerrero. Con auxilio de estas tropas se intentó el nuevo ataque á la plaza por el lado del Sur que ofrecía las probabilidades del mejor éxito. En la mañana del 24 descendían los republicanos por la cuesta China, camino de México, y formaban en batalla en las vertientes del Cimatario, hasta la altura de la garita del Pueblito donde estaba la caballería al mando del general Tomás Méjía.

Miramón fué designado para batirlos con algunas tropas, pues temiendo Maximiliano un ataque general, no quiso dejar desguarnecidas las líneas del Norte y del Oriente.

A las doce del día, formada la infantería republicana en compactas columnas, apoyadas con caballería y los veinte cañones, avanzó sobre la Alameda y Casa Blanca. Los recibió la artillería imperialista; pero los republicanos no perdieron el valor, la intrepidez y el aplomo que no se esperaba encontrar en ellos, conducidos por los gefes Riva Palacio, Jimenez, Velez y Mercado D. Florentino. El general Mendez que mandaba en el punto de la Alameda, dejó que se acercaran los republicanos y ya estaban á corta distancia de los imperialistas, cuando estos hicieron fuego y esparciendo la muerte entre los asaltantes, contuvieron su impulso. En esos momentos, dando Mendez el grito de ¡viva el Emperador! al que respondieron los soldados con entusiasmo, se lanzó con el batallón Iturbide sobre los republicanos; cayó muerto el gefe Florentino Mercado con la cabeza despedazada y sus subordinados emprendieron precipitadamente la retirada, batidos por la artillería que abría grandes claros entre los fugitivos. Cargó por

órdenes de Miramón la caballería, que regresó con cerca de doscientos prisioneros.

La artillería de los republicanos apoyó á los que avanzaron sobre la Casa Blanca que, defendida por un grupo de infantes, iba á ser tomada cuando se presentó el coronel Arellano, quien comprendiendo el peligro de perder esa posición que formaba el ángulo más importante de la defensa, puso en batería algunas piezas para contener á la vez á los soldados imperiales que ya retrocedían y lo abandonaban. Herido el caballo que montaba el Coronel, se apeó y personalmente hizo la puntería para arrojar la metralla que detuvo el avance del enemigo, dando tiempo á los generales Mendez y Miramón para conducir refuerzos, mientras que el general Mejía reorganizaba las caballerías. Entónces los republicanos se vieron obligados una vez mas á retroceder. Tan solo por el convento de la Cruz llamaron la atención los republicanos con un falso ataque; los otros rumbos de la ciudad permanecieron sin ser asaltados, contra lo que generalmente se esperaba; únicamente las baterías enviaban proyectiles sobre la ciudad; entonces estalló delante de Maximiliano una granada sin tocarle. Al presentarse Miramón á su Soberano, le tendió este los brazos y le estrechó con aprecio fraternal, testimonio público de la estimación y amistad que ya le profesaba. Miramón se quitó el kepí y volviendose á los que presenciaban la escena, exclamó con entusiasmo y el tono peculiar de mando que le era característico: ¡Viva su Majestad el Emperador! palabras que fueron acogidas con calurosas aclamaciones.

En seguida se dirigió Maximiliano al comandante general de artillería, Ramírez Arellano, que tanto se había distinguido durante la batalla, salvando la Casa Blanca y le dijo:

—"Usted es general"

Este fué uno de los pocos generales que nombró Maximiliano durante todo su reinado. Desde ese día fué entregado el mando de la línea del Sur al general Mendez, con la segunda División de infantería, y la reserva quedó al mando del coronel López.

Maximiliano fué á visitar á los prisioneros republicanos el siguiente día del combate, esto es, el 25 de Marzo; llegó de improviso al gran salón donde estaban detenidos y todos guardaron silencio; les dijo que no olvidaba que habían caído prisioneros combatiendo; que si necesitaban algo lo pidieran, pues en él encontrarían un amigo; que esperaba volverlos presto al senode sus familias. Mandó distribuirles los efectos y el dinero que necesitaban, y recomendó al gefe de la prisión que hiciese los gastos necesarios para mejorar la suerte de los prisioneros.

El 26 efectuó el general Miramón una salida por su derecha, clavó algunos cañones, hizo varios muertos y heridos y tomó muchos prisioneros; iguales maniobras llevó á cabo en los días 1º y 4 de Abril, suspendiendo los ataques has-

ta el día 18 que se dió el de la garita de México; pero fué rechazado al pié dela cuesta China en la línea que tenían fortificada los republicanos.

El 30 de Marzo, una comisión de generales presidida por Miramon, ofreció al Emperador en nombre del ejército la medalla del mérito militar; el acto se verificó en la plaza de la Cruz y aceptándola Maximiliano, llevó desde entonces esa condecoración que serviría para estímulo de todos.(1)

Después de la salida del general Márquez, el éjercito imperial que defendía á Querétaro quedó reducido á siete mil hombres, mientras que el de los republicanos creció hasta treienta mil. Ya los imperialistas habían adoptado definitivamente como medida salvadora, el plan de permanecer á la defensiva, hasta la llegada de las fuerzas auxiliares que hubiese de conducir el general Márquez, ejecutando tan sólo parciales salidas contra los sitiadores; tal sistema dió por resultado las grandes pérdidas que sufrió el ejército imperial, ya por las balas de los republicanos, ya por las muchas enfermedades que se desarrollaron, á consecuencia de las malas condiciones higiénicas de las tropas sitiadas y por la desercion, quedando reducidos los defensores de Querétaro en el último período del sitio, á cinco mil hombres, que hicieron esfuerzos gigantescos aunque del todo inútiles.

Miramón fué el alma de aquella ardorosa resistencia. Aprobados por Maximiliano sus planes, los ejecutó é hizo ejecutar con singular energía y constancia causando á los republicanos tales pérdidas, que á veces se creyó por los sitiados inminente el levantamiento del sitio.

El 1º de Abril fué ejecutada otra salida para desalojar á los republicanos del

(1)El 30 de Marzo expidió Maximiliano la orden que prevenía á todos los individuos recomendados para recibir condecoración, que se reunieran en el cuartel general de la Cruz á las cuatro de la tarde. Todos los gefes y oficiales subalternos se formaron alli en línea, según los grados, y frente á ellos los generales Miramón, Castillo, Mejía, Mendez, Arellano y Valdés, al lado de ellos estaba, por órden expresa de Maximiliano, el Príncipe Salm-Salm. Puso el Emperador en el pecho de los agraciados medallas de bronce, de oro ó de plata, según los méritos contraídos.

Cuando Maximiliano se retiraba, tomó el general Miramón, de manos del coronel Pradillo, portador de las condecoraciones, una de bronce, y acercándose al Emperador le dijo: Vuestra Majestad ha condecorado á sus oficiales y soldados, como un reconocimiento por el valor, fidelidad y adhesión. A nombre del ejército de Vuestra Majestad, me tomo la libertad de entregar esta insignia de valor y honor, al mas valeroso de todos, que siempre ha estado á nuestro lado en todos los peligros y fatigas, dandonos el mas brillante y augusto ejemplo, distincion que merece Vuestra Majestad antes que ningun otro''

Quedó Maximiliano sorprendido y sumamente afectado, abrazó á Miramon, aceptó la medalla que usó desde entonces como su preferida y más estimada condecoración y de ella mostraba el lado en que decía: "Al mérito militar." La noche del mismo día 30, enviaron los generales una petición á Maximiliano, para que se dignase llevar en el pecho la medalla destinada al mérito militar, y terminaban su petición diciendole: "Tanto la Nación, á quien Vuestra Majestad se esfuerza en salvar y engrandecer, como la Historia imparcial, haran alguna vez justicia al Monarca de México, Maximiliano 1º"



General imperialista
D. Manuel Ramírez Arellano.

Ejerció importantes funciones en la defensa que de la plaza de Querétaro hizo Maximiliano; fué comandante general de artillería y algunos días jefe del Estado Mayor; contribuyó á organizar el ejército sitiado en aquella plaza; almacenó alguna pólvora y proyectiles procedentes de San Luis Potosí y Morelia; para elaborar pertrechos improvisó una fábrica de pólvora, una salitrería y la fábrica de cápsules de cartón que suplieron los que generalmente se usan; para construir proyectiles usó del techo de plomo que cubría el teatro, y de algunas cañerías de la ciudad. Opinó en contra de la retirada del ejército imperial sitiado en Querétaro y en un folleto titulado "Ultimas horas del Imperio" acusó á los generales imperialistas Leonardo Márquez y Miguel López de traidores á Maximiliano.

ta el día 18 que se dió el de la garita de México; pero fué rechazado al pié dela cuesta China en la línea que tenían fortificada los republicanos.

El 30 de Marzo, una comisión de generales presidida por Miramon, ofreció al Emperador en nombre del ejército la medalla del mérito militar; el acto se verificó en la plaza de la Cruz y aceptándola Maximiliano, llevó desde entonces esa condecoración que serviría para estímulo de todos.(1)

Después de la salida del general Márquez, el éjercito imperial que defendía á Querétaro quedó reducido á siete mil hombres, mientras que el de los republicanos creció hasta treienta mil. Ya los imperialistas habían adoptado definitivamente como medida salvadora, el plan de permanecer á la defensiva, hasta la llegada de las fuerzas auxiliares que hubiese de conducir el general Márquez, ejecutando tan sólo parciales salidas contra los sitiadores; tal sistema dió por resultado las grandes pérdidas que sufrió el ejército imperial, ya por las balas de los republicanos, ya por las muchas enfermedades que se desarrollaron, á consecuencia de las malas condiciones higiénicas de las tropas sitiadas y por la desercion, quedando reducidos los defensores de Querétaro en el último período del sitio, á cinco mil hombres, que hicieron esfuerzos gigantescos aunque del todo inútiles.

Miramón fué el alma de aquella ardorosa resistencia. Aprobados por Maximiliano sus planes, los ejecutó é hizo ejecutar con singular energía y constancia causando á los republicanos tales pérdidas, que á veces se creyó por los sitiados inminente el levantamiento del sitio.

El 1º de Abril fué ejecutada otra salida para desalojar á los republicanos del

(1)El 30 de Marzo expidió Maximiliano la orden que prevenía á todos los individuos recomendados para recibir condecoración, que se reunieran en el cuartel general de la Cruz á las cuatro de la tarde. Todos los gefes y oficiales subalternos se formaron alli en línea, según los grados, y frente á ellos los generales Miramón, Castillo, Mejía, Mendez, Arellano y Valdés, al lado de ellos estaba, por órden expresa de Maximiliano, el Príncipe Salm-Salm. Puso el Emperador en el pecho de los agraciados medallas de bronce, de oro ó de plata, según los méritos contraídos.

Cuando Maximiliano se retiraba, tomó el general Miramón, de manos del coronel Pradillo, portador de las condecoraciones, una de bronce, y acercándose al Emperador le dijo: Vuestra Majestad ha condecorado á sus oficiales y soldados, como un reconocimiento por el valor, fidelidad y adhesión. A nombre del ejército de Vuestra Majestad, me tomo la libertad de entregar esta insignia de valor y honor, al mas valeroso de todos, que siempre ha estado á nuestro lado en todos los peligros y fatigas, dandonos el mas brillante y augusto ejemplo, distincion que merece Vuestra Majestad antes que ningun otro''

Quedó Maximiliano sorprendido y sumamente afectado, abrazó á Miramon, aceptó la medalla que usó desde entonces como su preferida y más estimada condecoración y de ella mostraba el lado en que decía: "Al mérito militar." La noche del mismo día 30, enviaron los generales una petición á Maximiliano, para que se dignase llevar en el pecho la medalla destinada al mérito militar, y terminaban su petición diciendole: "Tanto la Nación, á quien Vuestra Majestad se esfuerza en salvar y engrandecer, como la Historia imparcial, haran alguna vez justicia al Monarca de México, Maximiliano 1º"



General imperialista
D. Manuel Ramírez Arellano.

Ejerció importantes funciones en la defensa que de la plaza de Querétaro hizo Maximiliano; fué comandante general de artillería y algunos días jefe del Estado Mayor; contribuyó á organizar el ejército sitiado en aquella plaza; almacenó alguna pólvora y proyectiles procedentes de San Luis Potosí y Morelia; para elaborar pertrechos improvisó una fábrica de pólvora, una salitrería y la fábrica de cápsules de cartón que suplieron los que generalmente se usan; para construir proyectiles usó del techo de plomo que cubría el teatro, y de algunas cañerías de la ciudad. Opinó en contra de la retirada del ejército imperial sitiado en Querétaro y en un folleto titulado "Ultimas horas del Imperio" acusó á los generales imperialistas Leonardo Márquez y Miguel López de traidores á Maximiliano.

barrio y de la iglesia de San Sebastian, fortificada y bien defendida. Miramón, según sus intentos, salió de Querétaro á las tres de la madrugada, al frente de una columna de infantería, sorprendió el punto y sin detenerse continuó sobre la Cruz del Cerrito, otro edificio importante, cerca del cual iban muy avanzados los trabajos de los republicanos; también lo tomó y se apoderó de dos obuses de montaña, escapando casualmente de caer en su poder el general Antillón, gefe de aquel punto que guardaban tropas de Guanajuato.

Notando los republicanos que Miramon se había alejado mucho de su centro, quisieron cortar la columna de infantería y le obligaron á regresar á Querétaro, sosteniendo un serio combate con el cuerpo de Supremos Poderes, enviado á paso de carga por el general Escobedo para apoyar los puntos atacados. En ese encuentro fué herido en una rodilla el coronel Farquet, muy adicto á Miramon, y á consecuencia de la herida murió á los pocos días. A las nueve de la mañana ya había regresado Miramon con los prisioneros y los dos obuses de montaña capturados.

Sin otro acontecimiento extraordinario transcurrieron los primeros días del mes de Abríl; tan sólo se activaron dentro de la plaza los trabajos de defensa, principalmente al Sur de la ciudad. Celebraron los sitiados el día 10, aniversario de la aceptación del trono por Maximiliano, yendo una comisión á felicitarle en el cuartel general, en cuyo acto el ministro García Aguirre le dirigió una alocución, que contestó el Emperador recordando que el 16 de Septiembre de 1864 había ofrecido: "*que si nuevos peligros amenazaban á nuestra querida Patria, se le vería combatir por su Independencia y su integridad;*" los que le rodeaban eran testigos de que sostenía sus promesas. También recordó haber dicho: "*que sin efusión de sangre y sin sufrimientos no se verifican triunfos humanos, ni hay desarrollo político, ni progreso duradero:*" que entonces había asegurado que permanecería firme en el puesto que los votos de la Nación le habían hecho ocupar y que no vacilaría en cumplir sus deberes, "*jamás en los momentos defíciles abandona un Hapsburgo su puesto*" "*Estoy luchando en unión de vosotros y en el porvenir seguiré con la misma conciencia el camino del deber.*"

El día diguiente al de aquella felicitación, tuvo verificativo un reconocimiento sobre la garita de México, poco distante del cuartel general de Cruz, con objeto de que pasaran por entre los sitiadores, á favor del combate, algunos correos que conducían comunicaciones para el general Márquez, cuya tardanza inquietaba ya á todos los sitiados. En el silencio de la noche se formó una fuerza considerable al mando del Príncipe de Salm en la plaza de la Cruz, compuesta del batallón del Emperador, el 3º de línea y los cazadores, apoyandola otra fuerza de caballería formada con los dragones de la Emperatriz y los húsares encargados de voltear la posición de la Cruz y extenderse en las llanura de Carretas. El combate comenzó al amanecer; pero estando fortificadas en regla la garita lo mismo

que el mesón y las casas que le rodeaban, fueron rechazados los imperialistas con grandes pérdidas, sin haber obtenido ventaja alguna.

Desde el 3 de Abril, cuando faltaban dos días para que se cumpliera el plazo en que Márquez había ofrecido estar de regreso en Querétaro, se mostraba muy sorprendido Maximiliano por no haber recibido noticias de la capital, supuesto que ese general podía contar con la protección del clero en las poblaciones situadas entre Querétaro y México. Maximiliano comenzó á abrigar sospechas de Márquez; pero cuando se le escapaban respecto á este general algunas palabras, él mismo se contrariaba diciendo: "no, no, eso es imposible"

Las provisiones y el parque seguían escaseando y Maximiliano no podía menos que confesar que la situación de los sitiados se hacía mas y mas embarazosa. Recibir noticias de Márquez era de todo punto preciso, y el Príncipe de Salm fué comisionado para consultar con el general Mendez la manera de conseguirlas; se convino en comprar espías y Mendez se puso de acuerdo con una mujer, con un indio y un oficial; si este último tenía éxito, debía ser ascendido y condecorado, los otros recibirían gratificaciones considerables; pero ninguno de ellos regresó.

El 5 de Abril, día que, á mas tardar, había fijado Márquez para volver á Querétaro, circuló en la ciudad sitiada el rumor de que había sido derrotado, lo que se consideró como invención de los enemigos de la causa imperialista. El 8 se creyó, al notar movimiento en el campo republicano, que se acercaba Márquez y hubo grande excitación en la Cruz.

En tales circunstancias se tuvo un consejo de guerra, y se hicieron varias proposiciones, una de las cuales consistía en romper el sitio y pasar entre el enemigo, á lo que se opuso el general Mendez, diciendo que si podía fiar en sus tropas para un combate, no respondía de ellas en una retirada peligrosa; después todos los generales excepto Miramón, opinaron que el Emperador saliera escoltado por la caballería, rompiendo la línea y se fuera á la Sierra Gorda, donde era absoluto el dominio del general Mejía; Maximiliano rechazó la proposición, considerando que era contra su honor abandonar al ejército, y que prefería morir ántes. Miramon opinó porque se podía sostener la ciudad aún por mucho tiempo, mientras regresaba Márquez, siendo del mismo parecer Maximiliano, quien estudiaba un ataque contra la garita de México, con objeto de apoyar á Márquez en el momento en que apareciera por la cuesta China.

Estas esperanzas ilusorias se desvanecian con la falta de noticias acerca de los refuerzos que había de conducir el general Márquez; inquietabanse cada vez más los sitiados en Querétaro, temiendo un nuevo ataque antes que llegaran los anhelados auxilios tan impacientemente esperados. Entretanto los sitiadores progresaban constantemente en sus trabajos de circunvalación, penetrando poco á poco en el barrio de San Sebastián, frente á la línea de los imperiales, cerca de la Cruz entre el Norte y Pateo, cubrianse los republicanos con las casas aspillerandolas, ligandolas con fosos, flechas y trincheras, de manera que formaron posiciones formidables, y por aquella parte se había visto desde el 11 de Abril, que una salida era impracticable.

Además, el número de sitiadores aumentaba diariamente con refuerzos recibidos del Interior, así como también recibían armas, municiones, cañones y recursos de todo género. Esto venía á constituir una inmensa ventaja, pues los sitiados no podían reparar ni las menores pérdidas, disminuyendo sus fuerzas á medida que aumentaban las de los republicanos.

Ya entonces los víveres comenzaban á tener en la plaza precios fabulosos, resintiendolo mucho los oficiales que solamente gozaban medio sueldo. Los defensores de la plaza también se esforzaban en sus obras que aparecían respetables; guarnecieron con artillería las aproches de la Cruz, el jardín y el panteón; á la izquierda del convento levantó una flecha la tercera compañía de ingenieros perteneciente á la brigada de reserva; esta compañía era constantemente diezmada y para ella establecieron sus oficiales un cementerio reservado en la parte interior del convento.

Día por día empeoraba la situación de los imperialistas y se desmoralizaban paulatinamente. Los caballos inútiles servían de alimento á los soldados y á la poblacion. Los proyectiles de los sitiadores no dejaban reposo á los sitiados, y los tiradores colocados en los bordes del río impedían que las acémilas fueran á abrevar; el acueducto que abastecía de agua á la ciudad había sido cortado y únicamente quedaban algunos pozos para surtirse de tan necesario elemento de vida; esto unido á la carencia de forrajes, á las fatigas y á la falta de cuidado, era motivo para la mortandad de los caballos y acémilas.

Una ley obligó en Querétaro á los exceptuados del servicio militar, á pagar una cuota mensual; muchos, á pesar de la excepción, fueron llevados al cuartel, se les cortó el pelo y vistieron el uniforme; aun ya vencido Querétaro se ocultó la realidad de la situación.

La divergencia de opiniones entre los generales Miramón y Méndez era otra causa séria de malestar; aseguraba éste que Miramón no se había puesto de buena fé al lado del Emperador y que tan sólo trabajaba por sus propias ambiciones é intereses. Mendez mandó decir á Maximiliano, que saliera lo mas pronto posible de la ratonera en que estaba y que estuviese en guardia con respecto á Miramón; que Mejía y el mismo Mendez le conducirían en salvo á la Sierra-Gorda y que si no seguía este consejo todos serían fusilados. Llegó á tal grado el acaloramiento que cada uno de los generales, Mendez y Miramón, insistía en que el Emperador arrestase al otro.

El 19 de Abril quince oficiales dirigieron una carta al general Mejía, opinando que no quedaba que hacer, sino rendirse y apareciendo á la cabeza de los que firmaron, el general Silverio Ramírez, el coronel Rubio y comandante

Adame, fueron arrestados el mismo día y así permanecieron durante la conclusión del sitio.

En consecuencia, la situación se hacía cada vez mas tirante, y el Emperador resolvió someter el asunto relativo al retardo en el regreso de Márquez, así como el referente al mayor tiempo que aun podía defenderse la plaza, y otras cuestiones de importancia, á una junta de generales que se reunió el 19 de Abril bajo la presidencia del general Miramón. En ella se aprobaron las resoluciones de que la defensa de la plaza siguiera hasta que se supiera definitivamente si el general Márquez la socorría ó nó, sosteniendola hasta el completo agotamiento de toda clase de auxilios; la caballería se conservaría en la plaza, con excepción de una corta fuerza confiada al general Moret, para que marchara á México con el Príncipe Salm-Salm y el coronel Campos. La salida de éstos se consideró que podría ser provechosa á los sitiados, cuando menos porque trasmitirían las noticias que Márquez dejaba de mandar.

El general Moret intentó salir la noche del 21 de Abril; pero los republicanos rechazan la caballería que formaba su escolta, logrando salvar la línea enemiga únicamente el audaz guerrillero Zarazua á la cabeza de cincuenta ginetes.

Los descontentos con el general Miramón, procuraban levantar y sostener las sospechas en el ánimo de Maximiliano, al grado de haber creído necesario la noche del 21 de Abril "*tomar medidas ante cualquiera necesidad urgente*" pues según dijo al Coronel Salm, se le acababa de informar que Miramón queria arrestar al Emperador esa misma noche. En la mañana del día 22, el Emperador mandó llamar á Miramón y tuvo con él una conferencia que duró dos horas y entonces se convenció de que "*después de todo el jóven general le era fiel.*"

En la tarde de ese día se presentó al cuartel general de la Cruz, un hombre procedente de la hacienda del Jacal, cuartel general de las fuerzas de Corona y refirió una conversación que había escuchado entre varios gefes que se regocijaban mucho de la derrota sufrida por Márquez entre Puebla y México.

—Eso no es verdad, dijo Maximiliano, interrumpiendo al que informaba, pues Márquez nada tenía que hacer entre Puebla y México.

El informante refirió que los generales habían discutido acerca de lo que sería mejor hacer con Maximiliano, y si se debía tomarlo prisionero; todos convinieron en que era necesario fusilarlo y cuando alguno de entre ellos expresó el temor de que el gobierno le indultara y enviara fuera del pais, el general Corona dijo:

—Contra eso tenemos aún un remedio puede hacersele matar por su escolta como á Comonfort. (1)

Siempre que se presentaba una oportunidad se verificaban salidas contra los

(1) Entiendase que Salm en sus Memorias no escribió bien estos conceptos, pues Corona sabía que no fué la escolta sino una fuerza de los pronunciados de Troncoso la que mató al general aludido.

sitiadores; una de esas operaciones fué practicada el 24 de Abril por los coroneles Gayón y Gonzalez, llevando el primero doscientos infantes para llamar la atención del enemigo y el segundo trescientos ginetes que por el flanco cargarían rápidamente. (1)

En ese mismo día estuvo Maximiliano á punto de ser matado por una bala de á doce, pues habiendo subido á la cúpula de la iglesia de la Cruz para observar el efecto de las baterías, penetró la bala por una ventana y al chocar con la pared, cubrió de polvo y cal á él y los que le acompañaban. Al siguiente día fué herido de gravedad el coronel Loaiza por una granada que le destrozó ambas piernas.

Maximiliano aprobó un plan de ataque presentado por Miramón, para batir por el Sur la línea de los republicanos establecidos en la fuerte posición del Cimatario, después de sorprender las obras avanzadas que habían levantado para estrechar el sitio. (2)

Al rayar el alba del 27 de Abril, se efectuaba el plan tal como lo había concebido Miramón, quien en poco tiempo se enseñoreó del Cimatario que defendían diez mil republicanos de Michoacán y el Occidente y se apoderó de veintiuna piezas de artillería que hizo conducir á la plaza; pero el general Castillo no pudo establecerse de manera que impidiese á los republicanos lanzar una fuerza de cinco mil hombres, que rechazaron al ejército imperial y recobraron la posición, volviendo á entrar á Querétaro los sitiados diezmados por las balas de sus enemigos. (3)

Algunos pequeños triunfos obtenidos por los imperialistas, no impedían que su situación fuese de día en día más crítica; Maximiliano se quejaba amargamente del general Márquez, pues no recibía noticia alguna suya; el comandante general de artillería, Arellano, que había adquirido grande influencia por su instrucción, audacia y valor, mantenía las esperanzas en el espíritu de su Soberano. Ese general, de acuerdo con Miramón presentó al Emperador un plan para la salida y quedaron autorizados para ponerlo en planta. En la noche del 26 al 27 de Abril se verificaba en el campo imperialista un movimiento general; soldados de caballería, á pié y armados con fusiles de infantería, relevaron á los tiradores y algu-

[1] Al notar que los republicanos se acercaban por el cerro de las Campanas y que levantaban fortificaciones para cubrirse, se le encomendó al coronel Gayón una salida en ese rumbo. En efecto, con la mitad del batallón de Celaya y alguna caballería, sorprendió la guardia y los tiradores republicanos, é hizo algunos prisioneros que fueron conducidos al cuartel general de la Cruz.

[2] El general Castillo, al Oriente da la plaza, con mil doscientos hombres y una batería de campaña, impediría á los sitiadores que auxiliaran al Cimatario.

(3) En esos días el general Castillo hizo esfuerzos por inducir á Maximiliano á que abandonara á Querétaro; para acceder á los deseos de Castillo le ponía por condición el llevarse consigo todo el ejército, y aun repetía: "M rquez vendr todavía," esperanza que perdió al regresar un espía llamado "Muth" enviado al campo republicano por el coronel Salm. El emisario refirió que en el campamento enemigo se aseguraba que Márquez habiá sido derrotado por Porfirio Díaz del 8 al 9 de Abril en San Lorenzo, entre Puebla y México, perdiendo toda su artillería y que solamente se ha-

nos batallones fueron silenciosamente, en la oscuridad, á formar en dirección de la iglesia de San Francisquito. Nadie sabía lo que se había dispuesto; ¿se trataba de una salida ó de romper el sitio? A las cinco y media de la mañana emprendía el general Miramón con cerca de tres mil hombres, un ataque sobre la cordillera de lomas del Cimatario y el Batan. Cuando al despuntar la aurora se oyeron los toques de diana en el campo republicano, se movieron los imperialistas que habían estado formados esperando la órden de avance; se lanzan sobre la derecha de las posiciones republicanas y miles de fogonazos iluminan la izquierda del campo imperialista; en seguida fuerzas de caballería parten al trote en la misma dirección, en tanto que los republicanos de las Divisiones de Michoacán y Jalisco, colocados en las trincheras levantadas en la llanura y sobre el Cimatario rompen el fuego de artillería, al que responde la de los imperiales. Estos, á paso de carga, atraviesan la llanura y ascienden rapidamente á las lomas, hacen enmudecer una después de otra, las piezas de artillería de los republicanos, tomadas unas por la fuerza y otras por el abandono en que las dejaron los que las servían. El sol del nuevo día alumbra esa rápida victoria alcanzada por los sitiados.

Maximiliano acompañado del general Arellano, seguido de su Estado Mayor y escoltado por un escuadrón de húsares autro-mexicanos, pasa al galope y

---

bía escapado con algunos *sombreros chiquitos* aludiendo á los que llevaban los austriacos, apodo puesto por los republicanos á los húsares que no dejaron los sombreros húngaros. El espía añadió que la ciudad de México estaba ya sitiada y que Puebla había sucumbido siendo fusilados tres generales imperialistas y cincuenta oficiales. Aseguró Muth que los republicanos no intentarían otro nuevo ataque general sobre Querétaro, pues tenían confianza en tomar la ciudad por el hambre que destruiría la guarnición. Cuando se le preguntó que significaban los repiques que se oyeron en los suburbios y las dianas en la línea enemiga, contestó que así se habían celebrado las noticias respecto al triunfo alcanzado sobre Márquez.

Era de creerse que al saber Maximiliano lo referido por el espía, hubiese afirmado la determinación de abrirse paso y romper el sitio; en efecto, encargó al general Castillo el plan para ello, y ál comunicar á Miramón los informes que había obtenido, le manifestó su resolución de abandonar la plaza y en tal sentido dictó algunas otras disposiciones, de manera que el 26 de Abril ya estaban hechos los preparativos para abrirse paso entre el enemigo, lo que debía efectuarse en la mañana siguiente, á las cinco, quedando secreta esta determinación entre Maximiliano, Castillo, Miramón y Salm.

El día 19 de Abril presentaron á Maximiliano una exposición los generales Miramón y Arellano, pidiéndole que saliera de la plaza á la cabeza de mil ginetes, con el objeto de obligar al general Márquez á que socorriera prontamente á Querétaro; atribuían la difícil y penosa situación del ejército, únicamente al retardo del general Márquez, sin cuyo auxilio no podrían salvarse ni Querétaro, ni el Imperio, ni el ejército que lo defendía, el cual ya no podía esperar más para emprender una retirada que después sería imposible. Si el Emperador no creía conveniente salir de la plaza, lo verificaría el general Mejía con la expresada fuerza, yendo á reunirse con él general Márquez para obligarlo á que ejecutase las ordenes que tenía ya recibidas. En cualquiera de los dos casos, los exponentes se comprometían á defender y conservar la plaza, hasta la llegada del ejército auxiliar, y en caso de una desgracia acaecida á la fuerza de Márquez, romperían el sitio á viva fuerza.

se dirije al Cimatario. Multitud de individuos pertenecientes al pueblo queretano, también se apresuran á escalar aquellas alturas y regresán con porción de objetos allí tomados. Algunos soldados vuelven conduciendo caballos, mulas y aun cañones que pertenecieron á los republicanos, otros escoltaban prisioneros.

Mientras que una parte de los sitiados regresaba con el botin y los trofeos de la victoria, el general Méndez conducía las tropas de su mando hasta la hacienda del Jacal, extrema izquierda de la línea Sur de los republicanos á donde Maximiliano llegó también.

El general Castillo debió apoyar el movimiento sobre el Cimatario, tomando la hacienda de Callejas, con objeto de impedir que las fuerzas republicanas procedentes de Pateo ó de la línea del Norte, socorrieran ó volvieran á posesionarse del Cimatario; pero Castillo no pudo tomar aquella hacienda y permitió tal circunstancia, que la reserva de los sitiadores, describiendo un extenso semicírculo entre los pliegues del terreno, avanzara y se rehiciera del Cimatario en los momentos en que Maximiliano regresaba á la Casa Blanca y cuando menos lo esperaban los imperialistas que se ocupaban en conducir los prisioneros, las piezas de artillería tomadas y los demás trofeos de aquella inesperada victoria.

A causa del combate, de la rápida y prolongada marcha sobre el Cimatario y de las diversas atenciones para la destrucción de los campamentos republicanos, el ejército imperialista se encontraba desorganizado; Miramón se detuvo y consideró necesario reorganizarlo. En presencia de Maximiliano se dispersaban los republicanos, y pareció fácil, si lo hubieran convenido de antemano y lo hubieran resuelto, evacuar á Querétaro y ponerse fuera de peligro pues encontraban libre el camino; pero Maximiliano mantuvo su designio de vencer completamente ó morir en Querétaro.

El general republicano Corona que visitaba las fuerzas del general Jimenez frente á las de Castillo, vió á la luz del crepúsculo matutino del día 27, y al vivo relampaguear de la artillería imperial, que dos gruesas columnas, una de infantería y de caballería la otra, ocupaban ya las dilatadas vertientes del Cimatario y que los numerosos cuerpos de republicanos huían dejando fusiles, cañones y municiones. Entonces Corona se dirijió al cuartel general para pedir auxilio á Escobedo, á quien encontró al pié del cerro de la Cantera y le suplicó que se unieran las reservas para sostener al general D. Manuel Márquez, que se hallaba en la hacienda del Jacal, de donde fué desalojado.

Al encontrar Miramón á Maximiliano se quitó el kepí y volviendose á las tropas exclamó: ¡Soldados! ¡viva su Majestad el Emperador! grito que fué contestado con entusiasmo. Entonces Maximiliano, acercándose á Miramón, le dijo:

—"General os felicito por este brillante triunfo"

Formabanse las tropas imperialistas detras de sus líneas de defensa de Casa Blanca, para hacer su solemne entrada á Querétaro, cuando la llegada de la reserva republicana al Cimatario, las obligó á sostener un nuevo combate. Una

fuerza de caballería republicana se posesionó del largo convoy de carros que conducía una escolta de imperialistas. Este hecho fué visto con cierta indiferencia por los generales de Maximiliano, que supusieron sería esa fuerza republicana un grupo sin importancia; pero no queriendo perder el convoy de municiones, trofeo el más importante en aquella jornada, fué enviado á rescatarlo el regimiento de la Emperatriz, que perdió muchos soldados sin lograr su objeto, porque detrás de la caballería republicana se presentaron cerca de seis mil soldados, algunos armados con carabinas americanas de diez y seis tiros y tuvieron los imperiales que abandonarles el convoy.

El éxito estupendo alcanzado al pié del Cimatario en tan corto tiempo, aunque no logrado del todo, animó á Miramón para efectuar desde luego otra tentativa y aniquilar las fuerzas enemigas que aun quedaban y se imponían. Se convino sobre el mismo campo de batalla en un avance sobre la derecha del Cimatario: se despejaría la cima de la Cuesta China, y cruzando el río atacarían el cerro de San Gregorio. Este plan no se llevó á cabo inmediatamente después del triunfo; transcurrieron algunas horas durante las cuales nada se podía hacer en órden. El general Escobedo, por lo contrario, aprovechó el tiempo para reparar las pérdidas, enviando sus mejores tropas, entre ellas el batallón de Supremos Poderes, y el regimiento de cazadores de Galeana, armados con rifles americanos Spencer de ocho tiros; tambien se distinguía la brigada de Nuevo León al mando del coronel Palacio.

A las nueve de la mañana colocó el general Miramón dos brigadas, una á la derecha y otra á la izquierda del camino que conduce de la Casa Blanca al Cimatario; dejó una brigada de reserva y cubrió con el 4º regimiento el flanco derecho; pero sea por olvido ó por la embriaguez que siempre produce la victoria, ni adquirió informes tocante á los movimientos de su enemigo, ni creyó necesario poner un vigilante en la cima del Cimatario. En consecuencia, cuando ya estaban cerca de la cima del cerro, en el declive opuesto, los refuerzos enviados por Escobedo, los imperiales comenzaban á subirlo por su lado, y apenas habian ascendido las dos terceras partes, cuando fueron recibidos con nutridísimo fuego desde la cima, á la vez que los cazadores de Galeana dando vuelta á su flanco izquierdo, atacaban al cuarto regimiento de caballería imperial y lo derrotaban, en tanto que el nutrido fuego desde lo alto del cerro, detenía á las tropas de Miramón, que ya fatigadas tras la ruda tarea de la mañana comenzaban á vacilar.

En aquellos críticos momentos, Maximiliano desenvainó la espada y se puso al frente de la primera línea, llevando á su derecha al general Miramón y á su izquierda al coronel Salm.

Había visto el general Miramón que en las alturas del Cimatario aparecía la caballería republicana; pero ignoraba que la reserva de los sitiadores llegaba á la sordina; obtuvo permiso del Emperador para arrojar definitivamente de aquella posición á los enemigos, con designio de dejar completamente libre para los impe-





Teatro de Iturbide, en Querétaro.

En este edificio se reunió el Consejo de guerra designado para juzgar, al terminar el sitio de Querétaro, á los prisioneros Maximiliano de Hapsburgo, Miguel Miramón y Tomás Mejía, sentenciados el 14 de Junio de 1867 á ser fusilados. Los defensores procuraron con noble empeño, obtener el perdón para los reos; pero todos los medios á que recurrieron fueron inútiles.

Ex-Convento de las Teresitas.

Prisionero Maximiliano de Hapsburgo en el Cerro de las Campanas, fué conducido al Ex-Convento de la Cruz, su primera prisión, el 15 de Mayo de 1867: tres dias después, se le avisó que, lo mismo que los otros generales prisioneros, iba á ser trasladado al convento de las Teresitas, de donde, para el efecto, fueron quitadas las monjas. El cuarto que ocupó Maximiliano en esta nueva prisión era amplio, pero escasamente amueblado. Pocos dias después, el 22 del mismo mes, fueron trasladados algunos de los prisioneros al convento de las Capuchinas, conocido entonces con el nombre de la prisión militar.

rialistas un lado de la línea de circunvalación; con tal motivo dispuso la salida de dos batallones y la marcha del 4.º y 2.º de lanceros por la izquierda de los republicanos para flanquearlos. Al comenzar este movimiento se apercibió Miramón de que fuerzas republicanas avanzaban por el lado del cerro de las Campanas, con el evidente designio de recuperar el Cimatario y para contenerlas envió al general Mendez con dos batallones y el regimiento de la Emperatriz.

Poco después se presentaba en el Cimatario la reserva del general Escobedo, avanzando para reocupar las líneas que antes perdieran los republicanos. Al notar éstos que los imperialistas tomaban la iniciativa, se detuvieron y formaron en batalla para resistirlos, distinguiendose los cazadores de Galeana armados con carabinas de ocho tiros y mandados por el general Sóstenes Rocha.

En el combate, que fué de los más rudos, apareció el Cimatario cubierto de copos de humo blanco y centro de ruidosas detonaciones. Los imperialistas experimentaban mayores pérdidas, tanto por la superioridad del armamento de sus contrarios, cuanto por la posición dominante que éstos ocupaban; y fué tanta la pérdida de gente, que Miramón dió ordenes á sus batallones para retirarse sosteniéndo el fuego.

Maximiliano, Miramón y Arellano quedaron sorprendidos con la llegada de fuerzas enemigas tan considerables, en momentos en que creían haber alcanzado un gran triunfo y en que estaban muy lejos de esperar que se agravase de pronto la situación.

El certero fuego de las alturas era irresistible y más elocuente que el ejemplo y las animosas palabras del Emperador; los imperiales volvieron la espalda; los republicanos avanzaron. Fuera de sí Maximiliano, no quería retirarse; permanecía en su puesto siendo el blanco de las balas y fué de admirar que no le hubieran siquiera tocado; tan solo á ruegos de Miramón y Salm consintió en retirarse; subió á su cabalgadura y á paso lento se dirigió á la Casa Blanca.

Los cazadores de Galeana perseguían á los imperiales que huían en desórden, de los que mataron más de doscientos cincuenta en la corta distancia que media entre el Cimatario y la Casa Blanca, donde los republicanos fueron detenidos por la batería montada entre las garitas del Pueblito y Celaya, volviendo á reocupar las líneas que en la mañana habían perdido sus camaradas.

A la marcha victoriosa de los republicanos no podían oponer los imperiales sino una débil reserva y la artillería que abrió sus fuegos desde la Alameda y Casa Blanca, á los cuales los republicanos no contestaron sino con algunas piezas de artillería mal colocadas, porque la mayor parte de sus cañones había sido capturada é introducida por los imperiales á la plaza; sin embargo, debió considerarse que éstos entraban á Querétaro en derrota, siguiendoles de cerca los republicanos que ya casi se apoderaban de la Casa Blanca, deteniendolos un violento fuego de metralla, aunque también barría á los imperialistas que aun no entraban á la línea atrincherada. Ese fuego unido al que hacían de la Alameda y

camino de Casa Blanca, detuvo por fin á los republicanos, que regresaron á sus antiguas paralelas que los imperialistas no habían tenido tiempo de destruir y recojieron casi intacto el convoy de municiones de guerra y boca que los sitiados no consiguieron introducir á la plaza; tampoco logró el populacho de Querétaro conducir todo el botín que en gran parte abandonó, por la pronta llegada de la caballería republicana.

Después de aquellos tan fatigosos combates, se retiraron los imperiales á sus respectivos alojamientos, en la Cruz y en los otros puntos, reanimando sus esperanzas las veintiuna piezas de artillería capturadas y alineadas en la plaza de la Cruz, ante las cuales sentían el caluroso entusiasmo que recordaba los primeros días del sitio y tenían la esperanza de que reverdecerían los laureles tan pronto marchitos, adquiridos en el Cimatario, contra diez mil republicanos que representaban los contingentes de Michoacán, Jalisco y Colima.

Las esperanzas en el regreso de Márquez disminuían diariamente; los sitiados iban perdiendo el ánimo al comprender que su único medio de salvación se alejaba cada vez más. En efecto, el general Márquez estaba ya imposibilitado para auxiliar de cualquier manera á los sitiados. Las tropas imperialistas padecían en Querétaro la más completa miseria; la terrible inquietud provenida de esperar el regreso del general Márquez, debilitó la energía de los soldados. También el pueblo tenía hambre, pues faltaba el maíz y se habían agotado los efectos de primera necesidad, al grado de tener como alimento indispensable la carne de caballo y de mula, de cuyo efecto proveían los regimientos y la artillería del ejército, influyendo en la mortandad de los caballos y acémilas, la notable falta de pasturas.

Sin perder tiempo, los republicanos se pusieron á trabajar activamente para reparar el desastre, é hicieron marchar del Interior del país nuevos refuerzos con artillería que compensara las pérdidas sufridas en el Cimatario. Tres días después del memorable combate allí habido, empeoraba la condición de los sitiados, y para remediarla propuso el general Miramón otra salida.

Los que opinaban por el abandono de Querétaro, volvían á insistir en aquellos momentos que consideraban propicios; pero Maximiliano persistió en quedarse, tanto porque el honor militar no permitía abandonar la ciudad con la artillería de gran calibre y los trenes, cuanto porque no creía conveniente dejar entregados á su suerte, á los heridos y á los vecinos de una población que tan fiel le había sido.

También complicaba tan horrorosa situación la extraordinaria escasez de dinero; con suma dificultad se conseguia una parte de la cantidad necesaria para pagar las tropas, empleando los oficiales encargados de buscar recursos, medios de severidad contra las personas acomodadas. Todos los esfuerzos tendían á levantar la energía del ejército que se extinguía gradualmente. Para revivirla y dar al soldado algún entusiasmo, se apeló por los gefes sitiados á estratagemas

que, sin atender á las circunstancias, pudieran parecer indecorosas. Considerando probable la aproximación del general Márquez á Querétaro, el gefe de Estado Mayor, general Arellano, autorizaba con su firma y su carácter oficial, noticias falsas anunciando la llegada de los auxilios, tanto tiempo y con tanto ahinco esperados. No solamente los generales Miramón y Arellano propalaban esas noticias y garantizaban la exactitud de ellas, sino el mismo Maximiliano durante el último período del sitio las aceptaba, buscando obtener los resultados que se esperaban; inventábase el texto de comunicaciones que se decía eran recibidas de Márquez y Vidaurri, participando que pronto estarían sobre las tropas sitiadoras y aun informaban de la organización que habían dado á sus fuerzas. Tales comunicaciones finjidas, eran certificadas y publicadas por el gefe del Estado Mayor, para que lo contenido en ellas tuviese toda la fuerza de la verdad, y fueron celebrados los acontecimientos que se anunciaban, con repiques y salvas de artillería, estallando el entusiasmo que reanimó por algunos días las esperanzas, y retardó el desenlace de tan terrible y angustiosa situación para los sitiados. (1)

La prolongación de la defensa de Querétaro se debió á la esperanza que se abrigó en el regreso de Márquez, resistencia sostenida con pocos elementos y por el esfuerzo de los principales gefes, que poco á poco fueron sucumbiendo frente á un ejército cinco veces mayor y que disponia de toda clase de recursos.

Entre los sitiados comenzaban á escaparse en alta voz, palabras de profundo disgusto por carecer de sueldo y sentir el hambre, estando seguros ya muchos, de que Márquez no regresaría.

---

(1) Que se habían hecho preparativos para la salida definitiva es indudable; para ello mandó poner Maximiliano todos sus papeles y archivo en pequeñas balijas que debían llevar los húsares, atadas á los tientos de las sillas de montar; el mayordomo del Emperador se ocupó de este trabajo durante todo el día, á puerta cerrada. Los húsares y la guardia de corps mexicana, quedaron á las ordenes del coronel Salm para ello. Había que preparar todo para ese acto con el mayor secreto; para engañar á los habitantes y al enemigo, fueron reunidos por la tarde todos los cornetas en la plaza de la Cruz, tocaron diana y al mismo tiempo hubo repique de las campanas en todas las iglesias.

Miramón quiso, como medida preventiva, antes atacar al enemigo al pié del Cimatario, apoyándose en el general Castillo que había de simular un ataque sobre la garita de México. Con Miramón quedó la fuerza de Mendez, gefe que estaba conturbado por la frialdad con que le trataba Maximiliano.

El plan de Miramón era seguir inmediatamente sobre las alturas de San Gregorio y San Pablo, al Norte de la ciudad, el empuje que con tan buen éxito acababá de dar sobre el Cimatario. Su primer ensayo había destruído todas las dificultades; creyó que al medio día estarían ya flanqueadas las posiciones republicanas. El desastre para estas aparecía tan posible, que el general Escobedo había ordenado en su cuartel general de Pateo, que la artillería y los trenes estuvieran prestos para marchar y batirse en retirada hàcia San Luis, si la reserva era batida según lo temían algunos oficiales republicanos que refirieron que en aquel día creyeron perdidas sus posesiones y llegado el desastre.

III

(SITIO Y ASALTO DE PUEBLA.—COMIENZA EL SITIO DE MEXICO.)

El general Márquez en la capital del Imperio.—Impone el uno por ciento á todo capital—Violenta la organización de las tropas.—Resuelve auxiliar á Puebla.—Sorprende este succeso á los imperialistas.—Movimientos del ejército de Oriente.—Sitia á Puebla el general Díaz.—Asalto del 2 de Abril.—Proclama que expidió el general Díaz.—Toma el general Márquez la vía de los Llanos de Apam.—Jornadas que ejecutó.—Recibe la noticia de la capitulación de Puebla.—Vacilaciones que tuvo.—Decide la retirada para la Capital.—Se interpone á su paso el general Lalanne.—Combate verificado en la hacienda de San Diego.—Se detiene Márquez en San Lorenzo.—Continúa su retirada batiéndose.—Abandona de pronto á sus tropas.—Ezfuerzos del coronel Kodoliche.—El general Noriega es acusado de haber entregado la plaza de Puebla.—Publica este gefe su vindicación.—El general Márquez careció de autorización para marchar sobre Puebla.—Durante su ausencia quedó con el mando de la Capital el general Vidaurri.—Procura este reunir recursos.—Cunde el desaliento entre los partidarios del Imperio.—Estado anárquico de la Capital después de la derrota de Márquez.—Se retira del Ministerio el general Vidaurri.—Opina el general Portilla por llevar á Márquez ante un Consejo de guerra.—Conducta observada por los gefes europeos.—El hambre entre los sitiados.—Los coroneles austriacos celebran juntas para normar su conducta.

———

Llegado el 26 de Marzo de 1867 el general Márquez á la capital del Imperio, sin otro incidente que el haber encontrado una corta fuerza de republicanos en el lugar conocido con el nombre de "Puerto de los chinos," comenzó desde luego, con la actividad que le era genial, á dictar disposiciones en armonía con el carácter militar que llevaba. Supo que las fuerzas al mando del general Porfirio Díaz hostilizaban á Puebla, y se resolvió á marchar en auxilio de esta plaza con algunas tropas de las que guarnecían la ciudad de México. (1)

La presencia del general Márquez en la capital, sirvió de argumento para robustecer la creencia acojida por los imperiales, respecto al triunfo del Imperio en Querétaro, puesto que, si las operaciones militares no marcharan favorablemente, Maximiliano se habría visto imposibilitado de alejar de su lado á uno de los generales más distinguidos y de apartar una fuerza considerable. Además ¿cómo admitir que el general Márquez hubiese podido salir de Querétaro con sus tropas y llegar á México, si un ejército republicano suficientemente organizado se le hubiera opuesto? De aquí el entusiasmo de los amigos del Imperio y la seguridad que manifestaban en la consolidación del trono.

(1) Formaban el Estado Mayor del general Márquez en aquellos momentos las siguientes personas: segundo en gefe, el general D. Miguel Andrade; Mayor general D. Luis Arrieta; gefe de artillería, el teniente coronel D. Mauricio Graff, de los ingenieros el capitán D. Juan Alvarez; del parque el capitán D. J. M. Pevedilla; y funcionaba de comisario intendente, D. Luis G. Gutiérrez.

El mismo día 26 en que llegó á México el general Márquez, disponía á las ocho de la noche, que fuesen abandonadas Tacubaya, Texcoco, Chalco, Villa de Guadalupe y Chapultepec, disposición que causó gran sobresalto entre los imperialistas, pues creían firmemente que todo iba muy bien y no comprendían porqué se abandonaban puntos de tan fácil defensa, necesarios para proveer la ciudad y cuyo abandono abriría á los republicanos caminos para llegar á las garitas de la misma capital.

La concentración ordenada por Márquez, obedecía al proyecto que concibió de una pronta expedición á Puebla, al grado de que en aquel mismo día aun no instalada en la capital la fuerza que salió de Querétaro con Márquez, ya habían recibido los gefes de ella, órdenes de prepararse para entrar en campaña. Además, todos los europeos habían de ir á esa misteriosa expedición, cuyo objeto no se conocía en el público; los húsares rojos, el batallón Hammerstein, los gendarmes y la contraguerrilla Chenet, tomarían parte en el movimiento que generalmente se creía dirigido á verificar una reunión en Querétaro con las tropas que allí tenía Maximiliano.

En los momentos en que llegaba á México el general Márquez, la guarnición de esta ciudad ascendía apenas á dos mil quinientos sesenta y tres infantes, dos mil trescientos dragones, parte de ellos desmontados, noventa artilleros y un reducido número de ingenieros, de operarios y encargados de la ambulancia. En la línea fortificada quedaban abiertos y sin cuidar, grandes intervalos; faltaban los más indispensables puentes para comunicarse, los víveres y los forrajes eran escasos y no era posible que en aquellas circunstancias pudiera salir de la plaza la multitud que no tomaba parte en la defensa; era escasa la existencia de municiones, se carecía de la competente fábrica de pólvora y de la cantidad suficiente de los ingredientes necesarios para elaborarla, y aun la maestranza seguía paralizada por falta de recursos.

La ciudad de México estaba defendida por una muralla que la rodeaba, revestida de adobes, con un foso de cuatro metros de ancho y dos de profundidad, lleno de agua. La Ciudadela, que comprendía vastos edificios, estaba fortificada de la misma manera y tenía las trincheras mas altas. Los muchos pantanos que rodean la ciudad, impedian atacar por otros puntos qne no fuesen las calzadas, tambien separadas entre sí por terreno fangoso en el que se abrieron fosos.

Para equipar y socorrer á las tropas habia impuesto el general Márquez desde el 26 de Marzo en que tomó el mando de la ciudad, el uno por ciento á todo capital, y cinco días despues salía para Puebla al frente de poco mas de cuatro mil hombres, encaminandose por los Llanos de Apam para evitar el paso de los desfiladeros de Rio-frio, donde era de suponerse, los republicanos le detendrian.

Se procedió con actividad y el día 29 la columna militar, formada con cuatro mil seiscientos hombres de las mejores tropas de la capital, se puso en marcha llevando dos baterías rayadas y una de montaña. El movimiento de aquella

fuerza causó gran admiración que aumentó porque no tomó el camino de Querétaro, sino que marchando hacia el Sureste entre la laguna de Texcoco y San Cristobal se dirije á Puebla por los llanos de Apam, camino treinta leguas más largo que el directo entre esa ciudad y la capital mexicana, circunstancia que ha constituido uno de los capítulos de acusación, y el cargo grave de que traicionaba á Maximiliano y que trabajaba por crear la dictadura del general Santa-Anna; pero estas y las demás acusaciones han sido rechazadas por Márquez y sus adictos, que alegaron la necesidad de obligar á que se levantara el sitio de Puebla, y de no separar de la capital las mejores tropas, llevándolas á Querétaro, porque quedaba expuesta á ser tomada por un golpe de mano sin que pudiera ser defendida. Tampoco podía Márquez abandonar á Puebla dejándola en poder de los republicanos, porque allí se proveerían de municiones y material de sitio. De esta manera se explica la marcha hácia Puebla antes de atender á Querétaro. Lo relativo á proclamar Dictador á Santa-Anna, aparece imposible si se tiene en cuenta que las tropas que conducía Márquez eran europeas, dominando los austriacos adictos personalmente á Maximiliano. Si elijió una ruta inesperada, se debió á los informes acerca de la posición que ocupaban los republicanos frente á Puebla y á los tropiezos que una corta fuerza podría presentarle en el accidentado camino que acorta la distancia entre los volcanes y también por las ventajas que darían á las caballerías de Márquez las llanuras.

Podría alegarse en pró de una traición que Márquez y otros militares de su partido nada debían á Maximiliano, quien, aunque llamado por ellos les dió de mano y aun desterró á algunos, buscando su apoyo solamente cuando ya no podía hacer otra cosa; pero debe reflexionarse que en aquellos momentos los conservadores no procuraban precisamente salvar al Emperador y el Imperio, sino defender una situación política que les pertenecía, y aun sus mismas personas amenazadas de muerte por el odio y las opiniones de sus enemigos. (1)

Desde mediados del mes de Marzo se sucedían en la capital Mexicana, rumores que los imperialistas tomaban por hechos indiscutibles; ya Maximiliano había alcanzado una victoria decisiva en la que los republicanos habían sufrido pérdidas considerables en muertos, heridos y prisioneros, éxito, que sin duda habría desmoralizado á las fuerzas que atacaban á Puebla; ya era el gefe Lozada el vencedor que combatió á Guadalajara después de haber sometido á Colima; otra vez se aseguraba que en el Sur se había levantado en favor del Imperio el conocido gefe D. Pascual Muñoz, y que los republicanos que ocupaban á Cuernavaca se retiraban para el Estado de Guerrero, cuyo puerto principal, Acapulco, se sostenía en favor del Imperio; también se afirmaba que en San Luis Potosí había tenido efecto un levantamiento popular en favor del Imperio, viéndose obli-

(1) Bajo este punto de vista, era sin duda más importante salvar á Puebla para en seguida auxiliar á Querétaro, donde, según Marquez, no corría Maximiliano un peligro inmediato, comparable con el que amenazaba á la capital del Imperio.

gado el Presidente Juárez á refugiarse en Zacatecas; negaban los imperialistas que Veracruz estuviese sitiado, y afirmaban que en caso necesario podrían resistir cualquier ataque los dos mil hombres que lo guarnecían, en una palabra, los partidarios del Imperio propalaban que todo lo que se refería á su política iba lo mejor posible y daban por apoyo de sus esfuerzos la presencia del general Márquez en la capital.

A las siete de la mañana del 30 de Marzo salian de México los imperiales pernoctando la 1ª brigada en Tulpetlac y el resto de la fuerza en San Cristobal Ecatepec de donde desalojaron una sección republicana que se ocupaba en destruir el dique. Durante la marcha, algunas guerrillas tirotearon la vanguardia de los imperialistas.

Al siguiente dia avanzaron hasta Otumba; el 1º de Abril durmieron en la hacienda de San Lorenzo y el dia 2 en la de Soltepec; en este punto supieron que había sucumbido la ciudad de Puebla, cuyos defensores se habian concentrado en los cerros de Loreto y Guadalupe. Sin embargo avanzaron y el dia 3 acampó la División en la hacienda de Guadalupe, cuyas inmediatas alturas ocuparon permaneciendo allí hasta el dia 5, en que continuaron su marcha para la hacienda de San Diego del Notario, despues de haber tenido una Junta en la de Guadalupe los principales jefes, para consultar si debía seguirse la marcha sobre Puebla ó retirarse á México, y de haber hecho avanzar el regimiento de húsares á Huamantla con objeto de adquirir noticias respecto á lo acaecido en Puebla.

El dia 6, acabando de emprender la División su marcha y á una legua de San Diego, se presentaron los republicanos á retaguardia en número como de dos mil, formando tres columnas. Márquez dispuso que contramarcharan sus tropas para ocupar nuevamente esa hacienda y organizó una columna compuesta de los regimientos de la frontera y gendarmes, con la que atacó vigorosamente la derecha de sus enemigos que derrotó; en presencia de este descalabro huyó la la fuerza republicana del centro y se retiró la de la izquierda.

Había seguido Márquez su marcha con gran parsimonia, tal vez sin saber que en Puebla se precipitaban los acontecimientos. El dia 6 de Abril, al acercarse á Huamantla, eran atacados los imperialistas por la vanguardia de las fuerzas del general Díaz, y aunque rechazadas por los gendarmes imperiales se detuvo el general Márquez. A las tres de la tarde intentó la caballería republicana asaltar el campo formado por los imperiales; contrariaron el choque los húsares austriacos, se retiraron los republicanos y en los momentos en que se preparaban aquellos á celebrar el triunfo, ratificaron que Puebla se había rendido el 2 de Abril y que los fuertes habían capitulado el día cuatro.

Las noticias que tuvo Márquez, tanto de los prisioneros como de los húsares que regresaron de Huamantla, le convencieron de que Puebla y los cerros de Guadalupe y Loreto estaban en poder del enemigo, y que todas las fuerzas republicanas se dirigían al encuentro de los imperiales. Entonces resolvió retirarse para México, emprendiendo al momento la marcha; pero en la hacienda

de Tochac tuvo que combatir otra vez con los republicanos que se le presentaron, y aunque los derrotó, no se ocupó más que en seguir la retirada pernoctando el día 7 en la hacienda de la Luz. El día 8 continuó la División su retirada, yendo á vanguardia y á media legua del grueso de la fuerza, los cuerpos de gendarmes, cazadores, compañía de ingenieros y una sección de obuses de montaña. Encontraron la hacienda de la Noria ocupada por una fuerza á las órdenes del coronel Lalanne, con mil quinientos hombres de infantería y caballería; trabóse el combate entre las caballerías, yendo la imperialista á las órdenes del coronel conde de Wickenburg, protegida por fuego de los dos obuses y el de la compañía de ingenieros, los republicanos retrocedieron, y el general Márquez atacó con el resto de las tropas á la infantería republicana.

Los imperialistas llegaron á las once y media de la mañana del día 8 á la hacienda de San Lorenzo, en donde algunas partidas de republicanos tirotearon la vanguardia, procurando retardar la marcha de la división Marquez en su retirada, para dar tiempo á que se acercara el grueso del ejército á las órdenes del general Díaz. (1)

Sitiaba este general á Puebla cuando supo que Márquez salió de México el 30 de Marzo con cinco mil hombres para atacarlo y auxiliar la plaza sitiada; estuvo aquel gefe republicano perplejo en cuanto al partido que tomaría ¿levantaba el sitio para ir al encuentro de Márquez? ¿esperaba la llegada de este ó inmediatamente daba el asalto sobre la plaza? Este último partido fué el que siguió. Aunque sus tropas eran poco aguerridas, y no estaban bien pertrechadas, asaltaron las posiciones de los imperialistas que hacían nutrido fuego de fusilería y arrojaban granadas de mano desde lo alto de las casas y de los balcones. Los atrincheramientos fueron tomados y se refugiaron los defensores al interior de las casas, temiendo ser atacados por retaguardia abandonaron sus posiciones y fueron hechos prisioneros. Las alturas de los cerros permanecieron aun ocupadas por los imperiales que [capitularon dos días después, secundando con notable valor al general Porfirio Díaz los gefes Alatorre, González, Pacheco, Terán, Bonilla, Leon, Carbó, Cravioto y otros.(2)

---

(1) La marcha del general Márquez sobre Puebla no estuvo autorizada por Maximiliano, según afirmó el Baron de Lago que lo había oído de los labios del Emperador. Márquez alegó que desde antes que México fuera desocupado por las tropas francesas, se habían dictado las órdenes desde el 8 de Febrero para la seguridad de Puebla, puesta al cuidado del general D. Manuel Noriega, ofreciéndole que en caso necesario iría en auxilio de la plaza, lo cual fué sabido por Maximiliano; pero á la verdad, esta explicación no satisface al cargo que se le hizo de que fué sin la debida autorización pues la oferta que desde Febrero se le hizo á Noriega se entendía en términos generales y lo comprueba el expresado Márquez en su Manifiesto, diciendo que había contraído el compromiso de honor de ir personalmente á Puebla, y que además tenía la obligación de cuidar y proteger todo el territorio confiado al segundo cuerpo de Ejército, reasumiendo á la vez el poder que le daban las facultades omnímodas como Lugarteniente del Emperador.

[2] Al dar cuenta el general Noriega de las operaciones de defensa, con fecha de 17 de Marzo, esto



General Manuel González.

Por más de cuatro años militó en el ejército republicano de Oriente, desde el principio de la Intervención francesa. Defendiendo á Puebla, en el memorable sitio que dirigió Forey en 1863, se le encomendó el cuidado de una manzana, y al rechazar uno de los impetuosos asaltos de los franceses, fué herido en una pierna; rehusó ir al hospital, permaneciendo con dificultad más de quince días en la brecha practicada para el asalto. Cambiados los papeles, tocóle ser el 2 de Abril de 1867, de los asaltantes á la misma ciudad que defendian los imperialistas; entonces fué herido en el brazo derecho, habiendo sido necesario amputárselo. Entre los jefes superiores que en aquella época tormentosa tomaron parte en favor de la República, el General González fué el único que quedó mutilado.

de Tochac tuvo que combatir otra vez con los republicanos que se le presentaron, y aunque los derrotó, no se ocupó más que en seguir la retirada pernoctando el día 7 en la hacienda de la Luz. El día 8 continuó la División su retirada, yendo á vanguardia y á media legua del grueso de la fuerza, los cuerpos de gendarmes, cazadores, compañía de ingenieros y una sección de obuses de montaña. Encontraron la hacienda de la Noria ocupada por una fuerza á las órdenes del coronel Lalanne, con mil quinientos hombres de infantería y caballería; trabóse el combate entre las caballerías, yendo la imperialista á las órdenes del coronel conde de Wickenburg, protegida por fuego de los dos obuses y el de la compañía de ingenieros, los republicanos retrocedieron, y el general Márquez atacó con el resto de las tropas á la infantería republicana.

Los imperialistas llegaron á las once y media de la mañana del día 8 á la hacienda de San Lorenzo, en donde algunas partidas de republicanos tirotearon la vanguardia, procurando retardar la marcha de la división Marquez en su retirada, para dar tiempo á que se acercara el grueso del ejército á las órdenes del general Díaz. (1)

Sitiaba este general á Puebla cuando supo que Márquez salió de México el 30 de Marzo con cinco mil hombres para atacarlo y auxiliar la plaza sitiada; estuvo aquel gefe republicano perplejo en cuanto al partido que tomaría ¿levantaba el sitio para ir al encuentro de Márquez? ¿esperaba la llegada de este ó inmediatamente daba el asalto sobre la plaza? Este último partido fué el que siguió. Aunque sus tropas eran poco aguerridas, y no estaban bien pertrechadas, asaltaron las posiciones de los imperialistas que hacían nutrido fuego de fusilería y arrojaban granadas de mano desde lo alto de las casas y de los balcones. Los atrincheramientos fueron tomados y se refugiaron los defensores al interior de las casas, temiendo ser atacados por retaguardia abandonaron sus posiciones y fueron hechos prisioneros. Las alturas de los cerros permanecieron aun ocupadas por los imperiales que [capitularon dos días después, secundando con notable valor al general Porfirio Díaz los gefes Alatorre, González, Pacheco, Terán, Bonilla, Leon, Carbó, Cravioto y otros.(2)

---

(1) La marcha del general Márquez sobre Puebla no estuvo autorizada por Maximiliano, según afirmó el Baron de Lago que lo había oído de los labios del Emperador. Márquez alegó que desde antes que México fuera desocupado por las tropas francesas, se habían dictado las órdenes desde el 8 de Febrero para la seguridad de Puebla, puesta al cuidado del general D. Manuel Noriega, ofreciéndole que en caso necesario iría en auxilio de la plaza, lo cual fué sabido por Maximiliano; pero á la verdad, esta explicación no satisface al cargo que se le hizo de que fué sin la debida autorización pues la oferta que desde Febrero se le hizo á Noriega se entendía en términos generales y lo comprueba el expresado Márquez en su Manifiesto, diciendo que había contraído el compromiso de honor de ír personalmente á Puebla, y que además tenía la obligación de cuidar y proteger todo el territorio confiado al segundo cuerpo de Ejército, reasumiendo á la vez el poder que le daban las facultades omnímodas como Lugarteniente del Emperador.

[2] Al dar cuenta el general Noriega de las operaciones de defensa, con fecha de 17 de Marzo, esto



General Manuel González.

Por más de cuatro años militó en el ejército republicano de Oriente, desde el principio de la Intervención francesa. Defendiendo á Puebla, en el memorable sitio que dirigió Forey en 1863, se le encomendó el cuidado de una manzana, y al rechazar uno de los impetuosos asaltos de los franceses, fué herido en una pierna; rehusó ir al hospital, permaneciendo con dificultad más de quince días en la brecha practicada para el asalto. Cambiados los papeles, tocóle ser el 2 de Abril de 1867, de los asaltantes á la misma ciudad que defendían los imperialistas; entonces fué herido en el brazo derecho, habiendo sido necesario amputárselo. Entre los jefes superiores que en aquella época tormentosa tomaron parte en favor de la República, el General González fué el único que quedó mutilado.

La situación de Puebla sitiada por las fuerzas republicanas al mando del general Porfirio Díaz, causó grandísima emoción entre los imperialistas de la capital, aunque ya se sabía que varios gefes del ejército de Oriente aumentaban y organizaban sus tropas, y que el general Figueroa, los coroneles Espinosa y Visoso y el general Leyva acercaban sus fuerzas á poblaciones de importancia por aquel lado del territorio. En el Norte de Puebla y en Tlaxcala, se presentaban amenazadores los gefes Juan N. Mendez y Antonio Rodríguez Bocardo. El Norte del Estado de Veracruz estaba ya todo bajo el dominio del general I. Alatorre.

También se sabía que el general Díaz había penetrado al Estado de Puebla; pero se le suponía una corta fuerza, incapaz de atacar á ciudad tan defendida y tan bien atrincherada como Puebla, pues no se tenía noticia del movimiento convergente de las fuerzas que iba movilizando con notable exactitud, hasta llegar á aparecer á fines de Febrero en Huamantla á la cabeza de un ejército regularmente armado, habiendo aumentado su artillería con cañones abandonados en Perote y el Borrego. Allí organizó las Divisiones que puso al mando de los generales Alatorre, Méndez y Toro; la primera con las brigadas de los gefes González, Carreón y Figueroa; la segunda con las tropas del Norte de Puebla, entre las cuales iban las brigadas de Juan F. Lúcas y la de los Cravioto. La tercera División con la caballería era mandada por el coronel Toro y en ella estaban comprendidas las secciones de los gefes Mier y Terán y Bocardo.

Desde luego se presentaba Puebla como presa digna de ser codiciada, aunque estaba defendida por más de dos mil quinientos soldados y regular número de voluntarios que disponían de gran acopio de armas y municiones. No obstante, avanzaron aquellas fuerzas sobre la ciudad angélica y el 9 de Marzo que

---

es, nueve días después de formalizado el sitio, decía que la noche del día anterior intentaron los sitiadores asaltar el Cármen y penetrar por diversos puntos de la línea del Poniente, y que aunque fueron rechazados, lograron adelantar en la manzana más avanzada de la línea, donde por medio de horadaciones pudo el enemigo rodear á la fuerza que la defendía, compuesta de voluntarios á las órdenes del coronel Trujeque quien tuvo que refugiarse á la manzana inmediata. Avisaba que le causó gran disgusto el abandono que de su punto hicieron quince soldados del 16 º, armados y municionados en una de las manzanas en que se aparta la luneta de fortificación de San Agustín, pues saltaron una pared, única división de dicho punto con el enemigo, y que en consecuencia fueron inauditos los esfuerzos del general Febronio Quijano para contener el avance del enemigo por aquel punto y en momentos que le eran favorables. Este hecho indicó que á pesar de la vigilancia y solícito cuidado que se había tenido en organizar y equipar ese batallon compuesto de gente forzada, la escasez de oficiales impedía tener confianza en aquella fuerza, única regular en cuyas filas había penetrado ya la defección; en las tropas irregulares de las inmediaciones, reconcentradas en la plaza, había también deserción, y no contaba Noriega con reserva, pues hasta la caballería, pié á tierra, cubría la extensa línea defendida, sin poder ni aun relevar de puestos la tropa de que se desconfiaba. Era de urgente necesidad, en consecuencia, el auxilio violento para conservar la plaza. Los vecinos permanecían hostiles é inertes, siendo necesario quitarles por la fuerza los recursos,

daba establecido el cuartel general republicano en el cerro de San Juan; comenzaba un sitio, pero sin los competentes elementos para alcanzar pronto y felíz éxito, aunque Porfirio Díaz llamó á su lado á las fuerzas del general Alvarez que apenas llegarían á mil quinientos hombres con algunos cañones.

El sitio de Puebla comprende episodios memorables; el Cármen fué defendido con energía por el general Carrillo. Aunque lentamente se apoderan los republicanos de San Javier, la Merced y San Márcos, y por medio de horadaciones y minas atraviesan manzanas, penetran hasta la Alameda y baños de Carreto y abren brechas en las fortificaciones de Belem, adelantando bastante en las dos primeras semanas, durante las cuales el general Noriega esperaba impaciente auxilios de la capital, haciendo notar la imperiosa necesidad que había de conservar para el Imperio la importante posición de Puebla.

En los últimos días del mes de Marzo, supieron los sitiadores que en socorro de la plaza sitiada marcharía desde México una fuerza considerable. En tales circunstancias no era posible continuar el sistema de ataque seguido; era forzoso retirarse ó asaltar; esto último quedó resuelto en el acuerdo del general Díaz, quien con sorpresa de los que le rodeaban, aparecía como satisfecho y seguro del éxito de alguna combinación, hasta el grado de manifestar que esperaba estar dentro ó cerca de la capital el próximo 5 de Mayo, expresándose con tono de seguridad, reflejada en la alegría de su semblante.

Las fuerzas imperialistas que defendían la plaza de Puebla, componían un cuerpo de menos de tres mil hombres con muchas piezas de artillería, los mandaba el gobernador General Manuel Noriega, anciano, enfermo, muy confiado y apático, y desempeñaba los complicados deberes de la anormal situación en que estaba aquella ciudad, su secretario el Licenciado D. Tirso Rafael Córdoba, muy adicto á la causa del Imperio y tan apasionado cuanto enérgico. Era segundo gefe de la plaza el coronel Febronio Quijano, al que secundaban los gefes Hermenegildo Carrillo, Calderón y Tamariz.

Aparentando los sitiadores suspender las hostilidades el 1º de Abril, se empleó la tarde en preparativos que demostraban una retirada, fueron quitados los cañones de las baterías, y situados los trenes detrás del cerro de San Juan. En la misma noche citó el general Díaz á junta de guerra á los principales gefes, y les aseguró que al siguiente día estarían dentro de la ciudad cuyo aspecto era silencioso y siniestro, las familias emigraban y los hospitales estaban llenos de heridos. Propuso el general un falso ataque sobre el convento del Cármen, al Sur, para llamar la atención y atraer sobre aquel rumbo la reserva de los sitiados, y en seguida dar el asalto por la línea del Poniente y del Sureste, designando trece puntos, elegidos de tal manera, que produjeran una sorpresa de las posiciones más fuertes tan luego que algunas de las más débiles fuesen ocupadas; para cegar los fosos y poder cruzarlos se arreglaron en gran cantidad sacos llenos de paja y de mimbres. La señal para el ataque partiría del cerro de San Juan y consistiría en una luz producida por algodones empapados en materias recinosas. Tomados con arrojo

algunos puntos, los demás tendrían que sucumbir necesariamente. Al general Alatorre le fué designado el mando de la reserva, debiendo acudir á donde más se necesitara el auxilio. (1)

Concluidos algunos otros preparativos, á las tres de la mañana del 2 de Abril se rompieron los fuegos; la batería frente al Cármen abrió la brecha y se hicieron tres impulsos vigorosos para el asalto sin lograrlo, llegaron los asaltantes hasta el foso sin conseguir salvarlo, no obstante los esfuerzos del general Figueroa. En seguida, hecha la señal convenida en el cerro de San Juan, rápidamente operaron las columnas que en silencio se habían acercado á la plaza por varias partes, y sus descargas fueron contestadas desde las trincheras. El general Alatorre acudió presuroso en apoyo de los que flanqueaban la Merced y el general D. Cárlos Pacheco, rechazado dos veces en la calle de la Siempreviva, aunque herido insiste en la carga y ocupa aquel reducto; pero cae cuando una de sus piernas inutilizada se niega á sostenerle; otras columnas que habían ocupado varios puntos, obligan á los destacamentos á rendirse; se perciben en todas direcciones gritos de victoria y los defensores de la plaza que aun conservaban alientos, se retiran violentamente á los cerros de Loreto y Guadalupe, persiguiéndolos de cerca los republicanos.

Las tropas asaltantes se reunen en la plaza principal; poco después se rinden los puntos que aun permanecían ocupados por los imperiales. Al dirigirse al Palacio el general en gefe vencedor, le saludan los soldados y el pueblo, con entusiastas aclamaciones y vivas acompañados de sonoras dianas. Los soldados prisioneros son incorporados á las filas republicanas, se dictaron las

---

(1) Á medida que se consumían los recursos de los sitiados y disminuían sus fuerzas, los republicanos aumentaban las suyas con secciones que sin cesar se les incorporaban, y su material de guerra crecía con los proyectiles elaborados en la fundición de Panzacola, á inmediaciones de Puebla.

Con fecha 24 del mismo Marzo, informaba el gefe de la plaza asediada, diciendo que aunque el enemigo había sido rechazado en sus repetidas tentativas de penetrar la línea de defensa, se había perdido el punto avanzado de la Merced y progresaban las horadaciones estrechando el círculo de ataque y de defensa; ya preveía el general Noriega que al completar la circunvalación quedarían aisladas las fortalezas si ocupaban los sitiadores la plazuela de San José, movimiento que no podría contrariar sino muy débilmente, pues la guarnición de la plaza disminuía, ya por las pérdidas en el combate ya por la deserción que era inevitable atendiendo á la carencia de recursos pues no pudo negociar una letra por diez mil pesos girados contra Veracruz, y por la escasez de gefes y oficiales y el desaliento que originaban los esfuerzos y las esperanzas de los sitiadores, cuyos fuegos llevaban ya diez y seis dias en muy desventajosas circunstancias para los sitiados, siendo una de ellas la absoluta falta de dinero y de tropas regulares, puesto que las concentradas de los alrededores y otras irregulares no prestaban garantías. Ya habían sido heridos dos oficiales, muerto el gefe de uno de los dos únicos batallones de la guarnición, y se hacía apremiante cualquier recurso de defensa, poque el día 21 ya avisaba el general Noriega al Ministerio, que las municiones le alcanzarían á lo más para seis días, y que en adelante sería urgentísimo el violento refuerzo prometido.

correspondientes disposiciones para la seguridad y para arbitrar recursos, y fueron fusilados algunos de los vencidos.(1) El cerro de Loreto sostuvo los disparos de cañon que tan solo destrozaban algunas casas de la ciudad, y al siguiente día se rindió.

Poco después salieron de Puebla las fuerzas ya aumentadas y animadas con el triunfo obtenido, yendo al encuentro del general Márquez y quedó la plaza al mando del general Don Diego Alvarez. Las sigue el general Porfirio Díaz el 5, es decir tres días después del asalto y alcanzan á las tropas de Márquez en la hacienda de San Diego Notario.

[1] *Orden General del Cuerpo de Ejército de Oriente del 2 al 3 de Abril de 1867, en Puebta de Zaragoza.*

General de día para hoy C. General Ignacio R. Alatorre. Jefes de día C C. Tenientes Coroneles Guillermo Carbó é Ireneo Reyes.

....

Se recomienda á los C C. Generales Jefes de las Divisiones, que tomen cuanas providencias sean necesarias para que el armamento, municiones, herramienta de zapa y cualesquiera útiles de guerra de los tomados al enemigo, sean enviados al parque general situado en el edificio de Santa Clara; así mismo se les recomienda sean remitidas al propio edificio las herramientas que tenía distribuidas al Ejército para los trabajos sobre la plaza y los sacos para tierra que sea posible recojer.

El General en Jefe del Cuerpo de Ejército, manifiesta á los C C. Generales, Jefes, Oficiales y tropa que lo componen, que está altamente satisfecho por el brillante comportamiento que han tenido en la jornada memorable de este día; su denuedo, bizarría y cumplimiento exacto de las órdenes que les fueron dadas, produjeron un resultado el primero en nuestros fastos militares, cual es el de que esta ciudad, por varias causas fuerte, hubiera sido tomada por asalto. Conducta tan noble y valerosa será puesta en conocimiento del Supremo Gobierno, á cuyo nombre da el mismo C. General en Jefe las gracias á este cuerpo de Ejército. —El Cuartel Maestre.—*General Andrade.—R. España.*

"Ejército Republicano.—Línea de Oriente.—General en Jefe.—Confecha de ayer dije al C. Ministro de Guerra y Marina lo que sigue:

Acabamos de tomar por asalto la plaza, el Carmen y demás puntos fortificados que el enemigo tenía en esta ciudad, quitándole un numeroso tren de artillería y un depósito abundante de parque.

"Don Febronio Quijano, Don Mariano Trujeque y otros veinte Jefes y oficiales traidores fueron hechos prisioneros y ejecutados conforme á la ley.

"Una parte de la guarnición enemiga se ha refugiado en los cerros de Guadalupe y Loreto, en espera del auxilio que trae D. Leonardo Márquez, y este, según los informes de mis exploradores pernoctó ayer en San Nicolás, con una División de tres á cuatro mil hombres y diez y ocho piezas de artillería.

"Aun no puedo decir á vd. las operaciones que me propongo ejecutar; pero sí me creo en aptitud de asegurarle, que los cerros sucumbirán y Márquez será batido, si no regresa luego que sepa el revés que sufrieron sus cómplices.

"En uno y otro caso, muy pronto estaré sobre el Valle para acudir en auxilio del Ejército del Norte ó emprender sobre México, según mejor convenga.

"Sírvase vd. poner lo dispuesto en el superior conocimiento del ciudadano Presidente de la República, dándole de nuevo las seguridades de mi respeto.

"Y lo trascribo á vd, para su conocimiento, reiterándole mi distinguido aprecio.

"Independencia y Reforma, Zaragoza, Abril 3 de 1867.—*Porfirio Díaz.*—Ciudadano Gobernador del Estado de Oaxaca."

Al ser tomada la plaza fueron fusilados los coroneles D. Febronio Quijano y D. Mariano Trujeque con otros veinte oficiales hechos prisioneros.(1)

Rendidos el día 4, sin condición alguna los fuertes de Loreto y Guadalupe quedó el general Porfirio Díaz en aptitud de marcha, sobre las fuerzas del general Márquez que estaban á quince leguas de la plaza. (2)

En Apetatitlan habilitó el general Díaz para el comercio de altura el puerto de Alvarado, durante el tiempo que permaneciera cerrado el de Veracruz, y ya en Guadalupe Hidalgo, prohibió el día 19 del mismo Abril, toda comunicación con la ciudad de México y la introducción á ella de víveres y pasturas, debiendo aplicar á los infractores las penas señaladas en la ley de 12 de Abril de 1862.

---

[1] El ministro de la guerra general Portilla, en carta fechada el 6 de Marzo, conjuraba al general Noriega para que hiciese enérgica resistencia; le decía que los disidentes se ostentaban poseedores de más fuerzas que las que realmente tenían, y que trataban de alarmar á los habitante pacíficos con noticias falsas; pero que siendo la guarnición más que suficiente para repeler á un enemigo mucho más numeroso y provisto de los elementos de que los disidentes carecían, el gobierno tenía seguridad en que serían rechazados y que era lógico deducir que si en 1856 fué defendida la plaza más de un mes por mil quinientos hombres contra quince mil, bien provistos los sitiadores de toda clase de elementos de guerra, y escasos los defensores, la resistencia ahora tenía que ser fácil y segura, con particularidad contando como se contaba con el buen sentido de la mayoría de la población y el entusiasmo de las tropas; situación que el general Noriega y sus subordinados debían esforzarse en sostener, con la seguridad de que con el tiempo serían auxiliados, y escarmentado el enemigo cuya existencia en los alrededores de Puebla solamente duraría mientras ciertas operaciones terminaban. Le decía que el Emperador continuaba en Querétaro hasta el día 2 aumentando el entusiasmo y el efectivo del ejército, y que estaba próxima una gran batalla, si los disidentes no la esquivaban, cuyo éxito no podía ser dudoso.

(2) No se comprende qué plan concibió el general Márquez desde que supo la ocupación de Puebla por los republicanos; debió haber considerado que dueño de Puebla el general Díaz, sería reforzado con los mismos soldados que habían defendido la plaza; el hecho fué que el día 6 dejaba la columna expedicionaria imperialista, la hacienda de San Diego donde había pasado la noche y que apenas salía de allí la retaguardia, cerca de las seis de la mañana, cuando aparecieron los republicanos sobre una altura cercana á ese lugar, y poco después diez mil ginetes y tres mil infantes avanzaron en columna cerrada por el camino que los imperiales habían seguido la víspera; desplegáronse sobre la llanura y la infantería se apoyó en el bosque que cubre las alturas, quedando la hacienda de San Diego entre los dos ejércitos y ocupada aún por infantería imperialista al aparecer los republicanos. Las fuerzas de Márquez colocan su artillería sobre una altura, la caballería se extiende formando abanico ocupando el centro Quiroga y sus presidiales, la izquierda la gendarmería franco-mexicana y la derecha los húsares rojos de Kevenhüller. Una batería servida por franceses rompe el fuego. antes que los tiradores estuvieran fuera del tiro de sus cañones: minutos después se oye el estruendo de los diez y ocho cañones que forman las baterías rayadas; la caballería de Quiroga se precipita sobre los republicanos, al mismo tiempo que los húsares y gendarmes. Después de tres horas de combate, parece que triunfan los imperialistas, y la infantería de Hammerstein va á desalojar á los republicanos que ocupan el bosque; sin embargo los imperialistas se ven forzados á efectuar la retirada.

En vista de tan palpitantes acontecimientos urgía que Márquez tomara una resolución definitiva; ¿pero cual podría ser? ¿se daría una batalla campal en la que se arriesgase la suerte de la capital, ó se haría una retirada violenta para encerrarse detrás de los atrincheramientos que defendían esa ciudad? Márquez tomó este último partido y comenzó el movimiento de retirada el día siete.

El general Díaz, que estaba en Puebla organizando sus tropas, (1) dispuso que el coronel Lalanne detuviese á los imperialistas atacándolos de frente, con la mira de dar tiempo á que llegara el grueso de las tropas vencedoras en Puebla y que la atacaran por retaguardia. Lalanne no contaba más que con mil quinientos hombres para cumplir la misión que se le encargaba; su corta fuerza fué rechazada y á las dos de la tarde llegaba Márquez á la hacienda de San Lorenzo situada en la extremidad de una llanura y en el punto donde convergen dos caminos, uno para San Cristobal Ecatepec y el otro para Texcoco, abierto éste al través de un terreno muy accidentado. En aquella hacienda tomó posiciones el general imperialista. (2)

---

(1) Con motivo de la toma de Puebla el 2 de Abril, dirigió el general Porfirio Díaz una proclama á sus subordinados el día 5, enorgulleciéndose de mandar un ejército tan valiente y aguerrido que había inscrito el 2 de Abril de 1867 en el calendario de las glorias nacionales; les recordaba los hechos consumados en Miahuatlan y la Carbonera, Jalapa y Oaxaca, por patriotas que aunque desnudos y hambrientos, habían dejado tras de sí un rastro de gloria; pero las hazañas de Puebla habían ido más allá de sus esperanzas, pues que esa plaza denominada invicta y que los primeros soldados del mundo no pudieron tomar por asalto, había cedido á un solo empuje de los soldados del ejército de Oriente, quedando por trofeo la guarnición toda y su inmenso material de guerra. La lucha no podía prolongarse y las instituciones republicanas quedaban ya aseguradas.

(2) El 27 de Marzo, contestando á la petición de violento auxilio que hacía el general Noriega, le decía el general Leonardo Márquez que personalmente saldría con una columna de ocho mil hombres de las tres armas para escarmentar al enemigo; pero entretanto esperaba que la plaza se sostendría á todo trance hasta que él llegara. Recomendaba Márquez que le fueran dadas las gracias á la bizarra guarnición de Puebla por su comportamiento, en nombre del Emperador, y que así se le hiciese saber. Esta comunicación se insertó en la orden del día y se publicó por la prensa, veinticuatro horas antes del asalto dado por el ejército de Oriente..

En otro oficio fechado el 16 de Marzo se le dijo al general Noriega, que el gobierno veía con satisfacción que él y sus subordinados estuviesen resueltos á defender á Puebla á todo trance, según se le tenía ordenado; prevención que se le reiteraba, añadiendo que "*el gobierno no pasa por arreglo de ninguna especie que produzca la pérdida de Puebla, y si alguno se hace, desde el general en gefe hasta el último oficial serán fusilados*" Le mandaba el ministro que, en caso de enfermedad ú otra causa que le impidiese seguir al frente de las tropas, entregase el mando interinamente al general Febronio Quijano. En todas sus comunicaciones, el ministro Portilla ofreció que pronto sería auxiliada Puebla, con fuerzas que persiguirían á las que la sitiaban.

Habiendo atribuido algunas personas, entre ellas el escritor Salm Salm, la caída de Puebla á intrigas políticas acusaron de traición al general Noriega, por haber entregado la plaza. Con tal motivo este gefe escribió y publicó su vindicación.

Después del combate de San Diego, estaba resuelto Márquez á emprender activamente la retirada por el mismo camino que siguió para avanzar hácia Puebla. El siguiente día fueron enviados á un reconocimiento los húsares rojos y regresaron con los trajes y arneses de montar cubiertos de sangre, y cuando al pasar delante de Márquez gritaban ¡Viva el Emperador! levantaban los sables enrojecidos hasta la empuñadura.

A pesar de esto, por la tarde fueron apercibidos los republicanos en el horizonte, y se hizo preciso dispararles algún tiro de cañon para detenerlos á la distancia. El día 8 á las diez de la mañana, se había hecho ya cerca de la mitad del camino entre Puebla y México; hallábase la columna imperialista en San Nicolás, en el punto de encuentro de los caminos que conducen á México, Apam y Calpulalpam, parte la más plana y menos montañosa del camino, en situación excelente para atacar. Desde lo alto de una meseta percibieron los imperiales doce mil republicanos avanzando en columnas cerradas, y por las hondonadas de

---

Dijo que en los momentos en que recibía el mando de la ciudad de manos de su antecesor el general Calderón, las circunstancias de aquella plaza eran muy malas, había escasez de hombres y de dinero, á causa de estar ya en poder de los republicanos todas las poblaciones que rodean á Puebla, y que era ya espantosa la situación que se venía encima por la conducta que observaron los franceses en los momentos de abandonar el territorio mexicano. Entonces el general Noriega hizo todos los esfuerzos posibles para reunir un contingente considerable de hombres y material de guerra.

El licenciamento de los austriacos llevó consigo la venta de sus armas, municiones y equipo que tenían almacenados, y la pérdida de Tlaxcala abandonada por ellos repentinamente, con municiones y artillería de campaña. Además agobiaron á Puebla otra porción de calamidades, provenidas de los inmerecidos ascensos que obtuvieron los austriacos que quisieron permanecer al servicio del Imperio. Los franceses habían impedido que la ciudad siguiera fortificándose, y que quedara en estado de defensa al marcharse para Veracruz, y negaron consideraciones á los pocos extranjeros útiles que se habían compremetido á sostener el Imperio que á gran prisa se iba desmoronando.

La guarnición de Puebla había sido desmembrada al quitarle Don Leonardo Márquez antes de marchar á Querétaro, el batallon núm. 15 mandado por el coronel Juan C. Orornoz; también había dispuesto que salieran dos baterías y todos los artilleros existentes en la plaza que quedó guarnecida solamante por trescientos hombres de la guardia civil, tomados poco antes de leva y que no tenían instrucción alguna. Noriega llamó á las fuerzas rurales de Atlixco, Matamoros, Chalchicomula, Tepeaca y otros puntos para que fuesen á cooperar á la defensa de Puebla, llegando muy diezmados por la deserción que experimentaron yéndose los soldados con armas y municiones; se logró con tales esfuerzos, reunir dentro de la plaza dos mil infantes y quinientos dragones, sin contar con artillería; en esa fuerza se incluía el batallon 16 º formado casi la víspera por medio de la leva, poco antes del 6 de Marzo, (1867) día en que se presentaron los republicanos por Amozoc, Cholula y Huamantla comenzando al siguiente día las hostilidades con salidas hechas por los de la plaza, sobre la garita de Amozoc y pueblo de Cholula, en tanto que por Huamantla avanzaba el general don Ignacio Alatorre y por el rumbo de Acatlan seguía su marcha el general Porfirio Díaz.

la izquierda se desplegaron considerables grupos de caballería. Los dos ejércitos quedaban separados por un valle de suaves pendientes. Márquez formó su columna en batalla con la artillería en el centro y disparó sobre el grueso de la caballería enemiga. Los gendarmes descienden la pendiente y ascienden la del otro lado del valle, para atacar al enemigo; pero lo encuentran formado en columnas de mucha profundidad, en las que las diez y ocho piezas de la artillería imperial abren grandes claros; los republicanos se precipitan á la llanura y se apoyan en la hacienda de San Lorenzo, los ataca toda la fuerza imperial, los desaloja y pasa allí la noche, disponiendo el general Márquez la formación de una trinchera circular de tierra defendida por la artillería.

Cansada la fuerza imperialista con los tres días de combate, ya se creía desembarazada de un enemigo tan tenaz; pero al día siguiente lo vió aparecer en mayor número. Aun estaban á veintidos leguas de México los que se retiraban.

La batalla comenzó ahora por los tiradores republicanos, que en considerable número se aproximaron poco á poco, rodeando la fuerza imperialista. Al medio día avisó á Márquez el comandante Chenet, que el enemigo volteaba por la derecha para apoderarse de una importante posición; el general en gefe contestó que vá á dar sus órdenes; una hora después se le hace saber que el enemigo se acerca al punto que era su objetivo y la misma respuesta obtiene el oficial que conduce la noticia. A las tres los republicanos ocupan la posición que deseaban y ametrallan á la contraguerrilla francesa, cuyos artilleros perecen todos excepto el comandante y un oficial.

Se sostuvieron los imperialistas hasta la llegada de la noche; pero Márquez comprende que la posición es insostenible. A las dos de la madrugada emprende la retirada, después de destruir la pólvora en el jagüey de la hacienda; deja los heridos y para desorientar á sus enemigos comienza la marcha en un sentido opuesto al que se iba á seguir; después se lanza por senderos de travesía, apesar de la murmuración de los europeos que se indignaban de que huyese un ejército que había batido al enemigo cuatro veces en tres días. El general Márquez está bien informado; el número de sus enemigos aumenta á cada instante y nota que las defecciones crecen de manera alarmante, habiendo tirado sus armas el 15 º batallon, conducta que vendría á ser contagiosa y no quedaba más que buscar la salvación en la presteza de la retirada.

La situación de las fuerzas de Márquez desde San Lorenzo se había hecho por momentos insostenible; cercadas por los republicanos é impotentes para repeler la agresión, ya por falta de fuerza numérica, ya por las buenas posiciones que estos ocupaban; además, la falta de víveres obligaría á los imperiales á sucumbir diezmados por los proyectiles que recibían de todo su alrededor. En consecuencia, no quedó otro recurso que la retirada y para desorientar á sus perseguidores se tomó en apariencia una ruta para seguir la otra que conduce de Texcoco á México; con este designio envió Márquez al coronel Wickemburg



Lic. D. Jesús M. Vázquez.

Fué uno de los defensores de Maximiliano. Se opuso á que se le juzgara por la ley de 25 de Enero de 1862, calificada de anticonstitucional, y protestó contra los procedimientos de la Corte Marcial que consideró á Maximiliano reo militar aprehendido con las armas en la mano y á la cabeza de un ejército. Insistió el defensor Vázquez en declinar la jurisdicción del Consejo de Guerra; deseaba llevar el proceso a otro tribunal y dar tiempo á que algún incidente contribuyera á la salvación del Archiduque. Sus argumentos contra la jurisdicción del tribunal militar, se basaron en disposiciones y doctrinas concernientes al fuero común, consideradas por los jueces militares inaplicables al caso de que se trataba; en consecuencia, los esfuerzos del defensor resultaron inútiles.

la izquierda se desplegaron considerables grupos de caballería. Los dos ejércitos quedaban separados por un valle de suaves pendientes. Márquez formó su columna en batalla con la artillería en el centro y disparó sobre el grueso de la caballería enemiga. Los gendarmes descienden la pendiente y ascienden la del otro lado del valle, para atacar al enemigo; pero lo encuentran formado en columnas de mucha profundidad, en las que las diez y ocho piezas de la artillería imperial abren grandes claros; los republicanos se precipitan á la llanura y se apoyan en la hacienda de San Lorenzo, los ataca toda la fuerza imperial, los desaloja y pasa allí la noche, disponiendo el general Márquez la formación de una trinchera circular de tierra defendida por la artillería.

Cansada la fuerza imperialista con los tres días de combate, ya se creía desembarazada de un enemigo tan tenaz; pero al día siguiente lo vió aparecer en mayor número. Aun estaban á veintidos leguas de México los que se retiraban.

La batalla comenzó ahora por los tiradores republicanos, que en considerable número se aproximaron poco á poco, rodeando la fuerza imperialista. Al medio día avisó á Márquez el comandante Chenet, que el enemigo volteaba por la derecha para apoderarse de una importante posición; el general en gefe contestó que vá á dar sus órdenes; una hora después se le hace saber que el enemigo se acerca al punto que era su objetivo y la misma respuesta obtiene el oficial que conduce la noticia. A las tres los republicanos ocupan la posición que deseaban y ametrallan á la contraguerrilla francesa, cuyos artilleros perecen todos excepto el comandante y un oficial.

Se sostuvieron los imperialistas hasta la llegada de la noche; pero Márquez comprende que la posición es insostenible. A las dos de la madrugada emprende la retirada, después de destruir la pólvora en el jagüey de la hacienda; deja los heridos y para desorientar á sus enemigos comienza la marcha en un sentido opuesto al que se iba á seguir; después se lanza por senderos de travesía, apesar de la murmuración de los europeos que se indignaban de que huyese un ejército que había batido al enemigo cuatro veces en tres días. El general Márquez está bien informado; el número de sus enemigos aumenta á cada instante y nota que las defecciones crecen de manera alarmante, habiendo tirado sus armas el 15.º batallon, conducta que vendría á ser contagiosa y no quedaba más que buscar la salvación en la presteza de la retirada.

La situación de las fuerzas de Márquez desde San Lorenzo se había hecho por momentos insostenible; cercadas por los republicanos é impotentes para repeler la agresión, ya por falta de fuerza numérica, ya por las buenas posiciones que estos ocupaban; además, la falta de víveres obligaría á los imperiales á sucumbir diezmados por los proyectiles que recibían de todo su alrededor. En consecuencia, no quedó otro recurso que la retirada y para desorientar á sus perseguidores se tomó en apariencia una ruta para seguir la otra que conduce de Texcoco á México; con este designio envió Márquez al coronel Wickemburg



Lic. D. Jesús M. Vázquez.

Fué uno de los defensores de Maximiliano. Se opuso á que se le juzgara por la ley de 25 de Enero de 1862, calificada de anticonstitucional, y protestó contra los procedimientos de la Corte Marcial que consideró á Maximiliano reo militar aprehendido con las armas en la mano y á la cabeza de un ejército. Insistió el defensor Vázquez en declinar la jurisdicción del Consejo de Guerra; deseaba llevar el proceso a otro tribunal y dar tiempo á que algún incidente contribuyera á la salvación del Archiduque. Sus argumentos contra la jurisdicción del tribunal militar, se basaron en disposiciones y doctrinas concernientes al fuero común, consideradas por los jueces militares inaplicables al caso de que se trataba; en consecuencia, los esfuerzos del defensor resultaron inútiles.

con una compañía de húsares que habrían de ejecutar un reconocimiento del camino que se podría de seguir, yendo el resto del regimiento á corta distancia de dicha compañía. Encontraron la vía obstruida por la falta del puente sobre una barranca, del cual solamente quedaban tres vigas que probablemente no se tuvo tiempo de quitar. A pesar de esta dificultad avanzó el coronel Wickemburg con su compañía, no pudiendo seguir adelante por haber sido recibido en la orilla opuesta con nutrido fuego que les obligó á descender al fondo de la barranca, en la mayor confusión, logrando ascender una parte de la compañía con el Coronel y el capitán Kelmer, la pendiente opuesta y abriéndose paso entre el enemigo tomaron el camino de Texcoco.

Al ver lo ocurrido con esa compañia de vanguardia, retrocedió el teniente coronel Kevenhüller á la hacienda de San Lorenzo, dió parte á Márquez respecto á lo que acababa de acontecer, sin conseguir que este general cambiara en manera alguna su resolución de retirarse y tomar el camino Calpulalpam á las cuatro de la mañana del día 10, habiendo dispuesto, para engañar al enemigo, que los carros que conducían las municiones siguieran el camino de Otumba, en tanto que él se dirigía con sus tropas hacia Calpulalpam, á donde llegó la División cerca de las seis de esa mañana, sin que pareciera que los republicanos habían descubierto el movimiento que se ejecutaba.

Cerca de Calpulalpam corta el camino la estrecha y profunda barranca que se salvaba por un puente que estaba casi destruido, al grado de no poder trasladar la artillería de campaña sin hacer préviamente las reparaciones indispensables, labor que requería tiempo de que no se podía disponer. Ademas, el terreno que se debía seguir una vez franqueada la barranca, no era propio para conducir la artillería que al fin habría que abandonar poco después; en tal virtud dispuso Márquez que fuese arrojada á la profundidad toda la artillería.

Estaban en esta operación, cuando se presentaron los republicanos á retaguardia de la División imperial, que tan solo en parte había pasado la barranca. La confusión y el desorden fueron terribles, aumentados con la explosión de algunos proyectiles huecos de los que se arrojaban á la profundidad, explosión que comunicada á las municiones de los cofres, espantó los caballos que al retroceder atropellaban á la infantería. Esta confusión hizo más peligrosa y comprometida la posición de las tropas imperiales, sobre las que se lanzaron los republicanos por distintas direcciones; crecían las dificultades para resistirlos y ponerse en actitud de defensa, fueron sacrificados los batallones de Ixmiquilpan y Tlalpam que habían quedado á retaguardia y cortados por la caballería; por fin la División imperialista logró verse al otro lado de la barranca y continuó su marcha hasta un pueblecillo cercano á Texcoco, combatiendo á cada paso con las fuerzas enemigas. Desde allí vió el general Márquez las fuerzas de caballería que sacara del campamento frente á Querétaro el general Guadarrama, situadas cerca del pueblo de Tepetlaxtoc y que iban á unirse con las tropas del general Díaz.

Los republicanos no permanecieron largo tiempo en el engaño que preten-

dió hacerles Márquez; avisados del camino que este seguía estaban desde las cinco de la mañana nuevamente sobre los imperiales y batían la retaguardia de ellos cubierta por los gendarmes franco-mexicanos; al llegar á la ancha barranca que lleva el nombre de San Cristobal, encontraron cortado el puente. Aunque se aseguró á los imperiales que la reposición tardaría solamente un cuarto de hora, se opuso á ella Márquez y son destruidos los, cañones las municiones y pasan los hombres sobre unas vigas.

Preséntanse en esos momentos los republicanos en columna cerrada; y encuentran defendida la retaguardia de los que se retiraban por los voluntarios de México en reemplazo de la gendarmería imperial; los republicanos ponen fuera de combate á quinientos de los primeros, toman tres piezas rayadas de á doce, antes de que se pudiera también destruirlas, según se hizo con las demás. Los imperiales no cortan la comunicación para no perder tiempo; continúan su rápida retirada yendo á retaguardia el batallon austriaco Hammerstein; que contaba con excelentes tiradores; pero los republicanos aumentan por instantes y ese batallon pierde la mitad de su efectivo, esto es trescientos cincuenta hombres.

Mientras la retaguardia pelea de esta manera, el general Márquez que iba adelante, ve que por su derecha avanza una formidable columna de caballería, á la que pretende hacerle frente la contraguerrilla francesa y le ordena al gefe que no se detenga, sino que continue la marcha quedando la artillería abandonada pues todos los que la servían habían sido matados. En esos momentos se sabe en la vanguardia que Márquez escoltado por doscientos de caballería, se ha salvado dejando á los que combatían y que tomó el camino de México, seguido por el general segundo en gefe, los oficiales del Estado Mayor, el 5 º regimiento de caballería y algunos pelotones de otros cuerpos. Tan inesperada conducta de Márquez comprometió aun más la crítica situación de las tropas imperiales, abandonadas por su primer gefe en los momentos de mayor desconcierto y cuando seguramente iban á ser atacadas de nuevo por fuerzas de refresco; pero el coronel D. Luis Arrieta, encargado del Estado mayor, se esforzó unido á los gefes austriacos, en la pronta reorganización de las fatigadas falanges imperiales y en tener á raya á las caballerías de Guadarrama. Previene Arrieta al coronel Kodolich, que se ponga de nuevo á la cabeza de su brigada, y ordena al teniente coronel Treviño, que con el 2 º regimiento de la frontera siguiese cubriendo la retaguardia de la columna que continuó su retirada para Texcoco.

Cuando fué notada la ausencia del general Márquez, tomó el mando el coronel Kodolich y continuó la lucha en condiciones fatales para los imperialistas; estaban cortados, por la vanguardia los atacaban dos mil ginetes y por los flancos diez y seis mil combatientes; la retaguardia se batía desde las cinco de la mañana; á las nueve se encuentra amenazada por ocho escuadrones que se adelantan contra el flanco derecho y avanzan sobre los húsares. Detrás de estos coloca dos cañones el comandante Chenet y al avanzar los republicanos se abre

la columna de los imperiales y rompe el fuego la batería; se oye un hurra entre los húsares que se precipitan sobre los republicanos haciéndolos retroceder pero aquellas piezas de artillería quedan sin sosten, y los republicanos que aparecen por todas partes toman una de ellas y la utilizan para batir á los húsares.

Se pasa el día en combates semejantes, avanzando siempre los imperiales rumbo á México, y van dejando en cada valle, en cada hondonada y en cada altura, algunos de sus hombres. A las siete de la noche se nota un cambio de estrategia en las fuerzas republicanas, no se lanzan ya en grandes masas, se concentran en los desfiladeros y en los sitios donde la travesía es peligrosa, y van cercando constantemente á los imperiales que sienten agotarse sus fuerzas, después de tres días de no haber tomado sino escasísimos alimentos.

Legua y media más allá de Texcoco, hizo alto por corto tiempo la columna imperialista medio ordenada, y siguió sin dificultad su marcha hasta el pueblo de Culhuacán al que llegaron próximamente á las nueve de la noche. La columna se detuvo tres horas después en el pueblo de la Magdalena, con objeto de que las fatigadas tropas se proporcionaran algún alimento; pero no encontrando ningunos víveres, emprendieron su marcha de nuevo, dejando un obus de montaña que, caído en una zanja, no se pudo perder el tiempo en sacarlo.

Precisamente en los angustiosos momentos para las tropas que se defendían en retirada, llegaba á México el general Márquez acompañado del general Andrade y de algunos europeos. Al siguiente día 11, cuando ya se había esparcido la noticia de que habían sido derrotadas las tropas que sacó de México el Lugarteniente, se presentaban en esa ciudad, á las siete de la mañana, los restos de la reducida columna cansados, empolvados, con muchos heridos y con la ropa hecha pedazos. Habían combatido cinco días salvando veinte leguas en veintisiete horas, sin gefe las últimas catorce, constantemente rodeados por fuerzas cinco veces superiores. Las mayores congojas para los que se retiraban, acaecieron en la noche del 10 al 11, pues tuvieron que combatir con las emboscadas, salvar las trincheras y los obstáculos que sus enemigos habían colocado en los caminos que conducen á la capital, estando impracticable la parte de terreno entre los lagos de San Cristobal y Texcoco, dificultad de que fueron informados al llegar por la noche á esta última población; necesitaron entonces proseguir su marcha, á veces dentro del lago para tomar el camino de México á Veracruz, vía que hallaron inundada tambien en varios tramos, en la que estaba apostado un cuerpo de republicanos; los imperialistas se encontraron obligados á dar un rodeo para llegar á los Reyes, y continuaron hasta Ayotla al noreste del lago de Chalco.

Se encontraron nuevamente con los republicanos entre Ayotla y México; entonces retroceden los imperialistas, pasan por las posiciones que los republicanos acababan de abandonar, atraviesan el camino inundado y al fin pueden llegar á México, con pérdida de la tercera parte de su efectivo; pero la contraguerrilla aun conducía sus tres piezas de montaña.

En Santa Marta dispuso el coronel Arrieta, que la columna siguiera el camino del Peñón Viejo, y llegaban á las ocho de la mañana del día 12 frente á la capital; se pidió al gefe de la plaza que mandara establecer un puente provisional frente á la garita de San Lázaro para facilitar la entrada de tan fatigadas tropas. Los habitantes de la capital vieron con asombro, desfilar por la plaza mayor aquellos mil seiscientos hombres de las tres armas, cuando se creía, al llegar Márquez prófugo, que únicamente se había salvado una parte muy reducida de la caballería. La expedición que Márquez había intentado conducir sobre Puebla y que determinó de inevitable manera la inmediata caída de Querétaro, costó desde luego mil doscientos hombres, trece piezas de artillería y porción considerable de municiones.

La derrota de las fuerzas que llevaba sobre Puebla el general Márquez se verificó el 10 de Abril, aniversario de la aceptación del trono por Maximiliano en 1864,

El general Diaz siguió su marcha sobre la capital, con intención de fijar en Tacubaya su cuartel general; pero llamada por el general Escobedo la División de caballería que mandaba Guadarrama, cambió de plan y se estableció en la Villa de Guadalupe, donde recibió algunas proposiciones del Padre Fischer que fueron rechazadas, allí también solicitó la Princesa de Salm--Salm, un pasaporte para ir á Querétaro, [sin que le fuese concedido; alegaba que su objeto era pedir á Maximiliano que se rindiera y no se tenía confianza en que diesen resultado sus diligencias, de las que por otra parte, no había necesidad estando seguros los republicanos de que la caída de la plaza sitiada era asunto ya de muy poco tiempo.

El golpe recibido por el general Márquez en su retirada desde Huamantla, oscureció singularmente los horizontes del Imperio que tan despejados supusieron sus partidarios por algunos días. Siniestros rumores corrían por la capital, se esperaba ver allí al ejército republicano antes de que se hubiesen hecho preparativos para la defensa; el desaliento invadía á los partidarios del Imperio, á medida que se alentaban los republicanos Era necesario obedecer y confiar en el general Márquez, Lugarteniente del Imperio, y aunque parecía invisible, todavía esperaban mucho de él por la fama de valiente y entendido militar en que generalmente se le tenía.

Desde que regresó de la derrota en la expedición á Puebla, la conducta de Márquez fué un enigma; pero siendo indispensable obrar con actividad, se prescindió de él.

Los ministros se reunían sin poderse entender; algunos trataron de abandonar la capital, y Vidaurri se retiró disgustado. Para contrariar los rumores procedentes de estos hechos publicó una proclama el general Tabera.

Vuelto en sí Márquez del estupor que le causaron los últimos sucesos, dic-

tó algunas disposiciones; resuelto absolutamente á defenderse dentro de la ciudad, mandó evacuar el día 13 las posiciones dominantes de Guadalupe y Chapultepec, adquiriendo así los republicanos excelentes puntos de apoyo para la línea de circunvalación con que iban á oprimir á México.

El día 14 de Abril estableció el general Porfirio Díaz su cuartel general en la Villa de Guadalupe, después de haber empleado cinco días en perseguir las fuerzas imperialistas que sufrieron tantas pérdidas y estaban desmoralizadas por la derrota. En la Villa se ocupó activamente en todo lo relativo al asedio y ataque de la capital, sirviéndose del camino de fierro para conducir el material de guerra reunido en Puebla, seguro de que la resistencia que harían las fuerzas europeas ofrecería grandes dificultades que vencer; era evidente que el tomar á México decuplicaría la importancia que el general Díaz había ya adquirido como entendido militar. Mandó emisarios para sondear el parecer de los coroneles austriacos, ofreciendo á las tropas extranjeras todas las ventajas posibles, y compatibles con las facultades de que estaba revestido; pero no obtuvo respuesta. Entonces los víveres comenzaban á faltar en el interior de la plaza, alimentándose los vecinos solamente con tortillas de maíz que poco después también faltaron, se carecía de forrajes, siendo preciso desde el 9 de Marzo proyectar salidas para conseguirlos.

En los días en que se ausentó de México el Lugarteniente Márquez, había quedado encargado de las funciones de ministro de Hacienda el general Vidaurri quien procuró desarrollar el plan formado por el ministro Campos, y realizar el uno por ciento que este impuso; pretendió también reglamentar la contribución respecto al tabaco, de la que se esperaban productos fabulosos. Del préstamo impuesto fueron gastados solamente sesenta mil pesos y entregados ciento cincuenta mil á una casa de comercio, para que los situara en Querétaro; cantidad que fué poco después recojida, á causa de la dificultad de hacer la situación. No obstante que dejó de emplearse esa parte del empréstito, se crearon nuevas contribuciones: una relativa á profesiones; otra sobre arrendamientos de fincas repartida entre inquilinos y propietarios, y se restableció la sección de bienes nacionalizados, en cuyo ramo se formó un verdadero caos. O' Horan continuó con el cargo de recaudar los fondos, sosteniéndole el general Márquez; esto motivó que Vidaurri se disgustara más tarde con el Lugarteniente de un modo tan serio, que no volvió al Ministerio, aun después que se reconciliaron.

Desde que el general Vidaurri, ministro de Hacienda y Presidente del Consejo de ministros, se hizo cargo de este puesto, comenzaron sus conflictos según se vé en el acta del Consejo de ministros verificado el 3 de Abril de 1867.(1)

---

(1) Reuniéronse bajo la presidencia del Ministro Vidaurri, Don José María Lacunza, Don Tomás Murphi, D. José M. Iribarran, el general D. Nicolás de la Portilla, D. Carlos Sanchez Navarro, que era Ministro de la Casa Imperial, y el Subsecretario de Justicia D. Pedro Sánchez Castro, concurriendo también el Director de la sección de bienes nacionalizados.

Manifestó Vidaurri, que tenía orden del Emperador para hacer efectiva la ley relativa al

A la verdad, no eran aquellos los momentos propios para proyectar leyes y ocuparse en revisiones de bienes nacionalizados; pero Vidaurri no esperó dictámenes é impuso un préstamo forzoso para atender á las necesidades más urgentes, socorrer á las tropas que marcharon para Puebla y reunir los 150,000 pesos destinados para auxiliar á Querétaro, cantidad que al fin quedó para el pago de la guarnición de México durante el sitio. No pudiendo adquirir ni los recursos más indispensables, se retiró Vidaurri del ministerio, presentando su renuncia ante el Lugarteniente del Imperio D. Leonardo Márquez el 23 de Abril, esto es cuando ya México contaba once días de sitio.

Mientras que el general Márquez se ocupaba en la expedición sobre Puebla, en la capital había continuado el enganche de extranjeros, llegando á alistarse ciento cincuenta voluntarios que reforzaron el contingente francés; aumentado el número se llegó á formar un escuadrón de caballería, un batallón de infantería y secciones de artillería é ingenieros.

Desde el día siguiente á la llegada de las fuerzas que escaparon del desastre de San Lorenzo, se reunieron en la casa del coronel Kodolich, este y los coroneles Kevenhüller, de los húsares rojos, Wickenburg y Hammerstein, los comandantes Chenet y Klickzing, de la gendarmería, y formaron el proceso moral del general Márquez; decidieron que era humillante servir á las órdenes de un general que abandonaba sus tropas al principio del combate; pero que teniendo necesidad de ellos el Emperador, conservarían sus puestos, bajo el compromiso de ponerse en los momentos de más peligro, á las órdenes del coronel Kodolich, y no entrar, en caso de que la ciudad se rindiera, en ninguna capitulación mexicana, sino que ellos tratarían por su cuenta; y en caso de que esto se les rehusara, se abrirían paso por medio de las armas hasta el mar. Por su parte el general Márquez, en vista de los plenos poderes que tenía, siguió titulándose Lugarteniente del Imperio y ejerciendo las funciones de su empleo.

Los soldados extranjeros que consiguieron salvarse en la derrota, al llegar á México se manifestaban desconfiados de Márquez y demás gefes mexicanos; pero los coroneles Kodolich, Bertrand, Wickenburg, Kevenhüller y Hammerstein, lo mismo que el resto de los oficiales, dieron á entender á sus tropas, que Márquez había hecho bien en regresar primero que ellos, para reparar prontamente las pérdidas; además, el Emperador había encargado á sus tropas europeas

---

impuesto del quince por ciento sobre el precio de las primitivas adjudicaciones y ventas de fincas. El Sr. Lacunza se opuso al cobro de tal impuesto, considerándolo injusto, obra de una ley retroactiva y que acabaría con la propiedad; propuso que se nombrara una comisión que reformase la ley relativa. Se leyó un proyecto del Sr. Jiménez en favor del cual se declaró Vidaurri. Se suspendió la discusión, quedando nombrado el Sr. Lacunza para que formulara una ley sobre la manera de continuar la revisión de los expedientes relativos á las operaciones de desamortización, debiendo presentar dictamen al tercero día. Se nombró también una comisión que presentaría un proyecto de ley sobre recursos y se acordó que de los fondos del desagüe fueran pagados el Consejo de Estado y los Ministerios excepto los de Hacienda y Guerra.

la defensa de la capital y era preciso defenderla para Maximiliano, sin atender á que tal ó cual jefe mexicano se hubiera mostrado valiente ó débil.

Este comportamiento de los jefes europeos, inspiró confianza entre los imperialistas; el general Tabera expidió una proclama, negando que se tuviera intención de abandonar la capital, según se propalaba.

Los coroneles austriacos quisieron que se reuniera un consejo de guerra para conocer los planes y recursos con que pudiera hacerse la defensa; pero Márquez se rehusó á convocar el consejo y dijo que tenía poder ilimitado del Emperador, que sólo él era responsable de la defensa de México que estaba seguro terminaría de una manera honrosa.

El ministro de la guerra, general Portilla, ante situación tan desastrosa, propuso á los Ministros sus colegas, que Márquez fuese sometido á un consejo de guerra; pero él mismo prescindió de apoyar su proposición por ser irrealizable, pues Márquez disponía de la fuerza armada que estaba en la capital. Vidaurri y Quiroga le exigieron que precipitara sus movimientos, para auxiliar á Querétaro con las pocas tropas que aun le quedaban; pero Márquez no accedió aunque llegaron á proponerle que irían ellos mismos con una sección de caballería, conduciendo cápsulas, plomo y algún dinero de que tanto necesitaban los sitiados, para lo cual Vidaurri entregó á Márquez ciento cincuenta mil pesos con objeto de que los remitiese en libranzas, y al fin se quedaron en la capital para emplearlos en gastos del ejército sitiado también en ella (2)

---

(2) El general Márquez fué sériamente criticado por la marcha que verificó sobre Puebla y aun se le culpaba de haber procedido constantemente, desde su salida de Querétaro, de una manera opuesta del todo á las instrucciones que recibió del Emperador.

Acerca de este asunto se publicó la comunicación oficial que dirigió á su gobierno el Barón de Lago, representante de Austria en México, fechada el 25 de Junio de 1867 y que decía lo siguiente: "Su Magestad el Emperador había señalado á mí y á mis colegas al General Márquez como el mayor traidor, porque después de su salida de Querétaro había obrado en un sentido enteramente opuesto á las instrucciones recibidas del Emperador; éste manifestó que el General Márquez no tenía autorización para dirigirse sobre Puebla, y que al contrario, recibió órdenes terminantes para regresar á Querétaro con la guarnición de México y el dinero que estaba depositado en esa capital, con el fin de presentar al principal ejército de los liberales una batalla decisiva, cuyo éxito no podía ser dudoso."

El General Márquez contestó á los cargos del Barón de Lago, en un Manifiesto publicado en New-York; dijo que el Barón entendió equivocadamente lo que Maximiliano le dijera; porque los hechos, las instrucciones, las cartas y la última resolución contradecían lo asentado por el citado Barón. Afirmó Don Leonardo Márquez que el Emperador Maximiliano le mandó á México, no para que recogiera la guarnición y la condujera á Querétaro, sino que, por lo contrario, para que revestido con el carácter de su Lugarteniente, cuidara de la Capital del Imperio, á fin de conservarla para contar con un centro de acción, en caso de que aconteciese en Querétaro un evento desgraciado. Para probar este aserto, afirmó que al partir del lado de Maximiliano, le había dado éste carta blanca para hacer en nombre del Emperador cuanto juzgare necesario á lograr ese fin; refiere Márquez también que se le ordenó que cambiara el Ministerio, y que le entregó los nuevos nombramientos y las cartas relativas al mismo asunto, así como un pliego cerrado que no debía abrir sino en caso de prisión

Por entonces, ya avanzado el sitio de México, sosteníase la moral de los sitiados con mentidos triunfos y ventajas supuestas del ejército imperial en Querétaro, á la vez que en esta ciudad se verificaba otro tanto respecto de la capital y de Puebla. Entregada la ciudad de México á la voluntad de los generales Márquez y O'Horán, sufrió torturas espantosas; ya tomaba la tropa el carbón del consumo público, utilizándolo en la elaboración de la pólvora; ya sacaba de los graneros el maíz para alimentar los ganados de tiro y silla pertenecientes al ejército. Para calmar á la clase proletaria, amotinada por consecuencia del hambre, la autoridad misma abre las casas de comercio, provoca y facilita el saqueo, cuotiza á los particulares para sostener la guarnición, recluye á muchos en la prisión de Santiago, con centinela de vista, acusándolos de conspiradores, y á los que se niegan á entregar las gruesas sumas impuestas, se les impide en la prisión comer y aun sentarse, ni dormir hasta que exhibieran el dinero; los cargadores y aguadores son obligados á ejecutar trabajos de zapa, á veces bajo la lluvia de proyectiles del enemigo, ó se les encierra en la ciudadela incorporándolos en los batallones.

En tales condiciones la situación de la capital, al comenzar el mes de Mayo, era de las más dolorosas; bloqueada por las tropas republicanas, presa del hambre y á punto de faltarle el agua que escasamente se tomaba de algunos pozos artesianos, subido el precio de los víveres á exhorbitante altura, agotados á la vez los recursos de la clase acomodada con préstamos forzosos, reportando el comercio extranjero y los capitalistas una contribución de diez mil pesos diarios, lo que motivó protestas de los ministros extranjeros y la ruptura de sus relaciones con el Lugarteniente del Imperio, no podía ser más desconsolador el estado que guar-

ó muerte del mismo Maximiliano, quien también le previno sacara recursos pecuniarios de la Capital por cuantos medios legales fuera posible y los remitiera á Querétaro, lo mismo que cápsulas y demás artículos de guerra, que pediría á medida que los fueran neccesitando. A la vez debía Márquez informar á Maximiliano de lo que ocurriese en México, enviándole correos diarios y por conductos diferentes, para que en vista de las noticias resolviera lo conveniente en cada caso, y comunicara á Márquez las órdenes para obrar de conformidad con ellas.

La dificultad para conocer la verdad en este caso, estriba en la veracidad que merezcan las palabras del General Márquez, desmentidas muchas veces por sus compañeros de armas, según puede verse en el Manifiesto que publicó Don José María Cobos y en los escritos del Sr. Manuel Ramírez Arellano. En carta de Maximiliano comunicada al Ministro de Gobernación Sr. Iribarren el 29 de Abril, (1867) le dice entre otras cosas: "después de haberse sostenido esta plaza con esfuerzos supremos, por no haberla auxiliado Márquez *como debía.*" Interpreta Márquez este reproche de una manera singular, diciendo que si le había mandado Maximiliano que regresara á Querétaro, no pudo haber empleado la palabra *debía*, sino "se le ha ordenado," lo cual es una sutileza que arguye en contra del que la emplea. Por este estilo son las demás razones alegadas por Márquez para probar que no le había mandado Maximiliano que regresara á Querétaro, no obstante que el Jefe de Estado Mayor del Emperador, General Castillo, le comunicó á Márquez el 14 de Abril que fuese á Querétaro, disposición que contraría este Jefe, afirmando que el Emperador había mandado al Ministro Iribarren que á todo trance defendiera la plaza de México, aunque esto no implica que Márquez fuera precisamente quien la debía defender.



Lic. D. Próspero C. Vega.

Defensor del General Tomás Mejía, al terminar el sitio de Querétaro. Con objeto de aprovechar todos los recursos de que disponía la defensa, presentó una declinatoria de jurisdicción y pedimento para que se subsanaran algunas faltas del sumario, y que se corrigiese y reformase la causa. El fiscal declaró que únicamente al Consejo de Guerra pertenecía decidir sobre ese asunto, siendo necesario expeditarlo y no entorpecerlo. Vega dijo que quería evitar que los jueces descendieran al papel de acusadores; sostuvo que Mejía jamás atacó á los imperiales, defendiéndose solamente de ellos, y que no reconoció al Imperio sino hasta que lo consideró sostén de la independencia nacional.

Por entonces, ya avanzado el sitio de México, sosteníase la moral de los sitiados con mentidos triunfos y ventajas supuestas del ejército imperial en Querétaro, á la vez que en esta ciudad se verificaba otro tanto respecto de la capital y de Puebla. Entregada la ciudad de México á la voluntad de los generales Márquez y O'Horán, sufrió torturas espantosas; ya tomaba la tropa el carbón del consumo público, utilizándolo en la elaboración de la pólvora; ya sacaba de los graneros el maíz para alimentar los ganados de tiro y silla pertenecientes al ejército. Para calmar á la clase proletaria, amotinada por consecuencia del hambre, la autoridad misma abre las casas de comercio, provoca y facilita el saqueo, cuotiza á los particulares para sostener la guarnición, recluye á muchos en la prisión de Santiago, con centinela de vista, acusándolos de conspiradores, y á los que se niegan á entregar las gruesas sumas impuestas, se les impide en la prisión comer y aun sentarse, ni dormir hasta que exhibieran el dinero; los cargadores y aguadores son obligados á ejecutar trabajos de zapa, á veces bajo la lluvia de proyectiles del enemigo, ó se les encierra en la ciudadela incorporándolos en los batallones.

En tales condiciones la situación de la capital, al comenzar el mes de Mayo, era de las más dolorosas; bloqueada por las tropas republicanas, presa del hambre y á punto de faltarle el agua que escasamente se tomaba de algunos pozos artesianos, subido el precio de los víveres á exhorbitante altura, agotados á la vez los recursos de la clase acomodada con préstamos forzosos, reportando el comercio extranjero y los capitalistas una contribución de diez mil pesos diarios, lo que motivó protestas de los ministros extranjeros y la ruptura de sus relaciones con el Lugarteniente del Imperio, no podía ser más desconsolador el estado que guar-

ó muerte del mismo Maximiliano, quien también le previno sacara recursos pecuniarios de la Capital por cuantos medios legales fuera posible y los remitiera á Querétaro, lo mismo que cápsulas y demás artículos de guerra, que pediría á medida que los fueran neccesitando. A la vez debía Márquez informar á Maximiliano de lo que ocurriese en México, enviándole correos diarios y por conductos diferentes, para que en vista de las noticias resolviera lo conveniente en cada caso, y comunicara á Márquez las órdenes para obrar de conformidad con ellas.

La dificultad para conocer la verdad en este caso, estriba en la veracidad que merezcan las palabras del General Márquez, desmentidas muchas veces por sus compañeros de armas, según puede verse en el Manifiesto que publicó Don José María Cobos y en los escritos del Sr. Manuel Ramírez Arellano. En carta de Maximiliano comunicada al Ministro de Gobernación Sr. Iribarren el 29 de Abril, (1867) le dice entreo tras cosas: "después de haberse sostenido esta plaza con esfuerzos supremos, por no haberla auxiliado Márquez *como debía.*" Interpreta Márquez este reproche de una manera singular, diciendo que si le había mandado Maximiliano que regresara á Querétaro, no pudo haber empleado la palabra *debia*, sino "se le ha ordenado," lo cual es una sutileza que arguye en contra del que la emplea. Por este estilo son las demás razones alegadas por Márquez para probar que no le había mandado Maximiliano que regresara á Querétaro, no obstante que el Jefe de Estado Mayor del Emperador, General Castillo, le comunicó á Márquez el 14 de Abril que fuese á Querétaro, disposición que contraría este Jefe, afirmando que el Emperador había mandado al Ministro Iribarren que á todo trance defendiera la plaza de México, aunque esto no implica que Márquez fuera precisamente quien la debía defender.



Lic. D. Próspero C. Vega.

Defensor del General Tomás Mejía, al terminar el sitio de Querétaro. Con objeto de aprovechar todos los recursos de que disponía la defensa, presentó una declinatoria de jurisdicción y pedimento para que se subsanaran algunas faltas del sumario, y que se corrigiese y reformase la causa. El fiscal declaró que únicamente al Consejo de Guerra pertenecía decidir sobre ese asunto, siendo necesario expeditarlo y no entorpecerlo. Vega dijo que quería evitar que los jueces descendieran al papel de acusadores; sostuvo que Mejía jamás atacó á los imperiales, defendiéndose solamente de ellos, y que no reconoció al Imperio sino hasta que lo consideró sostén de la independencia nacional.

daba la capital del Imperio, presa ya del pánico y sin esperanzas de sobreponerse á tanta calamidad que la agobiaba.

El Lugarteniente del Imperio empeoraba, de manera inesperada, la penosa condición de los habitantes de la capital, usando aun de falsedades y engaños con tal de sostener una situación que le transformaba en soberano, con cuyo carácter creó generales de División y de Brigada, prodigó grados y cruces, condecoraciones y distintivos. (1)

El Lugarteniente Márquez declaró que tenía órdenes terminantes para defender la capital á todo trance; pero no cuidó de evitar que quedaran en poder de los republicanos, elementos que pudieran facilitar sus operaciones, principalmente las máquinas y trenes del ferrocarril de Apizaco, medios de transporte que usaron los sitiadores para conducir tropas y provisiones de guerra.

Se entregaba Márquez á todo género de violencias contra los capitalistas, para que le proporcionaran el dinero que tanto necesitaba; entre las medidas de rigor que empleó debe colocarse en principal lugar, la de enviar á los puntos más peligrosos de la línea, á los ricos que no le daban las fuertes cantidades que les asignaba, y eran molestadas las familias de ellos ocupando sus casas la fuerza armada hasta que entregaban las sumas señaladas. Márquez obligó á los Ministros Vidaurri y Portilla á que dimitieran, juzgándolos un obstáculo para sus planes. (2)

En las condiciones en que se había hecho cargo de la plaza el General Márquez, no pudo desconocer las crecientes dificultades con que iba á luchar, supuesto que tantos años había pasado en la profesión de las armas. Su actividad

---

(1) Se debe tener en cuenta, para juzgar la labor sostenida por Márquez, que desde su llegada á México luchó con la escasez de recursos, dificultad que se agravó en los momentos críticos, con la inesperada separación del General Vidaurri, comisionado por Maximiliano para reunir y enviar dinero á Querétaro. La Capital sitiada no podía mantener su guarnición, encontránadose paralizado el comercio y suspensa toda clase de negocios, precisamente cuando los gastos militares eran tan considerables, pues para atender al extenso perímetro de la ciudad eran necesarios veinte mil hombres y doscientas piezas de artillería; sostener cuadrillas de operarios que no bajaban de dos mil, para ejecutar diariamente las obras que señalaba el cuerpo de ingenieros; eran indispensables la ambulancia, la maestranza y la fundición para proyectiles, la fábrica para elaborar la pólvora necesaria en el consumo diario de la plaza que necesitaba hacer fuego constante en todas direcciones; el almacen de parque tenía que cubrir la dotación de las distintas armas, y reponer los variados elementos precisos para la defensa, y también se exigía para ella un acopio anticipado de víveres y forrajes.

(2) Al presentar su renuncia el General Portilla, manifestó en ella: *que no le era posible desempeñar el Ministerio de la Guerra,* "PUESTO QUE SE ME HÁ QUITADO EL LIBRE EJERCICIO DE MIS FACULTADES;" declaró que en la primera ocasión haría valer todos sus derechos de Ministro de la Guerra, "AHORA TAN ULTRAJADOS" En cuanto á Vidaurri, vióse obligado á retirarse á su casa, de la que no habría de salir sino para marchar al cadalso, habiendo tenido el disgusto de que la libranza de ciento cincuenta mil pesos destinada para socorrer á los defensores de Querétaro, no hubiera llegado á su destino, puesto que la conservó Márquez en su poder, pasándola al Consejo de Ministros, con otros documentos que habían quedado rezagados en la Administración de Correos, y al fin fué conminada la casa del Sr. Barron á pagar la expresada suma de ciento cincuenta mil pesos.

suplió los elementos materiales, de manera que al comenzar el sitio el ejército de Oriente, encontró por todas partes inaccesible la plaza, estando ya construídas la obras necesarias que se desarrollaban y vigorizaban diariamente; aumentó la artillería de las líneas, para lo cual fueron montadas en la Ciudadela las piezas de artillería, procurando dejar la plaza en perfecto estado de defensa, y poner todo listo para esperar el asalto. Aun se fundieron y rayaron cañones, se fabricaron y recompusieron armas de todas clases y montajes, se estableció una fábrica de pólvora en la que se elaboró la necesaria para sostenerse hasta el término del sitio.

Ningún recurso se podía esperar del puerto de Veracruz, que siempre fué el proveedor de la capital, pues desde el 27 de Febrero habían quedado cortadas las comunicaciones entre estas dos ciudades, y nadie podía transitar por los caminos que las unen si no llevaba pasaporte de los republicanos, documento que algunos gefes de guerrilla no siempre respetaron.

Cuando regresó á la capital el general Márquez, después de haber fracasado en su expedición á Puebla, pudo disponer todavía de una fuerza de cinco mil hombres, algunos desprovistos de armas; encontró escasas las municiones de artillería y desmontada una gran porción de la caballería. Otras dificultades parecían imposibilitar la defensa de la capital, rodeada por fuerzas republicanas en número considerable, alentadas con sus recientes triunfos y con toda clase de elementos, por lo que se creyó que desde luego la atacaría el general Díaz, sin dejar tiempo para que los imperiales, después de la derrota de Márquez, reorganizaran sus fuerzas, artillaran sus líneas, mejoraran sus fortificaciones, poniéndose en actitud de sostener un sitio prolongado. El general Díaz situado frente á la capital desde el 14 de Abril, impidió que los defensores de la plaza se abastecieran y repararan la falta de no haber trasladado al interior de ella, las grandes existencias de semillas y ganados que estaban en las cercanías. Comenzaron los sitiadores á circunvalar la plaza con una línea de fortificaciones cada vez más imponentes; interceptaron los caminos y usando el ferrocarril de Puebla conducían sin cesar material de guerra para el sitio.

Un día notició un periódico francés, que el trigo se había agotado y que las panaderías estaban cerradas por no haber qué amasar. Poco después aumentó el hambre, agregándose á la falta de harina la de carne; siendo mayor el mal para las tropas europeas que no podían avenirse á los alimentos usuales en el país y no tenían el suficiente dinero para comprar otros mejores, pues que se les rebajaba el sueldo en proporción inversa al aumento del precio de las provisiones. La caballería careció también de pasturas y era preciso salir á recoger el zacate para los forrages, haciéndose la primera salida el 18 de Mayo al mando del coronel Kodolich.

El hambre fué aumentando y la gravedad de la situación se hacía á cada hora más apremiante. A fines de Mayo el malestar llegaba á su límite; se veían en las calles cadáveres de gentes desgraciadas que habían sucumbido por el agotamiento de sus fuerzas; cuando enflaquecidos caballos caían para no volverse á levantar, una turba de hambrientos se arrojaba sobre la carne y peleaba disputándosela á los perros. Era evidente que un desenlace se acercaba, habiendo llegado la situación á su último período.

El coronel Kodolich, aunque rehusaba entrar en capitulaciones sin orden terminante de su Soberano, manifestó que sentía sinceramente el malestar que aquejaba á la población de México, pero que continuaría la defensa á pesar de todo, y aunque el hambre llegase al extremo *de que cada rata costara un peso*, pues consideraba de importancia morir, lo mismo que sus compañeros, fiel á su palabra empeñada.

Los sitiados hicieron salidas con buen éxito, demolieron á veces las paralelas de los sitiadores y conservaron la plaza hasta el último momento, sin perder un palmo de terreno; al principio logró obtener el Lugarteniente Márquez recursos suficientes para cubrir con puntualidad los haberes de la guarnición, los gastos de artillería y de maestranza y los demás que eran precisos en aquellas circunstancias, secundado por las autoridades y jefes militares que defendían la plaza y que mostraron confianza, abnegación y lealtad, ante el hambre, ante la idea de la muerte ó de un porvenir sombrío, en el que solamente hallarían la miseria, mostrando mayor bizarría á medida que la situación fué más crítica, esto es, en cuanto llegó á faltar el dinero.

Desde el 3 de Mayo eran muy considerables las dificultades para adquirir provisiones. Un bando del General en Jefe obligó á los comerciantes á mostrar la mayor confianza y entusiasmo por la salvación de la Capital, calificada de muy posible, incitándolos á considerar que si cerraban sus establecimientos bajo cualquier pretexto, esto podía conducir á que se dudase de su patriotismo. Además se hacía saber, que las fuerzas de Régules habían sido derrotadas delante de Querétaro el 22 de Abril y que el general Olvera llegaba con tres mil hombres por los llanos de Apam.

En cuanto al sitio, se publicó que nada nuevo ocurría; la víspera, esto es, el 2 de Mayo á las once de la noche se habían percibido luminarias en el campo republicano; y poco después de media noche luces sospechosas; pero al amanecer todo estaba tranquilo, solamente se habían visto llegar al campo enemigo tres wagones con mercancías y el sitiador continuaba arrojando proyectiles contra la ciudad. Con pocas variantes estas eran las noticias que diariamente circulaban los periódicos.

Al comenzar el mes de Mayo parecía ya imposible que resistiera la plaza de México. El General Márquez apelaba á toda clase de estorsiones para conseguir dinero y aumentar su ejército. Los comerciantes extranjeros habían cerrado sus establecimientos y se pusieron bajo la protección de los ministros respectivos, que prtestaron contra la conducta de Márquez.

IV.

(CONCLUYE EL SITIO DE QUERETARO.—PRISION DE MAXIMILIANO.)

Nuevas salidas proyectadas por el general Miramón.—Ataque á la hacienda de Callejas.—Muere el coronel Rodríguez.—Sus funerales.—Batalla en los cerros de San Gregorio y San Pablo.—El general R. Méndez continúa disgustado.—Los sitiados esperan aún la llegada de refuerzos.—Disposiciones para minorar el hambre entre ellos.—Entereza que muestra Maximiliano.—Rehusa hablar de capitulación.—Distribuye recompensas.—El general T. Mejía propone armar al pueblo.—Se conviene en la necesidad de abandonar á Querétaro.—Obtiene el coronel López que el jefe Yablousky se encargue de la linea de la Cruz.—Dictamen de tres generales y el jefe de Estado Mayor respecto al abandono de la plaza.—Inculpan al general Márquez por el desastroso desenlace.—Queda designada la noche del 14 de Mayo para efectuar la salida.—Se aplaza para el siguiente dia.—El coronel López se encarga de una misión delicada.—Cómo la cumplió.—La plaza de Querétaro en la noche del 14.—Condecora Maximiliano al coronel Miguel López.—Inexplicables vacilaciones.—López introduce á los republicanos á la plaza.—Sorprenden los puntos que defendían los imperiales.—Sucesos en el interior del ex-convento de la Cruz.—Se retira Maximiliano al cerro de las Campanas.—Refúgianse allí los restos de los imperiales.—Resalta la traición de López.—Maximiliano propone capitular.—Tiene una entrevista con el general Escobedo.—De qué manera refirió los sucesos el coronel Miguel López.—La fatalidad persigue al general Miramón.—Fusilamiento del general Ramón Méndez.—Pruébase la traición de López y de Yablousky.—Testimonios del coronel Manuel Guzmán y del teniente Hans.—Piden los Estados Unidos el tratamiento humanitario para Maximiliano.—Contestación del gobierno mexicano.—Revélase en ella la próxima suerte de Maximiliano y de sus principales generales.

Al comenzar el mes de Mayo (1867), la situación de los sitiados en Querétaro era peor que antes del ataque dado al Cimatario. Para remediarla proyectó Miramón una nueva salida también sobre el Cimatario, esperando que el éxito sobrepasaría al obtenido en la primera. Antes de efectuarla se quiso que fuera tomada la hacienda de Callejas, y la garita de México con los edificios que la rodeaban, sobre cuyos lugares ya se había efectuado un reconocimiento el 14 de Abril. Tomadas esas posiciones se ensanchaba la linea de los sitiados, se alejaba á los enemigos y se conseguía el acceso de las tropas imperialistas á las planicies situadas adelante de esos edificios, cuya importancia habían comprendido los republicanos fortificándolos lo mejor que les fué posible.

Para batir en brecha la hacienda de Callejas y protejer en caso necesario una retirada, levantó la tercera compañía de ingenieros delante de San Francisquito algunas obras y colocó una batería. En la mañana del 1º de Mayo una columna de infantería se reunió en ese lugar al mando del coronel Rodríguez, jefe de la guardia municipal de México. Componían esa fuerza los cazadores franco-mexicanos, el batallón de guardia municipal de México, el tercero de linea y un

destacamento de ingenieros. Antes de partir se presentaron allí Maximiliano y los generales Miramón y Ramírez Arellano; aquel llamó al coronel Rodríguez y le dijo:

—"Rodríguez, la importancia del ataque que vais á mandar es capital para la plaza. No dudo que cumplais vuestro deber como siempre. Os prometo una recompensa digna de vos.

—Señor, contestó inclinándose el coronel, hoy Vuestra Majestad me nombrará general, ó quedaré en el campo."

Pronto organizó Rodríguez su columna, en tanto que el general Arellano batía en brecha la hacienda de Callejas; edificio de sólida construcción. El jefe de la columna examinó con cuidado las dificultades que tenía que vencer para lograr el éxito; los que estaban á su lado observaron que palideció y que su mirada se descomponía. Hizo llamar al teniente coronel Pradillo, ayudante del Emperador y le entregó una cruz de Guadalupe, una carta para su prometida y otra para la anciana parienta que le había creado, y le rogó que todo eso lo hiciese llegar á su destino. En seguida, volviendo de pronto á su estado normal, se puso á la cabeza de la corta columna, montado en su caballo, lo cual era exponerse á las certeras punterías de los republicanos que defendían el sitio objetivo del ataque; se le hizo observar esta circunstancia, y contestó que no pudiendo andar bien, prefería ir á caballo y también porque de esta manera su vista abrazaba mejor el campo de la acción.

Callaron los cañones de los imperialistas que batían la hacienda, para dejar libre el paso á la columna del coronel Rodríguez, quien se posesionó de ella sin disparar un tiro. No se detuvo en ese lugar, aunque según las órdenes que llevaba pudo hacerlo por algún tiempo; pero entusiasmado con el feliz primer paso, quiso posesionarse también de la garita y continuó su marcha animando á sus tropas con la voz y los ademanes. Dirigióse á los cazadores en francés y á los mexicanos diciéndoles: ¡Adelante, muchachos! y todos avanzaban bajo el fuego y la lluvia de plomo; cerca de la garita fueron recibidos con descargas terribles, salidas de las troneras que los republicanos habían abierto en las paredes. En esos momentos cayó el coronel Rodríguez, atravesándole una bala el corazón y también caía el caballo que montaba. Entonces se produjo entre los asaltantes un movimiento de vacilación que pronto se convirtió en precipitado retroceso, quedando abandonados algunos cazadores y guardias municipales que ya habían escalado una pared de la garita. (1)

En esos tan críticos momentos para los imperiales, llegaban las reservas de

(1) Los funerales del que fué coronel Rodríguez, estuvieron conmovedores; al bajar el cadaver á la fosa del eterno descanso, Maximiliano no pudo contener las lágrimas; todos los presentes manifestaron inmensa pesadumbre, que también apareció en el bronceado rostro de algunos soldados que formaban parte del resto de la guardia municipal de México. Al concluir la ceremonia se retiraron bajo el dominio de extrañas sensaciones, considerando irreparable la pérdida del coronel Rodríguez, modelo de denuedo y valentía.

los republicanos y se cambiaron los papeles convirtiéndose los agredidos en agresores. Con dificultad pudieron algunos imperialistas recoger el cadaver del coronel Rodríguez y conducirlo á las lineas de ellos, donde era ya completa la desmoralización. Se posesionaron los republicanos nuevamente de la hacienda de Callejas y avanzaron para San Francisquito, en cuya torre estaban Maximiliano y Miramón presenciando los movimientos de las fuerzas; una bala de cañón, enviada del Cimatario, cayó á un lado de ellos y los cubrió de polvo, tocándoles algunas piedras. Entonces se dió la orden de retirada, precisamente cuando los republicanos, cuyos tiradores se hallaban muy bien colocados, habían llegado cerca de los cañones que defendían la linea de los sitiados, al grado de sucumbir los artilleros uno tras otro; se logró salvar la plaza otra vez por los esfuerzos del general Ramírez Arellano á quien parecían respetar las balas durante el combate; pero al regresar á la Cruz acompañando al Emperador y al general Miramón, sufrió una grave contusión producida por una bala de fusil perdida.

No intentaron los republicanos el asalto á la plaza, según se suponían los sitiados; se retiraron y cesó el fuego de una y otra parte, volviendo todas las fuerzas á sus lineas. Creció el desaliento en los sitiados, principalmente entre los cazadores cuyas pérdidas eran muy numerosas, los oficiales manifestaban en alta voz el sentimiento que les causaba la falta de sus camaradas y la carencia de sueldo; iban todos los días á la matanza y ya el batallón había perdido las tres cuartas partes de su efectivo; esas acusaciones y otras semejantes formaban el tema de las ardientes quejas proferidas y que llegaron al despecho, al decir que ya no se batirían; en apoyo de sus manifestaciones mostraban entre otros al comandante de aquella fuerza, el Mayor Pitner, oficial austriaco que también estaba herido.

El infatigable general Miramón propuso una nueva salida sobre el Cerro de San Gregorio, consistiendo el plan en provocar un falso movimiento sobre el enemigo; el General Castillo aparentaría atacar la hacienda de Callejas, haciendo creer á los republicanos que se insistía en tomarla, así como la garita de México; era seguro que Escobedo enviaría á paso de carga sus reservas sobre dichos puntos y entonces Miramón saldría por la otra extremidad de la ciudad, al Noreste, con una columna de infantería y caería sobre los cerros de San Gregorio y San Pablo, á la manera que lo hizo en el Cimatario el 27 de Abril; fijó para este ataque el 3 de Mayo. La celeridad de los movimientos impediría á Escobedo, sorprendido, llamar las reservas, y Miramón, ya establecido sólidamente en las alturas, presentaría una segunda y decisiva batalla; si la suerte le era propicia, tendrían los republicanos que levantar el sitio.

Todas las disposiciones fueron tomadas, y en la noche del 2 al 3 de Mayo se ultimó lo necesario para el buen éxito de la combinación, en la que se basaban grandes esperanzas. (1)

(1) Componían la columna de salida los batallones del Emperador, Iturbide, Celaya, guardia municipal y 3° de linea, debiendo apoyarlos las baterías de artillería en la linea del Norte.

En sus puestos los batallones antes de que amaneciera, Miramón impaciente esperaba la falsa salida de Castillo sobre Callejas, base del plan; aunque no la ejecutó y pasaron los momentos precisos, Miramón intentó el golpe á pesar de ello; ataca vigorosamente á los republicanos que retroceden hasta la segunda linea, estando á punto de rendirse uno de sus batallones; pero llegan las reservas republicanas y abren mortífero fuego sobre los imperialistas; caen heridos de muerte el coronel Zozaya, el teniente coronel Ceballos y el de igual grado Sosa que apenas llevaba tres días de haber reemplazado al coronel Rodríguez en el mando de la guardia municipal; muere el comandante Franco y quedan fuera de combate porción de oficiales bajo el certero fuego de las reservas de Escobedo que, contra lo esperado y convenido, no fueron detenidas por falta de acción del General Castillo. Para los imperiales, que tenían espantosos vacíos en sus filas, fué necesaria la retirada, resolviéndose á ella Miramón, poseído de ira; son abandonados los cañones tomados al enemigo, cuyas pérdidas también fueron de consideración, quedando herido en una pierna el General Treviño que mandaba á los republicanos.

En la noche del día 5 aún emprendieron los sitiadores un nuevo ataque, siendo rechazados con pérdidas considerables. Se verificaron otras funciones de armas dentro de los setenta y un días del asedio que sufrió la plaza. Acudieron los jefes sitiados á falsos recursos, entre los cuales se anunció la llegada, el 3 de Mayo, de un supuesto correo con pliegos que aparecían ser de Márquez y Vidaurri, en los que se participaba que estaban en marcha para auxiliar á Querétaro.

Maximiliano escribía constantemente al Lugarteniente del Imperio, excitándole para que remitiera á Querétaro los recursos que tan urgentemente se necesitaban; le hacía ver que después de sesenta y cuatro días de riguroso sitio se hacía imposible la defensa por un período más largo, y que ya era muy penosa la situación que guardaban el pueblo y el ejército, haciendo imposible la permanencia de los imperiales; le pedía noticias de los movimientos que ejecutara y le hacía único responsable de las consecuencias provenidas por la tardanza en enviar recursos.

Después del ataque al cerro de San Gregorio, mostrábase muy disgustado el general Méndez, que calificaba de superfluos todos aquellos combates, en los que se perdía mucha gente sin obtener la más mínima ventaja. Creía como otros muchos, que lo único que quedaba que hacer era romper las lineas del enemigo y salirse; llegó á tal grado su disgusto, que dijo hallarse enfermo, sin estarlo, y se trasladó á una casa de la calle de la Independencia, esperando á la par que otros generales, que el Emperador se desprendiera de la influencia de Miramón; pero este general era ya para Maximiliano la última esperanza de salvación, y solamente de él esperaba encontrar medios para aniquilar á los sitiadores.

Mientras alimentaban sus esperanzas ambos, se deslizó el tiempo y de día en día vino á ser insostenible la defensa de Querétaro; la ciudad volvió á ser cañoneada el 4 de Mayo de una manera terrible; el día 5 fué general el fuego de

todas las baterías republicanas en celebridad de la fecha; dibujaban las balas en la oscuridad líneas de fuego que formaron un espectáculo raro y maravilloso, acompañado del estruendo de cien piezas de artillería y la explosión de innumerables granadas. Maximiliano permaneció en la plaza de la Cruz durante el bombardeo que duró hasta las diez de la noche, y los húsares y guardias de *corps* estuvieron listos. En las conversaciones que sostenía Maximiliano con sus generales, terminaba casi siempre con esta frase: "*afortunadamente podremos abrirnos paso cuando nos plazca.*"

Entre los sitiados se deseaba algún descanso y no sentir ya á todas horas la intranquilidad que se deriva de estar expuestos constantemente al peligro sin esperanzas de salvarse; los sitiadores estrechaban incesantemente el sitio, aumentaban sus medios de ataque y el efectivo de sus tropas. Ningún correo podía pasar las líneas de los republicanos; aparecían frecuentemente algunos emisarios imperialistas colgados frente á las trincheras de los sitiados. Aumentando diariamente los motivos de malestar, muchos de los defensores de la plaza perdían la fe con el tiempo, seguros de que no recibirían recursos de naturaleza alguna; entonces se destacaba más la serena y firme actitud del General Miramón, que sin desanimarse por el fatal resultado de sus esfuerzos, aún alentaba esperanzas en el triunfo y proponía al Emperador nuevas salidas, creyendo posible que se repitieran los extraordinarios sucesos del Cimatario. (1)

(1) Para encubrir el mal efecto que produjo la salida del 3 de Mayo, se hizo circular el rumor de que el ataque se había suspendido á causa de que, en los momentos en que se combatía, logró penetrar á la ciudad el sargento de cazadores Guadalupe Valencia, portador de comunicaciones del general Márquez, en las que anunciaba la llegada del cuerpo de ejército auxiliar. La noticia, que tenía probabilidades de ser cierta, fué acogida sin desconfianza, y creída á fuerza de oirla repetir á los jefes superiores, mas aun cuando la publicó el jefe de Estado Mayor; pero el entusiasmo que tales noticias producían era de corta duración, lo desvanecía la realidad, se palpaba la constante disminución en el efectivo de las tropas que defendían la plaza y la pérdida de sus mejores oficiales, viéndose en cambio el incesante aumento del número de sitiadores y de sus medios de acción. En tales condiciones les fué preciso á los generales Miramón y Arellano, abandonar ya todo proyecto de salida.

Operaban dentro de la plaza dos terribles enemigos de los sitiados: el hambre y la pérdida de esperanzas con todo el séquito de miserias que de ella se derivan. Para combatir la falta de víveres publicó el general Castillo un bando que condenaba á muerte á todos los que no denunciaran, en el término de veinticuatro horas, la existencia de cereales, principalmente de maíz, que hubiesen ocultado; aunque el decreto no fué ejecutado al pie de la letra, sí se extrajeron muchos víveres que estaban ocultos, y continuó el consumo de carne de los caballos y mulas que perecían por falta de forrajes, ya pertenecieran al ejército ó á los particulares que se veían obligados á darlos á precios reducidos. Para proveerse de recursos se imponían préstamos forzosos á los propietarios y comerciantes, cotizados por una comisión nombrada en junta que formaron los interesados; pero faltando el numerario se reunían cantidades tan cortas, que hubo necesidad de renunciar á ese ruinoso expediente. El medio sueldo que al principio del sitio fué dado con regularidad, llegó después á ser raro.

Se creyó detener el desaliento publicando las falsas cartas atribuidas á los generales Márquez y Vidaurri, en las que se decía que marchaban fuerzas para Querétaro, excusando su retardo por

Al observar los republicanos que tenía Maximiliano la costumbre de pasearse á las cuatro de la tarde en la plaza de la Cruz, acompañado de varias personas de su confianza, arrojaron sobre aquel sitio tan gran cantidad de proyectiles, que obligaron al Emperador á cambiar la hora y el sitio de sus paseos. Otra vez, estando sobre la más elevada de las bóvedas de la Cruz, advirtieron su presencia y la de algunos de sus generales y les dirigieron las punterías, yendo una bala á hundirse en la pared á pocas líneas de la cabeza del coronel López. En todas ocasiones mostró Maximiliano serenidad á toda prueba, jamás apresuró el paso aunque cerca de él pasaran silvando los proyectiles, ni se le notaron los movimientos instintivos que obligan á inclinarse al lado opuesto al del peligro.

También los sitiados hacían puntería sobre la tienda del general Escobedo, con un obús de fuerte calibre, de los tomados á los republicanos y situado en el jardín de la Cruz; pero después de algunos tiros las baterías republicanas contestaron con tal cantidad de proyectiles, que forzaron de pronto á los imperiales á suspender el fuego; al continuarlo el siguiente día, obligaron al cuartel general de los republicanos á retirar sus tiendas á una distancia considerable para colocarlas fuera del alcance de los tiros de la plaza.

Distribuyó Maximiliano el 10 de Mayo, en el palacio municipal y con pompa militar, las recompensas á que muchos se habían hecho acreedores, procurando con este acto levantar el espíritu del ejército, y aunque ya se comprendía per-

las dificultades que habían encontrado y vencido. Estas cartas quiméricas estaban redactadas de manera tan estudiada, que dieron lugar á concebir nuevas esperanzas y se logró que á pesar de la miseria que ya era general, se evitara en cierto modo que continuaran las deserciones, que al finalizar el sitio tomaron un caracter de suma gravedad.

Sufrían los soldados mexicanos con estoicismo las calamidades del sitio, en tanto que los austriacos y belgas molestaban á Maximiliano, en todas ocasiones, con exigencias continuadas y reclamaciones de toda naturaleza, á tal grado que los libertó de los juramentos que habían prestado. En Querétaro ningún soldado mexicano reclamó sueldo, ni se quejó aunque le agobiaran el hambre y los sufrimientos. Conoció entonces Maximiliano la gravísima falta que cometiera en no haber organizado un ejército nacional; todos los días visitaba las líneas y procuraba remediar ó aligerar los males que notaba.

El documento publicado en Querétaro acerca de la marcha que se supuso había hecho Márquez para auxiliar al Emperador allí sitiado, decía que el día 17 de Abril había salido de la capita con la División mandada por los generales Rosas Landa, Zires y O'Horan; enumeraba las brigaras y cuerpos de que se componían; atribuía el mando de la División de reserva al general Vidaudri; suponía un tren de noventa carros y que la comisaría contaba con los fondos suficientes. Vidaurri y Márquez se habrían de reunir en la hacienda de la Jordana; México quedaba suficientemente guarnecido al mando del general Tabera, sin que por allí se debiera abrigar ningún temor, pues la capita se bastaría á sí misma por largo tiempo. Además fraguaron los generales sitiados una comunicación de Vidaurri, fechada en Ixtlahuaca, diciendo que habían tenido que luchar con dificultades naturales ó imprevistas; pero que al fin estaban en marcha é iban á comenzar las operaciones sobre los sitiadores de Querétaro. En ausencia de Vidaurri, el gabinete había quedado presidido por el Sr. Iribarren.

fectamente que la situación era irremediable, se quería morir con gloria. Maximiliano no creía que Márquez hubiéra sido derrotado al querer socorrer á Puebla, y que estuviera sitiado en México sin posibilidad de auxiliar á Querétaro. Se le habló de capitulación y mandó poner preso al que se atrevía á hacerle proposiciones en tal sentido, pareciendo que prefería la muerte á la humillación de caer vivo en manos de los generales juaristas.

El general Tomás Mejía propone, para facilitar una salida, armar al pueblo que cuidaría bajo su mando una parte de las trincheras fortificadas, en tanto que el Emperador y los generales hacían con las tropas disponibles, la segura y postrera tentativa para obligar á sus contrarios á levantar el sitio; pero Mejía no pudo reunir sino corto número de paisanos, en ello transcurrieron tres días y creció el desaliento que ya era intenso. Esto contrariaba vivamente á Maximiliano y le impulsó á intentar una salida general; confió á Miramón el encargo de elegir el mejor punto para ejecutarla, atendiendo á los pocos elementos que quedaban. Verificada una junta de guerra el 11 de Mayo en el cuarto del general Castillo, se convino en la necesidad de romper la linea, aunque á la vez se calificó el hecho de impracticable, cualquiera que fuese el punto escogido para la salida. La ciudad habría de quedar al cuidado de los tres mil indígenas que calculaba armar y organizar el general Mejía; se dejarían clavados los cañones, exceptuando dos ó tres para hacer ruido, secundados por los indígenas que descargarían hasta el amanecer sus mosquetes que después tirarían, retirándose á sus casas. En los preparativos se pasaron los días 12 y 13 de Mayo, y consultado Mejía dijo que ya estaban listos los indígenas; pero que no habiendo fusiles disponibles, suplicaba se aplazara el movimiento hasta la noche del 14 al 15, á cuya petición accedió Maximiliano. El primero de estos días se reunieron en consejo de guerra presidido por Maximiliano, los generales Miramón, Mejía, Castillo y Arellano, se discutió y determinó la salida, quedando en secreto el lugar por donde se verificaría, sabido únicamente por Miramón; pero sucesos tan imprevistos como sorprendentes y terribles, sobrevenidos en pocas horas, impidieron el desarrollo de esos planes y acabaron con la poca vida que aún tenía el Imperio. En los setenta y un días de sitio, se habían librado veintiún combates; los sitiados habían triplicado durante el sitio sus piezas de artillería con las quitadas al enemigo; pero la situación de la plaza había empeorado, apareciendo cada día en las filas de los imperiales grandes claros, de tal manera que al fin del sitio no llegaban los sitiados á siete mil, mermados por la fuerza considerable que se llevó Márquez y por las pérdidas ocasionadas en los combates, las enfermedades y las numerosas deserciones.

La noche del 9 de Mayo había solicitado el coronel López permiso para que la caballería, al mando del teniente Yablousky, pudiese ocupar la linea de la Cruz, cerca del Panteón, relevando á la infantería que ya estaba muy fatigada con el constante servicio; se accedió á su petición que parecía fundada en razones de



Rafael Platón Sánchez.

Teniente Coronel del batallón "Cazadores de Galeana."—Presidió el Consejo de Guerra ordinario que juzgó á Fernando Maximiliano de Hapsburgo y á los Generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía. El Consejo se reunió el día 13 de Junio (1867), á las ocho de la mañana en el Teatro de Iturbide (Querétaro), y después de leída la conclusión del Fiscal y terminados los alegatos de los defensores, votó á la una de la tarde del siguiente día 14, por unanimidad, la pena de muerte para los reos.

El Sr. R. Platón Sánchez, fué asesinado por sus mismos soldados el 21 de Noviembre de ese año, (1867) en el lugar llamado el "Tunal," tres leguas distante del pueblo de Galeana, en el Estado de Nuevo León.

fectamente que la situación era irremediable, se quería morir con gloria. Maximiliano no creía que Márquez hubiéra sido derrotado al querer socorrer á Puebla, y que estuviera sitiado en México sin posibilidad de auxiliar á Querétaro. Se le habló de capitulación y mandó poner preso al que se atrevía á hacerle proposiciones en tal sentido, pareciendo que prefería la muerte á la humillación de caer vivo en manos de los generales juaristas.

El general Tomás Mejía propone, para facilitar una salida, armar al pueblo que cuidaría bajo su mando una parte de las trincheras fortificadas, en tanto que el Emperador y los generales hacían con las tropas disponibles, la segura y postrera tentativa para obligar á sus contrarios á levantar el sitio; pero Mejía no pudo reunir sino corto número de paisanos, en ello transcurrieron tres días y creció el desaliento que ya era intenso. Esto contrariaba vivamente á Maximiliano y le impulsó á intentar una salida general; confió á Miramón el encargo de elegir el mejor punto para ejecutarla, atendiendo á los pocos elementos que quedaban. Verificada una junta de guerra el 11 de Mayo en el cuarto del general Castillo, se convino en la necesidad de romper la linea, aunque á la vez se calificó el hecho de impracticable, cualquiera que fuese el punto escogido para la salida. La ciudad habría de quedar al cuidado de los tres mil indígenas que calculaba armar y organizar el general Mejía; se dejarían clavados los cañones, exceptuando dos ó tres para hacer ruido, secundados por los indígenas que descargarían hasta el amanecer sus mosquetes que después tirarían, retirándose á sus casas. En los preparativos se pasaron los días 12 y 13 de Mayo, y consultado Mejía dijo que ya estaban listos los indígenas; pero que no habiendo fusiles disponibles, suplicaba se aplazara el movimiento hasta la noche del 14 al 15, á cuya petición accedió Maximiliano. El primero de estos días se reunieron en consejo de guerra presidido por Maximiliano, los generales Miramón, Mejía, Castillo y Arellano, se discutió y determinó la salida, quedando en secreto el lugar por donde se verificaría, sabido únicamente por Miramón; pero sucesos tan imprevistos como sorprendentes y terribles, sobrevenidos en pocas horas, impidieron el desarrollo de esos planes y acabaron con la poca vida que aún tenía el Imperio. En los setenta y un días de sitio, se habían librado veintiún combates; los sitiados habían triplicado durante el sitio sus piezas de artillería con las quitadas al enemigo; pero la situación de la plaza había empeorado, apareciendo cada día en las filas de los imperiales grandes claros, de tal manera que al fin del sitio no llegaban los sitiados á siete mil, mermados por la fuerza considerable que se llevó Márquez y por las pérdidas ocasionadas en los combates, las enfermedades y las numerosas deserciones.

La noche del 9 de Mayo había solicitado el coronel López permiso para que la caballería, al mando del teniente Yablousky, pudiese ocupar la linea de la Cruz, cerca del Panteón, relevando á la infantería que ya estaba muy fatigada con el constante servicio; se accedió á su petición que parecía fundada en razones de



Rafael Platón Sánchez.

Teniente Coronel del batallón "Cazadores de Galeana."—Presidió el Consejo de Guerra ordinario que juzgó á Fernando Maximiliano de Hapsburgo y á los Generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía. El Consejo se reunió el día 13 de Junio (1867), á las ocho de la mañana en el Teatro de Iturbide (Querétaro), y después de leída la conclusión del Fiscal y terminados los alegatos de los defensores, votó á la una de la tarde del siguiente día 14, por unanimidad, la pena de muerte para los reos.

El Sr. R. Platón Sánchez, fué asesinado por sus mismos soldados el 21 de Noviembre de ese año, (1867) en el lugar llamado el "Tunal," tres leguas distante del pueblo de Galeana, en el Estado de Nuevo León.

peso. Yablousky, de origen polaco, era nacido en México y amigo particular del coronel Miguel López, con quien tenía mucha intimidad. Ya la defensa de la plaza era insostenible; el 11 de Mayo se habían agotado las provisiones en el interior de la ciudad; solamente el Regimiento de la Emperatriz y la guardia de *corps* recibieron la cuarta parte de sus raciones; crecía la escasez al grado de que agotadas las pasturas, se mantenían difícilmente los caballos del Emperador con las que proporcionaba el coronel Miguel López. Para los hospitales había aun vino provenido del depósito confiscado á un comerciante.

El estado de abatimiento y desmoralización en que se hallaba el ejército sitiado, hacía imposible un movimiento de retirada y aun alguna salida, para la cual en ocasiones estuvo todo preparado, cargados los carros y dispuesta la artillería; pero al fin quedaban sin efecto las disposiciones que se dictaban, y desde el 1° de Mayo se consideró impracticable cualquier movimiento de aquella naturaleza; entonces se lamentaba el error de haberse encerrado en Querétaro, sin los suficientes víveres y forrajes que tanto abundan en los alrededores de la ciudad; también se comentaba la falta de cumplimiento que habían sufrido muchas de las órdenes de Maximiliano; se resentía el aislamiento en que estaba el ejército y el agotamiento completo de auxilios que abrumaba á Maximiliano.

Los estragos que causaba el hambre en el ejército y el vecindario, hicieron imposible, al llegar el 10 de Mayo, que se prolongara la defensa de la plaza. Entonces resolvió Maximiliano, de acuerdo con Miramón, tentar el supremo recurso de abandonar á Querétaro rompiendo el sitio, determinación que se tomó cuando hubo certeza de que Márquez, después de cincuenta y cuatro días, ya no iría á socorrer á los sitiados. (1)

En esos días Maximiliano desconfiaba no solamente de algunos jefes sino también de las tropas, al grado de haber dispuesto que se relevaran las guardias

(1) Los generales Mejía, Méndez y otros, no veían mal capitular con los republicanos; el primero estuvo encerrado en su habitación casi todo el tiempo que duró el sitio, por motivo de la enfermedad que le aquejaba. El general Méndez, aunque también permanecía retraido, tomó parte hasta el 27 de Abril, en las principales acciones que se verificaron durante el asedio. Luego que el general Mejía tuvo conocimiento de que se había resuelto abandonar á Querétaro, se presentó á Maximiliano, declarándole que ya estaba restablecido de sus males, le ofrecía levantar algunos miles de hombres del pueblo, en el término de veinticuatro horas, si se prescindía de la idea de abandonar á Querétaro, y llevó sus ofrecimientos hasta asegurar que las tropas que reclutara se presentarían armadas, lo cual era mucho ofrecer pues no contaba, según se supo, con armas que existieran depositadas en los almacenes del ejército, sino con fusiles de los que dejaron los soldados puestos fuera de combate ó mosquetes que había abandonado la caballería, al hacer el servicio de infantería en las trincheras. Aceptada la proposición del general Mejía, se difirió la salida que Maximiliano había resuelto ejecutar el 12 de Mayo. La oferta del general Mejía no pudo ser cumplida en el término fijado y á los tres días declaró que tan sólo había podido reunir ciento sesenta hombres; entonces, el 14 de Mayo, Maximiliano y Miramón, resolvieron ejecutar en la noche del mismo día la salida proyectada.

de determinados puntos, teniendo conocimiento de que á varios oficiales y soldados, en su mayor parte extrangeros, les habían hecho ofrecimientos para pasarse á las filas republicanas. (1)

Ya el 14 de Mayo era materialmente imposible soportar tal situación; las esperanzas en el regreso de Márquez habían concluído, pues ni una sola comunicación envió desde su partida, en tanto que sí se habían recibido algunas del ministro Iribarren.

Designada la noche del 14 de Mayo para hacer el esfuerzo supremo y romper el sitio, se dieron las órdenes relativas; se había retirado ya de la linea de defensa una parte de la artillería, para establecer con ella la fuerte batería encargada de proteger á las tropas. A las doce de esa noche se debía verificar el movimiento que pusiera fin á una situación tan difícil como irremediable; pero á las ocho de la misma se presentaron á Maximiliano y á Miramón, el coronel Redonet y el general Castillo, comisionados por el general Méndez para obtener que fuera diferida hasta el día siguiente la salida, lo cual se concedió, conviniendo en que en la madrugada del 15 se efectuaría el movimiento, pues también se esperaba el resultado de una misión que se confirió al coronel Miguel López.

En la mañana del 14 de Mayo había asistido Maximiliano á los hospitales; se manifestó conmovido y dispuso que los doctores y enfermeros no se separaran de sus puestos. Solamente los generales sabían que esa noche sería la salida, y

---

(1) Antes de abandonar á Querétaro, quiso Maximiliano que los tres generales que tenían el mando del ejército, unidos al Jefe de Estado Mayor, dieran por escrito una relación sobre el estado en que se hallaba la plaza, y emitiesen su juicio acerca del partido que sería conveniente adoptar. En el documento respectivo los cuatro generales, Miramón, Mejía, Castillo y Arellano, trazaron á grandes rasgos la historia de la defensa de Querétaro, se hizo responsable al general Márquez del desgraciado desenlace que se preparaba, por no haber socorrido á la plaza durante los cincuenta y cuatro días trascurridos desde que salió de la ciudad sitiada; le acusaban de que había mal aconsejado á Maximiliano, debido á lo cual los republicanos hicieron sin grandes dificultades la concentración de sus fuerzas, medida que debió haberse evitado batiéndolos en detall al aproximarse á Querétaro; pero fué tenaz la oposición del general Márquez á todo proyecto de atacar al enemigo, por lo cual se perdió la ocasión favorable para ello, aunque había entera seguridad de obtener éxito feliz, y el ejército imperial no se habría visto obligado á defenderse en Querétaro. También era acusado Márquez, porque siendo jefe de Estado Mayor no se ocupó de los preparativos que prescribe el arte de la guerra para la defensa de las plazas; no almacenó víveres ni pasturas, ni construyó una sola fortificación y dejó las semillas en haciendas que distaban quinientos metros de Querétaro, permitiendo que los republicanos las utilizaran y estuvieran bien abastecidos.

A las faltas cometidas por Márquez, atribuían los generales que desde el 20 de Marzo fuera insostenible la situación del ejército imperial; en esa fecha, un consejo de guerra resolvió que se continuara la defensa de Querétaro, que se fortificara la plaza convenientemente, que se crearan establecimientos de construcción y de reparación del material de guerra, para que el ejército tuviera las municiones necesarias por mucho tiempo. También se acordó que se hicieran frecuentes salidas contra el enemigo y que se sacara de México un ejército auxiliar, abandonando la capital en caso necesario.

aun ignoraban el punto por donde iba á efectuarse, lo cual debía decidirse oportunamente en consejo de guerra que para ello se reuniría.

En aquella singular noche del día 14, todo estaba dispuesto para la marcha; la corta cantidad de maíz que quedaba fué distribuida entre el regimiento de la Emperatriz, los húsares, guardias de *corps* y oficiales; el tesoro del Emperador se repartió entre el doctor Basch, el ayudante Pradillo, el secretario Blasio y los jefes Campos, Salm y López, debiendo llevar las onzas atadas á la cintura. Por la noche, ya tarde, fué López á ver á Blasio para llevarse el dinero que se le había de confiar y se indignó porque solamente se le había dejado plata, considerando esto como una prueba de desconfianza.

Cerca de las ocho de la noche fué enviado el coronel Salm, por orden de Maximiliano, para indagar con López si todo estaba dispuesto, y éste contestó con desembarazo "*que todas las órdenes del Emperador se habían ejecutado*." A las diez se reunió el consejo de guerra para decidir sobre el punto de ataque, para la salida; pero Mejía dijo que solamente tenía disponibles mil doscientos fusiles y suplicó que se aplazara el movimiento aún veinticuatro horas, á lo cual ninguno se opuso, antes bien, encontró Miramón ventajas en la espera, para hacer más confiado y descuidado al enemigo; sin embargo, Maximiliano resolvió que esa demora había de ser la última y que se abrirían paso, resueltamente, con certeza en la noche del 15 al 16 de Mayo. Después que se retiraron los generales, hizo llamar Maximiliano á López y le condecoró con la medalla acordada al valor, sin que se pudiera saber por qué hechos, ó de qué provenía la condecoración y solamente se sabía que se le había confiado una misión al campo republicano.

Decidió la junta de guerra que las paralelas del frente serían atacadas y también los flancos, procurando aislar la retaguardia del enemigo; pero se aplazó el ataque para el día 15, estando ya concluidos los puentes portátiles que debían dejar libre el paso sobre el río en varios puntos; se les distribuyeron á las tropas raciones de vino y carne de caballo, y se dictaron las demás disposiciones relativas, de manera que á las dos de la madrugada del día 15 no se esperaba más que la orden para comenzar el movimiento y la señal de ataque; algunos minutos antes de las dos, arrojaron los republicanos una granada sobre la garita de México y veinte minutos después se oyó otro cañonazo, pareciendo ambas detonaciones más bien señales ó puntos de atención.

A las once de esa noche se habían retirado del cuartel general los oficiales con la orden de prevenir sus respectivos regimientos y estar prestos para el ataque al amanecer. Desde esa hora, todos se ocuparon de poner en orden las armas y equipo del soldado. Hecho esto, se reunen los franceses que estaban enrolados en la fuerza imperial, conversan sobre la conducta que debía observarse durante el ataque, y se retiran á su cuartel.

Ningún otro movimiento notable se percibe; pero los oficiales de guardia

anuncian que se ha enviado contra-orden del cuartel general, y teniendo en cuenta que una hora antes se había resuelto definitivamente en consejo de guerra el ataque, se sospecha alguna traición; la duda se desvanece al ver que los caballos del escuadrón húngaro que estaban á las once ensillados y enfrenados, ya á las dos de la madrugada aparecieron sin los arneses, no obstante las órdenes del Príncipe de Salm-Salm que mandó permanecieran listos toda la noche; pero se cree que la contra-orden fué dada por López, al que se obedecía por la posición que ocupaba cerca del Emperador.

El coronel Miguel López había regresado á la plaza á las nueve de aquella noche, y habiendo dado cuenta del mal éxito de sus esfuerzos para conseguir una capitulación, salió de la trinchera por segunda vez y al volver hizo que se retiraran de su linea las tropas que la cubrían; desarmó á algunos soldados, dispuso que otros voltearan las piezas que defendían el acceso al convento de la Cruz, y dando órdenes en nombre del Emperador, acabó por conducir á los republicanos desde la linea de defensa hasta el convento de San Francisco, situado en el centro de la ciudad que puso así en manos de los sitiados. [1]

Todo estaba dispuesto, conforme al plan del General Miramón, para la salida de las tropas sitiadas; (1) se había retirado de los parapetos la artillería que debiera apoyar el movimiento, y municionando sus cofres de la mejor manera posible; pero el acuerdo de Maximiliano aplazando la salida para el día 15, comunicado cerca de las once de la noche á los generales Castillo y Miramón, detuvo el movimiento; el segundo de estos generales se dirigió á su alojamiento, después que se libraron las órdenes correspondientes y de haber sido advertidos todos los jefes de que podían permanecer tranquilos hasta que recibieran nuevas órdenes; únicamente las dos baterías destinadas á apoyar la salida quedaron sin volver á sus puestos, colocadas una parte en la plazuela de la Cruz y la otra en la puerta de los almacenes de San Francisco.

Mientras que acaecían esos hechos en el interior de la plaza, los sitiadores habían sido informados la noche del 14 de Mayo, que harían los sitiados la salida el día siguiente. A las tres de la mañana del 15 el general Francisco A. Vélez formó tres columnas de ataque y las condujo sobre la flecha del panteón de la Cruz, atravesando un terreno obstruido por los obstáculos formados con espinos y ramas que hacían muy difícil el paso. Los primeros que subieron al fortín fueron los jefes Agustín Lozano, Feliciano Chavarría, Pedro Yépez, Carlos Margain, Evaristo Flores y José M. Villegas, seguidos por los batallones de Supremos Poderes y Nuevo Leon.

Cerca de las cuatro de la mañana, el coronel Tinajero que mandaba en las alturas del convento de la Cruz, bajó al patio y dió parte de haber sentido por un flanco movimientos del enemigo; un momento después llegó un oficial á la guardia de trinchera, diciendo que le parecia que el enemigo estaba dentro de la huerta del propio convento, opinión que todos calificaron de preocupación del oficial, pues no había habido ni un solo disparo, ni el más ligero ruido, voz ó señal alguna de alarma, permaneciendo en lo aparente todo en la más completa quietud.

Era consiguiente que en la situación desesperada en que se encontraban los imperialistas, aparecieran en sus formas repugnantes la defección y la desobediencia, productos y derivaciones naturales del espíritu de conservación, del interés privado y del egoísmo; cuando se cree imposible encontrar la salvación en los esfuerzos colectivos, apela el espíritu humano á los esfuerzos individuales, sacrificando entonces á jefes y compañeros. Este hecho que se renueva constantemente en los trances angustiosos para la colectividad, se verificó en Querétaro, y fué preciso que Maximiliano tropezara con la traición en el conflicto desesperante en que se hallaba. (2)

---

[1] El general Escobedo certificó: que la noche del 14 de Mayo, el ex-coronel D. Miguel López salió de la plaza sitiada de Querétaro, solicitando tener una enfermería con el general en gefe de las fuerzas sitiadoras, la cual tuvo verificativo en el alojamiento del coronel Julio M. Cervantes; en ella pretendió López que se permitiera á Maximiliano salir de la plaza, concediéndole garantía de la vida, á lo que no accedió Escobedo por carecer de instrucciones y estar expresamente prohibido por el gobierno celebrar tratados ó capitulaciones de ninguna especie con el enemigo. También certificó que se le había dado parte de que en la madrugada del siguiente día, había sido hecho prisionero el ex-coronel López por el general Francisco Vélez.—Ambos certificados fueron expedidos el 20 de Julio de 1867.

El general Vélez también certificó haber pedido al general Escobedo que López se quedara en su compañía y bajo su responsabilidad, por haberlo hecho prisionero personalmente y deberle servicios. El ex-teniente-coronel Yablousky, también certificó: que López lo había llamado á las tres de la madrugada para que avisara á Maximiliano, al general Castillo y á otros, que trataran de salvar al Emperador, y también certificó *que López para darle esas órdenes, se desprendió de las fuerzas liberales que le tenían preso, volviendo después á ellas.*

Refiere el gefe López en su Manifiesto de Julio de 1867, que en la noche del 14 de Mayo, Maximiliano le preguntó si tendría ánimo para salir de la linea é ir á buscar al enemigo con la misión de tratar; y que le dió una respuesta afirmativa; recibió instrucciones del Emperador para que con la más prudente reserva fuese á solicitar se le concediera el permiso de salir con el Regimiento de la Emperatriz y el séquito de algunas personas. López sigue refiriendo que conducido ante el general Escobedo, con las formalidades que se emplean para recibir á un parlamentario, en una breve conferencia manifestó los deseos de Maximiliano, y Escobedo le contestó que no tenía facultades de su gobierno para conceder garantías, sino obligarlo á que se rindiera á discreción ó batirlo. López regresó al campo imperialista cerca de las doce de la noche y refiere que en esa hora comunicó el resultado de su comisión y que en consecuencia Maximiliano mandó desensillar sus caballos, los de su séquito y del Regimiento de la Emperatriz, preparados ya para la salida y se retiró á acostarse.

(1) Para esa salida que debió verificarse en el curso del día 14, se habían construido diez y nueve puentes portátiles, había sido racionada la tropa con carne de caballo y vino tinto, y se dictaron otras disposiciones.

[2] Sostienen los defensores de la plaza de Querétaro, entre ellos el escritor Alberto Hans, que el coronel Miguel López, aunque fuese protegido de Maximiliano, había entrado en relaciones con los republicanos durante los últimos días del sitio, les informaba de todas las resoluciones tomadas

Aquellos momentos de angustia, de incertidumbre y de miseria, se prestaban para dar aliento al que quisiera medrar y quedar bien con el jefe á quien entregara la plaza, próxima á ser abandonada por Maximiliano. Presentábase á primera vista el jardín de la Cruz, lugar poco distante de los puntos avanzados de los republicanos, el más apropósito para dejar una entrada á los sitiadores; queriendo defenderlo se habían levantado trincheras cubiertas con artillería. López dispuso que se retirase de una de ellas la fuerza de guardia municipal de México que la guarnecía, y la reemplazó con tropa de irregulares al mando de Yablousky, amigo suyo de todas sus confianzas, y ordenó al subteniente Domet, de la guardia municipal, que se alejara con derrotero al Panteón, pues aseguró que eran suficientes los exploradores de Yablousky para defender la posición, y cuando Domet pidió á López que le permitiese colocar en la trinchera un cañón que provisionalmente había sido puesto á su cuidado, aunque no contaba con artilleros que lo sirvieran, López le contestó que tal precaución era inutil. (1)

Hemos dicho que se había notado en la ciudad de Querétaro la noche del 14 de Mayo, inusitado movimiento, á causa de la salida que iba á efectuarse y que se aplazó; habían quedado atalajadas las mulas en algunas piezas de artillería que estaban en la plaza de la Cruz, y listo ya el Regimiento de la Emperatriz vestido con uniforme de gala. Había comunicado el comandante de batería D. Antonio Salgado al subteniente Hans, que se preparaba una salida, recomendándole que cuidara del punto de la Cruz, porque seguramente iba á ser atacado antes de que amaneciera, y le dejó el mando de las dos piezas de artillería que estaban en la huerta del convento, siendo de notar que no llegó á ese puesto la noticia definitiva de lo resuelto acerca de aplazar la salida de la guarnición.

Todo parecía tranquilo en Querétaro á las dos de la madrugada, á cuya hora eran completos el silencio y la oscuridad. El subteniente Hans que dormía al pie de los cañones, acababa de ser despertado por el sargento Guzmán, conforme á

---

por Maximiliano y combinaba con los jefes sitiadores los medios de entregar la plaza, cuya caída no era dudosa, y en este caso, si la tomaban por la fuerza, López tendría que pagar con la vida los servicios que había prestado á la Intervención francesa y al Imperio, expiando las ejecuciones consumadas en los republicanos que habían caido en su poder.

Además, López debía alimentar profundo rencor contra muchos jefes imperialistas que, al saber que iba á ser nombrado general de brigada, enviaron en comisión, cerca del Emperador, al general Méndez para que le informara de que López era indigno de su real protección, y que tal nombramiento produciría efecto desastroso entre los que deseaban mantener en alto el prestigio del ejército.

[1] López era alto y corpulento, de un aspecto más bien norte-americano; tenía la cabeza cubierta con pelo rubio, algo oscuro en el centro, la frente irregular, en parte estrecha y en parte despejada, cubriendo la imperfección un mechón de cabellos, la mirada era torva, el bigote también rubio; á veces usaba perilla á la francesa. Vestía chaqueta encarnada de husar con adornos negros, y portaba varias condecoraciones, entre ellas la de la Legión de Honor; siempre montaba buenos caballos americanos y su apariencia militar hacía favorable impresión.



Jacinto Meléndez.

Escribano en la causa que el Consejo de Guerra formó en Querétaro al Príncipe Maximiliano. Meléndez era soldado de la 3ª compañía del Batallón "Guardia de los Supremos Poderes." Protestó cumplir con las obligaciones que le imponía su nombramiento, el 24 de Mayo de 1867. Siendo extraordinario el trabajo de las actuaciones, se le adjuntó diez dias después otro escribano, Ricardo Cortés, sargento segundo del cuerpo "Cazadores de Galeana," hasta el 16 de Junio en que sustiruyó á Cortés el sargento segundo de ambulancia Félix Dávila.

Aquellos momentos de angustia, de incertidumbre y de miseria, se prestaban para dar aliento al que quisiera medrar y quedar bien con el jefe á quien entregara la plaza, próxima á ser abandonada por Maximiliano. Presentábase á primera vista el jardín de la Cruz, lugar poco distante de los puntos avanzados de los republicanos, el más apropósito para dejar una entrada á los sitiadores; queriendo defenderlo se habían levantado trincheras cubiertas con artillería. López dispuso que se retirase de una de ellas la fuerza de guardia municipal de México que la guarnecía, y la reemplazó con tropa de irregulares al mando de Yablousky, amigo suyo de todas sus confianzas, y ordenó al subteniente Domet, de la guardia municipal, que se alejara con derrotero al Panteón, pues aseguró que eran suficientes los exploradores de Yablousky para defender la posición, y cuando Domet pidió á López que le permitiese colocar en la trinchera un cañón que provisionalmente había sido puesto á su cuidado, aunque no contaba con artilleros que lo sirvieran, López le contestó que tal precaución era inutil. (1)

Hemos dicho que se había notado en la ciudad de Querétaro la noche del 14 de Mayo, inusitado movimiento, á causa de la salida que iba á efectuarse y que se aplazó; habían quedado atalajadas las mulas en algunas piezas de artillería que estaban en la plaza de la Cruz, y listo ya el Regimiento de la Emperatriz vestido con uniforme de gala. Había comunicado el comandante de batería D. Antonio Salgado al subteniente Hans, que se preparaba una salida, recomendándole que cuidara del punto de la Cruz, porque seguramente iba á ser atacado antes de que amaneciera, y le dejó el mando de las dos piezas de artillería que estaban en la huerta del convento, siendo de notar que no llegó á ese puesto la noticia definitiva de lo resuelto acerca de aplazar la salida de la guarnición.

Todo parecía tranquilo en Querétaro á las dos de la madrugada, á cuya hora eran completos el silencio y la oscuridad. El subteniente Hans que dormía al pie de los cañones, acababa de ser despertado por el sargento Guzmán, conforme á

---

por Maximiliano y combinaba con los jefes sitiadores los medios de entregar la plaza, cuya caída no era dudosa, y en este caso, si la tomaban por la fuerza, López tendría que pagar con la vida los servicios que había prestado á la Intervención francesa y al Imperio, expiando las ejecuciones consumadas en los republicanos que habían caído en su poder.

Además, López debía alimentar profundo rencor contra muchos jefes imperialistas que, al saber que iba á ser nombrado general de brigada, enviaron en comisión, cerca del Emperador, al general Méndez para que le informara de que López era indigno de su real protección, y que tal nombramiento produciría efecto desastroso entre los que deseaban mantener en alto el prestigio del ejército.

[1] López era alto y corpulento, de un aspecto más bien norte-americano; tenía la cabeza cubierta con pelo rubio, algo oscuro en el centro, la frente irregular, en parte estrecha y en parte despejada, cubriendo la imperfección un mechón de cabellos, la mirada era torva, el bigote también rubio; á veces usaba perilla á la francesa. Vestía chaqueta encarnada de husar con adornos negros, y portaba varias condecoraciones, entre ellas la de la Legión de Honor; siempre montaba buenos caballos americanos y su apariencia militar hacía favorable impresión.



Jacinto Meléndez.

Escribano en la causa que el Consejo de Guerra formó en Querétaro al Principe Maximiliano. Meléndez era soldado de la 3ª compañía del Batallón "Guardia de los Supremos Poderes." Protestó cumplir con las obligaciones que le imponía su nombramiento, el 24 de Mayo de 1867. Siendo extraordinario el trabajo de las actuaciones, se le adjuntó diez dias después otro escribano, Ricardo Cortés, sargento segundo del cuerpo "Cazadores de Galeana," hasta el 16 de Junio en que sustiruyó á Cortés el sargento segundo de ambulancia Félix Dávila.

lo convenido acerca del turno en el servicio; Hans dió algunos paseos por el parapeto para desperezarse y observar si los centinelas estaban despiertos. Esperando que apareciese la luz del nuevo día, se recostó sobre la cureña de uno de los cañones, con la creencia de que de un momento á otro romperían el fuego sus adversarios. Oye de pronto pasos rápidos que se dirigen á la trinchera y se le presenta el coronel López, fácil de reconocer de cerca, no obstante la oscuridad, por su uniforme bordado de plata.

Dirigiéndose López á Hans le dijo con precipitación y señalando á una fuerza que le seguía:

—Este es un refuerzo de infantería; recordad pronto á vuestros artilleros; haced que retiren esa pieza de la tronera y oblicuadla sobre la izquierda; pero que todo sea pronto.

Hans, que creía llegado el momento de la salida, recordó á los artilleros, entretanto que López, que parecía estar muy de prisa, injuriaba al sargento Guzmán porque no se levantaba tan pronto como lo deseaba este gefe recién llegado. Removió la pieza el subteniente Hans hácia el lado izquierdo, obedeciendo las órdenes de López que se alejó dejando el cañón al cuidado de un pelotón de infantería; poco después reconoció Hans que estos soldados eran de los republicanos, y vió cómo paulatinamente fueron tomando los mosquetes de los artilleros, y aunque el oficial que mandaba á los que acababan de llegar dijo que pertenecía á la brigada Méndez, el subteniente Hans, que había militado en ella durante mucho tiempo, conoció el engaño que ya sospechaba por las idas y venidas que se sucedieron en corto tiempo, así como por la prisa de López y lo raro que encontró todo lo que le rodeaba; preguntó al mismo oficial si sabía donde se hallaría López y habiéndole designado el Panteón, se dirigió Hans á ese sitio; pero al descender la plataforma, un centinela le dió con energía el ¡alto ahí! Quiso Hans que el oficial revocara aquella orden del centinela, pues que se trataba de un colega suyo, y obtuvo por contestación solamente evasivas y falsedades. Entonces le asaltó la creencia en una traición, aunque al reflexionar en la presencia del coronel López, que por gratitud y conveniencia debía ser el más fiel servidor de Maximiliano, apartó las sospechas y procuró tranquilizarse. Esperando que el oficial que tenía delante le diese una explicación, oyó Hans estas palabras:

—No temais; estais entre soldados del ejército regular y no entre guerrilleros; pertenecemos al batallón de Supremos Poderes de la República.

Atónito quedó Hans; creía soñar; estaba en poder del enemigo y sin posibilidad de dar aviso al cuartel general de la Cruz; se encontraba aislado y sin esperanza de salvación. Dudando aun de sí mismo, preguntó al sargento Guzmán si en efecto había sido el coronel López la persona que poco antes les dió órdenes; ambos convinieron en que éste traicionaba, y dirigiéndose Hans al oficial republicano le preguntó si el coronel López los había introducido á ese sitio, y tuvo la siguiente contestación:

—Ciertamente; pero no temais nada; somos del ejército regular, ningún mal se os hará, os habeis batido todos muy bien durante el sitio, para obtener consideraciones de nuestros jefes.

En aquellos críticos momentos notaban los imperialistas, sorprendidos, que del convento de la Cruz no salía un tiro, ni se escuchaba ruido alguno que indicara movimiento ó que se estaba alerta; ¡reinaba el más completo silencio! ¿porqué no se percibía señal de ninguna clase en la mole negra é imponente del edificio que ocupaba Maximiliano? Pensó Hans huir y dar la voz de alarma, pero renunció á su proyecto juzgándolo impractiaable. Comprendiendo el oficial republicano la ansiedad en que estaba Hans, al ver que éste dirigía su vista con tanta insistencia hacia la Cruz, le dijo:

—Todo el convento ha de estar en nuestro poder; vuestro Emperador debe encontrarse ahora prisionero. (1)

En ese momento se les presentó un jefe republicano seguido de algunos hombres, y ordenó con firmeza que el cañón se volteara hácia la Cruz, que lo sirviesen provisionalmente los artilleros desarmados, amenazando con fusilarlos si desobedecían, é hizo que una escolta condujera á Hans y Gontrán ante el general Vélez que debía encontrarse en el interior de la Cruz. Las órdenes fueron ejecutadas, y cuando ya estaban cerca del ex-convento vieron que un batallón republicano penetraba á aquel edificio sin que se oyera ni un tiro, y tan solo el ruido sordo que producía la marcha de los soldados y el murmullo de las órdenes que á media voz daban los oficiales. No encontrando al general Vélez, fueron llevados los dos prisioneros ante el comandante del batallón de Nuevo-Leon, quien dió la orden de que se les condujera inmediatamente á Pateo; con tal motivo volvieron sobre sus pasos y al entrar al jardín de la Cruz encontraron al coronel de Estado Mayor D. Manuel Guzmán, que en esos momentos acababa de ser preso al ir á visitar los puestos. Este nuevo prisionero fué confiado á la misma escolta. Ascendieron á la plataforma ocupada una hora antes por las fuerzas de Yablousky, el amigo ó protegido de López, y pasaron al otro lado por los adobes dispuestos en forma de escalera, comprendiéndose que los republicanos habían penetrado por allí. Pocos minutos después, los prisioneros estaban entre los sitiadores.

(1) Poco después llegó el capitán Gontrán y solicitó de Hans, que hablaba mejor el español, que le ayudara á buscar el sable y los abrigos que le habían cogido los soldados que condujera López para relevarlo en la trinchera.

—¿Son acaso filibusteros, dijo, esos soldados que el coronel López ha traído? Si no encuentro mi sable dentro de cinco minutos, le rompo la cara á ese ganapán de comandante que no es del todo fino.

—Pero capitán, contestó Hans, no ve usted que estamos prisioneros; el coronel López acaba de introducir al enemigo en la plaza; los soldados que veis allí pertenecen al batallón de Supremos Poderes.....

Quedó el capitán como petrificado; pero después de un rato de silencio, dijo tristemente, como si se consolara:

¡Por vida mia; tanto peor! Era preciso que esto acabara de cualquier modo

Sorprendidos el cuartel general de la Cruz, la huerta y el panteón, se apresuraron los republicanos á posesionarse de todo aquel edificio, operación que les era muy fácil, guiados por López y protegidos por la oscuridad de la noche, por el sueño de los sitiados y principalmente engañados los imperialistas por la categoría del que condujo á los republicanos. Las alturas del convento, así como las escaleras, patios y salidas, según refieren los que en aquella posición se encontraban, fueron ocupadas por las fuerzas del coronel Rincón Gallardo, pertenecientes á la brigada Arce, quedando desarmados antes de que despertaran, los soldados de la gendarmería, la compañía de ingenieros, el batallón del Emperador y los voluntarios de Querétaro.

En seguida se apoderaron los republicanos, sin ruido, de la artillería formada en la plaza de la Cruz, de la iglesia cercana, del hospital, almacenes del parque de artillería y de las obras que por aquel lado había. La corta reserva compuesta de una parte del 3° de linea, que estaba en el patio de entrada y en los corredores del hospital, fué desarmada y presa con la facilidad con que se hizo todo, gracias al guía que llevaban los republicanos, el cual daba las órdenes necesarias para prevenir ó impedir cualquiera resistencia, y como nadie sospechaba ni comprendía lo que pasaba, no hubo ni un tiro, ni un grito de alarma al caer el cuartel general y sus anexos en poder del enemigo, enmedio de aquella calma que se creería fantástica.

Luego que la aurora apareció, ocupáronse los republicanos en terminar la obra tan fácilmente comenzada y que lo mismo seguiría, contando ya con la posesión de la Cruz que era la llave de la plaza. (1)

¿Qué hacía entretanto Maximiliano? En los momentos en que los sitiadores tomaban la Cruz, Yablousky y después el mismo López, daban la alarma al Emperador y al general Castillo, haciendo que fueran recordados con la terrible noticia de que el enemigo había entrado á la Cruz y que se había apoderado del panteón por fuerza, lo cual era falso, pues que de todo se habían adueñado sin que se les opusiera la menor resistencia.

(1) Al rayar el alba sorprendió á la población un repique á vuelo en el convento de la Cruz y fué secundado inmediatamente en el de San Francisco, situado en la plaza principal, centro de la ciudad sitiada. Toda la guarnición, muy distante de figurarse lo que pasaba, creyó que se repicaba por el arribo del general Márquez y sus tropas, y no era posible explicarse de otro modo que repicaran en la torre de San Francisco y mucho menos creer que en ella se encontraran los sitiadores que habrían necesitado atravesar la linea de tiradores y las otras dos que tenían fortificadas los sitiados, siendo de notar que la vigilancia entre una y otras, así como el servicio de trinchera, eran escrupulosamente guardados y nadie habría pedido salvar el tramo que separaba á los combatientes sin ser notado y visto, salvo el caso de que los guardianes estuvieran de acuerdo con los sitiadores. Solamente con acuerdo de esta naturaleza podría explicarse que penetraran en columna miles de hombres sin ser vistos ni sentidos, y que los sitiadores tomaran en Querétaro, antes del crepúsculo y á favor de las últimas sombras de la noche del día 14, posiciones junto de los sitiados que se encontraron oprimidos entre dos lineas de republicanos, maniobra imposible sin contar con un plan bien combinado.

Al saber Maximiliano el peligro en que se hallaba dijo al general Castillo, al príncipe de Salm y á su ayudante Pradillo, que violentamente se le habían reunido:

—No queda otro recurso que salir de aquí ó morir. (1)

Cuando López llegaba á la cabeza de los republicanos al cuartel de la Cruz sorprendiendo allí al Emperador y sus tropas, muchos oficiales imperialistas dirigiéndose á él, exclamaron:

—¿Y bien, coronel, no nos defendemos?

López se limitó á responder:

—No es tiempo. (2)

Tomando sus pistolas y algunos papeles importantes, bajan los cuatro las escaleras. Maximiliano iba cubierto con un sombrero de fieltro blanco, bordado de oro, y bajo su paletot ocultaba el uniforme de general de división. Debido á esa circunstancia y á la media oscuridad que había en los tránsitos, no fué reconocido por el centinela republicano que estaba al pie de la escalera, el cual tomó á Maximiliano por uno de los jefes republicanos; ya por la seguridad con que andaba, cuanto por el traje que tenía, el centinela le hizo el saludo de ordenanza, al cual Maximiliano contestó; atravesó el patio y en algunos minutos estaba en la plaza de la Cruz. (3)

---

(1) El Barón de Lago dirigió una comunicación á su gobierno, fechada el 15 de Junio de 1867, en la cual manifestaba que después de haber combatido felizmente con un ejército seis veces más numeroso, esperando el regreso del general Márquez, tomaron los sitiados la resolución de abandonar la ciudad de Querétaro y dirigirse sobre México, debiendo partir en la madrugada; pero que á las tres de la mañana el traidor López, portegido hasta entonces del Emperador y comandante del convento fortificado de la Cruz, introdujo al enemigo por este punto que completamente dominaba á Querétaro.

(2) Mr. Gerard, escritor, da por razón para la conducta de López, el no haber querido Maximiliano entregarle el despachó de general.

(3) El coronel Salm-Salm, testigo presencial de la salida de Maximiliano del convento de la Cruz, refiere el suceso de la siguiente manera: "Encontré al Emperador bajando la escalera; llevaba su traje de costumbre y puesto encima un sobretodo, pues la mañana estaba fría y él no se sentía bien; se había fajado la espada y tomado un revolver en cada mano. El general Castillo iba tras él. Subí de prisa, continúa diciendo Salm, hasta el séptimo escalón en el que estaba el Emperador, contando desde el piso de la escalera, le quité las pistolas para llevarlas, y enmedio de mi excitación le dije en voz alta, tomándole por el brazo izquierdo. ¡Señor, estos son los últimos momentos; ya está ahí el enemigo!"

Sigue refiriendo Salm, que al salir de la plaza, algunos soldados del enemigo los detuvieron y que alzó involuntariamente uno de los revolvers en actitud de defender al Emperador, pero que éste le hizo una seña y lo bajó. Al mismo tiempo salió López de entre los enemigos, vió Salm á un lado al coronel D. José Rincón Gallardo, quien al reconocer al Emperador se volvió hácia sus soldados diciendo: "que pasen esos paisanos."—Esta aserción del escritor Salm ha sido negada públicamente por el Sr. Rincón Gallardo, á causa de heberse confundido los nombres de D. Pedro y D. José Rincón Gallardo.—Asegura el mismo Salm, que Maximiliano atribuyó la conducta del oficial Rincón

El puesto militar de la Cruz, confiado en aquella memorable noche al cuidado de López, estaba comprendido en la linea que se extendía desde San Francisquito hasta el Chirimoyo, fué cubierto en los últimos días del sitio con mil quinientos hom-

---

Gallardo, que los dejaba pasar, á la circunstancia de haber recibido una hermana de éste, favores de la Emperatriz siendo su dama de honor.

El agente principal, alma de todas aquellas maniobras, era López, quien al entregar la plaza tal vez no quería incluir en su traición la libertad y la vida de Maximiliano, pues de pronto aparece el caballerango del coronel conduciendo el hermoso caballo pinto que montaba el Emperador, y todos se presumen que López dispuso le fuese llevado ó personalmente lo condujo, pues que acababa de suplicarle á Maximiliano que se refugiara en la casa del Sr. Rubio, á cuya propuesta contestó:

—Yo no me escondo.

El coronel del Regimiento de la Emperatriz, Miguel López, refiere en un Manifiesto, de la siguiente manera, la salida de Maximiliano del ex-convento de la Cruz: "Recogido Maximiliano en su alojamiento, ya dadas las doce de la noche del día 14, y después que regresé del campo republicano, me dirigía á recorrer la línea; al volver á la huerta de la Cruz, punto calificado de principal para la vigilancia, me ví cercado por tropas y oficiales con pistola en mano, y los reconocí como pertenecientes á las filas enemigas." Afirma López que le declararon su prisionero, "haciéndole saber que habían sorprendido la entrada por la barda de la huerta," lo cual causó á López una sensación de estupor que le pasó un momento después, á causa de que conocía la insuficiencia de la tropa para cubrir bien el punto, en razón de la fatiga y del hambre. A la cabeza de aquella fuerza iba el general Francisco A. Vélez. "En ese momento supremo, sigue refiriendo López, durante el cual viví una vida entera de agonía, comprendí el peligro inmenso que corría el Emperador, á cuyo alojamiento, situado en un claustro de la Cruz, se llegaba en pocos momentos. Pensé en sacrificar mi vida dando gritos de alarma; pero conocí que mi sacrificio era inútil porque los oficiales que me cercaban me matarían al primer grito y no lograría yo mi objeto; pensé en combatir, pero el punto más próximo al en que estábamos distaría doscientas varas y no me sería posible llegar á él." Asegura López que su único pensamiento fué salvar al Emperador y que para ganar tiempo y avisarle se dirigió al general Vélez y le rogó que impidiera la continuación del derramamiento de sangre, y solicitó de él que le ayudara en su obra humanitaria. "Con este pretexto alejé á la tropa, llevándola al panteón, y entretanto mandé avisar al Emperador con el teniente-coronel Yablonsky nuestra situación y la urgencia de que se salvara." Dice López que ignoraba porqué se demoró tanto Maximiliano en salir, y que esta demora le tenía sin aliento, y que para darle tiempo de salvarse, "tenía López que seguir al lado de sus aprehensores, divagando su atención." Ya al amanecer se presentó Maximiliano, acompañado de otras personas de su séquito, á quienes rodearon varios soldados; pero López declaró que eran particulares y no militares, logrando de este modo que no fueran aprehendidos. Continúa refiriendo que rogó al general Pradillo le sacara por los taladros, horadaciones casi subterraneas muy poco conócidas; mas no se hizo así. El Emperador salió á pie y ya en la calle, sigue diciendo López, que aprovechando un momento de confusión, ocasionado por el fuego de los soldados republicanos que marchaban sobre San Francisco, se apoderó de "un caballo que vió sin ginete y alcanzó á Maximiliano; á quien rogó que se dejase guiar por un hombre de la confianza de López para conducirlo á una casa donde le ocultarían y de la cual saldría en la noche." Refiere López que Maximiliano se negó, aunque le suplicó con tanta insistencia, que hasta llegó á tomarle con supremo afán una de las manos; "entonces se le vió vacilar; pero insistió en su negativa y le mandó que diese orden para que le siguieran las tropas al cerro de las Campanas," orden que López asegura haber comunicado á cuantos oficiales vió mandando piquetes. Dice que ya prisionero Maximiliano, López volvió á solicitar garantías para el Emperador.

bres que formaban la brigada de reserva, de la cual cuatrocientos treinta dragones ocupaban el convento del Carmen y el mesón del Aguila Roja. La altura del convento estaba defendida por un coronel, su segundo, treinta soldados y una pieza de montaña. Una flecha que cortaba el camino de México estaba cubierta con un capitán, un subalterno y cuarenta soldados del batallón del Emperador y sesenta de la Gendarmería francesa al mando de un capitán y dos subalternos; la barda de la huerta á la orilla del mismó camino, estaba cubierta con un oficial y veinticinco hombres, teniendo un obús con su dotación de artilleros. Por una de las dos troneras que se abrieron en dicha barda, cuya tronera se encontró desartillada, penetraron el general Vélez y los gefes Chavarría y Rincón, seguidos de sus batallones. López no dice cómo supieron que aquella tronera estaba desartillada. El panteón estaba defendido por cuarenta hombres con su capitán, un subalterno y una pieza de montaña; cuidaban la barda que enfrentaba á la torre veinte soldados y un oficial, con un obús de á 24 y su respectiva dotación de artilleros. Estas eran las obras que formaban el fuerte que se llamó de la Cruz. La vigilancia era ejercida por un gefe de día y un capitán, quienes recibían todos los días la orden especial de atender preferentemente á la huerta y al panteón; además había para el mismo objeto de vigilar, un rondín de gefes y oficiales del depósito. (1)

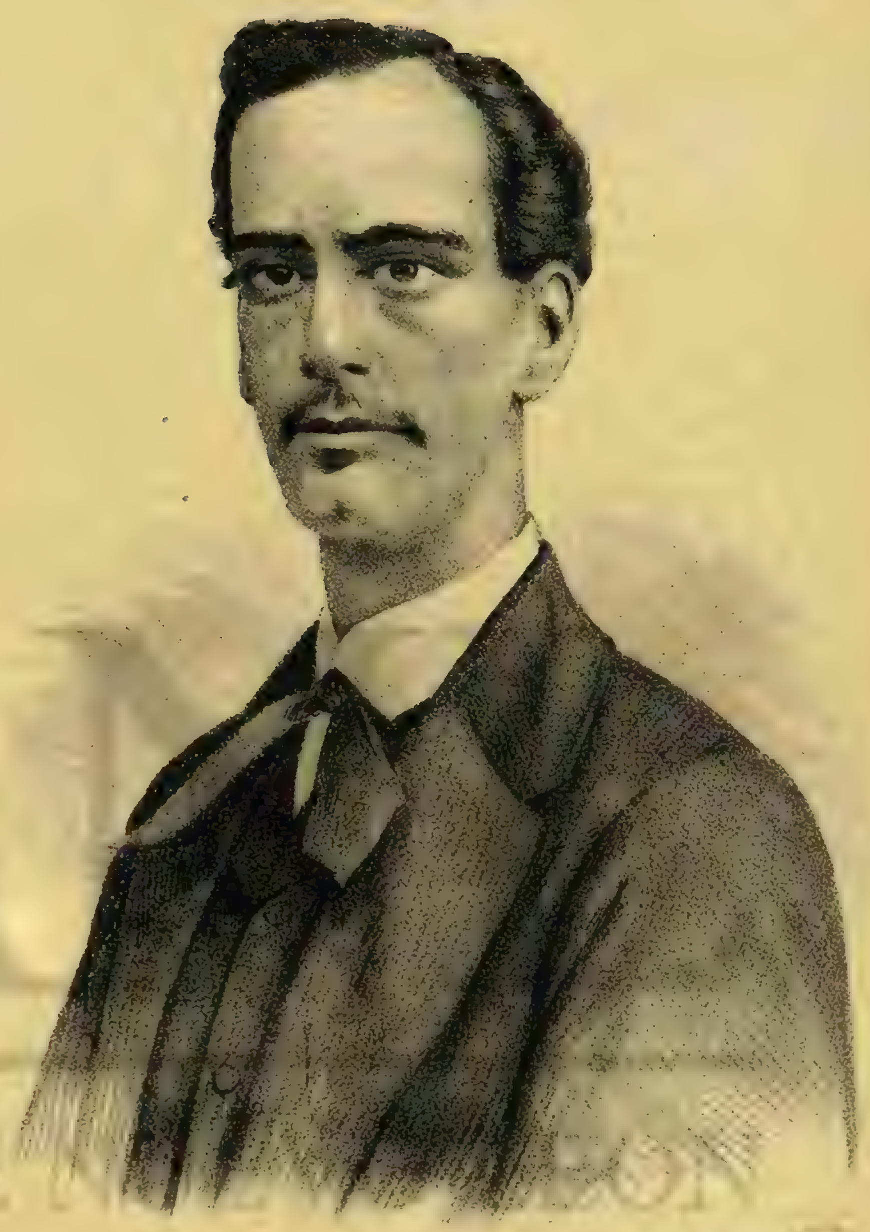
Al aparecer la luz del día mostróse toda la extensión del desastre; pero Maximiliano no retrocede ante el peligro, en presencia de los republicanos y preparando sus revolvers dijo á los que le seguían: ¡ Adelante !Fué detenido por los republicanos; pero López estaba allí, y sea porque creyera poder salvar las apariencias, ó que tan sólo hubiera querido entregar la plaza y salvar la persona de Maximiliano, ó que los remordimientos comenzaran á punzarle, se aproximó á un gefe republicano y le dijo que dejara pasar á aquellas cuatro personas que eran paisanos. El gefe que ejecutaba exactamente todas las instrucciones que

---

(1) La vigilancia, según López, era la suficiente; pero entrando de pronto y en la oscuridad las fuerzas republicanas, indudablemente conducidas por alguno que conocía perfectamente aquella posición, los sitiados no tuvieron ni tiempo de hacer fuego, rendidos como estaban por la fatiga y el hambre. De la huerta se pasaba al convento por una puerta estrecha y expuesta a los fuegos de las alturas; después había que atravesar un patio que también podía defenderse muy bien y con éxito para contener ó rechazar á los asaltantes.

Del alojamiento de Maximiliano partía una escalera para la torre, otra del departamento del general Castillo y había una tercera por el coro, de manera que un batallón de reserva que allí dormía al pie de sus armas, podía subir á la torre y defender en la puerta referida en pocos minutos; pero la sorpresa fué dada de tal manera, que no hubo lugar á ninguna resistencia y todos se dirigieron rápidamente al cerro de las Campanas.

Los batallones Supremos Poderes y Nuevo-Leon fueron los que penetraron por la tronera al mando de los generales Vélez, Paz y Chavarría, coroneles Lozano, Rincón Gallardo, Yépez y teniente-coronel Margain. De tal manera refirió López lo acaecido en la madrugada del día en que fué tomada la plaza de Querétaro.



Lic. Joaquín M. Escoto.

Asesor en la causa instruida en Querétaro á Maximiliano de Hapsburgo, prisionero después del sitio de Querétaro. Entre los dictámenes de más importancia emitidos por dicho asesor, sobresale el que negó suspender los procedimientos en la sumaria que se instruyó á Maximiliano con arreglo á la ley de 25 de Enero de 1862, que por terminante disposición del gobierno del Presidente Juárez había de servir para juzgar al reo de aquella causa.

bres que formaban la brigada de reserva, de la cual cuatrocientos treinta dragones ocupaban el convento del Carmen y el mesón del Aguila Roja. La altura del convento estaba defendida por un coronel, su segundo, treinta soldados y una pieza de montaña. Una flecha que cortaba el camino de México estaba cubierta con un capitán, un subalterno y cuarenta soldados del batallón del Emperador y sesenta de la Gendarmería francesa al mando de un capitán y dos subalternos; la barda de la huerta á la orilla del mismó camino, estaba cubierta con un oficial y veinticinco hombres, teniendo un obús con su dotación de artilleros. Por una de las dos troneras que se abrieron en dicha barda, cuya tronera se encontró desartillada, penetraron el general Vélez y los gefes Chavarría y Rincón, seguidos de sus batallones. López no dice cómo supieron que aquella tronera estaba desartillada. El panteón estaba defendido por cuarenta hombres con su capitán, un subalterno y una pieza de montaña; cuidaban la barda que enfrentaba á la torre veinte soldados y un oficial, con un obús de á 24 y su respectiva dotación de artilleros. Estas eran las obras que formaban el fuerte que se llamó de la Cruz. La vigilancia era ejercida por un gefe de día y un capitán, quienes recibían todos los días la orden especial de atender preferentemente á la huerta y al panteón; además había para el mismo objeto de vigilar, un rondín de gefes y oficiales del depósito. (1)

Al aparecer la luz del día mostróse toda la extensión del desastre; pero Maximiliano no retrocede ante el peligro, en presencia de los republicanos y preparando sus revolvers dijo á los que le seguían: ¡ Adelante !Fué detenido por los republicanos; pero López estaba allí, y sea porque creyera poder salvar las apariencias, ó que tan sólo hubiera querido entregar la plaza y salvar la persona de Maximiliano, ó que los remordimientos comenzaran á punzarle, se aproximó á un gefe republicano y le dijo que dejara pasar á aquellas cuatro personas que eran paisanos. El gefe que ejecutaba exactamente todas las instrucciones que

(1) La vigilancia, según López, era la suficiente; pero entrando de pronto y en la oscuridad las fuerzas republicanas, indudablemente conducidas por alguno que conocía perfectamente aquella posición, los sitiados no tuvieron ni tiempo de hacer fuego, rendidos como estaban por la fatiga y el hambre. De la huerta se pasaba al convento por una puerta estrecha y expuesta a los fuegos de las alturas; después había que atravesar un patio que también podía defenderse muy bien y con éxito para contener ó rechazar á los asaltantes.

Del alojamiento de Maximiliano partía una escalera para la torre, otra del departamento del general Castillo y había una tercera por el coro, de manera que un batallón de reserva que allí dormía al pie de sus armas, podía subir á la torre y defender en la puerta referida en pocos minutos; pero la sorpresa fué dada de tal manera, que no hubo lugar á ninguna resistencia y todos se dirigieron rápidamente al cerro de las Campanas.

Los batallones Supremos Poderes y Nuevo-Leon fueron los que penetraron por la tronera al mando de los generales Vélez, Paz y Chavarría, coroneles Lozano, Rincón Gallardo, Yépez y teniente-coronel Margain. De tal manera refirió López lo acaecido en la madrugada del día en que fué tomada la plaza de Querétaro.



Lic. Joaquín M. Escoto.

Asesor en la causa instruida en Querétaro á Maximiliano de Hapsburgo, prisionero después del sitio de Querétaro. Entre los dictámenes de más importancia emitidos por dicho asesor, sobresale el que negó suspender los procedimientos en la sumaria que se instruyó á Maximiliano con arreglo á la ley de 25 de Enero de 1862, que por terminante disposición del gobierno del Presidente Juárez había de servir para juzgar al reo de aquella causa.

López daba, ordenó el paso de aquellos, aunque las insignias militares llevadas por Maximiliano y los de su comitiva, desmintieran las palabras de López, quien se presentaba armado, á caballo y libre al lado de los republicanos, no obstante lo cual no se comprendía aún que traicionara.

Maximiliano se dirigió violentamense para el cerro de las Campanas, sin detenerse á pedir á López explicaciones acerca de lo que acababa de pasar; pensaba reunir en aquella posición algunas tropas para resistir hasta el último momento ó abrirse paso entre los sitiadores. Al pasar delante del mesón que servía de cuartel á su escolta y á los húsares, Maximiliano envió la orden á los gefes de esas fuerzas para que á toda prisa dispusieran ensillar y se le reuieran en el cerro de las Campanas. Se le llevó un caballo, pero no quiso montar, porque á su lado iban á pie el gefe de Estado Mayor, Castillo, y el Príncipe de Salm.

Un momento se detuvo én el palacio departamental, para enviar á Miramón la orden de reunir las tropas que pudiera y dirigirse con ellas al citado punto de reunión.

Cuando los sitiados supieron que los republicanos estaban en el centro de la ciudad, sintiéronse con el estupor que produce una gran sorpresa y apenas acertaban á preguntarse mútuamente: ¿qué hay? ¿qué pasa? sin que nadie lograra obtener respuesta satisfactoria. Puede darse una idea del desconcierto en que cayeron los sitiados, al saberse que hubo oficial que buscando refugio en su alojamiento lo encontrara ya ocupado por otro oficial republicano. ¿Qué más? las tropas que se encontraban en el mismo convento de San Fracisco, ignoraban que quienes repicaban en el campanario del propio convento eran los sitiadores. La plaza había sido ocupada sin tiros, sin combate, sin lucha de ningún género; los fuegos de artillería que después disparó el sitiador contra el cerro de las Campanas, fueron ya más bien alardes de fuerza extemporáneos é inútiles.

Entre las fuerzas sitiadoras que desfilaban para el centro de la ciudad en el mejor orden, se veía á Miguel López armado, yendo y viniendo á la faz de todos. También se veía á Antonio Yablousky, individuo que perteneció á la policía secreta, paseándose montado y armado, seguido de su asistente. El jefe imperialista D. Adrián Magaña aseguró por la prensa, que Yablousky se encargaba del vil oficio de designar á los vencedores los alojamientos, caballos y equipajes de los vencidos.

La cuestión de si López fué ó no traidor, asunto que parecía ser personal, se presentó como de partido; algunos jefes republicanos olvidaron que la traición deshonra al que la comete y no al general que aprovechándose del delincuente, evita la efusión de sangre para vencer.

La plaza de Querétaro tenía que caer en corto plazo, esto es inconcuso, y ningún demérito reportan los sitiadores por el hecho de que la hubiese entregado álguien, cuando ya estaba vencida por la falta de elementos para prolongar la defensa.

Los certificados que se publicaron diciendo que López fué hecho prisionero en el momento del asalto al convento de la Cruz, pudieron haber afirmado que desde antes de marchar sobre el fuerte ya quedaba el coronel imperialista en calidad de preso, pues le custodiaban al penetrar al recinto fortificado; pero ese prisionero voluntario iba en filas con su consentimiento. (1)

El general Tomás Mejía pudo llegar al cerro de las Campanas con una corta fuerza de caballería y reunirse con Maximiliano, así como el coronel González á la cabeza de los dragones de la Emperatriz, regimiento que á toda prisa hizo salir y que se formara en la llanura situada al pie del cerro, de manera que solamente era esperado Miramón para que los imperiales se abrieran paso buscando una salida.

---

(1) Para probar Miguel López que había sido sorprendido á las cuatro y media de la mañana, en la huerta de la Cruz, y que había querido salvar á Maximiliano, solicitó un certificado de Yablousky, en el cual este dijo: "que á las dos y media de esa misma madrugada, había recibido órden de López para participar al Emperador el peligro que corría." Incurrieron en contradicción, pues ¿cómo pudo ser sorprendido López dos horas después de haber dado aquella orden? Si tuvo oportunidad y tiempo para mandar á Yablousky que salvara á Maximiliano, ¿por qué no dió la voz de alarma? ¿por qué no avisó, dió parte é hizo algo de lo que ordenan el honor y el deber á un oficial? ¿Antes por el contrario, se dirige á la huerta para ser sorprendido y aprehendido?

Miguel López dijo que pudo desprenderse de sus aprehensores para dar órdenes con objeto de salvar al Emperador y después "montar un mal caballo é irle á alcanzar y suplicarle que se dejara conducir por un guía." ¿No es de notarse que un prisionero gozara la libertad de obrar que tuvo López? A un prisionero no se le permite montar á caballo é ir libremente á donde le plazca, y más si se trata de un coronel y comandante de una linea como lo era Miguel López, pues que hasta los subtenientes se encontraban rigurosamente presos y vigilados. El día 20 del mismo mes obtuvo López un pasaporte del jefe vencedor, para marchar á Puebla y arreglar asuntos de familia, mientras que todos los prisioneros estaban con centinelas. Ni un solo momento queda López preso ó arrestado y poco después de caer Querétaro se paseaba por las calles de México.

El día 12 recibió el general Escobedo, de San Francisquito, proposiciones del jefe del punto Miguel Colich, para pasarse sin más condiciones que garantizarle la vida; se le admitió la oferta y se le dijo que esperara. Escobedo dice que pesaba en su ánimo la idea de que tomando la plaza por asalto corría riesgo la ciudad de ser destruida, pues de los veinticinco mil sitiadores, no contaba más que con diez mil disciplinados.

En espera de que se rendiría la ciudad, recibió aviso el general sitiador el día 14, de que en la noche se intentaría una salida por San Gregorio, y al recorrer la linea Oriente de la plaza un ayudante del coronel Julio Cervantes le dió parte al general Escobedo, de que un jefe de la plaza sitiada deseaba hablarle. Recibió en la casa del Sr. Cervantes al emisario, que era el coronel Miguel López, quien le manifestó que Maximiliano, deseando evitar el derramamiento de sangre, había renunciado la corona, y que ofrecía bajo su palabra de honor no volver al país por ningún motivo, esperando que se le permitiría salir de la plaza con algunos jefes y escoltado por un escuadrón de la Emperatriz, hasta Tuxpan, donde se embarcaría. La contestación del general Escobedo fué: que las órdenes de su gobierno eran que la plaza se rindiera á discreción ó batirla. López continuó instando sobre la conveniencia de que no se obligara á la guarnición á romper el sitio y salir, porque la guerra se prolongaría de una manera indefinible, y pidió á Escobedo, en nombre del Archiduque y de la paz, que obrara con alguna magnanimidad, evitando el ataque brusco que costaría mucha

El coronel republicano Rincón Gallardo, siempre guiado por López, penetró hasta el centro de la plaza, se apoderó de las alturas del convento de San Francisco, edificio en que se encontraba el parque general, é hizo prisionero al jefe de artillería Becerra á cuyo mando estaba aquel punto y que había recibido á López sin desconfianza. Poco después la escolta imperial y el escuadrón de húsares austro-mexicanos, que iban á reunirse con Maximiliano, fueron detenidos por López al pasar por delante de San Francisco; les ordenó que echaran pie á tierra y depusieran las armas, é hizo prisionero al capitán Paulowsky, á sus oficiales, á los de la escolta imperial y refundió á los soldados en las filas de los republicanos. Lo mismo se verificó con todos los destacamentos que encontró, pues López continuaba ejerciendo mando entre los republicanos.

En seguida se dirigió López al palacio departamental, seguido de una fuerza republicana que puso á cierta distancia, y se presentó á Maximiliano, quien con admiración le preguntó:

—¿Pero qué sucede, coronel?

—Señor, respondió López señalando á los republicanos que aparecían en el fondo de una calle: "todo se ha perdido; mirad al enemigo que nos sigue de cerca." Creyendo Maximiliano que era la guardia municipal, envió á un oficial á reconocerlos y entretanto López insistió en que Maximiliano se dejara ocultar en una casa cercana, lo cual rehusó absolutamente. El oficial regresó anunciando que la tropa que se percibía era enemiga, y no teniendo Maximiliano ninguna

---

sangre. Esta contestación le dió Escobedo: que deseaba la salida porque así el triunfo de los republicanos sería completo, y no sufriría la población; que en la plaza carecían de toda clase de elementos, siendo absoluta la desmoralización, según podían atestiguarlo los jefes Paz y Puente y teniente-coronel Ontiveros que acababan de pasarse al campo republicano.

Con esto terminó la conferencia, habiendo vuelto López á insistir en que se le dieran garantías al Archiduque, á lo que respondió Escobedo con disgusto, le significó que ya no estuviera hablándole del asunto y le pidió la autorización para hablarle en nombre del Archiduque y en calidad de comisario secreto. Entonces López le presentó una carta, en la que le hablaba el Archiduque como á persona de su mayor confianza. En seguida, dispuso Escobedo que López volviese á su campo, usando las formalidades de estilo. Declara este general republicano que López no le pidió ni ascensos, ni garantías, ni dinero; que todo lo que pidió fué para el Emperador y sólo para el Emperador.

El general Escobedo dice: que tenía la creencia de que López había salido á hablar con él por autorización del Archiduque, y que concibió tal creencia cuando el 17 de Mayo, hablando con Maximiliano en la tienda de campaña levantada en la Purísima, le significó que algunas personas habían pedido permiso para hablarle, entre ellas el coronel López, y que si no se los había concedido era porque esperaba preguntarle si no tenía inconveniente en recibirlos, al contestarle que no lo tenía suplicó á Escobedo que permitiese al coronel López que le viera; pero advirtiéndole éste que algunas versiones que corrían en la plaza tachaban la lealtad de López hácia su persona, Maximiliano le contestó: "A mí el coronel López no me ha faltado." También afirmó el general Escobedo, que Maximiliano le repitió en el cerro de las Campanas, las mismas palabras que López le dijo la noche del catorce.

fuerza respetable que oponerle, y como aún no llegaba Miramón, dió la orden de retirarse al Cerro de las Campanas.

López no le siguió, sino que fué á reunirse con los republicanos. ¿Por qué razón al alcanzar López á Maximiliano en las calles de Querétaro, no siguió con él, sino que vuelve á caballo, llevando puesto aún el uniforme del Regimiento de la Emperatriz y se mezcla entre los republicanos? En esta situación no es hecho prisionero, cuando hasta el último de los subtenientes imperialistas quedó preso. ¿Qué servicios tan considerables serían los que el general Vélez, el primero que entró á la Cruz, debería á López, para que éste quedara en libertad, cuando todos los jefes y oficiales imperialistas estaban prisioneros?

Maximiliano esperaba la llegada de Miramón para abrirse paso y extrañaba que éste no se presentara, cuando tantos acontecimientos se sucedían con gran rapidez. La confusión que se introdujo en todas las líneas de los sitiados fué indescriptible, al saberse la entrada de los republicanos á la plaza, la traidora conducta de López, la herida que recibió Miramón y la presencia de Maximiliano en el cerro de las Campanas. Los republicanos repicaban á todo vuelo las campanas de la Cruz y San Francisco y los gritos de ¡ viva la libertad ! indicaban á los imperiales que estaban aún en línea, la amenaza por retaguardia; los disparos de artillería y las evidentes pruebas de un asalto contribuyeron á aumentar el pánico, que hizo perder la cabeza á los jefes imperialistas. Enormes masas de fuerzas republicanas invadían las calles de la ciudad, y el ejército imperial quedó en poco tiempo disperso ó prisionero, dirigiéndose muchos oficiales instintivamente al cerro de las Campanas, á donde algunos bien montados lograban llegar, pero ya los que iban á pie caían en poder de los republicanos. Estos hacían fuego sobre cualquier individuo extraño que encontraban en las calles.

Maximiliano, desde la altura en que se hallaba, veía y dominaba aquel inmenso é irreparable desastre, sin poder hacer algo para contenerlo. A su derredor se reunían oficiales y soldados de todos los cuerpos y de todas armas, refugiados allí como los náufragos en una isla; á cada momento se presentan más; muchos tienen que abandonar sus cabalgaduras, y se llegó hasta negarles la entrada; los artilleros penetran por las troneras al recinto fortificado. El reducto que corona al cerro es el punto de mira de las baterías de los sitiadores, que ya inutilmente gastaban la pólvora y las balas, lanzadas también por las piezas de que acababan de apoderarse. La posición de Maximiliano no era sostenible. A cada momento pregunta por Miramón con impaciencia, y se informa si se percibía entre los grupos que se presentaban en el cerro y á los que llegaban se les pedían noticias del deseado general.

—Solamente á él espero, decía Maximiliano á los generalés Castillo y Mejía, no quiero dejarlo atrás.

El general Miramón, que avisado de lo que pasaba salía de su habitación á la calle, se vió repentinamente enmedio de los enemigos, y al defenderse recibió una herida en la mejilla. Grupos de soldados imperialistas hacían fuego en lás

calles, algunos eran matados en la dispersión á que se entregaban y otros acudián á despertar en sus alojamientos á los generales, jefes y oficiales que no estaban en las líneas. En muy poco tiempo desaparecía el cuerpo de ejército que durante setenta días había defendido la plaza y aun no se explicaba la presencia de los republicanos y las entusiastas demostraciones á que se entregaban.

Cuando Maximiliano fué informado por el coronel Pedro González, quien se presentó á pedir instrucciones y aseguró que Miramón estaba herido en una mejilla y que se le iba á hacer una operación, se afectó mucho y llamando aparte á los generales Castillo y Mejía, les pidió que le manifestaran con franqueza si sería posible romper las líneas del enemigo. Mejía tomó un anteojo de larga vista y después de examinar atentamente la situación de las líneas y de las caballerías republicanas, así como los obstáculos que había que salvar, respondió:

—Señor, pasar es imposible; pero si Vuestra Majestad lo ordena, trataremos de hacerlo; en cuanto á mí, estoy pronto á morir.

Una determinación era urgente: los sitiadores se acercaban al reducto del cerro defendido solamente con seis cañones; el fuego de la artillería republicana redoblaba, cruzándose los proyectiles sobre aquel reducto en todos sentidos, al grado de no permitir á los dragones de la Emperatriz seguir por más tiempo formados al pie del cerro, sin ser diezmados por la lluvia de proyectiles, experimentando dificultad los oficiales para contener á los dragones que viend filas reducidas por momentos, pedían cargar ó ponerse á cubierto. (1)

---

(1) Al argumento referente á no haberse visto López sujeto á ningún castigo, apareciendo de paseo en las calles de México, á los pocos días de la caída de Querétaro, vestido de paisano, contestaron los que negaban la traición de López, que se le trataba así por ser un prisionero personal del general Vélez, quien pidió que quedara á su disposición por deberle favores especiales, á cuya petición accedió el general Escobedo. No obstante que acerca de esto se publicó un certificado del citado general Vélez, no quedó satisfecho en el público el sentimiento de justicia ejercido enérgicamente en los demás jefes que rodeaban á Maximiliano.

El general Francisco O. Arce que mandaba la segunda División en el sitio de Querétaro, aclaró el asunto de la entrega de esta ciudad, en una carta que dirigió á la prensa en 15 de Mayo de 1887. Refiere en ella que en las primeras horas de la noche del 14 del mismo mes de 1867, tuvo instruciónes del general Escobedo para la vigilancia de una de las trincheras, á fin de que mandara recibir á un jefe del enemigo que había ofrecido y anunciado su salida de la plaza por aquel lugar, con objeto de conferenciar con el general en jefe y tratar asuntos de importancia.

Comisionado el comandante de batallón D. José M. Rangel para recibir al jefe anunciado, avanzó hasta el foso de la trinchera señalada, donde, después de esperar un rato, recibió al jefe enemigo que salía furtivamente por una de las troneras y se dejó conducir hasta la presencia del general Arce. El jefe imperialista era Miguel López, coronel del Regimiento de la Emperatriz, compadre y protegido de Maximiliano.

Lnego que esto le fué comunicado al general Escobedo, llegó y tratando á López con suma frialdad, tuvo con él una larga conferencia, cuyo resultado fué que se nulificaran las órdenes primeras recibidas por el general Arce para el asalto de la plaza; se man ló reforzar la División de éste con los batallones "Supremos Poderes" y "Nuevo-Leon" al mando respectivo de los coroneles Pedro Yé-

A las ocho de la mañana del 15 de Mayo todo había terminado en la plaza de Querétaro: Maximiliano y la mayor parte de su ejército estaban prisioneros.

No pudiéndose explicar satisfactoriamente la conducta del jefe López, apareció la acusación directa á Maximiliano, achacándole que había propuesto, por medio de López, entregar la plaza para alcanzar de los sitiadores un pasaporte y regresar á Europa. En este caso, la connivencia sería entre López y Maximiliano, haciéndola recaer en la circunstancia de que en el consejo de guerra celebrado por los sitiados la víspera de que cayera la plaza, se había notado, según se dijo, la ausencia de López, y Maximiliano le excusó diciendo que le había dado una comisión. Durante el consejo se presentó López; entonces Maximiliano se levantó de su asiento para recibirle y habló aparte con él un breve espacio de tiempo.

La cuestión acerca de la toma de la plaza de Querétaro varió de rumbo, al publicarse una carta atribuida á Maximiliano y dirigida á López. El autógrafo, que fué materia de gran discusión, decía:

---

pez y Miguel Palacio, y se ordenó la inmediata ocupación del convento de la Cruz, "siendo guiadas, dice el general Arce, nuestras fuerzas por aquel traidor."

El general Francisco Vélez, el comandante de ingenieros Braulio Franco y el teniente coronel Agustín Lozano, fueron comisionados por el general en jefe para que no se separaran de López, á cuyo grupo agregó el general Arce, al coronel José Rincón Gallardo y dos de sus ayudantes, con orden de que á los primeros disparos que hiciera el enemigo, levantaran á López la tapa de los sesos. Tomada esa precaución, comienza el avance de las tropas sobre el convento de la Cruz á las tres de la mañana del día 15 dirigiendo la vanguardia el titulado coronel López, quien se daba á conocer en los puntos avanzados del enemigo, como jefe de día.

"Así fuimos ocupando sin resistencia varios puntos y penetramos por una horadación del muro de la huerta del convento, hasta la iglesia y los claustros del mismo. Encontramos dormidos y confiados descansando de sus fatigas, á los soldados enemigos que cubrían el punto y que ya no pasaban de mil entre austriacos y mexicanos."

"Con cerillos y escasas luces que se proporcionan, comenzamos á recoger las armas que estaban apoyadas en las paredes ó formadas en pabellón, y despertaron los soldados que mostraban sorpresa al reconocer entre las sombras á los republicanos." El general Arce mandó ocupar las torres de la iglesia principal y dar un repique á vuelo, señal convenida con el general en jefe para anunciarle la ocupación del punto.

Los albores de la mañana del 15 se anunciaban; el general en jefe oyó el repique, y la artillería indicó al ejército republicano el momento del asalto. Se desprendieron las columnas de éste, avanzando á paso veloz sobre las trincheras de la plaza, ocupándolas con más ó menos resistencia. El cerro de las Campanas, donde Maximiliano se encontraba, fué el punto que resistió más y el último que sucumbió luego que sus defensores enarbolaron la bandera blanca,

Refiere el general Arce, que sus subalternos se indignaron del vil proceder de López, porque les privó de la gloria de tomar el punto de la Cruz por asalto, y que estuvo en peligro la vida de López que se salvó por la precaución que tuvo de no separarse ni un momento del general Vélez.

Las fuerzas de Arce custodiarón á Maximiliano, y dice este General que en dos entrevistas que tuvo con él se le mostró quejoso por la conducta de López, la que apenas podía creer, á la vez que se manifestaba muy agradecido por el proceder del jefe que le dejó seguir su camino.



General Jesús Díaz de León.

Tuvo el mando de las fuerzas que formaron el cuadro para fusilar á Maximiliano de Hapsburgo al pie del Cerro de las Campanas; en la parte occidental estaban, á las seis de la mañana del 19 de Junio, cerca de cuatro mil soldados. La multitud de curiosos y dolientes que cubrían el Cerro de las Campanas, guardaban silenciosa actitud, retirándose con las tropas después de consumada la ejecución.

A las ocho de la mañana del 15 de Mayo todo había terminado en la plaza de Querétaro: Maximiliano y la mayor parte de su ejército estaban prisioneros.

No pudiéndose explicar satisfactoriamente la conducta del jefe López, apareció la acusación directa á Maximiliano, achacándole que había propuesto, por medio de López, entregar la plaza para alcanzar de los sitiadores un pasaporte y regresar á Europa. En este caso, la connivencia sería entre López y Maximiliano, haciéndola recaer en la circunstancia de que en el consejo de guerra celebrado por los sitiados la víspera de que cayera la plaza, se había notado, según se dijo, la ausencia de López, y Maximiliano le excusó diciendo que le había dado una comisión. Durante el consejo se presentó López; entonces Maximiliano se levantó de su asiento para recibirle y habló aparte con él un breve espacio de tiempo.

La cuestión acerca de la toma de la plaza de Querétaro varió de rumbo, al publicarse una carta atribuida á Maximiliano y dirigida á López. El autógrafo, que fué materia de gran discusión, decía:

———

pez y Miguel Palacio, y se ordenó la inmediata ocupación del convento de la Cruz, "siendo guiadas, dice el general Arce, nuestras fuerzas por aquel traidor."

El general Francisco Vélez, el comandante de ingenieros Braulio Franco y el teniente coronel Agustín Lozano, fueron comisionados por el general en jefe para que no se separaran de López, á cuyo grupo agregó el general Arce, al coronel José Rincón Gallardo y dos de sus ayudantes, con orden de que á los primeros disparos que hiciera el enemigo, levantaran á López la tapa de los sesos. Tomada esa precaución, comienza el avance de las tropas sobre el convento de la Cruz á las tres de la mañana del día 15 dirigiendo la vanguardia el titulado coronel López, quien se daba á conocer en los puntos avanzados del enemigo, como jefe de día.

"Así fuimos ocupando sin resistencia varios puntos y penetramos por una horadación del muro de la huerta del convento, hasta la iglesia y los claustros del mismo. Encontramos dormidos y confiados descansando de sus fatigas, á los soldados enemigos que cubrían el punto y que ya no pasaban de mil entre austriacos y mexicanos."

"Con cerillos y escasas luces que se proporcionan, comenzamos á recoger las armas que estaban ápoyadas en las paredes ó formadas en pabellón, y despertaron los soldados que mostraban sorpresa al reconocer entre las sombras á los republicanos." El general Arce mandó ocupar las torres de la iglesia principal y dar un repique á vuelo, señal convenida con el general en jefe para anunciarle la ocupación del punto.

Los albores de la mañana del 15 se anunciaban; el general en jefe oyó el repique, y la artillería indicó al ejército republicano el momento del asalto. Se desprendieron las columnas de éste, avanzando á paso veloz sobre las trincheras de la plaza, ocupándolas con más ó menos resistencia. El cerro de las Campanas, donde Maximiliano se encontraba, fué el punto que resistió más y el último que sucumbió luego que sus defensores enarbolaron la bandera blanca.

Refiere el general Arce, que sus subalternos se indignaron del vil proceder de López, porque les privó de la gloria de tomar el punto de la Cruz por asalto, y que estuvo en peligro la vida de López que se salvó por la precaución que tuvo de no separarse ni un momento del general Vélez.

Las fuerzas de Arce custodiarón á Maximiliano, y dice este General que en dos entrevistas que tuvo con él se le mostró quejoso por la conducta de López, la que apenas podía creer, á la vez que se manifestaba muy agradecido por el proceder del jefe que le dejó seguir su camino.



General Jesús Díaz de León.

Tuvo el mando de las fuerzas que formaron el cuadro para fusilar á Maximiliano de Hapsburgo al pie del Cerro de las Campanas; en la parte occidental estaban, á las seis de la mañana del 19 de Junio, cerca de cuatro mil soldados. La multitud de curiosos y dolientes que cubrían el Cerro de las Campanas, guardaban silenciosa actitud, retirándose con las tropas después de consumada la ejecución.

Mayo 18 de 1867.

Mi querido coronel López:

Nos, os recomendamos guardar profundo sigilo sobre la misión que para el general Escobedo os encargamos, pues si se divulga quedará mancillado nuestro honor.

Vuestro affmo.

Maximiliano.

Dábase á luz este documento, para finalizar la cuestión que llevaba mucho tiempo de ser debatida, viniendo á arrojar el epíteto de traidor sobre la memoria de Maximiliano. La prensa conservadora contestó diciendo: "Contra esta carta está el testimonio de los libros de la casa de Rincón Gallardo, en donde consta la entrega á López de quince mil pesos," especie que fué calificada de falsa por el mismo Sr. Rincón Gallardo. (J. M.) López dijo que á nadie había autorizado para publicar aquella carta.

El secretario de Maximiliano, Sr. Blasio, la calificó de apócrifa porque Maximiliano era muy correcto para escribir y en ella faltaba esta circunstancia; además, porque á sus cartas privadas les daba un carácter enteramente íntimo y personal, y nunca usaba el *Nos* y el *Os* que aparecen en la fechada el día 18.

Según declaración del mismo secretario de Maximiliano, publicada en el Nacional, "la noche del 14 de Mayo y después del consejo de guerra en que se acordó prorrogar la salida para el día siguiente, Maximiliano condecoró á López con la medalla del mérito militar, lo cual indica que este jefe, honrado á horas avanzadas de la noche con un distintivo especial, fué encargado por Maximiliano de alguna comisión; pero el enviado sin duda abusó de la misión que se le confirió y cambió el objeto de ella, arreglando la entrega de la plaza.

Los imperialistas, al combatir la acusación lanzada contra Maximiliano atribuyéndole que había entregado la plaza, expusieron este argumento: si verificó arreglos para entregar la plaza lo haría para garantizar la vida; pero se vió que pasó todo lo contrario, se le trató con dureza en la prisión, ni la menor concesión se le hizo y mucho menos la de garantizarle la vida; en consecuencia no hubo tales tratos, ni compromisos, ni arreglo de ninguna naturaleza. López pudo haber sido designado para una capitulación, y si abusó de las instrucciones que se le dieron y las convirtió en medios para traicionar, en ello ninguna ingerencia tuvo ni pudo tener Maximiliano, tratado como un enemigo que no ha entrado en arreglos.

Se supuso muy torpe á Maximiliano, pues cuando se encarga á una persona misión tan trascendental y secreta, cual la que se dice le confió Maximiliano á Miguel López, el encargo del secreto se hace verbalmente y en el propio acto; pero ¿cómo suponer que se recomiende guardar secreto tan importante por medio de

un documento que tarde ó temprano serviría para comprometer la reputación del que á todo trance deseaba precisamente lo contrario? ¿Era tal la torpeza de Maximiliano, que no pensó en que López podría ser prisionero y despojado de sus papeles, cayendo entonces en poder de sus enemigos el comprometedor documento? ¿si sospechaba que López estaba ya de acuerdo con los republicanos, cómo pedía á un traidor un acto de suprema lealtad?

López había usado porción de veces de la prensa para sincerarse de los ataques que se le dirigían, y hasta después de veinte años acudió á aquella célebre carta que desde el principio pudo haber presentado limpio é inmaculado. Sublime abnegación debió haberse necesitado para lo contrario y no dió López señales de abrigar el espíritu de Catón, prefiriendo las calumnias y las afrentas de la difamación, antes de manchar el nombre del que fué su amigo.

La carta que supuso Miguel López, fué examinada por cuatro peritos calígrafos y tres profesores de la Escuela de Bellas Artes, quienes unánimamente opinaron que era una pésima falsificación, hecha probablemente sin tener á la vista suficiente número de originales y tal vez como único elemento la firma y rúbrica del zaherido príncipe. (1)

El Monitor Republicano publicó el 21 de Agosto de 1887, la carta atribuida á Maximiliano, dirigida á Miguel López y fotografiada para que tuviera circulación. Desde luego fué calificada por los imperialistas de superchería para engañar á los que calificaban á López de traidor. El doctor Kaska, que se preciaba de conocer la letra de Maximiliano, notó que la de la carta no era de éste, y la comparó con autógrafos auténticos, llamando para el examen á conocidos calígrafos que fallaron ser la pretendida carta una grosera falsificación. Además, el estilo, la fecha y las circunstancias en que se pretendió haber sido escrita fueron considerados acusadores de un falso origen. La fecha era de tres días después de haber caído Querétaro, es decir, cuando ya López era señalado como traidor que había entregado la plaza y no se podía suponer tan incauto á Maximiliano, que en tales circunstancias pusiera en manos de López un documento de esa importancia, que no habría servido sino para imprimir un sello eterno de deshonra en quien lo daba.

Durante veinte años jamás había hecho López referencia de la citada carta, siendo que una leve insinuación le habría justificado para siempre de las imputaciones que se le hacían. La redacción de "*Nos, os*" con que comenzara la carta, no pertenecía al estilo de Maximiliano, ni las *eses* escritas con caracteres alemanes que nunca eran usados en cartas de caracteres latinos. López no tenía un rango tan elevado para que su Emperador le dirigiera una carta con el *os*, jamás

(1) Los documentos principales que arrojan el crimen de traición sobre López, son: la Memoria de Hans, la del Doctor Basch, la carta que en 1867 publicó el príncipe Salm Salm, el folleto de Victor Darán, acerca del general Miramón, las cartas del Sr. Rincón Gallardo y las de los generales Arce y Gayón, además de otra porción de artículos publicados en la prensa nacional y extranjera.

usado por aquel en ninguna carta privada y particular, lo cual probó que no fué el estilo de Maximiliano. Mucho más tratándose de una persona, cual López, al que habló todos los días con cierta familiaridad, llegando á encompadrar, por lo que ante esa intimidad era ridículo que para un simple recado *reservado*, usase estilo oficial y pomposo que nunca tuvo en su correspondencia familiar. Si á eso se agrega que López no volvió á presentarse á Maximiliano después de la mañana del 15 de Mayo, y que éste era constantemente vigilado, ¿cómo explicar que tres días después de preso y en los instantes de mayor emoción, cuando tenía centinelas de vista y lo vigilaban gefes republicanos de alta graduación, Maximiliano escribiera á López, á quien ya no volvió á ver, un documento de tanta trascendencia? ¿De qué medios se valió para hacer llegar á manos de López el autógrafo secreto y tan valioso, en el que este acusado había de pretender veinte años más tarde apoyar su vindicación?

El secretario de Maximiliano, Sr. Blasio, refiere que desde que cayeron prisioneros, *el Emperador no escribió á nadie una sola linea*, y Blasio afirma que no se separó de él ni un solo momento, sino hasta que lo pasaron de Teresitas á Capuchinas; las dos piezas que ocupaban los prisioneros se comunicaban y todo el día estaban reunidos en el cuarto del Emperador haciéndole compañía, excepto los ratos en que dormía; en las noches quedaba velando Severo Villegas, su ayuda de cámara; no podía hacer cosa alguna sin que le vieran y nadie le vió escribir una sola línea. Además, en las Teresitas no tenía ni papel, ni recado de escribir, lo cual anota también el doctor Basch en el diario que llevó. En la fecha que tiene la carta, Maximiliano estaba gravemente enfermo, y no se levantó ni un solo momento de la cama. El general Refugio González ejercía su vigilancia, hasta el extremo de no permitir que pasaran sin examen ni aun las recetas que escribía el doctor Basch, y si el día 18 era tan escrupulosa la vigilancia, ¿podría haber salido reservadamente una carta autógrafa, de la importancia de la que presentaba López?

Consultada la opinión del general Escobedo acerca de la caída de Querétaro, afirmó que la versión de haber sido entregada la plaza por un traidor, que era íntimo del Emperador, fué una falsedad. Escobedo niega haber comprado la plaza de Querétaro, de la que sostiene haber sido vencedor, poniendo en peligro su vida y la de sus soldados, sin contar para nada el medio vil y mercenario de la traición.

Refiere el general Escobedo, [Diario del Hogar del 15 de Mayo de 1887] que el 10 de Marzo un sargento llamado Engle, mandó por conducto de una muger pedir el permiso de hablarle en la hacienda de Callejas. Desprendido en la noche de un punto intermedio de San Francisquito y la Cruz, ofreció á Escobedo entregarle el citado punto, sin más condición que obtener lo necesario para volver á su país. Se le ofreció lo que solicitaba, á condición de que volviese á su puesto mientras que se dispusiera lo conveniente.

Hasta Julio de 1887, es decir veinte años después de la caída de Querétaro,

dijo el general Escobedo, en una comunicación oficial dirigida al Presidente de la República, las intimidades que pasaron entre dicho general y el prisionero Maximiliano, dando por motivo para esta declaración el folleto publicado por Victor Darán con el título de "El general Miramón," en el que narraba acontecimientos ocurridos en el sitio de Querétaro. (1)

---

(1) El general Escobedo dijo: que guardó silencio tantos años, por que así lo había ofrecido á Maximiliano. López había sido únicamente intermediario entre aquellas dos personas, al verificarse la conferencia tenida para la solución de un asunto, en el que se interesaba el porvenir de México. Asegura el general Escobedo, que á pesar de haberle preguntado muchos extrajeros acerca del fin de Maximiliano, jamás dejó traslucir noticia alguna, sosteniendo el ofrecimiento hecho por un general victorioso á un Príncipe sentenciado á muerte. Afirmó que el coronel Miguel López, ni traicionó al Archiduque Maximiliano de Austria, ni vendió por dinero su puesto de combate.

Después de la acción del 27 de Abril, los sitiados no tenían más espectativa que rendirse á discreción ó rechazar un asalto. A este se oponía el general sitiador, para evitar á la ciudad los desastres consiguientes.

Refiere el general Escobedo la entrevista tenida con López y promovida por el coronel Cervantes, diciendo López que iba de parte del Emperador, quien no podía ni quería continuar la defensa de la plaza, por creerla ya inútil; que se iba á forzar el sitio, cuya operación quería detener Maximiliano sin estar seguro de ser obedecido por los gefes de las columnas ya formadas; que iba á aventurar órdenes contra la salida, y que á las tres de la mañana dispondría que las fuerzas que defendían el panteón de la Cruz se reconcentraran al convento, y pedía á Escobedo que hiciera un esfuerzo para apoderarse de este punto donde se entregaría prisionero sin condición.

El general Escobedo dudó de López, no pudiendo dar consentimiento á las proposiciones que le hacia en nombre del Príncipe que tan diferentes determinaciones había tomado en Orizaba y en otras dificilísimas circunstancias. López se retiró llevando la seguridad y la noticia que dijo iba á dar al Archiduque, de que á las tres de la mañana sería ocupado el punto de la Cruz.

Sigue refiriendo el general Escobedo, que con oportunidad envió órdenes á los gefes de lineas y puntos para que estuviesen listos y emprendieran sus operaciones sobre la plaza. Fué á ver al general Velez, le comunicó la conferencia tenida con López y puso á sus órdenes los batallones "Supremos Poderes" y "Nuevo León" para que ocuparan la Cruz según quería el Príncipe, al decir del agente López, á quien no había pedido el general Escobedo credencial alguna, no obstante ser tan grave el asunto que proponía.

Escobedo dice que acompañó al general Velez con su columna hasta la linea avanzada del sitio, indicándole los puntos por donde debía emprender la operación que se le encomendaba, le recomendó que de caer prisionero Maximiliano, le tratara con las debidas consideraciones y advirtió que tomara sus precauciones para el caso de una traición.

El convento fué tomado; no se dice en el parte si López guió ó nó á las tropas que ejecutaban aquel movimiento, y sí que el Archiduque se había salido de la Cruz al ser ocupada y que á pié se había dirigido al Cerro de las Campanas ¿pues no dijo López que el Archiduque había querido caer prisionero? ¿porqué se sorprende y huye ánte la fuerza que él llamara?

Sigue refiriendo el general Escobedo, que el 18 de Mayo le participó el gefe de los prisioneros en la Cruz, que el Archiduque deseaba hablarle y que entónces mandó el coche para que Maximiliano custodiado por los coroneles Doria y Villanueva, pasara á la tienda de campaña á hablar con el general en gefe. Que Maximiliano le manifestó el deseo de ir á San Luis Potosí para hablar con el Presidente Juárez, y que no le pudo dar el permiso por carecer de autorización; pero remitiría un mensaje al cuartel general por el telégrafo.



Licenciado Don Manuel Aspíroz,

AYUDANTE DE CAMPO DEL GENERAL ESCOBEDO Y TENIENTE CORONEL DE INFANTERÍA.

Fiscal en el proceso formado á Maximiliano de Hapsburgo en Querétaro, y terminado con el fusilamiento el 19 de Junio de 1867. El Sr. Aspíroz estuvo severo en la defensa del proceso, y en la aplicación de la ley.

dijo el general Escobedo, en una comunicación oficial dirigida al Presidente de la República, las intimidades que pasaron entre dicho general y el prisionero Maximiliano, dando por motivo para esta declaración el folleto publicado por Victor Darán con el título de "El general Miramón," en el que narraba acontecimientos ocurridos en el sitio de Querétaro. (1)

---

(1) El general Escobedo dijo: que guardó silencio tantos años, por que así lo había ofrecido á Maximiliano. López había sido únicamente intermediario entre aquellas dos personas, al verificarse la conferencia tenida para la solución de un asunto, en el que se interesaba el porvenir de México. Asegura el general Escobedo, que á pesar de haberle preguntado muchos extrajeros acerca del fin de Maximiliano, jamás dejó traslucir noticia alguna, sosteniendo el ofrecimiento hecho por un general victorioso á un Príncipe sentenciado á muerte. Afirmó que el coronel Miguel López, ni traicionó al Archiduque Maximiliano de Austria, ni vendió por dinero su puesto de combate.

Después de la acción del 27 de Abril, los sitiados no tenían más espectativa que rendirse á discreción ó rechazar un asalto. A este se oponía el general sitiador, para evitar á la ciudad los desastres consiguientes.

Refiere el general Escobedo la entrevista tenida con López y promovida por el coronel Cervantes, diciendo López que iba de parte del Emperador, quien no podía ni quería continuar la defensa de la plaza, por creerla ya inútil; que se iba á forzar el sitio, cuya operación quería detener Maximiliano sin estar seguro de ser obedecido por los gefes de las columnas ya formadas; que iba á aventurar órdenes contra la salida, y que á las tres de la mañana dispondría que las fuerzas que defendían el panteón de la Cruz se reconcentraran al convento, y pedía á Escobedo que hiciera un esfuerzo para apoderarse de este punto donde se entregaría prisionero sin condición.

El general Escobedo dudó de López, no pudiendo dar consentimiento á las proposiciones que le hacia en nombre del Príncipe que tan diferentes determinaciones había tomado en Orizaba y en otras dificilísimas circunstancias. López se retiró llevando la seguridad y la noticia que dijo iba á dar al Archiduque, de que á las tres de la mañana sería ocupado el punto de la Cruz.

Sigue refiriendo el general Escobedo, que con oportunidad envió órdenes á los gefes de lineas y puntos para que estuviesen listos y emprendieran sus operaciones sobre la plaza. Fué á ver al general Velez, le comunicó la conferencia tenida con López y puso á sus órdenes los batallones "Supremos Poderes" y "Nuevo León" para que ocuparan la Cruz según quería el Príncipe, al decir del agente López, á quien no había pedido el general Escobedo credencial alguna, no obstante ser tan grave el asunto que proponía.

Escobedo dice que acompañó al general Velez con su columna hasta la linea avanzada del sitio, indicándole los puntos por donde debía emprender la operación que se le encomendaba, le recomendó que de caer prisionero Maximiliano, le tratara con las debidas consideraciones y advirtió que tomara sus precauciones para el caso de una traición.

El convento fué tomado; no se dice en el parte si López guió ó nó á las tropas que ejecutaban aquel movimiento, y sí que el Archiduque se había salido de la Cruz al ser ocupada y que á pié se había dirigido al Cerro de las Campanas ¿pues no dijo López que el Archiduque había querido caer prisionero? ¿porqué se sorprende y huye ánte la fuerza que él llamara?

Sigue refiriendo el general Escobedo, que el 18 de Mayo le participó el gefe de los prisioneros en la Cruz, que el Archiduque deseaba hablarle y que entónces mandó el coche para que Maximiliano custodiado por los coroneles Doria y Villanueva, pasara á la tienda de campaña á hablar con el general en gefe. Que Maximiliano le manifestó el deseo de ir á San Luis Potosí para hablar con el Presidente Juárez, y que no le pudo dar el permiso por carecer de autorización; pero remitiría un mensaje al cuartel general por el telégrafo.



Licenciado Don Manuel Aspíroz,

AYUDANTE DE CAMPO DEL GENERAL ESCOBEDO Y TENIENTE CORONEL DE INFANTERÍA.

Fiscal en el proceso formado á Maximiliano de Hapsburgo en Querétaro, y terminado con el fusilamiento el 19 de Junio de 1867. El Sr. Aspiroz estuvo severo en la defensa del proceso, y en la aplicación de la ley.

Mientras que en la Cruz y en el palacio departamental habían ocurrido los sucesos referidos y dictaba Maximiliano las disposiciones para que se le reunie-

---

Aunque contrariado Maximiliano, preguntó á Escobedo si le sería permitido al Coronel López hablar con él; y le contestó que no había inconveniente habiendo prévio aviso del cuartel general.

Sin decir si hubo este aviso, sigue refiriendo que el día 24 se presentó López pidiendo hablar con el general Escobedo, y que le manifestó haberle recomendado Maximiliano se acercara al general en gefe, para suplicarle guardara el más inpenetrable secreto sobre la conferencia tenida con él el día 14 de Mayo en nombre del Emperador, porque quería salvar su prestigio que se perjudicaría sin duda, si se divulgaban los puntos de aquella conferencia y sus resultados. Escobedo le contestó que le era indiferente guardar ó no la reserva, é hizo saber á López que á él le afectaría directamente el silencio, porque ya se le acriminaba que había sido desleal á su Emperador, vendiéndolo miserablemente.

Entónces le pide Escobedo á López una prueba que demostrara estar autorizado para celebrar un compromiso, y le contestó: que estaba provisto de un documento que le lavaba de cualquiera mancha que pudiera atribuírsele, y era la carta referida que dijo le había dirigido el Archiduque, recomendando á López guardar profundo sigilo sobre la comisión que le encargaba para el general Escobedo, pues si se divulgaba quedaría mancillado el honor de Maximiliano. El General Escobedo refiere que "creyó indudable la autenticidad de dicha carta, calificada por los que combaten á López de falsificada."

En seguida López le preguntó, si por fin no tenía embarazo en guardar el secreto, puesto que en nada se perjudicaba y le contestó: que se reservaba divulgarlo cuando lo creyera conveniente, sin comprometerse á un tiempo determinado. Después López le pide un pasaporte para México y Puebla, así como una carta de recomendación para el general Díaz y le extiende ambos documentos.

El día 28 hizo Escobedo una visita á los prisioneros; conversando con el Archiduque, éste le manifestó que su posición era muy desgraciada y que en esta situación eran más de agradecerse las consideraciones que recibía por parte del mismo Escobedo; pero que esperaba de él todavía más; pues le pedía un favor con el que quedaría aliviada su conciencia; se manifestó sereno al considerar que sería tal vez condenado á muerte; pero temía el fallo de la Historia al ocuparse de su efímero y escolloso reinado. Le preguntó á Escobedo si había hablado con el coronel López. "Con mi afirmativa, dice el documento oficial firmado por el vencedor de Querétaro, siguió diciéndome que no se encontraba con bastante fuerza de ánimo para soportar el reproche que le harían sus compañeros de desgracia, si tuvieran conocimiento de la conferencia habida entre Escobedo y López por orden de Maximiliano y que por lo mismo, y no apelando á otro mérito que á su situación, "me suplicaba guardase el secreto sobre aquella conferencia, lo que no era difícil ni deshonroso para mí." Le manifesté que él aparecía como una víctima de la traición de López á su persona, cuyo infame acto era señalado ya con todos los horrores de una deslealtad excecrable; que yo no tenía interés en referir nada de lo pasado; pero en verdad más bien que dirigirse á mí debía hacerlo con López que era la persona que quedaba moralmente lastimada con estos acontecimientos."

El Príncipe contestó: "que López no hablaría mientras yo callara, que el plazo que me ponía para que no dijera el resultado final de la conferencia, era cortísimo, "hasta que dejara de existir la Princesa Carlota, cuya vida se apagaría al conocer la ejecución de su esposo." "Como último recurso á las súplicas del Archiduque, le expuse que me parecía materialmente imposible guardar el secreto aunque López callara; porque sus defensores, los generales, los ministros extranjéros ó la princesa de Salm-Salm, que empleaba cuantos medios estaban á su alcance para salvarle, no dejarían de hacer uso de las versiones que corrían respecto de la traición de López y su incalificable conducta hacia él como su jefe, y protestarían. A pesar de esto, volvió el Archiduque á insistir, dice el gene-

ran todos los suyos en el cerro de las Campanas, el general Miramón era víctima de una suerte fatal. Desde muy de mañana, encontrándose en la calle y sabiendo de pronto que los republicanos penetraban por la Cruz, se dirigía hácia este punto suponiendo al Emperador en peligro; en el tránsito encontró un destacamento republicano, cuyo oficial, adelantándose, disparó sobre el general varios tiros del revolver, de los que uno mató en el instante al ayudante Ordóñez. Vuelto Miramón de su sorpresa, saca su pistola y apunta sobre el oficial; pero á la vez le rompe una bala la mejilla del lado derecho; aturdido y ciego por el dolor yerra la puntería, retrocede descargando los últimos tiros y conteniéndose con un pañuelo la sangre que en abundancia le brotaba de la herida. Se le indica la casa de un médico, entra á ella y allí se le hizo la primera curación. (1)

Según refiere el general Arce, López estuvo dos veces en el campamento republicano; la primera en la noche del 13 al 14, la segunda en la del 14 al 15, desde la media noche, poco más ó menos. Durante la segunda permanencia en el campo republicano, fué cuando se recibieron órdenes de ocupar la plaza á cuya operación acompañó á los republicanos el mismo López. (2)

---

ral Escobedo. para que guardara aquel secreto requerido, significándole que la Princesa Salm-Salm tenía prevención, no tan sólo para no expresar nada en este sentido, sino también para advertir á las personas que por él se interesaran, que en ninguna de sus gestiones mezclaran cualquiera frase que pudiera referirse á la deslealtad del coronel López, asegurándome que todas esas personas cumplirían exactamente, no tocando en lo absoluto al coronel citado.

La condición que guardaba el Príncipe en su salud quebrantada, preso y juzgándose próximo á ser sentenciado á muerte; su deseo de conservar todavía, aun después de muerto, un nombre sin reproche, me conmovió, dice en su parte el general Escobedo, y cediendo á un sentimiento de consideración por aquel desgraciado reo, le ofrecí que guardaría su secreto mientras las circunstancias no me obligaran á levantar el velo que hasta ahora ha cubierto los precedentes que violentaron la toma de la plaza de Querétaro el 15 de Mayo de 1867."

Tal es lo esencial del parte que veinte años después de la caída de Querétaro, publicó el general Escobedo.

Si Maximiliano hubiera sido realmente quien envió á López para entregarle la plaza, ¿por qué no se constituyó prisionero desde luego al ser ocupado el punto de la Cruz? ¿Qué necesidad tenía de atravesar toda la ciudad para ir hasta el cerro de las Campanas, á intentar una última resistencia? Su prisión habría quedado perfectamente justificada con la sorpresa; pero lejos de esto, todavía López va á alcanzarle y le ofrece un escondite que rechaza Maximiliano, lo que prueba que nada se había acordado entre ambos, y que López había obrado por cuenta propia. Si Maximiliano hubiese pactado la entrega de la plaza, habría por lo menos exigido la garantía de la vida, según lo hizo López; pero el hecho de haber perecido por las balas republicanas, prueba que Maximiliano nada pactó con el enemigo, sino que fué entregado incondicionalmente por Miguel López.

(1) Según el escritor Alberto Hans y otros, fué denunciado á los republicanos, aunque parece natural que siguiéndole estos, estuviesen al tanto de la casa en que se refugiara, sin que hubiese necesidad de tal denuncia.

(2) El general Antonio Gayón, en una carta que dirigió al Nacional el 6 de Septiembre de 1887, sostiene que al presentarse Maximiliano en el cerro de las Campanas, de cuyo punto era jefe el mismo Señor Gayón, le dijo: "Coronel Gayón, aquí venimos á defendernos; Miguel López ha entre-

Si Maximiliano hubiera entregado el convento de la Cruz, allí habría dejado hacerse prisionero y no habría intentado ir á defender el cerro de las Campanas, donde había aún probabilidades de resistencia y á donde dirigió al teniente coronel Juan Ramírez, su ayudante, con órdenes de tener todo listo para hacer la postrera tentativa de una salida, no ejecutada al saber que Miramón estaba herido y cuando Mejía opinó que era imposible pasar entre las lineas republicanas. (1)

---

gado la plaza; es un traidor." Refiere también que poco antes de la llegada del Emperador, se presentó el teniente coronel Juan Ramírez, comunicándole por orden del mismo Maximiliano, "que todo estuviese listo, porque López nos había entregado al enemigo, y que el Emperador venía ya en camino para el cerro," y que la respuesta fué: "Diga Ud. al Emperador que, como siempre, este punto está listo para toda emergencia."

(1) Miguel López, en el Manifiesto que publicó con fecha 31 de Julio de 1867, procuró combatir lo que dijo la prensa en su contra, así como lo que declararon los oficiales prisioneros en Querétaro y después consignados á Morelia, donde en Agosto del mismo año publicaron un opúsculo asegurando la traición de Miguel López, quien en su manifiesto reclamó la comparecencia de todos aquellos que se creyeran con datos y razones para probarle que se había hecho responsable de las faltas que se le imputaban, principalmente en cuanto á que vendió el punto militar de la Cruz en el sitio de Querétaro.

Comenzó su defensa López, afirmando que en las diversas salidas que hicieron los sitiados habían experimentado numerosas bajas, al grado de contarse al fin del sitio ochocientos heridos. La desmoralización había cundido después del combate de 1° de Mayo, en el que sucumbió el coronel Rodriguez; los víveres se habían acabado, alimentándose la tropa solamente con carne de caballo, sin pan ni tortilla y con nopal cimarrón; á la caballada se daba mezquite y fresno y á veces maíz á la del regimiento de la Emperatriz. En tales circunstancias, el soldado había perdido el vigor físico, el valor y el brío. La oficialidad sucumbió también en fuerza de las privaciones, y el desaliento era tan general y el malestar tan grave y profundo, que se presentaba inevitable la derrota que todo el ejército presentía, sin que valieran los ejemplos de resolución y sufrimiento que daba Maximiliano para alentar al ejército, respondiendo el soldado con quejidos de hambre y formándose por instantes la oposición más y más desesperada.

Márquez no había cumplido la orden de dejar en México solamente cuatro mil soldados é ir á Querétaro con todas las demás fuerzas y recursos que sacara de la capital. La tropa se desertaba en pelotones y se pasaba á los republicanos, aun los de la legión extranjera, compuesta de franceses en su mayor parte. Corría de boca en boca la especie de que era inevitable la pérdida de Querétaro, sin que valiera el ardid de publicar que D. Leonardo Márquez iba en auxilio de la plaza con numerosas fuerzas y abundantes víveres y municiones de guerra. El desaliento llegó á su límite, cuando se vió que el parque construido en la maestranza era de malísima calidad y la pólvora no tenía el alcance suficiente, ensuciaba los fusiles Enfield é impedía usarlos después de pocos tiros; las cápsulas de papel tampoco servían debidamente; motivos que aumentaban el desaliento del soldado, que ya estaba cansado por el servicio militar y el trabajo de las fortificaciones.

López dijo que la idea de una salida se aplazó, aunque se pudo haber aprovechado la ausencia de los cuatro mil hombres que mandaba el general Guadarrama y que fueron hasta San Lorenzo contra Márquez; y asegura que Maximiliano se lamentó con él—López—varias veces acerca de tal situación, y del grado de desmoralización y pobreza á que se había llegado.

Declaraba López que Querétaro había sido tomado por la fuerza de las armas; que Maximiliano le había comisionado en la noche del 14 al 15 de Mayo para tratar con el enemigo y que el ejército

El general Ramón Méndez, informado de lo que ocurría en la plaza cuando ya estaba interceptado el camino para llegar al cerro de las Campanas, no pudo

---

imperialista estaba completamente desmoralizado, concluyendo con desafiar ante sus compatriotas y ante el mundo entero á los que pudieran probar que Querétaro había sucumbido por la traición.

Entonces, habiendo citado López al coronel Salm como uno de los principales testigos que pudieran probar que Querétaro no sucumbió por la traición, el aludido contestó: que el folleto de López llevaba el carácter de la falsedad más completa. Sostuvo Salm que Maximiliano no había comisionado á López para tratar con el enemigo; en la noche indicada, después que López dejó al Emperador, á las doce y media, le habló Salm y nada supo respecto á que tuviera ni la más remota intención de entrar en tratados con el enemigo, pues el pequeño pero fiel ejército que defendía la ciudad podía romper, en unión de su soberano, las lineas del enemigo.

Para probar Salm su aserto, preguntaba á López que por qué volvió de las lineas del enemigo á las dos de la mañana, en la memorable noche del 14 de Mayo, acompañado de un oficial superior republicano á quien López conocía muy bien y le condujo á la Cruz, al cuartel general del Emperador y dentro de las fortificaciones de la plaza. Además, continúa Salm, "contra la expresa voluntad del Emperador, y sin que el mismo Salm lo supiera, ¿por qué dió orden López á la guardia de corps y al escuadrón húngaro para que desensillaran sus caballos, siendo que Salm había mandado, por orden expresa de Maximiliano, que permanecieran listos toda la noche? ¿Por qué López de su propia cuenta, y en una situación tan peligrosa, mandó retirar la guardia del aposento del Emperador, y la compañía de infantería que, juntamente con medio escuadrón del Regimiento de la Emperatriz, hacía el servicio de seguridad á la entrada de la Cruz? ¿Por qué por órdenes expresas de López fueron dejados sin tropas, con pocas excepciones, todos los pasos de la Cruz? ¿Por qué fueron volteadas las ocho piezas situadas en la plaza de la Cruz, con sus bocas contra la ciudad? ¿Por qué cuando el enemigo avanzaba, no habia ningunos soldados que sirvieran la pieza de á 36 que estaba colocada á la izquierda de la Cruz?

Salm continúa sus preguntas queriendo que le dijese López, por qué después de las dos de la mañana había conducido dentro de las fortificaciones de la plaza al mismo general del enemigo, que iba vestido de paisano y llevaba una pequeña pistola giratoria, guiándole para que se informara por sí mismo de cómo se hallaba todo? ¿Por qué un poco antes de las dos de la mañana, y acompañado del mismo general enemigo, dejó López su linea y volvía un cuarto de hora después á la cabeza de los batallones republicanos, guiándolos personalmente hácia el patio interior de la Cruz, á donde fué recibido y saludado por su ayudante el subteniente Yablousky? No podia avenirse el que López hubiera caído prisionero, con el hecho de haber mandado al mencionado Yablousky que, acompañado de su cuñado Legorreta, avisaran al Emperador que el enemigo había entrado à la Cruz, y no se podía explicar tampoco que López, en su condición de prisionero, después de esto, fuese también á anunciar al Emperador el mismo suceso sin que le acompañara ninguno del enemigo y que entrara á la residencia de Maximiliano exclamando: "pronto, salvad la vida al Emperador; el enemigo está ya en la Cruz."

De qué manera podría justificar López que cuando Maximiliano, acompañado del general Castillo y de otras personas dejó la Cruz, ya estaba cercado por el enemigo, y que al decir López algo en voz baja á un oficial superior del enemigo, se dió orden á los soldados para que dejaran pasar á los que salían de aquella posición, aunque López no ignoraba que eran Maximiliano, Castillo y Salm, pues que estos iban de uniforme y además Salm llevaba en las manos las pistolas de su Emperador. ¿Qué explicación podía dar López del hecho de que á la cabeza del batallón republicano de Nuevo-Leon, desarmó á los húsares que mandaban los oficiales Paulowsky y Hachlig, mandando López que echaran pie á tierra?

por consiguiente reunirse con Maximiliano y aceptó un escondite ofrecido por un amigo suyo.

El general Manuel Ramírez Arellano, sorprendido también en su alojamien-

---

Los jefes prisioneros en Querétaro y confinados á Morelia, refutaron el folleto ó Manifiesto que expidió López con el título de "La toma de Querétaro," para vindicarse de la nota de traidor que en público se le daba. Comenzaban por no admitir que la mancha caída sobre López fuese también una mancha de la Nación mexicana, pues el crimen de un individuo no podía afectar á todos los miembros de una sociedad. Negaron que la escasez de recursos en la plaza fuera de tal manera grande, que llegaran á verse desfallecidos los defensores de ella, ni que se hubiesen quejado con el Soberano de que se morían de hambre. Niegan que las municiones elaboradas en la plaza fueran de mal calidad y que la pólvora ensuciara las armas hasta llegar á nulificarlas, pues si los fusiles Enfield se deterioraban, debíase esto á su mala calidad; las cápsulas de cartón tenian algunos defectos; pero no podía ser de otra manera en las circunstancias en que se encontraba la guarnición de Querétaro.

Los jefes prisioneros afirman que hasta los primeros días de Mayo no se trató de una salida formal; las salidas parciales solamente se habían hecho para satisfacer las máximas de la guerra, y la del 27 de Abril sobre la linea del Cimatario convidó á una retirada ó á un ataque decisivo sobre el grueso del ejército republicano, pues los imperialistas permanecieron dueños de la posición más de dos horas, tiempo suficiente para emprender una retirada.

Combatieron el relato de la manera con que López se dirigió al campo de Escobedo y lo después acaecido. El general Miramón había propuesto á Maximiliano la mañana del 14 de Mayo una salida con todas las tropas, lo cual fué aprobado por el Emperador; pero quiso que antes se viera el proyecto en una junta de generales para discutir la mejor manera de llevarlo á cabo. Miramón reunió en su alojamiento á los jefes de los cuerpos, los informó del motivo por qué eran llamados y los exhortó á tener las tropas en el mejor arreglo y disposición, advirtiendo al coronel del Regimiento de la Emperatriz, que había sido destinado para especial custodia y escolta del Emperador, al emprender el movimiento. Así pues, la proyectada salida no era un secreto, pues que desde las cuatro de la tarde del día 14 se tomaban todas las providencias preliminares para su ejecución. Dispuesto ya todo, las tropas habían recibido la organización meditada por el general Miramón, se había retirado ya de los parapetos la artillería que debía apoyar el movimiento, municionándola lo mejor posible. En esos momentos se presentó á Maximiliano el coronel D. Francisco Redonet, de parte del general Méndez que se hallaba enfermo en su alojamiento, exponiendo que en concepto de este general, sería muy conveniente suspender la salida hasta el día siguiente y que se hacía responsable del éxito de la salida si se otorgaba esta concesión. Maximiliano llamó á los generales Miramón y Castillo, y de común acuerdo resolvieron aplazar la salida para el siguiente día 15.

Según las noticias de los jefes confinados á Morelia, en esto se pasó el tiempo hasta las once de la noche; media hora después, ya libradas las órdenes necesarias para que todo permaneciera en su primitiva colocación, se retiró el general Miramón á su alojamiento, advirtiendo á los jefes que permanecieran tranquilos hasta recibir nuevas órdenes y solamente las dos baterías destinadas á apoyar la salida quedaron, una parte en la plaza de la Cruz y la otra á las puertas de los almacenes de San Francisco.

Afirman los citados prisioneros que López, tres ó cuatro días antes del 15 de Mayo, había solicitado que se le permitiera disponer de una parte de la fuerza que mandaba el jefe Yablousky, para ayudar á la custodia de la huerta de la Cruz, y que esa misma fuerza cubría la tronera de la derecha, por la que penetraron los republicanos, abierta en la barda izquierda de dicha huerta, y de la cual había sido retirada la pieza que estuvo allí situada, con objeto de que formara parte de las baterías de ataque en la salida proyectada para la noche del 14.

to, se salvó debido á su sangre fría, haciéndose pasar por un subalterno de poca importancia, y porque además dió á sus aprehensores un precioso reloj y todo el oro que llevaba; después desaparece por las azoteas de su casa y disfrazado logra llegar á la capital del Imperio sitiada á la sazón por el ejército de Oriente.

El coronel Santa Cruz, del 4º de lanceros, aunque ya herido, quiso abrirse paso y cayó despedazado por las balas de sus enemigos.

El coronel Campos, jefe de la escolta de Maximiliano, fué separado de los prisioneros conducidos á la Cruz y fusilado, aunque estaba ya herido. Otros jefes y oficiales fueron entonces víctimas de rencores privados ó de la exaltación de los vencedores.

El general Escobedo temía que los imperialistas intentaran combatir en su desesperación, y destacó al general Corona, con objeto de impedir esta eventualidad; pero en el momento en que este general avanzaba hácia la altura, Maximiliano resuelve no librar combate alguno, al saber que Miramón estaba herido y ante aquellas terminantes frases de Mejía: "*Señor, pasar es imposible.*" Maximiliano dispuso enviar un parlamentario.

Este se presentó á Corona con bandera desplegada, y le manifiesta que llevaba una misión de Maximiliano y Mejía; le contestó Corona, diciéndole: que volviese al campamento é informara á los que le habían mandado, que ya hacía saber al general en jefe lo que pasaba y que daba órdenes para suspender los fuegos en la línea republicana.

El parlamentario volvió por segunda vez y los imperialistas comenzaron á avanzar hácia el centro de la ciudad, en actitud pacífica, desprendiéndose un oficial para anunciar á Corona que Maximiliano y Mejía deseaban hablar con él. Se dirijió entonces hácia ellos acompañado del general Cortina y del Estado Mayor respectivo.

Maximiliano manifestó á Corona su deseo de hablarle aparte; le declaró que ya no era Emperador, puesto que había abdicado ante el Consejo de gobierno de México. Corona le contestó que no le incumbía tratar de aquel asunto y le aseguró que tanto él como los que le rodeaban, encontrarían toda clase de garantías hasta que llegara el general en jefe, quien poco después se presentó, y le fueron entregados Maximiliano y Mejía.

Al llegar Escobedo, seguido de su Estado Mayor, dió Maximiliano algunos pasos para recibirle y despues de un saludo, aunque grave, político, le manifestó su intención de hablarle aparte. Retirados los ayudantes á una órden de Escobedo, le dijo Maximiliano:

—¿Permitireis que bajo la salvaguardia de una escolta me dirija á cualquier puerto de la costa, en donde pueda yo embarcarme para Europa? Prometo, bajo garantía de mi palabra, no volver á poner jamás los pies en México."

—Me es imposible, respondió lacónicamente Escobedo, acceder á lo que pedís.

—Puesto que es así, espero no permitireis que se me insulte, y me tratareis con las consideraciones debidas á un prisionero de guerra.

—Sois en efecto prisionero mío, respondió Escobedo.

A continuación desciñó el príncipe su espada y la presentó al general, quien hizo que la recibiera el jefe de su Estado Mayor. (1)

Viendo Maximiliano la imposibilidad de sostenerse por más tiempo en la posición elegida, había perdido toda esperanza de retirarse y decidió enviar á su oficial de órdenes Pradillo con la misión de parlamentar con el general Escobedo, pidiéndole garantías para las tropas imperiales y ofreciéndose en holocausto. Pradillo se dirigió á todo correr en busca del general Escobedo, en tanto que en el cerro de las Campanas se levantaba la bandera blanca y callaban los cañones, señales que no fueron suficientes para contener el avance de los republicanos, ni para que dejase su artillería de enviar una lluvia de proyectiles huecos y macizos sobre el cerro. Maximiliano comprendió con esto que todo había concluido para él, y sin esperar el regreso del parlamentario se rindió á discreción á los jefes republicanos Riva Palacio y Corona. Entretanto los dragones de la Emperatriz se dispersaron. (2)

Escobedo recibió la espada del Emperador vencido y la pasó á un ayudante para que fuese entregada al Presidente Juárez. Algunos minutos conversaron

(1) El 16 de Mayo escribió el general Escobedo lo siguiente á su gobierno:

"Ayer, al momento de constituirse prisionero Maximiliano, me ha hecho las declaraciones siguientes: 1ª He mandado mi abdicación á mediados del mes de Marzo último. La copia de esta acta, certificada y firmada por el Ministro, se halla entre los papeles que se me han tomado en el convento de la Cruz. El original fué enviado al Presidente del Consejo de Estado D. José M. Lacunza, con órden de publicarlo tan luego como me encontrare legalmente prisionero.

2ª Si es necesario que haya una víctima, que yo sea, al menos, la única.

3ª Deseo que mis criados y las personas que me acompañan sean bien tratadas, porque me han servido con toda lealtad en los peligros é instabilidad de mi situación"

"Me ha declarado también, que su único deseo era salir del país, y que esperaba se le proporcionara una escolta, para que lo condujese al lugar en que debía embarcarse. Le contesté, que por mi mismo no podía concederle nada; que únicamente trasmitiría sus instrucciones al Supremo Gobierno"

[2] Cuando Maximiliano se convenció de que no era posible hacer otra cosa que rendirse, dispuso que se sacaran pedazos de lienzo blanco de una tienda de campaña, y que los colocaran arriba de las fortificaciones, en señal de que quería parlamentar. Mandó proponer á Escobedo la rendición sobre bases cuya primera condición era: que si había necesidad de alguna víctima se le escogiese á él. Entre tanto los republicanos avanzaban, y rehusada la capitulación propuesta por Maximiliano, fué necesario á los imperiales rendirse.

Montó Maximiliano á caballo, y seguido de todos los oficiales llegó al pié del cerro, en cuyo lugar encontró al general Corona. Allí se separó de los oficiales, dejando á su lado únicamente á los gefes Castillo, Mejía y Salm-Salm. Maximiliano vuelve á subir el cerro al lado de Corona, con el que conversó tranquilamente mientras llegó el general Escobedo á quien entregó la espada.

aparte Maximiliano y Escobedo; en seguida montaron á caballo y seguidos de los oficiales imperiales y de una fuerte escolta, siguieron hasta la Cruz atravesando la ciudad que se mostraba consternada.

Llegados á la Cruz Maximiliano y los adictos que le seguían, desmontaron y después de quitarles las armas fueron puestos en prisión.

Buscado el general Ramón Méndez con premura, al fin fué descubierto en una casa del centro de la ciudad, denunciado por su propio criado que se vendió, y preso en el escondite donde se había refugiado cuando vió que le era imposible reunirse con el Emperador. Conducido al convento de las Teresas en la noche del 18 al 19 de Mayo, y estando seguro de que iba á ser fusilado, recomendó su familia al coronel D. Juan Berna, el mejor de sus amigos. Condenado á muerte violentamente, se le condujo á la Alameda pocas horas después para fusilarlo. Al salir de la prisión mostró grande entereza, encendió un cigarro y fué á dar un apretón de manos á los otros generales presos, entre los cuales estaba D. Tomás Mejía, quien le dijo con los ojos arrasados en lágrimas:

—Méndez, estoy seguro que os mostrareis hoy delante de estas gentes como siempre que las habeis tenido enfrente.

—Estad tranquilo D. Tomás, contestó Méndez.

Quiso éste ver también al Emperador, quien conmovido le dijo:

—Méndez, sois la vanguardia; pronto vamos á reunirnos con vos.

Conducido á una iglesia cercana el sentenciado, se le dieron dos horas para confesarse, comulgar y ver á su familia por última vez; veloz transcurrió ese corto plazo, que al terminar le sorprendió abrazado con su esposa, su hermana y su hijo de diez años; los tres sollozaban y le oprimían entre sus brazos, queriendo retenerle y oponerse á que los abandonara. Ante aquel cuadro, todo ternura, lloraban también los sacerdotes llamados para auxiliar al reo, y aun los militares republicanos que presenciaban tan conmovedora despedida, hasta que un oficial le puso fin, haciendo una seña que Méndez sólo percibió y que significaba que era necesario partir; entonces Méndez, temiendo perder sus fuerzas si aquella escena se prolongaba, al querer decir el último adiós á los seres que le rodeaban, les hizo creer que tenía algo muy importante que comunicar á alguna persona, y que tan sólo se separaba de ellos por un instante para volver en seguida; les dejó con esa esperanza y no volvió más.

Conducido á la Alameda entre hileras de soldados y de curiosos, saludaba sonriendo á todos los que reconocía. No permitió que le vendaran los ojos y murió con valor, fusilado por detrás como traidor. Se le obligó á arrodillarse con la espalda vuelta á los soldados que iban á tirarle; pero al recibir los primeros tiros se volteó y quedó frente á los que formaban el pelotón; ya con cuatro balas en el cuerpo, hace señal de que le tiren á la cabeza; se adelanta el cabo, pone el fusil en la oreja del sentenciado que recibe el disparo para entrar en la eternidad. En la casa frente al lugar donde Méndez fué fusilado, presenciaron la ejecución multitud de oficiales republicanos, y en la misma estaba oculto el genera



General Refugio González.

Fiscal sustituto en la causa instruida contra Maximiliano de Hapsburgo y los generales Miguel Miramon y Tomás Mejía. El general González leyó á Maximiliano en la prisión militar de Capuchinas, á las once de la mañana del 16 de Junio de 1867, la sentencia de muerte.

aparte Maximiliano y Escobedo; en seguida montaron á caballo y seguidos de los oficiales imperiales y de una fuerte escolta, siguieron hasta la Cruz atravesando la ciudad que se mostraba consternada.

Llegados á la Cruz Maximiliano y los adictos que le seguían, desmontaron y después de quitarles las armas fueron puestos en prisión.

Buscado el general Ramón Méndez con premura, al fin fué descubierto en una casa del centro de la ciudad, denunciado por su propio criado que se vendió, y preso en el escondite donde se había refugiado cuando vió que le era imposible reunirse con el Emperador. Conducido al convento de las Teresas en la noche del 18 al 19 de Mayo, y estando seguro de que iba á ser fusilado, recomendó su familia al coronel D. Juan Berna, el mejor de sus amigos. Condenado á muerte violentamente, se le condujo á la Alameda pocas horas después para fusilarlo. Al salir de la prisión mostró grande entereza, encendió un cigarro y fué á dar un apretón de manos á los otros generales presos, entre los cuales estaba D. Tomás Mejía, quien le dijo con los ojos arrasados en lágrimas:

—Méndez, estoy seguro que os mostrareis hoy delante de estas gentes como siempre que las habeis tenido enfrente.

—Estad tranquilo D. Tomás, contestó Méndez.

Quiso éste ver también al Emperador, quien conmovido le dijo:

—Méndez, sois la vanguardia; pronto vamos á reunirnos con vos.

Conducido á una iglesia cercana el sentenciado, se le dieron dos horas para confesarse, comulgar y ver á su familia por última vez; veloz transcurrió ese corto plazo, que al terminar le sorprendió abrazado con su esposa, su hermana y su hijo de diez años; los tres sollozaban y le oprimían entre sus brazos, queriendo retenerle y oponerse á que los abandonara. Ante aquel cuadro, todo ternura, lloraban también los sacerdotes llamados para auxiliar al reo, y aun los militares republicanos que presenciaban tan conmovedora despedida, hasta que un oficial le puso fin, haciendo una seña que Méndez sólo percibió y que significaba que era necesario partir; entonces Méndez, temiendo perder sus fuerzas si aquella escena se prolongaba, al querer decir el último adiós á los seres que le rodeaban, les hizo creer que tenía algo muy importante que comunicar á alguna persona, y que tan sólo se separaba de ellos por un instante para volver en seguida; les dejó con esa esperanza y no volvió más.

Conducido á la Alameda entre hileras de soldados y de curiosos, saludaba sonriendo á todos los que reconocía. No permitió que le vendaran los ojos y murió con valor, fusilado por detrás como traidor. Se le obligó á arrodillarse con la espalda vuelta á los soldados que iban á tirarle; pero al recibir los primeros tiros se volteó y quedó frente á los que formaban el pelotón; ya con cuatro balas en el cuerpo, hace señal de que le tiren á la cabeza; se adelanta el cabo, pone el fusil en la oreja del sentenciado que recibe el disparo para entrar en la eternidad. En la casa frente al lugar donde Méndez fué fusilado, presenciaron la ejecución multitud de oficiales republicanos, y en la misma estaba oculto el genera



General Refugio González.

Fiscal sustituto en la causa instruida contra Maximiliano de Hapsburgo y los generales Miguel Miramon y Tomás Mejía. El general González leyó á Maximiliano en la prisión militar de Capuchinas, á las once de la mañana del 16 de Junio de 1867, la sentencia de muerte.

Ramírez Arellano, esperando impaciente el momento oportuno para salir de la plaza y marchar é introducirse á la ciudad de México, lo que consiguió atravesando disfrazado las lineas de los republicanos en Querétaro y después las del ejército que sitiaba esa ciudad. (1)

---

(1) En 5 de Junio de 1887, dirigió el Sr. José Rincón Gallardo una carta al Sr. Espiridión Moreno, de Lagos, informándole acerca de los acontecimientos que tuvieron verificativo al caer Querétaro. Servía el Sr. Rincón en la División del Sr. Francisco O. Arce. A las 12 de la noche del día 14 se le presentó el general Francisco A. Velez, con una órden del Cuartel general para que atacara el convento de la Cruz por enfrente y por la barda del Panteón, con dos columnas que debian ser reforzadas con los batallones "Nuevo León" y "Supremos Poderes" Dispuesto ya el ataque, el general Escobedo revocó personalmente la disposición y órdenó al Sr. Rincón, que con el mayor silencio y sigilo posible colocara frente á la barda del Panteón veinticinco hombres á las órdenes de un oficial de toda su confianza, para que recibiera á un gefe que habia de salir de la plaza á las tres de la madrugada. La comisión fué desempeñada por el comandante del 7° batallón D. José M. Rangel, quien condujo á López ante el general Velez, y después de una corta conferencia entre ambos, dispuso Vélez que Rincón, al mando del "Nuevo León" y guiado por López ejecutara extrictamente las órdenes de este. Así se verificó y fueron sorprendidos en el Panteón tres destacamentos de imperialistas, é igual operación fué ejecutada en las alturas de aquella fortaleza de la Crúz que quedó en poder de los republicanos, así como la artillería y prisionera toda la guarnición.

Al descender de las alturas del convento, encontró el gefe Rincón Gallardo al Emperador en traje de paisano y sin otro compañero que el general Castillo, aquel ordena á los soldados que dieran paso franco á estas personas y así lo verificaron, pues el Sr. Rincón tenía la plena seguridad de que ni remotamente hallarían medio alguno de salvación.

El general Vélez ordenó al citado gefe Rincón Gallardo, que acompañado siempre por López y con el batallón "Supremos Poderes" avanzara para el convento de S. Francisco, é hizo rendir en el camino á algunas fuerzas imperialistas, entre ellas un Regimiento de húsares húngaros. Una vez tomada la posición de San Francisco, el general Escobedo determinó la ocupación de la plaza.

El segundo gefe del Estado Mayor, D. Manuel Guzmán, refiere de la siguiente manera lo que pasaba en el interor del fuerte de la Cruz en la madrugada del día 15: Serían próximamento las cuatro de la mañana del 15 de Mayo, cuando el Sr. J. L. Blasio entró á la pieza que nos servía de alojamiento, en el convento de la Cruz, al Sr. general Castillo y á mí, y me avisó que el enemigo estaba en el camposanto; dí conocimiento al citado General, el cual salió violentamente; yo entré á tomar mi pistola á un gabinete inmediato y salí á alcanzarlo. En la pieza contigua á la nuestra residía el Emperador; al pasar por la puerta, el teniente coronel Yablousky que se encontraba allí me dijo: "Coronel, el enemigo está ya en la huerta y en el camposanto" Sin dar contestación alguna, siguió su marcha el Sr. Guzmán en dirección á esos puntos, pues que supuso que en la misma habiase ido el general Castillo, y además quería convencerse por sí mismo de lo que se le había dicho; atravesó los dos patios que median entre el pié de la escalera y la huerta, sin encontrar un soldado, ni una luz en el tránsito de la parte baja del edificio; atravesó la puerta de la huerta y la obra pasajera que la cubría, conocida con el nombre de "tambor" y al avanzar algunas metros descubrió una línea de tiradores y atrás tres trozos de infantería que le parecieron por los "shacots" que tenían, del batallón de "Supremos Poderes, fuerza que le era bien conocida.

Convencido el Coronel Guzmán, de que el enemigo estaba en plena y absoluta posesión de aquella parte del edificio, regresó con la mayor precaución posible y al llegar al "tambor," se encontró con cinco ó seis oficiales tras los cuales iba López; dirigióse Guzmán á éste diciéndole "¿que hay coronel;? pero no recibió contestación de López, quien más bien trató de ocultarse tras de los

Esperaba Maximiliano alguna intervención en su favor por parte de la Europa; pero fué grande su sorpresa al ver que transcurrían los días y nada se hacía en su favor, no obstante que el Emperador de Austria había dictado disposiciones que tendían á amparar á su hermano el Emperador de México, previendo que caería prisionero, y para cuyo fin se dirigió al gobierno de los Estados Unidos considerándolo con influencia y ascendiente sobre el de México.

---

otros gefes y oficiales, uno de los cuales dijo "aseguren á este Señor" cuya orden ejecutaron siete ú ocho soldados que marchaban en pos de ellos, y custodiado Guzmán por esa pequeña fuerza fué conducido de nuevo á la huerta, á veinte ó veinticinco pasos de la puerta. Suponía el coronel Guzmán que López también había sido hecho prisionero; pero le llamaba la atención verlo que se dirigía de nuevo con los oficiales republicanos al interior del edificio, por otra puerta cercana al "tambor" y á su derecha, por la cual se llegaba á las cuadras ocupadas por la compañía de zapadores y un piquete de la gendarmería, y también al interior de la obra de fortificación que se estaba construyendo sobre el camino, á la salida de la plazuela de la Cruz.

En un cuarto de hora, poco más ó ménos, que estuvo Guzmán allí, observó que algunos individuos que salían del interior y se dirigían á los pelotones de infantería, pusieron en movimiento estas fuerzas, haciéndolas avanzar para el convento por las dos entradas y otra para un gran patio al que se llegaba por una horadación, y que comunicaba por una parte con la línea de San Francisquito y por la otra con la parte baja del Hospital, que sirvió de alojamiento al tercer batallón en los días en que el ejército sitiado tenía fuerzas suficientes para poner un batallón de reserva; pero á la sazón lo ocupaban algunos prisioneros que habian sido dados de alta.

Estando el coronel Guzmán en el lugar donde se le retenía prisionero, vió que López caminaba precipitadamente y que con voz demasiado fuerte decía: "por aquí mi General, por aquí" estas exclamaciones interesaron á Guzmán, pues creyendo prisioneró á López, supuso que el general á quien llamaba era el general Castillo; pero pronto se desengañó de que no era así, pues le hicieron caminar hasta una plataforma, donde le reunieron con siete ú ocho de sus compañeros prisioneros ya. Entonces comprendió el coronel Guzmán, por qué todo lo que había presenciado se ejecutaba con el mayor orden y en silencio, y por qué no habían disparado ninguna de las guardias ni un solo tiro, sin que la de la torre hubiera dado á entender que había sentido aquel movimiento, pues entre los prisioneros que acompañaban al Sr. Guzmán estaban los comandantes de aquellas guardias, menos el de la torre y cada uno fué refiriendo lo que López les había dicho al separarlos de sus puntos; al que guardaba el Panteón le dijo: "que un batallón del general Márquez, burlando la vigilancia del enemigo, había penetrado á la plaza, y tropa de ese batallón era la que le seguía para relevar la empleada en aquellos puntos, la cual debía incorporarse al suyo, pues se iba á emprender un movimiento á la madrugada." Al sub-oficial de artillería Hans, le obligó á ronzar su pieza hácia la Cruz, "porque allí se había sublevado una fuerza" lo retiró de aquel punto é hizo prisionero, dejando una escolta que custodiase la pieza. Cada prisionero fué manifestando la manera con que había sido reducido á la situación que guardaba, y en aquellos solemnes momentos, en que se decía la verdad sin ropajes ni segundas intenciones, todos convinieron en que López era el autor principal de la catástrofe. ¿Por donde había entrado la fuerza enemiga? he aquí un enigma que resolvieron al ver que la tronera de la plataforma donde estaban los prisioneros imperialistas, y por la que se les hizo bajar para llevarlos al campamento republicano, tronera que estaba á dos metros de altura sobre el nivel de la calle, había sido ensanchada y con la tierra que resbalara se formó una rampa que hacía el ascenso sumamente cómodo, siendo de advertir que esa tronera debió estar cubierta por diez hombres de la fuerza de Yablousky, según autorización solicitada por el mismo López.

El ministro austriaco en Washington, Mr. Wydenbruck, recibió un despacho telegráfico de su gobierno el 5 de Abril, y al momento solicitó una entrevista con el ministro Mr. Seward, en la que le dijo: "que el Emperador de Austria había sido informado de que su hermano Maximiliano estaba sitiado en Querétaro, y que la suerte corrida por los prisioneros, después de los combates de Zacatecas, inquietaba al Emperador Francisco José por la vida de su hermano, si caía en manos de los liberales; en consecuencia, había recibido instrucciones para hablar del asunto con el Secretario de Estado de la República norte-americana, y preguntarle si estaba dispuesto á usar de su influencia con Juárez, é inducirle á que respetara en tal eventualidad la persona de su hermano el Emperador de México, usando de esa intervención amistosa en beneficio también de los demás prisioneros, particularmente de los extranjeros. Confiaba el ministro austriaco en que debiendo el partido liberal de México su éxito al auxilio moral del gobierno norte-americano, podía exigir de Juárez que respetara á los prisioneros de guerra.

El gobierno de los Estados Unidos se dirigió desde luego, el 6 de Abril, á Mr. Campbell, su ministro cerca del gobierno de México, manifestándole que siendo probable la captura del Príncipe Maximiliano en Querétaro, excitaba temores el rigor usado con los prisioneros de Zacatecas, y se temía que se ejerciera de manera semejante con el Príncipe y sus soldados extranjeros, esa severidad perjudicial á la causa nacional de México y al sistema republicano en todo el mundo. Por lo tanto se le comunicaría prontamente y por medios eficaces al Presidente Juárez, el deseo del gobierno norte-americano respecto á que, en caso de ser capturados el Príncipe y sus partidarios, recibieran el tratamiento humano concedido á los prisioneros de guerra. Igual comunicación le fué trasmitida al Sr. Matías Romero, ministro plenipotenciario de México, con relación á la emergencia temida.

Mr. Campbell que estaba en Nueva-Orleans, envió un comisionado especial con la petición del gobierno norte-americano á la residencia del Sr. Juárez, que era ya San Luis Potosí, debiendo dirigirse el enviado á Galveston y de allí á Tampico por el buque ligero "Blackbird."

El 11 de Abril (1867) recibió el gobierno republicano la comunicación que desde Nueva Orleans le dirigió Mr. Campbell, pidiendo el tratamiento humano en caso de que fuesen capturados el Príncipe Maximiliano y sus partidarios, pues de lo contrario disminuiría la satisfacción y se contendría el curso de las simpatías hácia la República de México. El ministro Lerdo contestó: "que eran inexactos los informes esparcidos acerca de los prisioneros de San Jacinto, cuya mayor parte fué perdonada, aunque acababa de entregarse á todo género de excesos y de crímenes en la ciudad de Zacatecas, peleando como filibusteros sin patria y sin bandera, como mercenarios pagados para derramar la sangre de los mexicanos que defendían su independencia é instituciones; algunos de esos extranjeros aprehendidos en San Jacinto habían sido conducidos á Zacatecas y tratados con gran

benevolencia, así como otros aprehendidos en Jalisco; muchas veces los prisioneros franceses, sin necesidad de cange, habían sido puestos en libertad y tratados siempre con las mayores consideraciones, aunque incendiaron poblaciones enteras ó las diezmaran por medio de las cortes marciales, matando á personas indefensas, sin aparato de justicia y solamente por sospechas."

"Retiradas las fuerzas francesas, el Archiduque Maximiliano había querido seguir derramando inutilmente la sangre de los mexicanos, pues que, excepto tres ó cuatro ciudades, toda la República estaba levantada en su contra, y se había rodeado de algunos de los hombres más conocidos por sus espoliaciones y graves asesinatos, y de los más manchados con las desgracias de la República." El Sr. Lerdo manifestó: "que en el caso de que esas personas llegaran á ser capturadas, no se podría considerarlas como simples prisioneros de guerra, teniendo responsabilidades definidas por el derecho de las Naciones y por las leyes de la República." "El gobierno que ha dado numerosas pruebas de sus principios humanitarios y demás sentimientos de generosidad, tiene también la obligación de considerar, según las circunstancias de las cosas, lo que pueden exigir los principios de justicia y los deberes que tiene que cumplir para con el pueblo mexicano." Concluyó el Sr. Lerdo su respuesta, esperando que con la justificación de sus actos se conservarían las simpatías del pueblo y del gobierno de los Estados Unidos, de gran estimación para el pueblo y gobierno de México.

El 19 de Junio (1867) eran enviados al Senado de los Estados Unidos los documentos relativos á la intervención de ese gobierno en favor de Maximiliano. Dos horas después el ministro Seward escribía al representante de México Sr. Matías Romero, lo siguiente: "Estoy autorizado para informar al Presidente Juárez, que el Emperador de Austria restablecerá inmediatamente al Príncipe Maximiliano en sus derechos de sucesión como Archiduque de Austria, luego que los mexicanos le haya puesto en libertad y que él haya renunciado para siempre á toda pretensión hácia el gobierno de México. Usted me obligará enviando este mensaje al Presidente Juárez por telégrafo, indicándole que si él lo encuentra compatible, haga saber esto al Príncipe Maximiliano para su conocimiento."

En el mismo día informó el Sr. Romero á Mr. Seward que había trasmitido la nota anterior á su gobierno por el telégrafo de Nueva Orleans, para que de allí la llevase el vapor que partiera. También informó que había enviado el 15 de Junio el memorandum de Mr. Seward, en el que le hacía saber, que el Emperador de los franceses y la Reina de Inglaterra se habían dirigido al gobierno de os Estados Unidos, suplicando interpusiera sus bondadosos oficios en favor de Maximiliano.

V.

(Fin del Imperio de Maximiliano.)

Dispone el general Escobedo que se presenten los servidores del Imperio.—Son llevados los prisioneros al convento de las Teresas.—Su translación al de Capuchinas.—Castigos aplicados á los imperialistas.—Los prisioneros ante la Corte Marcial.—Llegan á Querétaro los defensores de Maximiliano.—Conferencias.—Apuntes para la defensa, escritos por Maximiliano.—Plazo de tres días señalado por el ministro Lerdo, para la defensa.—Dos defensores marchan para San Luis Potosí.—Conferencias con el ministro Lerdo de Tejada.—Firmeza del gobierno republicano.—Los defensores multiplican sus esfuerzos.—Rehusa Maximiliano presentarse ante el Consejo de Guerra. Se recurre á la petición de indulto.—El Baron de Magnus solicita también el perdón.—Confirma el gobierno la sentencia del Consejo de Guerra.—Fija para la ejecución la tarde del 16 de Junio.—Se difiere por tres días.—Se le niega á Maximiliano una entrevista con el Presidente Juárez.—Notifícase al reo la pena impuesta por el Consejo de Guerra.—Descripción de la celda ocupada por Maximiliano.—La princesa de Salm-Salm en San Luis Potosí.—Trances penosísimos de la Señora de Miramón al demandar perdón para su esposo.—Trabajos para la evasión de Maximiliano.—El mismo los aplaza.—Esfuerzos de los defensores que habían permanecido en Querétaro. Quiso Maximiliano hacer su testamento.—Nuevos planes para su fuga.—Pretende la Princesa de Salm cohechar á dos coroneles.—Se la obliga á salir de Querétaro.—Proceso de los generales Miramón y Mejía.—También son sentenciados á muerte.—Postreras disposiciones de Maximiliano.—La última noche de su vida.—Escenas conmovedoras.—El convoy fúnebre.—Despedidas en el lugar del suplicio.—La ejecucion.—El gobierno de los Estados Unidos y la prensa europea.

Posesionado de la plaza de Querétaro el general Escobedo, pudo ya desprenderse de algunas tropas que fueron enviadas á sostener el sitio de México que vino á ser un suceso adicional, al lado de los prominentes acontecimientos de Querétaro. Escobedo dirigió una proclama á sus tropas, fechada el 15 de Mayo en el cuartel general de la Purísima, frente á Querétaro, usando términos generales, pomposos y retumbantes. A la vez publicó una orden para que los empleados civiles y militares, que sirvieron al Imperio, se presentaran en el término de veinticuatro horas, conminando con la pena de muerte á los que no obedecieran; en consecuencia se presentaron los generales Escobar, Casanova, Moret y Valdés, y con el ex-ministro García Aguirre lo hicieron también otros de los que fueron servidores del Imperio. Desobedeciendo dicha orden se ocultaron los generales Ramírez Arellano y Gutiérrez, y el coronel Carlos Miramón; aunque el general Ramón Méndez también se ocultó, ya se dijo de qué manera fué encontrado, sacado del escondite y fusilado, así como lo acaecido á los coroneles Santa Cruz y Campos.

Los prisioneros fueron notificados el 17 de Mayo en la mañana, que iban á ser transladados al convento de las Teresitas, de cuya localidad habían sido despojadas las monjas. Para la translación reuniéronse en la plaza de la Cruz los oficiales que estaban en la iglesia de este nombre, con los que ocupaban el interior del edificio que sirvió de cuartel general á Maximiliano.

El cuarto que ocupó este prisionero en la nueva cárcel, era amplio, pero escaso de muebles; en el contiguo se alojaron el General Castillo, el ministro García Aguirre y los coroneles Pradillo, Ormachea y Salm-Salm, el doctor Basch y el secretario Blasio. A todos los prisioneros que estaban alojados en las diferentes partes del edificio, se les permitió la comunicación entre sí. (1)

El 18 de Mayo se publicó una lista de los prisioneros, y á la vez era cambiado el jefe á cuyo cuidado estaban, y que era el General Ignacio Echagaray, por el General Refugio González. (2) El siguiente día visitó á Maximiliano el General Escobedo, acompañado del coronel Villanueva, durando la conferencia media hora. El día 20 se efectuó otra entrevista de igual naturaleza, arreglada por intermedio del mismo coronel Villanueva, en el cuartel general situado en la Hacienda de Hércules, á donde fué conducido Maximiliano en coche con escolta de

(1) El ayuda de cámara de más confianza que tuvo Maximiliano desde mucho antes de salir para Querétaro fué Severo Villegas, hecho prisionero con él: le trató con intimidad y confianza en tal grado, que á veces se quedó en el cuarto durante las juntas de generales en que se combinaban los planes de campaña, y continuó acompañando á Maximiliano hasta cuatro días antes de que le fusilaran. Los servicios del fiel Severo resaltaron desde la madrugada del día 15. Cerca del amanecer varias personas fueron á avisar que López había llevado al enemigo en el peso de la noche; Maximiliano lo dudaba pareciéndole imposible aquella traición, se vistió precipitadamente y cuando el criado Severo le indicó que se pusiera al cinto unas onzas de oro, le contestó:

—Eso ya no sirve; para nada nos puede ayudar. Lo que importa es salir pronto.

El criado se ciñó una de las víboras de onzas y se puso otras monedas dentro del calzado. Con ese dinero estuvo haciendo Maximiliano sus gastos en la prisión, fué pagada la ropa que su criado mandó hacerle y aun dió algunas onzas al pelotón de soldados que le fusilaron.

El criado Severo afirma: que el Emperador jamás consintió en volver á ver á López, á pesar de que éste intentó varias veces pedirle una entrevista por conducto de determinada persona. Confirma que Maximiliano no pudo escribir el día 18, porque estaba tan grave, que cuando se sentaba en la cama para hablar con alguno ó tomar el alimento, era necesario tenerle la cabeza ó tomarle por los brazos porque se desvanecía de la debilidad. Severo no vió que ni en ese día ni en ningún otro, mientras estuvieron en las Teresitas, escribiera Maximiliano. Jura el criado que éste no volvió á hablar con López en la prisión y que calificó al mismo López de un infame, y que primero se dejaría morir que consentir en volver á verle.

(2) El general Refugio González permitió, mientras estuvo el prisionero á sus órdenes, que siguieran á disposición de Maximiliano la servidumbre, el médico y el capellán. Este jefe republicano que había transladado los prisioneros á las Teresitas el día 17, en virtud de las órdenes del general en jefe, condujo separadamente en un carruaje á Maximiliano acompañado del general Ignacio Echagaray y del teniente coronel Padrés. Entonces fué cuando Maximiliano hizo la solicitud que se el concedió, para que el capellán y el médico entraran y salieran cuando quisieran, por estar Maximiliano atacado de una fuerte disentería, de la que sufrió hasta el día de su ejecución.

veinticinco cazadores de Galeana. Tuvo verificativo la conferencia en el jardín de la hacienda; en esa entrevista se refirió Maximiliano á su abdicación, y solicitó de Escobedo el permiso para embarcarse, dando en cambio las órdenes para que se rindieran México y Veracruz. Contestó Escobedo ofreciendo poner la petición en conocimiento de su gobierno y Maximiliano autorizó al coronel Salm para tratar esos asuntos con el general en jefe del ejército vencedor. En cumplimiento de su encargo presentó Salm varias proposiciones y después de hora y media que duró la negociación, regresaron los prisioneros á la carcel de las Teresitas.

El día 22 fueron transladados Maximiliano, Miramón y Mejía al ex-convento de las Capuchinas; allí encontró Maximiliano á Miramón con la cara vendada, le abrazó, manifestándole el aprecio que le tenía. Dos días después, hallándose Maximiliano sentado en el patio, bajo la sombra de un limonero, acompañado del coronel Salm, fué llamado éste por el coronel Palacio quien le notificó que dejaría de estar al lado de Maximiliano y que iba á ser transladado á otro cuarto, porque al comenzar los procesos tenían los reos que estar solos é incomunicados.

Por esos días, el 24 de Mayo, expidió el general Escobedo un pasaporte en favor de D. Miguel López, para el Estado de Puebla, en los momentos en que Maximiliano y los jefes imperialistas, entre los cuales había ocupado lugar tan preferente el mismo López, estaban presos y amenazados con la pena de muerte ó con el confinamiento. (1)

Transcurrieron algunos días después de tomada Querétaro, sin que se supiera positivamente la suerte que estaba reservada á Maximiliano y sus principales generales. En Querétaro se figuraban que el Presidente Juárez y sus ministros vacilaban ante la idea de condenarlos á muerte; pero las dudas cesaron del 23 al 24 de Mayo, fecha en que fueron conocidas las resoluciones del gobierno republicano. Los tres prominentes prisioneros debían ser juzgados por tribunal especial, así como los otros generales; el ministro García Aguirre y los principales agentes de la administración militar, serían sometidos á un juicio separado, aunque idéntico en la forma y lo mismo se haría con los oficiales á quienes se hi-

(1) El pasaporte decía así: "República Mexicana.—Ejército de operaciones.—General en jefe.—El C. Miguel López pasa para el Estado de Puebla, tocando al de México, con el objeto de arreglar algunos asuntos de familia, terminados los cuales debe presentarse á este cuartel general.—Suplico á los jefes de las fuerzas independientes de este ejército, y ordeno á los que me obedecen, no le pongan embarazo en su marcha.—Cuartel general en Querétaro, Mayo 24 de 1867.—Escobedo.

Mucho se ha dicho acerca del dinero, precio de la entrega de Querétaro y aun llegó á referir "El Propagador," periódico que se publicaba en Puebla el año de 1887, lo siguiente: "El dinero para pagar el precio de la traición salió de Morelia, de una casa de la calle de San Nicolas; mil onzas que en su mayor parte eran españolas;" pero ninguna prueba de su dicho presentó, ni ha sido posible que acerca de este detalle llegara jamás á adquirirse una prueba plena.

cieran cargos particulares. La ley de 25 de Enero de 1862 debía servir para normalizar el proceso de Maximiliano y sus compañeros de prisión; esa ley era la sentencia de muerte inevitable, desde el momento en que se le aplicara al reo. Un consejo de guerra ordinario, presidido por un oficial superior unido á seis capitanes, sería el tribunal encargado de juzgar á Maximiliano y á sus dos generales Miramón y Mejía. Cuando se supo la resolución del gobierno republicano, sintieron los imperialistas la conmoción que se sufre cuando nos cae cerca el rayo, pues tras las fórmulas efímeras de un juicio rápido, se presentaba con toda claridad la muerte de los tres reos.

Al comenzar el proceso, los tres acusados fueron llevados al solitario convento de las Capuchinas, y estuviéron, aunque eran valientes sin sombra de duda, con la angustia que debe sentirse cuando con cabal conocimiento se está entre la vida y la muerte. Desde el principio del proceso, la defensa declinó la competencia del Consejo ordinario de guerra para juzgar delitos contra el Estado, puesto que la pena de muerta estaba abolida por la Constitución en delitos políticos, y sostuvieron que la ley de 25 de Enero había sido decretada en un momento de pasión y de ceguedad, tratando de atemorizar á enemigos tenaces y decididos; también se hizo mérito de que aquella ley no había sido expedida por un congreso, sino que emanaba solamente del Poder Ejecutivo.

El teatro de Iturbide fué elegido para el proceso; pero Maximiliano fundado en el mal estado de su salud, se evitó el disgusto de comparecer ante el tribunal, no sucediendo lo mismo con los generales Miramón y Mejía que fueron obligados á sentarse en el banquillo de los reos. (1)

Maximiliano rehusó presentarse ante el tribunal designado para juzgarle, procurando apartarse del ridículo á que creyó pretendían orillarle sus enemigos, y porque realmente sufría mucho á causa de su enfermedad.

La Princesa Salm partió para San Luis en la noche del 25 de Mayo (1867), después de haber conferenciado con el Príncipe Maximiliano y con el general Escobedo, para recibir instrucciones del uno y suplicar al general en jefe que aplazara la ejecución hasta su regreso que apresuraría tanto cuanto le fuera posible. Al

(1) En cuanto á los demás oficiales les fueron aplicados los siguientes castigos: los coroneles tenían la pena de seis años de prisión; los teniente-coroneles cinco; los comandantes cuatro; los capitanes y tenientes extranjeros dos, quedando en libertad los tenientes y subtenientes mexicanos, que debían permanecer en sus casas vigilados militarmente, y los extranjeros en prisión durante un año. Cincuenta gefes y oficiales fueron conducidos á Morelia y puestos en la cárcel, ó igual número de capitanes fueron llevados á Guanajuato, otros tantos á Zacatecas y setenta y dos á San Luis Potosí, comprendiendo en este grupo á los tenientes extranjeros. Las anteriores disposiciones sufrieron alteraciones sucesivas hasta llegar á la amnistía. Las clases y los soldados fueron refundidos en el ejército republicano. Aquí cabe remarcar que no obstante que los oficiales superiores fueron conducidos á Morelia y abrumados con el maltrato, los gefes Miguel López y Antonio Yablousky permanecieron libremente en sus hogares, aunque cargados con las maldiciones de los que durante el sitio habían sido sus compañeros y ahora estaban prisioneros.



Lic. D. Eulalio María Ortega,

Estando prisionero en Querétaro Maximiliano de Hapsburgo, designó para uno de sus defensores al Sr. Eulalio M. Ortega. La defensa basó sus argumentos en la incompetencia del tribunal excepcional que formaba el Consejo de guerra, y en la improcedente aplicación de una ley privativa y anticonstitucional, cual la de 25 de Enero de 1862. Citó al ejemplo del ex-Presidente confederado Jefferson Davis, quien, aunque vencido, no fué privado de las garantías que otorgaba la Constitución del país cuya paz pública alteró.

cieran cargos particulares. La ley de 25 de Enero de 1862 debía servir para normalizar el proceso de Maximiliano y sus compañeros de prisión; esa ley era la sentencia de muerte inevitable, desde el momento en que se le aplicara al reo. Un consejo de guerra ordinario, presidido por un oficial superior unido á seis capitanes, sería el tribunal encargado de juzgar á Maximiliano y á sus dos generales Miramón y Mejía. Cuando se supo la resolución del gobierno republicano, sintieron los imperialistas la conmoción que se sufre cuando nos cae cerca el rayo, pues tras las fórmulas efímeras de un juicio rápido, se presentaba con toda claridad la muerte de los tres reos.

Al comenzar el proceso, los tres acusados fueron llevados al solitario convento de las Capuchinas, y estuviéron, aunque eran valientes sin sombra de duda, con la angustia que debe sentirse cuando con cabal conocimiento se está entre la vida y la muerte. Desde el principio del proceso, la defensa declinó la competencia del Consejo ordinario de guerra para juzgar delitos contra el Estado, puesto que la pena de muerta estaba abolida por la Constitución en delitos políticos, y sostuvieron que la ley de 25 de Enero había sido decretada en un momento de pasión y de ceguedad, tratando de atemorizar á enemigos tenaces y decididos; también se hizo mérito de que aquella ley no había sido expedida por un congreso, sino que emanaba solamente del Poder Ejecutivo.

El teatro de Iturbide fué elegido para el proceso; pero Maximiliano fundado en el mal estado de su salud, se evitó el disgusto de comparecer ante el tribunal, no sucediendo lo mismo con los generales Miramón y Mejía que fueron obligados á sentarse en el banquillo de los reos. (1)

Maximiliano rehusó presentarse ante el tribunal designado para juzgarle, procurando apartarse del ridículo á que creyó pretendían orillarle sus enemigos, y porque realmente sufría mucho á causa de su enfermedad.

La Princesa Salm partió para San Luis en la noche del 25 de Mayo (1867), después de haber conferenciado con el Príncipe Maximiliano y con el general Escobedo, para recibir instrucciones del uno y suplicar al general en jefe que aplazara la ejecución hasta su regreso que apresuraría tanto cuanto le fuera posible. Al

(1) En cuanto á los demás oficiales les fueron aplicados los siguientes castigos: los coroneles tenian la pena de seis años de prisión; los teniente-coroneles cinco; los comandantes cuatro; los capitanes y tenientes extranjeros dos, quedando en libertad los tenientes y subtenientes mexicanos, que debían permanecer en sus casas vigilados militarmente, y los extranjeros en prisión durante un año. Cincuenta gefes y oficiales fueron conducidos á Morelia y puestos en la cárcel, ó igual número de capitanes fueron llevados á Guanajuato, otros tantos á Zacatecas y setenta y dos á San Luis Potosí, comprendiendo en este grupo á los tenientes extranjeros. Las anteriores disposiciones sufrieron alteraciones sucesivas hasta llegar á la amnistía. Las clases y los soldados fueron refundidos en el ejército republicano. Aquí cabe remarcar que no obstante que los oficiales superiores fueron conducidos á Morelia y abrumados con el maltrato, los gefes Miguel López y Antonio Yablousky permanecieron libremente en sus hogares, aunque cargados con las maldiciones de los que durante el sitio habían sido sus compañeros y ahora estaban prisioneros.



Lic. D. Eulalio María Ortega,

Estando prisionero en Querétaro Maximiliano de Hapsburgo, designó para uno de sus defensores al Sr. Eulalio M. Ortega. La defensa basó sus argumentos en la incompetencia del tribunal excepcional que formaba el Consejo de guerra, y en la improcedente aplicación de una ley privativa y anticonstitucional, cual la de 25 de Enero de 1862. Citó el ejemplo del ex-Presidente confederado Jefferson Davis, quien, aunque vencido, no fué privado de las garantías que otorgaba la Constitución del país cuya paz pública alteró.

siguiente día supo el coronel Salm, al conversar con el coronel Villanueva, que Maximiliano debía prescindir de sus esperanzas de salvación. Entonces Salm logró hablar con el prisionero, y le sugirió que se evadiera, para lo cual se puso de acuerdo el coronel con un oficial europeo que servía en el ejército republicano. Aunque Maximiliano rechazó al principio el proyecto de fuga, le persuadieron que después de haber hecho todo lo necesario para salvar su honor militar, debía conservar la vida con la que aún podía servir á la humanidad. (1)

El fiscal D. Manuel Aspíroz se presentó el día 24 de Mayo en la tarde, para interrogar á Maximiliano, quien encontró tan absurda la acusación que consideró suficiente defenderse por sí mismo; pero poco después, cambiando de parecer, dirigió un telegrama al Barón de Magnus, rogándole que pasara á Querétaro en unión de los abogados Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, pertenecientes al partido liberal. (2)

Dispuso Maximiliano que el Príncipe Salm escribiese el 31 de Mayo una carta para el Barón Magnus, llamándole con presteza y diciéndole que llevara consigo á los representantes de Austria y Bélgica, con quienes tenía que arreglar importantes negocios de familia, de carácter internacional.

Los defensores nombrados, de acuerdo con el Barón de Magnus, acordaron la salida y mediante la intervención del Padre Fischer pudieron estar listos para marchar el siguiente día á las nueve de la mañana. Les manifestó el Secretario Fischer que desde hacía ocho dias, cuando sospechó que era real el cautiverio del Emperador, consultó á un amigo para inquirir otro defensor y que le fué recomen-

---

(1) Habló Salm con un teniente, al que ofreció suma considerable de dinero, y según afirma ese coronel imperialista en sus Memorias, el oficial comprometido admitió lo que se le proponía, sin poner obstáculo alguno, y aun condujo un recado secreto para una persona pudiente de Querétaro, informándole del plan y pidiéndole apoyo, y desde luego consintió en solicitar del fiscal permiso para hablar libremente con Maximiliano, petición que fué satisfecha en la siguiente disposición: "Puede el preso Salm hablar con Maximiliano en español, y delante del comandante de la guardia. —Querétaro, 27 de Mayo de 1867.— Aspíroz." Habiendo conseguido Salm el permiso para hablar con Maximiliano, pasaba días enteros en el cuarto de éste; acompañábale un oficial que le dejaba allí y volvía á buscarle para conducirlo á la celda que constituía su prisión.

(2) El gefe de la plaza de México rehusó á los defensores el permiso para salir calificando de falso el telegrama; pero se los concedió después de algunos días debido solamente á los esfuerzos de los representantes de Austria y Prusia; se aseguraba que el telegrama en que se les llamaba era forjado por los republicanos, no obstante haber recibido Márquez, desde hacía algunos días, noticias que le dieron conocimiento de lo que en Querétaro había pasado.

Maximiliano resolvió nombrar sus defensores y en la mañana del 28 de Mayo el coronel D. Vicente Riva Palacio, comunicaba á su padre el siguiente telegrama: "El Emperador Maximiliano al Baron Magnus, Ministro de Prusia. De San Juan del Río, 25 de Mayo de 1867." "Recibido en Guadalupe Hidalgo á las 9 horas y 12 minutos de la mañana." Tenga Ud. la bondad de venir lo más pronto posible, con los abogados Don Mariano Riva Palacio y Don Rafael Martínez de la Torre, ú otro que juzgueis bueno para la defensa de mi causa. Deseo que vengais inmediatamente. No hay tiempo que perder. No olvideis los documentos necesarios—Maximiliano.

dado el Licenciado Eulalio Ortega, el cual quedó agregado á los que designó Maximiliano, que con gusto aceptaron el concurso de un compañero cuyas relevantes dotes de inteligencia y actividad eran notorias.

El día 25 se le hizo á Maximiliano un nuevo interrogatorio y el 26 el general Escobedo verifica personalmente una ronda de policía. Los prisioneros tratan de comunicarse con el exterior, poniendo recados en el papel de los cigarros; en la noche de ese día escribe Maximiliano á Juárez, solicitando una entrevista, y recibe por respuesta una negativa fundada en la distancia á que están las dos ciudades de San Luis y Querétaro.

El día 27 pide Maximiliano que se le deje comunicarse con el abogado Vázquez, sabe que Márquez no ha permitido que salieran de México el Barón de Magnus y los defensores que solicitó. El 28 se le comunican los nombres de los individuos que componen el Consejo de Guerra y que fueron seis capitanes presididos por un teniente coronel. [1] Consigue el defensor Vázquez en tan apremiantes circunstancias un plazo de dos días, para retardar la reunión del Consejo de Guerra.

El 30 regresa de San Luis la Princesa de Salm-Salm, con un nuevo plazo de tres días para que los defensores pudieran llegar; ella manifiesta poca esperanza, pues asegura que el ejército exige la muerte de Maximiliano.

El 3 de Junio parece todo preparado para que Maximiliano huya esa misma noche, debiendo refugiarse con Mejía y Miramón en la Sierra Gorda; un inesperado cambio en la guardia hace fracasar el proyecto. En la noche del 4 al 5, llegan á Querétaro los representantes de las potencias extranjeras, acreditados cerca del Imperio mexicano, á saber: el Barón de Magnus, por Prusia; el de Lago representante austriaco; Curtopassi, de Italia; Hoorickx de Bélgica; no se presentaron ni Mr. Middleton, ministro de Inglaterra, ni Mr. Danó representante de Francia, recién casado con una joven mexicana, el que creyó más prudente hacerse representar por Mr. Forest, cónsul francés en Mazatlán y después en Veracruz.

Reasumía Maximiliano su defensa en pocas palabras: he hecho todo lo posible, dijo, por salvaguardar la Indepencia de México. ¿Cómo se me puede acusar de ser instrumento de los franceses, á mí, que no he cesado de luchar con su influencia y sus agentes? Mi primer cuidado al llegar al poder por un llamamiento que estoy en mi derecho para considerar como la voluntad nacional, no fué llamar en calidad de consejero á Ramírez, cuyo solo nombre era una protesta contra la Francia.

Temiendo que su pensamiento no fuese bien comprendido, y sin tomar en consideración las pasiones políticas, escribió un *memorandum*, [1] destinado á servir de base á toda la defensa, cuyo documento fué publicado por el Doctor Basch. Decía Maximiliano que el ministro de negocios extranjeros, conde de Rechberg, había ido á Miramar el 18 de Septiembre de 1862, y en aquel retiro le había hecho proposiciones para que viniese á México, á las cuales puso Maximiliano por condición indispensable, la voluntad nacional. Después estuvo en Miramar el 3 de Octubre, la comisión de la Junta de Notables y le dió la misma respuesta; é hizo notar que otra comisión se presentó á principios de Abril con las actas de adhesión que originales existían en Londres, y que demostraron Gutierrez y Aguilar con la carta geográfica de México, que ya había gran mayoría de votos; entónces aceptó Maximiliano, para conservar la Independencia é integridad de México, y fué reconocido por casi todos los países, entre ellos Inglaterra y Suiza.

---

(1) Los nombres de estos individuos fueron Platón Sánchez teniente coronel, José Vicente Ramírez, Emilio Lojero, Ignacio Jurado, Juan Rueda y Auza, José Verástegui y Lúcas Villagrán.

(1) En la defensa que de sí mismo escribió Maximiliano, dijo: "Apenas llegado al país conozco la traición de los franceses, pero me empeño en conservar la Independencia y la integridad del territorio según se desprende del asunto de Sonora. En consecuencia me hostilizan los franceses, que toman todo el dinero de los dos empréstitos, no entrando al tesoro más que diez y nueve millones, en tanto que la guerra cuesta más de sesenta. Por este motivo hubo quejas enérgicas cuyas pruebas existen en París."

"Al venir Langlais, comprueba por sí mismo los robos y el pillaje."

"En Septiembre de 1865 llega á México la noticia de que Juárez abandonó el territorio nacional, los franceses me invitan para que empleé medios enérgicos á fin, según dijeron, de terminar todo pronto y completamente; entonces se elabora la ley de 3 de Octubre, cuyos artículos dictó personalmente Bazaine delante de testigos. Los ministros, responsables y muy liberales como Escudero, Cortes Esparza y otros, discuten la ley con todo el Consejo de Estado. Los ministros dijeron que los puntos principales de la ley existían hacía tiempo, desde la época de Juárez. La ley fué ejecutada con suavidad por los mexicanos, en cuanto á lo que hicieron los franceses la responsabilidad quedaba á ellos. Continuaron sus robos y la ruina del país; su gobierno rompe los tratados solemnemente ajustados con Mexico. Declaran que se van y Maximiliano desea reunir un congreso; forma una Junta en Chapultepec; se dirije en seguida á Orizaba y anula el decreto de 3 de Octubre; manifiesta su deseo de partir, pero es detenido por sus Consejos apelando á su honor, y á los deberes reales."

"Ynvito á la formación de un congreso, dirigiéndome á Juárez por medio de los agentes García y un hijo de Iglesias, y en esos momentos llegan inesperadamente Márquez y Miramón. Los franceses exigen á Maximiliano que parta, y quieren arreglarse ellos con González Ortega y hacerse pagar por México; pero Maximiliano se obstina en dejar sin ese peligro al país y prefiere romper el tratado de aduanas. Regresa á México; tiene entrevista con Danó y Castelnau en Puebla y otra junta con los Consejos en México; trabaja asiduamente para reunir el congreso, dirigiendo enviados á Juárez y á Porfirio Díaz.

El mariscal declara, en nombre del gobierno francés, que la Corte de casación en París ha resuelto que por donde quiera que se encuentre un ejército francés, los asuntos mixtos debían ser juzgados conforme á las leyes francesas.

"Márquez había sido llamado á los seis meses, lo mismo que los otros embajadores, por razón de economía. Miramón no había sido llamado." Estas fueron las bases que para su defensa entregó Maximiliano á sus abogados.

Después de vencer las dificultades que encontró el Padre Fischer para obtener el pasaporte de los defensores, se arregló la salida de estos á las cuatro de la tarde del 2 de Junio, apoyándola el General Díaz, quien dispuso que los sitiadores de la capital suspendieran los fuegos; todo estaba listo, cuando á la una del día ordenó verbalmente el Lugarteniente Márquez al Coronel Arrieta, que se detuviera á los defensores. Entónces el Padre Fischer y el ministro de Prusia, acompañados de Arrieta, fueron á solicitar del general Tabera los pasaportes para el siguiente día; este gefe ofreció hablar de ello al general Márquez y en respuesta se previno que el Barón Magnus pudiese salir en compañía de los defensores según lo solicitaban.

La noticia circuló con rapidez, y al llegar los defensores á las fortificaciones, á las siete y media de la mañana, encontraron más de dos mil personas á caballo, en coches y á pié, deseosas de salir, entre ellas los ministros de Bélgica y Austria; el primero de estos logró su objeto, pero el Barón de Lago se retardó, á causa de los obstáculos que le pusieron los gefes imperialistas, de cuyas resistencias se mostró admirado el general Porfirio Díaz, quien creyó que dentro de la plaza se tenían noticias de lo acaecido en Querétaro y que por lo tanto se permitiría la salida de los ministros y defensores llamados por Maximiliano.

Esa conducta de Márquez y Lacunza, retardando la salida de los defensores de Maximiliano, fué perjudicial á éste. El ministro de Francia Danó no dió ningún paso en favor de Maximiliano, tal vez por temor de empeorar la causa del prisionero, ó porque el representante francés estaba recientemente casado y gozaba las dulzuras de la luna de miel.

Los defensores de Maximiliano unidos al Barón de Magnus, llegaron á Querétaro poco después de la media noche del 4 al 5 de Junio. Ya Maximiliano había comenzado su defensa, por medio del abogado querétano D. Próspero Vázquez. Sus colegas, recién llegados de la capital, le hicieron la primera visita en la mañana del día 5 y Vázquez les informó que Maximiliano sería juzgado por un Consejo de guerra, conforme á la ley de veinticinco de Enero de 1862. Convinieron los abogados en que si no se podía obtener que se declarara la incompetencia de eseTribunal, debía desecharse toda duda acerca del trágico fin del proceso. Pasaron en seguida los defensores á confererenciar con el general Escobedo, y le pidieron el tiempo necesario para preparar la defensa de causa tan seria. El general les contestó: que en virtud de las órdenes recibidas, les concedía solamente veinticuatro horas. Hacía ya veinte dias que Maximiliano estaba prisionero y once que solicitó por telégrafo la cooperación del Barón Magnus y de los defensores.

Después de la entrevista con Escobedo, se dirigieron los defensores á la prisión de Capuchinas, donde estaba Maximiliano, con quien tuvieron la primera entrevista el día 5 á las diez de la mañana. Les recibió con emoción, pero sin preocuparse por las condiciones en que se encontraba, pidió informes de personas que estaban dentro y fuera de la capital, y no se daba cuenta de por

qué no había sido publicada su abdicación, y porqué México se resistía aún. Los defensores, poseídos de angustia al ver que el tiempo se perdía en aquella conversación vaga é inútil, le interrumpieron y procuraron aprovechar los solemnes momentos en que se necesitaba fijar algunos puntos de la defensa.

Don Mariano Riva Palacio envió desde luego telegramas á San Luis Potosí, solicitando del ministro Lerdo de Tejada un plazo amplio para la defensa, y el mismo día á las siete de la noche recibía la contestación señalándoles el término definitivo de tres días, tiempo muy corto que no dejaba satisfechos á los defensores, deseosos de evitar los sucesos que se acercaban rápidamente. Entónces convinieron los cuatro en que fuesen á San Luis Potosí los Señores Riva Palacio y Martínez de la Torre, permaneciendo en Querétaro los Licenciados Vázquez y Ortega; aquellos conferenciarían de cerca con el gobierno, alegarían la incompetencia del Tribunal y en caso necesario solicitarían del Presidente el indulto. Estas resoluciones agradaron á Maximiliano, en gran manera, considerándolas la tabla de salvación que aun le quedaba.

Los defensores llegaron á la ciudad de San Luis en la mañana del día 8 y la primera entrevista que tuvieron con el ministro Lerdo de Tejada duró más de tres horas.

Los esfuerzos de la defensa se dirigían principalmente á sostener la incompetencia del Consejo de guerra para juzgar á un Emperador, á un ex-presidente de la República y á un general que habia mandado en jefe. Se acord · pedir que los juzgara un congreso nacional, aunque convencidos los defensores de cuán poca esperanza debieran abrigar, despues de la respuesta á la petición de prórroga, al fijarles un plazo definitivo de tres días.

Los abogados defensores de Maximiliano insistieron con el gobierno en San Luis Potosí, respecto á la necesidad de conceder á su cliente el recurso de un tribunal que no fuese el instituido por la ley de 25 de Enero; pero el ministro Lerdo de Tejada no les dió esperanza alguna, aunque mantenía con ellos antigua amistad; para servirles en lo que le fuera dable, les ofreció introducirlos con el Presidente de la República. En la conferencia adujo el Sr. Juárez los mismos argumentos que su ministro, cambiando únicamente las palabras; expuso sus razones con reposo, no profirió una sola frase de odio ó de venganza, resaltando en el fondo de sus respuestas la inquebrantable decisión que dejó atónitos á los defensores. Les aseguró que las razones manifestadas por ellos serían debatidas en consejo de ministros, á fin de que lo resuelto llevara el sello de la más extricta equidad.

Al salir de la conferencia con el Presidente Juárez, las esperanzas de los defensores, en la salvación de Maximiliano, se habían ya casi extinguido, y siendo hora avanzada de la noche, juzgaron imprudente ir á conferenciar con los ministros Iglesias y Mejía, quienes también opinaban que el consejo de guerra era competente para conocer del caso que se trataba.

El día 9 á las doce, volvían á presentarse los dos defensores en el palacio

del gobierno y fueron citados para las tres de la tarde, con objeto de que supieran la decisión de los ministros que estaban en aquellos momentos en junta. Los defensores ya no pensaron más que en el recurso de gracia ó indulto de la pena de muerte, puesto que la ley de 25 de Enero, como todas las que llevan por objeto intimidar, fué calificada por ellos de instrumento para cortar la cabeza del enemigo donde quiera que se le encontrase.

Estos defensores residentes en San Luis, participaron el mismo día 9 de Junio á sus colegas de Querétaro, sus temores, diciéndoles que á pesar de los esfuerzos hechos cerca del Presidente Juárez y de los ministros, para obtener el plazo de un mes, ninguna concesión se les había otorgado. "Hemos perdido toda esperanza, decían, sin embargo, haced todos vuestros esfuerzos para que, si la sentencia es á muerte, el Presidente tenga conocimiento de ella antes de la ejecución. Agregaban que ya el tiempo no les alcanzaba para regresar á Querétaro y prestar oportuno auxilio á la defensa preparada por sus colegas los señores Ortega y Vázquez.

Aunque desanimados ya, no estuvieron en la inacción los dos defensores situados en San Luis; solicitaron el apoyo del general Treviño, quien tampoco podía modificar una situación tan grave, juzgada ya por el Presidente y sus ministros; no obstante, volvieron á conferenciar con los señores Iglesias y Lerdo; éste les replicó lo siguiente, cuando se refirieron á lo monstruoso de la ley de 25 de Enero: "*Esta es una ley preexistente. Sus severas penas eran conocidas del Archiduque antes de su llegada á México. Un agente del gobierno constitucional, de reconocida reputación por su inteligencia y probidad, el Sr. Jesús Terán, fué á Miramar y demostró al Archiduque los peligros de su empresa. Después de su entrevista con Terán, el Archiduque debió ver su falsa situación y prever las consecuencias que de ella podrían derivarse.*" Terminó el Sr. Lerdo diciendo: "*es absolutamente necesario aplicar las leyes con todo rigor, en los momentos de gran perturbación.*"

Á la vez que se sucedían en San Luis estos acontecimientos, Maximiliano era juzgado en Querétaro por traición á la patria, por usurpación del poder público, por filibustero, por haber firmado el decreto de 3 de Octubre, por haber querido prolongar la guerra civil y establecer una Regencia para el caso de morir en campaña. Los defensores expusieron todos los argumentos que estaban á su alcance, mostrando muy buena fé, aunque sin poder sustraerse á la influencia de sus opiniones políticas en gran manera favorables á los republicanos; sostuvieron que no siendo Maximiliano mexicano antes de aceptar el trono, no podía haber cometido el crimen de traición á la Patria; convinieron en que hubo usurpación del poder público, pero que la gravedad de este delito quedaba atenuada por las circunstancias de aparente legalidad que concurrieron en su elevación al trono. Rechazaron la acusación de filibustero, contra la cual hablaba muy alto la conducta observada por Maximiliano, y demostraron que el decreto de 3 de Octubre era, en gran parte, la reproducción de las leyes de la República y dis-

taba mucho de ser tan sanguinaria como éstas, citando como ejemplos la ley de 25 de Enero, que servía de base al proceso de que se trataba.

Después de los defensores de Maximiliano, hablaron los de Miramón y Mejía. En seguida presentó sus conclusiones enérgicas y terribles el Ministerio Público, representado por el Lic. Manuel Aspíroz, atacando á los reos de una manera vigorosa y acumulándoles nuevos cargos.

Aunque Maximiliano sentíase enfermo de calenturas y disentería, procuraba dominarse en la prisión, preocupado con el pensamiento de no aparecer débil frente á sus enemigos; sin embargo de que se le prohibió la comunicación con el exterior de su prisión, supo que el General Méndez había sido fusilado por detrás. Desde el día que el General Escobedo le visitó, se concedió permiso á los militares para que hiciesen lo mismo, y aun algunas señoras de Querétaro pudieron hablar al prisionero con la piadosa misión de llevarle consuelo en sus angustias y también le enviaron ropas.

En la pobre celda de la prisión de Capuchinas, en donde estuvo desde el día 22 de Mayo, pasaba Maximiliano la noche leyendo la Historia Universal, escrita por Cesar Cantú. Después se le instaló en un cuarto situado en el primer piso, y en el fondo de un corredor; este cuarto tenía cortas dimensiones: cerca de ocho varas de largo y tres de ancho, con suelo desigual y puerta y ventana que caían al corredor. El mueblaje consistía en un catre de campaña, un estante, dos mesas, de las que una era cuadrada, sobre la cual estaban colocados cuatro candeleros de plata con velas de cera, y siempre un vaso con agua de azúcar, tapado con una tarjeta; en un rincón, frente á la puerta, estaba la otra mesa en la que generalmente escribía y cerca de ella había un aguamanil con varios utensilios; un sillón y cuatro sillas de junco completaban el menaje de aquella celda habilitada de prisión. En la puerta y ventana permanecían en constante vigilancia los oficiales encargados de ejercerla; el corredor y la escalera estaban ocupados por multitud de soldados sentados ó acostados. En esa celda recibió el día 24 la visita del General Riva Palacio, que le avisó estar dada la orden para que comenzara el proceso.

Lo mismo que la celda en que se encontraba preso Maximiliano en las Capuchinas, estaban las de Miramón y Mejía; frente á cada una de ellas habíanse colocado centinelas. Cerca de la celda de Maximiliano se hallaban alojados el doctor Basch, el mayordomo Mr. Grill y el criado de cámara Severo. Todos manifestaban la poca esperanza de que salvara la vida Maximiliano, con cuyo parecer estaba de acuerdo la Princesa de Salm, pues á los presos les aplicarían la ley de 25 de Enero de 1862, según la cual sería fusilado todo aquel que fuese encontrado con las armas en la mano, debiendo terminar los trámites, inclusa la ejecución, en el término de tres días. De todo esto había informado Salm á Maximiliano, y se convino entre ambos que volviese la esposa de Salm á San Luis Potosí, para abogar por el prisionero ante Juárez, creyendo que por

lo menos se obtendría una demora, siendo de gran provecho en aquellas circunstancias ganar tiempo.

A pesar del abatimiento y del malestar causado por el dolor y las calenturas, habría prestado Maximiliano más atención al proyecto que le proponían respecto á la fuga, si no hubiera esperado que sobrevendría una solución pacífica; si dudó fué debido á su carácter irresoluto que creía en el perdón y en la magnanimidad, sentimientos que no se avenían con aquellas circunstancias, en que tenía que responder de la sangre derramada por un partido político que le usó como instrumento y se aprovechó de su ambición. Aquella creencia en el perdón se reflejó en sus escritos, olvidando su conducta al pedir al Nuevo Mundo una corona no encontrada en el Antiguo y cuando no le era forzoso llevarla, y si al principio pudo equivocarse acerca de los sufragios de la Nación mexicana, debió al llegar al territorio mexicano haber conocido, casi palpado, el engaño en que pudiera haber caído.

Aunque valiente y generoso, carecía Maximiliano de la audacia y el atrevimiento en que, para el éxito, ha de ir apoyada la ambición; liberal por exigencia política y por la marcha del siglo, era ultramontano por tradición y estaba amamantado con el derecho divino; voluble en sus resoluciones, deshacía hoy lo que ayer había formado con su anhelo, y siempre se manifestaba irresoluto en cuanto al mejor camino que había de seguir, principalmente cuando tropezaba con el modo de ser de las razas que viven en las zonas cálidas, tan distinto del de las que habitan en los climas del Norte.

Desde el 10 de Junio era general la convicción, en los que trabajaban por salvar á Maximiliano, de que no quedaba más recurso que la fuga y nuevamente comenzaron á trabajar por llevarla á efecto, no obstante que ya habían tomado los vencedores las precauciones consiguientes para evitarla, entre las cuales se contó la de que dos oficiales armados vigilasen constantemente la puerta de la celda que ocupaba Maximiliano. (1)

Aunque perdidas casi las esperanzas de salvarle, no se abandonaba el proyecto muy natural de la fuga, de cuyo asunto se había constituido campeón la Princesa Inés de Salm, que consideraba posible cohechar á dos coroneles republicanos, dando cien mil pesos á cada uno, y aun se esforzó en conseguir la firma de Maximiliano, puesta en libranzas á cargo de la familia imperial de Austria. (2)

(1) Volvió á presentarse el proyecto referente á que se dirigiese Maximiliano á la Sierra Gorda y después á Veracruz, donde se suponía que hallaría reunido un millón de pesos, con el cual se comprarían provisiones en la Habana y se pagarían las tropas que en Yucatán aun permanecieran adictas al Imperio; así podría sostenerse en tanto que Miramón y Mejía se esforzaban en el interior del país para lograr que la causa de Maximiliano tomara otra vez aspecto favorable.

(2) A veces el prisionero, abandonándose á su fantasía, proyectaba dirigirse á Cadiz, donde colocaría á sus más adictos partidarios, especialmente á Miramón, Castillo, Mejía y García Aguirre, se uniría á su esposa y visitaría á la Archiduquesa Sofía, yendo á pasar el invierno en Nápoles, en el Oriente ó en el Brasil. Pero ante la realidad se desvanecieron de pronto esas ilusiones y entonces

Sintiéndose enfermo este prisionero, generalmente permanecía en cama hasta el medio día; á veces se levantaba durante algunas horas. En la prisión dió condecoraciones y ascensos con fecha anterior al término de su gobierno.

Maximiliano, al entrar en los arreglos de su fuga, declaró terminantemente á Salm que no se evadiría sin Miramón y Mejía. Por lo tanto, habría que dar pasos conforme á tal resolución. El oficial de infantería que estaba en el complot, aseguró que nada podía arreglar en este sentido y que entonces la evasión no podría llevarse á efecto. (1)

Maximiliano resolvió que no se fugaría la noche del 2 de Junio, fecha apalabrada para ello, y habiendo preguntado el coronel Salm qué razones tenía para proceder así, pues oprtunidad más favorable para la fuga no podía presentarse, contestó:

—¿Qué dirían de mí los ministros á quienes he invitado á venir acá, si llegaran y no me encontrasen? (2)

Con esta resolución se mantuvo y procuró calmar los temores por su vida, diciendo:

—No han de estar tan de prisa, unos días más ó menos no harán diferencia.

Era consiguiente que los oficiales de la guardia que estaban en el complot para la fuga, se manifestaran disgustados, ya sea porque perdían las recompen-

dictó las disposiciones para morir, habiendo dado instrucciones para que se pusieran buenos tiradores el día de la ejecución, que estos le apuntaran al pecho, y que á la vez que á él, tiraran sobre los generales Mejía y Miramón.

(1) En las Memorias del Príncipe Salm-Salm hay una clave, que asegura fué convenida entre él y Maximiliano para comunicarse en la prisión; también refiere que cohechó á varios oficiales y que todo lo tenía listo para la fuga, pero que ésta no se llevó á cabo porque precisamente el 2 de Junio, señalado para efectuarla, se supo que llegaría pronto á Querétaro el Barón de Magnus, y Maximiliano no quiso que le encontrara prófugo. Uno de los incidentes que con motivo de la fuga refiere Salm, es el siguiente: "El 30 de Mayo, cuando estaba yo almorzando, encontré en el pan la siguiente nota escrita con lapiz: "necesito indispensablemente hilo negro para amarrar, cera para pegar, y si fuera posible, un par de anteojos. Es necesario que en el caballo se coloquen dos zarapes, dos sombreros y un cable. Que no se olvide el pan ó bizcochos, vino blanco y chocolate. También un látigo de montar es necesario." Comenta Salm esa nota, diciendo que el Emperador no quería cortarse su larga barba, sino amarrarla con el hilo detrás del pescuezo, y que se pondría unos anteojos; quería evitar el ridículo en que caería, dado caso de que fuese nuevamente preso, recordando el papel que había hecho el General Casanova al quitarse sus enormes bigotes para mejor disfrazarse y á quien apenas habían reconocido sus más íntimos amigos.

Se había convenido en que la fuga sería primero para la Sierra Gorda y de allí á Túxpan, de cuyo punto se dirigirían á Veracruz, donde esperaba Maximiliano lograr mejores condiciones de los republicanos, especialmente para los súbditos que habían permanecido fieles. Refiere Salm que Maximiliano llegó á dictar las instrucciones para los buques austriacos que habían de recorrer la costa. Se pensó en buscar un buen guía para ir á la Sierra, y se convino con Salm en que no supiera el proyecto el Dr. Basch, porque descubriría el asunto á causa de lo impresionable de su sistema nervioso.

(2) Los datos relativos á la fuga pertenecen en su mayor parte al escritor Salm.

sas prometidas, ya porque se había divulgado el plan y si no se llevaba á cabo la misma noche convenida, probablemente los relevarían de sus puestos. Presumíase que los oficiales comprometidos, luego que notaron que se sospechaba de ellos, dieron conocimiento del asunto á los jefes superiores, presentando el caso solamente como un medio para hacerse de dinero y para averiguar las intenciones de los prisioneros.

Que el asunto de la fuga se había descubierto no tiene duda, pues al regresar Salm á su celda, después de acompañar á Maximiliano, entró á ella el General Paz y le dijo:

—Ha tratado Usted de efectuar la fuga de Maximiliano. Si acaso repite Usted esto, se le fusilará en el acto.

A consecuencia de haberse descubierto el plan de fuga, la Princesa fué obligada á salir de Querétaro y su esposo quedó incomunicado. Doña Inés de Salm fué conducida al pueblo de Santa Rosa, donde se le puso en libertad, previniéndole que no regresara á Querétaro, y entonces se dirigió á San Luis Potosí. También les fué ordenado á los ministros extranjeros que abandonaran á Querétaro en el término de dos horas, comprendiendo la disposición al encargado de negocios de Austria, y á los de Bélgica é Italia, pues el de Prusia no regresaba aún de San Luis Potosí.

Poco después fué conducido Salm á reunirse con los demás generales que estaban listos para pasar al Casino, custodiados por una escolta al mando del coronel Palacio; la vigilancia se aumentó y se tomaron muchas precauciones para que acabaran los designios de fuga, y cuando disminuyeron las guardias, se notificó á los prisioneros que se abstuvieran de toda intriga para fugarse, pues al instante que se descubriese serían fusilados.

En la mañana del 11 de Junio fueron trasladados algunos generales prisioneros, nuevamente al convento de las Teresitas, donde había más seguridad para retenerlos, custodiándolos el batallón de Supremos Poderes, en el que fueron refundidos algunos cazadores del batallón imperialista de este nombre. (1)

(1) La Princesa de Salm consideraba ya el 13 de Junio concluidos los preparativos para la fuga que debería efectuarse en la noche siguiente; se había conseguido que las dos libranzas de cien mil pesos fueran firmadas por el Barón de Lago, quien se empeñaba en que las cubriesen también las firmas de los otros ministros extranjeros. La Princesa de Salm esperaba con impaciencia, pues por la tarde debería concluir el asunto con los jefes militares que la habían puesto por condición, para seguridad adicional, las firmas de los ministros. Maximiliano había franqueado á la Princesa Salm el anillo con el sello real, conviniendo en que le sería devuelto.

El representante de Austria, Barón de Lago, luchó consigo mismo antes de poner su firma en las libranzas; cuando para obtener este requisito fué á verle el doctor Basch, se alteró el Barón de tal manera, que atravesaba á grandes y precipitados pasos el aposento; mesándose el cabello, exclaba: ¡No podemos firmarlas; si lo hacemos nos colgarán á todos! Los otros ministros extranjeros, sin mostrarse tan excitados, suplicaron al doctor manifestase á Maximiliano, que si los dos coroneles se hallaban realmente dispuestos á salvarle, quedarían satisfechos con sólo la firma de él; pero



Don Mariano Rivapalacio,

Defensor de Maximiliano de Hapsburgo.

Al caer prisionero en Querétaro el Emperador Maximiliano, traído por la Intervención Francesa, dispuso el gobierno de D. Benito Juárez que se formara la causa conforme á la ley de 25 de Enero de 1862. Entre los defensores designados por Maximiliano, fué primero el Sr. Rivapalacio, quien para salvar á su defenso, creyó conveniente dirigirse á San Luis Potosí con objeto de conferenciar con el Presidente Juárez. Desempeñó su encargo de defensor con tanta conciencia, que agradecida la Corte de Austria, obsequió al Sr. Rivapalacio con una hermosa vajilla de metal.

sas prometidas, ya porque se había divulgado el plan y si no se llevaba á cabo la misma noche convenida, probablemente los relevarían de sus puestos. Presumíase que los oficiales comprometidos, luego que notaron que se sospechaba de ellos, dieron conocimiento del asunto á los jefes superiores, presentando el caso solamente como un medio para hacerse de dinero y para averiguar las intenciones de los prisioneros.

Que el asunto de la fuga se había descubierto no tiene duda, pues al regresar Salm á su celda, después de acompañar á Maximiliano, entró á ella el General Paz y le dijo:

—Ha tratado Usted de efectuar la fuga de Maximiliano. Si acaso repite Usted esto, se le fusilará en el acto.

A consecuencia de haberse descubierto el plan de fuga, la Princesa fué obligada á salir de Querétaro y su esposo quedó incomunicado. Doña Inés de Salm fué conducida al pueblo de Santa Rosa, donde se le puso en libertad, previniéndole que no regresara á Querétaro, y entonces se dirigió á San Luis Potosí. También les fué ordenado á los ministros extranjeros que abandonaran á Querétaro en el término de dos horas, comprendiendo la disposición al encargado de negocios de Austria, y á los de Bélgica é Italia, pues el de Prusia no regresaba aún de San Luis Potosí.

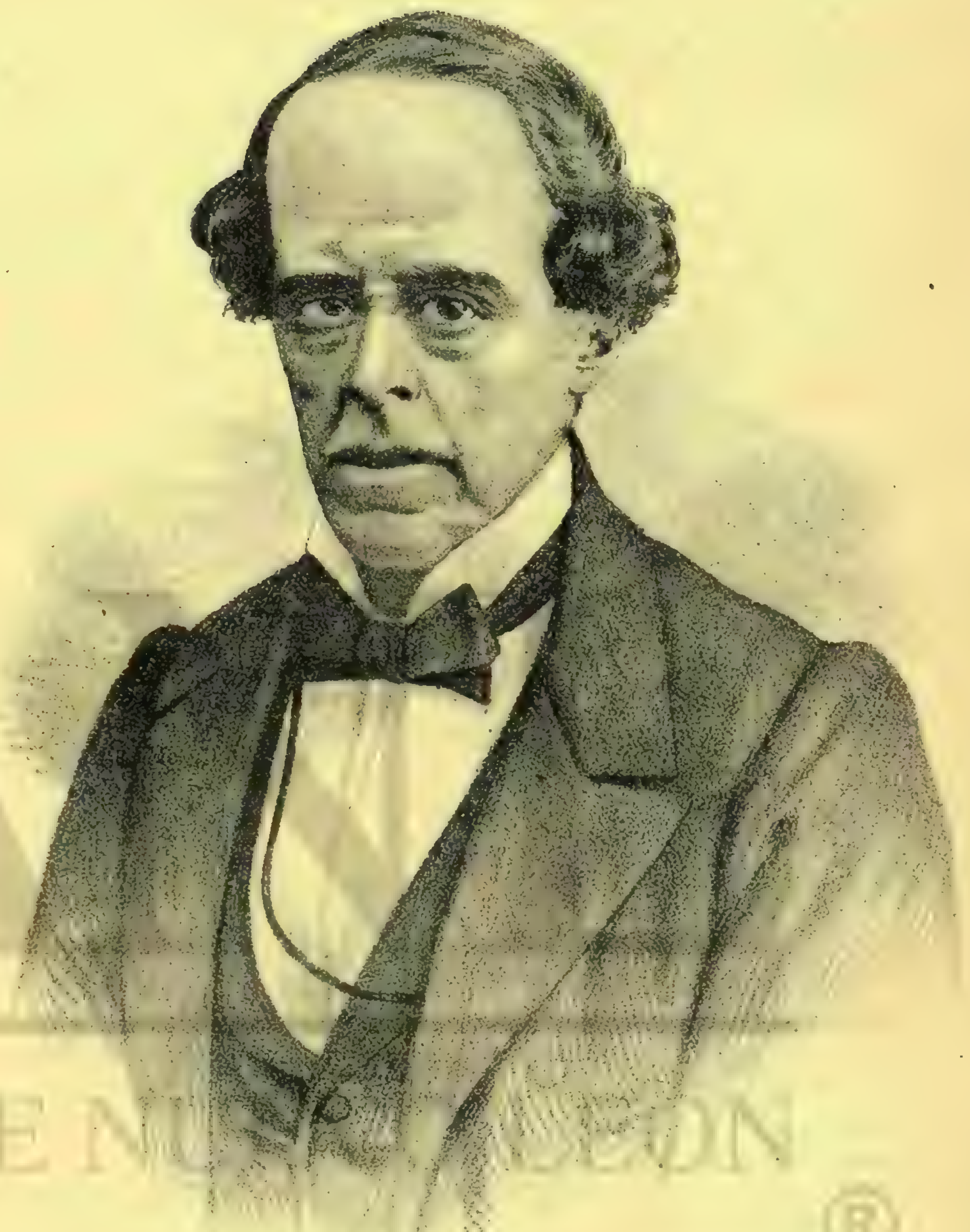
Poco después fué conducido Salm á reunirse con los demás generales que estaban listos para pasar al Casino, custodiados por una escolta al mando del coronel Palacio; la vigilancia se aumentó y se tomaron muchas precauciones para que acabaran los designios de fuga, y cuando disminuyeron las guardias, se notificó á los prisioneros que se abstuvieran de toda intriga para fugarse, pues al instante que se descubriese serían fusilados.

En la mañana del 11 de Junio fueron trasladados algunos generales prisioneros, nuevamente al convento de las Teresitas, donde había más seguridad para retenerlos, custodiándolos el batallón de Supremos Poderes, en el que fueron refundidos algunos cazadores del batallón imperialista de este nombre. (1)

---

(1) La Princesa de Salm consideraba ya el 13 de Junio concluidos los preparativos para la fuga que debería efectuarse en la noche siguiente; se había conseguido que las dos libranzas de cien mil pesos fueran firmadas por el Barón de Lago, quien se empeñaba en que las cubriesen también las firmas de los otros ministros extranjeros. La Princesa de Salm esperaba con impaciencia, pues por la tarde debería concluir el asunto con los jefes militares que la habían puesto por condición, para seguridad adicional, las firmas de los ministros. Maximiliano había franqueado á la Princesa Salm el anillo con el sello real, conviniendo en que le sería devuelto.

El representante de Austria, Barón de Lago, luchó consigo mismo antes de poner su firma en las libranzas; cuando para obtener este requisito fué á verle el doctor Basch, se alteró el Barón de tal manera, que atravesaba á grandes y precipitados pasos el aposento; mesándose el cabello, exclamaba: ¡No podemos firmarlas; si lo hacemos nos colgarán á todos! Los otros ministros extranjeros, sin mostrarse tan excitados, suplicaron al doctor manifestase á Maximiliano, que si los dos coroneles se hallaban realmente dispuestos á salvarle, quedarían satisfechos con sólo la firma de él; pero



Don Mariano Rivapalacio,

Defensor de Maximiliano de Hapsburgo.

Al caer prisionero en Querétaro el Emperador Maximiliano, traído por la Intervención Francesa, dispuso el gobierno de D. Benito Juárez que se formara la causa conforme á la ley de 25 de Enero de 1862. Entre los defensores designados por Maximiliano, fué primero el Sr. Rivapalacio, quien para salvar á su defenso, creyó conveniente dirigirse á San Luis Potosí con objeto de conferenciar con el Presidente Juárez. Desempeñó su encargo de defensor con tanta conciencia, que agradecida la Corte de Austria, obsequió al Sr. Rivapalacio con una hermosa vajilla de metal.

El día 14 de Junio á las ocho de la mañana y en el teatro de Iturbide, se verificaba el proceso. El fiscal contestó á los defensores y estos replicaron, asegurando que la reprobación universal caería sobre México si era juzgado Maximiliano por un tribunal especial. A las diez de la noche se retiraron los jueces para deliberar y á las once y media se sabía que ya estaba dictada la sentencia que condenó á los tres reos á la pena de muerte.

El siguiente día se presentó á Maximiliano un sacerdote para confesarlo.

---

según se refiere, al fin puso la suya el Barón de Lago, y después arrancó el pedazo donde estaba su nombre, y ya inutilizadas las libranzas volvieron á Maximiliano.

En tanto que los defensores situados en San Luis hacían esfuerzos hasta agotar su energía y su inteligencia, los que estaban en Querétaro no perdonaban medio alguno para llenar en conciencia su encargo. Después de haber sostenido la incompetencia del tribunal, abordó el Sr. Eulalio M. Ortega los tres puntos capitales que constituían la acusación contra Maximilliano, á saber: "Haber sido filibustero; haber servido de instrumento á los franceses y haber sido el autor del decreto de 3 de Octubre de 1865." Explicó que filibustero, en el sentido que entonces se daba á la palabra, es el individuo que sin caracter público, de propia autoridad invade con fuerza armada un país, con el solo objeto de cometer allí actos de vandalismo. El Archiduque no había venido á México sin caracter público, sino en virtud de un voto que, aunque arrancado por la presión del ejército francés, debía tener á los ojos de un extranjero las circunstancias de generalidad, libertad y expontaneidad, condiciones necesarias para legitimar su empresa. Vino sin fuerza armada, no invadió el territorio ni por su propia voluntad, ni en nombre de un Estado cualquiera; su objeto al desembarcar en las playas mexicanas, no era devastar el país, era el de establecer una organización monárquica que creía deseada por la Nación. Solamente podía llamársele filibustero en un arranque de declamación, según lo acostumbran los poetas; pero ante la justicia, tal calificación no podía sufrir el menor exámen, y era absolutamente absurda.

Para el defensor D. Eulalio Ortega, no era menos falso que Maximiliano hubiese sido instrumento de los franceses, pues rehusó suscribir el tratado de Miramar si no se quitaba un artículo puesto por Napoleón III, en el que exigía que fuesen ratificados todos los actos de la Regencia, con objeto de que pasara el tratado concluido entre ella y el representante francés, para ceder al gobierno de Napoleón III el territorio de Sonora. En consecuencia, el tratado de Miramar fué redactado sin ese artículo y apenas llegado Maximiliano á México, uno de sus primeros actos fué destituir á D. José Miguel Arroyo que se había prestado á firmar semejante tratado con el ministro francés. Después de esta destitución, se vió obligado Maximiliano á sostener discusiones muy desagradables con Mr. Montholon, por lo cual se enagenó completamente la buena voluntad de los franceses. Recordó el abogado la benevolencia que mostró Maximiliano con los prisioneros deterrados de Puebla; refirió que una de las principales razones que le habian hecho volver á Orizaba en los días en que proyectó abandonar á México, fué el habérsele asegurado que existía un tratado entre Francia y los Estados Unidos para establecer en México un gobierno contrario á la voluntad nacional.

Las circunstancias inherentes á su posición, obligaron á Maximiliano, á pesar suyo, á hacer concesiones á la autoridad francesa, siendo una de ellas la promulgación de la ley de 3 de Octubre de 1865, en la que se encuentran artículos redactados por el Mariscal Bazaine. Además, esa ley fué el resultado de informes dados por los franceses, asegurando que el Presidente Juárez había abandonado el territorio mexicano, y debía tenerse en cuenta, que para un gobierno que bien ó mal se cree legítimo, es de extricto deber proveer á su conservación.

Los franceses instaban á Maximiliano desde hacía tiempo, para que expdiese el decreto; pero

—Yo no me confieso con todo el mundo, le dijo el Príncipe, sonriendo; he mandado llamar al Padre Soria, para ver si nos podemos entender acerca de ciertas cuestiones.

El día 16 á las once, se abrieron con estrépito las puertas de la prisión, á causa de que llegaba el fiscal que iba á leer la sentencia que había sido confirmada por el general Escobedo.

Maximiliano escuchó tranquilamente la lectura y en seguida dijo:

—Se fija la hora de las tres; aun quedan cuatro horas y tenemos tiempo para terminarlo todo.

Solicitó prestado algún dinero para sus últimos gastos; dispuso que su cuerpo yaciese frente al de su esposa; después de oír misa comulgó en unión de los otros dos sentenciados.

A las dos de la tarde dijo Maximiliano:

—En verdad, la muerte es más ligera de lo que yo me imaginaba. Estoy enteramente listo. Direis á mi madre que he cumplido mi deber como soldado y que he muerto como buen cristiano.

A las tres, hora señalada para la ejecución, se esperó en vano la llegada de alguien que fuera á buscar á los reos; los sentenciados pasaron una hora de sobresalto en angustias indecibles. Maximiliano mostrábase jovial con el confesor y los abogados, cuando á las cuatro de la tarde se supo que la ejecución se había aplazado para el día diecinueve.

—Es muy duro ese plazo, dijo Maximiliano. Yo estaba completamente resuelto.

—Esto es atroz, exclamaron algunos; se quiere hacer morir muchas veces á los sentenciados.

—Al fin, continuó Maximiliano, ya no pertenezco yo á este mundo.

Desde aquel momento se olvidó de sí completamente, sin mostrar ningún interés personal, á la manera del que no pertenece ya á esta mísera tierra; se ocupó tan solo de sus dos compañeros Miramón y Mejía en favor de los cuales escribió al Presidente Juárez.

Un telegrama de los defensores Vázquez y Ortega avisó á sus colegas Riva Palacio y Martínez de la Torre, que el Consejo de guerra se había reunido á

---

resistió hasta que se le aseguró que Juárez había abandonado el territorio nacional y que ya no quedaba ni sombra de su gobierno, cayendo por lo mismo en la clase de bandidos que destrozaban el país, los que continuaban sublevados; todavía dudó y reunió sus Consejos, compuestos en aquellos momentos de liberales, les manifestó la instancia que se le hacía para que expidiera el decreto cuya responsabilidad haría caer Di s sobre los franceses; entonces decidieron los ministros por unanimidad, que era justo, necesario, conforme á la ley mexicana y á los decretos expedidos por el mismo Juárez, expedir aquella ley. "Para todo gobierno, añadió el defensor Ortega, es un deber y un derecho defenderse; pero para Maximiliano ese decreto fué tan solo conminatorio, pues anunció oficialmente que siempre, en todo tiempo y á cualquiera hora, se concedería el indulto á cualquiera que lo solicitara."

las ocho de la mañana y que suspendida la sesión habría de continuar el siguiente día á la misma hora. Entonces fueron aún los defensores á implorar del señor Lerdo el indulto, en nombre de la amistad que con él les ligaba, pues sabían, á no dudarlo, que la sentencia sería de muerte; pero con el mismo reposo que anteriormente, les contestó: "que era preciso esperar la sentencia;" les manifestó "que el perdón de Maximiliano podría ser funesto al país porque lo que del carácter del Archiduque se conocía, no era una garantía para que no sucumbiera á nuevas seducciones; era indispensable para el gobierno destruir todos los elementos de discordia posible entre los partidos. Con el proceso que se estaba ejecutando, la justicia llenaba sus deberes; la Nación pediría cuenta al gobierno de una indulgencia que le dejaría expuesto á los peligros de nuevas agitaciones; ¿quién podría creer que permanecerían quietos los hombres obcecados para quienes el progreso y las instituciones que establece, son un pecado que les lastima y les impulsa á predicar la revolución? ¿qué garantías podían dar los soberanos de Europa, de que no habría una nueva invasión para restaurar el Imperio? Los gobiernos de Europa, con el pretexto de moralizarnos, hollando ellos la moral más pura, podrían armar nuevas legiones que, aunque extranjeras, condujeran la bandera mexicana para restablecer el poder del que titularon Emperador."

"Ahora ó nunca ha de consolidarse la República." Frase enérgica que señaló en compendio la conducta resuelta y definitiva del gobierno republicano.

Fué tanta la elocuencia persuasiva del inspirado ministro Lerdo, que dejó aturdidos á los desconsolados defensores de Maximiliano, subyugados también por la moderación que ejercía el gobierno juarista en sus respuestas, exentas de toda pasión exaltada, y tan circunspectas como apegadas á los sentimientos en favor de la justicia, considerando que al luchar por el porvenir de la República con fé ciega, no se debía precipitar ninguna resolución que comprometiera en aquellas circunstancias los grandes intereses del país, y el perdón á Maximiliano sería uno de esos actos; antes se oiría y examinaría todo lo que los defensores exponían, para que la resolución que se tomara fuese la voz de una conciencia agena de pasiones.

También se supo que los reos Miramón y Mejía fueron conducidos el 13 de Junio á las nueve de la mañana ante el Consejo de guerra. El juicio comenzó por la lectura del proceso y se trató primero del de Mejía, á quien defendió el Licenciado D. Próspero Vega, de Querétaro. Después siguió el de Miramón, cuyos defensores fueron los abogados Jáuregui y Moreno, llegado aquel de San Luis y el segundo residente en Querétaro. Siguió el debate acerca de Maximiliano y á las nueve de la noche se suspendió la sesión, para continuarla el siguiente día en que los tres reos fueron sentenciados á muerte.

Otro telegrama de los defensores Vázquez y Ortega, dirigido á sus colegas de San Luis el 16 de Junio, decía lo siguiente: "En estos momentos, á las once y media de la mañana, el general en jefe ha hecho notificar la sentencia. La

ejecución se verificará á las seis de la tarde." Apenas impuestos del telegrama los defensores y el Barón de Magnus, se apresuraron á tentar el último esfuerzo cerca del Presidente. En el tránsito encontraron al empleado del telégrafo, quien les informó que la sentencia sería ejecutada á las tres de esa tarde en vez de ser á las seis. El señor Lerdo fué á conferenciar con el Presidente, llevándole la última súplica de los que querían salvar la vida de Maximiliano; regresó después de tres cuartos de hora y les leyó el parte que dirigía al general Escobedo el ministro de la guerra, diciéndole: "que el Gobierno confirmaba la sentencia pronunciada contra Maximiliano, Miramón y Mejía; pero que el Presidente fijaba para la ejecución la mañana del 19 del corriente mes." Minutos después recibían los defensores la respuesta oficial que les daba aquel ministro, negando el indulto, "por ser un acto de clemencia al que se oponían graves consideraciones de justicia y la necesidad de asegurar la paz de la Nación."

Esta respuesta fué el último adiós á la esperanza que aún se alentaba. El ministro Lerdo, después de haber dado la orden de expeditar el envío del telegrama dirigido al general Escobedo, regresó á la presencia de los defensores que estaban sumergidos en pesado silencio, completamente consternados y les dijo: "que el gobierno había experimentado profundo disgusto al tomar la decisión de la cual consideraba que dependía la paz en el porvenir, exigida por la justicia y la conveniencia pública. Si el gobierno cometía un error, no era el resultado de ninguna pasión; el ministerio sentía su conciencia tranquila."

Entonces los defensores situados en San Luis dirigieron á sus colegas de Querétaro el siguiente telegrama: "Nuestros esfuerzos han sido infructuosos; el indulto ha sido negado. El miércoles será ejecutada la sentencia. Esta mañana os escribimos."

Negado el indulto solicitado por los defensores, iba á cumplirse el funesto destino del Archiduque. En esas circunstancias los defensores Riva Palacio y Martínez de la Torre no sabían lo que desde luego habían de hacer; consultaron con el Barón de Magnus, quien les aconsejó que permanecieran en San Luis, en tanto que él iba á Querétaro, debiendo ellos aprovechar aún la menor oportunidad que se pudiera presentar para salvar la vida de Maximiliano.

La Princesa Inés de Salm, en su resolución por obtener la vida de Maximiliano, apeló á un rasgo de ternura conmovedora: llegada á presencia del Presidente Juárez se hinca, levanta sus hermosos ojos bañados en lágrimas y tomándole por las rodillas pronunció con labios temblorosos palabras entrecortadas por los sollozos, le pide la vida de Maximiliano, ó por lo menos que se suspenda y aplace la ejecución. Juárez, cual si fuese insensible, á semejanza de la marmórea estatua de la Justicia, le contesta en voz baja y reposada:

—Me causa verdadero dolor, señora, el verla así de rodillas; mas aunque todos los reyes y todas las reinas estuviesen en vuestro lugar, no podría perdonarle la vida. No soy yo quien se la quita; es el pueblo, es la ley, que piden su

muerte; si yo no hiciera la voluntad del pueblo, entonces éste le quitaría la vida á él y aun pediría la mía también. (1)

Los defensores Riva Palacio y Martínez de la Torre consiguieron aún otras entrevistas con el Presidente y los ministros; pero siempre obtenían contestaciones que implicaban el trágico fin del Imperio; era considerado el perdón de Maximiliano, como la justificación de las crueldades cometidas en su nombre por la Intervención francesa, y vendría á ser también el perdón de todos los que hicieron derramar sangre, devastaron el país y ejercieron tantas depredaciones, así como la absolución del terrible atentado cometido contra la sociedad por la ley del 3 de Octubre, aunque refirieron los defensores haberles asegurado Maximiliano, que además de los frecuentes perdones que había concedido, creyó firmemente, lo mismo que sus ministros, que el gobierno republicano había abandonado el territorio mexicano.

Riva Palacio y Martínez de la Torre protestaron, á petición de sus colegas de Querétaro, contra la competencia del Consejo de guerra, para juzgar la conducta y la administración del Archiduque en el periodo de tres años; consideraban que la Federación estaba interesada en que, mediante un debate bien claro, se hiciera plena justificación de los actos en virtud de los cuales sus derechos estaban afectados por la violación del principio constitucional. Contestó el Ministro de la guerra General Mejía, *que en la conducta seguida por el gobierno nada había contrario á las leyes, que el régimen constitucional estaba suspenso por el hecho mismo de la guerra que aún sostenía la Nación.* En consecuencia, debía observarse lo prescrito por la ley de 25 de Enero. Ante declaraciones tan terminantes no quedó más recurso que pedir el indulto aun antes de pronunciada la sentencia y así lo hicieron los defensores en una larga exposición; pero se les contestó: *que no estando aún pronunciada la sentencia, nada podía decidir el gobierno.*

---

(1) La Princesa de Salm alimentó constantemente la esperanza en la fuga de Maximiliano; ofreció cien mil pesos á un coronel; éste puso por condición que se contara con el apoyo de otros; se aceptó y á las nueve de la noche del día 13 todo estaba listo; el Emperador y sus compañeros esperaban tan sólo la señal convenida que al fin no se dió. En la mañana siguiente del día 14 fué preso el doctor Basch por orden del general Escobedo, conminándole con que sería ahorcado si Maximiliano hacía la menor tentativa para fugarse; poco después fué expulsada de Querétaro la Princesa de Salm, y también lo fueron los diplomáticos extranjeros, conducidos inmediatamente á la ciudad de Tacubaya en una diligencia.

La marcha que siguieron los sucesos había indicado con toda claridad á Maximiliano, que su sentencia de muerte era indudable. Entonces los que le rodeaban insistieron en la fuga, á la que no se oponía el prisionero; se convino en exagerar la enfermedad de que adolecía para hacer menos verosímil el proyecto. Aunque Maximiliano decía que estaba seguro de ser fusilado, aceptaba á veces una esperanza, siquiera fuese fugaz como la sombra. Por el 10 de Junio dijo al representante belga Mr. Hoorickx: "escribid al comandante de la Elisabeth que me prepare una cámara á bordo." Cuando se le hizo notar que esto era inútil y peligroso, no insistió Maximiliano.

En esos momentos llegaba á San Luis el Barón de Magnus, representante de Prusia, en solicitud del perdón de Maximiliano, en nombre de Austria, Bélgica é Italia, y de la Europa entera si era necesario. Se presentó el 13 de Junio á los Señores Lerdo é Iglesias; pero obtuvo las mismas respuestas que en el asunto dieron constantemente estos ministros; en igual sentido y de una manera bastante explícita acerca de la suerte reservada al Archiduque, se expresó el Presidente Juárez al recibir al Barón.

Entonces Magnus escribió una carta reclamando el perdón para Maximiliano en nombre de la humanidad y en nombre del rey de Prusia, quien tendría gusto en ayudar lo más posible al gobierno de México para que aquí se lograra y se estableciera la paz. La respuesta del gobierno recibida el siguiente día, dijo: *que las personas que componían el gobierno habían pesado maduramente y tomarian justamente en consideracion todo lo que se les exponía, y las razones de clemencia y de indulgencia que podían acoger, respetando los deberes de la justicia y la necesidad de asegurar la paz de la República.*

Los defensores Riva Palacio y Martínez de la Torre fueron á ver al Presidente y le suplicaron que recibiese á la señora de Miramón; Juárez contestó: *Evitadme esa entrevista penosa, que solamente serviría para dar á esta señora mi irrevocable decisión.* El Sr. Martínez de la Torre tomó entonces la mano al Presidente, y con voz conmovida le dijo: *Señor Presidente, no más sangre, que abre un abismo entre los defensores de la República y los vencidos; que la paz de que tanta necesidad tenemos sea la consecuencia del perdón. No os habla el defensor de Maximiliano; considero á este Príncipe en la tumba con Mejía y Miramón; pero pertenezco á los que aman á su Patria con delirio, y este amor me inspira la súplica que os dirijo. Que el porvenir de México no sea oscurecido por la sangre de sus hijos; que aquellos que se han equivocado no paguen su error con la vida; porque el duelo de las familias sería para los vencedores el negro reproche que podría dirigirles la libertad triunfante.*

Juárez le respondió: "que no se podía comprender hoy la necesidad y menos la justicia que la dictaba; el tiempo se encargaría de ese cuidado. Por él momento la ley y la sentencia eran inexorables, porque así lo exigía el bien público."

Cuando la señora esposa de Miramón se presentó también al Presidente Juárez, conduciendo desolada á sus dos hijitos, se desarrolló otra escena conmovedora; á la vez que ella imploraba la vida del esposo, los niños querían la del padre. El Presidente sufrió sobremanera; pero contestó lo de siempre: no podía detener la acción de las leyes ni impedir que se cumplieran las sentencias de muerte. La señora se desmayó y fué preciso sacarla cargada, del aposento en que tenía verificativo tan desgarradora escena.

Estos hechos tan palpitantes, tan tiernos, impregnados de dolorosa realidad, de inevitable pasión, no pudieron vencer el estoicismo que respondía á tanta angustia y á tanta aflicción. D. Benito Juárez se retiró á su aposento y estuvo tan afectado, que de nadie se dejó ver durante tres días. A los que solicitaban la salvación terrenal del Príncipe, no les quedó más recurso que elevar al cielo el incienso de sus preces, al calor de la piedad y de la fé. Muchas señoras de San Luis Potosí se reunieron aquella noche en la iglesia, y pidieron que en el otro mundo obtuviera el sentenciado con la vida eterna, el remedio de males que en éste no lo tenían.

La noticia de que había sido sentenciado á muerte, no sorprendió á Maximiliano ni á sus generales; la esperaban desde que se abrió el proceso, y desde entonces ya habían dado el supremo y último adiós á toda esperanza. Escuchó Maximiliano con la mayor tranquilidad la notificación de la sentencia, sin afectarle el género de muerte que le estaba reservado. Don Miguel Miramón mostró en igual trance la sonrisa del indiferente y tan solo Don Tomás Mejía que esperaba algo de la protección del general Escobedo, á quien había salvado dos veces la vida, aparecía abatido.

Disgustado Maximiliano por parecerle poca la energía mostrada y escasa la aplicación que sus defensores habían dado á los apuntes que para su defensa escribió él mismo, dictó algunas notas conforme á las que el ministro de Italia Mr. Curtopassi se encargó de redactar una memoria justificativa.

Desde el día en que al fragor del combate sucedió la soledad del calabozo, concentraron los reos todos sus pensamientos en sus familias; recordaba Maximiliano á su desgraciada compañera de Miramar la Princesa Carlota, y á la Archiduquesa Sofía, su madre queridísima. Pocos días antes de ser sentenciado Maximiliano, había tenido la falsa noticia del fallecimiento de su esposa; entonces lloró y dijo que esa catástrofe le daba más fuerzas para esperar sus últimos momentos, porque ya no sentiría dejar sola y privada de la razón á la que fué compañera de su vida y que continuaría siéndolo más allá de la tumba. D. Miguel Miramón recibía en su carcel las consoladoras visitas de su esposa y gozaba con los besos que prodigaba á su último hijo nacido durante el sitio. En cuanto á D. Tomás Mejía mostrábase taciturno, influyendo tal vez el estar recientemente casado con una joven que manifestaba síntomas de trastorno mental, y que en aquellos días le daba un hijo que jamás conocería al padre.

La lucha entre las más caras afecciones, y la intranquilidad del que espera una muerte próxima iban ya á cesar; cuando los reos fueron notificados de la sentencia pronunciada por el Consejo de guerra, sus pensamientos se elevaron á la eternidad, cuyas puertas se abrían delante de ellos. Las horas corridas entre la sentencia y su ejecución, pasaron con la sorprendente rapidez que caracteriza la marcha del tiempo para el que quisiera detener las horas en el último día de la existencia.

Entonces dispuso Maximiliano que se expresara en su testamento, que confiaba á D. Fernando Ramírez la misión de escribir los acontecimientos de su reinado, y al Príncipe Salm-Salm lo que había pasado en Querétaro; quiso que á ambos se uniera el Padre Fischer, pero después borró este nombre. Opinaba porque en su testamento fuese señalada una suma para el fiscal que había sostenido

la acusación en su contra; mas se le hizo observar que era preferible dejar el dinero á los hijos y las viudas de los que habían muerto defendiendo la causa del Imperio, y para pagar las deudas que había contraído.

Con motivo de que la ejecución debió haberse verificado el domingo, los defensores residentes en Querétaro dijeron á los de San Luis, que los tres acusados ya se habían confesado y comulgado cuando llegó la orden de suspender la ejecución; pero que en esos trances ya habían muerto moralmente, puesto que iban á marchar al cadalso y que sería horroroso inflingirles una nueva muerte el miércoles, después de lo que acababan de sufrir.

Lo que más admiraba á los defensores del Archiduque, era el silencio de los gobiernos de Europa; preguntábanse si el cable submarino se habría roto; á cada momento esperaban que los esfuerzos de las Cortes europeas llegarían á unirse á los de la defensa; pero la Europa y los Estados Unidos permanecían mudos; ni un mensaje, ni una comunicación llegaban; todo aparecía sombrío y pavoroso á la manera que se presenta cuando el infausto destino está próximo á cumplirse.

El Barón Magnus salió para Querétaro á la media noche, con una recomendación especial para el General Escobedo, que había considerado conveniente alejar de esa ciudad á los ministros de Austria, de Bélgica é Italia. En el camino se cruzó con los defensores de Miramón y Mejía que iban á San Luis para solicitar el perdón de sus clientes, llevando una petición firmada por las señoras de Querétaro, á las cuales se unieron muchas de San Luis. El licenciado Próspero Vega, defensor de Mejía, que conservaba aún la esperanza de salvar á este reo, corría á buscar la protección del ministro Iglesias; pero todo fué inútil, no obstante que ni por un momento cesaron los defensores de empeñarse para alcanzar la clemencia del gobierno.

Terminados los esfuerzos de los defensores de Maximiliano situados en San Luis, dejaron esta ciudad el día 19 (Junio) á las seis de la mañana, en los momentos en que los sentenciados espiraban en el cerro de las Campanas.

El Barón Magnus regresó de San Luis á Querétaro el día 18 y cerca del medio día visitaba á Maximiliano, con quien por la noche permaneció largo rato al repetir la visita. Con acuerdo de Maximiliano formó el doctor Basch una lista de las personas á quienes él deseaba dejar algún recuerdo.

El aplazamiento de la ejecución, solicitado por los defensores que estaban en San Luis Potosí, había llegado á conocimiento de los reos cuando ya éstos habían sufrido todas las torturas de una lenta agonía y las angustias de esperar una muerte próxima; en tales circunstancias, aquella suspensión pareció más bien un nuevo castigo que un último favor, porque se reducía á prolongar el suplicio por más de sesenta horas.

Maximiliano empleó este tiempo en escribir á todos los Soberanos, á los parientes y amigos y á aquellos de sus servidores que le habían mostrado mayor

afecto, y en arreglar su testamento. (1) Envió un despacho telegráfico á D. Benito Juárez en solicitud de la vida de sus generales y entregando la suya para satisfacer al partido republicano, cuya petición no obtuvo respuesta pronta; pero á las cuatro de la tarde de ese mismo día 18, supo Maximiliano que era rehusado el perdón de sus compañeros.

Escribió cuatro cartas dando las gracias á cada uno de los defensores y aunque en el fondo decía en ellas lo mismo, era gradual la gratitud manifestada, decreciendo de Riva Palacio á Ortega, Martínez de la Torre y Vázquez. En otra carta dió el eterno adiós al capitán Pierron, uno de los últimos jefes de su gabinete. Después del día tan tormentoso se acuesta en su catre á las ocho, esperando olvidar sus penas entregado al sueño bienhechor; una hora después se le dice que el General Escobedo enviaba á informarle que sus deseos sobre embalsamamiento del cadaver serían cumplidos; lee el reo durante una hora la vida de Jesucristo que le proporcionó, á petición suya, el Padre Soria; á las diez apaga la bugía y se duerme, buscando tregua entre las angustias pasadas y las que le faltaban que sufrir. Una hora después se le despierta de parte del General Escobedo que se presentó á despedirse; enciende Maximiliano de nuevo la bugía, entra Escobedo y quedan solos algunos minutos; al salir el general republicano penetra á la cámara el doctor Basch.

—Vino, le dijo Maximiliano, á despedirse de mí. ¡Esto es mucho; dormía yo tan bien! Vuelve á quedar solo, apaga de nuevo la bugía, transcurre una hora y se percibe, por la igualdad de su respiración, que nuevamente se ha dormido. A las tres y media de la madrugada despierta; la luz del alba comienza á iluminar los calabozos; Basch hace que se levanten los criados; á las cuatro llega el confesor cual mensajero de la hora fatal, y á las cinco los tres sentenciados oyen misa; tres cuartos de hora después se desayunan; Maximiliano toma un pollo, vino y café; percíbense ya los toques de las cornetas y los tambores de las tropas destinadas á formar el cuadro para la ejecución.

El Archiduque firmó una carta dirigida á D. Benito Juárez, casi á la hora de ir al suplicio, sin que ni por un instante le intimidara la idea de la muerte. El

---

(1) Se ha publicado la siguiente carta atribuida á Maximiliano:

Mi adorada Carlota:

Si Dios permite que vuestra salud se restablezca, y llegais á leer estas cortas líneas, comprendereis la crueldad con que el destino me ha azotado desde vuestra partida para Europa. Os habeis llevado con vos no sólo mi corazón sino mi buena fortuna; ¿por qué no escuché vuestros consejos?

¡Cuántos acontecimientos desgraciados! Son tantos ¡ay! los súbitos golpes que han derribado todas mis esperanzas, que la muerte es para mí una feliz liberación y no una terrible agonía! Moriré gloriosamente como soldado, como monarca, vencido pero no deshonrado. Si vuestros sufrimientos son muy grandes y Dios se sirve llamaros á su seno para juntaros conmigo, bendeciré su mano divina que tan pesadamente ha caído sobre nosotros. ¡Adiós! ¡adiós! Vuestro infeliz

MAXIMILIANO.

día anterior se le había dicho que la Princesa Carlota había fallecido, y esta noticia le hizo llorar, á la vez que daba gracias á Dios por haberle concedido así una nueva energía para afrontar la muerte. (1)

El ministro francés Mr. Danó, que fué otro de los ministros extranjeros que no se presentaron en Querétaro, procedió de esa manera, según despacho del Barón Lago, porque temía un atropello para la Legación, y envió en su lugar cerca del Emperador prisionero á Mr. Forest, ex-consul en Mazatlán. También afirma el Barón de Lago en despacho dirigido á su gobierno el 25 de Julio, que Mr. Danó, ministro francés, había hecho por su parte todo lo posible para salvar la vida del Emperador.

Levantado Maximiliano en el tan impacientemente esperado día 19 de Junio á las tres y media de la mañana, se vistió con esmero, poniéndose saco azul, pantalón y chaleco negros y un pequeño sombrero de fieltro. A las cuatro se presentó el Padre Soria de quien Maximiliano había recibido ya los sacramentos y á las cinco celebró la misa en el altar que para el efecto fué levantado en el nicho que estaba frente al cuarto del preso. Hizo Maximiliano al Doctor Basch algunos encargos, le dió recuerdos para los amigos y á los tres cuartos para las seis almorzó.

A esta hora, el sepulcral silencio de la prisión de Capuchinas fué interrumpido por el ruido que produjo la caballería que llegada al trote, encargada de escoltar á los sentenciados.

Al sonar las seis se presentó en la prisión el oficial que debía comunicar á los reos que la hora fatal había llegado y conducirlos al patíbulo; antes de que este oficial hubiera hablado le dijo Maximiliano, caminando hacia la puerta:

—Estoy listo.

Salió de la celda entre algunos de sus criados que llorando le besaban las manos.

---

(1) Además de las cartas que Maximiliano dejó escritas para sus cuatro defensores, hubo una para el Sr. Juárez, concebida en estos términos:

Al Sr. Benito Juárez.

Próximo á morir por haber queri lo intentar si, por nuevas instituciones políticas, podría poner término á la sangrienta guerra civil que por tantos años ha arruinado á este infortunado país, haré con satisfacción el sacrificio de mi vida, si este sacrificio pudiera contribuir á la paz y á la prosperidad de mi nueva Patria.

Intimamente convencido de que nada sólido puede fundarse en un suelo regado con sangre y agitado con violentos sacudimientos, os conjuro de la manera más solemne, y con la sinceridad que me inspiran los últimos momentos que me quedan de vida, á que no hagais correr más sangre que la mía. Os conjuro también á emplear esa perseverancia que he sabido reconocer y alabar en medio de mi prosperidad, y con la cual habeis defendido una causa que triunfa hoy, á la noble tarea de reconciliar los espíritus, á fin de poder fundar de una manera estable y duradera la paz y la tranquilidad en este desventurado país.

MAXIMILIANO.



General Francisco A. Vélez.

El general Vélez fué uno de los jefes que penetraron á Querétaro la madrugada del 15 de Mayo con los batallones Supremos Poderes y Nuevo León, y sin ruido se apoderaron de la artillería formada en la plaza de la Cruz, de los almacenes del parque y de las obras que por aquel lado había; y desarmaron y pusieron presos á los grupos de imperialistas que sorprendían, impidiéndoles toda resistencia. Al mando del general Vélez fueron las tres columnas de ataque formadas con aquellos batallones; conducidas sobre la flecha del panteón de la Cruz, atravesando un terreno obstruido por obstáculos formados con espinos y ramas que hacían muy difícil el paso. Vélez fué comisionado por el general Escobedo, para que en unión del comandante de ingenieros Braulio Franco y del teniente coronel Agustín Lozano, vigilaran de cerca á López, con orden de que á los primeros disparos que hiciera el enemigo, levantaran á López la tapa de los sesos.

día anterior se le había dicho que la Princesa Carlota había fallecido, y esta noticia le hizo llorar, á la vez que daba gracias á Dios por haberle concedido así una nueva energía para afrontar la muerte. (1)

El ministro francés Mr. Danó, que fué otro de los ministros extranjeros que no se presentaron en Querétaro, procedió de esa manera, según despacho del Barón Lago, porque temía un atropello para la Legación, y envió en su lugar cerca del Emperador prisionero á Mr. Forest, ex-consul en Mazatlán. También afirma el Barón de Lago en despacho dirigido á su gobierno el 25 de Julio, que Mr. Danó, ministro francés, había hecho por su parte todo lo posible para salvar la vida del Emperador.

Levantado Maximiliano en el tan impacientemente esperado día 19 de Junio á las tres y media de la mañana, se vistió con esmero, poniéndose saco azul, pantalón y chaleco negros y un pequeño sombrero de fieltro. A las cuatro se presentó el Padre Soria de quien Maximiliano había recibido ya los sacramentos y á las cinco celebró la misa en el altar que para el efecto fué levantado en el nicho que estaba frente al cuarto del preso. Hizo Maximiliano al Doctor Basch algunos encargos, le dió recuerdos para los amigos y á los tres cuartos para las seis almorzó.

A esta hora, el sepulcral silencio de la prisión de Capuchinas fué interrumpido por el ruido que produjo la caballería que llegada al trote, encargada de escoltar á los sentenciados.

Al sonar las seis se presentó en la prisión el oficial que debía comunicar á los reos que la hora fatal había llegado y conducirlos al patíbulo; antes de que este oficial hubiera hablado le dijo Maximiliano, caminando hacia la puerta:

—Estoy listo.

Salió de la celda entre algunos de sus criados que llorando le besaban las manos.

---

(1) Además de las cartas que Maximiliano dejó escritas para sus cuatro defensores, hubo una para el Sr. Juárez, concebida en estos términos:

Al Sr. Benito Juárez.

Próximo á morir por haber querido intentar si, por nuevas instituciones políticas, podría poner término á la sangrienta guerra civil que por tantos años ha arruinado á este infortunado país, haré con satisfacción el sacrificio de mi vida, si este sacrificio pudiera contribuir á la paz y á la prosperidad de mi nueva Patria.

Intimamente convencido de que nada sólido puede fundarse en un suelo regado con sangre y agitado con violentos sacudimientos, os conjuro de la manera más solemne, y con la sinceridad que me inspiran los últimos momentos que me quedan de vida, á que no hagais correr más sangre que la mía. Os conjuro también á emplear esa perseverancia que he sabido reconocer y alabar en medio de mi prosperidad, y con la cual habeis defendido una causa que triunfa hoy, á la noble tarea de reconciliar los espíritus, á fin de poder fundar de una manera estable y duradera la paz y la tranquilidad en este desventurado país.

MAXIMILIANO.



General Francisco A. Vélez.

El general Vélez fué uno de los jefes que penetraron á Querétaro la madrugada del 15 de Mayo con los batallones Supremos Poderes y Nuevo León, y sin ruido se apoderaron de la artillería formada en la plaza de la Cruz, de los almacenes del parque y de las obras que por aquel lado había; y desarmaron y pusieron presos á los grupos de imperialistas que sorprendian, impidiéndoles toda resistencia. Al mando del general Vélez fueron las tres columnas de ataque formadas con aquellos batallones; conducidas sobre la flecha del panteón de la Cruz, atravesando un terreno obstruido por obstáculos formados con espinos y ramas que hacían muy difícil el paso Vélez fué comisionado por el general Escobedo, para que en unión del comandante de ingenieros Braulio Franco y del teniente coronel Agustín Lozano, vigilaran de cerca á López, con orden de que á los primeros disparos que hiciera el enemigo, levantaran á López la tapa de los sesos.



—Cálmense Ustedes, les dijo, ya ven que yo lo estoy. Es la voluntad de Dios que muera ya y contra ella no nos podemos oponer.

Dirigióse á la celda donde estaban los otros dos prisioneros y les dijo:

—¿Están Ustedes listos, señores? Ya yo lo estoy.

Miramón y Mejía se adelantan y les da un abrazo. Mejía se muestra triste y cabizbajo, á causa de la debilidad que le ocasionara el mal estado de su salud.

Los tres bajan las escaleras, yendo Maximiliano por delante con paso firme, después de haberse despedido de sus abogados. Al llegar á la calle miró al derredor y exhalando profundo suspiro, exclamó: "¡Ah, qué expléndido día! ¡Siempre he deseado morir en un día como este!" Subió al coche más próximo seguido del Padre Soria, siendo los tres carruajes de sitio, y señalado aquel con el número diez; cada uno de los otros dos reos, acompañado también de un sacerdote subió á un coche, y se puso en marcha la comitiva para el cerro de las Campanas, bastante retirado del convento de las Capuchinas.

Al rededor de los coches que formaban aquella fúnebre procesión, iban cazadores de Galeana, á la vanguardia el batallón de Supremos Poderes y á retaguardia el de Nuevo Leon, escogido para ejecutar la sentencia. El cortejo fúnebre fué encontrado por una mujer que presentaba señales de trastorno mental, desgreñada, desnudo el seno, llevaba en los brazos un niño y pedía á gritos perdón para su esposo Don Tomás Mejía, quien al presenciar tan doloroso espectáculo cayó en profundo abatimiento.

La multitud, ansiosa por presenciar la marcha del fúnebre convoy, se agolpaba en las aceras, manifestándose en muchos semblantes el dolor; al pasar los sentenciados se descubrían las cabezas los espectadores; los balcones, las ventanas y puertas, en la extensa vía que conduce de las Capuchinas á la llanura en que se yergue el Cerro de las Campanas, estaban cubiertas por la muchedumbre que ansiaba satisfacer su curiosidad ó dar el supremo adiós á los sentenciados que iban al patíbulo. Durante la media hora que empleó la comitiva en su marcha, parecía paralizada la vida de la ciudad cuyo pesado silencio era interrumpido solamente por el ruido de los coches, las pisadas resonantes de los caballos, ciertos gemidos que salían de entre la multitud y las plegarias que pronunciaban los sacerdotes al lado de los reos, presentándoles la imagen de Cristo para que la abrazaran y también por el monótono y lúgubre clamoreo de las campanas de los templos.

A las seis y media de la mañana Maximiliano y sus dos generales llegaron al Cerro de las Campanas, donde cuatro mil hombres formaban el cuadro en la parte occidental de la colina; veíanse allí tres cruces que indicaban los lugares del suplicio.

Al detenerse en el cerro de las Campanas, había saltado Maximiliano por la portezuela del coche no pudiendo abrirla pronto, y encontrando á su lado al criado húngaro Tudos, le dijo con amargura:

—¿Nadie más ha venido aquí?

¡Una sola persona le acompañaba! En la prosperidad todos se disputaban estar á su lado. El Padre Soria bajó del coche como pudo; pero se sintió mal, se desvaneció al grado de haberle auxiliado Maximiliano dándole un frasco de sales para que las aspirase y se recuperara.

Después que los sentenciados bajaron de los coches y fueron á colocarse en los sitios que se designaron, el fiscal leyó en alta voz el artículo de la ley militar que condena á muerte á cualquiera que pidiese la vida de los reos. Maximiliano dejó á Miramón el puesto de honor, dirigió frases de consuelo al general Mejía y habló con benevolencia al oficial encargado de mandar la ejecución.

En el lugar señalado se adelantó un piquete de las fuerzas de Nuevo León y se desplegaban formando el cuadro, cerca de cuatro mil soldados al mando del general Jesús Díaz de León. Los reos se detuvieron á corta distancia de una tapia de adobe derruida, y se voltearon hacia el Oeste, quedando frente al pelotón. El oficial encargado de mandar la ejecución de Maximiliano, se le aproximó y le dijo que no había deseado ni buscado la misión que iba á desempeñar, y le pedía que no muriese detestándole.

—Joven, le contestó Maximiliano, os doy las gracias; pero el deber del soldado está en obedecer. Cumplid la orden que se os ha dado.

Después de haber ofrecido á cada soldado una onza de oro, les pidió que dirigieran bien la puntería al pecho. Abrazó á Miramón y á Mejía, diciéndoles:

—Vamos, dentro de un instante, á encontrarnos en el otro mundo.

Colocados los sentenciados en sus puestos, quedando Miramón en el centro, avanzan frente á cada reo y á pocas varas un oficial y siete soldados. Maximiliano, después de obsequiar con la onza de veinte pesos á cada uno de los del grupo destinado á tirarle, les encargó que apuntaran bien, se quitó el sombrero y se pasó por la frente el pañuelo, dando estos objetos á su criado, con el encargo de que los llevara á la Archiduquesa Sofía, y con voz firme arengó á los soldados. (1)

Puesto al lado izquierdo de Miramón, se adelantó algunos pasos, y con voz clara y tranquila pronunció algunas palabras, acerca de las cuales hay distintas versiones, provenidas de los que las escucharon. Algunos cronistas aseguran que pidió perdón á los mexicanos por la sangre que había hecho derramar. (2)

(1) Se refiere y aun es materia de discusión, que dejando el lugar que ocupaba enmedio de los dos generales, se volvió hacia Miramón y le dijo con caballeresca cortesía:

—General, los Soberanos admiran á los valientes; antes de morir os cedo el lugar de honor.

En seguida se dirije á Mejía que estaba absorto con la preocupación que le causó la escena en que acababa de ver loca á su esposa:

—General, le dijo, lo que no ha sido recompensado sobre la tierra, lo será ciertamente en el cielo.

(2) La generalidad de las opiniones que han venido á reflejarse en la leyenda, nos han transmitido la siguiente alocución: "¡Mexicanos! los hombres de mi sangre y de mi origen son llamados por la Providencia para hacer la felicidad de los pueblos ó ser mártires. Llamado por gran número de mexicanos, he venido á México para bien del país y no por ambición...... Mi deseo era hace, la felicidad de mi Patria, la de mis compañeros de armas, á quienes, antes de recibir la muerter quiero dar las gracias por sus sacrificios. ¡Mexicanos! que mi sangre sea la última derramada, y que Dios quiera cimentar la dicha y la paz de este desgraciado país."

Hay otra versión que comprende los mismos pensamientos, aunque no expresa tanta delicadeza, ni tacto tan fino, ni sentimiento tan artísticamente delineado, y es la siguiente: "Voy á morir por una causa justa, la de la Independencia y la Libertad de México. Deseo que mi sangre pueda cimentar la felicidad de mi nueva Patria. ¡Viva México!" Estas frases tan concisas, más vagas que las que da por recogidas el Doctor Basch, están de acuerdo con los informes del Doctor Agustín Reyes que asistió á la ejecución, y parecen conformarse más con el estado moral que guardaba Maximiliano.

Miramón protestó con voz enérgica contra la acusación que se le hacía de traidor, en estos términos: "¡Soldados de México! ¡Conciudadanos! en los momentos en que la vida no me pertenece ya, pues que dentro de pocos instantes habré muerto, declaro á la faz del mundo que es una vergüenza acusarme de traición. He combatido por mi país, en favor del orden y por esta causa caigo hoy con honor. Mis hijos jamás llevarán el estigma con que indignamente se ha pretendido señalarme. ¡Viva México! ¡Viva el Emperador!"

Las últimas palabras se confundieron con las detonaciones de los fusiles que lanzaban proyectiles contra los reos. ¡Todo había concluido! (1)

Pocos minutos después eran levantados los tres cadáveres, tintos en sangre y agujereados por las balas. Las tropas regresaron á sus cuarteles, y la multitud se dispersó pensativa y silenciosa.

(1) Frente al pelotón que había de fusilarle, colocó Maximiliano sus dos manos sobre el pecho, para indicar el lugar á donde deberían dirigir la puntería; atento á lo que pasaba, conservó sereno el rostro, erguido el cuerpo con un pie hacia delante; su mirada vagaba recorriendo los declives de la cordillera, aquellas alturas del Cimatario en las que, por un momento, dejó mecer sus más bellas ilusiones; pero su mente iba más allá de aquel horizonte, y se refiere que se le oyó murmurar: ¡Pobre Carlota!

Al ruido de las descargas, los tres sentenciados cayeron al suelo, manchados con la sangre que corría y presa del fuego que abrasaba sus trajes, pues se les había tirado á corta distancia. En todas las iglesias doblaron las campanas. Eran cerca de las siete; algunas señoras vestidas de duelo fueron á humedecer sus pañuelos en la sangre de los fusilados.

Se refiere que después de una primera descarga, Maximiliano hizo seña con la mano y pronunció algunas palabras que parecieron indicar que pedía le tirasen de nuevo; pero las heridas demuestran que lo que se dijo respecto á este asunto fué pura invención, y que los movimientos deben haberse confundido con las convulsiones que precedieron á la muerte.

La partida de defunción de Maximiliano es como sigue:

"Fernando Maximiliano José.—En la ciudad de Querétaro, á las 8 de la mañana del día 18 de Julio de 1867, el ciudadano Juez que suscribe dispuso se levantara la presente acta en que constan las generales de Maximiliano de Hapsburgo, tomadas del periódico de la capital titulado "El Globo," por no haber otros datos. Fernando Maximiliano falleció en el Cerro de las Campanas, según oficio de la Comandancia, el 19 de Junio próximo pasado, á las siete de la mañana; de 35 años,

Ratificada la muerte de los tres fusilados por dos cirujanos, fueron envueltos los cuerpos en sábanas de manta corriente, colocados en cajones de madera ordinaria, y quedando corto el de Maximiliano le sobresalían los pies. El cuerpo de Miramón fué recogido por el Doctor Reyes y entregado á la familia. El de Maximiliano que permaneció al cuidado del gobierno republicano, fué confiado al coronel Palacios y conducido al través de la ciudad, escoltado por dos destacamentos de infantería. Además de las personas que humedecieron sus pañuelos en la sangre del Príncipe fusilado, otras obtuvieron algún resto de él como reliquia.

Colocado el cuerpo sobre una mesa en la capilla del convento de las Capuchinas, llamó el coronel Palacios al doctor Basch, á los criados y oficiales prisioneros convalecientes, en su mayor parte franceses, que residían en el mismo edificio, y les dijo:

—Mirad, esa es la obra de la Francia.

Poco después se presentó el jefe del cuerpo médico militar Doctor Rivadeneyra, é inspector de la sanidad, acompañado del Doctor Licea y de otras personas, fué desnudado el cadaver y se le preparó para embalsamarlo; los intestinos fueron colocados en vasijas y el corazón permaneció un día en uno de los bancos de la capilla, pues el embalsamamiente duró una semana entera; concluida la operación colocaron el cuerpo en un cajón mejor que el primero y se quedó depositado en la misma capilla hasta que se dispuso su translación á la capital de la República. (1)

En la noche del 27 al 28 de Mayo se comunicaba á Europa por el cable submarino, desde Nueva York, la noticia de haber caído prisionero Maximiliano, á quien reconocían como Emperador de México las potencias europeas. Circuló la noticia con la velocidad del rayo, desde Londres, por todo el continente de capital en capital, acibarando al Emperador Francisco José los momentos felices en

casado, que fué con doña Carlota Amalia; originario de Schembroün y vecino de México.—Son testigos en este acto los CC. Cesáreo Frías, de 36 años, viudo, empleado, originario y vecino de esta ciudad, en la calle de la Flor Baja número 12; y Francisco Servín, de 50 años, viudo, empleado, originario de esta ciudad en la calle de la Alhóndiga, casa sin señal.—Se dió lectura á esta acta, así como á los artículos que previene la ley general y á los de la reglamentaria del Estado, y terminó ésta, que firmaron los que supieron con los ciudadanos Juez y Secretario.—Doy fé.—Cenobio Díaz. — M. Rubio, secretario.—Número 716.—Al margen.—Por orden del Gobierno, de esta fecha, se quedó el cadaver depositado en el Palacio del mismo.—Adulto.—1ª clase.

(1) Comisionado el Doctor Licea para ayudar al embalsamamiento del cadáver de Maximiliano, había apartado el corazón, las entrañas y el pelo que, según se dijo, se venderían á precio de oro, y aun se dijo entonces que se pretendía vender el corazón en Austria por una gran suma; pero que sabido esto por el gobierno de Don Benito Juárez, mandó recoger las entrañas y las enterraron en la iglesia de Santa Clara, de Querétaro.

El Doctor Licea murió en México el 6 de Junio de 1896, á la edad de 83 años, siendo propietario de la farmacia Arbeu, sita en la calle de San Felipe Neri núm. 19; se confesó con el sacerdote católico Señor Collada y el cadáver fué inhumado en el panteón de Dolores.

Querétaro.



Coche en el que fué conducido el Príncipe Maximiliano de Hapsburgo al Cerro de las Campanas el 19 de Junio de 1867, para la ejecución de la pena á que fué sentenciado el ex-Emperador por el Consejo de guerra.

Querétaro.



El Cerro de las Campanas.

Sitios que respectivamente ocuparon los reos Maximiliano de Hapsburgo, Miguel Miramón y Tomás Mejía, fusilados el 19 de Junio de 1867.

1 MAXIMILIANO — 2 MIRAMÓN — 3 MEJÍA

que era coronado como rey de Hungría, y cuando se disponía á ir á París para saludar á Napoleón III. En Miramar se cuidó que la terrible noticia no fuese sabida por la Princesa Carlota, cuyo perturbado cerebro la mantenía en continuos sufrimientos.

El Emperador de Austria Francisco José recibió hasta el 15 de Junio el siguiente telegrama: "Soy prisionero de guerra, pero no temas, me tratan de un modo que en manera alguna viola las leyes y las costumbres de las naciones civilizadas."

En Washington, las ministros de Rusia, Francia é Inglaterra, unidos al representante del Emperador de Austria, habían invitado al gobierno de los Estados Unidos para que interviniera con todo el peso de su influencia sobre las autoridades mexicanas, con objeto de salvar al Emperador Maximiliano. Mr. Seward volvió á prometer que haría cuanto de él dependiese con dicho objeto.

Los Emperadores de aquellas naciones, la reina de la Gran Bretaña y el rey de Prusia, se dirigieron en los primeros días de Junio por el telégrafo atlántico al gobierno de los Estados Unidos, pidiéndole interpusiera su influencia con Juárez para salvar la vida de Maximiliano.

Desde el mes de Mayo habían solicitado los Emperadores de Francia y Austria la intervención amistosa del gobierno de Mr. Johnson. Entonces, el ministro Mr. Seward envió un comisionado que no pasó de Nueva Orleans, aunque habría tenido tiempo para llegar hasta San Luis Potosí, y el 30 de Junio supo el gobierno de los Estados Unidos, por el telégrafo del Sur, que todo esfuerzo era ya inutil y no quedó más á las Cortes europeas, que vestir de luto.

Una parte de la prensa europea atribuyó á los Estados Unidos decisiva influencia en el fusilamiento de Maximiliano, llegando algunos escritores hasta sostener que habían aconsejado para ello al gobierno de Juárez, aunque aparentando lo contrario. Los que así discurrían se fundaban en que la ruina de Maximiliano era deseada por el pueblo norteamericano, puesto que habían sido combatidas y humilladas las instituciones republicanas por la expedición francesa y por el mismo Maximiliano, quien, además, á cada paso aludía á proyectos de conquista para el porvenir, hiriendo á los norte-americanos en su orgullo al atribuirles que no valían lo que ellos se figuraban, ni tenían el poder y la energía de que se vanagloriaban.

Se les atribuía disgusto por haber sido atacado el pueblo norte-americano en su doctrina favorita, cuando parecía estar en la desgracia, y aunque se había desquitado al despedir á los franceses, necesitaba sellar su victoria con la sangre real de un protegido de Napoleón, y con poner á la vista de los europeos un ejemplo, que en el porvenir les quitaría el pensamiento de arrebatar á los americanos siquiera un girón de la América.

Los alemanes radicados en los Estados Unidos, dirigieron al Presidente Juárez un voto de gracias por el éxito alcanzado contra la Intervención y el Impe-

rio. Una comisión presidida por Mr. Henry Ulke, entregó al ministro Don Matías Romero ese documento que estaba cubierto por millares de firmas de aquellos alemanes, enemigos irreconciliables de las monarquías europeas y que por consiguiente aprobaban el fusilamiento de Maximiliano.

También la Sociedad norte-americana titulada: "*Grande Ejército de la República*" dictó en algunas de sus agrupaciones un tributo de aprecio al Presidente Juárez, ensalzando que se hubieran dado pasos resueltos y enérgicos para vindicar la honra de las instituciones republicanas, y destruir en México, de un golpe, los vestigios del realismo que, aunque en reducida extensión, existían en los Estados Unidos, pero solamente en la parte del Sur.

El Instituto canadense envió también felicitaciones al Presidente Juárez por el triunfo de la República y por la ejecución de Maximiliano.

En el Senado de los Estados Unidos, donde ha residido la dirección de la política extranjera de aquella República, al tratarse de la muerte de Maximiliano y de los medios de salvarle la vida, se dijo que Maximiliano había sido un filibustero y que los Estados Unidos no tenían razón alguna para desear que no sufriese la pena reservada á los de su clase. Este parecer no podía ser sostenido del mismo modo por Mr. Seward en el terreno de la diplomacia, con los representantes de Austria, de Inglaterra y de Francia, esto es, con las naciones en que reinaban el hermano, la prima y el aliado íntimo de Maximiliano; con estos se recurrió á medios velados por las fórmulas de la política; se le escribió á Mr. Campbell, el enviado de los Estados Unidos cerca del Presidente Juárez, para que pidiese la vida de Maximiliano; pero se cree que en secreto se le habían dado instrucciones especiales, atendiendo á la política y á la actitud que siempre mostró el gobierno de Washington.

Mr. Campbell rehusó aceptar la comisión que se le encomendaba, y prefirió efectuar un paseo por Nueva Orleans mientras los sucesos acentuaban su marcha; escribió entretanto una carta al Presidente Juárez, para manifestarle de una manera adecuada que no agradaría á los Estados Unidos ver que los republicanos en México se comportaban á la manera de hombres incivilizados, opinión que se considerará superflua, si se reflexiona que el Presidente Juárez conocía perfectamente el sentir íntimo del gobierno norte-americano.

Prominentes hombres de Estado norte-americano, manifestaron públicamente: que culpable de lesa majestad popular Maximiliano, nada más sencillo ni más natural que el haberle castigado. Consideraban la condena de aquel Emperador, un acto político maduramente concebido y firmemente cumplido con unánime aprobación del partido nacional en los Estados Unidos, pues veían en ese hecho la caída definitiva de la monarquía en América. "Si la Europa no está aún convencida, que ensaye de nuevo, decían; estamos prestos;" así mostraban también sus opiniones sin ambajes, algunos de los más populares periódicos de la prensa norte-americana.

Maximiliano, el elegido por la política napoleónica, sucumbió con fiereza,

sin olvidar que era uno de los descendientes de Carlos V; su ideal se habría cumplido mejor, si cae con la espada en la mano y no fusilado por disposición de la corte marcial. Al principio creyó Maximiliano que se llegaría á un desenlace pacífico, siendo una prueba de ello el haberse negado al deseo de algunos de sus generales para que saliera de Querétaro con una fuerza de caballería y pasara á México en busca de las tropas de Márquez, general que había quedado sordo al llamamiento de su Soberano. Rehusó acceder á esa expedición, sin la cual le profetizaban un desastre, según se deduce de un documento colectivo firmado el 11 de Abril de 1867, en el que declaraban los firmantes, que cumplían un deber de conciencia y de lealtad al predecirle la catástrofe. (1)

La idea fija de Maximiliano fué entregar pacíficamente á Don Benito Juárez los poderes de que se creía investido, y para ello había enviado varios comisionados, que en realidad no fueron más que testimonios de sus ilusiones. De otro modo no habría abandonado la capital é ido á colocarse en una ciudad dominada por fuertes posiciones, y no habría dejado en México á los quinientos húngaros, servidores leales que le hubieran servido mucho en los conflictos, y aun para abrirse paso en caso necesario. (2)

---

(1) Una carta del Barón de Lago á su gobierno, fechada en México el 25 de Junio, merece ser conocida, tanto por los detalles oficiales que contiene acerca de los sucesos ocurridos del 30 de Mayo á su fecha, como por la luz que arroja sobre la conducta del general Márquez, principal apoyo de la expedición francesa á México. Dice la carta que el Barón, á pesar de los obstáculos que le ponía Márquez, pudo salir de la capital el día 31 de Mayo, llegó á Querétaro tres días después, y obtuvo del general Escobedo la autorización de ver á Maximiliano que estaba en el convento de Capuchinas. Pasó por la escalera y corredores literalmente cubiertos de soldados y le encontró acostado en un catre de campaña, porque estaba enfermo de disentería; en la celda del prisionero que tenía una puerta y ventana para el corredor, había un armario, un sillón de bejuco y cuatro sillas. En dos celdas vecinas estaban los jefes prisioneros Miguel Miramón y Tomás Mejía, y en otras cercanas estaban el doctor Basch y dos criados europeos al servicio de Maximiliano.

Este conversaba frecuentemente, no sólo con el Barón de Lago, sino con el ministro prusiano Barón de Magnus, con el encargado de Negocios belga, M. Hoorickx y el italiano Mr. Curtopassi. El Barón de Lago pensó en ir á San Luis Potosí, acompañando al de Magnus; pero le disuadieron y quedó al lado de Maximiliano, hasta el día 14 en que le fué comunicada la orden de que abandonara á Querétaro en corto plazo y llegó á Tacubaya el 16; allí supo que Márquez se obstinaba en no entregar la plaza sitiada por el ejército de Oriente.

(2) En Alemania se publicó que el Padre Fischer había vendido á los republicanos, antes de salir para Europa, los papeles secretos de Maximiliano; se daba por cierto, primero, que el valor había sido de tres mil pesos y después se dijo que quince mil. Se rectificó esta noticia diciendo: que el Señor Fischer únicamente había dado los papeles que se encontraban en su poder, pertenecientes al gabinete de Maximiliano, en el tiempo que fué secretario Eloin; en cuanto á los otros papeles debieron ser remitidos á Mr. de Ressegnier, quien á su vez los remitiría á un antiguo ministro de Luis Felipe, entonces jefe de la oposición en París. La verdad fué que en todos los documentos publicados por el "Diario Oficial" casi no se encuentran huellas de las labores que tuvieron verificativo en el gabinete particular de Maximiliano, en el tiempo en que fué secretario el Padre Fischer,

VI.

(Conclusión de la presente Obra.)

(Terminan los sitios de México, Veracruz y Mérida.)

El ejército de Oriente frente á la capital de la Nación.—Lo refuerzan los ejércitos del Occidente y del Norte.—El General Díaz pasa su cuartel general á Tacubaya.—Fracasan algunas combinaciones para posesionarse de la capital.—Verifican los sitiados una salida el 12 de Mayo.—Extrañan el júbilo mostrado en el campo republicano.—Califican de mentira la noticia de la prisión de Maximiliano.—El general Márquez envía á Querétaro, en observación, un comisionado de su confianza.—Se desvanecen las dudas.—Las noticias del general Ramírez Arellano.—Continúan las manifestaciones de alegría en el campo de los sitiadores.—Estos envían sus noticias dentro de los proyectiles huecos.—Circula en la capital una carta del general Riva Palacio.—Alarmas y comentarios contradictorios.—Salida del 9 de Junio.—Cambio notable en el caracter del general Márquez.—Ardides á que apelaron los sitiados.—Carta del Barón de Lago al coronel Kevenhüller.—Resuelven los jefes austriacos rendirse.—El hambre en la capital.—Tumultos populares.—Abre el general Márquez el pliego cerrado en Querétaro.—Nombramientos allí contenidos.—Junta de Ministros en los Angeles.—Márquez resuelve prolongar la resistencia.—Los imperialistas niegan que fuese verdad lo que se decía acaecido á Maximiliano.—Aclaran la situación las cartas del Barón de Lago.—El Consejo interpela al Lugarteniente acerca de las falsedades oficiales propaladas.—Se oculta el Lugarteniente.—Rendición de la capital.—Armisticio y capitulación.—Interviene el Ciudadano norte-americano Otterburg.—Entra á la capital el ejército sitiador.—Desaparición de los principales jefes de la plaza sitiada.—Capitulación de los austriacos y franceses de la contra-guerrilla.—Algunas disposiciones del general Díaz.—Termina el sitio de Veracruz.—Yucatán queda todo en poder de los republicanos.—La muerte de Maximiliano y la Exposición Universal de París.—Fin de la presente obra.

Después de la muerte de Maximiliano y de los principales sostenedores de su Imperio en Querétaro, aún quedaban con vida los dispersos restos de aquel tremendo naufragio de las ideas monárquicas en México. Las tropas austriacas designadas para reserva en un caso necesario, servían de mucho á la resistencia que aún hacía el general Márquez en la capital, siendo apoyado por el Comisario Bureau en el puerto de Veracruz, esfuerzos aislados que, lo mismo que los que se hacían aún en Yucatán, indicaban solamente la debilidad que había aquejado al Imperio separado de la Intervención, esto es, desde que Maximiliano se sintió dueño de la corona y del trono, aunque únicamente tuviese por apoyo á Querétaro, México, Puebla, Veracruz y Mérida.

Pareció extraño que subsistiera la resistencia armada después de haber sucumbido el jefe del ejército imperial, y sin duda debe explicarse tan rara situación, con el hecho de que Maximiliano, al retirarse los franceses, no encontró sino adhesiones, en las que se abrigaban simpatías y recelos, sin que se le pueda

considerar jefe de un partido que no consiguió disciplinar, en el que aparecían á cada paso deficiencias é infidelidades.

El general Márquez, no obstante que sabía ya la suerte que había corrido Querétaro, sostenía el sitio aunque le fuese necesario publicar mentidos triunfos y ventajas supuestas del ejército imperial ya destruido en aquella plaza, sin que le importasen los trastornos á que estaba sujeta la ciudad de México, cuya condición era en los primeros días del mes de Mayo, de las más dolorosas, al faltar los alimentos y hasta el agua, dominada la población por el pánico y sin esperanza de vencer las múltiples calamidades sobrevenidas del estado de incomunicación que Márquez y sus generales se resolvieron á sufrir, alegando que tenían órdenes terminantes para defender la capital á todo trance, en virtud de las cuales se entregaban á todo género de violencias.

Las fuerzas republicanas que formaban el ejército de Oriente, aunque en número considerable y con todos los elementos de guerra necesarios, se limitaban á mantener la incomunicación de la capital, sin considerar necesario efectuar un impulso decisivo; dieron tiempo á los imperiales para reorganizar sus tropas, artillar sus lineas y mejorar las fortificaciones, quedando en actitud de sostener un sitio prolongado.

El general Díaz, situado frente á la capital desde el 14 de Abril, impedía, interceptando los caminos, que los sitiados consiguieran víveres, hizo levantar una linea de fortificaciones que circunvalaron la ciudad, en la que lo grave de la situación llegaba á su apogeo al finalizar el mes de Mayo.

Los sitiadores recibieron refuerzos tan luego que sucumbió Querétaro; el gran número de tropas que formó el sitio de esta plaza era inútil allá y pudo dirigirse sobre México para precipitar el término del que, bajo cualquier aspecto que se le considerara, no tenía ya razón de ser, desde el momento en que había sido segada la cabeza del Imperio.

El ejército de Occidente y parte del provenido del Norte, salidos de Querétaro el 18 de Mayo (1867) con órdenes de auxiliar al de Oriente en el asedio de la Capital, formaron una fuerza considerable que ascendía á quince mil hombres.

Antes de que recibieran tan poderosos refuerzos los sitiadores, hicieron una salida los sitiados el 12 del mismo Mayo, en la que no lograron obtener el éxito que buscaban. (1)

---

(1) El parte oficial relativo á esta salida que efectuaron las fuerzas de Márquez, dice:

"A las diez de la mañana de hoy, cubierta completamente la linea y dispuesta para forragear la brigada del Señor General Quiroga, emprendí desalojar al enemigo de mi frente y destruir sus parapetos, para lo cual puse en movimiento dos pequeñas columnas á las órdenes de los jefes Don José Arizmendi y Don Ramón Oseguera, protegidas por la artillería y por el comandante del punto de Santa María, que recibió instrucciones al efecto.—Comenzaba á desarrollarse mi combinación, cuando se presentó V. S. y dictando algunas acertadas providencias tuvo la satisfacción de presen-

El general Corona estableció su cuartel general en la Villa de Guadalupe, y transladó el suyo el General Díaz á Tacubaya el 24 de Mayo. Un oficial imperialista ofeció á Corona entregar un fortín y dejar que penetraran los republicanos para sorprender y apoderarse en Santiago Tlaltelolco del jefe de la plaza Don Leonardo Márquez; pero la combinación se frustró, así como otro movimiento revolucionario que iba á efectuar dentro de la plaza una parte de la guarnición; había dispuesto el General Díaz que se colocara en el cerro de Guadalupe una luminaria, cuyo objeto era avisar á los que estaban de acuerdo con él en el interior de la plaza, que los sitiadores se encontraban listos para auxiliarlos; pero esta combinación tampoco pudo llevarse á efecto.

Los habitantes de la ciudad de México conocieron desde el 15 de Mayo, por las demostraciones de alegría que hicieron los sitiadores en la villa de Guadalupe, que el ejército imperial había sucumbido en Querétaro, conjetura que llegó á ser una realidad, cuando al siguiente día 16 transportaban las granadas que los sitiadores arrojaban sobre la ciudad, el siguiente despacho: "*Guadalupe Hidalgo, Mayo 15 de 1867.—Telegrama puesto en San Juan del Rio á las 5 h. 20 m. de la tarde.—General Diaz: La plaza de Querétaro ha caido en nuestro poder esta mañana á las seis. Os enviaré detalles. Maximiliano con las fuerzas que mandaba y con los jefes se ha rendido á discreción. Las armas, las municiones y toda la artilleria están igualmente en nuestro poder.—Alcérreca.*"

Grande fué el estupor que produjo esta noticia entre los partidarios del Imperio; sobrevino el abatimiento, comparable únicamente con el entusiasmo que mostraron los adictos á la República. En aquellos momentos de incertidumbre y ansiedad, circuló también en la plaza de México, impreso el despacho del general Escobedo, confirmando la anterior noticia, corroborada por el siguiente documento que, unido á otros, caía dentro del perímetro fortificado, el 19 de Mayo las dos de la tarde: "*La Victoria.—Suplemento al número 5.—Toluca, Mayo á 19.—Por extraordinario hace saber el Supremo Gobierno al coronel Germán Contreras lo siguiente: Hacienda de Carretas, 15 de Mayo de 1867.—Mi querido Germán: Querétoro está en nuestro poder. La fortuna ha coronado nuestros esfuerzos. A las tres de la madrugada la Cruz ha sido sorprendida por una columna de la segunda División del Norte. A las diez hemos hecho prisioneros á Maximiliano, Miramón, Mejía, Castillo, Reyes y una multitud de jefes.—Vicente Riva Palacio.*"

Una copia de esa carta fué remitida de Toluca á la esposa del general Riva Palacio y circuló en la capital produciendo tal efecto, que un empleado del Mi-

ciar el éxito más completo.—El enemigo fué desalojado de sus posiciones, perdiendo gente, municiones, caballos y armas; sus atrincheramientos quedaron destruidos, cegados sus fosos y cortaduras, y perseguido hasta la hacienda de la Concepción y Popotla. Entretanto la brigada del Señor Quiroga forrajeó tranquilamente, tomando una parte de ella su puesto en el combate, sin desmentir la reputación de bizarría que tenía adquirida —Manuel Díaz de la Vega."



Lic. D. Justo Benítez,

Durante el sitio que puso á Oaxaca el Mariscal Bazaine, de Enero á Febrero de 1865, ocupó el Sr. Benítez la secretaría del general en jefe del ejército de Oriente. Después, cuando en los primeros meses del año de 1867, las tropas al mando del general Porfirio Díaz cercaron á la ciudad de México, ocupaba nuevamente el Sr. Benítez la secretaría de dicho general. La actividad y diligencia del Secretario se extendieron á todos los ramos de la Administración, durante el gobierno interino establecido hasta la entrada del Presidente Juárez á la capital de la República.

El general Corona estableció su cuartel general en la Villa de Guadalupe, y transladó el suyo el General Díaz á Tacubaya el 24 de Mayo. Un oficial imperialista ofeció á Corona entregar un fortín y dejar que penetraran los republicanos para sorprender y apoderarse en Santiago Tlaltelolco del jefe de la plaza Don Leonardo Márquez; pero la combinación se frustró, así como otro movimiento revolucionario que iba á efectuar dentro de la plaza una parte de la guarnición; había dispuesto el General Díaz que se colocara en el cerro de Guadalupe una luminaria, cuyo objeto era avisar á los que estaban de acuerdo con él en el interior de la plaza, que los sitiadores se encontraban listos para auxiliarlos; pero esta combinación tampoco pudo llevarse á efecto.

Los habitantes de la ciudad de México conocieron desde el 15 de Mayo, por las demostraciones de alegría que hicieron los sitiadores en la villa de Guadalupe, que el ejército imperial había sucumbido en Querétaro, conjetura que llegó á ser una realidad, cuando al siguiente día 16 transportaban las granadas que los sitiadores arrojaban sobre la ciudad, el siguiente despacho: "*Guadalupe Hidalgo, Mayo 15 de 1867.—Telegrama puesto en San Juan del Río á las 5 h. 20 m. de la tarde.—General Díaz: La plaza de Querétaro ha caido en nuestro poder esta mañana á las seis. Os enviaré detalles. Maximiliano con las fuerzas que mandaba y con los jefes se ha rendido á discreción. Las armas, las municiones y toda la artillería están igualmente en nuestro poder.—Alcérreca.*"

Grande fué el estupor que produjo esta noticia entre los partidarios del Imperio; sobrevino el abatimiento, comparable únicamente con el entusiasmo que mostraron los adictos á la República. En aquellos momentos de incertidumbre y ansiedad, circuló también en la plaza de México, impreso el despacho del general Escobedo, confirmando la anterior noticia, corroborada por el siguiente documento que, unido á otros, caía dentro del perímetro fortificado, el 19 de Mayo las dos de la tarde: "*La Victoria.—Suplemento al número 5.—Toluca, Mayo á 19.—Por extraordinario hace saber el Supremo Gobierno al coronel Germán Contreras lo siguiente: Hacienda de Carretas, 15 de Mayo de 1867.—Mi querido Germán: Querétoro está en nuestro poder. La fortuna ha coronado nuestros esfuerzos. A las tres de la madrugada la Cruz ha sido sorprendida por una columna de la segunda División del Norte. A las diez hemos hecho prisioneros á Maximiliano, Miramón, Mejía, Castillo, Reyes y una multitud de jefes.—Vicente Riva Palacio.*"

Una copia de esa carta fué remitida de Toluca á la esposa del general Riva Palacio y circuló en la capital produciendo tal efecto, que un empleado del Mi-

---

ciar el éxito más completo.—El enemigo fué desalojado de sus posiciones, perdiendo gente, municiones, caballos y armas; sus atrincheramientos quedaron destruidos, cegados sus fosos y cortaduras, y perseguido hasta la hacienda de la Concepción y Popotla. Entretanto la brigada del Señor Quiroga forrajeó tranquilamente, tomando una parte de ella su puesto en el combate, sin desmentir la reputación de bizarría que tenía adquirida —Manuel Díaz de la Vega."



Lic. D. Justo Benítez,

Durante el sitio que puso á Oaxaca el Mariscal Bazaine, de Enero á Febrero de 1865, ocupó el Sr. Benítez la secretaría del general en jefe del ejército de Oriente. Después, cuando en los primeros meses del año de 1867, las tropas al mando del general Porfirio Díaz cercaron á la ciudad de México, ocupaba nuevamente el Sr. Benítez la secretaría de dicho general. La actividad y diligencia del Secretario se extendieron á todos los ramos de la Administración, durante el gobierno interino establecido hasta la entrada del Presidente Juárez á la capital de la República.

nisterio de Gobernación fué enviado á pedirla al Sr. D. Mariano, padre del general que la firmaba. Examinado el escrito se le encontró la nulidad de que no era original la firma que lo cubría, y en consecuencia fué negada en el Ministerio la autenticidad de la noticia.

Informado de ello el general Riva Palacio, por alguien que logró salir de la capital, dirigió á su esposa la señora Josefina Bros, la siguiente carta: "*Ixtapalapa, Mayo 25 de 1867.—Muy querida Josefina: Te he escrito ya dos veces desde que dejé á Querétaro. No sé qué suerte han corrido mis cartas. Espero verte pronto; pero me apena la mala fé de las personas en quienes Maximiliano ha puesto su confianza.*

El mismo me ha dicho, que al salir para su desgraciada expedición, dejó su abdicación en toda regla en las manos de Lacunza, quien se obligó á publicarla desde el momento en que supiera que su Emperador estaba muerto ó prisionero.

Sábese con toda certeza que el Archiduque está prisionero, que vive solamente por la generosidad de los republicanos, y continúan una guerra que carece de bandera.

¡Está bien! Sobre ellos debe caer toda la sangre que se derrame.—Adiós, pronto nos veremos."

Llevada esta carta al ministro Iribarren por el padre del general Riva Palacio, tuvieron una entrevista franca en la que exigió el ministro que el citado documento fuese presentado también al señor Lacunza. Este manifestó muchas dudas acerca del triunfo de Querétaro, dijo que estaba en su poder el acta de abdicación que leyó en presencia de D. Mariano Riva Palacio, como prueba de confianza, y añadió: "el Emperador exige, para que se publique su abdicación, que yo sepa de una manera evidente que esté prisionero. ¿Esta carta establece para mí una prueba suficiente? ¿Me da la evidencia de que tengo necesidad? A esta carta, digna de fé por la persona que la firma, debe, para satisfacción de mi conciencia, añadirse otra prueba cualquiera que le dé la condición de la evidencia."

Al finalizar la entrevista quedó decidido que Don Mariano Riva Palacio iría á conferenciar con su hijo; para ello salió de México el 28 de Mayo, día en que Don Vicente comunicaba, en la mañana, el nombramiento de defensor que de su padre hacía Maximiliano.

Los sitiados alimentaban la esperanza de que empeoraría la situación de los sitiadores al llegar la estación de las lluvias; con ese y otros deseos semejantes pasaron la primera quincena del mes de Mayo; pero de pronto se esparcen entre los imperialistas rumores alarmantes, provenidos de las noticias enviadas en el interior de los proyectiles huecos lanzados del campo republicano, por las cuales se avisaba que había sucumbido Querétaro y que se hallaba prisionero el Emperador. De esta manera cayó dentro de la capital sitiada, el 19 de Mayo, el periódico de Toluca en el que se decía que Maximiliano, Miramón,

Mejía y otros muchos jefes, con ocho mil soldados y sesenta cañones estaban en poder de las tropas juaristas.

Siete días después, el 25, se sabía que el general Riva Palacio había escrito á su esposa residente en México, confirmando esas noticias ya recibidas y anunciando además que el señor Lacunza tenía en su poder una acta con la abdicación de Maximiliano. Aunque eran ya bastante pormenorizadas esas noticias para darles crédito, los imperialistas las supusieron ardides de guerra para ocultar alguna terrible derrota de los juaristas.

Establecida la estación de lluvias desde el 23 de Mayo, veíanse inundadas las líneas de los sitiadores, que necesitaron cambiar á Tacubaya el centro de sus operaciones; quedaba á su frente la garita de Belem, encargada desde el 30 de Mayo por Márquez, á la contraguerrilla que mandaba el comandante Chenet.

Por la mañana se suponía á Maximiliano marchando triunfalmente sobre la capital y en la tarde se aseguraba que estaba prisionero. Márquez detenía toda clase de correspondencia y hacía cuanto esfuerzo le era posible para ocultar la verdad. Publicábanse á la vez en México noticias tan extrañas como la que afirmaba que Puebla se había pronunciado por el Imperio, y que el general Díaz se había retirado precipitadamente por el camino de fierro, llevándose la mitad de sus tropas para atacar á Puebla; que Vicario se había apoderado de Cuernavaca y nombrado autoridades imperiales, y que el general Riva Palacio había entrado á Toluca con los restos de su División destruida en Querétaro. Estas noticias sensacionales circulaban unas tras otras, con intervalos que á veces no llegaban á una hora.

De esta manera, acumulando noticias inventadas, conseguían los sitiados prolongar la resistencia, y aunque el general Díaz se comunicaba con los coroneles austriacos, estos esperaban para normar su conducta las noticias que les habría de trasmitir el Barón de Magnus.

La población de México se admiraba de que el general Márquez continuara la lucha después de la prisión de Maximiliano. Desde el 15 de Mayo [1867] por la tarde, las demostraciones de júbilo verificadas en el campo de los sitiadores, dieron á conocer que allí se había recibido alguna noticia plausible; pero los imperialistas atribuian lo que pasaba en el campo de los sitiadores, á la voz que corrió de haber llegado á la villa de Guadalupe unos comisionados del gobierno republicano, conduciendo para Porfirio Díaz la banda de general de división, noticia que parecía confirmarse con la parte tan activa que tomaban en aquellas demostraciones las fuerzas de Oaxaca.

Pasó la noche, y al día siguiente llegó á manos del general Márquez un impreso en el que estaba contenido el parte telegráfico que anunciaba la prisión de Maximiliano. El jefe de la plaza sitiada consideró como un ardid lo que pasaba y opinó, á la vez que los que le rodeaban, que no se debía dar crédito á la noticia mientras no se tuviera un dato oficial ó por lo menos un testimonio capaz de

convencer el ánimo. Esperaba que los sitiadores le hubieran comunicado oficialmente la noticia, ó que lo hubiese hecho Maximiliano; mas como nada de esto ocurría, se aumentaron las dudas del General Márquez, y tenía esperanzas de que fuese desmentida la noticia.

Cuando después de algunos días comenzaron á pasarse del campo de los sitiadores soldados de los prisioneros hechos en Querétaro, y fueron interrogados cuidadosamente, no se creyó lo que decían porque no referían los hechos de la misma manera; y esto se explica, porque los soldados, ya por haber desertado al ser tomada Querétaro ó por otros motivos, no estaban en los secretos de lo que aconteció, ó no habían visto todo lo ocurrido y no podían encontrarse bien informados al caer prisioneros; aseguraban algunos que Maximiliano había tomado el camino de Celaya; otros decían que había caído prisionero, pero que no lo habían visto, y muchos de los mismos soldados que defendieron á Querétaro, declararon que ignoraban lo acontecido en la plaza, pues habían sido presos en sus puestos. Deducíase de sus informes solamente la caída de Querétaro; pero quedaba la duda sobre los accidentes ocurridos á Maximiliano.

Hasta el 5 de Junio, solamente habíanse cambiado en México tiros de cañón entre sitiados y sitiadores; desde ese día las escaramuzas fueron continuas. El día 6 fué combatida por voluntarios al mando del teniente Blanchon, una fuerza republicana que avanzaba á lo largo del acueducto; el 7 se bombardeó el cementerio francés para desalojar á los republicanos posesionados de aquel lugar; el 8, á las siete de la mañana, se presentó Márquez en la garita de Belem, sin comitiva, y después de hacerse reconocer visitó las obras y observó la posición del enemigo, que había levantado nuevas baterías enfilando con sus fuegos la garita. Cuando el comandante Chenet se quejaba amargamente de la prohibición que hizo Márquez de ir á tomar las posiciones enemigas á la bayoneta, este general le contestó:

—Está bien; voy á dejaros el campo libre; el Emperador está á tres leguas de aquí, arriba de Tacubaya; pero en Santa Fé los liberales le impiden el paso y es necesario que vosotros vayais á protegerlo. Haced un plan para ello y enviádmelo esta tarde.

El plan le fué enviado, lo encontró bueno, pero muy atrevido.

Márquez resolvió que se hiciera una pujante salida en la noche del 8 al 9 de Junio; á las dos de la madrugada se preparaban los húsares rojos de Kevenhüller para llevarla á efecto; pero hasta las cuatro de la misma recibieron la orden del cuartel general para que se dirigieran al Sureste por la garita de San Antonio Abad. Una hora después se rompió el fuego en toda la línea, y los húsares, la gendarmería y la fuerza de Quiroga se precipitaron sobre sus contrarios con ímpetu terrible. A las seis recibe orden la contra-guerrilla francesa para verificar un ataque falso sobre la Piedad, y lo ejecuta á las órdenes de los capitanes Debry y Amoné, de los tenientes Blanchon, Morand y de Fin; pero son re-

chazados con grandes pérdidas y se retiran á sus atrincheramientos. Para encubrir esta derrota expresó la orden del día, firmada por el general V. de la Cadena, que se trató solamente de introducir víveres, y que se obtuvo en esta maniobra buen éxito; por su parte los periódicos republicanos dijeron: "que ese esfuerzo era el último que haría el tigre de Tacubaya."

Los sitiados mostrábanse ya cubiertos de andrajos, la debilidad retratada en la cara y exhaustos por la fatiga; tenían enemigos también dentro de la ciudad, y forzados estaban los jefes á taparse los oídos para no percibir los quejidos de una población diezmada por el hambre, y acosada por las palabras tentadoras de los que les proponían entregar la plaza.

Los adictos á los republicanos azuzaban al pueblo para que se rebelara, le indicaban los lugares donde había maíz almacenado, y le ofrecían un rico botín tratando de atraerse á la multitud. En consecuencia, el 8 de Junio á las siete de la mañana, una gran masa del pueblo se lanzó sobre el teatro de Iturbide; en un momento rompieron las puertas, y la turba invadió el edificio en el que encontraron solamente algunas cargas de semillas. Siguió el alboroto, la población de los suburbios se reunió en la plaza del mercado y se esparció la voz de que debían todos dirigirse á una de las garitas para desarmar á los que la defendieran y entregar la ciudad á los sitiadores; pero entonces se presentó la caballería austriaca enviada para dispersar á los tumultuarios, y habiendo los jefes de la plaza confiscado víveres en varias casas de comercio, los distribuyeron entre una parte de la hambrienta turba.

El pueblo continuó tratando de levantarse; pero queriendo sus directores desarrollar el plan con más método que el empleado en el primer intento, se arregló que tomarían posesión de algunos templos desde cuyas alturas se procuraría sostener á los amotinados, se tocaría alarma con las campanas y entonces la multitud se dirigiría á las garitas, en tanto que el ejército sitiador avanzaba hacia la ciudad. Atacada así la guarnición por el frente y retaguardia, facilmente sería sometida y aun se esperaba que se rindiese á discreción; las tropas mandadas por Márquez tomaron á su vez las precauciones para evitar que se llevaran á efecto esos proyectos. El 9 de Junio se intentó una salida de las fuerzas europeas que fueron rechazadas ante los fosos de las trincheras de los sitiadores, y se hizo correr la voz de que tal salida había tenido por objeto auxiliar la aproximación del Emperador á la ciudad, después de haber sido derrotada una División de cinco mil republicanos que quisieron evitarle el paso; se agregaba que pocos días transcurrirían para que estuviese á las puertas de México. Estas noticias tomaron consistencia hora por hora los días 10 y 11 de Junio. Se aseguraba que el ejército imperial se movía despacio por el gran número de heridos que conducía, y se presentaba como prueba de la mala situación de los sitiadores una carta del general Porfirio Díaz, la que se dijo habérsele encontrado á un espía; en ella encarecía á sus amigos hicieran que el pueblo se sublevara pronto, pues de lo contrario tendría que levantar el sitio.

Por fin, se dió el día 14 una prueba evidente del avance de los imperialistas, con la presencia en la capital del general de artillería Don Manuel Ramírez Arellano, que penetró á ella disfrazado de carbonero, y dijo que había dejado al Emperador en Maravatío y que el ejército marchaba victorioso; se había evacuado á Queréraro por falta de provisiones, pero Escobedo había sido derrotado, y la marcha era lenta porque Maximiliano no había querido abandonar á los heridos.

El señor Lacunza, Presidente del Consejo de Estado, propuso enviar un comisionado de toda confianza, para que si las noticias de lo acaecido en Querétaro resultaban ciertas, se publicara la abdicación del Soberano y todo quedara terminado.

Márquez, por su parte, comisionó á una persona de su confianza que logró llegar hasta esa ciudad y vió lo que pasaba, penetró á la prisión de Maximiliano, supo el resultado del Consejo de guerra y al regresar violentamente á México, oyó hablar en Tacubaya de la próxima ejecución de su Soberano; entró á México el 18 de Junio, é impuso á Márquez de todo lo acaecido.

Entre los que, procedentes de Querétaro después del triunfo de los republicanos, llegaron á México, se distinguió el Sr. Manuel Ramírez Arellano, de quien Márquez nada dice en su Manifiesto publicado en Nueva York. Refirió el señor Ramírez Arellano lo siguiente, que insertó en su obra titulada "*Ultimas horas del Imperio:*" "El 14 de Junio penetraba Arellano á la capital, en la noche, y tan pronto como supo Márquez esto, lo comunicó á los diversos cuerpos que formaban la linea de defensa, asegurándoles que el Emperador se dirigía á México, no obstante que Arellano le refirió lo acaecido hasta su salida de Querétaro el 15 de Mayo. Márquez le dijo que no ignoraba los acontecimientos ocurridos en esa ciudad, y que diariamente tenía noticias relativas á ellos por conducto de una señora de alta posición social, que se había transladado á Tacubaya con ese objeto, y también tenía noticias por desertores y prisioneros republicanos; le refirió que el capitán Guerra Manzanares, del regimiento de la Emperatriz, había entrado á la capital el 16 de Mayo y contádole la traición de López y sus consecuencias, por lo cual había sido reducido á prisión dicho capitán; pero convinieron Arellano y Márquez en no confirmar los rumores que corrían respecto á la verdad de los hechos ocurridos. La conferencia terminó á las cuatro de la mañana."

El general Ramírez Arellano sabía perfectamente que en Querétaro se había reunido el consejo de guerra para juzgar á Maximiliano, Miramón y Mejía; había pasado Arellano por Tacubaya disfrazado de vivandero, y atravesando la linea de los sitiadores logró penetrar á México por el lado del Oeste; no obstante, ante la multitud que le escuchaba dijo, contestando á una pregunta del general Tabera: "*que era cierto que se aproximaba el Emperador.*" Pretendía Ramírez Arellano levantar la moral de los imperialistas, y conducido á presen-

cia del general Márquez sostuvo con él aquella larga conferencia reservada. En ella comunicó á Márquez el conocimiento exacto ed todo lo que había acontecido en Querétaro, y opinó que el Imperio sucumbía por faltas de los defensores de esa plaza.

Se dió por cierto que el Emperador enviaba al general Ramírez Arellano para tranquilizar á la fiel México, avisando su proxima llegada. Al anunciar el *Diario Oficial* del Imperio, al siguiente día 15, la llegada de aquel general, le llamaba "*enviado por el Emperador*," cuyo aviso oficial fué calificado de plena confirmación de los rumores esparcidos la víspera. Ya no se podía dudar, estaba delante de todos el *enviado*, que confirmaba las seguridades más formales acerca del avance de Maximiliano para la capital, motivo bastante para que no tuviera lím'te la alegría de los imperialistas, externada con repiques en todas las torres, con la multitud de cohetes que poblaron la atmósfera, y con otra porción de manifestaciones de entusiasmo.

Márquez dispuso que se verificase el mismo día 15 de Junio una junta de ministros en la sacristía de la iglesia de los Angeles, punto cercano al de Santiago Tlaltelolco donde tenía este general su residencia; allí sostuvo con el general Arellano la falsa noticia que había circulado en la plaza, respecto al próximo regreso de Maximiliano, y manifestó aún la esperanza de salvar al partido imperialista, derrotando á los sitiadores que estaban diseminados en una línea de circunvalación que medía más de doce leguas de desarrollo. En caso de que la fortuna no fuera favorable á las armas imperiales, siempre se sucumbiría con gloria, luchando hasta el último instante, resolución extrema que suele salvar del cadalso á los vencidos.

No se podía comprender cuáles eran las miras del general Márquez, pues sabía ya que Maximiliano estaba prisionero; tal vez suponía que persistiendo en la defensa de la capital, mejoraría la situación del cautivo, ó esperaba que algún acontecimiento favorable llegara en auxilio de los conservadores; también es presumible que quisiera ganar tiempo, espiando el momento propicio para huir y acogerse á un seguro abrigo. Mostrábase tan abatido, que no se reconocía en él aquel militar de las guerras civiles, enérgico, sereno y valeroso; parecía que sus esperanzas habían muerto; solamente la crueldad que tanto se le reprochaba, no le había abandonado y comprendía perfectamente, que tan solo con el terror podía sostener un orden aparente en la populosa capital, que se debatía entre las congojas del hambre, y donde al esparcirse los rumores de la caída de Querétaro, impulsaban revueltas cotidianas los partidarios de la República. Márquez sabía que el general Díaz hacía continuamente proposiciones á los jefes europeos, y que estaba en casi diarias relaciones con el prefecto politico O'Horan, brazo derecho del Lugarteniente, y consideraba que se le podía entregar á la hora menos pensada.

Se pretendía sostener con falsedades la caída de la gran fortaleza que aún quedaba en pie del edificio imperial, cuando ya republicanos é imperialistas co-



Doctor Vicente Licea.

Verificado el fusilamiento de Maximiliano en el Cerro de las Campanas, fué levantado el cadáver, envuelto en una sábana y conducido en un cajón de madera corriente á una capilla del Convento de las Capuchinas. Allí, el Doctor Licea, en unión del jefe del cuerpo médico militar, procedió á embalsamarlo; separó los intestinos en vasijas, y dejó el corazón un día en una de las bancas de la capilla. El Doctor Licea fué acusado de haber querido disponer de estos restos, y la Princesa Salm le promovió un litigio por motivo de los restos del vestido del difunto y por la negativa que del rostro hizo sacar el Sr. Licea.

cia del general Márquez sostuvo con él aquella larga conferencia reservada. En ella comunicó á Márquez el conocimiento exacto ed todo lo que había acontecido en Querétaro, y opinó que el Imperio sucumbía por faltas de los defensores de esa plaza.

Se dió por cierto que el Emperador enviaba al general Ramírez Arellano para tranquilizar á la fiel México, avisando su proxima llegada. Al anunciar el *Diario Oficial* del Imperio, al siguiente día 15, la llegada de aquel general, le llamaba "*enviado por el Emperador*," cuyo aviso oficial fué calificado de plena confirmación de los rumores esparcidos la víspera. Ya no se podía dudar, estaba delante de todos el *enviado*, que confirmaba las seguridades más formales acerca del avance de Maximiliano para la capital, motivo bastante para que no tuviera lím te la alegría de los imperialistas, externada con repiques en todas las torres, con la multitud de cohetes que poblaron la atmósfera, y con otra porción de manifestaciones de entusiasmo.

Márquez dispuso que se verificase el mismo día 15 de Junio una junta de ministros en la sacristía de la iglesia de los Angeles, punto cercano al de Santiago Tlaltelolco donde tenía este general su residencia; allí sostuvo con el general Arellano la falsa noticia que había circulado en la plaza, respecto al próximo regreso de Maximiliano, y manifestó aún la esperanza de salvar al partido imperialista, derrotando á los sitiadores que estaban diseminados en una línea de circunvalación que medía más de doce leguas de desarrollo. En caso de que la fortuna no fuera favorable á las armas imperiales, siempre se sucumbiría con gloria, luchando hasta el último instante, resolución extrema que suele salvar del cadalso á los vencidos.

No se podía comprender cuáles eran las miras del general Márquez, pues sabía ya que Maximiliano estaba prisionero; tal vez suponía que persistiendo en la defensa de la capital, mejoraría la situación del cautivo, ó esperaba que algún acontecimiento favorable llegara en auxilio de los conservadores; también es presumible que quisiera ganar tiempo, espiando el momento propicio para huir y acogerse á un seguro abrigo. Mostrábase tan abatido, que no se reconocía en él aquel militar de las guerras civiles, enérgico, sereno y valeroso; parecía que sus esperanzas habían muerto; solamente la crueldad que tanto se le reprochaba, no le había abandonado y comprendía perfectamente, que tan solo con el terror podía sostener un orden aparente en la populosa capital, que se debatía entre las congojas del hambre, y donde al esparcirse los rumores de la caída de Querétaro, impulsaban revueltas cotidianas los partidarios de la República. Márquez sabía que el general Díaz hacía continuamente proposiciones á los jefes europeos, y que estaba en casi diarias relaciones con el prefecto politico O'Horan, brazo derecho del Lugarteniente, y consideraba que se le podía entregar á la hora menos pensada.

Se pretendía sostener con falsedades la caída de la gran fortaleza que aún quedaba en pie del edificio imperial, cuando ya republicanos é imperialistas co-



Doctor Vicente Licea.

Verificado el fusilamiento de Maximiliano en el Cerro de las Campanas, fué levantado el cadáver, envuelto en una sábana y conducido en un cajón de madera corriente á una capilla del Convento de las Capuchinas. Allí, el Doctor Licea, en unión del jefe del cuerpo médico militar, procedió á embalsamarlo; separó los intestinos en vasijas, y dejó el corazón un día en una de las bancas de la capilla. El Doctor Licea fué acusado de haber querido disponer de estos restos, y la Princesa Salm le promovió un litigio por motivo de los restos del vestido del difunto y por la negativa que del rostro hizo sacar el Sr. Licea.

nocían los detalles de la pérdida en Querétaro, negándola los segundos porque hería de muerte sus más vivos deseos, y acogían entusiasmados los rumores que contradecían las noticias esparcidas hacía treinta días causándoles sufrimientos é inquietudes.

En presencia de los Consejos de ministros y de Estado, presididos por el Lugarteniente, habló éste con extensión, refiriendo á su modo los acontecimientos de Querétaro y la próxima llegada de Maximiliano; al terminar preguntó al general Arellano si lo que había narrado estaba conforme con los sucesos, y contestando afirmativamente el interpelado, concluyó la sesión. Entonces Márquez publicó oficialmente la noticia, dando por autor á Arellano y mandó solemnizarla con repiques y salvas que hicieron creer á los sitiadores que dentro de la capital se había verificado una revolución y que les abrían las puertas llamándolos. El general Díaz dispuso entonces atacar vigorosamente la ciudad sitiada, para apoyar el movimiento que creía efectuado en favor de los republicanos; pero las columnas de estos fueron ametralladas, experimentando grandes pérdidas. (1)

El disparo de los cañones continuó diariamente; el 15 de Junio toma consistencia el rumor acerca de la próxima llegada del Emperador, y al siguiente día una proclama de Márquez anuncia el arribo á México del general Ramírez Arellano, como enviado del Emperador para avisar que está á tres leguas de la ciudad, victorioso y escoltando extenso convoy de heridos.

Después de los momentos de efervescencia, vuelve á entrar la ciudad en su acostumbrada inacción desde el 15 al 19 de Junio, ejerciendo el jefe Márquez su actividad únicamente al exigir dinero á los ricos, á muchos de los cuales ya se les había cobrado rescate, dando por pretexto la próxima llegada de Maximiliano á la capital. Por seis días aún prolongó Márquez los horribles padecimientos de aquella población que se debatía en la miseria y el hambre, y sostuvo una lucha tan tenaz como esteril, pues ya no podía esperar resultado satisfactorio.

Seguro Márquez de que Maximiliano había caído prisionero, abrió el pliego cerrado que recibió al salir de Querétaro, fechado en esta ciudad el 20 de Marzo, en cuyo documento quedaba nombrada la Regencia, compuesta de los Señores Vidaurri, Lacunza y el mismo Márquez, pues los poderes confiados á la Emperatriz habían cesado de hecho con su ausencia en Europa; eran nombrados suplentes los señores Don Teodesio Lares, el General Don Tomás Mejía y

(1) Dijo el general Márquez, según lo referido por Ramírez Arellano, que Maximiliano le mandaba anunciar su próxima llegada, para tranquilizar la capital. La noticia no podía negarse porque el mensajero se dejaba ver en público. El regocijo de los imperialistas no tuvo límites; al percibir las salvas de artillería, los repiques ó iluminaciones, los sitiadores, creyendo en un levantamiento popular destacaron tropas sobre las garitas de San Cosme y Belem; pero fueron destrozadas por el fuego de las baterías allí establecidas, después de haber dejádolas acercarse á corta distancia. Al día siguiente todo estaba tranquilo; para los sitiados el Imperio subsistía, el Emperador no estaba prisionero, y los sitiadores de Querétaro y aun los de la capital, habían recibido justo castigo; ¡tal vez de un momento á otro estaría libre la capital!

el Consejero de Estado Don José Linares. Esta Regencia había de convocar al congreso que constituiría definitivamente á la Nación, luego que se pudiera reunir libre y legítimamente para funcionar como cuerpo constituyente. En el acto de instalarse el congreso cesaría la Regencia, y hasta entonces quedaba nombrado general en jefe del Ejército Imperial el general Don Leonardo Márquez. El Lic. Don Manuel García Aguirre estaba designado para hacer saber á los Regentes y á la Nación, esa última voluntad de Maximiliano. (1)

La falta de provisiones crecía en el interior de la plaza diariamente; mataban los caballos para alimentarse y aun los gatos y los perros; valía dos pesos la libra de pan aunque se hiciera con almidón; habíanse acabado el arroz y los frijoles. Se presentaban grandes porciones de mujeres y niños desfallecidos por el hambre, todas las mañanas en las garitas, solicitando con gritos lastimeros que se les dejara salir de la ciudad; otras multitudes pedían tumultuosamente maíz, rompían las puertas de los lugares donde se decía que existían los cereales, y nada encontraban.

Márquez seguía firme; hacía disolver toda reunión pública á bayonetazos ó con repetidas cargas de caballería; la población se exasperaba por momentos; los caballos pertenecientes á particulares, eran extraídos de las caballerizas y no se escapaba de la leva ninguno de los individuos útiles; viéronse los ricos encerrados y puestos á fuerte rescate, aun los que habían pagado las cuotas del millón destinado á las necesidades públicas. Márquez sostiene siempre que Maximiliano victorioso está próximo á llegar, y manda que esto se anuncie oficialmente en los periódicos. Por determinadas garitas, aunque con dificultad, introducen víveres los indígenas que se han puesto de acuerdo con los que las defienden; venden á precios convenidos los efectos introducidos y se les escolta hasta la plaza del mercado. Por la garita de Belem y por la de la Viga, los encargados de ellas dejan salir grandes porciones de mujeres y niños.

La proclama expedida por Márquez, y las demostraciones de júbilo por el aviso de la proximidad á que se hallaba Maximiliano, no fueron bastantes para acallar la verdad, ya muy generalizada, acerca de la derrota y captura del Emperador; las noticias se habían extendido entre las tropas, al grado de afirmarse el día 17 de Junio en la noche, que los coroneles austriacos ya tenían conocimiento oficial de aquel suceso.

En efecto, el 18 en la noche, un teniente coronel austriaco se presenta al comandante Chenet, de la contra-guerrilla francesa, y le hace saber que el Emperador estaba prisionero desde el 15 de Mayo, le asegura que los regimientos austriacos habían declarado al general Tabera, que eran neutrales y que estaban

(1) El 11 de Mayo, cuatro días antes de su prisión, reformó Maximiliano esos nombramientos, poniendo al señor Lares en lugar del general Vidaurri, y sustituyendo con el señor Murphy al suplente Lares; ya no trataba entonces del caso de abdicación, sino del de muerte; pero este documento encontrado por los republicanos entre los papeles de Maximiliano, no estaba firmado.

en conferencias con el general Porfirio Díaz acerca de las condiciones de una capitulación. El jefe francés, alarmado con tal declaración, contestó: que lo que se le refería era imposible, pues equivalía á faltar á la palabra empeñada el 12 de Mayo, cuando se reunieron todos los jefes de la fuerza y juraron que no capitularían los unos sin acuerdo de los otros. A pesar de esta manifestación, envió Chenet á las diez de la noche á los capitanes Debry y Blanchon, para que conferenciaran con el coronel Kevenhüller; pero se les dijo que estaba ausente; volvieron á las ocho de la mañana del día siguiente, y recibieron por respuesta que el coronel dormía, pero que podían volver á las diez. A esta hora consiguieron hablarle, les informó de que ninguna negociación había concluido con Porfirio Díaz, y dió su palabra de honor de no hacer cosa alguna sin avisar al comandante Chenet. Cuando le preguntaron si en realidad las noticias de Querétaro eran tan malas, contestó:

—No tan malas como se quiere hacerlas creer.

Al hablar así brotaron lágrimas de sus ojos, y añadió:

—Esto es lo que puedo decir.... Márquez lo sabe todo.

Los oficiales franceses se despidieron.

El día 7 de Junio recibía el coronel Kevenhüller una comunicación del Barón de Lago, encargado de negocios de Austria, ya de regreso en Tacubaya la tarde del día anterior. Desde ese momento se sabía oficialmente la cautividad de Maximiliano, prisionero en Querétaro el 15 de Mayo con su ejército y sus generales. El Barón había conferenciado personalmente varias veces con Maximiliano en el Convento de las Capuchinas, y creía que sin duda el general Márquez había interceptado una carta autógrafa de Su Majestad, enviada al jefe de las fuerzas austriacas, ordenándole, así como á los otros oficiales de la misma nacionalidad, evitar la efusión de sangre. El Barón, en su calidad de encargado de negocios de Austria, hacía responsable á Kevenhüller, así como á los otros oficiales austriacos, de la sangre de sus compatriotas vertida desde entonces por una causa ya perdida, y todo esto se haría valer ante el Emperador de Austria.

Apenas regresado este diplomático á Tacubaya, había dirigido una comunicación á los oficiales del Estado Mayor austriaco, para noticiarles la toma de Querétaro y la cautividad de Maximiliano; á la vez les hizo conocer una carta autógrafa de éste, en la que los invitaba á no continuar la efusión inútil de sangre. Citó al coronel Kevenhüller para una entrevista en la trinchera, con objeto de desvanecer en él toda duda sobre la autenticidad de la noticia relativa al fin del Emperador. Al mismo tiempo se puso en relaciones con el general Porfirio Díaz, para obtener las condiciones más favorables para los austriacos.

La verdad no podía permanecer ya encubierta; el día 19 recibió otra carta el coronel Kevenhüller, escrita por el Barón de Lago, representante del gobierno de Austria, el cual había salido de Querétaro el 2 de Junio y llegado á Tacubaya el 6. El contenido de la carta era el siguiente:

"He visto á S. M. varias veces en su prisión, en el convento de las Capuchi-

nas. El general Márquez sin duda ha retenido una carta autógrafa que escribió y envió S. M. á Usted, por conducto del Barón Magnus. En esa carta ordenaba S. M. á Usted y á todos los demás oficiales de nacionalidad austriaca, abstenerse de más derramamiento de sangre. Tengo que informar á Usted de esto, por mi caracter como encargado de negocios de Austria, haciendo á Usted y demás oficiales de nacionalidad austriaca, responsables por la sangre que de cada austriaco se derrame; y esto á nombre de Su Majestad Imperial y Real Apostólica.

Recibid, conde, las seguridades de mi distinguido aprecio.—Barón Lago.

Tacubaya, Junio 16 de 1867.—Al Coronel Conde Ch. de Kevenhüller." (1)

La incertidumbre respecto á la suerte de Maximiliano y su ejército, terminó al regresar á Tacubaya el Barón de Lago; se supo que este diplomático estaba haciendo gestiones cerca del general Díaz, para salvar á los austriacos que formaban parte de los defensores de la capital, y acabaron de disiparse las dudas, con las cartas que el citado Barón envió al coronel Kevenhüller.

Entonces el Consejo de Ministros interpeló al Lugarteniente del Imperio, extrañando mucho que el general Ramírez Arellano hubiera dado una noticia falsa, publicada y solemnizada oficialmente; Márquez fingió sorprenderse de lo que pasaba, aseguró que investigaría la verdad y aun prometió mandar fusilar al autor de la noticia si era falsa; pero lejos de observar esta conducta, le dió un duplicado del despacho de general que Maximiliano le había concedido y otro del nombramiento de gran oficial del "Aguila Mexicana."

Llegó el momento en que aquel estado de desorden tocara á su término; todos los esfuerzos que hacían para conseguir recursos, tanto el ministerio en conjunto como el encargado especial del ramo, fueron estériles, teniendo que confesar la imposibilidad de hallarlos; habían concluido también los víveres y forrajes, al grado de haber recurrido al comercio alguna vez el proveedor, con una talega de pesos en solicitud del rancho para la tropa, ofreciendo pagar al contado y á cualquier precio, sin obtener lo que buscaba, y regresó á la proveeduría con el dinero, habiéndole mostrado en todas las tiendas, los almacenes y las bodegas vacías.

Entonces se vió al pueblo de la capital sitiada arrojarse en masa, como fiera hambrienta, buscando alimento; despedazaron las puertas de las tiendas para sacarlo; el comercio acabó y la mayor parte de los habitantes de la ciudad la abandonaron ó se ocultaban por temor á la leva. En esas circunstancias también fué

(1) Refiere en una carta el Barón de Lago, que Maximiliano le designó, lo mismo que á otros individuos del cuerpo diplomático, á Márquez como el mayor traidor, pues desde que dejó á Querétaro había obrado siempre de una manera contraria á las instrucciones que tenía, y que no había sido autorizado para marchar sobre Puebla, sino que debía conducir á Querétaro la guarnición de México y las sumas depositadas en esta ciudad, con cuyos elementos se habría podido presentar á los republicanos una batalla decisiva.

á menos la pólvora y se agotaban las municiones que era difícil reponer, pues se carecía de suficientes recursos para fabricarla; las salidas de las fuerzas sitiadas serían de resultados insignificantes, porque habían disminuido las tropas y una tercera parte de ellas ya no tenía armas. No se podía librar batalla á causa de que, dejando desguarnecidas las líneas, penetrarían los sitiadores hasta el centro de la plaza antes de que hubiese comenzado el combate; pero no era posible tampoco en aquella situación esperar un asalto indefinidamente, cuando se veía que el sitiador había resuelto no darlo, y contaba apoderarse por hambre de la plaza sin gran derramamiento de sangre, encontrándose ya desanimados los defensores al saber que había sucumbido Querétaro.

También se produjo entre los coroneles austriacos el pánico; se reunieron, y después de concertarse escribieron al general Márquez, manifestándole que, conforme á las órdenes del Emperador, estaban resueltos á rendirse. A la vez se dirigieron al Barón de Lago, comisionándole para que tratara con el general Porfirio Díaz las condiciones que le enviaban respecto á una capitulación inmediata. Contestó el Barón el día 19, diciendo que las condiciones habían sido aceptadas. Márquez nada respondió á la comunicación que le dirigieron los jefes austriacos; pero era notoria la imposibilidad de contener la desorganización que se operaba entre las fuerzas defensoras de la plaza.

Durante el sitio de México había ido aumentando esa desorganización, al grado de que el Consejo de Guerra juzgó al capitán Dives, de la contra-guerrilla, al teniente Bourbon y á los subtenientes Certain y Caret por el delito de traición, habiendo querido entregar al enemigo el fuerte de la garita del Niño Perdido, de cuya guarnición formaban parte. El teniente coronel Chenet envió en los últimos días del sitio, desde la garita de Belem, á un sargento de su contra-guerrilla, para que dijese al jefe republicano situado en la Piedad, que si quería entrar á México por aquel punto, podía contar con que su tropa no haría fuego. En vista de todo lo que ocurría, el Conde de Kevenhüller opinó en los últimos días del sitio, por una rendición pronta é incondicional. (1)

Hasta la víspera ó el mismo día de la muerte del Emperador, comunicó Márquez al Señor Lacunza la captura de aquel, aunque había hecho saber á la población cuatro días antes, que el Emperador estaba solamente á tres jornadas de la capital. Lacunza abre el pliego cerrado que tenía en su poder, y se encuentra contenida allí la abdicación, va á comunicar á Márquez esta circunstancia, y entonces el Lugarteniente declara que sus poderes terminaban necesariamente, á

(1) En una carta que apareció publicada en periódico francés, firmada por el general Porfirio Díaz, se dijo que el imperialista ministro de la guerra, general Portilla, le había ofrecido, antes de llegar los republicanos frente á México, que le entregarían la plaza en cambio de las garantías personales que le pedían, haciendo la misma oferta Don Tomás O'Horan, quien solicitaba, además de la orden respectiva, un pasaporte para el extranjero, en cambio de la persona de Márquez que entregaría.

la vez que el reinado del que le había nombrado, y dimitió entregando el mando al gobernador de la plaza, general Tabera.

El 19 de Junio llevó el telégrafo al campamento del ejército republicano en Tacubaya, la noticia de que á las siete de la mañana habían sido fusilados en el Cerro de las Campanas Maximiliano, Miramón y Mejía, y de Tacubaya fué trasmitida al general Márquez.

El mismo día dirigió el Lugarteniente oficios al general Tabera y á los ministros y consejeros de Estado, diciéndoles: "que supuesto que se ha probado que el Emperador está prisionero, el infrascrito cesa de ser Lugarteniente del Imperio." En seguida se ocultó tan bien, que nadie pudo saber donde se hallaba; las tropas defensoras de México se rindieron á discreción. (1)

La tarde del 20 de Junio se había extendido ya por toda la ciudad de México la noticia de la muerte de Maximiliano; pero los imperialistas no querían darle crédito, atendiendo á que hasta el día 18 no se tenía aún la certeza de que el Emperador hubiese caído prisionero, debido á que todos los correos procedentes de Querétaro, que lograron salvar el campo de los sitiadores, eran reducidos al silencio por orden del general Márquez que se interesó en sostener las esperanzas de los sitiados, tanto tiempo cuanto le fuera posible. Este proceder fué comentado de diversos modos, y entre las opiniones se notó la del doctor Reinisch, quien atribuyó tal conducta al deseo de enriquecerse por medio de violentas vejaciones de toda naturaleza; pero á despecho de la vigilancia de ese general, recibió el día 18 el Conde de Kevenhüller un documento auténtico que no le permitía dudar de la realidad, respecto á lo acaecido en Querétaro.

Las fuerzas austriacas que aún defendían la plaza arreglaron la capitulación por intermedio del Barón de Lago.

Se le propuso al general Porfirio Díaz que les permitiera ir hasta Veracruz con armas y bagajes; el general declaró completamente inaceptable la proposición, fundándose en que las tropas extranjeras habían apoyado durante dos meses la violenta y atroz dominación del general Márquez. Por fin, el jefe del ejército de Oriente convino con el Barón de Lago los puntos de capitulación de las tropas austriacas, haciendo las concesiones que creyó compatibles con la responsabilidad que podía asumir ante su gobierno; pero se rehusó á darlas por escrito, declarando únicamente ante testigos, que se obligaba bajo palabra de honor á cumplirlas, y en tal concepto fueron comunicadas á los jefes austriacos.

La principal condición consistía, en que desde aquel momento los austriacos se abstendrían de toda participación en las hostilidades contra las fuerzas repu-

(1) Según el doctor Reinisch, quien estuvo encargado de la dirección del Museo imperial en México, Márquez huyó por el lago de Texcoco, dejando á México entregado á su suerte. Logró salir con vida de aquella tormenta en que tantos perecieron y llegaba el 26 de Enero de 1868 á Nueva Orleans, habiendo logrado dejar el territorio mexicano, según entonces se publicó, disfrazado de arriero y se embarcó en un buque americano.



General Miguel Piña,

Comandante de la artillería durante el sitio que sostuvieron en la ciudad de México los imperialistas en Junio de 1867. Firmó la capitulación de esta ciudad, que fué ocupada por el ejército de Oriente después de un asedio de cerca de setenta días.

la vez que el reinado del que le había nombrado, y dimitió entregando el mando al gobernador de la plaza, general Tabera.

El 19 de Junio llevó el telégrafo al campamento del ejército republicano en Tacubaya, la noticia de que á las siete de la mañana habían sido fusilados en el Cerro de las Campanas Maximiliano, Miramón y Mejía, y de Tacubaya fué trasmitida al general Márquez.

El mismo día dirigió el Lugarteniente oficios al general Tabera y á los ministros y consejeros de Estado, diciéndoles: "que supuesto que se ha probado que el Emperador está prisionero, el infrascrito cesa de ser Lugarteniente del Imperio." En seguida se ocultó tan bien, que nadie pudo saber donde se hallaba; las tropas defensoras de México se rindieron á discreción. (1)

La tarde del 20 de Junio se había extendido ya por toda la ciudad de México la noticia de la muerte de Maximiliano; pero los imperialistas no querían darle crédito, atendiendo á que hasta el día 18 no se tenía aún la certeza de que el Emperador hubiese caído prisionero, debido á que todos los correos procedentes de Querétaro, que lograron salvar el campo de los sitiadores, eran reducidos al silencio por orden del general Márquez que se interesó en sostener las esperanzas de los sitiados, tanto tiempo cuanto le fuera posible. Este proceder fué comentado de diversos modos, y entre las opiniones se notó la del doctor Reinisch, quien atribuyó tal conducta al deseo de enriquecerse por medio de violentas vejaciones de toda naturaleza; pero á despecho de la vigilancia de ese general, recibió el día 18 el Conde de Kevenhüller un documento auténtico que no le permitía dudar de la realidad, respecto á lo acaecido en Querétaro.

Las fuerzas austriacas que aún defendían la plaza arreglaron la capitulación por intermedio del Barón de Lago.

Se le propuso al general Porfirio Díaz que les permitiera ir hasta Veracruz con armas y bagajes; el general declaró completamente inaceptable la proposición, fundándose en que las tropas extranjeras habían apoyado durante dos meses la violenta y atroz dominación del general Márquez. Por fin, el jefe del ejército de Oriente convino con el Barón de Lago los puntos de capitulación de las tropas austriacas, haciendo las concesiones que creyó compatibles con la responsabilidad que podía asumir ante su gobierno; pero se rehusó á darlas por escrito, declarando únicamente ante testigos, que se obligaba bajo palabra de honor á cumplirlas, y en tal concepto fueron comunicadas á los jefes austriacos.

La principal condición consistía, en que desde aquel momento los austriacos se abstendrían de toda participación en las hostilidades contra las fuerzas repu-

(1) Según el doctor Reinisch, quien estuvo encargado de la dirección del Museo imperial en México, Márquez huyó por el lago de Texcoco, dejando á México entregado á su suerte. Logró salir con vida de aquella tormenta en que tantos perecieron y llegaba el 26 de Enero de 1868 á Nueva Orleans, habiendo logrado dejar el territorio mexicano, según entonces se publicó, disfrazado de arriero y se embarcó en un buque americano.



General Miguel Piña,

Comandante de la artillería durante el sitio que sostuvieron en la ciudad de México los imperialistas en Junio de 1867. Firmó la capitulación de esta ciudad, que fué ocupada por el ejército de Oriente después de un asedio de cerca de setenta días.

blicanas; si el día 21 en la mañana, es decir, á las cuarenta y ocho horas después de recibidas las estipulaciones, los austriacos salían de la ciudad y entregaban sus armas, el general Porfirio Díaz les garantizaba el trasporte hasta Veracruz, por cuenta del gobierno republicano, siendo necesario que las armas y caballos fueran también entregados, á excepción de los pertenecientes á oficiales. En caso de combate, si los austriacos sin tomar parte en él se retiraban á Palacio y enarbolaban la bandera blanca, el general Díaz no garantizaba más que la vida, dejando la resolución final al gobierno republicano. Las condiciones pactadas eran aplicables á los soldados mexicanos colocados bajo las órdenes de los oficiales austriacos.

Al saberse definitivamente en la capital la prisión y muerte de Maximiliano el día 19 de Junio [1867] se verificó un cambio violento; Márquez y el prefecto político O'Horan desaparecen; Vidaurri, Gálvez y otros se ocultan, y el gobernador de la plaza, general Ramón Tabera, vió deshacerse como por encanto el ejército mexicano. Los austriacos, á las órdenes del Barón de Lago, quedaron neutrales, después de haber capitulado obteniendo la concesión de la vida, debiendo esperar la ratificación de los Supremos Poderes y el cumplimiento de la promesa de que serían embarcados para Europa. Los franceses que estaban en la garita de Belem saben todo lo que pasa y ven á los austriacos abandonar sus puestos y dirigirse á Palacio, donde izan la bandera blanca. El comandante Chenet va á ver al general Tabera, le dice que se declara neutral y pide que releve á la contra-guerrilla con fuerza mexicana; Tabera se lo promete y le autoriza para capitular directamente con el general en jefe republicano, quien concede al jeje francés una entrevista para el día 20 enmedio de la calzada de Chapultepec; se arreglan las condiciones de la capitulación, ofreciendo Porfirio Díaz conceder únicamente la vida, y hace la oferta de tratar á la contra-guerrilla con la consideración á que se hizo acreedora por su valor, pudiendo retirarse á su cuartel de San Pedro y San Pablo, donde sería desarmada.

Las fuerzas sitiadoras aún dispararon algunos cañonazos sobre la capital á las cinco de la tarde, para reconocer si ya se había dispersado el ejército imperialista que pactaba su capitulación. Para terminar este asunto se reunieron el jefe imperialista Miguel Piña y el republicano Ignacio Alatorre, y acordaron estos cinco puntos: término de las hostilidades, vida y libertad para los vecinos de la ciudad, rendición de la plaza, las fuerzas mexicanas se concentrarían en la ciudadela, las extranjeras en Palacio y la contra-guerrilla en San Pedro y San Pablo; los oficiales conservarían sus espadas, quedando prisioneros á la orden del general Díaz, hasta que recibiera instrucciones. Esta capitulación fué firmada en Chapultepec el 20 de Junio y ratificada en Tacubaya el siguiente día.

Mientras tenían verificativo las comunicaciones relativas á la capitulación, Márquez desaparecía, y quedó encargado del mando el general Tabera, quien envió parlamentarios al general Porfirio Díaz. A las seis de la tarde del día 19

llegó á México un comisionado del ejército sitiador y se concluyó un armisticio de veinticuatro horas.

A consecuencia de la comunicación enviada á México por el Barón de Lago á su arribo á Tacubaya, según él mismo dice, el general Tabera, jefe de las fuerzas sitiadas, recibió una nota á nombre de los coroneles de los cuerpos extranjeros, de gendarmes y húsares, firmada por el coronel Kodolich, el teniente coronel de artillería Graff, comandante de la sección austriaca y del jefe del regimiento de cazadores á caballo, diciéndole que habían tenido orden del Emperador, por conducto del encargado de negocios de Austria, para que las tropas de nacionalidad extranjera no tomaran participio en la lucha que todavía se estaba debatiendo en México, pues no se debía derramar más sangre, referían que había llegado otra orden autógrafa del Emperador en el mismo sentido, y pedían al general Tabera expidiese las suyas para que se cumpliera lo mandado. (1)

Habiendo comunicado el general Díaz estos acontecimientos al gobierno de Querétaro, se le dijo por telégrafo que no podía ser aceptada ninguna condición de capitulación y que la ciudad debía entregarse á discreción de los vencedores. Entonces el consul norte-americano Mr. Otterburg, fué comisionado para decir á los coroneles austriacos, que si se reunían en el Palacio con sus tropas ó izaban el pabellón de parlamento, el general Díaz les garantizaba la vida y el paso libre hasta Veracruz, á expensas del gobierno republicano y con escolta. Además, se dejaría á los oficiales sus armas y caballos, debiendo ser remitido el equipo sobrante al cuartel general.

Izada la bandera parlamentaria capituló en la noche el general Tabera, y el día 21 al amanecer las vanguardias liberales entraban á México en silencio y guardando el mejor orden. El Imperio había quedado definitivamente vencido y la República triunfante.

El Barón de Lago, con la conducta que observó, se inmiscuía en la guerra civil de un país extraño, arreglaba una capitulación por la cual se obligaban los austriacos á insubordinarse en caso de ataque, pues á tanto equivalía dejar sus puestos para retirarse al Palacio y enarbolar la bandera blanca, mezclando en el asunto á una parte de los soldados mexicanos que estaban en las filas austriacas. El Barón, en aquellos momentos, no era más que un particular, pues con la prisión y fusilamiento del Emperador, cerca del cual estaba acreditado, había quedado en la imposibilidad de tratar negocios oficiales y aun de proteger á sus nacionales; los republicanos jamás le reconocieron caracter diplomático. Según el citado Barón, el jefe de los sitiadores dijo que á los jefes austriacos era deudor de la pronta capitulación de México, sin efusión de sangre, contribuyendo á esta favorable solución los oficiales en número de ciento cincuenta, asegurándoles la vida y esperaba que el Presidente no pondría obstáculo á su partida de México ni á la de las tropas que ellos mandaban.

(1) Al dar conocimiento el Barón Lago á los coroneles sus compatriotas de que el general Díaz aceptaba las condiciones de la capitulación propuesta, les escribió lo siguiente: "Al comunicaros

Ninguna persecución se ejerció contra los extranjeros; los que quisieron irse de México lo hicieron sin dificultad. El coronel Kodolich se encargó de dar los pasos necesarios para facilitarles la marcha, y venció las muchas dificultades que se le presentaron, encontrando un auxilio en la generosidad del banquero Mr. Davidson, representante aquí de la casa de Rotschild, mediante un anticipo de quince mil pesos. Al ausentarse el Barón de Lago, dispuso que veintinueve extranjeros que no habían venido á las órdenes directas de los coroneles austriacos no fueran repatriados; eran catorce franceses, nueve belgas, tres españoles, un inglés, un prusiano y un suizo, los cuales quedaron á cargo de los representantes de las respectivas naciones.

Posesionado de la capital de la república el general en jefe del ejército de Oriente, estableció la contribución de un cuarto por ciento bimensual, sobre todo género de riqueza pública; pero ya el 10 de Julio la abolía, dejando solamente las contribuciones ordinarias, impuestas por las leyes vigentes al dejar la capital el gobierno del Presidente Juárez. (1)

El fusilamiento de Maximiliano y la pérdida de la capital, llevaron consigo el término de las resistencias del partido imperialista, que aún levantaba su bandera en la parte oriental del territorio mexicano.

Quedaba todavía en pie el último baluarte en el que se hicieron fuertes los partidarios del Imperio: el puerto de Veracruz, contra el cual ejercía sus esfuerzos el general Benavides desde el mes de Febrero [1867] época en que todos los Estados se movían activamente en favor de la República. Este general, aunque había combatido al partido progresista, se le unió desde que la Intervención francesa dió á sus agresiones un carácter de conquista, y consideró al gobierno de Maximiliano como el resultado de la voluntad despótica del Emperador Napoleón III.

El general Rafael Benavides, á cuyo mando estuvo la línea de Sotavento, preparó la campaña sobre Veracruz; salió de Tlacotalpam en los primeros días del mes de Marzo (1867), llevando á su mando setecientos hombres. En Alvarado se le reunieron trescientos más, continuó su marcha para Mandinga, donde permaneció tres días y aumentó sus fuerzas con otros cuatrocientos que allí

esta concesión, espero vuestra decisión definitiva, en respuesta con el portador de esta noticia, creyendo mi deber añadir á mi carta oficial del día 16, cuyo contenido sostengo, que S. M. el Emperador Maximiliano nos ha declarado muchas veces en Querétaro que Márquez es el mayor traidor."

El mismo día los coroneles contestaron al Barón anunciándole que saldrían de México é irían á Tacubaya el día 21 en la mañana.

(1) Apenas establecido en la Capital el General Díaz, renunció su secretario Don Justo Benítez, dando por motivo que, terminada la guerra, había concluido el patriótico compromiso que contrajo al aceptar la secretaría del cuartel general del ejército de Oriente. El general Díaz le dió las gracias y le manifestó su agradecimiento, aprecio y consideración, por el laborioso desempeño de tantos y tan diversos asuntos graves á que el Señor Benítez se consagró lealmente con inteligencia y actividad.

se incorporaron á la brigada. El general Mata le llevó de Orizaba seiscientos cincuenta de caballería que encontraron el grueso de la fuerza en Medellín, lugar en que también se le incorporó, al siguiente día, el coronel Jiménez con una sección compuesta de trescientos ginetes y doscientos infantes, ascendiendo toda la fuerza con que el general Benavides iba á sitiar á Veracruz, á un total de dos mil quinientos cincuenta hombres.

El 15 de Marzo estaba frente al puerto, á distancia de cuatro kilómetros, en los momentos en que acababan de embarcarse los franceses, y aún permanecían fondeados en Sacrificios diez y siete transportes. Las puertas de Veracruz fueron cerradas tan luego que se advirtió la presencia de los republicanos. Componíase la guarnición de ciento ochenta extranjeros de la contra-guerrilla francesa y doscientos ochenta de las guarniciones de Córdoba y Orizaba, cuatrocientos cincuenta de caballería al mando de Figuerero y Marrero, formando un total de ochocientos hombres.

Los republicanos pusieron sus campamentos en la Casamata y Malibran, además del que formó la caballería. Avanzadas de esta arma, de los de la plaza, salieron hasta el panteón y después se replegaron á sus lineas. Fué cortada el agua de Jamapa é impidieron la comunicación por Vergara las fuerzas que llevó el general Mata, sustituido por el coronel Francisco P. Milán. Avanzaron los sitiadores hasta el panteón y por la noche hicieron fuego con la única pieza de artillería que entonces poseían; de la plaza comenzaron á salir individuos del pueblo á unírsele, y con ellos organizó el general Benavides el batallón que se denominó "Libres de Zamora" fuerte en cuatrocientos soldados. Los sitiados también formaron dos compañías de "Guardia ciudadana," tripularon el vapor "Tabasco" y una lancha cañonera, recibieron de la isla de Cuba algunos aventureros que allá fueron enganchados y seiscientos quintales de pólvora.

A pesar de los ardores de la estación en aquellos arenales que despedían fuego, llevaron á cabo los sitiadores algunas obras avanzadas, dirigidas por el coronel de artillería Don Manuel Larrañaga y el teniente coronel Don José G. Alba, mayor de órdenes; fué llevado desde Alvarado un antiguo cañón de fierro, que estaba enterrado en los médanos, y también en el Chiquihuite y Córdoba fueron recogidos otros cañones que se desclavaron y les pusieron montajes en un taller de maestranza improvisado en el campamento republicano. Una granada mató al teniente coronel Berna que fué muy sentido entre los sitiadores.

La falta de recursos obligó al general Benavides á retirar una parte de sus fuerzas. El 16 de Abril hicieron los sitiados una salida sobre el campo de Vergara, y después de un ligero combate se retiraron, dejando el terreno próximo á la plaza sembrado con granadas explosivas. Escaseando los víveres frescos dentro de la plaza, aumentó considerablemente el número de enfermos.

Habiendo comunicado los sitiadores la noticia de la toma de Querétaro al comisario Bureau, propuso éste que para rendirse fuera ratificada por la legación

británica de México. El 20 de Mayo ofrece á los sitiados el general Benavides, la garantía de la vida si se rinde la plaza, y se muestra exigente aunque sus tropas eran diezmadas por las calenturas endémicas y se afana en ocultar su pésima situación, teniendo que llamar al campo de la guerra las fuerzas que habían sido retiradas. Caen enfermos y son llevados á Medellín los jefes de más actividad, y aun el general Benavides se ve obligado á guardar cama.

En esos momentos se presenta en la rada de Veracruz el general Santa Anna, á quien algunos de los sitiados quieren poner al frente de la situación; pero el capitán de la fragata inglesa "Jason" y de la cañonera norte-americana "Tacony," acuerdan que sea extraído del vapor americano "Virginia" y puesto en seguridad á bordo de la "Tacony." Al día siguiente vuelve Santa Anna al "Virginia" que parte para la Habana con escala en Sisal, donde lo extrajeron los republicanos y se lo llevaron para Campeche. Más tarde, conducido á Veracruz, fué juzgado y sentenciado al destierro.

Sabida con exactitud la pérdida de la capital y el fusilamiento de Maximiliano, se fugaron de Veracruz los principales jefes, Bureau, Marín, Herran y otros, dejando la plaza abandonada en manos del jefe español Pérez Gómez, quien hizo embarcar á los españoles y franceses enganchados, y también él se escapó dejando la ciudad encomendada al Ayuntamiento. Desbandadas las tropas sitiadas, el Sr. Francisco Lara reune alguna fuerza para cuidar del orden y seguridad de la población, á la que entró el coronel Milán la mañana del 27 de Junio con parte de sus tropas, y al siguiente día verificaron su entrada todas las demás de la División sitiadora. El sitio de aquel puerto duró ciento seis días, y aunque se quiso llevar artillería de los Estados Unidos, el gobierno de esta República puso trabas para que se realizara el proyecto.

Los últimos ciento cincuenta austriacos que se embarcaron en Veracruz en el vapor "Elisabeth," permanecieron en el muelle durante algunas horas y se les vió con indiferencia, lo mismo que cuando se desprendían de allí en los lanchones que les condujeron á bordo del buque que iba á conducirlos á Europa.

También en el Estado de Yucatán sostuvieron los imperialistas su bandera aun en los días en que sucumbía Querétaro. El general republicano Zepeda Peraza los alejó del pueblo de Tenabo, después que el coronel Matías Cámara los había derrotado el 29 de Marzo (1867), en Tecoh. En el Estado de Campeche el jefe de la escuadrilla, Vicente Capmany, batía el mes siguiente á la flotilla de los imperiales y se presentaba dominante, amenazando la ciudad del Carmen. Entonces todas eran pérdidas definitivas para los imperiales, que se vieron obligados á sucumbir capitulando en Mérida y en los pocos lugares que aún conservaban con extraordinario esfuerzo.

Después del triunfo alcanzado el 16 de Mayo sobre los imperialistas del Oriente en aquella península, habíanse visto obligados los coroneles Muñoz y Díaz á levantar el campo en la ciudad de Izamal; pero en cambio los jefes Manuel y Domingo Sierra lograban que Tizimín y Espita volviesen á poder de los republi-

canos, aunque la victoria tuviera por precio la vida del jefe principal Vicente Ríos.

El 21 de Mayo, ya posesionados de Mérida los republicanos, expidió el gobernador y comandante militar Don Manuel Zepeda Peraza, una proclama recordando los triunfos obtenidos por los partidarios de la República; se le permitió al comisario imperial Salazar Ilarregui que saliera del país, concediéndole esta gracia debido á las buenas intenciones y á la honradez personal que manifestó durante su administración.

* * *

La noticia del fusilamiento de Maximiliano llegó á París en los momentos en que Napoleón III parecía culminar en el apogeo de sus glorias; aquel suceso las oscureció con un velo de tristeza que significaba el presagio de las derrotas, de la caída y fin del Imperio bonapartista.

En el día señalado para la distribución de premios á los expositores que concurrieron al gran certamen de 1867, vióse París engalanado con sus banderas tricolores y sus águilas imperiales; el grandioso aspecto que á la capital francesa daban la alegría y el entusiasmo de más de un millón de personas dispuestas á gozar con las suntuosas fiestas preparadas, era favorecido por las bellezas de un tiempo delicioso.

En medio de aquel concierto de grandezas vibró una nota discordante: poco después de las once de la mañana, se recibió en el Ministerio de Negocios Extranjeros un despacho telegráfico que refería el trágico fin del Emperador Maximiliano; cinco minutos después se presentaba el Ministro en la Secretaría particular de Napoleón, con objeto de participarle tan inesperado y tremendo acontecimiento; pero no encontró al Emperador que acababa de retirarse á sus habitaciones particulares para almorzar, y dejó al Secretario privado de éste, el encargo de trasmitirle la noticia del funesto desenlace, ya temido, de la expedición á México.

La noticia no le fué comunicada desde luego; se esperó que pasaran las ceremonias de la distribución de premios á los expositores en aquel certamen memorable de 1867, aunque el ministro, no queriendo asumir la responsabilidad de guardar el secreto hasta las cinco ó seis de la tarde, hizo conocer el suceso á varios personajes de la Corte, entre ellos al Mariscal Vaillant, intendente de la Casa imperial, y á los Mariscales Niel y Mac-Mahon, conviniendo todos en que era conveniente y aun político guardar silencio hasta que concluyese la tarde, y asumió el Secretario particular la responsabilidad, en caso de que el Emperador se disgustara por el aplazamiento acordado.

Sin duda que el éxito feliz que había alcanzado Napoleón en su proyecto de la Exposición Universal, había contribuido á que se sintiera mejorado de sus padecimientos físicos. Después de haber dicho á su Secretario que podría hacer frente á las exigencias de la situación, le preguntó si ocurría algo de nuevo.

—Sí, Majestad, le contestó; pero os daré cuenta en la tarde, luego que vuestra atención pueda apartarse de los ilustres huéspedes que se acercan ya.

Según lo anunciaban los tambores, no había tiempo que perder. Estos huéspedes reales eran: los Emperadores de Rusia, Austria y Turquía, los reyes de Bélgica, Suecia, Prusia, Holanda é Italia, el Jedive de Egipto y más de cincuenta Príncipes extranjeros.

La espléndida plaza del Carrousel estaba cubierta de tropas, cuyas bandas musicales tocaban la marcha de la reina Hortensia y el himno nacional, llegando el entusiasmo al colmo, cuando aparecieron el Emperador y la Emperatriz en un balcón de la sala de los Mariscales, momento grandioso en que millares de voces gritaron: ¡viva el Emperador! con estrépito unísono y general.

Mostróse Napoleón III contento y expansivo durante la ceremonia de la distribución de premios, acompañando la entrega de cada medalla y diploma con frases galantes de felicitación á los que se habían hecho acreedores á tan honorífica recompensa.

El regreso de Napoleón III á las Tullerías fué una continuada ovación; llegaba este monarca ambicioso á la más alta condición á que pudiera aspirar. El reloj del Palacio marcaba las seis de la tarde, cuando el glorioso Emperador, seguido de brillante comitiva, entraba en el gran patio de honor.

Pero aquella Majestad glorificada, incensada por los próceres más poderosos de la tierra, aquel coloso, centro de las miradas de todas las Naciones, y que se le podía considerar dispensador de todas las grandezas humanas, comenzaba á descender del zenit de su omnipotencia á la misérrima condición de un mortal vulgar.

Ya era tiempo de que se le comunicara la noticia acerca del término de la obra que calificó alguna vez la más gloriosa de su reinado, y del trágico fin del Emperador Maximiliano. Su Secretario le indicó por medio de una frase convenida para cuando había algo que comunicarle de importancia, que deseaba hablarle á solas, y se dirige al departamento respectivo, lugar que en esos momentos se encontraba ocupado por los ministros, los generales y otros personajes. Napoleón los despide pronto; penetra á las piezas contiguas donde le esperaba su Secretario, á quien dijo:

—Estais hoy solemne. ¿Qué os ha sucedido esta tarde?

—Majestad, le contestó el Secretario, estoy serio porque soy portador de una mala noticia. Desde esta mañana traigo conmigo un telegrama recibido á las once en el Ministerio de Negocios Extranjeros. ¡Majestad! ¡el Emperador Maximiliano ha muerto!

—¡Muerto! repitió Napoleón; y haciendo un esfuerzo añadió: ¿Cómo?

—Señor, de una manera inesperada y trágica; traicionado por algunos de los suyos.... y fusilado.

Púsose lívido Napoleón; tembloroso, cerró por un momento los ojos, sus labios se movían sin pronunciar palabra, y pareciendo que reprimía sus sollozos, murmuró:

—¡Ah, pobre desgraciado joven! (1)

Hubo un rato de silencio que interrumpió el Emperador, diciendo:

—¿Se sabe esta lamentable noticia en París?

—Sí, Majestad; unas cuantas personas la saben. Supliqué esta mañana al Ministro del Interior y al Prefecto de policía, que no permitieran se publicara en los periódicos de la tarde; pero habiéndola recibido por la vía de Londres, creo que se habrá trasmitido durante el día á las demás capitales de Europa. Será un golpe terrible para las Cortes de Viena y Bruselas.

—Sí, añadió Napoleón tristemente, es golpe terrible y para nosotros de grandes consecuencias. ¡Ay! me dejó arrastrar por Morny á esa maldecida expedición, aunque desde su muerte he procurado salir de ella sin desdoro, con cautela, paso á paso. Desde hoy tendré que luchar con nuevas y difíciles complicaciones.

Dirigióse el Emperador hacia la puerta con la cabeza inclinada y pasos vacilantes; el golpe le había herido de lleno. El Secretario se apresuró á dirigirle algunas frases de consuelo.

—Valor, Señor, aun hay remedio para las vicisitudes de la fortuna.

Nada contestó Napoleón. Se irguió y salió de la pieza para continuar en las luchas que sostenía. Todos procuraron leer en los semblantes de los que rodeaban al Emperador, la impresión que causaron las malas noticias de lo acaecido al Imperio en México.

En las demás ceremonias con que fué celebrada la clausura de la Exposición Internacional de 1867, se reflejó la tristeza que en la Corte produjo la trágica muerte de Maximiliano, y se pudo notar que cubrió un velo de luto los números que aún faltaban del programa imperial, terminado sin la animación y brillo que tuvo en los primeros días. Se lamentaba en Francia el aciago desenlace del Imperio que levantó la Intervención francesa, basada en el error de creer que la lucha separatista en la República norte-americana, no podía concluir sino con la separación de los Estados del Sur y, por consiguiente, con la debilidad de aquella gran Nación, error que llevó consigo el golpe mortal que acabó radicalmente con la Intervención de la Europa en los asuntos de México.

(1) Le pauvre malheureuse jeune homme.

Fin de la Obra.



Almirante Tegethoff.

Encargado por el gobierno austriaco para recoger el cadáver de Maximiliano de Hapsburgo, se presentó en Veracruz á cumplir su encargo; pasó á la capital de la República; después de vencer algunos tropiezos consiguió que se embarcaran los restos del que por algún tiempo llevó el título de Emperador de México.

Indice de los asuntos tratados en el Tomo Tercero.

SEXTA PARTE.

DECADENCIA DEL IMPERIO Y TERMINO DE LA INTERVENCION.

PAGS.

PAGS.

PAGS.

SEPTIMA Y ULTIMA PARTE.

Fin del Imperio presidido por Maximiliano de Hapsburgo e independido ya de la Intervencion.

Sitios de Querétaro, México y Veracruz.

COLOCACION

DE LOS

retratos, planos y vistas comprendidos

en los tres tomos de esta obra.

TOMO PRIMERO

COLOCACION

DE LOS retratos, planos y vistas comprendidos

en los tres tomos de esta obra.

TOMO PRIMERO

TOMO SEGUNDO

TOMO TERCERO

FIN DE LA OBRA.

ERRATAS NOTABLES EN EL TOMO 3°

PAGINAS.	LINEAS.	DICE.	DEBE DECIR.
9	39	Papasquiero	Papasquiarro
26	19	Comunicion	Comunicación
66	16	1865	1866
70	17	dos	los
80	17	Gobernado	Gobernador
202	32	acom	acompañado del
258	1	los segundos	la segunda
261	38	resideftes	residentes
263	20	siempe	siempre
263	34	respeco	respecto
270	17	Maximiano	Maximiliano
272	33	grandee	grandes
274	30	conserva	conservar
282	18	vesuario	vestuario
284	35	ente	entre
293	15	doscientos	doscientas
296	38	basand	basando
297	16	imperia	imperiales
305	7	Veracuz	Veracruz
306	8	imputa	importa
307	41	Sewadr	Seward
313	18	transicción	transición
324	40	siviendose	sirviéndose
326	24	tomava	tomaba
347	38	peticionel	peticiones
405	42	alamar	alarma
411	37	francsas	francesas
415	28	la	las
416	13	suponerse	suponer
416	13	levantariann	levantarian
416	37	Dándola	Dándolo
424	37	ver	haber
447	13	quiee	quien

PAGINAS.	LINEAS.	DICE.	DEBE DECIR.
447	24	frente	frente al
453	8	y	á
466	31	Castelnan	Castelnau
470	26	derrara	derramara
476	16	diariamante	diariamente
481	14	contrevenieran	contravinieran
487	17	tan, tan	tan
513	33	Recibido	Recibid
517	19	Kadolich	Kodolich
517	26	mexicanas	mexicana
534	25	Maximiliado	Maximiliano
536	35	Tomés	Tomás
536	41	Martínez	Monterde
542	25	17	22
543	14	prouraban	procuraban
564	20	expía	espía
573	8	pertanocndo	pernoctando
578	10	Paebta	Puebla
578	14	cuanas	cuantas
579	4	marcha	marchar
583	14	caminó	camino de
584	12	destruidas	destruirlas
599	34	capita	capital
599	36	Vidaudri	Vidaurri
599	39	capita	capital
604	16	sitiados	sitiadores
604	19	enfermería	conferencia
617	20	viendo	viendo sus
623	11	di rectamente	directamente
627	10	mal	mala
634	36	os	los
642	26	Próspero	Jesus M.
643	21	acord	acordó
648	39	asos	pasos
658	20	llegada	llegaba
661	21	hace	hacer